TERCERA EDICION

# Teoría Sociológica

# CONTEMPORANEA

George Ritzer

McGraw

# TEORIA SOCIOLOGICA CONTEMPORANEA

**George Ritzer**
**Universidad de Maryland**

**Traducción**
MARIA TERESA CASADO RODRIGUEZ

**Revisión técnica**
AMPARO ALMARCHA BARBADO
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología
Universidad Complutense de Madrid

**McGRAW-HILL**

MÉXICO • BUENOS AIRES • CARACAS • GUATEMALA • LISBOA • MADRID • NUEVA YORK
PANAMÁ • SAN JUAN • SANTAFÉ DE BOGOTÁ • SANTIAGO • SÃO PAULO
AUCKLAND • HAMBURGO • LONDRES • MILÁN • MONTREAL • NUEVA DELHI • PARÍS
SAN FRANCISCO • SINGAPUR • ST. LOUIS • SIDNEY • TOKIO • TORONTO

cultura Libre

**TEORIA SOCIOLOGICA CONTEMPORANEA**



McGRAW-HILL/INTERAMERICANA DE ESPAÑA, S. A.

Edificio Oasis-A, 1.ª planta
Basauri, 17
28023 Aravaca (Madrid)

Traducido de la tercera edición en inglés de
**CONTEMPORARY SOCIOLOGICAL THEORY**



ISBN: 0-07-052972-8

**ISBN: 84-481-0179-0**
**Depósito legal: M. 25.499-1993**

Compuesto en Puntographic, S. A. L.

3456789012 L.I.-96 9086543217

**Impreso en México** **Printed in Mexico**

Esta obra se terminó de
imprimir en Septiembre de 1997 en
Litográfica Ingramex
Centeno Núm. 162-1
Col. Granjas Esmeralda
Delegación Iztapalapa
C.P. 09810 México, D.F.

Se tiraron 900 ejemplares



# PERMISOS Y AGRADECIMIENTOS

Capítulo 3: Pasajes de Robert K. Merton: «Remembering the Young Talcott Parsons», *American Sociologist*, 15 (1980). Utilizados con permiso de la Asociación Americana de Sociología.
Reseña autobiográfica de Robert K. Merton, © 1981 de Robert Merton. Utilizada con su permiso.
Figuras 3.1 y 3.3 reimpresas con permiso de los editores de *The American University* de Talcott Parsons y Gerald Platt, Cambridge, Mass.: Harvard University Press, © 1973 del Presidente y Fellows de Harvard College.
Figura 3.2 de Talcott Parsons: *Societies: Evolutionary and Comparative Perspectives*, © 1966. Adaptada con permiso de Prentice Hall, Englewood Cliffs, New Jersey.
Capitulo 5: Pasajes de George Herbert Mead: *Espíritu, persona y sociedad*, editado e introducido por Charles W. Morris. © 1934 de la Universidad de Chicago. © 1962 de Charles W. Morris. Utilizados con permiso.
Pasajes de Leonard S. Cottrell, Jr.: «George Herbert Mead: The Legacy of Social Behaviorism», en Robert K. Merton y Matilda White Riley, eds.: *Sociological Traditions from Generation to Generation: Glimpses of the American Experience*, © 1980. Utilizados con permiso de Ablex Publishing Corp., Norwood, NJ.
Capítulo 6: Pasajes de Charles Goodwin: «Notes on Story Structure and the Organization of Participation», en J.M. Atkinson y J. Heritage, eds.: *Structures of Social Action*, © 1984. Utilizados con permiso de Cambridge University Press.
Capítulo 7: Pasajes de *Social Behavior: Its Elementary Forms*, de George Caspar Homans, © 1974 de Harcourt Brace Jovanovich, Inc., reimpreso con permiso de la editorial.
Pasajes de Peter Blau reimpresos con permiso de Macmillan Publishing Company, división de Macmillan, Inc, de *Exchange and Power in Social Life* de Peter Blau. © 1964 de John Wiley & Sons, Inc.
Reseña autobiográfica de George C. Homans utilizada sin objeciones por parte de Nancy P. Homans y W. Lincoln Boyden de Ropes y Gray (Boston), albacea de George C. Homans.
Pasajes de George Homans: «The Sociological Relevance of Behaviorism» y Figuras 7.1 y 7.2 de Don Bushell y Robert Burgess, «Some Basic Principles of Behavior», todo ello en Robert Burgess y Don Bushell, eds.: *Behavioral Sociology*, © 1969. Utilizados con permiso de Columbia University Press.
Capítulo 8: Pasajes de Patricia Madoo Lengermann y Ruth A. Wallace: *Gender in America: Social Control and Social Change*, © 1985, págs. 141-144. Reimpreso con permiso de Prentice Hall, Englewood Cliffs, New Jersey.

Capítulo 10: Figura 10.4 adaptada de James Coleman: «Social Theory, Social Research, and a Theory of Action», en *American Journal of Sociology* 91 (1986). Utilizada con permiso de University of Chicago Press.
Figura 10.5 de Allen E. Liska: «The Significance of Aggregate Dependent Variables and Contextual Independent Variables for Linking Macro and Micro Theories», en *Social Psychology Quarterly* 53 (1990). Utilizada con permiso de la Asociación Americana de Sociología y del autor.
Capítulo 12: Figura 12.1 de John Baldwin: *George Herbert Mead: A Unifying Theory of Sociology*, © 1986. Reimpresa con el permiso de Sage Publications, Inc.
Capítulo 13: Figura 13.2 adaptada de Ronald Burt: *Toward a Structural Theory of Action: Network Models of Social Structure, Perception and Action*. © 1982. Utilizada con permiso de Academic Press y del autor.

Fotos

Página 8: Culver Pictures
Página 16: Culver Pictures
Página 19: The Bettmann Archive
Página 25: The Granger Collection, Nueva York
Página 34: The Granger Collection, Nueva York
Página 39: National Library of Medicine
Página 40: The Granger Collection, Nueva York
Página 47: Culver Pictures
Página 62: Cortesía de la Universidad de Chicago
Página 69: Cortesía de la Asociación Americana de Sociología
Página 78: Cortesía de Howard Press
Página 113: The Granger Collection, Nueva York
Página 131: Cortesía de Robert K. Merton
Página 180: UPI/Bettmann Newsphotos
Página 185: Laurent Maous/Gamma-Liaison
Página 203: Cortesía de Immanuel Wallerstein
Página 220: Cortesía de la Universidad de Chicago
Página 248: Cortesía de la Asociación Americana de Sociología
Página 270: Cortesía de Evelyn S. Lang, albacea de Alfred Schutz
Página 326: Cortesía de Christopher Johnson
Página 370: Cortesía de Jessie Bernard
Página 386: Cortesía de Dorothy E. Smith
Página 446: Cortesía de Peter M. Blau
Página 479: Cortesía de Randall Collins
Página 531: Cortesía de Jeffrey C. Alexander
Página 558: Cortesía de la Universidad de Washington
Página 600: Cortesía de George Ritzer

# SOBRE EL AUTOR

GEORGE RITZER es profesor de sociología de la Universidad de Maryland. Sus principales áreas de interés son la Teoría Sociológica y la Sociología del Trabajo. Fue director de las secciones de Teoría Sociológica (1989-1990) y de Organizaciones y Ocupaciones (1980-1981) de la Asociación Americana de Sociología. El profesor Ritzer ha sido nombrado Alumno y Profesor Distinguido de la Universidad de Maryland y ha recibido el galardón de la *Teaching Excellence*. Ha disfrutado de una beca Fulbright-Hays y ha sido profesor visitante en el Instituto Holandés de Estudios Avanzados y en el Colegio Sueco de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales.

En 1992 MacGraw-Hill publicó las terceras ediciones de los textos básicos de teoría sociológica del profesor Ritzer —*Sociological Theory* y *Contemporary Sociological Theory*— que han sido adoptados en Estados Unidos y Canadá, así como en otros muchos países, para cursos de licenciatura en teoría social.

Los principales intereses teóricos del Dr. Ritzer son la metateoría y la teoría de la racionalización. Sobre metateoría su libro más reciente es *Metatheorizing in Sociology* (Free Press, 1991). Entre sus anteriores libros sobre este tema se encuentran *Sociology: A Multiple Paradigm Science* (1975, 1980) y *Toward and Integrated Sociological Paradigm* (1981). Ha escrito varios ensayos sobre la racionalización y un volumen que se publicará próximamente con el título *Big Mc Attack: The McDonaldization of Society* (Lexinton Books, 1992).

A Jeremy, con amor

# CONTENIDO

# INDICE DE RESEÑAS BIOGRAFICAS

# PREFACIO

LA TERCERA edición del presente libro, *Teoría sociológica contemporánea*, se deriva de la tercera edición de *Teoría sociológica*, libro que ha sido publicado simultáneamente y que está dedicado por entero a la historia de la teoría de la disciplina, tanto clásica como contemporánea. Si bien el presente libro habla algo de historia, su principal interés es el análisis de la teoría contemporánea.

La teoría sociológica está experimentando en la actualidad cambios radicales, lo que se refleja en la reestructuración sustancial de la tercera edición de este libro.

El cambio más obvio de esta edición es la estructura general del libro. La anterior edición se dividía en dos partes: la introducción y las principales teorías contemporáneas. En esta edición hay tres partes: la introducción, las principales escuelas de teoría sociológica y los desarrollos más recientes en teoría sociológica, analizados bajo el título de integración y síntesis.

La Primera Parte, la introducción, prácticamente no ha sido modificada. Presentamos dos capítulos sobre la historia de la teoría sociológica. En el segundo capítulo se analizan los desarrollos más recientes en el campo de la teoría sociológica.

La Segunda Parte, La teoría sociológica: las grandes escuelas, examina las principales escuelas de teoría sociológica. Todas ellas siguen teniendo importancia en la actualidad, pero comienzan a quedar ensombrecidas por los desarrollos analizados en la tercera parte.

El tercer capítulo contiene un análisis del funcionalismo estructural (que incluye a su vez un amplio análisis de la obra de Talcott Parsons), así como de la alternativa de la teoría del conflicto.

El capítulo cuarto examina las principales variedades de la teoría neomarxista: el determinismo económico, el marxismo hegeliano, la teoría crítica, el marxismo estructural, la sociología económica neomarxista (incluido un nuevo análisis del debate sobre el fordismo y el posfordismo), y el marxismo historicista (con un análisis del último trabajo de Immanuel Wallerstein sobre la teoría de los sistemas mundiales).

El quinto capítulo, sobre el interaccionismo simbólico, contiene una presentación mucho más elaborada de las ideas de George Herbert Mead.

El sexto capítulo (la sociología fenomenológica y la etnometodología) incluye un análisis detallado de la obra de Alfred Schutz, así como un cambio sustancial de perspectiva sobre la etnometodología basado en los trabajos recientes que se han hecho en este área.

El séptimo capítulo analiza la teoría del intercambio y la sociología conductista y ha sido ligeramente modificado en esta edición.

El octavo capítulo, sobre las teorías feministas, ha sido revisado y actualizado por sus dos autoras, Patricia Madoo Lengermann y Jill Niebrugge-Brantley.

El capítulo noveno es un nuevo capítulo dedicado a una amplia serie de teorías sociológicas estructurales y a las perspectivas teóricas que se presentan como críticas a estas teorías.

La Tercera Parte, desarrollos recientes en teoría sociológica: integración y síntesis, es totalmente nueva. Los cuatro capítulos de esta parte reflejan el hecho de que durante los últimos años la teoría sociológica ha comenzado a alejarse de la estrechez de miras de las teorías analizadas en la Segunda Parte, y ha empezado a seguir una orientación más integradora y sintética. La integración implica el esfuerzo de aunar niveles o dominios diferentes del análisis social. La síntesis supone el intento de unir ideas extraídas de una serie de teorías diferentes.

El décimo capítulo analiza principalmente la literatura estadounidense sobre la integración micro-macro. Además de un análisis general sobre esta cuestión, se analiza en detalle la obra de Ritzer, la de Alexander y la de Wiley sobre los niveles de análisis, la contribución de Coleman a la integración micro-macro a través de la teoría de la elección racional, los microfundamentos de la macrosociología según Collins y la teoría del interactor.

El undécimo capítulo se ocupa de la literatura europea sobre la integración acción-estructura. En él se analiza la relación entre esa literatura y la dedicada a la integración micro-macro y se ofrece también una idea general del trabajo sobre la acción y la estructura. Este capítulo examina con cierto detalle la teoría de la estructuración de Giddens, el trabajo de Archer sobre la cultura y la acción, la integración de Bourdieu de *habitus* y campo, y las ideas de Habermas sobre la colonización del mundo de la vida.

Los capítulos duodécimo y decimotercero analizan los esfuerzos de síntesis en sociología. Se revisa en ellos la mayoría de las teorías analizadas en la Segunda Parte, esta vez desde el punto de vista de los esfuerzos de síntesis que se derivan de ellas. Además de esta revisión, contienen análisis de nuevos e importantes desarrollos de síntesis como el neofuncionalismo, la teoría de la elección racional, el posmodernismo y la teoría posmarxista.

El libro termina con un Apéndice que incluye una revisión profunda de la metateorización en sociología, lo que refleja el creciente interés por esta cuestión en la actualidad. Incluye también un estudio sobre el enfoque metateórico específico que guía todo el libro.

A lo largo del libro presentamos varias reseñas biográficas tomadas de la anterior edición: Ibn Jaldún, Auguste Comte, Sigmund Freud, Karl Marx, Emile Durkheim, Max Weber, Georg Simmel, Herbert Spencer, Robert Park, Pitirim Sorokin, C. Wright Mills, Erving Goffman, Talcott Parsons, Robert Merton, Louis Althusser, Nicos Poulantzas, Immanuel Wallerstein, George Herbert Mead,

Alfred Schutz, George Caspar Homans, Jessie Bernard, Dorothy Smith, y Peter Blau. Además presentamos nuevas biografías de teóricos contemporáneos: Randall Collins, Jeffrey Alexander, Richard Emerson y George Ritzer.

Me complace expresar mi agradecimiento al personal de McGraw-Hill, especialmente a Phil Butcher, Sylvia Shepard e Ira Roberts por su revisión y ayuda. A mi hijo Jeremy, que hizo el índice de este libro. También expreso mi agradecimiento a los siguientes teóricos por ofrecerme comentarios útiles para la realización de este libro: Robert Antonio, Universidad de Kansas; John Baldwin, Universidad de California, Santa Bárbara; Deirdre Boden, Universidad de Washington; Ira Cohen, Universidad de Rutgers; Paul Colomy, Universidad de Denver; Karen Cook, Universidad de Washington; James Farganis, Vassar College; Gary Fine, Universidad de Georgia; Robert A. Jones, Universidad de Illinois; Stephen Kalberg, Universidad de Harvard; Frank J. Lechner, Universidad de Emory; Donald N. Levine, Universidad de Chicago; Whitney Pope, Universidad de Indiana; George Psathas, Universidad de Boston; Steven Seidman, SUNY en Albany; y Jonathan H. Turner, Universidad de California, Riverside. Mi ayudante, Joanne DeFiore me ha proporcionado una ayuda inestimable en esta revisión.

*George Ritzer*

PARTE I

# INTRODUCCION

CAPITULO 1

# ESBOZO HISTORICO DE LA TEORIA SOCIOLOGICA: PRIMEROS AÑOS

INTRODUCCION

FUERZAS SOCIALES EN EL DESARROLLO DE LA TEORIA SOCIOLOGICA

- Revoluciones políticas
- La revolución industrial y el nacimiento del capitalismo
- El nacimiento del socialismo
- Urbanización
- Cambio religioso
- Crecimiento de la ciencia

FUERZAS INTELECTUALES Y SURGIMIENTO DE LA TEORIA SOCIOLOGICA

- La ilustración y la fundación de la sociología en Francia
- El desarrollo de la sociología alemana
- Los orígenes de la sociología británica
- Principales figuras de la sociología italiana
- Desarrollos del marxismo europeo a la vuelta del siglo

El presente es un libro de teoría sociológica contemporánea. El grueso del volumen se ocupa de las teorías firmemente establecidas que siguen siendo relevantes en nuestros días y de las nuevas teorías que están en camino de serlo. Pero para comprender adecuadamente las teorías de hoy es preciso conocer la historia de la teoría sociológica. Por tanto dedicamos este capitulo y el siguiente a las principales teorías y a los más destacados teóricos de la historia de la sociologia.

Aunque se pueden encontrar ideas sociológicas en la historia temprana de la humanidad, la sociologia como disciplina distintiva tiene poco más de un siglo de edad. Así, si bien el material que estudiamos en el primero de los dos capitulos no es contemporáneo, tampoco puede afirmarse que pertenezca a la historia antigua. Desde un punto de vista muy general, la teoría sociológica es relativamente moderna.

El material que vamos a analizar también es contemporáneo en otro sentido: las teorías y los teóricos que estudiamos aquí son, en lo fundamental, aquellos que siguen siendo relevantes en nuestros días. Por ejemplo, las ideas de grandes pensadores tales como Max Weber, Karl Marx y Emile Durkheim son aún muy útiles y ampliamente usadas aunque se desarrollaran en el siglo XIX y principios del XX.

Es preciso hacer un breve resumen de la historia de la teoría sociológica porque nosotros hemos sigo testigos del desarrollo de muchas teorías contemporáneas, y para comprenderlas es preciso conocer sus raíces y el contexto histórico en el que surgieron. Así, en estos dos primeros capítulos nos encontraremos con las teorías que ocuparán nuestra atención a lo largo del resto de este libro.

## INTRODUCCION

Aunque existen muchas definiciones del término *teoría sociológica*, este libro se basa en la idea de que una teoría sociológica es un *vasto* sistema de ideas acerca de cuestiones de *crucial importancia* para la vida social.

Esta definición es totalmente diferente de las definiciones formales y «científicas» que suelen utilizarse en los textos de teoría. Por ejemplo, una definición formal es que una teoría es un conjunto de proposiciones interrelacionadas que permite la sistematización del conocimiento, la explicación y la predicción de la vida social y la generación de nuevas hipótesis de investigación (Faia, 1986: 134). Aunque esta definición es atractiva, no describe correctamente muchos de los conjuntos de ideas que vamos a analizar en este libro. En otras palabras, la mayoría de los sistemas de ideas sociológicas incumple uno o más componentes formales de una teoría; con todo, la mayoría de los sociólogos las considera teorías en sí.

Nuestro estudio se centra en la importante obra teórica de los *sociólogos*, así como en los trabajos de aquellos que suelen relacionarse con otros campos

FUERZAS SOCIALES

Revoluciones políticas

Revolución industrial y nacimiento del capitalismo

Nacimiento del socialismo

Urbanización

Cambio religioso

Crecimiento de la ciencia

**FRANCIA**

*Ilustración*
Montesquieu (1689-1755)
Rousseau (1712-1778)

*Reacción conservadora*
de Bonald (1754-1840)
de Maistre (1753-1821)

Saint-Simon
(1760-1825)

Comte
(1798-1857)

Durkheim
(1858-1917)

**ALEMANIA**

Kant (1724-1804)

Hegel (1770-1831)

*Jóvenes hegelianos*
Feuerbach
(1804-1872)

Marx (1818-1883)

*Historicismo alemán*
Dilthey (1833-1911)

Nietzsche (1844-1900)

*Deterministas económicos*
Kautsky
(1854-1938)

*Marxistas hegelianos*
Lukács
(1885-1971)

Weber
(1864-1920)

Simmel
(1858-1918)

**ITALIA**

Pareto (1848-1923)

Mosca (1858-1941)

**GRAN BRETAÑA**

*Economía política*
Smith (1723-1790)

Ricardo (1772-1823)

*Teoría evolucionista*
Spencer (1820-1903)

**Figura 1.1.** Teoría sociológica: primeros años.

que han sido definidos como *relevantes para la sociología*. Para decirlo sucintamente, el presente es un libro sobre las «grandes ideas» en sociología que han superado la prueba del tiempo (o prometen superarla), sistemas de ideas acerca de cuestiones sociales de gran relevancia y alcance. [1]

Presentar una historia de la teoría sociológica es una ardua tarea, pero como sólo dedicamos los dos primeros capítulos a ella lo que ofrecemos es un esbozo histórico altamente selectivo [2]. Pretendemos proporcionar al lector un andamio que le ayude a situar las discusiones detalladas posteriores de los teóricos clásicos en un contexto histórico. (Sería de especial utilidad ojear más de una vez las Figuras 1.1 y 2.1, ya que son representaciones esquemáticas de la historia que abarca este capítulo.)

No se puede establecer a ciencia cierta la fecha exacta de los comienzos de la teoría sociológica. Muchos han reflexionado y han desarrollado teorías sobre la vida social desde sus orígenes históricos. Pero no nos remontaremos a los remotos tiempos de los griegos o los romanos, ni siquiera a la Edad Media. Y ello no se debe a que pensemos que las personas de aquellos tiempos no tuvieran ideas sociológicas importantes, sino a que el producto de nuestra inversión en tiempo sería pequeño; gastaríamos demasiado tiempo analizando pocas ideas relevantes para la sociología moderna. En cualquier caso, ninguno de los pensadores de aquellas épocas se reconocían a sí mismos, y pocos son reconocidos actualmente, como propiamente sociólogos. (Para el análisis de una excepción, véase la reseña biográfica de Ibn Jaldún.) Es a principios del siglo XIX cuando comenzamos a encontrar pensadores que han sido manifiestamente identificados como sociólogos. Estos son los pensadores sociales que nos interesan y comenzamos, pues, con el examen de las fuerzas sociales e intelectuales más importantes que configuraron sus ideas.

## FUERZAS SOCIALES EN EL DESARROLLO DE LA TEORIA SOCIOLOGICA

El contexto social configura profundamente todos y cada uno de los campos intelectuales. Ello es particularmente cierto en el caso de la sociología, que no sólo se deriva de ese contexto, sino que también toma el contexto social como su objeto de estudio. Analizaremos brevemente algunas de las condiciones sociales más importantes del siglo XIX y principios del XX, condiciones que fueron de suma importancia para el desarrollo de la sociología. Tendremos también la ocasión de comenzar a presentar las principales figuras de la historia de la teoría sociológica.

---

[1] Existe también un enfoque metateórico elaborado que informa los Capítulos 1 y 2, así como el resto del libro. En el apéndice esbozamos este enfoque.

[2] Para un esbozo histórico más detallado, véase, por ejemplo, Szacki (1979).

## Revoluciones políticas

La larga serie de revoluciones políticas que, desencadenadas por la Revolución Francesa de 1789, se produjeron a lo largo del siglo XIX constituyó el factor más inmediato de la aparición de la teorización sociológica. La influencia de estas revoluciones en muchas sociedades fue inmensa, y de ellas se derivaron muchos cambios positivos. Sin embargo, lo que atrajo la atención de muchos de los primeros teóricos no fueron las consecuencias positivas de esos cambios, sino sus efectos negativos. Estos escritores se sintieron particularmente preocupados por el caos y el desorden resultantes, sobre todo en Francia. Sentían al unísono un deseo de restaurar el orden de la sociedad. Algunos de los pensadores más extremistas de este periodo anhelaban literalmente un regreso a los pacíficos y relativamente ordenados días de la Edad Media. Los pensadores más sofisticados reconocían que el cambio social que se había producido hacía imposible ese regreso. Así, se afanaban por encontrar nuevas bases de orden en las sociedades perturbadas por las revoluciones políticas de los siglos XVIII y XIX. Este interés por la cuestión del orden social fue una de las preocupaciones principales de los teóricos clásicos de la sociología, en especial de Comte y Durkheim.

## La revolución industrial y el nacimiento del capitalismo

En la configuración de la teoría sociológica tan importante fue la revolución política como la revolución industrial, que se produjo en muchas sociedades occidentales principalmente durante el siglo XIX y principios del XX. La revolución industrial no constituye un único acontecimiento, sino muchos desarrollos interrelacionados que culminaron en la transformación del mundo occidental, que pasó de ser un sistema fundamentalmente agrícola a otro industrial. Gran cantidad de personas abandonaron las granjas y el trabajo agrícola para ocupar los empleos industriales que ofrecían las nuevas fábricas. Estas fábricas habían experimentado también una transformación debido a la introducción de mejoras tecnológicas. Se crearon inmensas burocracias económicas para proporcionar los múltiples servicios que requerían la industria y el naciente sistema económico capitalista. El ideal de esta economía era un libre mercado en el que pudieran intercambiarse los diversos productos del sistema industrial. En este sistema unos pocos obtenían enormes ganancias, mientras la mayoría trabajaba gran cantidad de horas a cambio de bajos salarios. La consecuencia de ello fue la reacción contra el sistema industrial y contra el capitalismo en general, lo que condujo a la creación del movimiento obrero, así como de una diversidad de movimientos radicales cuyo objetivo era derrocar el sistema capitalista.

La revolución industrial, el capitalismo, y la reacción contra ellos desencadenó una enorme revuelta en la sociedad occidental, una revuelta que afectó profundamente a los sociólogos. Cuatro figuras principales de la historia de la teoría sociológica —Karl Marx, Max Weber, Emile Durkheim y Georg Simmel—, así como otros muchos pensadores de menor importancia, se sentían preocupados

**ABDEL RAHMAN IBN JALDUN: Reseña biográfica**



Existe una tendencia que nos lleva a pensar en la sociología como un fenómeno comparativamente moderno y exclusivamente occidental. Sin embargo, el hecho es que hace mucho tiempo existieron en otras partes del mundo sabios que hicieron sociología. Abdel Rahman Ibn-Jaldún es un buen ejemplo.

Ibn Jaldún nació en Túnez, en Africa del Norte, el 27 de mayo de 1332 (Faghirzadeh, 1982). Nacido en el seno de una familia culta, Ibn-Jaldún inició sus estudios con el Corán (el libro sagrado musulmán), las matemáticas y la historia. Trabajó para varios sultanes de Túnez, Marruecos, España y Argelia como embajador, chambelán y miembro del consejo de sabios. Estuvo en prisión en Marruecos por creer y manifestar que los gobernantes civiles no eran líderes divinos. Tras aproximadamente dos décadas de actividad política Ibn-Jaldún regresó al norte de Africa, donde inició un periodo de cinco años de intenso estudio y producción de escritos. Las obras que escribió durante este periodo aumentaron su fama y le proporcionaron un empleo de profesor en el principal centro de estudios islámicos, la mezquita universitaria de Al-Azhar en El Cairo. En sus concurridas clases sobre la sociedad y la sociología, Ibn-Jaldún acentuaba la importancia de la vinculación del pensamiento sociológico y la observación histórica.

Cuando llegó al término de sus días, en 1406, Ibn-Jaldún había producido una obra que tiene mucho en común con la sociología contemporánea. Estaba comprometido con el estudio científico de la sociedad, con la investigación empírica y con la búsqueda de las causas de los fenómenos sociales. Dedicó considerable atención a diversas instituciones sociales (por ejemplo, a las políticas y económicas) y a la relación entre ellas. Se interesó por la comparación entre las sociedades modernas y las primitivas. Ibn-Jaldún no tuvo una influencia profunda en la sociología clásica; pero, una vez redescubierta su obra, puede ser considerado como una figura de un gran significado histórico, como lo es por los intelectuales en general y los intelectuales islámicos en particular.

por estos cambios y por los problemas que habían creado al conjunto de la sociedad. Pasaron sus vidas estudiando estos problemas y en muchos casos se esforzaron por desarrollar programas que pudieran resolverlos.

## El nacimiento del socialismo

Una serie de cambios cuyo objetivo era solucionar los excesos del sistema industrial y del capitalismo pueden agruparse bajo el término «socialismo». Aunque algunos sociólogos apoyaron el socialismo como la solución a los proble-

mas industriales, la mayoría se manifestó personal e intelectualmente en contra de él. Por un lado, Karl Marx apoyaba activamente el derrocamiento del sistema capitalista y su sustitución por un sistema socialista. Aunque no desarrolló una teoría del socialismo *per se*, invirtió una gran cantidad de tiempo en criticar varios aspectos de la sociedad capitalista. Además, estuvo implicado en diversas actividades políticas que esperaba dieran como resultado el nacimiento de las sociedades socialistas.

Sin embargo, Marx constituye una figura atípica de los primeros años de la teoría sociológica. La mayoría de los primeros teóricos, como Weber y Durkheim, se opuso al socialismo (al menos, así lo creía Marx). Aunque reconocían los problemas de la sociedad capitalista, se afanaban por encontrar una reforma social dentro del capitalismo, antes que apoyar la revolución social que proponía Marx. Temían al socialismo más que al capitalismo. Este temor jugó un papel mucho más importante en la configuración de la teoría sociológica que el apoyo de Marx a la alternativa socialista al capitalismo. Como veremos, en muchos casos la teoría sociológica se desarrolló de hecho como una reacción contra la teoría socialista en general, y contra la marxista en particular.

## Urbanización

En parte como resultado de la revolución industrial, gran cantidad de personas del siglo XIX y XX fueron desarraigadas de su entorno rural y trasladadas a emplazamientos urbanos. Esta emigración masiva se debió en muy buena medida a los empleos que creó el sistema industrial en las zonas urbanas. Además, la expansión de las ciudades produjo una lista supuestamente interminable de problemas urbanos: masificación, contaminación, ruido, tráfico, etc.. La naturaleza de esta vida urbana y sus problemas atrajo la atención de muchos sociólogos clásicos, especialmente la de Max Weber y Georg Simmel. De hecho, la primera y principal escuela de sociología estadounidense, la escuela de Chicago, se define en parte por su preocupación por la ciudad y sus intereses en la utilización de Chicago como laboratorio para el estudio de la urbanización y sus problemas.

## Cambio religioso

Los cambios sociales que se produjeron a raiz de las revoluciones políticas, la revolución industrial, y la urbanización, tuvieron un profundo efecto en la religiosidad. Muchos de los primeros sociólogos recibieron una educación religiosa y se encontraban implicados activamente, y en algunos casos, profesionalmente, en la religión (Hinkle y Hinkle, 1954). Su objetivo en sociología era el mismo que tenían en sus vidas religiosas. Su deseo era mejorar la vida de las personas (Vidich y Lyman, 1985). En algunos casos (como en el de Comte) la sociología se convirtió en una religión. En otros, sus teorías sociológicas exhiben una marca inconfundiblemente religiosa. Durkheim dedicó una de sus prin-

cipales obras a la religión. Una gran parte de la obra de Weber está dedicada a las religiones del mundo. Marx también se mostró interesado por la religiosidad, pero su orientación era más crítica.

## Crecimiento de la ciencia

En el curso del desarrollo de la teoría sociológica tuvo lugar un creciente interés por la ciencia, no sólo en las universidades, sino también en la sociedad en su conjunto. Los productos tecnológicos de la ciencia impregnaban todos los sectores de la vida, y la ciencia adquirió un fabuloso prestigio. A los intelectuales vinculados a las ciencias que más éxitos acumulaban (la física, la biología y la química) se les otorgaban lugares preferentes en la sociedad. Los sociólogos (especialmente Comte, Durkheim, Spencer, Mead y Schutz) se preocuparon desde el principio por la ciencia, y muchos querian modelar la sociología a partir de las ciencias de la física y la química, que habían obtenido un gran éxito. Sin embargo, en seguida surgió un debate entre los que aceptaban de buen grado el modelo científico y los que (como Weber) pensaban que las características particulares de la vida social dificultaban y hacían no recomendable la adopción de un modelo absolutamente científico. La cuestión de la relación entre la sociología y la ciencia aún se debate, aunque una sola ojeada a las principales revistas del área indica el predominio de los que apoyan la sociología como ciencia.

Estos son sólo algunos de los principales factores sociales que desempeñaron papeles centrales en los primeros años de la teoría sociológica. La influencia de estos factores se clarificará a medida que analicemos a los diversos teóricos a lo largo del libro.

Aunque los factores sociales son importantes, concedemos más importancia en este capítulo a las fuerzas intelectuales que desempeñaron un papel central en la configuración de la teoría sociológica. Por supuesto, en el mundo real los factores intelectuales son inseparables de las fuerzas sociales. Por ejemplo, en la discusión de la Ilustración que aparece más adelante nos percatamos de que ese movimiento está íntimamente relacionado con los cambios sociales discutidos arriba, y en muchos casos proporciona su base intelectual.

# FUERZAS INTELECTUALES Y SURGIMIENTO DE LA TEORIA SOCIOLOGICA

Las numerosas fuerzas intelectuales que configuraron el desarrollo de las teorías sociológicas clásicas se analizan en el contexto nacional en el que se dejó sentir su influencia. Comenzamos con la Ilustración y su influencia en el desarrollo de la teoría sociológica en Francia.

## La Ilustración y la fundación de la sociología en Francia

Numerosos observadores piensan que, a la luz de la evolución posterior de la sociología, la Ilustración constituye un desarrollo crítico (Hawthorn, 1976; Nisbet, 1967; Seidman, 1983; Zeitlin, 1981, 1990). La Ilustración fue un periodo de notable desarrollo y cambio intelectual en el pensamiento filosófico [3]. Algunas ideas y creencias que han prevalecido —muchas relacionadas con la vida social— fueron superadas y reemplazadas durante la Ilustración. Los pensadores más importantes asociados con la Ilustración son los filósofos franceses Charles Montesquieu (1689-1755) y Jean Jacques Rousseau (1712-1778). Sin embargo, la influencia de la Ilustración en la teoría sociológica fue más indirecta y negativa que directa y positiva. Como ha señalado Irving Zeitlin: «La sociología se desarrolló inicialmente como una reacción a la Ilustración» (1981: 10).

Después de todo, los pensadores vinculados a la Ilustración estuvieron influidos por dos corrientes intelectuales: la filosofía y la ciencia del siglo XVII.

La filosofía del siglo XVII estaba asociada a la obra de pensadores tales como René Descartes, Thomas Hobbes y John Locke. El interés fundamental se centraba en la producción de sistemas ambiciosos, generales y altamente abstractos de ideas que tuvieran sentido racional. Pensadores más tardíos relacionados con la Ilustración no rechazaron la idea de que los sistemas de ideas debían ser generales y tener un sentido racional, pero hicieron grandes esfuerzos por derivar sus ideas del mundo real y verificarlas en él. En otras palabras, deseaban combinar la investigación empírica con la razón (Seidman, 1983: 36-37). El modelo para llevar a cabo esa combinación era el científico, especialmente la física newtoniana. En esos momentos se produjo el nacimiento de la aplicación del método científico a las cuestiones sociales. Por otro lado, no sólo los pensadores de la Ilustración querían que sus ideas se derivaran, al menos en parte, del mundo real, sino que también deseaban que fueran útiles para el mundo social, especialmente para el análisis crítico de ese mundo.

En general, la Ilustración se caracterizó por la creencia de que las personas podían comprender y controlar el universo mediante la razón y la investigación empírica. Pensaban que del mismo modo que el mundo físico se regía de acuerdo con leyes naturales, era probable que el mundo social también tuviera sus propias leyes. Por tanto, mediante el empleo de la razón y la investigación científica, al filósofo atañía descubrir esas leyes sociales. Una vez comprendido el funcionamiento del mundo social, los pensadores de la Ilustración se trazaron una meta práctica: la creación de un mundo más racional y «mejor».

Como hacían hincapié en la importancia de la razón, los filósofos de la

---

[3] Este apartado se basa en la obra de Irving Zeitlin (1981, 1990). Aunque presentamos aquí el análisis de Zeitlin debido a su coherencia, es necesario manifestar que tiene algunas limitaciones: hay mejores análisis de la Ilustración, existen muchos otros factores implicados en la configuración del desarrollo de la sociología y, además, Zeitlin tiende a exagerar sus propios puntos de vista (por ejemplo, la influencia de Marx). Pero en conjunto, Zeitlin nos ofrece un punto de partida útil para nuestros objetivos en este capítulo.

Ilustración tendían a rechazar las creencias en la autoridad tradicional. Cuando estos pensadores examinaban los valores y las instituciones tradicionales, solían encontrarlas irracionales; es decir, opuestas a la naturaleza humana e inhibidoras del desarrollo y crecimiento humano. La misión de estos filósofos de la Ilustración prácticos e inclinados al cambio era, pues, superar estos sistemas irracionales.

**Reacción conservadora a la Ilustración.** El teórico más directa y positivamente influido por el pensamiento de la Ilustración fue Karl Marx, aunque produjo sus primeras ideas teóricas en Alemania. A primera vista pensamos que la teoría sociológica clásica francesa, así como la teoría de Marx, estuvo directa y positivamente influida por la Ilustración. Después de todo, ¿acaso no se convirtió la sociología francesa en una sociología racional, empírica, científica y orientada al cambio? La respuesta es que sí, pero no antes de que se formara por medio de un conjunto de ideas que se desarrollaron como reacción a la Ilustración. Para Seidman «La ideología de la contra-Ilustración supuso una inversión virtual del liberalismo de la Ilustración. En lugar de premisas modernistas, detectamos en los críticos de la Ilustración un profundo sentimiento antimodernista» (1983: 51). Como veremos, la sociología en general, y la sociología francesa en particular, constituyeron desde sus inicios una mezcolanza turbulenta de ideas en pro y en contra de la Ilustración.

La forma más extrema que adoptó la oposición a las ideas de la Ilustración fue la filosofía contrarrevolucionaria católica francesa representada fundamentalmente por las ideas de Louis de Bonald (1754-1840) y Joseph de Maistre (1753-1821). Estos hombres reaccionaron no sólo contra la Ilustración, sino también contra la Revolución Francesa, a la que consideraban como parte de un producto del pensamiento característico de la Ilustración. De Bonald, por ejemplo, mostraba especial disgusto por los cambios revolucionarios y recomendaba un regreso a la paz y armonía de la Edad Media. Dios era la fuente de la sociedad, por lo que la razón, de suma importancia para los filósofos de la Ilustración, era considerada inferior a las creencias religiosas tradicionales. Además, se pensaba que como Dios había creado la sociedad, los humanos no podían manipularla ni debían intentar cambiar una creación sagrada. Por extensión, de Bonald se oponía a todo lo que minara instituciones tradicionales tales como el patriarcado, la familia monógama, la monarquía y la Iglesia Católica. Limitarse a calificar la postura de de Bonald de conservadora es un error.

Aunque de Bonald representó una forma bastante extrema de la reacción conservadora, su obra constituye una introducción útil a sus premisas generales. Los conservadores se alejaron de lo que consideraban el racionalismo «naive» de la Ilustración. No sólo reconocían los aspectos irracionales de la vida social, sino que también les asignaban un valor positivo. Así, fenómenos tales como la tradición, la imaginación, la emoción y la religión constituían componentes útiles y necesarios de la vida social. Les disgustaba la revuelta y deseaban mantener el orden existente, y por ello deploraban desarrollos tales como la Revolución Francesa y la Revolución Industrial, considerados por ellos como

fuerzas destructivas. Los conservadores tendían a acentuar el orden social, tendencia que se convirtió en uno de los temas centrales de la obra de varios teóricos clásicos de la sociología.

Zeitlin (1981) expuso diez proposiciones principales que, en su opinión, definen la reacción conservadora y proporcionan la base del desarrollo de la teoría sociológica clásica.

1. Mientras que la mayoría de los pensadores de la Ilustración tendían a hacer hincapié en el individuo, la reacción conservadora llevó a un mayor interés por la sociedad y otros fenómenos de gran alcance. La sociedad se consideraba como algo más que un mero agregado de individuos. Pensaban que la sociedad existía *per se*, con sus propias leyes de desarrollo y sus profundas raíces en el pasado.
2. La sociedad era la unidad de análisis más importante; se le confería más importancia que al individuo. Era la sociedad la que creaba al individuo, fundamentalmente a través del proceso de socialización.
3. El individuo no constituía ni siquiera el elemento más básico de la sociedad. Una sociedad se componía de elementos tales como roles, posiciones, relaciones, estructuras e instituciones. Los individuos ni siquiera eran considerados como los protagonistas de esas unidades de la sociedad.
4. Se creía que las partes de una sociedad estaban interrelacionadas y eran interdependientes. En efecto, estas interrelaciones constituían la principal base de la sociedad. Esta visión les confirió una orientación política conservadora. Es decir, debido a que las partes se suponían interrelacionadas, manipular una de ellas podía conducir a la destrucción de las otras partes y, consecuentemente, del sistema en su conjunto. Ello suponía que la introducción de cambios en el sistema social debía realizarse con suma precaución.
5. Se contemplaba el cambio como una amenaza no sólo para la sociedad y sus componentes sino también para los individuos de la sociedad. Los diversos componentes de la sociedad satisfacían supuestamente las necesidades de las personas. Cuando las instituciones se destruían, la gente probablemente sufría, y tal sufrimiento desembocaría con probabilidad en el desorden social.
6. La tendencia general era creer que los diversos componentes de la sociedad eran útiles tanto para la sociedad como para el individuo. En consecuencia, apenas existía el deseo de reflexionar acerca de los efectos negativos de las estructuras y las instituciones sociales existentes.
7. Pequeñas unidades como la familia, el vecindario y los grupos religiosos y ocupacionales también eran calificados de esenciales para los individuos y la sociedad. Proporcionaban los entornos íntimos y de interrelación personal que las personas necesitaban para sobrevivir en las sociedades modernas.

8. Existía una cierta tendencia a interpretar que cambios sociales como la industrialización, la urbanización y la burocratización tenían efectos desorganizadores. Se contemplaban estos cambios con temor e inquietud y existía gran interés en idear alguna manera de manejar sus efectos destructores.
9. Aunque gran parte de estos temidos cambios daba lugar a una sociedad más racional, la reacción conservadora llevaba a reconocer la importancia de los factores no racionales (por ejemplo, el ritual, la ceremonia y el culto) de la vida social.
10. Finalmente, los conservadores apoyaban la existencia de un sistema social jerárquico. Se confería tanta importancia de la sociedad como a la existencia de un sistema diferencial de estatus y recompensas.

Estas diez proposiciones que resumen la reacción conservadora a la Ilustración deben considerarse como la base intelectual más inmediata del desarrollo de la teoría sociológica en Francia. Muchas de estas ideas penetraron profundamente en el pensamiento sociológico temprano, aunque algunas de las ideas de la Ilustración (el empirismo, por ejemplo) también ejercieron gran influencia.

Aunque hemos subrayado las discontinuidades entre la Ilustración y la contra-Ilustración, Siedman defiende que existían vínculos y afinidades entre ellas. En primer lugar, la contra-Ilustración prolongaba la tradición científica desarrollada por la Ilustración. En segundo lugar, adoptó el interés de la Ilustración por las colectividades (como opuestas a los individuos) y las estudió en profundidad. Y en tercer lugar, ambas se interesaron por los problemas del mundo moderno, especialmente por sus efectos negativos sobre los individuos.

Pasaremos ahora a la fundación real de la sociología como disciplina distintiva y, específicamente, a la obra de tres pensadores franceses, Claude Saint-Simon, Auguste Comte y, sobre todo, Emile Durkheim.

***Claude Henri Saint-Simon (1760-1825).*** Saint-Simon era mayor que Auguste Comte quien, de hecho, trabajó en su juventud como secretario y discípulo de aquél. Existe una gran similitud entre las ideas de ambos pensadores, pero un amargo debate entre los dos les condujo a su separación final (Thompson, 1975). Como suele considerarse a Comte más importante en la fundación de la sociología, dedicaremos sólo algunas palabras al pensamiento de Saint-Simon.

El aspecto más interesante de Saint-Simon fue su importancia, tanto para el desarrollo de la teoría sociológica conservadora como para el de la marxiana (que, en muchos aspectos, se oponía a la teoría conservadora). Desde el punto de vista conservador, Saint-Simon pretendía preservar la sociedad tal y como era, pero no anhelaba el regreso a la vida de la Edad Media que promovían de Bonald y de Maistre. Además, era un *positivista* (Durkheim, 1928/1962: 142), es decir, creía que el estudio de los fenómenos sociales debía emplear las mismas técnicas científicas que las ciencias naturales. Desde el punto de vista radical, Saint-Simon previó la necesidad de reformas socialistas, especialmente la

planificación centralizada del sistema económico. Pero Saint-Simon no fue tan lejos como Marx. Aunque ambos previeron que los capitalistas suplantarían a la nobleza feudal, a Saint-Simon le parecía inconcebible que la clase trabajadora pudiera sustituir a los capitalistas. Encontramos muchas de las ideas de Saint-Simon en la obra de Comte, por lo que a continuación pasamos a hacer un breve examen de la misma.

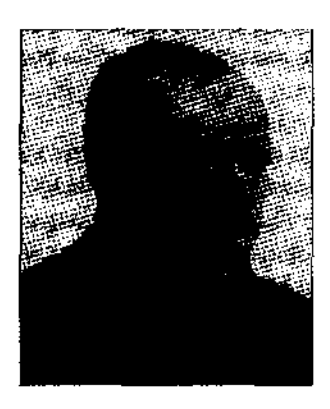
***Auguste Comte (1798-1857).*** Comte fue el primero en utilizar el término *sociología.* Ejerció una profunda influencia en los teóricos posteriores de la sociología (especialmente en Herbert Spencer y en Emile Durkheim). Y creía que el estudio de la sociología debía ser científico, al igual que muchos teóricos clásicos y la mayoría de los sociólogos contemporáneos (Lenzer, 1975).

La obra de Comte puede considerarse, al menos en parte, como una reacción contra la Revolución Francesa y la Ilustración, a la que consideraba la principal causa de la revolución (1830-1842/1855). Se sentía profundamente perturbado por la anarquía que reinaba en la sociedad y se mostraba crítico frente a los pensadores franceses que habían engendrado la Ilustración y apoyado la revolución. Desarrolló su perspectiva científica, el «positivismo» o «filosofía positiva», para luchar contra lo que consideraba la filosofía destructiva y negativa de la Ilustración. Comte se alineaba con los católicos contrarrevolucionarios franceses (especialmente de Bonald y de Maistre), de los que experimentó su influencia. Sin embargo, al menos por dos razones, su obra debe ser analizada al margen de la de éstos. Primera, no creía posible el regreso a la Edad Media, pues los avances científicos e industriales hacían imposible ese regreso. Segunda, desarrolló un sistema teórico bastante más sofisticado que sus predecesores, un sistema que configuró una gran parte de la temprana sociología.

Comte desarrolló su *física social*, o lo que en 1822 denominó *sociología*, para luchar contra las filosofías negativas y la anarquía perjudicial que, desde su punto de vista, reinaban en la sociedad francesa. El uso del término *física social* evidenciaba el afán de Comte por modelar la sociología a partir de las «ciencias duras». Esta nueva ciencia, que para él terminaría por ser *la* ciencia dominante, debía ocuparse tanto de la estática social (de las estructuras sociales existentes) como de la dinámica social (del cambio social). Aunque ambas implicaban la búsqueda de las leyes de la vida social, Comte percibía que la dinámica social era más importante que la estática social. Este interés por el cambio reflejaba su interés por la reforma social, particularmente la de los males creados por la Revolución Francesa y la Ilustración. Comte no recomendaba el cambio revolucionario, pues consideraba que la evolución natural de la sociedad mejoraría las cosas. Las reformas eran necesarias sólo para empujar levemente el proceso.

Esto nos lleva a la piedra angular del enfoque de Comte: su teoría de la evolución o *ley de los tres estadios*. La teoria propone que existen tres estadios intelectuales a través de los que la historia del mundo ha avanzado. De acuerdo

## AUGUSTE COMTE: Reseña biográfica



Auguste Comte nació en Montpellier, Francia, el diecinueve de enero de 1798. Aunque fue un estudiante precoz, no llegó a obtener un título universitario, hecho que influyó negativamente en su carrera docente. En 1818 se convirtió en secretario (e «hijo adoptivo» [Manuel, 1962: 251]) de Claude Henri Saint-Simon, un filósofo treinta y ocho años mayor que Comte. Trabajaron juntos durante varios años, pero en 1824 se separaron porque Comte pensaba que Saint-Simon no daba suficiente crédito a sus ideas. Más tarde Comte escribiría sobre su relación con Saint-Simon calificándola de «enseñanza mórbida recibida en su adolescencia e impartida por un maquinador depravado» (Durkheim, 1928/1962: 144). A pesar de la hostilidad tardía que sintió hacia Saint-Simon, Comte solía reconocer su deuda con él: «Ciertamente, le debo mucho intelectualmente... contribuyó poderosamente a que me orientara en una dirección filosófica que no he abandonado y que mantendré sin lugar a dudas durante toda mi vida» (Durkheim, 1928/1962: 144).

En 1826 Comte planificó un curso integrado por setenta y dos lecciones públicas sobre su filosofía de la vida. El curso atrajo un público distinguido, pero su marcha se vio interrumpida después de la tercera lección debido a una crisis nerviosa. Comte siguió padeciendo problemas mentales y en 1827 intentó suicidarse arrojándose al río Sena.

Aunque no llegó a ocupar una posición fija en la Ecole Polytechnique, Comte logró un pequeño trabajo como lector en 1832. En 1837 le fue concedido un puesto adicional de examinador para la admisión en la Escuela que, por vez primera, le proporcionó unos ingresos apropiados. Durante este periodo Comte trabajó en los seis volúmenes de lo que sería su obra más conocida, *Cours de Philosophie Positive*, publicada finalmente en 1842. En ella exponía una perspectiva según la cual la sociología constituía la ciencia última, al tiempo que arremetía contra la Ecole Polytechnique, a resultas de lo cual en 1844 no se le renovó su contrato de ayudante. En 1851 terminó los cuatro volúmenes de su obra *Système de Politique Positive*, que constituía un esfuerzo más práctico por ofrecer un plan magno para la reorganización de la sociedad.

Comte tenía ideas extravagantes. Por ejemplo, creía en la «higiene cerebral», es decir, evitaba la lectura de las obras de los demás, y como consecuencia de ello llegó a estar completamente al margen de las principales corrientes intelectuales de su tiempo. Comte también soñaba con llegar a ser sumo sacerdote de una nueva religión de la humanidad; creía en un mundo que finalmente sería gobernado por sociólogos-sacerdotes. A pesar de sus ideas excéntricas, atrajo a numerosos seguidores tanto en Francia como en otros países.

Auguste Comte murió el cinco de septiembre de 1857.

con Comte, no sólo el mundo atraviesa este proceso, sino también los grupos, las sociedades, las ciencias, los individuos e incluso la mente de las personas. El primero es el estadio *teológico* y define el mundo anterior a 1300. Durante este periodo el sistema principal de ideas enfatizaba la creencia de que los poderes sobrenaturales, las figuras religiosas, diseñadas a partir del hombre, constituían la raiz y el origen de todo. En particular, se pensaba que era Dios quien había creado el mundo social y físico. El segundo estadio es el *metafísico* y se sitúa aproximadamente entre 1300 y 1800. Este estadio se caracterizó por la creencia en que las fuerzas abstractas, como la «naturaleza», lo explicaban todo mejor que los dioses personalizados. Finalmente, en 1800 comenzó el estadio *positivo*, caracterizado por la creencia en la ciencia. En este estadio la gente tendia a abandonar la búsqueda de las causas absolutas (Dios o la naturaleza) para concentrarse en la observación del mundo físico y social y en la búsqueda de las leyes que lo regian.

Es evidente que en su teoría del mundo Comte se centró en los factores intelectuales. En efecto, afirmaba que el desorden intelectual era la causa del desorden social. El desorden se derivaba de los antiguos sistemas de ideas (teológico y metafísico) que seguían existiendo en la edad positivista (científica). Sólo cuando el positivismo se hiciera con el control total cesarían las revueltas sociales. Como se trataba de un proceso evolutivo parecía innecesario fomentar la revuelta social y la revolución. El positivismo llegaria tarde o temprano, aunque quizás no tan rápido como algunos deseaban. Aquí el reformismo social de Comte y su sociologia coinciden. La sociología podía acelerar la llegada del positivismo y conferir orden al mundo social. Sobre todo, Comte no deseaba que se pensara en él como partidario de la revolución. Desde su punto de vista existía ya suficiente desorden en el mundo. En cualquier caso, lo realmente necesario a los ojos de Comte era el cambio intelectual y apenas podian aducirse razones para apoyar la revolución social y política.

Así pues, hemos tratado algunas posturas de Comte que ejercieron una gran influencia en el desarrollo de la sociologia clásica: su conservadurismo, reformismo y cientifismo básicos, y su perspectiva evolucionista del mundo. Merecen también mención otros aspectos de su obra, debido a que desempeñaron un papel importante en el desarrollo de la teoría sociológica. Por ejemplo, su sociología *no* se centraba en el individuo sino que empleaba como unidad básica de análisis entidades más complejas como la familia. También recomendaba el análisis *conjunto* de la estructura y del cambio social. El énfasis de Comte en el carácter sistémico de la sociedad —los vínculos entre sus diversos componentes— tuvo una gran importancia para la teoría sociológica posterior, especialmente para la obra de Spencer y Parsons. También otorgaba Comte importancia al papel del consenso en la sociedad: para él carecia de atractivo la idea de que la sociedad se caracterizaba por el conflicto inevitable entre los trabajadores y los capitalistas. Además, subrayaba la necesidad de elaborar teorías abstractas, salir al exterior y hacer investigación sociológica. Recomendaba que los sociólogos hicieran uso de la observación, la experimentación y el análisis histórico

comparado. Por último hay que decir que Comte era un elitista: creía que la sociología se convertiría finalmente en la fuerza científica dominante del mundo debido a su específica capacidad de interpretar las leyes sociales y de desarrollar reformas para solventar los problemas del sistema.

Comte se situó a la cabeza del desarrollo de la sociologia positivista (Bryant, 1985; Halfpenny, 1982). Para Jonathan Turner, el positivismo de Comte recalcaba que «el universo social está sujeto al examen del desarrollo de leyes abstractas que pueden verificarse a través de la recolección cuidadosa de datos», y «estas leyes abstractas denotan las propiedades básicas y generales del universo social y especifican sus "relaciones naturales"» (1985: 24). Como veremos más adelante, algunos teóricos clásicos (especialmente Spencer y Durkheim) compartieron el interés de Comte por el descubrimiento de las leyes de la vida social.

Aunque Comte carecía de una base académica sólida para construir una escuela de teoría sociológica comtiana, proporcionó, sin embargo, los fundamentos para el desarrollo de una importante corriente de teoría sociológica. Pero sus sucesores en la sociología francesa y, en especial, el heredero de muchas de sus ideas, Emile Durkheim, ensombrecieron levemente la trascendencia ulterior de su figura.

***Emile Durkheim (1858-1917).*** Aunque para Durkheim, como para Comte, la Ilustración constituyó una influencia negativa, en ambos casos tuvo efectos positivos sobre su obra (por ejemplo, el interés por la ciencia y el reformismo social). Sin embargo, a Durkheim se le considera más propiamente el heredero de la tradición conservadora, especialmente tal y como se manifestaba en la obra de Comte. Pero mientras Comte se mantuvo apartado de los círculos académicos, Durkheim legitimó la sociología en Francia y su obra se convirtió en una fuerza dominante en el desarrollo de la sociología en general, y de la teoría sociológica en particular.

Durkheim era políticamente liberal, pero intelectualmente adoptó una postura más conservadora. Al igual que Comte y los contrarrevolucionarios católicos, Durkheim temía y odiaba el desorden social. El móvil fundamental de su obra fueron los desórdenes que produjeron los cambios sociales generales analizados en el principio de este capítulo, así como otros muchos (como los conflictos laborales, el derrocamiento de la clase dominante, la discordia entre la Iglesia y el Estado y el nacimiento del antisemitismo político) más específicos de la Francia de Durkheim (Karady, 1983). De hecho, gran parte de su obra está dedicada al estudio del orden social. Su opinión era que los desórdenes sociales *no* constituían una parte necesaria del mundo moderno y podían solucionarse mediante la introducción de reformas sociales. Mientras que Marx pensaba que los problemas del mundo moderno eran inherentes a la sociedad, Durkheim (junto con la mayoría de los teóricos clásicos) disentía de aquél. Por tanto, las ideas de Marx sobre la necesidad de la revolución social contrastaban radicalmente con las del reformismo de Durkheim y otros. A medida que la teoría

sociológica clásica se desarrollaba, lo que predominaba en ella era el interés durkheimiano por el orden y la reforma, mientras se eclipsaba la postura marxiana.

En dos libros publicados a finales del siglo XIX, Durkheim desarrolló una concepción distintiva del objeto de estudio de la sociología y pasó a su verificación en un estudio empírico. En *Las reglas del método sociológico* (1895/1964), Durkheim argüía que la tarea especial de la sociología era el estudio de lo que él denominaba *hechos sociales*. Concebía los hechos sociales como fuerzas (Takla y Pope, 1985) y estructuras externas al individuo y coercitivas. El estudio de estas estructuras y fuerzas —por ejemplo, el derecho institucionalizado y las creencias morales compartidas— y su efecto en las personas se convirtió en la

## EMILE DURKHEIM: Reseña biográfica



Emile Durkheim nació el quince de abril de 1858 en Epinal, Francia. Descendía de una larga estirpe de rabinos y él mismo comenzó los estudios para convertirse en rabino, pero cuando llegó a la adolescencia rechazó su herencia y abrazó el agnosticismo. Desde entonces, el interés que mantuvo de por vida por la religión fue más académico que teológico. Se sentía insatisfecho no sólo con su formación religiosa, sino también con la educación general que había recibido y su hincapié en la literatura y las materias estéticas. Ansiaba aprender los métodos científicos y los principios morales que guiaban la vida social. Se negó a seguir una carrera académica tradicional de filosofía y en su lugar se esforzó por adquirir los conocimientos científicos que se requerían para contribuir a la dirección moral de la sociedad. Aunque se interesó por la sociología científica, en su época no existía un campo específico para esta disciplina, por lo que entre 1882 y 1887 enseñó filosofía en varios institutos de la región de Paris.

Su anhelo de ciencia aumentó tras un viaje a Alemania, donde se encontró con la psicología científica cuyo precursor era Wilhelm Wundt. Durante los años inmediatamente posteriores a su viaje a Alemania, Durkheim publicó una abundante serie de trabajos sobre sus experiencias en aquel país. Estas publicaciones le ayudaron a obtener en 1887 un empleo en el departamento de Filosofía de la Universidad de Burdeos. Así, Durkheim impartió el primer curso de ciencia social en una universidad francesa. Fue éste un logro particularmente asombroso, ya que hacía sólo una década que la sola mención de Auguste Comte en una tesis habría provocado furor en la universidad francesa. Sin embargo, la principal responsabilidad docente de Durkheim eran sus cursos pedagógicos a maestros. Su curso más importante versó sobre la educación moral. Su propósito era comunicar a los educadores el

sistema moral que esperaba que transmitieran a los jóvenes, con el fin de detener la degeneración moral que percibía en la sociedad francesa.

Los siguientes años se caracterizaron por una serie de éxitos personales. En 1893 publicó su tesis doctoral, escrita en francés, *La división del trabajo social*, y su tesis en latín sobre Montesquieu. Su principal trabajo metodológico, *Las reglas del método sociológico*, apareció en 1895 seguido (en 1897) por su aplicación empírica de esos métodos en el estudio de *El suicidio*. En 1896 ya era profesor de la Universidad de Burdeos con plena dedicación. En 1902 se incorporó a *La Sorbonne*, la famosa universidad francesa. En 1906 se le nombró profesor de ciencias de la educación, denominación que se modificaría en 1913 para pasar a llamarse profesor de ciencias de la educación *y sociología*. En 1912 se publicó otra de sus más famosas obras, *Las formas elementales de la vida religiosa*.

En la actualidad se suele considerar a Durkheim, desde el punto de vista político, como un conservador y, sin lugar a dudas, su influencia sobre la sociología ha sido de orientación conservadora. Pero en su época se le consideraba un liberal, como se hace evidente en el activo papel público que desempeñó en la defensa de Alfred Dreyfus, el judío capitán del ejército cuyo consejo de guerra por traición fue considerado por muchos como una manifestación de antisemitismo.

Durkheim se sintió profundamente ofendido por el caso Dreyfus, particularmente por el antisemitismo que entrañaba. Pero no atribuyó este antisemitismo al racismo de los franceses. De un modo característico, lo consideraba un síntoma de la enfermedad que padecía la sociedad francesa en su conjunto. Señaló:

> Cuando una sociedad sufre, siente la necesidad de encontrar a alguien a quien pueda hacer responsable de sus males, en quien poder vengar sus desgracias: y aquellos a los que la opinión pública discrimina ya están naturalmente designados para ese papel. Son los parias que sirven de chivo expiatorio. Lo que me confirma en esta idea es la forma en que fue acogido el resultado del juicio de Dreyfus en 1894. Hubo una explosión de alegría en los bulevares. La gente celebró como un triunfo lo que debió haber sido motivo de duelo nacional. Al fin sabían a quién culpar de las penurias económicas y la miseria moral que sufrían. Todo era culpa de los judíos. La acusación había sido oficialmente demostrada. Por este solo hecho las cosas parecían ya ir mejor y la gente se sentía consolada.
>
> (Durkheim en Lukes, 1972: 345)

Así, el interés de Durkheim en el caso Dreyfus nacía de su profunda y prolongada preocupación por la moralidad y por la crisis moral que experimentaba la sociedad moderna.

Para Durkheim, la respuesta al caso Dreyfus y a crisis semejantes consistía en remediar el desorden moral que reinaba en la sociedad. Como no se podía conseguir rápida y fácilmente, Durkheim sugirió que se realizaran acciones más específicas, tales como la represión dura de los que fomentaban el odio hacia otras personas. También instaba al gobierno a que hiciera público el mal comportamiento de la gente. Aconsejaba a las personas que «tuvieran el coraje de proclamar en voz alta lo que pensaban, y que se unieran para triunfar en la lucha contra la locura pública» (Lukes, 1972: 347).

El interés de Durkheim (1928) por el socialismo también puede tomarse como otra evidencia contra la idea de que era un conservador, pero su socialismo era harto diferente del que representaban Marx y sus seguidores. De hecho, Durkheim señaló que el marxismo era un conjunto de «hipótesis dudosas y anticuadas» (Lukes, 1972: 323). Para Durkheim, el socialismo representaba un movimiento encaminado hacia la regeneración moral de la sociedad por medio de la moralidad científica, por lo que no sentía interés alguno por los métodos políticos o los aspectos económicos del socialismo. No contemplaba al proletariado como la salvación de la sociedad, y se oponía radicalmente a la agitación y la violencia. El socialismo de Durkheim difiere mucho de lo que entendemos actualmente por socialismo; para él consistía simplemente en un sistema que siguiera los principios morales descubiertos por una sociología científica.

Como podrá comprobarse a lo largo de este libro, Durkheim ejerció una profunda influencia en el desarrollo de la sociología. Además, a través de la revista *L'année sociologique*, fundada por él en 1898, influyó también en otras muchas áreas y alrededor de la revista surgió un círculo intelectual cuyo centro era Durkheim. A través de ella, él y sus ideas dejaron una profunda huella en campos tales como la antropología, la historia, la lingüística y —lo que es curioso, teniendo en cuenta sus primeros ataques contra la disciplina— la psicología.

Durkheim murió el quince de noviembre de 1917, fecha rememorada en los círculos intelectuales franceses, pero no sería hasta veinte años después de su muerte cuando su obra comenzara a influir en la sociología estadounidense a raíz de la publicación de *La estructura de la acción social* (1937) de Talcott Parsons.

preocupación de muchos teóricos de la sociología posteriores (de Parsons, por ejemplo). Durkheim no se contentó simplemente con definir el objeto de estudio de la sociología; quería también demostrar la utilidad de ese enfoque mediante la investigación sociológica. Escogió como tema el suicidio. En un libro titulado *El suicidio* (1897/1951), Durkheim razonaba que si se podía vincular un comportamiento individual como el suicidio con causas sociales (hechos sociales), ello supondría una prueba irrefutable de la importancia de la disciplina de la sociología. Ahora bien, Durkheim no examinó por qué el individuo A o B se suicidaba; más bien se interesaba por las causas de las diferencias entre las tasas de suicidio de diferentes grupos, regiones, países y categorías de personas (por ejemplo, casados y solteros). Su argumento principal era que la naturaleza y los cambios de los hechos sociales explicaban las diferencias entre las tasas de suicidio. Por ejemplo, la guerra o la depresión económica creaban probablemente un estado depresivo colectivo que, a su vez, elevaba las tasas de suicidio. Hay mucho más que decir sobre esta cuestión, pero lo que más nos interesa es el hecho de que Durkheim desarrollara una perspectiva distintiva de la sociología y se afanara por demostrar su utilidad en el estudio científico del suicidio.

En *Las reglas del método sociológico*, Durkheim distinguía entre dos tipos de hechos sociales: los materiales y los no materiales. Aunque analizó ambos tipos a lo largo de su obra, se centró más en los *hechos sociales no materiales* (por ejemplo, la cultura y las instituciones sociales) que en los *hechos sociales materiales* (por ejemplo, la burocracia y el derecho). Su interés por los hechos sociales no materiales quedó manifiesto en su primera gran obra, *La división del trabajo social* (1893/1964). Este trabajo se ocupaba del análisis comparado de aquello que mantenía unidas a las sociedades primitivas y modernas. Concluía que las sociedades primitivas se mantenían unidas fundamentalmente a través de hechos sociales no materiales, específicamente mediante una fuerte moral común o lo que él denominaba una «conciencia colectiva» intensa. Sin embargo, debido a la complejidad de la sociedad moderna, se había producido un descenso en la intensidad de esa conciencia colectiva. El lazo fundamental de unión del mundo moderno era la intrincada división del trabajo que unía unas personas a otras mediante relaciones de dependencia. Sin embargo, Durkheim percibió que la división moderna del trabajo producía diversas «patologías»; en otras palabras, era un método inadecuado para mantener a la sociedad unida. Conforme a su sociología conservadora, Durkheim no creía en la necesidad de la revolución para resolver estos problemas, y sugirió una diversidad de reformas que podían «arreglar» el sistema moderno y mantenerlo en funcionamiento. Aunque reconocía que era imposible regresar a los tiempos en los que predominaba una poderosa conciencia colectiva, creía que se podía reforzar la moral común en la sociedad moderna para ayudar a las personas a hacer frente a las patologías que experimentaban.

En sus últimas obras los hechos no materiales ocupan una posición más importante si cabe. De hecho, en su última gran obra —*Las formas elementales de la vida religiosa* (1912/1965)— se embarcó en el análisis de la que tal vez sea la forma más esencial de un hecho no material: la religión. En esa obra Durkheim examina la sociedad primitiva con el fin de encontrar las raíces de la religión. Creía más fácil encontrar esas raíces en la sociedad primitiva, más simple en términos comparados, que en el complejo mundo moderno. Llegó a la conclusión de que la fuente de la religión era la sociedad *per se*. La sociedad era la que definía ciertas cosas como religiosas y otras como profanas. Específicamente, en el caso que estudió, el clan era la fuente de un tipo primitivo de religión, el *totemismo*, en el que se deificaba a plantas y animales. A su vez, el totemismo era considerado como un tipo específico de hecho social no material, una forma de conciencia colectiva. Al final, Durkheim llegó a manifestar que la sociedad y la religión eran fenómenos indistintos. La religión era el modo en que la sociedad se expresaba a sí misma bajo la forma de un hecho social no material. En cierto sentido, pues, Durkheim deificó la sociedad y sus principales productos. Evidentemente, al deificar la sociedad, Durkheim había adoptado una postura altamente conservadora: nadie debería querer trastocar una deidad *o* su fuente societal. Como identificaba la sociedad con Dios, Durkheim desaconsejaba la revolución social. Al contrario, era un reformador social dedi-

cado a buscar la manera de mejorar el funcionamiento de la sociedad. En estos y otros sentidos, Durkheim se alineaba claramente con la sociología conservadora francesa. El hecho de evitar muchos de sus excesos le convirtió en la figura más importante de la sociología francesa.

Estos libros y otras importantes obras contribuyeron a la constitución de un campo distintivo, propio de la sociología, en el mundo académico de la Francia de principios de siglo, a la vez que situaron a Durkheim a la cabeza del desarrollo de ese campo. En 1898 Durkheim fundó una revista especializada dedicada a la sociología, *L'année sociologique* (Besnard, 1983a). Esta revista se convirtió en una fuerza muy influyente para el desarrollo y la difusión de las ideas sociológicas. El objetivo de Durkheim era impulsar el desarrollo de la sociología, por lo que utilizó su revista como el punto focal para el desarrollo de un grupo de discípulos. Estos extenderían sus ideas y las aplicarían a otras áreas y al estudio de otros aspectos del mundo social (por ejemplo, la sociología del derecho y la sociologia de la ciudad) (Besnard, 1983a: 1). Hacia 1910, Durkheim había logrado hacer de Francia un poderoso centro de la sociología, y en esta nación encontramos los orígenes de la institucionalización académica de la sociología. (Para el análisis de desarrollos más recientes en la sociología francesa, véase Lemert [1981].)

## El desarrollo de la sociología alemana

Mientras la historia temprana de la sociología francesa constituye un relato harto coherente de la progresión desde la Ilustración y la Revolución Francesa hasta la reacción conservadora y de la creciente importancia que adquirían las ideas sociológicas de Saint-Simon, Comte y Durkheim, la sociología alemana estuvo fragmentada desde sus comienzos. Así, se produjo una brecha entre Marx (y sus seguidores), que se mantenían al filo de la sociología, y los primeros gigantes de la corriente principal de la sociología alemana: Max Weber y Georg Simmel[4]. Aunque la teoría marxiana se consideraba en sí misma inaceptable, sus ideas se introdujeron de diversas maneras, positivas y negativas, en la corriente principal de la sociología alemana. Nuestra discusión en este apartado se divide entre la teoría marxiana y no marxiana en Alemania.

**Raíces y naturaleza de las teorías de Karl Marx (1818-1883).** El filósofo alemán G.W.F. Hegel (1770-1831) ejerció la principal influencia intelectual sobre Karl Marx. La educación de Marx en la Universidad de Berlín estuvo profundamente influida por las ideas de Hegel, así como por la división que se produjo entre los seguidores de Hegel tras su muerte. Los «viejos hegelianos» siguieron subscribiendo las ideas del maestro, mientras los «jóvenes hegelia-

[4] Para un argumento, contrario al nuestro, que define la continuidad entre la sociología marxista y la corriente principal, véase Seidman (1983).

nos», aunque todavía continuaban trabajando dentro de la tradición hegeliana, se mostraban críticos con muchas facetas de su sistema filosófico. Entre los «jóvenes hegelianos» destaca la figura de Ludwig Feuerbach (1804-1872), quien intentó revisar las ideas de Hegel. Marx se vio influido tanto por las ideas de Hegel como por las revisiones de Feuerbach, pero amplió y combinó las dos filosofías de una forma novedosa y perspicaz.

Dos conceptos, la dialéctica y el idealismo, representan la esencia de la filosofía de Hegel (Hegel 1807/1967, 1821/1967). La idea de la dialéctica es harto complicada, sin embargo es preciso que la analicemos someramente. La *dialéctica* es tanto un modo de pensar como una imagen del mundo. Por un lado, es un modo de pensar que subraya la importancia de los procesos, las relaciones, las dinámicas, los conflictos y las contradicciones, una forma de reflexionar sobre el mundo más dinámica que estática. Por otro lado, es una visión según la cual el *mundo* no se compone de estructuras estáticas, sino de procesos, relaciones, dinámicas, conflictos y contradicciones. Aunque normalmente se relaciona a la dialéctica con Hegel, es seguro que la idea precede a este autor en la historia de la filosofía. Marx, formado en la tradición hegeliana, aceptó el significado de la dialéctica, pero criticó algunos aspectos del modo en que aquél la utilizaba. Por ejemplo, Hegel tendía a aplicar la dialéctica sólo a las ideas, mientras Marx pensaba que se aplicaba también a aspectos más materiales de la vida como la economía.

También se relaciona a Hegel con la filosofía del *idealismo*, que da más importancia a la mente y a los productos mentales que al mundo material. Aquí lo que más importa es la definición social de los mundos físico y material, no las palabras en sí mismas. En su forma extrema, el idealismo establece que *sólo* existen la mente y los constructos psicológicos. Algunos idealistas han creído que sus procesos mentales seguirían siendo los mismos incluso si el mundo físico y social dejara de existir. Los idealistas enfatizan no sólo los procesos mentales, sino también las ideas producidas por esos procesos. Hegel prestó una gran atención al desarrollo de tales ideas, especialmente a aquellas a las que se refería como el «espíritu» de la sociedad.

En efecto, Hegel produjo una suerte de teoría evolucionista del mundo en clave idealista. Al comienzo, las gentes contaban sólo con la capacidad de adquirir una comprensión sensorial del mundo que los rodeaba. Podían entender cosas tales como la visión, el olor o el tacto del mundo físico y social. Más tarde, desarrollaron la capacidad de ser conscientes y entenderse a sí mismos. Con el autoconocimiento y la autocomprensión, las personas llegaron a comprender que podrían ser más de lo que eran. En términos del enfoque dialéctico de Hegel, se desarrolló una contradicción entre lo que la gente era y lo que sentían que podrían ser. La solución a tal contradicción reside en el desarrollo de una conciencia individual del lugar que se ocupa en el gran espíritu de la sociedad. Los individuos llegan a darse cuenta de que su realización esencial consiste en el desarrollo y la expansión del espíritu de la sociedad como un todo. De esta manera, los individuos evolucionan, según el esquema de Hegel,

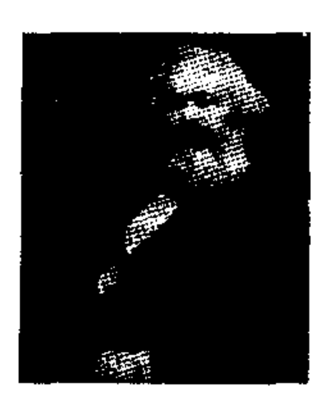
desde la comprensión de las cosas a la comprensión de sí mismos, y de aquí a la comprensión de su lugar en el más amplio esquema de las cosas.

Hegel ofrecía una teoría general de la evolución del mundo. Se trata de una teoría subjetiva, que sostiene que el cambio se produce en el nivel de la conciencia. No obstante, ese cambio ocurre en gran medida al margen del control de los actores. Los actores quedan reducidos a poco más que barcas que se dejan llevar por la inevitable evolución de la conciencia.

Ludwig Feuerbach fue un importante puente entre Hegel y Marx. Como joven hegeliano que era, Feuerbach criticó a Hegel, entre otras cosas, por la excesiva importancia que daba a la conciencia y al espíritu de la sociedad. La adopción de una filosofía materialista llevó a Feuerbach a sostener que era necesario moverse desde el idealismo subjetivo de Hegel hasta un nuevo centro de atención que apuntara no hacia las ideas, sino hacia la realidad material de los seres humanos reales. En su crítica a Hegel, Feuerbach se centró en la religión. Para él, Dios era una mera proyección de la esencia humana en una fuerza impersonal. Las gentes colocaban a Dios por encima de sí mismos, con el resultado de que terminaban alienados de un Dios en el que proyectaban una serie de características positivas (El es perfecto, omnipotente y santo), mientras se veían a sí mismos como seres imperfectos, impotentes y pecadores. Feuerbach proclamaba que este tipo de religión debía ser superado y que a su derrota debía contribuir una filosofía materialista en la que la gente (que no la religión) se convirtiera en su propio y más distinguido objeto, en un fin en sí mismo. La filosofía materialista deificaba a la gente real, no a las ideas abstractas como la religión.

Marx recibió la influencia de Hegel y Feuerbach, a la vez que criticó a *ambos*. Siguiendo a Feuerbach, Marx criticaba la adscripción de Hegel a una

**KARL MARX: Reseña biográfica**



Karl Marx nació el cinco de mayo de 1818 en Trier, Prusia. Su padre, abogado, proporcionó a la familia una existencia típica de clase media. Tanto su padre como su madre procedían de familias de rabinos, aunque por razones de trabajo el padre se convirtió al luteranismo.

En 1841 Marx se doctoró en filosofía por la Universidad de Berlín, un ambiente académico muy influido por Hegel y por los Jóvenes Hegelianos, que dispensaba a sus maestros un apoyo no exento de crítica. La tesis doctoral de Marx era un tratado filosófico denso que se asemeja poco a sus trabajos posteriores, más radicales y pragmáticos. Tras doctorarse comenzó a escribir en un periódico liberal-radical, y en diez meses se convirtió en su editor-jefe. Sin embargo, debido a sus opiniones políticas, el go-

bierno se apresuró a cerrar el periódico. Los primeros ensayos que Marx publicó en ese periódico comenzaron a reflejar varias de las ideas que le guiarían toda su vida. Eran opiniones liberales salpicadas de principios democráticos, humanismo e idealismo. Rechazaba el carácter abstracto de la filosofía hegeliana, el sueño ingenuo de los comunistas utópicos y a los activistas que recomendaban lo que él consideraba una acción política prematura. En su rechazo de estos activistas, Marx sentaba las bases de su propio trabajo:

> Los intentos prácticos, incluso los protagonizados por las masas, admiten la respuesta de un cañón en cuanto se vuelven peligrosos, pero las ideas que ganan nuestro intelecto y nos convencen, las ideas que la razón afianza en nuestra conciencia, constituyen cadenas de las que no nos podemos liberar sin romper nuestro corazón; son demonios que sólo se pueden vencer sometiéndolos.
>
> (Marx, 1842/1977: 20)

Marx se casó en 1843 e inmediatamente después se trasladó desde Alemania al clima más liberal de París. Allí continuó trabajando las ideas de Hegel y de los Jóvenes Hegelianos, pero también se centró en el estudio de dos nuevos conjuntos de ideas: el socialismo francés y la economía política inglesa. Fue la manera particular en la que combinó el hegelianismo, el socialismo y la economía política lo que modelaría su orientación intelectual. En esos momentos conoció al hombre que sería su amigo durante toda su vida, su benefactor y colaborador: Friedrich Engels (Carver, 1983). Hijo de un fabricante de tejidos, Engels era un socialista que criticaba las condiciones de la clase trabajadora. Gran parte de la compasión que sintió Marx por la miseria de la clase trabajadora procedía de su relación con Engels y sus ideas. En 1844 Engels y Marx mantuvieron una larga conversación en un famoso café de París que afianzó la relación que mantendrían durante sus vidas. De esta conversación, Engels comentó: «Nuestra total coincidencia en todos los campos teóricos se hizo manifiesta... y nuestra obra conjunta data de aquel tiempo» (McLellan, 1973: 131). Durante este periodo Marx produjo obras académicas (muchas no se publicaron hasta que murió) con las que pretendía desvincularse de la tradición hegeliana (por ejemplo, *La sagrada familia* y *La ideología alemana*), pero también escribió los *Manuscritos de economía y filosofía* de 1844, que integraban más apropiadamente todas las tradiciones intelectuales en las que estaba inmerso y anticipaban su creciente preocupación por la economía.

Aunque Marx y Engels compartían la misma orientación teórica, había muchas diferencias entre ellos. Marx tendía a ser un pensador abstracto, un intelectual desordenado y un hombre dedicado a su familia. Engels era un

filosofía idealista. Marx adoptó esta postura debido no sólo a su orientación materialista, sino también a su interés por las actividades prácticas. Hegel trataba los hechos sociales como la riqueza y el Estado como si fueran ideas, no entidades materiales reales. Incluso al analizar un proceso supuestamente material como el del trabajo, Hegel se ocupó sólo de su aspecto abstracto y mental.

pensador práctico, un hábil hombre de negocios, pulcro y metódico, y un mujeriego. A pesar de sus diferencias, Marx y Engels forjaron una profunda amistad que les llevó a la colaboración en la producción de libros y artículos y a trabajar unidos en organizaciones radicales. Es más, Engels ayudó económicamente a Marx durante el resto de su vida para que éste pudiera dedicarse con exclusividad al trabajo intelectual y político.

> Marx habría trabajado igual sin mí. Lo que Marx hizo yo no lo podré hacer jamás. Marx tenía mejores fundamentos, miraba más lejos, y se percataba de las cosas más lúcida y rápidamente que el resto de nosotros. Marx era un genio.
>
> (Engels, citado en McLellan, 1973: 131-132)

De hecho, no son pocos los que creen que Engels no llegó a comprender muchas de las sutilezas de la obra de Marx. Tras la muerte de Marx, Engels se convirtió en el principal portavoz de la teoría marxista y, en cierto sentido, la distorsionó y la simplificó en exceso.

Como algunos de sus escritos molestaban al gobierno prusiano, el gobierno francés (a petición del gobierno prusiano) expulsó en 1845 a Marx, quien se trasladó a Bruselas. Su radicalismo iba en aumento, hasta el punto de que se convirtió en miembro activo del movimiento revolucionario internacional. También ingresó en la Liga Comunista, que le solicitó que escribiera un documento (con Engels) en el que expusiera sus objetivos y creencias. El resultado fue *El manifiesto comunista* de 1848, una obra que se caracteriza por sus resonantes lemas políticos (por ejemplo, «¡Proletarios de todo el mundo, uníos!»).

En 1849 Marx se trasladó a Londres y, a la luz del fracaso de las revoluciones políticas de 1848, comenzó a apartarse de la actividad revolucionaria y a dedicarse al estudio disciplinado y meticuloso del funcionamiento del sistema capitalista. En 1852 comenzó sus famosos estudios en el Museo Británico sobre la condición de los trabajadores bajo el capitalismo. Estos estudios se plasmaron en los tres volúmenes de *El capital*, de los que se publicó el primero en 1867. Los otros dos volúmenes se publicarían tras su muerte. Vivió precariamente durante esos años, defendiéndose apenas con los escasos ingresos que le proporcionaban sus escritos y el apoyo económico de Engels. En 1863 Marx regresó a la actividad política ingresando en la *Internacional*, un movimiento internacional de los trabajadores. Pronto destacó en el movimiento y le dedicó varios años de su vida. Comenzó a adquirir fama como líder de la *Internacional* y autor de *El capital*. Pero la desintegración de la Internacional en 1876, el fracaso de varios movimientos revolucionarios y su propia enfermedad acabaron con la vida de Marx. Su mujer murió en 1881, su hija en 1882 y él el 14 de marzo de 1883.

Marx, sin embargo, se interesaba por el trabajo de las personas reales y conscientes. Así, desde el punto de vista de Marx, Hegel estaba equivocado. Además, Marx pensaba que el idealismo de Hegel conducía hacia una orientación política harto conservadora. Para Hegel, el proceso de la evolución tenía lugar con independencia del control y de las actividades de las personas. En cualquier

caso, como parecía que las personas adquirían una conciencia cada vez más acusada del mundo, no había necesidad de un cambio revolucionario; el proceso estaba encaminado ya en la dirección «deseada». Cualesquiera problemas que existieran residían en la conciencia, por lo que la respuesta estaba en un cambio del pensamiento.

Marx adoptó una postura muy diferente al manifestar que la raíz de los problemas de la vida moderna podía encontrarse en fuentes reales materiales (por ejemplo, en las estructuras del capitalismo) y que las soluciones, por tanto, residían *exclusivamente* en la destrucción de esas estructuras por medio de la acción colectiva de un gran número de personas (Marx y Engels, 1845/1956: 254). Mientras Hegel «mantenía el mundo en su mente» (es decir, se centraba en la conciencia, no en el mundo material), Marx construía firmemente su dialéctica sobre una base material.

Marx aplaudió la crítica que Feuerbach hizo de Hegel (por ejemplo, su materialismo y su rechazo del carácter abstracto de la teoría de Hegel), aunque estaba lejos de sentirse plenamente satisfecho con la propia postura de Feuerbach. Y ello debido a una razón fundamental: Feuerbach se centraba en el examen del mundo religioso, en tanto que Marx pensaba que lo que debía analizarse era el conjunto del mundo social y, en particular, la economía. Aunque Marx aceptaba el materialismo de Feuerbach, pensaba que éste había ido demasiado lejos al centrarse parcial y no dialécticamente en el mundo material. Feuerbach no había incorporado a su orientación materialista y, en particular, a la relación entre las personas y el mundo material, la contribución más importante de Hegel, la dialéctica. Finalmente, Marx manifestó que Feuerbach, como la mayoría de los filósofos, no se ocupaba de la praxis —la actividad práctica— ni, en concreto, de la actividad revolucionaria. Como Marx escribió «Hasta ahora los filósofos se han limitado a *interpretar* el mundo; sin embargo, ahora la cuestión es *cambiarlo*» (citado en Tucker, 1970: 109).

Marx extrajo lo que consideraba los dos elementos más importantes de estos dos pensadores —la dialéctica de Hegel y el materialismo de Feuerbach— y los incorporó a su propia orientación teórica, el *materialismo dialéctico*, que se centraba en las relaciones dialécticas en el mundo material.

El materialismo de Marx y su correspondiente análisis del sector económico le llevaron lógicamente a la obra de un grupo de *economistas políticos* (por ejemplo, Adam Smith y David Ricardo). Marx se sentía muy atraído por varias de sus posturas. Celebró su premisa básica de que el trabajo era la fuente de la riqueza. Ello condujo a Marx a la construcción de su *teoría del valor trabajo*, de acuerdo con la cual las ganancias de los capitalistas se basaban en la explotación de los trabajadores. Los capitalistas recurrían a la simple estratagema de pagar a los trabajadores menos de lo que merecían, ya que éstos recibían un salario menor del valor de lo que realmente producían con su trabajo. Este *valor añadido*, retenido y reinvertido por el capitalista, constituía la base de todo el sistema capitalista. El sistema capitalista crecía mediante el continuo aumento del grado de explotación de los trabajadores (y, por tanto, de la can-

tidad de valor añadido) y la inversión de las ganancias para la expansión del sistema.

Marx también se vio influido por la descripción que hicieron los economistas políticos de los horrores del sistema capitalista y la explotación de los trabajadores. Sin embargo, mientras aquellos describían los males del capitalismo, Marx criticaba a los economistas por considerar que esos males eran elementos inevitables del capitalismo. Marx deploraba su aceptación general del capitalismo y la manera en que animaban a la gente a que trabajara para progresar económicamente en el seno del sistema. También criticaba a los economistas por no valorar el conflicto intrínseco que se producía entre capitalistas y trabajadores y por negar la necesidad de un cambio radical en el orden económico. A Marx le era muy difícil aceptar estas teorías económicas conservadoras, dado su compromiso con el cambio radical del capitalismo al socialismo.

Marx no era sociólogo ni se consideraba a sí mismo como tal. Aunque su obra es demasiado extensa como para comprimirla en el término *sociología*, podemos encontrar una teoria sociológica en la obra de Marx. Hubo quienes recibieron desde el principio la profunda influencia de Marx, y existió y sigue existiendo una corriente continua de sociología marxista, fundamentalmente en Europa. Pero para la mayoría de los primeros sociólogos su obra constituía una fuerza negativa, en oposición a la cual daban forma a su propia sociología. Hasta hace muy poco tiempo, la teoria sociológica, especialmente la norteamericana, se ha caracterizado por la ignorancia o la hostilidad hacia la teoría marxiana. Como veremos en el Capítulo 2, esta situación ha cambiado de forma drástica durante las dos últimas décadas, pero la reacción negativa que produjo la obra de Marx constituyó un factor muy importante en la configuración de gran parte de la teoria sociológica (Gurney, 1981).

La razón fundamental de este rechazo de Marx era ideológica. Muchos de los primeros teóricos de la sociología heredaron la reacción conservadora a los desórdenes surgidos de la Ilustración y la Revolución Francesa. Temian y odiaban las ideas radicales de Marx y los cambios no menos radicales que promovió y predijo. Despreciaban a Marx en tanto que ideólogo y sostenian que no era propiamente un teórico de la sociologia. Sin embargo, la ideologia *per se* probablemente no fue la razón real del rechazo de Marx, ya que la obra de Comte, Durkheim y otros pensadores conservadores llevaba también una pesada carga ideológica. Era la naturaleza de la ideología, no la carga ideológica como tal, lo que disgustaba a muchos teóricos de la sociología, que estaban dispuestos a comprar una ideologia conservadora con un envoltorio de teoría sociológica, pero no la ideología radical que ofrecían Marx y sus seguidores.

Por supuesto, había también otras razones que explicaban por qué muchos de los primeros teóricos no le aceptaban. Les parecía que Marx era propiamente economista antes que sociólogo. Aunque los primeros sociólogos reconocían la importancia de la economía, probablemente pensaban que constituía sólo uno de los diversos componentes de la vida social.

Otra razón del temprano rechazo de Marx era la naturaleza de sus intereses.

Mientras que los primeros sociólogos reaccionaron frente al desorden surgido de la Ilustración, de la Revolución Francesa y de la posterior Revolución Industrial, a Marx no le preocupaban estos desórdenes —ni el desorden en general. Lo que más le interesaba y preocupaba era el carácter opresivo del sistema capitalista que emergía de la Revolución Industrial. El objetivo de Marx era desarrollar una teoria que explicara esa índole opresiva y contribuyera a la destrucción de ese sistema. El interés de Marx era la revolución, un interés opuesto a la preocupación conservadora por la reforma y el cambio ordenado.

Otra diferencia que merece destacarse es la que existía entre las raíces filosóficas de la teoría sociológica marxiana y la conservadora. La mayoría de los teóricos conservadores recibieron una profunda influencia de la filosofía de Immanuel Kant. Esto les condujo, entre otras cosas, a pensar en términos lineales y de causa-efecto. Es decir, tendían a pensar que un cambio en A (por ejemplo, el cambio ideológico durante la Ilustración) producía un cambio en B (por ejemplo, los cambios políticos de la Revolución Francesa). Sin embargo, como hemos visto, Marx recibió la influencia de Hegel, quien pensaba en términos dialécticos más que en términos de causas y efectos. Entre otras cosas, la dialéctica nos ayuda a comprender mejor los continuos efectos recíprocos de las fuerzas sociales. De este modo, un pensador dialéctico reconceptualizaría el ejemplo discutido más arriba como una interacción continua y sucesiva de las ideas y la política. De todos es conocida la dificultad de percibir las complicadas diferencias entre la filosofía kantiana y la hegeliana, pero lo que más nos importa para nuestros propósitos es que estas diferencias filosóficas básicas constituyeron una importante fuente de la reacción negativa de los primeros teóricos de la sociología frente a la teoría marxiana.

Se han escrito muchos libros sobre la substancia de la teoria de Marx. Marx publicó la mayor parte de sus obras en el segundo tercio del siglo XIX. Disponemos de la mayoría de sus obras, pero constituyen un cuerpo complicado de trabajo que no es fácil resumir.

En resumen, Marx ofreció una teoría de la sociedad capitalista fundamentada en su imagen de la naturaleza básica de los seres humanos. Marx creía que las personas eran esencialmente productivas; es decir, para sobrevivir, las personas necesitaban trabajar en y con la naturaleza. Al hacerlo, producían alimentos, ropa, herramientas y viviendas y satisfacían otras necesidades que les permitían vivir. Su productividad era un modo perfectamente natural de expresar sus impulsos creativos básicos. En otras palabras, las personas eran inherentemente sociales. Necesitaban trabajar juntas con el fin de producir lo que necesitaban para su supervivencia.

En el transcurso de la historia este proceso natural habia sido subvertido, al principio debido a las condiciones de vida de la sociedad primitiva y posteriormente a raíz de una diversidad de cambios estructurales introducidos por las sociedades en el curso de la historia. Dichas estructuras interferían de muchas maneras con el proceso productivo natural. Sin embargo, era en la sociedad capitalista donde esa interferencia se producía de una forma más aguda: la rup-

tura del proceso productivo natural alcanza su culminación en el sistema capitalista.

El capitalismo es en lo fundamental una estructura (o, para ser más precisos, una serie de estructuras) que impone barreras entre el individuo y el proceso de producción, los productos de ese proceso y los demás individuos; en última instancia, divide incluso al individuo mismo. Este es el significado básico del concepto de *alienación*: la ruptura de la interconexión natural entre las personas y entre las personas y lo que producen. La alienación se produce debido a que el capitalismo se desarrolla dentro de un sistema de dos clases en el que unos pocos capitalistas poseen los medios de producción, los productos y el tiempo de trabajo de los que trabajan para ellos. En la sociedad capitalista las personas producen de forma no natural para un pequeño grupo de capitalistas, en lugar de producir para sí mismas. Marx sentía una gran preocupación intelectual por las estructuras del capitalismo y por los efectos opresivos sobre sus actores. Políticamente, se fue orientando hacia la emancipación de las personas de las estructuras represoras del capitalismo.

En realidad, Marx dedicó un tiempo muy escaso a idear cómo sería un estado socialista utópico. Experimentaba mayor preocupación por contribuir a la derrota del capitalismo. Creía que las contradicciones y los conflictos del capitalismo conducirían dialécticamente a su colapso final, pero no pensaba que ese proceso fuera inevitable. Las personas debían actuar en los momentos oportunos y de un modo adecuado para dar vida al socialismo. Los capitalistas tenían una gran cantidad de recursos a su disposición para impedir la llegada del socialismo, pero podían ser derrotados mediante la acción concertada de un proletariado con conciencia de clase. ¿A qué daría lugar la acción del proletariado durante ese proceso? ¿Qué era el socialismo? En lo fundamental, una sociedad en la que, por primera vez, la gente se aproximaría a la imagen ideal de Marx sobre la productividad. Con la ayuda de la tecnología moderna, la gente podría interactuar en armonía con la naturaleza y con las demás personas para crear lo necesario para su supervivencia. Para decirlo de otro modo, en la sociedad socialista las personas no volverían a estar alienadas.

**Raíces y naturaleza de las teorías de Max Weber (1864-1920) y Georg Simmel (1858-1918).** Aunque Marx y sus seguidores permanecían a finales del siglo XIX y principios del XX al margen de la corriente principal de la sociología alemana, ésta puede considerarse en gran medida como un desarrollo en contra de la teoría marxiana. Para algunos, es esa oposición la que explica gran parte de la teoría del mayor gigante de la sociología alemana: Max Weber. Albert Salomon, por ejemplo, afirmó que la teoría weberiana se desarrolló «dentro de un largo e intenso debate con el fantasma de Marx» (1945: 596). Probablemente exageraba, pero la teoría marxiana representó, en muchos sentidos, un papel negativo en la teoría weberiana. En otros, sin embargo, Weber trabajó *dentro* de la teoría marxiana, intentando «redondearla». Existen también otras muchas influencias en la teoría weberiana, aparte de la teoría marxiana (Burger, 1976).

De hecho, podemos clarificar las fuentes de la sociología alemana analizando las diferentes visiones de la relación entre Marx y Weber (Antonio y Glassman, 1985, Schroeter, 1985). Debe tenerse en cuenta que Weber apenas estaba familiarizado con la obra de Marx (una parte de la misma no se publicó hasta la muerte de Weber) y que reaccionó más bien contra la obra de los marxistas que contra la del mismo Marx (Antonio, 1985: 29); B. Turner, 1981: 19-20).

Weber tendía a considerar a Marx y a los marxistas de su época como deterministas económicos que ofrecían teorías monocausales de la vida social. Es decir, pensaba que la teoría marxiana explicaba todos los desarrollos históricos a partir de sus fundamentos económicos y que, de acuerdo con ella, todas las estructuras contemporáneas se erguían sobre una base igualmente económica. Aunque en el caso de Marx eso no es cierto, sí lo es en el de muchos marxistas posteriores.

Uno de los ejemplos de determinismo económico que más parecía disgustar a Weber era la perspectiva de que las ideas eran simplemente reflejos de los intereses materiales (especialmente económicos), que los intereses materiales determinaban la ideología. Desde este punto de vista, se supone que «Weber puso a Marx de cabeza» (al igual que Marx habia dado la vuelta a las ideas de Hegel). En lugar de concentrarse en los factores económicos y en sus efectos sobre las ideas, Weber dedicó mucha más atención a las ideas y a sus efectos sobre la economía. Más que ver las ideas como simples reflejos de los factores económicos, Weber las consideraba como fuerzas auténticamente autónomas, capaces de afectar profundamente al mundo económico. Weber dedicó ciertamente mucha atención a las ideas, en especial a los sistemas religiosos, y le interesó fundamentalmente la influencia de las ideas religiosas en la economía. En *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1904-1905/1958) estudió el protestantismo como sistema de ideas y su influencia en el nacimiento de otro sistema de ideas, el «espíritu del capitalismo» y, en definitiva, en el propio sistema económico capitalista. También estudió otras religiones mundiales, examinando de qué manera su naturaleza podría haber obstaculizado el desarrollo del capitalismo en sus respectivas sociedades. Sobre la base de este tipo de trabajos, algunos estudiosos llegaron a la conclusión de que Weber desarrolló sus ideas en oposición a las de Marx.

Una segunda visión de la relación de Weber con Marx defiende, tal y como se ha mencionado más arriba, que Weber no se opuso a Marx, sino que intentó completar su perspectiva teórica. Desde este punto de vista se supone que Weber trabajó dentro de la tradición marxista, no en oposición a ella. Interpretado así, su trabajo sobre la religión era simplemente un esfuerzo por mostrar que no sólo los factores materiales afectaban a las ideas, sino que las propias ideas afectaban a las estructuras materiales. Esta interpretación de la obra de Weber la sitúa obviamente mucho más cerca de la teoría marxista, si es que no en la misma línea.

Un buen ejemplo de que Weber se había involucrado en un proceso de redondeo de la teoria de Marx lo tenemos en el área de la teoría de la estratifi-

cación. En sus trabajos sobre estratificación, Marx se ocupó sobre todo de las *clases* sociales, la dimensión económica de la estratificación. Aunque Weber admitía la importancia de este factor, sostenía que otras dimensiones de la estratificación también eran importantes. Defendió que la noción de estratificación social debía ampliarse hasta incluir la estratificación sobre las bases del prestigio (*status*) y del *poder*. La inclusión de estas otras dimensiones no constituye una refutación de Marx, sino sólo una ampliación de sus ideas.

Las dos visiones bosquejadas más arriba reconocen la importancia de la teoría marxiana para Weber. Hay elementos de verdad en las dos posiciones: en ciertos aspectos Weber trabajaba en oposición a Marx, mientras en otros ampliaba las ideas de Marx. Sin embargo, una tercera perspectiva de esta cuestión puede caracterizar mejor la relación entre Marx y Weber. Desde este último punto de vista, se considera a Marx simplemente como una de las muchas influencias que experimentó el pensamiento de Weber.

Podemos identificar un buen número de fuentes de la teoría weberiana, entre las que se incluyen historiadores, filósofos, economistas y teóricos de la política alemanes. Entre aquellos que influyeron en Weber destaca por encima de todos el filósofo Immanuel Kant (1724-1804). Pero no debemos pasar por alto la influencia de Frederich Nietzsche (1844-1900) —sobre todo la importancia que éste daba al héroe— en el trabajo de Weber sobre la necesidad de que los individuos hicieran frente al impacto de las burocracias y otras estructuras de la sociedad moderna.

La influencia de Immanuel Kant sobre Weber y, en general, sobre la sociología alemana muestra que el marxismo y la sociología alemana se desarrollaron desde raíces filosóficas diferentes. Como hemos visto, fue Hegel, no Kant, quien constituyó una importante influencia filosófica sobre la teoría marxista. Mientras que la filosofía de Hegel llevó a Marx y a los marxistas a buscar relaciones, conflictos y contradicciones, la filosofía kantiana condujo al menos a algunos sociólogos alemanes a adoptar una perspectiva más estática. Para Kant, el mundo era una mareante confusión de acontecimientos que no podían conocerse directamente. Sólo se podía adquirir conocimiento del mundo a través de procesos del pensamiento que filtraban, seleccionaban y categorizaban aquellos acontecimientos. Kant diferenciaba el contenido del mundo real a partir de las formas mediante las cuales podía ser comprendido. La insistencia en esas formas confería al trabajo de los sociólogos que trabajaban en el seno de la tradición kantiana una perspectiva más estática que la de los marxista de raigambre hegeliana.

La sociología alemana surgió de la compleja interacción entre la teoría marxista y otras corrientes intelectuales. Los exponentes más destacados de la primera sociología alemana fueron Max Weber y Georg Simmel.

Mientras Karl Marx produjo básicamente una teoría del capitalismo, la obra de Weber constituía en lo esencial una teoría del proceso de racionalización (Brubaker, 1984; Kalberg, 1980, 1990). A Weber le interesaba la cuestión general de por qué las instituciones habían evolucionado en el mundo occidental

## Max Weber: Reseña biográfica



Max Weber nació en Erfurt, Alemania, el 21 de abril de 1864, en el seno de una familia de clase media. Entre sus padres hubo importantes diferencias de pensamiento y forma de vida, que tuvieron un efecto profundo no sólo en su formación intelectual, sino en su salud mental. Su padre fue un funcionario que ascendió a una posición política relevante. Formó parte de la élite establecida y como resultado de ello, evitó cualquier actividad o idealismo que requiriera un sacrificio personal o que amenazara su posición dentro del sistema. Weber padre fue un hombre que disfrutó de los placeres terrenales; en ello, y en otras muchas cosas, se diferenciaba de su mujer. La madre de Weber era una calvinista devota, una mujer que intentaba llevar una vida ascética exenta de los placeres anhelados por su marido. Sus ocupaciones eran más ultramundanas; continuamente le molestaban las imperfecciones que le advertían que no estaba destinada a la salvación. Estas hondas diferencias entre los padres originaron una gran tensión matrimonial que produjo gran impacto en el joven Weber.

Ya que era imposible imitar a sus padres, a Weber se le presentó una clara elección desde niño (Marianne Weber,1975: 62). Primero pareció optar por la vida libertina de su padre, pero más tarde se inclinó por la postura materna. Cualquiera que fuera la elección, dicha tensión provocada por la necesidad de elegir entre formas de vida tan dispares influyó negativamente en la salud mental del joven Weber.

A la edad de dieciocho años, abandonó su hogar durante algún tiempo para asistir a la Universidad de Heidelberg. Weber era tímido e inmaduro dado el nivel social desde el que ingresó en Heidelberg, pero pronto dio muestras de precocidad intelectual. Después que gravitara hacia la forma de vida de su padre, cambió rápidamente y entró en su vieja fraternidad. Allí aprendió a desenvolverse socialmente, debido en parte a las cantidades de cerveza que consumía con sus compañeros. Exhibió orgullosamente las cicatrices de un duelo, el signo de distinción de dicha fraternidad. No solamente manifestaba su identidad a la manera de su padre, sino que también se decantó, al menos durante aquella época, por el derecho, es decir por la carrera de su padre.

Después de tres cursos Weber dejó Heidelberg para hacer el servicio militar, y en 1884 volvió a Berlín, a casa de sus padres, para estudiar en la universidad de dicha ciudad. Permaneció allí durante los siguientes ocho años y completó sus estudios doctorándose. Se convirtió en abogado y comenzó a dar clases en la Universidad de Berlín. Durante esos ocho años

de una forma progresivamente racional, mientras poderosas barreras parecían impedir desarrollos similares en el resto del mundo.

que pasó en Berlín cambiaron sus intereses hacia las preocupaciones que mantendría a lo largo de su vida (economía, historia y sociología). Weber dependía económicamente de su padre, situación que detestaba. Se volvió hacia los valores de su madre mientras crecía la antipatía por su padre. Adoptó una vida ascética y se sumergió profundamente en el trabajo. Por ejemplo, podemos describir sus hábitos cotidianos durante un semestre como estudiante de la siguiente manera: «Continúa la rígida disciplina de trabajo; regula su vida con el reloj; divide la rutina diaria en periodos exactos para las diferentes materias y ahorra, a su manera, cenando por las noches en su habitación una libra de carne picada y cuatro huevos fritos». (Mitzman, 1970: 48; Marianne Weber,1975: 105). Siguiendo a su madre se volvió diligente, se convirtió en un trabajador compulsivo, en lo que podríamos llamar un «trabajadicto».

Esta compulsión hacia el trabajo le llevó en 1896 a un puesto de profesor de Economía en Heidelberg. Pero en 1897, con su carrera académica floreciente, su padre murió después de una violenta discusión entre ellos. Poco después Weber comenzó a manifestar síntomas que culminarían en un derrumbamiento nervioso. A menudo era incapaz de dormir o de trabajar y pasó los seis o siete años siguientes en una situación de casi total colapso. Después de esta larga pausa recuperó algo de su fuerza en 1903, pero no fue capaz de recomenzar su actividad y el retorno a la vida académica hasta 1904, cuando pronunció su primera conferencia (en Estados Unidos) en seis años y medio. En 1904 y 1905 publicó una de sus obras más conocidas, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. En ella elevaba la influencia religiosa de su madre hasta el nivel académico. Ocupó la mayoría de su tiempo en el estudio de la religión, aunque no era una persona religiosa.

Aunque continuó teniendo problemas psicológicos, después de 1904 produjo algunos de sus trabajos más importantes. En esos años publicó sus estudios sobre las religiones mundiales desde una perspectiva histórica (por ejemplo, China, la India y el antiguo judaísmo). Cuando murió, el 14 de Junio de 1920, estaba trabajando en la más importante de sus obras, *Economía y sociedad*. A pesar de estar incompleta, fue publicada y traducida a varias lenguas.

En este período, la obra de Weber fue prolífica. Además de numerosos escritos prestó atención a muchas otras actividades: colaboró en la fundación de la Sociedad Alemana de Sociología en 1910; su casa se convirtió en un centro frecuentado por intelectuales, que incluía a sociólogos como Georg Simmel y Robert Michels, además del filósofo y crítico literario Georg Lukács (Scaff 1989: 186-222). También fue activo políticamente y escribió algunos ensayos de actualidad.

Tanto la vida de Weber como su trabajo estuvieron sujetos a una gran tensión entre la mente burocrática de funcionario que representaba su padre y la religiosidad de su madre, lo que se refleja en su vida profesional y personal.

Aunque en su obra Weber utiliza el término racionalidad de muchas y variadas formas, lo que más nos interesa aquí es el proceso relacionado con uno de

los cuatro tipos identificados por Kalberg (1980,1990; véase también Brubaker, 1984; Levine, 1981), la *racionalidad formal*. La racionalidad formal implica, como suele ser el caso en Weber, una preocupación por las elecciones que hacen los actores entre medios y fines. Pero en este supuesto la elección está relacionada con las reglas, las regulaciones y las leyes universalmente aplicadas. Estas, a su vez, se derivan de diversas estructuras de gran envergadura, especialmente de la burocracia y la economía. Weber desarrolló sus teorías dentro del contexto de un elevado número de estudios históricos comparados sobre Occidente, China, India y muchas otras regiones del mundo. El objetivo de esos estudios era delinear los factores que obstaculizaban o contribuían al desarrollo de la racionalización.

Weber percibía la burocracia (y el proceso histórico de burocratización) como el ejemplo clásico de racionalización. Sin embargo, en la actualidad son tal vez los restaurantes de comida rápida los que mejor ejemplifican la racionalización (Luxenberg, 1985; Ritzer, 1983a en prensa). El restaurante de comida rápida constituye un sistema formalmente racional en el que las personas (tanto trabajadores como consumidores) buscan los medios y los fines más racionales. Las ventanas a través de las que se sirve la comida a los ocupantes de un automóvil, por ejemplo, constituyen un medio racional a través del cual los trabajadores pueden ofrecer y los consumidores obtener comida de un modo rápido y eficiente. La velocidad y la eficiencia son dictados por los restaurantes de comida rápida y por las reglas y regulaciones mediante las que operan.

Weber analizó el proceso de burocratización en un estudio más amplio sobre la institución política. Distinguía entre tres tipos de sistemas de autoridad: tradicional, carismático y racional-legal. Sólo en el mundo moderno occidental se había desarrollado el sistema de autoridad racional-legal, y sólo en este sistema podía encontrarse el desarrollo pleno de la burocracia moderna. El resto del mundo seguía dominado por los sistemas carismático o tradicional, que generalmente impedían el desarrollo de un sistema de autoridad racional-legal y de las burocracias modernas. Dicho en pocas palabras, la autoridad *tradicional* nace de un sistema ancestral de creencias y se ejemplifica en los líderes que llegan al poder debido a que su familia o clan siempre han proporcionado líderes al grupo. La autoridad del líder *carismático* se deriva de sus características o capacidades extraordinarias o, lo que es más probable, de que sus seguidores *creen* que el líder tiene esos rasgos. Aunque estos dos tipos de autoridad tienen importancia histórica, Weber pensaba que todo Occidente, y en última instancia el resto del mundo, tendía hacia sistemas de autoridad *racional-legal*. En este tipo de sistemas la autoridad se deriva de reglas establecidas legal y racionalmente. Así, el presidente de los Estados Unidos deriva, en última instancia, su autoridad de las leyes de la sociedad. La evolución de la autoridad racional-legal y las burocracias que la acompañan constituyen sólo una parte del argumento general de Weber sobre la racionalización del mundo occidental.

Weber también llevó a cabo análisis detallados y sofisticados de la racionalización de fenómenos tales como la religión, el derecho, la ciudad e, incluso, la

música. Pero podemos ilustrar el modo de pensar de Weber con otro ejemplo: la racionalización de la institución económica. Este análisis lo encontramos en el estudio más amplio que Weber dedicó a la relación entre religión y capitalismo. En un vasto estudio histórico Weber se afanaba por comprender por qué un sistema económico racional (el capitalismo) se había desarrollado en Occidente y por qué no había surgido en el resto del mundo. Weber otorgaba un papel central a la religión en este proceso. Por un lado, entabló un diálogo con los marxistas para mostrar que, a diferencia de lo que muchos marxistas de la época creían, la religión no era simplemente un epifenómeno. Había desempeñado un papel central en el nacimiento del capitalismo en Occidente y en la ausencia de su desarrollo en el resto del mundo. Weber afirmaba que había sido un sistema religioso distintivamente racional (el calvinismo) el que jugó un papel central en el nacimiento del capitalismo en Occidente. Sin embargo, en otras zonas del mundo por él estudiadas, Weber encontró sistemas religiosos más irracionales (por ejemplo, el confucianismo, el taoísmo y el hinduismo), que contribuían a la inhibición del desarrollo de un sistema económico racional. Sin embargo, al final, podemos advertir que estas barreras fueron temporales, ya que los sistemas económicos —y, en efecto, la estructura social en su totalidad— de estas sociedades terminarían finalmente por experimentar el proceso de racionalización.

Hay mucho más que decir sobre la teoría weberiana. Entre otras cosas, su estudio de la racionalización posee un gran detalle histórico y un sinnúmero de ideas teóricas. Además, aunque la racionalización se encuentra en el corazón de la teoría weberiana, no es lo único que encontramos en su teoría. Pero este no es el momento de adentrarnos en el cuerpo de su obra. Regresemos, pues, al desarrollo de la teoría sociológica. La pregunta clave que nos interesa es: ¿por qué la teoría de Weber resultó mucho más atractiva para los teóricos posteriores de la sociología que la marxiana?

Una de las razones reside en el hecho de que las ideas políticas de Weber recibieron mayor aceptación. En lugar de adherirse al radicalismo de Marx, Weber era más bien liberal en algunas cuestiones y un tanto conservador en otras (por ejemplo, en lo que se refiere al papel del estado). Aunque fue un crítico severo de muchos aspectos de la moderna sociedad capitalista y llegó a muchas de las conclusiones críticas de Marx, no propuso soluciones radicales para los problemas. De hecho, creía que las reformas radicales que proponían muchos marxistas y otros socialistas perjudicarían en lugar de beneficiar.

Los teóricos de la sociología posteriores, especialmente los norteamericanos, consideraron que la teoría marxiana atacaba su propia sociedad. En su mayoría conservadores, se esforzaron por encontrar alternativas teóricas al marxismo. Max Weber constituía una opción atractiva. (Durkheim y Wilfredo Pareto también.) A fin de cuentas, la racionalización no sólo afectaba a las sociedades capitalistas, sino también a las socialistas. En efecto, desde el punto de vista de Weber, la racionalización constituía un problema aún más grave para las sociedades socialistas que para las capitalistas.

A favor de Weber se sumaba también la forma de presentación de sus juicios. Pasó gran parte de su vida realizando estudios históricos detallados, por lo que extraía sus conclusiones políticas del contexto de este tipo de investigación. Así, sus opiniones políticas adoptaron una forma muy científica y académica. Aunque Marx también realizó investigación seria y detallada, produjo una gran cantidad de material explícitamente polémico. Incluso sus obras más académicas contienen juicios políticos polémicos. Por ejemplo, en *El capital* (1867/1967), calificaba a los capitalistas de «vampiros» y «hombres lobo». El estilo más académico de Weber contribuyó a que fuera mucho mejor aceptado por los sociólogos posteriores.

La mayor aceptación de Weber se explica también porque trabajaba en una tradición filosófica que contribuyó igualmente a configurar la obra de los sociólogos posteriores. Es decir, Weber trabajaba dentro de la tradición kantiana, lo que, entre otras cosas, equivalía a pensar en términos de causa-efecto. Este modo de pensar era más aceptable para los sociólogos posteriores, que no estaban familiarizados y se sentían a disgusto con la lógica dialéctica que impulsaba la obra de Marx.

Finalmente, Weber parecía ofrecer un estudio más completo del mundo social que Marx. Mientras se suponía que la mayor preocupación de Marx era la economía, a Weber le interesó una gama más amplia de fenómenos sociales. Los sociólogos posteriores pensaban que esta diversidad de cuestiones les proporcionaba más materia que el aparentemente único centro de atención de Marx.

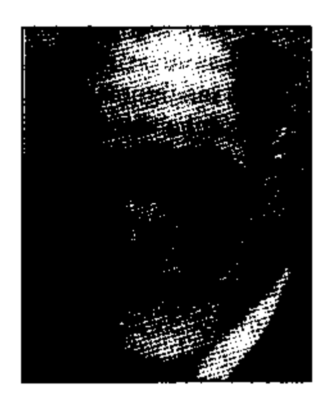
Weber produjo la mayoría de sus grandes obras a finales del siglo XIX y principios del XX. Al principio de su carrera se identificaba a Weber como historiador preocupado por cuestiones sociológicas, pero a principios del siglo XX su enfoque se hizo cada vez más sociológico. En efecto, se convirtió en el sociólogo más importante de su época en Alemania. En 1910 fundó (con Georg Simmel —a quien analizaremos más adelante— entre otros) la Sociedad Sociológica Alemana. Su casa, en Heidelberg, constituía un centro intelectual no sólo para los sociólogos, sino también para muchos estudiosos de otros campos. Aunque su obra ejerció una profunda influencia en Alemania, influyó quizás más en los Estados Unidos, sobre todo una vez que Talcott Parsons hizo llegar a una amplia audiencia las ideas de Weber (y las de otros teóricos europeos, en particular las de Durkheim). Mientras las ideas de Marx no surtieron un efecto positivo importante en los teóricos de la sociología hasta los años sesenta, Weber ya constituía una figura altamente influyente a finales de los años treinta.

Georg Simmel fue coetáneo de Weber y cofundador de la Sociedad Sociológica Alemana. Aquí sólo nos ocuparemos de ubicarle dentro del desarrollo histórico de la teoría sociológica.

Simmel fue un teórico de la sociología un tanto atípico (Frisby, 1981; Levine, Carter y Gorman, 1976a, 1976b). Por una parte, ejerció una influencia profunda e inmediata en el desarrollo de la teoría sociológica norteamericana, mientras Marx y Weber fueron ignorados durante varios años. La obra de Simmel contribuyó a dar forma al desarrollo de uno de los primeros centros de la sociología



## SIGMUND FREUD: Reseña biográfica



Sigmund Freud fue otra influyente figura de la ciencia social alemana de finales del siglo XIX y principios del XX. Aunque no era propiamente un sociólogo, no sólo influyó en la obra de muchos sociólogos, sino que sigue siendo importante para éstos (Carveth, 1982).

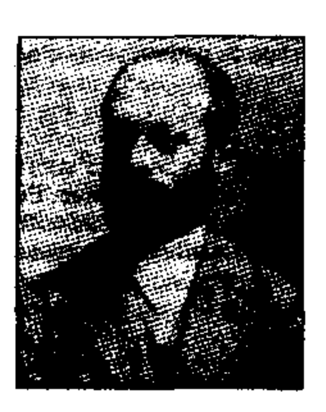
Sigmund Freud nació en la ciudad austrohúngara de Freiberg el seis de mayo de 1856 (Puner, 1947). En 1859 su familia se trasladó a Viena y en 1873 Freud ingresó en la Facultad de Medicina de la Universidad de Viena. A Freud le interesaba más la ciencia que la medicina y aceptó un puesto de trabajo en un laboratorio de fisiología. Tras terminar su carrera de medicina y abandonar el laboratorio en 1882, trabajó en un hospital y estableció una consulta médica privada especializada en enfermedades nerviosas.

Al principio, Freud utilizó la hipnosis para tratar un tipo de neurosis conocida como *histeria*. Esa técnica la había aprendido en París, en 1885, de Jean Martin Charcot. Más tarde adoptaría una técnica iniciada por un compañero médico vienés llamado Joseph Breuer, en virtud de la cual los síntomas histéricos desaparecían cuando el paciente hablaba largo y tendido sobre las circunstancias en las que aparecieron por primera vez los síntomas. En 1895 Freud publicó un libro con Breuer que contenía una serie de implicaciones revolucionarias: que las causas de neurosis como la histeria eran psicológicas (y no fisiológicas, como se había mantenido hasta entonces) y que la terapia consistía en hablar sobre las causas originales. Así nació el campo práctico y teórico del *psicoanálisis*. Freud comenzó a separarse de Breuer cuando entrevió la existencia de factores sexuales o, más generalmente, de la *libido*, en el origen de las neurosis. Durante los años siguientes Freud redefinió sus técnicas terapéuticas y escribió mucho sobre sus nuevas ideas.

En 1902, Freud comenzó a congregar a su alrededor algunos discípulos que se reunían en su casa todas las semanas. Hacia 1903 y 1904, otros (como Carl Jung) comenzaron a usar las ideas de Freud en sus prácticas psiquiátricas. En 1908 se celebró el primer Congreso Psicoanalítico, y al año siguiente comenzó a editarse una revista para difundir los conocimientos psicoanalíticos. Inmediatamente después de su creación, el psicoanálisis comenzó a experimentar divisiones a medida que Freud rompía con personas como Jung, que empezaron a desarrollar sus propias ideas y a fundar sus propios grupos. La Primera Guerra Mundial aminoró el desarrollo del psicoanálisis, pero durante la década de los años veinte se expandió y desarrolló a gran velocidad. Con el auge del nazismo el centro del psicoanálisis se trasladó a los Estados Unidos, donde aún sigue estando en la actualidad. Pero Freud se quedó en Viena hasta la llegada de los nazis en 1938, a pesar de ser judío y de que los nazis habían quemado sus libros ya en 1933. Sólo tras el pago de un rescate y la intervención del presidente Roosevelt, se le permitió a Sigmund Freud salir de Viena el cuatro de junio de 1938. Freud padecía cáncer del maxilar inferior desde 1923 y murió de esta enfermedad en Londres el 23 de septiembre de 1939.

norteamericana - la Escuela de Chicago- - y su teoría central: el interaccionismo simbólico. La Escuela de Chicago y el interaccionismo simbólico llegaron a dominar, como veremos, la sociología norteamericana en el decenio de los años veinte y a principios del de los treinta (Bulmer, 1984). Las ideas de Simmel influyeron en esta escuela debido fundamentalmente a que las figuras más destacadas de sus primeros años, Albion Small y Robert Park, se habían expuesto a la influencia de las teorías formuladas por Simmel en Berlín a finales del siglo XIX. Park había asistido a las clases que Simmel dictó en 1899 y 1900, y Small mantuvo una extensa correspondencia con Simmel durante la década de 1890. Ambos brindaron las ideas de Simmel a los estudiantes y al cuerpo docente de Chicago al traducir parte de su obra y presentarla a una vasta audiencia estadounidense (Frisby, 1984: 29).

## GEORG SIMMEL: Reseña biográfica



Georg Simmel nació en el centro de Berlín el 1 de marzo de 1858. Estudió una amplia gama de materias en la Universidad de Berlín. Sin embargo, vio cómo era rechazado su primer esfuerzo por elaborar una tesis, y uno de sus profesores declaró: «Le haríamos un gran favor si no lo animáramos a que siguiera por este camino» (Frisby, 1984: 23). A pesar de ello, Simmel perseveró y se doctoró en filosofía en 1881. Permaneció en la Universidad como profesor hasta 1914, aunque ocupaba un puesto relativamente poco importante, en condición de *privatdozent*, desde 1885 a 1900. Mientras ocupaba esta última posición trabajó como lector sin derecho a salario, cuyo sustento dependía de la matrícula de los estudiantes. A pesar de su situación discriminada, Simmel salió a flote, sobre todo porque era un excelente conferenciante y atraía a gran cantidad de alumnos (que le pagaban) (Frisby, 1981: 17). Tenía un estilo tan atractivo que incluso algunos miembros de la sociedad intelectual berlinesa acudían a sus conferencias, que se convirtieron en acontecimientos públicos.

Simmel escribió innumerables artículos («La metrópoli y la vida mental») y libros (*La filosofía del dinero*). Fue muy conocido en los círculos académicos alemanes e incluso su fama tuvo trascendencia internacional, especialmente en Estados Unidos, donde su trabajo fue importante para el nacimiento de la sociología. Por fin, en 1900, Simmel recibió un reconocimiento oficial, un título puramente honorario en la Universidad de Berlín que no le proporcionó un estatus académico completo. Simmel trató de obtener algunos puestos docentes, pero fracasó a pesar del apoyo que le prestaron algunos académicos como Max Weber.

Una de las razones de su fracaso se debió a que era judío en la Alemania anti-semita del siglo XIX (Kasler, 1985). Por esta razón, en un infor-

Otro aspecto atípico de la obra de Simmel es su «nivel» de análisis, o cuando menos el nivel que le otorgó reconocimiento en Norteamérica. Mientras a Weber y a Marx les preocupaban cuestiones de gran envergadura como la racionalización de la sociedad y la economía capitalista, Simmel adquirió fama debido a su trabajo sobre fenómenos a pequeña escala, especialmente la acción y la interacción individual. En seguida fue reconocido por su análisis, derivado de la filosofía kantiana, de las *formas* de interacción (por ejemplo, el conflicto) y de los *tipos* de interactores (por ejemplo, el extraño). Lo que fundamentalmente vio Simmel fue que la comprensión de la interacción entre la gente era una de las grandes tareas de la sociología. Sin embargo, era imposible estudiar el cuantioso número de interacciones de la vida social sin disponer de algunas herramientas conceptuales. Fue así como nacieron las formas de interacción y

---

me sobre Simmel, dirigido al Ministro de Educación, se le describía como: «un israelita de cabo a cabo, tanto por su apariencia externa como por su conducta y su forma de pensar» (Frisby, 1985: 25). Otra razón se fundaba en el tipo de obra que realizó. Muchos de sus artículos aparecieron en periódicos y revistas; estaban escritos para un público mucho más amplio que los sociólogos académicos. Además, como no ejercía cargo académico alguno, se vio forzado a ganarse la vida mediante conferencias públicas. Su audiencia, lectores y oyentes, estaba constituida más por intelectuales que por sociólogos profesionales, lo que contribuyó a que fuera objeto de burla por parte de sus colegas. Por ejemplo, uno de sus contemporáneos lo condenaba porque «su influencia se limitaba... a la gente en general y afectaba, sobre todo, a la élite del periodismo» (Troeltsch, citado en Frisby, 1981: 13). Sus fracasos personales pueden relacionarse asimismo con la baja estima que los académicos alemanes de entonces tenían por la sociología.

En 1914, Simmel consiguió por fin un puesto académico en una universidad poco importante (Estrasburgo), pero una vez más fue marginado. Por un lado, lamentaba abandonar a su público de intelectuales berlineses. Así, su esposa escribió a la de Weber: «Georg se ha tomado muy mal tener que dejar su auditorio... los estudiantes eran muy afectuosos y simpáticos... fue como abandonar en la cúspide de su vida» (Frisby, 1981: 29). Por otro lado, Simmel no se integró en la vida de la nueva Universidad. Con este motivo escribió a Weber: «No tengo mucho que contarte. Vivimos una existencia enclaustrada, cerrada, indiferente y desolada. La actividad académica es = 0, la gente extraña y profundamente hostil» (Frisby, 1981: 32).

Cuando ejercía su cargo en Estrasburgo estalló la Primera Guerra Mundial; las salas de conferencias se convirtieron en hospitales militares y los estudiantes fueron llamados a filas. Así, Simmel continuó siendo una figura marginal en la vida académica alemana hasta su muerte en 1918. Nunca tuvo una vida académica normal. Aún así, Simmel atrajo a algunos intelectuales de su tiempo que lo secundaron, y su fama como académico sólo ha crecido, si acaso, con el paso de los años.

los tipos de interactores. Simmel presintió que podía aislar una cantidad limitada de formas de interacción que se daban en un elevado número de escenarios sociales. Con este bagaje, se podrían analizar y comprender los diferentes marcos en los que se desenvuelve la interacción. El desarrollo de un número limitado de tipos de interactores podría asimismo ser útil a la hora de explicar los marcos de la interacción. Este trabajo influyó profundamente en el interaccionismo simbólico, que, como su nombre sugiere, se centra fundamentalmente en la interacción. No deja de ser irónico, sin embargo, que también Simmel se preocupase por las grandes cuestiones sociológicas que obsesionaron a Marx y Weber. No obstante, este aspecto del trabajo de Simmel tuvo menor influencia que su análisis de la interacción, aunque encontramos signos contemporáneos que sugieren un interés creciente por la sociología de Simmel relativa al estudio de las grandes cuestiones.

Lo que hizo a Simmel accesible para los primeros teóricos estadounidenses de la sociología fue, en parte, su estilo en el estudio de la interacción. Aunque escribió densos volúmenes como Weber y Marx, también produjo una serie de ensayos engañosamente simples sobre fenómenos interesantes como el pobre, la prostituta, el miserable y el gastador, y el extraño. La brevedad de estos ensayos y el alto nivel de interés que despertaron esas cuestiones facilitó la difusión de sus ideas. Lamentablemente, los ensayos tuvieron el efecto negativo de obscurecer otras obras de Simmel más voluminosas (por ejemplo, *La filosofía del dinero*, traducida al inglés en 1978), que potencialmente tenía parecida importancia para la sociología. Con todo, la influencia de Simmel sobre la temprana teoría sociológica norteamericana tuvo mucha más importancia que la de Marx y Weber debido, en parte, a sus breves e inteligentes ensayos.

No sería apropiado pasar a otra cuestión sin mencionar algo sobre *La filosofía del dinero*, ya que su traducción al inglés aumentó el atractivo de la obra de Simmel para toda una serie de nuevos teóricos interesados en la cultura y en la sociedad. Aunque la orientación macrosocial es más clara en *La filosofía del dinero*, ésta siempre estuvo presente en la obra de Simmel. Ello se hace patente, por ejemplo, en su famoso trabajo sobre la díada y la tríada. Simmel pensaba que algunos desarrollos sociológicos cruciales se habían producido cuando un grupo formado por dos personas (o *díada*) se convertía, por la adición de un tercero, en una *tríada*. Surgen con ello unas posibilidades sociales que no podrían existir en una díada. Por ejemplo, en una tríada uno de los miembros puede convertirse en árbitro o mediador de las diferencias entre los dos restantes. Y lo que es más importante aún, dos de los miembros pueden aliarse y dominar al otro miembro. Esto representa a pequeña escala lo que puede suceder en el caso del surgimiento de grandes estructuras que se separan del individuo y logran dominarle.

Esta cuestión está en la base de *La filosofía del dinero*. Una de las mayores preocupaciones de Simmel era el surgimiento en el mundo moderno de una economía monetaria que se separaba del individuo y lo dominaba. Esta cuestión, a su vez, constituye parte de un tema más general y ubicuo en la obra de Simmel: la dominación de la cultura como un todo sobre el individuo. Tal y

como Simmel lo veía, en el mundo moderno la cultura y el conjunto total de sus diversos componentes (incluida la economía monetaria) se expandía y, a medida que lo hacía, la importancia del individuo decrecía. Así, por ejemplo, cuanto mayor y más sofisticada se hacía la tecnología industrial asociada a la economía moderna, menos importantes se volvían las capacidades y aptitudes del trabajador individual. Al final, el trabajador se enfrenta a una maquinaria industrial sobre la que apenas puede ejercer control. En términos más generales, Simmel creía que en el mundo moderno la expansión de la cultura llevaba a una creciente insignificancia del individuo.

Aunque los sociólogos se han sentido cada vez más cerca de las amplias implicaciones de la obra de Simmel, sus primeras influencias las ejercieron los estudios de fenómenos sociales a pequeña escala como las formas de interacción y los tipos de interactores.

## Los orígenes de la sociología británica

Hemos examinado ya el desarrollo de la sociología en Francia (Comte y Durkheim) y Alemania (Max Weber y Simmel). Ahora pasaremos a analizar el desarrollo paralelo en Inglaterra. Como veremos, las ideas continentales influyeron en la primera sociología británica, pero aún más importantes fueron las influencias autóctonas.

**Economía política, ameliorism y evolución social.** Philip Abrams (1968) mantenía que la sociología británica tomó forma en el siglo XIX a partir de tres fuentes que entran con frecuencia en conflicto: la economía política, el *ameliorism* y la evolución social[5]. Así, cuando se fundó la Sociedad de Sociología de Londres en 1903, existían marcadas diferencias respecto de la definición del término *sociología*. Sin embargo, había pocos que dudaran de la idea de que la sociología fuera una ciencia. Estas diferentes perspectivas brindaron a la sociología británica su carácter distintivo, por lo que analizaremos brevemente cada una de ellas.

Ya hemos tocado el tema de la *economía política*, una teoría de la sociedad industrial y capitalista analizada en parte de la obra de Adam Smith (1723-1790)[6]. Como hemos tenido ocasión de ver, la economía política ejerció una profunda influencia en Karl Marx. Marx estudió en profundidad la economía política y la criticó. Pero no fue esa la dirección que tomaron los economistas y sociólogos británicos. Tendían a aceptar la idea de Smith de que existía una «mano invisible» que modelaba el mercado de trabajo y bienes. El mercado era considerado como una realidad independiente que se situaba por encima de los individuos y controlaba su conducta. Los sociólogos británicos, como los eco-

[5] Para desarrollos más recientes de la sociología británica véase Abrams *et al* (1981).

[6] Generalmente, a Smith se le considera una de las principales figuras de la Ilustración Escocesa (Chitnis, 1976) y de los Moralistas Escoceses (Schneider, 1967; xi), quienes se esforzaron por establecer los fundamentos de la sociología.

nomistas políticos, aunque a diferencia de Marx, pensaban que el mercado era una fuerza positiva, una fuente de orden, armonía e integración para la sociedad. Como contemplaban el mercado, y más generalmente la sociedad, con buenos ojos, la tarea de los sociólogos no consistía en criticar la sociedad, sino simplemente en reunir los datos sobre las leyes que la regían. Su meta era proporcionar al gobierno los hechos que necesitaba para comprender cómo operaba el sistema y dirigir su funcionamiento sabiamente.

Se hizo hincapié en los hechos, pero ¿de qué hechos se trataba? Mientras Marx, Weber, Durkheim y Comte estudiaron las estructuras de la sociedad para explicitar sus hechos básicos, los pensadores británicos tendían a estudiar a los individuos que constituían esas estructuras. Para estudiar estructuras de gran magnitud, tendían a recoger datos individuales y a combinarlos con el fin de obtener una descripción colectiva. A mediados de la década de 1800 los estadísticos dominaban la ciencia social británica, y la principal tarea de la sociología era este tipo de recolección de datos. El objetivo consistía en la acumulación de hechos «puros» sin teorizar o filosofar. Como señala Kent (1981: 187), estos sociólogos empíricos se desentendieron de las preocupaciones de los teóricos sociales. En lugar de teorizar, el «análisis se centraba en el esfuerzo por producir indicadores más exactos, mejores métodos de clasificación y recolección de datos, el perfeccionamiento de las tablas de vida, el logro de mayores niveles de comparabilidad entre cuerpos discretos de datos, y otras cuestiones similares» (Abrams, 1968: 18).

Casi a su pesar, estos sociólogos orientados hacia la estadística llegaron a encontrar ciertas limitaciones en su enfoque. Unos pocos comenzaron a sentir la necesidad de un mayor esfuerzo de teorización. Para ellos, un problema como el de la pobreza apuntaba hacia los fallos del sistema de mercado y del conjunto de la sociedad. Pero la mayoría, como se había centrado en el individuo, no se cuestionó el sistema como un todo; se dedicó a realizar estudios de campo más detallados y a desarrollar técnicas más complicadas y exactas. La fuente del problema residía desde su punto de vista en la utilización de métodos inadecuados de investigación, *no* en el conjunto del sistema. Como Philip Abrams escribió, «Al centrarse insistentemente en la distribución de las circunstancias individuales, los estadísticos no consiguieron percibir la pobreza como un producto de la estructura social... No alcanzaron, y probablemente les habría sido imposible alcanzar, el concepto de victimización estructural» (1968: 27). Además de sus compromisos teóricos y metodológicos en el estudio de los individuos, los estadísticos trabajaron demasiado próximos a los políticos como para llegar a la conclusión de que el conjunto del sistema económico y político era el problema.

Relacionada con la economía política, aunque separada de ella, encontramos la segunda característica definitoria de la sociología británica; el *ameliorism* o deseo de solucionar los problemas sociales mediante la reforma de los individuos. Aunque los estudiosos británicos comenzaron a reconocer la existencia de problemas en la sociedad (por ejemplo, la pobreza), aún creían en esa sociedad y deseaban preservarla. Querían prever la violencia y la revolución, y

reformar el sistema sin alterar su esencia. Sobre todo, deseaban evitar la llegada de una sociedad socialista. Así, al igual que la sociología francesa y que algunas ramas de la sociología alemana, la sociología británica tenía una orientación básicamente conservadora.

Puesto que los sociólogos británicos no podían, ni querían, identificar la fuente de problemas tales como la pobreza con la sociedad como un todo, la encontraron en los individuos mismos. Ello constituía una forma temprana de lo que más tarde William Ryan (1971) llamó «echar la culpa a la víctima». Se dedicó no poca atención a una larga serie de problemas individuales: «ignorancia, pobreza espiritual, impureza, falta de higiene, mendicidad e inmoderación, sobre todo inmoderación» (Abrams, 1968: 39). En efecto, existía la tendencia a pensar que los males sociales se debían a una única causa y la más sugerente de todas era el alcoholismo. Lo que convertía al alcoholismo en una causa perfecta para el *ameliorism* era que se trataba de una patología individual, no social: los partidarios del *ameliorism* carecían de una teoría de la estructura social, una teoría sobre las causas sociales de esos problemas individuales.

Pero una percepción más profunda de la estructura social se ocultaba bajo la superficie de la sociología británica, apareciendo a finales del siglo XIX con el nacimiento del interés por la *evolución social*. La obra de Auguste Comte —parte de la cual había sido traducida al inglés en la década de 1850— influyó de modo significativo. Aunque la obra de Comte no suscitó un interés inmediato, durante el último cuarto del siglo algunos pensadores se sintieron atraídos por su preocupación por las grandes estructuras de la sociedad, su orientación científica (positivista), su tendencia a la comparación y su teoría evolucionista. Con todo, algunos pensadores británicos se reafirmaron en su propia concepción del mundo por oposición a algunos de los excesos de la teoría comtiana (por ejemplo, la tendencia a elevar la sociología a la altura de la religión).

Desde el punto de vista de Abrams, la importancia real de Comte consistía en que proporcionó una de las bases sobre la que podía erigirse la oposición contra el «espíritu opresivo de Herbert Spencer» (Abrams, 1968: 58). Tanto en sentido positivo como negativo, Spencer fue una figura dominante de la teoría sociológica británica, especialmente de la teoría de la evolución.

***Herbert Spencer (1820-1903).*** Para comprender las ideas de Spencer resulta útil compararlas y contrastarlas con la teoría comtiana. A Spencer se le suele estudiar junto a Comte debido a la influencia que ambos ejercieron en el desarrollo de la teoría sociológica, pero existen importantes diferencias entre ambos. Por ejemplo, es menos fácil calificar a Spencer de conservador que a Comte. De hecho, Spencer fue en su juventud políticamente liberal y durante toda su vida mantuvo algunas posiciones liberales. Sin embargo, también es cierto que con los años Spencer se hizo más conservador y que, como en el caso de Comte, su influencia básica era conservadora.

Una de sus posturas liberales, que coexistió no sin dificultad con su conservadurismo, era su aceptación de la doctrina del *laissez-faire*: pensaba que el

estado no debía intervenir en los asuntos individuales, excepto en el caso de la muy pasiva función de la protección de las personas. Esto significaba que Spencer, a diferencia de Comte, no sentía interés por las reformas sociales; su deseo era que la vida social se desarrollara libre de todo control externo.

Esta diferencia hace que Spencer sea considerado un *darwinista social* (G. Jones, 1980). Como tal, sostenía la idea evolucionista de que el mundo mejoraba progresivamente. Por tanto, se le podía dejar que marchase por sí solo; una interferencia externa sólo podía empeorar la situación. Spencer adoptó la idea de que las instituciones sociales, como las plantas y los animales, se adaptaban progresiva y positivamente a su entorno social. También aceptaba la creencia darwiniana de que el proceso de la selección natural de la «supervivencia del más apto» también se producía en el mundo social. (Es interesante saber que fue Spencer quien acuñó esta frase varios años antes de la aparición de la obra de Darwin sobre la selección natural). Es decir, libres de una intervención externa, las personas «aptas» podrían sobrevivir y multiplicarse mientras que los «no aptos» tenderían a extinguirse. Otra diferencia es que Spencer hacía hincapié en el individuo mientras Comte se centraba en unidades mayores como la familia.

Aunque existen importantes diferencias entre Comte y Spencer, las orientaciones que compartían o, al menos, la similar manera en que fueron interpretadas, demostraron siempre ser más importantes que sus diferencias para el desarrollo de la teoría sociológica.

Comte y Spencer compartían con Durkheim y otros el compromiso con una ciencia de la sociología, una perspectiva harto atractiva para los primeros teóricos. Otra influencia de la obra de Spencer, compartida tanto por Comte como por Durkheim, era su tendencia a pensar la sociedad como un *organismo:* Spencer se inspiró en la biología para dar forma a su perspectiva y a sus conceptos. Le interesaba la estructura general de la sociedad, la interrelación entre las *partes* de la sociedad, y las *funciones* que cada parte cumplía para las demás y para el sistema en su conjunto.

Y lo que es más importante, Spencer y Comte compartían una concepción evolucionista del desarrollo histórico, a pesar de que Spencer criticara la teoría de la evolución de Comte aduciendo varias razones. Rechazaba, específicamente, la ley de los tres estadios de Comte. Pensaba que Comte se había conformado con analizar la evolución en el reino de las ideas, en términos de su desarrollo intelectual. Spencer, sin embargo, se esforzó por desarrollar una teoría de la evolución del mundo real y material.

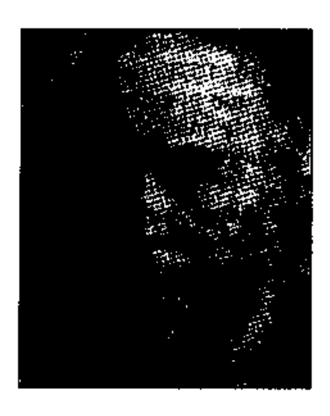
Aunque se reconoce a Spencer como un teórico de la evolución, su teoría es altamente compleja, adopta variadas formas, y a menudo es poco clara y ambigua (Haines, 1988; Perrin, 1976). No obstante, es posible identificar al menos dos grandes perspectivas de la evolución en la obra de Spencer.

La primera de estas teorías hace referencia principalmente al *tamaño* creciente de la sociedad. La sociedad crece debido tanto a la multiplicación de los individuos como a la unión de los grupos (composición). El aumento del tamaño de la sociedad supone el crecimiento de las estructuras sociales y su mayor

diferenciación, así como también el aumento de la diferenciación entre las funciones que realizan. Además del aumento del tamaño, las sociedades evolucionan a través de la composición, es decir mediante la unificación de más y más grupos adyacentes. Así, Spencer habla de un movimiento evolucionista desde las sociedades más simples a las compuestas, las doblemente compuestas, y las triplemente compuestas.

Spencer también nos ofrece una teoría de la evolución desde las sociedades *militares* a las sociedades *industriales*. Las sociedades militares, más antiguas, se caracterizaban por estar estructuradas para afrontar un estado de guerra ofensivo y defensivo. Aunque Spencer contemplaba con ojos críticos el estado de guerra,

## HERBERT SPENCER: Reseña biográfica



Herbert Spencer nació el veintisiete de abril de 1820 en Derby, Inglaterra. No recibió una formación académica en humanidades, sino que estudió cuestiones técnicas y prácticas. En 1837 comenzó a trabajar de ingeniero civil para una empresa de ferrocarriles, puesto que desempeñó hasta 1846. Durante este periodo, Spencer siguió estudiando por su cuenta y comenzó a publicar trabajos científicos y políticos.

En 1848 Spencer fue nombrado editor de *The Economist*, y sus ideas intelectuales comenzaron a solidificarse. En 1850 terminó su primera gran obra, *Estática Social*. Mientras la escribía, comenzó a padecer insomnio y, con los años, se agravarían sus problemas físicos y mentales. A lo largo del resto de su vida padeció numerosas crisis nerviosas.

En 1853 Spencer recibió una herencia que le permitió dejar su empleo y vivir el resto de su vida dedicado al estudio. No llegó a licenciarse por la universidad ni a desempeñar cargo académico alguno. A medida que se aislaba y se agravaba su enfermedad mental, crecía su productividad intelectual. Finalmente, comenzó a labrarse fama no sólo en Inglaterra, sino también a escala internacional. Como Richard Hofstadter dijo: «Durante las tres décadas posteriores a la Guerra Civil era prácticamente imposible moverse en cualquier campo intelectual sin reconocer el magisterio de Spencer» (1959: 33). Entre sus seguidores se contaba el renombrado industrial Andrew Carnegie, que escribió a Spencer, quien por entonces padecía su última y fatal enfermedad, las siguientes palabras:

> Querido Maestro... pienso en usted todos los días, y me hago siempre la misma pregunta: «¿a qué se debe? ¿por qué yace sufriendo? ¿por qué tiene que irse?... El mundo avanza lentamente sin reconocer a su mente más lúcida... Pero llegará un día en el que recordará sus enseñanzas y elevará a Spencer al lugar más alto.
>
> (Citado en Peel, 1971: 2)

Pero no fue ese el destino de Spencer.

Una de las características más interesantes de Spencer que, en última instancia, causaría su ruina intelectual, fue su aversión a la lectura de la obra de otros pensadores. En este aspecto se parece a otro primer gigante de la sociología, Auguste Comte, que practicaba la «higiene cerebral». De la necesidad de leer las obras de los demás, Spencer afirmó: «Toda mi vida he sido un pensador y no un lector, y estoy de acuerdo con Hobbes en que si hubiera leído tanto como otros hombres, habría llegado a saber tan poco como ellos» (Wiltshire, 1978: 67). Un amigo le preguntó su opinión sobre un libro y «su respuesta fue que si analizaba esa obra encontraría que sus supuestos fundamentales eran erróneos, y por ello no se preocupaba de leerla» (Wiltshire, 1978: 67). Un autor, refiriéndose a Spencer, escribió sobre «su incomprensible manera de absorber conocimiento a través de su piel... pues parece que nunca lee libros» (Wiltshire, 1978: 67).

Si no leyó la obra de otros estudiosos ¿en qué se inspiraron sus pensamientos e ideas? El mismo decía que salían involuntaria e intuitivamente de su mente. Afirmaba que sus ideas surgían «poco a poco, moderadamente, sin intención consciente o esfuerzo apreciable» (Witshire, 1978: 66). Spencer consideraba que su intuición era mucho mas eficaz que el estudio meticuloso y la reflexión: «Una solución vislumbrada de este modo probablemente tiene mayor veracidad que la lograda con un esfuerzo tal [que] causa la perversión del pensamiento» (Wiltshire, 1978: 66).

El propio Spencer sufrió las consecuencias de su aversión a la lectura meticulosa de las obras de otros pensadores. De hecho, en la lectura de otras obras tan sólo encontraba la confirmación de sus propias ideas. Ignoraba las ideas que no concordaban con las suyas. Así, su coetáneo Charles Darwin comentó: «Si se hubiera impuesto una mayor observación, aun a expensas de... perder capacidad de pensamiento, hubiera sido un pensador fabuloso» (Wiltshire, 1978: 70). El desprecio que sentía Spencer por las pautas aceptadas de la erudición le condujo a producir una serie de ideas extravagantes y afirmaciones incoherentes sobre la evolución del mundo. Por estas razones los sociólogos del siglo veinte rechazaron la obra de Spencer para centrarse, en cambio, en el estudio meticuloso y en la investigación empírica.

Spencer murió el ocho de diciembre de 1903.

pensaba que, en un primer estadio, era funcional para mantener unidas las sociedades (a través, por ejemplo, de la conquista militar) y crear los grandes agregados de personas que requería el desarrollo de la sociedad industrial. Sin embargo, con el nacimiento de la sociedad industrial, ese estado de guerra deja de ser funcional e impide el avance del proceso de evolución. La sociedad industrial se basa en la amistad, el altruismo, la especialización, en el reconocimiento de los logros de las personas y no de sus características innatas, y en la cooperación voluntaria entre individuos altamente disciplinados. Esta sociedad se mantiene unida mediante relaciones contractuales voluntarias y, lo que resulta más importante aún, mediante una fuerte moral común. El papel del gobierno se limita a lo que las personas no deben hacer. Obviamente, las modernas socie-

dades industriales tienen menos propensión a la guerra que sus predecesoras militares. Aunque Spencer afirma que existe una evolución general en la dirección que llevan las sociedades industriales, también reconoce que es posible que haya regresiones periódicas hacia el estado de guerra y las sociedades más militares.

En sus escritos sobre ética y política Spencer nos ofrece otras ideas sobre la evolución de la sociedad. Por una parte, considera que la sociedad progresa hacia un estado moral ideal o perfecto. Por otra, manifiesta que las sociedades más aptas sobrevivirán mientras se dejará morir a las sociedades no aptas. El resultado de este proceso es un aumento progresivo de la adaptación al mundo en su conjunto.

En consecuencia, Spencer ofreció un conjunto rico y variado de ideas sobre la evolución social. Al principio sus ideas disfrutaron de un gran éxito, más tarde serían rechazadas durante muchos años, y recientemente han vuelto a ser aceptadas con el nacimiento de las nuevas teorías sociológicas de la evolución (Buttel, 1990).

**La reacción contra Spencer en Gran Bretaña.** A pesar de su énfasis en el individuo, Spencer fue más famoso por su gran teoría de la evolución social. Con ella se enfrentaba a la sociología que le había precedido en Gran Bretaña. Sin embargo, la reacción contra Spencer se basaba más en la amenaza que planteaba su idea de la supervivencia del más apto a un *ameliorism* caro a la mayoría de los primeros sociólogos británicos. Aunque más tarde Spencer repudió algunas de sus ideas más ofensivas, se reafirmó en su filosofía de la supervivencia del más apto y se mantuvo en contra de la intervención del gobierno y la reforma social. Así se expresaba:

> Promover la haraganería a expensas del bien constituye una crueldad extrema. Supone un fomento deliberado de la miseria para las futuras generaciones. No hay mayor azote para la posteridad que legarles una población cada vez mayor de imbéciles, ociosos y criminales... La naturaleza se esfuerza enormemente por hacerles desaparecer, por limpiar de ellos el mundo, y por dejar espacio para los mejores... Si no son suficientemente capaces de vivir, mueren, y es mejor que así sea.
>
> (Spencer, citado en Abrams, 1968: 74)

Estos sentimientos se oponían claramente a la orientación del *ameliorism* de los sociólogos-reformadores británicos.

## Principales figuras de la sociología italiana

Podemos terminar este esbozo de la temprana y fundamentalmente conservadora teoría sociológica europea con una breve mención de dos sociólogos italianos, Wilfredo Pareto (1848-1923) y Gaetano Mosca (1858-1941). Estos dos sociólogos fueron influyentes en su época, aunque es mínima su relevancia

contemporánea. Hoy en día pocas personas leen a Mosca. Se produjo un breve brote de interés por la obra de Pareto (1935) durante la década de los treinta, cuando el principal teórico estadounidense, Talcott Parsons, dedicó la misma atención a Pareto que a Weber y Durkheim. Sin embargo, durante estos últimos años y a excepción de algunos de sus grandes conceptos, la importancia y relevancia de Pareto ha disminuido.

Zeitlin arguye que Pareto desarrolló sus «grandes ideas como una refutación de Marx» (1981: 171). De hecho, Pareto rechazaba no sólo a Marx, sino también a una gran parte de la filosofía de la Ilustración. Por ejemplo, mientras los filósofos de la Ilustración hacían hincapié en la racionalidad, Pareto subrayaba el papel de factores no racionales como los instintos humanos. Este énfasis estaba ligado a su rechazo de la teoría marxista. Es decir, como los factores instintivos y no racionales eran tan importantes *y* tan inalterables, no era realista esperar que se pudiesen introducir cambios sociales drásticos mediante una revolución económica.

Pareto también desarrolló una teoría del cambio social en agudo contraste con la teoría marxiana. Mientras la teoría de Marx se centraba en el papel de las masas, Pareto proponía una teoría elitista del cambio social que mantenía que la sociedad estaba inevitablemente dominada por una pequeña élite de egoístas ilustrados. Es esa élite quien dirige a unas masas dominadas por fuerzas no racionales. Como carecen de capacidades racionales, las masas no pueden llegar a constituir en el sistema de Pareto una fuerza revolucionaria. El cambio social se produce cuando la élite comienza a degenerar y es sustituida por una nueva élite procedente de otra élite no gobernante o de los elementos sobresalientes de las masas. Ya instalada la nueva élite en el poder, el proceso comienza de nuevo. Así, nos encontramos con una teoría cíclica del cambio social en lugar de las teorías lineales de Marx, Comte, Spencer y otros. Además, la teoría del cambio de Pareto ignora la condición de las masas. Las élites llegan y se van, pero el grueso de la masa permanece inalterable.

Esta teoría no constituye, sin embargo, la contribución de mayor trascendencia que Pareto hizo a la sociología. Lo que más ha perdurado es su concepción científica de la sociología y del mundo social: «Mi deseo es construir un sistema de sociología siguiendo el modelo de la mecánica celestial [la astronomía], la física y la química» (citado en Hook, 1965: 57). En resumen, Pareto contemplaba la sociedad como un sistema en equilibrio, un conjunto constituido por partes interdependientes. Un cambio en una parte conducía a cambios en otras partes del sistema. La concepción sistémica que Pareto tenía de la sociedad era la razón por la que Parsons le dedicó tanta atención a su obra de 1937, *La estructura de la acción social*, a la vez que constituyó la influencia más importante de Pareto sobre el pensamiento de Parsons. Entremezclada con otras ideas similares de los defensores de la imagen orgánica de la sociedad (Comte, Durkheim y Spencer, por ejemplo), la teoría de Pareto desempeñó un papel central en el desarrollo de la teoría de Parsons y, en términos más generales, en el funcionalismo estructural.

Aunque pocos sociólogos leen actualmente la obra de Pareto (una excepción es Powers, 1986), prácticamente nadie lee la de Mosca. Pero su obra también puede contemplarse como un rechazo de la Ilustración y el Marxismo. Lo que más nos importa es que Mosca, como Pareto, ofreció una teoría elitista del cambio social que se opone a la perspectiva marxista.

## Desarrollos del marxismo europeo a la vuelta del siglo

Mientras muchos sociólogos del siglo diecinueve desarrollaban sus teorías en oposición a Marx, se producía un esfuerzo simultáneo de varios marxistas por clarificar y ampliar la teoría marxiana. Entre aproximadamente 1875 y 1925, se produjo muy escaso contacto entre marxismo y sociología. (Weber constituye una excepción.) Las dos escuelas de pensamiento se desarrollaron paralelamente con escaso o ningún intercambio entre ellas.

Tras la muerte de Marx, la teoría marxista estuvo inicialmente dominada por quienes entreveían en su teoría un determinismo económico y científico. Wallerstein denomina esta etapa la época del «marxismo ortodoxo» (1986: 1301). Friedrich Engels, benefactor y colaborador de Marx, le sobrevivió y puede ser considerado el primer exponente de esta perspectiva. En lo fundamental, la idea era que la teoria científica de Marx revelaba las leyes económicas que regían el mundo capitalista. Estas leyes apuntaban hacia el colapso inevitable del sistema capitalista. Los primeros pensadores marxistas, como Karl Kautsky, se afanaron por comprender mejor cómo operaban esas leyes. Sin embargo, semejante perspectiva planteaba varios problemas. Parecía excluir la acción política, piedra angular de la postura de Marx. Es decir, parecía no requerir la actuación de los individuos y, especialmente, de los trabajadores. Así, el sistema se desmoronaría inevitablemente y todo lo que habia que hacer era sentarse y esperar su desaparición. En el nivel teórico, el marxismo determinista parecia excluir la relación dialéctica entre los individuos y las grandes estructuras sociales.

Estos problemas produjeron una reacción entre los teóricos marxistas y condujeron al desarrollo del «marxismo hegeliano» a principios del decenio de 1900. Los marxistas hegelianos se negaron a reducir el marxismo a una teoría científica que ignoraba el pensamiento y la acción del individuo. Se les llamó *marxistas hegelianos* porque se esforzaron por combinar el interés de Hegel por la conciencia (que algunos, como el autor de este libro, creen que Marx compartía) con el interés de los deterministas por las estructuras económicas de la sociedad. La importancia de los teóricos hegelianos se debió tanto a razones teóricas como prácticas. En el nivel teórico reafirmaron la importancia del individuo, de la conciencia y de la relación entre el pensamiento y la acción. En el práctico, subrayaron la importancia de la acción individual para provocar la revolución social.

El principal exponente de este punto de vista fue George Lukács (Fis-

cher, 1984). De acuerdo con Martin Jay, Lukács fue «el padre fundador del marxismo occidental», y el autor de *Historia y conciencia de clase*, «reconocida generalmente como la carta fundacional del marxismo hegeliano» (1984: 84). Lukács comenzó a principios del siglo a integrar marxismo y sociologia (en particular, las teorías de Weber y Simmel). Esta integración se aceleró inmediatamente con el desarrollo de la teoría crítica durante los años veinte y treinta.

## RESUMEN

Este capítulo esboza la historia temprana de la teoría sociológica en dos apartados. El primero y más breve analiza las diversas fuerzas sociales implicadas en el desarrollo de la teoría sociológica. Aunque estas influencias fueron numerosas, nos centramos en cómo la revolución política, la Revolución Industrial, el nacimiento del capitalismo y del socialismo, la urbanización, el cambio religioso y el crecimiento de la ciencia afectaron a la teoría sociológica. El segundo apartado del capitulo examina la influencia de las fuerzas intelectuales sobre el nacimiento de la teoría sociológica en varios países. Empezamos por Francia y por el papel que desempeñó la Ilustración, recalcando la reacción conservadora y romántica que produjo. La teoría sociológica francesa se desarrolló a partir de esa oposición. En este contexto examinamos las principales figuras de los primeros años de la sociología francesa: Claude Henri Saint-Simon, Auguste Comte y Emile Durkheim.

Luego dedicamos nuestra atención a Alemania y el papel que desempeñó Karl Marx en el desarrollo de la sociología en ese país. Analizamos el desarrollo paralelo de la teoría de Marx y la teoría sociológica y los modos en que la teoria marxista influyó en la sociologia, tanto positiva como negativamente. Comenzamos con las raíces de la teoría marxista en el hegelianismo, el materialismo y la economia política. Brevemente tocamos el tema de la teoría de Marx. El análisis se centra después en las raices de la sociología alemana. Examinamos la obra de Max Weber con el fin de mostrar las diversas fuentes de la sociología alemana. También se analizan algunas de las razones por las que la teoría de Max Weber fue más aceptada por los sociólogos posteriores que las ideas de Marx. Este apartado termina con un breve análisis de la obra de Georg Simmel.

Pasamos después a analizar el desarrollo de la teoria sociológica en Gran Bretaña. Las principales fuentes de la sociología británica fueron la economía política, el *ameliorism* y la evolución social. En este contexto estudiamos brevemente la obra de Herbert Spencer, asi como parte de la controversia que suscitó.

Este capítulo termina con un breve análisis de la teoría sociológica italiana, especialmente de la obra de Wilfredo Pareto y los desarrollos en la teoria marxista europea a la vuelta del siglo, principalmente el determinismo económico y el marxismo hegeliano.

CAPITULO **2**

# ESBOZO HISTORICO DE LA TEORIA SOCIOLOGICA: AÑOS POSTERIORES

LA PRIMERA TEORIA SOCIOLOGICA ESTADOUNIDENSE

- La orientación política de la primera sociología estadounidense
- Cambio social, corrientes intelectuales y primera sociología estadounidense
- La Escuela de Chicago

LA TEORIA SOCIOLOGICA HASTA LA MITAD DE SIGLO

- El nacimiento de Harvard, la Ivy League y el estructural funcionalismo
- La decadencia de la Escuela de Chicago
- Desarrollos de la teoría marxista

LA TEORIA SOCIOLOGICA DESDE LA MITAD DE SIGLO

- Funcionalismo estructural: auge y decadencia
- La sociología radical en América: C. Wright Mills
- El desarrollo de la teoría del conflicto
- El nacimiento de la teoría del intercambio
- Análisis dramatúrgico: la obra de Erwing Goffman
- El desarrollo de las sociologías «creativas»
- Teoría de sistemas
- La influencia de la sociología marxista
- El reto de la teoría feminista
- Estructuralismo y posestructuralismo

LA TEORIA SOCIOLOGICA EN LOS AÑOS NOVENTA

- Integración micro-macro
- Integración acción-estructura
- Síntesis teóricas
- Metateorización en sociología

En el primer capítulo hemos analizado el desarrollo de la teoría sociológica en la Europa del siglo XIX. En este capítulo nos centraremos en desarrollos que se produjeron en los siglos XIX y XX, con especial atención a las tendencias que se dieron en los Estados Unidos. La Figura 2.1 muestra las influencias intelectuales importantes que se ejercieron sobre estos desarrollos, así como los grandes teóricos y las grandes teorías.

## LA PRIMERA TEORIA SOCIOLOGICA ESTADOUNIDENSE

Resulta difícil dar una fecha exacta de la fundación de la sociología en los Estados Unidos. Ya en 1858 se impartió en Oberlin un curso sobre problemas sociales; en 1873 George Fitzhugh empleó el término *sociología* acuñado por Comte, y William Graham Summer enseñó cursos de ciencia social en Yale desde 1873. Durante la década de 1880 comenzaron a impartirse cursos que llevaban el nombre específico de «sociología», y el primer departamento que llevaba en su denominación el término *sociología* se fundó en la Universidad de Kansas en 1889. En 1892 Albion Small se trasladó a la Universidad de Chicago y estableció el primer departamento de sociología. Este departamento se convirtió en el primer centro importante de la sociología estadounidense, y de teoría sociológica en particular (Matthews, 1977).

### La orientación política de la primera sociología estadounidense

Un importante estudio sobre la orientación política de la primera teoría sociológica estadounidense (Schwendinger y Schwendinger, 1974) constata que los primeros sociólogos estadounidenses deben definirse políticamente como liberales y no como conservadores, caracterización esta última más correcta de la mayoría de los primeros teóricos europeos. El liberalismo característico de la primera sociología estadounidense se define por dos rasgos fundamentales. Primero, operaba con la creencia en la libertad y el bienestar del individuo. Así, se percibe una mayor influencia de la orientación de Spencer que de la postura más colectiva de Comte. Segundo, muchos sociólogos asociados a esta orientación adoptaron una idea evolucionista del progreso social (W. Fine, 1979). Sin embargo, no se pusieron de acuerdo en el modo en que se podría conseguir este progreso. Algunos pensaban que el gobierno debía tomar medidas para contribuir a la reforma social, mientras otros suscribían la doctrina del *laissez-faire* aduciendo que se debía dejar que los diversos componentes de la sociedad resolvieran sus propios problemas.

Llevado al límite, el liberalismo se aproxima bastante al conservadurismo. La creencia en el progreso social —en la reforma o en la doctrina del *laissez-*

*faire*— y la creencia en la importancia del individuo llevaron a posturas de apoyo al conjunto del sistema. La creencia fundamental es que el sistema social funciona o puede reformarse para que funcione. Encontramos escasa crítica del sistema en su conjunto. En el caso de los Estados Unidos, ello significa que apenas se cuestiona el capitalismo. En lugar de la inminente lucha de clases, los primeros sociólogos preveían un futuro gobernado por la armonía y la cooperación entre las clases. En última instancia, ello significa que la primera teoría sociológica estadounidense contribuyó a la racionalización de la explotación, el imperialismo nacional e internacional y la desigualdad social (Schwendinger y Schwendinger, 1974). Al fin y al cabo, el liberalismo político de los primeros sociólogos tuvo implicaciones muy conservadoras.

## Cambio social, corrientes intelectuales y primera sociología estadounidense

Roscoe Hinkle (1980) y Ellsworth Fuhrman (1980) subrayan en sus estudios sobre la fundación de la teoría sociológica estadounidense diversos contextos básicos de los que surgió esa teoría. De crucial importancia fueron los cambios sociales que se produjeron en la sociedad estadounidense tras la Guerra Civil (Bramson, 1961). En el primer capítulo analizamos una serie de factores implicados en el desarrollo de la teoría sociológica europea; varios de estos factores (como la industrialización y la urbanización) estuvieron también profundamente implicados en el desarrollo de la teoría en Estados Unidos. Para Fuhrman, los primeros sociólogos estadounidenses pensaban que la industrialización tenía aspectos positivos, pero también eran plenamente conscientes de sus peligros. Aunque estos primeros sociólogos se sintieron atraídos por las ideas sobre los peligros de la industrialización que generaban el movimiento obrero y los grupos socialistas, no eran partidarios de cambiar radicalmente la sociedad.

Arthur Widich y Stanford Lyman (1985) han defendido recientemente la profunda influencia que ejerció el cristianismo, especialmente el protestantismo, en la aparición de la sociología en los Estados Unidos. Desde su punto de vista, los sociólogos estadounidenses conservaban la preocupación protestante por salvar el mundo, y simplemente substituyeron un lenguaje (la religión) por otro (la ciencia). Afirman estos autores que «Desde 1854, cuando aparecieron los primeros escritos de sociología en los Estados Unidos, hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, la sociología ha representado una respuesta moral e intelectual a los problemas de la vida y el pensamiento, de las instituciones y los credos de los estadounidenses» (Vidich y Lyman, 1985: 1). Los sociólogos se esforzaban por definir, estudiar e intentar resolver estos problemas sociales. Mientras que el sacerdote trabajaba dentro de la religión para intentar mejorar al conjunto de las personas y a la misma religión, el sociólogo realizaba la misma tarea dentro de la sociedad. Dadas sus raíces y sus paralelismos religiosos, la inmensa mayoría de los sociólogos no desafiaron la legitimidad básica de la sociedad.

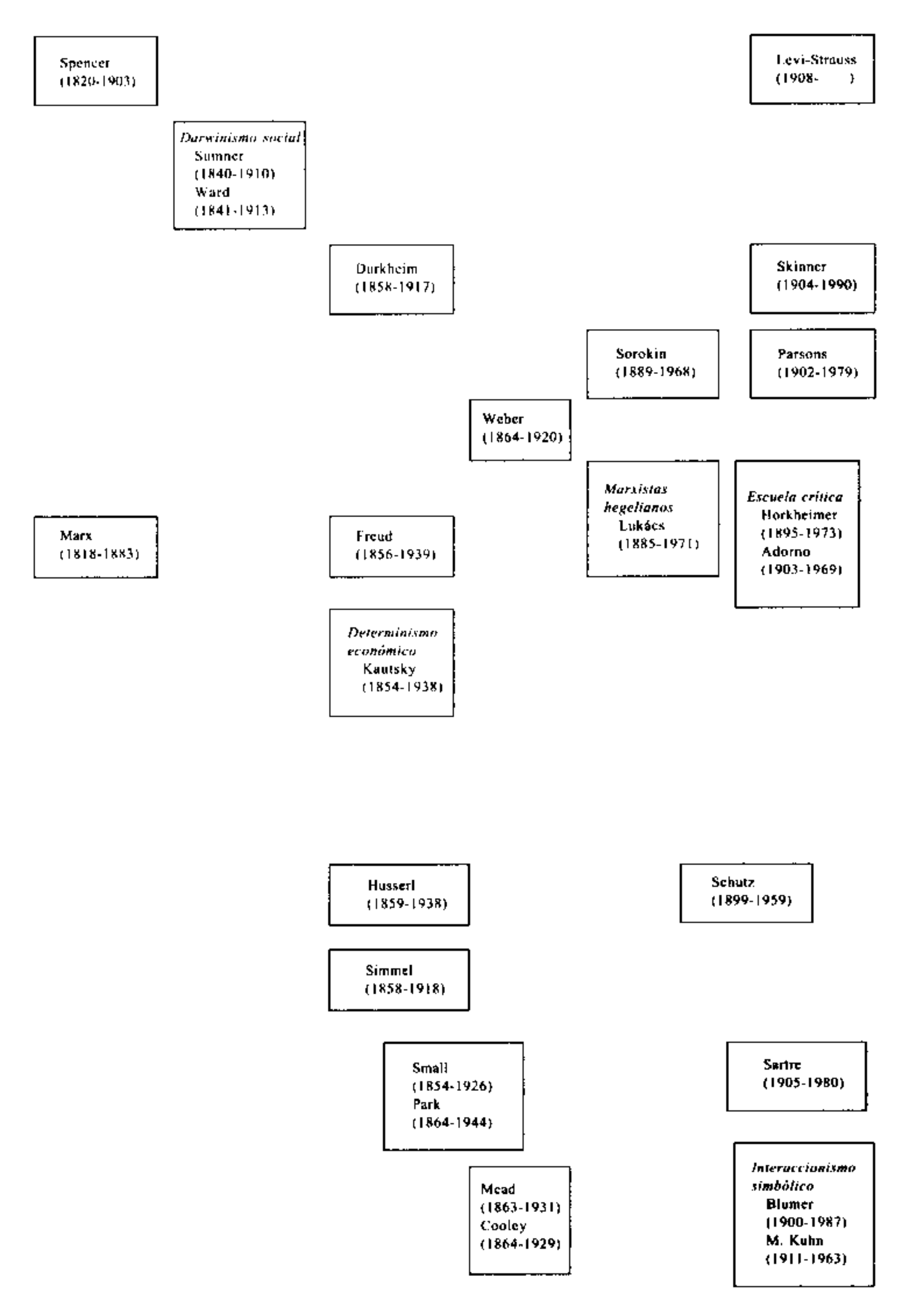



**Figura 2.1.** Teoría sociológica: años posteriores.

*Estructuralismo*

*Post-estructuralismo*
Foucault
(1926-1984)

*Teoría de redes*

Homans
(1910-1989)

*Teoría del intercambio*
Blau
(1918- )
Emerson
(1925-1982)

*Funcionalismo estructural*
Merton
(1910- )

*Neofuncionalismo*
Alexander
(1947- )

*Sociología Radical*
Mills
(1916-1962)

*Teoría de conflicto*
Dahrendorf
(1929- )

*Marxismo estructural*
Althusser
(1918-1990)

*Teoría Sociológica Feminista*

*Marxismo económico*
Sweezy
(1910- )
Braverman
(1920-1976)

Habermas
(1929- )

*Teoría de la integración*
*Acción-estructura*
*Micro-macro*

*Metateorización en sociología*

*Marxismo histórico*
Wallerstein
(1930- )

*Teoría Sintética*

*Sociología Fenomenológica*
Berger
(1929- )
Luckmann
(1927- )

*Etnometodología*
Garfinkel
(1929- )

*Sociología Existencial*

Goffman
(1922-1982)

Otro factor importante en la fundación de la sociología estadounidense analizado por Hinkle y Fuhrman se deriva de la emergencia simultánea de las profesiones académicas (entre ellas la sociología) y del sistema universitario moderno en los Estados Unidos de finales del decenio de 1800. En Europa el sistema universitario se había establecido bastante *antes* del nacimiento de la sociología. Mientras la sociología encontró dificultades para establecerse en Europa, en los Estados Unidos le resultó más fácil debido a su nuevo y más fluido sistema universitario.

Otro de los factores se refiere, por último, a la influencia de una teoría europea bien establecida en la teoría sociológica estadounidense. En muy buena medida, fueron los teóricos europeos los creadores de teoría sociológica, mientras los estadounidenses demostraban una gran capacidad para apoyarse en esos fundamentos. Spencer y Comte fueron los autores europeos más importantes para los americanos. Simmel adquirió cierta importancia durante los primeros años, pero la influencia de Durkheim, Weber y Marx no surtió efecto hasta varios años después. Es interesante e instructivo analizar la historia de las ideas de Herbert Spencer para ilustrar la influencia de la teoría europea temprana sobre la sociología estadounidense.

**La influencia de Herbert Spencer en la sociología.** ¿Por qué, durante los primeros años de la sociología estadounidense, las ideas de Spencer influyeron mucho más que las de Comte, Durkheim, Marx y Weber? Hofstadter (1959) propuso varias explicaciones. La más fácil de ellas era que Spencer escribía en inglés y los demás lo hacían en otras lenguas. Además, la escritura de Spencer no era muy técnica, algo que hizo que su obra fuera más accesible. En efecto, algunos han señalado que si no se consideró a Spencer un estudioso muy sofisticado ello se debió a su falta de tecnicismos. Pero hay otras razones más importantes que explican el atractivo de Spencer. Ofreció una orientación científica muy atractiva para una audiencia que empezaba a celebrar la ciencia y sus productos tecnológicos. Sugirió una teoría global que supuestamente explicaba el recorrido total de la historia humana. La envergadura de sus ideas, así como el voluminoso tamaño de su obra, permitía que su teoria tratara muchas cuestiones diferentes que podían relacionarse con numerosos tipos distintos de personas. Por último, y lo que quizás fuese más importante, su teoría se dirigía, para tranquilizarla, a una sociedad que atravesaba el doloroso proceso de la industrialización. Desde el punto de vista de Spencer, la sociedad se dirigía gradualmente hacia un progreso cada vez mayor.

El discípulo estadounidense más famoso de Spencer fue William Graham Summer, quien aceptó muchas de sus ideas social-darwinistas y las propagó ampliamente. Spencer también influyó en otros primeros sociólogos estadounidenses, entre ellos Lester Ward, Charles Horton Cooley, E.A. Ross y Robert Park.

Sin embargo, durante la década de 1930 Spencer se eclipsó en el mundo intelectual en general, y en el de la sociología en particular. Su darwinismo

social, las ideas del *laissez-faire* parecían ridículas a la luz de los grandes problemas sociales, una guerra mundial y una grave depresión económica. En 1937 Talcott Parsons proclamó la muerte intelectual de Spencer en el ámbito de la sociología al hacerse eco de las palabras que había pronunciado años antes el historiador Crane Brinton: «¿Quién lee actualmente a Spencer?». En nuestros días Spencer tiene simplemente interés histórico, pero sus ideas *fueron* importantes en la configuración de la primera teoría sociológica estadounidense. Pasemos a analizar brevemente la obra de dos teóricos estadounidenses que se vieron influidos, al menos en parte, por la obra de Spencer.

***William Graham Summer (1840-1910).*** Conviene empezar el análisis de los primeros teóricos de la sociología con William Graham Summer, ya que fue la persona que impartió el primer curso que podría llamarse *sociología* en los Estados Unidos. Summer mantenía que había enseñado sociología «mucho antes que nadie lo hubiera intentado en cualquier otra universidad del mundo» (Curtis, 1981: 63).

Summer fue el principal exponente del darwinismo social en los Estados Unidos, aunque parece que cambió de opinión al final de sus días (N. Smith, 1979). El siguiente intercambio de opiniones entre Summer y uno de sus estudiantes ilustra sus ideas «liberales» sobre la necesidad de la libertad individual y su postura en contra de las interferencias del gobierno:

—Profesor, ¿no cree usted en las ayudas del gobierno a la industria?

—¡No! No hay más remedio que hocicar, acaparar, o morir.

—Sí, pero ¿acaso no tiene el cerdo derecho a la raíz?*

—Nada de derechos. El mundo a nadie le debe la vida.

—Entonces, profesor, ¿usted cree en un único sistema, en el sistema contractual competitivo?

—Ese es el único sistema económico coherente. Los demás son falacias.

—Bueno, supongamos que un profesor de economía política viene y le usurpa el puesto. ¿No se sentiría dolido?

—Bienvenido sea el profesor que lo intente. Si ocupa mi puesto, es culpa mía. Mi tarea es enseñar la asignatura de manera que nadie me usurpe el puesto.

(Phelps, citado en Hofstadter, 1959; 54)

En lo fundamental, Summer adoptó la teoría de la supervivencia del más apto en el mundo social. Como Spencer, percibía que las personas luchaban contra su entorno y que los más aptos eran los que lograban el éxito. Así, Summer defendía la agresividad y la competitividad del hombre. Los que lograban el éxito, lo merecían, y los que no lo lograban, merecían morir. Summer se oponía, como también Spencer, a los esfuerzos por ayudar a los que habían

* Intraducible juego de palabras con los dobles significados ingleses de los términos *root* (hocicar y raíz) y *hog* (acaparar y cerdo). [N. de la T.]

fracasado, en especial a los del gobierno. Desde su perspectiva tal intervención operaba contra la selección natural que, tanto entre las personas como entre los animales inferiores, permitía que el apto sobreviviera y que el no apto pereciera. Como Summer escribió: «Si no aceptamos la supervivencia del más apto, tenemos una única alternativa: la supervivencia del menos apto» (Curtis, 1981: 84). Este sistema teórico se ajusta bastante al desarrollo del capitalismo debido a que confiere legitimidad teórica a la existencia de grandes diferencias de riqueza y poder.

Dos razones fundamentales explican que Summer tenga un interés simplemente histórico. Primera, su orientación y su darwinismo social se consideran generalmente como poco más que una vasta legitimación del capitalismo competitivo y del *status quo*. Segunda, no sentó unas bases sólidas en Yale para fundar una escuela de sociología con numerosos discípulos. Esto sucedería algunos años más tarde en la Universidad de Chicago (Heyl y Heyl, 1976). A pesar del éxito que tuvo en su época, «pocos recuerdan a Summer en nuestros días» (Curtis, 1981: 146).

***Lester F. Ward (1841-1913).*** Otro sociólogo que se destacó en su época, pero de escasa relevancia en la actualidad, es Lester Ward. Su trayectoria fue inusual, ya que pasó gran parte de su vida dedicado a la paleontología en un cargo del gobierno federal. Durante ese tiempo, Ward leyó a Spencer y a Comte y se sintió profundamente interesado por la sociología. Publicó varias obras a finales del siglo pasado y comienzos del actual en las que comenzó a exponer su teoría sociológica. A resultas del éxito de su obra, Ward fue elegido en 1906 el primer presidente de la *American Sociological Society* [Sociedad Americana de Sociología]. Fue entonces cuando ocupó su primer cargo académico en la Brown University, cargo que desempeñaría hasta su muerte.

Ward, como Summer, recibió la influencia de las ideas de Herbert Spencer. Aceptaba la idea de que la humanidad había evolucionado desde formas inferiores a su condición presente. Creía que las primeras sociedades se caracterizaban por su simplicidad y pobreza moral, y pensaba que la sociedad moderna era más compleja, más feliz y ofrecía más libertad. Una de las tareas de la sociología, la *sociología pura*, era estudiar las leyes básicas del cambio y la estructura social. Pero Ward creía que la sociología debía ocuparse de algo más que de la vida social; pensaba que debía tener su lado práctico, que también debía existir una *sociología aplicada*. Ello implicaba el uso consciente del conocimiento científico para lograr una sociedad mejor. De este modo Ward no era un darwinista social extremista; creía en la necesidad y en la importancia de la reforma social.

Aunque a Summer y Ward se les reconoce una relevancia histórica, su importancia no se prolongó mucho tiempo en el desarrollo de la teoría sociológica. Pasamos ahora a estudiar a algunos teóricos, especialmente a Mead, y a la Escuela de Chicago, que, en cambio, llegaron a dominar la sociología estadounidense. La Escuela de Chicago constituye un fenómeno excepcional en la histo-

ria de la sociología ya que representó una de las pocas «empresas colectivas intelectuales de índole integrada» (Bulmer, 1984: 1) de la historia de la sociología (otra fue la escuela durkheimiana de París). La tradición iniciada en la Universidad de Chicago sigue teniendo importancia para la sociología y su estatuto teórico (y empírico).

## La Escuela de Chicago [1]

En 1892, Albion Small fundó el departamento de sociología de la Universidad de Chicago. La obra intelectual de Small tiene menos significado contemporáneo que el importante papel que desempeñó en la institucionalización de la sociología en los Estados Unidos (Faris, 1970; Matthews, 1977). Albion Small actuó en pro de la creación de un departamento en la Universidad de Chicago, que terminaría por convertirse en el centro de la disciplina en los Estados Unidos durante muchos años. En 1894 Small colaboró en el primer manual de sociología. En 1895 fundó el *American Journal of Sociology*, revista que hasta nuestros días ha constituido una fuerza dominante de la disciplina. En 1905, Samll fundó con otros la *American Sociological Society, la* asociación profesional por excelencia de los sociólogos estadounidenses hasta nuestros días (Rhoades, 1981). (La turbación que causaban las iniciales de la *American Sociological Society*, A.S.S., hizo que en 1959 pasara a denominarse *American Sociological Association*: A.S.A.)

**Los inicios de la Escuela de Chicago**. El primer departamento de Chicago presenta varias características distintivas. Por un lado, tuvo una estrecha conexión con la religión (Vidich y Lyman, 1985). Algunos de sus miembros eran sacerdotes e hijos de sacerdotes. Small, por ejemplo, creía que «la meta última de la sociología debía ser esencialmente cristiana» (Matthews, 1977: 95). Esta creencia condujo a la idea de que la sociología debía ocuparse de la reforma social, combinada con la de que la sociología debía tener un carácter científico. [2] En la populosa ciudad de Chicago, que entonces acusaba los efectos, tanto positivos como negativos, de la urbanización y de la industrialización, se practicó una sociología científica con el punto de mira en la mejora social.

Debemos mencionar ahora las contribuciones de uno de los primeros miem-

[1] Véase Blumer (1985) para un análisis de las características definitorias de la Escuela y de las razones por las que podemos hablar de la «Escuela de Chicago». Tiryakian (1979, 1986) también analiza las escuelas en general, y la Escuela de Chicago en particular, y acentúa el papel que juegan los líderes carismáticos y las innovaciones metodológicas. Véase también Amsterdamska (1985).

[2] Como veremos, sin embargo, el concepto de ciencia de la Escuela de Chicago pasó a ser demasiado «blando», al menos a los ojos de los positivistas que más tarde llegarían a dominar la sociología.

bros del departamento de sociología de Chicago, W.I. Thomas (1863-1947). Thomas se incorporó al departamento de Chicago en 1895 y allí escribió su tesis en 1896. La trascendente importancia de Thomas residía en el hincapié que hacía sobre la necesidad de la investigación científica sobre cuestiones sociológicas (Lodge, 1986). Aunque mantuvo esta opinión durante muchos años, sus ideas no se manifestaron hasta 1918 con la publicación de *The Polish Peasant in Europe and America* [El campesino polaco en Europa y los Estados Unidos

## ROBERT PARK: Reseña biográfica



Robert Park no siguió la tipica carrera de un sociólogo académico: colegio, universidad, docencia. Había llevado, en cambio, una variada trayectoria antes de convertirse, ya avanzada su vida, en sociólogo. A pesar de su tardío comienzo, Park tuvo un profundo efecto en la sociología en general y en la teoría en particular. Sus diversas experiencias le dieron una inusual orientación para los asuntos de la vida, y esta amplitud de perspectiva contribuyó a dar forma a la Escuela de Chicago, al interaccionismo simbólico y, en definitiva, a una buena porción de la sociología misma.

Park había nacido en Harveyville, Pennsylvania, el 14 de febrero de 1864 (Matthews, 1977). Como estudiante de la Universidad de Michigan, estudió con un gran número de grandes pensadores, como John Dewey. Aunque le atraía el mundo de las ideas, Park sentía una irreprimible necesidad de trabajar en el mundo real. Como el propio Park dijo: «He construido mi mente para que vaya por sí sola a la experiencia y lleve a mi alma... "todas las alegrías y las penas del mundo"» (1927/1973: 253). Tras su graduación, inició una carrera de periodista, lo que le dio su primera oportunidad en el mundo real. Le gustaba especialmente explorar («husmear en las casas de juego y en los fumaderos de opio» [Park, 1927/1973: 254]). Describió con nítidos detalles la vida en la ciudad: descendía al terreno, observaba y analizaba, y finalmente redactaba sus observaciones. De hecho, estaba haciendo el tipo de investigación («informe científico») que llegaría a convertirse en el rasgo distintivo de la sociología de Chicago, a saber: la etnología urbana que recurre a las técnicas de la observación participante.

Aunque la descripción precisa de la vida social siguió siendo una de sus pasiones, Park se sentía cada vez más descontento con el trabajo de periodista, pues no satisfacía ni sus necesidades familiares ni, lo que quizá fuese más importante, sus necesidades intelectuales. Además, no parecía estar contribuyendo a la mejora del mundo, y Park tenía un profundo interés en la reforma social. En 1898, a la edad de treinta y cuatro años, Park abandonó

de América], obra de la que era coautor con Florian Znaniecki. Martin Bulmer considera esta obra un estudio «notorio» debido a que alejó a la sociología de la «teoría abstracta y la investigación de biblioteca y la acercó al estudio del mundo empírico utilizando un marco teórico» (1984: 45). Norbert Wiley considera que *El campesino polaco* es de gran importancia para la fundación de la sociología en el sentido de que «clarifica el singular espacio intelectual en el que esta disciplina puede observar y explorar» (1986: 20). El libro constituía el producto

el periódico y se integró en el departamento de filosofía de Harvard. Permaneció allí un año, pero entonces decidió trasladarse a Alemania, que era a la sazón el centro mundial de la vida intelectual. En Berlín encontró a Georg Simmel, cuya obra iba a tener una gran influencia en la sociología de Park. Las obras de Simmel fueron, de hecho, el *único* adiestramiento formalmente sociológico que recibió Park. Como dijo Park: «Conseguí la mayor parte de mi conocimiento sobre la sociedad y la naturaleza humana de mis propias observaciones» (1927/1973: 257). En 1904, Park concluyó su tesis doctoral en la Universidad de Heidelberg. En lo que era una reacción típica, se sintió descontento de ella: «Todo lo que tenia que mostrar estaba en aquel pequeño libro y yo me avergonzaba de él» (Matthews, 1975: 57). Se negó a impartir un curso de verano en la Universidad de Chicago y huyó de la vida académica como antes había huido del periodismo.

Su necesidad de contribuir a las mejoras sociales le llevó a convertirse en secretario y principal encargado de publicidad de la Asociación para la Reforma del Congo, que se había constituido con la finalidad de aliviar la brutalidad y la explotación en el Congo Belga. Durante este periodo conoció a Booker T. Washington y se sintió atraído por la causa de los negros estadounidenses. Llegó a ser secretario de Washington y jugó un papel fundamental en las actividades del Instituto Tuskegee. En 1912 conoció a W.I. Thomas, el sociólogo de Chicago, que por entonces conferenciaba en el Instituto Tuskegee. Thomas le invitó a dar un curso sobre el «Negro en los Estados Unidos de América» a un reducido número de estudiantes de licenciatura de Chicago, y Park lo hizo en 1914. Dado el éxito que tuvo, volvió al año siguiente para dirigirse a una audiencia dos veces mayor. En aquellos momentos se integró en la *American Sociological Society*, y sólo una década después llegó a ser su presidente. Park fue girando gradualmente hacia un compromiso total con Chicago, aunque no se convirtió en profesor con dedicación absoluta hasta 1923, cuando tenía cincuenta y nueve años. A lo largo de los casi veinte años que perteneció a la Universidad de Chicago jugó un papel clave en la orientación intelectual del departamento de sociología.

Park permaneció muy activo incluso después de su jubilación en Chicago a comienzos de los años treinta. Dictó cursos y supervisó investigaciones en la Fisk University casi hasta cumplir los ochenta años. Viajó mucho. Falleció el 7 de febrero de 1944, una semana antes de su ochenta cumpleaños.

de ocho años de investigación en Europa y Estados Unidos, así como un estudio sobre la desorganización social de los emigrantes polacos. A la larga, los datos tendrían poca importancia. Sin embargo, la metodología sí fue importante, pues implicaba una variedad de fuentes de datos, entre ellos materiales autobiográficos, facturas, correspondencia familiar, archivos periodísticos, documentos públicos y cartas de instituciones.

Aunque *El campesino polaco* era sobre todo un estudio macrosociológico de las instituciones sociales, en el transcurso de su carrera Thomas adoptó una orientación microscópica y socio-psicológica. Se le conoce por su afirmación socio-psicológica de que «Si los hombres definen las situaciones como reales, sus consecuencias son reales» (Thomas y Thomas, 1928: 572). El acento recaía en la importancia de lo que pensaban las personas y del modo en que este pensar afectaba a lo que hacían. Este enfoque microscópico y socio-psicológico se oponía a las perspectivas macroscópicas, socio-estructurales y culturales de estudiosos europeos como Marx, Weber y Durkheim. Y se convertiría en una de las características definitorias del producto teórico de la Escuela de Chicago: el interaccionismo simbólico (Rock, 1979: 5).

Otra figura relevante de la Escuela de Chicago fue Robert Park (1864-1944). Park llegó a Chicago en 1914 como profesor a tiempo parcial y en poco tiempo se abrió camino hasta convertirse en una figura central del departamento. Como en el caso de Small, la importancia de Park no residía simplemente en sus contribuciones intelectuales. Su importancia para el desarrollo de la sociología se debe a varias razones. Primera, se convirtió en la figura principal del departamento de Chicago, el cual, a su vez, dominó la sociología durante la década de los años treinta. Segunda, Park había estudiado en Europa y se ocupó de llamar al atención de los sociólogos de Chicago sobre los pensadores continentales. Y lo que teóricamente fue más importante, Park habia seguido los cursos de Simmel, por lo que las ideas de Simmel, particularmente su interés por la acción y la interacción, intervinieron en el desarrollo de la orientación teórica de la Escuela de Chicago (Rock, 1979: 36-48). Tercera, antes de ser sociólogo, habia sido periodista, y su experiencia le dio un sentido de la importancia de los problemas humanos y de la necesidad de salir al exterior a recoger datos mediante la observación personal. Así surgió el duradero interés de la Escuela de Chicago por la ecología urbana. Cuarta, Park desempeñó un papel central en la dirección de los estudiantes contribuyendo al desarrollo de «un programa acumulativo de investigación cualificada» (Bulmer, 1984: 13). Finalmente, en 1921, Park y Ernest W. Burgess publicaron el primer manual verdaderamente importante de sociología, *An Introduction to the Science of Sociology* [Introducción a la ciencia de la sociología], que se convirtió en un texto influyente durante muchos años y que era particularmente notable debido a su compromiso con la ciencia, con la investigación y con el estudio de una amplia gama de fenómenos sociales.

A finales de los años veinte y principios de los treinta Park comenzó a pasar menos tiempo en Chicago. Finalmente, su sempiterno interés por las relaciones raciales (fue secretario de Booker T. Washington antes de convertirse en sociól-

logo) le indujo a aceptar un cargo en la Fisk University (una universidad de negros) en 1934. Aunque el declive del departamento de Chicago no se debió exclusiva y principalmente a la marcha de Park, su prestigio comenzó a decaer durante los años treinta. Pero antes de analizar el declive de la sociología de Chicago y la creación de otros departamentos y teorías, debemos regresar a los primeros años de la escuela y a las dos figuras cuya obra tuvo el significado teórico más duradero: Charles Horton Cooley y, más importante aún, George Herbert Mead.

***Charles Horton Cooley (1864-1929).*** La asociación de Cooley con la Escuela de Chicago resulta interesante porque no realizó su carrera en la Universidad de Chicago, sino en la de Michigan. Sin embargo, la perspectiva teórica de Cooley sintonizaba con la teoría del interaccionismo simbólico que llegaría a ser el producto más importante de la Escuela.

Cooley se doctoró por la Universidad de Michigan en 1894. Había desarrollado un gran interés por la sociología, pero aún no se había formado un departamento en Michigan. A resultas de lo cual, las objeciones que le formularon a su tesis doctoral llegaron de la Universidad de Columbia, donde se enseñaba sociología desde 1889 bajo la dirección de Franklin Giddins. Cooley comenzó su carrera docente en Michigan en 1892 antes de terminar su doctorado e hizo allí toda su carrera.

Aunque Cooley propuso una amplia gama de ideas, se le recuerda principalmente por sus incursiones en los aspectos socio-psicológicos de la vida social. Su obra en este campo sintoniza con la de George Herbert Mead, aunque Mead tuvo un efecto más profundo y duradero sobre la sociología que Cooley. Cooley se mostró interesado por la conciencia, pero, como Mead, rehusó separar la conciencia del contexto social. Uno de sus conceptos que mejor ilustra este aspecto es el que ha sobrevivido hasta nuestros días: el *self especular*. Con este concepto Cooley daba a entender que las personas tienen conciencia y que ésta se modela mediante la continua interacción social.

Otro concepto básico que ilustra la orientación socio-psicológica de Cooley, y que aún despierta interés y disfruta de importancia, es el del grupo primario. Los *grupos primarios* son grupos íntimos, en los que se dan relaciones cara a cara, que desempeñan un papel central en la vinculación del actor con el resto de la sociedad. Especialmente importantes son los grupos primarios de los jóvenes, fundamentalmente la familia y los grupos de pares. En el seno de estos grupos el individuo se desarrolla como ser social. Es en el seno del grupo primario donde fundamentalmente nace el *self especular* y donde el niño egocéntrico aprende a ser consciente de los demás, y por lo tanto, se convierte en un miembro de la sociedad.

Tanto Cooley como Mead rechazaban la visión *conductista* de los seres humanos, la idea de que las personas respondían ciega e inconscientemente a los estímulos externos. Del lado positivo, creían que las personas tenían conciencia, un self, y que la responsabilidad de los sociólogos era estudiar este

aspecto de la realidad social. Cooley aconsejaba a los sociólogos que intentaran ponerse ellos mismos en el lugar de los actores que estudiaban, que utilizaran el método de la *introspección simpática* para analizar la conciencia. Analizando lo que harían si fueran actores en diversas circunstancias, los sociólogos podrían comprender los significados y motivos subyacentes a la conducta social. El método de la introspección simpática les parecía a muchos en extremo acientífico. En este sentido, como en otros, la obra de Mead representa un avance sobre la de Cooley. No obstante, existe una gran similitud en los intereses de los dos pensadores, por no mencionar su idea compartida de que la sociología debía ocuparse del estudio de fenómenos socio-psicológicos como la conciencia, la acción y la interacción.

***George Herbert Mead (1863-1931).*** El pensador *más importante* vinculado a la Escuela de Chicago y al interaccionismo simbólico no fue un sociólogo, sino un filósofo llamado George Herbert Mead. [3] Mead comenzó a enseñar filosofía en la Universidad de Chicago en 1894 y allí siguió impartiendo sus cursos hasta su muerte en 1931. Dada su importancia en la historia de la teoria sociológica, es quizás paradójico el hecho de que enseñara filosofía y no sociología, y de que publicara relativamente pocos escritos durante su vida. La paradoja se resuelve, en parte, debido a dos hechos. Primero, Mead impartió cursos de psicología social en el departamento de filosofía a los que asistieron muchos estudiantes licenciados en sociología. Sus ideas influyeron profundamente en un sinnúmero de ellos. Estos estudiantes combinaron las ideas de Mead con las que recibían en el departamento de sociología de pensadores como Park y Thomas. Aunque en aquellos días no existía una teoría conocida como el interaccionismo simbólico, fueron los estudiantes los que la crearon a partir de estos diversos impulsos. Así, Mead ejerció una profunda y personal influencia en las personas que más tarde desarrollarían el interaccionismo simbólico. Segunda, estos estudiantes reunieron los apuntes tomados en las clases de Mead y publicaron un volumen póstumo con su nombre. La obra, *Mind, Self, and Society* [Espíritu, persona y sociedad] (Mead, 1934/1962), llevó sus ideas desde el reino de lo oral a la tradición escrita. Muy leído hasta nuestros días, este volumen constituye el principal pilar intelectual del interaccionismo simbólico.

Analizaremos las ideas de Mead en el Capítulo 5, pero haremos aquí una breve mención de algunos puntos importantes con el fin de ubicarlo en su contexto histórico. Es preciso analizar las ideas de Mead en el contexto del conductismo psicológico. A Mead le impresionó esta orientación y aceptaba muchos de sus principios. Adoptó su enfoque sobre el actor y su conducta. Consideraba sensata la preocupación del conductista por las recompensas y los costes que entrañaban las conductas de los actores. Lo que inquietaba a Mead era que el conductismo no iba lo suficientemente lejos. Es decir, no contemplaba seriamente la conciencia, ya que mantenía la idea de que no era susceptible de un

[3] Para una opinión diferente, véase Lewis y Smith (1980).

estudio científico. Mead disentía vehementemente de este punto de vista y se afanó por extender los principios del conductismo al análisis de la «mente». Para llevar a cabo esta tarea Mead adoptó un enfoque similar al de Cooley. Pero mientras la postura de Cooley parecía acientifica, la de Mead prometía una concepción más científica de la conciencia mediante la ampliación de los principios y métodos altamente científicos del conductismo psicológico.

Mead legó a la sociología estadounidense una teoría que se oponía frontalmente a las teorías fundamentalmente societales propuestas por los principales teóricos europeos: Marx, Weber, Durkheim, Comte y Spencer. La única excepción era Simmel. Así, el interaccionismo simbólico se desarrolló en muy buena medida a partir del interés de Simmel por la acción y la interacción y del de Mead por la conciencia. Pero esta idea nos lleva a detectar una debilidad de la obra de Mead y del interaccionismo simbólico en general, en los niveles societal y cultural.

**La decadencia de la sociología de Chicago.** La Escuela de Chicago alcanzó su apogeo en los años veinte, pero durante la década de los treinta, con la muerte de Mead y la marcha de Park, el departamento comenzó a perder su posición preeminente en la sociología estadounidense. Fred Matthews (1977; véase también Bulmer, 1984) identifica varias razones que explican la decadencia de la Escuela de Chicago, dos de las cuales parecen las más importantes.

Primera, la disciplina se mostraba cada vez más preocupada por ser científica, es decir, por la utilización de métodos sofisticados y el empleo del análisis estadístico. Sin embargo, se pensaba que la Escuela de Chicago fomentaba estudios descriptivos etnográficos que solían centrarse en las orientaciones personales de los observados (en términos de Thomas, en sus «definiciones de la situación»). Park comenzó a desdeñar progresivamente la estadística (la llamaba «magia parlante») porque parecía prohibir el análisis de la subjetividad, de lo idiosincrásico y peculiar. El hecho de que en Chicago se hubieran realizado grandes avances en los métodos cuantitativos (Bulmer, 1984: 151-189) comenzó a ignorarse al considerarse sólo su vinculación con los métodos cualitativos. Segunda, cada vez más individuos fuera de Chicago expresaban su resentimiento por el dominio que la Escuela ejercía sobre la *American Sociological Society* y el *American Journal of Sociology*. En 1930 se formó la *Eastern Sociological Society* [Sociedad de Sociología del Este] y los sociólogos de la costa este comenzaron a denunciar el dominio del medio oeste en general, y de Chicago en particular (Wiley, 1979: 63). Hacia 1935, la revuelta contra Chicago condujo al nombramiento de un secretario para la Asociación que no procedía de Chicago y a la creación de una nueva revista oficial, la *American Sociological Review* (Lengermann, 1979). De acuerdo con Wiley, «la Escuela de Chicago cayó como un gran roble» (1979: 63). Su caída marcó el desarrollo de otros centros poderosos, en especial de Harvard y en general de la *Ivy League*. El interaccionismo simbólico constituía entonces una tradición oral e indeterminada, y como tal perdió finalmente terreno para cedérselo a sistemas teóricos más

explícitos y codificados como el funcionalismo estructural asociado a la *Ivy League* (Rock, 1979: 12).

## LA TEORIA SOCIOLOGICA HASTA LA MITAD DE SIGLO

### El nacimiento de Harvard, la Ivy League y el funcionalismo estructural

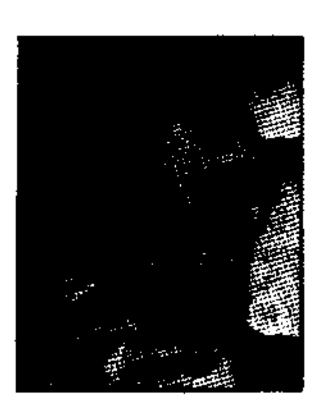
Podemos determinar la fecha de nacimiento de la sociología en Harvard con la llegada de Pitirim Sorokin en 1930. Cuando Sorokin llegó a Harvard no existía allí un departamento de sociología, pero al término de su primer año de estancia éste se creó y se le nombró director. Aunque Sorokin eran un teórico de la sociología y siguió publicando hasta los años sesenta, en nuestros días su obra es sorprendentemente poco citada. Su teoría no ha superado la prueba del tiempo. El significado trascendental de Sorokin reside en la creación del departamento de sociología de Harvard y en el papel que jugó en la contratación de Talcott Parsons (que había sido profesor ayudante de economía en Harvard) como lector del departamento de sociología. Parsons se convirtió en la figura principal de la sociología estadounidense debido a que introdujo los teóricos europeos a una audiencia estadounidense, a sus propias teorías sociológicas y a los muchos alumnos suyos que se convirtieron en grandes teóricos de la sociología.

***Pitirim Sorokin (1889-1968).*** Sorokin fue un escritor prolífico y desarrolló una teoría que, tal vez, supere en alcance y complejidad a la de Parsons. La expresión más completa de esta teoría se encuentra en su obra de cuatro volúmenes *Social and Cultural Dynamics* [Dinámica social y cultural], publicada entre 1937 y 1941. En ella Sorokin parte de una numerosa serie de datos empíricos para desarrollar una teoría general del cambio social y cultural. A diferencia de los que se esforzaron por desarrollar teorías evolucionistas del cambio social, Sorokin desarrolló una cíclica. Pensaba que las sociedades oscilaban entre tres diferentes tipos de mentalidad: sensual, ideacional e idealista. Las sociedades dominadas por el *sensualismo* destacan el papel de los sentidos en la comprensión de la realidad; aquellas dominadas por un modo de comprensión de la realidad más trascendental y altamente religioso eran *ideacionales*; y las sociedades *idealistas* eran tipos de transición entre el sensualismo y la religiosidad.

El motor del cambio social se encuentra en la lógica interna de cada uno de estos sistemas. Es decir, cada uno se ve internamente obligado a llevar su modo de pensamiento a su extremo lógico. Así, una sociedad sensual llega a ser tan sensual que sienta las bases para su propia desaparición. Cuando el sensualismo llega a su fin lógico, las personas se refugian en sistemas religiosos. Pero una vez que este sistema alcanza su punto álgido también se ve empujado hacia su

fin, y la sociedad entonces se convierte en excesivamente religiosa. De este modo, el terreno queda preparado para el surgimiento de una cultura idealista y, en última instancia, para que el ciclo comience de nuevo. Sorokin no sólo desarrolló una compleja teoría del cambio social, sino que recogió también pruebas detalladas procedentes del arte, la filosofía, la política etc.., para apoyar su teoría. Sin duda, se trata de una obra impresionante.

## PITIRIM A. SOROKIN: Reseña biográfica



Pitirim Sorokin nació en un remoto pueblo de Rusia el veintiuno de enero de 1889. Siendo adolescente y estudiante en un seminario Sorokin fue arrestado por llevar a cabo actividades revolucionarias y pasó cuatro meses en prisión. Finalmente Sorokin ingresó en la universidad de San Petersburgo donde estudió diligentemente, al tiempo que asumía responsabilidades docentes y llevaba a cabo actividades revolucionarias que pronto darían con él en prisión. La presentación de la tesis de Sorokin estaba programada para marzo de 1917, pero antes de esta fecha la Revolución Rusa ya estaba en marcha. Sorokin no pudo obtener su doctorado hasta 1922. Revolucionario activo, pero opuesto a los bolcheviques, Sorokin aceptó un cargo en el gobierno provisional de Kerensky. Sin embargo, cuando ganaron los bolcheviques, ingresó de nuevo en prisión, pero esta vez de la mano de los bolcheviques. Finalmente, por órdenes directas de Lenin, Sorokin fue liberado y se le permitió regresar a la universidad y retomar lo que había dejado. Sin embargo, su obra fue censurada y se vio acosado por la policía secreta. Se le permitió finalmente abandonar Rusia y, tras una estancia en Checoslovaquia, llegó a los Estados Unidos en octubre de 1923.

Al principio Sorokin pronunció conferencias en varias universidades, pero al final obtuvo un puesto en la Universidad de Minnesota. Pronto se convirtió en profesor a tiempo completo. Sorokin ya había publicado varias obras en Rusia, y continuó publicando a un ritmo vertiginoso en los Estados Unidos. De su productividad en Minnesota, dijo: «Sabía que llegaría a superar la productividad del sociólogo promedio» (1963: 224). Obras como *Social Mobility* [Movilidad social], y *Contemporary Sociological Theories* [Teorías sociológicas contemporáneas] le confirieron reputación a escala nacional, y en 1929 la Universidad de Harvard le ofreció su primera cátedra de sociología, la cual aceptó. La cátedra pertenecía al departamento de economía, porque aún no se había creado un departamento de sociología en Harvard.

Inmediatamente después de su ingreso en Harvard se creó allí el departamento de sociología, del que fue nombrado director. Como tal, contribuyó a la construcción del departamento de sociología más importante de los

Estados Unidos. Durante estos años Sorokin también acabó una obra que se convertiría en el más renombrado de sus trabajos, *Social and Cultural Dynamics* [Dinámica social y cultural] (1937-1941).

Pitirim Sorokin ha sido descrito como «El chico malo y el abogado del diablo de la sociología estadounidense» (Williams, 1980b: 100). Llevado por su gran ego, Sorokin criticaba casi todo y a casi todo el mundo. Resultado de lo cual, Sorokin y su obra se convirtieron en objeto de numerosas críticas. Ello se manifiesta explícitamente en un extracto de una carta que envió al director del *American Journal of Sociology*:

> El carácter fuertemente detractor de las revistas constituye un buen pronóstico para mis libros debido a la estrecha correlación que hay entre la descalificación de mis libros... y su éxito subsiguiente. Cuanto más se ha criticado a mis libros (y sus articulistas los han condenado prácticamente todos), más importancia y éxito han tenido mis condenadas obras.
>
> (Sorokin, 1963: 229)

Una de las enemistades inveteradas y más interesantes y duraderas de Sorokin se encarnó en la persona de Talcott Parsons. Parsons fue nombrado en Harvard tutor de sociología cuando Sorokin era director del departamento. Sin embargo, fue Parsons quien finalmente se convirtió en el sociólogo más importante de Harvard y de los Estados Unidos. El conflicto entre Sorokin y Parsons se intensificó debido al gran solapamiento entre sus teorías. A pesar de los parecidos, la obra de Parsons atrajo una audiencia mucho más amplia y duradera que la de Sorokin. A medida que pasaban los años, Sorokin adoptó una actitud bastante interesante hacia la obra de Parsons, actitud que se reflejó en varios libros suyos. Por una parte, sentía propensión a criticar a Parsons por robarle muchas de sus ideas. Por otro, criticaba duramente la teoría parsoniana. Otro motivo de tensión en la relación entre ambos se sustanciaba en los estudiantes licenciados. Uno de los grandes logros del primer departamento de sociología de Harvard fue su capacidad para atraer estudiantes con talento como Robert Merton. Aunque estos estudiantes recibieron la influencia de ambos hombres, la de Parsons se demostró más persistente que la de Sorokin. Parsons sustituyó a Sorokin en la dirección del departamento de sociología y lo transformó en un Departamento de Relaciones Sociales. Acerca de esta cuestión, Sorokin afirmó:

> Yo no soy responsable de lo que le ha sucedido al departamento. Ya sea por esa mezcla de psicología patológica y social y de antropología cultural que ha dado lugar al «Departamento de Relaciones Sociales», ya por la conversión de la sociología en una masa ecléctica de retales de esas disciplinas... el departamento de Relaciones Sociales... apenas ha producido un número de sociólogos distinguidos similar al que salió del Departamento de Sociología... que yo dirigí.
>
> (Sorokin, 1963: 251)

Sorokin terminó finalmente aislado en el Departamento de Harvard, relegado a un despacho de aspecto desolado, deslizando por debajo de las puertas de las oficinas del departamento una declaración mimeografiada en la que reclamaba que Parsons le había robado sus ideas (Coser, 1977: 490).

Sorokin falleció el once de febrero de 1968.

La obra teórica de Sorokin es mucho más amplia, pero esta introducción debe proporcionar al lector una visión de conjunto de su obra. Es difícil explicar por qué Sorokin ha caído en el olvido de la teoría sociológica. Tal vez sea resultado de una de las cosas que a Sorokin le gustaba atacar, y sobre las que escribió de hecho un libro, *Fads and Foibles in Modern Sociology and Related Sciences* [Achaques y manías de la sociología moderna y ciencias afines] (1956). Puede que sea redescubierto por una futura generación de sociólogos teóricos. Por el momento, su obra queda fuera de la corriente principal de la teoría sociológica moderna.

***Talcott Parsons (1902-1979).*** Aunque había publicado algunos ensayos primerizos, la gran contribución de Parsons en los primeros años de su carrera fue la influencia que ejerció sobre estudiantes de licenciatura que llegarían a ser notables teóricos de la sociología. El más famoso fue Robert Merton, quien se doctoró en 1936 y pronto llegó a ser un teórico de primera fila y figura principalísima del estilo parsoniano de teorizar en la Universidad de Columbia. En el mismo año de 1936 se doctoró Kingsley Davis, quien, junto a Wilbert Moore (que obtuvo su doctorado por Harvard en 1940), escribió uno de los trabajos centrales de la teoría estructural-funcional, la orientación que terminaría por convertirse en el gran producto de Parsons y los parsonianos. Pero la influencia de Parsons no se limitó a los años treinta, pues es de destacar que siguiera produciendo licenciados influyentes hasta bien entrada la década de los años sesenta.

El año de 1937 fue fundamental para Parsons y para la teoría sociológica norteamericana, pues fue entonces cuando se publicó *The Structure of Social Action* [La estructura de la acción social]. Por cuatro razones, el libro tuvo mucha importancia para la teoría sociológica en los Estados Unidos. Primera, sirvió para dar a conocer las grandes teorías europeas al gran público estadounidense. La mayor parte del libro estaba dedicado a Durkheim, Weber y Pareto. Las interpretaciones de estos teóricos configuraron sus imágenes en la sociología estadounidense durante muchos años.

Segunda, Parsons apenas dedicó atención a Marx y, sin embargo, se volcó en la obra de Durkheim, Weber e, incluso, en la de Pareto. Como consecuencia de ello, la teoría marxiana continuó excluida de la sociología ortodoxa.

Tercera, *La estructura de la acción social* defendía la teorización sociológica como una actividad legítima y significativa. La teoría que se ha producido desde entonces en los Estados Unidos tiene una gran deuda con la obra de Parsons.

Finalmente, Parsons defendió ciertas teorías sociológicas que llegaron a tener una profunda influencia sobre la sociología. Al principio, se consideraba a Parsons un teórico de la acción, y él mismo se tenía por tal. Se centraba en los actores y en sus pensamiento y acciones. Pero al término de su obra de 1937 y en sus trabajos posteriores Parsons se convertía gradualmente en un teórico estructural-funcional centrado en los grandes sistemas sociales y culturales.

Aunque Parsons afirmó que estas teorías no eran contradictorias, empezó a reconocérsele como un funcionalista estructural y se convirtió en el exponente principal de esta corriente, que llegó a alcanzar una posición preeminente y a mantenerla hasta hace pocos años. La fuerza teórica de Parsons, y la del funcionalismo estructural, reside en la delimitación de las relaciones entre grandes estructuras e instituciones sociales (véase el Capítulo 3).

Las expresión más acabada de la teoría estructural-funcional de Parsons se manifestó a principios del decenio de 1950 en varias de sus obras, notablemente en *The Social System* [El sistema social] (1951). En ésta y otras obras Parsons se centró en el estudio de las estructuras de la sociedad y la relación entre ellas. Percibía que estas estructuras se mantenían recíprocamente y tendían hacia un equilibrio dinámico. El interés fundamental se centraba en el modo en que el orden se mantenía entre los diversos elementos de la sociedad. El cambio constituía un proceso ordenado, y al final (1966, 1971), Parsons adoptaría una perspectiva neoevolucionista del cambio social. A Parsons no sólo le preocupaba el sistema social *per se*, sino también su relación con los otros *sistemas de acción*, en especial los sistemas cultural y de la personalidad. Pero su idea básica de las relaciones intersistémicas era esencialmente la misma que su concepción de las relaciones intrasistémicas; es decir, que se definían por la cohesión, el consenso y el orden. En otras palabras, las diversas *estructuras sociales* realizaban una gran variedad de *funciones* positivas recíprocas.

Entendemos ahora por qué a Parsons se le describe principalmente como un *funcionalista estructural*. Cuanta más fama obtenía, más fuerza adquiría la teoría estructural-funcional en los Estados Unidos. Su obra yace en el corazón de esta teoría, aunque sus estudiantes y discípulos también se esforzaron por desarrollar aún más la teoría y por aumentar su predominio en los Estados Unidos.

Aunque Parsons desempeñó varios papeles importantes y positivos en la historia de la teoría sociológica de los Estados Unidos, su obra también tuvo algunas consecuencias negativas. Primera, sus interpretaciones de los teóricos europeos parecían reflejar su propia orientación teórica en lugar de la de aquéllos. Muchos sociólogos estadounidenses se expusieron a recibir una interpretación errónea de los maestros europeos. Segunda, como se ha señalado más arriba, al principio de su carrera Parsons ignoró a Marx, por lo que las ideas de Marx permanecieron durante muchos años al margen de la sociología. Tercera, el desarrollo de su teoría acusa importantes puntos débiles, a pesar de que la preeminencia de la figura de Parsons en la sociología estadounidense sirvió durante muchos años para silenciar o acallar las críticas. No sería hasta muchos años más tarde cuando se airearan los puntos débiles de la teoría de Parsons y, en general, del funcionalismo estructural.

Pero estamos yendo demasiado lejos y debemos regresar a principios de los años treinta y analizar otros desarrollos que se produjeron en Harvard. Comprenderemos mejor el desarrollo del departamento de Harvard si lo estudiamos mencionando unas palabras sobre su otra figura principal: George Homans.

***George Homans (1910-1989).*** Acaudalado bostoniano, George Homans obtuvo su licenciatura en Harvard en 1932 (Homans, 1962, 1984). Como consecuencia de la gran depresión se encontró sin empleo, aunque no por cierto sin dinero. En otoño de 1932 L.J. Henderson, fisiólogo, impartió un curso sobre las teorías de Wilfredo Pareto e invitó a Homans, quien aceptó de buen grado. (Parsons también asistía a los seminarios sobre Pareto). La explicación que da Homans de por qué se inspiró y se interesó en Pareto aclara enormemente por qué la teoría sociológica estadounidense era tan conservadora y antimarxista:

> Me interesó Pareto porque me clarificó lo que yo estaba predispuesto a creer. No conozco todas las razones que explican por qué me ha interesado, pero sí puedo expresar una de ellas. Alguien dijo que gran parte de la sociología moderna constituye un esfuerzo por rebatir los argumentos de los revolucionarios. Como republicano de Boston que no reniega de su relativamente rica familia, me sentía personalmente atacado durante los años treinta, sobre todo por los marxistas. Estaba dispuesto a creen en Pareto porque me proporcionaba una defensa.
>
> (Homans, 1962: 4)

La exposición a la influencia de Pareto le llevó a componer un libro (escrito con Charles Curtis), *An Introduction to Pareto* [Introducción a Pareto], publicado en 1934. La publicación de este libro convirtió a Homans en sociólogo, aunque hasta ese momento la obra de Pareto era virtualmente lo único que Homans había leído de sociología.

En 1934 Harvard le nombró colaborador, una forma de evitar los problemas relacionados con el programa de doctorado. De hecho, Homans no llegó a leer la tesis doctoral a pesar de que se convirtió en una de las principales figuras de la sociología de su tiempo. Homans fue ayudante hasta 1939 y durante esos años adquirió más y más conocimientos sociológicos. En 1939 se propuso su incorporación al departamento de sociologia, pero la guerra interrumpió esa propuesta.

Cuando Homans regresó de la guerra, Parsons había creado ya el Departamenteo de Relaciones Sociales en Harvard, y Homans se incorporó a él. Aunque Homans respetaba algunos aspectos de la obra de Parsons, criticaba duramente su estilo de teorizar. Ambos manuvieron un prolongado intercambio de puntos de vista, que más tarde se haría público al aparecer en las páginas de muchos libros y revistas. En lo fundamental, Homans afirmaba que la teoría de Parsons no era en absoluto una teoría, sino un vasto sistema de categorías intelectuales en las que encajaban muchos aspectos del mundo social. Por lo demás, Homans creía que la teoría debía construirse a partir de una observación cuidadosa del mundo social y, sin embargo, la teoría de Parsons partía del nivel teórico para luego descender al nivel empírico.

Homans acumuló por sí mismo una gran cantidad de observaciones empíricas apuntadas durante muchos años, pero hasta 1950 no daría con un enfoque teórico satisfactorio a la luz del cual poder analizar esos datos. Esa teoría era el conduc-

tismo psicológico, que alcanza su mejor expresión en las ideas de su colega de Harvard, el psicólogo B.F. Skinner. Sobre esta base Homans construyó su teoría del intercambio. Retomaremos la historia de este desarrollo teórico más adelante. Lo importante ahora es que Harvard y su principal producto teórico, el funcionalismo estructural, predominaron en la sociología durante los años treinta y desplazaron a la Escuela de Chicago y el interaccionismo simbólico.

## La decadencia de la Escuela de Chicago

Habíamos dejado el departamento de Chicago a mediados de los años treinta, cuando comenzaba a decaer con la muerte de Mead, la marcha de Park, la revuelta de los sociólogos del este y la fundación de la *American Sociological Review*. Pero la Escuela de Chicago no desapareció. A principios de los años cincuenta seguía constituyendo una importante fuerza en el área de la sociología. Aún se leian allí tesis importanes como la de Anselm Strauss y Arnold Rose. Grandes figuras como Evertt Hughes (Faught, 1980), de suma importancia para el desarrollo de la sociología de las ocupaciones, permanecieron en Chicago.

La figura central del departamento de Chicago en estos años fue, sin embargo, Herbert Blumer (1900-1987) (*Symbolic Interaction*, 1988). Fue el principal exponente del enfoque teórico que se desarrolló en Chicago a partir de la obra de Mead, Cooley, Simmel, Park, Thomas y otros. De hecho fue Blumer quien acuñó la frase *interaccionismo simbólico* en 1937 y quien contribuyó decisivamente a mantener viva esta tradición a través de sus enseñanzas en Chicago. También escribió varios ensayos que hicieron perdurar el interaccionismo simbólico hasta entrados los años cincuenta. La importancia de Blumer se debe también a la posición que ocupó en relación con la sociología. Desde 1930 hasta 1935 fue secretario-tesorero de la *American Sociological Society*, y en 1956, su presidente. Y lo que era más importante aún, ocupó puestos institucionales que afectaron a la naturaleza de lo que se publicaba en el área de la sociología. Entre 1941 y 1952 fue editor del *American Journal of Sociology* y se esforzó enormemente para que esta revista continuara siendo uno de los principales órganos de difusión de los escritos que sintonizaban con la tradición de Chicago en general, y con el interaccionismo simbólico en particular.

Mientras las universidades de la costa este caían bajo el influjo del funcionalismo estructural, el medio oeste seguía siendo (en nuestros días también) el centro principal del interaccionismo simbólico. Durante los años cuarenta los interaccionistas simbólicos más destacados se desperdigaron por esa región: Arnold Rose fue a Minnesota, Robert Habenstein a Missouri, Gregory Stone a la Universidad del Estado de Michigan y, el más importante, Manford Kuhn (1911-1963), a Iowa.

Entonces se produjo una ruptura entre Blumer, que estaba en Chicago, y Kuhn, en Iowa; de hecho, la gente empezó a hablar de las diferencias entre las escuelas de interaccionismo simbólico de Chicago y Iowa. En lo fundamental, la ruptura se produjo sobre la cuestión de la ciencia y la metodología. Kuhn

aceptaba el enfoque del interaccionismo simbólico sobre los actores y sus pensamientos y acciones, pero afirmaba que debían estudiarse de un modo más científico, por ejemplo, mediante el uso de cuestionarios. Blumer se mostró a favor de métodos «más suaves» como la instrospección simpática y la observación participativa.

A pesar de este florecimiento, la Escuela de Chicago comenzó a decaer, especialmente debido a que en 1952 Blumer se trasladó desde Chicago a la Universidad de California en Berkeley. La Universidad de Chicago siguió contando con un poderoso departamento de sociología, por supuesto, pero tenía cada vez menos cosas en común con la tradición de Chicago. Aunque la Escuela de Chicago estaba moribunda, el interaccionismo simbólico aún disfrutaba de vitalidad con sus principales exponentes desperdigados por el pais.

## Desarrollos de la teoría marxista

Desde principios del decenio de 1900 hasta los años treinta, la teoría marxista se desarrolló fundamentalmente al margen de la corriente principal de la teoría sociológica. La única excepción, al menos en parte, fue el nacimiento de la escuela crítica de Frankfurt, escuela inspirada en el marxismo hegeliano.

La idea de la creación de la escuela de Frankfurt para el desarrollo de la teoría marxista partió de Felix J. Weil. El Instituto de Investigación Social se fundó oficialmente en Frankfurt, Alemania, el tres de febrero de 1923 (Bottomore, 1984; Jay, 1973, 1986). Con los años, algunos de los pensadores más conocidos que trabajaban en la tradición teórica marxista —Max Horkheimer, Theodor Adorno, Erich Fromm, Herbert Marcuse y, más recientemente, Jurgen Habermas— se relacionaron con la escuela crítica.

El Instituto funcionó en Alemania hasta 1934, pero a partir de entonces las cosas se pusieron cada vez más difíciles bajo el régimen nazi. Los nazis hicieron poco caso de las ideas marxistas que dominaban el Instituto, pero su hostilidad aumentó debido a que muchos de estos pensadores eran judíos. En 1934, Horkheimer, director del Instituto, marchó a Nueva York para discutir su futuro con el rector de la Universidad de Columbia. Para gran sorpresa de Horkheimer, se le invitó a que vinculara el Instituto a la universidad, e incluso se le ofreció un edificio en el campus. Así, *un* centro de teoría marxista se trasladó *al* centro del mundo capitalista. El Instituto permaneció allí hasta el final de la guerra pero, una vez acabada, aumentaron las presiones para que regresara a Alemania. En 1949 Horkheimer regresó a Alemania y se llevó con él el Instituto. Aunque el Instituto se trasladó a Alemania, muchas figuras relacionadas con él siguieron sus propios caminos.

Es importante subrayar algunos de los aspectos más relevantes de la teoría crítica. Al principio, los investigadores relacionados con el Instituto tendían a ser marxistas tradicionales puros que fijaban una buena parte de su atención en los aspectos económicos. Pero hacia 1930 se produjo un cambio importante a medida que este grupo de pensadores se interesaba cada vez más por el análisis

del sistema cultural, que llegó a considerarse la fuerza principal de la sociedad capitalista moderna. Esta orientación se alineaba con la postura que hacía varios años habían adoptado algunos marxistas hegelianos como Georg Lukács, pero era, sin embargo, una ampliación de la misma. Los teóricos críticos se interesaron por la obra de Max Weber para asegurarse una mejor comprensión del dominio cultural (Greisman y Ritzer, 1981). El esfuerzo por combinar a Marx con Weber proporcionó a la escuela crítica algunas de sus orientaciones distintivas y sirvió para legitimarla años más tarde a los ojos de los sociólogos que comenzaban a interesarse por la teoría marxista.

El segundo gran paso, dado por al menos algunos de los miembros de la escuela crítica, fue el empleo de rigurosas técnicas científico-sociales desarrolladas por los sociólogos americanos, para investigar cuestiones que interesaban a los marxistas. Este hecho, junto a la adopción de la teoría weberiana, hizo más aceptable la escuela crítica para los sociólogos de la corriente principal.

En tercer lugar, los teóricos críticos se esforzaron por integrar la teoría freudiana, centrada en el individuo, con los principios societales y culturales de Marx y Weber. Muchos sociólogos pensaron que este producto constituía una teoría más completa que las ofrecidas por el propio Marx o Weber. Cuando menos, el esfuerzo por combinar estas teorías tan diferentes fue estimulante para los sociólogos y para muchos otros intelectuales.

La escuela crítica ha venido realizando un trabajo bastante útil desde los años veinte, y gran parte de este trabajo tiene mucho interés para los sociólogos. Sin embargo, la escuela crítica hubo de esperar hasta finales de los años sesenta pra ser «descubierta» por un sinnúmero de teóricos estadounidenses.

## LA TEORIA SOCIOLOGICA DESDE LA MITAD DE SIGLO

### Funcionalismo estructural: auge y decadencia

Los años cuarenta y cincuenta constituyeron, paradójicamente, los años de mayor apogeo del funcionalismo estructural y el comienzo de su decadencia. Durante esos años, Parsons produjo una serie de trabajos que exponían con claridad su cambio de orientación desde la teoría de la acción al funcionalismo estructural. Los discípulos de Parsons se desperdigaron por todo el país y ocuparon importantes puestos en muchos de los principales departamentos de sociología (por ejemplo, Columbia y Cornell). Estos discípulos producían sus propios trabajos, que muchos reconocían como contribuciones a la teoría estructural-funcional. Por ejemplo, en 1945 Kingsley Davis y Wilbert Moore publicaron un ensayo que analizaba la estratificación social desde una perspectiva estructural-funcional. Resultó una de las exposiciones más claras que nunca se haya hecho de esta perspectiva. En ese ensayo afirmaban que la estratificación era una estructura funcionalmente necesaria para la existencia de la sociedad. En otras palabras, reconocían la necesidad de la desigualdad en términos ideológicos.

En 1949 Merton (1949/1968) publicó un ensayo que se convirtió en *el* programa por excelencia del funcionalismo estructural. El objetivo de Merton en ese trabajo era delinear los elementos esenciales de la teoría y desarrollarla en nuevas direcciones. Manifestaba que el funcionalismo estructural no debía ocuparse sólo de las funciones positivas, sino también de las consecuencias negativas (disfunciones). Además, debía analizar el equilibrio entre funciones y disfunciones y determinar si una estructura era en conjunto más bien funcional o disfuncional.

Sin embargo, en el preciso momento en el que alcanzaba hegemonía teórica, el funcionalismo estructural comenzó a ser objeto de múltiples críticas que se intensificaron durante los años sesenta y setenta. La teoría estructural-funcional de la estratificación de Davis y Moore se vio atacada desde el principio, y las críticas persisten hasta nuestros días. Por lo demás, una serie de críticas más generales recibieron mayor reconocimiento dentro de la disciplina. C. Wright Mills atacó a Parsons en 1959, y también lo hicieron David Lockwood (1956), Alvin Gouldner (1959/1967, 1970) e Irving Horowitz (1962/1967). Durante los años cincuenta, estos ataques se consideraron poco más que «incursiones guerrilleras», pero a medida que la sociología avanzaba en la década de los sesenta se evidenciaba el peligro que corría el predominio del funcionalismo estructural.[4]

George Huaco (1986) vinculó el nacimiento y la decadencia del funcionalismo estructural a la posición que ocupaba la sociedad estadounidense en el mundo. Cuando a partir de 1945 Estados Unidos se situó en una posición mundial dominante, el funcionalismo estructural alcanzó la hegemonía dentro de la sociología. El funcionalismo estructural apoyó esta posición mundial en dos sentidos. Primero, la idea estructural-funcional de que «toda pauta tiene consecuencias que contribuyen a la preservación y la supervivencia del sistema» era «simplemente una celebración de los Estados Unidos y de su hegemonía mundial» (Huaco, 1986: 52). Segundo, su perspectiva del equilibrio (el mejor cambio social era no cambiar) sintonizaba bien con los intereses de los Estados Unidos, que entonces constituía «el imperio más rico y más poderoso del mundo». La decadencia de la posición dominante de los EEUU durante los años setenta coincide en el tiempo con la pérdida de hegemonía del funcionalismo estructural en la teoría sociológica.

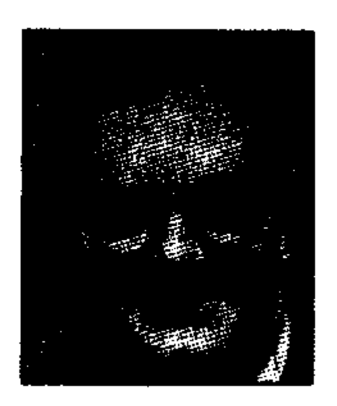
## La sociología radical en América: C. Wright Mills

Como hemos visto ya, aunque la teoría marxista fue ampliamente ignorada o rechazada por la mayoría de los sociólogos americanos, se dieron excepciones, notablemente la de C. Wright Mills (1916-1962). Aunque son pocas las contribuciones duraderas de Mills, se destacó por su esfuerzo casi único por mantener

---

[4] A pesar de ello, Patricia Wilner (1985) defiende que entre 1936 y 1982 la *american Sociological Review* publicó numerosos artículos sobre el «consenso». Sin embargo, debe añadirse que aunque a veces se denomine teoría del consenso al funcionalismo estructural, el análisis del consenso no necesariamente implica la utilización de la teoría estructural-funcional.

## C. WRIGHT MILLS: Reseña biográfica



C. Wright Mills nació el 28 de agosto de 1916 en Waco, Texas. Procedía de una familia tradicional de clase media. Su padre era agente de seguros y su madre ama de casa. Estudió en la Universidad de Texas, en la que se licenció en 1929. Fue un estudiante excepcional que al marcharse de Texas ya había publicado artículos en las dos revistas más importantes de sociología. Mills preparó su tesis en la Universidad de Wisconsin, donde se doctoró (Scimecca, 1977). Aceptó su primer trabajo en la Universidad de Maryland, pero pasó la mayor parte de su carrera académica, desde 1945 hasta su muerte, en la Universidad de Columbia.

Mills era un hombre que siempre tenía prisa (Horowitz, 1983). Cuando murió de su cuarto infarto a los cuarenta y cinco años, Mills ya había hecho numerosas contribuciones importantes a la sociología. Tuvo una agitada vida personal caracterizada por numerosas aventuras amorosas, tres casamientos y un hijo de cada matrimonio. Su vida profesional también fue turbulenta. Siempre parecía que se había peleado con todo y con todos. Siendo estudiante licenciado en Wisconsin arremetió contra varios de sus profesores. Más tarde, en uno de sus primeros ensayos criticó abiertamente al exdirector del departamento de Wisconsin. Llamó al teórico más antiguo de Wisconsin, Howard Becker, «loco de remate» (Horowitz, 1983). Finalmente entró en conflicto con su compañero Hans Gerth, quien calificó a Mills de «excelente timador, mequetrefe, joven prometedor aprovechado, y vaquero

la tradición marxista viva en la teoría sociológica. Los sociólogos marxistas modernos han aventajado a Mills en sofisticación teórica, pero tienen una gran deuda con él debido a las actividades profesionales y personales que abrieron hueco a su propia obra (Alt, 1985-1986). Mills no era un marxista, y no leyó a Marx hasta mediados de los años cincuenta. Incluso entonces se limitaba a leer las pocas traducciones al inglés disponibles, porque no sabía alemán. Como por entonces Mills había publicado ya la mayoría de sus principales libros, su obra no ofrecía una teoría marxista muy sofisticada.

Mills publicó dos grandes obras que reflejaban sus ideas políticas radicales, así como su escasa competencia en la teoría marxista. La primera se titulaba *White Collar* (1951), una dura crítica al status de una categoría profesional que aumentaba: los trabajadores de cuello blanco. La segunda, *The Power Elite* [La élite del poder] (1956), tenía como objetivo mostrar que los estadounidenses estaban dominados por un pequeño grupo de hombres de negocios, políticos y líderes militares. Entre ambos trabajos publicó su obra teórica más sofisticada,

tejano al galope y siempre dispuesto a darle al gatillo» (Horowitz, 1983: 72). Siendo profesor en Columbia Mills se aisló y se distanció de sus colegas. Uno de sus compañeros de Columbia dijo de él:

> No había enemistad entre Wright y yo. Al principio hubo distancia entre los dos. De hecho, en la ceremonia celebrada en su memoria en la Universidad de Columbia a su muerte, me pareció ser la única persona que no hubiera podido decir: «Fui amigo suyo, pero luego nos distanciamos». Precisamente sucedió al contrario.
>
> (citado en Horowitz, 1983: 83)

Mills era un marginado y lo sabía: «Soy un forastero no sólo en el sentido territorial, sino también en los otros sentidos. Y lo soy para bien» (Horowitz, 1983: 84). En *The Sociological Imagination* [La imaginación sociológica] (1959), Mills no se contentó con desafiar al teórico más importante de su tiempo, Talcott Parsons, sino también al metodólogo de mayor relevancia, Paul Lazarfeld, que resultaba ser también colega suyo en Columbia.

Por supuesto, Mills no sólo se enfrentaba con las personas; también estaba a disgusto con la sociedad estadounidense y la atacó desde varios frentes. Pero quizás más llamativo es el hecho de que cuando Mills visitó la Unión Soviética y fue galardonado como el mejor crítico de la sociedad estadounidense, aprovechó la ocasión para atacar la censura soviética brindando por uno de los primeros líderes soviéticos que había sido torturado y asesinado por los stalinistas: «¡Brindo por el día en que las obras completas de León Trotsky se publiquen en la Unión Soviética!» (Tilman, 1984: 8).

C. Wright Mills murió en Nyack, Nueva York, el veinte de marzo de 1962.

*Character and Social Structure* [Cáracter y estructura social] (1953), producida en colaboración con Hans Gerth. Teniendo en cuenta el papel importante que desempeñó Mills en la historia de la teoría sociológica marxista, resulta curioso que este libro se apoye más en la teoría weberiana y freudiana que en la marxista. A pesar de ello la obra constituye una contribución teórica relevante, aunque en nuestros días apenas sea leida (posiblemente debido a que parece que no sintoniza con los bien conocidos trabajos radicales de Mills). De hecho, estuvo profundamente influido por Hans Gerth, quien sentía un vivo interés por la teoría weberiana.

En los años cincuenta el interés de Mills se dirigió hacia el marxismo y los problemas del Tercer Mundo. Este cambio de intereses dio como fruto un libro sobre la revolución comunista en Cuba, *Listen, Yankee: The Revolution in Cuba* [Escucha yanqui: la revolución cubana] (1960) y *The Marxists* [Los marxistas] (1962). El radicalismo de Mills lo situó en la periferia de la sociología estadounidense. Fue objeto de muchas críticas, y él, a su vez, un crítico muy duro de la

sociología. Su actitud crítica culminó en *The Sociological Imagination* [La imaginación sociológica] (1959). Es muy notable su aguda crítica de Talcott Parsons y de su práctica de la gran teoría. De hecho, muchos sociólogos están más familiarizados con la crítica de Mills que con los detalles de la obra de Parsons.

Mills falleció en 1962, desterrado de la sociología. Sin embargo, antes del decenio en el quedó marginado, tanto la sociología radical como la teoría marxista comenzaron a hacer importantes aportaciones a la disciplina.

## El desarrollo de la teoría del conflicto

Otra corriente precursora de una auténtica unión entre el marxismo y la sociología se concretó en el desarrollo de una teoría del conflicto alternativa al funcionalismo estructural. Como acabamos de ver, el funcionalismo estructural apenas había obtenido el liderazgo de la teoría sociológica cuando empezó a sufrir cada vez más ataques. Los ataques provenían de muchos frentes: se acusaba al funcionalismo estructural de cosas tales como ser políticamente conservador, incapaz de tratar el cambio social debido a su interés por las estructuras estáticas, e inadecuado para analizar correctamente el conflicto social.

Uno de los resultados de estas críticas fue el esfuerzo que hizo un cierto número de sociólogos para superar los problemas del funcionalismo estructural integrando el interés por la estructura con el interés por el conflicto. Esta tarea desembocó en el desarrollo de una *teoría del conflicto* alternativa al funcionalismo estructural. Lamentablemente, ese esfuerzo parecía a menudo poco más que la imagen invertida del funcionalismo estructural, demostrando escasa coherencia intelectual.

El primer esfuerzo de relieve fue un libro de Lewis Coser sobre las funciones del conflicto social (1956). Esta obra intentaba analizar el conflicto social desde una perspectiva estructural-funcional del mundo. Aunque resulta de gran utilidad para el análisis de las funciones del conflicto, es un estudio del conflicto en sí, más que un examen de sus funciones positivas.

Otros estudiosos intentaron reconciliar las diferencias entre el funcionalismo estructural y la teoría del conflicto (Coleman, 1971; Himes, 1966; van den Berghe, 1963). Aunque estos esfuerzos fueron de alguna utilidad, se acusó a los autores de pasar por alto las principales diferencias entre las dos alternativas teóricas (A. Frank, 1966/1974).

El gran problema de la mayor parte de las teorías del conflicto era que carecían de lo que más necesitaban: un anclaje coherente en la teoría marxista. Después de todo, la teoría marxista se desarrolló al margen de la sociología y debió haber proporcionado fundamentos sobre los que desarrollar una sofisticada teoría sociológica del conflicto. La única excepción digna de mención es el trabajo de Ralf Dahrendorf (nacido en 1929).

Dahrendorf es un estudioso europeo muy versado en la teoría marxista. Su intención era engastar su teoría del conflicto en la tradición marxista. Sin embargo, al final, su teoría del conflicto parecía más un reflejo especular del fun-

cionalismo estructural que una teoría marxista del conflicto. La principal obra de Dahrendorf, *Class and Class Conflict in Industrial Society* [Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial] (1959), supuso el trabajo más influyente en la teoria del conflicto, pero ello se debía principalmente a que parecía alinearse más con el funcionalismo estructural que con la corriente principal de la sociología. Es decir, Dahrendorf operaba en el mismo nivel de análisis que los funcionalistas estructurales (estructuras e instituciones) y analizaba las mismas cuestiones que ellos. (En otras palabras, el funcionalismo estructural y la teoría del coflicto forman parte del mismo paradigma; véase el Apéndice.) Reconocía que aunque algunos aspectos del sistema social podían adaptarse bastante bien, también cabia el conflicto y la tensión entre ellos.

A fin de cuentas, debe considerarse la teoría del conflicto como poco más que un desarrollo transitorio en la historia de la teoría sociológica. Fracasó debido a que no fue lo suficientemente lejos en la dirección de la teoría marxista. Era demasiado pronto —las décadas de los años cincuenta y sesenta— para que la sociología estadounidense aceptara un enfoque plenamente marxista. Pero la teoría del conflicto fue útil porque sentó las bases para que a finales de los años sesenta comenzara a aceptarse ese enfoque.

Debemos mencionar también la contribución de Randall Collins (1975, 1990) a la teoría del conflicto. Por una parte, el esfuerzo de Collins acusa la misma debilidad que los otros trabajos pertenecientes a la tradición del conflicto: su pobreza cuando se lo compara con la tradición marxista. No obstante, Collins ha identificado otra debilidad de la tradición del conflicto, y ha intentado superarla. El problema es que la teoría del conflicto se centra generalmente en las estructuras sociales; tiene poco o nada que decir sobre los actores y sus pensamientos y acciones Collins, que se formó en la tradición fenomenológica y etnometodológica (véase más abajo), ha intentado desarrollar la teoría del conflicto en esta dirección.

## El nacimiento de la teoría del intercambio

Otro importante desarrollo teórico que comenzó en la década de los años cincuenta fue la teoría del intercambio. La figura más importante de esta corriente es George Homans, un sociólogo al que acabamos de abandonar justo en el momento en el que se aproximaba al conductismo psicológico de B.F. Skinner. El conductismo de Skinner es la fuente principal de la teoría del intercambio de Homans.

Descontento con la estrategia deductiva de Parsons para la construcción de teorías, Homans tabajó duramente con objeto de encontrar una alternativa válida para el desarrollo inductivo de teorías sociológicas. Es más, Homans pretendía mantenerse alejado del enfoque cultural y estructural de la teoría parsoniana y deseaba concentrarse en las personas y en su conducta. Con este objetivo en mente Homans analizó el trabajo de su colega en Harvard, B.F. Skinner. Al principio, Homans no vio de qué forma podrían ser útiles las proposiciones de

Skinner, desarrolladas con objeto de explicar la conducta de los pichones, para el estudio de la conducta social humana. Pero cuando Homans analizó numerosos datos procedentes de estudios sociológicos de pequeños grupos y estudios antropológicos de las sociedades primitivas, comenzó a vislumbrar que el conductismo de Skinner era válido para su objetivo y que proporcionaba una alternativa teórica al funcionalismo estructural de estilo parsoniano. Esto le llevó a escribir un artículo titulado «La conducta social como intercambio» en 1958, y en 1961 a la exposición plena de su postura teórica en el libro, *Social Behavior: Its Elementary Forms* [La conducta social: sus formas elementales]. Estos trabajos marcaron el nacimiento de la teoria del intercambio como perspectiva sociológica relevante. Desde entonces la teoría del intercambio ha recibido mucha antención, tanto positiva como negativa.

La idea básica de Homans era que el núcleo de la sociología estaba en el estudio de la conducta y la interacción individual. Demostró poco interés por la conciencia o por los diversos tipos de grandes estructuras e instituciones que preocupaban a la mayoría de los sociólogos. Se concentró principalmente en las pautas de refuerzo, la historia de las recompensas y los costes, que dirigían la actuación de las personas. En lo fundamental, Homans manifestaba que las personas continuaban haciendo lo que había obtenido recompensa en el pasado. Y a la inversa, dejaban de hacer lo que se había demostrado costoso. Para comprender su conducta era necesario entender la historia individual de las recompensas y los costes. Así, el objeto de la sociología no debía ser la conciencia o las estructuras e instituciones sociales, sino las pautas de refuerzo.

Como su nombre sugiere, la teoria del intercambio se ocupa no sólo de la conducta individual, sino también de la interacción entre las personas que entraña un intercambio de recompensas y costes. La premisa es que las interacciones suelen continuar siempre que exista un interacambio de recompensas. Y a la inversa, es menos probable que sigan existiendo las interacciones que son costosas para una o ambas partes actuantes.

Otra importante exposición de la teoria del intercambio es la obra de Peter Blau, *Exchange and Power in Social Life* [Intercambio y poder en la vida social], publicada en 1964. En lo fundamental, Blau adoptó la perspectiva de Homans, pero habia una importante diferencia entre ambos. Mientras Homans se mostraba satisfecho con el análisis de las formas elementales de la conducta social, Blau quiso integrar ese tipo de análisis con el intercambio a escala cultural y estructural. Para ello partía de los intercambios entre los actores y avanzaba hacia las estructuras de más alcance que eran producto de ese intercambio. Así, terminó por analizar los intercambios entre las grandes estructuras. Es una teoría harto diferente de la del intercambio que desarrolló Homans. En ciertos sentidos, supuso un regreso al estilo parsoniano de teorizar tan criticado por Homans. No obstante, el esfuerzo por analizar desde una perspectiva integrada el intercambio a pequeña y a gran escala constituyó un paso teórico muy útil.

Aunque eclipsado durante muchos años por Homans y Blau, Richard Emerson (1981) ha aparecido recientemente como una figura central de la teoría del

intercambio. Se le reconoce sobre todo su esfuerzo por desarrollar un enfoque integrado macro-micro de la teoría del intercambio. En suma, la teoría del intercambio se desarrolla en la actualidad dentro de una corriente significativa de teoría sociológica, y continúa atrayendo nuevos adeptos y emprendiendo nuevas direcciones (Cook, O'Brien y Kollock, 1990, véase también más abajo).

## Análisis dramatúrgico: la obra de Erving Goffman

A Erving Goffman (1922-1982) se le suele considerar el más grande pensador vinculado con la Escuela de Chicago original. Se doctoró por la Universidad de Chicago en 1953, un año después del traslado de Herbert Blumer (que había sido profesor de Goffman) de Chicago a Berkeley. Pronto Goffman se reunió con Blumer en Berkeley, donde juntos crearon algo así como un centro de interaccionismo simbólico. Pero no llegaría a tener la importancia de Chicago. El mejor momento de Blumer, por lo que se refiere a los influyentes cargos que había ocupado, había pasado ya, y Goffman no se convirtió en objeto de estudio de los estudiantes licenciados. A partir de 1952 la suerte del interaccionismo simbólico disminuyó, aunque sigue siendo una teoría sociológica importante.

A pesar de la decadencia del interaccionismo simbólico en general, Goffman se labró una posición sólida y distintiva en la teoría sociológica contemporánea. Entre los años cincuenta y setenta, Goffman publicó una serie de libros y ensayos que provocaron el nacimiento del análisis dramatúrgico como una variante del interaccionismo simbólico. Aunque los intereses de Goffman cambiaron al final de su carrera, se le conoce principlamente por su *teoría dramatúrgica.*

La exposición más famosa de la teoría dramatúrgica de Goffman se encuentra en su obra publicada en 1959, *Presentation of Self in Everyday Life* [La presentación de la persona en la vida cotidiana]. (Durante los quince años siguientes Goffman publicó varios libros y ensayos en los que desarrolló su perspectiva dramatúrgica del mundo). Para decirlo en pocas palabras, Goffman pensaba que existían múltiples analogías entre las representaciones teatrales y el tipo de «actos» que todos realizamos durante la acción e interacción cotidianas. Consideraba que la interacción era sumamente frágil y que se mantenía por las representaciones sociales. La representación deficiente o desorganizada constituye una gran amenaza para la interacción social, del mismo modo que lo es para la representación teatral.

Goffman fue bastante lejos en su analogía entre el escenario y la interacción social. En toda interacción social existia una *región anterior* que equivalía al proscenio de la representación teatral. Los actores en el escenario y en la vida social se mostraban interesados en su apariencia, su vestimenta y el empleo de accesorios. Pero tanto en el escenario como en la vida social existía también una *región posterior*, lugar al que los actores podían retirarse y en el que se preparaban para su representación. En las bambalinas, o entre bastidores, los actores podían desprenderse de sus papeles y ser ellos mismos.

El análisis dramatúrgico es, sin duda, coherente con sus raíces en el interac-

cionismo simbólico. Se fija en los actores, la acción y la interacción. Al trabajar en la misma arena que el interaccionismo simbólico, Goffamn consideró que el teatro constituía una metáfora brillante para arrojar luz sobre los procesos sociales de escala reducida.

Hoy en día se lee y reconoce la obra de Goffman por su originalidad y su abundancia de ideas (R. Collins, 1986b; Ditton, 1980). Aunque en general se le considera un importante teórico, no todo el mundo lo cree así. Existen diversas razones que lo explican. Primera, se le ha acusado de centrarse en cuestiones bastante esotéricas, en lugar de en los aspectos verdaderamente esenciales de la vida social. Segunda, era un teórico micro en una época en que se admiraba a los teóricos macro. Como ha dicho Randall Collins, «Cuanto más analizamos esta obra [la de Goffman], más nos percatamos de que en Goffman se encarna la principal figura de la microsociología de nuestro tiempo» (1981c: 6). Tercera, atrajo pocos estudiantes capaces de construir teóricamente a partir de sus principios; de hecho, algunos creían que era imposible construir sobre la obra de Goffman. Se la considera poco más que una serie de explosiones idiosincrásicas de ideas brillantes. Finalmente, se ha realizado escaso trabajo teórico dentro de la tradición dramatúrgica (una excepción la constituyen Lyman y Scott [1970]).

La única área en la que la obra de Goffman ha resultado ser de utilidad es la investigación empírica que recurre a su enfoque dramatúrgico. Recientemente han aparecido algunos trabajos que se sirven de su enfoque, entre ellos los estudios de Snow, Zurcher y Peter (1984) sobre la celebración de la victoria por las masas en los partidos de fútbol como representaciones dramatúrgicas, los análisis dramatúrgicos de Haas y Shaffir (1982) sobre la profesión médica, el de Zurcher (1985) sobre los juegos bélicos y el estudio de Kitahara (1986) sobre los mecanismos dramatúrgicos que utilizó el comodoro Perry para abrir las puertas de Occidente a Japón.

Es difícil predecir el futuro del análisis dramatúrgico, aunque su importancia ha disminuido debido a que Goffman terminó por dar a su trabajo una orientación estructural.

## El desarrollo de las sociologías «creativas»

Las décadas de los años sesenta y setenta presenciaron una explosión (Ritzer, 1985) de diversas perspectivas teóricas que Monica Morris (1977) agrupó bajo la denominación de sociología «creativa». Bajo esta etiqueta se incluyen la sociología fenomenológica, la etnometodología y la sociología existencial.

**La sociología fenomenológica y la obra de Alfred Schutz (1899-1959).** La filosofía de la fenomenología, centrada en el análisis de la conciencia, tiene una larga historia, pero el mayor esfuerzo por desarrollar una variante sociológica de la fenomenologia se le puede atribuir a Alfred Schutz en su obra *The Phenomenology of the Social World* [La fenomenología del mundo social], publicada en Alemania en 1932. Esta obra no fue, sin embargo, traducida al inglés

hasta 1967, no pudiendo, por tanto, influir hasta entonces en la teoría sociológica estadounidense. Schutz llegó en 1939 a los Estados Unidos tras esquivar a los nazis en Austria. Enseguida encontró un empleo en la New School for Social Research de Nueva York, desde la que le fue posible influir en el desarrollo de la sociologia fenomenológica, y más tarde etnometodológica, estadounidense.

Como veremos en el sexto capítulo, Schutz partió de la filosofía fenomenológica de Edmund Husserl, que se había propuesto una comprensión interna del ego trascendental, y le dio un giro externo hacia la intersubjetividad. A Schutz le interesaba sobre todo el modo en que las personas aprehenden la conciencia de los otros mientras viven en la corriente de su propia conciencia. Schutz también usaba el término intersubjetividad en un sentido amplio para referirse al mundo social, en especial a la naturaleza social del conocimiento.

Gran parte del trabajo de Schutz se centra en un aspecto del mundo social que denomina el *mundo de la vida*, o mundo de la vida cotidiana. Es un mundo intersubjetivo en el que la gente crea la realidad social, a la vez que está sujeta a las constricciones que ejercen las estructuras sociales y culturales previamente creadas por sus antecesores. Aunque muy buena parte del mundo de la vida es compartida, existen también aspectos privados (biográficamente articulados) del mundo. Dentro del mundo de la vida, Schutz diferenciaba entre las relaciones íntimas cara a cara («relaciones entre nosotros») y las relaciones distantes e impersonales («relaciones entre ellos»). Mientras que las relaciones cara a cara son de gran importancia en el mundo social, a los sociólogos les es mucho más fácil estudiar científicamente las relaciones más impersonales. Si bien Schutz giró desde la conciencia hacia el mundo intersubjetivo de la vida, aportó penetrantes intuiciones sobre aquella, especialmente en sus reflexiones sobre el significado y los motivos de las personas.

En conjunto, Schutz estudió la relación dialéctica entre el modo en el que construimos la realidad social y la inexorable realidad social y cultural que heredamos de los que nos han precedido en el mundo social.

A mitad de los años sesenta se produjeron desarrollos cruciales para la sociología fenomenológica. No sólo se tradujo la gran obra de Alfred Schutz y se publicó una colección de sus ensayos, sino que Peter Berger y Thomas Luckmann coescribieron un trabajo titulado *The Social Construction of Reality* [La construcción social de la realidad] (1967), que se convirtió en uno de los libros de teoría sociológica más leidos de su tiempo. Esta obra hizo, al menos, dos importantes contribuciones. En primer lugar, constituía una introducción a las ideas de Schutz presentadas de tal modo que las hacía accesibles para una gran audiencia estadounidense. En segundo lugar, representaba un esfuerzo para integrar las ideas de Schutz con la corriente principal de la sociología. Desde 1967 la fenomenología no ha hecho sino ganar popularidad en el ámbito de la sociología.

**Etnometodología.** A los ojos de mucha gente, esta perspectiva teórica es apenas distinguible de la fenomenología, si bien comprobaremos que hay importantes diferencias entre ellas. De hecho, el creador de esta perspectiva, Harold

Garfinkel, fue discípulo de Alfred Schutz en la New School. Garfinkel cuenta con curiosos antecedentes intelectuales. Fue alumno de Parsons a finales de los años cuarenta, y combinó la orientación de Parsons con la de Schutz, cuyo magisterio recibió pocos años después. Tras doctorarse en Harvard en 1952, Garfinkel llegó en 1954 (Sharrock y Anderson, 1986) a la Universidad de California en Los Angeles (Heritage, 1984), y fue allí donde Garfinkel y sus alumnos de licenciatura desarrollaron la etnometodología. Geográficamente, la etnometodología fue el primer producto teórico distintivo de la costa oeste, donde ha continuado centrada hasta nuestros días (si bien hay también ahora un nutrido grupo de etnometodólogos británicos). En parte, ello se ha debido al deseo de los etnometodólogos de permanecer juntos, pero también a la oposición de la ortodoxia sociológica a esta corriente.

Garfinkel se convirtió en el centro de un grupo de estudiantes y profesores de la UCLA que se interesaron por su enfoque. Desde comienzos de los años cincuenta tuvieron lugar en la UCLA una serie de seminarios y fue en este ambiente en el que surgieron los más importantes etnometodólogos.

La etnometodología comenzó a gozar de una audiencia a escala nacional con la publicación en 1967 de la obra *Studies in Ethnomethodology* [Estudios etnometodológicos] de Garfinkel. Aunque su prosa es difícil y obscura, el libro suscitó gran interés. El hecho de que apareciera simultáneamente a la traducción de *The Phenomenology of the Social World* de Schutz y a la publicación de *The Social Construction of Reality* de Berger y Luckmann, parecía indicar que la sociología «subjetiva» o «creativa» llegaba a su madurez.

En lo fundamental, la *etnometodología* es el estudio del «cuerpo de conocimiento de sentido común y de la gama de procedimientos y consideraciones [métodos] por medio de los cuales los miembros corrientes de la sociedad dan sentido a las circunstancias en las que se encuentran, hallan el camino a seguir en esas circunstancias y actúan en consecuencia» (Heritage, 1984: 4). Los escritores que trabajan en esta tradición se sienten profundamente inclinados hacia el estudio de la vida cotidiana a escala del individuo. Mientras los sociólogos fenomenológicos tienden a centrarse en lo que piensan las personas, a los etnometodólogos les preocupa lo que hacen. Así, los etnometodólogos dedican una buena parte de su atención al estudio detallado de las conversaciones. Este interés por el nivel microsocial se opone vivamente a la atención que muchos sociólogos ortodoxos prestan a los grandes fenómenos objetivos como las burocracias, el capitalismo, la división del trabajo y el sistema social. Los etnometodólogos también se interesan por estas estructuras, pero en tanto contextos de la vida cotidiana; no se preocupan por tales estructuras como fenómenos en sí.

Aunque los trabajos de los etnometodólogos mantienen vínculos con perspectivas sociológicas más antiguas como el interaccionismo simbólico y el análisis dramatúrgico, sin duda había en ellos algo amenazador para los sociólogos ortodoxos que aún ejercían el control de la disciplina. De hecho, tanto la fenomenología como, sobre todo, la etnometodología han padecido críticas brutales por parte de los sociólogos ortodoxos. He aquí dos ejemplos. El primero proce-

de de una recensión de James Coleman de la obra de Garfinkel *Studies in Ethnometodology*:

> Lo que ocurre es simplemente que Garfinkel es incapaz de generar idea alguna a partir de ese enfoque...
>
> Tal vez el programa hubiera sido más fértil de la mano de algún observador más meticuloso, pero en las suyas es sorprendentemente estéril...
>
> ...este capítulo parece no sólo un desastre etnometodológico en sí, sino también la prueba de que existen deficiencias más generales en la etnometodología...
>
> ...este capítulo es un desastre aún mayor, porque combina las rigideces de la mayoría de los técnicos de orientación matemática con las confusiones y errores de los técnicos blandos, y carece de los principios o la competencia técnica de una sociología creativa y madura.
>
> Una vez más, Garfinkel elabora hasta la saciedad aspectos que son hasta tal extremo lugares comunes, que parecerían banales si estuvieran formulados en un inglés claro. Pero tal y como está escrito, hace falta emplear en su lectura tal cantidad de tiempo para que la información se trasmita, que a un lector poco avisado no le parece una banalidad.
>
> (Coleman, 1968: 126-130)

El discurso presidencial de Lewis Coser ante la *American Sociological Association* en 1975 constituye el segundo ejemplo. Coser consideraba que la etnometodología tenía escasas cualidades dignas de ser rescatadas, por lo que la sometió a un salvaje ataque calificándola, entre otras cosas, de «trivial», de «entreguista», de «orgía de subjetivismo», y de «empresa desenfrenada». La amargura de estos y otros ataques constituye un indicador del éxito que tienen tanto la etnometodología como la fenomenología y del grado en el que representan una amenaza a la corriente principal de la sociología.

**Sociología existencial.** De las tres sociologías creativas, la sociología existencial es la menos importante, al menos así ha sido hasta nuestros días. Comparte con los otros dos enfoques un interés por los actores y sus pensamientos y acciones. La *sociología existencial* se centra en las complejidades de la vida del individuo y en el modo en que los actores intentan solventar esas complejidades. Se muestra particulamente interesada en los sentimientos individuales y en el *self.* Aunque comparte varias raíces intelectuales con la fenomenología y la etnometodología, la sociología existencial se esfuerza por distanciarse de ellas (véase Fontana, 1980, 1984). Se ve a sí misma más involucrada en el mundo real que cualquiera de las otras dos sociologías creativas. También tiene varias fuentes que le son peculiares, como la obra de Jean-Paul Sartre (Craib, 1976). Aunque la sociología existencial se ha labrado su propio camino dentro de la disciplina (por ejemplo, Douglas y Johnson, 1977; Hayim, 1980, Kotarba y Fontana, 1984; Manning, 1973; Tiryakian, 1965), continúa en la periferia. Pero cuando su influencia se combina con la de la etnometodología y la fenomenología, es posible apreciar que las sociologías creativas hacen aportaciones a la sociología, y ello a pesar de la oposición sustancial de muchos sociólogos.

En las últimas páginas hemos analizado cuatro teorías micro: la teoría del intercambio, la sociología fenomenológica, la etnometodología y la sociología existencial. Mientras las tres últimas comparten la perspectiva del actor reflexivo y creativo, la teoría del intercambio no lo hace. No obstante, las cuatro teorías comparten una orientación micro hacia el actor y sus acciones y conducta. En la década de los años setenta, estas teorías adquirieron fuerza en la disciplina y amenazaron con substituir a las teorías de orientación macrosocial (como el funcionalismo estructural, la teoría del conflicto y las teorías neomarxistas) como teorías dominantes de la sociología (Knorr-Cetina, 1981a; Ritzer, 1985).

## Teoría de sistemas

Uno de los desarrollos más interesantes en la sociología ha sido la ascensión meteórica y la caída igualmente meteórica de la teoría de sistemas. La teoría de sistemas apareció aproximadamente en la década de los sesenta, y llegó a su punto culminante con la publicación en 1967 de la obra de Walter Buckley *Sociology and Modern Systems Theory* [La sociología y la moderna teoría de sistemas]. La teoría de sistemas se deriva de las ciencias duras, que consideran tanto las entidades orgánicas como las mecánicas en términos de sistemas. La *teoría de sistemas* ve la sociedad como un enorme sistema constituído por una serie de partes interrelacionadas. Es necesario examinar la relación entre las partes, asi como también las relaciones entre el sistema y otros sistemas sociales. También se estudian de las entradas [*imputs*] que penetran en el sistema social, el modo en que la sociedad procesa esas entradas y los productos resultantes.

Durante la década de los sesenta los sociólogos se sintieron atraídos por la teoría de sistemas. El funcionalismo estructural era objeto de numerosas críticas y parecía que la teoría de sistemas era su sucesora. Después de todo, Parsons tituló su libro de 1951 *The Social System* [El sistema social], escrito en unos términos que se asemejaban a los de la teoría de sistemas. Además, la teoría de sistemas, arraigada en las ciencias duras, tenía atractivo para los sociólogos interesados en fomentar la sociología científica. Con todo, fue una perspectiva brillante que no llegó a florecer. Apenas se trabajó con ella teórica o empíricamente. Once años más tarde de la publicación del libro de Buckley, Robert Lilienfeld (1978) publicó una acerba crítica de la teoría de sistemas denunciando sus deficiencias, sus pretensiones científicas y su ideología implícitamente conservadora. En los últimos años la teoría de sistemas ha experimentado un modesto renacimiento en la obra de Archer (1988) y Bailey (1990).

## La influencia de la sociología marxista

Durante los últimos años del decenio de los sesenta, la teoría marxista comenzó finalmente a penetrar de modo significativo en la teoría sociológica estadounidense (Jay, 1984). Hay varias razones que explican ese proceso. Primera, la teoría dominante (el funcionalismo estructural) era objeto de numerosas críti-

cas por varias razones, entre ellas su conservadurismo. Segunda, la sociología radical de Mills y la teoría del conflicto, si bien no representaban una teoría marxista elaborada, sentaron las bases para el desarrollo de una teoría estadounidense auténticamente arraigada en la tradición marxista. Tercera, los años sesenta se caracterizaron por la protesta negra, el renacimiento del movimiento feminista, el movimiento estudiantil, y la protesta contra la guerra de Vietnam. Muchos de los sociólogos jóvenes que se formaron en este ambiente se sintieron atraídos por las ideas radicales. Al principio, este interés se manifestó por lo que se denominaba durante aquellos dias la «sociología radical» (Colfax y Roach, 1971). Fue útil en la medida en que duró, pero, igual que la obra de Mills, presentaba numerosos puntos flacos comparada con la teoría marxista.

Es difícil escoger una única obra como representativa del desarrollo de la sociología marxista en Estados Unidos, aunque puede afirmarse que la obra de Henri Lefebvre *La sociología de Marx* (1968) desempeñó un importante papel. Y lo desempeñó debido a su argumento principal: aunque Marx no era un sociólogo, había mucha sociología en su teoría. Desde entonces, cada vez más sociólogos han vuelto a la obra original de Marx, y a la de otros marxistas, con el fin de encontrar ideas útiles para el desarrollo de una sociología marxista. En un primer momento ello supuso simplemente que los teóricos estadounidenses leían por fin a Marx en serio, pero hoy día podemos ver cómo los sociólogos estadounidenses han producido varias obras importantes dentro del marxismo académico.

Los teóricos estadounidenses se han sentido particularmente atraídos por la obra de la escuela crítica, especialmente debido a su combinación de las teorías marxista y weberiana. Muchas de las obras se han traducido al inglés, y algunos estudiosos estadounidenses han hecho su propias carreras escribiendo libros sobre la escuela crítica dirigidos al público estadounidense (por ejemplo, Jay, 1973, 1986).

Paralelamente a este aumento de interés se produjo cierto apoyo institucional a esa orientación. Varias revistas dedican una atención considerable a la teoría sociológica marxista, entre ellas *Theory and Society*, *Telos* y *Marxist Studies*. En 1977 se creó una sección de sociologia marxista en la *American Sociological Association*. No sólo la primera generación de teóricos críticos, sino también la segunda, y en especial Jurgen Habermas, han recibido un gran reconocimiento en los Estados Unidos.

De la mayor importancia ha sido la aparición en la sociología estadounidense de diversas obras significativas realizadas desde un punto de vista marxista. Es destacable la tendencia del grupo de sociólogos que hacen sociología histórica desde una perspectiva marxista (por ejemplo, Skocpol, 1979; Wallerstein, 1974, 1980, 1989). También es notorio otro grupo que analiza el reino económico desde una perspectiva sociológica (por ejemplo, Baran y Sweezy, 1966; Braverman, 1974; Burawoy, 1979). Y existen otros muchos que se dedican a hacer sociologia empírica bastante tradicional, pero inspirada en un profundo conocimiento de la teoria marxista (Kohn, 1976, por ejemplo).

## El reto de la teoría feminista

A finales de los años setenta, en el preciso momento en que la teoría marxista lograba ser significativamente aceptada por los sociólogos estadounidenses, una más de entre las teorías periféricas planteó un reto a las teorías sociológicas ortodoxas, e incluso a la sociología marxista. La última rama del pensamiento social radical la constituye la teoría feminista contemporánea.

Hay que remontarse casi cuatrocientos años en las sociedades occidentales para encontrar el rastro de los escritos críticos feministas (Donovan, 1985; Rossi, 1974; Spender, 1982); hace ciento cincuenta años que existe un movimiento político organizado por y para las mujeres (Banner, 1984; Carden, 1974; Chafetz y Dworkin, 1986; Deckard, 1979; Giddings, 1984; Kandal, 1988; O'Neill, 1971; Ryan, 1990). En los Estados Unidos el movimiento feminista logró el derecho al voto para las mujeres en 1920, cincuenta y cinco años después de que se les reconociera constitucionalmente a los negros. Agotado y, en cierto sentido, saciado por la victoria, el movimiento de las mujeres norteamericanas se debilitó en número y fuerza durante los treinta años siguientes, para reverdecer completamente renovado en los años sesenta. Tres factores contribuyeron a desencadenar esta nueva oleada de actividad feminista: el clima general de pensamiento crítico que caracterizaba a ese periodo; la rabia de las activistas que se unieron en tropel a los movimientos contra la guerra y en pro de los derechos humanos y a la revuelta estudiantil para encontrarse con las actitudes sexistas de los hombres radicales y liberales que participaban en esos movimientos (Densimore, 1973; Evans, 1980; Morgan, 1970; Shreve, 1989; Snitow et al., 1983); y la experiencia de prejuicio y discriminación que sufrían las mujeres a medida que se incorporaban masivamente al trabajo asalariado y a la educación superior (Bookman y Morgen, 1988; Garland, 1988; Lengermann y Wallace, 1985; MacKinnon, 1979). Por estas razones, particularmente por la tercera, el movimiento feminista en esta segunda fase continuó expandiéndose durante los años setenta y ochenta, a pesar de que el activisimo de otros muchos movimientos de los años sesenta había decaído. Además, durante aquellos años el activismo feminista se ha convertido en un fenómeno internacional.

Un rasgo sobresaliente de este movimiento feminista internacional ha sido la enorme y creciente proliferación de una nueva literatura sobre las mujeres que hace visibles todos los aspectos de la vida y las experiencias femeninas que hasta entonces no habían sido tenidos en cuenta. Esta literatura, conocida popularmente como *estudios sobre las mujeres* o *nueva literatura sobre las mujeres*, constituye la obra de una comunidad internacional e interdisciplinar de escritores y escritoras que se encuentran dentro y fuera de las universidades, y que escriben tanto para el gran público como para el personal académico especializado. En lo que puede considerarse como uno de los ejemplos más impresionantes de continuo trabajo intelectual de estos últimos años, los y las especialistas en las mujeres han venido realizando una crítica analítica y multifacética que pone al descubierto la complejidad de los sistemas que someten a las mujeres.

La teoría feminista constituye el hilo conductor de esta literatura: en ocasiones está implícita en escritos sobre cuestiones tan importantes como el trabajo (Daniels, 1988; Kanter, 1977; Rollins, 1985), la violación (Sanday, 1990; Scully, 1990), o la cultura popular (Radway, 1984); otras veces la encontramos expresada de forma clara y explícita, como en el análisis de la maternidad de Adrienne Rich (1976), Nancy Chodorow (1978), y Jessica Benjamin (1988); y, a medida que la nueva literatura sobre las mujeres ha alcanzado una masa crítica, la teoría se sustancia con frecuencia cada vez mayor en el esfuerzo sistemático y único que supone un libro. De este reciente aluvión de escritos totalmente teóricos, ciertos enunciados han sido particularmente importantes para la sociología porque son el producto, dirigido a sociólogos, de pensadores versados en teoría sociológica (Chafetz, 1984; P. Collins, 1990; Cook y Fonow, 1986; Hartsock, 1983; Lengermann y Niebrugge-Brantley, 1990; Smith, 1979, 1987, 1990a; Stacey y Thorne, 1986; Wallace, 1989). Entre las revistas que contribuyen a aumentar el atractivo de la teoría feminista para los sociólogos se cuentan *Signs*, *Feminist Studies*, *Sociological Inquiry* y *Gender and Society*, así como la asociación profesional de *Sociologists for Women in Society* (S.W.S) y la *National Women's Studies Association* (NWSA).

La teoría feminista contempla el mundo desde el ventajoso punto de mira de una minoría hasta ahora invisible y no reconocida —las mujeres—, con la vista puesta en la manera relevante, aunque desconocida, en que las actividades de esa minoría han contribuido a crear nuestro mundo. Este punto de vista requiere una nueva elaboración de nuestra comprensión de la vida social. Partiendo de esta idea, los teóricos y teóricas feministas comienzan así a plantear su reto a la teoría sociológica.

Los que se suman al reto señalan que los sociólogos se han negado insistentemente a incorporar las ideas de la nueva literatura sobre las mujeres a su comprensión del mundo social. Pero más bien ocurre que los sociólogos y sociólogas feministas han sido separados de la sociología ortodoxa, y la teoría feminista de la organización social se ha visto reducida a una única variable en la investigación, el sexo, y a un único patrón de roles sociales, el género (Farnham, 1987; Smith, 1990b, Stacey y Thorne, 1985; Wallace, 1989; Yeatman, 1987). Explicar estas acusaciones parece útil. Entre las razones que explican que la sociología haya esquivado la teoría feminista podemos distinguir los fuertes prejuicios antifeministas, las dudosas credenciales científicas de una teoría tan próxima al activismo político, y la precaución que suscitó el reconocimiento de las implicaciones profundamente radicales de la teoría feminista para la teoría y el método sociológicos. Debe recordarse también el tiempo que tardó la teoría marxista en «llegar» a la sociología, y el importante cuerpo de escritos feministas explícitamente teóricos constituye un evento harto reciente en la vida académica. Estos escritos, sin embargo, han comenzado a ser leídos por comunidades especializadas. Ofrecen una teoría de la vida social importante y estimulantemente nueva. Y aquellos a quienes sus experiencias y percepciones les convierten en un público receptivo a esta teoría —las mujeres en general, y las

mujeres y hombres a los que el feminismo afecta en particular—, constituyen una fracción importante dentro de la comunidad sociológica. Por todas estas razones, las implicaciones de la teoría feminista penetran cada vez más en la corriente principal de la disciplina.

## Estructuralismo y posestructuralismo

Un desarrollo del que hasta ahora apenas hemos hablado es el creciente interés por el *estructuralismo* (Lemert, 1990). Vinculado generalmente a Francia (se le suele denominar *estructuralismo francés* [Clark y Clark, 1982; Kurzweil, 1980]), el estructuralismo constituye actualmente un fenómeno internacional. Aunque sus raíces se encuentran fuera de la disciplina, el estructuralismo se ha labrado una posición dentro de la sociología. El problema es que aún está tan poco desarrollado dentro de la sociología que es difícil definirlo con precisión. La dificultad aumenta debido al desarrollo más o menos simultáneo del estructuralismo en otras áreas. No resulta fácil encontrar una única presentación del estructuralismo que sea coherente. En efecto, se dan diferencias importantes entre las diversas ramas del estructuralismo.

Podemos hacernos una idea preliminar del estructuralismo si bosquejamos las diferencias básicas que se dan entre los que defienden una perspectiva estructuralista. Hay quienes se centran en lo que denominan «estructuras profundas de la mente». En su opinión, son estas estructuras inconscientes las que conducen a las personas a pensar y a actuar como lo hacen. La obra del psicoanalista Sigmund Freud puede considerarse un buen ejemplo de esta orientación. Hay también estructuralistas que se fijan en las grandes estructuras invisibles de la sociedad que determinan las acciones de las personas y la sociedad en general. A veces se considera a Marx como un pensador que pertenece a esta rama del estructuralismo debido a su análisis de la invisible estructura económica de la sociedad capitalista. Un tercer grupo contempla las estructuras como los modelos que se pueden construir del mundo social. Finalmente, otros estructuralistas se preocupan por la relación dialéctica entre los individuos y las estructuras sociales. Entreven un vínculo entre las estructuras de la mente y las de la sociedad. Al antropólogo Claude Lévi-Strauss se le suele relacionar con esta perspectiva.

Hasta ahora el problema de la sociología estructural reside en que aún continúa siendo una mezcolanza de ideas derivadas de diversas áreas, entre ellas la lingüística (Saussure), la antropología (Lévi-Strauss), la psicología (Freud, Lacan) y el marxismo (Althusser). Hasta que estas ideas no se conjunten de un modo coherente, el estructuralismo seguirá siendo una corriente marginal de la sociología. Sin embargo, los desarrollos en las áreas mencionadas han sido tan importantes y atractivos para los sociólogos, que es muy probable que se desarrolle en años venideros una teoría estructural propia de la sociología.

A medida que el estructuralismo se desarrolla dentro de la sociología se produce un movimiento fuera de ella que va más allá de las premisas originales

de aquel movimiento: el *posestructuralismo* (Lemert, 1990). El principal representante del posestructuralismo es Michel Foucault. En sus primeras obras Foucault se centró en las estructuras, pero posteriormente fue más lejos y comenzó a centrarse en el poder y en la relación que existía entre conocimiento y poder. En general, los posestructuralistas aceptan la importancia de las estructuras, pero van más allá para tratar una amplia gama de cuestiones diferentes.

## LA TEORIA SOCIOLOGICA EN LOS AÑOS NOVENTA

Aunque muchos de los desarrollos analizados en las páginas anteriores continúan siendo importantes en la década de los noventa, en este apartado vamos a estudiar cuatro movimientos que prometen ser sumamente relevantes durante este decenio y en los próximos años: el interés por la integración micro-macro, la integración acción-estructura, las síntesis teóricas, y la metateorización en sociología.

### Integración micro-macro

Una parte considerable de los trabajos más recientes en el área de la teoría sociológica estadounidense se han ocupado de la vinculación entre las teorías micro y macrosociales y los niveles micro y macro de análisis. De hecho, ya he señalado (Ritzer, 1990a) que la vinculación micro-macro surgió como una problemática central en la teoría sociológica estadounidense durante la década de los años ochenta y continúa teniendo relevancia en los años noventa.

Hay algunos ejemplos recientes de los esfuerzos realizados por vincular los niveles micro y macro de análisis y/o las teorías micro y macro. Yo mismo (Ritzer, 1979;1981a), intenté desarrollar un paradigma sociológico integrado que ajustara los niveles micro y macro tanto en su forma objetiva como subjetiva. Así, en mi opinión, existen cuatro principales niveles de análisis social que deben analizarse de un modo integrado: macro-subjetividad, macro-objetividad, micro-subjetividad y micro-objetividad. Jeffrey Alexander (1982-83) ha creado una «sociología multidimensional» que analiza, al menos en parte, un modelo de niveles de análisis que se aproxima mucho al modelo desarrollado por Ritzer. Alexander (1987) basa el desarrollo de su modelo en el problema del orden —que se considera que tiene niveles individual (micro) y colectivo (macro)— y el problema de la acción, que se supone que cuenta con un nivel materialista (objetivo) e idealista (subjetivo). A partir de esos dos *continua*, Alexander desarrolla cuatro grandes niveles de análisis: colectivo-idealista, colectivo-materialista, individual-idealista e individual-materialista. Auque el modelo general desarrollado por Alexander es sorprendentemente similar al de Ritzer, aquél otorga prioridad al nivel colectivo-idealista, mientras éste insiste en que debemos ocuparnos de las relaciones dialécticas entre todos los niveles. Norbert

Wiley (1988) ha desarrollado otro enfoque afín en el que bosqueja cuatro niveles de análisis semejantes: el *self* o nivel individual, la interacción, la estructura social, y la cultura. Pero mientras Ritzer y Alexander se fijan tanto en los niveles objetivo como subjetivo, los de Wiley son puramente subjetivos. James Coleman (1986) se concentró en el problema de la conexión desde lo micro a lo macro, mientras Allen Liska (1990) ha desarrollado el enfoque de Coleman para analizar también el problema desde la conexión de lo macro a lo micro. Recientemente Coleman (1990) ha desarrollado su modelo micro-macro y una teoría más elaborada de la relación micro-macro basada en el planteamiento de la elección racional derivada de la economía.

Encontramos muchos otros esfuerzos relacionados con la integración micro-macro. Queda mucho trabajo por hacer en este área, que promete ser un importante campo de estudio en la teoría sociológica estadounidense en el futuro.

## Integración acción-estructura

Paralelamente a la creciente preocupación que se da en los Estados Unidos por la integración macro-micro, en Europa se ha desarrollado el interés por la integración acción-estructura. Al igual que el problema macro-micro se sitúa en el centro de la teoría en los Estados Unidos, Margaret Archer (1988) considera el tópico acción-estructura como el interés básico de la teoría social europea. Aunque existen muchas semejanzas entre la literatura micro-macro y la referida a la acción-estructura, se dan también importantes diferencias entre ellas. Por ejemplo, mientras los agentes suelen considerarse como actores en un nivel micro, colectividades como los sindicatos también pueden ser agentes. Y mientras las estructuras suelen ser consideradas como fenómenos macro, podemos encontrar también estructuras en el nivel micro. Así, debemos ser cautelosos a la hora de equiparar estos dos cuerpos de trabajo y también al intentar interrelacionarlos.

En el área de la teoría social europea contemporánea se han producido cuatro grandes líneas de trabajo que pueden agruparse bajo el encabezamiento de la integración acción-estructura. La primera es la teoría de la estructuración de Anthony Giddens (1984). La clave del planteamiento de Giddens es que contempla la acción y la estructura como una «dualidad». Es decir, no pueden ser separadas: la acción está involucrada en la estructura y viceversa. Giddens se niega a creer que la estructura es simple constricción (como creía Durkheim), y la ve, a la vez, como constrictiva y permisiva. Margaret Archer (1982) rechaza la idea de considerar la acción y la estructura una dualidad y las ve más bien como un dualismo. Es decir, la acción y la estructura pueden y deben ser separadas. El análisis de las diferencias entre ellas nos permitirá estudiar mejor su relación. Archer (1988) también destaca por ampliar la literatura de la acción y la estructura al análisis de la relación entre cultura y acción.

Mientras Giddens y Archer son británicos, la tercera figura principal contemporánea relacionada con la literatura de la acción y la estructura es el fran-

cés Pierre Bourdieu (1977). En la obra de Bourdieu la cuestión acción-estructura se traduce en una preocupación por la relación entre el *habitus* y el campo de acción. El *habitus* es una estructura mental o cognitiva internalizada mediante la cual la gente se maneja en el mundo social. El *habitus* produce la sociedad de la misma manera que la sociedad produce el *habitus*. El campo de acción constituye una red de relaciones entre posiciones objetivas. La estructura del campo de acción constriñe a los actores, ya sean individuos o colectividades. La preocupación principal de Bourdieu es la relación entre *habitus* y campo de acción, que él concibe como una una relación dialéctica.

El último teórico importante de la vinculación acción-estructura que vamos a tratar someramente es el alemán Jurgen Habermas. Ya le hemos mencionado como un importante pensador contemporáneo enmarcado en la teoría crítica. En su obra más reciente, Habermas (1987) ha tocado la cuestión acción-estructura bajo la expresión de «la colonización del mundo de la vida». El mundo de la vida constituye un micromundo donde las personas interactúan y se comunican. El sistema tiene sus raíces en el mundo de la vida, pero al final desarrolla sus propias características estructurales. A medida que estas estructuras adquieren más independencia y poder, ejercen más y más control sobre el mundo de la vida. En el mundo moderno el sistema llega a «colonizar» el mundo de la vida, es decir, a ejercer su control sobre él.

Como veremos en el Capítulo 11, existen más trabajos sobre la cuestión de la integración acción-estructura que los de Giddens, Archer, Bourdieu y Habermas. Sin embargo, ellos son los principales representantes de esta corriente contemporánea de la teoría sociológica.

## Síntesis teóricas

El movimiento hacia la integración de los niveles micro y macro y de la acción y la estructura comenzó en la década de los ochenta y se afianza en el decenio de 1990. Aquel movimiento ha sentado las bases para un desarrollo más amplio hacia la síntesis teórica que se ha puesto en marcha a principios de los noventa. Es este un enorme esfuerzo por sintetizar dos o más teorías diferentes (por ejemplo, el funcionalismo estructural y el interaccionismo simbólico). En la historia de la teoría sociológica siempre se han producido intentos de este tipo. No obstante, existen dos aspectos distintivos de estos nuevos trabajos de síntesis. Primero, no constituyen intentos aislados de síntesis, sino que están muy extendidos. Segundo, la meta es, en general, lograr una síntesis relativamente reducida de ideas teóricas, y no el desarrollo de una gran teoría sintética que abarque toda la teoría sociológica.

Estos trabajos sintéticos se realizan dentro de las teorías que hemos estudiado en este capítulo y entre ellas, así como dentro de algunas otras que aún no hemos mencionado.

Dentro del funcionalismo estructural, hemos hablado del nacimiento del neofuncionalismo (Alexander, 1985; Alexander y Colomy, 1985; Alexander y

Colomy, 1990; Colomy, 1990a). El objetivo del neofuncionalismo es superar muchas de las limitaciones del funcionalismo estructural incorporando ideas derivadas de una amplia serie de otras teorías. Alexander y Colomy consideran que este esfuerzo supone una reconstrucción del funcionalismo estructural, y por ello requiere una nueva denominación, neofuncionalismo, para diferenciar a este nuevo enfoque teórico de su predecesor.

El interaccionismo simbólico está experimentando una drástica trasnformación ya que, en palabras de Fine, se ha «compuesto una teoria a partir de fragmentos de otros planteamientos teóricos» (1990: 136-137). Así, los interaccionistas simbólicos toman prestadas ideas de la sociologia fenomenológica, de la teoría feminista y de la teoría del intercambio, entre otras. Además, se está redefiniendo a pensadores importantes de la historia del interaccionismo simbólico como Mead y Blumer como teóricos más sintéticos e integradores.

En el ámbito de la teoria del intercambio encontramos desde hace tiempo obras integradoras y sintéticas como *Exchange and Power in Social Life* [Intercambio y poder en la vida social] (1964). Recientemente se dedica cada vez más atención a la obra de Richard Emerson (1972a; 1972b) y a la de sus discípulos, en especial a la de Karen Cook (1987a). Emerson comenzó centrándose en los principios del conductismo, pero posteriormente se esforzó por vincularlos a la estructura social y a las relaciones de intercambio social. Y más recientemente aún, Cook, O'Brien y Kollock (1990) han llegado a definir la teoría del intercambio en términos inherentemente integradores y a sintetizarla con ideas derivadas de otras teorías como el interaccionismo simbólico y la teoría de redes.

Un desarrollo relativamente nuevo e intrínsecamente integrador en la teoría sociológica es el nacimiento de la teoría social posmodernista (Baudrillard, 1983; Harvey, 1989; Lyotard, 1984; Kellner, 1990a, 1990b). Esta teoría se basa en la idea de que en los últimos años hemos pasado de una sociedad moderna a otra posmoderna. Mientras que la sociedad moderna era altamente racional y rígida, la sociedad posmoderna se considera más irracional y flexible. Ha surgido una nueva teoría de la posmodernidad al objeto de analizar este diferente tipo de sociedad. Esta teoría es inherentemente integradora en el sentido de que extrae ideas de una amplia gama de disciplinas: la filosofía, la teoría cultural y la teoría social, entre otras. Además, los teóricos de la posmodernidad rechazan la idea del desarrollo de una única y gran teoría global o, como lo denominan, de un «metadiscurso». Los posmodernistas defienden más bien esfuerzos sintéticos específicos más reducidos del tipo de los que se han venido realizando en el ámbito de la teoria sociológica a principios de los años noventa.

La teoría posmarxista incluye tres desarrollos teóricos sintéticos. El primero es el marxismo analítico, que se esfuerza por aplicar los métodos habituales de la filosofía analítica y la ciencia social a temas marxistas tradicionales. Así, por ejemplo, varios teóricos (Roemer, 1986; Elster, 1985) emplean las ideas de la teoría de la elección racional para analizar cuestiones marxistas. Otros (por ejemplo, Wright, 1985) emplean los métodos de la sociología ortodoxa para analizar problemas como las clases. El segundo lo integran un conjunto de marxistas

posmodernos (por ejemplo, Laclau y Mouffe, 1986; Jameson, 1984; Harvey, 1989), que toman ideas prestadas de la teoría de la posmodernidad y las conjugan con aspectos de la teoría marxista tradicional. Finalmente se encuentra la obra de Bowles y Gintis (1986), cuyo objetivo es integrar la teoría marxista y la liberal.

En los Capítulos 12 y 13 nos ocuparemos de muchos otros esfuerzos sintéticos.

## Metateorización en sociología

En términos generales, la *metateorización* puede definirse como el estudio sistemático de las estructuras subyacentes de la teoría sociológica (Ritzer, 1990c, 1990d, 1991, en prensa c). Debe distinguirse de la teorización, aunque la mayoría de los teóricos hayan metateorizado y muchos metateóricos hayan teorizado. Mientras que el objeto de estudio de los metateóricos es la teoría, los teóricos reflexionan sobre el mundo social. Se ha producido un significativo aumento del trabajo metateórico (Fuhrman y Snizek, 1990) y todo parece demostrar que ese trabajo continuará creciendo en el futuro.

El trabajo metateórico ha formado parte de la sociología desde sus inicios. La mayoría de los primeros teóricos realizaron estudios metateóricos sobre los intelectuales que les precedieron. Particularmente destacables son los estudios de Marx sobre Hegel, los Jóvenes Hegelianos, los economistas políticos y los socialistas utópicos. Parsons describe su obra *The Structure of Social Action* (1937, 1949) como un estudio «empírico» de la obra de sus predecesores teóricos. En los años cincuenta, Paul Furfey (1953/1965) presentó el primer, aunque fallido, esfuerzo sistemático por definir el trabajo metateórico. Alvin Gouldner intentó definir una sociología de la teoría sociológica en *The Coming Crisis of Western Sociology* [La crisis de la sociología occidental] (1970); su trabajo es un importante, aunque igualmente fallido, precedente de la metateorización contemporánea. Un conjunto específico de obras (Friedrichs, 1970; Ritzer, 1975a), basadas en el concepto de paradigma de Thomas Kuhn (1962, 1970), también tuvo un papel importante en el desarrollo del trabajo metateórico de la sociología.

La metateorización sociológica ha llegado a su mayoría de edad en la década de los años noventa (véase el Apéndice) y promete desempeñar un papel central en la clarificación de las teorías sociológicas actuales, así como en el desarrollo de nuevas teorías integradas y sintéticas.

## RESUMEN

El presente capítulo comienza donde termina el primero, y analiza la historia de la teoría sociológica desde principios del siglo XX. Empezamos con la historia inicial de la teoría sociológica estadounidense, que se caracterizó por su libera-

limo, su interés por el darwinismo social y, consecuentemente, por la influencia de Herbert Spencer. En este contexto se analiza la obra de dos de los primeros teóricos de la sociología, Sumner y Ward. Pero no consiguieron ejercer una influencia duradera en la teoría sociológica estadounidense. Sin embargo, la Escuela de Chicago, que se sustanció en la obra de pensadores como Small, Park, Thomas, Cooley y, particularmente, Mead, dejó una profunda huella en la teoría sociológica, sobre todo en el interaccionismo simbólico.

Mientras la Escuela de Chicago ocupaba todavía una posición predominante, empezó a desarrollarse en Harvard una forma diferente de teoría sociológica. Pitirim Sorokin jugó un papel estratégico en la fundación de la sociología en Harvard, aunque sería Talcott Parsons quien situara a esta universidad en una posición preeminente en la teoría estadounidense, substituyendo así al interaccionismo simbólico de Chicago. Parsons fue importante no sólo por haber legitimado la «gran teoría» en los Estados Unidos y dado a conocer al público estadounidense a los teóricos europeos, sino también por el papel que tuvo en el desarrollo de la teoría de la acción y, lo que fue más importante aún, en el del funcionalismo estructural. Durante los años cuarenta y cincuenta, el funcionalismo estructural progresó impulsado por la desintegración de la Escuela de Chicago, que había comenzado en los años treinta y terminó durante los cincuenta.

El desarrollo más importante que se produjo en la teoría marxista a principios del siglo XX fue la creación de la Escuela Crítica de Frankfurt. Esta forma hegeliana de marxismo también recibió la influencia de sociólogos como Weber y del psicoanalista Sigmund Freud. Durante la primera parte del siglo el marxismo no logró demasiada aceptación entre la comunidad de sociólogos.

El predominio del funcionalismo estructural en la teoría estadounidense a mediados del siglo duró poco tiempo. Aunque sus orígenes son anteriores a la década de los sesenta, la sociología fenomenológica, especialmente la obra de Alfred Schutz, empezó a atraer una atención considerable durante estos años. La teoría marxista aún continuaba excluida de la teoría estadounidense, pero gracias a C. Wright Mills la tradición radical se mantuvo con vida en los Estados Unidos durante los años cuarenta y cincuenta. Mills también fue uno de los líderes de los ataques contra el funcionalismo estructural, ataques que se intensificaron durante los años cincuenta y sesenta. A la luz de algunos de esos ataques surgió en estos años la teoría del conflicto como alternativa al funcionalismo estructural. Aunque influida por la teoría marxista, la teoría del conflicto se resintió de una inadecuada integración de la perspectiva marxista. Otra alternativa, que nació en la década de los años cincuenta, fue la teoría del intercambio, que aún sigue atrayendo una cantidad pequeña, pero constante, de seguidores. El interaccionismo simbólico había quedado eclipsado, pero la obra de Erving Goffman sobre el análisis dramatúrgico lo salvó de la muerte en este periodo.

Durante los años sesenta y setenta aparecieron con fuerza las «sociologías creativas». La sociología fenomenológica, la etnometodología y la sociología

existencial siguen suscitando gran interés entre los sociólogos. Al mismo tiempo, a la sociología marxista se le presentó la oportunidad de desarrollarse, y sus diversas variedades siguen despertando un gran interés en el ámbito de la teoría sociológica. Mientras la sociología creativa y la teoria marxista ganaban aceptación, la teoría de sistemas fue popular durante los años sesenta, pero esa popularidad decayó bruscamente en la década siguiente. Entre los más importantes desarrollos recientes de la teoría sociológica se cuentan la teoría feminista, el estructuralismo y el posestructuralismo.

Cuatro desarrollos de la teoría sociológica se destacan durante los años ochenta y noventa. Primero, la aparición en los Estados Unidos del interés por la vinculación micro-macro. Segundo, el aumento paralelo de atención en Europa por la relación entre acción y estructura. Tercero, el desarrollo de una gran gama de esfuerzos sintéticos durante los noventa. Finalmente, ha aumentado también el interés por el trabajo metateórico, o estudio sistemático de la teoría sociológica.

PARTE 

# LA TEORIA SOCIOLOGICA: LAS GRANDES ESCUELAS

CAPITULO 3

# EL FUNCIONALISMO ESTRUCTURAL Y LA ALTERNATIVA DE LA TEORIA DEL CONFLICTO

CONSENSO Y CONFLICTO

FUNCIONALISMO ESTRUCTURAL

- Raíces históricas
- La teoría funcional de la estratificación y sus críticos
- Prerrequisitos funcionales de la sociedad
- El funcionalismo estructural de Talcott Parsons
- El funcionalismo estructural de Robert Merton
- Principales críticas

LA ALTERNATIVA DE LA TEORIA DEL CONFLICTO

- La obra de Ralf Dahrendorf
- Principales críticas
- Esfuerzos para reconciliar el funcionalismo estructural y la teoría del conflicto
- Hacia una teoría del conflicto más marxista

La primera parte de este capitulo se centra en el funcionalismo estructural que se erigió durante muchos años como la teoría sociológica dominante. Sin embargo, en el curso de las dos últimas décadas, el funcionalismo estructural ha perdido importancia y, al menos en ciertos sentidos, ha retrocedido en el marco de la historia (reciente) de la teoría sociológica. Así, Colomy (1990a) describe ahora el funcionalismo estructural como una «tradición teórica». Su importancia en la actualidad reside en el papel que ha desempeñado en la historia de la teoría sociológica y en su contribución a la formación de «uno de los desarrollos contemporáneos más significativos de la sociologia»: el neofuncionalismo (Colomy, 1990b: xlvii). Analizaremos el neofuncionalismo en la tercera parte de este libro, donde estudiaremos los desarrollos sintéticos más recientes de la teoria sociológica.

Puede sostenerse un argumento similar al respecto de la teoría del conflicto, que analizaremos en la segunda parte de este capítulo. Estudiaremos en esta segunda parte la teoria tradicional del conflicto, mientras en la Tercera Parte del libro nos ocuparemos de algunos de los trabajos más novedosos e integradores dentro de la teoría del conflicto.

Este capitulo comienza con un análisis de las raíces históricas y de algunos de los principios básicos del funcionalismo estructural. Luego pasaremos a estudiar las tres teorías principales del funcionalismo estructural clásico: la teoria funcional de la estratificación, los prerrequisitos funcionales de la sociedad y, la más importante, la teoría estructural-funcional de Talcott Parsons. Después analizaremos los esfuerzos que hizo Robert Merton para superar algunos de los problemas del funcionalismo estructural clásico y desarrollar una perspectiva teórica más satisfactoria. Finalmente nos centraremos en las críticas más notables al funcionalismo estructural, críticas que contribuyeron a la pérdida de su posición dominante en la teoría sociológica.

En la segunda parte del capítulo nos centraremos en la teoría del conflicto, especialmente en la obra de Ralf Dahrendorf como alternativa al funcionalismo estructural. También nos acercaremos a las principales críticas que se han hecho a la teoria del conflicto, de entre las que destaca por su importancia la que sostiene que no es fiel a sus raices marxistas.

## CONSENSO Y CONFLICTO

Antes de analizar en detalle el funcionalismo estructural y la teoria del conflicto, es preciso, de acuerdo con Thomas Bernard (1983), situar estas teorías en el contexto general del debate entre las teorias del consenso (entre ellas el funcionalismo estructural) y las teorías del conflicto (una de las cuales es la teoría sociológica del conflicto que analizaremos en este capitulo). Las *teorias del consenso* consideran que las normas y los valores comunes son fundamentales para la sociedad, presuponen que el orden social se basa en un acuerdo tácito y que el cambio social se produce de una manera lenta y ordenada. A diferencia de ellas,

las *teorías del conflicto* subrayan el dominio de unos grupos sociales sobre otros, presuponen que el orden social se basa en la manipulación y el control de los grupos dominantes y que el cambio social se produce rápida y desordenadamente a medida que los grupos subordinados vencen a los grupos dominantes.

Aunque estos criterios definen en términos generales las diferencias esenciales entre las teorías sociológicas del funcionalismo estructural y la teoría del conflicto, para Bernard la distancia entre ellas es aún mayor, lo que «ha provocado un debate recurrente que ha adoptado una variedad de formas diferentes en el transcurso de la historia del pensamiento occidental» (1983: 6). Bernard se remonta a los antiguos griegos y a las diferencias entre Platón (pensador del consenso) y Aristóteles (pensador del conflicto) y encuentra en ellos los orígenes del debate. Sigue su pista a lo largo de la historia de la filosofía, en el pensamiento de San Agustín y Santo Tomás de Aquino, de Maquiavelo y Hobbes, y de Locke y Rousseau (los autores mencionados en primer lugar son los representantes del conflicto). Más tarde se incorporarían a este debate ya en el terreno de la sociología Marx y Comte, Simmel y Durkheim, y Dahrendorf y Parsons (de nuevo, los autores mencionados en primer lugar defienden la perspectiva del conflicto). Ya hemos analizado brevemente en su contexto histórico las ideas de los dos primeros pares de sociólogos. En este capítulo estudiaremos la teoría del conflicto de Dahrendorf y la del consenso de Parsons, entre otras.

Bernard distingue entre cuatro tipos de teorías del consenso y del conflicto, pero en este capítulo sólo nos ocuparemos de dos de ellas, la del *consenso sociológico* (Parsons, Merton) y la del *conflicto sociológico* (Dahrendorf). El tercer tipo, la *teoría del conflicto radical*, la hemos estudiado brevemente en el capítulo dedicado a Marx, y la analizaremos con mayor detalle en el capítulo que trata de las teorías neomarxistas. El otro tipo de teoría que distingue Bernard, la *teoría conservadora del consenso*, no lo examinaremos porque «los sociólogos modernos apenas la defienden» (1983: 201).

Aunque subrayamos las diferencias que existen entre el funcionalismo estructural y la teoría del conflicto, no debemos olvidar que también hay semejanzas importantes entre ellas. De hecho, Bernard afirma que «las zonas en las que coinciden son más extensas que aquéllas en las que disienten» (1983: 214). Por ejemplo, ambas son macroteorías que se ocupan principalmente de las grandes estructuras e instituciones sociales. De acuerdo con George Ritzer (1980), ambas teorías se sitúan dentro del mismo paradigma sociológico (el de los «hechos sociales) (véase el Apéndice).

Antes de pasar al análisis específico del funcionalismo estructural, es preciso reflexionar sobre la distinción entre conflicto y consenso desde el ventajoso punto de vista de la década de los años noventa. Primero, se ha tendido a simplificar en demasía las realidades del funcionalismo estructural y la teoría del conflicto, así como las distinciones entre estas teorías. Muchas teóricos del conflicto han sentido inquietud por la cuestión del orden y por lo que mantiene unida a la sociedad, y con frecuencia, los funcionalistas estructurales se han preocupado por la tensión, el cambio y las fuerzas que conducen a la desinte-

gración de la sociedad. Segundo, la distinción entre consenso y conflicto fue muy útil durante los años sesenta, época en la que se desarrollaron grandes esfuerzos por distinguir con precisión entre estas teorías y defender una u otra. Tercero, dado el movimiento general hacia la integración y la síntesis en el ámbito de la teoria sociológica, así como los relevantes trabajos neofuncionalistas y de la teoría del conflicto que actualmente se orientan en esa misma dirección, la distinción entre consenso y conflicto es menos precisa hoy día que en el pasado.

## FUNCIONALISMO ESTRUCTURAL

Robert Nisbet señaló que el funcionalismo estructural ha sido «sin lugar a dudas, el cuerpo de teoría más relevante de las ciencias sociales del presente siglo» (citado en Turner y Maryanski, 1979: xi). Kingsley Davis (1959) adoptó el punto de vista de que el funcionalismo estructural se había convertido virtualmente en un sinónimo de la sociología. Alvin Gouldner (1970) adoptó implícitamente una perspectiva similar cuando atacó la sociología occidental a través de su análisis crítico de las teorías funcionalistas-estructurales de Talcott Parsons.

A pesar de la indiscutible hegemonía que ostentó durante las dos décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, el funcionalismo estructural ha perdido importancia como teoría sociológica. Incluso Wilbert Moore, quien estuvo estrechamente relacionado con esta teoría, señaló que se había «convertido en un estorbo para la sociologia teórica contemporánea» (1978: 321). Y dos observadores declararon: «Por tanto, tenemos la sensación de que el funcionalismo "ha muerto", y de que todos los esfuerzos que utilizan el funcionalismo como explicación teórica deben abandonarse en favor de perspectivas teóricas más prometedoras» (Turner y Maryanski, 1979: 141).[1] Nicholas Demerath y Richard Peterson (1967) defendieron un punto de vista más positivo y señalaron que el funcionalismo estructural no había sido una moda pasajera. Admitieron, no obstante, que, del mismo modo que el funcionalismo se derivó del antiguo organicismo (véase el siguiente apartado), probablemente se desarrollaría hasta convertirse en otra teoría sociológica. El surgimiento del neofuncionalismo (véase el Capítulo 12) parece que apoya más la postura de Demerath y Peterson que la perspectiva más negativa de Turner y Maryanski.

En el funcionalismo estructural, no es necesario usar los términos *estructural* y *funcional* conjuntamente, aunque típicamente aparecen juntos. Podemos estudiar las estructuras de la sociedad sin atender a las funciones que realizan (o las consecuencias que tienen) para otras estructuras. Asimismo, podemos examinar las funciones de varios procesos sociales que pueden no adoptar una

[1] A pesar de esta declaración, Jonathan Turner y Alexandra Maryanski (1979) señalan que el funcionalismo puede seguir siendo útil como método.

forma estructural. Con todo, la preocupación por ambos elementos caracteriza al funcionalismo estructural.

Mark Abrahmson (1978) señaló que el funcionalismo estructural no es monolítico. Identificó tres tipos de funcionalismo estructural. El primero es el *funcionalismo individualista*, que se ocupa de las necesidades de los actores y de las diversas estructuras (por ejemplo, las instituciones sociales, los valores culturales) que emergen como respuestas funcionales a estas necesidades. El antropólogo Bronislaw Malinowski fue el principal exponente de esta perspectiva. El segundo es el *funcionalismo interpersonal*, cuyo principal representante fue otro antropólogo, A. B. Radcliffe-Brown. Este tipo se ocupa de las relaciones sociales, particularmente de los mecanismos utilizados para ajustar las tensiones que se producen en estas relaciones. Y el tercero, el *funcionalismo societal*, constituye el enfoque que predomina entre los sociólogos funcionalistas estructurales (Sztompka, 1974), que estudiaremos en este capítulo. La preocupación fundamental del funcionalismo societal son las grandes estructuras e instituciones sociales de la sociedad, sus interrelaciones y su influencia constrictora sobre los actores.

## Raíces históricas

Las influencias más poderosas sobre el funcionalismo estructural contemporáneo las ejercieron tres sociólogos clásicos: Auguste Comte, Herbert Spencer y Emile Durkheim (Turner y Maryanski, 1979).

Comte tenia una concepción normativa de la «buena» sociedad, que le llevó a interesarse por todos los fenómenos sociales que contribuían a la constitución de esa sociedad. También tenía una concepción del equilibrio de la sociedad. Sin embargo, su teoría del *organicismo* —la tendencia a identificar analogías entre las sociedades y los organismos biológicos— fue su concepto más influyente. Consideraba los sistemas sociales como sistemas orgánicos que funcionaban de un modo muy similar a los organismo biológicos. Así, mientras el objeto de estudio de la biología era el estudio del organismo individual, el de la sociología era el estudio del organismo social. Entre las analogías específicas que Comte identificó entre los organismos social y biológico figuran la de las células en un contexto biológico y las familias en el mundo social, la de los tejidos y las clases y castas sociales, y la de los órganos del cuerpo humano y las ciudades y comunidades del mundo social.

El sociólogo inglés Herbert Spencer también comulgó con el organicismo, pero en su sociología coexistía difícilmente con una filosofía utilitarista. Así, aunque su organicismo le condujo a estudiar el todo social y las contribuciones de las partes al todo, su utilitarismo le llevó a analizar los actores que persiguen su interés. A pesar de la dificultad intelectual que planteaba su perspectiva, el organicismo de Spencer influyó en el desarrollo del funcionalismo estructural.

Spencer identificó varias semejanzas entre el organismo social y el individual. Primera, ambos organismos crecían y se desarrollaban, mientras la mate-

ria inorgánica no lo hacía. Segunda, en ambos, un aumento de tamaño solía conducir a un aumento de complejidad y diferenciación. Tercera, en los dos tipos de organismos la diferenciación progresiva de las estructuras solía ir acompañada de una diferenciación progresiva de sus funciones. Cuarta, las partes de ambos organismos eran mutuamente interdependientes. Asi, un cambio en una de ellas solía producir cambios en otras partes. Finalmente, cada una de las partes de ambas entidades, social e individual, podían ser consideradas como organismos en si mismas.

Spencer desarrolló otras ideas que influyeron en el desarrollo del funcionalismo estructural. Su preocupación por las «necesidades» del organismo social la compartieron los funcionalistas estructurales posteriores, quienes, entre otras cosas, la tradujeron a la idea de que las sociedades «necesitaban» varios elementos para sobrevivir. Spencer también desarrolló una ley de la evolución social que influyó en el desarrollo de teorías estructural-funcionales de la evolución tales como las de Durkheim y Parsons. Quizás lo más importante de Spencer fue su empleo de los términos *estructura* y *función*, así como la distinción que hizo entre ellos. Solía hablar de las funciones que cumplían varias estructuras para la sociedad en su conjunto.

Aunque tanto Comte como Spencer son importantes por sí mismos, su poderosa influencia sobre el funcionalismo estructural se debe a su influencia en el pensamiento de Durkheim. En términos generales, el interés de Durkheim por los hechos sociales reflejaba una preocupación por las partes del organismo social y sus interrelaciones y por la influencia de aquéllas sobre la sociedad como un todo. En términos de funcionalismo estructural, Durkheim desarrolló multitud de ideas sobre las estructuras, las funciones y su relación con las necesidades de la sociedad. Quizás de mayor importancia fuera su separación de los conceptos de causa social y función social. El estudio de las causas sociales se ocupa de por qué una estructura dada existe y adopta una forma determinada. En cambio, el estudio de las funciones sociales se ocupa de las necesidades del sistema en su conjunto que son satisfechas por una determinada estructura. El acento de Durkheim sobre la moralidad y los factores culturales (por ejemplo, en sus ideas sobre la conciencia colectiva y las representaciones colectivas) influyó profundamente en Parsons, quien llegó a adoptar, como veremos más adelante, una postura similar. Finalmente, el acento de Durkheim sobre las tensiones en la sociedad moderna, especialmente la anomía, y la cuestión de cómo se contrarrestaban, influyó poderosamente en el funcionalismo estructural, especialmente en la obra de Robert Merton (véase más abajo). [2]

El funcionalismo estructural moderno opera sobre la base de varios supuestos derivados de las ideas de estos tres sociólogos clásicos. Los funcionalistas estructurales, sobre todo los funcionalistas societales, suelen adoptar un enfo-

---

[2] Además de las figuras analizadas arriba, Weber también influyó en Parsons (y otros funcionalistas estructurales), aunque influyó más en su teoría de la acción que en su funcionalismo estructural.

que macroscópico para el estudio de los fenómenos sociales. Estudian el sistema social como un todo, así como la influencia de las diversas partes (en especial las estructuras y las instituciones sociales) sobre él.

Tienden a considerar que los componentes del sistema contribuyen positivamente a su funcionamiento (Abrahamson, 1978).[3] Además, el funcionalismo estructural se ocupa de la relación de unas partes del sistema con otras (Davis, 1959). Considera que las partes del sistema, como el sistema en su conjunto, existen en un estado de equilibrio, de modo que los cambios que experimenta una parte producen cambios en otras partes. Los cambios en la partes pueden contrarrestarse de manera que no se produzca cambio alguno en el sistema en su conjunto; si no ocurre esto, probablemente el conjunto del sistema experimenta un cambio. Así, aunque el funcionalismo estructural adopta una perspectiva del equilibrio, no necesariamente ha de ser una perspectiva estática. En este equilibrio del sistema social los cambios se producen de una manera ordenada y no revolucionaria.

Pasemos a analizar ahora algunos ejemplos concretos de funcionalismo estructural.

## La teoría funcional de la estratificación y sus críticos

La teoria funcional de la estratificación que desarrollaron Kingsley Davis y Wilbert Moore (1945) es, quizás, el trabajo más conocido de teoría estructural-funcional. Davis y Moore especificaron con claridad que consideraban la estratificación social como algo universal y necesario. Afirmaban que ninguna sociedad podía existir sin estratificación, o sin clases. La estratificación era, desde su punto de vista, una necesidad *funcional*. Toda sociedad requería un sistema de estratificación.[4] En su opinión, el sistema de estratificación era una estructura, es decir, la estratificación no hacía referencia a los individuos dentro del sistema de estratificación, sino a a un sistema de *posiciones*. Se centraron en el modo en que ciertas posiciones les conferían diferentes grados de prestigio y no en el modo en que los individuos llegaban a ocupar esas posiciones.

Así, la cuestión funcional de mayor importancia es el modo en que una sociedad motiva y sitúa a las personas en una posición «apropiada» en el sistema de estratificación. Esta cuestión se reduce a dos problemas. Primero, ¿cómo suscita una sociedad en los individuos «apropiados» el deseo de ocupar ciertas posiciones? Segundo, una vez que las personas ocupan su posición adecuada,

---

[3] Como veremos más adelante, algunos funcionalistas estructurales (especialmente Merton) estudiaron las tensiones y los efectos negativos (disfunciones).

[4] Este es un ejemplo de un argumento teleológico. Tendremos ocasión de analizar esta cuestión más adelante en este capítulo, pero por ahora puede definirse un argumento teleológico como aquel que considera el mundo social con propósitos o metas que provocan la existencia de estructuras o eventos necesarios. En este caso, la sociedad «necesita» la estratificación de manera que provoque la existencia de tal sistema.

¿cómo suscita en ellas la sociedad el deseo de cumplir los requisitos de esas posiciones?

El problema del lugar social adecuado en la sociedad surge de tres razones básicas. Primera, la ocupación de ciertas posiciones es más agradable que otras. Segunda, ciertas posiciones son más importantes para la supervivencia de la sociedad que otras. Y tercera, las posiciones sociales requieren diferentes capacidades y aptitudes.

Aunque estas cuestiones afectan a todas las posiciones sociales, Davis y Moore se centraron en las posiciones funcionalmente más importantes de la sociedad. Estas posiciones, que se sitúan en la parte superior del sistema de estratificación son, presumiblemente, las *menos* agradables, pero las *más* importantes para la supervivencia de la sociedad, y requieren la capacidad y la aptitud más competente. Además, la sociedad debe responder con recompensas satisfactorias a estas posiciones para que haya suficientes personas que quieran ocuparlas y para que los individuos que lleguen a ocuparlas cumplan con diligencia sus deberes.

Davis y Moore no creían que la sociedad desarrollara conscientemente un sistema de estratificación con el fin de garantizar la ocupación y el cumplimiento adecuado de las posiciones más altas. Por el contrario, especificaron que la estratificación era un «mecanismo inconscientemente desarrollado» que, sin embargo, toda sociedad desarrolla o *debe* desarrollar con el fin de sobrevivir.

Desde el punto de vista de Davis y Moore, para garantizar que las personas ocupen las posiciones más altas, la sociedad debe dar a los individuos que las ocupan diversos tipos de recompensas, entre ellas, mucho prestigio, un salario alto y suficiente ocio. Por ejemplo, para garantizar que haya una cantidad satisfactoria de médicos en nuestra sociedad, es preciso ofrecerles aquéllas y otras recompensas. Davis y Moore pensaban que no podemos esperar que las personas se embarquen en el «largo» y «caro» proceso de la carrera de medicina si no les ofrecemos suficientes recompensas. Lo que se sobreentiende en esta idea es que las personas que están en las posiciones altas deben recibir las recompensas que merecen. En el caso de que esas posiciones no se ocupen, la sociedad corre el peligro de la desintegración.

La teoría estructural-funcional de la estratificación ha recibido multitud de críticas desde su publicación en 1945 (véase Tumin, 1953, para la primera crítica relevante; Huaco, 1966, para un resumen satisfactorio de las principales críticas hasta ese año).

La crítica fundamental es que la teoría funcional de la estratificación perpetúa la posición privilegiada de las personas que tienen poder, prestigio y dinero. Y la perpetúa aduciendo que estas personas merecen sus recompensas; de hecho necesitan que se les ofrezca esas recompensas para el bien de la sociedad.

La teoría funcional ha sido también criticada por suponer que por el simple hecho de que la estructura social estratificada haya existido en el pasado, debe continuar existiendo en el futuro. Cabe dentro de lo posible que las sociedades futuras se organicen de otras maneras diferentes sin recurrir a la estratificación.

Además, se ha señalado que la idea de que las posiciones funcionales varían de acuerdo con su importancia para la sociedad es difícil de sostener. ¿Acaso los basureros son menos importantes para la supervivencia de la sociedad que los ejecutivos publicitarios? A pesar de recibir un salario menor y tener menor prestigio, los basureros son, en realidad, *más* importantes para la supervivencia de la sociedad. Incluso en los casos en los que puede afirmarse que una posición cumple una función más importante para la sociedad, las recompensas mayores no se corresponden con la importancia. Probablemente las enfermeras son más importantes para la sociedad que los actores de cine, pero las enfermeras tiene menos poder, prestigio, y dinero que los actores.

¿Hay en verdad escasez de personas capaces de ocupar y desempeñar las posiciones más altas? De hecho, muchas personas no pueden obtener la formación que se necesita para alcanzar posiciones prestigiosas, incluso aunque tengan aptitud. En la profesión médica, por ejemplo, existe un esfuerzo persistente por limitar la cantidad de médicos. Por lo general, muchas personas capaces no tienen la oportunidad de demostrar que pueden desempeñar posiciones altas ni siquiera cuando existe una clara necesidad de que lo hagan. El hecho es que aquellos que ocupan esas posiciones altas están interesados en mantener su número bajo y su poder e ingresos altos.

Finalmente, puede argüirse que no tenemos la obligación de ofrecer a las personas poder, prestigio e ingresos para que sientan el deseo de ocupar posiciones altas. Las personas pueden sentirse igualmente motivadas por la satisfacción de hacer bien su trabajo o por la oportunidad de servir a los demás.

## Prerrequisitos funcionales de la sociedad

Una de las principales preocupaciones de los funcionalistas estructurales es el análisis de lo que requiere un sistema social —las estructuras y, particularmente, las funciones— para sobrevivir. Analizaremos el ejemplo más ilustrativo de este análisis, el de D. F. Aberle y sus colegas (1950/1967). Más tarde examinaremos el esfuerzo más general que desarrolló Parsons para definir los cuatro prerrequisitos funcionales de todo sistema de acción: adaptación, consecución de metas, integración y mantenimiento de patrones.

Aberle y sus colegas analizan las condiciones básicas cuyo incumplimiento causaría la desintegración de la sociedad. El primer factor hace referencia a las características demográficas de la sociedad. La extinción o la dispersión de sus miembros amenazaría obviamente la existencia de la sociedad. Esto ocurre cuando la sociedad experimenta una pérdida tal de población que hace que sus diversas estructuras sean inoperantes. Segundo, una población apática sería una amenaza para la sociedad. Si bien se trata de una cuestión de grado —ya que siempre hay segmentos de población que manifiestan cierto retraimiento— la apatía llevada al extremo puede hacer que los diversos componentes de la sociedad cesen de ser operativos y que la sociedad se encamine hacia la desintegración. Tercera, una guerra de «todos contra todos» amenaza la existencia de la socie-

dad. Un grado alto de conflicto interno dentro de la sociedad requiere la intervención de los diversos agentes de control social que podrían recurrir a la fuerza para controlar el conflicto. Los funcionalistas estructurales creen que una sociedad no puede funcionar durante mucho tiempo sobre la base de la fuerza. Como Aberle y sus colegas señalaron: «Una sociedad basada únicamente en la fuerza constituye una contradicción en si misma» (1950/1967: 322). Para los funcionalistas estructurales la sociedad se mantiene unidad debido al consenso de sus miembros; desde su punto de vista, una sociedad que se mantiene unida por medio de la fuerza no merece esa denominación. Finalmente, una sociedad puede desintegrarse debido a su absorción por otra sociedad mediante la anexión, la conquista, etc.

La otra cara de la moneda de este análisis de los prerrequisitos funcionales incluye las características que debe tener una sociedad para sobrevivir. Por un lado, una sociedad debe disponer de un método adecuado para relacionarse con su entorno. De los dos aspectos diferentes de la cuestión del entorno, el primero es la ecología. Una sociedad debe ser capaz de extraer del entorno lo que necesita para sobrevivir (alimentos, energía, materias primas, etc. ) sin destruir los recursos naturales. Somos dolorosamente conscientes de este problema en una época de polución ambiental, escasez energética y hambre en muchas zonas del mundo. El segundo aspecto del entorno son los sistemas sociales diferentes con los que trata una sociedad. Esto incluye, entre otras cosas, el comercio, los intercambios culturales, una comunicación conveniente, y la defensa militar apropiada en el caso de que se produzcan hostilidades intersocietales.

La sociedad requiere también un método que regule la relación entre los sexos. Las relaciones heterosexuales deben establecerse de manera que las mujeres y los hombres tengan oportunidades adecuadas para interactuar. Además, ambos sexos deben sentirse motivados para el mantenimiento de una determinada tasa de reproducción que contribuya a la supervivencia de la sociedad. Por término medio, una pareja debe tener algo más de dos hijos. Y por último, la sociedad requiere una cantidad satisfactoria de miembros con una variedad suficiente de intereses y aptitudes que la permita funcionar correctamente.

La sociedad también debe disponer de una diferenciación adecuada de roles, así como de un mecanismo apropiado para asignar personas a esos roles. En toda sociedad existen actividades que requieren ser realizadas y la sociedad debe construir ciertos roles que permitan realizar esas actividades. La forma más importante que adopta la diferenciación de roles es la estratificación social. Como ya hemos visto, uno de los principios básicos del funcionalismo estructural es que las sociedades requieren esa estratificación para sobrevivir. La estratificación cumple varias funciones, entre ellas asegurar la buena disposición de las personas a asumir las responsabilidades que entrañan las posiciones altas, asegurar la estabilidad del sistema social, etc.

Otro requisito funcional de todo sistema social es la existencia de un sistema de comunicación adecuado. Sus elementos incluyen el lenguaje y las vías de comunicación. Es obvio que una sociedad no existiría si las personas no pudie-

ran interactuar y comunicarse. Sin embargo, cuando los funcionalistas estructurales estudian el sistema de comunicación de una sociedad, también incluyen el interés por los sistemas simbólicos compartidos que las personas aprenden durante el proceso de la socialización y que hacen posible la comunicación. Los sistemas simbólicos compartidos hacen posible la existencia de un sistema de valores culturales. Desde el punto de vista estructural-funcional el sistema cultural es de crucial importancia para el mantenimiento de la cohesión social. Los valores comunes constituyen un baluarte frente a la posibilidad de un conflicto continuo en el seno de la sociedad.

Además del requisito de un sistema cultural compartido, los funcionalistas estructurales hablan también de la necesidad de un sistema de valores comunes en el nivel individual. Las personas deben compartir una visión del mundo similar. Esto les permite predecir, con un alto grado de precisión, lo que piensan y hacen los demás. Estas orientaciones cognitivas mutuas cumplen varias funciones. Y tal vez la más importante de ellas es que confieren estabilidad, significado y posibilidad de predicción a las situaciones sociales. En suma, una sociedad estable, de importancia crucial para los funcionalistas estructurales, es posible por el hecho de que los actores operan con orientaciones comunes. Estas orientaciones comunes también permiten a las personas explicar de modo similar las cosas que no pueden controlar o predecir; las capacitan para mantener su implicación y su compromiso con las situaciones sociales.

## TALCOTT PARSONS: Reseña biográfica



Talcott Parsons nació en Colorado Springs, Colorado, en 1902. Procedía de una familia religiosa e intelectual; su padre fue ministro eclesiástico, profesor y, posteriormente, presidente de una pequeña universidad. Parsons se licenció en Amherst College en 1924 y realizó sus cursos de doctorado en la London School of Economics. Al año siguiente se trasladó a Heidelberg, Alemania. Max Weber pasó una buena parte de su carrera académica en Heidelberg, y si bien hacía cinco años que había muerto cuando llegó Parsons, aún podía sentirse su influencia: su viuda continuaba convocando reuniones en su casa, a las que asistía Parsons. La obra de Weber influyó enormemente en Parsons, quien escribió en Heidelberg su tesis doctoral, dedicada, en parte, a analizar las ideas de Weber.

Parsons se convirtió en tutor de Harvard en 1927 y aunque cambió varias veces de departamento, permaneció allí hasta que le sobrevino la muerte en 1979. No progresó en su carrera rápidamente ya que no logró el estatuto de profesor permanente hasta 1939. Dos años antes de esta fecha había publicado *The Structure of Social Action* [La estructura de la acción

social], libro que no sólo daba a conocer los teóricos de la sociología más relevantes como Weber a un sinnúmero de sociólogos, sino también sentaba las bases para el desarrollo de su propia teoría.

Tras la publicación de esta obra, el progreso académico de Parsons se aceleró. Le nombraron director del Departamento de Sociología de Harvard en 1944 y dos años más tarde formó y dirigió el nuevo Departamento de Relaciones Sociales, que englobaba no sólo a sociólogos sino también a una variedad de otros científicos sociales. En 1949, le eligieron presidente de la American Sociological Association. Durante los años cincuenta y principios de los sesenta publicó obras como *The Social System* [El sistema social] (1951) y se convirtió en la figura más destacada de la sociología estadounidense.

Sin embargo, a finales de los años sesenta la naciente ala radical de la sociología estadounidense comenzó a atacar a Parsons. Le calificaron políticamente de conservador. También su teoría fue considerada muy conservadora y poco más que un esquema sofisticado de categorización. Pero durante la década de 1980 resurgió el interés por la teoría parsoniana no sólo en los Estados Unidos, sino también en muchos otros países del mundo (Buxton, 1985; Sciulli y Gerstein, 1985). Holton y Turner (1986: 13) fueron los que más lejos llegaron al afirmar que «la obra de Parsons... representa una aportación a la sociología más poderosa que la de Marx, Weber, Durkheim y la de cualquiera de sus seguidores contemporáneos». Además, las ideas de Parsons influyen no sólo en los pensadores conservadores, sino también en los teóricos neomarxistas.

A su muerte varios de sus antiguos estudiantes, que hoy son sociólogos destacados, reflexionaron sobre su teoría, así como sobre el hombre que había detrás de ella. En sus meditaciones, estos sociólogos nos ofrecieron algunas ideas interesantes sobre Parsons y su obra. Las pocas descripciones de Parsons que aquí reproducimos no nos ayudan a hacernos una imagen coherente de su persona, pero nos ofrecen ciertas ideas sugerentes del hombre y su obra.

Rober Merton era estudiante suyo cuando Parsons empezó su carrera docente en Harvard. Merton, que se convertiría en un teórico destacado por sus propios méritos, especificó que los estudiantes no acudían a Harvard en aquellos años para estudiar con Parsons, sino con Pitirim Sorokin, el miembro más antiguo del departamento que llegaría a convertirse en su enemigo más acérrimo:

> De la primera promoción de estudiantes que acudieron a Harvard... ninguno de ellos iba a allí para estudiar con Talcott Parsons. No podían hacerlo por una razón obvia: en 1931 no era conocido como sociólogo.
>
> Si bien nosotros, los estudiantes, acudíamos para estudiar con el famoso Sorokin, algunos nos quedamos a trabajar con el desconocido Parsons.
>
> (Merton, 1980: 69)

Las reflexiones de Merton sobre el primer curso de teoría que impartió Parsons son harto interesantes también, especialmente porque el contenido del curso proporcionó la base para una de las obras teóricas más influyentes de la historia:

> Mucho antes de que Talcott Parsons se convirtiera en uno de los gigantes de la sociología, fue para algunos de nosotros nuestro pequeño gigante. Esto comenzó a suceder durante su primer curso de teoría... Le ayudó a desarrollar el núcleo de su obra maestra, *La estructura de la acción social*, que... no se publicaría hasta cinco años después de su divulgación oral.
>
> (Merton, 1980: 69-70)

Aunque no todos comparten la opinión positiva de Merton, todos reconocen lo siguiente:

> La muerte de Talcott Parsons marca el final de una era de la sociología. Con seguridad, la nueva era... se verá reforzada por la gran tradición de pensamiento sociológico que nos ha legado.
>
> (Merton, 1980: 71)

Los funcionalistas estructurales también señalan que la sociedad necesita tener un conjunto compartido y articulado de metas. Si las personas persiguieran muchas metas diferentes e inconexas, el caos haría imposible la existencia de la sociedad. Metas comunes como la felicidad conyugal, el éxito de los hijos y la competencia profesional confieren un alto grado de cohesión a la sociedad.

Otro requisito de la sociedad es un método que regule los medios para alcanzar estas metas: el sistema normativo. Sin la regulación normativa de los medios, la sociedad se ve amenazada por el caos, la anomía y la apatía. En caso de que el éxito ocupacional pudiera alcanzarse *por* cualquier medio, sobrevendría, de acuerdo con los funcionalistas estructurales, el desorden social.

Una sociedad debe regular asimismo la expresión afectiva, porque las emociones desenfrenadas constituyen otra fuente de caos. Ciertas emociones son claramente necesarias; por ejemplo, el amor y la lealtad familiar son necesarios para asegurar una población adecuada. Aunque es difícil definir con precisión la línea que divide los niveles de emoción que resultan necesarios y peligrosos, para los funcionalistas estructurales es evidente que un determinado nivel de emotividad puede llegar a ser peligroso para el sistema social.

Implícita en muchas de las cuestiones que acabamos de señalar encontramos la idea de que la sociedad necesita la socialización de sus nuevos miembros para sobrevivir. Las personas deben aprender muchas cosas, entre ellas su lugar en el sistema de estratificación, el sistema de valores comunes, las orientaciones cognitivas compartidas, las metas aceptadas, las normas que definen los medios apropiados para alcanzar esas metas y la regulación de los estados afectivos. Desde el punto de vista de los funcionalistas estructurales, si los actores no aprenden e internalizan estas cosas la sociedad es imposible.

Finalmente, la sociedad requiere el control efectivo de la conducta desintegradora. Idealmente, si el proceso de socialización logra que los actores internalicen los valores adecuados, se logrará que actúen según su propia voluntad.

Para los funcionalistas estructurales, la sociedad funciona mejor cuando no es precisa la intervención del control externo sobre los actores. Sin embargo, cuando el control externo se demuestra necesario, deben intervenir los diversos agentes de control social. Entre ellos figuran desde el gesto de levantar las cejas que hace un amigo hasta la porra del agente de policía o, en casos extremos, la bayoneta de un soldado.

## El funcionalismo estructural de Talcott Parsons

Talcott Parsons produjo a lo largo de su vida una enorme cantidad de trabajo teórico. Existen diferencias importantes entre sus obras temprana y madura. En este apartado vamos a estudiar su teoría estructural-funcional madura. (Para un análisis más completo del funcionalismo estructural de Parsons, véase Ritzer, 1992.) Comenzaremos el análisis del funcionalismo estructural de Parsons por los cuatro imperativos funcionales de todo sistema de «acción», su famoso esquema AGIL. Después regresaremos al estudio de las ideas de Parsons sobre las estructuras y los sistemas.

**AGIL.** Una *función* es «un complejo de actividades dirigidas hacia la satisfacción de una o varias necesidades del sistema» (Rocher, 1975: 40). Sobre la base de esta definición Parsons creía que había cuatro imperativos funcionales necesarios (característicos) de todo sistema: (A) adaptación, (G) capacidad para alcanzar metas*, (I) integración, y (L) latencia, o mantenimiento de patrones (AGIL). Para sobrevivir, un sistema debe realizar estas cuatro funciones:

1. *Adaptación*: todo sistema debe satisfacer las exigencias situacionales externas. Debe adaptarse a su entorno y adaptar el entorno a sus necesidades.
2. *Capacidad para alcanzar metas*: todo sistema debe definir y alcanzar sus metas primordiales.
3. *Integración*: todo sistema debe regular la interrelación entre sus partes constituyentes. Debe controlar también la relación entre los otros tres imperativos funcionales (A, G, L).
4. *Latencia (mantenimiento de patrones)*: todo sistema debe proporcionar, mantener y renovar la motivación de los individuos y las pautas culturales que crean y mantienen la motivación.

Parsons diseñó el esquema AGIL de manera que pudiera usarse en *todos* los niveles de su sistema teórico. Ilustraremos el modo en que Parsons utilizó el sistema AGIL mediante el análisis que haremos en breve de los cuatro sistemas de acción.

---

* *Goal attainment* en inglés. [N. de la T.]

L

| | |
|---|---|
| Sistema cultural | Sistema social |
| Organismo conductual | Sistema de la personalidad |

A G

**Figura 3.1.** Estructura del sistema general de la acción.

El *organismo biológico* es el sistema de acción que cumple la función de adaptación al ajustarse o transformar el mundo externo. El *sistema de la personalidad* realiza la función del logro de metas mediante la definición de los objetivos del sistema y la movilización de los recursos para alcanzarlos. El *sistema social* se ocupa de la función de la integración, al controlar sus partes constituyentes. Finalmente, el *sistema cultural* cumple la función de proporcionar a los actores las normas y los valores que les motivan para la acción. La Figura 3.1 esquematiza la estructura del sistema de acción en términos del esquema AGIL.

**El sistema de la acción.** Tenemos ya los elementos necesarios para comprender y analizar el conjunto del sistema de la acción de Parsons que, en muchos sentidos, es un sistema de los niveles del análisis social (véase el Apéndice). La Figura 3.2 muestra un esquema de los principales niveles del sistema de Parsons.

Es obvio que Parsons tenía una idea muy nítida de los distintos «niveles» del análisis social, así como de su interrelación. En su análisis el orden jerárquico aparece muy claro, y los niveles se integran en su sistema de dos maneras. Primera, cada uno de los sistemas inferiores proporciona las condiciones, la energía, que requieren los niveles superiores. Segunda, los niveles superiores controlan a los que hay debajo de ellos en la jerarquía.

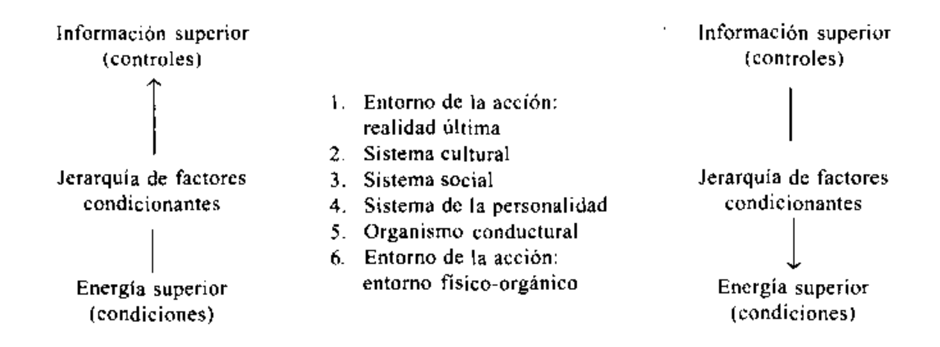



**Figura 3.2.** El esquema de la acción de Parsons.

En términos de los ambientes del sistema de la acción, el nivel inferior, el entorno orgánico y físico, implica los aspectos no simbólicos del cuerpo humano, su anatomía y fisiología. El nivel superior, la realidad última, tiene, como Jackson Toby sugiere, un «tono metafísico», aunque también afirma este autor que Parsons «no se refiere tanto a lo sobrenatural como a la tendencia universal de las sociedades a abordar simbólicamente la inseguridad, las preocupaciones y las tragedias de la existencia humana que desafían el sentido de la organización social» (1977: 3).

El núcleo de la obra de Parsons son sus cuatro sistemas de la acción. En los supuestos que Parsons hizo en su análisis de los sistemas de la acción, encontramos de nuevo el problema del orden, preocupación que sintió desde el origen de su carrera y que se convirtió en la mayor fuente de críticas de su obra (Schwanenberg, 1971). Para Parsons (1937), los filósofos anteriores no habían ofrecido una respuesta satisfactoria al problema hobbesiano del orden: qué es lo que evita una guerra social de todos contra todos. Parsons encontró una respuesta a este problema en el funcionalismo estructural, que trabaja con los siguientes supuestos:

1. Los sistemas tienen la característica del orden y de la interdependencia de las partes.
2. Los sistemas tienden hacia un orden que se mantiene por sí mismo, o equilibrio.
3. Los sistemas pueden ser estáticos o verse implicados en un proceso ordenado de cambio.
4. La naturaleza de una parte del sistema influye en la forma que pueden adoptar las otras partes.
5. Los sistemas mantienen fronteras con sus ambientes.
6. La distribución y la integración constituyen dos procesos fundamentales y necesarios para el estado de equilibrio de un sistema.
7. Los sistemas tienden hacia el automantenimiento, que implica el mantenimiento de fronteras y de las relaciones entre las partes y el todo, el control de las variaciones del entorno, y el control de las tendencias de cambio del sistema desde su interior.

Estos supuestos llevaron a Parsons a hacer del análisis de la estructura *ordenada* de la sociedad su principal preocupación. Al hacerlo, no se ocupó de la cuestión del cambio social hasta muy avanzada su carrera:

> Creemos que no es rentable describir los cambios que se producen en los sistemas de variables sin aislar y describir antes las variables; por tanto, hemos preferido comenzar estudiando combinaciones determinadas de variables para movernos hacia la descripción de los cambios que experimentan estas combinaciones una vez que ha sido sentada una sólida base para hacerlo.
>
> (Parsons y Shils, 1951: 6)

Parsons recibió críticas tan duras por su orientación estática que comenzó a dedicar cada vez más atención al cambio; de hecho, como veremos, procedió finalmente al análisis de la evolución de las sociedades. Sin embargo, en opinión de muchos observadores, su obra sobre el cambio social tendía a ser muy estática y estructurada.

Cuando piense en los cuatro sistemas de la acción, el lector debe tener en mente que no existen en el mundo real, sino que más bien constituyen herramientas analíticas para el análisis del mundo real.

**Sistema social.** La concepción de Parsons sobre el sistema social comienza en el micronivel de la interacción entre ego y alter ego, definida como la forma más elemental del sistema social. Dedicó poco tiempo al análisis de este nivel, si bien sostuvo que los rasgos de este sistema de interacción están presentes en las formas más complejas que adopta el sistema social. He aquí la definición de Parsons de *sistema social*:

> Un sistema social —reducido a los términos más simples— consiste, pues, en una pluralidad de actores individuales que interactúan entre sí en una situación que tiene, al menos, un aspecto físico o de medio ambiente, actores motivados por una tendencia a «obtener un óptimo de gratificación» y cuyas relaciones con sus situaciones —incluyendo a los demás actores— están mediadas y definidas por un sistema de símbolos culturalmente estructurados y compartidos.
>
> (Parsons, 1951: 5-6)

Esta definición del sistema social contiene muchos de los conceptos clave de la obra de Parsons: los actores, la interacción, el entorno, la maximización de la gratificación y la cultura.

A pesar de su compromiso con la concepción del sistema social como un sistema de interacción, Parsons no tomó la interacción como unidad fundamental en su estudio del sistema social. Utilizó el concepto más complejo de *estatus-rol* como unidad básica del sistema. Como ya hemos señalado, éste no constituye ni un aspecto de los actores ni un aspecto de la interacción, sino un componente *estructural* del sistema social. El *estatus* hace referencia a una posición estructural en el seno de un sistema social, y el *rol* a lo que hace el actor en esa posición; ambos son considerados en el contexto de su significado funcional para el sistema. No se considera al actor en función de sus pensamientos y acciones, sino sólo como un conjunto de estatus y roles (al menos en términos de su posición en el sistema social).

En su análisis del sistema social, Parsons se interesa primordialmente por sus componentes estructurales. Además de ocuparse del estatus-rol, Parsons (1966: 11) se interesó también por los grandes componentes de los sistemas sociales, tales como las colectividades, las normas y los valores. Sin embargo, en su estudio del sistema social Parsons adoptó una postura no sólo estructuralista, sino también funcionalista. Delineó una serie de prerrequisitos funciona-

les de todo sistema social. Primero, los sistemas sociales deben estar estructurados de manera que sean compatibles con otros sistemas. Segundo, para sobrevivir, el sistema social debe contar con el apoyo de otros sistemas. Tercero, debe satisfacer una proporción significativa de las necesidades de los actores. Cuarto, debe suscitar en sus miembros una participación suficiente. Quinto, debe ejercer al menos un cierto control sobre la conducta potencialmente desintegradora. Sexto, si surge un conflicto desintegrador, es necesario que lo controle. Finalmente, un sistema social requiere un lenguaje para sobrevivir.

En el análisis de los prerrequisitos funcionales del sistema social, se aprecia con claridad que Parsons se centró en los grandes sistemas y su interrelación (funcionalismo societal). Incluso cuando hablaba de los actores, lo hacía desde la perspectiva del sistema. Este análisis refleja también la preocupación de Parsons por el mantenimiento del orden en el sistema social.

Sin embargo, Parsons no ignoró totalmente la cuestión de la relación entre los actores y las estructuras sociales. De hecho, como hemos visto más arriba, creía que la integración de las pautas de valor y las disposiciones de necesidad constituía «el teorema dinámico fundamental de la sociología» (Parsons, 1951: 42). Dada su preocupación central por el sistema social, los procesos de internalización y socialización cobran una importancia crucial en esa integración. Es decir, a Parsons le interesaban los modos en que se transmitían las normas y los valores de un sistema a los actores de ese sistema. Estas normas y valores se internalizan en un proceso efectivo de socialización; es decir, por medio de este proceso llegan a convertirse en parte de las «conciencias» de los actores. Por lo tanto, cuando los actores persiguen sus intereses particulares, en realidad están sirviendo a los intereses generales del conjunto del sistema. Como Parsons señaló, «La combinación de las pautas de orientación de valor que se adquieren (en la socialización) *debe ser en una considerable proporción una función de la estructura fundamental de los roles y los valores predominantes del sistema social*» (1951: 227).

En general, Parsons presuponía que los actores solían ser receptores pasivos en el proceso de la socialización.[5] Los niños aprenden no sólo cómo actuar, sino también las normas y los valores, la moralidad, de la sociedad. La socialización se define como un proceso conservador en el que las disposiciones de necesidad (que están moldeadas en buena parte por la sociedad) ligan a los niños con el sistema social, el cual proporciona los medios por los que poder satisfacer las disposiciones de necesidad. Queda poco espacio, de haberlo, para la creatividad; la necesidad de gratificación liga a los niños con el sistema tal y como existe. Parsons concibe la socialización como una experiencia que dura toda la vida. Como las normas y los valores inculcados durante la infancia tienden a ser harto generales, no preparan a los niños para diversas situaciones

[5] Esta es una interpretación polémica de la obra de Parsons con la que muchos no están de acuerdo. François Bourricaud, por ejemplo, habla de «la dialéctica de la socialización» (1981: 108) en la obra de Parsons, y no de receptores pasivos de la socialización.

específicas en las que pueden encontrarse en su madurez. Así, la socialización debe complementarse con una serie de experiencias socializadoras más específicas. A pesar de esta necesidad en la madurez, las normas y los valores aprendidos en la infancia tienden a ser estables y, con un ligero refuerzo, tienden a permanecer durante toda la vida.

A pesar del conformismo al que induce la socialización a lo largo de toda la vida, existe una gran cantidad de variación individual en el sistema. La pregunta es: ¿por qué la conformidad no suele constituir una preocupación principal para todo sistema social, dado su carácter necesario para el orden? Por un lado, se puede hacer uso de una serie de mecanismos de control social para lograr la conformidad. Sin embargo, para nuestro autor, el control social constituye estrictamente una segunda línea de defensa. Un sistema funciona mejor cuando recurre con poca frecuencia al control social. Por otro lado, el sistema debe tolerar cierta variación, cierta desviación. Un sistema social flexible es más fuerte que uno rígido que no acepta la desviación. Finalmente, el sistema social debe proporcionar una amplia serie de oportunidades de rol que permita la expresión de las diferentes personalidades sin amenazar la integridad del sistema.

La socialización y el control social constituyen los principales mecanismos que permiten al sistema social mantener el equilibrio. Debe permitirse una pequeña cantidad de individualidad y desviación, pero sus formas más extremas requieren mecanismos reequilibradores. Así, el orden social es la base de la estructura del sistema social de Parsons:

> Sin una planificación deliberada por parte de nadie, en nuestro tipo de sistema social y, correspondientemente, en otros, se han desarrollado mecanismos que dentro de ciertos límites son capaces de prevenir e invertir las profundas tendencias a la desviación en la fase del círculo vicioso, que la sitúa más allá del control de las sanciones ordinarias de aprobación-desaprobación y recompensa-castigo.
>
> (Parsons, 1951: 319)

Parsons se centra otra vez en el sistema en su conjunto más que en el actor dentro del sistema: se ocupa de cómo controla el sistema al actor, no de cómo el actor crea y mantiene el sistema. La preocupación de Parsons por esta cuestión refleja su compromiso con la orientación estructural-funcional.

Aunque la idea del sistema social hace referencia a todo tipo de colectividades, un sistema social específico y particularmente importante es la *sociedad*, «una colectividad relativamente autosuficiente cuyos miembros pueden satisfacer todas sus necesidades individuales y colectivas y vivir enteramente dentro de su marco» (Rocher, 1975: 60). Como buen funcionalista estructural, Parsons distinguía entre cuatro estructuras o subsistemas de la sociedad a partir de las funciones (AGIL) que cumplen (véase Figura 3.3). La *economía* es el subsistema que cumple la función de la adaptación de la sociedad al entorno mediante el trabajo, la producción y la distribución. Así, la economía adapta el entorno a las necesidades de la sociedad, y ayuda a la sociedad a adaptarse a estas realidades

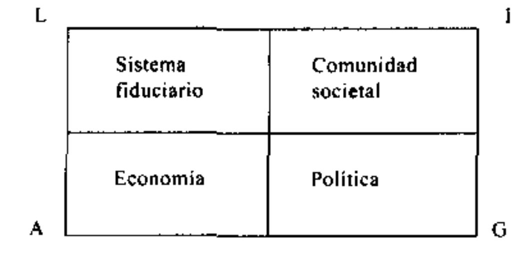



**Figura 3.3.** La sociedad, sus subsistemas y los imperativos funcionales.

externas. La *política* (o sistema político) realiza la función del logro de metas mediante la persecución de objetivos societales y la movilización de los actores y recursos para ese fin. El *sistema fiduciario* (por ejemplo, las escuelas, la familia) cumple la función de la latencia al ocuparse de la transmisión de la cultura (normas y valores) a los actores permitiendo que la internalicen. Finalmente, la función de la integración corresponde a la *comunidad societal* (por ejemplo, el derecho), que se ocupa de coordinar los diversos componentes de la sociedad (Parsons y Platt, 1973).

A pesar de que las estructuras del sistema social eran extremadamente importantes para Parsons, el sistema cultural era aún más importante. De hecho, como ya hemos visto, el sistema cultural se mantiene en la cúspide de su sistema de la acción, y Parsons (1966) se calificó a sí mismo de «determinista cultural».

**Sistema cultural.** Parsons concebía la cultura como la principal fuerza que ligaba los diversos elementos del mundo social o, dicho en sus propios términos, del sistema de la acción. La cultura media en la interacción entre los actores e integra la personalidad y los sistemas sociales. Tiene la peculiar capacidad de llegar ser, al menos en parte, un componente de otros sistemas diferentes. De este modo, en el sistema social, la cultura se encarna en normas y valores, y en el sistema de la personalidad es internalizada por el actor. Pero el sistema cultural no es simplemente una parte de los otros sistemas; también tiene una existencia separada, pues constituye el acervo social de conocimientos, símbolos e ideas. Estos aspectos del sistema cultural se encuentran en los sistemas social y de la personalidad, pero no se convierten en parte de ellos (Morse, 1961: 105; Parsons y Shils, 1951: 6).

Igual que con los otros sistemas, Parsons definió el sistema cultural en términos de su relación con el resto de los sistemas de la acción. Así, la *cultura* es un sistema pautado y ordenado de símbolos que son objeto de la orientación de los actores, componentes internalizados del sistema de la personalidad, y pautas institucionalizadas del sistema social (Parsons, 1960). Como es en gran medida simbólica y subjetiva, la cultura tiene la capacidad de transmitirse con facilidad y rapidez de un sistema a otro. Esto la permite moverse de un sistema social a otro mediante la difusión y de un sistema de personalidad a otro a través del aprendizaje y la socialización. Sin embargo, el carácter simbólico (subjetivo)

de la cultura le proporciona otro rasgo a los ojos de Parsons, la capacidad de controlar los otros sistemas de la acción. Esta es una de las razones que explican que Parsons se calificase a sí mismo de determinista cultural.

Pero dada la importancia del sistema cultural en la teoría parsoniana, podemos plantearnos si Parsons nos ofreció una teoría verdaderamente integradora. Como señalamos en el Apéndice, una teoría verdaderamente integradora proporciona una tosca equivalencia a todos los niveles principales del análisis. El determinismo cultural y, en realidad, todo determinismo, es altamente sospechoso desde la perspectiva de una sociología integrada. (Para una concepción más integradora de la obra de Parsons, véase Camic, 1990.) Veremos cómo se agrava este problema cuando analicemos su sistema de la personalidad y comprobemos la debilidad de su desarrollo en la obra de Parsons.

**Sistema de la personalidad.** El sistema de la personalidad está controlado no sólo por el sistema cultural, sino también por el social. Esto no significa que Parsons no asignara cierta independencia al sistema de la personalidad:

> Mi opinión es que, si bien el contenido de la estructura de la personalidad se deriva de los sistemas sociales y culturales a través de la socialización, la personalidad se convierte en un sistema independiente mediante las relaciones que mantiene con su propio organismo y debido a la particularidad de su propia experiencia vital; no es un mero epifenómeno.
>
> (Parsons, 1970a: 82)

Estas palabras nos dan la impresión de que Parsons protesta en exceso. Si el sistema de la personalidad no es un epifenómeno, ciertamente se reduce a ocupar un estatus dependiente en su sistema teórico.

La *personalidad* se define como el sistema organizado de la orientación y la motivación de la acción del actor individual. El componente básico de la personalidad es la disposición de necesidad,[1] un concepto que ya hemos analizado pero que requiere ahora una mayor explicación. Parsons y Shils definen las *disposiciones de necesidad* como las «unidades más relevantes de la motivación de la acción» (1951: 113). Distinguen las disposiciones de necesidad de los impulsos, que constituyen tendencias innatas, la «energía fisiológica que hace posible la acción» (Parsons y Shils, 1951: 111). En otras palabras, los impulsos se consideran parte del organismo biológico. Las disposiciones de necesidad se definen, pues, como «esas mismas tendencias que no son innatas, sino adquiridas a través del proceso mismo de la acción» (Parsons y Shils, 1951: 111). En suma, las disposiciones de necesidad son impulsos moldeados por la sociedad.

Las disposiciones de necesidad impulsan a los actores a aceptar o rechazar objetos presentes en el entorno, o a buscar nuevos objetos si los que están a su alcance no satisfacen suficientemente las disposiciones de necesidad. Parsons distingue entre tres tipos básicos de disposiciones de necesidad. El primero im-

pulsa al actor a buscar amor, aprobación, etc.., en sus relaciones sociales. El segundo incluye valores internalizados que conducen a los actores a observar diversos modelos culturales. Finalmente, están las expectativas de rol que llevan a los actores a dar y obtener respuestas adecuadas.

Esa es una imagen muy pasiva de los actores. Parecen regirse por los impulsos, ser dominados por la cultura o, lo que es más frecuente, dominados por una combinación de impulsos y cultura (es decir, por disposiciones de necesidad). Un sistema pasivo de personalidad constituye claramente un vínculo débil en una teoría integrada, y Parsons parecía ser consciente de ello. En varias ocasiones intentó conferir a la personalidad cierta creatividad. Por ejemplo, señaló: «No queremos decir con ello... que los valores de una persona sean por entero "cultura internalizada" o mera observancia de reglas y leyes. La persona introduce modificaciones creativas a medida que internaliza la cultura; pero ese aspecto novedoso no es un aspecto cultural» (Parsons y Shils, 1951: 72). A pesar de este tipo de reflexiones, la impresión dominante que se deriva de su obra es la pasividad de su sistema de la personalidad.

Centrarse exclusivamente en las disposiciones de necesidad plantea otro problema. Ignora otros muchos aspectos importantes de la personalidad, lo que empobrece su sistema. Alfred Baldwin, psicólogo, subraya esta cuestión:

> Parece apropiado señalar que Parsons ignora en su teoría una serie razonable de características u otros mecanismos de la personalidad, aparte de las disposiciones de necesidad, y se encuentra en dificultades al no caracterizar a la personalidad con otros rasgos y tipos diferentes de mecanismos que le permiten funcionar.
>
> (Baldwin, 1961: 186)

En su reflexión acerca del sistema de la personalidad de Parsons, Baldwin señala también que el interés primordial de Parsons en este análisis no era el sistema de la personalidad: «En los numerosos capítulos que Parsons dedica al análisis de la estructura de la personalidad, hay más páginas que tratan de los sistemas sociales que de la personalidad» (1961: 180). Esto se refleja en los diversos modos en los que Parsons vinculó la personalidad con el sistema social. Primero, los actores deben aprender a verse a sí mismos conforme al lugar que ocupan en la sociedad (Parsons y Shils, 1951: 147). Segundo, las expectativas de rol se corresponden con los roles que ocupan los actores individuales. Luego está el aprendizaje de la autodisciplina, la internalización de las orientaciones de valor, la identificación, etc. Todas estas fuerzas hacen referencia a la integración del sistema de la personalidad y el sistema social, que constituye la preocupación central de Parsons. Sin embargo, también acentuó la posibilidad de la integración deficiente, que supone un problema que el sistema debe superar.

Otro aspecto de la obra de Parsons refleja también la pasividad de su sistema de la personalidad: su interés por la internalización como el componente central del sistema de la personalidad derivado del proceso de socialización.

Parsons (1970a: 2) desarrolló esta preocupación a partir de la obra de Durkheim sobre la internalización, asi como de la de Freud, fundamentalmente la que se centra en el superego. Su hincapié en la internalización y el superego manifiesta de nuevo su concepción pasiva del sistema de la personalidad, que es externamente controlado.

Aunque en su obra temprana Parsons se había ocupado de los aspectos subjetivos de la personalidad, abandonó progresivamente esta perspectiva. Al hacerlo, limitó la perspectiva sobre el sistema de la personalidad que hubiera podido ofrecer. Parsons llegó a especificar con claridad que se alejaba de los significados internos que podían tener las acciones para las personas: «La organización de los datos observacionales en términos de la teoría de la acción es bastante plausible y fructífera en términos conductistas modificados, y tal formulación evita muchas de las difíciles cuestiones de la introspección o la empatía» (Parsons y Shils, 1951: 64).

**Organismo conductual.** Si bien incluyó el organismo conductual como uno de los cuatro sistemas de la acción, Parsons nos ofreció pocas ideas sobre él. Lo incluyó porque constituye la fuente de energía para el resto de los sistemas. Aunque está genéticamente constituido, su organización está influida por los procesos de condicionamiento y aprendizaje que se producen durante la vida del individuo.[6] El organismo biológico constituye claramente en la obra de Parsons un sistema residual, pero debemos alabar a Parsons por haberlo incluido como parte de su sociología aunque no fuera más que por anticiparse al interés actual por la sociobiología que demuestran algunos sociólogos.

### Cambio y dinamismo en la teoría parsoniana

***Teoría evolucionista.*** Herramientas conceptuales de la obra de Parsons tales como las pautas variables, los imperativos funcionales y los cuatro sistemas de la acción suscitaron la crítica de que había ofrecido una teoría estructural que no incluía el análisis del cambio social. Parsons era consciente de esta crítica, y afirmó que aunque era necesario estudiar el cambio, era preciso analizar primero la estructura. Pero en la década de 1960 ya no pudo hacer frente a las críticas y dio otro giro a su obra, centrándose esta vez en el estudio del cambio social [7], particularmente en el estudio de la evolución social (Parsons, 1977b: 50).

La orientación general de Parsons (1966) hacia el estudio del cambio social estaba moldeada por la biología. Para analizar este proceso, Parsons desarrolló lo que él denominó «un paradigma del cambio evolucionista».

---

[6] Debido a este elemento social, en su obra madura cambió el termino *organismo* por el de «sistema conductual».

[7] Para ser justos es necesario precisar que al principio de su carrera realizó algún trabajo sobre el cambio social, pero no llegó a ser su principal interés, y sus ideas acerca de esta cuestión son escasas hasta los años sesenta (véase Parsons, 1942, 1947; véase también Alexander, 1981; Baum y Lechner, 1981).

El primer componente de ese paradigma era el proceso de *diferenciación*. Parsons suponía que toda sociedad se componía de una serie de subsistemas, que diferían en términos de su *estructura* y su significado *funcional* para el resto de la sociedad. A medida que la sociedad evoluciona, se van diferenciando nuevos subsistemas. Sin embargo, esto no es suficiente, ya que deben ser más adaptativos que los primeros subsistemas. Esto condujo a Parsons al rasgo esencial de su paradigma evolucionista, la idea del *ascenso de adaptación*. Parsons describió este proceso:

> Para que la diferenciación dé un sistema equilibrado y más evolucionado, cada subestructura nuevamente diferenciada... debe tener una mayor capacidad de adaptación para realizar su función *primaria*, en comparación con el desempeño de *esa* función en la estructura previa y más difundida... Podemos decir que este proceso es el aspecto de *ascenso de adaptación* del ciclo de cambio evolutivo.
>
> (Parsons, 1966: 22)

Es este un modelo sumamente positivo del cambio social. Supone que a medida que evoluciona la sociedad, aumenta su capacidad de solucionar sus problemas. En cambio, en la teoría marxista el cambio social conduce a la destrucción final de la sociedad capitalista. Por esta y otras razones, Parsons ha sido considerado un teórico de la sociología muy conservador. Además, aunque analizó el cambio, tendió a centrarse en los aspectos positivos del cambio social en el mundo moderno, antes que en el lado oscuro de la modernidad.

Por lo demás, Parsons afirmó que el proceso de diferenciación producía una nueva serie de problemas de *integración* para la sociedad. A medida que un subsistema prolifera, la sociedad se topa con nuevos problemas relativos a la coordinación del funcionamiento de estas unidades.

Una sociedad que evoluciona debe avanzar desde un sistema adscriptivo hacia otro adquisitivo. Se requieren muchas técnicas y capacidades nuevas para manejar los subsistemas más difusos. Las capacidades generales de las personas deben liberarse de sus vínculos adscriptivos de manera que puedan ser utilizadas por la sociedad. En términos más generales, esto significa que los grupos anteriormente excluidos de la contribución al sistema deben ser incluidos como miembros plenos de la sociedad.

Finalmente, el sistema de *valores* de la sociedad en su conjunto debe cambiar a medida que las estructuras sociales y las funciones son más diferenciadas. Sin embargo, como el nuevo sistema es más diverso, el sistema de valores encuentra mayores dificultades para ajustarse a él. Así, una sociedad más diferenciada requiere un sistema de valores que «debe establecerse en un nivel más alto de generalidad, con el fin de justificar la variedad más amplia de metas y funciones de sus subunidades» (Parsons, 1966: 23). Sin embargo, suele ocurrir que este proceso de generalización de los valores no se produce de forma tan uniforme a medida que encuentra resistencia por parte de grupos comprometidos con sus propios sistemas de valores específicos.

La evolución atraviesa por una variedad de ciclos, pero no todas las sociedades experimentan un proceso general. Algunas sociedades evolucionan rápidamente, mientras otras «están tan cargadas de conflictos internos u otros obstáculos» que impiden el proceso de la evolución, e incluso llegan a «deteriorarse» (Parsons, 1966: 23). Las sociedades que más interesaban a Parsons eran esas sociedades en las que se producían «rupturas», puesto que pensaba que tras ellas el proceso de la evolución seguiría su modelo evolutivo general.

Si bien Parsons concebía la evolución como un proceso que atravesaba ciertas etapas, tuvo la precaución de rechazar explícitamente una teoria evolucionista unilineal. «No concebimos la evolución societaria ni como algo continuo ni como un proceso lineal simple, sino que efectuamos una distinción entre niveles amplios de avance, sin pasar por alto inadvertidamente la variabilidad considerable que se encuentra en cada uno de ellos» (1966: 26). Dejando claro que quería simplificar las cosas, Parsons distinguió tres etapas evolutivas generales: primitiva, intermedia y moderna. De modo característico, diferenció estas tres etapas a partir de su dimensión cultural. El desarrollo crucial en la transición de la primitiva a la intermedia era el desarrollo del lenguaje, fundamentalmente del lenguaje escrito. El desarrollo clave de la transición de la intermedia a la moderna eran los «códigos institucionalizados de orden normativo», o derecho (Parsons, 1966: 26).

Luego Parsons procedió al análisis de una serie de sociedades especificas en el contexto de la evolución de la sociedad primitiva a la moderna. Merece mención una cuestión particular aquí: Parsons se orientó hacia la teoría evolucionista, al menos en parte, porque había sido acusado de ser incapaz de analizar el cambio social. Sin embargo, su análisis de la evolución *no* es un análisis de procesos; antes bien, constituye un intento de «ordenar tipos estructurales y relacionarlos secuencialmente» (Parsons, 1966: 111). Lo que hizo fue, en realidad, un análisis *estructural* comparado, no un estudio de los procesos del cambio social. Así, aunque supuestamente analizaba el cambio, Parsons seguía comprometido con el estudio de las estructuras y de las funciones.

**Medios generalizados de intercambio.** Parsons introdujo cierto dinamismo, cierta fluidez (Alexander, 1983: 115), en su sistema teórico a través de su reflexión sobre los medios generalizados de intercambio dentro y entre los cuatro sistemas de la acción que han sido ya analizados (especialmente dentro del sistema social). El modelo de los medios generalizados de intercambio es el dinero, que opera como tal en la economía. Pero en lugar de centrarse en fenómenos materiales tales como el dinero, Parsons se interesó por los medios *simbólicos* de intercambio. Incluso en su análisis del dinero como un medio de intercambio dentro del sistema social, Parsons se centra en sus propiedades simbólicas más que en sus cualidades materiales. Además del dinero hay otros medios generalizados de intercambio más propiamente simbólicos: el poder político, la influencia, y los compromisos con los valores. Parsons especificó por qué se centró en los medios simbólicos del intercambio: «A mi entender, la

introducción de una teoría de los medios en el tipo de perspectiva estructural que tengo en mente refuta en buena medida las críticas frecuentes de que mi perspectiva estructural está tan inherentemente plagada de estatismo, que le es imposible hacer justicia a los problemas dinámicos» (1975: 98-99).

Los medios simbólicos de intercambio tienen la capacidad, como la tiene el dinero, de ser creados y de circular en el conjunto de la sociedad. Así, dentro del sistema social, los que pertenecen al sistema político son capaces de crear poder político. Y lo que es más importante aún, pueden gastar ese poder, permitiendo que circule libremente e influya en el sistema social. Mediante ese gasto de poder, los líderes refuerzan supuestamente el sistema político, así como la sociedad en su conjunto. En términos más generales, constituye un medio generalizado que circula entre los cuatro sistemas de la acción y dentro de la estructura de cada uno de estos sistemas. Es su existencia y movimiento lo que da dinamismo a los análisis fundamentalmente estructurales de Parsons.

Como Alexander señaló (1983: 115), los medios generalizados de intercambio proporcionan dinamismo a la teoría de Parsons en otro sentido. Permiten la existencia de «empresarios de medios» (por ejemplo, los políticos) que pueden no aceptar el sistema de intercambio tal y como existe. Es decir, pueden ser creativos y hábiles y alterar no sólo la cantidad de medios generalizados, sino el modo y la dirección en que circulan.

## El funcionalismo estructural de Robert Merton

Mientras Talcott Parsons es el teórico estructural funcional más notable, fue su discípulo Robert Merton quien desarrolló algunos de *los* enunciados más importantes del funcionalismo estructural en sociología (1949/1968). Merton criticó algunos de los aspectos extremos e indefendibles del funcionalismo estructural. Pero al mismo tiempo desarrolló una perspicacia conceptual que contribuyó a perpetuar la validez del funcionalismo estructural.

**Modelo estructural-funcional.** Merton criticó lo que consideraba que eran los tres postulados básicos del análisis funcional. El primero atañe a la unidad funcional de la sociedad. Este postulado sostiene que todas las creencias y prácticas culturales y sociales estandarizadas son funcionales para la sociedad en su conjunto, así como para los individuos que a ella pertenecen. Esta perspectiva implica que las diversas partes de un sistema social deben tener un grado alto de integración. Sin embargo, Merton mantenía que aunque este postulado se verificaba en las pequeñas sociedades primitivas, no ocurría así en el caso de sociedades más grandes y complejas.

El funcionalismo universal constituye el segundo postulado, que presupone que todas las formas y estructuras sociales y culturales estandarizadas cumplen funciones positivas. Merton señalaba que este postulado contradecía lo que ocurría en el mundo real. Era evidente que no toda estructura, costumbre, idea, creencia, etcétera, cumplía funciones positivas. Por ejemplo, el nacionalismo fanáti-

co podía ser altamente disfuncional en un mundo en el que proliferan las armas nucleares.

En tercer lugar figura el postulado de la indispensabilidad, que sostiene que todos los aspectos estandarizados de la sociedad no sólo cumplen funciones positivas, sino que representan también partes indispensables para el funcionamiento del todo. Este postulado conduce a la idea de que todas las funciones y estructuras son funcionalmente indispensables para la sociedad. Ninguna otra estructura o función podría funcionar mejor que la que de hecho se encuentra en cada sociedad. La crítica de Merton, de acuerdo con Parsons, era que al menos debíamos admitir que existían diversas alternativas funcionales y estructurales que podían adecuarse a la sociedad.

Merton afirmaba que todos estos postulados funcionales se fundamentaban sobre supuestos no empíricos basados en sistemas teóricos abstractos. Como mínimo, la responsabilidad del sociólogo es examinar empíricamente cada uno de esos supuestos. La creencia de Merton de que la verificación empírica, no los supuestos teóricos, era crucial para el análisis funcional, le condujo a desarrollar su «paradigma» del análisis funcional como guía para la integración de la teoría y la investigación.

Merton especificó claramente que el análisis estructural-funcional debía partir del estudio de los grupos, las organizaciones, las sociedades y las culturas. Afirmaba que todo objeto susceptible de análisis estructural-funcional debía «representar una cosa estandarizada (es decir, normada y reiterativa)» (Merton, 1949/1968: 104). Tenía en mente cuestiones tales como «roles sociales, normas institucionales, procesos sociales, normas culturales, emociones culturalmente normadas, normas sociales, organización grupal, estructura social, mecanismos de control social, etcétera» (Merton, 1949/1968: 104).

Los primeros funcionalistas estructurales solían centrarse casi exclusivamente en las *funciones* que cumplía una estructura o institución social para otra. Sin embargo, para Merton estos analistas solían confundir los motivos subjetivos de los individuos con las funciones de las estructuras o las instituciones. El funcionalista estructural debía centrarse en las funciones sociales más que en los motivos individuales. De acuerdo con Merton, las *funciones* se definían como «las consecuencias observadas que favorecen la adaptación o ajuste de un sistema dado» (1949/1968: 105). No obstante, hay un claro sesgo ideológico cuando uno se centra exclusivamente en la adaptación o el ajuste, porque invariablemente se trata de consecuencias positivas. Es importante señalar que un hecho social puede tener consecuencias negativas para otro hecho social. Para rectificar esta grave omisión del funcionalismo estructural temprano, Merton desarrolló la idea de *disfunción*. Del mismo modo que las estructuras o las instituciones podían contribuir al mantenimiento de las diferentes partes del sistema social, también podían tener consecuencias negativas para ellas. Por ejemplo, la esclavitud en el sur de los Estados Unidos tuvo claras consecuencias positivas para los habitantes blancos del sur tales como la disposición de una oferta de mano de obra barata, el soporte de la industria del algodón y el estatus social. Tam-

bién tuvo disfunciones, tales como la casi total dependencia de los habitantes del sur de la economía agraria y su falta de preparación para la industrialización. La persistente disparidad entre el norte y el sur de Estados Unidos en lo que atañe a la industrialización puede deberse, al menos en parte, a las disfunciones de la institución de la esclavitud en el sur.

Merton también enunció la idea de las *no funciones*, que definía como consecuencias irrelevantes para el sistema sometido a estudio. Entre ellas figuraban, por ejemplo, las formas sociales que constituían «supervivencias» de tiempos pasados. Si bien probablemente tuvieron consecuencias positivas o negativas en el pasado, en la sociedad contemporánea carecían de efecto significativo. Un ejemplo (aunque algunos pueden disentir) podría ser el Movimiento Cristiano de la Templanza de las Mujeres.

Para responder a la cuestión de si las funciones positivas sobrepasan a las disfunciones o viceversa, Merton desarrolló el concepto de *saldo neto*. Sin embargo, jamás podremos sumar las funciones positivas, por un lado, y las disfunciones, por otro, y determinar objetivamente cuáles superan a las otras, porque los asuntos sometidos a estudio son tan complejos y se basan en tantos criterios subjetivos, que resulta difícil hacer un cálculo y sopesar de manera objetiva. La validez del concepto de Merton reside en el modo en que orienta al sociólogo cuando estudia una cuestión de cierta importancia. Regresemos al ejemplo de la esclavitud. La pregunta es si la esclavitud fue más funcional o más disfuncional para el sur. Pero es una pregunta muy general que oscurece otra serie de cuestiones (por ejemplo, que la esclavitud fue funcional para grupos como los blancos poseedores de esclavos).

Para solventar este tipo de problemas Merton desarrolló la idea de que había varios *niveles de análisis funcional*. Por lo general, los funcionalistas se habían limitado al análisis de la sociedad en su conjunto, y Merton señaló con claridad que también era necesario estudiar las organizaciones, las instituciones o los grupos. Retomemos el ejemplo de las funciones de la esclavitud para el sur. Para estudiar la cuestión es preciso diferenciar varios niveles de análisis y plantearse las funciones y las disfunciones de la esclavitud para las familias negras, para las blancas, para las organizaciones políticas negras, las organizaciones políticas blancas, etcétera. En términos del saldo neto, la esclavitud fue probablemente más funcional para unas unidades sociales y más disfuncional para otras. Abordar la cuestión en estos niveles más específicos nos facilita el análisis de la funcionalidad de la esclavitud para el sur en su conjunto.

Merton también introdujo los conceptos de funciones *latentes* y funciones *manifiestas*. Estos dos términos constituyen una contribución relevante al análisis funcional.[8] En general, las *funciones manifiestas* son intencionadas, mien-

[8] Colin Campbell (1982) ha criticado la distinción de Merton entre funciones manifiestas y funciones latentes. Entre otras cosas, señala que Merton manifiesta cierta vaguedad en lo tocante a estos términos y que los usa de diferentes maneras (por ejemplo, como consecuencias queridas frente a reales, y como significados superficiales frente a realidades subyacentes). Y lo

tras las *funciones latentes* son no intencionadas. La función manifiesta de la esclavitud, por ejemplo, fue el aumento de la productividad económica del sur, pero cumplió también la función latente de producir una gran infraclase que hizo que se elevara el estatus social de los sureños blancos, tanto ricos como pobres. Esta idea guarda relación con otro concepto de Merton: las *consecuencias imprevistas*. Las acciones tienen consecuencias previstas y no previstas. Aunque todos somos conscientes de las consecuencias previstas, para identificar las consecuencias imprevistas se requiere del análisis sociológico; de hecho, algunos pensadores señalan que este es el verdadero objeto de la sociología. Peter Berger (1963) ha llamado a este estudio el «desenmascaramiento», o el descubrimiento de los efectos reales que surten las intenciones declaradas.

## ROBERT K. MERTON: Reseña autobiográfica



No me es difícil identificar a los profesores que más me enseñaron, tanto personalmente como en la distancia. En mis cursos de licenciatura fueron P. A. Sorokin, quien me orientó hacia el pensamiento social europeo y con el que jamás llegué a enemistarme —a diferencia de otros estudiantes de la época—, aunque no siguiera la dirección que tomaron sus investigaciones a finales de los años treinta; el entonces joven Talcott Parsons, que ya había comenzado a enunciar ideas que culminarían en su magistral obra *La estructura de la acción social*; el bioquímico y, en ocasiones, sociólogo, L. J. Henderson, quien me enseñó la investigación disciplinada de lo que en principio son sólo ideas interesantes; el historiador económico E. F. Gay, de quien aprendí cómo reconstruir un desarrollo económico a partir de archivos; y, quizás el más importante, el entonces decano de la historia de la ciencia, George Sarton, quien me permitió trabajar bajo su tutela durante varios años en su famoso (por no decir consagrado) seminario de la Biblioteca Widener de Harvard. Aparte de estos profesores con los que tuve una relación personal, fue mucho lo que aprendí de dos sociólogos, Emile Durkheim, sobre todo, y Georg Simmel, que nos legó obras magistrales, y de un humanista al que atraía la sociología, Gilbert Murray. En los últimos

que es más importante, cree que Merton (como Parsons) nunca integró adecuadamente la teoría de la acción y el funcionalismo estructural. El resultado es una incómoda combinación de la intencionalidad («manifiesta») de la teoría de la acción y las consecuencias estructurales («funciones») del funcionalismo estructural. Campbell cree que debido a estas y otras confusiones la distinción de Merton entre funciones manifiestas y funciones latentes apenas se usa en la sociología contemporánea.

años aprendí mucho de mi colega Paul F. Lazarsfeld, quien probablemente no se hizo idea de lo mucho que me enseñó durante nuestras innumerables conversaciones y colaboraciones a lo largo de más de treinta años.

Cuando miro hacia atrás y analizo el conjunto de mi obra, encuentro en ella más de una pauta que nunca imaginé que existiera. Casi desde el principio de mi carrera, tras aquellos años de la licenciatura, me propuse perseguir mis intereses intelectuales a medida que surgieran, en lugar de trazarme un plan para toda la vida. Prefería adoptar los modos de mi maestro en la distancia, Durkheim, antes que los de mi maestro personal, Sarton. Durkheim cambió sucesivas veces de tema durante su larga carrera de investigación. Empezó con el estudio de la división del trabajo social, examinó los métodos de investigación sociológica y luego se dedicó al estudio de cuestiones que aparentemente no guardaban relación con aquélla, como el suicidio, la religión, la educación moral y el socialismo; entretanto desarrolló una orientación teórica que, en su opinión, sólo la hubiera podido desarrollar considerando aquéllos aspectos tan diferentes de la vida social. Sarton procedió de un modo bastante diferente: en el inicio de su carrera se trazó un programa de investigación sobre la historia de la ciencia que culminaría en su grandiosa obra en cinco volúmenes *Introduction [sic] to the History of Science* (¡que abarca la historia de la ciencia hasta finales del siglo XIV!).

La primera de estas pautas me parecía más adecuada para mí. Mi deseo era (y aún lo es) desarrollar teorías sociológicas de la estructura social y el cambio cultural que nos ayuden a comprender cómo han llegado a ser como son las instituciones sociales y el carácter de la vida en la sociedad. Esta preocupación por la sociología teórica me llevó a evitar la actual (y, en mi opinión, en la mayoría de los casos conveniente) especialización que está a la orden del día en el ámbito de la sociología, así como en otras disciplinas evolucionadas. Para los propósitos que me tracé era esencial el estudio de una gran variedad de asuntos sociológicos.

Sólo me ha interesado de manera continua un campo especializado: la sociología de la ciencia. Durante los años treinta me dediqué de manera casi exclusiva a los contextos sociales de la ciencia y la tecnología, especialmente en la Inglaterra del siglo XVII, para estudiar las consecuencias imprevistas de la acción social intencional. Como mi interés por la teoría aumentaba, durante la década de 1940 me ocupé del estudio de las fuentes sociales de la conducta desviada e inconformista, del funcionamiento de la burocracia, de la persuasión de masas y la comunicación en la compleja sociedad moderna, y del rol de los intelectuales, tanto dentro de las burocracias como fuera de ellas. Durante los años cincuenta, me centré en el desarrollo de una teoría sociológica de las unidades básicas de la estructura social: el rol y el estatus y los modelos de rol que las personas eligen no sólo debido a la emulación, sino también como fuente de valores adoptada como una base para la autoestima (esta última aproximación la denominé la «teoría de los grupos de referencia»). También emprendí junto con George Reader y Patricia Kendall el primer gran estudio sociológico sobre la formación médica, con el propósito de descubrir cómo se forman, al margen por completo de cualquier plan explícito, los diferentes tipos de médicos en las mismas escuelas de medicina, cuestión esta ligada al carácter distintivo de las profesiones como un tipo de actividad ocupacional. Durante los años sesen-

ta y setenta, regresé al estudio intensivo de la estructura social de la ciencia y de su interacción con la estructura cognitiva; estas dos décadas han sido el periodo en el que la sociología de la ciencia terminó por madurar, siendo el pasado simplemente una suerte de prólogo. En todos estos estudios me oriente básicamente hacia las conexiones entre la teoría sociológica, los métodos de investigación y la investigación empírica sustantiva.

Agrupé estos intereses en décadas simplemente por conveniencia. Por supuesto, es evidente que no surgían y desaparecían de acuerdo con esas divisiones convencionales del calendario. Además no todos desaparecieron tras dedicarles un estudio intensivo. En la actualidad estoy trabajando en un volumen acerca de las consecuencias imprevistas de la acción social intencional, en la línea de un trabajo que publiqué por vez primera hace casi medio siglo y que desde entonces me ha ocupado intermitentemente. Otro volúmen que todavía no ha visto la luz, titulado *The Self-Fulfilling Prophecy*, sigue en media docena de esferas de la vida social esa pauta que puede identificarse en un trabajo que realicé hace nada menos que un tercio de siglo con el mismo título. Y si el tiempo, la paciencia y la capacidad me lo permiten, me resta hacer una recapitulación de mi trabajo sobre el análisis de la estructura social, con especial referencia a los estatus, roles y contextos estructurales, desde la perspectiva estructural, y las funciones manifiestas, latentes, a las disfunciones, las alternativas funcionales y los mecanismos sociales, desde la perspectiva funcional.

Como la muerte se acerca y mi trabajo progresa lenta y dolorosamente, no tiene demasiado sentido pensar en lo que haré después de terminar las tareas que ahora estoy realizando.



Merton especificó que las consecuencias no previstas y las funciones latentes no eran lo mismo. Una función latente es un tipo de consecuencia imprevista, que es funcional para un sistema determinado. Pero existen otros dos tipos de consecuencias imprevistas: «las que son disfuncionales para un sistema determinado, entre ellas las disfunciones latentes», y «las que son irrelevantes para el sistema, al cual no afectan ni funcional ni disfuncionalmente... las consecuencias no funcionales» (Merton, 1949/1968: 105).

En su esfuerzo por clarificar aún más la teoría funcional, Merton señaló que una estructura podía ser disfuncional para el sistema en su conjunto y, no obstante, seguir existiendo. Un buen ejemplo es el hecho de que la discriminación de los negros, las mujeres y otros grupos minoritarios, es disfuncional para la sociedad estadounidense, y que a pesar de ello sigue existiendo porque es funcional para una parte del sistema social; por ejemplo, la discriminación de las mujeres suele ser funcional para los hombres. Sin embargo, estas formas de discriminación cumplen también disfunciones incluso para el grupo para el que son funcionales. Los hombres padecen la discriminación a la que someten a las mujeres; asimismo, a los blancos les perjudica su propia conducta discriminatoria hacia los negros. Puede afirmarse que estas formas de discriminación perjudican

a los mismos que la ejercen porque su comportamiento discriminatorio perpetúa la improductividad de una enorme cantidad de personas y agudiza el conflicto social.

Merton manenía que no todas las estructuras son indispensables para el correcto funcionamiento del sistema social. Algunas partes de nuestro sistema social *pueden* ser eliminadas. Esta idea hace que la teoría funcional supere otro de sus sesgos conservadores. Al admitir que ciertas estructuras pueden eliminarse, el funcionalismo admite el cambio social intencional. Nuestra sociedad, por ejemplo, podría seguir existiendo (e incluso mejoraría) si se eliminara la discriminación que sufren diversos grupos minoritarios.

Las aportaciones de Merton son enormemente valiosas para los sociólogos (por ejemplo, Gans, 1972) que se proponen realizar un análisis estructural-funcional.

**Estructura social y anomía.** Antes de pasar al siguiente apartado debemos prestar cierta atención a una de las aportaciones más conocidas al funcionalismo estructural y, de hecho, a toda la sociología: el análisis de Merton (1968) de la relación entre cultura, estructura y anomía. Merton define la *cultura* como «el cuerpo organizado de *valores normativos* que gobiernan la conducta que es común a los individuos de determinada sociedad o grupo» y la *estructura social* como «el cuerpo organizado de *relaciones sociales* que mantienen entre sí diversamente los individuos de la sociedad o grupo» (1968: 216; cursivas añadidas). La anomía se produce «cuando hay una disyunción aguda entre las normas y los objetivos culturales y las capacidades socialmente estructuradas de los individuos del grupo para obrar de acuerdo con aquéllos» (1968: 216). Es decir, debido a la posición que ocupan en la estructura social de la sociedad, ciertas personas son incapaces de actuar de acuerdo con los valores normativos. La cultura exige cierto tipo de conducta que la estructura social impide que se produzca.

Por ejemplo, la cultura de la sociedad estadounidense da gran importancia al éxito material. Sin embargo, la posición de muchas personas en la estructura social les impide alcanzar ese éxito. Una persona que nace en el seno de la clase socioeconómica baja puede obtener, en el mejor de los casos, un diploma de formación secundaria, por lo que sus oportunidades de alcanzar el éxito económico de una manera comúnmente aceptada (por ejemplo, progresando en el mundo convencional del trabajo) son mínimas o inexistentes. En estas circunstancias (y son muy frecuentes en la sociedad estadounidense contemporánea) puede aparecer la anomía y darse una tendencia hacia la conducta desviada. En este contexto, la desviación suele adoptar la forma de un medio alternativo, no aceptado y en ocasiones ilegal para alcanzar el éxito económico. Así, convertirse en traficante de drogas o en prostituta para alcanzar el éxito económico constituye un ejemplo de la desviación generada por la disyunción entre los valores culturales y los medios socio-estructurales para alcanzar esos valores. Para el funcionalista estructural ésta es una de las explicaciones del delito y la desviación.

Así, Merton analiza mediante este ejemplo las estructuras sociales (y culturales), pero no se centra de manera exclusiva en las funciones de esas estructuras. Antes bien, de acuerdo con su paradigma funcional, su preocupación central son las disfunciones, en este caso la anomía. Como hemos visto, Merton vincula la anomía con la desviación de manera que las disyunciones entre cultura y estructura tienen la consecuencia disfuncional de conducir a la desviación dentro de la sociedad.

## Principales críticas

Ninguna teoría sociológica de la historia de la disciplina ha despertado tanto interés como el funcionalismo estructural. Desde finales de la década de 1930 hasta principios de la de 1960 fue virtual e indiscutiblemente la teoría sociológica dominante en los Estados Unidos. Sin embargo, durante los años sesenta comenzaron a aumentar de tal manera las críticas a esta teoría que llegaron a sobrepasar sus elogios. Mark Abrahamson describió esta situación vívidamente: «Así, dicho en términos metafóricos, el funcionalismo se pavoneó como un gigantesco elefante que se permitía ignorar la picadura de los mosquitos, incluso cuando el enjambre le estaba inflingiendo cuantiosas pérdidas» (1978: 37).

Pasemos a analizar algunas de las críticas más importantes que se han desarrollado. En primer lugar examinaremos las críticas *sustantivas* al funcionalismo estructural y luego estudiaremos los problemas *lógicos y metodológicos* asociados a la teoría.

**Críticas sustantivas.** Una de las principales críticas defiende que el funcionalismo estructural no es válido para tratar cuestiones históricas, que es intrínsecamente ahistórico. De hecho, el funcionalismo estructural se desarrolló, al menos en parte, como reacción al enfoque histórico evolucionista de ciertos antropólogos. Se pensaba que los primeros antropólogos describían simplemente los diversos estadios de la evolución de una determinada sociedad o de la sociedad en general. Las descripciones de los primeros estadios eran altamente especulativas y los últimos estadios solían ser poco más que idealizaciones de la sociedad en la que vivía el antropólogo. Los primeros funcionalistas estructurales se afanaron por superar el carácter especulativo y los sesgos etnocéntricos de los trabajos de aquéllos. Al principio, el funcionalismo estructural fue demasiado lejos en sus críticas a la teoría evolucionista, y comenzó a centrarse tanto en sociedades abstractas como contemporáneas. Sin embargo, el funcionalismo estructural no necesariamente ha de ser ahistórico (Turner y Maryanski, 1979). Aunque los que lo utilizan o lo han utilizado han tendido a trabajar con él como si lo fuera, nada en la teoría les impide analizar cuestiones históricas. De hecho, la obra de Parsons sobre el cambio social (1966, 1971), como ya hemos visto, refleja la capacidad de los funcionalistas estructurales para analizar el cambio si lo desean.

Los funcionalistas estructurales también fueron atacados por su incapaci-

dad para analizar con eficacia el *proceso* del cambio social (Abrahamson, 1978; P. Cohen, 1968; Mills, 1959; Turner y Maryanski, 1979). Mientras la crítica anterior atañe a la supuesta incapacidad del funcionalismo estructural para analizar el pasado, la que nos ocupa ahora hace referencia a su paralela incapacidad para estudiar el proceso contemporáneo de cambio social. El funcionalismo estructural es bastante más apropiado para el análisis de estructuras estáticas que para el de los procesos de cambio. Percy Cohen (1968) cree que el problema reside en la teoría estructural-funcional, en la que todos los elementos de una sociedad se refuerzan unos a otros y refuerzan también al sistema en su conjunto. Esto dificulta la comprensión del modo en que estos elementos pueden contribuir al cambio. Mientras Cohen cree que el problema está en la teoría, Turner y Maryanski piensan, de nuevo, que el problema reside en los que utilizan la teoría, no en la teoría misma.

Desde el punto de vista de Turner y Maryanski los funcionalistas estructurales no suelen abordar la cuestión del cambio, y cuando lo hacen es en términos del desarrollo más que de la revolución. Sin embargo, ambos piensan que no hay razón alguna que explique por qué los funcionalistas estructurales no pueden abordar la cuestión del cambio social. Independientemete de donde se encuentra el problema, si en la teoría o en los teóricos, el hecho es que las principales contribuciones de los funcionalistas estructurales se enmarcan en el estudio de estructuras sociales estáticas que no cambian.[9]

Quizás la crítica más conocida que se haya hecho al funcionalismo estructural sea que no puede ser utilizado para analizar de forma satisfactoria la cuestión del conflicto (Abrahamson, 1978; P. Cohen, 1968; Gouldner, 1970; Horowitz, 1962/1967; Mills, 1959; Turner y Maryanski, 1979).[10] Esta crítica adopta varias formas. Alvin Gouldner señala que Parsons, principal representante del funcionalismo estructural, tendió a dar demasiada importancia a las relaciones armoniosas. Irving Louis Horowitz mantiene que el funcionalismo estructural considera que el conflicto es invariablemente destructivo y que ocurre fuera del marco de la sociedad. Y en términos más generales, Abrahamson señala que el funcionalismo estructural exagera el consenso societal, la estabilidad y la integración, y no atiende al conflicto, el desorden y el cambio. La cuestión es, de nuevo, si el problema está en la teoría o en el modo en que los teóricos la han interpretado y utilizado (P. Cohen, 1968; Turner y Maryanski, 1979). Sea como fuere, es evidente que el funcionalismo estructural tiene poco que ofrecer para entender el análisis del cambio social.

La crítica general de que el funcionalismo estructural es incapaz de tratar la historia, el cambio y el conflicto ha llevado a muchos (por ejemplo P. Cohen, 1968; Gouldner, 1970) a afirmar que el funcionalismo estructural tiene un

---

[9] Sin embargo, algunos funcionalistas estructurales (C. Johnson, 1966; Smelser, 1959, 1962) han realizado trabajos relevantes sobre el cambio social.

[10] De nuevo, hay importantes excepciones: véase Coser (1956, 1967), Goode (1960) y Merton (1975).

sesgo consevador. Como Gouldner señaló vívidamente en su crítica al funcionalismo estructural de Parsons: «Parsons siempre vio un vaso parcialmente relleno de agua como un vaso medio *lleno* más que como un vaso medio *vacío*» (1970: 290). Aquél que ve un vaso medio lleno acentúa los aspectos positivos de una situación, mientras que el que lo ve medio vacío está considerando los aspectos negativos. Para decirlo en términos sociales, un funcionalista estructural conservador acentuaría las ventajas económicas de vivir en nuestra sociedad antes que sus inconvenientes.

En efecto, probablemente existe un sesgo conservador en el funcionalismo estructural que puede deberse no sólo a su ignorancia de ciertas cuestiones (el cambio, la historia, el conflicto), sino también a su elección de los temas de investigación. Por un lado, los funcionalistas estructurales han tendido a centrarse en la cultura, las normas y los valores (P. Cohen, 1968; Mills, 1959; Lockwood, 1956). David Lockwood (1956), por ejemplo, critica a Parsons por su gran preocupación por el orden normativo de la sociedad. En términos más generales, Percy Cohen (1968) afirma que los funcionalistas estructurales se centran en los elementos normativos, pero que esta preocupación no es inherente a la teoría. La concepción pasiva del actor individual es de crucial importancia en la aproximación del funcionalismo estructural a los factores societales y culturales, y contribuye a la explicación de la orientación conservadora de la teoría. Las personas son tratadas como seres constreñidos por fuerzas sociales y culturales. Los funcionalistas estructurales (por ejemplo, Parsons) carecen de una concepción dinámica y creativa del actor. Como Gouldner señaló en su crítica al funcionalismo estructural: «Los seres humanos utilizan los sistemas sociales del mismo modo que éstos los utilizan a ellos» (1970: 220).

La tendencia de los funcionalistas estructurales a confundir las legitimaciones empleadas por las élites de la sociedad con la realidad social está muy relacionada con su enfoque cultural (Gouldner, 1970; Horowitz, 1962/1967; Mills, 1959). El sistema normativo se interpreta como un reflejo de la sociedad en su conjunto cuando, de hecho, es más bien un sistema ideológico promulgado por los miembros de la élite de la sociedad, cuya existencia les favorece. Horowitz expresa esta idea bastante explícitamente: «La teoría del consenso... tiende a convertirse en una respresentación metafísica de la matriz ideológica dominante» (1962/1967: 270).

Estas críticas sustantivas se orientan en dos direcciones básicas. Primera, parece evidente que el funcionalismo estructural presenta una estrechez de miras que le impide ocuparse de una serie de cuestiones y aspectos importantes del mundo social. Segunda, su enfoque suele tener un sesgo conservador; hasta cierto punto, tal y como ha sido y sigue siendo utilizado, el funcionalismo estructural ha operado y opera a favor del *estatus quo* y de las élites dominantes (Huaco, 1986).

**Críticas lógicas y metodológicas.** Una de las críticas que se han formulado con mayor frecuencia (véase, por ejemplo, Abrahamson, 1978; Mills, 1979) es

que el funcionalismo estructural es básicamente vago, ambiguo y poco claro. Por ejemplo: ¿qué es exactamente una estructura? ¿Y una función? ¿Y un sistema social? ¿Qué relación hay entre las partes de un sistema social? ¿Y entre ellas y el conjunto del sistema social? Parte de la ambigüedad se debe al nivel de análisis que eligen los funcionalistas estructurales para trabajar. Analizan sistemas sociales abstractos en lugar de sociedades reales. En gran parte de la obra de Parsons no hay ningún análisis de una sociedad «real». El análisis de los prerrequisitos funcionales que llevaron a cabo Aberle y sus colegas (1950/1967) tampoco está vinculado a ninguna sociedad real, sino que se desarrolla en un nivel alto de abstracción.

Otra crítica relacionada con la anterior es que, si bien nunca ha existido un gran esquema con el que poder analizar todas las sociedades que ha habido a lo largo de la historia (Mills, 1959), los funcionalistas estructurales han creido que sí hay una teoría o al menos un conjunto de categorías conceptuales que sirven para ese fin. La convicción de que existe esta gran teoría subyace a una buena parte de la obra de Parsons, a los prerrequisitos funcionales de Aberle y sus colegas (1950/1967), y a la teoría de Davis-Moore de la estratificación (1945). Muchos críticos consideran esa gran teoría pura ilusión y aducen que lo máximo a lo que puede aspirar la sociología es a producir teorías históricamente específicas, teorías de «alcance medio» (Merton, 1968).

Entre otras críticas específicamente metodológicas se incluye también la cuestión de si existen métodos adecuados para el estudio de los temas que preocupan a los funcionalistas estructurales. Percy Cohen (1968), por ejemplo, se pregunta qué herramientas pueden utilizarse para estudiar la contribución de una parte de un sistema al sistema en su conjunto. Otra crítica metodológica es que el funcionalismo estructural dificulta el análisis comparado. Si se presupone que una parte del sistema tiene sentido sólo en el contexto del sistema social en el que existe ¿cómo es posible compararla con otra parte similar de otro sistema? Cohen plantea, por ejemplo, esta pregunta: si la familia inglesa sólo tiene sentido en el contexto de la sociedad inglesa, ¿cómo es posible su comparación con la familia francesa?

***Teleología y tautología.*** Percy Cohen (1968) y Turner y Maryanski (1979) consideran que la teleología y la tautologia constituyen los dos problemas lógicos más relevantes del funcionalismo estructural. Algunos tienden a considerar la teleología del funcionalismo como un problema intrinseco (Abrahamson, 1978; P. Cohen, 1968), pero el autor de este libro cree que Turner y Maryanski (1979) están en lo correcto cuando afirman que el problema del funcionalismo estructural no reside en la teleología *per se*, sino en el carácter *ilegítimo* de su teleología. En este contexto, la *teleología* se define como la creencia de que la sociedad (u otras estructuras sociales) tiene propósitos o metas. Para alcanzar esas metas la sociedad crea o provoca la creación de estructuras sociales e instituciones sociales específicas. Turner y Maryanski no creen que esta idea sea necesariamente ilegítima; de hecho, afirman que la teoría social *debe* tomar

en consideración la relación teleológica entre la sociedad y sus partes componentes.

Para Turner y Maryanski el problema reside en la extensión excesiva de la teleología. Una teleología ilegítima es aquella que implica «que las intenciones y los propósitos guían los asuntos humanos en casos en los que no sucede así» (Turner y Maryanski, 1979: 118). Por ejemplo, es ilegítmo presuponer que, puesto que la sociedad requiere la procreación y la socialización, crea la institución familiar. Una variedad de estructuras alternativas pueden satisfacer estas necesidades; la sociedad no «necesita» crear la familia. El funcionalista estructural define y describe los diversos modos en que las metas conducen, de hecho, hacia la creación de subestructuras específicas. Sería útil también poder mostrar por qué otras subestructuras no satisfacen las mismas necesidades. Una teleología legítima es capaz de definir y demostrar *empírica* y *teóricamente* los vinculos entre las metas de la sociedad y las diversas subestructuras que existen en ella. Turner y Maryanski admiten que el funcionalismo presenta teleologías ilegítimas: «Podemos concluir que las explicaciones funcionalistas suelen convertirse en teleologías ilegítimas —un hecho que presenta graves impedimentos a la utilización del funcionalismo para comprender las pautas de la organización humana» (1979: 124).

La otra gran crítica a la lógica del funcionalismo estructural es que es tautológico. Un argumento tautológico es aquél en el que la conclusión simplemente explicita lo que está implícito en la premisa, o constituye una mera reafirmación de la premisa. En el funcionalismo estructural, este razonamiento circular suele adoptar la siguiente forma: se define el todo en términos de las partes, y entonces se definen las partes en términos del todo. Así, puede afirmarse que un sistema social se define por la relación entre sus partes componentes, y que las partes componentes del sistema se definen por el lugar que ocupan en el conjunto del sistema social. Como cada uno de estos elementos se define en términos del otro, lo que ocurre en realidad es que ni el sistema social ni sus partes constituyentes quedan definidas. En verdad no aprendemos nada ni del sistema ni de sus partes. El funcionalismo estructural ha sido particularmente propenso a las tautologías, pero aún queda por resolver las cuestión de si esta propensión es intrínseca a la teoría o simplemente una característica del modo en que los funcionalistas estructurales utilizan, o malutilizan, la teoría.

## LA ALTERNATIVA DE LA TEORIA DEL CONFLICTO

Una de las premisas de este capítulo es que la teoría del conflicto puede ser considerada como un desarrollo que se produjo, al menos en parte, como reacción al funcionalismo estructural y como resultado de muchas de las críticas que acabamos de exponer. Sin embargo, es preciso señalar que la teoría del conflicto tiene otras raices, como la teoría marxista y el trabajo de Simmel acerca del conflicto social. Durante las décadas de los años cincuenta y sesenta

la teoría del conflicto proporcionó una alternativa al funcionalismo estructural, pero ha sido superada recientemente por diversas teorías neomarxistas (véase el Capítulo 4). En efecto, una de las principales aportaciones de la teoría del conflicto fue que sentó las bases para el desarrollo de teorías más fieles a la obra de Marx, teorías que llegaron a atraer una gran audiencia sociológica. El problema más importante de la teoría del conflicto es que nunca logró divorciarse plenamente de sus raíces estructurales-funcionales. Se desarrolló como una reacción al funcionalismo estructural más que como una teoría verdaderamente crítica de la sociedad.

## La obra de Ralf Dahrendorf

Al igual que los funcionalistas, los teóricos del conflicto se orientan hacia el estudio de las estructuras y las instituciones sociales. En lo fundamental, esta teoría es poco más que una serie de afirmaciones que se oponen radicalmente a las de los funcionalistas. El mejor ejemplo lo constituye la obra de Ralf Dahrendorf (1958, 1959); en ella se contraponen los principios de la teoría del conflicto con los de la escuela funcionalista. Para los funcionalistas la sociedad es estática o, en el mejor de los casos, se encuentra en equilibrio móvil. Para Dahrendorf y los teóricos del conflicto cualquier sociedad está sujeta a procesos de cambio en todo momento. Allí donde los funcionalistas subrayan el orden de la sociedad, los teóricos del conflicto ven la presencia del conflicto en cualquier parte del sistema social. Los funcionalistas (o al menos los primeros funcionalistas) afirman que todo elemento de la sociedad contribuye a su estabilidad; los exponentes de la teoría del conflicto identifican muchos elementos societales que contribuyen a la desintegración y al cambio.

Los funcionalistas tienden a creer que la sociedad se mantiene unida informalmente mediante normas, valores y una moralidad común. Los teóricos del conflicto creen que todo orden en la sociedad nace de la coerción ejercida por quienes ocupan las posiciones más altas. Mientras los funcionalistas se centran en la cohesión creada por los valores societales comunes, los teóricos del conflicto acentúan el papel que desempeña el poder en el mantenimiento del orden de la sociedad.

Dahrendorf (1959, 1968) es el principal exponente de la postura de que la sociedad tiene dos caras (el conflicto y el consenso) y que, por lo tanto, la teoría sociológica debe dividirse en dos vertientes, la teoría del conflicto y la teoría del consenso. La tarea de los teóricos del consenso es examinar la integración de los valores en la sociedad, y la de los teóricos del conflicto es estudiar los conflictos de intereses y la coerción que mantiene la unión de la sociedad frente a estas tensiones. Dahrendorf admitió que la sociedad no podía existir sin conflicto y consenso, que son prerrequisitos uno para el otro. En consecuencia, no puede darse el conflicto si no existe un consenso previo. Por ejemplo, es muy poco probable que las amas de casa francesas entren en conflicto con los ajedrecistas chilenos debido a que no hay contacto alguno entre ambos grupos y no

se ha producido una integración previa que sirva de base para el conflicto. A la inversa, el conflicto puede conducir al consenso y a la integración. Un ejemplo ilustrativo es la alianza entre los Estados Unidos y Japón que se produjo tras la Segunda Guerra Mundial.

A pesar de la interrelación entre los procesos de consenso y de conflicto, Dahrendorf no creía en la posibilidad de una teoría sociológica que abarcara ambos procesos: «Al menos puede concebirse que no es factible la unificación de ambas teorías: desde los inicios de la filosofía occidental los pensadores han estado siempre divididos» (1959: 164). Descartando la posibilidad de una única teoría, Dahrendorf se propuso construir una teoría del conflicto de la sociedad.[11]

Dahrendorf se inició en el funcionalismo estructural y estuvo poderosamente influido por esta teoría. Pronto se percató de que para el funcionalista el sistema social se mantenía unido mediante la cooperación voluntaria o el consenso general, o mediante ambas cosas. Sin embargo, para el teórico del conflicto (o de la coerción), la sociedad se mantiene unida mediante una «constricción forzada». Esto significa que ciertas posiciones de la sociedad tienen poder y autoridad sobre otras. Este hecho de la vida social condujo a Dahrendorf al desarrollo de su tesis central de que la distribución diferencial de autoridad «se convierte invariablemente en el factor determinante de los conflictos sociales sistemáticos» (1959: 165).

**Autoridad.** Dahrendorf se centró en las grandes estructuras sociales.[12] De crucial importancia para su tesis es la idea de que las diversas posiciones que existen en la sociedad tienen diferentes grados de autoridad. La autoridad no reside en los individuos, sino en las posiciones que ocupan. A Dahrendorf le interesaba no sólo la estructura de estas posiciones, sino también el conflicto entre ellas: «El origen *estructural* de estos conflictos debe buscarse en la asignación de roles sociales dotados de expectativas de dominación o sujeción» (1959: 165; cursivas añadidas). Para Dahrendorf la primera tarea en el análisis del conflicto era identificar los diversos roles de autoridad en el seno de la sociedad. Además de defender el estudio de grandes estructuras tales como los roles de autoridad, Dahrendorf se oponía a los que subrayaban el nivel individual. Por ejemplo, criticaba a los que se centraban en las características conductuales o psicológicas de los individuos que ocupaban aquellas posiciones. Su crítica fue tan dura que llegó a afirmar que los que adoptaban ese enfoque no eran sociólogos.

---

[11] Dahrendorf denominó al conflicto y la coerción la «cara desagradable de la sociedad» (1959: 164). Podemos preguntarnos si una persona que los considera «desagradables» puede desarrollar una teoría adecuada del conflicto y la coerción.

[12] En otros trabajos, Dahrendorf (1968) siguió centrándose en los hechos sociales (por ejemplo, en las posiciones y los roles), pero también manifestó una preocupación por los riesgos de la reificación endémica que es característica de este enfoque.

La autoridad vinculada a las posiciones constituye el elemento central del análisis de Dahrendorf. La autoridad siempre entraña dominación y subordinación. De los que ocupan posiciones de autoridad se espera un control sobre los subordinados; es decir, dominan en virtud de que eso es lo que esperan de ellos los que les rodean, no debido a sus propias características psicológicas. Estas expectativas, como la autoridad, están ligadas a las posiciones, no a las personas. La autoridad no es un fenómeno social generalizado; se puede identificar en la sociedad a los que están sometidos a control, así como a las esferas de control permisibles. Finalmente, como la autoridad es legítima, pueden imponerse sanciones a quienes se rebelan contra ella.

Para Dahrendorf la autoridad no es una constante. Y ello se debe al hecho de que la autoridad reside en las posiciones y no en las personas. Así, una persona que ocupa una posición de autoridad en un lugar no necesariamente ha de ocupar una posición de autoridad en otro lugar. De modo similar, una persona en una posición subordinada en un grupo puede ocupar una posición de mando en otro. Esta idea se deriva del argumento de Dahrendorf de que la sociedad se compone de varias unidades que él denomina *asociaciones imperativamente coordinadas*. Se trata de asociaciones de personas controladas por una jerarquía de posiciones de autoridad. Como en la sociedad hay muchas asociaciones de este tipo, un individuo puede ocupar simultáneamente una posición de autoridad en una y una posición subordinada en otra.

La autoridad dentro de cada asociación es dicotómica; de manera que pueden formarse dos, y sólo dos, grupos de conflicto dentro de cualquier asociación. Los que desempeñan posiciones de autoridad y los que ocupan posiciones subordinadas defienden intereses que son «contradictorios en esencia y dirección». He ahí otro término clave de la teoría del conflicto de Dahrendorf: los *intereses*. Los grupos que están arriba y los que están abajo se definen por sus intereses comunes. Dahrendorf siempre creyó que incluso estos intereses, que aparentemente son psicológicos, son fenómenos básicamente sociales:

> Para el análisis sociológico de las clases sociales y del conflicto social es preciso admitir determinadas orientaciones, *estructuralmente establecidas* en la conducta de los titulares de ciertas *posiciones*. Por analogía con las direcciones conscientes (subjetivas) de la conducta, parece adecuado emplear para estas orientaciones el término interés... El supuesto de que existen intereses «objetivos» asociados a las posiciones sociales carece de *implicaciones* o ramificaciones *psicológicas*; pertenece propiamente al nivel del análisis sociológico.
>
> (Dahrendorf, 1959: 175; cursivas añadidas)

Dentro de cada asociación, los que ostentan posiciones dominantes se afanan por mantener el *estatus quo*, mientras los que se encuentran en posiciones subordinadas persiguen el cambio. El conflicto de intereses dentro de cualquier asociación está latente en todo momento, lo que significa que la legitimidad de la autoridad es *siempre* precaria. Este conflicto de intereses no necesita ser

consciente para que se dé la acción de los dominadores o de los subordinados. Los intereses de dominadores y subordinados son objetivos en el sentido de que se reflejan en las expectativas (roles) ligadas a las posiciones. Los individuos no necesitan internalizar estas expectativas ni tener conciencia de ellas para actuar de manera coherente. Si ocupan posiciones dadas, entonces se comportan de la manera esperada. Los individuos se «ajustan» o «adaptan» a sus roles cuando contribuyen al conflicto entre dominadores y subordinados. Dahrendorf denominó estas expectativas inconscientes de rol *intereses latentes*. Los *intereses manifiestos* son intereses latentes que se convierten en conscientes. Dahrendorf creía que la principal tarea de la teoría del conflicto era el análisis de la relación entre interese latentes y manifiestos. No obstante, los actores no necesitaban ser conscientes de sus intereses para actuar de acuerdo con ellos.

Dahrendorf procedió después a distinguir tres tipos generales de grupos. El primero es el *cuasi-grupo*, o «agregados de titulares de posiciones que tienen los mismos intereses de rol» (Dahrendorf, 1959: 180). Estos constituyen campos de reclutamiento para el segundo tipo de grupo: el *grupo de interés*. Dahrendorf describe ambos grupos:

> Una manera común de comportarse sólo caracteriza a los grupos *organizados de interés*, reclutados de los cuasi grupos. Grupos de interés son grupos en el sentido más riguroso del concepto sociológico; y son los verdaderos agentes del conflicto de grupo. Tienen una estructura, una forma dada de organización, un programa u objetivo y un «personal» integrado por sus componentes.
>
> (Dahrendorf, 1959: 180)

De entre los muchos grupos de interés, se puede distinguir a *los grupos de conflicto*, aquellos que se ven involucrados en un conflicto grupal.

Dahrendorf creía que los conceptos de intereses latentes y manifiestos, de cuasi-grupos, grupos de interés y grupos de conflicto, eran fundamentales para explicar el conflicto social. En condiciones *ideales* no se requiere ninguna otra variable. Pero como las condiciones nunca son ideales, suelen intervenir otros muchos factores en el proceso. Dahrendorf mencionó condiciones técnicas, como un personal adecuado, condiciones políticas, como el clima político general, y condiciones sociales, como la existencia de vínculos de comunicación. El modo en que las personas eran reclutadas de los cuasi-grupos constituía para Dahrendorf otra condición social importante. Pensaba que si el reclutamiento era aleatorio y estaba determinado por el azar sería poco probable que emergiera un grupo de interés o un grupo de conflicto. A diferencia de Marx, Dahrendorf no creía que el *lumpenproletariat*[13] llegara a constituir un grupo de conflicto porque las personas llegaban a formar parte de él por azar. Sin embargo, cuando la

[13] Así es como Marx llamaba a la masa de personas que se encontraba en la parte inferior del sistema económico, que incluso estaba por debajo del proletariado.

selección de los miembros de los cuasi-grupos está estructuralmente determinada, estos grupos proporcionan campos de reclutamiento fértiles para los grupos de interés y, en algunos casos, para los grupos de conflicto.

El último aspecto de la teoría del conflicto de Dahrendorf es la relación entre el conflicto y el cambio. Dahrendorf reconoce la importancia del trabajo de Lewis Coser (véase más abajo), quien se centró en las funciones del conflicto para el mantenimiento del *estatus quo*. Dahrendorf creía, sin embargo, que esta función del conflicto es sólo una parte de la realidad social; el conflicto también conduce al cambio y al progreso.

En suma, Dahrendorf afirmaba que, una vez constituídos, los grupos de conflicto se involucran en acciones que provocan cambios en la estructura social. Cuando el conflicto es agudo, los cambios que se producen son radicales. Cuando va acompañado de violencia, el cambio estructural es súbito. Cualquiera que sea la naturaleza del conflicto, los sociólogos deben tener en cuenta la relación entre el conflicto y el cambio, así como la relación entre el conflicto y el *estatus quo*.

## Principales críticas

La teoría del conflicto ha sido criticada por muchas razones. Por ejemplo, ha sido atacada por ignorar el orden y la estabilidad, mientras el funcionalismo estructural lo ha sido por ignorar el conflicto y el cambio. También ha sido criticada por ser ideológicamente radical, mientras el funcionalismo estructural ha sido objeto de críticas por su ideología conservadora. La teoria del conflcito no es tan sofisticada como el funcionalismo, tal vez debido a que es más bien una teoría derivada.

La teoria del conflicto de Dahrendorf ha sido sometida a varios análisis críticos (por ejemplo, Hazelrigg, 1972; J. Turner, 1973; Weingart, 1969), entre los que se incluyen ciertas reflexiones criticas del propio Dahrendorf (1968). Primero, no está claro que el modelo de Dahrendorf sea, como el propio Dahrendorf proclamó, una reflexión sobre las ideas de Marx. De hecho, constituye una traducción inadecuada de la teoría marxista a la sociología (véase más abajo). Segundo, como ya hemos señalado, la teoría del conflicto tiene más elementos en común con el funcionalismo estructural que con la teoría marxista. El énfasis de Dahrendorf en cuestiones tales como los sistemas (*asociaciones imperativamente coordinadas*), las posiciones y los roles le vincula directamente con el funcionalismo estructural. Por ende, su teoría presenta las mismas deficiencias que el funcionalismo estructural. Por ejemplo, el conflicto parece surgir misteriosamente de sistemas legítimos (como en el funcionalismo estructural). Además, la teoría del conflicto presenta muchos de los problemas conceptuales y lógicos (por ejemplo, los conceptos vagos, las tautologías) que plantea el funcionalismo estructural. Finalmente, al igual que el funcionalismo estructural, se trata de una teoría cuasi macroscópica, y por ello tiene poco que ofrecer a la comprensión del pensamiento y la acción individual.

Tanto el funcionalismo como la teoría del conflicto de Dahrendorf son inadecuadas, porque cada una de ellas es exclusivamente útil para la explicación de una sola *parte* de la vida social. La sociología debe ser capaz de explicar tanto el orden como el conflicto, tanto la estructura como el cambio. Este hecho ha motivado varios esfuerzos por reconciliar ambas teorías. Aunque ninguno es plenamente satisfactorio, estos esfuezos sugieren que existe al menos cierto acuerdo entre los sociólogos acerca de la necesidad de una teoría que explique tanto el consenso como la disensión. Pero no todos los teóricos buscan el modo de reconciliar estas perspectivas opuestas. Dahrendorf, por ejemplo, las consideraba perspectivas alternativas para utilizarlas dependiendo del objeto de estudio. De acuerdo con Dahrendorf, si nos interesamos por el conflicto debemos usar la teoría del conflicto y si nuestro deseo es examinar el orden, debemos adoptar una perspectiva funcional. Esta postura parece insatisfactoria, porque existe una necesidad acuciante de disponer de una pespectiva teórica que nos permita analizar *simultáneamente* el conflicto y el orden.

Jonathan Turner (1975, 1982) se propuso reformular la teoría del conflicto. Turner identificó tres problemas principales en las teorias del conflicto similares a la de Dahrendorf. Primero, carecen de una clara definición del conflicto que delimite lo que en verdad es conflicto y lo que no lo es. Segundo, la teoría del conflicto presenta un alto grado de vaguedad porque no se especifica en ella el nivel de análisis en el que opera: «De un modo típico, no se especifica con precisión qué unidades están en conflicto: si los individuos, los grupos, las organizaciones, las clases, las naciones, las comunidades, etc...» (J. Turner, 1982: 178). Tercero, en la teoria del conflicto aparece implícitamente el funcionalismo estructural, lo que la aleja de sus raices marxistas.

Turner se centró en el «conflicto como un proceso de eventos que conduce a una interacción abierta de diversos grados de violencia entre, al menos, dos partes» (1982: 183). Desarrolló un proceso en nueve fases que conducían al conflicto abierto. Aunque a primera vista parece un modelo causal unilineal, Turner tuvo la precaución de especificar varios procesos de retroacción, o relaciones dialécticas, entre las fases. El proceso en nueve fases es como sigue:

1. El sistema social se compone de varias unidades interdependientes.
2. Existe una distribución desigual de los recursos escasos que son apreciados por estas unidades.
3. Las unidades que no reciben su parte proporcional de los recursos comienzan a cuestionarse la legitimidad del sistema. (Turner señaló que esta situación suele darse cuando las personas sienten que sus aspiraciones de ascender están bloqueadas, cuando existen canales insuficientes para remediar los agravios, y cuando las personas son privadas de recompensas en varios sectores).
4. Las personas no privilegiadas comienzan a percatarse de que les interesa alterar el sistema de distribución de recursos.
5. Los perjudicados comienzan a sublevarse emocionalmente.

6. Aparecen brotes periódicos de frustración, aunque suelen estar desorganizados.
7. Los implicados en el conflicto perciben su creciente intensidad y se sienten cada vez más implicados emocionalmente en él.
8. Se realizan cada vez mayores esfuerzos por organizar a los grupos no privilegiados implicados en el conflicto.
9. Finalmente estalla un conflicto abierto con diversos grados de violencia entre los privilegiados y los no privilegiados. El grado de violencia depende de cosas tales como la capacidad de las partes en conflicto para definir sus intereses reales y el grado en que el sistema dispone de mecanismos para manejar, regular y controlar el conflicto.

Turner hizo una valiosa aportación a la teoría del conflicto, especialmente al delinear algunas de las relaciones conflictivas entre los actores y las estructuras sociales. Sin embargo, el trabajo de Turner, como el de muchos otros teóricos del conflicto, sigue engastado en la tradición estructural-funcional. A resultas de lo cual, Turner no reflejó la gran cantidad de ideas valiosas acerca de la naturaleza del conflicto social que se pueden encontrar en las diversas ramas de la teoría neomarxista.

## Esfuerzos para reconciliar el funcionalismo estructural y la teoría del conflicto

Pierre van den Berghe (1963) realizó el esfuerzo más importante para reconciliar el funcionalismo estructural con la teoría del conflicto. Señaló una serie de puntos comunes a ambas teorías. Primero, ambas prespectivas son *holistas*; es decir, ven la sociedad como un conjunto de partes interrelacionadas y se ocupan de la interrelación entre las partes. Segundo, los teóricos se centran en las variables que son pertinentes para la teoría que defienden e ignoran las de la perspectiva opuesta. Deberían reconocer, sin embargo, que el conflicto puede contribuir a la integración y, a la inversa, que la integración puede causar conflicto. Tercero, van den Berghe señaló que las dos teorías compartían una idea evolucionista del cambio social: la idea de que la sociedad se mueve hacia adelante y hacia mejor. El teórico del conflicto suele considerar que la sociedad avanza irrevocablemente hacia una sociedad utópica. El funcionalista, como Parsons, considera que marcha hacia una mayor diferenciación que le permite controlar mejor su entorno. Finalmente, van den Berghe consideraba ambas perspectivas como teorías del equilibrio. La teoría funcional acentúa el equilibrio societal. En la teoría del conflicto, los procesos relacionales conducen inevitablemente a un nuevo estado de equilibrio en un tiempo futuro. La obra de van den Berghe identifica puntos comunes a las dos teorías, pero no las reconcilia; quedan aún numerosas y notables diferencias.

La obra de Lewis Coser (1956) y Joseph Himes (1966) se centra en las

funciones del conflicto social. Estos análisis básicamente funcionales del conflicto se orientan hacia la integración de la teoría del conflicto y de la teoría estructural-funcional. Si bien ambos autores se ocupan del efecto equilibrador del conflicto, lo que se requiere es una obra paralela que analice los efectos desequilibradores del orden. Ciertos tipos de orden, o un exceso del mismo, pueden provocar desequilibrio en el sistema social; por ejemplo, los gobernantes totalitarios, a pesar de su hincapié en el orden, pueden destruir la estabilidad de la sociedad. Sin embargo, como apenas se han realizado estudios acerca del modo en que el orden produce cambio, nos centraremos ahora en las funciones del conflicto social.

Fue Georg Simmel el primer autor que realizó un trabajo influyente acerca de las funciones del conflicto social, trabajo que fue ampliado por Coser, quien afirmaba que el conflicto podía servir para solidificar un grupo débilmente estructurado. En una sociedad que parece estar desintegrándose, el conflicto con otra sociedad puede restaurar la integración. La cohesión de los judíos israelíes puede atribuirse, al menos en parte, al sempiterno conflicto con las naciones árabes de Oriente Medio. El conflicto podría acabarse si se exacerbaran las tensiones dentro de la sociedad israelí. El conflicto como agente de cohesión de una sociedad es una idea que siempre han adoptado los propagandistas, quienes pueden inventarse enemigos o provocar enemistades contra un oponente inactivo.

El conflicto con un grupo puede crear cohesión al provocar una serie de alianzas con otros grupos. Por ejemplo, el conflicto con los árabes ha provocado una alianza entre los Estados Unidos e Israel. La disminución de la intensidad del conflicto árabe-israelí podría provocar el debilitamiento de los vínculos entre Israel y los Estados Unidos.

Dentro de una determinada sociedad el conflicto puede hacer que individuos por lo común aislados adopten un papel activo. Las protestas en contra de la guerra de Vietnam llevaron por primera vez a muchos jóvenes a adoptar un papel activo en la vida política estadounidense. Cuando terminó el conflicto, resurgió un temperamento más apático entre la juventud estadounidense.

El conflicto también cumple una función de comunicación. Antes de que se produzca el conflicto, los grupos pueden no identificar con seguridad la posición de su enemigo, pero a resultas del conflicto, quedan determinadas con precisión las posiciones y las fronteras entre los grupos. Por ende, los individuos son más capaces de decidir la línea de acción más apropiada ante sus adversarios. El conflicto también permite a las partes tener una idea más exacta de su fuerza relativa e incrementa la posibilidad de un acercamiento o una acomodación pacífica.

Desde una perspectiva teórica es posible reconciliar las teorías del conflicto y funcional atendiendo a las funciones del conflicto social. Pero debe admitirse que el conflicto también tiene disfunciones.

Himes (1966), al igual que Coser, se interesó por las funciones del conflicto, pero se centró específicamente en las funciones del conflicto racial. Himes

analizó lo que consideraba la acción grupal *racional* de los negros estadounidenses. Le preocupaba la conducta colectiva deliberada que estaba dirigida a alcanzar metas sociales predeterminadas. Esta conducta implica un ataque consciente contra los abusos sociales manifiestos. Algunos ejemplos son las enmiendas legales (para lograr el derecho al voto, oportunidades educativas y servicios públicos), la acción política (como el voto y la presión), y la acción de masas no violenta. El tipo de conflicto que interesaba a Himes era un proceso pacífico que se producía dentro del sistema; su análisis excluye actos violentos tales como motines y linchamientos.

Aunque Himes ignoró el conflicto colectivo violento, es factible también el análisis funcional de esta forma de conflicto. Los disturbios de finales de los años sesenta cumplieron claramente una función para los estadounidenses negros. Si bien es cierto que tuvieron disfunciones (para los blancos) demostraron fundamentalmente el poder de los negros y la debililidad de la estructura de poder de los blancos.

Himes creía que el conflicto racial cumplia funciones estructurales, funciones relativas a la comunicación, a la solidaridad y a la identidad. *Estructuralmente*, el conflicto puede alterar el saldo de poder entre los negros y la mayoría dominante de blancos, incrementar el poder de los negros de manera que los blancos se vean en la obligación de reunirse con ellos para discutir cuestiones importantes para ambos. El conflicto racial puede cumplir funciones relativas a la *comunicación*, tales como hacer que se preste más atención a las cuestiones raciales, aumentar la cobertura de cuestiones raciales en los medios de comunicación de masas, permitir que las personas carentes de información reciban noticias, y cambiar el contenido de la comunicación interracial. El conflicto racial puede también destruir definitivamente la vieja «etiqueta de relaciones raciales», al provocar un diálogo más abierto sobre cuestiones importantes. El conflicto racial puede incrementar la *solidaridad*, porque puede contribuir a la unificación de los negros y al establecimiento de relaciones interraciales. Incluso aunque esta relación se base sólo en el conflicto, en última instancia puede sentar las bases para el establecimiento de una relación más pacífica y duradera. Entre las funciones del conflicto racial relativas a la *identidad* destaca la intensificación de la autoconciencia de los negros y la clarificación de las fronteras grupales. Quizás la función de identidad más importante es el sentido que obtienen los participantes negros de su identidad como estadounidenses que luchan por el principio básico de la libertad.

Todas estas teorías del conflicto se esfuerzan por integrar, o al menos relacionar, el funcionalismo estructural y la teoría del conflicto. Prácticamente todos los esfuerzos que se han realizado se sitúan en el nivel societal macro. [14]

---

[14] En el Capítulo 12 analizaremos el esfuerzo de Randall Collins (1975, 1990) por relacionar cuestiones macro y micro bajo el encabezamiento «teoria del conflicto».

## Hacia una teoría del conflicto más marxista

Antes de pasar al capítulo siguiente, que trata sobre las teorías marxistas, ofreceremos las críticas de André Gunder Frank (1966/1974) a los esfuerzos de van den Berghe por reconciliar la teoria del conflicto y el funcionalismo estructural. De crucial importancia es la afirmación de Frank de que la teoría del conflicto es una teoría marxista inadecuada. Así, mientras van den Berghe tal vez logra reconciliar la teoría del conflicto con el funcionalismo estructural, Frank creía harto difícil la reconciliación de ambas teorías en el caso de que se tratara de una teoría del conflicto verdaderamente fiel al marxismo.

Frank refutó punto por punto el argumento de van den Berghe sobre la reconciliación de la teoría del conflicto y la teoría estructural-funcional. El primer punto que señaló Van den Berghe era que ambas teorías adoptaban un enfoque holista del mundo social. Frank reconoció que en este punto habia cierta correspondencia. Pero identificó también algunas diferencias cruciales. En primer lugar, Frank señalaba que los verdaderos marxistas tienden, efectivamente, a centrarse en el todo, pero los funcionalistas estructurales, a pesar de adoptar un enfoque aparentemente similar, dedicaban la mayoria del tiempo a las partes de los sistemas sociales. Frank estaba en lo correcto, pero se han desarrollado también algunas teorias neomarxistas que han tendido a centrarse en determinados componentes (por ejemplo, la economía, la cultura) del todo social. La segunda refutación de Frank del primer punto que señala van den Berghe es más significativa. Afirmó que los pensadores marxistas, dado su compromiso con el materialismo, se ocupan de sistemas sociales reales, mientras los funcionalistas estructurales (y algunos teóricos del conflicto) suelen centrarse en todos abstractos. El concepto de Parsons de sistema social es un excelente ejemplo para ilustrar este último punto.

Acerca de la cuestión del holismo, Frank afirmó también que los funcionalistas estructurales y los pensadores verdaderamente marxistas abordaban cuestiones muy diferentes cuando estudiaban las totalidades sociales. En primer lugar, aquéllos suelen dar por sentado el sistema social existente y no cuestionan su legitimidad. Los estudiosos marxistas, sin embargo, ponen en cuestión la sociedad existente (sea capitalista, socialista o comunista) y la someten a intenso escrutinio y crítica. También se orientan hacia el desarrollo de la sociedad futura, pero no deifican la contemporánea. Además, hay una diferencia notable entre los dos enfoques. Los verdaderos marxistas se centran en la totalidad social y consideran que su conocimiento resulta valioso para la comprensión de las diversas partes que la forman. Sin embargo, incluso cuando el funcionalismo estructural se centra en el todo social, su meta última es comprender las partes, en especial las instituciones sociales específicas.

Finalmente, como los funcionalistas estructurales operan sobre sistemas abstractos, pueden centrarse en la totalidad que desean. Pero en la medida en que los pensadores marxistas están comprometidos con el naturalismo, la totalidad que estudian está constreñida por el mundo social real. El mundo, y no un

sistema teórico abstracto, determina su objeto de estudio. Por lo demás, el dialéctico se orienta hacia el cambio del mundo social y no meramente hacia su estudio, como es el caso de los funcionalistas estructurales.

El segundo punto que señaló van den Berghe era que cada escuela ignora las variables que preocupan a la otra. Así, van den Berghe aconsejaba a los funcionalistas estructurales que consideraran las ideas del conflicto que ofrecían los teóricos del conflicto y, a la inversa, que los teóricos del conflicto tuvieran en consideración las nociones sobre el consenso de los funcionalistas estructurales. Frank hizo varias críticas a esta postura. En primer lugar, afirmaba que van den Berghe infravaloraba ambas perspectivas, porque tanto la teoría marxista como el funcionalismo estructural se han ocupado *del* consenso y *del* conflicto. En segundo lugar, Frank sostenía que cuando los funcionalistas estructurales intentaban incorporar las ideas marxistas a su teoría, las distorsionaban de tal modo que apenas eran reconocibles. En tercero, incluso cuando los funcionalistas estructurales se interesaban por el conflicto, se trataba simplemente de una preocupación limitada. Por ejemplo, podían estar dispuestos a analizar las funciones del conflicto social, pero no a estudiar cuestiones tales como la desintegración y la revolución social.

De acuerdo con Frank, el funcionalismo estructural tiene una capacidad limitada para integrar las cuestiones del conflicto y el consenso. Sin embargo, juzgaba posible lograr esa integración en la teoría marxista. La teoría marxista puede usarse para el estudio de muchos y diferentes tipos y grados de conflicto, incluyendo el conflicto desintegrador. Y lo que es más importante, dado su compromiso con la dialéctica, la teoría marxista es una teoría particularmente adecuada para la integración de la cohesión y el conflicto.

En el tercer punto van den Berghe aducía que las dos teorías compartían un interés por el cambio evolucionista, sin embargo Frank identificó tres diferencias importantes. Primera, los funcionalistas estructurales suelen analizar exclusivamente el cambio dentro del sistema, mientras los dialécticos suelen interesarse más por el cambio de la totalidad del sistema social y de su estructura social. Segunda, las dos escuelas tienen diferentes prioridades a la hora de estudiar el cambio. Para los funcionalistas estructurales la estructura es la fuente del cambio; para los dialécticos, el cambio es la fuente de la estructura. Finalmente, para el funcionalista el cambio es un proceso abstracto, mientras para el marxista se trata de un proceso dialéctico que ocurre en el seno de sociedades reales.

Finalmente, van den Berghe afirmaba que ambos enfoques eran básicamente teorías del equilibrio. Esto es claramente cierto en el caso del funcionalismo estructural, pero no describe adecuadamente la teoría marxista. El argumento de van den Berghe ignora en especial la concepción marxista del desequilibrio, de las negaciones, en el seno de la sociedad. Para el marxista, la sociedad contiene en su seno la semilla de su propia transformación y revolución. Probablemente los marxistas tienen un sentido del equilibrio, pero es más poderosa su imagen del desequilibrio y el cambio.

En suma, Frank afirmaba que van den Berghe no había sido fiel a la teoría

marxista al perfilar la teoría del conflicto e intentar reconciliarla con el funcionalismo estructural. Si bien la teoría del conflicto contiene elementos marxistas, no es legítima heredera de la teoría original de Marx. Dedicaremos el siguiente capítulo al estudio de las teorías que sí lo son.

## RESUMEN

No hace muchos años el funcionalismo estructural se erigió como *la* teoría sociológica dominante. La teoría del conflicto fue su principal reto y se convirtió en la alternativa más adecuada para desplazarla de su posición. Sin embargo, recientemente se han producido cambios drásticos. Ambas teorías fueron objeto de una dura crítica mientras se desarrollaban una serie de teorías alternativas (que analizaremos a lo largo de este libro) que han suscitado un mayor interés y han atraído más seguidores. El funcionalismo estructural y la teoría del conflicto aún constituyen teorías relevantes, pero deben ocupar su lugar junto a otras muchas teorías sociológicas importantes. Además, como todas las teorías tradicionales, han sido superadas por nuevos desarrollos teóricos que analizaremos en la tercera parte de este libro.

Aunque existen varias vertientes de funcionalismo estructural, en este capítulo nos hemos ocupado del funcionalismo societal y su enfoque macro, de su preocupación por las relaciones en el nivel societal y por los efectos constrictores de las estructuras e instituciones sociales sobre los actores. El funcionalismo estructural societal tiene sus raíces en la obra de Comte, Spencer y Durkheim y en su interés por el organicismo, las necesidades societales y, más específicamente, las estructuras y las funciones. Sobre la base de la obra de estos autores, los funcionalistas estructurales desarrollaron una serie de intereses macro por los sistemas sociales, los subsistemas, las relaciones entre los subsistemas y los sistemas, el equilibrio y el cambio ordenado.

Examinamos cuatro trabajos que se encuadran en el funcionalismo estructural (Davis y Moore, Aberle et al., Parsons, y Merton). Davis y Moore, en una de las obras más conocidas y criticadas de la historia de la sociología, examinaron la estratificación social en tanto que sistema social y las diversas funciones positivas que cumplía. En un ensayo más general Aberle y sus colegas plasmaron su interés por las diversas estructuras y funciones que creían que una sociedad debía tener y cumplir para sobrevivir. Entre otras funciones, una sociedad debía contar con una cantidad suficiente de población, medios para tratar con su entorno, métodos para regular la relación entre los sexos, diferenciación de roles y medios adecuados para asignar a las personas los diferentes roles, sistemas de comunicación, orientaciones cognitivas compartidas, metas comunes, métodos de regular los medios para alcanzar esas metas, métodos para regular la afectividad, una socialización adecuada y un control social efectivo.

También analizamos la teoría estructural-funcional de Talcott Parsons y sus ideas sobre los cuatro imperativos funcionales de todo sistema de la acción:

adaptación, alcance de metas, integración y latencia (AGIL). Estudiamos su enfoque estructural-funcional sobre los cuatro sistemas de la acción: el sistema social, el cultural, el de la personalidad y el organismo conductual. Finalmente examinamos su enfoque estructural-funcional sobre el dinamismo y el cambio social: su teoría evolucionista y sus ideas sobre los medios generalizados de intercambio.

El esfuerzo de Merton por desarrollar un «paradigma» para el análisis funcional constituye el trabajo más importante enmarcado en el funcionalismo estructural moderno. Merton comienza por criticar algunas de las posiciones más ingenuas del funcionalismo estructural, para luego desarrollar un modelo más adecuado de análisis estructural-funcional. Merton y sus predecesores coincidían en un punto: en la necesidad de centrarse en los fenómenos sociales macro. Pero además de ocuparse de las funciones positivas, afirmaba Merton, los funcionalistas estructurales debían estudiar las disfunciones e incluso las no funciones. Tras su aportación de estas nuevas nociones, Merton aconsejaba a los analistas que se interesaran por el saldo neto de las funciones y las disfunciones. Además, añadía, cuando llevamos a cabo el análisis estructural-funcional debemos movernos hacia análisis globales y especificar los *niveles* en los que trabajamos. Merton también aportó la idea de que los funcionalistas estructurales debían ocuparse no sólo de las funciones manifiestas (intencionadas) sino también de las latentes (no intencionadas). Este apartado termina con el estudio de la aplicación que hizo Merton de su paradigma funcional a la cuestión de la relación entre estructura social y cultura, y anomía y desviación.

Pasamos después a estudiar las numerosas críticas al funcionalismo estructural que lograron dañar su credibilidad y popularidad. Analizamos las críticas que sostienen que el funcionalismo estructural es ahistórico, que no es válido para el análisis del conflicto y el cambio, que es altamente conservador, que se centra en el constreñimiento societal sobre los actores, que acepta las legitimaciones de la élite, y que es teleológico y tautológico.

La segunda parte de este capítulo la dedicamos a la principal alternativa al funcionalismo estructural que surgió en los años cincuenta y sesenta: la teoría del conflicto. La obra más conocida en esta tradición es la de Ralf Dahrendorf, de quien se ha señalado que lo que en realidad hizo fue invertir el funcionalismo estructural, aunque su intención fuera enmarcar su teoría del conflicto en la tradición marxista. Dahrendorf miraba el cambio en lugar del equilibrio, el conflicto en lugar del orden, y le interesaba cómo contribuyen las partes de la sociedad al cambio en lugar de a la estabilidad; le interesaba más el conflicto y la coerción que el constreñimiento normativo. Dahrendorf ofreció una teoría macro del conflicto que se sitúa en pie de igualdad con la teoría macro del orden de los funcionalistas estructurales. Su enfoque sobre la autoridad, las posiciones, las asociaciones imperativamente coordinadas, los intereses, los cuasi-grupos, los grupos de interés y los grupos de conflicto reflejan esta orientación. La teoría de Dahrendorf plantea los mismos problemas que el funcionalismo estructural. Van den Berghe analizó varios puntos generales que ambas teorías tenían en común, y

Coser y Himes analizaron las funciones del conflicto social. Aunque todos estos esfuerzos ofrecieron nuevas ideas, presentan graves debilidades, especialmente la tendencia a concentrarse casi exclusivamente en los macrofenómenos.

Terminamos el capítulo con la crítica de Frank a los esfuerzos de van den Berghe por integrar la teoría del conflicto y la teoría estructural-funcional. La crítica más importante de Frank es que la teoría del conflicto es una reflexión inadecuada sobre las ideas de la teoría marxista. Con esa crítica en mente, pasamos al Capítulo 4 donde analizaremos varios de los esfuerzos por desarrollar una teoría sociológica marxista más adecuada.

CAPITULO **4**

# VARIEDADES DE TEORIA SOCIOLOGICA NEOMARXISTA

En el Capítulo 3 hemos analizado el surgimiento de la teoria del conflicto como una reacción a algunos de los problemas del funcionalismo estructural. En ese capítulo hemos subrayado que aunque la teoría del conflicto se esforzó por encuadrarse en la tradición marxista, era, en realidad, una versión pobre de la teoria marxista. En este capítulo analizaremos varias teorías sociológicas que constituyen reflexiones más satisfactorias sobre las ideas de Marx. Como podremos apreciar, la influencia de Marx no ha sido uniforme en absoluto. Debido a que la teoria de Marx es enciclopédica, muchos y muy diversos teóricos proclaman que trabajan bajo las directrices de su obra original. De hecho, aunque cada uno de ellos se proclama heredero legítimo de la teoría de Marx, se aprecian muchas diferencias irreconciliables entre sus teorías.

Hemos tenido la cautela de centrarnos en los elementos sociológicos de las teorías marxistas que vamos a analizar. Parafraseando un comentario de Henri Lefebvre (1968) acerca de la teoría de Marx , hay teoría sociológica en el neomarxismo, pero no todo el neomarxismo es teoría sociológica.

Nuestro objetivo es estudiar la amplia variedad de trabajos que se han realizado en la teoría sociológica neomarxista. En primer lugar, proporcionamos una breve exposición acerca de los deterministas económicos. Su obra no está directamente relacionada con la sociología, pero representa la postura contra la que reaccionaron muchos sociólogos neomarxistas al desarrollar sus propias orientaciones. En segundo lugar, analizamos algunos de los primeros marxistas hegelianos, en particular Georg Lukács y Antonio Gramsci. Su importancia reside en el esfuerzo por integrar ciertas orientaciones subjetivas con el tradicional interés de los marxistas por las estructuras materiales y objetivas. En tercer lugar nos ocupamos de la Escuela de Frankfurt, o Escuela Crítica, que convirtió estas primeras críticas hegelianas en una revisión completa de la teoría marxista. En este punto haremos un comentario sobre los que intentaron extender los intereses marxistas tradicionales a los fenómenos del nivel individual. Dedicamos especial atención a las ideas de un teórico crítico contemporáneo, Jurgen Habermas. En cuarto lugar analizamos el marxismo estructural, que constituye una reacción contra los revisionistas hegelianos y un regreso a lo que para estos teóricos es la preocupación «real» de Marx por las estructuras inconscientes. En quinto lugar examinamos algunos trabajos relevantes para la sociología que se enmarcan en el campo de la economía institucional neomarxista. Y en sexto lugar nos ocupamos brevemente del trabajo que se ha realizado en el marxismo de orientación histórica (por ejemplo, Wallerstein, 1974, 1980, 1989).

Además de las teorías neomarxistas que analizamos en este capitulo, en el Capítulo 13 estudiaremos algunas teorias «posmarxistas». Entre ellas se cuentan el marxismo analítico, el marxismo posmoderno y las ideas de Samuel Bowles y Herbert Gintis (1987) sobre la democracia y el capitalismo. Se ha dicho que estas teorías posmarxistas han traspasado los límites de la teoría marxista, y algunos observadores han llegado a afirmar que ya no es posible encuadrarlas en la teoría marxista.

## DETERMINISMO ECONOMICO

Marx parece un determinista económico en numerosos lugares de su obra; es decir, tenemos la impresión de que otorga una importancia superlativa al sistema económico y de que cree que éste determina todos los demás sectores de la sociedad: la política, la religión, los sistemas de ideas, etcétera. Si bien es cierto que Marx daba mucha importancia al sector económico, al menos en la sociedad capitalista, como pensador dialéctico no podía adoptar una postura determinista porque la dialéctica se caracteriza por la noción de que existe un proceso retroactivo continuo y una interacción mutua entre los distintos sectores de la sociedad. La política, la religión, etc., no podían quedar reducidos a epifenómenos determinados por la economía porque influyen sobre la economía del mismo modo que son influidos por ésta. A pesar de la naturaleza de la dialéctica, hay todavía quien interpreta a Marx como un determinista económico. Aunque algunos aspectos de la obra de Marx llevarían a esa conclusión, adoptar esta postura implica ignorar el impulso dialéctico que empuja su teoría.

Agger (1978) afirmó que el determinismo económico alcanzó su apogeo como interpretación de la teoría marxista durante el periodo de la Segunda Internacional Comunista, entre 1889 y 1914. Este periodo histórico se contempla con frecuencia como el punto culminante del capitalismo mercantil inicial, y sus expansiones y recesiones dieron lugar a numerosas predicciones acerca de su caída inminente. Los marxistas que comulgaban con el determinismo económico veían la caída del capitalismo como algo inevitable. En su opinión, el marxismo era capaz de producir una teoría científica de su desmoronamiento (así como de otros aspectos de la sociedad capitalista) con la fiabilidad predictora de las ciencias naturales y físicas. La tarea del analista era simplemente examinar las estructuras del capitalismo, en especial las estructuras económicas. Dentro de estas estructuras se producían una serie de procesos que acabarían inevitablemente con el capitalismo, y la tarea del determinista económico era descubrir cómo funcionaban estos procesos.

Friedrich Engels, colaborador y benefactor de Marx, fue el precursor de esta interpretación de la teoría marxista, como también lo fueron otros pensadores como Karl Kautsky y Eduard Bernstein. Kautsky, por ejemplo, señaló que el declive del capitalismo era

> inevitable en el sentido de que los inventores perfeccionan sus técnicas y de que los capitalistas, en su ansia de provecho, revolucionan la vida económica, como también es inevitable que los trabajadores quieran acortar la jornada laboral y elevar los salarios, se organicen y luchen contra la clase capitalista y su estado, y persigan la conquista del poder político y la derrota del gobierno capitalista. El socialismo es inevitable porque la lucha de clases y la victoria del proletariado es inevitable.
>
> (Kautsky, citado en Agger, 1978: 94)

Estas palabras nos sugieren la idea que las estructuras del capitalismo impulsan a los actores a realizar una serie de acciones.

Son esta suerte de ideas e imágenes las que provocaron las más duras críticas al determinismo económico científico: éste no era fiel a la dialéctica de la teoría de Marx. Específicamente, la teoría destruía la dialéctica porque consideraba irrelevante el pensamiento y la acción individuales. Las estructuras económicas del capitalismo que determinaban el pensamiento y la acción individuales constituían el elemento de mayor importancia. Esta interpretación también llevaba al quietismo político y, por tanto, no se correspondía con el pensamiento de Marx. ¿Por qué era necesaria la acción de los individuos si el sistema capitalista terminaría desmoronándose por mor de sus propias contradicciones estructurales? Es claro que, dado el deseo de Marx de integrar teoría y práctica, una perspectiva que ignora la acción e incluso la reduce a la insignificancia no se encuadra en la tradición de su pensamiento.

## MARXISMO HEGELIANO

A resultas de las críticas que acabamos de analizar, el determinismo económico comenzó a perder importancia, y una serie de teóricos desarrollaron otras variedades de teoría marxista. Un grupo de marxistas regresó a las raices hegelianas de la teoría de Marx en busca de una orientación subjetiva para complementar el énfasis que los primeros marxistas pusieron en el nivel material y objetivo. Los primeros marxistas hegelianos intentaron restaurar la dialéctica entre los aspectos subjetivos y objetivos de la vida social. Su interés por los factores subjetivos sentó las bases para el desarrollo posterior de la teoría crítica, que terminó por centrarse casi exclusivamente en los factores subjetivos. Varios pensadores pueden tomarse como ejemplo del marxismo hegeliano (por ejemplo, Karl Korsch), pero nos centraremos en el trabajo de uno que se destacó especialmente, Georg Lukács, sobre todo por su obra *History and Class Consciousness* [Historia y conciencia de clase] (1922/1968). También estudiaremos someramente las ideas de Antonio Gramsci.

### Georg Lukács

Los estudiosos marxistas de principios del siglo XX limitaron su atención a las últimas obras de Marx, que eran trabajos principalmente económicos tales como *El capital* (1867/1967). Los pensadores marxistas virtualmente desconocían su obra temprana, especialmente *Los manuscritos de economía y filosofía de 1844* (1932/1964), más influida por el subjetivismo hegeliano. El redescubrimiento de *Los manuscritos* y su publicación en 1932 supuso un auténtico hito. Sin embargo, hacia 1920 Lukács había escrito ya su obra principal, que acentuaba el aspecto subjetivo de la teoría marxista. Como Martin Jay señaló, «*Historia y conciencia de clase* anticipó en varios sentidos las implicaciones filosóficas de *Los manuscritos de 1844* de Marx, y se publicó casi una década antes» (1984: 102).

La principal aportación de Lukács a la teoría marxista es su trabajo sobre dos ideas principales: la reificación y la conciencia de clase. Lukács especificó desde el principio que no rechazaba totalmente el trabajo de los marxistas económicos acerca de la reificación y que su interés era simplemente ampliar y extender las ideas de éstos. Lukács partió del concepto marxista de mercancías, que para él era «el problema estructural central de la sociedad capitalista» (1922/1968: 83). Una *mercancía* es, en lo fundamental, una relación entre las personas que, a sus ojos, adopta la naturaleza de una cosa y desarrolla una forma objetiva. En la sociedad capitalista las personas, en su interacción con la naturaleza, producen varios productos o mercancías (por ejemplo, pan, automóviles, películas). Sin embargo, suelen olvidar el hecho de que son ellas las que producen estas mercancías y les dan su valor y llegan a creer que el valor de estas mercancías es producido por un mercado considerado independiente de los actores. El *fetichismo de la mercancía* es el proceso por el que los actores otorgan a las mercancías y al mercado creado para ellas una existencia objetiva e independiente en la sociedad capitalista. El concepto de Marx de fetichismo de la mercancía constituye la base del concepto de Lukács de reificación.

La diferencia crucial entre el fetichismo de las mercancías y la reificación se encuentra en el alcance de esos dos conceptos. Mientras el primero se circunscribe a la institución económica, Lukács aplica el segundo a toda la sociedad: al estado, al derecho *y* al sector económico. La misma dinámica puede aplicarse a todos los sectores de la sociedad capitalista: las personas llegan a creer que las estructuras sociales tienen vida propia, a resultas de lo cual éstas llegan a adquirir un carácter objetivo. Lukács describió este proceso así:

> El hombre en la sociedad capitalista se enfrenta a una realidad «construida» por él mismo (como clase) que para él es un fenómeno natural ajeno a sí mismo; el hombre está totalmente a merced de sus «leyes»; su actividad se limita a la explotación del cumplimiento inexorable de determinadas leyes individuales en su propio interés (egoísta). Pero incluso aunque «actúe», sigue siendo, dada la naturaleza del caso, el objeto y no el sujeto de los eventos.
>
> (Lukács, 1922/1968: 135)

En su trabajo sobre la reificación Lukács integró ideas de Weber y Simmel. Sin embargo, como la reificación se enmarcaba en la teoría marxista, se trataba de un problema del capitalismo y no era, como creían Weber y Simmel, el destino inevitable de la humanidad.

La segunda aportación de Lukács es su trabajo sobre la *conciencia de clase*, que hace referencia al sistema de creencias compartidas por los que ocupan la misma posición de clase en la sociedad. Lukács especificó que la conciencia de clase no era ni la suma ni el promedio de las conciencias individuales; antes bien, era una propiedad de un grupo de personas que ocupan posiciones similares en el sistema de producción. Esta visión le llevó a centrarse en la conciencia de clase de la burguesía y, en especial, del proletariado. Puede apreciarse en la

obra de Lukács un claro vínculo entre la posición económica objetiva, la conciencia de clase, y los «pensamientos psicológicos reales de los hombres sobre sus vidas» (1922/1968: 51).

El concepto de conciencia de clase implica necesariamente, al menos en el capitalismo, una condición previa de *falsa conciencia*. Es decir, las clases en el capitalismo carecen por lo general de un sentido claro de sus verdaderos intereses de clase. Por ejemplo, hasta la fase revolucionaria los miembros del proletariado apenas se percatan de la naturaleza y el alcance de su explotación en el capitalismo. La falsedad de la conciencia de clase se deriva de la posición de clase dentro de la estructura económica de la sociedad: «La conciencia de clase implica una *inconsciencia* condicionada por la clase de la propia condición económica y sociohistórica... La «falsedad», la ilusión implicita en esta situación no es, en modo alguno, arbitraria» (Lukács, 1922/1968: 52). La mayoría de las clases sociales en el transcurso de la historia ha sido incapaz de superar la falsa conciencia y de llegar a tener una conciencia de clase. La posición estructural del proletariado dentro del capitalismo, sin embargo, le confiere una capacidad peculiar para desarrollar una conciencia de clase.

La capacidad para desarrollar la conciencia de clase caracteriza sobre todo a las sociedades capitalistas. En las sociedades precapitalistas varios factores impidieron el desarrollo de la conciencia de clase. Por un lado, el estado, independientemente de la economía, influía en los estratos sociales; por otro, la conciencia de estatus (prestigio) solía enmascarar la conciencia de clase (económica). Así, Lukács concluía: «En estas sociedades, por tanto, no había ninguna posición desde la que pudiera hacerse consciente la base económica de todas las relaciones sociales» (1922/1968: 57). En cambio, la base económica del capitalismo se ve con mayor claridad y es más simple. Las personas pueden no ser conscientes de sus efectos, pero al menos se percatan inconscientemente de ellos. Como consecuencia de ello, «llega un momento en que la conciencia de clase *se hace consciente*» (Lukács, 1922/1968: 59). Llegado este punto, la sociedad se convierte en un escenario ideológico donde se produce la lucha entre los que quieren ocultar el carácter clasista de la sociedad y los que pretenden sacarlo a la luz.

Lukács comparó las diversas clases del capitalismo atendiendo a su conciencia de clase. Afirmaba que la pequeña burguesía y el campesinado no podían desarrollar una conciencia de clase debido a la ambigüedad de su posición estructural en el capitalismo. Como estas dos clases son vestigios de la sociedad feudal, no son capaces de desarrollar un claro sentido de la naturaleza del capitalismo. La burguesía sí puede desarrollar una conciencia de clase, pero, en el mejor de los casos, entiende el desarrollo del capitalismo como algo externo, sometido a leyes objetivas, como algo que puede experimentarse sólo pasivamente.

El proletariado tiene la capacidad de desarrollar una verdadera conciencia de clase, y cuando lo haga la burguesía se verá obligada a ponerse a la defensiva. Lukács se negó a considerar que el proletariado se movía impulsado por

fuerzas externas, y lo veía como un agente creador de su propio destino. En la confrontación entre burguesía y proletariado, la primera clase dispone de todo tipo de armas intelectuales y organizativas, mientras que lo único de lo que dispone la segunda, al menos al principio, es de la capacidad de ver la sociedad tal y como es. En el curso de la batalla el proletariado pasa de ser una «clase en sí», es decir, una entidad estructuralmente creada, a ser una «clase para sí», una clase plenamente consciente de su posición y misión. En otras palabras, «la lucha de clases se elevará del nivel de la necesidad económica al de los objetivos conscientes y al de una eficaz conciencia de clase» (Lukács, 1922/1968: 76). Cuando la lucha alcance este punto el proletariado será capaz de actuar y destruir el sistema capitalista.

Aunque enmarcada en la tradición marxista, Lukács produjo una rica teoria sociológica. Le preocupaba la relación dialéctica entre las estructuras (fundamentalmente económicas) del capitalismo, los sistemas de ideas (especialmente la conciencia de clase), el pensamiento individual y, en última instancia, la acción individual. Su perspectiva teórica vincula de modo significativo a los deterministas económicos y a los marxistas más modernos.

## Antonio Gramsci

El marxista italiano Antonio Gramsci también desempeñó un papel clave en la transición del determinismo económico hacia los desarrollos teóricos marxistas más modernos, aunque su perspectiva teórica es menos rica que la que nos ofreció Lukács (Salamini, 1981). Gramsci criticó a los marxistas «deterministas, fatalistas y mecanicistas» (1971: 336). De hecho, escribió un ensayo titulado «La revolución contra *El capital*» (Gramsci, 1917/1977) en el que celebraba la «resurrección de la voluntad política contra el determinismo económico de los que reducen el marxismo a las leyes históricas de la obra más conocida de Marx [*El capital*]» (Jay, 1984: 155). Aunque reconocía la existencia de regularidades históricas, rechazaba la idea de la inevitabilidad y el mecanicismo de los desarrollos históricos. Las masas debían por tanto actuar y llevar a cabo la revolución social. Pero para actuar, era necesario que las masas llegaran a ser conscientes de su situación y de la naturaleza del sistema en el que vivían. De este modo, aunque Gramsci reconocía la importancia de los factores estructurales, especialmente de la economía, no creía que estos factores estructurales provocaran la revuelta de las masas. Las masas necesitaban desarrollar una ideología revolucionaria, pero no podían hacerlo solas. Gramsci trabajaba desde supuestos bastante elitistas: eran los intelectuales los que generaban las ideas que después se divulgaban a las masas, quienes las llevaban a la práctica. Las masas eran incapaces de generar estas ideas, y, una vez que existían, podían experimentarlas sólo como un acto de fe. Las masas no podían llegar a la autoconciencia por sí mismas; necesitaban la ayuda de las élites sociales. Sin embargo, una vez que estas ideas influían en las masas, éstas podían realizar las acciones que llevaban a la revolución social. Gramsci, como Lukács, se centró

en las ideas colectivas más que en las estructuras sociales como la economía, y ambos operaron dentro de la teoría marxista tradicional.

El concepto central de Gramsci, que refleja su hegelianismo, es la hegemonía (para un uso contemporáneo del concepto de hegemonía, véase el análisis de Laclau y Mouffe en el Capítulo 13). De acuerdo con Gramsci, «el ingrediente esencial de la filosofía de la praxis más moderna [el vínculo entre pensamiento y acción] es el concepto histórico-filosófico de "hegemonía"» (1932/1975: 235). Gramsci define la *hegemonía* como el liderazgo cultural ejercido por la clase dirigente. Compara la hegemonía con la coerción, que es «ejercida por los poderes legislativo o ejecutivo, o se expresa en una intervención policial» (Gramsci, 1932/1975: 235). Los marxistas económicos solían acentuar la economía y los aspectos coercitivos de la dominación estatal. A diferencia de ellos, Gramsci subrayaba la «"hegemonia" y el liderazgo cultural» (1932/1975: 235). En un análisis del capitalismo, Gramsci se propuso descubrir cómo ciertos intelectuales, que trabajaban para los capitalistas, alcanzaban un liderazgo cultural y lograban la conformidad de las masas.

El concepto de hegemonía no sólo sirve para comprender la dominación capitalista, sino que orienta también los pensamientos de Gramsci sobre la revolución. Es decir, mediante la revolución no sólo se debe alcanzar el control de la economía y del aparato del estado; es preciso lograr también un liderazgo cultural sobre el resto de la sociedad. Para conseguirlo, Gramsci otorga un papel clave a los intelectuales y al partido comunista.

Pasemos ahora a estudiar la teoría crítica, que se desarrolló a partir de la obra de marxistas hegelianos como Lukács y Gramsci, y que se alejó aún más de las raíces marxistas tradicionales del determinismo económico.

## TEORIA CRITICA

La teoría crítica es el producto de un grupo de neomarxistas alemanes que se sentían insatisfechos con el estado de la teoría marxista y, en particular, con su tendencia hacia el determinismo económico. La escuela se fundó oficialmente en Frankfurt, Alemania, el 23 de febrero de 1923, aunque algunos de sus miembros habían trabajado ya antes de esa fecha. Con la llegada al poder de los nazis en la década de los años treinta muchas de las principales figuras de la escuela emigraron a los Estados Unidos, donde continuaron su trabajo en un instituto asociado a la Universidad de Columbia, en la ciudad de Nueva York. Tras la Segunda Guerra Mundial, algunos de los teóricos críticos regresaron a Alemania, mientras otros permanecieron en los Estados Unidos (Bottomore, 1984; G. Friedman, 1981; Held, 1980; Jay, 1973, 1986; Slater, 1977). Hoy en día la teoría crítica se ha extendido más allá de los confines de la Escuela de Frankfurt (*Telos*, 1989-1990). La teoría crítica fue, y aún lo es en nuestros días, una orientación principalmente europea, si bien su influencia en la sociología americana no ha dejado de aumentar (van den Berg, 1980).

## Principales críticas

La teoría crítica se compone principalmente de variados análisis críticos de diversos aspectos de la vida social e intelectual. Se inspira en la obra de Marx, que inicialmente se desarrolló como un análisis crítico de ideas filosóficas para luego criticar la naturaleza del sistema capitalista. La Escuela Crítica constituye una crítica tanto de la sociedad como de diversos sistemas de conocimiento (Farganis, 1975). Gran parte de la obra que se ha realizado en la línea de la Escuela adopta la forma de crítica, pero su meta última es revelar con mayor precisión la naturaleza de la sociedad (Bleich, 1977). Nos centraremos primero en las principales críticas que realizó la Escuela, que manifiestan una preferencia por el pensamiento de oposición y por desvelar y desenmascarar diversos aspectos de la realidad social (Connerton, 1976).

**Crítica de la teoría marxista.** La teoría crítica es una suerte de teoría marxista que parte de una crítica a las teorías marxistas. Los teóricos críticos no gustan de determinismos económicos, ni de mecanicismos marxistas (Antonio, 1981; Schroyer, 1973; Sewart, 1978). Algunos (por ejemplo, Habermas, 1971) critican el determinismo implícito en algunas partes de la obra original de Marx, pero la mayoría de los pensadores críticos apuntan hacia los neomarxistas, fundamentalmente porque han interpretado la obra de Marx de forma demasiado mecánica. Los teóricos críticos declaraban que los deterministas económicos no se habían equivocado por centrarse en el reino económico, sino porque ignoraron otros aspectos de la vida social. Como veremos, la meta de la Escuela Crítica es rectificar este desequilibrio centrándose en el reino cultural (Shroyer, 1973: 33). Además de atacar otras teorías marxistas, la Escuela Crítica también criticó sociedades tales como la Unión Soviética, supuestamente construida sobre la base de la teoría marxista (Marcuse, 1958).

**Crítica del positivismo.** Los teóricos críticos también atacaron los pilares filosóficos de la investigación científica, en especial el positivismo (Bottomore, 1984). La crítica al positivismo guarda relación, al menos en parte, con la crítica al determinismo económico, ya que algunos deterministas aceptaban parte o la totalidad de la teoría positivista del conocimiento. El positivismo se caracteriza por defender varias cuestiones (Schroyer, 1970; Sewart, 1978). Acepta la idea de que un único método científico es aplicable a todos los campos de estudio. Adopta las ciencias físicas como modelo de fiabilidad y precisión para todas las disciplinas. Los positivistas consideran que el conocimiento es intrínsecamente neutral y se creen capaces de excluir los valores humanos de su trabajo. Esto, a su vez, conduce a la idea de que la ciencia no debe defender ninguna forma específica de acción social. (Para un análisis más profundo del positivismo véase el primer capítulo).

La Escuela Crítica se opone al positivismo por varias razones (Sewart, 1978). Por un lado, el positivismo tiende a reificar el mundo social y a considerarlo

como un proceso natural. Los teóricos críticos prefieren centrarse en la actividad humana y en los modos en los que esa actividad influye en las grandes estructuras sociales. En suma, el positivismo ignora los actores (Habermas, 1971) al reducirlos a entidades pasivas determinadas por «fuerzas naturales». Debido a su creencia en la naturaleza distintiva del actor, los teóricos críticos no podrían aceptar la idea de que las leyes generales de la ciencia pueden aplicarse sin considerar la acción humana. Los críticos atacan al positivismo por limitarse a evaluar la medida en la que los medios se adecúan a los fines sin hacer una evaluación similar de los fines. Esto conduce a la idea de que el positivismo es intrinsecamente conservador, incapaz de desafiar el sistema existente. Como Martin Jay señala: «El resultado es la absolutización de los «hechos» y la reificación del orden existente» (1973: 62). El positivismo defiende la pasividad del actor y del científico social. Pocos marxistas apoyarían una perspectiva que no vincula teoría y práctica. Sin embargo, a pesar de estas críticas al positivismo, algunos marxistas (por ejemplo, algunos estructuralistas y marxistas analíticos) comulgan con el positivismo y, en ocasiones, el propio Marx se ha mostrado abiertamente positivista (Habermas, 1971).

**Crítica de la sociología.** La Escuela Crítica también ha tomado a la sociología como blanco de sus ataques (Frankfurt Institute for Social Research, 1973). La ha atacado por su «cientifismo», es decir, por considerar el método científico como un fin en si mismo. Además, ha acusado a la sociología de aceptar el *status quo*. La Escuela Critica sostiene que la sociología no hace una crítica seria de la sociedad, ni tampoco intenta trascender la estructura social contemporánea. Mantiene que la sociología ha renunciado a su obligación de ayudar a las personas oprimidas por la sociedad contemporánea.

Además de estas críticas políticas, la Escuela Crítica también practica una crítica social sustantiva. Es decir, critican la tendencia de los sociólogos a reducir todo lo humano a variables sociales. Cuando los sociólogos analizan el conjunto de la sociedad en lugar de centrarse en los individuos que la componen, ignoran la interacción entre individuo y sociedad. Aunque la mayoría de las perspectivas sociológicas *no son culpables* de ignorar esa interacción, esta idea constituye la piedra angular de los ataques de la Escuela Crítica contra los sociólogos. Como ignoran al individuo, los sociólogos son incapaces de producir ideas relevantes acerca de los cambios políticos que conducen a una «sociedad justa y humana» (Frankfurt Institute for Social Research, 1973: 46). Como Zoltan Tar señaló, la sociología se convierte en «una parte integrante de la sociedad existente en lugar de constituir un medio de crítica y un fermento de renovación» (1977: x).

**Crítica de la sociedad moderna.** El objetivo de una buena parte de los trabajos de la Escuela Crítica es el análisis crítico de la sociedad moderna y de varios de sus componentes. Mientras la teoría marxista inicial se centró específicamente en la economía, la Escuela Critica viró hacia el nivel cultural a la luz de

lo que consideraba las realidades de la sociedad capitalista moderna. Es decir, defendía que el *locus* de la dominación en el mundo moderno se había trasladado desde la economía al reino cultural. Esto no significa que abandonara su interés por la dominación,[1] pero a sus ojos, en el mundo moderno la dominación está asociada a elementos culturales más que económicos. Por tanto, uno de los objetivos de la Escuela Crítica es analizar la represión cultural del individuo en la sociedad moderna.

La inspiración de los pensadores críticos procede no sólo de la teoría marxista, sino también de la weberiana, hecho que se refleja en su enfoque sobre la racionalidad como el desarrollo más importante del mundo moderno. Como Trent Schroyer (1970) explicó, la Escuela Critica considera que en la sociedad moderna la represión creada por la racionalidad ha desplazado a la explotación económica como problema social dominante. La Escuela Crítica adoptó claramente la diferenciación de Weber entre *racionalidad formal* y *racionalidad sustantiva* o, lo que los teóricos críticos llaman *razón*. De acuerdo con los teóricos críticos la racionalidad formal se define irreflexivamente como adecuación de los medios más efectivos a cualquier propósito determinado (Tar, 1977). Ello se considera una muestra de «pensamiento tecnocrático», cuyo objetivo es servir a las fuerzas de la dominación, no a la emancipación de la gente. La meta es simplemente encontrar los medios más efectivos para alcanzar cualquier fin importante para los que están en el poder. El pensamiento tecnocrático se opone a la razón, que es, para los teóricos críticos, la gran esperanza de la sociedad. La razón implica la valoración de los medios en términos de los valores humanos fundamentales de la justicia, la paz y la felicidad. Los teóricos críticos identificaron el nazismo en general, y los campos de concentración, en particular, como ejemplos de racionalidad formal en agudo conflicto con la razón. Así, como George Friedman señaló «Auschwitz era un lugar racional, pero no razonable» (1981: 15).

A pesar de la aparente racionalidad de la vida moderna, la Escuela Crítica cree que en el mundo moderno abunda la irracionalidad. Esta idea puede etiquetarse con el término de «irracionalidad de la racionalidad» o, más específicamente, irracionalidad de la racionalidad formal. Como señaló Herbert Marcuse, aunque parece imbuida de racionalidad, «esta sociedad es irracional en su conjunto» (1964: ix, véase también Farganis, 1975). Es irracional el hecho de que el mundo racional destruya a los individuos y a sus necesidades y capacidades; que la paz se mantenga mediante la amenaza constante de guerra y que, a pesar de la existencia de medios suficientes, sigan existiendo personas pobres, reprimidas, explotadas e incapaces de realizarse.

La Escuela Crítica dirige sus críticas principalmente hacia una forma de racionalidad formal: la tecnología moderna. Marcuse (1964), por ejemplo, criticó duramente la tecnología moderna. Pensaba que la tecnología de la sociedad

[1] Trent Schroyer (1973) lo refleja con mucha claridad cunado titula su libro acerca de la teoría crítica *The Critique of Domination* [Crítica de la dominación].

moderna llevaba al totalitarismo. De hecho, consideraba que ofrecía métodos de control nuevos, más eficaces e incluso más «agradables». El principal ejemplo era el uso de la televisión para socializar y amansar a la población (otros ejemplos los constituían los deportes de masas y el sexo). Rechazaba la idea de que la tecnología fuera neutral en el mundo moderno y la veía como un medio de dominación. Es eficaz porque parece neutral cuando, en realidad, es esclavizadora. Sirve para suprimir la individualidad. La tecnología moderna ha «invadido y cercenado» la libertad interior del actor. El resultado es lo que Marcuse denominó la «sociedad unidimensional», en la que los individuos perdían la capacidad de pensar de manera crítica y negativamente sobre la sociedad. Marcuse no creía que la tecnología constituyera un enemigo *per se*, sino que la sociedad capitalista moderna la utilizaba en su provecho: «La tecnología, al margen del grado de su «pureza», mantiene y moderniza el *continuum* de dominación. Sólo la revolución puede destruir este vínculo fatal, una revolución que logre que la tecnología y la técnica se conviertan en siervas de las necesidades y las metas de los hombres libres» (1969: 56). Marcuse sostenía la idea original de Marx de que la tecnología no era intrínsecamente un problema y que podía utilizarse para desarrollar una sociedad «mejor».

**Crítica de la cultura.** De acuerdo con Friedman, «la Escuela de Frankfurt centró focalmente su atención en el reino cultural» (1981: 136). Los teóricos críticos apuntaron sus críticas hacia lo que ellos denominaban la «industria de la cultura», hacia las estructuras racionalizadas y burocratizadas (por ejemplo, las cadenas de televisión) que controlan la cultura moderna. La preocupación por la industria de la cultura refleja más interés por el concepto marxista de «superestructura» que por los elementos económicos. La *industria de la cultura*, que produce lo que convencionalmente se ha denominado una «cultura de masas», se define como «una cultura manipulada... falsa, no espontánea y reificada, opuesta a la verdad» (Jay, 1973: 216). En relación con esta industria, lo que más preocupa a los pensadores críticos son dos cuestiones. Primero, les preocupa su falsedad. Piensan que se trata de un conjunto preempaquetado de ideas producidas en masa y divulgadas a las masas por los medios de comunicación. Segundo, a los teóricos críticos les inquieta su efecto apaciguador, represor y entontecedor en la gente (Friedman, 1981; Tar, 1977: 83).

En un libro reciente, Douglas Kellner (1990c) desarrolla conscientemente una teoría crítica de la televisión. Si bien encuadra su crítica en la línea de las preocupaciones culturales de la Escuela Crítica, Kellner se inspira en otras tradiciones marxistas con el fin de presentar una concepción más completa de la industria de la televisión. Critica a la Escuela Crítica aduciendo que «no hace un análisis detallado de la economía política de los medios de comunicación de masas y conceptualiza la cultura de masas simplemente como un instrumento de la ideología capitalista» (Kellner, 1990c: 14). Así, además de analizar la televisión como parte de la industria de la cultura, Kellner la relaciona tanto con el capitalismo corporativo como con el sistema político. Por añadidura, Kellner

no cree que la televisión sea monolítica o esté controlada por fuerzas corporativas consistentes, sino que la ve como un «medio de comunicación de masas altamente conflictivo en el que convergen y compiten fuerzas económicas, políticas, sociales y culturales. Así, aún cuando opera dentro de la tradición de la teoría crítica, Kellner rechaza la idea de que el capitalismo sea un mundo totalmente manipulado. Con todo, cree Kellner que la televisión representa una amenaza para la democracia, la individualidad y la libertad, y hace sugerencias (por ejemplo, más responsabilidades democráticas, mayor participación ciudadana, mayor diversidad televisiva) para contrarrestarla. Así, Kellner, además de una crítica, ofrece propuestas para evitar los efectos dañinos de la televisión.

La Escuela Crítica también se interesa por lo que ella denomina la «industria del conocimiento», que hace referencia a las entidades relativas a la producción del conocimiento (por ejemplo, las universidades y los institutos de investigación), que han pasado a ser estructuras autónomas de nuestra sociedad. Su autonomía les ha permitido extender su mandato original (Schroyer, 1970). Se han convertido en estructuras opresoras interesadas en extender su influencia por toda la sociedad.

El análisis crítico de Marx del capitalismo le llevó a confiar en el futuro; sin embargo, la postura que llegan a adoptar muchos teóricos críticos carece de esperanzas. Creen que los problemas del mundo moderno no son específicos del capitalismo, sino que son endémicos de un mundo racionalizado, incluyendo las sociedades socialistas. Ven el futuro, en términos weberianos, como una «jaula de hierro» llena de estructuras cada vez más racionales donde las posibilidades de escapar disminuyen a medida que pasa el tiempo.

Una buena parte de la teoría crítica (como el grueso de la teoría original de Marx) adopta la forma de análisis crítico. Aunque los teóricos críticos manifiestan también intereses positivos, una de las críticas fundamentales dirigida a la teoría crítica es que ofrece más críticas que contribuciones positivas. Este permanente negativismo exaspera a muchos estudiosos que creen que la teoría crítica tiene poco que ofrecer a la teoría sociológica.

## Principales contribuciones

**Subjetividad.** La contribución más relevante de la Escuela Crítica reside en su esfuerzo por reorientar la teoría marxista en una dirección subjetiva. Si bien tal reorientación constituye una crítica al materialismo de Marx y a su insistencia en las estructuras económicas, también representa una contribución de importancia para la comprensión de los elementos subjetivos de la vida social. Las contribuciones subjetivas de la Escuela Crítica se ubican tanto en el nivel cultural como en el individual.

Las raíces hegelianas de la teoría marxista constituyen la fuente principal del interés por la subjetividad. Muchos de los pensadores críticos se ven a sí mismos como pensadores que regresan a esas raíces, tal y como se manifiestan en la obra temprana de Marx, especialmente en *Los manuscritos de economía y*

*filosofía de 1844* (1932/1964). En este sentido, su trabajo sigue las directrices de la obra de los primeros revisionistas marxistas del siglo XX, tales como Karl Korsch y Georg Lukács, cuyo objetivo no era centrarse en la subjetividad, sino simplemente integrar el interés en ella y la tradicional preocupación marxista por las estructuras objetivas (Agger, 1978). Korsch y Lukács no pretendieron reestructurar la teoría marxista, pero los últimos teóricos críticos sí se han trazado esta gran y ambiciosa meta.

Comenzamos, pues, con el interés de la Escuela Crítica por la cultura. Como ya hemos señalado más arriba, la Escuela Crítica se orientó hacia el análisis de la «superestructura» en lugar del de la «base» económica. Un factor que motivó este cambio de orientación fue la preocupación de la Escuela Crítica por el hecho de que los marxistas habían dado una importancia superlativa a las estructuras económicas y que ello había ensombrecido el interés por otros aspectos de la realidad social, y en particular por la cultura. Además de este factor, una serie de cambios externos que se habían producido en la sociedad también motivaron este cambio de orientación (Agger, 1978). Sobre todo, la prosperidad del periodo que siguió a la Segunda Guerra Mundial *parecía* contribuir a la desaparición de las contradicciones económicas internas en general, y al conflicto de clases en particular. La falsa conciencia *parecía* un fenómeno cuasi universal porque se suponía que todas las clases sociales, incluso la trabajadora, se beneficiaban y defendían el sistema capitalista. Por añadidura, se hizo evidente que la Unión Soviética, a pesar de su economía socialista, era un sociedad tan opresora, incluso en la era de la *perestroika*, como la sociedad capitalista. Como las dos sociedades tenían economías diferentes, los pensadores críticos debían buscar en otro lugar la principal fuente de la opresión, y comenzaron a buscarla en la cultura.

A los aspectos de las preocupaciones de la Escuela de Frankfurt que acabamos de analizar —la racionalidad, la industria de la cultura y la industria del conocimiento— pueden añadirse otros temas, de entre los que destaca el interés por la ideología. Los pensadores críticos entienden por *ideología* los sistemas de ideas producidos por las élites sociales que suelen ser falsos y cegadores. Todos estos aspectos específicos de la superestructura y la orientación que les dio la Escuela Crítica pueden incluirse bajo el encabezamiento «crítica a la dominación» (Agger, 1978; Schroyer, 1973). Este interés por la dominación lo motivó inicialmente el fascismo en los años treinta y cuarenta, aunque más tarde se convirtió en una preocupación por la dominación en la sociedad capitalista. El mundo moderno ha llegado a un estado jamás conocido de dominación sobre los individuos. De hecho, el control es tan completo y perfecto que ya no requiere la acción deliberada de los líderes. El control penetra en todos los aspectos del mundo cultural y, lo que es más importante, se ha internalizado en el actor. En efecto, los actores se dominan a sí mismos por el bien del resto de la sociedad. La dominación ha alcanzado un grado de perfección tal que ya no parece dominación en sí. Dado que no se percibe la dominación como perjudicial y alienadora para las personas, parece que el mundo es como debe ser. Los actores ya no pueden ver con claridad cómo *tendría* que ser el mundo. Esta idea

apuntala el pesimismo de los pensadores críticos, puesto que ni siquiera un análisis racional puede contribuir a cambiar la situación.

Una de las preocupaciones de la Escuela Crítica en relación con la cultura es lo que Habermas (1975) denominó *legitimaciones*. Estas se definen como sistemas de ideas generadas por el sistema político, y en teoría, por cualquier otro sistema, para apoyar la existencia misma del sistema. Están diseñadas para «mistificar» el sistema político, para empañar lo que en realidad está ocurriendo.

Además de estos intereses culturales, la Escuela Crítica también se preocupa por los actores y su conciencia, y por lo que les sucede en el mundo moderno. La conciencia de las masas está controlada por fuerzas externas (como la industria de la cultura). A resultas de lo cual son incapaces de desarrollar una conciencia revolucionaria. Lamentablemente, los teóricos críticos, como la mayoría de los marxistas y los sociólogos, no suelen diferenciar con claridad entre conciencia individual y cultura, ni tampoco suelen especificar los muchos y variados vínculos que existen entre ellas. En buena parte de su trabajo se trasladan del nivel cultural al individual, o viceversa, sin percatarse de ello.

En relación con esta cuestión es harto relevante el esfuerzo realizado por los críticos, en particular Marcuse (1969) que pretende integrar las ideas de Freud acerca de la conciencia (y el inconsciente) en su interpretación de la cultura. Friedman (1981) señala que los teóricos críticos derivan tres perspectivas de la obra de Freud: 1) una estructura psicológica para el desarrollo de sus teorías; 2) una concepción de la psicopatología que les permite entender tanto la influencia negativa de la sociedad moderna como su incapacidad para desarrollar una conciencia revolucionaria; y 3) determinar las posibilidades de liberación psíquica. Uno de las ventajas que proporciona este interés por la conciencia individual es que representa un correctivo al pesimismo de la Escuela Crítica y de su enfoque sobre las constricciones culturales. Aunque la gente está controlada, anestesiada y llena de falsas necesidades, en términos freudianos también disponen de una libido (energía sexual) que proporciona la fuente básica de energía para la acción creativa orientada hacia la destrucción de las principales fuerzas de dominación.

**Dialéctica.** La segunda preocupación positiva de la teoría crítica es su interés por la dialéctica (para una crítica de esta idea desde un punto de vista marxista, véase el Capítulo 13) en general, así como por varias de sus manifestaciones específicas. En términos generales, un enfoque dialéctico implica un enfoque sobre la *totalidad*[2] social. Paul Connerton resume de manera muy adecuada el enfoque crítico sobre la totalidad social: «Ningún aspecto parcial de la vida social y ningún fenómeno aislado puede comprenderse a menos que se le relacione con la historia, con la estructura social concebida como una entidad global»

[2] Jay (1984) considera que la «totalidad» se encuentra en el núcleo de la teoría marxista en general, no sólo de la teoría crítica. Por otra parte, los marxistas posmordernos rechazan esta idea (véase el Capítulo 13).

(1976: 12). Esto entraña un rechazo del análisis de cualquier aspecto *específico* de la vida social, especialmente el sistema económico, fuera de su contexto general. Esta modalidad de análisis también implica una preocupación por la interrelación entre los diversos niveles de la realidad social, y lo que es más importante, entre la conciencia individual, la superestructura cultural y la estructura económica. La dialéctica supone también una prescripción metodológica: no puede estudiarse un componente de la vida social aislado de los demás componentes.

Apreciamos en esta idea una perspectiva sincrónica y otra diacrónica. La perspectiva *sincrónica* nos lleva a preocuparnos por la interrelación entre los componentes de la sociedad dentro de una totalidad contemporánea. La perspectiva *diacrónica* entraña un interés por las raíces históricas de la sociedad contemporánea, así como por su forma futura (Bauman, 1976). La dominación sobre las personas por parte de la estructura social y cultural —la sociedad «unidimensional», en términos de Marcuse— es el resultado de un desarrollo histórico específico y no una característica universal de la humanidad. Esta perspectiva histórica se contrapone a la idea generalizada de quienes viven bajo el capitalismo de que el sistema es un fenómeno natural e inevitable. Para los teóricos críticos (como también para otros marxistas), las personas llegan a ver la sociedad como una «segunda naturaleza»; «la sabiduría del sentido común la percibe como un poder ajeno, intransigente, exigente y despótico: precisamente como si tuviera una naturaleza no humana. Para cumplir las reglas de la razón, para comportarse racionalmente, alcanzar el éxito y ser libre, el hombre debe acomodarse a la "segunda naturaleza"» (Bauman, 1976: 6).

Los teóricos críticos también se orientan hacia el futuro. Sin embargo, en la línea del propio Marx, rechazan la utopía; antes bien, se centran en la crítica y el cambio de la sociedad contemporánea. Sin embargo, en lugar de ocuparse de la estructura económica de la sociedad, como hizo Marx, se concentran en su superestructura cultural. Su enfoque dialéctico les compromete con el análisis del mundo real. Esto significa en primera instancia que no quedan satisfechos con la simple búsqueda de la verdad en los laboratorios científicos. Pero la prueba última de sus teorías es el grado en que son aceptadas y utilizadas en la práctica. Denominan este proceso *autentificación*, que se produce cuando las personas que han padecido una comunicación distorsionada adoptan las ideas de la teoría crítica y las utilizan para liberarse de ese sistema (Bauman, 1976: 104). Esta noción nos lleva a otro aspecto de las preocupaciones de los pensadores críticos: la *liberación* de la humanidad (Marcuse, 1964: 222).

En términos más abstractos, puede afirmarse que los críticos se preocupan por la interacción y la relación entre teoría y práctica. La Escuela de Frankfurt afirma que en la sociedad capitalista han sido separadas (Schroyer, 1973: 28). Es decir, un grupo se ocupa de desarrollar teorías en virtud de que se le ha otorgado ese derecho o, lo que es más frecuente, se lo ha tomado, mientras la práctica corresponde a otro grupo menos poderoso. En la mayoría de los casos la obra de los teóricos no refleja lo que ocurre en el mundo real, lo que les lleva

a desarrollar un cuerpo pobre y muy irrelevante de teoría sociológica marxista. Es preciso unificar teoría y práctica y restaurar la relación entre ellas. La teoría debe dar forma a la práctica, y la práctica a la teoría, pues en ese proceso se da un enriquecimiento tanto de la teoría como de la práctica.

A pesar de reconocer este objetivo, la mayor parte de la teoría crítica ha fracasado totalmente en su intento de integrar teoría y práctica. De hecho, una de las críticas más famosas que se dirigen a la teoría crítica es que adopta formas de expresión tan complejas que las masas no pueden acceder a ella. Además, comprometida con el estudio de la cultura y la superestructura, aborda una serie de cuestiones sumamente esotéricas y apenas se ocupa de las preocupaciones pragmáticas y cotidianas de la mayoría de las personas.

Uno de los focos de interés dialéctico más conocidos de la Escuela Crítica es el que se asocia a Jurgen Habermas (1970, 1971). Su inquietud por la relación entre el conocimiento y los intereses humanos constituye un ejemplo de la orientación dialéctica general hacia la relación entre los factores objetivos y subjetivos. Pero Habermas tuvo la precaución de especificar que los factores subjetivos y los objetivos no podían analizarse aisladamente. Para él, los sistemas de conocimiento existen en el nivel objetivo, mientras los intereses humanos son fenómenos más bien subjetivos.

Habermas distinguió entre tres sistemas de conocimiento y sus correspondientes intereses. Los intereses que yacen y guían cada sistema de conocimiento son generalmente desconocidos para los profanos, y descubrirlos corresponde a los teóricos críticos. El primer tipo de conocimiento es la *ciencia analítica* o los *sistemas científicos positivistas clásicos*. Para Habermas, el interés subyacente a esta suerte de sistema de conocimiento es el control técnico, que puede aplicarse al entorno, a otras ciencias o a quienes forman la sociedad. En opinión de Habermas la ciencia analítica se presta con facilidad al aumento del control opresivo. El segundo tipo de sistema de conocimiento es el *conocimiento humanista*, y su interés es la *comprensión* del mundo. Opera desde el punto de vista general de que la comprensión de nuestro pasado generalmente nos ayuda a comprender lo que ocurre en la actualidad. Incluye un interés práctico por la comprensión y el entendimiento mutuo. No es ni opresivo ni liberador. El tercer tipo es el *conocimiento crítico*, con el que comulga la Escuela Crítica en general y Habermas en particular. El interés asociado a este tipo de conocimiento es la *emancipación humana*, pues se espera que el conocimiento crítico generado por Habermas y otros aumente la autoconciencia de las masas (mediante mecanismos expuestos por los freudianos) e impulse un movimiento social que dará como fruto la ansiada emancipación.

## Críticas a la teoría crítica

Existen varias críticas a la teoría crítica (Bottomore, 1984). Primera, la teoría crítica ha sido acusada de ser altamente ahistórica, de analizar una diversidad de eventos (por ejemplo, el nazismo de los años treinta, el antisemitismo de los

cuarenta, y las revueltas estudiantiles de los años sesenta) sin prestar atención a sus contextos históricos comparados. Es esta una dura crítica para cualquier teoría marxista, que debe ser inherentemente histórica y comparada. Segunda, por lo general la Escuela Crítica, como ya hemos visto, ignora la economía. Finalmente y en relación con la segunda crítica, los críticos han tendido a afirmar que la clase trabajadora había desaparecido como fuerza revolucionaria, una postura que se opone radicalmente al análisis tradicional marxista.

Críticas como estas han llevado a marxistas tradicionales tales como Bottomore a concluir que: «La Escuela de Frankfurt, tal y como se fundó, ha muerto como escuela de marxismo o de sociología» (1984: 76). Greisman expresó una opinión similar al referirse a la teoría crítica como «el paradigma que fracasó» (1986: 273). Pero si como escuela ha muerto, eso se debe a que muchas de sus ideas básicas han encontrado su camino en el marxismo, en la sociología neomarxista e incluso en la corriente principal de la sociología. Así, como señala Bottomore en relación con Habermas, la Escuela Crítica ha emprendido un movimiento de aproximación hacia el marxismo y la sociología, y «simultáneamente se han conservado o desarrollado algunas de sus ideas distintivas» (1984: 76).

Si bien *es posible* que la teoría crítica haya experimentado una cierta decadencia, Jurgen Habermas y sus teorías disfrutan aún de aceptación. Hasta ahora hemos analizado sólo algunas de sus teorías, pero terminaremos este apartado sobre la teoría crítica con un análisis más detallado de sus ideas (volveremos a estudiar su pensamiento en el Capítulo 11).

## Las ideas de Jurgen Habermas

Una buena manera de comenzar nuestro análisis de las ideas de Habermas es examinar sus opiniones acerca de las teorías de Karl Marx. Como Habermas especificó, su meta durante años ha sido «desarrollar un programa teórico que para mí supone una reconstrucción del materialismo histórico» (1979: 95). Habermas adopta el punto de partida de Marx (el potencial humano, el ser genérico, «la actividad sensual humana»). Sin embargo, Habermas (1971) afirma que Marx no distinguió entre dos componentes analíticamente diferentes del ser genérico: el trabajo (la acción racional intencionada) y la interacción (o acción comunicativa) social (o simbólica). Para Habermas, Marx tendía a ignorar esta última y a reducirla al trabajo. De acuerdo con él, el problema de la obra de Marx es la «*reducción del acto autogenerativo de la especie humana al trabajo*» (1971: 42). A lo largo de sus escritos, Habermas atiende a su distinción, pero prefiere utilizar los términos *acción racional intencional* (trabajo) y *acción comunicativa* (interacción).

Bajo el término «acción racional intencional», Habermas distingue entre la acción instrumental y la acción estratégica. Ambas implican la persecución calculada del propio interés. La *acción instrumental* atañe a un sólo actor que calcula racionalmente los medios más adecuados para alcanzar un determinado objetivo. La *acción estratégica* implica a dos o más individuos que coordinan

su acción racional intencional para alcanzar un objetivo. La meta tanto de la acción instrumental como de la estratégica es el dominio instrumental.

A Habermas le interesa más la *acción comunicativa*, en la que

> las acciones de los agentes implicados en ella se coordinan no mediante cálculos egocéntricos del éxito sino mediante actos para *lograr la comprensión*. En la acción comunicativa los participantes no se orientan principalmente hacia su éxito; persiguen sus metas individuales con la condición de que sean capaces de *armonizar* sus planes de acción sobre la base de definiciones *comunes de las situaciones*.
>
> (Habermas, 1984: 286; cursivas añadidas)

Mientras el fin de la acción racional intencional es alcanzar una meta, el objetivo de la acción comunicativa es lograr la comprensión comunicativa.

Es evidente que hay un importante componente lingüístico en la acción comunicativa. Sin embargo, tal acción incluye más componentes que los «actos lingüísticos o las expresiones no verbales equivalentes» (Habermas, 1984: 278).

La cuestión clave que alejó a Habermas de Marx es su idea de que la acción comunicativa, no la acción racional intencional (el trabajo) es el más característico y generalizado de los fenómenos humanos. Esa acción (y no el trabajo) constituye el fundamento de toda vida sociocultural, así como de todas las sociedades humanas. Mientras Marx se centró en el trabajo, Habermas lo hizo en la comunicación.

Marx no sólo se centró en el trabajo, sino que tomo el trabajo libre y creativo (el ser genérico) como punto de referencia para analizar críticamente el trabajo en varias épocas históricas, especialmente en el capitalismo. Habermas también adoptó su punto de referencia, pero lo situó en el reino de la acción comunicativa en lugar de en el de la acción racional intencional. El punto de referencia de Habermas es la comunicación no distorsionada, la comunicación exenta de compulsión. Sirviéndose de este punto de referencia Habermas procede a analizar críticamente la comunicación distorsionada. A Habermas le preocupan las estructuras sociales que distorsionan la comunicación, del mismo modo que Marx se interesó por las fuentes estructurales que distorsionan el trabajo. Aunque ambos utilizan puntos de referencia diferentes, *tienen* puntos de referencia que les permiten evitar el relativismo y expresar opiniones acerca de diversos fenómenos históricos. Habermas critica a aquellos teóricos, especialmente a Weber y a los pensadores críticos anteriores a él mismo, que carecen de un punto de referencia y caen en el relativismo.

Existe otro paralelismo entre los puntos de referencia de Marx y Habermas. Para los dos autores estos puntos de referencia representan no sólo su punto de partida analítico, sino también sus objetivos políticos. Es decir, mientras Marx ansiaba una sociedad comunista en la que el trabajo apareciera por vez primera como algo no distorsionado (el ser genérico), el objetivo político de Habermas es una sociedad de libre comunicación (acción comunicativa). En lo tocante a los objetivos inmediatos, Marx anhelaba la eliminación de las barreras (capita-

listas) al trabajo no distorsionado, y Habermas la eliminación de las barreras a la libre comunicación.

Igual que otros teóricos críticos, Habermas (1973), inspirándose en Freud, identifica muchos paralelismos entre lo que los psicoanalistas hacen en el nivel individual y lo que él cree que debe hacerse en el nivel societal. Considera el psicoanálisis como una teoría de la comunicación distorsionada cuyo objeto es que los individuos se comuniquen de una manera no distorsionada. El psicoanalista intenta encontrar las fuentes de la distorsión en la comunicación individual, es decir, en los bloqueos de la comunicación. Mediante la reflexión, el psicoanalista intenta ayudar al individuo a superar estos bloqueos. De parecida manera, a través de la *crítica terapéutica*, «una forma de argumentación que sirve para clarificar la autodecepción sistemática» (Habermas, 1984: 21), el teórico crítico (y el partido comunista [Habermas, 1973]) se esfuerza por ayudar a las personas a superar las barreras sociales a la libre comunicación. Así, encontramos una analogía (que muchos críticos creen ilegítima) entre el psicoanálisis y la teoría crítica. Los psicoanalistas ayudan al paciente del mismo modo que los críticos sociales ayudan a los grupos oprimidos de la sociedad.

Como para Marx, la base de la futura sociedad ideal de Habermas existe en el mundo contemporáneo. Es decir, Marx pensaba que hay elementos del ser genérico en el trabajo característico de la sociedad capitalista. Y Habermas cree que hay elementos de la comunicación no distorsionada en todo acto contemporáneo de comunicación.

Esto nos lleva a la cuestión central de la racionalización en la obra de Habermas. Habermas recibe la influencia no sólo de la obra de Marx, sino también de la de Weber. En su trabajo acerca de la racionalización, la distinción de Habermas entre acción racional intencional y acción comunicativa es de suma importancia. Para él, una buena parte del trabajo previo se ha centrado en la racionalización de la acción racional intencional, que ha provocado un desarrollo de las fuerzas productivas y un incremento del control tecnológico sobre la vida. (Habermas, 1970). Esta forma de racionalización, como para Weber y para Marx, es un problema importante, quizás *el* más importante, del mundo moderno. Sin embargo, el problema es la racionalización de la acción racional intencional, no la *racionalización* en general. De hecho, para Habermas, la solución al problema de la racionalización de la acción racional intencional reside en la racionalización de la acción comunicativa. La racionalización de la acción comunicativa conduce a la liberación de la dominación sobre la comunicación, a una comunicación libre y abierta. La racionalización implica aquí emancipación, *«la destrucción de las barreras a la comunicación»* (Habermas, 1970: 118; véase también Habermas, 1979). Es en esta cuestión donde se enmarca el trabajo anteriormente mencionado de Habermas acerca de las *legitimaciones* y, más en general, de la *ideología*. Es decir, estas son las dos causas principales de la distorsión de la comunicación, causas que deben eliminarse si se desea lograr una comunicación libre y abierta.

En cuanto a las normas sociales se refiere, esta racionalización entraña una

menor represión y rigidez normativa, que conduce al aumento de la flexibilidad y la reflexión individual. El desarrollo de este nuevo sistema normativo, menos restrictivo o no restrictivo se ubica en el núcleo de la teoría de la evolución social de Habermas. En lugar de un nuevo sistema de producción, para Habermas (1979) la racionalización conduce a un nuevo sistema normativo menos distorsionador. Muchos han acusado a Habermas, crítica que él ha interpretado como una comprensión errónea de su postura, de haber roto con las raíces marxistas en el cambio del nivel material al normativo.

Para Habermas, la fase final de esta evolución es una sociedad racional. Aquí la *racionalidad* supone la supresión de las barreras que perturban la comunicación y, en términos más generales, implica un sistema de comunicación en el que las ideas se exponen y se defienden abiertamente frente a las críticas; en el curso de la argumentación se desarrolla un acuerdo carente de constricciones. Pero para comprender mejor esta idea es preciso que el lector conozca más detalles acerca de la teoría de la comunicación de Habermas.

Habermas distingue entre la acción comunicativa, estudiada anteriormente, y el discurso. Mientras la acción comunicativa se produce en la vida cotidiana, el *discurso* es

> esa forma de comunicación alejada de los contextos de la experiencia y la acción cuya estructura nos asegura: que la condición de validez de las afirmaciones, recomendaciones o advertencias constituye el objeto exclusivo de la discusión; que los participantes, temas y aportaciones no conocen otro límite que el que se refiere a la meta de la comprobación de la validez en cuestión; que no se ejerce fuerza alguna salvo la de un argumento mejor; y que se excluyen todos los motivos excepto el de la búsqueda cooperativa de la verdad.
>
> (Habermas, 1975: 107-108)

En el mundo teórico del discurso se encuentra, aunque escondida y oculta tras las acciones comunicativas, la «situación discursiva ideal» en la que ni la fuerza ni el poder determinan la victoria de un argumento; es el mejor argumento el que gana. El peso de la evidencia y la validez de la argumentación determinan lo que es válido o verdadero. Los argumentos que surgen de tal discurso (y con los que están de acuerdo los participantes) son verdaderos. Así, Habermas adopta una teoría consensual de la verdad (más que una teoría de la verdad como copia [«realista»]). Esta verdad forma parte de toda comunicación, y su expresión plena es la meta de la teoría de la evolución de Habermas. Como Thomas McCarthy señaló: «En última instancia, la idea de la verdad hace referencia a una forma de interacción exenta de cualquier influencia distorsionadora. La "vida buena y verdadera", la meta de la teoría crítica, es inherente a la noción de la verdad; está implicada en todo acto comunicativo» (1982: 308).

El consenso surge teóricamente en el discurso (y preteóricamente en la acción comunicativa) cuando se dan cuatro condiciones de validez aceptadas por todos los participantes. Primera, la exposición del hablante ha de ser aceptada-

mente comprensible. Segunda, las proposiciones ofrecidas por el hablante han de ser verdaderas; es decir, el hablante ha de ofrecer un conocimiento fiable. Tercera, el hablante ha de ser veraz en sus proposiciones; el hablante es fiable. Cuarta, el hablante ha de disponer del derecho a expresar esas proposiciones. El consenso surge cuando se dan y se aceptan estas cuatro condiciones de validez; se rompe cuando se ponen en cuestión una o varias (por ejemplo, cuando se cuestiona el derecho del hablante a expresar ciertas proposiciones). Volviendo a algo que ya hemos planteado antes, en el mundo moderno hay fuerzas que distorsionan este proceso, que impiden la emergencia del consenso, y que deben ser eliminadas para alcanzar la sociedad ideal de Habermas.

Así, Habermas ha desarrollado por sí mismo una importante variante de la tradición de la teoría crítica que, aunque se enmarca dentro de la teoría crítica y, en términos generales, de la tradición marxista, tiene una serie de elementos bastante distintivos. Además, Habermas sigue desarrollando su teoría y recientemente (1984, 1987) se ha movido hacia nuevas e interesantes direcciones que llevan su teoría más allá de la teoría crítica y marxista. Analizaremos estos desarrollos recientes de la teoría de Habermas en el Capítulo 11 de este libro.

## MARXISMO ESTRUCTURAL

El marxismo estructural suele relacionarse con un grupo de pensadores franceses (por ejemplo, Louis Althusser, Nicos Poulantzas y Maurice Godelier), por lo que a veces se le denomina «estructuralismo francés». Sin embargo, como tiene también numerosos seguidores fuera de Francia, llamamos a esta escuela de pensamiento marxismo estructural.

Como su nombre sugiere, el *marxismo estructural* representa la fusión de dos escuelas: el marxismo y el estructuralismo. El estructuralismo se ocupa del análisis de las estructuras ocultas y subyacentes a la vida social. Más adelante veremos que el estructuralismo incluye una amplia serie de complicadas ideas. En el Capítulo 13, además de un análisis detallado del estructuralismo, estudiaremos la relación entre el estructuralismo, en general, y el marxismo estructural en particular. Comprobaremos que, aunque las dos orientaciones tienen varias cosas en común, hay importantes diferencias entre ellas. De lo que se trata aquí es de analizar el marxismo estructural como una variante del marxismo; en el Capítulo 9 lo estudiaremos como un tipo de estructuralismo.

### Crítica de otras teorías marxistas

Un buen punto de partida para estudiar el marxismo estructural es comenzar por analizar sus críticas a otras teorías marxistas. En general, los marxistas estructurales se consideran a sí mismos como los más fieles a la obra de Marx, especialmente a su obra madura. Además de cuestionar la pureza de otros teóricos marxistas, los marxistas estructurales les hacen críticas más específicas (Burris, 1979).

En primer lugar, los marxistas estructurales critican la tendencia de muchos marxistas a acentuar los datos empíricos en sus análisis. En opinión de marxistas estructurales como Godelier (1972a), las realidades verdaderamente importantes de la vida capitalista se encuentran en su estructura subyacente y no en los hechos observables que, con frecuencia, oscurecen la verdadera naturaleza de esa estructura.

En segundo, los marxistas estructurales rechazan la tendencia de muchos marxistas hacia la investigación histórica porque, para ellos, el historicismo se centra también en los datos empíricos e ignora la estructura subyacente. Rechazan también el historicismo porque creen que la tarea primordial del marxismo es el estudio de la estructura contemporánea. Sólo tras la comprensión de la estructura básica del mundo contemporáneo podemos comenzar a entender los procesos históricos. Curiosamente, esta idea recuerda la postura de un crítico destacado de la teoría marxista, Talcott Parsons, que también señalaba que el estudio de la estructura constituía un prerrequisito para cualquier teoría de la historia y el cambio social.

En tercero, los marxistas estructurales critican duramente el determinismo económico reduccionista que caracteriza a algunas teorias marxistas. Aunque los marxistas estructurales perciben la importancia de la economía, e incluso la consideran determinante «en última instancia», también dan importancia a otros sectores del mundo social, en especial a la política y la ideología. Poulantzas, por ejemplo, rechazó la idea de que el estado es un mero reflejo de la economía, ya que consideraba que poseía «autonomía relativa». Más específicamente, se opuso a los deterministas que afirmaban que el desarrollo económico se seguiría de cualquier tipo de estado que existiera. En otras palabras, criticaba a los que afirmaban que no había diferencia alguna entre el fascismo y la democracia. Poulantzas concluía: «Aquí, como en todas partes, las formas que adopta la dominación burguesa distan de ser indiferentes» (1976: 21).

Poulantzas se destacó por su crítica a la postura pasiva de los teóricos marxistas que afirmaban que el fascismo se desmoronaría a resultas de sus propias contradicciones internas y que no había necesidad alguna de actuar contra las sociedades fascistas. También criticaba a los que sostenían que el imperialismo constituía simplemente un fenómeno económico. Para él se trataba de un proceso mucho más complejo que implicaba aspectos económicos, políticos e ideológicos. Aunque Poulantzas (y otros marxistas estructurales) reconocían la importancia de la economía, señalaba que en cualquier momento otras estructuras sociales podían desplazarla de su posición dominante.

Finalmente, los marxistas estructurales critican la tendencia de muchos marxistas (especialmente de los teóricos críticos) a subjetivizar y humanizar su campo de estudio. Como Jay señaló, los marxistas estructurales «rechazan altivamente la concepción humanista y subjetivista del marxismo» (1984: 388). Para los estructuralistas, lo importante son las estructuras objetivas de la sociedad —la economía, la política y la ideología— y no los actores humanos que componen esas estructuras. Así, los estructuralistas rechazan la interpretación

humanista de la teoría de Marx; el esfuerzo por recuperar las preocupaciones históricas de Marx; el interés por las obras más humanistas de Marx (por ejemplo, *Los manuscritos de 1844*); el énfasis en las raíces hegelianas de la teoría marxista; y el acento en los actores voluntaristas, sus sentimientos, sus relaciones interpersonales, o incluso sus esfuerzos conscientes por la autoorganización (Appelbaum, 1979). Por ejemplo, en lugar de ver las clases sociales compuestas de actores voluntaristas, los estructuralistas las ven como «relaciones objetivamente antagonistas» (Burris, 1979: 14). Althusser describió la importancia de las estructuras y el hecho de que los actores estén determinados por esas estructuras:

> La estructura de las relaciones de producción determina las *posiciones* que ocupan y las *funciones* que desempeñan los agentes de producción, los cuales son, exclusivamente, ocupantes de esas posiciones, en la medida en que son «soportes»... de las funciones. Los verdaderos «sujetos» (en el sentido de sujetos constituyentes del proceso) no son, por tanto, estos ocupantes o funcionarios... sino las relaciones de producción (y las relaciones sociales políticas e ideológicas).
>
> (Althusser, citado en Burris, 1979: 8)

En suma, el rechazo del marxismo humanista expresa claramente el interés central de los estructuralistas por las estructuras de la sociedad capitalista. Expondremos ahora las premisas del marxismo estructural en términos más positivos.

## Principios del marxismo estructural

Los marxistas estructurales se orientan hacia el estudio de las estructuras ocultas subyacentes a la sociedad capitalista. Aunque su preocupación básica no son las estructuras «reales», piensan que hay estructuras reales en el mundo que constriñen o determinan la acción y el pensamiento de los actores. Los marxistas estructurales aceptan la importancia de la economía, pero también les preocupan otras estructuras. Es más, aun aceptando la idea de la economía como elemento determinante en última instancia, rechazan la reducción de otras estructuras y su consideración como meros reflejos de aquélla. De hecho, los marxistas estructurales no sólo dan importancia a la política y la ideología, también las creen dotadas de una «autonomía relativa». Estas estructuras pueden seguir procesos de desarrollo bastante independientes y pueden, en un momento determinado, convertirse en fuerzas dominantes de la sociedad.

Cualquiera que sea la estructura de la que se ocupen, los marxistas estructurales consideran que los actores constituyen meros ocupantes de las posiciones de esas estructuras, es decir, que están constreñidos por esas estructuras. A pesar de las implicaciones pasivas de este punto de vista, los estructuralistas se niegan, como marxistas que creen en la práctica, a concluir que las personas deben sentarse a esperar que llegue el desmoronamiento del sistema estructural. Como Poulantzas señaló: «Si nos limitamos a esperar, jamás llegaremos a ver el

«gran día», sino sólo los tanques durante algunos momentos de la mañana» (1976: 133).

La idea de la ruptura de las estructuras de la sociedad refleja otra preocupación central de los marxistas estructurales: las contradicciones del sistema. Estos tienden a ocuparse de las contradicciones entre las estructuras, más que de las contradicciones a las que se enfrenta el actor.

Los marxistas estructurales acentúan la investigación teórica frente a la empírica. Evidentemente, como las estructuras son invisibles, presuponen que sólo pueden reconocerse teóricamente; por tanto, la investigación empírica es incapaz de desvelarlas.

En parte por la misma razón los marxistas estructurales se centran en la sociedad contemporánea. Dan escaso crédito a los datos históricos o a la investigación histórica y juzgan prioritario el estudio de las estructuras estáticas frente al de los procesos históricos; la historia sólo puede entenderse y conocerse una vez comprendida la estructura contemporánea.

## Reanálisis de Marx: la obra de Louis Althusser

El trabajo de Louis Althusser se define principalmente por la naturaleza de su enfoque sobre la obra de Marx. Althusser creía que la mayoria de los marxistas no había interpretado sus ideas adecuadamente; de hecho pensaba que las habian violentado. Y se propuso remediar este problema desarrollando lo que él creia una lectura «correcta» de la obra de Marx. La mejor manera de analizar el trabajo de Althusser es ubicarlo en el contexto del debate en torno a la obra de Marx.

Uno de los aspectos del debate es si Marx adoptó una postura intelectual coherente durante toda su vida (Veltmeyer, 1978). Esta cuestión guarda relación con la de si Marx es un pensador determinista o un pensador estructural, humanista o dialéctico. Los marxistas que consideran a Marx un estructuralista se centran en su obra madura, particularmente en *El capital* (1867/1967). Otros se centran en lo que consideran una perspectiva más humanista que se encuentra en la continuidad esencial entre *El capital* y *Los manuscritos de economia y filosofía de 1844* (1932/1964). De hecho, es posible encontrar numerosas pruebas en la obra de Marx que respaldan ambas interpretaciones. [3]

Althusser participa en el debate sobre los «dos Marx», o «lo que distingue el objeto de *El capital*... del objeto... de *Los manuscritos de 1844*» (Althusser y Balibar, 1970: 14). Para Althusser, *Los manuscritos de 1844* fueron escritos por

[3] Entre los que ven continuidad en la obra de Marx se encuentran Mészáros (1970), Ollman (1976), y Wallimann (1981), y entre los que apoyan la tesis de la discontinuidad figuran McMurty (1978) y Gandy (1979). Barbalet desarrolla una interesante postura intermedia al afirmar que, si bien hay continuidad en el uso que hace Marx de los conceptos esenciales y su obra temprana proporciona la base de su obra madura, los conceptos «tienen diferentes acepciones en los distintos marcos teóricos de las distintas fases por las que pasa su desarrollo teórico» (1983: 2).



## LOUIS ALTHUSSER: Reseña biográfica



El 16 de noviembre de 1980, Louis Althusser, un renombrado marxista estructural francés, entraba corriendo en pijama en el patio de la escuela donde enseñaba desde hacía muchos años gritando que acababa de matar a su esposa. Los que fueron a su casa encontraron estrangulada a su mujer Hélène, una socióloga que destacaba por méritos propios. Althusser, que había padecido graves depresiones (Benton, 1984), había permanecido cuatro meses hospitalizado antes del asesinato. En lugar de ser llevado a prisión, se le internó en un hospital. El juez que fue al hospital a comunicarle que estaba acusado de asesinato le encontró tan profundamente deprimido que le consideró incapaz de entender la información que le estaba comunicando o de responder alguna pregunta acerca del suceso. En 1981 le absolvieron de la acusación de asesinato al considerarle loco, y le internaron en un hospital psiquiátrico donde permaneció hasta 1984.

Althusser nació el 16 de octubre de 1918 en Argelia y pasó cinco años encarcelado como prisionero de guerra durante la Segunda Guerra Mundial. Tras la Segunda Guerra Mundial terminó sus estudios en la Ecole Normale Supérieure donde, más tarde, ocuparía un puesto de profesor de filosofía.

Antes de la guerra Althusser era políticamente conservador y un católico activo, pero tras la guerra comulgó con las ideas y la práctica del comunismo. En 1948 se incorporó formalmente al Partido Comunista Francés. Más tarde comenzó a ser famoso como figura política y también como intérprete destacado de las ideas de Karl Marx. En sus obras más famosas, *La revolución teórica de Marx* y *Para leer El capital*, se encuentra la idea de la existencia de una gran discontinuidad en la obra de Marx. Althusser sostenía que mientras el joven Marx era humanista y filósofo, el Marx maduro se caracterizaba por un mayor rigor e importancia científica. Althusser se labró una reputación como escritor y se mostró relativamente inactivo en la vida política francesa. Por ejemplo, apenas participó en la rebelión estudiantil francesa de 1968, acontecimiento muy relevante de la reciente historia francesa. Su ausencia de la actividad política era infrecuente en un marxista comprometido con la integración de la teoría y la práctica.

En los últimos años, Althusser comenzó a criticar al Partido Comunista Francés y al comunismo soviético. Poco antes de su muerte hizo el siguiente comentario acerca del stalinismo: «Los líderes soviéticos aún se niegan a aplicar a ese gigantesco error el análisis marxista, que ha sido enterrado junto con sus millones de víctimas y silenciado por el estado» (Pace, 1990: B6).

Althusser murió el 22 de octubre de 1990 en un centro geriátrico de las afueras de París.

un Marx que estaba profundamente influido por Hegel, la filosofía, el humanismo y preocupado por el efecto devastador de las condiciones alienadoras del capitalismo sobre el individuo. Desde el punto de vista de Althusser, estas preocupaciones eran acientíficas y requerían ser superadas si se quería desarrollar el materialismo científico (P. Anderson, 1976). Las bases filosóficas, humanistas e históricas de la obra temprana de Marx le condujeron a centrarse en un actor activo, creativo y libre. En opinión de Perry Anderson, esta visión era anatema para Althusser. «El engaño arquetípico consistía en que los hombres creían que disponían en todo momento de libre albedrío, cuando en realidad estaban permanentemente gobernados por *leyes* de cuya existencia *no se percataban*» (1976: 65; cursivas añadidas). Althusser creía que el núcleo de la teoría de Marx residía en la estructura de la sociedad y en las leyes que gobiernan el funcionamiento de estas estructuras, más que en los actores libres. En su opinión, este enfoque se manifiesta claramente en *El capital*. Como señaló Althusser: «Si nos tomamos en serio lo que Marx nos dijo acerca de la dialéctica real de la historia, no son los "hombres" los que hacen la historia, aunque la dialéctica de la historia se realiza en ellos y en su práctica, sino las masas en las relaciones de la lucha de clases» (1977: 168).

Althusser afirmaba que había una clara «ruptura epistemológica» en la historia de la obra de Marx y que Marx cambió de forma muy drástica desde la subjetividad filosófica (una perspectiva ideológica) hacia la teoría abstracta (una perspectiva científica) (Benton, 1984: 53). Aunque detalló una serie de subfases, Althusser dividía básicamente la obra de Marx en obras anteriores y posteriores a 1845. Antes de 1845, su fase ideológica, Marx era fundamentalmente un filósofo humanista, pero después de esta fecha, en su fase científica, adoptó una orientación más científica. Althusser señalaba que en 1845 Marx hizo «un descubrimiento científico sin precedentes en cuanto a su naturaleza y efectos... Marx estableció una nueva *ciencia*: la ciencia de la historia de las "formaciones sociales"» (1969: 13).

Desde el punto de vista de Althusser, en 1845 «Marx rompió radicalmente con todas las teorías que fundamentaban la historia y la política en la esencia del hombre» (1969: 227). Identificó tres elementos en este brusco cambio de pensamiento. En primer lugar, Marx desarrolló toda una serie nueva de conceptos científicos estructurales tales como las formaciones sociales, la superestructura, las relaciones de producción y las fuerzas de producción que sustituían ideas tales como la alienación, el ser-genérico y otros conceptos humanistas. En segundo lugar, Marx emprendió una crítica teórica de todas las variantes del humanismo filosófico. En tercero, Marx definió el humanismo como una forma de ideología: un sistema de ideas elitista y distorsionado. Y Althusser concluía: «Esta ruptura con todo humanismo *filosófico*... no constituye un dato secundario; es el descubrimiento científico de Marx» (1969: 227).

La postura de Althusser constituye algo así como un regreso al pensamiento económico y mecanicista predominante en las teorías comunistas antes de la Revolución Rusa de 1917. El predominio de esta perspectiva se debió, en parte,

a que los estudiosos marxistas podían acceder más fácilmente a *El capital*, que era fácil interpretar de manera mecanicista, que a *Los manuscritos de 1844*, que no vieron la luz hasta 1932. Sin embargo, como vimos al principio del capítulo, ya existían críticos (por ejemplo, Gramsci) del marxismo mecanicista antes de que se publicaran sus obras más humanistas. La imagen humanista del marxismo que defendía Gramsci era anatema para Althusser, quien la consideraba característica del joven Marx.

La publicación tardía de siete cuadernos de notas de Marx escritos en el invierno de 1857-1858 y conocidos ahora como los *Grundrisse* (1857-58/1974) influyó poderosamente en el debate. Aunque se publicaron en dos partes, en 1939 y 1941 en la Unión Soviética, el original alemán no vio la luz hasta 1953, y la versión inglesa hubo de esperar hasta 1974. Muchos observadores (por ejemplo, McLellan, 1971; Mészáros, 1970; Nicolaus, 1974; Ollman, 1976; Struik, 1964) creen que los *Grundrisse* tienden a apoyar la interpretación gramsciana de Marx antes que la de Althusser. Ollman se expresó con claridad acerca de esta cuestión: «Los *Grundrisse*... que constituyen el primer borrador de *El capital*, contienen numerosas páginas extraídas íntegramente de *Los manuscritos de 1844*. Incluso en la versión publicada de *El capital*, hay una mayor cantidad de conceptos e ideas del «joven» Marx que la que se reconoce generalmente» (1976: xv). Ollman no quería decir que las ideas de Marx hubieran sido siempre las mismas, pero sí que existía una evolución en las ideas que se hacía evidente ya en sus primeras obras. Esta idea ha recibido la aceptación de muchos estudiosos marxistas, pero algunos, como Althusser, seguían considerando a Marx un determinista estructural.

Además de intentar desarrollar una interpretación estructural de la obra de Marx, Althusser se esforzó también por derivar de ella un análisis estructural de la sociedad capitalista. Para empezar, Althusser adoptó la postura de que la economía era determinante «en última instancia». Con seguridad esta postura es más débil que la que adoptaron los deterministas económicos. Pero a pesar de la importancia básica de la economía, otros componentes estructurales de la sociedad capitalista tienen también una importancia considerable.

Como hemos mencionado más arriba, Althusser concebía la sociedad capitalista como una *formación social*, una totalidad compleja y concreta en un punto específico de su desarrollo histórico. Es esta una concepción estática y ahistórica de la sociedad capitalista.

Althusser también examinó los principales componentes de la formación social. En su análisis rechazaba la dicotomía simple entre base y superestructura. Para Althusser las superestructuras de la sociedad capitalista no eran un mero reflejo de la base económica; antes bien, disponían de *autonomía relativa* y podían incluso erigirse como dominantes en cualquier momento. Sin lugar a dudas, al final la economía es dominante. En su opinión, una formación social se compone de tres elementos básicos: la economía, la política y la ideología. La interacción de estos componentes estructurales constituye el conjunto social en cualquier momento.

Como marxista que era, Althusser se preocupó por las contradicciones que existían entre estas entidades estructurales. Esta inquietud le indujo a desarrollar, a partir de la obra de Lenin y Mao, el concepto de sobredeterminación. *Sobredeterminación* significa que una contradicción dentro de una formación social no puede disolverse por sí misma, porque influyen en ella otras contradicciones dentro de la sociedad. Esta interpretación de las contradicciones le llevó a la idea de que las sociedades no evolucionan uniformemente; siempre se produce un *desarrollo desigual*. La idea del desarrollo desigual dentro de los diferentes componentes de la formación social permitió a Althusser alejarse de las posiciones totalmente deterministas. Los actores están determinados por las estructuras, pero debido al desarrollo desigual, las formaciones sociales no están totalmente determinadas. Las contradicciones en el seno de la formación social confieren su cualidad dinámica a las formaciones de Althusser. A resultas de ello, el desarrollo de las sociedades no puede explicarse mediante un único determinante. Esta idea le permitió criticar a los deterministas económicos.

> Es el *«economicismo»* (mecanicismo) y no la verdadera tradición marxista el que establece de una vez por todas una jerarquía de instancias, asigna a cada una su esencia y su papel y define el significado universal de sus relaciones; es el economicismo el que identifica roles y actores eternamente, sin percatarse de que la necesidad del proceso reside en un intercambio de papeles «de acuerdo con las circunstancias».
>
> (Althusser, 1969: 213)

Althusser arremetió contra los deterministas económicos por que suponían el predominio eterno de los factores económicos y relegaban otros factores, como la política y la ideología, a un papel secundario. Para él, existía la posibilidad de que otras instituciones sociales diferentes de la economía (por ejemplo, la política) ocuparan, al menos durante algún tiempo, una posición predominante. Además, era preciso considerar las relaciones entre las diversas instituciones sociales. Por tanto, puede afirmarse que Althusser tenía una idea determinista de los actores, pero no de las estructuras; había una dialéctica entre las estructuras.

## Nicos Poulantzas: economía, política e ideología

Nicos Poulantzas se cuenta entre los principales marxistas estructurales contemporáneos, y tiene mucho en común con Althusser y otros marxistas estructurales franceses. Sin embargo, mientras Althusser es conocido fundamentalmente por su análisis crítico de los textos de Marx, a Poulantzas se le reconoce su análisis del mundo real y de cuestiones tales como la clase social, el fascismo y la dictadura. Poulantzas desarrolló una crítica no sólo del economicismo (determinismo económico) sino también del estructuralismo de Althusser y sus colegas. Se consideraba diferente, al menos en algunos sentidos, de otros pensadores de la escuela del marxismo estructural. Por ejemplo, Poulantzas (1975) intentó

resueltamente desarrollar una teoría concreta y su participación en actividades revolucionarias fue mayor que la de otros marxistas estructurales. De hecho, en el transcurso de su vida se alejó gradualmente del modelo estructuralista de análisis (Jessop, 1985). Además, Poulantzas (1975) no intentó desarrollar una teoría general porque no se creía capaz, ni a él mismo ni a otros teóricos, de llevar a cabo semejante empresa.

No obstante, Poulantzas compartía con otros marxistas estructurales una serie de orientaciones. Por ejemplo, rechazaba el economicismo de los primeros marxistas (Poulantzas, 1972: 239). Pero no sólo rechazaba (1973, 1975) el marxismo economicista, sino también el marxismo hegeliano (por ejemplo, la obra de Lukács) y la Escuela Crítica por el énfasis que ponían en los factores subjetivos. Poulantzas (1972: 242-244) se negó especialmente a reconocer la importancia de los actores individuales y sus motivaciones.

En el núcleo de la obra de Poulantzas y en el del marxismo estructural en general reside la idea de que el capitalismo moderno tiene tres componentes principales: el estado, la ideología y la economía. Poulantzas adoptó una perspectiva realista de estas estructuras y, a diferencia de otros marxistas estructurales, las analizó empíricamente en sus obras. Sin embargo, su principal aportación va más allá del detalle empírico y se encuentra en el análisis teórico que se requiere para desvelar las estructuras ocultas de la sociedad capitalista. Una de sus ideas teóricas clave (Jessop, 1985), de nuevo compartida por otros marxistas estructurales, es la de la *autonomía relativa*, la idea de que las diversas estructuras de la sociedad capitalista son relativamente independientes unas de otras. Poulantzas aplicó esta idea con una perspectiva más amplia que muchos otros pensadores. Afirmaba que el estado capitalista se caracterizaba por «la separación relativa entre lo económico y lo político y la relativa autonomía del estado frente a las clases dominantes» (Poulantzas, 1974: 313). Lo mismo puede afirmarse en relación con la economía y la ideología. La extensión de Poulantzas de esta idea de la autonomía relativa a otras áreas de la sociedad caracteriza su pensamiento. Analizó, por ejemplo, la autonomía relativa de los diversos componentes de una clase social tales como «varias camarillas, fracciones y clanes» (Poulantzas, 1976: 112). Poulantzas percibía una interrelación entre todos los componentes estructurales de la sociedad capitalista, sin dejar de acentuar la autonomía relativa de cada uno de ellos.

Esta idea conduce a otro aspecto distintivo de la obra de Poulantzas: su análisis de los diversos componentes de muchas de las estructuras que estudió. No era propenso a pensar en las estructuras como totalidades unificadas, sino que las consideraba constituidas por una serie de subestructuras. En lo tocante a esta cuestión, su idea más conocida es la de las *fracciones* de las clases sociales (Poulantzas, 1975: 23). En otras palabras, una clase social no es una totalidad unificada, sino que está compuesta de diversas subunidades (Poulantzas, 1976: 92). Asimismo, hablaba de la existencia de subunidades dentro de las estructuras políticas e ideológicas, a las que denominaba *categorías* que «se definían principalmente por el lugar que ocupan en las relaciones políticas e ideológicas. Por



## NICOS POULANTZAS: Reseña biográfica



Nacido el 21 de septiembre de 1936 en Atenas, Nicos Poulantzas se convirtió en el «teórico marxista del estado y la política más importante e influyente en el periodo de la posguerra» (Jessop, 1985: 5). Su padre era profesor y una figura destacada en la sociedad griega. Estudiante precoz, Poulantzas aprendió francés en su adolescencia y recibió su diploma de bachiller superior en 1953, a la edad de diecisiete años. Ingresó luego en la Facultad de Derecho de la Universidad de Atenas y terminó su doctorado en 1957. Si se doctoró en derecho no fue porque esta carrera le interesara mucho, sino porque eso le permitía estudiar filosofía y ciencias sociales. Aunque participó algo en la política de izquierdas durante este periodo, Poulantzas aún no se había convertido al marxismo. Tras tres años en la marina griega, Poulantzas fue admitido por el Colegio de Abogados, pero nunca practicó la abogacía. Antes bien, marchó al extranjero en busca de una carrera académica y encontró el camino para hacerlo en París.

Poulantzas se incorporó a la Sorbona en 1960, donde obtuvo una codiciada ayudantía y enseñó derecho hasta 1964. Terminó su tesis doctoral en ese año, y mientras la acababa participó activamente en la vida intelectual francesa y entabló estrechas relaciones con personas como Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir. Se casó con una joven novelista, Annie Leclerc en 1966 con la que tuvo una hija en 1970.

Durante las décadas de 1960 y 1970 Poulantzas se fue comprometiendo con el marxismo y participó cada vez más activamente en la política. Permaneció en Francia y sus ideas se inspiraron en la vida intelectual francesa, aunque también siguió manteniendo relación con Grecia. Escribió sobre cuestiones relevantes de los acontecimientos que ocurrían en su país y se hizo militante del partido comunista griego. Pero como Jessop señaló: «Solía reaccionar ante los acontecimientos griegos con ojos franceses» (1985: 13).

A finales de los años sesenta, los escritos de Poulantzas empezaron a atraer la atención internacional. También empezó a enseñar sociología en una universidad experimental francesa. Publicó prolíficamente durante los años sesenta y setenta y participó activamente tanto en la vida política francesa como en la griega. Poulantzas se suicidó el 3 de octubre de 1979. Desde esa fecha su obra disfruta de una audiencia internacional y se considera que su teoría es una de las perspectivas neomarxistas más relevantes.

ejemplo, entre estas categorías se cuentan la burocracia estatal, definida por su relación con el aparato del estado, y los intelectuales, definidos por su rol en la elaboración y el desarrollo de la ideología» (Poulantzas, 1975: 23). También distinguió entre las diversas subunidades dentro del estado (*aparatos*), cuya

principal función era mantener política e ideológicamente la cohesión social. Entre esas subunidades figuran los aparatos estatales represores tales como el ejército y las prisiones, así como aparatos estatales ideológicos, por ejemplo, la educación y la cultura (Poulantzas, 1975: 24-25). Así, Poulantzas tenía una imagen mucho más complicada de las estructuras del capitalismo y sus numerosas subestructuras que la de muchos de sus colegas marxistas.

Poulantzas fue cauteloso a la hora de hacer estas distinciones estructurales, porque creía que toda estructura tenía consecuencias sociales relativamente autónomas. Además, todas tenían, al menos, el potencial de desempeñar en algún momento un papel central en la sociedad (Poulantzas, 1973, 1975).

La reflexión de Poulantzas acerca de las contradicciones partió de su imagen pluralista de las estructuras de la sociedad capitalista. Al igual que otros marxistas estructurales, Poulantzas no se limitó a llevar a cabo el análisis de las contradicciones económicas, sino que se interesó también, entre otras cosas, por las contradicciones entre la economía, la política y la ideología. Sin embargo, fue aún más lejos y examinó las contradicciones entre las diversas fracciones, categorías y aparatos dentro de cada una de estas unidades estructurales básicas. Por ejemplo, Poulantzas afirmaba «que todo estado burgués está fragmentado por las contradicciones entre sus diversos aparatos y ramas (y no sólo entre los partidos políticos), que constituyen las bases organizativas de unas u otras fracciones y componentes del bloque de poder» (1976: 103-104).

El interés teórico principal de Poulantzas, y el de la mayoría de los marxistas estructurales, era la interrelación entre los tres componentes fundamentales de la sociedad capitalista. Por ejemplo, vinculó el estado y la ideología afirmando que a la larga el *estado* no puede ejercer su función de dominación mediante la represión exclusivamente; ésta siempre va acompañada de cierta dominación *ideológica* (Poulantzas, 1976).

Poulantzas también vinculó la ideología y la economía. El más importante papel de la ideología, que se expresa en el proceso de socialización, es formar a las personas para que ocupen diversas posiciones y ocupaciones en el sector económico. Aunque daba importancia a la socialización, tuvo la precaución de señalar que una sociedad capitalista no sólo debe producir (socializar) personas para que ocupen posiciones, sino también debe producir constantemente las posiciones para que sean ocupadas por esas personas. Para subrayar su orientación estructuralista, Poulantzas estableció claramente que lo más importante eran las posiciones estructurales y no los actores y su socialización:

> Aunque es cierto que los agentes mismos deben reproducirse —«formados» y «sometidos»— para ocupar ciertas posiciones, es cierto también que la distribución de los agentes no depende de sus propias oportunidades y aspiraciones, sino de la reproducción de esas mismas posiciones. Esto se debe a que el aspecto principal de la determinación de clase son las posiciones, y no los agentes que ocupan esas posiciones.
>
> (Poulantzas, 1975: 29)

Si bien reconocía la importancia de la socialización, Poulantzas (1975: 34) distinguió su postura de la que habían adoptado muchos sociólogos que afirmaba que los factores ideológicos eran mucho más importantes de lo que él estaba dispuesto a reconocer.

En relación con la cuestión de los vínculos entre el estado y la economía, Poulantzas señaló que en la fase del capitalismo monopolista el estado adquiere una importancia decisiva. Esta idea se deriva lógicamente de su posición más general según la cual «el capitalismo *jamás* atravesó una fase en la que el estado no hubiera desempeñado un papel económico importante» (Poulantzas, 1974: 220; cursivas añadidas).

En términos más generales Poulantzas se interesaba por la interrelación entre *las tres* estructuras básicas del capitalismo. Por ejemplo, señaló que el imperialismo «no es un fenómeno que pueda reducirse al desarrollo económico... El imperialismo es un fenómeno con implicaciones económicas, políticas e ideológicas» (Poulantzas, 1974: 22). Es esta otra manera de expresar su rechazo del determinismo económico simplista de muchos marxistas. Para él, la superestructura, constituida por «formas ideológicas y jurídico-políticas... interviene decisivamente en el proceso de producción» (1974: 41). Tal noción pluralista llevó a Poulantzas, como a Althusser, a la idea del desarrollo desigual del sistema capitalista. Y ello, a su vez, imprimió a su obra una dialéctica en el nivel estructural que le permitió, como a Althusser, evitar una postura totalmente determinista.

Concluimos este análisis de la orientación de Poulantzas mencionando su trabajo sobre las clases sociales. Como estructuralista, Poulantzas afirmaba, de acuerdo con Andor Skotnes, que «las clases sociales están *estructuralmente determinadas*; existen objetivamente, independientes de la voluntad y la "conciencia" de sus miembros» (1979: 35). Sin embargo, las clases no están totalmente determinadas por las estructuras económicas (Poulantzas, 1974), sino también por factores ideológicos y políticos. Poulantzas se esforzó enormemente por evitar el eterno problema de los estructuralistas, la idea estática de las clases sociales. Afirmaba que las clases sociales estaban determinadas exclusivamente en el proceso constante de la lucha de clases, que se divide en la lucha económica, política e ideológica. Las clases se constituyen a partir de la confluencia de estas luchas.

Poulantzas tuvo la precaución de distinguir entre el análisis general de las clases sociales y el de las posiciones de clase en cualquier coyuntura histórica. En cualquier punto determinado de la historia, las clases o las fracciones de clase pueden adoptar posiciones que no se corresponden con la posición estructural general de aquéllas. Una aristocracia obrera, por ejemplo, puede identificarse con la burguesía, o miembros de la clase media pueden ocupar posiciones características del proletariado. Sin embargo, se trata de desarrollos históricos transitorios que no concuerdan con la estructura general de la lucha de clases. Existe la posibilidad de que se produzcan desviaciones en el transcurso de la historia. Esta idea confiere flexibilidad y dialéctica al marxismo estructural de Poulantzas.

### Reacciones críticas al marxismo estructural

El marxismo estructural ha sido objeto de numerosas críticas por parte de otros marxistas. Primero, se le ha calificado de ahistórico. E.P. Thompson señaló que «el estructuralismo de Althusser es un estructuralismo *estático*, que se aleja del método histórico de Marx» (1978: 197). Val Burris afirmó que los marxistas estructurales habían malinterpretado estructuras históricamente específicas y las habían considerado «principios universales de organización social» (1979: 16). Segundo, se les ha criticado por defender ciegamente el cientifismo (Appelbaum, 1979: 26). Tercero, el marxismo estructural ha sido calificado de elitista, ya que sólo los científicos y militantes del partido comunista son capaces de entender la verdad sobre el mundo social. Cuarto, se ha señalado que ignoran al actor y la conciencia. Quinto, han prestado escasa atención a la investigación empírica (Miliband, 1972: 256). Y sexto, han sido acusados de deterministas.

Curiosamente, algunos críticos han encontrado relaciones entre el marxismo estructural y las teorías sociológicas que muchos marxistas condenan: el funcionalismo estructural y la teoría del conflicto (Appelbaum, 1979: 27-28). Incluso Jessop ha llegado a criticar el «funcionalismo implícito» (1985: 111) de ciertos aspectos de la obra de Poulantzas. En la línea de Jessop, Nancy DiTomaso (1982) ha identificado claras semejanzas entre la obra de Althusser y la de Parsons.

El marxismo estructural constituye uno de los desarrollos más polémicos de la teoría neomarxista. Incluye una dura crítica de otras variantes de la teoría marxista y ha sido duramente atacado por marxistas pertenecientes a otras orientaciones teóricas.

## SOCIOLOGIA ECONOMICA NEOMARXISTA

Como hemos podido ver a lo largo de este capítulo, muchos neomarxistas (por ejemplo, los teóricos críticos y los marxistas estructurales) apenas han hecho comentarios acerca de la institución económica, y ello se debió, al menos en parte, a su reacción contra los excesos de los deterministas económicos. Sin embargo, estas reacciones han provocado toda una serie de contrarreacciones. En este apartado analizaremos la obra de algunos de los marxistas que han regresado a un enfoque sobre el reino económico. Su obra no supone un regreso a la teoría marxista temprana; constituye un esfuerzo por adaptar la teoría marxista a las realidades de la sociedad capitalista moderna.

Por supuesto, existe una vasta literatura que trata las cuestiones económicas desde un punto de vista marxista. La mayor parte de ella sólo es relevante para la economía, pero también se encuentran trabajos que lo son para la sociología. Analizaremos dos tipos de trabajos en este apartado. El primero se centra en la cuestión general del trabajo y el capital. El segundo supone un esfuerzo más específico y contemporáneo sobre la transición del fordismo al posfordismo.

## Trabajo y capital

**El capital monopolista.** La investigación original de Marx sobre las estructuras y los procesos económicos se basaba en su análisis del capitalismo de su tiempo: lo que hoy llamamos capitalismo competitivo. Las industrias capitalistas eran relativamente pequeñas, a resultas de lo cual ninguna industria o pequeño grupo de industrias podían llegar a ejercer el control total e indiscutible del mercado. Una buena parte del trabajo económico de Marx se basa en la premisa, acertada para su tiempo, de que el capitalismo era un sistema competitivo. Marx anticipó la posibilidad de monopolios en el futuro, pero hizo escasos comentarios sobre esta cuestión. Muchos teóricos marxistas posteriores a él siguieron trabajando como si el capitalismo no hubiera cambiado desde los tiempos de Marx.

Es en este contexto donde debemos enmarcar nuestro análisis de la obra de Baran y Sweezy (1966). Comenzaron con una crítica de la ciencia social marxista, a la que acusaban de repetir formulaciones familiares y no explicar los importantes desarrollos recientes que se habían producido en la sociedad capitalista. Criticaron el estancamiento de la teoría marxista, que continuaba apoyándose en el supuesto de una economía competitiva. En su opinión, una teoría marxista debe reconocer que el capitalismo monopolista ha sustituido al capitalismo competitivo.

Una cuestión de importancia crucial para Baran y Sweezy era la definición de la naturaleza del capitalismo monopolista. El capitalismo monopolista implica que uno o una pequeña cantidad de capitalistas controlan un sector determinado de la economía. Evidentemente, hay menos competitividad en el capitalismo monopolista que en el competitivo. En el capitalismo competitivo las organizaciones compiten sobre los precios. En el capitalismo monopolista, las compañías ya no tienen necesidad de competir en este terreno porque una o unas pocas firmas controlan el mercado; la competencia se traslada al reino de las ventas. los anuncios publicitarios, las campañas de ventas y otros métodos de atraer a los consumidores potenciales son las principales arenas donde se produce la competencia.

El cambio de la competencia de los precios a la de las ventas es parte de otro proceso característico del capitalismo monopolista: la *racionalización progresiva*. La competencia de precios llega a considerarse altamente irracional. Es decir, desde el punto de vista del capitalista monopolista, ofrecer precios cada vez más bajos sólo conduce al caos mercantil, por no decir a beneficios inferiores e incluso a la bancarrota. La competencia de ventas, a diferencia de la anterior, no constituye un sistema cruel y despiadado; de hecho, incluso proporciona trabajo a la industria publicitaria. Además, los precios pueden mantenerse altos, añadiendo al precio final los costes de las campañas de ventas y promoción. Por ello la competencia mediante ventas asume un menor riesgo que la competencia mediante precios.

Otro aspecto importante del capitalismo monopolista es el surgimiento de

las corporaciones gigantes: un puñado de grandes corporaciones controlan la mayoría de los sectores de la economía. En el capitalismo competitivo, prácticamente un solo empresario controlaba y administraba su organización. La corporación moderna es propiedad de una cantidad elevada de accionistas, pero unos pocos grandes accionistas poseen la mayoría de las acciones. Si bien la corporación es «propiedad» de los accionistas, son los directivos los que la controlan día a día. Los directivos desempeñan un papel sumamente importante en el capitalismo monopolista, mientras en el capitalismo competitivo este papel lo desempeñaban los empresarios. Los directivos tienen un poder considerable, y se esfuerzan por conservarlo. Incluso se afanan por lograr la independencia financiera para sus compañías intentando, en la medida de lo posible, generar los fondos que necesitan internamente en lugar de recurrir a fuentes externas de financiación.

Baran y Sweezy realizaron un análisis extenso de la posición que ocupaba el directivo en la sociedad capitalista moderna. Los directivos se definen como un grupo altamente racional orientado a maximizar los beneficios de la organización. Por tanto, no están dispuestos a asumir el riesgo que caracterizaba a los antiguos empresarios. Trabajan a más largo plazo que el empresario. La preocupación del antiguo capitalista era maximizar los beneficios a corto plazo, mientras los directivos modernos son conscientes de que ese esfuerzo puede conducir a una competencia caótica de precios que puede afectar negativamente a los beneficios a largo plazo de la compañía. Así, el directivo sacrifica *algunos* beneficios a corto plazo para maximizar la rentabilidad a largo plazo.

El aspecto central del capitalismo monopolista es la capacidad del sistema para generar y usar el excedente económico. El *excedente económico* se define como la diferencia entre el valor de lo que produce una sociedad y los costes de su producción. Preocupados por la cuestión del excedente, Baran y Sweezy se alejaron del interés de Marx por la explotación del trabajo y se centraron en los vínculos entre la economía y otras instituciones sociales, especialmente en la absorción del excedente económico por esas instituciones.

Los directivos modernos son víctimas de sus propios logros. Por un lado, pueden fijar los precios de un modo arbitrario dado el lugar que ocupan en la economía. Por otro, se afanan por recortar los costes internos de la organización, particularmente los costes relacionados con el trabajo manual. La capacidad para fijar precios altos y recortar los costes conduce al aumento de la cantidad de excedente económico.

El capitalista se enfrenta entonces a la cuestión de qué hacer con el excedente. Una posibilidad es consumirlo: pagar a los directivos salarios muy altos y a los accionistas enormes dividendos que se convierten en yates, Rolls-Royces, joyas y caviar. Esto se hace hasta cierto punto, pero el excedente alcanza tal cantidad que las élites son incapaces de consumir ni siquiera una parte de él. En todo caso, el consumo conspicuo caracteriza más a los primeros empresarios que a los directivos y accionistas modernos.

Una segunda alternativa es invertir ese excedente, por ejemplo, en perfec-

cionar la tecnología o en inversiones en el extranjero. Esta posibilidad, que parece razonable y, hasta cierto punto la llevan a cabo los directivos, produce el efecto de que, si la inversión se hace sabiamente, genera aún mayores excedentes.

Los esfuerzos por aumentar las ventas también pueden absorber parte del excedente. Los capitalistas modernos pueden estimular la demanda de sus productos recurriendo a los anuncios publicitarios, creando y expandiendo el mercado para sus productos, y utilizando técnicas tales como el cambio de modelo de un producto, la obsolescencia planificada, y los créditos de inmediata disponibilidad al consumidor. Sin embargo, esta alternativa también plantea algunos problemas. Primero, es incapaz de absorber suficiente excedente. Segundo, probablemente estimula una expansión aún mayor de la corporación que, a su vez, conduce a una mayor cantidad de excedente.

De acuerdo con Baran y Sweezy, la única alternativa que queda es el *despilfarro*. El excedente necesita ser consumido, y hay dos maneras de hacerlo. La primera es el gasto en asuntos gubernamentales no militares tales como el mantenimiento de millones de trabajadores en puestos gubernamentales y la financiación de numerosos programas gubernamentales. La segunda es el dispendio militar, que incluye la vasta nómina del ejército y su presupuesto de miles de millones de dólares para una maquinaria cara que en poco tiempo se queda obsoleta.

La postura de Baran y Sweezy tiene varios puntos flacos. Por un lado, parece como si realmente no existiera *una buena manera* de consumir el excedente, y quizás esto es lo que querían comunicar ambos pensadores. Nos dejan con la impresión de que se trata de una contradicción irresoluble del capitalismo. Virtualmente, todos los gastos de los capitalistas conducen a una mayor demanda y, en última instancia, a mayores excedentes. Los empleados gubernamentales y los militares gastan su dinero en más bienes; y como parte de la maquinaria militar se consume (por ejemplo, en la guerra contra Irak de 1991 ), se produce una demanda de maquinaria más perfeccionada.

Otra critica que puede hacerse a Baran y Sweezy es que sobrevaloran la racionalidad de los directivos. Herbert Simon (1957), por ejemplo, afirmaría que los directivos tienen más interés en encontrar (y son sólo capaces de encontrar) soluciones mínimamente satisfactorias, que en hallar las soluciones más racionales y rentables. Otra cuestión es si los directivos constituyen, en realidad, figuras clave del capitalismo moderno. Muchos señalarían que los grandes accionistas son los que verdaderamente controlan el sistema capitalista.

En suma, Baran y Sweezy adoptaron la perspectiva tradicional de la teoría marxista y se movieron en una dirección nueva e importante. En particular, en lugar de centrarse en el proceso laboral se orientaron hacia las estructuras económicas de la sociedad capitalista moderna. Pasamos ahora a estudiar a Braverman, autor influido por la obra de Baran y Sweezy que se esforzó por regresar al interés tradicional marxista por el proceso laboral.

**Trabajo y capital monopolista**. Harry Braverman (1974) creía que el proceso laboral y la explotación del trabajador constituían el núcleo de la teoría marxista. Aunque sus intereses diferían de los de Baran y Sweezy, pensaba que su obra guardaba una estrecha relación con la de ellos (Braverman, 1974). El título de su libro, *Labor and Monopoly Capital* [Trabajo y capital monopolista], refleja la cuestión que más le interesaba, y el subtítulo, *The Degradation of Work in the Twentieth Century* [La degradación del trabajo en el siglo xx], manifiesta su preocupación por adaptar la perspectiva de Marx a las realidades del trabajo en el presente siglo.

Braverman no sólo intentó actualizar el interés de Marx por los trabajadores manuales, sino también examinar lo que había sucedido con los trabajadores de cuello blanco y del sector servicios. Marx prestó escasa atención a estos dos grupos, pero desde el tiempo de Marx se han convertido en unas categorías profesionales centrales que requieren un análisis minucioso. En relación con la obra de Baran y Sweezy, puede señalarse que uno de los principales desarrollos del capitalismo monopolista ha sido una disminución relativa de la cantidad de trabajadores manuales y un aumento simultáneo de los trabajadores de cuello blanco y del sector servicios que componen el personal de las grandes organizaciones características del capitalismo monopolista.

El análisis de Braverman parte de un punto de vista que recuerda a la orientación de Marx. Braverman especificó que su crítica al trabajo contemporáneo no refleja añoranza de un tiempo pasado. Señaló que no idealizaba los viejos gremios ni «las penosas condiciones de unos modos de trabajo que han quedado obsoletos» (Braverman, 1974: 6). Como Marx, Braverman no criticó la ciencia y la tecnología *per se*, sino el modo en que eran utilizadas bajo el capitalismo «como armas de dominación en la creación, perpetuación y profundización del abismo que separa las clases de la sociedad» (1974: 6). El capitalista había utilizado la tecnología y la ciencia sistemáticamente para despojar al trabajo de su herencia gremial sin proporcionar nada para sustituirla. Braverman creía que la ciencia y la tecnología podían servir, en otras manos, para producir

> una era futura en la que, para el trabajador, la satisfacción profesional que otorga un dominio consciente e intencionado del proceso laboral se combinará con los avances maravillosos de la ciencia y los inventos de la ingeniería, una era en la que cada quien podrá beneficiarse en mayor o menor grado de esta combinación.
>
> (Braverman, 1974: 7)

Para extender adecuadamente el análisis de Marx de los trabajadores manuales a los trabajadores de cuello blanco y del sector servicios, Braverman afirmó que el concepto de «clase trabajadora» no describía un grupo específico de personas o de ocupaciones; antes bien, constituía una expresión del proceso de compra-venta de la fuerza de trabajo. En lo referente a ese proceso, Braverman señaló que, en el capitalismo moderno, virtualmente nadie posee los medios de producción; por tanto, son muchos, incluyendo la mayor parte de traba-

jadores de cuello blanco y del sector servicios, los que se ven obligados a vender su fuerza de trabajo a una minoría. En su opinión, el control y la explotación capitalista, así como los procesos de la mecanización y racionalización, se extienden a las ocupaciones de cuello blanco y del sector servicios, aunque no en el grado en el que afectaron a las ocupaciones manuales.

Braverman basó su análisis en la antropología de Marx, específicamente en su concepto del potencial humano (ser-genérico). Braverman afirmó que toda forma de vida necesita mantenerse a sí misma en su entorno natural; es decir, necesita apropiarse de la naturaleza para utilizarla. El trabajo es el proceso por el que se altera la naturaleza para aumentar su utilidad. En este sentido, los animales irracionales también trabajan, pero lo que distingue a los humanos es su conciencia. Las personas disponen de una serie de facultades mentales de las que los animales carecen. El trabajo humano se caracteriza, por tanto, por una unidad de concepción (pensamiento) y ejecución (acción). Esta unidad puede disolverse, y el capitalismo constituye una fase crucial en la que se destruye la unidad de pensamiento y ejecución en el mundo del trabajo.

En el capitalismo, un elemento clave de esta ruptura es la compra-venta de la fuerza de trabajo. Los capitalistas pueden elegir el tipo de trabajo que quieren comprar. Por ejemplo, pueden comprar trabajo manual e insistir en que el trabajo intelectual se mantenga fuera del proceso. Aunque lo opuesto también puede ocurrir, la probabilidad de que suceda es menor. Como consecuencia de ello, el capitalismo se caracteriza por el aumento de la cantidad de trabajadores manuales y la disminución de trabajadores intelectuales. Esto parece contradecir las estadísticas, que reflejan un crecimiento masivo de las ocupaciones de cuello blanco, que supuestamente son intelectuales. Sin embargo, como veremos, Braverman creía que muchas ocupaciones de cuello blanco habían sido *proletarizadas* y eran similares en muchos sentidos al trabajo manual.

**Control gerencial.** Braverman reconoció la existencia de la explotación económica , analizada por Marx, pero se centró en la cuestión del *control*. Y planteó la siguiente pregunta: ¿Cómo controlan los capitalistas la fuerza de trabajo que emplean? Una respuesta podría ser que ejercen ese control a través de los directivos. De hecho, Braverman definía la *gerencia* como «*un proceso laboral cuyo objetivo es el control interno de la corporación*» (1974: 267).

Braverman reflexionó sobre los medios impersonales que empleaban los directivos para controlar a los trabajadores. Una de su preocupaciones principales era el recurso a la especialización para ejercer control sobre los trabajadores. Aquí distinguió cuidadosamente entre la división del trabajo en la sociedad y la especialización del trabajo dentro de la organización. Toda sociedad conocida ha experimentado la división del trabajo (por ejemplo, entre hombres y mujeres, granjeros y artesanos, etcétera), pero la especialización laboral dentro de la organización constituye un desarrollo específico del capitalismo, aun cuando también aparece en las sociedades socialistas existentes. Braverman creía que la división del trabajo en el nivel societal podía enriquecer al individuo, pero la

especialización en la organización tenía el efecto desastroso de subdividir las capacidades humanas: «La subdivisión del individuo, cuando se lleva a cabo sin tener en consideración las capacidades y las necesidades humanas, constituye un crimen contra la persona y la humanidad» (1974: 73).

La especialización en la organización implica la división continua y la subdivisión de las tareas o funciones en actividades minuciosas altamente especializadas, cada una de las cuales suele asignarse a un trabajador *diferente*. Esto constituye la creación de lo que Braverman denomina «trabajadores al detalle». De las capacidades que posee un individuo, los capitalistas eligen una pequeña cantidad que el trabajador ha de usar para realizar su trabajo. Como Braverman señaló, el capitalista rompe primero el proceso laboral para luego «desmembrar al trabajador también» (1974: 78) al requerir al trabajador que se sirva sólo de una pequeña proporción de sus capacidades. En términos de Braverman, el trabajador «no se convierte nunca voluntariamente en un trabajador al detalle para toda su vida. Esto es obra del capitalista» (1974: 78).

¿Por qué lo hace el capitalista? Primero, la especialización aumenta el control de la gerencia. Es más fácil controlar a un trabajador que realiza una tarea específica que a otro al que le han asignado varias. Segundo, aumenta la productividad. Es decir, un grupo de trabajadores que realiza tareas altamente especializadas produce más que la misma cantidad de trabajadores cualificados que se ocupan de varias tareas. Por ejemplo, los trabajadores en una cadena de ensamblaje de automóviles producen más coches que un número igual de técnicos cualificados que se ocupara de un solo coche. Tercero, la especialización permite al capitalista pagar menos a cambio de la fuerza de trabajo que requiere. En lugar de emplear trabajadores técnicos a quienes tendría que pagar altos salarios, el capitalista emplea trabajadores no cualificados a quienes da salarios bajos. Siguiendo la lógica del capitalismo, los empleadores buscan abaratar progresivamente la fuerza de trabajo, que se convierte en una masa virtualmente indiferenciada de lo que Braverman denominaba «trabajo simple».

La especialización no constituye un medio de control suficiente para los capitalistas y los gerentes que recurren a ella. Otro importante medio de control es la técnica científica, que incluye esfuerzos tales como la administración científica: un intento de aplicar la ciencia al control del trabajo en nombre de la administración. Para Braverman, la administración científica es la ciencia que enseña «cómo controlar al máximo el trabajo alienado» (1974: 90). La administración científica puede identificarse a través de una serie de etapas cuyo objetivo es el control del trabajo: reunir a muchos trabajadores en fábricas, extender la jornada laboral, supervisar a los trabajadores para asegurar la diligencia, hacer que se cumplan las reglas contra las distracciones (por ejemplo, charlar), y establecer niveles de producción mínimamente aceptables. La administración científica contribuye al control principalmente porque *«ordena al trabajador el modo exacto en el que debe realizar el trabajo»* (Braverman, 1974: 90). Por ejemplo, Braverman analizó una antigua obra de F.W. Taylor sobre el amontonamiento del carbón, donde desarrolló reglas sobre el tipo de pala que se

debía usar, la postura que debía adoptarse, el ángulo que debía haber entre la pala y la pila de carbón y la cantidad de carbon que debía cogerse cada vez que la pala se hundía en la pila. En otras palabras, Taylor desarrolló métodos que aseguraban un control casi total sobre el proceso laboral. Debía evitarse cualquier decisión independiente de los trabajadores; de este modo lo mental y lo manual quedaban separados. La administración utilizó su monopolio sobre el conocimiento relacionado con el trabajo para controlar cada paso del proceso laboral. A fin de cuentas, el trabajo quedaba despojado de todo significado, contenido o conocimiento. Todo elemento artesanal quedaba así profundamente destruido.

Braverman creía también que la maquinaria constituía un factor de control sobre los trabajadores. La maquinaria moderna entra en juego «cuando a la herramienta y/o al trabajo se les asigna una pauta de movimiento de acuerdo con la estructura de la máquina» (Braverman, 1974: 188). La capacidad está dentro de la máquina, sin que exista posibilidad de que el trabajador la adquiera. En lugar de controlar el proceso laboral, los trabajadores llegan a ser controlados por la máquina. Además, a la administración le resulta más fácil controlar las máquinas que los trabajadores.

Braverman afirmaba que mediante mecanismos tales como la especialización del trabajo, la administración científica y las máquinas, la gerencia había logrado extender su control sobre los trabajadores manuales. Si bien es esta una perspectiva útil, especialmente la reflexión sobre el control, la contribución distintiva de Braverman ha residido en su esfuerzo por extender este tipo de análisis a sectores de la fuerza de trabajo que Marx no analizó cuando estudió el proceso laboral. Braverman afirmaba que los trabajadores de cuello blanco y del sector servicios están en nuestros días sometidos al mismo proceso de control que se utilizó con los trabajadores manuales en el siglo pasado.

Uno de los ejemplos que pone Braverman es el de los empleados de cuello blanco. Antiguamente estos trabajadores eran considerados un grupo que se distinguía de los trabajadores manuales por cosas tales como su indumentaria, sus capacidades, su formación y sus perspectivas profesionales (Lockwood, 1956). Sin embargo, actualmente ambos grupos están sometidos a los mismos medios de control. Así, es difícil ahora distinguir entre la fábrica y la oficina moderna, ya que los trabajadores se han proletarizado en esta última. Por un lado, el trabajo del trabajador de cuello blanco se ha especializado progresivamente. Esto significa, entre otras cosas, que los aspectos mentales y los manuales del trabajo de oficina han sido separados. Los directivos, los ingenieros y los técnicos realizan ahora el trabajo mental, mientras los empleados realizan poco más que las tareas manuales de escribir a máquina, archivar, y codificar. A resultas de lo cual, el nivel de capacidades requeridas para estos trabajos ha disminuido y los trabajos requieren poca o ninguna formación.

En la actualidad se considera que la administración científica invade las oficinas. Las tareas de los empleados se han estudiado científicamente y, como consecuencia de esa investigación, se han simplificado, rutinizado y estandari-

zado. Finalmente, la mecanización está comenzado a aparecer de modo significativo en las oficinas, fundamentalmente a través de los ordenadores y otros equipos similares.

La aplicación de estos mecanismos al trabajo de cuello blanco facilita el control de los directivos sobre esos trabajadores. Es improbable que estos mecanismos de control sean tan fuertes y efectivos en la oficina como en la fábrica; sin embargo, existe una tendencia hacia el desarrollo de la «fábrica» de trabajadores de cuello blanco.[4]

Se pueden presentar varias objecciones obvias a Braverman. Por un lado, es probable que sobrevalorase el grado de semejanza entre el trabajo manual y el de cuello blanco. Por otro, su preocupación por el control le llevó a dedicar relativamente poca atención a la dinámica de la explotación económica bajo el capitalismo. Con todo, su obra enriquece nuestra comprensión del proceso laboral en la moderna sociedad capitalista.

**Otras obras acerca de la cuestión trabajo y capital.** Aunque Braverman reconoció la importancia de la explotación económica, analizada por Marx, se concentró, como acabamos de ver, en la cuestión del *control* gerencial sobre los trabajadores. Richard Edwards, hace un análisis aún más profundo de esta cuestión en su libro *Contested Terrain: The Transformation of the Workplace in the Twentieth Century* [Terreno para la disputa: la transformación de la fábrica en el siglo XX] (1979). Para Edwards el control reside en el núcleo de la trasformación de la fábrica en el siglo XX. Siguiendo a Marx, Edwards ve la fábrica, la pasada y la presente, como un escenario del conflicto de clase o, en sus términos, un «terreno para las disputas». Dentro de este escenario, se han producido drásticos cambios en lo que se refiere al control de los superiores sobre los inferiores. Durante el capitalismo competitivo decimonónico, se utilizaba un control «simple», por el que «los jefes ejercían el poder personalmente, intervenían con frecuencia en el proceso laboral para exhortar a los trabajadores, intimidarlos y amenazarlos, recompensar el buen comportamiento, contratar o despedir, favorecer a los empleados leales y, por lo general, actuaban como déspotas, benevolentes o de otro tipo» (Edwards, 1979: 19). Aunque este sistema de control sigue utilizándose en muchas pequeñas empresas, se ha demostrado que es demasiado duro para las grandes organizaciones modernas. Estas organizaciones han tendido a sustituir el control simple por un control técnico y burocrático más sutil e impersonal. Los trabajadores modernos pueden ser controlados por las mismas tecnologías con las que trabajan. El ejemplo clásico que lo ilustra es la cadena de montaje de automóviles, en la que las acciones de los trabajadores están determinadas por una demanda constante del eslabón anterior. Otro ejem-

---

[4] Es importante señalar que Braverman escribió su libro antes de que se produjera la explosión de la tecnología de las computadoras, especialmente del uso del procesador de textos, que en la actualidad es muy común. Tal vez esta tecnología, que requiere mayor formación y capacidad que las viejas tecnologías, llegue a aumentar la autonomía del trabajador (Zuboff, 1988).

plo es la computadora moderna, que puede registrar con exactitud cuánto trabaja un empleado y cuántos errores comete. Los trabajadores modernos también son controlados por las reglas impersonales de las burocracias más que por el control personal de los supervisores. El capitalismo está en constante proceso de cambio y, por tanto, cambian también los mecanismos de control sobre los trabajadores.

También mercece mención el libro de Michael Burawoy *Manufacturing Consent: Changes in the Labor Process under Monopoly Capital* [El consentimiento en la producción. Cambios en el proceso laboral bajo el capital monopolista] (1979). Burawoy se interesó por la cuestión de por qué trabajan tanto los trabajadores en el sistema capitalista. Rechazó la explicación que dio Marx según la cual ese trabajo duro era producto de la coerción. El surgimiento de los sindicatos y otros cambios habian eliminado la arbitrariedad del poder de los directivos. «La coerción como único factor ya no puede explicar lo que hacen los trabajadores cuando llegan a la fábrica» (Burawoy, 1979: xii). Para Burawoy, los trabajadores, al menos parte de ellos, consienten trabajar duramente bajo el sistema capitalista y, al menos en parte, ese consentimiento se produce en el lugar de trabajo.

Podemos ilustrar esta idea de Burawoy con un aspecto de su investigación, los juegos que inventan los trabajadores en su trabajo y, en términos generales, las prácticas informales que desarrollan. Muchos analistas los contemplan como esfuerzos de los trabajadores por reducir la alienación y otras formas de descontento laboral. Además, han sido considerados por lo general como mecanismos sociales que desarrollan los trabajadores para oponerse a la gerencia. Pero Burawoy concluye que estos juegos «no se suelen oponer a la dirección ni son independientes de ella» (1979: 80). De hecho, «la administración, al menos en un grado mínimo, participa en realidad no sólo en la organización del juego, sino en el cumplimiento de sus reglas» (1979: 80). En realidad, en lugar de desafiar a la dirección, a la organización o, en última instancia, al sistema capitalista, estos pasatiempos la refuerzan. Por un lado, el hecho de participar en el pasatiempo crea un consentimiento entre los trabajadores de las reglas del pasatiempo y, en términos generales, del sistema de las relaciones sociales (propietario-administrador-trabajador) que define las reglas del juego. Por otro, como los administradores y los trabajadores están implicados en el juego, queda oscurecido el sistema de relaciones sociales antagónicas frente al que responde el pasatiempo.

Burawoy afirma que tales modos de generar la cooperación activa y el consentimiento son mucho más eficaces que la coerción (como despedir a los que no cooperan) para lograr que los trabajadores colaboren en pos de la rentabilidad. En definitiva, Burawoy cree que los juegos y otras prácticas informales son métodos para lograr que los trabajadores acepten el sistema y que contribuyan a aumentar los beneficios.

Otra obra que merece mención es la de Dan Clawson, *Bureaucracy and the Labor Process* [Burocracia y proceso laboral] (1980), que analiza la burocrati-

zación y el avance tecnológico de la industria estadounidense entre 1860 y 1920. Su tesis principal es que la degradación del trabajo durante este periodo *no* fue (ni es) inevitable. Es decir, el problema no residía en la burocracia y la tecnología *per se*, sino en el modo que se utilizaron en la sociedad capitalista. Para Clawson, por tanto, podemos conseguir eficiencia, abundancia *y* un trabajo humano satisfactorio. El trabajo se degradó porque los capitalistas utilizaron la burocracia y la tecnología para controlar a los trabajadores y el proceso laboral. Clawson hace suyo el objetivo, que lo es también del socialismo, de «la reorganización del proceso laboral, de manera que se convierta en el campo principal donde las personas desarrollen libremente sus capacidades humanas y deje de ser un *locus* donde las personas están mutiladas y degradadas» (1980: 260).

En suma, las obras de Baran y Sweezy, Braverman, Edwards, Burawoy y Clawson representan un regreso al enfoque tradicional de Marx sobre el sector económico. En el nivel de la teoría son valiosas por haber reavivado el interés por el factor económico, así como por refinar y actualizar nuestra comprensión de esta dimensión. Además, han constituido importantes fuentes de pensamiento sociológico e investigación sobre varios aspectos del trabajo y la industria.

## Fordismo y posfordismo

Una de las preocupaciones más recientes de los marxistas de orientación económica es la cuestión de si hemos presenciado o aún presenciamos la transición del «fordismo» al «posfordismo». Esta cuestión guarda relación con el asunto más general de si hemos experimentado la transición de la sociedad moderna a la posmoderna. En el Capítulo 13 analizaremos esta cuestión tan importante y el modo en que los teóricos marxistas contemporáneos la abordan. Aunque el lector sienta el deseo de ojear ahora el Capítulo 13, le aconsejamos que no lo haga. En términos generales, el *fordismo* se asocia con la era moderna y el posfordismo con la más reciente era posmoderna. (El interés marxista por el fordismo no es nuevo; Gramsci [1971] publicó un ensayo sobre esta cuestión en 1931.)

Por supuesto, el fordismo hace referencia a las ideas, los principios y sistemas que fomentó Henry Ford. A Ford se le atribuye generalmente el desarrollo del sistema de producción en masa moderno, fundamentalmente mediante la creación de la cadena de montaje de automóviles. Al fordismo se le pueden atribuir las siguientes características:

- La producción masiva de productos homogéneos.
- El uso de tecnologías inflexibles tales como la cadena de montaje.
- La adopción de rutinas de trabajo estandarizadas (taylorismo).
- El aumento de la productividad derivado de la adopción de «economías de escala, así como de la descualificación, la intensificación y la homogeneización del trabajo» (Clarke, 1990: 73).
- El consecuente nacimiento de sindicatos de trabajadores burocratizados.

- La negociación de los sindicatos en pro de salarios uniformes vinculada al aumento de la productividad y los beneficios.
- El desarrollo de un mercado para los productos homogéneos generados por la producción masiva de industrias y la consecuente homogeneización de las pautas de consumo.
- El aumento de salarios, obra de la sindicalización, que conduce a una demanda creciente de la cada vez mayor oferta de bienes producidos en masa.
- Un mercado para los productos que se rige por políticas macroeconómicas keynesianas y un mercado de trabajo que se rige por la negociación colectiva supervisada por el estado.
- Instituciones educativas masivas que proporcionan la masa de trabajadores requerida por la industria (Clarke, 1990: 73).

Si bien el fordismo se desarrolló en el curso del siglo XX, especialmente en los Estados Unidos, en la década de 1970 experimentó su momento álgido y su decadencia, fundamentalmente tras la crisis del petróleo de 1973 y el consiguiente declive de la industria estadounidense del automóvil y el sugimiento de sus competidores japoneses. A resultas de lo cual se afirma que estamos presenciando el ocaso del fordismo y el surgimiento del posfordismo, caracterizado por los siguientes rasgos:

- La disminución del interés por los productos masivos acompañada por un aumento del interés por productos más especializados, especialmente los de alta calidad y diseño.
- Productos más especializados que requieren procesos de producción más cortos y, consecuentemente, sistemas de producción más pequeños y productivos.
- El nacimiento de nuevas tecnologías que hacen más flexible y rentable la producción.
- Este último punto requiere, a su vez, que los trabajadores tengan capacidades más diversas y una mayor formación, más responsabilidad y más autonomía.
- La producción precisa de un sistema de control más flexible.
- Las enormes burocracias rígidas cambian drásticamente para operar con mayor flexibilidad.
- Los sindicatos burocratizados (y los partidos políticos) ya no representan adecuadamente los intereses de la nueva y altamente diferenciada fuerza de trabajo.
- La negociación colectiva decentralizada sustituye a la centralizada.
- Los trabajadores empiezan a diferenciarse como personas y requieren mercancías, modos de vida y productos culturales más diferenciados.
- El estado de bienestar centralizado es incapaz de satisfacer las necesidades (por ejemplo, la salud, la asistencia social y la educación) de una población diversa, diferenciada y se requiere la creación de instituciones más flexibles (Clarke, 1990: 73-74).

Si hubiera que resumir la transición del fordismo al posfordismo, podría ser descrita como la transición de la homogeneidad a la hetereogeneidad. En relación a esta cuestión surgen dos preguntas. Primera, ¿se ha producido en realidad la transición del fordismo al posfordismo? (Pelaez y Holloway, 1990) Y segunda, ¿resolverá el posfordismo los problemas relacionados con el fordismo?

En respuesta a la primera pregunta, puede afirmarse, sin lugar a dudas, que *no* se ha producido una ruptura histórica clara que separe el fordismo y el posfordismo (S. Hall, 1988). Aun admitiendo que hay en el mundo moderno elementos posfordistas, es obvio también que persisten elementos del fordismo que no presentan síntomas de desaparecer. Por ejemplo, algo a lo que podemos llamar «McDonaldismo», fenómeno que tiene muchas cosas en común con el fordismo, aumenta a pasos agigantados en la sociedad contemporánea. Sobre la base del modelo de restaurante de comida rápida, cada vez más sectores de la sociedad utilizan los principios del McDonaldismo (Ritzer, en prensa). El McDonaldismo comparte muchas características con el fordismo: productos homogéneos, tecnologías rígidas, hábitos laborales estandarizados, descualificación, homogeneización del trabajo (y del consumidor), homogeneización del consumo, etcétera. Así, el fordismo aún disfruta de buena salud en el mundo moderno, aunque, por arte de magia, se ha transformado en McDonaldismo. Además, el fordismo clásico —por ejemplo, tal y como se refleja en la cadena de montaje— sigue presente de manera relevante en la economía estadounidense.

Por lo que se refiere a la segunda pregunta, aun aceptando la idea de que ha llegado el posfordismo, ¿representa una solución a los problemas de la sociedad capitalista moderna? Algunos neomarxistas (y muchos defensores del sistema capitalista [Womack et al., 1990] abrigan grandes esperanzas: «El posfordismo constituye, en lo fundamental, la expresión esperanzadora de que el desarrollo capitalista futuro constituirá la salvación de la democracia social» (Clarke, 1990: 75). Sin embargo, se trata simplemente de una esperanza y, en cualquier caso, ya hay evidencias que prueban que el posfordismo no será el nirvana que anhelan algunos observadores.

Muchos consideran el modelo japonés como la base del posfordismo. Sin embargo, la investigación sobre la industria japonesa (Satoshi, 1982) y sobre las industrias estadounidenses que utilizan técnicas gerenciales japonesas (Parker y Slaughter, 1990) indica que estos sistemas plantean serios problemas y que incluso *aumentan* el grado de explotación del trabajador. Parker y Slaughter denominan al sistema japonés tal y como existe en los Estados Unidos (en Japón es probablemente más duro) «dirección mediante el estrés»: «La meta es extender el sistema como una goma hasta el límite de su aguante» (1990: 33). Entre otras cosas, el trabajo se realiza a un ritmo mayor que en las cadenas de montaje estadounidenses tradicionales, pone bajo una enorme tensión a los trabajadores, que tienen que trabajar heroicamente para satisfacer la demanda de la cadena. En términos más generales, Levidow describe a los trabajadores posfordistas como «presionados implacablemente para que aumenten su productividad, a menudo a cambio de salarios reales bajos, ya sean trabajadores en

fábricas, personas que trabajan en casa para la industria de la confección, trabajadores en servicios privados o incluso profesores de formación profesional» (1990: 59). Así, más que representar una solución a los problemas del capitalismo, el postfordismo constituye quizás una nueva era más perniciosa en la que el grado de explotación de los trabajadores por parte de los capitalistas es aún mayor.

## MARXISMO HISTORICO

El marxismo estructural *defiende* los análisis ahistóricos y *se opone* a los históricos, pero muchos marxistas se orientan hacia la investigación histórica. Estos declaran ser fieles a la preocupación marxista por la historicidad. La investigación histórica más destacada de Marx es su estudio sobre las formaciones económicas precapitalistas (1857-58/1964). Hay muchos trabajos históricos que se desarrollan desde una perspectiva marxista (por ejemplo, Amin, 1977; Dobb, 1964; Hobsbawm, 1965). En este apartado, estudiaremos dos obras que reflejan una orientación histórica: *The Modern World-System* [El moderno sistema mundial] (1974, 1980, 1989), de Immanuel Wallerstein, y *States and Social Revolutions* [Los estados y las revoluciones sociales] (1979), de Theda Skocpol. Si bien no son obras típicas de investigación histórica marxista, se cuentan entre las más influyentes de la sociología contemporánea.

### *El moderno sistema mundial*

Wallerstein eligió una unidad de análisis diferente de las que utilizaron la mayoría de los pensadores marxistas. No se centró en los trabajadores, las clases, o los estados, porque el análisis de estas categorías no satisfacía sus propósitos. Su interés se orientó hacia una entidad económica con una división del trabajo que no conociese fronteras políticas o culturales. Encontró esta unidad en su concepto de *sistema mundial*, un sistema social autónomo limitado por fronteras y con una duración definida, es decir, no eterno. Se componía internamente de varias estructuras sociales y diversos grupos de miembros. Sin embargo, Wallerstein no era propenso a definir la cohesión del sistema en términos consensuales. Antes bien, creía que el sistema se mantenía unido debido a la existencia de una variedad de fuerzas que se encontraban en tensión intrínseca. Estas fuerzas disponen en todo momento de potencial suficiente para romper el sistema.

El sistema mundial constituye un concepto harto abstracto y, de hecho, Wallerstein lo ofreció sólo al final de su primer libro, después de haber analizado todos los datos históricos que requería su formulación. Wallerstein afirmaba que hemos conocido dos tipos de sistemas mundiales. Uno era el imperio mundial, ilustrado por la antigua Roma, y el otro la economía mundial capitalista. El imperio mundial se basaba en la dominación política (y militar), mientras que la economía mundial capitalista se funda en la dominación económica. Wallerstein considera la economía mundial capitalista más estable que el imperio mundial

por varias razones. Por un lado, tiene una base más amplia, porque engloba a muchos estados y, por otro, dispone de un proceso interno de estabilización económica. Las diferentes entidades políticas dentro de la economía mundial capitalista absorben cualquier pérdida que ocurra y el beneficio económico pasa a manos privadas. Wallerstein anticipó la *posibilidad* de un tercer sistema mundial: un *gobierno socialista mundial*. La economía mundial capitalista separa el sector político del económico, mientra una economía mundial socialista los integraría.

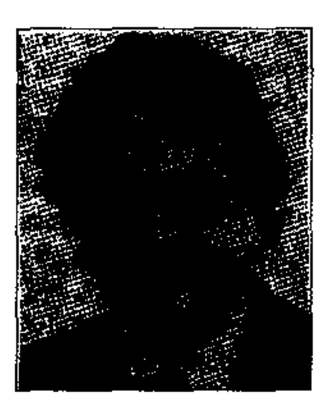
Para orientar al lector hacia el análisis histórico que vamos a presentar, introducimos ahora los conceptos que utilizó Wallerstein para describir la división geográfica del trabajo en el sistema mundial que más le preocupaba, la economía mundial capitalista: el centro, la periferia y la semiperiferia. En términos generales, el *centro* domina la economía mundial y explota el resto del sistema. La *periferia*, las zonas que proporcionan las materias primas al núcleo, son profundamente explotadas por él. Y la *semiperiferia* constituye una categoría residual que abarca una serie de regiones que se encuentran entre las explotadoras y las explotadas. La cuestión clave es que, para Wallerstein, la división internacional de la explotación no se define en términos de fronteras estatales, sino en los de la división económica del trabajo en el mundo.

En el primer volumen que escribió sobre el sistema mundial Wallerstein (1974) localiza el origen del sistema mundial aproximadamente entre 1450 y 1650. Lo más significativo de este desarrollo fue el cambio de la dominación política (y militar) a la económica. Wallerstein creía que la economía constituía un medio de dominación mucho más eficaz y menos primitivo que la política. Las estructuras políticas son muy rígidas, mientras la explotación económica «hace posible el aumento del flujo de excedente desde los estratos más bajos a los más altos, desde la periferia al centro, desde la mayoría a la minoría» (Wallerstein, 1974: 15). En la era moderna, el capitalismo proporcionó la base para el crecimiento y el desarrollo de una economía mundial, que se ha logrado sin la ayuda de una estructura política unificada. Puede considerarse el capitalismo como una alternativa a la dominación política, ya que es más capaz de producir excedentes económicos que las más primitivas técnicas empleadas por la explotación política.

Wallerstein afirmaba que el nacimiento de la economía mundial capitalista a partir de las «ruinas» del feudalismo se debió a tres factores: la expansión geográfica a través de la exploración y la colonización, el desarrollo de diferentes métodos de control laboral en diferentes regiones (por ejemplo, centro, periferia) de la economía mundial, y el desarrollo de estados poderosos que se convirtieron en los centros de la economía mundial emergente. Analicemos uno por uno estos desarrollos.

**Expansión geográfica.** Wallerstein afirmaba que la expansión geográfica de las naciones constituye un requisito del desarrollo de las otras dos fases. Portugal se situó a la cabeza de las exploraciones ultramarinas, para luego seguir sus pasos otras naciones europeas. Wallerstein se cuidó de hablar en términos gene-

## IMMANUEL WALLERSTEIN: Reseña biográfica



Aunque ganó fama durante la década de los años sesenta como experto en Africa, la aportación más importante de Immanuel Wallerstein a la sociología es su obra publicada en 1974, *The Modern World-System* (El moderno sistema mundial), que disfrutó de un éxito inmediato, recibió reconocimiento internacional y se tradujo a diez lenguas y a braille.

Nacido el 28 de septiembre de 1930, Wallerstein estudió en la Universidad de Columbia, donde se doctoró en 1959. Aceptó después un puesto de trabajo en esa misma Universidad; después de algunos años, y tras una estancia de cinco años en la Universidad McGill, en Montreal, Wallerstein se convirtió en 1976 en un destacado profesor de sociología de la Universidad del Estado de Nueva York en Binghamton.

En 1975, Wallerstein recibió el prestigioso Premio Sorokin por su primer volumen de *The Modern World-System*. Desde entonces ha seguido trabajando sobre este tema y ha producido una serie de artículos y otros dos volúmenes en los que amplía su análisis del sistema mundial hasta 1840. Podemos esperar más trabajos de Wallerstein sobre este tema en un futuro inmediato. Actualmente está elaborando un cuerpo teórico que sin duda despertará mucho interés en años venideros.

De hecho, en muchos sentidos el interés que su obra ha suscitado durante muchos años y sigue suscitando en la actualidad es más importante que su trabajo en sí. El concepto de sistema mundial se ha convertido en un objeto de reflexión e investigación en sociología, algo que pocos estudiosos han logrado. Muchos de los sociólogos que en la actualidad investigan y teorizan sobre el sistema mundial critican a Wallerstein, pero reconocen abiertamente que ha representado un importante papel en la génesis de sus ideas.

Tan importante como su concepto de sistema mundial es el papel que ha desempeñado Wallerstein en el renacimiento de la investigacion histórica basada en la teoría. Los trabajos más importantes de los primeros pensadores de la sociología, como Marx, Weber y Durkheim, se asemejan al suyo. Sin embargo, en los últimos años la mayoría de los sociólogos se ha alejado de este tipo de investigación y tiende a utilizar métodos ahistóricos tales como cuestionarios y encuestas.

Estos métodos son más fáciles y rápidos de usar que los métodos históricos, y los ordenadores facilitan el análisis de los datos. El uso de estos métodos tiende a requerir un pequeño cuerpo de conocimientos técnicos más que un rico bagage de conocimiento histórico. Además, la teoría desempeña un papel relativamente secundario en la investigación que se sirve de cuestionarios y encuestas. Wallerstein se ha situado a la cabeza de los que defienden la renovación del interés por la investigación histórica con sólidos pilares teóricos.

rales acerca de los países o de Europa. Optó por la idea de que la expansión ultramarina se debió a la acción de un grupo de personas que perseguían sus propios intereses. Los grupos de élite, como los nobles, necesitaban la expansión ultramarina por varias razones. Por un lado, se vieron inmersos en una guerra de clases que había estallado tras el desmoronamiento de la economía feudal. El mercado de esclavos les proporcionó una fuerza de trabajo dócil para construir la economía capitalista. La expansión también les proporcionó diversas mercancías para desarrollar esa economía: lingotes de oro, alimentos y diversas materias primas.

**División del trabajo a escala mundial.** Una vez realizada la expansión geográfica mundial, el mundo estaba preparado para atravesar la siguiente fase, el desarrollo de una división del trabajo a escala mundial. En el siglo XVI, el capitalismo sustituyó al estatismo como principal modo de dominación mundial, pero el capitalismo no se desarrolló uniformemente por todo el mundo. De hecho, Wallerstein afirmaba que la solidaridad del sistema capitalista se basaba en última instancia en su desarrollo desigual. Dada su orientación marxista, Wallerstein no veía tal solidaridad como producto de un equilibrio consensual: el conflicto había estado presente desde el principio. Partes diferentes del sistema mundial capitalista comenzaron a especializarse en funciones específicas: suministro de fuerza de trabajo, alimentos, materias primas, y organización de la industria. Además, otras zonas comenzaron a especializarse en producir determinados tipos de trabajadores. Por ejemplo, Africa proporcionaba esclavos y en la Europa del oeste y del sur había muchos granjeros propietarios; Europa occidental también era el centro de los trabajadores asalariados, de las clases dirigentes y de otro tipo de personal cualificado.

En términos generales, cada una de las tres partes de la división internacional del trabajo tendía a diferir en función del modo de control laboral. El centro se definía por el trabajo libre, la periferia se caracterizaba por el trabajo forzoso y la semiperiferia por los aparceros. De hecho, Wallerstein afirmaba que la clave del capitalismo reside en un centro dominado por un mercado de trabajo libre para trabajadores cualificados y una periferia caracterizada por un mercado de trabajo forzoso para trabajadores menos cualificados. Esta combinación es la base del capitalismo. El socialismo implica el desarrollo de un mercado de trabajo libre a escala mundial.

Ciertas regiones del mundo disponen de pequeñas ventajas iniciales, que son utilizadas para desarrollar posteriormente ventajas mayores. En el siglo XVI, el centro, fundamentalmente en Europa occidental, aumentó súbitamente sus ventajas a raíz del florecimiento de las ciudades, del desarrollo de las industrias y a medida que los comerciantes se hacían ricos. Extendió su dominación al desarrollar una diversidad amplia de actividades. Al mismo tiempo, cada una de sus actividades se especializó para producir con mayor rendimiento. En cambio, la periferia se estancó y se transformó en lo que Wallerstein denominó una «monocultura», o una sociedad homogénea e indiferenciada.

**El desarrollo de los estados centrales.** La tercera fase del desarrollo del sistema mundial involucra al sector político e implica la utilización de las estructuras del estado por parte de diversos grupos económicos con el fin de proteger y promover sus intereses. Las monarquías absolutas en Europa occidental surgieron en paralelo al desarrollo del capitalismo. Entre el siglo XVI y el XVIII, los estados fueron los actores económicos centrales de Europa, pero más tarde el centro se trasladaría a las empresas económicas. Los estados fuertes de las regiones del centro desempeñaron un papel clave en el desarrollo del capitalismo y, en última instancia, proporcionaron la base económica para sus propia desaparición. Los estados europeos aumentaron su fuerza en el siglo XVI desarrollando y extendiendo los sistemas burocráticos y creando el monopolio de la fuerza, principalmente mediante la creación de ejércitos y la legitimación de sus actividades para garantizar la estabilidad interna. Mientras los estados de la región del centro crearon sistemas políticos fuertes, la periferia desarrolló estados comparativamente débiles.

En el segundo volumen Wallerstein (1980) retomó la historia de la consolidación de la economía mundial entre 1600 y 1750. No fue este un periodo relevante de expansión de la economía mundial europea, pero se produjeron una serie de cambios importantes. Por ejemplo, Wallerstein analiza el auge y la decadencia como parte del centro de los Países Bajos. Estudia luego el conflicto entre dos estados del centro, Inglaterra y Francia, así como la victoria final de Inglaterra. En la periferia Wallerstein describe, entre otras cosas, los periodos de bonanza cíclicos de Hispanoamérica. En la semiperiferia podemos identificar, entre otros procesos, la decadencia de España y el auge de Suecia. Siempre desde una perspectiva marxista, Wallerstein continuó su análisis histórico de los diversos papeles que desempeñaron diferentes sociedades en la división del trabajo de la economía mundial. Aunque Wallerstein tuvo muy en cuenta los factores políticos y sociales, se interesó principalmente por el papel de los factores económicos en la historia mundial.

En su última obra Wallerstein (1989) lleva su análisis histórico hasta la década de 1840. Wallerstein estudia tres grandes desarrollos durante el periodo que media entre 1730 y la década de 1840: la Revolución Industrial (fundamentalmente en Inglaterra), la Revolución Francesa, y la independencia de las colonias europeas de América. Desde su punto de vista, ninguno de estos acontecimientos constituyó un cambio fundamental del sistema capitalista mundial; antes bien, representaron su «mayor consolidación y afianzamiento» (Wallerstein, 1989: 256).

Wallerstein continúa la historia de la lucha entre Inglaterra y Francia por la dominación del centro. Mientras la economía mundial se había estancado durante el periodo anteriormente analizado, ahora se expande y Gran Bretaña se industrializa más rápidamente y llega a dominar las grandes industrias. Esto se produce a pesar del predominio industrial de Francia en el siglo XVIII. La Revolución Francesa desempeñó un importante papel en el desarrollo del sistema capitalista mundial porque contribuyó a la eliminación de los vestigios cultura-

les del feudalismo y al ajuste del sistema ideológico-cultural a la realidad económica y política. Sin embargo, también sirvió para inhibir el desarrollo industrial de Francia, algo a lo que también contribuyeron los gobiernos y las guerras napoleónicas posteriores. Al final de este periodo, «Gran Bretaña obtuvo finalmente la hegemonía en el sistema mundial» (Wallerstein, 1989: 122).

El periodo que va de 1750 a 1850 se caracteriza por la incorporación de nuevas y extensas zonas (el subcontinente de la India, los imperios Otomano y Ruso y Africa del Este) a la periferia de la economía mundial. Estas regiones habían formado parte de lo que Wallerstein denomina el «área externa» del sistema mundial y, por tanto, habían tenido relación con este sistema, pero no formaban parte de él. Las *zonas externas* son aquellas en las que la economía mundial capitalista busca bienes, pero que se resisten a la importación de bienes manufacturados procedentes de las naciones del centro. A resultas de la incorporación de estas zonas externas, los paises adyacentes a las naciones que una vez fueron externas terminaron por incorporarse al sistema mundial. Así, la incorporación de la India contribuyó a que China comenzara a formar parte de la periferia. A finales del siglo XIX y principios del XX, el ritmo de esta incorporación se aceleró y «el globo entero, incluso las regiones que nunca habían formado parte del área externa de la economía mundial capitalista, se incorporó» (Wallerstein, 1989: 129).

La presión para que se realice la incorporación a la economía mundial nunca procede de las naciones que se incorporan, sino más bien «de la necesidad de la economía mundial de extender sus fronteras, una necesidad que ha sido *per se* el resultado de las presiones internas de la economía mundial» (Wallerstein, 1989: 129). Además, el proceso de incorporación no es inmediato, sino gradual.

Fiel a su enfoque marxista sobre la economía, Wallerstein (1989: 170) afirma que convertirse en parte de la economía mundial supone «necesariamente» que las estructuras políticas de las naciones implicadas deben formar parte del sistema interestatal. Así, los estados de las zonas incorporadas tienen que transformarse en parte del sistema político interestatal, ser sustuidos por formas políticas nuevas capaces de aceptar este papel, o someterse a los estados que ya forman parte de ese sistema político. Los estados que surgen al final del proceso de incorporación no sólo deben formar parte del sistema interestatal, sino también ser lo suficientemente fuertes para proteger sus economías frente a las posibles interferencias externas. Sin embargo, no deben ser demasiado fuertes; es decir, no deben llegar a ser tan poderosos como para sentirse capaces de oponerse a una acción dictada por la economía mundial captitalista.

Finalmente, Wallerstein examina la descolonización de las Américas entre 1750 y 1850. Es decir, describe la liberación de las Américas del control de Gran Bretaña, Francia, España y Portugal. Sin lugar a dudas, esta descolonización tuvo importantes consecuencias para los desarrollos posteriores del sistema capitalista mundial, especialmente para los Estados Unidos.

Los marxistas han criticado la perspectiva del sistema mundial por no subrayar las relaciones entre las clases sociales (Bergesen, 1984). Desde este punto

de vista, Wallerstein erró su enfoque. Para ellos la clave no es la división internacional del trabajo entre centro y periferia, sino las relaciones de clase dentro de determinadas sociedades. Bergesen se propuso reconciliar estas posiciones opuestas e identificó puntos flacos y fuertes de ambas posturas. Su postura intermedia es que las relaciones centro-periferia no son sólo relaciones de intercambio desiguales sino también relaciones de *clase* mundiales. Su argumento es que las relaciones centro-periferia *son* importantes, no sólo como relaciones de intercambio, como Wallerstein afirma, sino como relaciones de poder-dependencia; es decir, relaciones de clase.

## Los estados y las revoluciones sociales

Otro ejemplo que ilustra la investigación histórica de orientación marxista es la obra de Theda Skocpol *States and Social Revolutions* [Los estados y las revoluciones sociales] (1979). Aunque esta autora comparte con Wallerstein ciertas raíces intelectuales, mantiene posturas harto diferentes. Skocpol reconocía la importancia del trabajo de Wallerstein y de su enfoque sobre el sistema mundial, pero apuntaba que era innecesario «aceptar el argumento de que los desarrollos económicos nacionales están realmente determinados por la estructura general y la dinámica de mercado de un "sistema capitalista mundial"» (1979: 70). De hecho, calificó a Wallerstein de «reduccionista económico». Asimismo, Skocpol asignó a Marx un lugar central entre sus fuentes teóricas, pero también le criticó: «El marxismo no consiguió prever o explicar adecuadamente el poder autónomo de los estados como maquinarias administrativas y coercitivas enmarcadas en un sistema de estados internacional militarizado» (1979: 292). Así, Skocpol explicó que su objetivo era, siempre dentro de la tradición marxista, acentuar los factores políticos más que los económicos.

En un estudio histórico comparado sobre las revoluciones sociales en Francia (1787-1800), Rusia (1917-1921) y China (1911-1949), Skocpol se concentró en las semejanzas entre estas revoluciones. Sin embargo, también le preocupaban sus diferencias más importantes. Su objetivo era dar explicaciones de las revoluciones sociales que estuvieran fundadas históricamente y que a la vez fueran generalizables. A efectos de las comparaciones, Skocpol también analizó naciones (Japón, Prusia, Inglaterra) donde no se produjo revolución alguna.

El objeto de la investigación de Skocpol era el análisis de las *revoluciones sociales*, que definía como «súbitas transformaciones fundamentales del estado y las estructuras de clase de una sociedad, que van acompañadas y, en parte, son llevadas a cabo, por revueltas de clase procedentes de los sectores sociales superiores» (1979: 4). A pesar de trazarse este objetivo, Skocpol regresaba una y otra vez a las consideraciones económicas (basadas en la clase).

Como nuestro interés es la teoría, analizaremos los principios generales que guían su trabajo. Primero, intentó adoptar lo que ella denominó una «perspectiva estructural no voluntarista». Segundo, consideraba importante esa perspectiva para analizar por separado los contextos históricos mundiales e internacio-

nales. Tercero, se trazó el objetivo de analizar el *estado* como una unidad que era, al menos potencialmente, autónoma. Analicemos uno por uno estos principios.

Lo primero que hizo Skocpol fue distinguir su enfoque de lo que ella llamaba «ideas voluntaristas» acerca del modo en que se producen las revoluciones (1979: 14). En su opinión, la mayoría de los observadores creen que las revoluciones constituyen esfuerzos deliberados realizados por los líderes, los seguidores, o por ambos a la vez. Percibió esta tendencia en la obra del propio Marx, pero creía que los que siguieron su tradición la habían exagerado. Tal tendencia se manifiesta claramente en el análisis marxista de factores tales como la conciencia de clase y la organización del partido. Sin embargo, Skocpol rechazaba abiertamente esta posición: «Ninguna revolución social que haya triunfado la ha "hecho" un movimiento que moviliza las masas y se autorreconoce como revolucionario» (1979: 17).

Al desechar la imagen voluntarista de las revoluciones sociales, Skocpol rechazaba el análisis de los pensamientos y los motivos de los actores, así como el estudio de grandes sistemas de ideas tales como la ideología y la conciencia de clase. Es *probable* que el análisis de Skocpol sea correcto en el nivel estructural, pero eso no significa que los demás niveles de análisis sean insignificantes.

Para Skocpol las revoluciones no se hacen; ocurren. Esto es aplicable tanto a las causas como a las consecuencias de las revoluciones. Es preciso que analicemos los factores estructurales que causan las revoluciones. Como ella señaló: «Una perspectiva estructural... es esencial para el análisis de las revoluciones sociales» (Skocpol, 1979: 18).

Skocpol reconocía la importancia de los factores intranacionales, pero subrayó la importancia de los transnacionales o internacionales: «Las relaciones transnacionales han contribuido a la emergencia de todas las crisis sociales revolucionarias y han contribuido invariablemente a la configuración de las luchas revolucionarias y sus consecuencias» (1979: 18). Sin embargo, declaró que su orientación difería de la de Wallerstein, que había adoptado una perspectiva similar. Este se había centrado en las relaciones *económicas* internacionales, mientas su intención era analizar los factores *políticos* internacionales. Sin negar la importancia de las variables económicas internacionales, Skocpol se ocupó de lo que ella denominaba el «sistema internacional de estados competitivos». No obstante, reconoció la interacción entre ambos tipos de factores: «En el transcurso de la historia moderna, [el sistema internacional de estados] representa un nivel analíticamente autónomo de realismo transnacional: interdependiente en lo tocante a su estructura y dinámica junto al capitalismo mundial, pero no reductible a él» (Skocpol, 1979: 2).

Skocpol distinguió entre dos aspectos de las relaciones trasnacionales en un marco temporal: las relaciones estructurales entre los estados en la era contemporánea y las relaciones entre los estados en el transcurso del tiempo. Por ejemplo, los logros y los fracasos de los actores en una revolución determinada in-

fluyen sobre los actores en otra revolución posterior. Acontecimientos tan importantes como la Revolución Industrial crean una serie de oportunidades y necesidades nuevas entre una y otra revolución social.

En el nivel estructural Skocpol se centró en el análisis del estado. Afirmaba que el estado constituye «una estructura con una lógica y unos intereses que no han de ser necesariamente los mismos intereses de la clase dominante de la sociedad o de todos los miembros de los grupos políticos» (Skocpol, 1979: 27). Especificó que se requería una explicación de las revoluciones sociales en términos más estatales que económicos. Los factores políticos no son epifenómenos, sino que influyen directamente en las revoluciones sociales. Skocpol adoptó la perspectiva estructural marxista sobre la autonomía potencial del estado. Sin embargo, se cuidó de señalar que el grado de autonomía política de un estado, el grado en que escapa al control de clase, varía en función de su contexto.

Skocpol termina su introducción teórica expresando con claridad su perspectiva:

> Analizaremos las causas y los procesos de las revoluciones sociales desde una perspectiva no voluntarista, estructural, atendiendo a las estructuras y los procesos internacionales e histórico-mundiales, así como intranacionales. Y un acompañante teórico importante consistirá en llevar a ciertos estados —interpretados como organizaciones potencialmente autónomas, localizadas en la interfase de las estructuras de clase y en las situaciones internacionales— al centro mismo de la atención.
>
> (Skocpol, 1979: 33)

Skocpol encontró las raíces de las revoluciones Francesa, Rusa y China en las crisis políticas de lo que ella denominó los «estados del antiguo régimen». Las crisis se desencadenaron cuando estos estados manifestaron su incapacidad para enfrentarse a los desafíos de las nuevas relaciones internacionales. Los estados se toparon no sólo con problemas internacionales, sino con conflictos intranacionales entre las clases sociales, en especial entre la aristocracia terrateniente y el campesinado. Incapaces de resistir estas presiones, los estados autocráticos del antiguo régimen se desmoronaron.

Estas crisis proporcionaron una situación propicia para la revolución, pero ésta no se hubiera producido si las estructuras sociopolíticas no hubieran sido favorables. Como eran sociedades fundamentalmente agrarias, los campesinos, y no los trabajadores urbanos, fueron los protagonistas de la revolución. Skocpol señaló: «Las revueltas de los campesinos han sido el ingrediente insurreccional decisivo virtualmente en todas las revoluciones sociales hasta la fecha (es decir, en las triunfantes)» (1979: 112-113).

En su explicación de las revueltas campesinas, Skocpol rechazó las teorías existentes que se centraban en la ideología, así como las teorías que acentuaban la condición de los actores. En su opinión, los factores clave de las rebeliones campesinas son más bien estructurales y situacionales. Entre estos fac-

tores se cuenta el grado de libertad de los campesinos en lo relativo a la supervisión y el control cotidiano y directo de los terratenientes y sus agentes. Finalmente, la relajación de las sanciones coercitivas estatales contra los campesinos suele provocar la actividad revolucionaria. La susceptibilidad de los estados del antiguo régimen ante las presiones internacionales y la existencia de esas estructuras en el sector agrario fueron, en opinión de Skocpol, causas «suficientes» de las revoluciones de Francia en 1789, de Rusia en 1917 y de China en 1911.

Estos factores estructurales influyeron no sólo en la génesis de las revoluciones, sino también en sus consecuencias. Es decir, estas revoluciones produjeron unas «transformaciones estructurales fundamentales y duraderas» de las sociedades cuestión (Skocpol, 1979: 161). Skocpol señaló importantes diferencias en los casos que estudió, pero también identificó semejanzas relevantes: primera, las relaciones agrarias de clase cambiaron drásticamente; segunda, los regímenes autocráticos y protoburocráticos de los antiguos estados fueron sustituidos por estados burocráticos y profesionalizados capaces de controlar a las masas; y tercera, las clases altas terratenientes prerrevolucionarias perdieron sus privilegios exclusivos.

En su análisis de las consecuencias estructurales de las revoluciones, Skocpol criticó a aquellos que acentuaban los factores ideológicos. Se negó a considerar a los líderes de las revoluciones sociales como meros representantes de las clases sociales y a sus acciones como simples reflejos de las ideologías de esas clases. Antes bien, su interés era el análisis de la *acción* de los líderes revolucionarios: la lucha para lograr el poder estatal. Creía más importantes sus actividades que las presiones ideológicas bajo las que se encontraban. Además, los resultados de sus actividades no estaban determinadas por sus ideologías sino por exigencias estructurales: «Las crisis revolucionarias *no* son rupturas totales en la historia que de súbito hagan posible lo que concibieron unos revolucionarios voluntariosos» (Skocpol, 1979: 171). Lo importante es analizar las fuerzas y los constreñimientos estructurales reales y no las ideas que de ellos tienen las personas.

## RESUMEN

En este capítulo analizamos una amplia serie de enfoques que pueden clasificarse como teorías sociológicas neomarxistas. Todas toman la obra de Marx como punto de partida, pero se desarrollan en direcciones diversas. Aunque estos desarrollos diversos dan una considerable vitalidad a la teoría neomarxista, suscitan también ciertas discusiones y distinciones que resultan innecesarias y harto disfuncionales. Así, una de las tareas de los teóricos marxistas modernos de la sociología es integrar esta gran y variada serie de teorías sin dejar de admitir la valía de algunos trabajos específicos.

El determinismo económico se erigió en su momento como la primera teo-

ría neomarxista, pero en la actualidad ha perdido su importancia, en particular para el pensador sociológico. Esta limitada perspectiva de la teoría marxista provocó ciertas reacciones que dieron lugar al desarrollo de otras teorías dentro de la tradición de Marx. El marxismo hegeliano, especialmente la obra de Georg Lukács, se cuenta entre las reacciones contra el determinismo económico. Su objetivo era superar las limitaciones del determinismo económico regresando a las raíces subjetivas hegelianas de la teoría marxista. El marxismo hegeliano apenas disfruta de relevancia contemporánea; su importancia reside en la influencia que ejerció sobre las teorías neomarxistas posteriores.

La Escuela Crítica, heredera de la tradición del marxismo hegeliano, *tiene* importancia para la sociología contemporánea. Las grandes aportaciones de los teóricos críticos (Marcuse, Habermas, etcétera) constituyen estudios sobre la cultura, la conciencia y sus interrelaciones. Estos teóricos han enriquecido nuestra comprensión de fenómenos culturales tales como la racionalidad instrumental, la «industria de la cultura», la «industria del conocimiento», la acción comunicativa, la dominación y las legitimaciones. A estas preocupaciones se suma el interés por la conciencia, fundamentalmente a través de la incorporación de la teoría freudiana a su trabajo. Sin embargo, los esfuerzos de los teóricos críticos para compensar las limitaciones del determinismo económico fueron demasiado lejos; pues es preciso reintegrar la preocupación por la economía y, desde luego, por las macrofuerzas sociales en general.

Otro enfoque neomarxista es el marxismo estructural. Mientras la Escuela Crítica acentúa los factores subjetivos, los marxistas estructurales se centran en los factores estructurales. Marxistas estructurales como Althusser y Poulantzas también adoptan el determinismo económico como punto de partida, lo que les ha llevado al análisis de estructuras tales como el estado y la ideología, que, a sus ojos, disfrutan de una «autonomía relativa» frente a la economía. No obstante, la economía se considera el factor estructural *más* importante. Los marxistas estructurales no sólo rechazan las limitaciones del determinismo económico en el nivel estructural, también critican duramente la subjetividad de la Escuela Crítica y del marxismo hegeliano. Califican estos desarrollos de corrientes perjudiciales y acientíficas de la teoría marxista. Si bien los marxistas estructurales critican duramente otras variantes de teoría marxista, ellos también han sido objeto de duros ataques procedentes de dentro y de fuera de la teoría marxista.

Ofrecemos después un estudio de dos corrientes de trabajo en sociología económica marxista. El primero trata de la relación entre trabajo y capital, especialmente las obras de Baran y Sweezy y Braverman. El segundo se ocupa de la transición del fordismo al posfordismo. Ambas corrientes representan un esfuerzo por volver a algunas de las preocupaciones económicas tradicionales de la sociología marxista. Estos trabajos son relevantes porque constituyen un esfuerzo por tener en cuenta las nuevas realidades de la sociedad capitalista contemporánea y actualizar, así, la sociología económica marxista.

El capítulo termina con dos ejemplos de investigación histórica neomarxis-

ta: Wallerstein, que estudia la economía y los sistemas mundiales, y Skocpol, que se ocupa de la política y las revoluciones sociales.

Más adelante analizaremos otros aspectos de la teoría neomarxista. Por ejemplo, en el Capítulo 9 nos ocuparemos otra vez del marxismo estructural, y bajo el encabezamiento «posestructuralismo», estudiaremos la obra de Michel Foucault, derivada en parte de la tradición marxista aunque haya llegado a representar un desafío a esa tradición. En el Capítulo 11 analizaremos algunas de las ideas más recientes de Jurgen Habermas. Finalmente, y lo que es más importante, en el Capítulo 13 nos ocuparemos de algunos de los libros más recientes escritos dentro de la tradición marxista: la teoría posmarxista.

A pesar del estado moribundo de las sociedades comunistas, la teoría neomarxista aún está viva, continúa siendo objeto de debate y, en ocasiones, es confusa. Es probable que siga despertando el interés de muchos teóricos sociales.

CAPITULO 5

# INTERACCIONISMO SIMBOLICO

Al igual que otras teorias sociológicas importantes, el interaccionismo simbólico presenta una perspectiva sumamente amplia. Las teorías de George Herbert Mead y, en menor grado, las de Charles Horton Cooley y W. I. Thomas le proporcionaron su núcleo inicial, pero posteriormente se desarrollaron diferentes perspectivas. Herbert Blumer es el representante del interaccionismo simbólico tradicional; otras variantes incluyen el enfoque más científico de Manford Khun, el enfoque dramatúrgido de Erving Goffman y tal vez incluso la etnometodología y la fenomenología [1]. Como estas dos últimas teorías tienen orientaciones diferentes las analizaremos en el Capítulo 6. En este capítulo nos ocuparemos del estudio del núcleo de la teoría de la interacción simbólica, que se encuentra principalmente en la obra de Mead y de Blumer, pero dedicaremos también unas líneas a otros enfoques.

## PRINCIPALES RAICES HISTORICAS

Comenzamos nuestro análisis del interaccionismo simbólico con las ideas de Mead [2], quien, en realidad, enseñó filosofía y no sociología en la Universidad de Chicago desde 1894 hasta 1931 (Faris, 1970). Sin embargo, muchos estudiantes de doctorado de sociología eligieron sus cursos. Fueron sus alumnos los que posteriormente vertieron la «tradición oral» del interaccionismo simbólico de Mead (M. Kuhn, 1964) al reino de la escritura, ya que utilizaron los apuntes de las clases de Mead para construir su importante obra, *Mind, Self and Society: From the Standpoint of a Social Behaviorist* [Espíritu, persona y sociedad. Desde el punto de vista del conductismo social] (Mead, 1934/1962). Las raíces intelectuales más influyentes de la obra de Mead en particular y del interaccionismo simbólico en general, son la filosofía del pragmatismo y el conductismo psicológico (Joas, 1985; Rock, 1979) [3].

### Pragmatismo

El pragmatismo es una amplia perspectiva filosófica en la que pueden identificarse diversos aspectos que influyeron en el desarrollo de la orientación sociológica de Mead (Charon, 1985). En primer lugar, para los pragmáticos la verdadera realidad no existe «fuera» del mundo real; «se crea activamente a medida

---

[1] Esto se manifestó en una sesión plenaria de las reuniones de la *Society of Symbolic Interaction* que se celebró hace aproximadamente una década; el tema de la sesión era las variantes del interaccionismo simbólico y entre los participantes se encontraban representantes de la fenomenología y de la etnometodología.

[2] El número completo de otoño de 1981 de *Symbolic Interaction* fue un número monográfico dedicado a Mead; véase también Fisher y Strauss (1979). Entre los últimos trabajos destacados acerca de Mead se cuentan los de Collins (1989b) y Luscher (1990).

[3] Otra importante influencia fueron las teorías de Georg Simmel, especialmente sus ideas sobre la interacción.

que actuamos dentro y hacia el mundo» (Hewitt, 1984: 8; véase también Shalin, 1986). En segundo lugar, las personas recuerdan y basan su conocimiento del mundo sobre lo que se ha demostrado útil para ellas. Suelen alterar lo que ya no «funciona». En tercer lugar, las personas definen los «objetos» físicos y sociales con los que tienen relación en el mundo de acuerdo con su utilidad para ellas. Finalmente, si nuestro deseo es entender a los actores, debemos basar nuestra comprensión en lo que ellos hacen realmente en el mundo. Identificamos tres aspectos centrales del interaccionismo simbólico: (1) el análisis de la interacción entre el actor y el mundo; (2) una concepción del actor y del mundo como procesos dinámicos y no como estructuras estáticas; y (3) la enorme importancia asignada a la capacidad del actor para interpretar el mundo social.

El último aspecto es el que resalta en la obra del filósofo pragmático John Dewey. Dewey no concebía la mente como una cosa o una estructura, sino como un proceso de pensamiento que implicaba una serie de fases. Estas fases son: la definición de los objetos del mundo social, la determinación de los posibles modos de conducta, la anticipación de las consecuencias de cursos alternativos de acción, la eliminación de posibilidades improbables y, finalmente, la elección del modo óptimo de acción (Stryker, 1980). Este enfoque sobre los procesos de pensamiento influyó profundamente en el desarrollo del interaccionismo simbólico.

De hecho, David Lewis y Richard Smith afirman que Dewey (junto a William James) influyó más en el desarrollo del interaccionismo simbólico que Mead. Incluso llegaron a señalar que «la obra de Mead se sitúa en la periferia de la corriente principal de la sociología inicial de Chicago» (Lewis y Smith, 1980: xix)[4]. Estos autores distinguían entre dos tipos de pragmatismo: el «realismo filosófico» (asociado a Mead) y el «pragmatismo nominalista» (relacionado con Dewey y James). En su opinión, el interaccionismo simbólico recibió una mayor influencia del enfoque nominalista e incluso era incompatible con el realismo filosófico. La perspectiva nominalista consiste en afirmar que, aunque los macrofenómenos existen, no tienen «efectos independientes y determinantes sobre la conciencia y la conducta de los individuos» (Lewis y Smith, 1980: 24). Esta perspectiva «concibe los individuos como actores existencialmente libres que aceptan, rechazan, modifican o, en cualquier caso, "definen" las normas, los roles, las creencias, etc. de la comunidad de acuerdo con sus intereses personales y planes del momento» (Lewis y Smith, 1980: 24). En cambio, para los realistas sociales lo importante es la sociedad y cómo constituye y controla los procesos mentales de los individuos. Los actores no son libres, sus cogniciones y conductas están controlados por el conjunto de la comunidad[5].

Dada esta distinción, podemos comprobar que la obra de Mead se acomoda más bien en la perspectiva realista y, por tanto, no conecta con la dirección nominalista que adoptó el interaccionismo simbólico. Herbert Blumer es el principal

[4] Para un simpósium sobre esta obra, véase *Symbolic Interaction* 1983).

[5] Para una crítica de esta distinción, véase Miller (1982b, 1985).

representante de esta última dirección, aunque sostuvo que trabajaba con un enfoque meadiano. La cuestión de las diferencias entre Mead y Blumer es importante; la volveremos a tocar más adelante en este capítulo cuando nos ocupemos de la metodología. En el nivel de la teoría Lewis y Smith captaron la esencia de sus diferencias:

> Blumer... se orientó completamente hacia el interaccionismo psíquico... A diferencia del conductista social meadiano, el interaccionista psíquico mantiene que los significados de los símbolos no son universales y objetivos; antes bien, los significados son individuales y subjetivos en el sentido de que es el receptor el que los «asigna» a los símbolos de acuerdo con el modo en que los «interpreta».
>
> (Lewis y Smith, 1980: 172)

## Conductismo

La interpretación de Lewis y Smith de la obra de Mead se ve reforzada por el hecho de que Mead recibió también la influencia del conductismo psicológico (J. Baldwin, 1986, 1988a, 1988b), perspectiva que también le condujo en una dirección realista y empírica. De hecho, Mead distinguió claramente su *conductismo social* del *conductismo radical* de John B. Watson (que fue uno de los alumnos de Mead).

A los conductistas radicales seguidores de Watson (K. Buckley, 1989) les preocupan las *conductas observables* de los individuos. Se centran en los estímulos que provocan las respuestas, o conductas, en cuestión. Rehusaron asignar demasiada importancia a los procesos mentales encubiertos que ocurrían en el tiempo que mediaba entre el estímulo y la emisión de la respuesta. Mead reconocía la importancia de la conducta observable, pero también creía que había aspectos *encubiertos* de la conducta ignorados por los conductistas radicales. Pero como asumía el empirismo básico del conductismo, Mead no se contentó con filosofar en torno a estos fenómenos encubiertos. Intentó, pues, extender la ciencia empírica del conductismo a ellos, es decir, a lo que ocurre entre el estímulo y la respuesta. Bernard Meltzer resumió así la postura de Mead:

> Para Mead, la unidad de estudio era «el acto», que comprende tanto aspectos encubiertos como aspectos descubiertos de la acción humana. Dentro del acto, la totalidad de las diferentes categorías de las psicologías ortodoxas tradicionales encuentran su lugar. La atención, la percepción, la imaginación, el razonamiento, la emoción, etcétera, son consideradas como parte del acto... el acto, pues, engloba todos los procesos implicados en la actividad humana.
>
> (Meltzer, 1964/1978: 23)

Mead y los conductistas radicales también disentían en sus ideas sobre la relación entre la conducta humana y animal. Mientras los conductistas radicales solían no identificar diferencia alguna entre los humanos y los animales, Mead

afirmaba que había una diferencia cualitativa importante. Esta diferencia residía en que los humanos poseen facultades mentales que les permiten utilizar el lenguaje entre el estímulo y la respuesta para decidir su respuesta.

Mead reconoció su deuda con el conductismo watsoniano, a la vez que expresaba también su alejamiento de él. Ello quedó muy claro cuando afirmó: «Enfocaremos este último campo [la psicología social] desde un punto de vista conductista». Pero al mismo tiempo criticaba la perspectiva de Watson cuando señalaba: «El conductismo que utilizaremos nosotros es *más adecuado* que el que emplea Watson» (1934/1962: 2, cursivas añadidas).

Charles Morris, en su introducción a *Mind, Self and Society*, enumeró tres diferencias básicas entre Mead y Watson. En primer lugar, Mead calificó de demasiado simplista el enfoque excluyente de Watson. En efecto, acusó a Watson de sacar la conducta de su amplio contexto social. Mead prefirió analizar la conducta como una pequeña parte del complejo mundo social.

En segundo lugar, Mead acusó a Watson de no estar dispuesto a extender el conductismo a los procesos mentales. Watson carecía de una concepción de la conciencia y los procesos mentales del actor, como Mead señaló vívidamente: «La actitud de John B. Watson fue la de la Reina de *Alicia en el país de las maravillas*: "¡Cortadles la cabeza!"; tales cosas no existían. No existía la imaginación ni la conciencia» (1934/1962: 2-3). Mead contrapuso su perspectiva a la de Watson: «Es conductista, pero, a diferencia del conductismo watsoniano, reconoce las partes del acto que no aparecen a la observación externa» (1934/1962: 8). Concretamente, Mead se trazó la tarea de extender los principios del conductismo watsoniano a los procesos mentales.

Finalmente, como Watson rechazaba la mente, Mead percibió en su obra una imagen pasiva del actor en la que éste aparecía como un títere. Mead tenía una concepción más dinámica y creativa del actor, y esto es lo que atrajo a los interaccionistas simbólicos posteriores.

El pragmatismo y el conductismo, en especial los representados por las teorías de Dewey y de Mead, se transmitieron a muchos estudiantes de doctorado de la Universidad de Chicago principalmente durante los años veinte. Estos estudiantes, entre ellos Herbert Blumer, fundaron el interaccionismo simbólico. Indudablemente, otros teóricos destacados, entre ellos Georg Simmel, influyeron también en estos estudiantes. El interés de Simmel por las formas de la acción y la interacción era compatible con la teoría meadiana. Por supuesto, el desarrollo de la interacción simbólica estuvo influido por otras teorías, pero el pragmatismo, el conductismo radical y la teoría de Simmel son, con diferencia, las influencias más importantes.

## Entre el reduccionismo y el sociologismo

Blumer acuñó el término *interaccionismo simbólico* en 1937 y escribió varios ensayos instrumentales para su desarrollo. Mientras Mead se afanó por diferenciar el interaccionismo simbólico naciente del conductismo, Blumer creía que

el interaccionismo simbólico batallaba en dos frentes. Primero, contra el conductismo reduccionista que preocupaba a Mead. En segundo lugar, estaba la grave amenaza de las teorías sociologistas macro, en especial del funcionalismo estructural. Para Blumer, el conductismo y el funcionalismo estructural tendían a centrarse en los factores (tales como los estímulos externos y las normas) que determinaban la conducta humana. En opinión de Blumer, ambas perspectivas ignoraban los procesos cruciales por los que los actores confieren significado a las fuerzas que actúan sobre ellos y sus propias conductas (Morrione, 1988).

Desde el punto de vista de Blumer estaba claro que los conductistas eran reduccionistas psicológicos, porque subrayaban la influencia de los estímulos externos sobre la conducta humana. Además del conductismo le inquietaban otros muchos tipos de reduccionismo psicológico. Criticó también a los que intentaban explicar la acción humana basándose en las nociones convencionales del concepto de «actitud» (Blumer, 1955/1969: 94). Para él, la mayoría de los que utilizaban este concepto interpretaban la actitud como una «tendencia preorganizada» del actor; solían concebir las acciones como si estuvieran dictadas por las actitudes. Desde su punto de vista se trataba de una reflexión muy mecanicista; lo importante no era la actitud como una tendencia internalizada, sino como «el proceso definitorio a través del cual el actor forja su acto» (Blumer, 1955/1969: 97). También criticó a los que se centraban en los motivos conscientes e inconscientes. En particular le irritaba la idea de que los actores se movieran por impulsos independientes y mentalistas sobre los que supuestamente no tenían control. La teoría freudiana, que considera que los actores están impulsados por fuerzas tales como la libido, constituye un ejemplo del tipo de teoría psicológica al que se oponía Blumer. En suma, se oponía a toda teoría psicológica que ignorara el proceso por el que los actores construían el significado: el hecho de que los actores tienen *self* y de que se relacionan consigo mismos. Así, las críticas generales de Blumer se asemejan a las de Mead, pero aquél fue mas lejos al criticar también otras formas de reduccionismo psicológico.

Blumer también se oponía a las teorías sociologistas (en especial al funcionalismo estructural) que consideran que la conducta individual está determinada por macrofuerzas exteriores. Blumer incluyó en esta categoría teorías que se centraban en factores culturales y socio-estructurales tales como «"el sistema social", "la estructura social", "la cultura", "la posición de estatus", "el rol social", "la costumbre", "la institución", "la representación colectiva", "la situación social", "la norma social", y "los valores"» (Blumer, 1962/1969: 83). Las teorías sociologistas, como las conductistas, ignoran la importancia del significado y de la construcción social de la realidad. He aquí cómo Blumer resumió sus críticas de las teorías sociologistas y psicológicas:

> En sendas explicaciones típicamente sociológicas y psicológicas los significados de las cosas para los seres humanos que actúan son bien ignorados, bien absorbi-

> dos por los factores utilizados para explicar su conducta. Si se declara que determinados tipos de conducta son el resultado de unas fuerzas particulares que las producen, no hay necesidad alguna de preocuparse por el significado de las cosas hacia las que actúan los seres humanos.
>
> (Blumer, 1969b: 3)

Puestos en antecedentes, estamos ya preparados para analizar los principios básicos del interaccionismo simbólico. Primero, sin embargo, examinaremos las ideas de George H. Mead, el pensador más importante en la fundación del interaccionismo simbólico, y su obra más destacada, *Mind, Self and Society*. La obra de Mead está lejos de tener sólo un interés meramente histórico, y ello se demuestra en una obra reciente sobre el interaccionismo simbólico, *Signifying Acts*, en la que su autor, Robert Perinbanayagam le considera «un genio de primer orden» y señala que su libro «es, después de todo, un estudio de las ideas de Mead» (1985: xiii).

## LAS IDEAS DE GEORGE HERBERT MEAD

Como hemos visto, el pragmatismo y el conductismo influyeron poderosamente en Mead, quien buscó una perspectiva intermedia entre el reduccionismo y el sociologismo. En este apartado analizaremos en profundidad las ideas de este importante teórico.

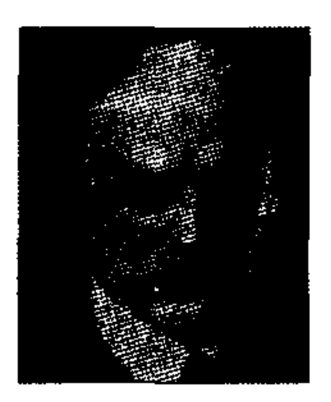
### La prioridad de lo social

Ellsworth Faris, en su análisis de la obra más famosa de Mead, *Mind, Self and Society* [Espíritu, persona y sociedad], señaló que «no el espíritu y luego la sociedad; sino la sociedad primero y luego los espíritus que surgen con esa sociedad... es este el orden que él [Mead] hubiera establecido» (citado en Miller, 1982a: 2). La inversión de Faris del título de este libro refleja el hecho ampliamente reconocido, y admitido por el propio Mead, de que la sociedad o, en general, lo social, tenía prioridad en su análisis.

Para Mead, la psicología social tradicional partía de la psicología del individuo para explicar la experiencia social; Mead, en cambio, dio siempre prioridad al mundo social para comprender la experiencia social. Mead lo explica así:

> En psicología social no construimos la conducta del grupo social en términos de la conducta de los distintos individuos que componen; antes bien, *partimos de un todo social determinado* de compleja actividad social, dentro del cual analizamos (como elementos) la conducta de cada uno de los distintos individuos que lo componen. Es decir intentamos explicar la conducta del individuo en términos de la conducta organizada del grupo social en lugar de explicar la conducta organizada del grupo social en términos de la conducta de los distintos individuos que pertenecen a él. Para la psicología social, el *todo (la sociedad) es anterior a la parte (el*

## GEORGE HERBERT MEAD: Reseña biográfica



La mayoría de los teóricos analizados en este libro alcanzaron renombre en vida por sus obras publicadas. Sin embargo, la fama de George Herbert Mead durante su vida se debió tanto a su actividad docente como a sus escritos. Sus palabras influyeron profundamente en muchos estudiantes que llegarían a convertirse en destacados sociólogos del siglo veinte. Uno de sus estudiantes señaló «La conversación era su mejor medio; sus escritos eran secundarios» (T. V. Smith, 1931: 369). Y he aquí la descripción de la actividad docente de Mead hecha por uno de sus estudiantes, que hoy en día es un sociólogo conocido, Leonard Cottrell:

> Para mi, el curso del profesor Mead fue una experiencia única e inolvidable... el profesor Mead era un hombre alto y de aspecto amable que llevaba un fabuloso bigote y barba al estilo Vandyke. Le caracterizaba una sonrisa benévola, algo tímida y aderezada con un guiño de ojos, como si estuviera gastando una broma secreta a su audiencia...
>
> Cuando impartía clase —siempre sin notas— el profesor Mead manipulaba un trozo de tiza y la miraba fijamente... Cuando subrayaba alguna cuestión determinada durante la clase levantaba la mirada y nos echaba una sonrisa casi de disculpa sobre nuestras cabezas y jamás fijaba la mirada en ninguno de nosotros. Sus palabras fluían y enseguida nos dimos cuenta que no nos gustaban las preguntas o comentarios durante el transcurso de la clase. En efecto, cuando alguien osaba hacer una pregunta se oía un murmullo de desaprobación entre los estudiantes. Protestaban por cualquier interrupción del brillante flujo de palabras...

> *individuo)*, no la parte al todo; y la parte es expresada en términos del todo, no el todo en términos de la parte o las partes.
>
> (Mead, 1934/1962: 7; cursivas añadidas)

Para Mead, el todo social precede a la mente individual lógica y temporalmente. En la teoría de Mead, como veremos más tarde, el individuo consciente y pensante es lógicamente imposible sin un grupo social que le precede. El grupo social es anterior, y es él el que da lugar al desarrollo de estados mentales autoconscientes.

## El acto

Mead considera el acto como la «unidad más primitiva» de su teoría (1982: 27). No es en sí un fenómeno emergente, sino la base de toda emergencia. En otras

Pedía poco a los estudiantes. Nunca hizo exámenes. Nos pedía sólo que escribiéramos un trabajo dentro de nuestras posibilidades. El profesor Mead los leía meticulosamente y los calificaba de acuerdo con su parecer. Podría pensarse que los estudiantes no se molestaban en asistir a clase y simplemente hacían algunas lecturas para componer su trabajo, pero no era ese el caso. Los estudiantes siempre asistían a sus clases. No se cansaban de escucharle.

(Cottrell, 1980: 49-50)

Con el paso de los años, muchas de las ideas sociológicas de Mead se publicaron, especialmente en *Espíritu, persona y sociedad.* Este y otros libros de Mead influyeron poderosamente en la sociología contemporánea.

Nacido el veintisiete de febrero de 1863 en South Hadley, Massachusetts, Mead estudió filosofía y sus aplicaciones a la psicología social. Se graduó en Oberlin College (su padre era profesor allí) en 1883 y después de trabajar algunos años como profesor de instituto, consejero de algunas empresas ferroviarias y tutor particular, Mead comenzó sus estudios de posgrado en Harvard, en 1887. Tras pasar algunos años en Harvard, así como en las universidades de Leipzig y Berlín, a Mead le ofrecieron un puesto de lector en la Universidad de Michigan en 1891. Es interesante mencionar que Mead nunca obtuvo título universitario alguno. En 1894, John Dewey le invitó a trasladarse a la Universidad de Chicago y allí permaneció durante el resto de su vida. Además de sus actividades docentes y académicas, Mead participó activamente en la política, especialmente en el movimiento de reforma de Chicago (Joas, 1985).

George Herbert Mead murió el veintiséis de abril de 1931.

palabras, el acto es la base de donde emergen todos los demás aspectos del análisis de Mead. Es en su análisis del acto cuando Mead se aproxima más al enfoque del conductista y se centra en el estímulo y la respuesta. Ahora bien, Mead creía que el estímulo no provocaba una respuesta automática e irreflexiva en el actor humano. Como señaló: «Concebimos el estímulo como una ocasión u oportunidad para actuar, no como una compulsión o mandato» (1982: 28).

Mead (1938/1972) identificó cuatro fases fundamentales e interrelacionadas del acto; las cuatro representan un todo orgánico (en otras palabras, están interrelacionadas dialécticamente). Tanto los animales inferiores como los humanos actúan, y Mead estudió las semejanzas y sobre todo las diferencias entre ambos. La primera fase es la del *impulso*, que entraña un «estímulo sensorial inmediato» y la reacción del actor al estímulo, la necesidad de hacer algo como respuesta. El hambre nos proporciona un buen ejemplo. El actor (tanto humano como no humano) responde inmediata e irreflexivamente al impulso, pero es

más probable que el actor humano se detenga a considerar la respuesta adecuada (comer en ese momento o más tarde). Considerará no sólo la situación inmediata, sino también las experiencias pasadas y las posibles consecuencias del acto.

Hemos analizado un impulso, el hambre, que atañe al individuo; ahora bien, este tipo de impulsos también involucran al entorno. El hambre puede deberse a un estado interior del actor o estar provocada por la presencia de comida en el entorno, o, lo que resulta más probable, puede surgir de una combinación de ambas situaciones. Además, puede darse el caso de que la persona hambrienta se sienta impulsada a buscar una manera de satisfacer su impulso en un entorno en el que la comida no esté inmediatamente disponible o escasee. Este impulso, como todos los demás, puede estar relacionado con un problema en el entorno (es decir, la ausencia de comida inmediatamente disponible), un problema que debe solventar el actor. En efecto, mientras un impulso como el hambre puede deberse al estado interior del individuo (incluso en ese caso el hambre puede ser provocada por un estímulo externo, y además existen definiciones sociales acerca de cuándo es apropiado tener hambre), normalmente suele relacionarse con la existencia de un problema en el entorno (por ejemplo, la ausencia de comida). Por poner otro ejemplo, la proximidad de un peligroso animal salvaje puede constituir un impulso para una persona que la lleva a actuar. En suma, en el impulso, como en los demás elementos de la teoría de Mead, están implicados tanto el actor como el entorno.

La segunda fase del acto es la *percepción*, en la que el actor busca y reacciona a un estímulo relacionado con el impulso, en este caso el hambre y las diversas maneras disponibles de satisfacerla. Las personas son capaces de sentir o percibir el estímulo a través del oído, el olfato, el gusto, etc. La percepción implica tanto los estímulos entrantes como las imágenes mentales que crean. Las personas no responden simple e inmediatamente a los estímulos externos, sino que más bien consideran y sopesan la respuesta a través de imágenes mentales. Las personas no están simplemente supeditadas a la estimulación externa; también seleccionan activamente las características de un estímulo y eligen entre un abanico de estimulos. Es decir, un estímulo puede tener varias dimensiones, y el actor es capaz de elegir entre ellas. Además, por lo general, la gente se topa con muchos y diferentes estímulos, y tiene la capacidad de elegir unos y descartar otros. Mead se niega a separar a las personas de los objetos que perciben. Es el acto de percibir un objeto lo que hace que sea un objeto para la persona; la percepción y el objeto (dialécticamente relacionados) no pueden separarse uno de otro.

La tercera es la fase de la *manipulación*. Una vez que se ha manifestado el impulso y el objeto ha sido percibido, el siguiente paso es la manipulación del objeto o, en términos más generales, la acción que la persona emprende con respecto a él. Además de sus ventajas mentales, las personas tienen otra ventaja sobre los animales inferiores. La gente tiene manos (tiene pulgares opuestos a los demás dedos) que le permiten manipular objetos con más destreza que los animales inferiores. La fase de la manipulación constituye, para Mead, un pau-

sa temporal importante en el proceso, porque mientras transcurre no se manifiesta una respuesta inmediatamente. Un ser humano hambriento ve una seta, pero antes de comérsela, la arranca primero, la examina, quizás ojee un tratado especializado para saber si esa variedad es comestible. El animal inferior, sin embargo, suele comerse la seta sin manipularla ni examinarla (y, por supuesto, sin leer sobre sus características). La pausa que proporciona la manipulación de un objeto permite a los humanos contemplar diversas respuestas. En el lapso en el que considera si se la come o no, están implicados tanto el pasado como el futuro. La persona reflexiona acerca de las experiencias pasadas en las se ha comido una determinada seta, tal vez recuerda que enfermó y considera la posible enfermedad o, incluso la muerte, que le puede sobrevenir si se come una seta venenosa. Para el actor, la manipulación de la seta pasa a ser una suerte de método experimental para formular mentalmente las diversas hipótesis acerca de lo que le puede suceder si se la come.

Tras la deliberación, el actor decide si se come o no la seta, y esta decisión lleva a la siguiente fase del acto, la *consumación* del acto que, en términos más generales, equivale a emprender la acción que satisface el impulso original. Tanto los humanos como los animales inferiores son capaces de comerse la seta, pero es menos probable que un humano se coma una seta venenosa debido a su destreza para manipular el objeto y a su capacidad para pensar (y leer) sobre las consecuencias que tiene el acto de comérsela. El animal inferior puede confiar en el método de prueba y error, que constituye una técnica menos efectiva que la capacidad de los humanos de pensar en el curso de sus acciones. El método de prueba y error en esta situación es bastante arriesgado y, por ello, los animales inferiores tienen más probabilidades de morir por comer una seta envenenada que los humanos.

Aunque, para facilitar nuestro análisis hayamos separado las cuatro fases en orden secuencial, el hecho es que Mead pensaba que existe una relación dialéctica entre aquellas. John Baldwin expresa esta idea de la siguiente manera: «Aunque, en algunos casos, las cuatro fases del acto *parecen* estar vinculadas en un orden lineal, realmente se compenetran para constituir un proceso orgánico: los aspectos de cada fase están presentes en todo momento desde el principio del acto hasta el final, de manera que cada fase afecta a las demás» (1986: 55-56). Así, las últimas fases del acto pueden conducir a la emergencia de las primeras fases. Por ejemplo, la manipulación de comida puede provocar en el individuo el impulso del hambre y la percepción de que está hambriento y de que hay comida disponible para satisfacer su necesidad.

## Gestos

Mientras el acto implica una sola persona, el *acto social* implica dos o más personas. El *gesto* es, para Mead, el mecanismo básico del acto social en particular y del proceso social en general. «Los gestos son movimientos del primer organismo que actúan como estímulos específicos de respuestas (socialmente)

apropiadas del segundo organismo» (Mead, 1934/1962: 14; véase también Mead, 1959: 187). Tanto los animales inferiores como los humanos son capaces de hacer gestos, en el sentido de que la acción de un individuo provoca automática e irreflexivamente la reacción de otro individuo. La siguiente cita es el famoso ejemplo que pone Mead acerca de los gestos en una pelea de perros:

> El acto de cada perro se convierte en el estímulo de la reacción del otro perro... El propio hecho de que el perro esté dispuesto a atacar a otro se convierte en estímulo para que el otro perro cambie su actitud o su posición. No bien ha hecho tal cosa, cuando tal cambio de actitud del segundo perro hace, a su vez, que el primero cambie su actitud.
>
> (Mead, 1934/1962: 42-43)

Lo que tiene lugar en esta situación Mead lo denomina una «conversación de gestos». El gesto de un perro provoca automáticamente un gesto en el otro perro; no se produce proceso mental alguno en los perros.

En ocasiones, los humanos participan en conversaciones inconscientes de gestos. Mead nos pone como ejemplos muchas de las acciones y reacciones que tienen lugar en combates de boxeo y encuentros de esgrima, donde un luchador responde «instintivamente» a las acciones del otro. Mead denomina estas acciones inconscientes gestos «no significantes»; lo que distingue a los humanos es su capacidad para emplear gestos «significantes», aquellos que requieren la reflexión por parte del actor antes de que se produzca la reacción.

El gesto vocal es particularmente importante en el desarrollo de los gestos significantes. Sin embargo, no todos los gestos vocales son significantes. El ladrido de un perro a otro es no significante; incluso algunos gestos vocales humanos (por ejemplo, un gruñido) pueden ser no significantes. Sin embargo, el desarrollo de los gestos vocales, especialmente el lenguaje, constituye el factor más importante que hizo posible el desarrollo distintivo de la vida humana: «La especialización del animal humano dentro de este campo del gesto ha sido responsable, en definitiva, del origen y desarrollo de la actual sociedad humana y de sus conocimientos, con todo el dominio sobre la naturaleza y sobre el medio humano que hace posible la ciencia» (Mead, 1934/1962: 14).

Este desarrollo está relacionado con una característica distintiva del gesto vocal. Cuando hacemos un gesto físico, como una mueca facial, no nos vemos a nosotros mismos (a menos que estemos frente a un espejo). Por el contrario, al pronunciar un gesto vocal, nosotros nos oímos igual que los demás. De ello se deduce que el gesto vocal puede influir en el hablante del mismo modo que lo hace en los oyentes. También se deduce que somos más capaces de detener nuestros gestos vocales que nuestros gestos físicos. En otras palabras, controlamos mejor los gestos vocales que los físicos. Esta capacidad de controlar nuestra persona y nuestras reacciones es crucial, como veremos, para las demás capacidades que distinguen a los humanos. En términos generales, «El gesto vocal cumple la importante función de medio para la organización social de la sociedad humana» (Mead, 1959: 188).

## Símbolos significantes

Un símbolo significante es una suerte de gesto que sólo los humanos son capaces de realizar. Los gestos se convierten en *símbolos significantes* cuando surgen de un individuo para el que constituyen el mismo tipo de respuesta (no necesariamente idéntica), que se supone provocarán en aquellos a quienes se dirigen. Sólo logramos la comunicación cuando empleamos símbolos significantes; la comunicación, en su sentido más completo, no es posible entre hormigas, abejas, etc... Los gestos físicos pueden ser símbolos significantes, pero como ya hemos visto, no lo son propiamente porque las personas no pueden ver u oír con facilidad sus propios gestos físicos. Asi, son las vocalizaciones las que suelen convertirse en símbolos significantes, si bien no todas se convierten en ellos. El conjunto de gestos vocales que tiene mayor probabilidad de convertirse en símbolos significantes es el *lenguaje*: «un símbolo que responde a un significado en la experiencia del primer individuo y que también evoca ese significado en el segundo individuo. Cuando el gesto llega a esta situación, se ha convertido en lo que llamamos «lenguaje». Es ahora un símbolo significante y representa cierto significado» (Mead, 1934/1962: 46). En una conversación de gestos, sólo se comunican gestos. Sin embargo, el lenguaje implica la comunicación tanto de gestos como de sus significados.

El lenguaje y, en general, los símbolos significantes, provocan la misma respuesta en el individuo que lo recibe que en los demás. La palabra *perro* o *gato* provoca la misma imagen mental en la persona que la pronuncia que en los que la escuchan. Otro efecto del lenguaje es que estimula tanto al emisor como al receptor. La persona que grita «fuego» en un teatro abarrotado está tan motivada para salir huyendo del teatro como las demás que reciben el mensaje. Así, los símbolos significantes permiten a las personas ser los estimuladores de sus propias acciones.

Con similar orientación pragmática, Mead analiza las «funciones» de los gestos en general, y de los símbolos significantes en particular. La función del gesto «es posibilitar la adaptación entre los individuos involucrados en cualquier acto social dado, con referencia al objeto u objetos con que dicho acto está relacionado» (Mead, 1934/1962: 46). Así, una mueca facial involuntaria puede hacerse para evitar que el niño se acerque al precipicio y evitar de esta manera una situación peligrosa. Aunque el gesto no significante funciona, el

> gesto significante o símbolo significante proporciona facilidades mucho mayores, para tal adaptación y readaptación, que el gesto no significante, porque provoca en el individuo que lo hace la misma actitud hacia el... y le permite adaptar su conducta subsiguiente a la de ellos a la luz de la mencionada actitud. En resumen, la conversación de gestos conscientes o significantes es un mecanismo mucho más adecuado y eficaz de adaptación mutua dentro del acto social... que la conversación de gestos inconsciente o no significante.
>
> (Mead, 1934/1962: 46)

Desde un punto de vista pragmático, un símbolo significante funciona mejor que un símbolo no significante en el mundo social. En otras palabras, cuando comunicamos a otros nuestro disgusto, un reproche verbal de indignación funciona mejor que un complicado gesto corporal. El individuo que manifiesta su disgusto no suele ser consciente en ese momento del gesto corporal y, por tanto, no suele ser capaz de adaptar conscientemente sus acciones posteriores a la luz de la reacción de la otra persona a dicho gesto. Por otra parte, un hablante es consciente de que pronuncia un reproche de indignación y reacciona a él de la misma forma (y al mismo tiempo) que la persona a la que va dirigido y de la que espera una reacción. Así, el hablante puede pensar en cómo va a reaccionar la otra persona y preparar su reacción a esa reacción.

Los símbolos significantes cumplen otra función de importancia crucial en la teoría de Mead: hacen posibles los procesos mentales, espirituales, etc. El *pensamiento* humano sólo es posible a través de los símbolos significantes, especialmente el lenguaje (para Mead, los animales inferiores son incapaces de pensar). Mead define el *pensamiento* como «simplemente una conversación implícita o interna del individuo consigo mismo por medio de estos gestos» (1934/1962: 47). Y, más específicamente, afirma: «Pensar es lo mismo que hablar con otras personas» (1982: 155). En otras palabras, el pensamiento implica hablar con uno mismo. Se aprecia con claridad que Mead define el pensamiento en términos conductistas. Las conversaciones implican una conducta (hablar), y esa conducta también se produce en el interior del individuo; cuando se produce dentro del individuo, tiene lugar el pensamiento. No es ésta, por tanto, una definición del pensamiento en términos de la mente; es decididamente conductista.

Los símbolos significantes también hacen posible la *interacción simbólica*. Es decir, las personas interactúan con otras no sólo con los gestos, sino también con los símbolos significantes. Esto, por supuesto, marca una diferencia y hace posible el desarrollo de pautas y formas de interacción mucho más complejas de organización social que las que permitirían los gestos.

Obviamente, el símbolo significante desempeña un papel central en el pensamiento de Mead. De hecho, Miller asigna al símbolo significante *el* papel central en la teoría de Mead: «El fruto más importante de la reflexión de Mead es la comprensión de que el símbolo significante, el símbolo del lenguaje, consiste en un gesto cuyo significado lo forman tanto el que lo hace como el que lo recibe. Dedicó gran parte de su vida intelectual a aclarar las implicaciones de esta idea» (1982a: 10-11).

## Los procesos mentales y la mente

En su análisis de los procesos mentales Mead emplea una serie de conceptos similares que conviene distinguir. Antes de hacerlo, es importante señalar que Mead solia pensar en términos de procesos más que de estructuras o contenidos. De hecho, a Mead se le ha llamado con frecuencia «filósofo de los procesos» (Cronk, 1987; Miller, 1982a).

*Inteligencia* es un término que se presta a confusión porque pertenece a lo que denominamos «procesos mentales». Sin embargo no es asi en el pensamiento de Mead[6]. En términos generales, Mead define la *inteligencia* como la adaptación mutua de los actos de los organismos. Según esta definición, es claro que los animales inferiores tienen «inteligencia» porque se adaptan unos a otros mediante las conversaciones de gestos. De modo similar, los humanos se adaptan unos a otros a través del uso de símbolos no significantes (por ejemplo, las muecas involuntarias). Sin embargo, lo que distingue a los humanos es que ellos también demuestran inteligencia, o que tienen capacidad de adaptación mutua, a través del empleo de símbolos significantes. Así, un sabueso tiene inteligencia, pero la inteligencia del detective se distingue de la del sabueso debido a que el primero es capaz de utilizar símbolos significantes.

Mead mantiene que los animales tienen «inteligencia irracional». A diferencia de ellos, los humanos tienen «razón», definida por Mead de una manera harto peculiar: «Cuando se razona se está indicando uno a si mismo los caracteres que provocan ciertas reacciones, y esto es precisamente lo que uno está haciendo» (1934/1962: 93). En otras palabras, los individuos mantienen conversaciones consigo mismos.

Lo más importante de la inteligencia reflexiva de los humanos es su capacidad de inhibir temporalmente la acción, de demorar sus reacciones ante los estímulos (Mead, 1959: 84). En el caso de los animales inferiores, un estímulo provoca inmediata e inevitablemente una reacción; los animales inferiores carecen de la capacidad de inhibir temporalmente sus reacciones. Como Mead señaló «La reacción demorada es necesaria para la conducta inteligente[7]. La organización, la prueba implícita y la selección final... serían imposibles si una u otra reacción manifiesta a los estímulos ambientales dados tuviese que ser inmediata» (1934/1962: 99). Distingamos los tres componentes que aquí se encuentran. Primero, los humanos, debido a su capacidad para retrasar las reacciones, son capaces de organizar en sus propias mentes el abanico de posibles respuestas a la situación. Los humanos poseen en sus mentes los modos optativos de completar un acto social en el que están involucrados. Segundo, las personas son capaces de elegir mentalmente, de nuevo mediante una conversación interna consigo mismas, varios cursos de acción. A diferencia de ellas, los animales inferiores carecen de esta capacidad, por lo que eligen las reacciones en el mundo real por el método del ensayo y el error. La capacidad de seleccionar respuestas mentalmente, como hemos visto en el caso de la seta envenenada, es más eficaz que el método de prueba y error. La selección mental de una respuesta poco adecuada no supone coste social alguno. Sin embargo, cuando un animal inferior emplea realmente esa respuesta en el mundo real (por ejem-

---

[6] Aunque, como veremos más tarde, Mead utiliza este término de forma incoherente; en algunas ocasiones lo emplea para referirse a los procesos mentales.

[7] He aquí un lugar donde Mead utiliza *inteligencia* en un sentido diferente del que empleaba en el análisis anterior.

plo, cuando un perro se aproxima a una serpiente venenosa), el resultado puede ser costoso, incluso desastroso. Finalmente, los humanos son capaces de elegir uno entre un conjunto de estímulos, en lugar de reaccionar al primero de los estímulos más fuertes. Además, los humanos pueden elegir entre una serie de acciones optativas, mientras los animales inferiores simplemente actúan. Como Mead señala:

> Es la entrada de las posibilidades alternativas de la futura reacción en la determinación de la conducta presente, en cualquier situación ambiental dada, y su funcionamiento, por medio del mecanismo del sistema nervioso central, como parte de los factores o condiciones que determinan la conducta presente, lo que *decisivamente* establece el contraste entre la conducta inteligente y la conducta refleja, instintiva y habitual, entre la reacción demorada y la reacción inmediata.
>
> (Mead, 1934/1962: 98; cursivas añadidas)

La capacidad de elegir entre una serie de acciones hace probable que las elecciones de los humanos se adapten mejor a la situación que las reacciones inmediatas e irreflexivas de los animales inferiores. Como Mead señala, «la inteligencia es, principalmente, una cuestión de selectividad» (Mead, 1934/1962: 99).

Mead también analiza la *conciencia*, que para él tiene dos significados diferentes (1938/1972: 75). El primero se refiere a aquello a lo que sólo el actor tiene acceso, que es totalmente subjetivo. A Mead le interesaba menos este sentido de la conciencia que el segundo, que en lo fundamental implica la inteligencia reflexiva. Así, Mead se preocupó menos por el modo en que experimentamos un dolor o un placer inmediato que por la manera en que pensamos sobre el mundo social.

La conciencia debe explicarse como un proceso social. Es decir, a diferencia de la mayoría de los analistas, Mead cree que la conciencia *no* está ubicada en el cerebro: «La conciencia es funcional, no sustantiva; y en cualquiera de los principales sentidos del término debe ser ubicada en el mundo objetivo, antes que en el cerebro; pertenece al medio en que nos encontramos, o es característica de él. No obstante, lo que está ubicado en el cerebro, lo que se lleva a cabo en él, es el proceso fisiológico por el cual perdemos y recuperamos la conciencia» (1934/1962: 112).

Igualmente, Mead rehusa ubicar las imágenes mentales en el cerebro y las contempla como fenómenos sociales:

> Más aún, lo que llamamos «imágenes mentales»... puede existir en su relación con el organismo sin encontrarse alojado en una conciencia sustancial. La imagen mental es una imagen mnémica. Las imágenes que, como símbolos, desempeñan un papel tan importante en el pensamiento, pertenecen al medio. El pasaje que leemos está compuesto por imágenes mnémicas, y la gente que vemos en torno nuestro la vemos, muy principalmente, gracias a la ayuda de tales imágenes... podemos, enton-

ces, emplear un *tratamiento conductista* sin sufrir las dificultades mentales en que se encontró Watson cuando encaró las imágenes mentales.

(Mead, 1934/1962: 332; cursivas añadidas)

El significado también es otro concepto relacionado con los anteriores que Mead aborda con una perspectiva conductista. De modo característico, Mead rechaza la idea de que el significado reside en la conciencia: «La conciencia no es necesaria para la presencia de significado en el proceso de la experiencia social» (1934/1962: 77). Asimismo, Mead rechaza la idea de que el significado sea un fenómeno «psíquico» o una «idea». Antes bien, el *significado* reside dentro del acto social: «La significación surge y reside dentro del campo de la relación entre el gesto de un organismo humano dado y la subsiguiente conducta de dicho organismo, en cuanto es indicada a otro organismo humano por ese gesto. Si el gesto indica efectivamente a otro organismo la conducta subsiguiente (o resultante) del organismo dado, entonces tiene significación» (Mead, 1934/1962: 75-76). Es la respuesta adaptativa del segundo organismo la que da significado al gesto del primer organismo. El significado de un gesto puede considerarse como la «capacidad de predecir la conducta probable» (J. Baldwin, 1986: 72).

Si bien puede encontrarse en la conducta, el significado se hace consciente sólo cuando va asociado a símbolos. Sin embargo, mientras el significado puede hacerse consciente entre los humanos, está presente en el acto social *con carácter previo* a la aparición de la conciencia y la conciencia del significado. Así, en éstos términos, los animales inferiores (y los humanos) pueden conducirse de un modo significativo incluso aunque no sean conscientes del significado que tiene su conducta.

Como la conciencia, la *mente*, que para Mead es un proceso y no una cosa, se define como una conversación interna con nosotros mismos, no se encuentra dentro del individuo; no está ubicada en el cerebro, sino que es un fenómeno social. Surge y se desarrolla dentro del proceso social y es una parte fundamental del mismo. Así, el proceso social precede a la mente y no es, como muchos creen, producto suyo. De este modo, la mente también se define en términos funcionales más que sustantivos. Dadas estas semejanzas con la idea de la conciencia, ¿hay algo que distinga propiamente a la mente? Ya hemos visto que los humanos tienen la capacidad distintiva de provocar dentro de sí mismos la respuesta que esperan que surja de los otros. Una característica distintiva del espíritu es la capacidad del individuo de «provocar en sí no simplemente una mera reacción del otro, sino la reacción, por así decirlo, de la comunidad como un todo. Ello es lo que proporciona al individuo lo que denominamos "mente". Hacer ahora cualquier cosa significa cierta reacción organizada; y si uno tiene en sí tal reacción, tiene lo que llamamos "mente"» (Mead, 1934/1962: 267). Así, la mente se distingue de otros conceptos parecidos en la obra de Mead por su capacidad de responder al conjunto de la comunidad y de poner en marcha una respuesta organizada.

Mead también analiza la mente desde una perspectiva más pragmática. Es decir, la mente está implicada en los procesos orientados hacia la resolución de problemas. El mundo real plantea problemas y la función de la mente es intentar solucionarlos, y permitir a las personas que se comporten con eficacia en el mundo.

## El self

Una buena parte de la obra de Mead en general, y especialmente su reflexión sobre la mente, contiene ideas sobre uno de sus conceptos más importantes: el «self». No lo hemos mencionado antes, pero ahora resulta necesario su análisis para lograr una comprensión plena y satisfactoria del pensamiento de Mead.

El *self* es, en lo fundamental, la capacidad de considerarse a uno mismo como objeto; el self tiene la peculiar capacidad de ser tanto sujeto como objeto. Como ocurre con todos los conceptos centrales de Mead, el *self* presupone un proceso social: la comunicación entre los humanos. Los animales inferiores no tienen self, ni tampoco los niños humanos cuando nacen. El self surge con el desarrollo y a través de la actividad social y las relaciones sociales. Para Mead, es imposible imaginar un self sin la existencia de experiencias sociales. Sin embargo, una vez que el self se ha desarrollado, puede seguir existiendo en ausencia de contacto social. Asi, Robinson Crusoe desarrolló un self durante su estancia en la civilización y lo conservó cuando vivía solo en lo que él creyó, durante algún tiempo, que era una isla desierta. En otras palabras, siguió teniendo la capacidad de suponerse un objeto. Una vez desarrollado el self, las personas lo manifiestan por lo general, aunque no siempre. Por ejemplo, el self no aparece involucrado en las acciones habituales o en las experiencias fisiológicas inmediatas de placer o dolor.

El self está dialécticamente relacionado con la mente. Es decir, por un lado, Mead afirma que el cuerpo no es un self y se convierte en tal sólo cuando la mente se ha desarrollado. Por otro, el self y su proceso reflexivo es esencial para el desarrollo de la mente. Por supuesto, es imposible separar mente y self, porque el self es un proceso mental. Sin embargo, aunque podamos considerarlo un proceso mental, el self —como todos los procesos mentales en el sistema teórico de Mead— es un proceso social. En su análisis Mead rechaza la idea de ubicar el self, al igual que todos los fenómenos mentales, en la conciencia y lo sitúa en la experiencia social y los procesos sociales. De este modo, lo que hace Mead es definir el self en términos conductistas: «Pero cuando reacciona a aquello mismo por medio de lo cual se está dirigiendo a otro, y cuando tal reacción propia se convierte en parte de su conducta, cuando no sólo se escucha a sí, sino que se responde, se habla y se replica tan realmente como le replica a otra persona, entonces tenemos una *conducta* en que los individuos se convierten en objetos para sí mismos» (1934/1962: 139; cursivas añadidas). El self, entonces, es simplemente otro aspecto del proceso social general del que el individuo forma parte.

El mecanismo general para el desarrollo del self es la reflexión, o la capacidad de ponernos inconscientemente en el lugar de otros y de actuar como lo harían ellos. A resultas de ello, las personas son capaces de examinarse a sí mimas de igual modo que otros las examinan a ellas:

> Es mediante la reflexión que el proceso social es internalizado en la experiencia de los individuos implicados en él; por tales medios, que permiten al individuo adoptar la actitud del otro hacia él, el individuo está conscientemente capacitado para adaptarse a ese proceso y para modificar la resultante de dicho proceso en cualquier acto social dado, en términos de su adaptación al mismo.
>
> (Mead, 1934/1962: 134)

El self también permite a las personas participar en sus conversaciones con otros. Es decir, uno es consciente de lo que está diciendo y, consecuentemente, es capaz de controlar lo que está diciendo y determinar qué es lo siguiente que va a decir.

La condición del self es la capacidad de los individuos de salir «fuera de sí» para poder evaluarse a sí mismos, para poder convertirse en objetos para si. Para lograrlo las personas suelen ponerse en el lugar que los demás las ponen. El hecho es que cada persona constituye una parte importante de esa experiencia, y las personas deben tomar en cuenta si son capaces de actuar racionalmente en una situación determinada. Una vez hecho esto, intentan examinarse a sí mismas impersonal, objetivamente y sin emoción.

Sin embargo, las personas no se experimentan a sí mismas directamente. Sólo lo logran poniéndose en el lugar de otrós y contemplándose desde ese punto de vista. Logran hacerlo poniéndose en el lugar de otros individuos determinados o contemplándose desde el punto de vista del grupo social en su conjunto. Como Mead señaló en términos generales: «Sólo asumiendo el papel de otros somos capaces de volver a nosotros mismos» (1959: 184-185). En breve tendremos más cosas que decir sobre esta importante distinción entre ponerse en el lugar de un determinado individuo y ponerse en el lugar de una colectividad.

Mead sintió gran preocupación por la génesis del self. Creía que la conversación de gestos era un trasfondo para el self que no lo implicaba, puesto que en esa conversación las personas no se contemplan como objetos. Mead sitúa la génesis del self en dos etapas del desarrollo infantil. La primera es la etapa del juego, durante la cual el niño aprende a adoptar la actitud de otros niños determinados. Si bien los animales inferiores también juegan, sólo los seres humanos «juegan a ser otro» (Aboulafia, 1986: 9). Mead pone como ejemplo un niño que juega a ser un «indio»: «Esto significa que el niño posee cierta serie de estímulos que provocan en él las reacciones que provocarían en otros y que responden a un indio» (1934/1962: 150). Como consecuencia de este juego, el niño aprende a convertirse tanto en sujeto como objeto, y comienza a ser capaz de construir su self. No obstante, se trata de un self limitado, porque el niño sólo es

capaz de adoptar el papel de otros determinados y particulares. Los niños juegan a ser «mamá» y «papá» y en ese proceso desarrollan la capacidad de evaluarse como lo hacen sus padres y otros individuos determinados. Sin embargo, carecen de un significado de sí mismos más general y organizado.

Es la siguiente etapa, la *etapa del deporte*, la que resulta necesaria para el desarrollo de un self en el pleno sentido del término. Si en la etapa del juego el niño adopta el papel de otros determinados, en la etapa del deporte el niño adopta el de todos los que están involucrados en la interacción. Además, estos papeles diferentes han de tener una relación definida unos con otros. Para ilustrar la etapa del deporte, Mead nos proporciona su famoso ejemplo del béisbol (o, tal y como lo denominó el propio Mead, el deporte de la «novena base»):

> Pero en un deporte en que están involucrados una cantidad de individuos, el niño que adopta un papel tiene que estar dispuesto a adoptar el papel de cualquier otro. Si se encuentra en la novena base de un partido de béisbol, tiene que tener involucradas las reacciones de cada posición en la propia. Tiene que saber qué harán todos los demás a fin de poder seguir con su propio juego. Tiene que adoptar todos esos papeles. No es preciso que estén todos presentes en la conciencia al mismo tiempo, pero en algunos momentos tiene que tener a tres o cuatro individuos presentes en su propia actitud, como, por ejemplo, el que está por arrojar la pelota, el que la recibirá, etc. En el deporte, pues, hay una serie de reacciones de los otros, de tal modo organizadas, que la actitud de uno provoca la actitud adecuada de otro.
>
> (Mead, 1934/1962: 151)

En la etapa del juego los niños no constituyen grupos organizados porque juegan a representar una serie de papeles determinados. En consecuencia, para Mead carecen de personalidades definidas. Sin embargo, en la etapa del deporte[8], se comienza a manifestar la organización y a perfilarse la personalidad. Los niños empiezan a ser capaces de funcionar en grupos organizados y, lo que es más importante, a determinar lo que harán dentro de un grupo específico.

La etapa del deporte contiene uno de los conceptos más conocidos de Mead (1959: 87), el *otro generalizado*. El otro generalizado es la actitud del conjunto de la comunidad o, en el ejemplo del béisbol, la actitud del conjunto del equipo. La capacidad de adoptar el papel del otro generalizado es esencial para el self: «Sólo en la medida en que adopte las actitudes del grupo social organizado al cual pertenece, hacia la actividad social organizada, cooperativa, o hacia la serie de actividades en la cual ese grupo está ocupado, sólo en esa medida desarrollará un self completo» (1934/1962: 155). De suma importancia también es que las personas sean capaces de evaluarse a sí mismas desde el punto de vista del otro generalizado y no simplemente desde el punto de vista de otros determinados. La adopción del papel del otro generalizado, en lugar de la del de

[8] Cuando analiza los deportes, se ve con claridad, como señala Aboulafia (1986: 198), que Mead se refiere a cualquier sistema de respuestas organizadas (por ejemplo, la familia).

otros determinados, hace posible el pensamiento abstracto y la objetividad (Mead, 1959:190). He aquí cómo describe Mead el pleno desarrollo del self:

> De tal modo el self llega a su pleno desarrollo organizando esas actitudes individuales de otros en las actitudes organizadas sociales o de grupo y, de esa manera, se convierte en un reflejo individual del esquema sistemático general de la conducta social o de grupo en la que ella y los otros están involucrados; esquema que interviene como un todo en la experiencia del individuo, en términos de esas actitudes de grupo organizadas que, mediante el mecanismo del sistema nervioso central, adopta para sí del mismo modo que adopta las actitudes individuales de otros.
>
> (Mead, 1934/1962: 158)

Por decirlo de otro modo, el self requiere ser miembro de una comunidad y conducirse según las actitudes comunes a la comunidad. Mientras el juego interesa sólo a partes del self, el deporte requiere un self coherente y plenamente desarrollado.

La adopción del papel del otro generalizado no sólo es esencial para el pleno desarrollo del self, también es crucial para el desarrollo de las actividades grupales organizadas. Un grupo requiere que los individuos dirijan sus actividades en consonancia con las actitudes del otro generalizado. El otro generalizado también representa la familiar propensión de Mead a dar prioridad a lo social, puesto que el grupo influye sobre la conducta de los individuos a través del otro generalizado.

Mead también analiza el self desde un punto de vista pragmático. En el nivel individual, el self hace que el individuo sea más eficiente para el conjunto de la sociedad. En virtud dèl self las personas suelen hacer lo que se espera de ellas en una situación determinada. Como las personas suelen intentar responder a las expectativas del grupo, evitan las posibles deficiencias que se derivan de no hacer lo que el grupo espera. Además, el self permite una mayor coordinación con el conjunto de la sociedad. Como se juzga a los individuos según hagan o no lo que se espera de ellos, el grupo funciona más eficazmente.

Lo expuesto en el párrafo anterior, así como el análisis general del self, nos lleva a pensar que los actores de Mead son conformistas y que en ellos hay poca individualidad, puesto que todos se afanan por responder a las expectativas del otro generalizado. Pero Mead especifica que cada self es diferente de los demás. Los selfs comparten una estructura común, pero cada uno recibe una peculiar articulación biográfica. Además, es evidente que no existe en la sociedad un único y gran otro generalizado sino muchos otros generalizados debido a la pluralidad de grupos que existen en su seno. Las personas, por tanto, tienen una pluralidad de otros generalizados y, por tanto, una pluralidad de selfs. El conjunto particular de selfs de cada persona le hace diferente de los demás. Además, las personas no tienen necesariamente que aceptar a la comunidad tal y como es; pueden introducir reformas y mejorarla. Podemos cambiar la comunidad debido a nuestra capacidad de pensar. Pero Mead se ve obligado a expresar

esta cuestión de la creatividad individual en los conocidos términos conductistas: «La única forma en que podemos reaccionar contra la desaprobación de la comunidad entera es estableciendo una clase superior de comunidad que, en cierto sentido, supere en número de votos a la que conocemos. Una persona puede llegar al punto de ir en contra de todo el mundo que le rodea; puede levantarse ella sola contra el mundo. Pero, para hacer tal cosa, ha de hablarse a sí misma con la voz de la razón. Tiene que abarcar las voces del pasado y del futuro. Esta es la única forma en que el self puede lograr una voz que sea mayor que la voz de la comunidad» (1934/1962: 167-168). En otras palabras, para poder oponerse al otro generalizado, el individuo debe construir un otro generalizado aún mayor, compuesto no sólo de elementos presentes sino también pasados y futuros, y luego responderle.

Mead identifica dos aspectos o fases del self que denomina el «yo» y el «mí». Como Mead señaló: «El self es esencialmente un proceso social que atraviesa estas dos fases distintas» (1934/1962: 178). Es importante tener en cuenta que el «yo» y el «mí» son procesos que se desarrollan dentro del proceso total del self; no son «cosas». El «yo» es la respuesta inmediata de un individuo a otro. Es el aspecto incalculable, imprevisible y creativo del self. Las personas no saben con antelación cómo será la acción del «yo»: «Pero no sabe cómo será esa respuesta y tampoco lo sabe nadie. Cabe que haga una brillante jugada o una equivocada. La respuesta a esa situación, tal y como aparece ante su experiencia inmediata, es incierta» (Mead, 1934/1962: 175). No somos totalmente conscientes del «yo», y a través de él nuestras propias acciones nos sorprenden. Somos conscientes de él únicamente cuando se ha realizado el acto. Así, sólo conocemos el «yo» cuanto está presente en nuestra memoria. Mead hace hincapié en el «yo» por cuatro razones. Primera, es una fuente importante de innovación en el proceso social. Segunda, Mead creía que es en el «yo» donde se encuentran nuestros valores más importantes. Tercera, el «yo» constituye algo que todos buscamos: la realización del self. Es el «yo» el que nos permite desarrollar una «personalidad definida». Finalmente, Mead creía en un proceso evolutivo en la historia por el que en las sociedades primitivas las personas estaban más dominadas por el «mí», mientras en las sociedades modernas se daba en ellas un mayor componente del «yo».

El «yo» confiere al sistema teórico de Mead cierto dinamismo y creatividad, muy necesarios por cierto. Sin él, los actores de Mead aparecerían totalmente dominados por controles internos y externos. Con él, Mead puede analizar los cambios que introducen no sólo los grandes personajes históricos (por ejemplo, Einstein), sino también los individuos en su vida cotidiana. Es el «yo» el que hace posible esos cambios. Como toda personalidad es una combinación de «yo» y «mí», en los grandes personajes históricos suele predominar el «yo». Pero en las situaciones cotidianas, el «yo» de cada uno de nosotros se reafirma y puede introducir un cambio en la situación social. La singularidad también se incorpora al sistema de Mead a través de la articulación biográfica del «yo» y del «mí» de cada individuo. Es decir, las exigencias específicas de la

vida de cada persona le proporcionan una combinación distintiva de su «yo» y su «mí».

El «yo» reacciona contra el «mí», que es el «conjunto organizado de actitudes de los demás que uno asume» (Mead, 1934/1962: 175). En otras palabras, el «mí» es la adopción del «otro generalizado». A diferencia de lo que ocurre con el «yo», las personas son conscientes del «mí»; el «mí» implica la responsabilidad consciente. Como Mead señala, «El "mi" es un individuo habitual y convencional» (1934/1962: 197). Los conformistas están dominados por el «mí», aunque todo el mundo —cualquiera que sea su grado de conformismo— tiene, y necesita tener, un «mí» sustancial. La sociedad domina al individuo a través del «mi». En efecto, Mead define la idea de control social como la dominación de la expresión del «mí» sobre la expresión del «yo». Más adelante, en *Espíritu, persona y sociedad*, Mead expresó sus ideas sobre el control social:

> Y así es como el control social, en cuanto funciona en términos de autocrítica, se ejerce tan íntima y extensamente sobre la conducta individual, sirviendo para integrar al individuo con sus acciones, con referencia al proceso social organizado de la experiencia y la conducta en el cual él está involucrado... y asi, gracias a la autocrítica, la fiscalización social sobre la conducta individual opera en virtud del origen y base sociales de tal crítica. Es decir: la autocrítica es esencialmente crítica social, y la conducta controlada por la autocrítica es en esencia conducta controlada socialmente. De ahí que el control social, lejos de tender a aplastar al individuo humano o a aniquilar su individualidad consciente de sí, constituya, por el contrario, dicha individualidad y esté inextricablemente asociado a ella.
>
> (Mead, 1934/1962: 255)

Mead también analiza el «yo» y el «mí» en términos pragmáticos. El «mí» permite al individuo vivir cómodamente en el mundo social, mientras el «yo» hace posible el cambio de la sociedad. La sociedad produce la suficiente conformidad para permitir que funcione, y produce un flujo constante de nuevos desarrollos para evitar que se estanque. El «yo» y el «mí» forman, entonces, parte del proceso social en su conjunto, y permiten tanto a los individuos como a la sociedad que funcionen con mayor eficacia.

## LA SOCIEDAD

En el nivel más general, Mead utiliza el término *sociedad* para referirse al proceso social que precede tanto a la mente como al self. Dada su relevancia para la configuración del self y de la mente, la sociedad tiene una importancia central para Mead. En otro nivel, la sociedad representa para Mead el conjunto organizado de respuestas que adopta el individuo en la forma de «mí». En este sentido los individuos llevan en torno a ellos la sociedad, y esto es lo que les permite, a través de la autocritica, controlarse. Como veremos, Mead también se ocupa de la evolución de la sociedad. Pero tiene poco que decirnos explícita-

mente acerca de la sociedad, a pesar de la gran importancia que tiene en su sistema teórico. Sus aportaciones más importantes son ideas sobre la mente y el self. Incluso John Baldwin, que percibe un componente mucho más societal (macro) en el pensamiento de Mead, se ve obligado a reconocer que «los componentes macro del sistema teórico de Mead no están tan desarrollados como los micro» (1986: 123).

En un nivel más específicamente societal, Mead nos ofrece muchas ideas sobre las *instituciones* sociales. Mead define una institución como la «respuesta común de la comunidad» o «los hábitos vitales de la comunidad» (1934/1962: 261, 264; véase también Mead, 1936: 376). En concreto, afirma que «toda la comunidad actúa hacia el individuo, en determinadas circunstancias, en una forma idéntica... se produce una reacción idéntica por parte de toda la comunidad. Es así como se forma una institución» (Mead, 1934/1962: 167). Llevamos en torno nuestro este conjunto organizado de actitudes que, principalmente a través del «mí», sirven para controlar nuestras acciones.

La educación es el proceso mediante el cual los hábitos comunes de la comunidad (la institución) se «internalizan» dentro del actor. Es este un proceso esencial, puesto que, para Mead, las personas no logran tener self ni se constituyen en genuinos miembros de la comunidad hasta que no pueden responderse a sí mismas igual que lo hace el resto de la comunidad. Para lograrlo, las personas deben necesariamente haber internalizado las actitudes comunes de la comunidad.

Empero, Mead tiene de nuevo la precaución de señalar que las instituciones no destruyen la individualidad o la creatividad desbordante. Mead admite que existen «instituciones sociales opresivas, estereotipadas y ultraconservadoras —como la Iglesia— que, mediante su negación más o menos rígida e inflexible al progreso, aplastan o eclipsan la individualidad» (1934/1962: 262). Sin embargo, inmediatamente añade: «No existe razón necesaria o inevitable para que las instituciones sociales sean opresivas o rígidamente conservadoras, o para que no sean, más bien, como muchas lo son, flexibles y progresistas, para que no alienten la individualidad en lugar de inhibirla» (Mead, 1934/1962: 262). Para Mead, las instituciones deberían definir lo que las personas han de hacer sólo en un sentido amplio y general, y dejar que la individualidad y la creatividad se desarrollen libremente. Mead demuestra tener aquí una concepción bastante moderna de las instituciones sociales, que constriñen a los individuos *a la vez* que les capacitan para ser creativos (véase Giddens, 1984).

Lo que echamos en falta en el análisis de Mead de la sociedad en general, y de las instituciones en particular[9], es un auténtico estudio macro como el que hicieron teóricos como Comte, Spencer, Marx, Weber y Durkheim. Ello es cier-

[9] Al menos hay dos lugares donde Mead ofrece un sentido más macro de la sociedad. En uno de ellos define las *instituciones sociales* como «formas organizadas de la actividad grupal o social» (Mead, 1934/1962: 261). Previamente a esa definición, en un argumento que nos recuerda a Comte, expresa una idea de la familia en tanto que unidad fundamental en el seno de la sociedad y base de unidades mayores como el clan y el estado.

to a pesar del hecho de que Mead tenía una noción de *emergencia*, en el sentido de que el todo es considerado como algo más que la suma de sus partes. Más concretamente, «La emergencia involucra una reorganización, pero la reorganización introduce algo que no existía antes. La primera vez que se unen el oxígeno y el hidrógeno, emerge el agua. Ahora bien, el agua es una combinación de oxígeno e hidrógeno, pero el agua no se encontraba presente antes en los elementos separados» (Mead, 1934/1962: 198). Sin embargo, Mead se inclinó más a aplicar la idea de emergencia a la conciencia en lugar de hacerlo al conjunto de la sociedad. Es decir, consideraba la mente y el self como productos emergentes del proceso social. Es más, Mead tendía a utilizar el término *emergencia* simplemente para referirse a lo que empezaba a existir como nuevo o novedoso (Miller, 1973: 41).

## INTERACCIONISMO SIMBOLICO: PRINCIPIOS BASICOS

El núcleo de este capítulo es nuestro análisis de los principios básicos de la teoría de la interacción simbólica. No resulta fácil describir en términos generales la teoría porque, como Paul Rock señala, presenta una «ambigüedad deliberadamente construida» y «se resiste a la sistematización» (1979: 18-19). Existen importantes diferencias en el interaccionismo simbólico, y a medida que avancemos iremos analizando algunas de ellas. También abordaremos una serie de críticas al interaccionismo simbólico.

Algunos interaccionistas simbólicos (Blumer, 1969a; Manis y Meltzer, 1978; Rose, 1962) se esforzaron por enumerar los principios básicos de la teoría, que son lo siguientes:

1. A diferencia de los animales inferiores, los seres humanos están dotados de capacidad de pensamiento.
2. La capacidad de pensamiento está modelada por la interacción social.
3. En la interacción social las personas aprenden los significados y los símbolos que les permiten ejercer su capacidad de pensamiento distintivamente humana.
4. Los significados y los símbolos permiten a las personas actuar e interactuar de una manera distintivamente humana.
5. Las personas son capaces de modificar o alterar los significados y los símbolos que usan en la acción y la interacción sobre la base de su interpretación de la situación.
6. Las personas son capaces de introducir estas modificaciones y alteraciones debido, en parte, a su capacidad para interactuar consigo mismas, lo que les permite examinar los posibles cursos de acción, y valorar sus ventajas y desventajas relativas para luego elegir uno.
7. La pautas entretejidas de acción e interacción constituyen los grupos y las sociedades.

## Capacidad de pensamiento

El supuesto de que los seres humanos poseen la capacidad de pensar diferencia al interaccionismo simbólico de sus raíces conductistas. Este supuesto también proporciona la base para la orientación teórica del interaccionismo simbólico. Bernard Meltzer, James Petras y Larry Reynolds manifestaron que el supuesto de la capacidad humana de pensamiento constituye una de las principales contribuciones de los primeros interaccionistas simbólicos como James, Dewey, Thomas, Cooley y, por supuesto, Mead: «Los individuos en la sociedad humana no son considerados como unidades motivadas por fuerzas externas o internas que escapan a su control o situadas dentro de los confines de una estructura más o menos establecida. Antes bien, son vistos como unidades reflexivas o interactivas que componen la entidad social» (1975: 42). La facultad de pensamiento capacita a las personas para actuar reflexivamente en lugar de conducirse irreflexivamente. Es más probable que las personas diseñen y guíen lo que hacen que renuncien a ello.

La capacidad de pensamiento reside en la mente, pero el interaccionista simbólico tiene una concepción algo inusual de la mente. La distingue del cerebro fisiológico. La gente ha de tener cerebro para desarrollar su mente, pero disponer de cerebro no implica invariablemente tener mente, como en el caso de los animales inferiores (Troyer, 1946). Además, los interaccionistas simbólicos no conciben la mente como una cosa, como una estructura física, sino como un proceso ininterrumpido. Este proceso forma parte de otro más amplio: el del estímulo y la respuesta. La mente guarda relación con casi todos los demás aspectos del interaccionismo simbólico, entre ellos la socialización, los significados, los símbolos, el *self*, la interacción e, incluso, la sociedad.

## Pensamiento e interacción

Las personas están dotadas de una capacidad general de pensamiento. Esta capacidad se configura y refina mediante el proceso de la interacción social. Esta idea lleva al interaccionista simbólico a centrarse en una forma específica de interacción social: la *socialización*. La capacidad humana de pensar se desarrolla en el proceso de socialización de la primera infancia y se va refinando durante la socialización adulta. Los interaccionistas simbólicos tienen un concepto del proceso de la socialización que difiere del de muchos otros sociólogos. Desde su punto de vista los sociólogos convencionales suelen considerar la socialización simplemente como un proceso en el que las personas aprenden las cosas que necesitan para vivir en sociedad (por ejemplo, cultura, expectativas de rol). Para los interaccionistas simbólicos la socialización es un proceso más dinámico que permite a las personas desarrollar la capacidad de pensar de una manera distintivamente humana. Además, la socialización no constituye un proceso unidireccional en el que el actor recibe información; se trata de un proceso

dinámico en el que el actor da forma y adapta la información a sus propias necesidades (Manis y Meltzer, 1978: 6).

Por supuesto, los interaccionistas simbólicos no se preocupan sólo de la socialización, les interesa la interacción en general, que es «de suma importancia por derecho propio» (Blumer, 1969b: 8). La *interacción* es el proceso en el que se desarrolla y, al mismo tiempo, se expresa la capacidad de pensamiento. Todos los tipos de interacción, no sólo la interacción durante la socialización, refinan nuestra capacidad para pensar. Por otra parte, el pensamiento configura el proceso de interacción. En casi toda interacción, los actores han de tener en consideración otros actores y decidir un curso de acción adecuado. Sin embargo, no toda interacción implica pensamiento. Es importante aquí la distinción que hizo Blumer (siguiendo a Mead) entre dos formas básicas de interacción social. La primera, la interacción no simbólica —la conversación de gestos de Mead— no necesariamente implica pensamiento. La segunda, la interacción simbólica, requiere un proceso mental.

La importancia del pensamiento para los interaccionistas simbólicos se refleja en su concepción de los *objetos*. Blumer distingue entre tres tipos de objetos: *objetos físicos*, como una silla o un árbol, *objetos sociales*, como un estudiante o una madre, y *objetos abstractos*, como una idea o un principio moral. Los objetos son simplemente cosas que están «ahí fuera» en el mundo real; lo que importa es el modo en que los actores los definen. Esta perspectiva conduce a la idea relativista de los diferentes significados que dan los distintos individuos a diferentes objetos: «Un árbol constituye un objeto diferente para un botánico, un maderero, un poeta y un jardinero» (Blumer, 1969b: 11).

Los individuos aprenden los significados de los objetos durante el proceso de la socialización. La mayoría de nosotros aprendemos un conjunto común de significados, pero en muchos casos, como hemos visto más arriba, tenemos diferentes definiciones de los mismos objetos. Aunque esta postura puede exagerarse, los interaccionistas simbólicos no necesitan negar la existencia de objetos en el mundo real. Lo que subrayan es la naturaleza crucial de la definición de esos objetos, así como la posibilidad de que los actores puedan tener diferentes definiciones de un mismo objeto. Como Herbert Blumer señaló: «La naturaleza de un objeto... consiste en el significado que tiene para la persona para la que es un objeto» (1969b: 11).

## Aprendizaje de significados y símbolos

Los interaccionistas simbólicos suelen asignar, siguiendo a Mead, un significado causal a la interacción social. Así, el significado no se deriva de los procesos mentales sino del proceso de la interacción. Este enfoque se deriva del pragmatismo de Mead. Mead se centró en la acción y la interacción humana, no en procesos mentales aislados. Por lo general, los interaccionistas simbólicos se han mantenido en esta dirección. Entre otras cosas, la preocupación central no reside en el modo en que las personas crean mentalmente los significados y los

símbolos, sino en el modo en el que los aprenden durante la interacción en general y la socialización en particular.

Las personas aprenden símbolos y significados en el curso de la interacción social. Mientras las personas responden a los signos irreflexivamente, responden a los símbolos de una manera enteramente reflexiva. Los signos significan algo por sí mismos (por ejemplo, los gestos de perros enzarzados en una pelea o el agua para una persona que se muere de sed). «*Los símbolos son objetos sociales que se usan para representar* ("significar" u "ocupar el lugar de") cualquier cosa que las personas acuerden representar» (Charon, 1985: 39). No todos los objetos sociales representan otras cosas, pero los que lo hacen son símbolos. Las palabras, los artefactos físicos y las acciones físicas (por ejemplo, la palabra *barco*, una cruz o la estrella de David, y un puño cerrado) pueden ser símbolos. Las personas suelen utilizar símbolos para comunicar algo acerca de sí mismas: conducen un Rolls-Royce, por ejemplo, para comunicar cierto modo de vida.

Los interaccionistas simbólicos conciben el lenguaje como un vasto sistema de símbolos. Las palabras son símbolos porque se utilizan para significar cosas. Las palabras hacen posibles todos los demás símbolos. Los actos, los objetos y las palabras existen y tienen significado sólo porque han sido o pueden ser descritas mediante el uso de las palabras.

Los símbolos son cruciales en el sentido de que permiten a las personas actuar de un modo distintivamente humano. En virtud de los símbolos, el ser humano «no responde pasivamente a una realidad que se le impone, sino que crea y recrea activamente el mundo sobre el que actúa» (Charon, 1985: 62). Además de esta utilidad general, los símbolos, y el lenguaje en particular, cumplen una serie de funciones específicas para el actor (Charon, 1985).

Primera, los símbolos permiten a las personas relacionarse con el mundo social y material permitiéndoles nombrar, clasificar y recordar los objetos que encuentran en él. En este sentido, las personas pueden ordenar un mundo que, de otro modo, sería confuso. El lenguaje permite a las personas nombrar, categorizar y, fundamentalmente, recordar con mayor eficacia de lo que harían mediante otros tipos de símbolos como las imágenes pictóricas.

Segunda, los símbolos incrementan la capacidad de las personas para percibir su entorno. En lugar de sentirse desbordados por una masa de estímulos indistinguibles, el actor puede percibir ciertas partes del entorno mejor que otras.

Tercera, los símbolos aumentan la capacidad de pensamiento. Aunque una serie de símbolos pictóricos pueden permitir una capacidad limitada de pensamiento, el lenguaje aumenta enormemente esa capacidad. En estos términos, el pensamiento puede concebirse como una interacción simbólica con uno mismo.

Cuarta, los símbolos ensanchan la capacidad para resolver diversos problemas. Los animales inferiores pueden utilizar el método de prueba y error, pero los seres humanos pueden, sirviéndose de símbolos, valorar diversas acciones alternativas antes de elegir una de ellas. Esto reduce la posibilidad de cometer errores costosos.

Quinta, el uso de símbolos permite a los actores trascender el tiempo, el espacio e incluso sus propias personas. Los actores pueden imaginar la vida en el pasado y en el futuro. Además, los actores pueden salir de su propia persona simbólicamente e imaginar cómo es el mundo desde el punto de vista de otra persona. Este es el conocido concepto interaccionista-simbólico de «*ponerse en el lugar del otro*» (Miller, 1981).

Sexta, los símbolos nos permiten imaginar una realidad metafísica, como el cielo o el infierno. Y, séptima y más general, los símbolos permiten a las personas evitar ser esclavas del entorno. Les permiten ser activas en lugar de pasivas, es decir, dirigir sus acciones.

## Acción e interacción

El interés central de los interaccionistas simbólicos se sitúa en la influencia de los significados y los símbolos sobre la acción y la interacción humana. Resulta útil emplear aquí la distinción de Mead entre conducta encubierta y conducta descubierta. La *conducta encubierta* es el proceso de pensamiento, que implica símbolos y significados. La *conducta abierta* es la conducta real de un actor. En ocasiones, la conducta abierta no implica una conducta encubierta (la conducta habitual o las respuestas irreflexivas a estímulos externos). Sin embargo, la mayoría de las acciones humanas implican ambos tipos de conducta. La conducta encubierta es la que preocupa más a los interaccionistas simbólicos, mientras la abierta es la que ocupa a los teóricos del intercambio o a los conductistas tradicionales en general.

Los significados y los símbolos confieren a la acción social (que implica un sólo actor) y a la interacción social (dos o más actores implicados en una acción social mutua) características distintivas. La acción social es aquella en la que el individuo «actúa teniendo en mente a los otros» (Charon, 1985: 130). Dicho de modo distinto, al emprender una acción, las personas tratan simultáneamente de medir su influencia sobre el otro u otros actores implicados. Aunque con frecuencia se conducen de manera irreflexiva y habitual, las personas tienen la capacidad de emprender una acción social.

En el proceso de la interacción social las personas comunican simbólicamente significados a otra u otras implicadas en dicho proceso. Los demás interpretan esos símbolos y orientan su respuesta en función de su interpretación de la situación. En otras palabras, en la interacción social los actores emprenden un proceso de influencia mutua.

## Elección

Debido en parte a la capacidad para manejar significados y símbolos, las personas, a diferencia de los animales inferiores, pueden hacer elecciones entre las acciones que van a emprender. La gente no necesita aceptar obligatoriamente los significados y los símbolos que les vienen impuestos desde fuera. A partir

de su interpretación de la situación, «los humanos son capaces de formar nuevos significados y nuevas líneas de significado» (Manis y Meltzer, 1978: 7).

W. I. Thomas describió esta capacidad creativa en su concepto de *definición de la situación*: «Si los hombres definen las situaciones como reales, serán reales por sus consecuencias» (Thomas y Thomas, 1928: 572). Thomas reconocía que la mayoría de nuestras definiciones nos la proporciona la sociedad. Así lo especificó, de hecho, al identificar la familia y la comunidad como fuentes principales de nuestras definiciones sociales. Sin embargo, la perspectiva de Thomas se distingue por poner énfasis en la posibilidad de las definiciones individuales «espontáneas» de las situaciones, que permiten a las personas alterar y modificar significados y símbolos.

Es preciso señalar también que el interaccionista atribuye cierta autonomía a los actores. Estos no están constreñidos o determinados, sino que son capaces de hacer elecciones independientes y particulares. Además, son capaces de desarrollar una vida singular y un estilo propio (Perinbanayagam, 1985: 53).

Esta capacidad de los actores se refleja en un ensayo de Gary Fine y Sherryl Kleinman (1983) en el que analizan el fenómeno de una «red social». En lugar de considerar la red social como una estructura social inconsciente y/o constrictiva, la ven como un conjunto de relaciones sociales a las que las personas dan significado y utilizan con fines personales y/o colectivos.

## El self

El self es un concepto de suma importancia para los interaccionistas simbólicos. De hecho, Rock afirma que el self «constituye el centro del esquema intelectual de los interaccionistas. Todos los demás procesos y acontecimientos sociológicos se resuelven alrededor de ese centro, tomando de él su significado y organización analíticos» (1979: 102). En nuestro intento de comprender este concepto más allá de la formulación inicial de Mead, es preciso que analicemos la idea del *self especular* desarrollada por Charles Horton Cooley. Cooley lo definía como:

> una imagen más o menos definida de cómo aparece el self de una persona —es decir, cualquier idea de la que se apropia— en una mente particular, el tipo de autosentimiento que uno tiene de su self y que está determinado por la actitud hacia ese atributo en la otra mente... De manera que con la imaginación percibimos una idea de cómo es nuestra apariencia, nuestras maneras, objetivos, actos, amigos, nuestro carácter, etc. en otra mente, y de cómo influyen esos elementos.
>
> (Cooley, 1902/1964: 169)

Con el concepto del self especular Cooley se refería a la capacidad de vernos a nosotros mismos como vemos cualquier otro objeto social. La idea del self especular puede descomponerse en tres elementos. Primero imaginamos cómo aparecemos ante los demás. Segundo, imaginamos qué opinan ellos de noso-

tros. En tercer lugar, desarrollamos un sentimiento de nuestro self —como el orgullo o la mortificación— como consecuencia de imaginaros las opiniones que los otros tienen de nosotros.

El concepto de self especular de Cooley y el de self de Mead influyeron poderosamente en la concepción simbólico-interaccionista moderna del self. Blumer definía el *self* en términos sumamente simples: «Esta expresión no implica nada esotérico. Significa simplemente que un ser humano puede ser un objeto de su propia acción... que actúa hacia sí mismo y que guía sus acciones hacia otros sobre la base del tipo de objeto que es para sí mismo» (1969b: 12). El self es un proceso, no una cosa (Perinbanayagam, 1985). Como Blumer explicó, el self ayuda a los seres humanos a actuar, no sólo a responder a los estímulos externos:

> El proceso [la interpretación] atraviesa dos fases distintas. Primera, el actor se indica a sí mismo las cosas hacia las que está actuando; ha de apuntar a las cosas que tienen significado... Esta interacción consigo mismo no es exactamente una interacción de elementos psicológicos; es un estado de la persona en el que emprende un proceso de comunicación consigo misma... Segunda, en virtud de este proceso de comunicación consigo misma, la interpretación pasa a constituir una manipulación de los significados. El actor selecciona, investiga, elimina, reagrupa y transforma los significados a la luz de la situación en la que se encuentra y la dirección de su acción.
>
> (Blumer, 1969b: 5)

Aunque estas palabras subrayan el papel que desempeña el self en el proceso de la elección del curso de acción, Blumer no fue en realidad mucho más allá de las antiguas formulaciones de Cooley y Mead. Sin embargo, otros pensadores e investigadores modernos sí han refinado el concepto del self.

Si bien los interaccionistas simbólicos han hecho importantes contribuciones a nuestra comprensión del self (por ejemplo, Ralph Turner, 1968), el trabajo más conocido en torno a esta cuestión lo ha realizado un sociólogo que no suele ser relacionado con esta teoría, Morris Rosenberg (1979). Aunque no es un interaccionista simbólico, Rosenberg recibió la influencia de pensadores como Mead y Cooley. Sus ideas sobre el self son, en general, compatibles con la perspectiva que el interaccionismo simbólico tiene de este concepto, e incluso constituyen una extensión de ella.

Rosenberg comenzó por clarificar que su preocupación central era el self-concepto más que el self *per se*. El self constituía un concepto más general, que era simultáneamente sujeto y objeto. El self-concepto es el self como objeto. Rosenberg define el *self-concepto como «la totalidad de los pensamientos y sentimientos que el individuo tiene de sí mismo como objeto»* (1979: 7). Así, el self-concepto constituye sólo una parte del self y una parte aún más pequeña de la personalidad total, pero tiene un significado excepcional porque constituye «un importante objeto para todo el mundo, quizás el objeto más importante del mundo» (Rosenberg, 1979: 24). Además de su importancia, las creencias acer-

ca del ser son distintivas en muchos sentidos. Por ejemplo, son las únicas actitudes que son reflexivas, es decir, el individuo es, al tiempo, sujeto y objeto. El self-concepto es el resultado de cierta información incomunicable; refleja el cuerpo de información particular y el punto de vista que un individuo tiene de sí mismo. Aunque las actitudes hacia el self tienen muchos elementos en común con otras actitudes, hay actitudes específicas hacia el self, especialmente el orgullo y la vergüenza. La exactitud y la verificabilidad son mucho más importantes en las actitudes hacia el self que en las actitudes hacia los bolos o el atún. A pesar de su importancia, la exactitud de las actitudes hacia el self «es difícil de precisar debido a su escaso grado de verificabilidad» (Rosenberg, 1979: 33).

Rosenberg distinguió entre el contenido, la estructura, las dimensiones y los límites del self-concepto. En términos del *contenido*, Rosenberg distinguió las identidades sociales a partir de las disposiciones. Las *identidades sociales* son los «grupos, estatus o categorías» en relación con los que un individuo «es socialmente reconocido como perteneciente a ellas» (Rosenberg, 1979: 10). Entre otros ejemplos, figuran ser reconocido como demócrata, como persona de mediana edad, como individuo negro o como varón. Un individuo se ve a sí mismo no sólo en términos de tales categorías, sino también como poseedor de ciertas tendencias de respuesta, de ciertas *disposiciones*. Estas disposiciones suelen influir en las acciones de una persona que se considera a si misma como, por ejemplo, valiente, introvertida o liberal. Además de analizar el contenido del self-concepto, Rosenberg también estudió su estructura. La *estructura* del self viene determinada por la relación entre las diversas identidades sociales de un individuo y sus disposiciones. Las *dimensiones* hacen referencia a las actitudes y los sentimientos que tiene una persona hacia su self. Las actitudes del self, como todas las demás actitudes, varían en función de una diversidad de dimensiones, entre ellas, «el contenido, la dirección, la intensidad, la importancia, la consistencia, la estabilidad, la claridad, la exactitud y la verificabilidad» (Rosenberg, 1979: 23). Finalmente, Rosenberg analizó los *límites* del self-concepto, especialmente las extensiones del ego a las que se aplica. Estos son objetos que están fuera del actor y le llevan a sentir orgullo y vergüenza: «el orgullo de tener un automóvil nuevo y brillante, la vergüenza de mis vestimentas pasadas de moda, el orgullo de tener honor, la vergüenza ante la derrota de mi equipo» (Rosenberg, 1979: 35).

Rosenberg también distinguió entre el self existente, el self deseado y el self presente. El *self existente* es nuestra imagen de cómo somos; el *self deseado* es una imagen de cómo nos gustaría ser; y el *self presente* es el modo en que nos presentamos en una situación determinada.

Rosenberg hizo hincapié en la idea de que el self-concepto implica una serie de motivaciones, una serie de metas deseadas de los actores. Entre la totalidad de motivos destacan dos. El primero es la *autoestima*, o «el deseo de pensar bien de uno mismo» (Rosenberg, 1979: 53). El segundo es la *autoconsistencia*, o «el deseo de proteger el self-concepto frente al cambio o al mantenimiento de la imagen de uno mismo» (Rosenberg, 1979: 53). Este autor ha lleva-

do a cabo una extensa investigación empírica sobre la autoestima por la que ha recibido un amplio reconocimiento. No obstante, su análisis conceptual del self-concepto constituye una contribución importante a la preocupación clave del interaccionismo simbólico.

**La obra de Erving Goffman.** Otra obra destacada sobre el self es *Presentation of Self in Everyday Life* [La presentación de la persona en la vida cotidiana] (1959), de Erving Goffman, uno de los interaccionistas simbólicos más interesantes. La concepción de Goffman del self está en deuda con las ideas de Mead, en particular con su análisis de la tensión entre el *yo*, el self espontáneo, y el *mí*, los constreñimientos sociales del self. Esta deuda se refleja en el trabajo de Goffman sobre lo que denominó «discrepancia fundamental entre nuestros selfs demasiado humanos y nuestros selfs socializados» (1959: 56). La tensión se debe a la diferencia entre lo que las personas esperan que hagamos y lo que queremos hacer espontáneamente. Nos enfrentamos con la demanda de que hagamos lo que se espera de nosotros; además, se supone que no vacilaremos. Como Goffman señaló: «No debemos estar sometidos a altibajos» (1959: 56). Con el fin de mantener una imagen estable del self, las personas actúan para sus audiencias sociales. A resultas de este interés en la representación, Goffman se centró en la *dramaturgia*, adoptó una perspectiva de la vida social como si ésta fuera una serie de actuaciones dramáticas que se asemejan a las representadas en el escenario.

***Dramaturgia.*** La concepción de Goffman del self se deriva de su enfoque dramatúrgico. Para Goffman (como para Mead y para la mayoría de los interaccionistas simbólicos) el self

> no es algo orgánico que tenga una ubicación específica... Al analizar el self nos desprendemos, pues, de su poseedor, de la persona que más aprovechará o perderá con ello, porque él y su cuerpo proporcionan simplemente la percha sobre la cual colgará durante cierto tiempo algo fabricado en colaboración. Y los medios para producir y mantener los selfs no se encuentran dentro de la percha.
>
> (Goffman, 1959: 252-253)

No creía que el self fuera una posesión del actor; lo consideraba como el producto de la interacción dramática entre el actor y la audiencia. El self «es un efecto dramático que surge difusamente en la escena representada» (1959: 253). Dado que el self constituye un producto de la interacción dramática, es vulnerable a su destrucción durante la representación. La dramaturgia de Goffman se interesa por los procesos que evitan o resisten estas destrucciones. Aunque el grueso de su discusión se centra en estas contingencias dramatúrgicas, Goffman señaló que la mayoría de las representaciones salen triunfantes. El resultado es que, en circunstancias normales, a los actores se les asigna un self firme y estable que «parece» emanar del actor.

Goffman suponía que cuando los individuos interactúan desean presentar una determinada concepción del self que sea aceptada por los demás. Sin embargo, incluso durante su presentación del self, los actores son conscientes de que los miembros de la audiencia pueden perturbar su representación. Por esta razón los actores son conscientes de la necesidad de controlar la audiencia, especialmente los elementos de ella que pueden ser destructores. Los actores esperan que el self que presentan a la audiencia sea lo suficientemente fuerte, de modo que la audiencia defina a los actores tal y como ellos desean. Los actores también esperan una reacción voluntaria por parte de la audiencia de acuerdo con su deseo. Goffman denomina esta cuestión «el arte de manejar las impresiones». Este arte implica las técnicas que utilizan los actores para mantener ciertas impresiones ante los probables problemas que surjan y los métodos que usan para solventar estos problemas.

En la línea de esta analogía teatral, Goffman habla de fachada. La *fachada* es la parte del escenario que funciona regularmente de un modo general y prefijado, a fin de definir la situación con respecto a aquellos que observan dicha actuación. Dentro de la fachada, Goffman distingue entre el medio y la fachada personal. El *medio* hace referencia al escenario físico que rodea a los actores para su actuación. Sin él los actores no pueden actuar. Por ejemplo, un cirujano necesita un quirófano, un taxista, un taxi, y un patinador, el hielo. La *fachada personal* consiste en las partes escénicas de la dotación expresiva que la audiencia identifica con los actores y que espera que lleven en el escenario. Por ejemplo, se espera que el atuendo de un cirujano sea una bata verde, tenga ciertos instrumentos, etcétera.

Goffman subdividió después la fachada personal en apariencia y modales. La *apariencia* se refiere a los estímulos que funcionan en el momento de informarnos acerca del estatus social del actor (por ejemplo, la bata del cirujano). Los *modales* implican los estímulos que funcionan en el momento de advertirnos acerca del rol de interacción que el actuante esperará desempeñar en la situación que se avecina (por ejemplo, el uso de modales y procederes físicos). Un modal brusco u otro suave nos indica tipos de actuación bastante diferentes. En general, siempre esperamos que apariencia y modales sean coherentes.

Aunque Goffman analizó la fachada y otros aspectos de su sistema desde la perspectiva del interaccionismo simbólico, también le preocupaban desde un punto de vista estructural. Por ejemplo, afirmaba que las fachadas tendían a institucionalizarse de tal modo que surgen «representaciones colectivas» sobre lo que sucede en una fachada determinada. Con frecuencia, cuando los actores asumen roles establecidos, encuentran fachadas específicas prefijadas para estas representaciones. El resultado, afirmaba Goffman, es que las fachadas tienden a ser elegidas, no creadas. Esta noción nos ofrece una imagen más estructural del self que la de la mayoría de los interaccionistas simbólicos.

A pesar de esta noción estructural del self, las ideas más interesantes de Goffman se enmarcan en el reino de la interacción. Afirmaba que debido a que

las personas intentan por lo general [10] presentar una imagen idealizada de sí mismas en sus representaciones, creen inevitablemente que deben ocultar cosas en sus actuaciones. Primero, los actores pueden querer ocultar placeres secretos (por ejemplo, beber alcohol) anteriores a la actuación o correspondientes a épocas pasadas de su vida (por ejemplo, adición a las drogas) que son incompatibles con su representación. Segundo, los actores pueden desear ocultar errores que han cometido en la preparación de la representación, así como pasos que han debido dar para corregir esos errores. Por ejemplo, un taxista puede querer ocultar el hecho de que ha errado su camino al empezar la carrera. Tercero, los actores pueden sentir la necesidad de mostrar sólo los productos finales y ocultar el proceso de su producción. Por ejemplo, los profesores dedican varias horas a la preparación de su clase, pero probablemente su deseo es actuar como si conociesen el material de toda la vida. Cuarto, los actores pueden desear también ocultar a la audiencia el «trabajo sucio» que realizaron para producir los resultados finales. Este trabajo incluye tareas que «son físicamente sucias, semilegales, crueles, y degradantes en muchos sentidos» (Goffman, 1959: 44). Quinto, durante una actuación determinada los actores pueden dejar a un lado conscientemente otros criterios de actuación. Finalmente, los actores pueden encontrar necesario callar insultos, humillaciones o pactos realizados para seguir actuando. En general, los actores suelen tener un interés creado en ocultar todos estos hechos a su audiencia.

Otro aspecto de la dramaturgia es la frecuente intención de los actores de infundir la impresión de que están más cerca de la audiencia de lo que están en realidad. Por ejemplo, los actores pueden intentar dar la impresión de que su representación es su única actuación o, al menos, la más importante. Para transmitir esta impresión los actores han de asegurarse de que su audiencia está fragmentada para que no les descubran. Goffman afirmaba que incluso en el caso de que los descubran, las audiencias pueden intentar asumir la falsedad para mantener su imagen idealizada del actor. Esto revela la naturaleza interactiva de las representaciones. Una buena representación depende del grado de implicación de las partes. Otro ejemplo de este tipo de manipulación de las impresiones es el intento de un actor de infundir la idea de que hay algo único en su actuación y en su relación con la audiencia. La audiencia quiere sentir, también, que es la receptora de una representación única.

Los actores se esfuerzan por asegurarse la consistencia de todas las partes implicadas en una actuación. En algunos casos, un aspecto discordante puede destruir una actuación. No obstante, las actuaciones varían en función del grado de coherencia requerido. Un descuido de un sacerdote durante una representación sagrada perjudicaría gravemente su actuación, pero la equivocación de un taxista al comenzar su carrera probablemente no dañaría demasiado el conjunto de su actuación.

---

[10] Pero no siempre, véase Ungar (1984) sobre la autoburla como modo de presentar el self.

## ERVING GOFFMAN: Reseña biográfica



Erving Goffman murió en 1982 en la cumbre de su fama. Durante muchos años se le consideró una figura de «culto» de la teoría sociológica. Se le atribuyó esa condición a pesar de haber sido profesor del prestigioso Departamento de Sociología de la Universidad de California, Berkeley, y de habérsele concedido posteriormente una cátedra en la Universidad de Pennsylvania, que pertenece a la Ivy League.

En 1980 se erigió como un teórico de la mayor importancia. De hecho, el año en que murió fue elegido presidente de la *American Sociological Association*, pero debido al estado avanzado de su enfermedad ni siquiera pudo pronunciar el discurso presidencial. Teniendo en cuenta su condición de rebelde, Randall Collins comentó acerca de su discurso: «Todos nos preguntábamos cómo iba a ser su discurso presidencial: dada su reputación de iconoclasta parecía impropio de él un discurso tradicional y directo... recibimos un mensaje más dramático: el discurso presidencial se cancelaba porque Goffman se moría. Fue una manera típicamente goffmaniana de salir del paso» (1986b: 112).

Goffman nació el 11 de junio de 1922 en Alberta, Canadá (S. Williams, 1986). Leyó su tesis doctoral en la Universidad de Chicago y se le ha solido considerar un interaccionista simbólico perteneciente a la Escuela de Chicago. (Sin embargo, es difícil encajar su obra en una sola categoría, y por ello analizaremos sus trabajos posteriores, más estructurales, en el Capítulo 9). La perspectiva teórica de Goffman se inspira en varias fuentes para crear una orientación distintiva.

Collins (1986b; Williams, 1986) relaciona a Goffman con la antropología social antes que con el interaccionismo simbólico. Siendo estudiante de la

Otra técnica que emplean los actores es la *mistificación*. Los actores suelen mistificar su actuación al limitar el contacto entre ellos y la audiencia. Mediante el establecimiento de una «distancia social» entre ellos y la audiencia lo que pretenden los actores es infundir respeto en la audiencia. Esto, a su vez, evita que la audiencia ponga en cuestión la actuación. Goffman señala otra vez que la audiencia está implicada en este proceso y, con frecuencia, busca mantener la credibilidad de la actuación guardando la distancia con el actor.

Esta idea nos lleva al interés de Goffman por los equipos. Como interaccionista simbólico, para Goffman el enfoque sobre los individuos obscurece importantes hechos acerca de la interacción. Su unidad básica de análisis era, pues, no el individuo, sino el equipo. Un *equipo* es un conjunto de individuos que cooperan en la representación de una rutina. Así el análisis anterior sobre la

Universidad de Toronto, Goffman tuvo un estrecha relación intelectual con un antropólogo, y una vez en Chicago «mantuvo sus principales contactos no con los representantes del interaccionismo simbólico, sino con W. Lloyd Warner [antropólogo]» (Collins, 1986b: 109). En opinión de Collins, el análisis de las citas de las primeras obras de Goffman refleja la influencia de los antropólogos sociales; raramente citaba a los interaccionistas simbólicos y, cuando lo hacía, era con una actitud crítica. Con todo, Goffman sí se vio influido por los estudios descriptivos que se producían en Chicago, e integró su perspectiva con la de la antropología social para crear una perspectiva propia. Así, mientras un interaccionista simbólico se centra en el modo en que las personas crean o negocian su imagen, Goffman se preocupó por el modo en que «la sociedad... obliga a las personas a presentar una imagen determinada de sí mismas... y debido a que nos obliga a cambiar de rol y a elegir entre muchos roles complicados, nos hace permanentemente irreales, inconsistentes y deshonestos» (Collins, 1986a: 107).

A pesar de su perspectiva distintiva Goffman influyó poderosamente sobre el interaccionismo simbólico. Además, puede afirmarse que influyó en la configuración de otra «sociología creativa», la etnometodología. De hecho, Collins considera a Goffman como una figura clave en la formación no sólo de la etnometodología, sino del análisis de la conversación: «Fue Goffman el precursor del estudio empírico de la vida cotidiana, y lo fue trabajando sólo con sus ojos abiertos, ya que aún no había llegado la época de los reproductores y audiovisuales» (1986b: 111). (Véase el capítulo 6 para un análisis de la relación entre la etnometodología y el análisis conversacional.) De hecho, varios de los más destacados etnometodólogos (Sacks, Schegloff) estudiaron con Goffman en Berkeley en lugar de hacerlo con el fundador de la etnometodología, Harold Garfinkel.

Dada su influencia en el interaccionismo simbólico, el estructuralismo y la etnometodología, es muy probable que las teorías de Goffman sigan siendo influyentes durante muchos años.

relación entre el actor y la audiencia es, en realidad, un estudio sobre el equipo [11]. Cada miembro ha de confiar en los demás, porque todos pueden destruir la representación y todos son conscientes de que participan en un acto. Goffman concluía que un equipo es una suerte de «sociedad secreta».

Goffman también estudió el *trasfondo escénico* donde suelen aparecer los hechos o varios tipos de acciones informales ocultos en la fachada. El trasfon-

[11] Actor y audiencia forman también un tipo de equipo, pero Goffman también hablaba de equipo para referirse tanto a un grupo de actores como a una audiencia. Curiosamente Goffman afirmaba que un individuo podía constituir también un equipo. Su lógica, en la línea del interaccionismo simbólico clásico, era que un individuo podía ser actor y audiencia: podía *imaginar* que había una audiencia presente.

do escénico es, por lo general, adyacente a la *región anterior*, pero también está separado de ella. Los actores confían en que ningún miembro de la audiencia aparezca en el trasfondo escénico. Además, emprenden diversas manipulaciones de las impresiones para asegurarse de ello. Una actuación puede hacerse dificultosa si los actores son incapaces de impedir que la audiencia entre en el trasfondo escénico. También hay una región residual, el *exterior*, es decir, todos los dominios que no pertenecen ni a la región anterior ni a la posterior.

*Ninguna* región es la misma *en todo momento*. Y una determinada región puede ser cualquiera de las tres regiones en momentos diferentes. El despacho de un profesor constituye una región anterior cuando un estudiante le visita, se convierte en posterior cuando ese estudiante se marcha y en exterior cuando el profesor asiste a un partido de baloncesto de la universidad.

***Manipulación de las impresiones.*** Goffman termina *La presentación la persona en la vida cotidiana* con una reflexión adicional sobre el arte de manejar las impresiones. En términos generales, la *manipulación de las impresiones* se orienta a impedir una serie de acciones inesperadas, como gestos espontáneos, intrusiones inoportunas y pasos en falso, así como acciones deliberadas como «hacer una escena». Goffman estudió los diversos métodos de solventar estos problemas. Primero, hay una serie de métodos que implican acciones cuyo objetivo es producir lealtad dramatúrgica fomentando, por ejemplo, una gran lealtad grupal, impidiendo que los miembros del equipo se identifiquen con la audiencia y cambiando las audiencias periódicamente para que éstas no lleguen a conocer en demasía a los actores. Segundo, Goffman sugería varias formas de disciplina dramática, entre ellas ser siempre consciente de la actuación para impedir deslices, mantener el autocontrol y manejar las expresiones faciales y verbales de acuerdo con la propia actuación. Tercero, identificó varios tipos de circunspección dramática, como determinar con anticipación cómo va a resultar la actuación, planear las emergencias, elegir miembros de equipo leales, elegir buenas audiencias, pertenecer a pequeños equipos donde hay una menor probabilidad de disensión, hacer actuaciones breves, impedir a la audiencia el acceso a la información privada y establecer una agenda para impedir eventos inesperados.

La audiencia también tiene interés en la eficacia de la manipulación de las impresiones por parte del actor o del equipo de actores. La audiencia suele actuar para salvar la representación empleando mecanismos tales como prestar mucha atención, evitar incidentes emocionales, pasar por alto los descuidos y tener en mayor consideración al actor neófito.

Albas y Albas (1988) utilizaron la idea de la manipulación de las impresiones al estudiar los esfuerzos de los estudiantes universitarios para manejar las impresiones cuando les devolvían los exámenes y recibían su calificación. Albas y Albas distinguieron entre tres tipos de estudiantes: los «Ases» (los que reciben buenas notas), los «Moderados» (los que obtienen notas medianas) y

los «Bombarderos» (los suspensos). Se centraron en el estudio de los Ases y los Bombarderos y en el hecho de que los Ases solían desarrollar estrategias para revelar sus buenas calificaciones a los demás sin aparentar presunción, mientras los Bombarderos planificaban estrategias para ocultar sus malas notas.

Albas y Albas identificaron una serie de estrategias que utilizaban los Ases para revelar sus notas. Por ejemplo, como la modestia impide a los estudiantes expresar abiertamente su alegría por haber obtenido una calificación alta, suelen emplear la estrategia de «efusión reprimida», por la que su satisfacción aparece como si rezumaran alegría en contra de su voluntad. Si bien a veces esta estrategia la emplean los buenos estudiantes conscientemente, suele parecer como si ocurriera en contra de su voluntad. Se produce una manipulación dramática más clara cuando los estudiantes permiten «accidentalmente» a los otros ver sus calificaciones altas. Y otra estrategia dramática tiene lugar cuando el As pregunta a otros por su examen esperando una respuesta que incluya esa misma pregunta, la cual permite al As revelar su buena nota.

Al igual que los Ases emplean mecanismos dramáticos para revelar sus notas, los Bombarderos suelen intentar ocultar sus calificaciones mediante el uso de una serie de estrategias. Por ejemplo, el Bombardero que espera un suspenso puede optar por no asistir a la clase en la que le van a devolver el examen. Otros Bombarderos optan por mentir añadiendo puntos a su calificación, o simplemente por dejar claro que no desean hablar de las notas. El Bombardero puede también expresar una «distancia de rol» (véase más abajo) aparentando indiferencia y despreocupación ante la devolución del examen y la calificación. Esta indiferencia revela cómo hizo el examen.

Tras su obra *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Goffman produjo una serie de importantes y fascinantes libros y ensayos (por ejemplo, Goffman, 1961, 1963a, 1963b, 1967, 1971, 1972, 1974). Terminamos este análisis con algunos ejemplos que ilustran su modo de pensar.

En su «Distancia de rol» (1961) Goffman se centró en el grado en el que un individuo adopta un rol determinado. En su opinión, dada la enorme cantidad de roles existentes, pocas personas se implican totalmente en un rol determinado. La *distancia de rol* hace referencia al grado en el que los individuos se separan de los roles que representan. Por ejemplo, los niños mayores que montan en caballitos de tiovivo suelen ser conscientes de que son demasiado mayores para disfrutar de esta experiencia. Una manera de solventar este problema es demostrar la distancia de rol montando el caballito descuidada o despreocupadamente y realizar actos supuestamente peligrosos mientras lo montan. Al realizar tales actos peligrosos la intención de estos niños es explicar a la audiencia que no realizan la actividad como la realizan los niños pequeños.

Uno de los conceptos clave de Goffman es que la distancia de rol constituye una función del estatus social de una persona. Las personas que ocupan posiciones altas suelen manifestar distancia de rol por razones distintas a las de las personas que ocupan posiciones bajas. Por ejemplo, un cirujano de alto estatus

puede manifestar distancia de rol en el quirófano para relajar la tensión del equipo quirúrgico. Las personas de estatus bajos suelen ponerse a la defensiva en su exhibición de la distancia de rol. Por ejemplo, las personas que limpian los servicios sanitarios lo hacen con indiferencia y despreocupación. Pueden estar intentando explicar a su audiencia que son demasiado buenos para ese trabajo.

Uno de los libros más interesantes de Goffman es *Stigma* [Estigma] (1963b). En él Goffman se centra en el abismo entre lo que una persona debería ser, su *«identidad social virtual»* y lo que una persona realmente es, su *«identidad social real»*. Todo aquel que experimenta un abismo entre estas dos identidades está estigmatizado. El libro se centra en la interacción dramática entre las personas estigmatizadas y las normales. La naturaleza de esta interacción depende del tipo de estigma que perturba a un individuo. En el caso del estigma *desacreditado*, el actor acepta que las diferencias son reconocibles o evidentes para los miembros de la audiencia (por ejemplo, un parapléjico o un tullido). Un estigma *desacreditable* es aquél en que las diferencias no son reconocibles o perceptibles para los miembros de la audiencia (por ejemplo, una persona que ha tenido voluntariamente una experiencia homosexual). Para alguien señalado con un estigma desacreditado, el problema dramático básico reside en manejar la tensión que desencadena el hecho de que las personas reconocen ese problema. Para el que sufre un estigma desacreditable, el problema dramático reside en manejar la información de manera que el problema siga siendo desconocido para la audiencia.

Una buena parte de *Estigma* está dedicada a las personas que tienen estigmas obvios y, con frecuencia, grotescos (por ejemplo, la pérdida de la nariz). Sin embargo, a medida que se desarrolla la obra el lector se percata de que Goffman intenta transmitirnos la idea de que en algún momento o lugar determinado todos estamos estigmatizados. Sus ejemplos incluyen al judío que vive en una comunidad predominantemente cristiana, a una persona gorda entre un grupo de personas cuyo peso es normal, y al individuo que ha mentido acerca de su pasado y constantemente se esfuerza por asegurarse de que la audiencia siga desconociéndolo.

Ahora parece necesario mencionar las orientaciones posteriores y los cambios que se produjeron en el modo de pensar de Goffman. En *Frame Analysis* [Análisis estructural] (1974) Goffman se alejó de sus raíces del interaccionismo simbólico clásico y se orientó hacia el estudio de las pequeñas estructuras de la vida social. Aunque seguía pensando que las personas definían las situaciones en el sentido dado por W.I. Thomas, pasó a asignar menor importancia a estas definiciones: «La definición de las situaciones como reales ciertamente tiene sus consecuencias, pero estas influyen de un modo harto marginal sobre los eventos que se suceden» (Goffman, 1974: 1). Además, cuando las personas definen las situaciones normalmente no crean esas definiciones. La acción se define más por adherencia mecánica a las normas que mediante un proceso activo, creativo y negociador. Goffman especificó su objetivo: «intentar aislar algunos de los contextos básicos de comprensión disponibles en nuestra socie-

dad para explicar los eventos y analizar las vulnerabilidades específicas a las que están expuestos estos marcos de referencia» (1974: 10).

Goffman pasó a interesarse por las pequeñas estructuras que gobiernan los pensamientos y las acciones de los actores. Algunos observadores señalaron que se trató de un cambio de orientación y un alejamiento del interaccionismo simbólico clásico. De hecho, George Gonos llegó a afirmar que «la obra de Goffman se opone a los principios centrales y a los supuestos básicos del interaccionismo simbólico» (1977: 855). Gonos señaló que el trabajo de Goffman, especialmente *Frame Analysis*, encajaba mejor en el estructuralismo que en el interaccionismo simbólico.

Sin embargo, otros pensadores han señalado que, después de todo, no se trató de un cambio propiamente dicho (Collins, 1986b; Perinbanayagam, 1985). Por ejemplo, Perinbanayagam describe la dramaturgia de Goffman como «un examen de los *instrumentos* y las *técnicas* de comunicación que usan los actores» (1985: 66). Puede afirmarse que Goffman siempre se interesó *tanto* por los procesos de estructuración *como* por las estructuras. (Como Perinbanayagam señala, «la estructura es a la vez sustantivo y verbo» [1985: 75].) Así, en desacuerdo con Gonos, Perinbanayagam concluye que el análisis de los marcos de referencia y el interaccionismo simbólico son perspectivas «interdependientes» en la obra de Goffman (1985: 75). (Trataremos esta cuestión en el Capítulo 9.)

Independientemente de si cambió o no su orientación, lo que es evidente es que las primeras obras sobre dramaturgia han ejercido una profunda influencia. Por ejemplo, David Snow, Louis Zurcher y Robert Peters (1984) han analizado recientemente las celebraciones de victoria de las multitudes en los partidos de fútbol como representaciones dramáticas; Jack Haas y William Shaffir (1982) han realizado un estudio sobre la profesión médica desde una perspectiva dramatúrgica; Zurcher (1985) ha examinado la dramaturgia de los juegos; y Michio Kitahara (1986) se remontó a los mecanismos dramáticos (mostrar el rango, desplegar naves, mostrar el armamento) utilizados por el Comodoro Perry para abrir Japón a Occidente entre 1853 y 1854).

## Grupos y sociedades

La preocupación central del interaccionismo simbólico eran las interrelaciones entre el pensamiento y la acción del individuo, interés que le confirió una perspectiva distintiva sobre las grandes estructuras de la sociedad.

**Blumer sobre las grandes estructuras sociales.** Los interaccionistas simbólicos suelen criticar duramente la tendencia de otros sociólogos a centrarse en las macroestructuras. Como Rock señaló: «El interaccionismo descarta la mayoría del pensamiento macrosociológico por considerarlo una metafísica incierta e hiperambiciosa... inaccesible para el examen inteligente» (1979: 238). Dmitri Shalin hace referencia a «las críticas interaccionistas dirigidas a la idea clásica del orden social como externo, atemporal, determinado en todo momen-

to, y resistente al cambio» (1986: 14). Rock también señaló que «mientras [el interaccionismo simbólico] no ignora completamente la idea de estructura social, su insistencia sobre la actividad y el proceso relega las metáforas estructurales a un lugar secundario» (1979: 50).

Blumer se sitúa a la cabeza de los que critican este «determinismo sociológico [por el que] se analiza la acción social de las personas como actos construidos por ellas a partir de su interpretación de las situaciones en las que se encuentran» (1962/1969: 84). Este enfoque sobre los efectos constrictivos de las grandes estructuras sociales condujo a los sociólogos tradicionales a formular una serie de supuestos sobre el actor y la acción que diferían considerablemente de los de los interaccionistas simbólicos. En lugar de considerar a los actores como personas que definen activamente sus situaciones, los sociólogos tradicionales suelen reducir a los actores a «robots sin inteligencia en el nivel societal o grupal» (Manis y Meltzer, 1978: 7). En un esfuerzo por apartarse del determinismo implícito en esa postura que considera a los actores como robots, los interaccionistas simbólicos adoptan una perspectiva harto diferente de las grandes estructuras sociales, perspectiva que Blumer desarrolló competentemente [12]

Para Blumer la sociedad no se compone de macroestructuras. La esencia de la sociedad ha de buscarse en los actores y la acción: «La sociedad humana ha de considerarse como un conjunto de personas que actúan, y la vida de la sociedad consiste en las acciones que éstas realizan» (Blumer, 1962/1969: 85). La sociedad humana es acción; la vida grupal constituye una «actividad compleja en curso». Sin embargo, la sociedad no consiste en una serie de actos aislados. En ella se produce también una acción colectiva realizada por «individuos que acomodan unos a otros sus líneas de acción... participantes que se hacen indicaciones unos a otros, no sólo a sí mismos» (Blumer, 1969b: 16). Esto lleva a lo que Mead denominó *acto social*, y Blumer *acción conjunta*.

Blumer aceptaba la idea de la emergencia, que implica que las grandes estructuras emergen de los microprocesos (Morrione, 1988). De acuerdo con Maines, «la clave para entender el análisis de Blumer sobre las grandes organizaciones reside en su concepción de la acción conjunta» (1988: 46). Una acción conjunta no es simplemente la suma de todos los actos individuales, sino que tiene un carácter propio. Una acción conjunta, pues, no es externa o coercitiva para los actores y sus acciones; antes bien, la crean los actores y sus acciones. Para Blumer, el estudio de la acción conjunta es el dominio de la sociología.

Su análisis nos sugiere que el acto conjunto es casi totalmente flexible, es decir, que la sociedad puede convertirse virtualmente en cualquier cosa que deseen los actores. Sin embargo, Blumer no quería ir tan lejos. Afirmaba que cada ejemplo de acción conjunta adoptaba formas diferentes, pero reconocía que la acción conjunta solía adoptar «formas reiterativas y firmemente establecidas» (Blumer, 1969b: 17). Además de reconocer que la mayor parte de las

---

[12] Aunque Wood y Wardell (1983) reconocen que Blumer adopta esta perspectiva, afirman que Mead *carecía* de «sesgo aestructural». Véase también Joas (1981).

acciones conjuntas adoptaban formas pautadas, Blumer admitía también que esta acción se regía por sistemas de significados preestablecidos, como la cultura y el orden social.

Parece que Blumer reconocía la existencia y la importancia de las grandes estructuras. Sin embargo, estas estructuras desempeñan un papel sumamente limitado en el interaccionismo simbólico [13]. Por un lado, Blumer señalaba con frecuencia que las grandes estructuras eran poco más que «contextos» dentro de los cuales se enmarcan los aspectos verdaderamente importantes de la vida social: la acción y la interacción (1962/1969: 87). Las grandes estructuras establecen las condiciones y limitan la acción humana, pero no la determinan. En su opinión, las personas no actúan dentro del contexto de estructuras tales como la sociedad; antes bien, actúan en situaciones. Las grandes estructuras son importantes en la medida en que dan forma a las situaciones en las que los individuos actúan y proporcionan a los actores el conjunto de símbolos establecidos que necesitan para actuar.

Pero en su análisis sobre estas pautas preestablecidas Blumer se apresura a especificar que las «áreas de conducta no prescrita son tan naturales, autóctonas y recurrentes en la vida grupal humana como las áreas llenas de prescripciones preestablecidas y fielmente observadas de la acción conjunta» (1969b: 18). No sólo hay muchas áreas exentas de prescripciones, sino que la acción conjunta tiene que ser creada y recreada de manera coherente incluso en las áreas prescritas. En el proceso de su creación y recreación los actores se guían por significados comúnmente aceptados, pero no están determinados por ellos. Pueden aceptarlos como son, pero también pueden introducir alteraciones de diferentes magnitudes. En los términos de Blumer, «es el proceso social en la vida grupal lo que crea y mantiene las normas, no las normas las que crean y mantienen la vida grupal» (1969b: 19).

Es evidente que Blumer no deseó asignar a la cultura un estatuto independiente y coercitivo en su sistema teórico. Tampoco asignó este estatuto a las extensas relaciones de la vida grupal, o lo que comúnmente se denomina «estructura social», entre ellas, a la división del trabajo. «Una red o una institución no funciona automáticamente en virtud de cierta dinámica interna o de determinados requisitos; funciona debido a la acción de las personas en diferentes momentos y lugares, y esa acción es el resultado del modo en que definen la situación en la que actúan» (Blumer, 1969b: 19).

## PRINCIPIOS METODOLOGICOS

Además de principios teóricos, el interaccionismo simbólico también incluye una serie de postulados metodológicos.

---

[13] En el Capítulo 12 analizaremos algunas de las perspectivas más recientes en el interaccionismo simbólico que asignan un papel más importante a las grandes estructuras y que señalan que Blumer adoptó esta postura (Blumer, 1990, Maines, 1989a, 1989b; Maines y Morrione, 1990).

## Blumer sobre los métodos

Blumer sentía un gran respeto por las dificultades que plantea el estudio de la acción y la interacción en el mundo real. A menudo hablaba del «carácter obstinado» del mundo real. Los sociólogos deben esforzarse constantemente por desarrollar modelos para su estudio. Deben desarrollar y comprobar en el mundo real modelos científicos, que sólo se demuestran útiles si nos ayudan a comprender ese mundo (D. Wellman, 1988).

Blumer criticó duramente lo que él consideraba la tendencia hacia el cientifismo ciego en sociología (Shibutani, 1988). No rechazaba el uso de métodos cuantitativos, pero los creía menos útiles que la mayoría de los sociólogos convencionales. Eran muchos los métodos que se habían demostrado útiles para la comprensión del mundo real (Maines, 1989b). Asimismo, Blumer (1956/1969) criticaba la tendencia a reducir la complejidad del mundo social a variables científicas. La correlación simplista de variables tendía a ignorar el proceso interpretativo, cuestión central para la comprensión de la vida social. Blumer se oponía al esquema teórico abstracto por razones semejantes: «se requiere en primer lugar una interpretación que ordene el mundo tal y como es, no un análisis de los hechos empíricos con la intención de comprobar si la teoría se ajusta a ellos» (1954/1969: 141).

Blumer también criticaba muchos conceptos sociológicos que prescribían lo que los sociólogos deben estudiar en el mundo real. Estos conceptos violentan enormemente la realidad de ese mundo. En lugar de los conceptos tradicionales, Blumer recomendaba el uso de «conceptos sensibilizadores» (1954/1969: 148) que simplemente sugieren el objeto de estudio y dónde buscarlo, y violentan en menor grado el mundo real. Finalmente, Blumer aconsejaba el uso de la *introspección simpática* para estudiar la vida social. En otras palabras, cuando los interaccionistas simbólicos investigan, deben ponerse en el lugar del actor que están estudiando para comprender la situación desde su punto de vista. Esta postura lleva a la preferencia de los métodos «suaves» frente a los «duros» en el interaccionismo simbólico. Sin embargo, Blumer no creía que tal preferencia fuera un reflejo de la inmadurez científica de la sociología; antes bien, indicaba la particularidad de su objeto de estudio [14].

Blumer no fue el único interaccionista simbólico que se preocupó por estas cuestiones metodológicas. Podemos apreciar en su justa medida uno de los cismas que se produjeron en el interaccionismo simbólico si analizamos las diferencias metodológicas entre Blumer, principal representante de la Escuela de Chicago, y Manford Kuhn, principal representante de la Escuela de Iowa de interaccionismo simbólico (Couch, Saxton, y Katovich, 1986a, 1986b).

---

[14] Véase Maines para un análisis de la postura de Blumer que conduce a una concepción «más dura» de la ciencia, concepción que implica «teorización formal, conceptos definidos, investigación empírica, verificación de las hipótesis y proposiciones, y conocimiento científico acumulativo» (1989a: 394).

**Blumer frente a Kuhn sobre los métodos.** Las diferencias fundamentales entre Blumer y Kuhn son metodológicas (Meltzer, Petras, y Reynolds, 1975). Como ya hemos visto, Blumer defendía una metodología distintiva para el estudio de la conducta humana, una metodología que no admitía generalizaciones. Manford Kuhn (1964), en cambio, acentuaba la unidad del método científico; todos los campos científicos, incluida la sociología, debían tender hacia la generalización y la formulación de leyes. Aunque Blumer y Kuhn coincidían al menos en uno de los objetos de estudio más importantes del interaccionismo simbólico —«qué sucede "dentro de las cabezas" de los humanos» (Meltzer, Petras, y Reynolds, 1975: 57)— disentían en lo referente al modo en que debía estudiarse.

Blumer aconsejaba el uso de la introspección simpática para entrar en el mundo del actor y verlo tal como es. Los sociólogos deben usar su intuición para adoptar el punto de vista de los actores que están estudiando, y llegar incluso a usar las mismas categorías que ellos utilizan. A Kuhn le interesaba este mismo fenómeno empírico, pero recomendaba a los sociólogos que rechazaran las técnicas acientíficas y recurrieran a índices abiertamente conductuales de lo que sucede en la mente de los actores. Por ejemplo, las respuestas de los entrevistados a una serie de preguntas deben constituir datos con los que ha de trabajar el interaccionista simbólico, no la intuición «acientífica» y «no fiable» del sociólogo.

Además, Blumer aceptaba conceptos sensibilizadores menos formales y rechazaba el uso de conceptos operacionales más científicos para definir el mundo real. Kuhn prefería los métodos científicos tradicionales consistentes en usar variables investigables y definiciones operacionales. Por ejemplo, Kuhn operacionalizó el concepto de self, un concepto sumamente vago en el interaccionismo simbólico tradicional, como respuesta a la pregunta «¿Quién soy?». Las respuestas que daban las personas a esta pregunta podían constituir manifestaciones empíricas del self. También criticaba Blumer las variables sociológicas utilizadas como herramientas mecanicistas, pero Kuhn las aceptaba y usaba. Mientras Blumer percibía la existencia de importantes elementos de imprevisibilidad en la acción humana, Kuhn sostenía que la acción estaba socialmente determinada, por lo que podía estudiarse científicamente la búsqueda de las causas antecedentes de la acción. Finalmente, mientras Blumer tendía a pensar en términos de procesos continuados, Kuhn solía hacerlo en términos más estáticos, más susceptibles también de estudio científico.

**La interpretación de Blumer de las ideas de Mead.** El debate entre los defensores de Blumer y los de Kuhn aún continúa vigente, pero la orientación de Blumer sigue ocupando una posición predominante en el interaccionismo simbólico. Sin embargo, recientemente se ha formulado la pregunta de si Blumer fue tan fiel a sus raíces meadianas como proclamaba (Lewis y Smith, 1980; Warshay y Warshay, 1986)[15]. Clark McPhail y Cynthia Rexroat (1979) identi-

[15] Sobre las ambigüedades de la obra de Mead, especialmente en su *Mente, persona y sociedad*, y la imposibilidad de llegar a una única interpretación, véase Fine y Kleinman (1986).

ficaron marcadas diferencias entre las orientaciones metodológicas de Mead y de Blumer. En virtud de la influencia del conductismo, Mead estaba más orientado hacia la ciencia «dura» que Blumer y, en realidad, tal vez se aproximara más a la visión de Kuhn que a la de Blumer. McPhail y Rexroat señalaron acerca de sus diferencias: «El acento de Mead sobre la observación sistemática y la investigación experimental difiere considerablemente de la metodología naturalista de Blumer... La investigación naturalista ni complementa ni amplía la perspectiva metodológica de Mead, y el marco teórico de Blumer no es apropiado para la investigación y el desarrollo de las ideas teóricas de Mead» (1979: 449).

Blumer (1980) respondió acaloradamente a las acusaciones de McPhail y Rexroat. Afirmó que «interpretaban muy erróneamente» sus ideas sobre la realidad social y el estudio naturalista, así como las ideas de Mead sobre la conducta social y el método científico. McPhail y Rexroat (1980) replicaron que la respuesta de Blumer no especificaba criterio alguno para afirmar que ellos le interpretaban erróneamente, ni aportaba pruebas sistemáticas para defender su postura. Acusaron a Blumer de no citar los pasajes relevantes de la obra de Mead en su contraargumento. McPhail y Rexroat afirmaron que en muchos casos Blumer «sólo afirma que *su* interpretación de Mead es *la* correcta» (1980: 420). Al final, vemos a Blumer proclamando que su interpretación de Mead es la correcta y a McPhail y Rexroat negándolo. Aunque este debate tiene interés todavía, el hecho histórico es que fue la interpretación de Blumer de la posición de Mead, no la posición metodológica del propio Mead, la que se erigió como predominante en el interaccionismo simbólico.

La cuestión clave del debate entre Blumer y McPhail y Rexroat es la cuestión científica de lo «duro» frente a lo «blando». Para Blumer, la intención de McPhail y Rexroat era promover una imagen de ciencia «dura» de la teoría meadiana:

> Puedo discernir lo que realmente tienen en mente McPhail y Rexroat en su identificación de las diferencias metodológicas y ontológicas entre Mead y yo. Su intención fundamental es justificar y promover un método específico de investigación científica basado en experimentos controlados. Sin embargo, se proclaman seguidores de George Herbert Mead y por tanto se ven en la obligación de interpretarlo de una manera que apuntale su propia orientación metodológica. Y lo intentan hacer de dos maneras. En primer lugar, interpretan el pensamiento de Mead sobre el «método científico» de manera que apoye su propia preferencia metodológica. En segundo lugar, se esfuerzan por describir el «conductismo social» de Mead de modo que su descripción se ajuste a su compromiso experimental o cuasi experimental.
>
> (Blumer, 1980: 414-415)

En su respuesta a Blumer, McPhail y Rexroat afirmaron que Mead era partidario de *ambos* métodos, el experimental y el no experimental. Fuera o no esto cierto, la cuestión es que McPhail y Rexroat eran más partidarios que Blumer de

una ciencia «dura», de un enfoque experimental sobre el interaccionismo simbólico. La cuestión es si las formas complejas de conducta social son susceptibles de análisis experimental. Mientras Blumer creía que no lo eran, McPhail y Rexroat pensaban que sí. He aquí, al menos parcialmente, una versión más reciente del debate entre Blumer y Kuhn.

## CRITICAS

Una vez analizadas las ideas del interaccionismo simbólico, particularmente las de Mead, Blumer y Goffman, enumeraremos ahora algunas de las principales críticas que ha recibido esta perspectiva.

La primera crítica es que la corriente principal del interaccionismo simbólico ha rechazado demasiado impetuosamente las técnicas científicas convencionales. Eugene Weinstein y Judith Tanur lo expresaron de manera muy adecuada: «Que los contenidos de la conciencia sean cualitativos no implica que su expresión externa no pueda ser codificada, clasificada e, incluso, explicada» (1976: 105). La ciencia y el subjetivismo *no* se excluyen mutuamente.

En segundo lugar, Manford Kuhn (1964), William Kolb (1944), Bernard Meltzer, James Petras, Larry Reynolds (1975) y muchos otros han criticado la vaguedad de conceptos esenciales de Mead tales como la mente, el self, el yo y el mí. En términos generales, Kuhn (1964) habló de la existencia de ambigüedad y contradicciones en la teoría de Mead. Además de la teoría meadiana, estos autores han criticado otros muchos conceptos básicos del interaccionismo simbólico calificándolos de confusos e imprecisos y, por tanto, incapaces de proporcionar firmes pilares a la teoría y la investigación. Resulta dificultoso, si no imposible, operacionalizar esos conceptos debido a su imprecisión; el resultado es la imposibilidad de generar proposiciones verificables (Stryker, 1980).

La tercera crítica al interaccionismo simbólico es que ignora o asigna escasa importancia a las grandes estructuras. Algo más sorprendente es la cuarta crítica: que el interaccionismo simbólico no es suficientemente microscópico, que ignora la importancia de factores tales como lo inconsciente y las emociones (Meltzer, Petras, y Reynolds, 1975; Stryker, 1980). El interaccionismo simbólico ha sido criticado también por ignorar factores psicológicos tales como las necesidades, los motivos, las intenciones y las aspiraciones. En su esfuerzo por negar la existencia de fuerzas inamovibles que impulsan la acción del actor, los interaccionistas simbólicos se han concentrado en los significados, los símbolos, la acción y la interacción. Ignoran factores psicológicos que podrían impulsar al actor, y esta actitud corre en paralelo con su ignorancia de las grandes constricciones societales sobre el actor. Por ambas razones, los interaccionistas simbólicos han sido acusados de hacer de la vida cotidiana un «fetiche» (Meltzer, Petras, y Reynolds, 1975: 85). Esto, a su vez, les conduce a acentuar en demasía la situación inmediata y a sentir una «preocupación obsesiva por lo pasajero, lo episódico y lo fugaz» (Meltzer, Petras, y Reynolds, 1975: 85).

De todas las críticas que ha recibido esta perspectiva, la más importante es por su tendencia a ignorar o a asignar poca importancia a las grandes estructuras sociales. Esta crítica ha adoptado diferentes formas. Por ejemplo, Weinstein y Tanur afirmaron que el interaccionismo simbólico ignora la interconexión de los resultados: «*La preocupación de la sociología qua sociología son los resultados agregados que forman los vínculos entre episodios de la interacción*... El concepto de estructura social es necesario para analizar la increíble densidad y complejidad de las relaciones que interconectan los episodios de interacción» (1976: 106). Sheldon Stryker afirmó que el microenfoque del interaccionismo simbólico «minimiza o niega los hechos de la estructura social y la influencia de los aspectos macroorganizativos de la sociedad sobre la conducta» (1980: 146). Meltzer, Petras, y Reynolds llegaron a identificar esta debilidad en el nivel estructural como uno de los principales problemas del interaccionismo simbólico:

> De todas las supuestas dificultades del paradigma del interaccionismo simbólico, dos se destacan como las más importantes: (1) escasa atención a las emociones humanas, y (2) despreocupación por la estructura social. En efecto, la primera de ellas implica que el interaccionismo simbólico no es suficientemente psicológico, y la segunda sugiera que la interacción simbólica no es suficientemente sociológica.
>
> (Meltzer, Petras, y Reynolds, 1975: 120)

## RESUMEN

Este capítulo comienza con un breve análisis de las raíces del interaccionismo simbólico en el pragmatismo filosófico (la obra de John Dewey) y el conductismo psicológico (la de John B. Watson). El interaccionismo simbólico nació durante los años veinte en la Universidad de Chicago, a partir de la confluencia del pragmatismo, del conductismo y de otras influencias, como la sociología simmeliana.

El interaccionismo simbólico que surgió entonces se oponía radicalmente al reduccionismo psicológico del conductismo y al determinismo estructural de teorías de orientación macrosociológica tales como el funcionalismo estructural. Se orientó de un modo distintivo hacia las capacidades mentales de los actores y su relación con la acción y la interacción. Estas cuestiones se concebían en términos de procesos; existía escasa propensión a considerar al actor impulsado por estados psicológicos internos o por fuerzas macroestructurales.

La teoría más importante y distintiva del interaccionismo simbólico es la de George Herbert Mead. En lo esencial, la teoría de Mead asignaba primacía y prioridad al mundo social. Es decir, la conciencia, la mente, el self, etcétera, emergen del mundo social. La unidad básica de su teoría social es el acto, que incluye cuatro fases dialécticamente relacionadas: impulso, percepción, manipulación y consumación. Un acto *social* implica dos o más actores, y el meca-

nismo básico del acto social es el gesto. Mientras los animales inferiores y los humanos son ambos capaces de mantener una conversación de gestos, sólo los humanos están capacitados para comunicar el significado consciente de sus gestos. Los humanos son distintivamente capaces de crear gestos vocales, y esto conduce a la capacidad peculiarmente humana de desarrollar y usar símbolos significantes. Los simbolos significantes conducen al desarrollo del lenguaje y a la capacidad distintiva de los humanos para comunicarse entre sí en el pleno sentido del término. Los símbolos significantes también hacen posible el pensamiento y la interacción simbólica.

Mead analiza una serie de procesos mentales que forman parte del proceso social general, incluidos la inteligencia reflexiva, la conciencia, las imágenes mentales, el significado y, en términos más generales, la mente. Los humanos poseen la capacidad peculiar de emprender una conversación interna consigo mismos. Desde el punto de vista de Mead los procesos mentales se derivan del proceso social y no están ubicados en el cerebro.

El self es la capacidad de verse a sí mismo como un objeto social. Asi pues, el self surge del proceso social. El mecanismo general del self es la capacidad de las personas de ponerse en el lugar de otros con el fin de actuar como esos otros actúan y verse a sí mismas como las ven otros. Mead ubica la génesis del self en las etapas del juego y del deporte de la infancia. De especial importancia es el otro generalizado, que emerge en la etapa del deporte. La capacidad de verse desde el punto de vista de la comunidad es esencial tanto para la emergencia del self como para la de las actividades grupales organizadas. El self también incluye dos fases: el «yo», los aspectos imprevisibles y creativos del self, y el «mí», el conjunto organizado de actitudes de los demás asumido por el actor. Mientras el control social se manifiesta a través del «mí», el «yo» constituye la fuente de innovación de la sociedad.

Mead expresó pocas ideas acerca de la sociedad, considerada por él como la totalidad de procesos sociales en curso que preceden a la mente y al self. Mead carecía de una concepción macro de la sociedad. Definía las instituciones como poco más que hábitos colectivos.

Los principios básicos del interaccionismo simbólico son:

1. A diferencia de los animales inferiores, los seres humanos están dotados de capacidad de pensamiento.
2. La capacidad de pensamiento está modelada por la interacción social.
3. En la interacción social las personas aprenden los significados y los símbolos que les permiten ejercer su capacidad de pensamiento distintivamente humana.
4. Los significados y los símbolos permiten a las personas actuar e interactuar de una manera distintivamente humana.
5. Las personas son capaces de modificar o alterar los significados y los símbolos que usan en la acción y la interacción sobre la base de su interpretación de la situación.

6. Las personas son capaces de introducir estas modificaciones y alteraciones debido, en parte, a su capacidad para interactuar consigo mismas, lo que les permite examinar los posibles cursos de acción, y valorar sus ventajas y desventajas relativas para luego elegir uno.
7. La pautas entretejidas de acción e interacción constituyen los grupos y las sociedades.

En el contexto de estos principios generales hemos pretendido exponer con claridad la naturaleza de la obra de varios de los más importantes pensadores enmarcados en la tradición simbólico-interaccionista, entre ellos Charles Horton Cooley, Herbert Blumer, Morris Rosenberg y el más importante, Erving Goffman. Exponemos con detalle el análisis dramatúrgico de Goffman del self y, relacionadas con ese análisis, sus obras sobre la distancia de rol y el estigma. Sin embargo, creemos preciso señalar que en las últimas obras de Goffman se aprecia fácilmente una tendencia que era débil en sus primeras obras: el análisis estructural.

Aunque en este libro no nos interesa la metodología *per se*, analizamos en este capítulo algunos de los principios metodológicos del interaccionismo simbólico porque ello nos ayuda a comprender mejor su orientación teórica. De especial importancia aquí es el debate entre Blumer, representante de la orientación «blanda» de la Escuela de Chicago, guiada por la intuición, y Manford Kuhn, defensor del enfoque «duro» caracteristico de la Escuela de Iowa. Aunque este debate continúa vigente, el enfoque de Chicago ha predominado en el interaccionismo simbólico.

Terminamos el capítulo con una serie de críticas que ha recibido la perspectiva, en particular la referida a su debilidad en el nivel de los macrofenómenos.

CAPITULO **6**

# SOCIOLOGIA FENOMENOLOGICA Y ETNOMETODOLOGIA

SEMEJANZAS Y DIFERENCIAS

SOCIOLOGIA FENOMENOLOGICA

Las teorías de Alfred Schutz
*La construcción social de la realidad*

ETNOMETODOLOGIA

Definición de la etnometodología
Diversificación de la etnometodología
Ejemplos de etnometodología
Críticas a la sociología tradicional
Presiones y tensiones de la etnometodología

Al igual que el interaccionismo simbólico, la sociología fenomenológica y la etnometodología se centran en el análisis del mundo cotidiano, aunque de una manera que, como podremos apreciar, difiere de los enfoques de Mead, Blumer y Goffman. Si bien la sociología fenomenológica constituye la tradición más antigua e incluso una fuente clave para el desarrollo de la etnometodología, en la actualidad ocupa un lugar secundario en relación con la etnometodología debido al gran interés que ha despertado ésta última por todo el mundo. Sin embargo, dadas sus fuertes raices filosóficas y teóricas, no sería de extrañar que se produjera un nuevo resurgir del interés en la fenomenologia.

La sociología fenomenológica y la etnometodología suelen analizarse juntas. George Ritzer (1975a, 1975b) las ha considerado dos componentes teóricos del «paradigma de la definición social»; Monica Morris (1977), las veía como dos variantes de lo que ella denominó «sociología creativa»; Jack Douglas (1980) y Andrew Weigert (1981) las incluyen dentro del encabezamiento «sociologías de la vida cotidiana»; y Richard Hilbert (1986) las considera variantes del «constructivismo social [1]». Aunque pueden identificarse importantes semejanzas entre ellas, también tienen marcadas diferencias, hecho que nos impulsa a analizar las dos teorías por separado.

## SEMEJANZAS Y DIFERENCIAS

Los exponentes contemporáneos de la sociología fenomenológica y la etnometodología ubican sus raíces intelectuales en el trabajo filosófico de Edmund Husserl (1859-1938). Muchas de sus ideas inspiran una serie de aspectos contemporáneos de la sociología fenomenológica. Y lo que es más importante, constituyeron la fuente principal de inspiración de la obra de Alfred Schutz. Schutz tomó la filosofía de Husserl y la transformó en sociologia, y es esa orientación la que influyó tanto en la sociologia fenomenológica como en la etnometodologia. La sociología fenomenológica contemporánea se relaciona directamente con la obra de Schutz. La influencia de Husserl sobre la etnometodología es menos directa. Harold Garfinkel, el fundador de la etnometodología, estudió con Schutz, y es la adaptación de Garfinkel (y sus seguidores) de las ideas de Schutz la base fundamental de la etnometodologia.

Pueden identificarse importantes semejanzas entre las dos teorías. Ambas se ocupan del modo en que las personas producen activamente y mantienen los significados de las situaciones. También se interesan por el modo en que las acciones de las personas constituyen las situaciones. Además, ambas analizan la vida cotidiana, es decir, las actividades mundanas y comunes que las personas realizan en la sociedad. El significado, la producción de la situación social

[1] Estas no son las únicas teorías analizadas bajo estos encabezamientos. Tambien se incluyen el interaccionismo simbólico, que hemos analizado exhaustivamente en el Capítulo 5, y la sociología existencial, que analizaremos en el Capítulo 9.

y un interés por la vida cotidiana no son los únicos elementos básicos que tienen en común ambas teorías, pero ilustran las preocupaciones que comparten.

A pesar de estas y otras semejanzas, muchos partidarios de ambas teorías parecen coincidir en que existen diferencias marcadas entre ambas y que por esta razón es preferible mantenerlas separadas. Por ejemplo, James Heap y Phillip Roth (1973) afirman que la etnometodología implica una combinación de fenomenología y de elementos de sociología, que ha producido un dominio exclusivo e independiente de estudio. De modo similar, Don Zimmerman afirmó que a pesar de su herencia intelectual común, las dos teorías no son equivalentes: «En rigor, el término "fenomenológico" es inapropiado como descripción universal de las herramientas de trabajo, de los métodos y de los problemas de la etnometodología, y ello se debe a que empaña la distinción entre herencia y contenido intelectual» (1978: 8). Aunque la fenomenología —tanto la filosófica como la sociológica— influyó en la etnometodología, ésta también se inspiró en la lingüística, la antropología e incluso en la corriente principal de la sociología. La etnometodología ha combinado la fenomenología con estas otras fuentes para crear una orientación teórica que se puede identificar con la fenomenología (Sharrock y Anderson, 1986).

Una diferencia clave entre las dos teorías reside en la metodología. En general, debido a la influencia de Schutz, una buena parte de las primeras obras de sociología fenomenológica es conceptual y teórica (Freeman, 1980). Durante algún tiempo, la sociología fenomenológica realizó relativamente poca investigación empírica, es decir, pocos experimentos, investigaciones o estudios de observación. Algunos consideraron este hecho como algo intrínseco a la sociología fenomenológica, pero otros pensaron que era una etapa del desarrollo de la teoría. Se ha producido un aumento moderado del interés por la investigación en sociología fenomenológica (Psathas, 1989), en gran parte influido por el constructivismo social de Berger y Luckmann (1967) (véase más abajo), quienes, a su vez, se han inspirado en las ideas de Schutz. Psathas (1973) se cuenta entre los que creen que los sociólogos fenomenólogos realizarán más investigación empírica en el futuro.

En cambio, desde sus inicios hasta nuestros días, la etnometodología ha sido y es altamente empírica, y ha producido muchísimos más estudios empíricos que análisis teóricos o tratados filosóficos. En efecto, la etnometodología se nutre de estos estudios de investigación para derivar de ellos ideas teóricas. Entre estos estudios se cuentan el análisis de conversaciones telefónicas, artículos periodísticos, procedimientos judiciales, discursos políticos e incluso del modo de andar de las personas. Para llevarlos a cabo los etnometodólogos han utilizado métodos que apenas difieren de los utilizados por la corriente principal de la investigación sociológica. Por lo general los etnometodólogos han utilizado una numerosa serie de métodos: trabajo de campo extensivo e intensivo que implica observación directa, observación participante, análisis documental, etc. También han desarrollado ciertas metodologías distintivas. Una de las primeras que se utilizaron (aunque en la actualidad apenas se usa) son los

denominados *experimentos de violación de normas* (véase más abajo) desarrollados por Garfinkel como un modo de demostrar los principios fundamentales de la etnometodología. El investigador se introduce en un escenario social, viola (o quebranta) las normas que lo rigen, y luego estudia la reacción de los actores ante ese quebrantamiento. Entre otras cosas, el etnometodólogo se interesa por el modo en que las personas construyen o reconstruyen la realidad social. Otro método bastante distintivo de la etnometodología es el análisis minucioso de cintas grabadas de audio y vídeo. Los etnometodólogos se interesan por el análisis conversacional, para el que son sumamente útiles las cintas grabadas. Las grabaciones son esenciales para el análisis conversacional porque constituyen la única manera de poder captar los pequeños detalles de las conversaciones entre las personas. El estudio de esos detalles requiere el examen exhaustivo de conversaciones reales con el fin de identificar y analizar fenómenos tales como el modo en que las personas se turnan para hablar (véase abajo). Además, como su discurso constituye una acción social, las grabaciones proporcionan la posibilidad de descubrir el modo en que se organizan esas acciones, sus rasgos sistemáticos y sus regularidades. Las cintas de vídeo se han demostrado particularmente útiles para el análisis de conductas tales como el modo de andar, la comunicación cara a cara y la interacción en diversos escenarios sociales.

Robert Freeman (1980) creía que estas diferencias metodológicas se derivaban de diferencias más fundamentales entre los enfoques concretos de ambas teorías. Los sociólogos fenomenólogos sienten gran preocupación por la conciencia. Los etnometodólogos, dentro de la tradición de la fenomenología, aceptan la importancia fundamental de la conciencia en la vida social. Sin embargo, dado que hunden sus raíces en la sociología tradicional, tienden a centrarse en actividades sociales que son empíricamente observables.

Uno de los problemas más arduos de la historia de todas las sociologías ha sido encontrar un modo de estudiar empíricamente los aspectos subjetivos y las actividades de la conciencia. Al igual que otros teóricos, los fenomenólogos tampoco han sido capaces de resolver este problema. Consecuentemente, su mayor esfuezo ha consistido en filosofar, teorizar o reflexionar sobre el funcionamiento de la conciencia y la construcción del significado. La «investigación» de los fenomenólogos se ha basado siempre en estudios de sí mismos y de sus propias experiencias. Así, Schutz (1976b, 1976c) escribió ensayos sobre el «extraño» y el «huesped» basándose en sus propias experiencias. Algunos fenomenólogos han desarrollado recientemente métodos sistemáticos para el análisis de las experiencias subjetivas de otros tal y como son recogidas por el entrevistador. Si bien no es posible el acceso directo a la subjetividad, es posible acercarse a ella de modo indirecto mediante la escucha atenta del entrevistado y el análisis de las respuestas abiertas en los cuestionarios. Aceptando esta información tal y como se presenta, el investigador de orientación fenomenológica intenta comprender lo que experimentan otras personas. El análisis se dirige, pues, hacia el intento de explicar las estructuras de esas experiencias con objeto de discernir sus rasgos comunes o fundamentales. Estos estudios muestran que,

aunque no hay acceso directo a la conciencia o a las experiencias subjetivas de otros, es posible comprender su naturaleza y contenido mediante las expresiones de otros y la información que proporcionan.

Mientras los fenomenólogos han encontrado serias dificultades en el intento de analizar empíricamente la subjetividad, los etnometodólogos apenas se han topado con problemas porque eligen el estudio de fenómenos más objetivos. En concreto, el análisis que los etnometodólogos hacen de las actividades observables derivadas de procesos conscientes es más factible porque puede basarse en los métodos tradicionales de investigación sociológica.

Haciendo hincapié en las diferencias, Mary Rogers afirma que «la etnometodología *se aleja* de la fenomenología en lo tocante a sus conceptualizaciones y métodos» (1983: 117). Señala que la etnometodología hace escaso uso de la terminología fenomenológica, generalmente ignora las ideas de los fenomenólogos posteriores a Schutz y, lo que es más importante, «los etnometodólogos hacen escasa referencia a la conciencia humana y no adpotan una postura clara con respecto a ella» (Rogers, 1983: 117). Aquí, Rogers parafrasea una de las expresiones más conocidas de Garfinkel: «Nada de lo que hay en las cabezas de los actores interesa a la etnometodología; sólo hay cerebros» (1983: 119). En otras palabras, al observador le es imposible estudiar pensamientos, ideas, creencias, supuestos, etc. que se producen en el interior de la cabeza; deben descubrirlos sólo tal y como se manifiestan en lo que las personas dicen y hacen. Lo único que es empíricamente observable son las acciones de las personas, entre ellas su discurso. Para los etnometodólogos basta con eso, porque es lo único realmente accesible. Mediante el examen de las acciones, los etnometodólogos pueden descubrir cómo se produce y organiza la vida social. Pero críticos como Rogers señalan que hay más tarea que realizar con la conciencia de la que realizan los etnometodólogos. La fenomenologia tiene más que decir no sólo acerca de esta cuestión, sino también de los fenómenos macroscópicos porque «la etnometodología no presta atención explítica a las instituciones, a las colectividades, al acervo social de conocimiento y a otras realidades sociales macro» (Rogers, 1983: 130). En otras palabras, desde el punto de vista de Rogers, a diferencia de la fenomenologia, la etnometodología no es ni microscópica (el análisis de la conciencia) ni macroscópica (el análisis de la cultura y las instituciones sociales).

Indudablemente se aprecian importantes diferencias entre la sociología fenomenológica y la etnometodología, pero también hay marcadas semejanzas entre ambas. Quizás la mejor conclusión es la que nos ofrecen Maynard y Clayman (en prensa), quienes afirman que en los estudios etnometodológicos se manifiesta una «sensibilidad fenomenológica».

## SOCIOLOGIA FENOMENOLOGICA

Como hemos visto, la fuerza de la sociología fenomenológica reside en su trabajo teórico, y el principal teórico relacionado con este enfoque es Alfred Schutz. Por tanto, dedicamos el grueso de este apartado a su obra, aunque tambien ana-

lizaremos un esfuerzo teórico destacado derivado en buena parte de la perspectiva de Schutz: *The Social Construction of Reality* [La construcción social de la realidad], de Peter Berger y Thomas Luckmann.

## Las teorías de Alfred Schutz

**Intersubjetividad.** En términos generales, la sociología fenomenológica de Schutz se centra en la intersubjetividad. El estudio de la intersubjetividad busca respuesta a preguntas como las siguientes: ¿Cómo conocemos otras mentes?, ¿cómo conocemos otros self?, ¿cómo se produce la reciprocidad de perspectivas? ¿cómo se produce la comprensión y la comunicación recíproca?

El mundo intersubjetivo no es un mundo privado; es común a todos. Existe «porque vivimos en él como hombres entre otros hombres, con quienes nos vinculan influencias y labores comunes, comprendiendo a los demás y siendo comprendidos por ellos» (Schutz, 1973: 10). La intersubjetividad existe en el «presente vivido» en el que nos hablamos y nos escuchamos unos a otros. Compartimos el mismo tiempo y espacio con otros. «Esta simultaneidad es la esencia de la intersubjetividad, significa que *capto la subjetividad del alter ego al mismo tiempo que vivo en mi propio flujo de conciencia*... Y esta captación en simultaneidad del otro, así como su captación recíproca de mí, hacen posible *nuestro* ser conjunto en el mundo» (Natanson, 1973: xxxii-xxxiii; cursivas añadidas).

La frase de la cita anterior que está en cursiva nos proporciona la esencia del pensamiento de Schutz sobre la intersubjetividad. A Schutz no le interesaba la interacción física de las personas, sino el modo en que se comprenden recíprocamente sus conciencias, la manera en que se relacionan intersubjetivamente unas con otras.

Así, miéntras Husserl identificaba el ego trascendental como su preocupación central, Schutz dio un giro exterior a la fenomenología para analizar el mundo intersubjetivo, el mundo social. (Si bien es esta una importante diferencia, no debemos perder de vista el hecho de que ambos pensadores se centraron en la intersubjetividad, Husserl dentro del reino de la conciencia y Schutz en el mundo social.)

**Tipificaciones y Recetas.** Las personas desarrollan y usan *tipificaciones* (constructos de primer orden) en el mundo social. En cualquier situación que se da en el mundo de la vida cotidiana, una acción viene determinada «por un tipo constituido en experiencias anteriores» (Schutz y Luckmann, 1973: 229). Las tipificaciones ignoran los rasgos individuales y particulares y se centran sólo en características genéricas y homogéneas.

Mientras tipificamos rutinariamente a los demás, las personas también se auto-tipifican: «Hasta cierto punto, el hombre tipifica su propia situación dentro del mundo social y las diversas relaciones que tiene con sus semejantes y con los objetos culturales» (Schutz, 1976: 233).

La tipificación adopta muchas formas. Cuando llamamos a algo por su nombre

(por ejemplo, hombre, perro), estamos tipificando. En términos generales, siempre que hacemos uso del lenguaje, estamos tipificando; de hecho, Schutz llama al lenguaje «el medio tipificador *par excellence*» (1973: 75). Al lenguaje se le puede considerar una «mina» de tipologías de la que nos servimos para dar sentido al mundo social.

La relación entre las tipificaciones y el lenguaje evidencia que las tipificaciones existen en la sociedad, y que las personas adquieren y almacenan tipificaciones a través del proceso de la socialización y, de hecho, durante toda su vida. Las tipologías que usamos se derivan de la sociedad y son socialmente aprobadas. Han superado la prueba del tiempo y han llegado a institucionalizarse como herramientas tradicionales y habituales para la vida social. Si bien el individuo puede crear algunas tipificaciones, la mayoría de ellas son preconstituidas y derivadas de la sociedad.

En algunas ocasiones, Schutz habla de *recetas* cuando analiza las tipificaciones, y con frecuencia utiliza ambos términos como sinónimos. Las recetas, como las tipificaciones, «sirven de técnicas para comprender o, por lo menos, controlar aspectos de... la experiencia» (Natanson, 1973a: xxix). Las recetas, sin embargo, tienden a tener relación con las situaciones, mientras las tipificaciones se refieren más bien a las personas. Las personas utilizan las recetas para controlar el millar de situaciones en las que se encuentran todos los días. Así, cuando alguien nos saluda con la receta «¿qué tal estás?» respondemos con la receta «bien, ¿y tú?» Y recurriendo a la analogía del arte culinario, Schutz señala que nos servimos de «un conocimiento de libro de recetas culinarias... para tratar las cuestiones rutinarias de la vida cotidiana... La mayoría de nuestras actividades diarias, desde levantarnos hasta ir a dormir, son de este tipo. Se realizan de acuerdo con recetas que se reducen a hábitos culturales de trivialidades que no se cuestionan» (1976a: 73-74). Incluso cuando nos encontramos en situaciones problemáticas o inusuales, lo primero que hacemos es recurrir a nuestras recetas. Sólo cuando vemos con claridad que no sirven, las abandonamos e intentamos crear, desarrollar mentalmente, nuevas fórmulas para manejar las situaciones.

Schutz y Luckmann (1973: 231) subrayan las condiciones bajo las cuales las situaciones se hacen problemáticas y las personas se ven en la necesidad de crear nuevas fórmulas para manejarlas (nuevas recetas y tipificaciones). Si no disponen de una receta válida para manejar una situación nueva, o si una receta no les permite manejar la situación que supuestamente deben controlar, las personas se ven en la necesidad de crear una nueva. Dicho de otro modo, cuando el acervo de conocimiento actualmente disponible no es suficiente, la persona debe crear e incorporar a él nuevas recetas (o tipificaciones).

Debido a la existencia recurrente de situaciones problemáticas, las personas no pueden confiar plenamente en las recetas y tipificaciones. Deben ser suficientemente capaces de adaptarse a circunstancias imprevistas. Las personas necesitan tener una «inteligencia práctica» para manejar las situaciones imprevistas, deben tener en mente líneas alternativas de acción y crear nuevas fórmulas para manejar las situaciones.

## ALFRED SCHUTZ: Reseña biográfica



Alfred Schutz no llegó a ser muy conocido durante su vida y hace pocos años que su obra comenzó a atraer la atención de muchos sociólogos. Aunque su escasa fama se debía en parte a su orientación intelectual —un interés por la fenomenología entonces muy infrecuente— su insólita carrera como sociólogo responde a una causa más importante.

Nacido en Viena, Austria, en 1899, Schutz estudió en la Universidad de Viena (Wagner, 1983). Inmediatamente después de terminar la carrera de Derecho, comenzó a trabajar en el mundo de la banca. Aunque económicamente se sentía recompensado, este mundo no satisfacía su necesidad de dar un significado más profundo a su vida. Schutz encontró ese significado en su trabajo sobre la sociología fenomenológica. Durante los años veinte no fue un académico, pero muchos de sus amigos sí lo eran y participó en numerosas tertulias y debates informales (Prendergast, 1986). Schutz se inspiró en la teoría weberiana, especialmente en la obra de Weber sobre la acción y el tipo ideal. Si bien se sintió enormemente impresionado por la obra de Weber, intentó superar sus debilidades integrando ideas de los filósofos Edmund Husserl y Henri Bergson. De acuerdo con Christopher Prendergast (1986), Schutz deseaba proporcionar a la escuela de economía austríaca una teoría científica y subjetiva de la acción. Estas influencias le impulsaron a publicar en 1932 un libro que cobraría gran importancia para la sociología, *The Phenomenology of the Social World* [La fenomenología del mundo social]. No se tradujo al inglés hasta 1967 y por ello los Estados Unidos hubieron de esperar treinta y cinco años para poder apreciar su obra.

Cuando se acercaba el estallido de la Segunda Guerra Mundial Schutz emigró, tras un corta estancia en París, a los Estados Unidos, donde durante muchos años dividió su tiempo entre su actividad como consejero legal de varios bancos y la enseñanza y escritura en el campo de la sociología fenomenológica. Simultáneamente a su trabajo en la banca, Schutz comenzó a impartir clases en 1943 en la New School for Social Research de la ciudad de Nueva York. Como señaló Richard Grathoff, el resultado fue «que el

**El mundo de la vida.** El *mundo de la vida* (o *Lebenswelt*), es la denominación (derivada de Husserl) que dio Schutz al mundo en el que la intersubjetividad y la utilización de tipificaciones y recetas tienen lugar. Schutz utiliza muchos términos para comunicar lo que quiere decir con este término, entre ellos el «mundo del sentido común», el «mundo de la vida diaria», «el mundo del trabajo cotidiano», la «realidad mundana», «la realidad eminente de la vida del sentido común», etc. (Natanson, 1973: xxv). Es en este mundo donde las personas

teórico social para el que el pensamiento científico y la vida cotidiana definían dos reinos de la experiencia bastante distintos y separados, llegó a adoptar una división similar en su vida personal» (1978: 112). En 1956 abandonó esta doble actividad y se consagró por entero a la enseñanza y la escritura en el campo de la sociología fenomenológica. Debido a su interés por la fenomenología, a su doble dedicación y a su actividad docente en la entonces vanguardista New School, Schutz permaneció en la periferia de la sociología mientras vivió. No obstante, su obra y su influencia sobre los estudiantes (por ejemplo, sobre Peter Berger, Thomas Luckmann, Harold Garfinkel) le llevaron al centro de la teoría sociológica.

Otro factor que explica la posición marginal de Schutz en la teoría sociológica era que su teoría parecía altamente abstracta e irrelevante para el mundo social mundano. Aunque Schutz separaba teoría de realidad, no creía que su obra fuese irrelevante para el mundo en el que vivía. Para expresarlo en términos de su fenomenología, percibía una relación entre la construcción cotidiana de la realidad y el mundo cultural e histórico predado. Pensar de otro modo era razonar que el hombre que había huido del nacional socialismo (el nazismo) consideraba irrelevante su obra académica. La siguiente cita extraída de una de sus cartas indica que aunque Schutz no era optimista, no estaba dispuesto a aceptar la irrelevancia de su teorización y, en general, de la construcción social de la realidad para el mundo como un todo:

> ¿Sigues siendo tan optimista como para pensar que la fenomenología puede salvarse de las ruinas de este mundo, como la *filosofica aera perennnis*? Yo no lo creo. Más bien los nativos africanos han de prepararse para las ideas del nacional socialismo. Ello no nos evitará acabar del mismo modo en que hemos vivido; por tanto, debemos intentar construir... un orden dentro de *nuestro* mundo, un orden que no podemos encontrar en nuestro *mundo*. El conflicto se esconde detrás de este cambio de acento.
>
> (Schutz, citado en Grathoff, 1978: 130)

En suma, aunque la capacidad de las personas de influir en la sociedad queda limitada debido a fenómenos tales como el nazismo, las personas deben seguir esforzándose por construir una realidad social y cultural que *no* está más allá de su alcance y control.

Alfred Schutz murió en 1959.

actúan con la «actitud natural»; es decir, donde las personas dan por sentado que este mundo existe y no dudan de su realidad hasta que surgen situaciones problemáticas.

Schutz define seis características básicas del mundo de la vida. Primera, se caracteriza por una tensión especial de la conciencia, que Schutz denomina «estado de alerta» (1973: 213), en el que el actor presta «plena atención a la vida y sus requisitos». Por el contrario, en el mundo de los sueños, por ejemplo,

el actor no está despierto. Segundo, el actor no duda de la existencia de este mundo. De nuevo a diferencia del actor, en el mundo de la ciencia social el científico duda del mundo de la vida, y es esa duda lo que le permite analizarlo científicamente. Tercera, es en el mundo de la vida donde las personas trabajan; es decir, emprenden una «acción en el mundo externo basada en un proyecto y caracterizada por la intención de producir mediante el movimiento corporal el estado de cosas proyectado» (Schutz, 1973: 212). Es el trabajo lo que se encuentra en el núcleo del mundo de la vida:

> La región central del mundo de la vida es el mundo del trabajo... Específicamente, es una esfera de actividades dirigida hacia objetos, animales y personas que están «dentro de nuestro alcance real». Típicamente, las operaciones se realizan en él siguiendo «recetas de acción comprobadas»: es «mi mundo de actividades rutinarias»... Este trabajo es una actuación totalmente física sobre objetos tangibles, que tiene por objeto moldearlos y usarlos para propósitos tangibles.
>
> (Wagner, 1983: 290)

Cuarta, hay una forma específica de experimentar el propio self por la que el self trabajador se vive como un self pleno. Quinta, el mundo de la vida se caracteriza por una forma específica de socialidad que implica el «mundo intersubjetivo común de la comunicación y la acción social» (Schutz, 1973: 230). Finalmente, en el mundo de la vida existe una perspectiva específica del tiempo que implica la intersección del flujo del tiempo personal y del flujo temporal de la sociedad. Por el contrario, en el mundo de los sueños o de las fantasías el paso del tiempo de una persona está desligado del paso del tiempo en la sociedad. Es decir, podemos fantasear, por ejemplo, sobre la vida en la Edad Media mientras vivimos en el siglo xx.

Si bien Schutz suele escribir como si existiera un único mundo de la vida, en realidad cada uno de nosotros tiene su propio mundo de la vida, aunque existan numerosos elementos comunes en todos ellos. Así, otros pertenecen a nuestro mundo de la vida y nosotros pertenecemos a los mundos de la vida de muchos otros.

El mundo de la vida es un mundo intersubjetivo, pero un mundo que existía mucho antes de nuestro nacimiento; nuestros predecesores lo crearon. Nos es dado (particularmente las tipificaciones y recetas, pero también las instituciones sociales, etc.) para experimentarlo e interpretarlo. Por eso, cuando experimentamos el mundo de la vida estamos experimentando un mundo inexorable que constriñe nuestros actos. Sin embargo, no sólo estamos dominados por la estructura preexistente del mundo de la vida:

> Para llevar a cabo los propósitos que buscamos en él, entre nuestros semejantes, tenemos que dominarlo y modificarlo... estos objetos ofrecen resistencia a nuestros actos, resistencia que debemos superar o a la cual debemos rendirnos... un motivo pragmático gobierna nuestra actitud natural hacia el mundo de la vida cotidiana.

En este sentido, el mundo es algo que debemos modificar por nuestras acciones o que las modifica.

(Schutz, 1973: 209)

Es aquí donde comenzamos a clarificar la dialéctica del pensamiento de Schutz, cuando entendemos que los actores y las estructuras se influyen recíprocamente. Wagner adopta esta postura dialéctica al afirmar que las ideas de Schutz sobre el mundo de la vida combinan la experiencia individual «no sólo con las de interacción social y, por tanto, con los mundos de la vida de otros, sino también con esquemas y prescripciones [tipificaciones y recetas] de interpretación para la conducta práctica socialmente predados» (1983: 289).

La dialéctica se hace más clara en la reflexión de Schutz sobre el mundo cultural. Por un lado, es evidente que tanto las personas del pasado como las del presente crean el mundo cultural, puesto que se «origina en acciones humanas y ha sido instituido por ellas, por las nuestras y las de nuestros semejantes, contemporáneos y predecesores. Todos los objetos culturales —herramientas, símbolos, sistemas de lenguaje, obras de arte, instituciones sociales, etc.— apuntan en su mismo origen y significado a las actividades de sujetos humanos» (Schutz, 1973: 329). Por otro lado, este mundo cultural es externo y coercitivo para los actores: «Me encuentro a mí mismo en mi vida diaria dentro de un mundo que no sólo yo he creado... He nacido en un mundo social preorganizado que me sobrevivirá, un mundo compartido desde el exterior con semejantes organizados en grupos» (Schutz, 1973: 329).

En su análisis del mundo de la vida, lo que le preocupaba principalmente a Schutz era el acervo social de conocimiento común, que conduce a la acción más o menos habitual. Ya hemos estudiado *el conocimiento de las tipificaciones y recetas*, que es el componente principal del acervo de conocimiento. Schutz considera este conocimiento como el elemento más variable de nuestro acervo debido a que somos capaces de manejar una situación problemática creando fórmulas innovadoras. Es menos probable que los otros dos aspectos de nuestro acervo de conocimiento se conviertan en algo problemático. El *conocimiento de técnicas* (por ejemplo, cómo andar) es la forma más básica de conocimiento en el sentido de que raramente se convierte en problemático (en el caso de andar, una excepción sería una parálisis temporal) y por ello se le asigna un alto grado de seguridad. El *conocimiento útil* (por ejemplo, conducir un coche o tocar el piano), constituye una solución definitiva a una situación problemática. El conocimiento útil es más problemático (por ejemplo, cuando nos encontramos en una situación de emergencia y necesitamos pensar cómo se conduce) que el conocimiento de técnicas, pero es menos probable que se convierta en problemático que el conocimiento de recetas y tipificaciones.

**Componentes privados del conocimiento.** Schutz también era consciente de que todos los elementos del reino cultural varían de unos individuos a otros a

causa de que las experiencias personales difieren. El acervo de conocimiento está «biográficamente articulado»:

> Eso significa que yo «conozco» más o menos adecuadamente lo que constituye el «resultado» de situaciones anteriores. Es más, yo «sé» que mi situación es en ese sentido absolutamente «única». En efecto, el acervo de conocimiento, a través del cual yo determino la situación presente, tiene una articulación biográfica «única». Esta hace referencia no sólo al contenido, al «significado» de todas las experiencias anteriores depositadas en las situaciones. También hace referencia a la intensidad..., la duración, y la secuencia de estas experiencias. Esta circunstancia es de singular importancia, puesto que realmente constituye el acervo individual de conocimiento.
>
> (Schutz y Luckmann, 1973: 111-112)

Así, de acuerdo con Schutz, el acervo de conocimiento tiene invariablemente un componente privado. Sin embargo, este componente único y privado del acervo de conocimiento no sólo es una creación del actor: «Debe subrayarse... que la secuencia, la profundidad y proximidad de la experiencia, e incluso la duración de las experiencias y la adquisición de conocimiento, son socialmente objetivadas y vienen socialmente determinadas. En otras palabras, existen categorías sociales de articulación biográfica» (Schutz y Luckmann, 1973: 113).

Los acervos privados de conocimiento, debido a que tienen su fuente en las biografías individuales, no forman parte del mundo de la vida. Como son biográficos por naturaleza, Schutz no creía que los componentes privados y únicos de conocimiento fueran susceptibles de estudio científico. No obstante, son para Schutz componentes importantes de la vida cotidiana de los actores reales.

**Reinos de la realidad social.** Schutz identificó cuatro reinos diferentes de la realidad social. Cada uno constituye una abstracción del mundo social y se distingue por su grado de inmediatez (el grado en el que las situaciones están al alcance del actor) y determinabilidad (el grado en el que el actor puede controlar esas situaciones). Los cuatro reinos son el *umwelt* —el reino de la realidad social directamente experimentada—, el *mitwelt* —el reino de la realidad social indirectamente experimentada—, el *folgewelt* —el reino de los sucesores—, y el *vorwelt* —el reino de los predecesores. Para Schutz, los reinos de los sucesores y los predecesores (*folgewelt* y *vorwelt*) tienen un interés periférico. Sin embargo, los analizaremos brevemente porque el contraste entre ellos nos ayuda a clarificar ciertas características de los que realmente le interesan a Schutz: el *umwelt* y el *mitwelt*.

***Folgewelt y Vorwelt.*** El futuro (*folgewelt*) constituye una categoría puramente residual en la obra de Schutz (a diferencia de lo que sucede en la obra de Marx, en la que juega un papel central en su dialéctica). Es un mundo totalmente libre y completamente indeterminado. El científico social puede anticipar el

futuro sólo de una manera harto general y no le resulta posible describirlo en detalle. No es prudente confiar en los tipos y modelos ideales de futuro contruidos por el científico social. Así, la ciencia fenomenológica de Schutz tiene poco que ofrecer al científico convencional que intenta iluminar o predecir el futuro [2].

El pasado (*vorwelt*), en cambio, es más susceptible de análisis por el científico social. La acción de los que vivieron en el pasado está totalmente definida; no existe elemento alguno de libertad porque las causas de sus acciones, las acciones mismas, y sus resultados, ya han ocurrido. A pesar de esta definición, el estudio de los predecesores presenta dificultades para una sociología subjetiva. Es difícil interpretar las acciones de las personas que vivieron en un tiempo pasado porque usamos categorías contemporáneas de pensamiento para analizar la historia pasada, en lugar de las categorías que prevalecieron en ese tiempo. La interpretación de los contemporáneos es probablemente más correcta porque los sociólogos comparten categorías de interpretación con aquellos cuyas acciones estudian. Así, aunque una sociología subjetiva del pasado es posible, la probabilidad de interpretar erróneamente ese pasado es alta.

La cuestión más importante aquí es que la meta de Schutz era desarrollar una sociología basada en las interpretaciones del mundo social que hacen los actores que son estudiados. Es difícil conocer las interpretaciones de los predecesores, e imposible anticipar y comprender las de los sucesores. Sin embargo, es posible entender a los contemporáneos (*mitwelt*) y las interpretaciones de aquellos con los que estamos en estrecho contacto cara-a-cara (*umwelt*).

***Umwelt y relaciones-nosotros.*** Las *relaciones-nosotros* se definen por un grado relativamente alto de intimidad, que viene determinado por la medida en la que los actores están familiarizados con las biografías personales de otros. La relación-nosotros pura es una relación cara-a-cara «en la que los copartícipes son mutuamente conscientes de ellos mismos y participan solidariamente en las vidas de cada uno durante algún tiempo, por corto que sea» (Schutz, 1932/1967: 164). La relación-nosotros implica la conciencia de los participantes a la vez que los modelos de acción e interacción que caracterizan la interacción cara-a-cara. La relación-nosotros se caracteriza por una «orientación hacia el tú» que «es la forma universal en el que el otro es experimentado "en persona"» (Schutz y Luckmann, 1973: 62). En otras palabras, las relaciones-nosotros son sumamente personales e inmediatas.

La inmediatez de la interacción tiene dos implicaciones para las relaciones sociales. Primera, en una relación-nosotros, a diferencia de lo que sucede en una relación-ellos, existen muchos indicadores de la experiencia subjetiva de otros. La inmediatez permite a cada actor penetrar en la conciencia del otro. Segunda, cuando entablamos cualquier relación social, un individuo tiene sólo un conocimiento típico del otro. Sin embargo, en un proceso continuado de interacción cara-a-cara, las tipificaciones del otro son comprobadas, revisadas,

[2] Podemos estudiar lo que los contemporáneos *esperan* del futuro, pero no el futuro en sí.

reformuladas y modificadas. Es decir, la interacción con otros modifica necesariamente las tipologías.

Schutz no sólo analizó las relaciones-nosotros *per se*, también vinculó estas relaciones con los fenómenos culturales que se producían en el mundo real. Por ejemplo, en el curso de las relaciones-nosotros los actores aprenden las tipificaciones que les permiten sobrevivir socialmente. Las personas no sólo aprenden recetas en las relaciones-nosotros, sino que también las utilizan allí: las comprueban y las modifican cuando se demuestra que no son adecuadas o efectivas.

Schutz era consciente de que existía un toma y daca considerable entre los actores en el curso de las relaciones-nosotros. Las personas ponen a prueba diferentes líneas de acción con otras personas. Abandonan rápidamente las que provocan reacciones hostiles y utilizan las que son aceptadas. Las personas también pueden encontrarse en situaciones en las que sus recetas no funcionen y verse en la necesidad de crear líneas de acción apropiadas y efectivas. En otras palabras, en las relaciones-nosotros los actores modifican constantemente sus acciones tomando en consideración a aquéllos con los que están interactuando.

Las personas también modifican sus concepciones de los otros. Entablan una relación determinada partiendo de ciertos supuestos sobre lo que piensan los otros actores. En general, suponen que el pensamiento de los otros es del mismo orden que el suyo propio. A veces esta impresión se confirma en el trato, pero en otras circunstancias las expresiones faciales, los movimientos, las palabras y las acciones de los otros son incongruentes con la idea que las personas tienen de lo que los otros están pensando. Se ven en la necesidad, entonces, de revisar sus opiniones sobre los procesos de pensamiento de los otros y de modificar sus respuestas sobre la base de esta nueva imagen de lo que los otros piensan. Se trata de un proceso indirecto, ya que las personas no pueden conocer con seguridad lo que otros están pensando. Así, intentan cambiar sus acciones con la esperanza de que este cambio provocará unas respuestas adecuadas. La gente puede verse obligada a revisar su concepción de los procesos de pensamiento de otros y a modificar sus acciones muchas veces antes de conseguir comprender por qué los otros están actuando del modo en que lo hacen. Puede darse el caso de que, en determinadas situaciones, no sean capaces de hacer las suficientes correcciones y, en la confusión más absoluta, huyan de una interacción determinada. En un caso así, buscan situaciones más cómodas donde poder aplicar las recetas conocidas.

En el ámbito de las relaciones-nosotros la mayoría de las acciones se realizan cotidianamente de acuerdo con recetas. Las personas *generalmente* no reflexionan sobre lo que hacen o sobre lo que hacen los otros. Sin embargo, cuando se topan con problemas, pensamientos y acciones inadecuados, se ven en la obligación de abandonar sus recetas y reflexionar sobre lo que sucede para crear una respuesta apropiada. Esto es psicológicamente costoso y, por ello, la gente prefiere actuar e interactuar siguiendo recetas.

Analizar científicamente el *umwelt* constituye una tarea difícil, y es más fácil estudiar científicamente el *mitwelt*. Sin embargo, aunque posiblemente el

estudio del *mitwelt* plantea menos dificultades, no es tan gratificante como el análisis del *umwelt* debido al papel que éste desempeña en la creación de tipificaciones y a su importancia crucial en las vidas sociales de las personas en el mundo de la vida.

***Mitwelt y relaciones-Ellos.*** El *mitwelt* es ese aspecto del mundo social en el que las personas tratan sólo con personas tipo o con grandes estructuras sociales, en lugar de relacionarse con actores reales. Las personas se ajustan a estos tipos y estructuras, pero en este mundo de «contemporáneos» esas personas no son experimentadas directamente. Como los actores tratan con tipos en lugar de con personas reales, su conocimiento de las personas no está sujeto a la constante revisión que requiere la interacción cara a cara. Este conocimiento relativamente constante de tipos generales de experiencia subjetiva puede estudiarse científicamente y arrojar así luz sobre los procesos generales, por medio de los cuales las personas se relacionan con el mundo social. Analizaremos más adelante algunos ejemplos específicos del *mitwelt*.

Mientras en el *umwelt* las personas coexisten en el mismo tiempo y espacio, en el *mitwelt* las distancias espaciales hacen imposible la interacción cara a cara. Si la situación espacial cambia y las personas se acercan unas a otras, entonces se hace posible la interacción cara a cara, pero si eso ocurre, hemos regresado al *umwelt*. Las personas que una vez estuvieron en mi *umwelt*, pueden alejarse de mi y, en última instancia, debido a la distancia espacial, convertirse en parte del *mitwelt*. Por tanto, existe una transición gradual desde el *umwelt* al *mitwelt* a medida que las personas se alejan unas de otras. He aquí cómo describe Schutz esta transición gradual:

> Ahora estamos cara a cara, despidiéndonos y estrechando las manos; ahora él se aleja caminando. Ahora se vuelve para decirme algo; ahora aún puedo verlo saludarme con la mano; ahora ha desaparecido al volver una esquina. Es imposible decir en qué momento preciso terminó la situación cara a cara y mi copartícipe se convirtió en un mero contemporáneo, sobre quien tengo conocimiento (es probable que haya llegado ya a su casa) pero no experiencia directa.
>
> (Schutz, 1976: 37)

De un modo similar, no hay líneas divisorias claras entre los distintos niveles del *mitwelt* analizados más abajo.

El *mitwelt* constituye un mundo estratificado con niveles que dependen del grado de anonimato. Cuanto más anónimo es el nivel, más susceptibles de análisis científico son las relaciones entre las personas. Algunos de los principales niveles existentes en el *mitwelt*, de menos anónimo a más anónimo, son:

1. Aquellos con quienes los actores se encontraron cara a cara en el pasado y es posible que se encuentren de nuevo. Lo más probable es que los actores tengan un conocimiento mutuo debido a que se encontraron en el pasado y pueden volver a encontrarse en el futuro. Aunque vemos

aquí un grado de anonimato relativamente bajo, esta relación no implica una interacción cara a cara. Si más adelante estas personas se encuentran personalmente, su relación formaría parte del *umwelt* y dejaría de pertenecer al *mitwelt*.

2. Aquellos que una vez se encontraron, no a través de nosotros, sino a través de personas que nosotros tratamos. Como este nivel se basa en un conocimiento de segunda mano de otros, implica un grado más alto de anonimato que el nivel de las relaciones con personas que hemos conocido en el pasado. Si siempre conociésemos personas de este modo, la relación comenzaría a formar parte del *umwelt*.
3. Aquellos a los que se va a conocer. En la medida en la que todavía no les conocemos, nos relacionamos con ellos como si fueran tipos, pero una vez que los conocemos, la situación forma parte del *umwelt*.
4. Aquellos a los que conocemos no como individuos concretos, sino como posiciones y roles. Por ejemplo, sabemos que existen personas que reparten el correo y personas que procesan nuestros cheques, y aunque tenemos opiniones sobre ellas como tipos, nunca las hemos conocido personalmente.
5. Las colectividades cuyas funciones conocemos sin conocer a ningún individuo de los que hay en ellas. Por ejemplo, tenemos cierto conocimiento del Senado, pero pocas personas conocen realmente a alguno de los individuos que forman parte de él, si bien existe la posibilidad de conocerlos.
6. Las colectividades que son tan anónimas que tenemos pocas oportunidades de conocer a personas que forman parte de ellas. Para la mayoría de las personas, la Mafia sería un buen ejemplo de este tipo de colectividad.
7. Las estructuras objetivas de significado que han sido creadas por contemporáneos con quienes los actores no tienen ni han tenido una interacción cara a cara. Las reglas de la gramática inglesa ilustran este tipo de estructuras de significado.
8. Las creaciones físicas realizadas por una persona a quien jamás conocimos y probablemente nunca conoceremos. Por ejemplo, las personas tienen una relación sumamente anónima con un cuadro de un museo.

Si nos adentráramos aún más en el análisis de las relaciones del *mitwelt*, comprobaríamos que cada vez son más impersonales y anónimas. Las personas que no tienen una interacción cara a cara con otras no pueden saber lo que éstas piensan. Su conocimiento se reduce, por tanto, a «tipos generales de experiencia subjetiva» (Schutz, 1932/1967: 181).

Las *relaciones-ellos*, que se encuentran en el *mitwelt*, se caracterizan por la interacción con contemporáneos impersonales (por ejemplo, el cartero a quien nunca hemos visto que nos reparte el correo) en lugar de asociados (por ejemplo, un amigo personal). En las relaciones-ellos, los pensamientos y las acciones de las personas se rigen por tipificaciones anónimas.

En la relación-ellos «pura», los esquemas de conocimiento típicos usados para definir otros actores no pueden modificarse. Como no interactuamos con personas reales sino con contemporáneos impersonales, la información que difiere de nuestras tipificaciones no nos es dada. En otras palabras, las nuevas experiencias no son constitutivas de las relaciones-ellos. Las tipificaciones culturales determinan la acción, y no pueden ser modificadas por los pensamientos y las acciones de los actores en una relación-ellos. Así, mientras las relaciones-nosotros están sujetas a negociación, no ocurre lo mismo con las relaciones-ellos. A pesar de la distinción entre relaciones-nosotros y relaciones-ellos, las tipificaciones usadas en las relaciones-ellos tienen sus raíces históricas en las relaciones-nosotros: «La primera y originalmente la más objetiva solución de un problema aún depende en buena medida de la conciencia subjetiva relevante del individuo» (Schutz y Luckmann, 1973: 225). Sin embargo, estas soluciones se hacen cada vez más tipificadas y anónimas; en suma, cada vez más forman parte del reino cultural.

**Conciencia.** Si bien la preocupación central de los filósofos fenomenológicos era la conciencia, especialmente las estructuras universales de la conciencia, Schutz se centró en la intersubjetividad, en el mundo de la vida, en las relaciones-nosotros y en las relaciones-ellos. Así, para Schutz la conciencia no constituía en sí misma un centro de interés, sino el punto de partida para su ciencia de la intersubjetividad.

Nuestro pensador creía que la conciencia era relativamente poco importante en el mundo cotidiano, debido a que en él la acción se realizaba de acuerdo con recetas, y que los actores prestaban escasa atención a lo que pasaba por su mente o por la de otros. Asimismo, pensaba (1932/1967: 190) que una ciencia de la sociología fenomenológica podía ignorar la conciencia individual. De hecho, como la mente no era susceptible de análisis científico, y como su deseo era analizar la intersubjetividad, Schutz admitió explícitamente en su obra que abandonaba el enfoque fenomenológico tradicional sobre los procesos mentales (1932/1967: 97). Nos encontramos, pues, ante la situación aparentemente paradójica de un sociólogo, conocido como el fenomenólogo más famoso de su campo, que abandona el enfoque que caracteriza a la fenomenología. No obstante, la paradoja se resuelve cuando nos percatamos de que Schutz sí experimentó el tradicional interés fenomenológico por la subjetividad. Pero en lugar de centrarse en la subjetividad individual (como hizo Husserl), Schutz se centró, como ya hemos visto a lo largo del capítulo, en la *intersubjetividad.*

Además de su admitido interés por la intersubjetividad, también se ocupó de analizar la conciencia. De hecho, Schutz afirmaba que en la base de todas sus inquietudes sociológicas yacían los «procesos del establecimiento del significado y la comprensión que tenían lugar en el interior de los individuos, los procesos de la interpretación de la conducta de otras personas y los procesos de autointerpretación» (1932/1967: 11).

La base filosófica de la imagen que Schutz tenía del mundo social, a pesar de que para el mismo Schutz no era susceptible de estudio científico, era la conciencia profunda (*durée*), donde se encuentra el proceso del establecimiento del significado, de la comprensión, la interpretación y la autointerpretación. El fundamento de una sociología fenomenológica debía ser descubrir «el modo en que se constituye el significado en la experiencia individual del ego solitario. Descubriremos así el significado de su origen en el tiempo interior de la conciencia, en la duración del ego tal y como vive a través de su experiencia» (Schutz, 1932/1967: 13). Esta fue la cuestión de mayor importancia para los filósofos que precedieron a Schutz, Henri Bergson y Edmund Husserl. Estos se preocuparon de filosofar sobre lo que ocurría dentro de la mente, pero la cuestión central para Schutz era cómo convertir este interés en una preocupación sociológica científica.

Schutz se inspiró en la obra de Max Weber, particularmente en la parte de su obra dedicada a la acción social, porque reflejaba, según Schutz, tanto un interés por la conciencia como una preocupación por una sociología científica. Sin embargo, el interés por la acción individual era secundario para Weber, más preocupado por la influencia de las estructuras sociales sobre la acción que por las bases de la acción dentro de la conciencia. De acuerdo con Prendergast, Schutz «no estaba realmente interesado por la teoría de la burocracia de Weber, por su sociología de la religión, por su sociología política o por su historia económica general» (1986: 15). Lo que verdaderamente le interesó a Schutz de Weber fue sólo una pequeña y periférica parte de su sociología. Aun así, Weber constituía un modelo menos que satisfactorio para Schutz, pero no por las razones que se deducen de lo expuesto más arriba. Para Schutz, el problema de la obra de Weber eran sus debilidades en la concepción de la conciencia. Weber no distinguió entre tipos de significado ni tampoco entre significados y motivos. Al clarificar lo que Weber no consiguió hacer, Schutz nos ofreció una buena porción de ideas sobre su propia concepción de la conciencia.

***Significados y motivos.*** Schutz afirmaba que era preciso distinguir entre significados y motivos. Distinguió entre dos subtipos de significados y de motivos. Aunque no siempre logró diferenciarlos nítidamente, para Schutz los *significados* hacen referencia al modo en que los actores determinan qué aspectos del mundo social son importantes para ellos, mientras los *motivos* se refieren a las razones que explican la acción de los actores. Un tipo de significado es el contexto de significado *subjetivo*. Es decir, a través de nuestra propia construcción mental de la realidad definimos ciertos componentes de la realidad como significativos. Sin embargo, aunque este proceso es importante en el mundo de la vida cotidiana, Schutz no lo creía susceptible de estudio científico debido a su naturaleza idiosincrásica.

El segundo tipo de significado es de gran importancia para la sociología científica: el contexto de significado *objetivo*, los conjuntos de significados que existen en la cultura y que son compartidos por toda la colectividad de los acto-

res. Puesto que estos conjuntos de significados son comunes y no idiosincrásicos, los sociólogos y cualquier persona pueden acceder a ellos. Dado que tienen una existencia objetiva, el sociólogo puede estudiarlos de manera científica. Schutz criticó a Weber por no distinguir entre significado subjetivo y significado objetivo y por no aclarar que una sociología científica podía explicar esos contextos de significado objetivo.

Schutz también distinguió entre dos tipos de motivos: motivos «para» y motivos «porque». Ambos se refieren a las razones que explican las acciones de un individuo, pero sólo los motivos «porque» son accesibles tanto para la persona que actúa como para el sociólogo. Los *motivos para* constituyen las razones por las que un actor emprende ciertas acciones para alcanzar cierto objetivo o producir una ocurrencia futura. Sólo existen si la acción se realiza. Los motivos «para» son «subjetivos». Forman parte de la conciencia profunda, del flujo real de la conciencia, y como tales son inaccesibles tanto para el actor como para el observador científico. Unicamente el actor puede captar retrospectivamente los motivos «para», una vez que la acción ha terminado y se ha (o no) alcanzado el objetivo. La sociología no debe interesarse por los motivos «para» porque son difíciles de estudiar científicamente. Pero sí puede explorar los *motivos porque* u ofrecer una visión retrospectiva de los factores pasados (por ejemplo, los antecedentes personales, la psique individual, el entorno) que son la causa de una conducta individual. Como los motivos «porque» son «objetivos», pueden estudiarse retrospectivamente recurriendo a métodos científicos. Debido a que las acciones ya han ocurrido, las razones que las explican son accesibles tanto para el actor como para el científico social. Sin embargo, ni otros actores ni otros científicos sociales pueden conocer plenamente los motivos de los demás, ni siquiera los motivos «porque». Tanto los actores como los científicos deben darse por satisfechos con ser capaces de analizar los motivos típicos.

A pesar de que los motivos «para» son más accesibles al científico social que los motivos «porque», Schutz se sintió ligeramente más inclinado a estudiar los motivos «porque». Aquella preocupación suponía un regreso al interés por la conciencia, y Schutz, como ya hemos señalado varias veces, se esforzó por orientarse hacia el mundo intersubjetivo. Sin embargo, Schutz estaba convencido de que toda interacción social se basaba en una reciprocidad de motivos: «Los motivos "para" del actor se convertirán en motivos "porque"de su copartícipe y viceversa» (1976a: 12).

Schutz encuadra sus conceptos sociológicos mas básicos en la conciencia. La *acción*, por ejemplo, constituye una «conducta humana proyectada por el actor de manera autoconsciente» (Natanson, 1973: xxxiv), la «conducta ideada por el actor con anterioridad» (Schutz, 1973: 19). Y más explícitamente, Natanson señala: «En cada caso, el rasgo fundamental de la acción es el hecho de ser proyectada y estar dotada de propósito. La acción se origina en la *conciencia* del actor.» (1973: xxxiv; cursivas añadidas). La *acción social* es la «acción que implica las actitudes y las acciones de otros y está orientada hacia ellos en el transcurso de la acción» (Schutz, 1976a: 13).

Es preciso señalar algo importante acerca de los pensamientos de Schutz sobre la conciencia. Schutz ve en la conciencia la existencia de una ansiedad fundamental humana que yace en la base de su mundo intersubjetivo:

> ...sé que moriré y temo morir. Sugerimos llamar a esta experiencia básica la *ansiedad fundamental*, la anticipación primordial de la cual derivan todas las otras. De la ansiedad fundamental surgen los muchos sistemas interrelacionados de esperanzas y temores, deseos, satisfacciones, probabilidades y riesgos que incitan al hombre en actitud natural a tratar de dominar el mundo, a superar obstáculos, a esbozar y cumplir proyectos.
>
> (Schutz, 1973: 228)

## La construcción social de la realidad

En *La construcción social de la realidad* (1967), Peter Berger y Thomas Luckmann se esforzaron por extender los intereses de la sociología fenomenológica a las estructuras y las instituciones sociales. Los autores intentaron también integrar el individuo y los niveles societales. Analizaremos aquí su obra y también podremos apreciar hasta qué punto lograron alcanzar su objetivos.

Este libro de Berger y Luckmann constituye una de las obras más leídas e influyentes de la sociología contemporánea. Uno de sus principales atractivos es que traduce la fenomenología de Alfred Schutz, a veces arcaica, a los términos de la corriente principal de la teoría sociológica. Otro de los objetivos de Berger y Luckmann era ampliar la obra de Schutz, reforzarla con la psicología social de Mead y complementar la obra de Schutz y Mead con la de Marx y Durkheim sobre la sociedad y la cultura. Intentaron integrar la obra de Weber sobre la acción social con las reflexiones de Durkheim sobre los hechos sociales como realidades externas. En su esfuerzo por vincular estos pensadores, Berger y Luckmann especificaron que su objetivo era estudiar con una perspectiva integradora el «carácter dual de la sociedad en términos de facticidad objetiva *y* significado subjetivo» (1967: 18). Más explícita, si cabe, es la siguiente cita, que nos sugiere la naturaleza de un enfoque sobre la realidad social que integra la preocupación por los fenómenos macro y el interés por los micro: *«La sociedad es un producto humano. La sociedad es una realidad objetiva. El hombre es un producto social»* (Berger y Luckmann, 1967: 61). En otras palabras, las personas son los productos de una sociedad que ellas mismas crean.

El subtítulo del libro, *Tratado de sociología del conocimiento*, nos da la clave de su análisis. Su concepción de la sociología del conocimiento es extraordinaria. Para ellos, ésta se ocupa de la construcción social de la realidad. Dando forma a estas ideas, su meta era alejar la sociología del conocimiento del estudio de la historia intelectual y acercarla a la construcción cotidiana de la realidad, al proceso de la producción cotidiana del conocimiento en el que todos estamos implicados. Sin embargo, a pesar de su intención manifiesta de analizar los fenómenos macro y micro, y de comprometerse con el análisis de la obra

de pensadores como Marx y Durkheim, expresaron escasas idas acerca de la objetividad, especialmente de las grandes estructuras sociales, aun cuando el capítulo mas extenso de su libro se denomine «La sociedad como realidad objetiva».

**La vida cotidiana.** El análisis de Berger y Luckmann comienza en el nivel individual con el estudio de la realidad de la vida cotidiana, el mundo del sentido común. Para llevarlo a cabo se basaron casi exclusivamente en la obra de Alfred Schutz.

A Berger y Luckmann les interesaba especialmente la tendencia fenomenológica de las personas a considerar los procesos subjetivos como realidades objetivas. En su opinión, las personas solían aprehender la vida cotidiana como una realidad ordenada; es decir, el actor percibe la realidad social como independiente de su propia aprehensión. A sus ojos aparece ya objetivada y como algo que se le impone. Un elemento crucial de esta tendencia hacia la objetivación es el lenguaje, que «proporciona continuamente [a las personas] las objetivaciones indispensables y dispone el orden dentro del cual éstas adquieren sentido y dentro del cual la vida cotidiana tiene significado [para las personas]» (Berger y Luckmann, 1967: 23). No ponemos en duda la realidad de la vida cotidiana, y si no lo hacemos es porque vivimos cómodamente en ella. La fuerza del análisis de Berger y Luckmann procede de su perspectiva del mundo social como producto cultural de los procesos conscientes.

El análisis de la interacción cara a cara de Berger y Luckmann es satisfactorio, pero añade poco al trabajo de Schutz. En su descripción de las interacciones cara a cara, a las que, siguiendo a Schutz, denominaron *relaciones-nosotros*, Berger y Luckmann subrayaron que estas relaciones implican un intercambio inmediato de significados. En las relaciones-nosotros hay un menor grado de tipificación que en las relaciones-ellos (que implican a otros anónimos). En otras palabras, en lugar de relacionarse las personas sobre la base de recetas culturalmente definidas, en las relaciones-nosotros las personas se relacionan unas con otras de una manera más personalizada. Como las relaciones-nosotros están menos dominadas por las tipificaciones, hay más espacio para la negociación entre los actores. A medida que nos alejamos de las relaciones inmediatas cara a cara y nos movemos hacia las relaciones con personas menos íntimas para nosotros o incluso extrañas, hay más espacio para la tipificación y menos para la negociación interpersonal. Dicho de otro modo, nuestras relaciones con otros en las relaciones-ellos pasan a ser progresivamente más impersonales y estereotipadas. La importancia de las tipificaciones (y las recetas) para Berger y Luckmann se refleja en su definición de las estructuras sociales, una definición que no está en la línea de una perspectiva objetiva de estas estructuras. Definen las *estructuras sociales* como «la suma total de estas tipificaciones y de las pautas recurrentes de interacción establecidas por intermedio de ellas» (Berger y Luckmann, 1967: 33).

Al igual que la mayoría de los fenomenólogos, Berger y Luckmann asignaron una gran importancia al lenguaje, especialmente debido a su conexión con

el proceso de la tipificación. Los autores consideraban el lenguaje como una forma específica del proceso de la «significación», un subtipo de objetivación que se distingue por su propósito manifiesto de representar una amplia serie de significados subjetivos. El lenguaje es un sistema de símbolos vocales, el sistema de símbolos más importante de la sociedad. La importancia del lenguaje se debe a que puede desvincularse del aquí y ahora, de la interacción cara a cara y es capaz de comunicar significados que no son expresiones inmediatas de subjetividad. El lenguaje también nos permite conocer cosas que nunca hemos experimentado y probablemente jamás experimentaremos. También contribuye a acumular significados y conocimiento que puede transmitirse a generaciones futuras. En este y otros sentidos, el lenguaje constituye en el sistema de Berger y Luckmann la estructura social de mayor importancia: «El lenguaje se me presenta como una facticidad externa a mí mismo y su efecto sobre mí es coercitivo» (1967: 38). En lo tocante a esta cuestión ambos autores adoptaron conscientemente una postura durkheimiana sobre el lenguaje como hecho social externo y coercitivo. Sin embargo es esta una excepción de su tendencia general a prestar escasa atención a las estructuras sociales o a los componentes objetivos de la sociedad.

**Componentes objetivos de la sociedad.** A pesar de su satisfactorio análisis del lenguaje, el punto más flaco del sistema de Berger y Luckmann es su estudio de los componentes objetivos de la sociedad. Por ejemplo, definen las estructuras sociales como poco más que pautas recurrentes de acción. En el capítulo titulado «La sociedad como realidad objetiva», se centran en el proceso por el que ese mundo se produce tal y como es y por la *percepción* de su objetividad. Tienen la precaución de recordar a los lectores que esta percepción, así como toda realidad objetiva, está «realmente» ahí fuera y es producida por las personas.

**Institucionalización.** Bajo este proceso por el que se construye el sentido de la realidad social se encuentra el hecho de externalización que llevan a cabo las personas; es decir, deben producir lo que necesitan para sobrevivir. En este proceso de externalización las personas suelen desarrollar pautas habituales de acción e interacción en situaciones recurrentes. La vida sería imposible sin la existencia de hábitos. Sería sumamente difícil decidir una acción apropiada para cada nueva situación.

Las acciones habituales son la base para el desarrollo de la institucionalización. Esto sucede cuando las personas desarrollan tipificaciones de la posible acción de los otros en una situación dada. Berger y Luckmann definen una *institución* como una suerte de proceso recíproco de tipificación. Esta concepción microscópica de la institución difiere considerablemente de la mayoría de las concepciones sociológicas de institución. Si bien para Berger y Luckmann las instituciones no constituyen fenómenos macro, son, sin embargo, externas y coercitivas. Berger y Luckmann afirman que las instituciones «*controlan* el

comportamiento humano estableciendo pautas de conducta definidas de antemano» (1967: 55)

El transcurso de la historia permite a estas instituciones adquirir objetividad. Sin embargo, Berger y Luckmann también reflexionan sobre ellas desde un punto de vista subjetivo:

> Esto significa que las instituciones que ahora han cristalizado... se *experimentan* como existentes por encima y más allá de los individuos a quienes «acaece» encarnarlas en ese momento. En otras palabras, las instituciones se *experimentan* ahora como si poseyeran una realidad propia, que se presenta al individuo como un hecho externo y coercitivo.
>
> (Berger y Luckmann, 1967: 58; cursivas añadidas)

Al acentuar la *experiencia* de las instituciones, Berger y Luckmann subrayan claramente sus aspectos subjetivos más que su realidad externa, aun cuando supuestamente están analizando realidades externas.

Los niños perciben el mundo institucional como una realidad objetiva; es decir, para ellos estaba allí antes de que nacieran y seguirá estando allí después de su muerte. A medida que los individuos maduran aprehenden sus biografías como episodios que forman parte de la historia objetiva de la sociedad.

Las diversas instituciones de la sociedad tienden a «estar unidas», pero para Berger y Luckmann ello no se debe a sus cualidades objetivas, sino a la tendencia de las personas a percibirlas de este modo. En otras palabras, lo más importante es el conocimiento de la sociedad que tienen las personas. Así, la sociología debe centrarse en el modo en que las personas reconstruyen su conocimiento de la realidad social; no sólo debe centrarse en la producción histórica del mundo, sino también en la creación continua de ese mundo sobre la base de la cotidianeidad.

**Roles.** La definición de Berger y Luckmann de los *roles* es característica de su concepción de la realidad social objetiva. Para ellos, los roles son tipificaciones de lo que se espera de los actores en determinadas situaciones sociales. Los roles no deben confundirse con las posiciones objetivas, como sucede en la obra de muchos pensadores. Berger y Luckmann atribuyeron particular importancia al rol porque constituye una mediación o vínculo entre los mundos macro y micro. En opinión de Berger y Luckmann, sirve para mediar *sólo* entre cultura y conciencia: «El análisis de "roles" tiene particular importancia para la sociología del conocimiento porque revela las mediaciones entre los *universos macroscópicos de significado*, que están objetivados en una sociedad, y las maneras como estos universos cobran *realidad subjetiva* para los individuos» (1967: 79; cursivas añadidas).

**Reificación.** La reificación constituye una importante herramienta para analizar de una manera integral el mundo social, pero Berger y Luckmann limita-

ron su utilidad debido al modo en que utilizaron el término. Definían la *reificación* sólo como un fenómeno subjetivo: «La aprehensión de fenómenos humanos como si fueran cosas, vale decir, en términos no humanos o posiblemente supra-humanos» (Berger y Luckmann, 1967: 89). La reificación es la tendencia a *percibir* los productos humanos como si fueran algo distinto, «como hechos de la naturaleza, como resultados de leyes cósmicas, o manifestaciones de la voluntad divina» (Berger y Luckmann, 1967: 89). En otras palabras, las personas pierden de vista la relación dialéctica entre ellas y sus productos. Las personas pueden objetivar fenómenos sociales sin reificarlos; es decir, pueden producir objetos y concebir el mundo en términos objetivos, sin olvidar que son las personas las que los producen. Sin embargo, Berger y Luckmann no se ocuparon de los demás aspectos de la reificación, es decir, del grado en que la sociedad llega, como resultado de los procesos subjetivos que ellos describen, a adquirir objetivamente una vida propia.

**Legitimaciones.** El análisis exhaustivo de Berger y Luckmann de las *legitimaciones*, las explicaciones y justificaciones del sistema institucional, nos revela también su tendencia a ignorar las estructuras objetivas en el sentido del término que se utiliza comunmente en sociología. De nuevo, en lugar de analizar las estructuras objetivas en sí, Berger y Luckmann se centraron en el conocimiento que se utiliza para apoyar su existencia: «La legitimación "explica" el orden institucional atribuyendo validez cognoscitiva a sus significados objetivados. La legitimación justifica el orden institucional adjudicando dignidad normativa a sus imperativos prácticos» (1967: 83). No se centran en las propias estructuras legitimadas sino en los medios por los que se legitiman.

**Críticas.** En el capítulo sobre la sociedad como realidad objetiva Berger y Luckmann analizan los fenómenos subjetivos y en el siguiente dedicado a la sociedad como realidad subjetiva estudian el proceso de socialización: el proceso por el que los fenómenos culturales se transmiten a la conciencia y se internalizan en ella. Este capítulo nos ofrece pocas ideas nuevas que añadir a las ya básicas sobre la socialización.

Berger y Luckmann nos ofrecieron una descripción puramente subjetiva del mundo social. Sin embargo, quizás no sea esta una crítica justa, porque manifestaron con claridad que su intención era presentar una sociología del conocimiento. Además, casi al final del libro Berger y Luckmann reconocieron la necesidad de una sociología estructural que complementara su orientación subjetiva (1967: 186). La crítica que sí puede hacérseles es que prometieron más de lo que ofrecieron. No hicieron el esfuerzo de integrar las ideas de Freud, Mead y Weber sobre la acción social con las de Marx y Durkheim sobre las estructuras sociales. Aunque su enunciado fundamental era harto prometedor: *«La sociedad es un producto humano. La sociedad es una realidad objetiva. El hombre es un producto social»* (Berger y Luckmann, 1967: 61), no produjeron ninguna concepción de la sociedad como realidad objetiva; a resultas de lo cual, su dia-

léctica pierde buena parte de su importancia. Un análisis semejante resulta en las manos de Marx mucho más poderoso debido a su clara concepción del poder de las grandes estructuras del mundo social y de las dificultades que entraña derrocar esas estructuras. Berger y Luckmann estaban en lo cierto cuando declararon que necesitaban la sociología de Marx, pero desafortunadamente no la utilizaron.

A pesar del las severas críticas que hemos expresado en este apartado, Berger y Luckmann merecen ser alabados por su esfuerzo por extender la fenomenología más allá de su enfoque tradicional sobre la conciencia. Su incapacidad para analizar satisfactoriamente las estructuras sociales, aun cuando manifestaron su deseo de hacerlo, no significa que la sociología fenomenológica *sea incapaz* de integrar la preocupación por la estructura social en este enfoque, pero lo que sí nos sugiere es que se trata de una tarea muy difícil. La sociología fenomenológica *puede* ser capaz de analizar las grandes estructuras sociales, pero eso es algo que está por demostrar. Su fuerza aún reside en su concepción de la conciencia y su relación con la acción y la interacción, así como en el estudio de la cultura y de sus efectos constrictivos sobre los actores.

## ETNOMETODOLOGIA

De acuerdo con sus raíces griegas, el término *etnometodología* se refiere literalmente a los métodos que las personas utilizan cotidianamente para vivir una vida cotidiana satisfactoria. En otras palabras, el mundo social se contempla como una realización práctica en curso. Se considera que las personas son racionales, pero usan un «razonamiento práctico» para vivir su vida cotidiana. La etnometodología se centra en lo que *hace* la gente, mientras la sociología fenomenológica se ocupa de lo que piensa la gente.

### Definición de la etnometodología

Sin embargo, aunque los etnometodólogos se centran en la acción, la conciben en tanto implica y entraña un actor reflexivo; la etnometodología no niega la existencia de los procesos mentales[3]. Los etnometodólogos critican algunas teorías sociológicas (por ejemplo, el funcionalismo estructural y el marxismo estructural) que consideran al actor como un «imbécil desprovisto de juicio». Aunque los etnometodólogos se niegan a tratar a los actores como idiotas desprovistos de juicio, no creen que las personas sean «reflexivas, autoconscientes y calculadoras hasta un punto ilimitado» (Heritage, 1984: 118). Antes bien, reconocen, de acuerdo con Schutz, que la acción suele ser más bien rutinaria y relativamente irreflexiva.

[3] Sin embargo, como veremos al final de este apartado, algunos críticos han señalado que la etnometodología ignora al actor reflexivo.

Una vez expresados estos comentarios a modo de introducción, repetimos la definición que ofrecimos en el Capítulo 2: la etnometodología es el estudio del «cuerpo de conocimiento de sentido común y de la gama de procedimientos y consideraciones [métodos] por medio de los cuales los miembros corrientes de la sociedad dan sentido a las circunstancias en las que se encuentran, hallan el camino a seguir en esas circunstancias y actúan en consecuencia» (Heritage, 1984: 4).

Comprenderemos mejor la esencia de la *etnometodología* si nos detenemos en la definición ofrecida recientemente por Garfinkel (1988: 103). Primero, igual que Durkheim, Garfinkel cree que los «hechos sociales» constituyen el fenómeno sociológico fundamental. Sin embargo, los hechos sociales de Garfinkel difieren considerablemente de los de Durkheim. Para Durkheim, los hechos sociales son externos y coercitivos para los individuos. Los que adoptan semejante enfoque tienden a considerar a los actores como constreñidos o determinados por las estructuras y las instituciones sociales y apenas capaces de ejercer su juicio de manera independiente. En mis propios términos (véase el Apéndice), los hechos sociales constituyen fenómenos macroobjetivos, mientras en el de Garfinkel son microobjetivos. Es decir, Garfinkel, igual que Durkheim, considera los hechos sociales como fenómenos objetivos, pero a diferencia de él, cree que existen en el nivel micro. En esta misma línea, Heritage señala que la etnometodología se centra en «los niveles molecular y submolecular de la estructura social» (1984: 311). Dicho de otro modo, la etnometodología se ocupa de la organización de la vida cotidiana o, en términos de Garfinkel, de la «sociedad inmortal y corriente» (1988: 104). Pollner hace referencia a «la organización extraordinaria de lo ordinario» (1987: xvii). Siguiendo con la definición de Garfinkel, esta organización se «produce local y endógenamente» y está «naturalmente organizada».

Desde el punto de vista de Maynard y Clayman (en prensa), Garfinkel buscó una vía de acceso nueva a las preocupaciones tradicionales de la sociología: la realidad objetiva de los hechos sociales. Pero en lugar de concebir los hechos sociales como externos y coercitivos, Garfinkel los ve como el resultado del esfuerzo concertado de las personas en su vida cotidiana. En su análisis de este esfuerzo concertado, Garfinkel dista de interesarse focalmente por los procesos cognitivos necesarios para que aquél se produzca, y se preocupa por los «procedimientos», los «métodos» y «las prácticas» que utilizan las personas. Y de acuerdo con la definición de Garfinkel, el orden social es un «logro práctico constante».

Varios aspectos de la definición de Garfinkel se orientan a la idea de que el uso de estos procedimientos prácticos es universal e ineludible, es decir, que constituyen «en todas partes, siempre, única, precisamente y por entero el esfuerzo de los miembros, sin interrupción ni posibilidad alguna de eludirlos, ocultarlos, ignorarlos, posponerlos o negociarlos» (1988: 103). Las personas no pueden evitar el uso de etnométodos en su vida cotidiana.

Finalmente, Garfinkel cree que estos etnométodos son «reflexivamente explicables». Para comprender lo que quería decir Garfinkel es preciso analizar

dos conceptos clave de la etnometodología: la reflexividad y las explicaciones. Por *reflexividad* los etnometodólogos entienden el proceso en el que estamos todos implicados para crear la realidad social mediante nuestros pensamientos y nuestras acciones. Sin embargo, raramente somos conscientes de este proceso porque, por lo general, nos lo ocultamos a nosotros mismos. Cuando saludamos a alguien y ese alguien nos devuelve el saludo, no somos conscientes del esfuerzo reflexivo que estamos realizando. Pero cuando la otra persona frunce el entrecejo y pasa de largo sin devolver el saludo, nos percatamos de que estamos intentando crear cierta realidad con nuestras acciones sin lograrlo. En este momento puede que intentemos reafirmar el mundo de los saludos que conocemos y que nos esforcemos por explicar la respuesta inadecuada de la persona saludada («No me habrá oído» o «no se sentía bien»).

El orden de la sociedad se deriva, al menos parcialmente, de la reflexividad de las personas. Es decir, los etnometodólogos rechazan la idea de que el orden se deriva meramente de la conformidad a las normas. Es la conciencia del actor de sus opciones, así como su capacidad de anticipar cómo van a reaccionar los otros a lo que ellos dicen y hacen, lo que dispone el orden en el mundo cotidiano.

Las *explicaciones* suponen un esfuerzo de los actores que incluye procesos tales como la descripción, la crítica y la idealización de situaciones específicas (Bittner, 1973). La *explicación* es el proceso por el que las personas dan sentido al mundo. Los etnometodólogos prestan mucha atención al análisis de las explicaciones de las personas, así como de los modos en que las personas ofrecen y aceptan (o rechazan) las explicaciones. Esto explica su enorme interés por el análisis conversacional. Por ejemplo, cuando un estudiante explica a su profesor por qué no pudo hacer el examen, le está ofreciendo una explicación. El estudiante se esfuerza por explicarle lo ocurrido. Los etnometodólogos se interesan por la naturaleza de esa explicación, pero en términos más generales se preocupan por las *prácticas explicativas* (Sharrock y Anderson, 1986) de las que se sirven estudiante y profesor para ofrecer y aceptar o rechazar la explicación. En su análisis de las explicaciones, los etnometodólogos adoptan una postura de «indiferencia etnometodológica». Es decir, no juzgan la naturaleza de las explicaciones, sino que las analizan en función de cómo se usan en la acción práctica. Les preocupan las explicaciones así como los métodos necesarios que utilizan emisor y receptor para emitir, comprender y aceptar o rechazar las explicaciones.

En su desarrollo de la idea de las explicaciones los etnometodólogos suelen esmerarse en subrayar que los sociólogos, como todo el mundo, ofrecen explicaciones. Por eso, los estudios sociológicos pueden ser considerados también como explicaciones y, desde el punto de vista de los etnometodólogos, son susceptibles de ser analizados como una explicación más. Esta idea contribuye al desencanto de la obra de los sociólogos y, de hecho, de todos los científicos. Una buena parte de la sociología (y de todas las ciencias) implica interpretaciones de sentido común. Los etnometodólogos pueden estudiar las explicaciones de los sociólogos del mismo modo que estudian las explicaciones de los profa-

nos en la materia. Así, las prácticas cotidianas de los sociólogos y de todos los científicos son susceptibles de caer bajo el escrutinio de los etnometodólogos.

Hemos logrado ahora una mejor comprensión de lo que Garfinkel quería decir al referirse a métodos cotidianos *reflexivamente explicables*. Las personas son capaces de reflexionar sobre las cosas que hacen y, por tanto, son capaces de explicar a los otros sus acciones. Es la reflexividad conjunta, así como la oferta y la aceptación de las explicaciones, lo que explica parcialmente el orden de la vida cotidiana.

Como nos encontramos definiendo términos centrales de la etnometodología, es preciso explicar algunos otros para ayudar al estudiante a obtener una mejor comprensión de la etnometodología.

La *indexicalidad* es un concepto derivado de la lingüística, donde significa que las proposiciones tienen significados que difieren en función del contexto: «"Llueve" puede tener diferentes significados: durante un almuerzo campestre ansiado hacía tiempo, al final de una temporada de sequía, cuando los ríos se están desbordando, o cuando estamos conduciendo un auto y está a punto de helar» (Handel, 1982: 41). En el desarrollo de esta idea, los etnometodólogos adoptan el punto de vista de que todas las explicaciones —de hecho, todas las expresiones y las acciones prácticas— deben interpretarse dentro de su contexto particular. Esto implica que los etnometodólogos han de cuidarse de imponer su visión de la realidad a los actores. En cambio, sí deben intentar ponerse en el lugar del actor con el fin de comprender lo que está diciendo y haciendo.

Tanto los sociólogos como los profanos en la materia usan el *método documental*, que implica el esfuerzo por identificar «un *patrón subyacente* tras una serie de apariencias tales que se considere que cada apariencia se refiere al patrón subyacente, es una expresión o un documento de él» (Wilson, 1970: 68; cursivas añadidas; véase también Heritage, 1984: 84). Ni el sociólogo ni el profano pueden sentirse satisfechos con el análisis de acontecimientos aislados; ambos sienten la necesidad de descubrir el patrón subyacente en el que encaja el evento. El método documental permite a los profanos comprender mejor lo que está sucediendo y orientar más convenientemente sus acciones. Cuando interactuamos con otras personas confiamos en que éstas interpretan lo que decimos y hacemos con el mismo patrón documental del que nos servimos nosotros. Si comprobamos que no es así, algo que no suele suceder, se acaba la interacción. Al sociólogo el método documental le permite comprender más profundamente lo que sucede en el mundo social.

A fin de vivir su vida cotidiana, las personas aplican el *principio etcétera*. De acuerdo con este principio, todas la situaciones implican aspectos incompletos que los participantes deben rellenar para que la situación prosiga. Vivimos nuestra vida cotidiana a pesar de toparnos constantemente con toda suerte de vacíos y ambigüedades. Para salvar estos obstáculos admitimos situaciones borrosas e información oscura sin cuestionarlas, esperando que más tarde se clarificarán. La vida social sería imposible si esperáramos una claridad total en todo momento. En el curso de la acción esperamos que nos llegue la requerida infor-

mación o la buscamos activamente con fin de clarificar la situación y comprender mejor lo que está sucediendo. La vida social es posible debido a que las personas aceptan el principio «etcétera» y están dispuestas a seguir ante la ambigüedad con la esperanza de que las cosas se clarificarán más tarde.

Finalmente, los etnometodólogos asignan mucha importancia al *lenguaje natural*, el sistema de prácticas que permite a las personas hablar, escuchar y presenciar la producción y la realización objetiva de la vida social. El lenguaje natural no se compone de los elementos lingüísticos que utilizamos para comunicarnos, sino más bien es el conjunto de elementos no lingüísticos de la comunicación interpersonal. Implica cosas tales como la necesidad de turnarnos para conversar y de superar las interrupciones en una conversación. En última instancia, implica una preocupación por la estructura básica de la interacción entre el hablante y el oyente. Como apreciaremos enseguida, esta es la preocupación central de una rama de la etnometodología que se conoce por *análisis conversacional*.

## Diversificación de la etnometodología

La etnometodología la «inventó» Garfinkel a finales de los años cuarenta, pero apareció sistematizada por vez primera en la publicación en 1967 de su *Studies in Ethnomethodology*. Con los años, la etnometodología cobró importancia y se desarrolló en varias direcciones diferentes. Esto llevó a Don Zimmerman a concluir en 1978 que ya no había una única etnometodología, sino diversas variantes de ella. Como Zimmerman señaló, la etnometodología «abarca una serie de líneas de investigación más o menos diferentes y, en algunos casos, incompatibles» (1978: 6). Una década más tarde, Paul Atkinson (1988) subrayó la falta de coherencia de la etnometodología y llegó a afirmar que algunos etnometodólogos había ido demasiado lejos desde las premisas fundamentales del enfoque. Así, aunque constituye un tipo de teoría sociológica llena de vitalidad, en los últimos años la etnometodologia ha experimentado «dificultades de desarrollo» cada vez mayores.

Maynard y Clayman (en prensa) describen una serie de variantes de trabajo etenometodológico, pero desde nuestro punto de vista dos de ellas son las más importantes [4]. La primera hacen referencia a los *estudios* etnometodológicos de *ambientes institucionales*. Los primeros estudios etnometodólogicos que realizó Garfinkel y sus colegas (que analizaremos más adelante bajo el encabeza-

[4] Otro cuerpo de esfuerzo etnometodológico se ocupa del *estudio del trabajo*, particularmente en campos científicos tales como las matemáticas, la astronomía, la biología y la óptica (por ejemplo, Lynch, 1985). Junto con el resto de los esfuerzos etnometodológicos, los estudios de este tipo se concentran en los procedimientos de sentido común, en el razonamiento práctico que han empleado los científicos incluso en los descrubrimientos de mayor importancia en la historia de las matemáticas y la ciencia. El foco de atención es el trabajo de los científicos y las conversaciones que mantienen. Los etnometodólogos se preocupan por las prácticas que emplean los científicos diariamente.

miento «Experimentos de ruptura») se centraron en ambientes no institucionalizados y corrientes tales como el hogar. Más tarde, se produjo un movimiento hacia el estudio de las prácticas cotidianas en una amplia variedad de ambientes institucionales: los juzgados, las clínicas médicas y los departamentos de policía. El objetivo de estos estudios era comprender el modo en que las personas realizan sus tareas oficiales en estos lugares y el modo en que, al realizarlas, crean la institución a la que pertenecen.

Los estudios sociológicos convencionales sobre esos ambientes institucionales se centran en su estructura, sus normas formales y sus procedimientos oficiales para explicar lo que hacen las personas en esos lugares. Para los etnometodólogos tales constreñimientos externos son inadecuados para explicar lo que realmente sucede en esas instituciones. Las personas no están determinadas por estas fuerzas externas; antes bien, las usan para realizar sus tareas y para crear la institución de la que forman parte. Las personas emplean sus procedimientos prácticos no sólo para vivir su vida cotidiana, sino también para manufacturar los productos de la institución. Por ejemplo, la tasa de delitos registrada por la policía no se debe exclusivamente a que los funcionarios de policía cumplan rigurosamente las normas definidas para su producción. Antes bien, los oficiales utilizan una serie de procedimientos de sentido común para decidir, por ejemplo, si las víctimas deben ser calificadas de homicidas. Así, tales tasas se basan en el esfuerzo interpretativo de los profesionales y por tanto hay que ser muy cuidadoso a la hora de interpretar las estadísticas oficiales.

La segunda y más importante variante de la etnometodología es el *análisis conversacional*. Su objetivo es «el análisis minucioso y la comprensión de las estructuras fundamentales de la interacción conversacional» (Zimmerman, 1988: 429). La *conversación* se define en términos de los elementos básicos de la perspectiva etnometodológica: «La conversación constituye una *actividad interactiva* que exhibe propiedades *estables y ordenadas* que constituyen *logros* analizables de los conversadores» (Zimmerman, 1988: 406; cursivas añadidas). Si bien existen reglas y procedimientos de las conversaciones, éstas no determinan lo que se dice, sino que más bien se usan para «llevar a cabo» una conversación. El análisis de la conversación se centra en los constreñimientos sobre lo que se dice, que son internos a la misma conversación y no fuerzas externas que la constriñen. Se considera que las conversaciones están interna y secuencialmente ordenadas.

Zimmerman detalla cinco principios básicos que ha de seguir el análisis de la conversación. Primero, el análisis conversacional requiere la recolección y el análisis de unos datos sumamente detallados sobre las conversaciones. Estos datos incluyen no sólo palabras, sino también «vacilaciones, interrupciones, vueltas a empezar, silencios, sonidos respiratorios, aclaraciones de garganta, resuellos, risas y sonidos similares a la risa, prosodias, etc. , y por supuesto, conductas «no verbales» grabadas en cintas de video que generalmente se encuentran integradas con el flujo de actividad captado en las cintas de audio» (Zimmerman, 1988: 413). Todas estas cosas forman parte de la mayoria de las

conversaciones, y han de ser consideradas como recursos metódicos que utilizan los actores para llevar a cabo una conversación.

Segundo, en todos los detalles mínimos de una conversación puede presumirse que hay una realización ordenada. Estos pequeños aspectos de la conversación son ordenados por el etnometodólogo, pero, antes que nada, están previamente «ordenados mediante las actividades metodológicas de los propios actores sociales» (Zimmerman, 1988: 415).

Tercero, la interacción en general, y la conversación en particular, tienen propiedades estables y ordenadas que constituyen realizaciones de los actores implicados. Al analizar las conversaciones los etnometodólogos lo hacen como si fueran autónomas, separables de los procesos cognitivos de los actores así como del contexto general en el que se producen.

Cuarto, «el marco fundamental de las conversaciones es la organización secuencial» (Zimmerman, 1988: 422). Finalmente, y en relación con este último punto, «el transcurso de la interacción conversacional se produce por turnos o sobre una base local» (Zimmerman, 1988: 423). Aquí Zimmerman recuerda la distinción de Heritage (1984) entre las conversaciones «configuradas por el contexto» y las «renovadoras del contexto». Las conversaciones se configuran de acuerdo con el contexto cuando lo que se dice en un momento determinado está en función del contexto secuencial precedente de la conversación. Las conversaciones configuran y renuevan el contexto cuando lo que se está diciendo en el turno presente se convierte en parte del contexto del siguiente turno.

En términos metodológicos los analistas conversacionales estudian conversaciones en situaciones que ocurren naturalmente, y para ello suelen utilizar cintas de vídeo y audio. Este método permite que la información proceda directamente del mundo cotidiano en lugar de imponerla el investigador. El investigador puede examinar y reexaminar cada detalle de una conversación real en lugar de confiar en sus notas. Esta técnica también permite al investigador hacer análisis muy minuciosos de las conversaciones.

El análisis conversacional se basa en el supuesto de que las conversaciones constituyen el pilar fundamental de otras formas de relaciones interpersonales. Constituyen la forma de interacción más generalizada: una conversación «contiene la matriz más completa de prácticas y procedimientos comunicativos socialmente organizados» (Heritage y Atkinson, 1984: 13).

En estas últimas páginas hemos intentado ofrecer una definición general de la etnometodología. Sin embargo, el hecho es que el núcleo de la etnometodologia no se encuentra en sus enunciados teóricos sino en sus estudios empíricos. Sus teorías se derivan de estos estudios. De manera que analizaremos ahora algunos de estos estudios para que el lector perciba mejor qué es la etnometodología.

## Ejemplos de etnometodología

**Experimentos de ruptura.** Comenzaremos con algunos de los primeros métodos de investigación que le proporcionaron a la etnometodología su reputa-

ción original. Aunque hoy en día estos primeros métodos apenas se utilizan, nos ofrecen información acerca de la naturaleza de la investigación etnometodológica.

En los experimentos de ruptura se viola la realidad social con el fin de arrojar luz sobre los métodos que utilizan las personas para construir la realidad social. El supuesto subyacente a este tipo de investigación no es sólo que la producción metódica de la vida social sea constante, sino también que los participantes no son conscientes de que realizan tales acciones. El objetivo de los experimentos de ruptura es interrumpir los procedimientos normales de manera que pueda observarse y estudiarse el proceso por el que se construye o reconstruye el mundo cotidiano. En su obra, Garfinkel (1967) ofreció algunos ejemplos de experimentos de ruptura, y una buena parte de ellos los realizaron sus alumnos en lugares corrientes para ilustrar los principios básicos de la etnometodología. Estudiemos uno de estos ejemplos.

Garfinkel pidió a sus alumnos que pasaran entre quince minutos y una hora en sus casas imaginando que eran huéspedes y actuando como si lo fueran. «Les dije que se comportaran de una manera circunspecta y educada. Debían evitar el contacto personal, y les aconsejé que se dirigieran a sus miembros de una manera formal y que hablaran sólo cuando les hablaran» (Garfinkel, 1967: 47). En la inmensa mayoría de los casos los miembros de la familia se pasmaban ante su comportamiento: «Sus trabajos estaban llenos de descripciones de asombro, desconcierto, sorpresa, ansiedad, incomodidad, indignación y de insultos por parte de varios miembros de la familia que calificaban al estudiante de mezquino, desconsiderado, egoísta, desagradable o maleducado» (Garfinkel, 1967: 47). Estas reacciones revelan la importancia que tiene el que las personas actúen de acuerdo con los supuestos de sentido común acerca del modo en que supuestamente deben comportarse.

Lo que más interesaba a Garfinkel era el modo en que los miembros de la familia tanteaban maneras de sentido común para salvar tal ruptura. Pedían a los estudiantes que explicaran su conducta. Sus preguntas solían sugerir la demanda de una explicación de su aberrante comportamiento:

> «¿Te has enfadado?»
> «¿Te encuentras mal?»
> «¿Te has vuelto loco o es que eres tonto?»
>
> (Garfinkel, 1967: 47)

Los miembros de la familia también se esforzaban por explicarse las conductas en términos de motivos previamente comprendidos. Por ejemplo, pensaron que uno de ellos se comportaba así porque trabajaba mucho y muy duro o porque se había enfadado con su novia. Estas explicaciones son importantes para los participantes —en este caso, para los demás miembros de la familia— porque les ayudan a sentir que en circunstancias normales la interacción sería como siempre había sido.

Si el estudiante no reconocía la validez de estas explicaciones, los miembros de la familia solían retirarse y aislarle, denunciarle o emprender represalias contra él. Al rechazar el estudiante el esfuerzo por restaurar el orden mediante explicaciones se desencadenan emociones intensas. En este momento los demás miembros de la familia sienten la necesidad de proferir frases y realizar acciones más duras para restaurar el equilibrio:

> «¡No te preocupes por él!, está otra vez de mal humor.
> «¿Porqué siempre tienes que ser tú el que rompa nuestra armonía familiar?»
> «¡No quiero volver a *verte* con esa *actitud* hacia mí y si no puedes tratar a tu madre decentemente, mejor te largas!»
>
> (Garfinkel, 1967: 48)

Al final, los estudiantes explicaron el experimento a sus familias y en la mayoría de los casos se restauró la armonía. Sin embargo, en otros casos persistieron los sentimientos negativos.

Los experimentos de ruptura se realizan para ilustrar el modo en que las personas ordenan su vida cotidiana. Estos experimentos revelan también la fragilidad de la realidad social y de los modos del sentido común con los que las personas intentan comprender y arreglar las rupturas. Se supone que el modo en que las personas manejan estas rupturas nos sugiere ideas sobre la manera en la que viven su vida cotidiana (Handel, 1982). Aunque estos experimentos parecen inocentes, suelen conducir a reacciones altamente emocionales. Estas reacciones extremas reflejan lo importante que es para las personas actuar de una manera rutinaria y congruente con el sentido común. Las reacciones a las rupturas son en ocasiones tan extremas que Hugh Mehan y Houston Wood advirtieron los riesgos que implicaba su uso: «*A los interesados se les ha aconsejado fervientemente que no realicen ningún otro experimento de ruptura*» (1975: 113).

**Realización de género.** Parece indiscutible que el género de una persona —femenino o masculino— tiene una base biológica. Por lo general, se considera a las personas simplemente como individuos que exhiben conductas derivadas de su dotación biológica. No se las suele concebir como individuos que *realizan* su género. En cambio, el atractivo sexual es claramente una realización; las personas han de hablar y actuar de maneras específicas para que se las considere sexualmente atractivas. Se supone que una persona no tiene que hacer o decir *nada* para ser considerada mujer u hombre. La investigación etnometodológica sobre esta cuestión ha llegado a conclusiones harto inusuales.

La perspectiva etnometodológica sobre esta cuestión se expresó por vez primera en una de las demostraciones de Harold Garfinkel, ahora considerada clásica (1967), de la utilidad de su orientación. En los años cincuenta, Garfinkel conoció a una persona llamada Agnes que, sin lugar a dudas, parecía una mujer. Aparte de tener un tipo femenino, éste era virtualmente «perfecto» debido a sus

medidas ideales. Era guapa, tenía buena complexión, llevaba las cejas depiladas, los labios pintados y carecía de vello facial, ¿acaso no era una mujer?; Garfinkel descubrió que Agnes no había sido siempre mujer. De hecho, cuando la conoció, estaba intentando convencer a los funcionarios de que necesitaba una operación en la que le extirparan sus genitales masculinos y le crearan una vagina.

Cuando nació Agnes la definieron como niño y fué un niño hasta que cumplió dieciséis años. A esa edad se percató de que algo iba mal. Se marchó de casa y comenzó a vestirse como una adolescente. Pronto descubrió que vestirse como mujer no era suficiente; tenía que aprender a actuar como una mujer si quería que la aceptasen como tal. Aprendió las prácticas comúnmente aceptadas y llegó a lograr definirse y que la definieran como mujer. La idea más general subyacente a este caso es que no sólo nacemos hombres o mujeres, sino que también debemos aprender y usar rutinariamente las prácticas comunes que nos definen como hombres o mujeres. Solo aprendiéndolas y usándolas llegamos a ser, en sentido sociológico, hombre o mujer.

**«Realización» de un paseo.** Pocos de nosotros nos paramos a reflexionar sobre el conocimiento y los procedimientos de sentido común implicados en el acto de caminar, y menos todavia los hemos sometido a riguroso examen sociológico. Esto es precisamente lo que hicieron A. Lincoln Ryave y James N. Schenkein (1974). No sólo les preocupaba el acto de caminar, sino también la «realización» del paseo. Si bien todos disponemos de prácticas metódicas rutinarias para caminar, en realidad necesitamos usar esas rutinas a la hora de hacerlo. Además, debemos caminar en concierto con las personas que andan con o hacia nosotros; en otras palabras, caminar es una realización concertada de los miembros de la comunidad. Ryave y Schenkein examinaron el paseo no sólo para comprender ese acto específico, sino también para comprender una amplia serie de fenómenos: «Mediante el análisis de este fenómeno común como una realización problemática de los miembros, esperamos comprender mejor los fenómenos sociales como realizaciones situacionales en curso» (1974: 265).

Su fuente de información básica para este estudio consistía en una serie de cintas de vídeo donde aparecían personas caminando. Su preocupación central era el modo en que las personas navegaban por la calle y evitaban las colisiones. Para realizar con éxito una caminata, las partes no sólo deben *reconocer* lo que están haciendo, sino también *producir* una estrategia apropiada para caminar. Este es un sorprendente ejemplo del modo en que los sociólogos etnometodólogos se sirven de una situación mundana para demostrar su carácter problemático.

Abordaremos ahora la cuestión del paseo conjunto. Para caminar juntas, las personas necesitan producir un patrón colectivo. Por ejemplo, deben mantener cierta proximidad entre ellas. Si un participante se adelanta o se atrasa demasiado ha de realizar un «esfuerzo reparador» para restaurar el ritmo del paseo. El individuo puede retrasarse, adelantarse o explicar (en el preciso momento en

que lo hace o posteriormente) por qué no iba al mismo ritmo. Si el participante rehusa emprender una acción reparadora y continúa a un ritmo diferente, su acción se convierte en una seria amenaza para la realidad del paseo conjunto.

El acto del paseo conjunto también hace posible una serie de actividades conjuntas: «Por ejemplo, actividades tales como conversar, estar disponible para seguir una conversación, contactar físicamente con los otros, reír, ofrecer tabaco o caramelos, despedirse, etc. son previsibles por el simple hecho de caminar al mismo ritmo» (Ryave y Schenkein, 1974: 272).

Ryave y Schenkein también consideraron el fenómeno de caminar como una realización social. Por ejemplo, ¿cómo evita el caminante que se produzca un paseo conjunto cuando adelanta a otro caminante en la calle? Las cintas de vídeo de Ryave y Schenkein indican que el individuo cambia de dirección, de ritmo, y de actitud corporal de manera que el momento de la copresencia sea fugaz. De modo similar, nuestra caminata requiere un esfuerzo por evitar cometer transgresiones. Por ejemplo, podria parecer que un individuo «está siguiendo» a otro en la calle. El modo en que una persona se acerca a otra puede parecerle a esta última un gesto amenazador. Para evitar estas transgresiones los caminantes no sólo deben ser conscientes de la posibilidad de que se produzcan, sino que deben ser capaces rápida y efectivamente de hacer esfuerzos para evitar su ocurrencia.

**Conversaciones telefónicas: identificación y reconocimiento.** En este y otros ejemplos volmemos al análisis conversacional. Su meta es analizar los modos dados-por-supuestos en los que se organizan las conversaciones. Los analistas de las conversaciones tratan la relación entre expresiones más que la relación entre hablante y oyente (Sharrock y Anderson, 1986: 68).

Emanuel A. Schegloff (1979) especificó que su análisis de las conversaciones telefónicas formaba parte del esfuerzo general por comprender el carácter ordenado de la interacción social:

> El trabajo que estamos realizando mis colegas y yo se ocupa de la *organización de la interacción social*. El material con el que trabajamos —las cintas audio y vídeo que graban la interacción que *sucede de forma natural*, y las transcripciones de estas cintas— nos sirve para *detectar* y *describir* los fenómenos ordenados que componen la conversación y la interacción, y para describir las organizaciones sistemáticas por referencia a las cuales se producen esos fenómenos.
>
> (Schegloff, 1979: 24, cursivas añadidas)

Schegloff y sus colegas se interesaron por diversos fenómenos ordenados que se producían en la interacción tales como la organización de turnos para hablar en las conversaciones y los modos en que las personas intentaban reparar las rupturas de los procedimientos convencionales de las conversaciones. Además, se preocuparon por la estructura general de la conversación: los comienzos, los finales y las secuencias internas que se suceden con regularidad.

En este contexto, Schegloff analizó el comienzo de una conversación telefónica, definido por él como «un lugar en el que el tipo de conversación que se inicia puede ser propuesta, expresada, aceptada, rechazada o modificada, en suma, constituída incipientemente por las partes que la integran» (1979: 25). Aunque la charla telefónica apenas difiere de las conversaciones cara a cara, el hecho es que los participantes carecen de contacto visual. Schegloff se centró en un elemento de las conversaciones telefónicas que no existe en las conversaciones cara a cara: la secuencia en la que las partes, sin tener contacto visual, se identifican y reconocen.

Para su investigación Schegloff utilizó datos extraídos de 450 comienzos telefónicos. Descubrió que los comienzos telefónicos suelen ser bastante directos y estandarizados:

A. ¿Diga?
B. ¿Sharon?
A. ¡Hola!

o:

A. Diga.
B. ¿Charlie?
A. Ah, hola.

(Schegloff, 1979: 52)

Pero otros comienzos «parecen y suenan idiosincrásicos, realizaciones casi virtuosas» (Schegloff, 1979: 68):

A. Diga.
B. ¿Margie?
A. Sí.
B. Esto... Estamos pintando, dando apariencia de antigüedad,
A. ¿De verdad?
B. Bueno...je-je
A. Je, je, je, je
B. Ja, ja, ja, ja! je
A. Ja, ja
B. Tengo las herramientas
A. (Je, je)! ja, ja
B. Perdona, no me di cuenta.

(adaptación de Schegloff, 1979: 68)

Aunque este tipo de comienzos difieren de los comienzos usuales, no están exentos de organización. Se «forman a partir de una organización secuencial sistémica adaptada y realizada por las partes para determinadas circunstancias particulares» (Schegloff, 1979: 68). Por ejemplo, la conversación anterior es prácticamente incomprensible sin comprender que B telefonea a A para pedirle

disculpas por tener en su poder demasiado tiempo unas herramientas que le prestó. B hace una broma de ello al referirse a que está pintando, dando apariencia de antiguo y, sólo al final, después de reír ambos, B expresa su disculpa.

La conclusión de Schegloff es que deben examinarse también los casos idiosincrásicos y buscarse en ellos su patrón de organización:

> Por tanto, hay que examinar los casos particulares y buscar su interés local, interaccional, biográfico, etnográfico u otros aspectos idiosincrásicos. Pueden inspeccionarse los mismos materiales para extraer de sus particularidades locales la organización formal en la que se han inscrito sus peculiaridades. Para los estudiosos de la interacción, las organizaciones mediante las cuales se produce el funcionamiento de la vida social ocupan el centro de atención.
>
> (Schegloff, 1979: 71)

**Iniciación de la risa.** Gail Jefferson (1979; véase también Jefferson, 1984) analizó la cuestión de cómo saber cuándo reír en el curso de una conversación. La opinión del profano es que la risa es un acontecimiento totalmente espontáneo en el curso de una conversación o interacción. Sin embargo, Jefferson descubrió que hay algunos rasgos estructurales básicos en la conversación cuya intención es provocar la risa del interlocutor. El primero es cuando el hablante se ríe al final de su expresión:

> Dan. Creí que era impresionante. Me has oído decir que eres un drogadicto...je, je
> Dolly. Je, je, je.
>
> (adaptación de Jefferson, 1979: 80)

La segunda característica es la risa del hablante en medio de su expresión, por ejemplo, en medio de una frase:

> A. Sabes que no hice... lo sabes
> B. Diablos, *tú* sabes que me contengo (ja, ja);
> A. Eh! Je, je, ja, ja.
>
> (adaptación de Jefferson, 1979: 83)

A partir de estos ejemplos Jefferson concluye que la ocurrencia de la risa está más organizada de lo que nosotros creemos:

> Parece, por tanto, que el orden de las respuestas alternativas a algo risible no está organizado tan libremente como puede suponerse; v.g., la cuestión no es que *algo* debe ocurrir, sea la risa o cualquier otra cosa, sino que la *risa* debe ocurrir bien voluntariamente, bien por invitación.
>
> (Jefferson, 1979: 83)

Sin embargo, a Jefferson no sólo le interesaba la decisión de reír, sino también el rechazo a una invitación a reír. Descubrió que el silencio tras una invita-

ción no es suficiente, que es necesario que se produzca una señal más clara que indique el rechazo a la invitación. Por ejemplo, si alguien se negara a reírse, comenzaría una estrategia de persecución rigurosa del tópico inmediatamente después de haberse producido la risa del hablante.

Más recientemente, Glenn (1989) ha examinado la iniciación de la risa compartida en una conversación de varios participantes. Mientras Jefferson se centró en la interacción entre dos personas, la existencia de varias personas hace más compleja la cuestión de la risa. Glenn afirma que mientras en las interacciones entre dos personas el hablante normalmente ríe el primero, en las interacciones entre varias personas algún otro que no es el hablante proporciona por lo general la primera risa. En una interacción entre dos personas, el hablante se ve prácticamente obligado a reír de su propia expresión por el hecho de que sólo hay otra persona presente que pueda realizar esa función. Sin embargo, en una interacción de varios participantes, el hecho de que haya muchas otras personas que pueden reír primero significa que el hablante puede asumir mejor el riesgo de no tomar la iniciativa de ser el primero en reír.

**Provocación del aplauso.** Inspirándose en el trabajo desarrollado por J. Maxwell Atkinson (1984a, 1984b), John Heritage y David Greatbatch (1986) estudiaron la retórica de los discursos políticos británicos e identificaron en ellos mecanismos básicos que utilizaban los oradores para provocar el aplauso de sus audiencias. Afirman que el aplauso se provoca mediante «frases que están verbalmente construidas (a) para *enfatizar* y subrayar su contenido frente al material lingüístico que las rodea y (b) para *proyectar un claro punto final* del mensaje en cuestión» (Heritage y Greatbatch, 1986: 116). El énfasis comunica a la audiencia que el aplauso es apropiado, y un aviso de terminación de la frase hace que la audiencia comience a aplaudir más o menos al unísono. En su análisis de los discursos políticos británicos, Heritage y Greatbatch identificaron siete mecanismos retóricos básicos:

1. *Contraste:* por ejemplo, un político podría afirmar: «Se gasta demasiado en la guerra...y muy poco en la paz». Esta frase genera aplauso porque, mediante el énfasis, la misma cuestión se hace primero en términos negativos y luego positivos. La audiencia también puede anticipar el momento del aplauso al comparar la segunda mitad de la frase con la primera.
2. *Lista*: la relación de cuestiones políticas, sobre todo la habitual que consta de tres puntos, la más usada, proporciona énfasis y también un punto final que la audiencia puede anticipar.
3. *Solución al problema*: el político plantea un problema a la audiencia para luego ofrecer la solución. Esta doble presentación de la cuestión proporciona énfasis y la audiencia puede anticipar la terminación de la frase al final de la solución.
4. *Cabecera-culminación ingeniosa*: el político propone una frase para luego pronunciarla.

5. *Combinación*: implica el uso de dos o más de los mecanismos que acabamos de señalar.
6. *Adopción de postura*: supone una descripción inicial de un estado de cosas con la intención de que el hablante lo perciba con más intensidad. Sin embargo, al principio se presenta de un modo indiferente. Sólo al final el orador expresa la postura que ha adoptado.
7. *Persecución*: sucede cuando una audiencia no responde a un mensaje determinado. El orador puede perseguir activamente el aplauso mediante, por ejemplo, la repetición y reafirmación de la cuestión central.

En los congresos de los partidos políticos analizados por Heritage y Greatbatch, estos siete mecanismos explicaban más de las dos terceras partes del total de los aplausos. De los siete, el *contraste* (que daba cuenta de aproximadamente una cuarta parte de los aplausos) constituía, con mucho, el mecanismo más eficaz. Además de estos mecanismos, también es importante la manera en que el orador ofrece el mensaje («la entonación, la habilidad para escoger el momento oportuno y los gestos») (Heritage y Greatbatch, 1986: 143). Por último, Heritage y Greatbatch señalaron que estos siete mecanismos podían identificarse no sólo en los discursos políticos, sino también en los lemas publicitarios, las editoriales de los periódicos, los textos científicos, etc. De hecho, concluyeron que estos mecanismos tenían sus raíces y podían encontrarse en la interacción conversacional natural y cotidiana. La conclusión es que todos utilizamos diariamente estos mecanismos para provocar reacciones positivas de las personas con las que interactuamos.

**La emergencia interactiva de las oraciones y los relatos.** Charles Goodwin (1979) desafió el supuesto lingüístico tradicional de que las proposiciones podían examinarse aisladas del proceso de interacción en el que surgen. Su opinión era que «las oraciones surgen con la conversación» (Goodwin, 1979: 97). El hecho es que el «emisor puede reconstruir el significado de su oración *al mismo tiempo que la produce* con el fin de garantizar que sea oportuna para el receptor del momento» (Goodwin, 1979: 98; cursivas añadidas).

La cuestión esencial de Goodwin era que el hablante presta mucha atención al oyente cuando está hablando. En función de la reacción verbal, facial o corporal del oyente, el hablante adapta la oración a medida que surge. Las reacciones permiten al hablante decidir si está provocando una reacción deseada o no, y en función de ello alterar la estructura de la oración. En una conversación harto complicada que analizó, Goodwin describe algunas de las alteraciones que se producen en una secuencia determinada de la oración:

> En el curso de su producción, el significado implicado en la oración de John se reconstruye dos veces, se añade un nuevo segmento y se elimina otro antes de su producción para reemplazarlo por otro diferente. La oración final emerge como el

producto de un proceso dinámico de interacción entre el hablante y el oyente a medida que construyen mutuamente el turno de palabra.

(Goodwin, 1979: 112)

En otras palabras, las oraciones son productos de procesos de colaboración.

Más recientemente, Mandelbaum (1989) ha examinado la emergencia interactiva de los relatos. Su argumento central es que la audiencia no es pasiva, tal y como por lo común se acepta, sino que se la puede considerar «co-autora» del relato. De manera paralela al análisis de Goodwin sobre la emergencia interactiva de las oraciones, Mandelbaum muestra que los miembros de la audiencia disponen de recursos que les permiten colaborar con el autor para alterar el relato mientras se les está ofreciendo. La audiencia participa permitiendo la suspensión del intercambio de turnos de palabra con el fin de que el que ofrece el relato domine la conversación. Los miembros de la audiencia también contribuyen al relato demostrando su comprensión mediante el uso de expresiones tales como «ya, ya» o «mm, mm». La audiencia también puede «reparar» algún problema del relato permitiendo así que prosiga. Y lo que es más importante aún para los objetivos de esta sección, la audiencia puede intervenir en el relato y causar un cambio de dirección. Así, en un sentido totalmente real, los relatos, como las oraciones y las conversaciones en general, son productos interactivos.

**Formulaciones.** Heritage y Watson (1979) se interesaron por la cuestión general del orden interno de las conversaciones y la situaron dentro del contexto general de las preocupaciones etnometodológicas:

El análisis del razonamiento sociológico práctico mediante el cual puede explicarse y ordenarse la actividad social constituye una preocupación central del trabajo etnometodológico. Esta preocupación implica la noción de que todos los rasgos escénicos de la interacción social [por ejemplo, las biografías, los eventos, las personalidades, las situaciones] se ocasionan y establecen como realizaciones prácticas concertadas en y a través de las cuales las partes demuestran su competencia en la manipulación práctica del orden social. Como analistas que somos, debemos esforzarnos por explicar los métodos por los que los miembros expresan, manipulan y reconocen ese orden en las ocasiones en las que su uso ocurre de forma natural.

(Heritage y Watson, 1979: 123-124)

La preocupación específica de estos autores era la cuestión del momento en que el orden conversacional se convierte en un tópico de la conversación para los participantes. En concreto, analizaron las *formulaciones*, que definieron como una parte de la conversación utilizada para describir esa conversación. En particular, se centraron en un tipo específico de formulación por medio de la cual la intención del actor es «describir los estados de cosas ya descritos o negociados (en su totalidad o sólo en parte) en el discurso precedente» (Heritage y Watson, 1979: 126).

Las conversaciones que analizaron Heritage y Watson son demasiado extensas como para incluirlas en este apartado, pero la siguiente nos aclara su definición de formulación:

A. Estaba tan deprimido que...
B. Dime
A. ... que me subí a la barandilla del puente
B. *Te estabas preparando para suicidarte porque...*
C. Sí, estoy tan cansado.

En este ejemplo, cuando B dice que A se estaba preparando para suicidarse, está formulando lo que A intentaba decir en sus dos oraciones precedentes.

Estas formulaciones ilustran la manipulación práctica de las conversaciones. Una formulación es una parte de la conversación en la que el objetivo «es clara y específicamente demostrar la comprensión de los participantes» (Heritage y Watson, 1979: 129). Una formulación es un ejemplo de cómo los miembros demuestran su comprensión de lo que está ocurriendo.

**Integración del discurso y de las actividades no vocales.** Mientras los analistas de la conversación se centran en el discurso verbal, otros etnometodólogos se preocupan por las actividades no vocales. Algunos investigadores utilizan cintas de vídeo para analizar la integración de actividades verbales y no verbales. Goodwin (1984), por ejemplo, examinó una cinta de video en la que se había grabado una cena de dos parejas. Una de las cuestiones que analizó en el estudio de la relación entre las actividades verbales y las no verbales fue la postura corporal que adopta un comensal (Ann) mientras cuenta una historia durante la cena:

> Ann tiene las manos cruzadas, apoya ambos codos sobre la mesa, y se inclina hacia adelante mirando fijamente a la persona a quien va dirigida su historia, Beth. Con esta postura, el hablante demuestra total orientación hacia quien dirige su historia, plena implicación en el relato de su historia y falta de atención por cualquier otra actividad que no sea la conversación. La postura parece... constituir una demostración visual de que la historia progresa.
>
> (Goodwin, 1984: 228)

En términos más generales, Goodwin concluye «la historia de Ann se hace visible no sólo en su discurso sino en el modo en que ella organiza su cuerpo y otras actividades mientras cuenta su historia» (1984: 229).

Goodwin analizó también la mirada, otra actividad no verbal que relaciona con el discurso:

> Cuando un emisor mira a un receptor, éste debe mirarle fijamente. Cuando los hablantes miran a receptores que no les miran e identifican una transgresión de la norma, suelen producir interrupciones de frases tales como recomienzos y pausas

> en su discurso. Estas interrupciones fraseológicas definen el evento como una violación al resituar el discurso en el punto en el que de alguna manera quedó dañado, y también proporcionan un remedio al requerir la mirada del oyente. De este modo, inmediatamente después de las interrupciones fraseológicas los receptores que no miran a los emisores suelen empezar a dirigir su mirada al hablante.
>
> (Goodwin, 1984: 230)

La postura corporal y la mirada son sólo dos de las muchas actividades no verbales que están estrechamente relacionadas con las actividades verbales.

**Algunos estudios etnometodológicos sobre instituciones.** Como señalamos al principio de este capítulo, algunos etnometodólogos han mostrado un interés creciente por el estudio de la conversación y la interacción en diversas instituciones sociales. En este apartado examinaremos algunos ejemplos de estos estudios.

Ciertos etnometodólogos se han ocupado del mundo del trabajo. Por ejemplo, Button (1987) analizó las entrevistas de trabajo. No es sorprendente que este autor considere la entrevista como una conversación secuencial con turno de palabra y como una «adaptación situacional práctica de las partes» (Button, 1987: 160). Una de las cuestiones que se aborda en este estudio son las cosas que los entrevistadores pueden hacer, una vez que se ha emitido una respuesta, para dirigir la conversación hacia otros asuntos, impidiendo así que el entrevistado cambie o corrija su respuesta. En primer lugar, el entrevistador puede señalar que la entrevista es enteramente abierta. En segundo lugar, el entrevistador puede formular otra pregunta para cambiar la dirección de la conversación. Y en tercero, el entrevistador puede sopesar la respuesta de modo que impida al entrevistado que la cambie.

Button se pregunta lo que realmente define una entrevista de trabajo. Señala que en la puerta no hay señal alguna que lo indique, ni existe una masa de gente. Antes bien, «lo que hacen las personas y el modo en que estructuran y organizan sus interacciones con otras personas es lo que define algunas situaciones sociales como entrevistas. Esto implica totalmente el modo en que los participantes organizan su intercambio oral entre ellos» (Button, 1987: 170). En consecuencia, es la naturaleza de la interacción, de la conversación, lo que define una entrevista de trabajo.

Anderson, Hughes, y Sharrock (1987) han examinado la naturaleza de las negociaciones entre ejecutivos de empresas. Uno de sus hallazgos sobre estas negociaciones es el alto grado en que son razonables, impersonales e independientes:

> Todo se realiza de una manera pensada, calculada y razonable. En sus maniobras no hay nada de animosidad personal. Simplemente trabajan; es parte de su día de trabajo.... Los rencores, desacuerdos y disputas siempre se contienen, están bajo control. Si no puede hacerse un trato esta vez... no se hará.
>
> (Anderson, Hughes, y Sharrock, 1987: 155)

Este tipo de interacción nos sugiere muchas ideas sobre el mundo de los negocios.

Curiosamente, Anderson, Hughes, y Sharrock llegaron a afirmar que lo que ocurre en el mundo de los negocios apenas difiere de lo que sucede en la vida cotidiana. En la mayoría de nuestras relaciones sociales nos comportamos de la misma manera que hemos descrito antes acerca de los ejecutivos. «La vida de los negocios no transcurre en el departamento de ventas, apartada del resto de la vida social. Aquélla es una continuación y está entretejida con ésta» (Anderson, Hughes, y Sharrock, 1987: 155).

Whalen y Zimmerman (1987) examinaron llamadas telefónicas a centros de emergencia. El contexto de estas llamadas supone una reducción de las conversaciones telefónicas abiertas. En las conversaciones telefónicas corrientes encontramos normalmente frases que denotan citas, identificación-reconocimiento, saludos y preguntas acerca del estado de las personas implicadas. En las llamadas de emergencia, sin embargo, las secuencias de apertura se reducen y los saludos, las preguntas sobre el estado de las personas implicadas y los reconocimientos suelen no existir.

Otro aspecto interesante de las llamadas de emergencia es que algunos elementos de apertura, que suelen ser ignorados en una conversación normal, son tratados con bastante seriedad:

> ... aquellas situaciones en las que el que llama se desconcierta ante ciertas respuestas, o cuando se produce un silencio en la línea o se oyen sonidos de fondo tales como el ladrido de un perro, gritos, chillidos o una alarma detectora de incendios. A pesar de su falta de implicación conversacional directa en la línea, los que responden a la llamada consideran inicialmente estos eventos como posibles indicadores de la necesidad de asistencia y, por tanto, como requisitos funcionales o *virtuales* de ella.
>
> (Whalen y Zimmerman, 1987: 178)

La naturaleza peculiar de la conversación telefónica de emergencia conduce a estas y otras adaptaciones a la estructura de la conversación normal.

En un estudio similar, Whalen, Zimmerman, y Whalen (1988) analizaron una conversación telefónica específica de emergencia que fracasa por llegar tarde la ambulancia y, como consecuencia, muere una mujer. Mientras en este caso los medios de comunicación de masas suelen culpar al que responde a la llamada, Whalen, Zimmerman, y Whalen atribuyen la culpa a a la naturaleza de este tipo de conversación telefónica:

> Nuestra investigación ha demostrado que los participantes tienen comprensiones muy distintas de lo que sucede y diferentes expectativas de lo que supuestamente ocurre en esa conversación. En el curso de la interacción, tanto las palabras del que telefoneaba como las de la enfermera que respondía (y su supervisor) intervinieron para ampliar y hacer más hondo el malentendido. Ese malentendido contribuyó de

modo fundamental a una discusión que contaminó y transformó las actividades de los participantes.

(Whalen, Zimmerman, y Whalen, 1988: 385)

De esta manera, es la naturaleza de la conversación específica, no las capacidades del que responde, el elemento que «causa» el malentendido.

Los estudios sobre instituciones proliferan a gran velocidad. Entre otros ejemplos se cuenta el esfuerzo de Clayman (1988) por demostrar las técnicas que utilizan los entrevistadores de los programas de noticias de la televisión para parecer objetivos, y el estudio de Marlaire y Maynard (1990) sobre los tests estandarizados (por ejemplo, el test de inteligencia) como fenómenos interactivos. Las posibilidades son infinitas, ya que los analistas conversacionales y los etnometodólogos estudian la interacción con el fin de arrojar luz sobre la naturaleza misma de la interacción, así como sobre una gran variedad de instituciones en la que ésta se produce.

## Críticas a la sociología tradicional

Los etnometodólogos critican a los sociólogos tradicionales por imponer *su* concepción de la realidad social al mundo social (Mehan y Wood, 1975). Creen que la sociología ha dedicado escasa atención o no ha sido fiel al mundo cotidiano, que debe constituir su fuente última de conocimiento (Sharrock y Anderson, 1986). Cegados por su propia visión del mundo social, los sociólogos han tendido a no percibir la realidad social de sus objetos de estudio. Como Mehan y Wood señalaron: «En su esfuerzo por hacer *ciencia* social, la sociología se ha separado de lo social» (1975: 63).

Dentro de esta orientación general, Mehan y Wood (véase también Sharrock y Anderson, 1986) hicieron una serie de críticas concretas a la sociología. Los conceptos usados por los sociólogos distorsionan el mundo social y destruyen su flujo y reflujo. Una distorsión todavía mayor se produce como consecuencia de la confianza de los sociólogos en las técnicas científicas y los análisis estadísticos de datos. Por lo general, las estadísticas no reflejan fielmente la elegancia y la sofisticación del mundo social. Las técnicas codificadoras utilizadas por los sociólogos, quienes traducen la conducta humana a sus propias categorías preconcebidas, distorsionan el mundo social. Además, la aparente simplicidad de los códigos oculta la complejidad y la perturbación que se produce al convertir ciertos aspectos del mundo social en categorías preconcebidas. Por añadidura, los sociólogos suelen aceptar incondicionalmente las descripciones que hacen los entrevistados de un fenómeno, en lugar de analizar el fenómeno en sí. De este modo, una descripción de una situación social suele ser aceptada como la definición de la situación, y no como lo que realmente es, una concepción de esa situación. Finalmente, Mehan y Wood afirman que los sociólogos tienden a

ofrecer abstracciones del mundo social que cada vez se corresponden menos con la realidad de la vida cotidiana.

Don Zimmerman y Melvin Pollner (1970), quienes adoptaron una postura ligeramente diferente, afirmaron que la sociología convencional había confundido *tópico* y *recurso*. Es decir, el mundo social cotidiano constituye un recurso para los tópicos característicos de la sociología, pero raramente constituye un tópico por sí mismo. Esto puede ilustrarse mediante varios ejemplos. Así, Roy Turner (1970; véase también Sharrock y Anderson, 1986) señaló que los sociólogos suelen analizar el discurso cotidiano no como un tópico en sí, sino como un recurso para estudiar realidades ocultas tales como normas, valores, actitudes, etc. Sin embargo, lejos de constituir un recurso, el discurso cotidiano debe ser considerado como uno de los modos en los que la vida social se realiza y es, por tanto, un tópico en sí mismo. Matthew Speier (1970) señaló que cuando los sociólogos estudian la socialización infantil no analizan los procesos mismos, sino una serie de «etapas» abstractas generalizadas a partir de aquellos procesos. Speier afirmó que *«la socialización es la adquisición de la competencia para la interacción»* (1970: 189). Por tanto, el etnometodólogo debe ocuparse del análisis del modo en que se adquieren y usan esas capacidades en la realidad cotidiana del mundo real.

Otro análisis de la socialización infantil realizado por Robert W. Mackay (1974) puede tomarse como una dura crítica a la sociología tradicional y a su confusión entre tópico y recurso. Mackay comparó el enfoque «normativo» de la sociología tradicional con el enfoque interpretativo de la etnometodología. El enfoque normativo concibe la socialización simplemente como una serie de etapas durante la cuales los adultos «completos» enseñan a los niños «incompletos» las maneras de la sociedad. Mackay calificó esta concepción de errónea porque ignora la realidad de que la socialización implica interacción entre niños y adultos. Los niños no son receptáculos pasivos, incompletos; antes bien, son participantes activos en el proceso de la socialización porque disponen de la capacidad de razonar, idear y adquirir conocimiento. La socialización es un proceso bilateral. Mackay creía que la orientación etnometodológica «restaura como objeto de estudio la interacción entre adultos y niños que se basa en la capacidad interpretativa» (1974: 183).

Don Zimmerman y Melvin Pollner (1970) citaron otros ejemplos para ilustrar la confusión entre tópico y recurso. Por ejemplo, afirmaron que los sociólogos explican normalmente la acción en las burocracias mediante las reglas, las normas y los valores de la organización. Sin embargo, si hubieran considerado las organizaciones como tópicos, habrían visto lo que los actores suelen *aparentar* con sus acciones: que esas acciones pueden explicarse mediante reglas. No son las reglas, sino el *uso* que hacen los actores de las reglas lo que debe ser objeto de la investigación sociológica. Zimmerman y Pollner citaron el ejemplo del código de conducta entre los prisioneros convictos. Mientras la sociología tradicional examina los modos en los que los actores se ven constreñidos por un código penal, los etnometodólogos analizan cómo usan los convictos el có-

digo como un mecanismo explicatorio y persuasivo. Don Zimmerman y Lawrence Wieder ofrecieron la siguiente generalización sobre la confusión entre tópico y recurso:

> El etnometodólogo *no* se esfuerza por proporcionar explicaciones causales de acciones observables repetitivas, pautadas y regulares mediante cierta suerte de análisis del punto de vista del actor. *Se* preocupa por el modo en que los miembros de la sociedad realizan la tarea de *comprender*, *describir* y *explicar* el orden del mundo en el que viven.
>
> (Zimmerman y Wieder, 1970: 289)

Para el etnometodólogo el orden social no es una realidad en sí, sino una realización de los actores sociales.

## Presiones y tensiones de la etnometodología

Sin bien la etnometodología ha progresado enormemente dentro de la sociología y ha demostrado tener cierta capacidad de acumular conocimiento sobre el mundo de la vida cotidiana, especialmente mediante el análisis conversacional, es preciso mencionar algunos de sus problemas.

Primero, aunque la etnometodología tiene mucha más aceptación hoy día que hace una década, muchos sociólogos la miran con recelo. Consideran que se centra en cuestiones triviales e ignora las cuestiones crucialmente importantes a las que se enfrenta la sociedad en nuestros días. La respuesta de los etnometodólogos es que ellos *se ocupan* de las cuestiones de más transcendencia, porque lo más importante es la vida cotidiana. Paul Atkinson resume así la situación: «Algunos sectores siguen mostrando incomprensión y hostilidad hacia la etnometodología. Sin embargo, es indudable que sigue siendo una orientación que merece reconocimiento por lo que respecta a la teoría, los métodos y la corriente empírica de la investigación sociológica» (1988: 442).

Segundo, la dirección micro de la etnometodología plantea ciertos problemas. Es decir, hay algunos que creen (por ejemplo P. Atkinson, 1988) que la etnometodología ha dado la espalda a sus raíces fenomenológicas y a su preocupación por los procesos conscientes cognitivos (entre las excepciones figuran Cicourel [1974] y Coulter [1983, 1989], aunque éste último es propenso a encuadrar la cognición en el mundo cotidiano). En lugar de centrase en esos procesos conscientes, los etnometodólogos, especialmente los analistas de la conversación, se centran en las «propiedades estructurales del discurso» (P. Atkinson, 1988: 449). Ignoran los motivos y las motivaciones internas de la acción. En opinión de Atkinson, la etnometodología se ha «limitado indebidamente» y ha llegado a ser «conductista y empirista» (1988: 441). Al moverse en esta dirección, la etnometodología se ha alejado de sus principios básicos, incluido su deseo de no tratar al actor como un imbécil sin capacidad de juicio:

> La inspiración inicial de Garfinkel fue rechazar la imagen del imbécil carente de juicio con el fin de centrarse en el esfuerzo metódico, habilidoso y diestro invertido en la producción del orden social. Sin embargo, durante los años siguientes hasta ahora algunas variantes de la etnometodología han adoptado como modelo de actor al idiota que carece de juicio. La intencionalidad y el significado han quedado completamente eliminados.
>
> (P. Atkinson, 1988: 449)

Finalmente, se puede identificar otro elemento de tensión en la dirección macro de la etnometodología. Aunque es obvio que la etnometodología se centra en los fenómenos micro, algunos etnometodólogos se han esforzado por vincular este interés con una preocupación por las grandes estructuras sociales. Por ejemplo, hace algunos años, Zimmerman señaló que el cruce con la macrosociología era «una cuestión abierta y una posibilidad fascinante» (1978: 12). Más recientemente, Pollner sugirió que la etnometodología debía «regresar a la sociología para entender las prácticas [dadas por supuestas] en grandes contextos sociales.... la razón mundana en términos de procesos estructurales e históricos. La razón mundana no es simplemente el producto del esfuerzo local de los razonadores mundanos, porque también está configurada por una dinámica a largo plazo y a gran escala» (1987: xvi). Algunos pensadores han emprendido la tarea de cruzar estos enfoques, como Giddens (1984), que integró ideas etnometodológicas en su teoría de la estructuración, y Chua (1977), que analizó la relación entre la etnometodología y la teoría marxista. En términos más generales, Boden (1990a) ha subrayado que la etnometodología tiene ideas que ofrecer al problema de la relación entre estructura y acción. Afirma que los hallazgos de los estudios etnometodológicos son relevantes no sólo en el ámbito de las microestructuras, sino también en el de las macroestructuras. Hay alguna esperanza depositada en que los estudios sobre instituciones que realizan en la actualidad los etnometodólogos arrojen luz sobre las macroestructuras y su relación con los fenómenos micro.

## RESUMEN

Este capítulo está dedicado a dos teorías sociológicas relacionadas entre sí: la sociología fenomenológica y la etnometodología. La sociología fenomenológica, especialmente las ideas de Alfred Schutz, desempeñaron un papel central en el desarrollo de la etnometodología. Pero la etnometodología tiene también otras raíces intelectuales. Por todo ello, se pueden identificar tanto semejanzas como diferencias importantes entre ambas teorías.

La primera parte del capítulo se ocupa de la sociología fenomenológica, y el grueso de este apartado se centra en la teoría de Alfred Schutz. Schutz se preocupó focalmente por la intersubjetividad, o el modo en que las personas captan la conciencia de otras mientras viven dentro de sus propios flujos de concien-

cia. Una buena parte de la obra de Schutz se centra en el mundo de la vida, o el mundo de la vida cotidiana. Es este un mundo intersubjetivo en el que las personas crean la realidad social y están constreñidas por las estructuras sociales y culturales creadas por sus predecesores. Aunque la mayor parte del mundo de la vida es un mundo compartido, también existen en él aspectos privados (biográficamente articulados).

Las tipificaciones (y las recetas) son sumamente importantes para las personas en el mundo cotidiano. Las tipificaciones suelen tener un origen social y ser aprobadas socialmente, y permiten a las personas funcionar sobre una base cotidiana. Sólo en situaciones problemáticas las personas abandonan (reticentemente) sus tipificaciones (y recetas) para crear nuevas maneras de tratar con el mundo social.

Hay cuatro reinos del mundo social: el futuro (*folgewelt*), el pasado (*vorwelt*), el mundo presente de los consocios con los que tenemos un contacto cara a cara (*umwelt*), y el mundo presente de los contemporáneos a quienes sólo conocemos como tipos (*mitwelt*). Las tipificaciones (y las recetas) se crean en el *umwelt*. Las relaciones-nosotros íntimas se encuentran en el *umwelt*, y las relaciones-ellos tipificadas caracterizan el *mitwelt*.

Aunque Schutz se alejó del análisis de la conciencia, nos ofreció algunas ideas sobre ella, especialmente sus reflexiones sobre los significados y los motivos.

Schutz nos proporciona una teoría acerca de la relación dialéctica entre el modo en que las personas construyen la realidad social y la realidad cultural presente y rígida que otros han construido y siguen construyendo. Las personas reciben la influencia de estas realidades, pero también son capaces de «dar sentido», interpretar e incluso reconstruir el mundo cultural.

El apartado dedicado a la fenomenología termina con un análisis de *La construcción social de la realidad* de Berger y Luckmann. Si bien se inspira enormemente en la teoría de Schutz, esta obra también tiene otras raíces teóricas. El núcleo de la obra reside en su afirmación de que las personas crean la sociedad y de que la sociedad se convierte en una realidad objetiva que, a su vez, crea a las personas. Aunque *La construcción social de la realidad* se presenta como un esfuerzo harto prometedor, tiene limitaciones debido a su resuelto compromiso con los procesos subjetivos.

La segunda mitad del capítulo se ocupa de la etnometodología. Mientras los fenomenólogos tienden a centrarse en lo que piensan las personas, los etnometodólogos se ocupan principalmente de las prácticas mediante las cuales las personas viven su vida cotidiana. Presentamos algunos de los conceptos etnometodológicos más importantes, entre ellos la reflexividad, las explicaciones y las prácticas explicatorias, la indexicalidad, el método documental, el principio etcétera y el lenguaje natural. Examinamos también los dos tipos principales de estudio etnometodologico: los estudios de instituciones y el análisis conversacional.

La esencia de la etnometodología se encuentra en sus estudios de investigación. Analizamos algunos de estos estudios y comenzamos con los experimen-

tos de ruptura de Garfinkel y su estudio sobre Agnes. El resto del apartado está dedicado fundamentalmente a análisis específicos de conversaciones y a estudios de ambientes institucionales. El apartado termina con un análisis de algunas de las críticas de los etnometodólogos a la sociología convencional y con un somero examen de algunas de las presiones y las tensiones que se dan en la etnometodología contemporánea.

CAPITULO **7**

# TEORIA DEL INTERCAMBIO Y SOCIOLOGIA CONDUCTISTA

SKINNER Y EL CONDUCTISMO

SOCIOLOGIA CONDUCTISTA

Conceptos básicos
Modificación de la conducta

TEORIA DEL INTERCAMBIO

Homans y Durkheim
Homans y Lévi-Strauss
Homans y el funcionalismo estructural
Proposiciones básicas de Homans
Críticas a la teoría de la conciencia de Homans
Críticas a la teoría de la sociedad y la cultura de Homans
Teoría integrada del intercambio de Blau

CRITICAS A LAS TEORIAS CONDUCTISTAS Y REPLICAS

La teoría del intercambio y la sociología conductista son ambas teorías sociológicas atípicas. Lo que las hace atípicas es su orientación microsocial y el hecho de tener sus raíces en teorías que se encuentran al margen de la sociología. La principal fuente de estas teorías es la psicología, específicamente el conductismo de B.F. Skinner. En este capítulo nos ocuparemos principalmente de esta influencia y del modo en que da forma a las dos teorías. El conductismo constituye el hilo conductor que une la teoría del intercambio y la sociología conductista y lo que nos permite analizarlas juntas en este capítulo.

Mientras la sociología conductista permanece en estado de pureza respecto de la influencia del conductismo psicológico, la teoría del intercambio tiene otra fuente cuya importancia ha aumentado recientemente [1]. Esta segunda fuente es la economía, especialmente la teoría de la elección racional (Cook, O'Brien, y Kollock 1990; Heath, 1976). Aunque no nos vamos a ocupar de la influencia de la teoría de la elección racional en este capítulo, sí analizaremos el modo en que George Homans, el principal teórico del intercambio, integró esta teoría en su enfoque fundamentalmente conductista.

Analizaremos en profundidad la teoría de la elección racional y su relación con la teoría del intercambio en el Capítulo 13. En ese contexto también nos ocuparemos de otros aspectos y desarrollos de la teoría del intercambio, entre ellos sus raíces en la antropología y sus vínculos con los últimos trabajos que se han realizado en teoría de redes (Cook, O'Brien, y Kollock, 1990; Ekeh, 1974). Por tanto, la teoría del intercambio es teóricamente mucho más diversa de lo que puede inferirse de la lectura de este capítulo. Además, una buena parte del trabajo reciente sobre la teoría del intercambio es más sintético e integrador que la teoría del intercambio fundamentalmente microscópica que vamos a estudiar en este capítulo (Uehara, 1990). En ese contexto destaca en importancia la obra de Richard Emerson (1981) y Karen Cook (Cook y Emerson, 1978; Cook et al., 1983; Cook, O'Brien, y Kollock, 1990); sus ideas las estudiaremos en el Capítulo 13.

Aquí nos ocuparemos de la sociología conductista «pura» y de la teoría del intercambio (la que expone Homans en sus primeras obras [1958, 1961]). Estas teorías encajan perfectamente en la concepción multiparadigmática de la sociología que tiene el autor de este libro (Ritzer, 1975a, 1975b, 1980); véase también el Apéndice). De hecho, todos los capítulos de la Segunda Parte están configurados, al menos en parte, a partir de mi concepción de los paradigmas múltiples de la sociología, así como del lugar que ocupan las diversas teorías en ellos. Aprovechemos esta ocasión para analizar brevemente los paradigmas múltiples y su relación con las teorías analizadas hasta el momento.

---

[1] Existen también algunos sociólogos que estudian la conducta y el intercambio sin aceptar la mayoría de las ideas, o ninguna, del conductismo o de la teoría de la elección racional. El clásico ensayo sobre la reciprocidad de Alvin Gouldner (1960) y la obra de William Goode (1960) sobre la tensión de rol ilustran este tipo de teoría del intercambio. Esta versión de la teoría del intercambio acentúa la naturaleza recíproca de las relaciones sociales y cómo el poder y el prestigio surgen de los desequilibrios que se producen en la reciprocidad (Goode, 1978).

Desde mi punto de vista, la sociología se compone de tres paradigmas principales: el de los hechos sociales, el de la definición social y el de la conducta social. Cada paradigma tiene cuatro componentes, pero lo que nos importa de momento son sólo los paradigmas que constituyen el objeto de la sociología y las teorías que incluye cada uno. El objeto de estudio del *paradigma de los hechos sociales* son las grandes estructuras e instituciones sociales y su influencia coercitiva sobre los actores y sus pensamientos y acciones. A este paradigma pertenecen el funcionalismo estructural, la teoría del conflicto y diversas variantes de la teoría neomarxista. La preocupación central del *paradigma de la definición social* son los actores, los modos en que construyen la realidad social y la acción que resulta de esa construcción. Así, para el que trabaja en el paradigma de la definición social, los actores son relativamente libres y creativos, mientras que para el que opera con el paradigma de los hechos sociales, los actores están determinados por las grandes estructuras e instituciones sociales. Los interaccionistas simbólicos, los fenomenólogos, los etnometodólogos y algunos neomarxistas se mueven en este paradigma. Finalmente está el *paradigma de la conducta social*, cuyo objeto de estudio es la conducta individual y los elementos reforzadores y penalizadores que influyen en ella. En este paradigma se incluyen las teorías que vamos a analizar a continuación: la sociología conductista y la teoría del intercambio.

Este esquema de los paradigmas múltiples desempeña un papel clave en este capítulo. Primero, nos sugiere las principales preocupaciones de las dos teorías: los antecedentes de la conducta, la conducta, el refuerzo y el castigo. Segundo, nos advierte del hecho de que los teóricos relacionados con este paradigma no se preocupan o incluso rechazan la preocupación por las grandes estructuras e instituciones sociales, así como por la construcción de la realidad y la acción social. Tercero, aunque muchos pensadores relacionados con este paradigma han adoptado una postura dogmática sobre lo que debe ser o no objeto de estudio de este paradigma, otros se han esforzado por integrar las preocupaciones tradicionales del conductismo social en las del paradigma de los hechos sociales y de la definición social. A lo largo de este capítulo intentaremos clarificar la compleja interrelación entre el conductismo social y los otros paradigmas sociológicos.

Dado el lugar preeminente de B.F. Skinner y su conductismo en la teoría del intercambio, comenzaremos este capítulo por su orientación general. Luego analizaremos la sociología conductista porque representa la traducción más prístina de las ideas de Skinner a la sociología. Finalmente nos ocuparemos de la teoría del intercambio, particularmente tal y como se expresa en la obra de George Homans y Peter Blau. Analizaremos la teoría del intercambio de Blau en este capítulo en lugar de hacerlo en la Tercera Parte dedicada a las teorías sintéticas debido a las limitaciones de su enfoque integrador, que se afana por moverse desde el nivel micro al macro. Como Uehara señaló: «Aunque Blau... introdujo el grupo en la ecuación del intercambio, su análisis seguía siendo esencialmente diádico porque el grupo se concibe como si fuera un sólo actor, aunque colecti-

vo» (1990: 525). A pesar de sus limitaciones, la obra de Blau anticipó la teoría del intercambio más integradora que analizaremos más adelante en otro capítulo.

## SKINNER Y EL CONDUCTISMO

El conductismo tiene una larga historia en las ciencias sociales, particularmente en psicología. Sin embargo, el origen del conductismo moderno en todas las ciencias sociales y, en particular, en la sociología, se encuentra en la obra de B.F. Skinner. La obra de Skinner, aunque abiertamente dedicada a los principios del conductismo, cubre un amplio espectro de cuestiones, y entre ellas se cuentan tratados científicos (Skinner, 1938), una novela utópica (Skinner, 1948), ensayos polémicos y políticos (Skinner, 1971), aplicaciones prácticas del conductismo (Skinner, 1968) y obras autobiográficas (Skinner, 1983). Sus trabajos científicos, utópicos, políticos y prácticos han sido importantes en el desarrollo de la versión sociológica del conductismo.

Ocupémonos en primer lugar del análisis que hace Skinner de otras teorías sociológicas. Para él constituían empresas místicas bastante acientíficas. Así opinaba respecto de las teorías macro relacionadas con el paradigma de los hechos sociales como el funcionalismo estructural y la teoría del conflicto, y de las teorías micro relacionadas con el paradigma de la definición social, como el interaccionismo simbólico, la etnometodología y la fenomenología. Consideraba que tales teorías constituían entidades místicas que alejaban la atención del sociólogo de las únicas entidades concretas de estudio científico: los antecedentes de la conducta, la conducta y las consecuencias que hacían más o menos probable la ocurrencia de la conducta (Molm, 1981). Tomemos como ejemplo la crítica de Skinner del concepto de *cultura*, que suele ser definida por el que trabaja en el paradigma de los hechos sociales como el conjunto de «ideas tradicionales (es decir, históricamente derivadas y seleccionadas) y, en especial, los valores asociados a ellas» (1971: 121). Afirmaba que esta definición creaba de modo innecesario elementos místicos tales como «ideas» y «valores». Cuando el científico analiza la sociedad no ve ideas y valores. Lo que sí puede contemplar es «cómo viven las personas, cómo crían a sus hijos, cómo cultivan o recogen sus alimentos, en qué tipos de moradas viven, qué ropa llevan, qué juegos practican, cómo se tratan unas a otras, cómo se comportan, etc.» (Skinner, 1971: 121). La cultura de una comunidad se compone de conductas. Para comprender esas conductas no precisamos conceptos tales como *ideas* y *valores*; lo que necesitamos es comprender hechos tales como las recompensas y los costes.

La crítica más dura de Skinner se dirigió contra las teorías del paradigma de la definición social. Uno de los principales objetivos de Skinner en su *Beyond Freedom and Dignity* [Más allá de la libertad y la dignidad] (1971) era eliminar de las ciencias sociales —y, de hecho, del mundo— la idea de lo que llamaba el

«hombre autónomo». La idea del hombre autónomo constituye una parte integral del paradigma de la definición social, y atacarla significa atacar a los que operan con este paradigma. Skinner, en su defensa del conductismo social, no sintió el deseo de reconciliar sus diferencias con los que trabajaban en ese paradigma. De hecho, su interés era destruir las teorías asociadas con el paradigma de la definición social.

¿Qué significa ese hombre autónomo que Skinner deseaba eliminar? El hombre autónomo implica que las personas tienen un núcleo interior (no susceptible de análisis científico) del que emanan sus acciones. Este núcleo les capacita para iniciar, originar y crear. Esta visión activa, creativa y voluntarista de las personas se sitúa claramente en la línea de la postura del paradigma de la definición social, y el esfuerzo que realizó Skinner para destruir esta idea constituía, indirectamente, un intento de oponerse a las teorías de la definición social.

Para Skinner, la idea de que las personas poseen un núcleo interior autónomo constituía una suerte de postura metafísica y mística que debía eliminarse de las ciencias sociales: «El hombre autónomo no sirve para poder llegar a explicar cuanto resulte inexplicable desde cualquier otro punto de vista. Su existencia depende de nuestra ignorancia, y va progresivamente descendiendo de estatus conforme vamos conociendo más y más sobre la conducta» (1971: 12). La conducta, así como las condiciones que la producen, que son principalmente las conductas de los otros, constituyen el objeto fundamental de estudio de Skinner. Pensaba que debíamos alejarnos de conceptos tales como los «sentimientos» y centrarnos en el análisis (y el control) de la conducta y de las contingencias que influyen en ella [2]. Linda Molm explicó esta cuestión al afirmar que a Skinner le preocupaba lo que él denominaba «eventos privados» o «eventos que tienen lugar en el interior del individuo y que no son directamente observables por otros» (1981: 161). Dentro de esta categoría Skinner incluía los pensamientos, los sentimientos y las percepciones. Sin embargo, Skinner aceptó preocuparse por estos estados internos sólo bajo dos condiciones. En primer lugar, en el esquema del conductista no podían representar variables independientes o mediadoras; antes bien, debían constituir variables dependientes. En otras palabras, no podían representar variables explicativas, eran sólo variables que podían explicarse mediante otros factores. En segundo lugar, debían poder observarse de algún modo. Los informes de los actores (así como sus conductas) son fenómenos observables. Los que adoptan el paradigma de la definición social suelen rechazar o considerar inaceptable esta visión limitada y científica de los estados mentales.

---

[2] Algunos conductistas defienden la inclusión de cosas tales como la cognición, la emoción y la «mente» en su perspectiva. Por ejemplo, Arthur Staats (1976) defendió la inclusión de la mente en el conductismo. John Baldwin y Janice Baldwin (1978) afirmaron que los conductistas y, de hecho, todos los sociólogos, debían utilizar técnicas científicas tradicionales así como la *verstehen* para comprender varios fenómenos sociales, entre ellos la subjetividad y el significado.

Skinner y, por lo general, todos los conductistas sociales se interesan por la relación entre los individuos y su entorno (Molm, 1981), que está formado por varios objetos sociales y no sociales. El conductista social mantiene que los principios que gobiernan la relación entre el individuo y un objeto social son los mismos por los que se rige la relación entre el individuo y un objeto no social[3]. Don Bushell y Robert Burgess definieron el objeto de estudio del conductista como «la conducta de los individuos que influye en el entorno de tal modo que produce consecuencias o un cambio en el entorno que, a su vez, modifica las actuaciones subsecuentes de esa conducta» (1969: 27). Por tanto, se centran en la «relación funcional» entre la conducta y los cambios en el entorno del actor. Esto significa que, para el conductista, un niño que arroja una piedra al río constituye un objeto de estudio, como lo son una madre que regaña a su hijo, una maestra que imparte una clase o un alto ejecutivo que asiste a un consejo de dirección.

Los conductistas sociales se interesan por el proceso de interacción, pero el proceso se conceptualiza de un modo harto diferente del modo en que se hace en las teorías del paradigma de la definición social. Para el que trabaja en el paradigma de la definición social, los actores son dinámicos, fuerzas creativas en el proceso de la interacción (Perinbanayagam, 1981). No sólo responden a estímulos, sino que los interpretan y actúan sobre la base de sus definiciones de ellos. A diferencia de aquél, el conductista social confiere al individuo mucho menos «libre albedrío». Para el conductista, «pensar es la conducta del cerebro. La mayor parte de la actividad del cerebro no es consciente» (Baldwin y Baldwin, 1986: 264). Así, mientras que para el que opera en el paradigma de la definición social el actor construye afanosa y conscientemente la realidad social, para el conductista social el actor responde inconscientemente a los estímulos. La respuesta del individuo viene determinada por la naturaleza de los estímulos externos. La imagen que tiene de la persona el conductista social es mucho más mecánica[4] que la del partidario del paradigma de la definición social[5].

La imagen de los actores de las teorías de los hechos sociales (por ejemplo, el funcionalismo estructural) es casi tan mecánica como la del paradigma de la definición social. El que opera en el paradigma de los hechos sociales considera al individuo en tanto que determinado por normas, valores, estructuras, etcétera, externos. La principal diferencia entre los que suscriben el paradigma de los hechos sociales y los que operan con el paradigma de la conducta social reside

[3] Molm expresa aquí su desacuerdo con los conductistas sociales más tradicionales como Homans. Esta autora hizo un gran esfuerzo para diferenciar entre las orientaciones de los psicólogos conductistas y las de los sociólogos conductistas.

[4] Los conductistas rechazan la acusación de que tienen una imagen mecánica de las personas y aducen que se interesan por la creatividad humana en la medida en que se la estudia científicamente.

[5] Molm tampoco está de acuerdo con esta cuestión.

en la fuente de control sobre el individuo. Para el partidario de los hechos sociales las grandes estructuras e instituciones controlan al individuo. Los conductistas sociales se preocupan por la relación entre los individuos y los antecedentes y consecuencias que aumentan o disminuyen la probabilidad de que esa conducta ocurra[6].

## SOCIOLOGIA CONDUCTISTA

La sociología conductista (o como Baldwin y Baldwin [1986] la denominan, la «ciencia de la conducta») representa un esfuerzo por aplicar los principios del conductismo psicológico a cuestiones sociológicas. El sociólogo conductista se ocupa de la relación entre los efectos de la conducta de un actor sobre el entorno y su influencia sobre la conducta posterior del actor. Esta idea constituye el fundamento del *condicionamiento operante* o proceso de aprendizaje por el que «la conducta se modifica a partir de sus consecuencias» (Baldwin y Baldwin, 1986: 6). Para decirlo de otro modo, un actor emite cierta conducta. Casi podría pensarse en ella, al menos inicialmente en el niño, como una conducta impensada. El entorno en el que la conducta se produce, sea social o físico, queda afectado por esa conducta y, a su vez, «actúa» de varias maneras. Esa reacción —positiva, negativa o neutral— influye en la conducta posterior del actor. Si la reacción ha sido gratificante para él, lo más probable es que vuelva a emitir la misma conducta en situaciones similares. Si la reacción no ha sido gratificante o ha sido penalizadora, la probabilidad de que vuelva a producirse en el futuro es menor. El sociólogo conductista se interesa por la relación entre la *historia* de las reacciones del entorno o las consecuencias y la naturaleza de la conducta presente. El sociólogo conductista mantiene que las consecuencias pasadas de una conducta determinada gobiernan su estado presente. Si conocemos la respuesta que provocó una conducta determinada en el pasado, podemos predecir si el actor producirá la misma conducta en la situación presente.

### Conceptos básicos

El *refuerzo* constituye un concepto clave de la sociología conductista y puede definirse como una recompensa. Nada inherente a un objeto constituye una recompensa. Los reforzadores no pueden ser definidos *a priori*; sólo pueden definirse mediante sus efectos sobre la conducta. Así, una «recompensa» que no influye en el actor no constituye un reforzador. La comida podría ser considerada una recompensa en nuestra sociedad, pero si un individuo determinado no está hambriento, la comida no servirá como reforzador. Un determinante

[6] Para ser justos, los antecedentes pueden proceder tanto de las pequeñas como de las grandes estructuras, y las consecuencias pueden influir también en ambos tipos de estructuras.

crucial para saber si una recompensa dada servirá o no de reforzador es el grado de privación del actor. Si los actores han sido privados de comida, por ejemplo, se sentirán hambrientos y la comida actuará como un elemento de refuerzo. Pero si acaban de comer su grado de privación será mínimo y la comida no constituirá un reforzador eficaz. Este es un ejemplo de privación fisiológica. Si negamos a las personas la comida, el sexo, el agua o el aire, estas cosas servirán de reforzadores eficaces. Si, por el contrario, estas necesidades fisiológicas están sobradamente cubiertas, no constituirán reforzadores eficaces. Los reforzadores también pueden aprenderse. Por ejemplo, algunas personas aprenden a gustar de la música rock y otras de la música clásica. Así, pueden existir marcadas diferencias en las cosas que una persona encuentra gratificadoras. Una vez que aprendemos a necesitar cosas, sirven como reforzadores cuando nos privan de ellas.

Los reforzadores se definen por su capacidad para fortalecer (esto es, reforzar) la conducta. Por ejemplo, ser capaz de escuchar buena música refuerza la conducta de poner en marcha el equipo de música. Los reforzadores pueden ser también positivos o negativos (Baldwin y Baldwin, 1986). El refuerzo positivo se produce cuando la conducta provoca recompensas gratificantes, «que, de este modo, aumentan la probabilidad de que la conducta se repita en el futuro» (Bushell y Burgess, 1969: 28-29). En esta situación el actor es recompensado; por ejemplo, el vendedor llama a una puerta y consigue vender su producto. Los teóricos conductistas considerarían la venta como un refuerzo positivo *si* el vendedor llama luego a otras puertas con la esperanza de volver a tener éxito. Baldwin y Baldwin concluyen: «*Las personas suelen disfrutar el aprendizaje por medio del refuerzo positivo porque aumenta los efectos positivos y las experiencias gratificantes de su vida*» (1986: 15). El refuerzo negativo también aumenta la probabilidad de la ocurrencia futura de una conducta, pero adopta la forma de eliminar algo indeseado del entorno. Apagar una radio alta y ruidosa, por ejemplo, puede aumentar la capacidad de una persona para escribir o leer. En el futuro, la capacidad de una persona para escribir o leer aumenta una vez que la radio se ha apagado.

En nuestro análisis de los reforzadores examinaremos ahora los *castigos*: «Una consecuencia que disminuye la frecuencia de una respuesta que le precede es un *elemento de castigo*» (Bushell y Burgess, 1969: 29; véase también Baldwin y Baldwin, 1986: 25). Por ejemplo, una crítica o incluso una actitud crítica puede impedir que alguien repita un acto determinado. Sin embargo, un castigo para una persona puede constituir una recompensa para otra. Una persona que gusta de argumentar, por ejemplo, puede encontrar las críticas a su argumentación gratificadoras y puede expresar determinadas cosas con la intención de provocar esas críticas. Por eso, con el fin de determinar si algo constituye una recompensa o un castigo, debemos conocer la historia personal del individuo en cuestión, así como sus características psicológicas.

Los castigos, igual que los reforzadores, pueden ser positivos o negativos. Mientras los reforzadores fortalecen la conducta, los castigos reducen la fre-

cuencia de una respuesta. Un castigo positivo se da cuando la emisión de un estímulo no deseado suprime la conducta. Echar un reprimenda a un niño siempre que corre por la calle constituye un ejemplo de castigo positivo. El castigo es negativo cuando la conducta se suprime debido a la pérdida o eliminación de la recompensa. Esto se denomina *coste de respuesta*, o pérdida de los reforzadores. Si eliminamos o amenazamos con eliminar los privilegios de que disfruta un niño porque no quiere hacer las tareas domésticas, estamos empleando un castigo negativo. Don Bushell y Robert Burgess afirman que el coste de la respuesta «constituye el soporte principal de los procedimientos de control de las organizaciones sociales» (1969: 30). En lugar de dar recompensas o aumentar los castigos positivos, la mayoría de las organizaciones sociales prefieren eliminar, o amenazan con eliminar, las recompensas que las personas están disfrutando.

Como ya hemos señalado, la preocupación central de los sociólogos conductistas es la relación entre los actores y su entorno. Las relaciones de refuerzo-castigo entre los actores y su entorno ocurren según ciertas pautas, algunas de las cuales están determinadas naturalmente (como por ejemplo, la privación de comida) y otras socialmente. En la pauta más simple de esta relación, los refuerzos se producen tras todo acto. Esta pauta de conducta continuamente reforzada suele encontrarse en la infancia, donde, por ejemplo, el grito de un niño provoca la inmediata atención de los padres. Tal pauta no suele darse en la madurez. El refuerzo de los adultos suele ser mucho más intermitente y ocurre a un ritmo desigual. Los vendedores ambulantes no esperan que cada vez que llaman a una puerta consigan vender su producto; pero las llamadas a las puertas dan lugar a algunas ventas, algo que les mantiene en su puesto de trabajo. Si nunca fueran recompensados, su conducta de vendedor *se extinguiría* y dejarían de trabajar y actuar como vendedores. Curiosamente, la extinción de una conducta continuamente reforzada tiene mayor probabilidad de ocurrir que la de una conducta intermitentemente recompensada. Los vendedores terminan por acostumbrarse a la recompensa intermitente y desde su última venta hasta que se percatan de que tal vez no vuelvan a vender pasa bastante tiempo. Así, la extinción de su conducta de vendedor tarda bastante tiempo. Si fueran recompensados continuamente y de súbito sus recompensas cesaran, se mantendrían poco tiempo en su trabajo. Sus actividades cesarian antes que si recibieran recompensas intermitentes.

El refuerzo es mucho más complejo que la idea simple de hacer algo y recibir la reacción deseada (o indeseada). Muchas condiciones del entorno determinan la probabilidad de reforzar un acto determinado. Algunas condiciones hacen probable la respuesta, mientras otras disminuyen su probabilidad. Estas condiciones son cosas que en el pasado se asociaron al refuerzo o al castigo. Si, por ejemplo, la persona que realizaba el refuerzo llevó siempre algún tipo de uniforme, ese uniforme puede provocar una respuesta determinada aunque lo lleve otra persona. Asimismo, si un aula ha sido siempre relacionada con el castigo, ésta puede provocar una respuesta al castigo incluso si el estudiante es recompensado en esa misma aula. Este es el proceso por el que originalmente

los estímulos neutrales —por ejemplo, el uniforme— pasan a ser *reforzadores secundarios* o *condicionados*. Una vez transformado, un estímulo neutral puede convertirse en un reforzador positivo. Como el refuerzo ocurre raramente en el vacío, algunos refuerzos secundarios se relacionan inevitablemente con el original. De este modo, la cantidad de reforzadores se multiplica.

Aunque muchos reforzadores son específicos de una situación determinada, algunos son *reforzadores generalizados*. Bushell y Burgess los definen como reforzadores que

> tienen gran poder e importancia en los análisis sociales porque mantienen su eficacia en ausencia de cualquier privación específica. El término «generalizado» hace referencia al hecho de que estos estímulos representan o proporcionan acceso a una amplia serie de otros reforzadores, tanto incondicionados como condicionados, que pueden ser diferentes en función de las ocasiones y las personas.
>
> (Bushell y Burgess, 1969:38)

El dinero y el estatus constituyen buenos ejemplos de reforzadores generalizados. Pueden utilizarse para adquirir muchas otras cosas deseables. Como los reforzadores generalizados representan un conjunto de cosas diferentes, pasan a aumentar su grado de refuerzo. El sociólogo conductista considera que el individuo es difícil de saciar en términos de estos reforzadores generalizados. Grandes cantidades de dinero o de estatus no suelen mitigar el deseo de más y más cosas.

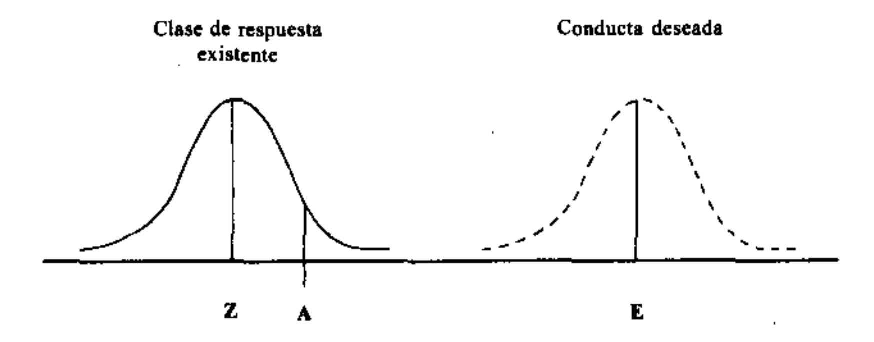



**Figura 7.1.** Modificación de la conducta: Conductas existente y deseada.

## Modificación de la conducta

Cuando se refuerza una respuesta, casi inevitablemente se refuerzan al mismo tiempo una serie de otras respuestas similares a la que ha sido recompensada. Este hecho permite al sociólogo conductista hablar de *formación sistemática de la conducta,* o *modificación de la conducta.* He aquí como John Baldwin y Janice Baldwin definen este fenómeno: «*La formación sistemática implica la modificación de la conducta en etapas de aproximación eficaz hacia una actua-*

*ción final preestablecida. En cada etapa, la conducta que más se aproxima a la actuación final sale reforzada»* (1986: 159). La Figura 7.1 ilustra este proceso.

Si una persona ya es capaz de realizar la conducta Z, esa conducta puede modificarse para alcanzar gradualmente la conducta E. Como poseemos una determinada recompensa, somos capaces de provocar la conducta Z en un individuo. Al provocar esta conducta, también provocamos una serie de conductas similares, incluyendo A. Supongamos que la conducta que realmente deseamos provocar es E. ¿Cómo logramos conseguir que nuestro hombre responda con la conducta E? Comenzamos por recompensar A, que ya está en nuestra lista de respuestas provocadas. Provocando repetidamente A, nos aproximamos al centro de la curva que hay más allá de A y llevamos las conductas más cerca de E, la conducta deseada, dentro de nuestro alcance. Por último provocamos la conducta E. El proceso se ilustra en la Figura 7.2.

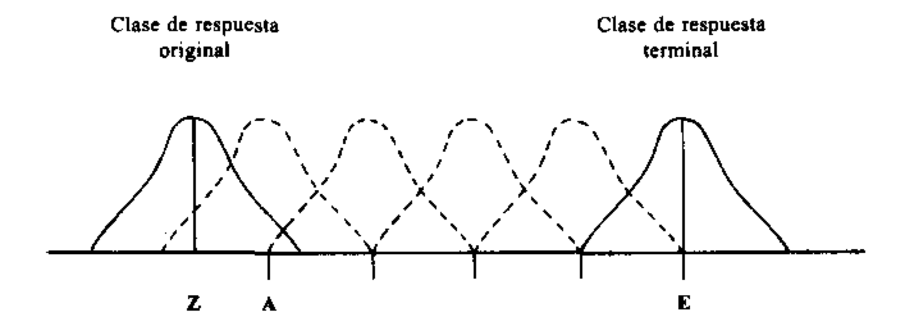



**Figura 7.2.** Modificación de la conducta: provocación de la conducta deseada.

El proceso de la modificación de la conducta ha sido adaptado a situaciones terapéuticas. La modificación de la conducta atraviesa un proceso de seis etapas:

1. Los terapeutas deben identificar las conductas finales específicas que quieren provocar.
2. Deben determinar la naturaleza de la clase de respuesta existente del individuo en cuestión; es decir, el tipo de conductas que están siendo provocadas y la distancia que existe entre ellas y la conducta deseada.
3. Los terapeutas deben construir un entorno de trabajo favorable: «Esto significa eliminar los estímulos que causan distracción, la posibilidad de conductas conflictivas o incompatibles, y proporcionar estímulos que son específicos de la respuesta deseada» (Bushell y Burgess, 1969: 43).
4. Los terapeutas deben motivar al individuo adquiriendo un reforzador eficaz. Aunque pueden utilizarse reforzadores específicos, deben emplearse con mayor frecuencia los reforzadores generales tales como el dinero, la atención social y el estatus social.

5. Los terapeutas deben comenzar el proceso de formación por medio del «refuerzo diferencial de las respuestas que más se aproximan a la etapa final» (Bushell y Burgess, 1969: 43-44).
6. Por último, cuando la modificación ha «comenzado», los terapeutas deben aplicar los reforzadores más intermitentemente. Al final, el refuerzo parece más un elemento procedente del mundo natural que un mecanismo artificial.

Las aplicaciones de la sociología conductista —por ejemplo, para la modificación de la conducta— la alejan de otras teorías sociológicas, entre ellas la teoría del intercambio. Si bien hay ejemplos como el de la escuela de las relaciones humanas en sociología industrial, cuyo objetivo es manipular procesos grupales con el fin de aumentar la productividad de los trabajadores, la sociología conductista tiene un carácter práctico y aplicado más marcado que cualquier otra teoría sociológica (Baldwin y Baldwin, 1986).

El análisis anterior hace referencia a la modificación intencional y planeada de la conducta. Sin embargo, de hecho, la mayoría de las modificaciones de la conducta se produce de manera no intencionada. Es decir, las personas emprenden cotidianamente acciones que modifican la conducta de otras personas.

## TEORIA DEL INTERCAMBIO

La teoría del intercambio constituye un esfuerzo por fusionar los principios del conductismo con otras ideas y aplicar el producto resultante a las preocupaciones de los sociólogos. Aunque la teoría del intercambio existe hace muchos años (Knox, 1963), experimentó un gran auge durante los años cincuenta y sesenta con la obra de George Homans (Beniger y Savory, 1981). La teoría del intercambio de Homans puede considerarse, al menos en parte, como una reacción contra el paradigma de los hechos sociales y sus teorías sociológicas, sobre todo contra el funcionalismo estructural.

### Homans y Durkheim

Homans (1969) se enfrentó a los funcionalistas estructurales atacando directa y abiertamente la obra de Emile Durkheim en tres aspectos: la cuestión de la emergencia, su idea de la psicología y su método de explicación. Homans admitía la idea de Durkheim de que durante la interacción emergían nuevos fenómenos. Juzgaba aceptable esta idea para los conductistas sociales. Sin embargo, ¿cómo podemos explicar lo que emerge de la interacción? Homans adoptó la postura de que no se requiere ninguna proposición nueva aparte de las que se refieren a la conducta individual. Afirmó que «todos los ejemplos normales de fenómenos sociales emergentes pueden explicarse fácil y rápidamente partiendo de proposiciones psicológicas» (Homans, 1969: 14). Así, mientras

Durkheim pensaba que las formas emergentes sólo podían explicarse en términos sociológicos, Homans creía que sólo podía hacerse mediante principios psicológicos.

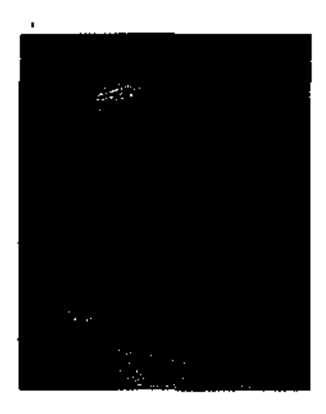
Homans señaló correctamente que la psicología que conoció Durkheim cuando escribió su obra a finales del siglo XIX era una psicología primitiva. La psicología de los tiempos de Durkheim se centraba principalmente en las formas instintivas de la conducta y presuponía que todos los individuos tenían la misma naturaleza humana. Así, Durkheim estaba en lo cierto al emprender la tarea de separar la sociología de la psicología de su época. «La sociología no es, ciertamente, un corolario del tipo de psicología que Durkheim conoció» (Homans, 1969: 18). Sin embargo, la psicología contemporánea es mucho más compleja y sofisticada que la de los tiempos de Durkheim; que Durkheim lograse en su época separar la psicología de la sociología no significa que esa hazaña pueda realizarse actualmente.

Finalmente, Homans atacó a Durkheim por su método de explicación. Homans señaló que para Durkheim algo quedaba explicado una vez identificada su causa o causas. Específicamente, un hecho social quedaba explicado cuando identificábamos los hechos sociales que lo causaban. Homans admitía que los hechos sociales suelen ser la causa de otros hechos sociales, pero este hallazgo no constituía para él una explicación. Desde su punto de vista, lo que había que explicar era la *relación* entre causa y efecto, por qué un hecho social causa otro hecho social. Homans pensaba que esa explicación había de ser inevitablemente psicológica. (Debe advertirse que cuando Homans utiliza el término psicológico lo que quiere decir es conductista: «la conducta del hombre como hombre», en sus propios términos.) La explicación de Homans de una causa y un efecto históricos es reveladora:

> La elevación de precios del siglo XVI, considerada por mí como un hecho social, constituyó ciertamente una causa determinante del movimiento de los cercamientos entre los propietarios ingleses. Pero si nuestra intención es construir una explicación de por qué esta causa particular tuvo su efecto particular, debemos decir que la elevación de los precios supuso para los propietarios ingleses una gran oportunidad tanto de obtener ganancias económicas como de correr enormes riesgos de pérdidas, que los cercamientos tendían a aumentar las ganancias y a impedir las pérdidas, que los propietarios identificaban estas ganancias como una recompensa (lo cual puede considerarse, si se quiere, un estado de la conciencia individual) y, finalmente, que los hombres suelen emprender acciones cuyos resultados se espera que sean gratificantes, proposición que constituye una proposición psicológica general, algo que no puedo repetir con demasiada frecuencia.
>
> (Homans, 1969: 19)

En consecuencia, las respuestas individuales (la conducta) siempre intervienen entre los hechos sociales. Homans afirmaba que los hechos sociales conducían a respuestas individuales que, a su vez, conducían a nuevos

## GEORGE CASPAR HOMANS: Reseña autobiográfica



Me convertí en sociólogo de una manera fortuita, como he descrito en otras publicaciones. [Para una autobiografía completa, véase Homans, 1984]. Mi trabajo sociológico comenzó en 1933 cuando conocí a los profesores Lawrence Henderson y Elton Mayo en la *Harvard Business School*. Henderson, bioquímico, estaba estudiando las características psicológicas del trabajo industrial, y Mayo, psicólogo, los factores humanos. En aquella época Mayo era el director de las famosas investigaciones de la Planta Hawthorne de la Western Electric Company en Chicago.

Participé en un curso de lecturas y debates dirigido por Mayo. Entre otros libros, Mayo pidió a sus alumnos que leyeran varias obras de renombrados antropólogos sociales tales como Malinowski, Radcliffe-Brown y Firth. Mayo quería que leyéramos esas obras para que comprendiéramos el modo en el que en las sociedades aborígenes, a diferencia de las sociedades modernas, los rituales sociales servían de soporte al trabajo productivo.

Comencé a interesarme por estos libros por una razón totalmente distinta. En aquellos días los antropólogos culturales dominaban los círculos intelectuales, y algunos de mis amigos, miembros también del grupo, como Clyde Kluckhohn, insistían en que cada cultura era única. A medida que leía los libros comencé a percatarme de que ciertas instituciones de las sociedades aborígenes se repetían en lugares y épocas tan distantes que era imposible que la semejanza fuera producto de un préstamo entre unas y otras. Las culturas no eran únicas y, lo que es más importante aún, sus semejanzas sólo podían explicarse sobre el supuesto de que la naturaleza humana era idéntica en todo el mundo. Los miembros de la especie humana que se mueven en circunstancias similares han creado instituciones similares de modo independiente. Esta idea no era popular en aquella época. Y dudo que lo sea hoy.

Por entonces también tuve conocimiento de varios trabajos concretos de «campo» sobre pequeños grupos humanos, tanto modernos como aborígenes. Cuando con ocasión de la Segunda Guerra Mundial fui llamado a filas en la Marina tuve ocasión de reflexionar sobre esta cuestión mientras miraba durante horas al mar. De repente me percaté de que algunos de estos estudios debían describirse en conceptos comunes y en pocos días esbocé un esquema conceptual.

Tras la guerra, de vuelta en Harvard, donde ocupaba una plaza permanente de profesor, comencé a trabajar en un libro que titularía más tarde *The Human Group* [El grupo humano], cuyo objetivo era aplicar mi esquema conceptual a los estudios en cuestión. En el curso de este trabajo llegué a la conclusión de que ese esquema conceptual podía resultar de utilidad sólo como punto de partida de una ciencia. Era preciso, pues, enunciar una serie

de proposiciones que relacionaran esos conceptos. En *The Human Group* enuncié algunas de estas proposiciones, que parecían ser válidas para los grupos que había elegido.

Conocía desde hacía tiempo al profesor Talcott Parsons y había mantenido una estrecha relación con él en el Departamento de Relaciones Sociales. La profesión sociológica le veneraba como su principal teórico. Decidí que lo que él llamaba teorías eran sólo esquemas conceptuales, y que una teoría no merecía tal nombre si no contenía al menos algunas proposiciones. Tras la lectura de varios libros de filosofía de la ciencia comencé a estar seguro de que mi idea era correcta.

Ahora bien, que una teoría contuviera proposiciones no era suficiente. Una teoría de un fenómeno debía constituir una explicación de él. La explicación consiste en mostrar que una o más proposiciones de un orden bajo de generalidad inferidas lógicamente de proposiciones más generales se aplican a lo que ha sido denominado condiciones dadas o parámetros límite. Expresé mi postura sobre esta cuestión en mi pequeño libro titulado *The Nature of Social Science* [La naturaleza de la ciencia social] (1967).

Entonces me pregunté a mí mismo qué proposiciones generales podía usar de esta manera para explicar las proposiciones empíricas que había enunciado en *The Human Group*; ciertas proposiciones me llamaron la atención cuando, más tarde, leí trabajos de campo y experimentales en el área de psicología social. Las proposiciones generales debían cumplir sólo una condición: conforme a mi principio original, debían referirse a los seres humanos individuales como miembros de una especie.

Por fortuna, estas proposiciones ya habían sido formuladas, y digo por fortuna porque no podría haberlas inventado por mí mismo. Eran las proposiciones de la psicología conductista enunciadas por mi viejo amigo B. F. Skinner y otros, que se aplicaban bien a las personas tanto si actuaban en solitario en el entorno físico como si interactuaban con otras personas. En las dos ediciones de mi libro *Social Behavior* [La conducta social] (1961, y la edición revisada de 1974), utilicé estas proposiciones para intentar explicar cómo, bajo determinadas condiciones apropiadas, estructuras sociales relativamente duraderas surgían y se mantenían a partir de la acción de individuos que no necesariamente se habían propuesto crearlas. En mi opinión, este es el problema intelectual más importante del que debe ocuparse la sociología.

Una vez creadas las estructuras, éstas influyen en la conducta de las personas que participan en ellas o entran en contacto con ellas. Pero estas influencias se explican por medio de las mismas proposiciones que han sido utilizadas para explicar la creación y el mantenimiento de las estructuras en primer lugar. Las estructuras sólo proporcionan nuevas condiciones dadas a las que aplicar las proposiciones. Mi sociología es fundamentalmente individualista y no colectivista.

[George Homans murió en 1989.]

hechos sociales. Sin embargo, el factor esencial es la conducta, no el hecho social.

## Homans y Lévi-Strauss

Homans no sólo reaccionó contra Durkheim, sino también contra quienes seguían la tradición durkheimiana. Peter P. Ekeh (1974) ha afirmado que la orientación de Homans se desarrolló directamente como una reacción contra la obra del antropólogo neodurkheimiano Claude Lévi-Strauss (Homans y Schneider, 1955). De hecho, contra lo que reaccionó Homans fue contra la versión neodurkheimiana de la teoría del intercambio de Lévi-Strauss. (Estudiaremos un aspecto muy diferente de la teoría de Lévi-Strauss en el Capítulo 9.) Comprenderemos mejor la teoría del intercambio de Homans si examinamos su reacción contra la orientación de Lévi-Strauss.

La postura básica de Ekeh es que la teoría del intercambio se derivó de dos tradiciones «incompatibles». Por un lado, Lévi-Strauss (1949) desarrolló su perspectiva de la teoría del intercambio dentro de la tradición colectivista francesa, cuyo principal exponente era Durkheim. Por otro lado, Homans era heredero de la tradición individualista británica, cuyo representante principal era Herbert Spencer. Dadas las marcadas diferencias entre estas orientaciones, no es sorprendente que Lévi-Strauss y Homans tuvieran imágenes completamente distintas de la teoría del intercambio. Desde el punto de vista de Ekeh, Lévi-Strauss fue el primero que desarrolló su orientación, y Homans formó sus propias ideas como reacción al intrincado colectivismo en la obra de Lévi-Strauss.

Atacando las ideas de Lévi-Strauss, Homans se creía luchando contra una versión nueva de la teoría durkheimiana, contra su enfoque sobre las colectividades y su tendencia a considerar no esencial al individuo. Homans calificaba la obra de Durkheim (y, por tanto, la de Lévi-Strauss) de asalto a «uno de los supuestos implícitos de la tradición intelectual occidental, la noción de que la naturaleza de los individuos determina finalmente la naturaleza de la sociedad» (1962: 8). Homans dijo del funcionalismo durkheimiano y de su énfasis en las funciones de los hechos sociales para la sociedad en su conjunto: «Recelé de él desde el principio sin saber por qué. Ha sido una astilla clavada en mi piel que me ha costado trabajo y tiempo sacar» (1962: 23). Y Homans logró sacarse la «astilla» del funcionalismo principalmente mediante su crítica a la teoría del intercambio neodurkheimiana de Lévi-Strauss: «La lectura de Lévi-Strauss... agotó finalmente su paciencia ante el funcionalismo de tipo durkheimiano» (Ekeh, 1974: 88).

Durkheim veía al actor constreñido por los hechos sociales, especialmente por la conciencia colectiva, pero Lévi-Strauss fue más lejos aún, porque creía en un *in*consciente colectivo, enterrado en las capas más profundas del hombre y desconocido por los propios actores. Desde el punto de vista de Homans, esta idea era aún más constrictiva, perniciosa y mistificadora que las ideas de Durkheim sobre la conciencia colectiva y los hechos sociales. Como Ekeh señaló: «En la

obra de Lévi-Strauss se asigna al individuo mucha menor importancia en los procesos sociales que en la sociología de Durkheim» (1974: 42). Con estas ideas en mente, pasemos a continuación a esbozar la teoría del intercambio de Lévi-Strauss y, lo que más nos importa aquí, la reacción crítica de Homans contra ella.

De acuerdo con Ekeh, Lévi-Strauss construyó su teoría del intercambio sobre dos supuestos básicos. Primero, pensaba que el intercambio social constituye un proceso distintivamente humano del que los animales inferiores no son capaces. De aquí se sigue que no podemos comprender el intercambio humano basándonos en la conducta de los animales no racionales. Los humanos son capaces de realizar una acción culturalmente dirigida, mientras los animales inferiores pueden sólo responder de forma natural. Asimismo, Lévi-Strauss creía que los actores eran capaces de una acción creativa y dinámica, mientras los animales se conducían de manera estática. Homans reaccionó señalando que no había una distinción clara entre los animales inferiores y los humanos. Por tanto, rechazaba todas las ideas de Lévi-Strauss sobre la especificidad de la conducta humana.

Segundo, Lévi-Strauss rechazaba la idea de que el intercambio humano pudiera explicarse en términos del interés individual. No negaba la posible implicación de éste, pero afirmaba que no era suficiente para el mantenimiento de las relaciones sociales basadas en el intercambio. Lévi-Strauss afirmaba que el intercambio social se mantenía por obra de fuerzas supraindividuales; es decir, fuerzas colectivas, culturales. Lévi-Strauss consideraba que el intercambio humano era más simbólico que basado en el interés individual.

La sociedad desempeña diversos papeles en el proceso de intercambio. Allí donde hay escasez, la sociedad debe intervenir para proporcionar reglas de conducta apropiadas que impidan la conducta humana destructiva. En algunas situaciones el intercambio social puede explicarse en términos de las expectativas sociales antes que por los beneficios que reciben los implicados en el intercambio. Este se realiza con el fin de inhibir el desarrollo de sentimientos negativos fragmentadores. Por ejemplo, las personas ofrecen un banquete de bodas más por tratarse de una costumbre que por el beneficio que suponen los regalos que se hacen. Finalmente, pueden desarrollarse costumbres en las que uno se sienta obligado a corresponder a la acción de otro no devolviéndosela, sino recompensando a una tercera parte. Por ejemplo, en lugar de corresponder a los padres por todo lo que han hecho, los hijos pueden entregar prestaciones similares a sus propios hijos. En general, Lévi-Strauss veía un *sistema moral de intercambio* más que el funcionamiento del interés individual.

Por supuesto, Homans rechazaba todas estas ideas. Se centró principalmente en los intercambios entre dos partes más que en formas societales de intercambio más complejas como el ejemplo anterior de los padres y los hijos. Y también rechazaba la importancia asignada al sistema moral, afirmando que la base del intercambio humano residía en el interés individual fundamentado en una combinación de necesidades psicológicas y económicas.

## Homans y el funcionalismo estructural

Además de estos ataques específicos contra Durkheim y Lévi-Strauss, Homans arremetió también contra la explicación funcionalista estructural de las *instituciones*, definidas por él como «pautas relativamente persistentes de conducta social a cuyo mantenimiento contribuyen las acciones de muchos hombres» (1969: 6). Afirmaba que en el análisis de las instituciones se habían utilizado cuatro tipos de explicación; las dos que él rechazaba guardan relación con el funcionalismo estructural.

El primer tipo de explicación es *estructural* y mantiene que una «institución determinada existe debido a su relación con otras instituciones de un sistema social» (1969: 6). Para Homans, la afirmación de que ciertas instituciones están relacionadas con otras no las explica. El segundo tipo de explicación es *funcional* y sostiene que «la institución existe porque la sociedad no podría sobrevivir o mantenerse en equilibrio sin ella» (Homans, 1969: 6). Esta es una forma vulgar de explicación funcional que ignora los trabajos modernos sobre el tema, como el de Robert Merton (1949/1968). Una vez calificada la explicación funcional de inconsistente, Homans la atacó:

> El problema de la explicación funcional en sociología no es una cuestión de principios, sino de práctica. De la proposición general típicamente funcionalista deducimos la conclusión lógica de que una sociedad fracasa si *no* posee instituciones del tipo *x*, sea cual sea este tipo. Pero hay sociedades en el mundo —unas pocas— que no han sobrevivido. De algunas de estas sociedades disponemos de información sobre su organización social antes de que desaparecieran, y se puede descartar que no poseyeran instituciones de tipo *x*. Si estas sociedades fracasaron, no se debió a que careciesen de instituciones sociales, a menos que la lucha contra el sarampión y el alcohol constituyan una institución. Es decir, hay escasa e inadecuada evidencia que pruebe la veracidad de las proposiciones generales del funcionalismo, y después de todo, la veracidad es lo que importa. Las dificultades pueden superarse y se pueden construir mejores enunciados acerca de las condiciones de supervivencia y equilibrio de cualquier sociedad, de las que extraer conclusiones verdaderas. Pero a pesar de los enormes esfuerzos que se realizan, nada hay de esta perspectiva. Cualquiera que sea su estatus en lo relativo a sus principios, la explicación funcional en sociología es virtualmente un fracaso en la práctica.
>
> (Homans, 1969: 9)

Si Homans hubiera escogido el paradigma funcional de Merton como blanco, en lugar de una forma vulgar de funcionalismo que ningún funcionalista contemporáneo apoyaría, podríamos considerarlo con mayor seriedad. Como apuntó hacia blancos fáciles, Homans logró concluir con facilidad que la explicación estructural no constituye, en ningún caso, una explicación, y que la explicación funcional es insatisfactoria, puesto que lleva tanto a conclusiones verdaderas como falsas.

Homans (1969) utilizó la etiqueta de *histórica* para distinguir el tercer tipo

de explicación de las instituciones. Esta explicación considera la institución como el producto final de un proceso histórico. Curiosamente, pensaba que la explicación histórica era, en lo fundamental, una explicación *psicológica*, su cuarto tipo de explicación. Consideraba ubicuo el cambio institucional y creía que su estudio era de la mayor importancia para la sociología. Cuando hacemos correctamente un análisis histórico, llegamos a la conclusión de que la explicación de este cambio reside en el nivel psicológico:

> Todas las instituciones humanas son productos de procesos de cambio histórico. De hecho, la mayoría de las instituciones cambian continuamente. Cuando disponemos de suficiente información sobre los hechos, algo que no suele ocurrir, incluso cuando comenzamos a explicar un cambio histórico y cuando intentamos construir las principales premisas de nuestros sistemas deductivos, hallamos que existen ciertas premisas cuyo uso no podemos evitar, y que estas premisas no son proposiciones sobre las interrelaciones de las instituciones —como en el caso de la explicación estructural—, o proposiciones sobre las condiciones para la supervivencia de las sociedades —como en la explicación funcional—, sino... proposiciones sobre la conducta de los hombres como hombres... Es decir, son proposiciones psicológicas: historia y psicología son idénticas en lo relativo a sus premisas fundamentales.
>
> (Homans, 1969: 11)

En suma, Homans señaló que a los sociólogos correspondía la tarea de explicar el cambio institucional, pero que toda exlicación del cambio debía ser, en lo fundamental, psicológica. Homans ilustró esta idea con la introducción de la maquinaria mecánica en la industria textil inglesa en el siglo XVIII. Acentuó la importancia sociológica de este evento debido a que constituyó uno de los primeros pasos de la Revolución Industrial, que condujo a la aparición de muchas de nuestras instituciones contemporáneas. Partió del aumento de las exportaciones de algodón inglés en el siglo XVIII:

> [Esto] condujo a un aumento de la demanda de la producción de hilo de algodón por parte de los empresarios industriales, una demanda que no podía cubrirse debido a la fuerza de trabajo existente, hilanderos que hilaban en tornos de mano, de modo que los salarios de los hilanderos comenzaron a aumentar amenazando así con la elevación del precio de la ropa y frenando de esta manera la expansión del mercado.
>
> (Homans, 1969: 10)

Pare evitar esta subida salarial, el aumento de los costes y de los precios y la reducción del mercado, los empresarios de la industria textil, que ya conocían la aplicación de máquinas mecánicas en otras industrias, desarrollaron máquinas mecánicas hidroalimentadas o de vapor que pudieran hilar varios hilos a la vez. Motivados por el aumento de las ganancias, muchos intentaron desarrollar este tipo de máquinas y algunos lo lograron.

Homans afirmaba que este proceso podía reducirse a un sistema deductivo

que explicaba la acción que emprendieron los empresarios. Este sistema deductivo, basado en principios psicológicos, era como sigue:

1. Los hombres suelen emprender acciones que piensan que probablemente producirán, en circunstancias dadas, resultados gratificadores.
2. Los empresarios eran hombres.
3. Como empresarios, lo más probable es que buscaran obtener un aumento de recompensas ventajosas para ellos (Homans, 1969).

Partiendo de su supuesto básico acerca de la naturaleza psicológica de los seres humanos, Homans afirmó que había explicado la aparición de las máquinas mecánicas en la industria textil inglesa dieciochesca. Utilizando este ejemplo Homans concluyó que el cambio histórico sólo podía explicarse mediante principios psicológicos. Homans expulsaba al funcionalismo estructural de la sociología y afirmaba que la verdadera sociología sólo podía basarse en principos psicológicos. Pero la intención de Homans no era sólo levantar polémica, sino que se esforzó por desarrollar una teoría basada en principios psicológicos.

## Proposiciones básicas de Homans

Aunque algunas proposiciones de Homans incluyen al menos dos individuos interactuantes, tuvo la cautela de advertir que sus proposiciones se basaban en principios psicológicos. De acuerdo con Homans, son psicológicas por dos razones. Primera, «suelen estar enunciadas y empíricamente verificadas por personas que se autodenominan psicólogos» (Homans, 1967: 39-40). Segunda y más importante, son psicológicas debido al nivel en el que analizan el individuo en la sociedad: «Son proposiciones acerca de la conducta de los seres humanos individuales, más que proposiciones acerca de grupos o sociedades como tales; y *la conducta de los hombres, como hombres*, suele ser considerada, por lo general, como el dominio de la psicología» (Homans, 1967: 40, cursivas añadidas). A resultas de esta postura, Homans admitió ser «lo que se ha dado en llamar con horrorosa expresión un reduccionista psicológico» (1974: 12). Para Homans, el reduccionismo psicológico es «el proceso de mostrar cómo las proposiciones de una ciencia dada [en este caso, la sociología] se deducen de forma lógica de las proposiciones más generales de otra ciencia dada [en este caso, la psicología]» (1984: 338).

Si bien Homans defendió los principios psicológicos, pensaba que no podía considerarse aislado al individuo. Admitió que las personas son sociales y que dedican una parte consirable de su tiempo a interactuar con otras personas. Intentó explicar la conducta social mediante principios psicológicos: «La postura que adopta [Homans] es que las proposiciones generales de la psicología, que son proposiciones acerca de los efectos de la conducta humana y de sus resultados, no cambian cuando los resultados proceden de otros hombres en lugar del entorno físico» (Homans, 1967: 59). Homans no negaba la postura durkheimiana de que algo nuevo emerge de la interacción. Afirmaba que las

propiedades emergentes podían explicarse mediante principios psicológicos; no se requerían proposiciones sociológicas nuevas para explicar los hechos sociales. Se sirvió del concepto sociológico básico de norma para ilustrar su argumento:

> El mejor ejemplo de hecho social es una norma social, y las normas de los grupos a los que pertenecen constriñen ciertamente la conducta para lograr la conformidad de muchos individuos. No se trata de la existencia del constreñimiento, sino de su explicación... La norma no constriñe automáticamente: los individuos la aprueban, cuando lo hacen, porque juzgan ventajoso aprobarla y es la psicología la que se ocupa del efecto sobre la conducta de la ventaja percibida.
>
> (Homans, 1967: 60)

En numerosas publicaciones Homans detalló un programa para, en sus propios términos, «hacer regresar a los hombres al primer plano de» la sociología, pero también se propuso desarrollar una teoría centrada en la psicología, en las personas y en las «formas elementales de la vida social». Esa teoría llegó a denominarse *teoría del intercambio*. De acuerdo con Homans, tal teoría «concibe la *conducta* social como un intercambio de actividad, tangible o intangible, y más o menos gratificante o costosa, entre, al menos, dos personas» (1961: 13; cursivas añadidas).

Con el ejemplo que hemos analizado más arriba, el deseo de Homans era explicar el desarrollo de la maquinaria mecánica en la industria textil y explicar así la Revolución Industrial mediante el principio psicológico de que las personas suelen emprender acciones que aumentan sus recompensas. En términos más generales, su versión de la teoría del intercambio constituye un intento de explicar la conducta social elemental en términos de recompensas y costes. Se sintió en parte motivado por la obra de los que operaban en el paradigma de los hechos sociales, en particular por la teoría estructural-funcional de su reconocido «colega y amigo» Talcott Parsons. Afirmaba que esa teoría «tenía todas las virtudes menos una: la de explicar algo» (Homans, 1961: 10). Para Homans, los funcionalistas estructurales habían hecho poco más que crear categorías y esquemas conceptuales. Homans admitía que una sociología científica requería tales categorías, pero la sociología «también precisaba una serie de proposiciones generales acerca de las relaciones entre esas categorías, porque sin esas proposiciones la explicación era imposible. ¡No existe explicación sin proposiciones!» (1974: 10). Por tanto, Homans se trazó el objetivo de desarrollar unas proposiciones en el nivel psicológico; estas constituían los pilares de la teoría del intercambio.

En *Social Behavior: Its Elementary Forms* [Conducta social: sus formas elementales] (1961, 1974)[7], Homans admite que su teoría del intercambio se

---

[7] Para el siguiente análisis utilizamos las dos ediciones del libro de Homans. No nos limitamos a la edición revisada porque muchos aspectos de la primera edición reflejan con mayor claridad la postura de Homans. En el prefacio de la edición revisada, señala que aunque constituye una revisión total, no había «alterado la esencia del argumento principal» (Homans, 1974: v). Así, creemos preferible hacer un uso simultáneo de ambas ediciones.

deriva de la psicología conductista, así como de la economía elemental. De hecho, Homans (1984) se lamentó de la denominación que recibió su teoría, «teoría del intercambio», porque más bien la consideraba como una psicología conductista aplicada a situaciones específicas. Homans comienza con un análisis de la ideas del exponente principal del paradigma conductista, B.F. Skinner, en particular del estudio de Skinner sobre las palomas [8]:

> Supongamos, pues, que una ingenua y joven paloma se encuentra enjaulada en el laboratorio. Uno de los instrumentos de su repertorio innato de conducta que utiliza para explorar su entorno es el pico. Confome va explorando su entorno picoteando, golpea un blanco rojo redondo y, cuando lo hace, el paciente psicólogo o una máquina automática le proporciona grano. La prueba es que aumenta la probabilidad de que la paloma vuelva a emitir esta conducta; es decir, no de que aumente la probabilidad de su picoteo, sino la de picar en el blanco. En el lenguaje de Skinner, la conducta de la paloma que picotea el blanco constituye un *operante*, y el operante ha sido *reforzado;* el grano constituye un *reforzador;* y la paloma ha emprendido la acción del *condicionamiento operante*. Si este lenguaje de Skinner lo tradujéramos a palabras familiares para todos, diríamos que la paloma había aprendido a picotear el blanco al ser recompensada por hacerlo.
>
> (Homans, 1961: 18)

A Skinner le interesaban las palomas, pero la especie que preocupaba a Homans era la humana. De acuerdo con Homans, las palomas de Skinner no habían emprendido una verdadera relación de intercambio con el psicólogo, mientras los intercambios humanos habían de producirse entre, al menos, dos personas. La conducta de la paloma había sido reforzada mediante el grano, pero el psicólogo no estaba siendo reforzado por los picoteos de la paloma. La paloma emprende el mismo tipo de relación con el psicólogo que con su entorno físico. Como no hay en esa relación reciprocidad, Homans la definió como *conducta individual*. Parece que Homans relegaba el estudio de este tipo de conducta al psicólogo, mientras creía que era tarea del sociólogo estudiar la conducta social «cuando la actividad de al menos cada uno de los dos animales refuerza (o castiga) la actividad del otro, y cuando de acuerdo con ello cada uno influye en el otro (1961: 30).

Sin embargo, es importante resaltar que, según Homans, no se requiere *ninguna proposición nueva* para explicar la conducta social como opuesta a la conducta individual. Las leyes de la conducta individual que desarrolló Skinner en su estudio de las palomas explican la conducta social en la medida en que tenemos en cuenta las complejidades del refuerzo mutuo. Sólo de mala gana admitió Homans que debía haber ido más allá de los principios derivados de Skinner.

En su obra teórica, Homans se limitó a la interacción social cotidiana. Sin

---

[8] Skinner también estudió otras especies, incluida la humana.

embargo, es evidente que creía que una sociología construida sobre sus principios explicaría, en última instancia, toda conducta social. He aquí el ejemplo que utiliza Homans para ilustrar el tipo de relación de intercambio que le interesaba:

> Supongamos que dos hombres están haciendo papeleo en una oficina. Conforme a las reglas de la oficina, cada uno debe hacer su trabajo por sí mismo o, si necesita ayuda, consultar a su supervisor. Uno de los hombres, a quien debemos llamar Persona, no sabe hacer bien su trabajo y lo haría mejor y más rápido si le ayudaran de vez en cuando. A pesar de lo que establecen las reglas, se muestra reticente a consultar al supervisor, ya que sería confesar su incompetencia y esto perjudicaría su oportunidad de ascender. Entonces acude a otro hombre, a quien llamaremos de momento Otro, y le pide ayuda. Ese Otro tiene más experiencia en el trabajo que Persona; puede realizar su trabajo bien y rápidamente y le sobra tiempo, y tiene razones para suponer que el supervisor no dejará su trabajo para comprobar si cumple las normas. Ese Otro ayuda a Persona y, a cambio, Persona da las gracias a Otro y expresa su aprobación. Las dos personas han intercambiado ayuda y aprobación.
>
> (Homans, 1961: 31-32)

Aunque Homans analizó finalmente conductas sociales más complejas, el objetivo inicial de su teoría del intercambio era operar en este nivel. Homans desarrolló varias proposiciones centrándose en este tipo de situaciones y basándose en los descubrimientos de Skinner. Estas proposiciones constituyen la base de su teoría del intercambio de la conducta social.

### Proposición del éxito

> Cuanto más sea recompensada la acción de una persona, tanto más probable es que ésta lleve a cabo esa acción.
>
> (Homans, 1974: 16)

Respecto del ejemplo de la relación Persona-Otro en la oficina, esta proposición significa que existe mayor probabilidad de que una persona pida consejo a otra si ha sido recompensada en el pasado con un consejo útil. Además, cuanto más frecuentemente ha recibido una persona consejos útiles en el pasado, más probable y frecuente será que pida más consejos. De modo similar, la otra persona estará más deseosa de dar consejos y los dará con mayor frecuencia si ha sido recompensada en el pasado con la aprobación de quien los ha recibido. En términos generales la conducta en la proposición de éxito implica tres fases: en primer lugar, la acción de una persona; en segundo, un resultado recompensado; y finalmente, una repetición de la acción original o, por lo menos, de una semejante en algunos aspectos.

Homans especificó una serie de cosas acerca de la proposición de éxito. Primera, aunque, por lo general, es cierto que el aumento de la frecuencia de las

recompensas conduce al aumento de la frecuencia de las acciones, esto no puede suceder indefinidamente. Llega un momento en que los individuos no pueden actuar con tanta frecuencia. Segunda, cuanto más corto es el intervalo entre conducta y recompensa, más probable es que una persona repita la conducta. Inversamente, largos intervalos entre conducta y recompensa disminuyen la probabilidad de repetición de la conducta.

Finalmente, según Homans esas recompensas intermitentes suelen provocar una conducta repetida con mayor frecuencia que las recompensas regulares. Las recompensas regulares conducen al hastío y la saciedad, mientras las recompensas intermitentes (como en caso del juego) suelen provocar conductas repetidas.

**Proposición del estímulo**

> Si el concurso de un determinado estímulo o de una serie de estímulos ha sido ocasión en el pasado de que la acción de una persona se haya visto recompensada, entonces cuanto más semejantes sean los actuales estímulos a los pasados, tanto más probable es que tal persona realice ahora esa acción u otra semejante.
>
> (Homans, 1974: 23)

Volvamos al ejemplo de Homans sobre la oficina: si, en el pasado, la Persona y el Otro consideraron gratificante dar y recibir consejo, entonces probablemente emprenderán acciones similares en situaciones semejantes futuras. Homans ofreció otro ejemplo aún más realista: «Un pescador que arroja su caña de pescar a una oscura poza y pesca un pez estará más dispuesto a volver a pescar en pozas oscuras» (1974: 23).

Homans se interesó por el proceso de la *generalización*, es decir, la tendencia a ampliar la conducta a circunstancias similares. En el ejemplo del pescador, un aspecto de generalización sería pasar de pescar en pozas oscuras a pescar en cualquier poza. De modo similar, el éxito de pescar un pez suele provocar el hecho de cambiar de un tipo de pesca a otro (por ejemplo, de pescar en agua dulce a hacerlo en agua salada) o incluso el hecho de cambiar de pescar a cazar. Sin embargo, el proceso de *discriminación* también es importante. Es decir, el actor puede pescar sólo en unas circunstancias específicas que se demostraron eficaces en el pasado.

Por un lado, si las condiciones en las que se produjo el éxito eran demasiado complejas, entonces lo más probable es que condiciones similares no estimulen esa conducta. Por otro, si el intervalo entre el estímulo crucial y la conducta requerida es largo, entonces lo más probable es que no estimule esa conducta. Un actor puede hacerse hipersensible a los estímulos, especialmente si les confiere gran valor. De hecho, el actor podría responder a estímulos irrelevantes hasta que se corrigiera la situación mediante fracasos repetidos. La vigilancia y la prevención de los individuos frente a los estímulos influye en todo lo anterior.

### Proposición del valor

> Cuanto más valioso sea el resultado de una acción para una persona, tanto más probable es que ésta realice esa acción.
>
> (Homans, 1974: 25)

En el ejemplo de la oficina, si los trabajadores consideran valiosas las recompensas que han recibido, entonces aumenta la probabilidad de que los actores repitan sus conductas. En esta cuestión, Homans introdujo los conceptos de recompensas y castigos. Las recompensas son acciones con valores positivos; un aumento de las recompensas probablemente provoque la conducta deseada. Los castigos son acciones con valores negativos; un aumento de los castigos implica que es menos probable que el actor manifieste conductas no deseadas. Homans creía que los castigos constituían un medio ineficaz para conseguir que las personas cambien su conducta, porque las personas pueden reaccionar de maneras indeseadas al castigo. Es preferible no recompensar la conducta indeseada; de este modo esa conducta finalmente se extingue. Las recompensas son claramente preferibles, pero deben suministrarse inmediatamente. Homans especificó que no se trata simplemente de una teoría hedonista; las recompensas pueden ser materiales (por ejemplo, dinero) o altruistas (por ejemplo, la ayuda a otros).

### Proposición de la privación-saciedad

> Cuanto más haya recibido una persona una recompensa determinada en un pasado inmediato, tanto menos valiosa le resultará toda unidad posterior de esa misma recompensa.
>
> (Homans, 1974: 29)

En la oficina, la Persona y el Otro se recompensan mutuamente dando y recibiendo consejo con tanta frecuencia, que llega un punto en el que las recompensas dejan de ser valiosas para ambos. El tiempo es un elemento crucial aquí; las personas suelen llegar a saciarse si reciben determinadas recompensas durante largos periodos de tiempo.

En el análisis de esta proposición, Homans definió otros dos conceptos cruciales: los costes y los beneficios.

El *coste* de toda conducta se define como las recompensas que se pierden cuando se realizan líneas alternativas de acción. El *beneficio* en el intercambio social se define como la proporción en la que las recompensas superan a los costes en los que se incurre. Esta última idea condujo a Homans a reformular la proposición de privación-saciedad del modo siguiente: «cuanto mayor es el beneficio que una persona recibe como resultado de su acción, más probable es que realice la acción» (1974: 31).

**Proposiciones de agresión-aprobación**

> *Proposición A*: Si una persona no recibe por su actividad la recompensa que esperaba o recibe un castigo que no esperaba, sentirá indignación, y al sentirse indignada, los efectos de una conducta agresiva le valdrán de recompensa.
>
> (Homans, 1974:37)

En el caso de la oficina, si la Persona no recibe el consejo esperado por ella y el Otro no recibe la aprobación prevista, entonces probablemente ambas personas se indignarán[9]. Es sorprendente encontrar los conceptos de frustración e indignación en la obra de Homans porque parecen hacer referencia a estados mentales. De hecho, Homans lo admitió: «Cuando una persona no recibe lo que espera, se dice que se frustra. Un conductista puro no haría referencia en ningún caso a las expectativas, porque la palabra parece referirse... a un estado mental» (1974: 31). Homans señaló después que la frustración de estas expectativas *no* necesitaba referirse únicamente a un estado interno. Puede también hacer referencia a «eventos enteramente externos» observables no sólo por la Persona sino también por otros extraños.

La proposición A acerca de la agresión-aprobación hace únicamente referencia a las emociones negativas, mientras la proposición B trata de las emociones positivas:

> *Proposición B*: Cuando la acción de una persona recibe la recompensa que espera, especialmente una recompensa mayor que la esperada, o no recibe el castigo previsto, se sentirá complacida; lo más probable es que realice la conducta aprobada, y los resultados de esa conducta se convierten en más valiosos para ella.
>
> (Homans, 1974: 39)

Por ejemplo, en la oficina, cuando Persona recibe el consejo que esperaba y el Otro recibe la aprobación que esperaba, ambos se sienten complacidos y aumenta la probabilidad de que den y reciban consejo. El consejo y la aprobación se convierten en algo más valioso para ambos.

**Proposición de la racionalidad**

> Al optar entre acciones alternativas, una persona suele elegir aquella para la que, tal y como percibió en algún momento, sea mayor el producto del valor, V, del resultado, multiplicado por la probabilidad, p, de obtenerlo.
>
> (Homans, 1974: 43)

---

[9] Aunque en la edición revisada Homans seguía denominando esta proposición «ley de justicia distributiva», desarrolló aún más el concepto. La *justicia distributiva* hace referencia a todas las recompensas y los costes que son distribuidos con justicia entre los individuos implicados. De hecho, Homans originalmente enunció la proposición así: «Cuanto más desventajas le supone a un hombre el fracaso de la norma de la justicia distributiva, más probable es que manifieste la conducta emocional que denominamos indignación» (1961: 75).

Mientras las anteriores proposiciones se basan sólidamente en el conductismo, la proposición de racionalidad muestra con claridad la influencia de la teoría económica de la elección racional sobre el enfoque de Homans. En términos económicos, los actores que actúan conforme a la proposición de la racionalidad están maximizando su utilidad.

Por lo general, las personas examinan y calculan las diversas acciones alternativas abiertas a ellas. Comparan la cantidad de recompensas relacionadas con cada línea de acción. También calculan la probabilidad de recibir realmente esas recompensas. Las recompensas con un valor alto se devaluarán si los actores creen poco probable su obtención. Por el contrario, las recompensas con valores bajos experimentarán un aumento de valor si son consideradas fáciles de obtener. Así, se produce una interacción entre el valor de la recompensa y la probabilidad de obtenerla. Las recompensas más deseadas son las que tienen un valor alto y son fáciles de conseguir. Las recompensas menos deseadas son las que no tienen apenas valor y son consideradas difíciles de obtener.

Homans relaciona la proposición de la racionalidad con las proposiciones del éxito, del estímulo y del valor. La proposición de la racionalidad nos indica si las personas realizarán o no una acción en función de sus percepciones de la probabilidad de éxito. Pero, ¿qué es lo que determina esta percepción? Homans afirma que las percepciones de la baja o alta probabilidad de éxito se basan en los éxitos pasados y en el grado de semejanza entre la situación presente y las situaciones pasadas en las que se obtuvieron ventajas. Sin embargo, la proposición de la racionalidad no nos sugiere por qué un actor confiere más valor a una recompensa que a otra; para ello hemos de recurrir a la proposición del valor. De este modo, Homans vincula su principio de la racionalidad con sus proposiciones más conductistas.

A fin de cuentas, la teoría de Homans considera al actor como un buscador racional de ganancias. Pero su teoría es débil en lo que se refiere a estados mentales y grandes estructuras. Por ejemplo, sobre la cuestión de la conciencia, Homans reconocía la necesidad de una «psicología más desarrollada» (1974: 45).

A pesar de esta debilidad, Homans fue un conductista que trabajó indiscutiblemente en el nivel de la conducta individual. Afirmó que las grandes estructuras podrían comprenderse si se entendiera adecuadamente la conducta social elemental. Mantenía que los procesos de intercambio eran «idénticos» en los niveles societal e individual, aunque daba por sentado que en el nivel societal «el modo en que se combinan los procesos fundamentales es más complejo» (Homans, 1974: 358).

La teoría del intercambio de Homans recibió duras críticas por parte de la sociología (véase, por ejemplo, Abrahamsson, 1970; Ekeh, 1974; Mitchell, 1978; Molm, 1981). Examinaremos las dos debilidades cruciales de la teoría de Homans, así como las críticas desarrolladas por otros sociólogos. Los problemas centrales de Homans son el hecho de no analizar los procesos mentales y su reticencia a ocuparse de los niveles cultural y social.

## Críticas a la teoría de la conciencia de Homans

Una crítica importante a la teoría de Homans es que no logró realizar un análisis adecuado de la conciencia. Bengt Abrahamsson, por ejemplo, señaló que Homans tendió a centrarse en las conductas abiertas y a ignorar las experiencias interiores de los actores: «Conocer la *experiencia* de los individuos y sus percepciones de las recompensas de ciertos actos suele ser muy importante para comprender y predecir su conducta» (1970: 283). Jack N. Mitchell también criticó el reduccionismo de Homans y su omisión de un análisis de la dinámica de la conciencia: «Toda teoría cuya intención es explicar o "captar" la naturaleza de la conducta social del hombre no puede suponer explícita o tácitamente que la interacción es simplemente el resultado de la racionalidad de las necesidades —biológicas o psicológicas— o de los procesos económicos. Lo que brilla por su ausencia... es una concepción de la... incertidumbre, los problemas y la negociación» (1978: 81). Para superar las limitaciones de la teoría del intercambio en el análisis de la conciencia, Mitchell abogó por la incorporación a la teoría del intercambio de ideas derivadas de la obra de los que trabajan en el paradigma de la definición social como Goffman y Garfinkel.

## Críticas a la teoría de la sociedad y la cultura de Homans

Ekeh (1974), por ejemplo, criticó a Homans por centrarse únicamente en el intercambio diádico o entre dos personas y por restar importancia a las pautas societales de intercambio. Ekeh también criticó a Homans por ignorar las normas y los valores que configuran simbólicamente las relaciones de intercambio. Sin embargo, la crítica de Talcott Parsons, desde el punto de vista del sociólogo que trabaja en el paradigma de los hechos sociales, es la que mejor ilustra los problemas de la obra de Homans en el nivel societal.

**Parsons frente a Homans.** Parsons identificó con precisión dos diferencias básicas entre Homans y él. Primera, mantenía que Homans tendía a «empañar» la diferencia entre la conducta de las personas y la de los animales inferiores. Sin embargo, Parsons identificaba una clara línea divisoria. Para Parsons, los principios que se utilizan para explicar la conducta humana eran cualitativamente diferentes de los empleados para explicar la conducta animal. Parsons objetó que Homans se basase en el estudio de las palomas de Skinner para derivar los principios del intercambio humano.

La segunda objeción de Parsons es más importante aún: «Las formulaciones más generales aplicables a los hombres como hombres (que para *mí* son principios de la *acción*, más que principios psicológicos) *no* bastan para explicar... los complejos subsistemas de la acción» (1964: 216). En otras palabras, los principios psicológicos no explican y no pueden explicar los hechos sociales. Homans fue incapaz de mostrar cómo se aplicaban los principios psicológicos en el nivel societal. Como Parsons señaló: «Homans tiene ahora la obliga-

ción de mostrar cómo explican sus principios psicológicos los principales rasgos estructurales de los grandes sistemas sociales» (1964: 216). Parsons concluyó que si lo hubiera intentado, habría fracasado inevitablemente, porque los hechos sociales constituyen variables capaces de explicar y ser explicadas sin referencia a los principios psicológicos de Homans:

> La alternativa a este planteamiento [el de Homans] es considerar las unidades actuantes como parte de sistemas organizados que tienen propiedades distintas a las atribuidas a... la... interacción entre los «hombres como hombres». Tienen lenguajes, valores culturales, sistemas legales, diversos tipos de normas institucionales y medios generalizados. La conducta concreta no es simplemente una función de las propiedades elementales, sino de los diversos tipos de sistemas, de sus diversas estructuras y de los procesos que tienen lugar en ellas. Desde este punto de vista, es bastante más legítimo preocuparse primero por la organización de los sistemas complejos... antes de derivar sus propiedades de principios elementales.
>
> (Parsons, 1964: 219)

En su respuesta a Parsons, Homans señaló que la cuestión clave consistía en las explicaciones de las estructuras y las instituciones de las sociedades complejas: «He aquí el meollo de la cuestión. Parsons cree que las proposiciones psicológicas no bastan para explicarlas, pero yo pienso que sí» (1971: 375). Homans reconocía que de la interacción emergían hechos sociales, pero pensaba que podían explicarse mediante principios psicológicos. Por el contrario, Parsons pensaba que sólo los hechos sociales podían explicar otros hechos sociales.

Homans contestó a la crítica de Parsons y otros dirigiendo su ataque hacia los que trabajaban en el paradigma de los hechos sociales:

> Dejémosles, por tanto, especificar qué propiedades de la conducta social consideran emergentes y demostrar, mediante la construcción de sistemas deductivos apropiados, cómo se proponen explicarlas sin hacer uso de proposiciones psicológicas. Yo garantizo que mostraré que sus explicaciones no explican, o que utilizan proposiciones psicológicas, sea cual sea la forma que adopten.
>
> (Homans, 1971: 376)

Ambos pensadores intercambiaron críticas y réplicas proclamando que la teoría de su oponente tenía escasa capacidad de explicación. En respuesta a la crítica de Parsons de que tenía la obligación de mostrar cómo sus principios podían explicar los rasgos estructurales de las grandes sociedades, Homans señaló: «No tengo más obligaciones que Parsons, quien no ha mostrado el modo en que sus principios explican la existencia de estos rasgos estructurales principales. En efecto, no queda del todo claro cuáles *son* sus principios (1971: 376)». Nos dejaron, pues, una polémica sin resolver: Parsons seguía afirmando que Homans no había explicado la estructura y Homans insistiendo en que Parsons tampoco lo había hecho. Sin embargo, su debate clarifica las diferencias princi-

pales entre el paradigma de los hechos sociales y el de la conducta social en general, y entre el funcionalismo estructural y la teoría del intercambio, en particular.

## Teoría integrada del intercambio de Blau

Mientras Homans y Parsons sólo declararon las diferencias que los separaban, Peter Blau (1964) fue más lejos en su esfuerzo por desarrollar una teoría del intercambio que combinara el conductismo social y el paradigma de los hechos sociales. (Examinaremos otro aspecto harto diferente de la teorización de Blau en el Capítulo 9.) La meta de Blau era «contribuir a una comprensión de la estructura social sobre la base de un análisis de los procesos sociales que rigen las relaciones entre los individuos y los grupos. La cuestión básica... es cómo se llega a organizar la vida social en estructuras cada vez más complejas de asociaciones entre personas» (1964: 2).

La intención de Blau, tal y como la manifiesta aquí, era ir más allá de la preocupación de Homans por las formas elementales de la vida social y analizar estructuras complejas. Homans se contentó con trabajar en el nivel conductista, pero Blau consideró el trabajo de Homans sólo como un medio para alcanzar un fin más lejano: «el principal propósito sociológico de estudiar los procesos de interacción directa es poner los fundamentos para una comprensión de las estructuras sociales que aparecen y de las fuerzas sociales emergentes que caracterizan su desarrollo» (1964: 13) [10].

Blau se centró en el proceso del intercambio, que, desde su punto de vista, gobernaba la mayor parte de la conducta humana y constituía la base de las relaciones tanto entre los individuos como entre los grupos. En efecto, Blau percibía una secuencia de cuatro fases que parten del intercambio interpersonal para producir la estructura social y el cambio social:

Fase 1: Las transacciones personales de intercambio entre personas dan lugar a...
Fase 2: La diferenciación de estatus y poder, que conduce a...
Fase 3: La legitimación y la organización, que siembra las semillas de...
Fase 4: La oposición y el cambio.

En el nivel individual, Blau y Homans se interesaron por procesos similares. Sin embargo, el concepto de intercambio social de Blau se limita a acciones contingentes, acciones que dependen de reacciones gratificantes por parte de otros, acciones que cesan cuando las reacciones esperadas no se producen. Las personas sienten atracción entre ellas por una variedad de razones que les inducen a establecer asociaciones sociales. Una vez forjados los vínculos iniciales,

[10] Es interesante mencionar que Blau (1987b) ya no acepta la idea de construir una macroteoría sobre una base micro.

las recompensas que se dan unas a otras sirven para mantener y reforzar esos vínculos. Lo contrario también es posible: las recompensas insuficientes conducen al debilitamiento y a la fragmentación de la asociación. Las recompensas que se intercambian pueden ser intrínsecas (por ejemplo, amor, afecto, respeto) o extrínsecas (por ejemplo, dinero, trabajo físico). Las partes no siempre pueden proporcionarse recompensas idénticas; cuando hay desigualdad en el intercambio, emerge una diferencia de poder dentro de la asociación.

Cuando una parte necesita algo de otra, pero no tiene nada comparable que ofrecer a cambio, dispone de cuatro alternativas. En primer lugar, la primera parte puede obligar a la segunda a que la ayude. Segunda, puede identificar otra fuente para obtener lo que necesita. Tercera, puede intentar seguir existiendo sin eso que necesita de la otra parte. Finalmente, y esta es la alternativa más importante, puede someterse a la otra parte dándole así un «crédito generalizado» en su relación con ella; la otra parte, entonces, puede remitirse a este crédito cuando necesite algo de la primera parte. (Esta última alternativa es, por supuesto, la característica esencial del poder.)

En lo tocante a esta cuestión la postura de Blau es similar a la de Homans, pero Blau extendió su teoría al nivel de los hechos sociales. Señaló, por ejemplo, que no podemos analizar procesos de interacción social si no lo hacemos partiendo de la estructura social que los rodea. La estructura social emerge de la interacción social, pero una vez que esto sucede, la estructura social adquiere una vida propia e influye en el proceso de la interacción.

La interacción social existe en primer lugar dentro de los grupos sociales. Las personas se sienten atraídas hacia un grupo cuando perciben que su relación con ese grupo ofrece más recompensas que con cualquier otro. Como se sienten atraídas hacia el grupo, desean que el grupo las acepte. Para lograrlo, deben ofrecer recompensas a los miembros del grupo. Esto implica impresionar a los miembros del grupo mostrándoles que su asociación con gente nueva será gratificante. La relación con los miembros del grupo se consolidará cuando los recién incorporados hayan logrado impresionar al grupo y sus miembros reciban las recompensas esperadas.

Por lo general, los esfuerzos de los recién incorporados para impresionar a los miembros del grupo refuerzan la cohesión del grupo, pero puede surgir la competencia y, en última instancia, la diferenciación social cuando demasiadas personas se proponen impresionar mostrando su capacidad de recompensar.

La paradoja aquí es que aunque los miembros del grupo con capacidad de impresionar pueden ser asociados atractivos, sus características que impresionan también pueden provocar temor a la dependencia en otros miembros del grupo y causar que sólo reconozcan su atractivo de forma reticente. En las primeras fases de la formación del grupo, la competencia por el reconocimiento social entre los miembros del grupo constituye realmente algo similar a una prueba cinematográfica para los líderes potenciales del grupo. Los que son más capaces de recompensar son los que tienen más probabilidades de alcanzar po-

siciones de liderazgo. Los miembros del grupo con menor capacidad de recompensar desean seguir recibiendo las recompensas que ofrecen los líderes potenciales, y esto, por lo común, compensa sus miedos de dependencia. Por último, los individuos con mayor capacidad de recompensar emergen como líderes, y el grupo queda diferenciado.

La diferenciación inevitable del grupo en líderes y seguidores crea una renovada necesidad de integración. Una vez que han reconocido el estatus del líder, los seguidores sienten más necesidad de integración. Al principio, los seguidores hicieron gala de su capacidad de impresionar. Ahora, para lograr la integración con sus compañeros, manifiestan su debilidad. Esto es, en efecto, una declaración pública de que ya no necesitan ser líderes. Esta autodesaprobación conduce a la solidaridad y a la aceptación social por parte de los otros. En este momento el líder (o líderes) también emprende cierta autodesaprobación con el fin de aumentar la integración general del grupo. Con su reconocimiento de la superioridad de sus subordinados en algunos aspectos, el líder reduce los inconvenientes de la subordinación y demuestra que no desea controlar todos los aspectos de la vida grupal. Este tipo de fuerzas sirve para volver a integrar el grupo a pesar de su nuevo y diferenciado estatus.

Todas estas ideas recuerdan el análisis de la teoría del intercambio de Homans. Sin embargo, Blau se trasladó al nivel societal y distinguió entre dos tipos de organización social. Los teóricos del intercambio y los sociólogos conductistas reconocían también la emergencia, pero en lo tocante a esta cuestión, existe, como veremos, una diferencia básica entre Blau y los conductistas sociales «más puros». El primer tipo —donde Blau reconocía las propiedades emergentes de los grupos sociales— emerge de los procesos de intercambio y la competencia que acabamos de analizar. El segundo tipo de organización social no emerge, sino que se establece de modo manifiesto para alcanzar objetivos específicos, como por ejemplo, la fabricación de bienes para venderlos con el fin de obtener una ganancia, la participación en torneos de bolos, la iniciación de una negociación colectiva y la obtención de victorias políticas. Al emprender el análisis de estos dos tipos de organización, Blau fue claramente más allá del de «las formas elementales de la conducta social», la preocupación central de los conductistas sociales.

Además de analizar estas organizaciones, Blau se ocupó de los subgrupos que existían en ellas. Por ejemplo, afirmaba que en ambos tipos de organización podían hallarse grupos de liderazgo y de oposición. En el primer tipo, estos dos grupos emergían de los procesos de interacción. En el segundo, los grupos de liderazgo y de oposición se formaban dentro de la estructura de la organización. En ambos casos, la diferenciación entre los grupos era inevitable, algo que sienta las bases para la aparición de oposición y conflicto dentro de la organización entre líderes y seguidores.

Blau sabía que el hecho de ir más allá de las formas elementales de la conducta de Homans para analizar las estructuras sociales complejas le obligaba a adaptar la teoría del intercambio al nivel societal. Blau identificó la diferencia

esencial entre los pequeños grupos y las grandes colectividades, mientras Homans minimizó esta diferencia en su esfuerzo por explicar toda conducta social en términos de principios psicológicos básicos.

> Las estructuras sociales complejas que caracterizan a las grandes colectividades difieren fundamentalmente de las estructuras más simples de los grupos pequeños. En el transcurso de la interacción social entre los miembros de un grupo pequeño se desarrolla una estructura de relaciones sociales. Dado que entre la mayoría de los miembros de una gran comunidad o de una sociedad entera no existe interacción social directa, tiene que haber algún otro mecanismo diferente que sirva de mediador en la estructura de las relaciones sociales entre ellos.
>
> (Blau, 1964: 253)

Es preciso que analicemos estas palabras. Por un lado, Blau descartaba claramente el conductismo social como un paradigma adecuado para analizar estructuras sociales complejas. Por otro, descartaba el paradigma de la definición social porque él creía que la interacción social y las definiciones sociales que la acompañan no se producen directamente en las grandes organizaciones. Así, partiendo del paradigma de la conducta social, Blau se alineó con el paradigma de los hechos sociales cuando analizó las estructuras sociales más complejas.

Para Blau, los mecanismos que median entre las estructuras sociales complejas eran las normas y los valores (el consenso valorativo) que existen en el seno de la sociedad:

> Los valores y las normas sobre los que existe consenso sirven como medios de la vida social y como vínculos mediadores de las transacciones sociales. Hacen que sea posible el intercambio social indirecto y rigen los procesos de integración social y de diferenciación social en las estructuras complejas así como el desarrollo de la organización y reorganización social dentro de ellas.
>
> (Blau, 1964: 255)

Otros mecanismos median entre las estructuras sociales, pero Blau se centró en el consenso valorativo. Analizó en primer lugar las normas sociales y señaló que sustituían el intercambio indirecto por el directo. Un miembro acepta la norma del grupo y recibe aprobación por su conformidad, y una aprobación implícita por el hecho de que la conformidad contribuye al mantenimiento y la estabilidad del grupo. En otras palabras, el grupo o colectividad emprende una relación de intercambio con el individuo. Esta idea se opone a la noción más simple de Homans sobre el intercambio personal. Blau ofreció algunos ejemplos de intercambio entre colectividad e individuo que sustituía al intercambio entre individuo e individuo:

> ...en las organizaciones formales, los miembros que ocupan una posición superior no ayudan a los miembros que ocupan una posición inferior en su trabajo a cambio de las recompensas que reciben de ellos, sino que más bien la provisión de tal

> ayuda es la obligación oficial de los miembros de posición superior, y a cambio de satisfacer estas obligaciones reciben recompensas económicas de la compañía.
>
> La filantropía organizada proporciona otro ejemplo de intercambio social indirecto. En oposición de los regalos de la antigua dama que llevaba sus cestas a los pobres y recibía su gratitud y su aprecio, en las organizaciones contemporáneas de caridad no hay contacto directo ni intercambio entre los donantes individuales y los receptores. Los hombres de negocios adinerados y los miembros de la clase alta hacen contribuciones filantrópicas para adecuarse a las expectativas normativas que predominan en su clase social y para ganar la aprobación social de sus iguales, no para ganar la gratitud de los individuos que se benefician de su caridad.
>
> (Blau, 1964:260)

En su formulación, el concepto de norma traslada a Blau hasta el nivel del intercambio entre individuo y colectividad, pero el concepto de valor le lleva al nivel societal y al análisis de la relación *entre colectividades*. Blau señaló:

> Los valores comunes de diversos tipos se pueden concebir como medios de transacciones sociales que amplían el alcance de la interacción social y la estructura de las relaciones sociales a través del espacio y del tiempo social. El consenso sobre los valores sociales sirve de base para extender la gama de transacciones sociales más allá de los límites de los contactos sociales directos y para perpetuar las estructuras sociales más allá del ciclo vital de los seres humanos. Los estándares valorativos se pueden considerar como medios de la vida social en dos sentidos del término: el contexto valorativo es el medio que moldea la forma de las relaciones sociales, y los valores comunes son los vínculos mediadores de las asociaciones sociales y de las transacciones sociales a gran escala.
>
> (Blau, 1964: 263-264)

En opinión de Blau existen cuatro tipos básicos de valores, cada uno de los cuales cumple diferentes funciones. En primer lugar están los valores *particularistas*, que constituyen los medios para la integración y la solidaridad. Estos valores sirven para unir a los miembros de un grupo en torno a cuestiones tales como el patriotismo, la buena labor de la escuela o de la empresa. Se consideran muy similares, en el nivel colectivo, a los sentimientos de atracción personal que unen a los individuos en la interacción cara a cara. Sin embargo, extienden los lazos integradores más allá de la mera atracción personal. Los valores particularistas también marcan la diferencia entre los que pertenecen al grupo y los que no pertenecen, aumentando así su función unificadora.

El segundo tipo son los valores *universalistas*. Estos son criterios por los que se estima el valor relativo de las diversas cosas que pueden intercambiarse. La existencia de estos criterios permite la posibilidad de intercambio indirecto.

Un individuo hace una contribución a un segmento de una comunidad, y son los valores universalistas los que permiten a la comunidad estimar el valor de la contribución y recompensar al individuo de una manera apropiada (por ejemplo, atribuyéndole un estatus social más alto).

Los valores que *legitiman la autoridad* constituyen el tercer tipo. El sistema de valores que confiere a ciertas personas (por ejemplo, jefes, presidentes) más poder que a los demás aumenta el alcance del control social organizado. Este tipo guarda relación con el cuarto tipo de valores, los valores de *oposición*. Los valores de oposición (o revolucionarios) permiten una mayor difusión del sentimiento de necesidad de cambio que la que es posible mediante el contacto personal entre los que se oponen al orden establecido. Estos valores (por ejemplo, el socialismo y el anarquismo en una sociedad capitalista) legitiman la oposición a aquellos cuyo poder queda legitimado por los valores de autoridad.

Los cuatro tipos de valores de Blau nos llevan mucho más allá de la versión de Homans de la teoría del intercambio. El individuo y la conducta individual, la preocupación más importante de Homans, desaparecen prácticamente en la concepción de Blau. Una amplia y diversa serie de *hechos sociales* ocupan el lugar del individuo. Por ejemplo, Blau analizó los grupos, las organizaciones, las colectividades, las sociedades, las normas y los valores. El análisis de Blau se ocupa de lo que mantiene unidas a las grandes unidades sociales y lo que las distingue, preocupaciones tradicionales del paradigma de los hechos sociales.

Aunque Blau señaló que su objetivo era simplemente desarrollar la teoría del intercambio en un nivel societal, al hacerlo la deformó tanto que casi no se la podía reconocer como tal teoría. Se vio incluso en la obligación de admitir que los procesos en el nivel societal eran fundamentalmente diferentes de los que se producen en el nivel individual. En su esfuerzo por ampliar la teoría del intercambio Blau la transformó en otra teoría que encajaba en el paradigma de los hechos sociales. Parece que Blau reconocía que la teoría del intercambio debía centrarse fundamentalmente en las relaciones directas. A resultas de lo cual, su teoría requería complementarse con otras orientaciones teóricas que se centran principalmente en las macroestructuras. Blau (1987b) llegó a admitirlo, y su última obra (véase el Capítulo 9) se sitúa en el nivel macro, se centra en los fenómenos estructurales.

## CRITICAS A LAS TEORIAS CONDUCTISTAS Y REPLICAS

Debido a sus raíces fuera de la sociología, la sociología conductista y la teoría del intercambio han recibido numerosas críticas.

Un buen ejemplo de rechazo general de estas teorías lo constituyen las siguientes palabras:

> Muchos científicos demuestran tener un enorme talento e incluso se regocijan cuando descubren que algunas conductas humanas pueden explicarse de una manera no

humana recurriendo bien a un modelo animal, bien a un modelo completamente mecánico... Cuando se escriba la historia de la ciencia social actual, será en lo fundamental una historia que la tratará como si fuera alguna otra cosa y en la que quedará manifiesto el intento de apartarla de las propiedades humanas de los seres humanos, o será la historia de la extraña fe de los científicos en que es posible medir con precisión el estímulo y la respuesta para el refuerzo de la conducta humana.

(Back, 1970: 1100)

El ensayo de Linda Molm (1981) constituye un resumen útil de las críticas específicas que se han hecho a las teoría conductistas, así como de las réplicas a estas críticas. La postura básica de Molm es que el conductismo social constituye una forma legítima de sociología, la cual no es tan diferente de otros enfoques sociológicos como muchos creen. Molm acusó tanto a los conductistas como a sus oponentes de distorsionar la visión de esta perspectiva. «En el intento de establecer la perspectiva conductista como un enfoque distintivo, los sociólogos conductistas tendieron a acentuar sus diferencias frente a otros sociólogos y estas diferencias fueron, en algunos casos, distorsionadas en el transcurso del debate y convertidas en abismos enormes» (1981: 153). Concluía en su ensayo que las diferencias que la distinguían de otras teorías sociológicas «se basaban más en una comprensión errónea que en un hecho» (1981: 154). Es en el contexto de esta idea de comprensión errónea que rodea al conductismo sociológico en el que Molm analizó tres críticas básicas.

La primera crítica es que el conductismo social es reduccionista porque se centra en la conducta individual. Desde su punto de vista, esto no es cierto en el caso de los macroconductistas (como Blau), pero es aún menos cierto en el caso de los sociólogos microconductistas. Aunque admitía que los psicólogos conductistas eran reduccionistas, afirmaba que los sociólogos conductistas no lo eran.

Los psicólogos conductistas «estudian el modo en que la conducta de un único sujeto es influida por contingencias *individuales* o independientes: relaciones en las que los reforzadores del individuo son contingentes únicamente sobre su propia conducta» (Molm, 1981: 154). A diferencia de éstos, los sociólogos conductistas «estudian el modo en que las conductas de dos o más sujetos son conjuntamente influidas por contingencias *sociales* mutuas: relaciones en las que los reforzadores de cada persona son, al menos, parcialmente contingentes en función de las conductas de una o más personas» (Molm, 1981: 154).

Mientras Homans y otros puristas se centran en el modo en que la conducta individual se ve influida por la conducta de otra persona, muchos sociólogos conductistas «se preguntan el modo en que la *relación* entre las *conductas* de las personas se ve influida por la *relación* entre sus *conductas y recompensas*» (Molm, 1981:155). Los conductistas sociales no son reduccionistas porque analizan las «*relaciones estructurales* entre las personas, y por tanto están claramente dentro del dominio de la sociología. No constituyen características de los indi-

viduos o una suma de características individuales; son, en verdad, variables *relacionales*» (Molm, 1981: 155).

De hecho, Molm llegó incluso a afirmar que el conductismo social es, en realidad, menos reduccionista que otras teorías sociológicas:

> El estudio de los sociólogos conductistas del comportamiento diádico o grupal se opone radicalmente a una buena parte de la psicología social y de la sociología estructural contemporáneas, en las que el individuo constituye la unidad de análisis y se estudian variables agregadas y no relacionales. Al mismo tiempo, debería ser evidente que los sociólogos conductistas que estudian las contingencias sociales *están* estudiando variables estructurales, aunque se trate de microestructuras.
>
> (Molm, 1981: 156)

Molm está en lo cierto cuando afirma que una buena parte del resto de la sociología es reduccionista al afrontar la investigación empírica (Akers, 1981; McPhail, 1981), pero esto no constituye una defensa sólida contra el reduccionismo del conductismo. Robert Perinbanayagam señaló lo mismo cuando afirmó que la postura de Molm «difícilmente refuta la crítica: la acusación de reduccionismo se aplica cuando las variables explicativas clave no explican la emergencia de las propiedades de las interacciones, intercambios, grupos e incluso las situaciones» (1981: 168). Incluso en un libro de Cook (1987a) sobre teoría del intercambio, cuyo fin declarado es moverse hacia los niveles macro, J. Turner (1987) concluye: «Los capítulos de este volumen son decididamente micro».

La segunda crítica a la sociología conductista es que deja muchas cosas sin explicar, especialmente las normas y los valores. Por un lado, Molm afirmó que los conductistas (Stolte, 1987) no han realizado una tarea peor que la de otros sociólogos. Por otro, adujo que sí habían desarrollado una teoría de la formación de las normas y los valores, aunque en su opinión se trataba de una teoría muy cuestionable que extiende los principios conductistas individuales a las grandes unidades sociales: «Para comprender la formación de las normas, debemos examinar la historia del aprendizaje del grupo, la institución o la cultura en cuestión, del mismo modo que debemos analizar la historia del aprendizaje de un individuo para comprender la conducta individual» (Molm, 1981: 158).

La tercera crítica al conductismo social es que opera con una concepción mecánica y fría del actor. Molm replica que las conductas operantes «no son provocadas automáticamente por ningún estímulo previo a ella; simplemente ocurren, son emitidas por el organismo, no *provocadas* por un estímulo» (1981: 160). Pero esta imagen del actor difícilmente puede ser calificada de activa y creativa, como Perinbanayagam señaló: «Esas réplicas, lejos de hacer frente a la acusación de mecanicismo, la confirman. Captan nitidamente la imagen conductista del humano como una entidad pasiva parecida a una máquina, incapaz de ejercer su voluntad y originalidad, que "emite" conductas» (1981:166). En otras palabras, la imagen de Molm del actor no nos sugiere ninguna idea relativa a la «*construcción de un acto social*» (Perinbanayagam, 1981: 166).

La crítica básica a las teorías conductistas es que no son suficientemente microscópicas ni adecuadamente macroscópicas. En el Capítulo 13 analizaremos los trabajos recientes que se han realizado en teoría del intercambio en el intento de superar estas críticas y desarrollar una teoría sociológica más integrada.

## RESUMEN

En este capítulo nos hemos ocupado de la sociología conductista y de la teoría del intercambio, así como de sus raíces en el conductismo psicológico. Identificamos la fuente de la teoría del intercambio en la obra del psicólogo conductista B.F. Skinner. Skinner rechazaba los principios de las teorías relacionadas con el paradigma de la definición social (por ejemplo, el interaccionismo simbólico, la fenomenología y la etnometodología) y las asociadas al paradigma de los hechos sociales (por ejemplo, el funcionalismo estructural y la teoría del conflicto).

Los sociólogos conductistas adoptan un enfoque microscópico. Su preocupación se centra en la relación entre la historia de las consecuencias ambientales y la naturaleza de la conducta presente. En suma, consideran la probabilidad de que los individuos vuelvan a emitir conductas que en el pasado les proporcionaron recompensas y a no emitir conductas que se demostraron costosas. En este contexto analizamos algunos de los conceptos de importancia central para el sociólogo conductista: los reforzadores positivos y negativos, los castigos positivos y negativos, el coste de la respuesta, los reforzadores generalizados y la modificación de la conducta.

A continuación examinamos la teoría del intercambio, principal representante del conductismo en sociología. El exponente más importante de la teoría del intercambio fue George Homans, quien se vio intensa y directamente influido por la obra de B.F. Skinner. Homans criticó las explicaciones macro de la conducta social desarrolladas por pensadores como Durkheim, Parsons y Lévi-Strauss. En efecto, su meta era explicar la conducta social en términos de principios psicológicos, es decir, del conductismo. Creía que podían utilizarse los principios psicológicos para explicar no sólo la conducta individual, sino también las estructuras sociales *y* el cambio social. El núcleo de la teoría de Homans reside en las siguientes proposiciones básicas: (1) la proposición del éxito, (2) la del estímulo, (3) la del valor, (4) la de la privación-saciedad, (5) las de la agresión-aprobabión, y (6) la de la racionalidad.

Dada su orientación hacia la conducta individual, la teoría de Homans ha sido criticada por parte de los que trabajan en el paradigma de los hechos sociales por ignorar las grandes estructuras, y por parte de los que operan en el paradigma de la definición social por ignorar los procesos mentales. El debate entre Parsons y Homans puede considerarse en términos de las diferencias entre los que operan en el paradigma de los hechos sociales y los que suscriben el paradigma de la conducta social. Aunque atribuimos gran importancia a este

debate, creemos más importante aún el esfuerzo de Peter Blau por llevar la teoría del intercambio desde el nivel individual al nivel societal. Blau explicó la secuencia de las cuatro fases que parten del intercambio interpersonal y conducen a la estructura social y al cambio social. Si bien la obra de Blau constituye un importante esfuerzo, transformó de tal modo la teoría del intercambio en el nivel societal que resulta imposible identificarla como una orientación conductista.

Además de ser criticada por su debilidad en el nivel societal, la teoría del intercambio ha sido blanco de numerosos ataques por prestar escasa consideración a los procesos mentales.

El capítulo termina con el análisis y las réplicas de Molm de las críticas que se han hecho a las teorías conductistas en general.

CAPITULO **8**

# TEORIA FEMINISTA CONTEMPORANEA

**Patricia Madoo Lengermann**
Universidad George Washington

**Jill Niebrugge-Brantley**
Northern Virginia Community College

PRINCIPALES CUESTIONES TEORICAS

PRINCIPALES RAICES HISTORICAS

- Feminismo: 1600-1960
- Sociología y feminismo: 1840-1960

VARIEDADES DE TEORIA FEMINISTA CONTEMPORANEA

- Teorías de las diferencias de género
- Teorías de la desigualdad entre los géneros
- Teorías de la opresión de género

TEORIA SOCIOLOGICA FEMINISTA

- Sociología feminista del conocimiento
- Orden macro social
- Orden micro social
- Subjetividad

SINTESIS MACRO-MICRO

La teoría feminista constituye esa parte de investigación reciente sobre las mujeres que implícita o formalmente presenta un sistema de ideas general y de gran alcance sobre las características básicas de la vida social y la experiencia humana comprendidas desde una perspectiva centrada en las mujeres. En primer lugar, su principal «objeto» de investigación, el punto de partida de todas sus investigaciones, es la situación (o las situaciones) y experiencias de las mujeres en la sociedad. En segundo lugar, considera a las mujeres como «sujetos» centrales del proceso de la investigación; es decir, intenta ver el mundo desde el distintivo y ventajoso punto (o puntos) de vista de las mujeres en el mundo social. Y en tercer lugar, la teoría feminista es una teoría crítica y activista que actúa en nombre de las mujeres; su objetivo es producir un mundo mejor para las mujeres y, por tanto, para toda la humanidad.

Sin embargo, la teoría feminista difiere de la mayoría de las teorías sociológicas en algunos aspectos. Primero, se trata de la obra de una comunidad interdisciplinar, que incluye no sólo sociólogos, sino también estudiosos de otras disciplinas como la antropología, la biología, la economía, la historia, el derecho, la literatura, la filosofía, la ciencia política, la psicología y la teología. Esta comunidad incluye a personas afamadas que son escritores y escritoras creativas, a personas que se consideran a sí mismas fundamentalmente como activistas políticos, a defensores de las mujeres de color y a escritores de varias comunidades intelectuales europeas o del Tercer Mundo [1]. Segundo, las sociólogas feministas, al igual que otros teóricos feministas, sólo parcialmente orientan sus esfuerzos a extender su disciplina de origen. Mucho más importante para toda investigación feminista es el desarrollo de una comprensión crítica de la sociedad orientada a cambiar el mundo social en direcciones consideradas más justas y humanas. Tercero, la mayoría de los sociólogos han dudado si incorporar la teoría feminista a la sociología o no, y ello se debe, por un lado, a que la teoría parece extremadamente nueva y radical; por otro, a que muchos de sus creadores no son sociólogos y, por último, a que dudan de las credenciales científicas de un esfuerzo de investigación bastante vinculado al activismo político. Cuarto, la teoría feminista no encaja en ninguno de los tres paradigmas que han venido moldeando tiempo atrás el objeto de la sociología: el paradigma de los hechos sociales, el de la definición social y el de la conducta social (véase el Apéndice). Esto se debe a que la teoría feminista ha tardado mucho tiempo en integrar eficazmente, y superar así, el debate entre lo microsocial y lo macrosocial, que constituye una de las principales causas de esta división paradigmática (véase el Capítulo 10). Esta superación de lo macro frente a lo micro dificulta una buena relación entre los sociólogos basados en alguna de las más importantes teorías de la disciplina y la teoría feminista. Pero al mismo tiempo, esta

---

[1] Sin embargo, este capítulo se centra fundamentalmente en las contribuciones en inglés a este esfuerzo internacional.

superación constituye una de las implicaciones más atractivas de la teoría feminista para los que trabajan en las fronteras de la teoría sociológica contemporánea (Ritzer, 1990e). En el apartado final de este capítulo nos extenderemos sobre este aspecto de la teoría feminista.

En el resto del capítulo describiremos las cuestiones teóricas básicas abordadas por los teóricos y teóricas feministas; analizaremos someramente la historia del pensamiento feminista, particularmente dentro de la sociología; y luego nos detendremos con más detalle en las variantes de la teoría feminista que han aparecido en el transcurso de su historia. En el principal apartado del capítulo analizaremos las cuestiones centrales de la teoría sociológica feminista contemporánea.

## PRINCIPALES CUESTIONES TEORICAS

El empuje de la teoría feminista contemporánea procede de una pregunta engañosamente simple: *¿Qué hay de las mujeres*? En otras palabras, ¿dónde están las mujeres en la situación que se está investigando? Si no están presentes, ¿por qué no lo están? ¿Y si lo están, qué es lo que hacen exactamente? ¿Cómo experimentan la situación? ¿Cómo contribuyen a ella? ¿Qué significa para ellas?

Las consecuencias de intentar responder a la cuestión básica del feminismo «¿qué hay de las mujeres?» han sido revolucionarias. Súbitamente la comunidad de intelectuales contemporáneos descubrió que lo que había sido considerado durante mucho tiempo como el universo de la experiencia era realmente una visión particularista de actores y experiencias masculinas. El reconocimiento de un grupo de actores completamente nuevo requiere una reconstrucción de nuestra comprensión y construcción de toda situación social. Las mujeres, proclamaron con júbilo las feministas, podían reclamar «la mitad del firmamento». Y, en realidad, el resultado fue que, más que descubrir a través de la lente de un nuevo telescopio una multitud de estrellas no detectadas hasta el momento, se halló una configuración fundamentalmente nueva de cada constelación.

Veinte años planteándose esta pregunta dieron como resultado ciertas conclusiones generales. Las mujeres están presentes en la mayoría de las situaciones sociales. Allí donde no lo están, no es debido a que carecen de capacidad o interés, sino a que se han hecho esfuerzos deliberados por excluirlas. Allí donde están presentes, las mujeres han desempeñado papeles que difieren considerablemente de la concepción popular de ellas (como, por ejemplo, esposas y madres pasivas). En efecto, tanto como esposas y madres, así como en otra serie de papeles, las mujeres, junto a los hombres, han creado activamente las situaciones que se han investigado. Pero aunque las mujeres están activamente presentes en la mayoría de las situaciones sociales, los estudiosos y los actores sociales han estado ciegos ante su presencia. Es más, los papeles de las mujeres en la mayoría de las situaciones sociales, aunque son esenciales, no han sido idénticos a los de los hombres en esas situaciones. Sobre todo, sus roles han sido

diferentes, menos privilegiados y subordinados a los de los hombres. Su invisibilidad constituye sólo un indicador de esta desigualdad.

Conforme se difundió el movimiento de las mujeres, el círculo de feministas que se plantearon preguntas derivadas de la cuestión femenina se ha ampliado. Una consecuencia de esto es el escrutinio profundo de la monolítica igualdad implicada en la frase *las mujeres* y una conciencia mayor del significado teórico de las diferencias entre las mujeres: clase, raza, edad, preferencia afectiva, religión, etnicidad y localización mundial. Al responder a la pregunta «¿qué hay de las mujeres?» las feministas saben ahora no sólo que las mujeres están desigual e invisiblemente presentes en las situaciones sociales, y que desempeñan papeles importantes pero diferentes de los visibles y privilegiados hombres, sino también que las características de invisibilidad, desigualdad y papel están profundamente influidas por la posición social de la mujer, es decir por su clase, su raza, su edad, su preferencia afectiva, su religión, su etnicidad, y su localización mundial.

Todo esto nos conduce a la segunda pregunta básica del feminismo: «*¿Entonces, por qué todo esto es como es*?» Mientras la primera pregunta hace referencia a una descripción del mundo social, esta segunda pregunta apremia al desarrollo de una explicación de ese mundo. La descripción y la explicación del mundo social son dos caras de cualquier teoría sociológica. Los intentos del feminismo por contestar a sus preguntas centrales han producido una teoría de importancia universal para la sociología[2].

¿En qué medida esta teoría es general? Algunos afirmarían que como las preguntas hacen referencia a la situación particular de un «grupo minoritario» —las mujeres—, la teoría ha de ser también particular y de alcance limitado, semejante a las teorías sociológicas de la desviación o de los procesos de los grupos pequeños. Pero, en realidad, las dos preguntas básicas del feminismo han producido una teoría de la vida social cuya aplicabilidad es universal. Los paralelismos apropiados de la teoría feminista no son las teorías de los grupos pequeños o de la desviación, que se crearon cuando los sociólogos dejaron de mirar a la «imagen en general» para detenerse en los detalles de un rasgo de la imagen. Antes bien, el paralelismo apropiado debe hacerse con los logros epistemológicos de Marx. Marx ayudó a los científicos sociales a descubrir que el conocimiento que la gente tiene de la sociedad, que se supone constituye una expresión absoluta y universal de la realidad, refleja, de hecho, la experiencia de los que dirigen política y económicamente el mundo social. La teoría marxista logró demostrar con eficacia que se puede ver también el mundo desde el punto de vista de los trabajadores, quienes, a pesar de su subordinación política

---

[2] La tercera pregunta para todas las feministas es *¿Cómo podemos cambiar y mejorar el mundo?* En sociología, sólo las teorías de Marx y el neomarxismo comparten este gran interés por el cambio. Incluimos descripciones de los programas del feminismo en pro del cambio en secciones posteriores de este capítulo.

y económica, son los productores indispensables de nuestro mundo. Esta nueva perspectiva relativizó el conocimiento de la clase dirigente y, al permitirnos yuxtaponerlo al conocimiento derivado del punto de vista de los trabajadores, aumentó enormemente nuestra capacidad para analizar la realidad social. Un siglo después de la muerte de Marx seguimos asimilando las implicaciones de este descubrimiento.

De modo similar, las dos cuestiones teóricas básicas del feminismo cambian de modo revolucionario nuestra comprensión del mundo. Estas cuestiones también nos llevan a descubrir que lo que habíamos considerado que constituía un conocimiento universal y absoluto del mundo es, en realidad, un conocimiento derivado de las experiencias de un segmento poderoso de la sociedad, los hombres como «amos». Ese conocimiento se relativiza al redescubrir el mundo desde el ventajoso punto de vista de una «parte oculta», hasta ahora invisible y no reconocida: las mujeres, que, «desempeñando» papeles subordinados, pero indispensables, han trabajado para mantener y recrear la sociedad en la que vivimos. Este descubrimiento cuestiona todo lo que hemos creído conocer sobre la sociedad. Este descubrimiento y sus implicaciones constituyen la esencia del significado de la teoría feminista contemporánea para la teoría sociológica.

## PRINCIPALES RAICES HISTORICAS

Para entender el significado de la convergencia actual entre la teoría feminista y la sociología, es preciso analizar dos corrientes anteriores de trabajo intelectual. En primer lugar figura la tradición de los escritos feministas, que ha constituido una parte de la memoria occidental de la protesta social durante casi trescientos años, una tradición que proporciona los fundamentos a la teoría feminista contemporánea y que formó parte del entorno dentro del cual se formó la sociología. En segundo lugar está la postura profundamente ambivalente que adoptaron los sociólogos entre la década de 1840 y la de 1960 sobre la cuestión de la desigualdad de los géneros.

### Feminismo: 1600-1960

En cierto sentido la perspectiva feminista ha existido siempre. Allí donde las mujeres han sido subordinadas, situación que ha existido casi siempre y en casi todas partes, han reconocido su situación y protestado por ella (Chafetz y Dworkin, 1986). En el mundo occidental la historia del feminismo comienza con los escritos *publicados* de protesta. Salvo alguna excepción, estos escritos vieron la luz por vez primera en la década de 1630 y continuaron publicándose sin demasiada fuerza pero persistentemente durante aproximadamente 150 años. Después, durante los dos siglos que median entre 1780 y nuestros días, los escritos feministas se convirtieron en un esfuerzo colectivo relevante en el que aumentó

y se amplió la cantidad de participantes y el alcance de su crítica. (Se pueden encontrar descripciones más completas de las ideas de las primeras feministas en Cott, 1977; Donovan, 1985; Lougee, 1976; Martin, 1972; A. Rossi, 1974; Showalter, 1971; Spender, 1982, 1983, 1989.)

Sin embargo, la historia de los escritos feministas no constituye un desarrollo constante e ininterrumpido. Las mujeres han sido y son, después de todo, un grupo relativamente carente de poder y subordinado de las sociedades occidentales, una «minoría» [3]. La protesta feminista frente a su estatus minoritario siempre ha amenazado y, por tanto, se ha opuesto a la más poderosa y dominante «mayoría» de los hombres. Las oportunidades de protesta feminista pública aumentan y se reducen conforme las sociedades oscilan entre momentos de cambio liberador y receptividad por un lado, y periodos de mayor conservadurismo y represión, por otro. Los momentos álgidos de la historia de la actividad y la literatura feminista se corresponden con los «momentos» liberadores de la historia occidental moderna: podemos identificar un primer momento del aumento de la productividad durante los decenios de 1780 y 1790, un esfuerzo mucho más organizado y centrado en el de 1850, una movilización masiva en pro del sufragio a principios del siglo XX, y durante las décadas de 1960 y 1970, el movimiento moderno y polifacético analizado en el Capitulo 2. Durante los intervalos entre estos periodos el feminismo se hace menos visible, esencialmente porque los grupos dominantes intentaron deliberadamente reprimirlos (Spender, 1982, 1989).

Y así, en el transcurso de estos años, las mujeres crearon teorías feministas (la Tabla 8.1 enumera algunos de los trabajos más relevantes). Cada uno constituye un producto distintivo, un modelo particular de ideas críticas configuradas por el contexto histórico, el entorno, la personalidad y la biografía del escritor o escritora. Sin embargo, entre toda esta diversidad se pueden identificar tres tipos generales de teoría feminista: una orientación centrada en la diferencia entre los géneros, otra en la desigualdad de los géneros y otra en la opresión de género. En el siguiente apartado de este capítulo describiremos con detalle estas orientaciones tal y como se expresan en nuestros días. Con su diversidad este cuerpo de teoría hace una crítica consistente al orden social existente, y se centra en variables sociológicas esenciales tales como la desigualdad social, el cambio social, el poder, los intereses y las creencias, y las instituciones sociales de la familia, el derecho, la política, el trabajo, la religión y la educación.

## Sociología y feminismo: 1840-1960

La sociología apareció inicialmente como una perspectiva científica entre 1840 y 1860, un momento álgido de protesta feminista, para luego convertirse en una

---

[3] Los términos *minoría* y *mayoría* describen más el poder relativo de los grupos que su tamaño relativo.

**Tabla 8.1**
INFLUENCIAS SOBRE LA TRADICION INTELECTUAL FEMINISTA EN EL MUNDO DE HABLA INGLESA ANTERIORES A 1960

| **Fecha** | **Acontecimiento** | **Contexto histórico movimiento de liberación** | **Desarrollos en sociología** | |
|---|---|---|---|---|
| 1650 | **Anne Bradstreet** (1612-1672): *The Tenth Muse Lately Sprung Up in America* | Revolución puritana en Inglaterra y América | | |
| 1670 | **Aphra Behn** (1640-1680): *The Forced Marriage* | Restauración en Inglaterra (período de liberación de normas sociales) | | |
| 1694 | **Mary Astell** (1668-1731): *A Serious Proposal for the Ladies* | Revolución Gloriosa en Inglaterra | | |
| 1770-1780 | **Abigail Adams** (1744-1818) y **Mercy Otis Warren** (1728-1814): Cartas de una a otra y de Abigail a su esposo John (hombre de estado estadounidense y segundo Presidente) | Revolución Americana | | |
| 1790 | **Judith Sargent Murray** (1751-1820): «On the Equality of Sexes» | Revolución Americana y debates posteriores sobre la Constitución y la Declaración de Derechos | | |
| 1792 | **Mary Wollstonecraft** (1759-1797): *A Vindication of the Rights of Women* | Efectos de las revoluciones Americana y Francesa sobre Gran Bretaña | | |
| 1837 | **Harriet Martineau** (1802-1879): «The Political Nonexistence of Women», en *Society in America* | Nacimiento del reformismo de clase media | 1830-1842 | Comte (1798-1857): *La Filosofía Positiva* |
| 1838 | **Sarah Grimké** (1792-1873): *Letters on the Equality of the Sexes* | Movimiento mundial antiesclavista | | |
| 1845 | **Margaret Fuller** (1810-1850): *Women in the Nineteenth Century* | Romanticismo, abolicionismo, nacionalismo | | |
| 1848 | **Lucretia Mott** (1793-1880), **Elizabeth Cady Stanton** (1815-1902), **Lucy Stone** (1818-1893), **Susan B. Anthony** (1820-1906): Seneca Falls Convention (primera convención en pro de los derechos de la mujer en los EE.UU) | Movimiento antiesclavista | 1848 | Marx (1818-1883) y Engels (1820-1895): *El manifiesto comunista* |
| 1860 | **Elizabeth Blackwell** (1821-1910) y **Emily Blackwell** (1821-1911): *Medicine as a Profession for Women* | Movimiento antiesclavista | 1851 | Spencer (1820-193): *Social Statics* |

**Tabla 8.1**. (*Continuación*)
INFLUENCIAS SOBRE LA TRADICION INTELECTUAL FEMINISTA EN EL MUNDO DE HABLA INGLESA ANTERIORES A 1960

| Fecha | Acontecimiento | Contexto histórico movimiento de liberación | Desarrollos en sociología | |
|---|---|---|---|---|
| 1869 | **John Stuart Mill** (1806-1873) con **Harriet Taylor** (1807-1858): *The Subjection of Women* | Reformismo de clase media | 1867 | Marx: *El capital* |
| 1881 | **E. C. Stanton, S. B. Anthony** y **Matilda Joslyn Gage** (1826-1898): *History of Woman Suffrage* | Turbulencias de progresivismo y darwinismo social revisionista | 1880-1918 | Simmel (1858-1918): Ensayos |
| 1883 | **Olive Schreiner** (1855-1920): *The Story of an African Farm* | Movimientos políticos de la clase trabajadora | | |
| 1884 | **Friedrich Engels** (1820-1895): *Los orígenes de la familia* | Movimientos políticos de la clase trabajadora | | |
| 1896 | **Ida Wells Barnett** (1862-1931), y **Mary Church Terrell** (1893-1954): Asociación Nacional de Mujeres de Color | Populismo | 1893-1897 | Durkheim (1858-1917): *La división del trabajo social. Las reglas del método sociológico: El suicidio* |
| 1898 | **Ida H. Harper** (1851-1931): *The Life and Work of Susan B. Anthony* | Progresivismo | | |
| 1898 | **E. C. Stanton:** *The Woman's Bible* | Populismo, progresivismo | | |
| 1899 | **Charlotte Perkins Gilman** (1860-1935): *Women and Economics* | Socialismo | | |
| 1910 | **Jane Addams** (1860-1935): *Twenty Years at Hull House* | Progresivismo | 1904-1905 | Weber (1864-1920): *La ética protestante* |
| 1911 | **Sylvia Pankhurst** (1882-1960): *The Suffragette* | Nacionalismo y socialismo en Europa | | |
| 1913 | **Christabel Pankhurst** (1880-1956): *The Great Scourge and How to End it* | Nacionalismo y socialismo en Europa | | |
| 1917 | **Margaret Sanger** (1879-1966),:*Family Limitation* | Progresivismo | | |

**Tabla 8.1.** *(Continuación)*
INFLUENCIAS SOBRE LA TRADICION INTELECTUAL FEMINISTA EN EL MUNDO DE HABLA INGLESA ANTERIORES A 1960*

| **Fecha** | **Acontecimiento** | **Contexto histórico movimiento de liberación** | **Desarrollos en sociología** | |
|---|---|---|---|---|
| 1918 | Las mujeres británicas mayores de 30 años consiguen el derecho a voto | Movimiento sufragista y luchas políticas de la clase trabajadora | 1918 | Thomas (1863-1947) y Znaniecki (1882-1958): *The Polish Peasant* |
| 1920 | Las mujeres estadounidenses logran el sufragio | Movimiento sufragista y última oleada de progresivismo | 1920 | Weber: *Economía y sociedad* |
| | | | 1921 | Park (1864-1944) y Burgess (1886-1966): *Introduction to the Science of Sociology* |
| 1926 | **Suzanne LaFollette** (1882-1941): *Concerning Women* | Progresivismo, movimiento sufragista | 1893-1931 | Mead (1863-1931): Conferencias que se convertirían en *Mente, persona y sociedad* |
| 1931 | **Virginia Woolf** (1882-1941): *A Room of One's Own* | Socialismo, postvictorianismo cultural | | |
| 1933 | **Eleanor Roosevelt** (1884-1963): *It's Up to the Women* | New Deal | | |
| 1935 | **Margaret Mead** (1901-1978): *Sex and Temperament in Three Primitive Societies* | Pacifismo (desde la Primera Guerra Mundial), relativismo cultural de las ciencias sociales | 1937 | Parsons (1902-1979): *The Structure of Social Action* |
| 1938 | **V. Woolf:** *Three Guineas* | Socialismo, postvictorianismo cultural | | |
| 1946 | **Mary Ritter Beard** (1876-1958): *Women as a Force in History* | Reaccionismo contra el totalitarismo, fascismo | | |
| | | | 1951 | Parsons: *The Social System* |
| 1957 | **Simone de Beauvoir** (1908-1985): *El segundo sexo* | Existencialismo | | |
| 1959 | **Betty Friedan** (n. 1921): *The Feminine Mystique* | Movimiento de los derechos civiles | 1959 | Mills (1916-1962): *The Sociological Imagination* |

* Las principales fuentes de esta perspectiva de la tradición son A. Rossi (1974) y Spender (1983).

actividad profesional entre 1890 y 1920, otra fase de expansión del feminismo. ¿Cuál fue la respuesta de los primeros sociólogos a esta tradición intelectual?

La investigación actual sobre las cuestiones relativas al género en la historia de la sociologia nos proporciona una respuesta a esta pregunta que se divide en tres partes (Deegan, 1988; Fitzpatrick, 1990; Kandal, 1988; Oakes, 1984a; R. Rosenbgerg, 1982). Primera, entre 1840 y 1960 la sociología surgió como una perspectiva para luego convertirse en una disciplina académica organizada y profesional que desarrolló una política de géneros que, con el tiempo, empujó a las «madres fundadoras» de la disciplina a la periferia de la profesión, se apropió o descartó sus ideas y las expulsó de los anales de la historia de la sociología. Segundo, las preocupaciones feministas se expresaron en los márgenes de la disciplina de la sociología, en la obra de teóricos marginales o de teóricas marginadas. Tercero, los pensadores más destacados de la profesión —desde Spencer, Weber y Durkheim, hasta Parsons— dieron respuestas básicamente conservadoras a los argumentos feministas que se les planteaban, y consideraron las cuestiones relativas al género como un tópico irrelevante para la sociología que desarrollaban; en las raras ocasiones que abordaron las cuestiones de la diferencia y la desigualdad entre los géneros, dieron una respuesta más convencional que crítica.

Contamos con datos que apoyan exhaustivamente nuestra primera generalización sobre la cuestión de la política de géneros en el desarrollo de la sociología estadounidense. Gracias a la investigación de estudiosas como Deegan (1988), Fitzpatrick (1990) y R. Rosenberg (1982), conocemos los nombres de una elevada cantidad de mujeres que hicieron contribuciones relevantes y a veces absolutamente fundacionales a la sociología estadounidense: Edith Abbot, Sophonisba Breckenridge, Katherine Davis, Frances Keller, Viginia Robinson, Jessie Taft, Marion Talbot y, sobre todo, Jane Addams de Hull House. En las expresiones sociológicas europeas podemos percibir hoy débilmente el papel que desempeñaron pensadoras y escritoras como Harriet Martineau, Clothilde de Vaux, Gertrud Simmel y Marianne Weber (Kandal, 1988). El hecho de que estas mujeres, y posiblemente muchas otras que contribuyeron a la creación de la sociologia, no consten en los anales de la historia de la disciplina es, en parte, el resultado del sexismo institucionalizado implícito en la educación superior (durante este periodo ninguna mujer podía aspirar a desempeñar un puesto académico en ningún departamento de sociología excepto en las «universidades femeninas»). Y lo que es más importante, la invisibilidad de estas mujeres se debió a actos conscientes de exclusión por parte de los sociólogos, quienes durante cien años habían trabajado para crear una disciplina dominada por los hombres y producir así una imagen de esa disciplina en la que pareciera que la importancia central de los hombres era el resultado de procesos naturales más que políticos. Los resultados de estas acciones son fáciles de identificar. Como muestra una rápida ojeada a los primeros capítulos de este texto; la sociología tiene una serie ampliamente conocida de «padres fundadores», tanto pertenecientes al periodo clásico entre 1840 y 1935, como al periodo de los teóricos modernos principales

entre 1935 y 1965 aproximadamente. Absolutamente ningún texto de la historia de este periodo identifica una sola «madre fundadora».

Nuestra segunda generalización es que hasta 1960 las ideas feministas se introdujeron en la sociología sólo en los márgenes de la disciplina. Por ejemplo, estas ideas procedían de varios teóricos masculinos que ocupaban una posición marginal respecto de la sociología profesional, aun cuando ejercieron una influencia posterior sobre la sociología. Pensadores como Simmel (Oakes, 1984a), W. I. THomans (R. Rosenberg, 1982) y Marx y Engels pueden incluirse en este grupo. Esta generalización también hace referencia a las mujeres científicas sociales con educación formal, que intentaron analizar la cuestión de las relaciones entre los géneros para descubrir más tarde que su investigación y argumentos quedaban relegados a los márgenes de la disciplina, simplemente por ser mujeres.

Finalmente, los pensadores más destacados de la profesión se opusieron al feminismo. Las principales obras de estos teóricos, las ideas que configuraron fundamentalmente la perspectiva sociológica, prácticamente no prestaron atención al género como una construcción social, y en las raras ocasiones que abordaron la vida de las mujeres, como Durkheim en su análisis del suicidio, su planteamiento era por completo convencional y acrítico.

El mejor ejemplo de esta actitud son quizás las teorías de Talcott Parsons (véase el Capítulo 3). La idea subyacente a la teoría de Parsons[4] es la afirmación de que la institución de la familia constituye un prerrequisito indispensable para la estabilidad social. Como agente fundamental de la socialización de los niños, la familia es esencial para esa internalización del control social de la que depende en última instancia la estabilidad de toda sociedad. Es más, como elemento principal de la vida emocional de los adultos, la familia constituye un agente de control social externo de la mayor importancia y un escape vital para las tensiones de los adultos que, de otro modo, se liberarían en la vida pública.

Parsons afirma que para que la familia funcione con eficacia debe darse en ella una división sexual del trabajo en la que los varones adultos y las mujeres desempeñan papeles muy diferentes. Para que la familia se mantenga unida en el sistema social, los hombres han de tener una orientación «instrumental», manifestar dotes de mando, ambición y capacidad de autocontrol. Las mujeres, cuya tarea es el funcionamiento interno de la familia y el cuidado de los hijos y maridos deben ser «expresivas»; es decir, gentiles, enriquecedoras, amables y afectivamente abiertas. Si hombres y mujeres se sitúan en un plano de igualdad en lo tocante a su función y orientación, la competencia entre ellos y ellas destruirá la vida familiar y debilitará el papel vital de la familia para el mantenimiento de la estabilidad social (Parsons, 1954c: 79). Como es evidente, esta sociología de los papeles del sexo es esencialmente, aunque puede que de forma

---

[4] La descripción de las teorías del género de Parsons en este párrafo y en el siguiente constituye una expresión del argumento de Lengermann y Wallace (1985: 11-12)

no deliberada, antifeminista y constituye, tal vez, el ejemplo que ilustra más claramente la falta de implicación de la corriente principal de la sociología en el feminismo después de la década de los sesenta.

## VARIEDADES DE LA TEORIA FEMINISTA CONTEMPORANEA

La teoría feminista contemporánea constituye la base literaria del desarrollo de toda teoría sociológica feminista, como la que analizaremos en el siguiente apartado de este capítulo. Por tanto, presentamos aquí una perspectiva de la teoría feminista, un sistema de ideas generales cuyo fin es describir y explicar la vida social y la experiencia humana desde el punto de vista de las mujeres. Nuestra meta ahora es presentar los temas que ofrece la teoría feminista para la construcción de una teoría sociológica feminista.

Los estudiosos y estudiosas feministas contemporáneos han producido una serie de escritos teóricos extraordinariamente rica y altamente diversa, una demostración de la realidad de un movimiento intelectual al que Jessie Bernard (en prensa) denomina «ilustración feminista». El alcance y la continua expansión de esta literatura nos sugiere calificarla de desafiante, gratificadora y, en ocasiones, algo confusa. El «mapa» de la teoría feminista que aquí trazamos constituye *un* constructo o tipo ideal, para clasificar este complejo cuerpo de trabajo intelectual [5].

Nuestra tipología de las teorías feministas se basa en las dos preguntas básicas (analizadas más arriba) que unen todas las teorías feministas: la que se refiere a la descripción *¿qué hay de las mujeres*? y la que se refiere a la explicación *¿por qué esta situación es la que es*? El modelo de respuesta para la pregunta descriptiva genera las principales categorías para nuestra clasificación (véase la Tabla 8.2). En lo fundamental, la pregunta «¿qué hay de las mujeres?» sugiere tres respuestas. La primera es que la localización de las mujeres y su experiencia en la mayoría de las situaciones *difiere* de la de los hombres en esas mismas situaciones. La investigación se centra aquí en los detalles de esa diferencia. La segunda respuesta es que la localización de las mujeres en la mayoría de las situaciones no difiere demasiado, pero es menos privilegiada y *no es igual* que la de los hombres. La respuesta se centra en la naturaleza de esa

---

[5] Existen otros sistemas de clasificación, por ejemplo, los desarrollados por Chafetz (1988); Glennon (1979); Jaggar (1983); Jaggar y Rothenberg (1984); Lengermann y Wallace (1985); Snitow et. al. (1983); y Sokoloff (1980). Los lectores deberían prestarles atención para equilibrar y ampliar el tipo ideal presentado aquí. En combinación, estos esfuerzos han generado una larga lista de tipos de teoría feminista, incluyendo el feminismo negro, el conservadurismo, el expresionismo, el instrumentalismo, el feminismo lesbiano, el liberalismo, el marxismo, el polarismo, el feminismo psicoanalítico, el radicalismo, el separatismo, el socialismo, y el sintetismo. Nuestra propia tipología intenta incluir la mayoría de estas teorías, aunque no siempre las describimos con esas denominaciones específicas.

**Tabla 8.2**
SINOPSIS DE LOS TIPOS DE TEORIA FEMINISTA*

| Tipos básicos de teoría feminista. Respuestas a la pregunta descriptiva: ¿qué hay de las mujeres? | Distinciones dentro de las categorías. Respuestas a la pregunta descriptiva: ¿por qué la situación es como es? |
|---|---|
| **Teorías de la diferencia** | |
| La posición y la experiencia femenina de la mayoría de las situaciones es diferente de la de los hombres en idéntica situación. | Explicaciones biosociales de la diferencia<br>Explicación institucional de la diferencia<br>Explicación psico-sociológica de la diferencia |
| **Teorías de la desigualdad** | |
| La posición de las mujeres en la mayoría de las situaciones no sólo es diferente de la de los hombres, sino menos privilegiada o *desigual*. | Explicaciones liberales de la desigualdad<br>Explicaciones marxistas de la desigualdad<br>Explicaciones de Marx y Engels<br>Explicaciones marxistas contemporáneas |
| **Teorías de la opresión** | |
| Las mujeres no sólo son diferentes o desiguales, sino que se hallan oprimidas, activamente constreñidas, subordinadas, moldeadas, usadas y son objeto de abuso por parte de los hombres. | Explicaciones psicoanalíticas de la opresión<br>Explicaciones radical-feministas de la opresión<br>Explicaciones socialistas feministas de la opresión<br>Explicaciones feministas de la opresión de la tercera ola |

* La columna de la izquierda categoriza las variedades de teoría feminista según su respuesta a la pregunta básica ¿Qué hay de las mujeres? La columna de la derecha establece distinciones dentro de esas categorías en función de la pregunta básica explicativa ¿por qué esta situación es la que es?

desigualdad. La tercera es que la situación de las mujeres ha de comprenderse también a partir de la relación de poder directa entre hombres y mujeres. Las mujeres están *oprimidas*, es decir, son reprimidas, subordinadas, moldeadas, usadas y objeto de abuso por los hombres. Las descripciones se centran aquí en la naturaleza de la opresión. Toda teoría feminista puede ser clasificada como teoría de la *diferencia*, de la *desigualdad* y de la *opresión*.

En nuestro análisis distinguimos tres categorías básicas —diferencia, desigualdad, y opresión— en términos de sus distintas respuestas a la segunda pregunta explicativa, «¿por qué esto es como es?» (Los diversos tipos de respuestas se resumen en la Tabla 8.2.)

Este método de clasificación cumple una importante función: nos permite clasificar no sólo el cuerpo general de la teoría feminista contemporánea, sino también la literatura en expansión, particularmente la literatura teórica sobre el género realizada en sociología desde los años sesenta. La expansión de esta literatura refleja no sólo la reactivación de una protesta feminista visible en la sociedad, sino también el movimiento sin precedentes de las mujeres de incorporación a la educación superior, como licenciadas, doctoradas y facultativas

entre los años sesenta y nuestros días (Lengermann y Wallace, 1985; Vetter et al., 1982). De este modo, las cuestiones feministas han logrado introducirse directamente en el discurso académico y universitario de la sociología profesional. Pero como los sociólogos se han orientado hacia la exploración de las cuestiones del género, han utilizado de un modo característico una parte del cuerpo existente de teoría sociológica como punto de partida para lo que se denomina en la disciplina *sociología del género*. Aunque el término *género* suele utilizarse eufemísticamente en sociología para las «mujeres», la sociología del género es, en términos específicos, el estudio de los roles y las identidades del hombre y la mujer, y las relaciones entre los hombres y las mujeres, una cuestión ligeramente diferente del enfoque principal del feminismo sobre las mujeres. Este enfoque sobre la relación entre hombres y mujeres no equivale a una teoría feminista. Como hemos señalado más arriba, el objetivo de la teoría feminista es presentar una perspectiva de la experiencia humana centrada en las mujeres. Como mostraremos más adelante, una sociología feminista puede describir el mundo social desde un punto de vista centrado en las mujeres. Sobre todo, la sociología del género concibe el género simplemente como una variable entre muchas otras dentro de las relaciones y las estructuras sociales. No obstante, algunos sociólogos y sociólogas que parten del punto de vista de la sociología del género han producido obras relevantes para la teoría feminista (y muchos sociólogos y sociólogas están directamente implicados en la producción de una teoría feminista).

El resto de este apartado examina las teorías feministas de la diferencia, de la desigualdad, y de la opresión. Describimos cada tipo en líneas generales e identificamos algunas de las diferencias entre ellos y de sus recomendaciones para el cambio. Sin embargo, es preciso señalar dos cuestiones importantes. Primera, la mayoría del trabajo teórico se resiste a una clasificación estricta. Una puede identificar su principal preocupación teórica o distinguir sus principales enunciados teóricos. Segunda, se trata de una revisión selectiva. Dado el enorme volumen de escritos feministas y sociológicos sobre la situación de las mujeres, un análisis exhaustivo está fuera del alcance de este capítulo.

## Teorías de las diferencias de género

Aunque el enfoque sobre las diferencias de género constituye una posición minoritaria en el feminismo contemporáneo, algunas influyentes contribuciones a la teoría feminista contemporánea mantienen este enfoque (Bernikow, 1980; Gilligan, 1982; Kessler y McKenna, 1978; J. Miller, 1976; Ruddick, 1980; Snitow, 1979). También existen investigaciones (Hite, 1976, Masters y Johnson, 1966) que muestran descubrimientos acerca de las diferencias de género y que han influido profundamente en el pensamiento feminista contemporáneo. Además, mucha literatura sociológica reciente sobre el género tiene por tema las diferencia entre géneros. Entre esta literatura se encuentran trabajos teóricos con una perspectiva esencialmente institucional, cuasi funcionalista, de la so-

ciedad (J. Bernard, 1982), escritos biosociales (A. Rossi, 1977, 1983), escritos simbólico-interaccionistas (Best, 1983; Lever, 1978), trabajos fenomenológicos (Berger y Kellner, 1964), y escritos etnometodológicos (Garfinkel, 1967). En efecto, si añadimos a este núcleo básico de escritos la vasta literatura empírica realizada por sociólogos que toman los factores del «sexo» y el «género» como variables independientes centrales, el enfoque sobre las diferencias de género puede tal vez constituir el más importante en sociología (Huber, 1976; Stacey y Thorne, 1985).

El tema central de la literatura contemporánea sobre las diferencias de género es que la vida interior psíquica de las mujeres es, por lo que respecta a su configuración general, diferente de la de los hombres. Las mujeres tienen una visión distinta y dan una importancia diferente a la construcción social de la realidad porque difieren de los hombres fundamentalmente en lo tocante a sus valores e intereses básicos (Ruddick, 1980), a su modo de hacer juicios de valor (Gilligan, 1982), a su construcción de motivos de logro (Kaufman y Richardson, 1982), a su creatividad literaria (Gilbert y Gubar, 1979), a sus fantasías sexuales (Hite, 1976; Radway, 1984; Snitow et al., 1983), a su sentido de la identidad (Laws y Schwartz, 1977), y a sus procesos generales de conciencia e individualidad (Kasper, 1986; J. Miller, 1976). Un segundo tema es que la configuración general de las relaciones y las experiencias vitales de las mujeres son distintivas. Las mujeres se relacionan con su descendencia biológica de modo diferente a los hombres (A. Rossi, 1977, 1983); los niños y las niñas tienen estilos de jugar distintivamente diferentes (Best, 1983; Lever, 1978); las mujeres adultas se relacionan entre ellas (Bernikow, 1980) y con las mujeres que estudian de un modo particular. En efecto, la experiencia vital general de las féminas desde la infancia hasta la vejez es fundamentalmente diferente a la de los hombres (J. Bernard, 1981). En combinación, esta literatura sobre las diferencias de conciencia y experiencia vital presenta una única respuesta a la pregunta «¿qué hay de las mujeres?».

La segunda pregunta, «¿por qué?», nos proporciona las líneas centrales de variación dentro de este enfoque general sobre las diferencias de género. Las explicaciones de las diferencias psicológicas y relacionales entre hombres y mujeres son esencialmente de tres tipos: biológicas, institucionales y construidas, esto es, sociopsicológicas.

**Explicaciones biológicas de las diferencias de géneros.** Las explicaciones biológicas han sido características del pensamiento conservador sobre las diferencias de género. Freud vinculó las diferentes estructuras de personalidad de los hombres y las mujeres a sus diferentes genitales y a procesos cognitivos y emocionales que comienzan cuando los niños descubren sus diferencias fisiológicas. Los sociobiólogos Lionel Tiger y Robin Fox (1971) hablan de «biogramas» variables subyacentes a la primera evolución homínida que condujeron a que las mujeres establecieran vínculos emocionales con sus hijos y a que los hombres establecieran vínculos prácticos con otros hombres. Sin embargo, el

argumento biológico también se ha utilizado en escritos más propicios al feminismo. El análisis de Master y Johnson sobre la anatomía de la sexualidad femenina han proporcionado a las teorías feministas los hechos básicos para reformular la cuestión de la regulación social de la sexualidad, y Alice Rossi (1977, 1983) ha examinado con rigor los fundamentos biológicos de la conducta específica del género. Rossi ha vinculado las funciones biológicas diferentes de hombres y mujeres a las diferentes pautas de desarrollo hormonalmente determinado durante el ciclo vital y ello, a su vez, a la variación sexualmente específica en características tales como la sensibilidad a la luz y al sonido y a las diferencias en las conexiones entre el lado derecho y el izquierdo del cerebro. Estas diferencias, cuadran con los diferentes estilos de juego infantil señalados por Carol Gilligan (1982), Janet Lever (1978) y Raphaela Best (1983); la famosa «ansiedad ante las matemáticas» femenina; y también el hecho aparente de que las mujeres están más preparadas y dispuestas para el cuidado de los niños de una manera más enriquecedora que los hombres. El feminismo de Rossi le lleva a abogar por medidas socioculturales que hagan posible que cada género compense, mediante el aprendizaje social, las desventajas biológicamente «dadas», pero como biosocióloga aboga también por el reconocimiento racional de las implicaciones de la investigación biológica.

**Explicaciones institucionales de las diferencias de género.** Las explicaciones institucionales de las diferencias de género suelen acentuar también las funciones distintivas de la crianza y el cuidado de los hijos. Consideran la responsabilidad de la maternidad como uno de los principales determinantes de la más amplia división sexual del trabajo que vincula a las mujeres en general con las funciones de esposa, madre y ama de casa, con la esfera privada del hogar y la familia, y por tanto con una serie de eventos y experiencias vitales muy diferentes a las de los hombres. En este contexto, las mujeres desarrollan interpretaciones distintivas de sus metas, intereses y valores, rasgos característicos necesarios de extroversión en las relaciones, «atención y cariño a los demás», y redes particulares de apoyo a otras mujeres (madres, hijas, hermanas, esposas, amigas) que habitan en su misma esfera separada de la de los hombres. Aunque algunos de los teóricos institucionales de la diferencias aceptan la división sexual del trabajo como socialmente necesaria (Berger y Berger, 1983), otros son conscientes de que la distinción entre esferas separadas para mujeres y hombres encaja en las pautas generales de desigualdad entre los géneros (J. Bernard, 1981; M. Johnson, 1989; Kelly-Godol, 1983) o incluso de opresión (Ruddick, 1980). Sin embargo, los escritos que se han citado en este apartado se centran fundamentalmente en la diferencia de género y en sus raíces institucionales.

**Teorías sociopsicológicas del género.** Las explicaciones socio-psicológicas de las diferencias entre los géneros son de dos tipos: teorías fenomenológicas y posestructuralistas, y teorías de la socialización. Las primeras (Butler, 1990; Cixous y Clement, 1986; Flax, 1990; Garfinkel, 1967; Goffman, 1977; Kessler

y McKenna, 1978; Laws y Schwartz, 1977; Moi, 1986; Stanton, 1985) se centran en la continua configuración de nuestra cultura, lenguaje y realidad cotidiana mediante conceptos derivados de experiencias masculinas y mediante las categorías dicotómicas simples de las «tipificaciones» de la masculinidad y la femineidad. Acentúan la contribución conceptual e interaccional de todos nosotros para el mantenimiento de esas tipificaciones, y los modos en que esta intervención colectiva determina, a través de la definición, las esferas distintivas y los perfiles psicológicos de las mujeres y de los hombres. El problema del lenguaje como un dominio esencialmente masculino ha sido analizado por muchas teóricas, entre ellas Dorothy E. Smith y Audre Lorde (que más adelante analizaremos), pero fue el objeto de estudio particular de un grupo de feministas francesas: Hélène Cixous, Luce Irigaray, Julia Kristeva. Estas pensadoras, formadas en una tradición rigurosamente filosófica, tomaron como punto de partida una idea central del psicoanálisis francés: que todos los lenguajes existentes en nuestros días son falocéntricos —se apoyan en y son un reflejo de las experiencias y las conceptualizaciones de los hombres—, y que esta relación entre lenguaje y masculinidad se establece cuando el niño descubre el lenguaje y su identidad mediante el aprendizaje de los patronímicos de su sociedad. Partiendo de esta idea, y aceptándola, plantearon al feminismo de la forma más dramática la cuestión de cómo podrían las mujeres expresar su experiencia.

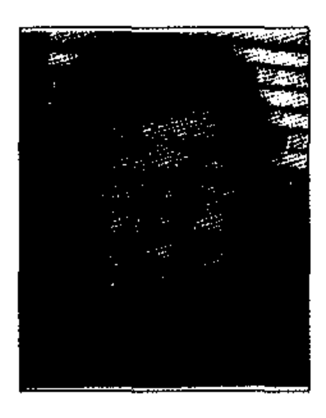
La teoría de la socialización (véase Stockard y Johnson, 1980; Walum-Richardson, 1981, para una bibliografía completa) complementa los análisis institucionales al centrarse en las experiencias de aprendizaje social que forman a las personas en general y a los niños en particular para adoptar roles y vivir en las diferentes esferas institucionales de la masculinidad y la femineidad.

Salvo en el caso de los teóricos conservadores —teóricos no feministas que creen en la inevitabilidad de la diferencia y, por tanto, en la necesidad de renunciar a sus demandas— las recomendaciones sobre la situación de las mujeres propuestas por estas teorías de la diferencia de género se centran en la necesidad del *respeto*. Los teóricos de la diferencia reclaman típicamente que los modos distintivos de ser de las mujeres se reconozcan no como modos que se alejan de lo normal, sino como alternativas viables a los modos masculinos, y que el conocimiento público, los círculos académicos y la auténtica estructuración de la vida social tomen seriamente en cuenta los modos de ser femeninos. En efecto, en el extremo más feminista del *continuum* de este enfoque teórico, encontramos una viejísima demanda del feminismo: cuando los modos de ser de las mujeres se inculquen en la vida pública y se conviertan en parte de ella el mundo constituirá un lugar más seguro y más humano para todos.

## Teorías de la desigualdad entre los géneros

Cuatro temas caracterizan las teorías de la desigualdad entre los géneros. Primero, los hombres y las mujeres no sólo están situados en la sociedad de manera

## JESSIE BERNARD: Reseña biográfica



La vida y la obra de Jessie Bernard se caracterizan por su extraordinaria capacidad de enriquecimiento y desarrollo intelectual: exploró numerosos territorios intelectuales y se movió constantemente entre ellos *. Describió ella misma este proceso en «My Four Revolutions: An Autobiographical Account of the American Sociological Association» [«Mis cuatro revoluciones: un informe autobiográfico de la Asociación Americana de Sociología»] (1973). En este artículo y en su obra actual, Bernard considera su última revolución como un movimiento en pro del feminismo contemporáneo, o hacia lo que finalmente denomina «la ilustración feminista» (en prensa). Si consideramos el movimiento de Bernard como una participación en la ilustración feminista, nos será fácil apreciar gran parte de la historia de la participación de las mujeres en la sociología estadounidense del siglo xx.

Jessie Ravitch, su nombre de soltera, nació el ocho de junio de 1903 en Minneapolis. Su primer paso lo dio a la edad de diecisiete años cuando se separó de su familia judía emigrante para marcharse a la Universidad de Minnesota. Ir a la universidad supuso para ella no sólo salir de su entorno familiar de emigrantes, sino también entrar en contacto con los primeros esfuerzos por establecer la sociología como una profesión reconocida dentro de los círculos académicos estadounidenses, lo que resultó más importante. Estudió con Sorokin, que establecería más tarde el departamento de sociología en Harvard, y con L. L. Bernard, que desempeñó un papel importante en la fundación de la *American Sociological Review*. Jessie Ravitch trabajó como ayudante investigadora de Bernard durante cuatro años y en 1925 se casó con él. Su trabajo con Bernard le hizo adoptar un enfoque positivista de la sociología como ciencia que dejaría huella en su obra posterior y se reflejaría en su capacidad de basarse eficazmente en la investigación cuantitativa para realizar lo que progresivamente se fue convirtiendo en un análisis crítico y cualitativo.

Bernard se trasladó siempre con su marido allí donde ocupó cargos académicos. En 1935 obtuvo su doctorado en sociología por la Universidad de Washington en St. Louis. A mediados de los años cuarenta, los Bernard se encontraban en la Universidad Estatal de Pennsylvania, y Jessie trabajaba con su enfoque positivista.

El alejamiento de Jessie Bernad del positivismo se produjo como respuesta a los eventos de la Segunda Guerra Mundial. El holocausto nazi destruyó su fe en la capacidad de la ciencia para identificar y producir un mundo justo, y también le hizo replantearse sus raíces judías inmigrantes. Estas experiencias aumentaron la sensibilidad de Bernard a la contextualidad social de todo conocimiento, aunque ya empezaba a adoptar lentamente su postura feminista.

Coincidiendo con el inicio de la ruputra con el positivismo, a mediados de los años cuarenta, Bernard comenzó a establecer su propia posición académica independiente en la Universidad Estatal de Pennsylvania. Su marido murió en 1951, pero Jessie permaneció allí hasta cerca de 1960, enseñando, escribiendo y ocupándose de sus tres hijos. Durante los primeros años de la década de los sesenta viajó constantemente entre Washington D.C. y Pennsylvania y finalmente abandonó la vida académica para dedicarse plenamente a escribir e investigar. Vivió desde mediados de los años sesenta en Washington D.C. aunque seguía siendo profesora emérita de la Universidad Estatal de Pennsylvania. Así, las dos décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial constituyen otro periodo de enriquecimiento y desarrollo para Bernard durante el que se forjó una identidad profesional, independiente por vez primera de su marido y, así, de los entresijos de la Universidad; fue entonces cuando comenzó a rechazar públicamente cada vez más la sociología como ciencia positiva.

Pero el periodo de mayor enriquecimiento y desarrollo comenzó en 1964 y se extiende hasta nuestros días. Este periodo es relevante tanto por la calidad y la cantidad de su producción, como también por lo que supone para los modelos de carrera de las vidas de las mujeres. Durante este periodo, Bernard ha publicado doce libros y realizado innumerables artículos y presentaciones, estableciéndose así como la principal exponente de la sociología del género. Su liderazgo está también marcado por esta misma pauta de enriquecimiento y desarrollo. Así, ha rechazado importantes ocupaciones tradicionales tales como la presidencia de la ASA para poder disponer de tiempo para investigar, escribir e implicarse más activamente en el movimiento de las mujeres. También ha reflexionado sobre sus primeros escritos sobre la familia y el género, siempre con el fin de acercarse más hacia una interpretación feminista.

El interés de Bernard por las vidas de las mujeres ilustra su capacidad para reflexionar sobre aspectos fundamentales dentro de nuevos contextos intelectuales. Ha estado estudiando y escribiendo sobre las vidas de las mujeres desde finales de los años treinta. Entre sus obras más importantes figuran *American Family Behavior* [La conducta de la familia americana (1942), *Marriage and Family among Negroes* [Matrimonio y familia entre negros] (1956), *Remarriage: A Study of Marriage* [Segundo matrimonio: un estudio del matrimonio] (1957), *Academic Women* [Mujeres académicas] (1964), *The Sex Game: Communication between the Sexes* [El juego del sexo: la comunicación entre los sexos] (1968), *Women and the Public Interest: An Essay on Policy and Protest* [Las mujeres y el interés público: ensayo sobre la política y la protesta] (1971), *The Future of Motherhood* [El futuro de la maternidad] (1974), *Women, Wives, Mothers: Values and Options* [Mujeres, èsposas y madres: valores y opciones] (1975), *The Female World* [El mundo femenino] (1980), *The Future of Marriage* [El futuro del matrimonio] (1982), *The Female World in a Global Perspective* [El mundo femenino desde una perspectiva global] (1987), y *The Feminist Enlightenment* [La ilustración feminista] (en prensa).

Estas obras se caracterizan por cuatro rasgos esenciales. Uno, Bernard es totalmente capaz de partir de macrodatos para llegar a conclusiones

sobre la microinteracción y la experiencia subjetiva. Dos, reconoce cada vez más la importancia de la experiencia subjetiva en el establecimiento de las estructuras macrosociales. Tres, resultado obvio de los otros dos rasgos, acentúa cada vez más la contextualidad social del conocimiento y la necesidad metodológica de estudiar las vidas de grupos invisibles en sí y para sí mismos, no meramente por comparación con el tipo dominante patriarcalmente determinado. Cuatro, se ha movido desde la curiosidad por las vidas de las mujeres de la sociología tradicional de la familia, pasando por el interés por las mujeres de la sociología del género, hasta llegar a un contexto crítico y feminista.

Bernard ha recibido numerosos galardones durante su carrera y quizás el mayor honor de que varios premios lleven su nombre, premios para, como Lipman-Blumen señala, distinguir a «los que, como Jessie Bernard, han contribuido intelectual, profesional y humanamente al mundo académico y del feminismo» (1979: 55).

* Esta reseña biográfica se inspira en Lipman-Blumen (1979) y J. Bernard (1973).

diferente, sino también desigual. En concreto, las mujeres tienen menos recursos materiales, estatus social, poder y oportunidades para la autorrealización que los hombres de idéntica posición social, ya se base esa posición en la clase, la raza, la ocupación, la etnicidad, la religión, la educación, la nacionalidad o cualquier otro factor socialmente relevante. Segundo, esta desigualdad procede de la misma organización de la sociedad, no de ninguna diferencia biológica o de personalidad entre los hombres y las mujeres. El tercer tema de toda teoría de la desigualdad es que aunque los seres humanos individuales pueden variar en lo tocante a su perfil de capacidades y rasgos, ningún modelo de variación natural relevante distingue a los sexos. En efecto, todos los seres humanos se caracterizan por una profunda necesidad de libertad para la autorrealización y por una maleabilidad fundamental que les lleva a adaptarse a los constreñimientos y las oportunidades de las situaciones en las que se encuentran. Afirmar que existe desigualdad entre los géneros, equivale entonces a decir que las mujeres tienen situacionalmente menos capacidad que los hombres para percatarse de la necesidad de autorrealización que comparten con los hombres. Cuarto, todas las teorías de la desigualdad suponen que tanto los hombres como las mujeres responderán mejor ante estructuras y situaciones sociales más igualitarias. En otras palabras, mantienen que es posible cambiar la situación. Esta creencia distingue a los teóricos y teóricas de la desigualdad entre los géneros de los de la diferencia de géneros, quienes tienen una imagen de la vida social en la que las diferencias de género son, cualquiera que sea su causa, perdurables, profundamente inculcadas en la personalidad y sólo parcialmente remediables.

Las explicaciones de la desigualdad entre los géneros varían en función de este común cuerpo de interpretación. Analizamos a continuación dos principales variantes de teoría feminista contemporánea que se centran e intentan explicar las desigualdad entre los géneros: el feminismo liberal y el feminismo marxista.

**Feminismo liberal.** Dentro de la teoría feminista contemporánea, el feminismo liberal ocupa una posición minoritaria (Bird, 1979; Epstein, 1988; Friedan, 1963, 1981; Janeway, 1981; Lippman-Blumen, 1984; Trebilcot, 1973). Sin embargo, al mismo tiempo, el feminismo liberal es el enfoque más difundido en el movimiento estadounidense de las mujeres contemporáneo: está en la base de una buena parte de la literatura popular que aboga por la mujer profesional, por la igualdad de responsabilidad ante los hijos y por la necesidad de una enseñanza igual para niños y niñas; guía muchas de las políticas iniciadas por el movimiento (Gelb y Paley, 1982; Tinker, 1983) y se ha encarnado en el programa de la organización de mujeres más poderosa, la *National Organization for Women* (NOW) [Organización Nacional Por las Mujeres]. El feminismo liberal y la corriente principal de las creencias políticas estadounidenses se complementan fácilmente, y ello ayuda a comprender la popularidad de esta variante de teoría feminista.

La explicación del feminismo liberal de la desigualdad entre los géneros comienza con las cuestiones no abordadas por las teorías de las diferencias de género: parte de la identificación de la división sexual del trabajo, de la existencia de dos esferas separadas de actividad social, la pública y la privada, de la localización primaria de los hombres en la primera esfera y de las mujeres en la segunda, y de la socialización sistemática de los niños para que desempeñen papeles y vivan en esferas apropiadas a su género. Sin embargo, a diferencia de los teóricos y teóricas de la diferencia, las feministas liberales no conceden ningún valor particular a la esfera privada, salvo que permite la extraversión emocional. En efecto, la esfera privada consiste en un circulo vicioso de tareas indispensables, rutinarias, no pagadas e infravaloradas, asociadas con el trabajo doméstico, el cuidado de los hijos y la servidumbre emocional, práctica y sexual a los hombres adultos. Las verdaderas recompensas de la vida social —el dinero, el poder, el estatus, la libertad, las oportunidades de realización y autoestima— se encuentran en la esfera pública. El sistema que restringe el acceso de las mujeres las agobia con responsabilidades de la esfera privada, las aisla en hogares individuales y exime a sus compañeros de compartir las tareas fatigosas de la esfera privada es un sistema que produce la desigualdad entre los géneros.

Cuando abordan la cuestión de la identificación de las fuerzas principales de este sistema, las feministas liberales subrayan el *sexismo*, una ideología similar al racismo que, por un lado, contiene prejuicios y prácticas discriminatorias contra las mujeres y, por otro, creencias dadas por sentadas sobre las diferencias «naturales» entre los hombres y las mujeres que explican sus diferentes destinos sociales. Debido al sexismo, las mujeres se ven limitadas y disminuidas desde la infancia hasta la madurez, de manera que sólo pueden adoptar roles adultos propios de su condición y esos roles «merman» su humanidad y las convierten en seres dependientes y subconscientemente deprimidos creados por los constreñimientos y los requerimientos de los roles específicos de su género.

La descripción de las mujeres mermadas de su plena humanidad procede de *The Future of Marriage* (1982) de Jessie Bernard. Bernard es una socióloga que ha escrito sobre la cuestión del género desde los años cuarenta, mucho antes de que los sociólogos percibieran la importancia de esta cuestión. *The Future of Marriage* constituye, tal vez, su libro más famoso sobre este tema. Con la voz desapasionada de la corriente principal de la sociología, institucionalmente orientada y empíricamente fundamentada, Bernard presenta a los sociólogos una nueva y devastadora descripción de la institución del matrimonio. El matrimonio es a la vez un sistema cultural de creencias e ideales, un arreglo institucional de roles y normas, y un complejo de experiencias interactivas para las mujeres y los hombres. Culturalmente, el matrimonio está idealizado como el destino y la fuente de realización de las mujeres; una bendición que combina domesticidad, responsabilidad y constreñimiento para los hombres; y para la sociedad estadounidense en su conjunto una asociación esencialmente igualitaria entre esposo y esposa. Institucionalmente, el matrimonio confiere autoridad y libertad al rol del marido y, en efecto, la obligación de salir del hogar; combina la idea de la autoridad masculina con la de la destreza sexual y capacidad masculina; y decreta que la esposa ha de ser complaciente, dependiente, simple de espíritu, y estar esencialmente centrada en las actividades y las tareas domésticas. De este modo, pues, nos encontramos con dos matrimonios dentro de todo matrimonio institucional: el matrimonio del hombre, en el que él se ve constreñido y lleno de cargas, mientras experimenta lo que las normas dictan —autoridad, independencia, y derecho al servicio doméstico, emocional y sexual por parte de la esposa; y el matrimonio de la mujer, en el que ella reafirma la creencia cultural de realización, mientras experimenta normativamente la forzosa ausencia de poder y la dependencia, la obligación de proporcionar servicios domésticos, emocionales y sexuales y una «merma» gradual de la joven persona independiente que fue antes de casarse. Los resultados de todo esto pueden encontrarse en los datos que miden el estrés humano: mujeres *casadas*, sean las que sean sus demandas de realización, y hombres *no casados*, cualesquiera que sean sus demandas de libertad, puntúan alto en todos los indicadores de estrés, ya sean palpitaciones de corazón, mareos, dolores de cabeza, pesadillas, desmayos, insomnio y temor a las crisis nerviosas; las mujeres *no casadas*, cualquiera que sea su concepción del estigma social, y los hombres *casados* puntúan bajo en todos los indicadores del estrés. El matrimonio, pues, es bueno para los hombres y malo para las mujeres y dejará de ser así sólo cuando las parejas se sientan lo suficientemente libres de los constreñimientos institucionales predominantes como para negociar el tipo de matrimonio que más satisfaga sus necesidades y su personalidad individual.

Para las feministas liberales, la sociedad estadounidense, con sus derechos e instituciones constitucionales, permite más libertad e igualdad individual que la mayoría de las demás sociedades. Sin embargo, en dicha sociedad la igualdad de oportunidades también está limitada por el racismo y el sexismo. Estos sistemas de creencias son reminiscencias disfuncionales de los viejos tiempos, apun-

talados sólo por la tradición, las convenciones y los prejuicios sin fundamento. El sexismo, al igual que el racismo, obliga a los hombres y a las mujeres a entrar en moldes caracteriológicos rígidos, impide a la comunidad disponer de todos los talentos de la población, infravalora a las mujeres y niega constantemente nuestros más queridos valores culturales de la estima y la libertad individual. Las feministas liberales sostienen que la sociedad estadounidense contemporánea debe cambiar y eliminar el sexismo, y piensan que se debe educar a la mayoría de las personas para que comprendan lo razonable que es la crítica feminista.

Las feministas liberales proponen las siguientes estrategias para eliminar la desigualdad entre los géneros: la movilización en pro del uso de los canales políticos y legales existentes para lograr el cambio; la igualdad de oportunidades económicas; la introducción de cambios en la familia, la escuela, y en los mensajes de los medios de comunicación de masas con el fin de que las personas no se socialicen en roles de sexo rígidamente separados; y el esfuerzo de todos los individuos para desafiar el sexismo allí donde lo encuentren en su vida cotidiana. Para las feministas liberales se llegará a una situación ideal cuando cada individuo pueda elegir el modo de vida que más le convenga y cuando se respete y acepte esa elección, ya sea ama o amo de casa, profesional no casado o miembro de una familia de doble ingreso, sin niños o con niños, heterosexual u homosexual. Las feministas liberales creen que este ideal ensalza la práctica de la libertad y la igualdad, ideales culturales centrales de los Estados Unidos de América. El feminismo liberal es, pues, compatible con el *ethos* estadounidense dominante por su básica aceptación de las instituciones y la cultura del país, su orientación reformista y su atracción por los valores del individualismo, la elección, la libertad y la igualdad de oportunidades.

**Feminismo marxista.** El marxismo ofrece una de las teorías más conocidas y más elaboradas de la opresión social. Marx y Engels proporcionaron los fundamentos de la teoría, que luego continuaría desarrollándose dentro del cuerpo de la literatura neomarxista. Esta perspectiva desarrolla la teoría de la opresión social de clase, que se centra en la dominación de los trabajadores en interés de la clase dominante, y en la enorme fuerza de la dominación, la opresión y el conflicto de clases en la estructuración de las relaciones sociales internacionales e intranacionales. El feminismo marxista combina el análisis marxista de clase y la protesta social feminista. Y esta combinación da lugar no a una teoría más intensa de la opresión, sino más bien a una teoría más compacta de la desigualdad, es decir, de la desigualdad entre los géneros[6]. Marx y Engels sentaron las bases de esta teoría.

---

[6] Esta teoría ha sido elaborada recientemente por Benston (1970); James y Costa (1973); Kuhn y Wolpe (1978); Juliet Mitchell (1975); Reed (1970); Rowbotham (1973); Vogel (1984) y Zaretsky (1976).

***Marx y Engels.*** La principal preocupación de Marx y Engels era la opresión de clase social, pero con frecuencia les inquietaba también la opresión de género. Su análisis más famoso respecto de esta cuestión se encuentra en *The Origins of the Family, Private Property and the State* [Los orígenes de la familia, la propiedad privada y el Estado], escrita y publicada por Engels en 1884, quien utilizó para ello extensos escritos que realizó Marx pocos años antes de su muerte en 1883 (Barrett, 1985). Los principales argumentos de este libro son:

1. La subordinación de las mujeres no es el resultado de su constitución biológica, presumiblemente inmutable, sino de un orden social que tiene claras raíces históricas, y que supuestamente debe cambiar. (Esta afirmación, dentro del contexto de las creencias decimonónicas sobre las mujeres, convierte a *Los orígenes* en un texto feminista).
2. El fundamento relacional de la subordinación de las mujeres reside en la familia, una institución cuyo nombre procede de la palabra latina sirviente y que en las sociedades complejas constituye un sistema de roles dominantes y subordinados. Los rasgos centrales de la familia en las sociedades occidentales son: que se centra en la pareja y su prole, quienes típicamente habitan un hogar común; y que es patrilineal, ya que la propiedad y la descendencia se trasmiten por línea masculina; patriarcal, porque la autoridad se encarna en el cabeza de familia, y monógama al menos en lo tocante a que la esposa sólo puede tener relaciones sexuales con su marido. Una doble moral permite a los hombres mucha mayor libertad sexual. Dentro de esta institución, particulamente cuando la mujer no trabaja fuera de casa y carece de independencia económica, como suele ocurrir en las familias de clase media, las mujeres son, en realidad, enseres o propiedades de sus maridos.
3. La sociedad legitima tal sistema de familia al considerar esa estructura como la institución fundamental de todas las sociedades. En realidad, se trata de una afirmación falsa, como lo muestra gran parte de la evidencia arqueológica y antropológica. Durante la mayor parte del tiempo de la prehistoria humana no existieron jamás tales estructuras familiares. Antes bien, las personas mantenían lazos en redes extensas de parentesco: las *gens*, grandes grupos de personas unidas por lazos de sangre. Además, estos lazos se establecían por línea materna porque el vínculo directo con la madre de un hijo era más fácil de demostrar que el vínculo directo con el padre. Las *gens* eran, pues, matrilineales. Eran también matriarcales porque la mujer ostentaba un poder considerable y, en las economías primitivas de cazadores y recolectores, cumplían una función económica crucial e independiente como recolectoras, artesanas, almacenadoras y distribuidoras de materias primas. Ejercían este poder en lo que se refiere a las formas colectivas y cooperativas de vida, al uso de mercancías, a la crianza de los hijos, y en lo relativo a la toma de decisiones, y a la elección libre y sin trabas de mujeres u hombres como

compañeros sexuales y afectivos. En *Los orígenes* se relaciona este tipo de sociedad, que Marx y Engels describieron en todas partes como comunismo primitivo, con el estatus social libre y poderoso de las mujeres.

4. Los factores que destruyeron este tipo de sistema social, dando lugar a lo que Marx y Engels denominaron «la derrota histórico-mundial del sexo femenino» (Engels, 1884/1970:87) son económicos, en especial la sustitución de la caza y la recolección por las economías de pastoreo, horticultura y agricultura. Con este cambio surgió la *propiedad*, la idea y la realidad de que ciertos miembros del grupo se proclamaron propietarios de los recursos esenciales para la producción económica. Fueron los hombres los que se proclamaron propietarios, ya que su movilidad, su fuerza y su monopolio sobre ciertas herramientas les confirieron poder económico. Con tal cambio los hombres desarrollaron, en tanto poseedores de propiedad, las necesidades tanto de una mano de obra complaciente —esclavos, cautivos, mujeres casadas o niños— como de herederos que sirvieran como medio para preservar y transmitir la propiedad. Así surgió la primera *familia*, un amo y sus esclavos-sirvientes, esposas-sirvientes, niños-sirvientes, una unidad en la que el señor defendía fieramente su pretensión de acceso sexual único a sus mujeres para asegurarse de la autenticidad de sus herederos. Al final, los hijos también vendrían a apoyar este sistema de control sexual, porque sobre él descansarían sus pretensiones de alcanzar la propiedad.
5. Desde entonces, la explotación del trabajo desarrolló estructuras de dominación cada vez más complejas, en particular relaciones de clase; se creó el orden político para salvaguardar todos estos sistemas de dominación; y la familia evolucionó junto con las transformaciones históricas de los sistemas económicos y de propiedad hasta convertirse en una institución enmarcada y dependiente de ellos, que refleja las enormes injusticias de la economía política y dicta la subordinación de las mujeres. Sólo con la destrucción de los derechos de propiedad mediante la revolución comunista futura las mujeres obtendrán libertad de acción social, política, económica y personal.

Antropólogos y arqueólogos han criticado las evidencias en que se basa *Los orígenes*, y las feministas acusan a esa obra de no captar muchos de los sentidos de la enorme complejidad de la opresión femenina. Pero *Los orígenes* ofrece una poderosa teoría sociológica de la desigualdad entre los géneros, que se opone drásticamente a la teoría sociológica de Parsons, porque expresa la afirmación de que todas las mujeres están oprimidas, analiza el modo en que la familia apuntala esta opresión —una institución considerada casi sagrada por los sectores más poderosos de la sociedad— y vincula las ramificaciones de esta subordinación con el estatus económico y sexual de las mujeres.

***Feminismo marxista contemporáneo.*** Las feministas marxistas contemporáneas enmarcan las relaciones de género en lo que consideran la estructura más fun-

damental del sistema de clases, y en particular en la estructura del sistema de clases capitalista contemporáneo. Desde este punto de vista teórico, la naturaleza de las experiencias vitales de todo individuo constituye, en primer lugar, un reflejo de su posición de clase y, en segundo lugar, de su género. Las mujeres de clases opuestas tienen entre ellas menos experiencias vitales en común que las de las mujeres de cualquier clase con los hombres de su misma clase. Por ejemplo, por lo que respecta a las experiencias y los intereses determinados por la clase, las mujeres ricas de clase alta se oponen radicalmente a las mujeres trabajadoras manuales o a las indigentes que viven del subsidio social. Sin embargo, las ricas mujeres de clase alta comparten muchas experiencias e intereses con los hombres de su misma clase. A partir de este hecho, las feministas marxistas admiten que *dentro* de todas las clases las mujeres están en desventaja frente a los hombres en lo que se refiere a bienes materiales, poder, estatus y posibilidades de autorrealización. Las causas de esta desigualdad residen en la organización del propio capitalismo.

El hecho de que la desigualdad entre los géneros se enmarca dentro del sistema de clases se ve con mayor claridad y precisión en la clase dominante del capitalismo contemporáneo, la burguesía. Los varones burgueses poseen los recursos productivos y organizativos de la producción industrial, del comercio agrícola y del mercado nacional e internacional. Las mujeres de la clase burguesa no son propietarias, sino que constituyen ellas mismas una propiedad, esposas y posesiones de los burgueses varones, que comprenden el arte de la posesión en el sentido más profundo. Las mujeres burguesas son mercancías atractivas y distintivas en un proceso continuo de intercambio entre los hombres (G. Rubin, 1975) y, con frecuencia, constituyen un medio mercantil en las alianzas de propiedad de los hombres. Las mujeres burguesas producen y crían a los hijos que en un futuro heredarán los recursos socioeconómicos de los padres. Las mujeres burguesas proporcionan también servicios emocionales, sociales y sexuales a los hombres de su clase. Y son recompensadas con un modo de vida lujoso propio de su clase. Las mujeres burguesas son, pues, en los términos de Rosa Luxemburgo, «el parásito de un parásito» (1971: 220; citado en MacKinnon, 1982: 7).

La desigualdad entre los géneros en las clases asalariadas también es funcional para el capitalismo y, por tanto, los capitalistas la perpetúan. Las mujeres asalariadas reciben, dado su bajo estatus social, salarios bajos y se resisten a la sindicalización debido a su percepción de su marginalidad dentro del sector asalariado. Así, constituyen para las clases dirigentes una fuente de ganancias que no ofrece resistencia. Es más, la marginalidad de las mujeres en el sector asalariado las convierte en una parte importante del ejército de reserva de fuerza de trabajo que, como grupo alternativo de trabajadores, actúa como una amenaza y un freno para las demandas de los asalariados sindicados. En el papel de amas de casa, esposas y madres, las mujeres apoyan inconscientemente el proceso económicamente ventajoso de los burgueses al ser consumidoras de bienes y servicios para el hogar y cuidadoras no pagadas que, al hacerlo, subsidian

y financian los costes reales de la reproducción y el mantenimiento de la fuerza de trabajo (Gardiner, 1979). Finalmente, aunque de importancia secundaria para las marxistas, la esposa del trabajador asalariado da a su esposo una experiencia mínima de poder personal, compensación por su ausencia real de poder en la sociedad. Ella es, en otras palabras «la esclava del esclavo» (MacKinnon, 1982: 8).

Las mujeres, pues, no son iguales a los hombres, y ello no se debe a un conflicto directo y básico de intereses entre los géneros, sino al funcionamiento de la opresión de clase, con sus factores de desigualdad ante la propiedad, el trabajo explotado y la alienación. El hecho de que dentro de toda clase las mujeres estén en desventaja frente a los hombres parece no tener en el feminismo marxista ninguna causa estructural inmediata. Antes bien, como en el feminismo liberal, este hecho se debe a una reminiscencia histórica procedente del colapso del comunismo primitivo descrito por Engels. A resultas de todo esto, la solución a la desigualdad entre los géneros es la eliminación de la opresión de clase. Esta destrucción sólo puede lograrse mediante la acción revolucionaria de una clase asalariada unida que incluya tanto a los hombres como a las mujeres. Cualquier movilización directa de las mujeres contra los hombres es considerada contrarrevolucionaria porque divide a la clase trabajadora, potencialmente revolucionaria. Una revolución de la clase trabajadora que destruya el sistema de clases haciendo que todos los bienes económicos pasen a ser bienes de toda la comunidad liberará también a la sociedad de ese subproducto de la explotación de clase que es la desigualdad entre los géneros.

## Teorías de la opresión de género

Todas las teorías de la opresión de género describen la situación de las mujeres como la consecuencia de una relación de poder directa entre los hombres y las mujeres en la que los hombres, que tienen intereses concretos y fundamentales en el control, uso, sumisión y opresión de las mujeres, llevan a cabo efectivamente sus intereses. Para las teóricas y teóricos de la opresión de género, las mujeres se encuentran en una situación en la que los hombres las usan, las controlan, las someten y oprimen. Esta pauta de opresión está profunda y poderosamente incorporada en la organización de la sociedad, una estructura básica de dominación llamada comúnmente *patriarcado*. El patriarcado no es la consecuencia azarosa y secundaria de otra serie de factores —sean estos la biología, la socialización en roles de sexo o el sistema de clases. Constituye una estructura primaria de poder que se mantiene intencionada y deliberadamente. En efecto, para la mayoría de las teóricas y teóricos de la opresión, las diferencias de género y la desigualdad entre los géneros son subproductos del patriarcado.

Mientras las primeras teóricas feministas se centraron en cuestiones relativas a la desigualdad entre los géneros, lo que caracteriza a la teoría feminista contemporánea es la intensidad y la fuerza de la preocupación por la opresión (Jaggar, 1983). Debemos precisar aquí que la mayoría de las teóricas feministas

contemporáneas son teóricas de la opresión y ciertamente los desarrollos teóricos más novedosos y ricos del feminismo contemporáneo han sido los trabajos de este grupo de teóricas. Los trabajos teóricos sobre la opresión de género representan la punta de lanza, la frontera dinámica en expansión de la teoría feminista contemporánea. Sin embargo, aunque, como veremos más adelante, algunos sociólogos y sociólogas han hecho importantes contribuciones a esta literatura, los sociólogos y sociólogas que analizan cuestiones de género no se sienten, como comunidad, atraídos por las teorías de la opresión. Probablemente es esta divergencia de enfoque teórico sobre la situación de las mujeres —en virtud de la cual los sociólogos se inclinan por las teorías de la diferencia y de la desigualdad y las teóricas y teóricos feministas se inclinan por las teorías de la opresión—, lo que explica el desacuerdo actual entre las dos comunidades respecto de si la teoría sociológica ha tenido seriamente en cuenta o no las implicaciones de las cuestiones planteadas por las feministas.

A continuación nos ocuparemos de las cuatro principales variantes de teoría feminista; todas ellas se centran en la opresión pero difieren en lo que respecta a las explicaciones de la opresión. Estas teorías son: el feminismo psicoanalítico, el feminismo radical, el feminismo socialista y el feminismo de la tercera ola.

**Teoría feminista psicoanalítica.** Las feministas psicoanalíticas contemporáneas intentan explicar el patriarcado utilizando las teorías de Freud y sus herederos intelectuales (al-Hibri, 1981; Chodorow, 1978; Dinnerstein, 1976; Kittay, 1984). En términos generales, estas teorías describen y acentúan la dinámica emocional de la personalidad, las emociones profundamente enterradas en el subconsciente o en áreas inconscientes de la psique; también subrayan la importancia de los primeros años de la infancia en la configuración de esas emociones. Sin embargo, en su intento de utilizar las teorías de Freud, las feministas emprendieron una reconstrucción fundamental de sus conclusiones, ya que el propio Freud era marcadamente patriarcal. Reconocía las diferencias y la desigualdad entre los géneros pero no la opresión de género. Para él, las mujeres eran seres humanos de segundo orden cuya naturaleza psíquica básica sólo les permitía llevar una vida inferior a la de los hombres. Por tanto, las teóricas feministas hubieron de orientarse en direcciones que se encontraban implícitas en las teorías de Freud al mismo tiempo que rechazaban las conclusiones del pensador acerca del género.

Las feministas psicoanalíticas operan con un modelo particular de patriarcado. Al igual que todas las teóricas de la opresión, consideran el patriarcado como un sistema en el que los hombres someten a las mujeres, un sistema universal, poderoso por lo que respecta a su organización social, perdurable en el tiempo y en el espacio, y que se defiende eficazmente frente a desafíos ocasionales. Sin embargo, lo que distingue al feminismo psicoanalítico es la idea de que en este sistema todos los hombres intervienen mediante sus acciones individuales cotidianas continua y enérgicamente para crearlo y mantenerlo. Las mujeres ofrecen resistencia sólo ocasionalmente, y la realidad nos revela que suelen

consentir su propia subordinación o incluso intervenir ellas también en su favor. El problema que se proponen resolver las feministas psicoanalíticas es por qué los hombres invierten continuamente y en todas partes una enorme cantidad de energía en el mantenimiento del patriarcado, y por qué las mujeres no contrarrestan esa energía.

En la búsqueda de una explicación a este problema, estas teóricas dan escaso crédito al argumento de que el cálculo cognitivo de los beneficios prácticos explica el apoyo masculino al patriarcado. La movilización cognitiva no parece una fuente suficiente de la enorme energía que invierten los hombres en el mantenimiento del patriarcado, especialmente porque, a la luz de la capacidad humana para inventar explicaciones que lo justifican, algunos hombres no están seguros de que el patriarcado tenga un valor absoluto para ellos. Es más, un argumento que se basa en la persecución cognitiva del autointerés sugiere que las mujeres se movilizarían con la misma energía contra el patriarcado. En lugar de dar crédito a ese argumento, estas teóricas se centran en los aspectos de la psique que tan competentemente describieron los freudianos: las emociones humanas, los deseos y temores parcialmente reconocidos o no reconocidos, y la neurosis y la patología. Ahí podemos encontrar una fuente clínicamente demostrada de extraordinaria energía y debilidad, que mana de estructuras psíquicas tan profundas que se resisten al reconocimiento o al control de la conciencia individual. En su búsqueda de los fundamentos energéticos del patriarcado, las feministas psicoanalíticas han identificado dos explicaciones posibles de la dominación de las mujeres: el miedo a la muerte y el entorno socioemocional en el que la personalidad de niño se forma.

La teoría psicoanalítica contempla el miedo a la muerte, o el temor a dejar de existir, como una de las cuestiones existenciales que todos nos planteamos en algún momento, y como una cuestión que nos hace experimentar el terror. Las teóricas feministas que desarrollan este tema señalan que las mujeres, debido a su estrecha y extensa implicación en la producción y crianza de nuevos seres, se sienten de modo característico menos oprimidas que los hombres ante el reconocimiento de su propia mortalidad (al-Hibri, 1981; Dinnerstein, 1976). Sin embargo, los hombres responden con pavor a la perspectiva de su extinción individual y adoptan una serie de defensas, que conducen todas a la dominación de las mujeres. Los hombres se ven impulsados a producir cosas que les sobrevivan —arte y arquitectura, riqueza y armas, ciencia y religión. Todo esto se convierte en sus recursos para poder dominar a las mujeres (y a otros hombres). Los hombres buscan también —en parte por envidia del rol reproductor de la mujer, y en parte por su apasionado deseo de lograr la inmortalidad a través de sus hijos— el control del proceso de la reproducción. Se proclaman propietarios de las mujeres, se afanan por controlar el cuerpo de la mujer y reclaman como suyos, mediante las normas de la legitimidad y la paternidad, los productos de ese cuerpo, los hijos. Finalmente, impulsados por el miedo, los hombres intentan separarse de todo lo que les recuerde que su cuerpo es mortal: el nacimiento, la naturaleza, la sexualidad, su propio cuerpo y funciones natura-

les, y las mujeres, cuya asociación con todo lo anterior las convierte en su símbolo por excelencia. Los hombres sienten la necesidad de negar, reprimir y controlar todos estos aspectos de la existencia, del mismo modo que intentan negar, reprimir y alejarse de su propia mortalidad. Y la mujer, símbolo de todos estos tópicos vedados, también es tratada como la Otra: temida, evitada y controlada.

El segundo tema del feminismo psicoanalítico se centra en dos aspectos del desarrollo en la primera infancia: uno, el supuesto de que los seres humanos llegan a la madurez aprendiendo a equilibrar la tensión jamás resuelta entre el deseo de la libertad de acción —*la individuación*— y el deseo de confirmación por parte de los demás —*el reconocimiento*—; y dos, el hecho observable de que en todas las sociedades los niños experimentan su primer y más importante desarrollo en estrecha, constante e íntima relación con una mujer, sea su madre o una sustituta (Benjamin, 1985, 1988; Chodorow, 1978, 1990; Dinnerstein, 1976). Como infantes o niños pequeños, sin disponer de un lenguaje como herramienta para comprender la experiencia durante largos periodos de tiempo, los individuos experimentan sus primeras fases del desarrollo de la personalidad como un periodo de turbulencia incesante de emociones primitivas: sienten miedo, amor, odio, placer, ira, pérdida y deseo. Las consecuencias emocionales de estas primeras experiencias permanecen en las personas para siempre como «memorias sentimentales» poderosas, aunque inconscientes. En este residuo emocional juega un papel muy importante una serie de sentimientos profundamente ambivalentes hacia la mujer/madre/cuidadora: necesidad, dependencia, amor, posesión, pero también miedo e ira por su capacidad de frustrar la voluntad. La relación de los hijos con el padre/hombre es mucho más ocasional, secundaria y emocionalmente menos turbulenta. Así, el niño varón, que crece en una cultura que valora positivamente la identidad masculina, intenta separar rápida y torpemente su identidad de la de la mujer/madre. Esta separación culturalmente inducida, además de ser incompleta, tiene consecuencias destructivas. El remanente emocional de la primera infancia hacia las mujeres —la necesidad, el amor, el odio, y la posesión— impulsa al hombre maduro a buscar una mujer propia que satisfaga sus necesidades emocionales, que dependa de él y a la que pueda controlar, es decir, siente una necesidad de dominar y encuentra difícil el reconocimiento mutuo. La niña, que siente lo mismo que el niño hacia la mujer/madre, descubre su propia identidad femenina en una cultura que infravalora a las mujeres. Crece con una mezcla de profundos sentimientos positivos y negativos hacia sí misma y hacia la mujer/madre, y esta ambivalencia destruye una buena parte de su potencial para resistirse a su subordinación social. La mujer madura intenta resolver su remanente emocional acentuando su capacidad de reconocimiento, y suele hacerlo sumisamente con hombres en actos de atracción sexual y con mujeres en actos de amistad o mantenimiento del parentesco. Y en lugar de buscar sustitutas de la madre, se convierte en madre y recrea la relación existente en la primera infancia entre el infante y la mujer.

Las explicaciones de las teóricas psicoanalíticas han ido más lejos de la personalidad individual para centrarse en la cultura o, al menos, en la cultura occidental. La ciencia occidental subraya la separación distintiva entre el «hombre» y la «naturaleza», el «hombre» como «dominador» de la «naturaleza», y el «método científico» derivado de estas actitudes y prometedor de la verdad «objetiva», lo cual ha sido criticado y reinterpretado como una proyección de su propio deseo de dominación y de su propio temor al reconocimiento intersubjetivo realizados por un ego masculino sobreindividualizado (Jaggar y Bordo, 1989; Keller, 1985). Esta crítica se ha realizado no sólo referida al área de la ciencia social, sino también a las más respetadas disciplinas de la ciencia natural «objetiva». Lo que se ha venido presentado como método fiable —la objetividad, la distancia, el control, la ausencia de afecto— se interpreta ahora como un desarrollo y un efecto de la personalidad moldeada por el género. Diversos motivos de la cultura popular —que se expresan en imágenes y opiniones tales como la persistente idea del dominio del hombre sobre la mujer— son interpretados por las teóricas psicoanalíticas como signos que expresan la ruptura del equilibrio requerido entre la tensión de la necesidad de individualización y de la necesidad de reconocimiento (Benjamin, 1985, 1988). Cuando esta ruptura se produce totalmente, bien en una cultura o en una personalidad, aparecen dos patologías: el dominante sobreindividualizado, que «reconoce» al otro sólo mediante actos de control, y el subordinado infraindividualizado, que renuncia a la acción independiente para encontrar su identidad sólo como reflejo del dominante.

Así, las feministas psicoanalíticas explican la opresión de las mujeres a partir de la profunda necesidad emocional de los hombres de controlarlas, un impulso que nace de las neurosis cuasi universales de los hombres centradas en el miedo a la muerte y en los sentimientos ambivalentes hacia las madres que les crían. Las mujeres carecen de estas neurosis o padecen neurosis complementarias, pero en cualquier caso quedan psíquicamente sin una fuente equivalente de energía para oponerse a la dominación. Existen abundantes evidencias psiquiátricas que apoyan el argumento de la amplia difusión de estas neurosis, al menos en la sociedades occidentales. Pero como estas teorías trazan una división tajante entre las emociones humanas universales y la opresión femenina universal, no exploran las disposiciones sociales intermedias que vinculan la emoción a la opresión y no sugieren líneas posibles de variación en las emociones, las disposiciones sociales y la opresión. Además, debido en parte a estas omisiones, la teoría feminista psicoanalítica sugiere pocas y difíciles estrategias para lograr el cambio: la reestructuración de nuestras prácticas en la crianza de los hijos y la iniciación de una masiva reconstrucción psicocultural de nuestra orientación hacia la muerte. Estas teorías nos proporcionan, pues, algunas ideas que nos sirven para comprender más profundamente las raíces de la opresión de género, pero requieren un mayor desarrollo por lo que respecta a los factores sociológicos y a las estrategias para el cambio. Las otras tres variantes de la teoría de la opresión —el feminismo radical, el feminismo socialista y el feminismo de la tercera ola— llevan a cabo con más eficacia estas dos tareas.

**Feminismo radical.** Lo que caracteriza al feminismo radical es una intensa valoración positiva de las mujeres y, como consecuencia de ello, una profunda indignación y pesar ante su opresión[7]. Las feministas radicales subrayan el gran mérito de la mujer que desafía un sistema universal que la devalúa; su indignación ante la opresión de las mujeres se expresa en un sorprendente y detallado catálogo de las ofensas que se han cometido contra todas las mujeres del mundo. Por su apasionada combinación de amor e indignación, las feministas radicales se asemejan a los grupos raciales y étnicos más militantes, y sus pretensiones recuerdan a las demandas de que lo «negro es hermoso» de los estadounidenses negros o al «testimonio» de opresión de los judíos. Conforme analicemos su llamamiento a las mujeres en nombre de las mujeres, veremos con mayor claridad la postura del feminismo radical sobre la organización social, la opresión de género y las estrategias para el cambio.

Las feministas radicales creen que toda sociedad se caracteriza por la opresión. Toda institución constituye un sistema en el que unas personas dominan a otras, y en las estructuras más básicas de la sociedad, en las pautas asociativas entre grandes grupos o categorías de gente, puede percibirse una continua pauta de dominación y subordinación— entre las clases, las castas, los grupos raciales, étnicos, y religiosos, las categorías de edad y el género. De todos estos sistemas de dominación y subordinación, la estructura más fundamental de opresión es el género, el sistema del patriarcado. El patriarcado no sólo constituye, como describió Engels, la primera estructura de dominación y subordinación de la historia, sino que ha venido siendo el sistema más poderoso y duradero de desigualdad, el modelo societal básico de dominación. Mediante su participación en el patriarcado, los hombres aprenden a despreciar a otros seres humanos, a verlos como seres no humanos y a controlarlos. Dentro del patriarcado los hombres comprenden y las mujeres aprenden lo que es la subordinación. El patriarcado es una fuente de culpa y represión, de sadismo y masoquismo, de manipulación y engaño, que impulsa a los hombres y a las mujeres a otras formas de tiranía. Para las feministas radicales, el patriarcado constituye la estructura más importante de desigualdad social y la que menos se percibe como tal.

En este análisis es de suma importancia su imagen del patriarcado como un sistema en el que los hombres y las organizaciones dominadas por los hombres practican la violencia contra las mujeres. La violencia no siempre se encarna en abierta y directa crueldad física. Puede ocultarse en prácticas más complejas de explotación y control: en criterios de moda y belleza, en ideales tiránicos de la maternidad, la monogamia, la castidad y la heterosexualidad; en acoso sexual en el lugar de trabajo; en prácticas de ginecología, obstetricia y psicoterapia; en trabajo doméstico fatigoso no pagado y en trabajo asalariado mal pagado. La violencia existe allí donde un grupo controla en su propio interés la vida, las oportunidades, los entornos, las acciones y las percepciones, de otro grupo, como hacen los hombres con las mujeres.

---

[7] Este apartado es una adaptación de Lengermann y Wallace (1985: 141-144)

Pero el tema de la violencia como crueldad física abierta es clave en la relación que establece el feminismo radical entre el patriarcado y la violencia: la violación, el abuso sexual, la prostitución forzosa como esclavitud sexual, el abuso de la esposa, el incesto, la vejación sexual de los niños, la histerectomía y otras formas excesivamente radicales de cirugía y el sadismo explícito en la pornografía, guardan relación con las prácticas históricas e interculturales de la quema de brujas, la condena de muerte por adulterio, la persecución de las lesbianas, el infanticidio femenino, la práctica china del vendaje de los pies, los suicidios forzosos de las viudas hindúes, y la salvaje práctica de la extirpación del clítoris. A través de esta lente radical se nos ofrece una imagen de las mujeres mutiladas y sangrantes, una representación visual de lo que hace el patriarcado.

El patriarcado existe como forma social cuasi universal debido sobre todo a que los hombres pueden ejercer el recurso de poder más básico, la fuerza física, para establecer su control. Una vez que el patriarcado se establece, los otros recursos de poder —económico, ideológico, legal y emocional— también pueden ejercerse para mantenerlo. Pero la violencia física siempre constituye su última arma de defensa, y tanto en las relaciones interpersonales como intergrupales, esa violencia se utiliza repetidas veces para proteger al patriarcado de la oposición individual y colectiva de las mujeres.

Los hombres crean y mantienen el patriarcado no sólo porque tienen los recursos para hacerlo, sino porque tienen intereses reales en hacer que las mujeres les sirvan de herramientas complacientes. Las mujeres son, por un lado, el medio más eficaz de satisfacer el deseo sexual masculino. Sus cuerpos son, además, esenciales para la producción de hijos, que satisfacen las necesidades prácticas y, como los psicoanalistas han mostrado, neuróticas de los hombres. Las mujeres constituyen una fuerza de trabajo útil, como han indicado los marxistas. También pueden constituir signos ornamentales del estatus y el poder del hombre. Como compañeras para los hijos y los varones adultos celosamente controladas, constituyen complacientes compañeras, fuentes de apoyo emocional y útiles contrastes que refuerzan constantemente la percepción de los varones de su significado social central. Estas útiles funciones sugieren que los hombres buscan por doquier mantener contentas a las mujeres. Pero circunstancias sociales diferentes conceden distinto rango a estas funciones y, por tanto, llevan a variaciones interculturales en la configuración del patriarcado. Las feministas radicales, a diferencia de las feministas psicoanalíticas, nos ofrecen una explicación de la opresión universal de género *y* un modelo para comprender las variaciones interculturales de esta opresión.

¿Como se puede destruir el patriarcado? Las radicales mantienen que esta derrota debe comenzar con una reconstrucción básica de la conciencia de las mujeres, de manera que toda mujer reconozca su propio valor y fuerza; rechace las presiones del patriarcado que consiguen que se considere a sí misma débil, dependiente y secundaria; y trabaje en solidaridad con otras mujeres, sin tener en cuenta las diferencias entre ellas, para establecer una confianza basada en la

## DOROTHY E. SMITH: Reseña autobiográfica



Dorothy E. Smith explica que su teoría sociológica se deriva de sus experiencias vitales como mujer, particularmente como mujer que se mueve entre dos mundos: los círculos académicos dominados por los hombres y la vida esencialmente femenina de la maternidad en solitario. Cuando recuerda sus años de estudiante de doctorado en sociología y de madre sola en Berkeley, a principios de los años sesenta, Smith percibe que su vida parece caracterizarse por lo que ella considera «no tanto una carrera como una serie de contingencias, de eventos» (1979: 151). Estas contingencias hacen referencia a numerosas experiencias personales que impulsaron a Smith a desafiar ideas de la ortodoxia sociológica tales como la imagen del actor voluntario avanzando entre los conflictos de rol.

Se produjeran por azar o no, los siguientes eventos parecen etapas relevantes del desarrollo de Smith. Nació en Gran Bretaña en 1926; obtuvo su licenciatura en sociología por la Universidad de Londres en 1955 y se doctoró en sociología por la Universidad de California, en Berkeley, en 1963. Durante estos años, «experimentó el matrimonio, la emigración [a Canadá] inmediatamente después de casarse, la llegada de los hijos, el abandono de su marido a primera hora de una mañana, y los puestos de trabajo que le iban saliendo» (Smith, 1979: 151). Sobre estos eventos, Smith comenta que «fueron momentos en los que apenas tenía posibilidad de elección ni podía prever». Los puestos de trabajo que ocupó incluyen los de socióloga investigadora de Berkeley; lectora de sociología en Berkeley y en la Universidad de Essex, Colchester, Inglaterra; profesora asociada y luego profesora titular del departamento de sociología de la University of British Columbia; desde 1977 es profesora de sociología de la educación en el *Ontario Institute for Studies in Education* de Toronto.

Smith escribió sobre una amplia variedad de temas relacionados todos con su preocupación por la «bifurcación», tema central de algunas obras y motivo de la realización de otras. Smith cree que la experiencia de la bifurcación es evidente en la separación entre la descripción sociocientífica de la experiencia de las personas y la experiencia vital de éstas, entre la experiencia vivida por las mujeres y los tipos patriarcales ideales que se utilizan para describir esa experiencia, entre las estructuras del micromundo y del macromundo que configuran la microexperiencia y, especialmente, entre el micromundo de los oprimidos y el macromundo de los dominantes, cuyas acciones crean

hermandad femenina, el apoyo, la estima, y la defensa mutua. Cuando se establezca esta hermandad, sugieren dos estrategias: un enfrentamiento crítico con todo aspecto de la dominación patriarcal allí donde exista; y un mayor grado de separatismo a medida que las mujeres se integren en empresas, hogares, comu-

las macroestructuras de opresión. Estos temas se expresan sinópticamente en la selección de títulos de algunos escritos de Smith: «The Statistics on Women and Mental Illness: How Not to Read Them» [Las estadísticas sobre las mujeres y la enfermedad mental: cómo no hay que leerlas» (1975), «What It Might Mean to Do a Canadian Sociology: The Everyday World as Problematic» [Lo que debe proponerse hacer una sociología canadiense: la problemática del mundo cotidiano] (1976), «K is Mentally Ill: The Anatomy of a Factual Account» [K está mentalmente enferma: anatomía de un informe real] (1978), «Where There Is Oppression, There Is Resistance» [Allí donde hay opresión, hay resistencia] (1979), «Women, Class and Family» [Mujeres, clase y familia] (1981) y, sobre todo, su contribución más importante a la sociología feminista, «A Sociology for Women» [Una sociología para las mujeres] (1979). En 1987 Smith produjo su análisis más extenso e integrado de estos temas en una obra clave de la sociología feminista, *The Everyday World as Problematic* [La problemática del mundo cotidiano], seguida por *The Conceptual Practises of Power* [Las prácticas conceptuales del poder] (1990a) y por *Texts, Facts and Femininity* [Textos, hechos y feminidad] (1990b).

La producción de Smith es, para las sociólogas feministas y para todos los sociólogos interesados por las fronteras teóricas de la profesión, una sociología que integra las preocupaciones neomarxistas relativas a las estructuras de dominación y las ideas fenomenológicas sobre la variedad de los mundos subjetivo y microinteraccional. Smith cree que estos diversos mundos de la vida cotidiana los configuran macroestructuras que, a su vez, son moldeadas por datos específicamente históricos de la demanda económica. Lo que Smith desea evitar en el desarrollo de sus argumentos es una visión del mundo en la que los opresores son interpretados como actores individuales que toman decisiones racionales sobre la base de su propio interés. Smith cree que el autointerés está estructuralmente situado, y aconseja a los sociólogos que se centren siempre en la estructura última que produce el resultado inmediato. Pero piensa que esta estructura sólo puede conocerse partiendo del resultado inmediato, es decir, mediante la exploración de los mundos cotidianos de individuos localizados. En opinión de Smith, el grueso de la ciencia social empaña, en lugar de clarificar, las estructuras que producen estos mundos porque parte del supuesto de que las estructuras pueden comprenderse y estudiarse separadamente de los mundos de la vida cotidiana.

Los sociólogos que trabajan con una perspectiva feminista se interesan cada vez más por las ideas de Smith para lograr una configuración sistemática de sus principales preocupaciones. Las implicaciones de la obra de Smith para la teoría sociológica constituyen la base de buena parte de este capítulo.

nidades, centros de creatividad artística y relaciones amorosas dirigidas por mujeres.

¿Cómo evaluamos el feminismo radical? En el plano emocional cada uno de nosotros responde a él en función de nuestro grado de radicalismo personal:

unos lo considerarán excesivamente crítico, y otros totalmente convincente. Pero desde un punto de vista teórico apreciamos que el feminismo radical incorpora los argumentos del feminismo marxista y del feminismo psicoanalítico sobre las razones de la subordinación de las mujeres, e incluso desarrolla estas teorías. Se trata del más amplio de los tipos de feminismo que hemos analizado. Además, las feministas radicales han realizado investigaciones relevantes para apoyar su tesis de que el patriarcado descansa, en última instancia, en la práctica de la violencia contra las mujeres (Barry, 1979; Bunch, 1987; Dworkin, 1987, 1989; Frye, 1983; Griffin, 1978, 1981; Millet, 1970; Rich, 1976, 1980). Presentan un programa razonable, aunque tal vez incompleto, para cambiar la situación. Han sido criticadas por centrarse exclusivamente en el patriarcado. Este enfoque parece simplificar las realidades de la organización social y la desigualdad social y por esta razón se aleja de la realidad en lo tocante a los cambios que propone para mejorar la situación. El objetivo explícito del tercer grupo de teorías de la opresión, el feminismo socialista, es remediar este defecto del feminismo radical.

**Feminismo socialista.** El feminismo socialista se expresa en un conjunto de escritos teóricos muy diverso, unidos más por su agenda teórica que por sus conclusiones teóricas sustantivas (Einstein, 1979; Hartman, 1979; Hartsock, 1983; MacKinnon, 1982, 1989; Ruddick, 1980; Smith, 1974, 1975, 1978, 1979, 1987, 1989, 1990a, 1990b). Tres metas guían al feminismo socialista: la síntesis teórica (véase el Capitulo 13), una combinación de extensión y precisión teóricas, y un método explícito y adecuado para el análisis social y el cambio social.

Los y las socialistas feministas se trazaron el proyecto formal de lograr una síntesis teórica y superar las teorías feministas existentes. En concreto, los y las feministas socialistas se proponen unir lo que perciben como las dos tradiciones feministas más valiosas: el pensamiento feminista marxista y el feminismo radical.

De este proyecto de síntesis han nacido dos subvariedades distintivas de feminismo socialista. La primera se centra exclusivamente en la opresión de las mujeres y en su comprensión mediante las ideas de la opresión de clase (del marxismo) y de la opresión de género (del feminismo radical). Mediante esta intersección teórica, estos y estas teóricas se proponen identificar los elementos comunes y las diferencias entre las distintas experiencias de la subordinación de las mujeres. El término que utilizan con mayor frecuencia para describir el sistema es el de *patriarcado capitalista* (Eisenstein, 1979; Hartman, 1979).

La segunda variante de feminismo socialista intenta describir y explicar todas las formas de la opresión social utilizando las ideas de las jerarquías de género y clase para explorar los sistemas de opresión basados no sólo en la clase y el género, sino también en la raza, la etnicidad, la edad, la preferencia sexual y la localización dentro de la jerarquía mundial de naciones. El término que más utilizan para el sistema que describen es el de *dominación* (Frye, 1983; Lorde, 1984; D. Smith, 1979). Las mujeres ocupan un lugar central en este

enfoque teórico en dos sentidos. Primero, como en todo feminismo, la opresión de las mujeres constituye el principal tema de análisis. Las teóricas de la dominación pueden describir más competentemente que las del patriarcado capitalista las variaciones y diferencias en esa opresión. Segundo, la localización y experiencia de las mujeres en el mundo constituye un punto de vista ventajoso desde donde contemplar todas las formas de dominación. En última instancia estas teóricas se preocupan por todas las experiencias de la opresión, sean masculinas o femeninas. Exploran incluso la forma en que algunas mujeres oprimidas participan activamente en la opresión de otras mujeres como, por ejemplo, las mujeres blancas en la sociedad estadounidense que oprimen a las mujeres negras. En efecto, una estrategia de todas las feministas socialistas es atacar los prejuicios y las prácticas de opresión *dentro* de la propia comunidad de mujeres (Frye, 1983; Lorde, 1984).

Tanto el enfoque del patriarcado capitalista como el de la dominación mantienen un compromiso, explícito o implícito, con el materialismo histórico como estrategia analítica (Jaggar, 1983). El *materialismo histórico*, un principio básico de la teoría social marxista, sostiene que las condiciones materiales de la vida humana, incluidas las actividades y las relaciones que producen esas condiciones, constituyen los factores clave que configuran la experiencia humana, la personalidad, las ideas y las disposiciones sociales; que esas condiciones cambian en el transcurso del tiempo debido a la inminente dinámica que existe en ellas; y que la historia es un registro de los cambios en las condiciones materiales de la vida de un grupo y de los cambios correspondientes en sus experiencias, personalidades, ideas y disposiciones sociales. Los materialistas históricos mantienen que cualquier análisis social debe identificar con detalle y precisión históricos las características de las condiciones materiales del grupo y los vínculos entre esas condiciones y las experiencias, las personalidades, los eventos, las ideas y las instituciones sociales características del grupo. Al vincular el materialismo histórico con su enfoque sobre la dominación [8], las feministas socialistas intentan alcanzar el objetivo de desarrollar una teoría que interprete la más extendida de las instituciones sociales, la dominación, y que aun así se comprometa firmemente con los análisis precisos e históricamente concretos de las disposiciones sociales y materiales que dan forma a las situaciones particulares de dominación.

El materialismo histórico, sello distintivo del feminismo socialista, muestra claramente la enorme deuda de esta escuela con el pensamiento de Marx. Pero en lo tocante al uso de este principio, las feministas socialistas han ido más lejos que los marxistas en tres sentidos importantes: en su redefinición de las condiciones materiales, en su reevaluación del significado de la ideología, y en su enfoque de la dominación. Primero, han ampliado el significado de las *condi-*

---

[8] Desde ahora utilizaremos el término *dominación* para referirnos a las preocupaciones centrales de ambas variantes de feminismo socialista. Ambos grupos se preocupan, de hecho, por la jerarquía, concebida en sentido amplio, más que por un sistema particular de jerarquía.

*ciones materiales* de la vida humana. Las marxistas usan este concepto para referirse sólo a la dinámica económica de la sociedad, particularmente los modos en que los diversos bienes son creados para el mercado e intercambiados en él. Ellas identifican las raíces de la desigualdad y del conflicto de clase en las diversas disposiciones explotadoras, que convierten a unos en ricos y a otros en pobres. El análisis feminista socialista incluye la dinámica económica y también, en términos más generales, otras condiciones que crean y mantienen la vida humana: el cuerpo humano, su sexualidad e implicación en la procreación y la crianza de los hijos; el mantenimiento del hogar, con sus tareas domésticas no reconocidas e impagadas; el apoyo emocional; y la producción de conocimiento. Las disposiciones explotadoras en *todas* estas actividades que mantienen la vida enriquecen a unos y empobrecen a otros. El fundamento esencial de toda teoría de la dominación es una plena comprensión de todas estas disposiciones básicas de la producción y la explotación de la vida.

Esta redefinición del concepto de las condiciones materiales transforma el supuesto marxista de que los seres humanos son productores de bienes en la idea de los seres humanos como creadores y mantenedores de la vida humana. Esta trasformación nos lleva a la segunda diferencia entre el materialismo histórico marxista y el materialismo histórico desarrollado por el feminismo socialista; es decir, a la preocupación de este último por lo que algunos marxistas denominarían, con desprecio, *fenómenos ideacionales o mentales*: la conciencia, la motivación, las ideas, las definiciones sociales de la situación, el conocimiento, la ideología, la voluntad de actuar en interés propio o en interés de otros[9]. Para las feministas socialistas todos estos factores influyen profundamente en la personalidad y la acción humanas, en las estructuras de dominación que se llevan a la práctica mediante esa acción. Además, estos aspectos de la subjetividad humana son productos de estructuras sociales que están inextricablemente entrelazadas con otras igualmente poderosas y sofisticadas: las que producen los bienes económicos. Las disposiciones explotadoras en las estructuras sociales también enriquecen a unos mientras empobrecen e inmovilizan a otros. El análisis de los procesos que estructuran la subjetividad humana es de suma importancia para una teoría de la dominación, y ese análisis también debe realizarse con precisión aplicando los principios del materialismo histórico.

La tercera diferencia entre las feministas socialistas y las marxistas es que para las primeras el objeto de análisis no es la desigualdad entre las clases, sino una amplia serie de desigualdades sociales interrelacionadas. El feminismo socialista desarrolla una descripción de la organización social en la que las estructuras públicas de la economía, la política y la ideología interactúan con los procesos privados e íntimos de la reproducción humana, la domesticidad, la sexualidad y la subjetividad para mantener un *sistema polifacético de dominación*, cuyas funciones son discernibles tanto como pautas sociales duraderas e

---

[9] Algunos neomarxistas, especialmente los teóricos críticos, han reevaluado también el significado explicativo de la ideología (véase el Capítulo 4).

impersonales, como en las más diversas sutilezas de las relaciones interpersonales. Para analizar este sistema, las feministas socialistas se trasladan constantemente desde la descripción de los grandes sistemas de dominación a la exploración situacionalmente específica y detallada de las experiencias cotidianas mundanas de las personas oprimidas. Su estrategia para el cambio descansa en este descubrimiento, en el que intentan implicar a los grupos oprimidos que estudian y a través del cual esperan que tanto los individuos como los grupos aprendan, en mayor o menor medida, a actuar para lograr su emancipación colectiva.

Una importante crítica que se ha hecho al feminismo socialista y, de hecho, a todas las variantes de feminismo descritas hasta ahora, es que, a pesar de sus demandas de emancipación, tienden a centrarse en los supuestos y aspiraciones de mujeres blancas, de clase media y del Atlántico Norte. Existe una preocupación cada vez mayor dentro de la teoría feminista por la problemática práctica y teórica que plantea la explotación de las mujeres de una determinada clase, raza, grupo étnico, o posición internacional, por parte de otras mujeres. Esta problemática constituye la preocupación de la teoría que vamos a analizar en el siguiente apartado.

**Feminismo de la tercera ola.** El término *feminismo de la tercera ola* hace referencia a un conjunto de escritos críticos y teóricos que se han realizado dentro del movimiento de las mujeres durante la década de los años ochenta, y que se centran en el tema de la *diferencia*. El feminismo de la tercera ola analiza con actitud crítica la tendencia de los escritos de las décadas de los años sesenta y setenta a usar un concepto generalizado y monolítico de «mujer» como categoría genérica de estratificación y se centra en las implicaciones prácticas y teóricas de las diferencias entre las mujeres. Las diferencias que tiene en cuenta son aquellas que resultan de una distribución desigual de los bienes y servicios socialmente producidos sobre la base de la posición en el sistema mundial, la clase, la raza, la etnicidad, y la preferencia afectiva en tanto que interactúan con la estratificación de género. Tal vez el cuerpo de escritos más relevante dentro de este nuevo desarrollo del feminismo sea el realizado por mujeres de color. Este apartado se centra en la contribución norteamericana a estos escritos (Allen, 1989; Anzaldua, 1990; Aptheker, 1989; P. Collins, 1990; Giddings, 1984; Hooks, 1984, 1989; Lorde, 1984; Moraga y Anzaldua, 1981; Rollins, 1985; Walker, 1983, 1988, 1989).

Los escritos de las mujeres de color norteamericanas que contribuyen al desarrollo del feminismo de la tercera ola se distinguen todos ellos por que su objetivo no es atacar la ideología sexual y el estatus desigual de las mujeres, sino todos los sistemas de dominación sexista, racista, clasista, heterosexista e imperialista— y la falsa conciencia particular que ha llevado a las mujeres heterosexuales blancas de clase media a usar el término *mujer* como una categoría monolítica en su oposición a la dominación masculina, al tiempo que a ignorar sus propios actos de dominación de las mujeres que no son de su clase, raza y

preferencia sexual. Cinco rasgos caracterizan esta perspectiva. Primero, el mejor y más ventajoso punto de vista para hallar la verdad sobre las relaciones sociales es el de las personas oprimidas (hombres o mujeres) y sus explicaciones. Segundo, las mujeres norteamericanas de color que están estrechamente relacionadas con las personas que las controlan y explotan en empleos domésticos, servicios pobremente pagados y trabajos relacionados con los aspectos reproductor, sexual y emocional, remunerado o no remunerado, proporcionan un conocimiento particularmente revelador sobre las relaciones sociales de dominación. Las mujeres de color están estrechamente relacionadas con las personas que las oprimen por ser mujeres, personas de color y personas pobres que han experimentado el ser «extrañas dentro» de los círculos de dominación (P. Collins, 1990). Tercero, la exploración desde el punto de vista de las mujeres de color revela un sistema global e intrincadamente complejo de clase, raza y opresión de género. Cuarto, el sistema opresivo produce actitudes, acciones y personalidades patológicas tanto en las filas de los opresores como en los oprimidos. Por ejemplo, dentro de los círculos de los oprimidos encontramos patologías tales como el conflicto entre mujeres ricas y mujeres pobres, el conflicto entre mujeres blancas y mujeres de color, y la violencia de los hombres contra las mujeres en comunidades minoritarias. Y quinto, la oposición a la opresión y a la patología se halla, en primer lugar, en la insaciable necesidad de los seres humanos de autorrealización plena e individual y, en segundo lugar y dialécticamente, en la pertenencia a la peculiar comunidad de oprimidos cuya cultura, educación y estrategias para la supervivencia son esenciales para el bienestar de cada uno de sus miembros.

Los escritos teóricos realizados recientemente por mujeres de color desarrollan y enriquecen la investigación del feminismo sobre las estructuras de la opresión, su explicación de esas estructuras y su programa para mejorar la situación. Plantearemos tres advertencias a este respecto. Primera, teóricamente, si partimos del supuesto de la diferencia, o del carácter distintivo, como *la* cualidad que merece análisis teórico en nuestro trabajo sobre las mujeres, ¿dónde debemos detenernos en buena lógica? ¿Cómo podemos justificar generalizaciones sobre las mujeres afroamericanas, las mujeres del Tercer Mundo, o las mujeres lesbianas? Segunda, un corolario de lo anterior es que la expresión «mujeres de color» se deriva de una definición blanca del mundo: las mujeres y los hombres blancos tienen un color a pesar de que su ideología les sitúa más allá de la frontera del color. Finalmente, hay una consideración práctica: ¿Acaso no son peligrosas para lograr una coalición eficaz contra la opresión las demandas particulares de derechos planteadas por varias subcomunidades de mujeres?

No obstante, a pesar de las muchas y diversas teorías feministas contemporáneas, existe una preocupación considerable por la cuestión sociológica básica de cómo y por qué la organización social adopta la forma que adopta en cualquier sociedad y época particular. En el siguiente apartado apreciaremos el significado de la teoría feminista para la teoria sociológica de la organización social.

## TEORIA SOCIOLOGICA FEMINISTA

Uno de los principios de la práctica intelectual establecidos por el feminismo, que tomamos como punto de partida para el desarrollo de una teoría *sociológica* feminista, es que no existen observadores desinteresados. Incluso los sociólogos observan la organización social desde una posición social relativamente ventajosa. Por tanto, reconocemos que nuestra posición es claramente feminista. Conforme a las descripciones que hemos desarrollado, somos teóricas de la opresión que nos situamos en algún lugar intermedio entre la teoría radical y la socialista [10]. Desde esta perspectiva, identificamos cuatro rasgos distintivos de la sociología feminista:

1. Una sociología distintiva del conocimiento.
2. Un modelo distintivo de organización de la sociedad en el nivel macro social.
3. Una exploración de la situación relacional de las mujeres que altera la comprensión sociológica tradicional de la microinteracción.
4. Una revisión del modelo de subjetividad de la sociología.

### Sociología feminista del conocimiento

La teoría sociológica feminista desarrolla una peculiar sociología del conocimiento, la rama de la sociología que estudia el modo en que el conocimiento es producto de las relaciones sociales. La sociología del conocimiento de la teoría feminista está enraizada en una epistemología ubicada en el núcleo del pensamiento feminista porque es fundamental para las experiencias vitales de las mujeres.

La sociología del conocimiento feminista considera que todo lo que las personas llaman «conocimiento del mundo» presenta cuatro características: 1) es invariablemente descubierto por el punto de vista de un actor situado en una estructura social; 2) por tanto siempre es parcial e interesado, nunca total y objetivo; 3) varía de una persona a otra debido a las diferencias de los papeles que se encarnan y a sus situaciones sociales y; 4) las relaciones de poder siempre influyen en ese conocimiento, sea cual sea el punto de vista desde el que se descubra, el de los dominantes o el de los subordinados. Así, el teórico o teórica feminista que emprenda cualquier estudio desde una perspectiva sociológica feminista debe partir de la consideración de que el conocimiento constituye la

[10] El reconocimiento de nuestra deuda intelectual en los niveles empírico y teórico con la sociología pionera de las mujeres de Dorothy Smith (Smith, 1979, 1987, 1990a, 1990b) proporciona una mejor comprensión de nuestra posición intelectual. Otras fuentes principales de feminismo en este esfuerzo son J. Bernard (1982); Chodorow (1978, 1990); P. Collins (1990); Gilligan (1982); Haraway (1988); Harding e Hintikka (1983); Harding (1987); Hartsock (1983); Heilbrun (1988); Jaggar y Bordo (1989); Lorde (1984); MacKinnon (1989); Rich (1976, 1979); L. Rubin (1976, 1979, 1985); Ruddick (1980), y Stacey y Thorne (1985).

clave *problemática*, una cuestión que debe determinarse en primer lugar y que configura toda investigación ulterior. Para la teoría sociológica feminista, las tareas fundamentales que ha de realizar toda investigación son 1) identificar y describir la complejidad de la situación social del actor como un «punto de vista ventajoso» sobre la realidad; 2) establecer las categorías mediante las que el sociólogo que trabaja con explicaciones admitidas como parciales puede pretender que son productoras de conocimiento, reveladoras de ideas para el objeto de estudio; y 3) analizar cómo las relaciones de poder se manifiestan en las pretensiones de conocimiento. Sería un error epistemológico imperdonable adoptar, expresarse y escribir con la perspectiva del «ojo de Dios» (Haraway, 1988), es decir, actuar como si se fuera un observador inhumano, distante y omnisciente que disfruta de una posición exterior y superior y que pretende saberlo todo acerca de su tema de investigación. (En el ejemplo más popular de la perspectiva del «ojo de Dios», las observaciones de una persona que encarna un papel dejan de poder formularse como «aprendí...» y se convierten en «la investigación muestra».)

La primera tarea consiste en identificar los actores sociales que construyen su conocimiento sobre la base de sus experiencias e intereses situacionales. Las feministas, que parten desde donde llegó Marx, han identificado tres grupos clave —propietarios, trabajadores *y* mujeres— cuyas circunstancias e interrelaciones vitales vienen configuradas sólo parcialmente por factores económicos. Así, a medida que las feministas exploraban las diferencias entre las mujeres, descubrieron muchos y diversos grupos de personas situadas diferentemente. En su esfuerzo por identificar las relaciones entre todos estos grupos, las feministas han ido más allá del modelo de dominación de clase para alcanzar la visión de un sistema complejo de grupos desigualmente poderosos que se relacionan mediante una cambiante disposición a las coaliciones y a la oposición. Además, las feministas se han percatado de que los actores son personas que representan papeles cuyos puntos de vista sociales cambian en función del tiempo y las circunstancias; así, no existe un *locus* abstracto del conocimiento, no existe «la mujer del Tercer Mundo», «el biólogo desinteresado», o el «místico religioso». Estas etiquetas pueden describir parte de la identidad de las personas, pero el humano total es alguien infinitamente más complejo, por los papeles que se encarnan, de lo que estos términos sugieren.

La segunda tarea consiste en explicar sobre qué base puede un sociólogo pretender que expresa proposiciones verdaderas si es atinada la explicación que acabamos de señalar en el párrafo anterior; es decir, si el conocimiento lo descubren actores sociales cuyas posiciones son inestables simplemente debido al hecho de la mortalidad humana. Las y los teóricos feministas de la sociología no desean verse atrapados en un relativismo en el que una explicación anula otra (véase D. Smith, 1990a, para un ejemplo útil de cómo evitar esto). Antes bien, proporcionan ciertas bases para valorar el conocimiento. Una sostiene la validez de lo que, en los términos de Haraway (1988), es una «explicación entretejida», es decir, diversas explicaciones entrelazadas y realizadas a partir

de la recolección de las versiones que dan todos los actores de una experiencia, y a partir de la descripción de la situación desde la que los actores crean sus versiones. Este enfoque, manifestado en diversos estudios empíricos feministas, exige que tanto el lector como el investigador tengan en cuenta y trabajen con la idea de la complejidad de la comprensión del conocimiento y concreta la complejidad del ideal de reconocer los diferentes puntos de vista. El corolario de este enfoque es que el investigador ha de reconocer su parcialidad (en todos lo sentidos de la palabra) y aceptar la responsabilidad de explicar el conocimiento obtenido desde una localización particular. En tercer lugar, el o la investigadora feminista han de trazarse la tarea de analizar cómo funcionan las cosas para producir lo que se denomina *conocimiento*. El o la investigadora analizan los procesos por los que una explicación se convierte en un «hecho», es decir, por los que una explicación es aceptada por la mayoría de las personas como el modo en que un evento ocurre. Ella o él pueden ofrecer una explicación compleja de lo que «realmente» ha ocurrido y una explicación del procedimiento por el que los eventos se convierten en un hecho. Al hacerlo, el investigador debe inspirarse en un análisis de las relaciones de poder y de su implicación como científico social que transforma las explicaciones en hechos al mantener estas relaciones.

La tercera tarea epistemológica consiste en analizar las relaciones entre el conocimiento y el poder porque lo que finalmente le sucede a cualquier actor con la explicación de un evento depende de la localización del actor dentro de un sistema social en el que el poder determina la posición y la posición el poder. Esta concepción de la relación entre conocimiento y poder proporciona la base filosófica de la insistente valoración feminista de los puntos de vista de los grupos menos privilegiados: uno de los factores más importantes del privilegio es que los puntos de vista de los actores favorablemente situados se convierten en «los puntos de vista de la sociedad» (una expansión del *dictum* de Marx: «Las ideas dominantes de cualquier época son las ideas de la clase dominante de esa época»). Este reconocimiento presiona constantemente a las feministas para que presten atención no sólo al punto de vista «de las mujeres» sobre una situación, sino a las distintas ideas de grupos diferentes de mujeres y, por extensión, a las ideas de las personas cuya situación definida por la raza, la edad, la preferencia afectiva o la localización mundial, les hace ser menos privilegiadas.

Los estudios feministas muestran cómo las formas institucionalizadas —y por ello queremos decir *forma* y *contenido*— se utilizan para presentar una definición elitista de un evento. Por ejemplo, el informe de la comisión presidencial, el formulario de admisión hospitalaria y el informe de un asistente social están todos cortados por el mismo patrón dominante en el modo de presentar los hechos sobre las vidas de los subordinados. Un elemento crítico de investigación sociológica feminista consiste en describir y analizar la construcción de los hechos, descubriendo cuáles son las explicaciones (una declaración oral frente a un informe policial, por ejemplo) que deben surgir del proceso social como hechos.

Como ya hemos señalado, todo esto nace, en última instancia, de las experiencias cotidianas de las mujeres. La situación social de las mujeres ha hecho que tradicionalmente sean, por un lado, elementos de equilibrio de visiones diferentes y, por otro, partes que han experimentado que sus propias perspectivas son despreciadas o distorsionadas por el poder masculino. En el primer caso, se espera de ellas —en su papel de esposas, madres e hijas y, en el mundo de la producción política, religiosa, educativa y económica, más amplio y algo menos prescrito por el género— que sirvan de moderadoras que aseguren que todas las posiciones reciben audiencia «justa». Pero si reflexionan sobre todo ello, se percatan, en el segundo caso, de la multitud de veces que a ellas y a otras personas carentes de poder —los niños, los ancianos, los pobres, las minorías raciales y las mujeres como mujeres— se les ha vedado una auténtica y seria participación en el discurso (Heilbrun, 1988: 18). Las mujeres, por tanto, no encuentran el conocimiento aceptando pretensiones unilaterales a la verdad, sino sopesando y evaluando las explicaciones de la realidad que les presentan otros.

## Orden macrosocial

En este apartado y el siguiente operamos con las convenciones de vocabulario y conceptualización sociológicas establecidas y organizamos nuestra presentación utilizando términos tales como *macrosocial*, *microsocial* y *subjetividad*. Indudablemente se pueden derivar de la teoría feminista muchas ideas relacionadas con alguno de estos conceptos sociológicos establecidos, aunque, como veremos, una buena parte de estas ideas plantea una crítica fundamental a las afirmaciones sociológicas sobre estos temas. Pero la crítica es aún mayor. La teoría feminista se encuentra en proceso de articular un vocabulario conceptual nuevo para la sociología que se aleja de la vieja bifurcación entre lo macrosocial y lo microsocial/subjetivo y deja obsoleta esta visión de la realidad social. Por esta razón, si bien utilizamos los viejos conceptos —macro, micro, subjetivo— a fin de establecer una comunicación eficaz para la comprensión de la teoría feminista, al final de este apartado analizaremos y utilizaremos los nuevos conceptos con los que las sociólogas feministas extienden y desarrollan el viejo modelo de realidad social.

La visión feminista del orden macrosocial acentúa la influencia de la estructura social (o producciones macroobjetivas) y de la ideología (o macrosubjetividad) sobre las percepciones de la realidad de los actores.

La sociología feminista comienza por desarrollar el concepto marxista de producción económica para convertirlo en un concepto más general de la producción social, es decir, de la producción de toda la vida social humana. Junto con la producción de las mercancías para el mercado, la producción social para las feministas incluye también disposiciones tales como la organización del trabajo doméstico —productor de mercancías y servicios domésticos fuera del mercado o de la economía monetaria—, la organización social de la sexualidad

—que moldea y satisface el deseo humano y las necesidades humanas de aceptación, aprobación, amor y autoestima—, el estado y la religión —que crean las reglas y las leyes de una comunidad—, y la política, los medios de comunicación de masas y el discurso académico, que establecen definiciones públicas institucionalizadas de la situación.

Reformulado y ampliado de ese modo, el modelo marxista de las relaciones intergrupales sigue visible en el modelo de organización social de la teoría feminista. Cada uno de los diversos tipos de producción social se basa en un mecanismo por el que algunos actores, que controlan los recursos más importantes para esa actividad, actúan como dominadores o «señores» que dictan las circunstancias de la producción y se benefician de ellas. Dentro de cada sector productivo la productividad descansa en el trabajo de los subordinados o «sirvientes», cuyas energías crean el mundo que desean los señores y cuya explotación les niega las recompensas y las satisfacciones producidas por su trabajo. En la teoría feminista podemos apreciar más vívidamente que en la marxista la estrecha asociación entre señores y sirvientes que existe en el núcleo de *toda* producción y la necesidad indispensable del trabajo del sirviente para crear y mantener todo lo necesario para la vida social humana. La producción social tiene lugar mediante una estructura multidimensional de dominación y explotación que organiza la clase, el género, la raza, el sexo, el poder y el conocimiento en jerarquías solapadas de señores y trabajadores íntimamente asociados.

En lo tocante a otro aspecto del macroorden, la investigación feminista muestra que las mujeres y otras personas subordinadas no experimentan la vida social como un movimiento entre roles compartimentados, tal y como establece el funcionalismo estructural. Antes bien, se encuentran implicados en un equilibrio de reglas, una combinación de orientaciones e intereses asociados con el rol y, a través de esta combinación, en el entramado de las instituciones sociales. Esto es cierto en el caso de la madre trabajadora y en el de las mujeres que trabajan en ocupaciones «típicamente femeninas» tales como la de secretaria o enfermera. También es cierto cuando las mujeres vinculan las actividades de ama de casa y consumidora económica, o las de madre de hijos en edad escolar y esposa de un asalariado. Además, en una clásica relación de doble vínculo o «situación en la que nunca se gana», que marca la experiencia de subordinación de las mujeres, se espera de las mujeres esta combinación y equilibrio, mientras se la utiliza como base de comparaciones ofensivas entre la conducta del rol de las mujeres y la realización del rol «típica» o compartimentada. Así, se afirma despectivamente que las mujeres «traen a la oficina preocupaciones externas», «dejan que su emociones influyan en su trabajo» y «no pueden olvidar el hecho de que son mujeres».

El modelo feminista de estratificación en la producción social ofrece una crítica directa a la visión estructural-funcionalista de una sociedad compuesta de un sistema de instituciones separadas que difieren en función de los roles interrelacionados. La teoría feminista afirma que esta visión no se corresponde

con la realidad, puesto que describe las experiencias y los puntos de vista de un grupo particular formado por varones adultos blancos y miembros de la clase alta. En efecto, un buen indicador del control de este grupo sobre las situaciones de producción puede ser que sus miembros sean capaces de lograr ese tipo de compartimentación deliberada en *su* conducta de rol, una condición que sirve para reproducir su control sobre las situaciones. Pero la sociología feminista subraya que esta condición depende de los servicios subordinados de actores que no pueden compartimentar sus vidas y acciones. En efecto, si estos actores subordinados estuvieran similarmente compartimentados, el sistema de producción de la sociedades industrializadas se vendría abajo. A diferencia del modelo estructural-funcional, el modelo feminista subraya que la experiencia del rol polifacético de las mujeres se asemeja a la experiencia de muchos otros grupos de «sirvientes» subordinados cuyo trabajo produce la tupida textura de la vida cotidiana. Las comprensiones que estos grupos subordinados tienen de la organización de la vida social pueden ser harto diferentes de la que describe la teoría estructural-funcional; incluso también puede diferir su identificación de las esferas institucionales clave. Su ventajoso punto de vista se deriva de situaciones necesarias para la sociedad tal y como está organizada actualmente y del trabajo que hace posible esa firme percepción que tienen los señores de que el mundo está institucionalmente compartimentado.

El feminismo acentúa la importancia de la dominación ideológica en el análisis de la estructura de la dominación social. La ideología es una intrincada red de creencias sobre la realidad y la vida social institucionalizada como conocimiento público y diseminada por toda la sociedad tan eficazmente que llega a convertirse para todos los grupos sociales en conocimiento incuestionable. Así, las feministas creen que el «conocimiento público de la realidad social» no constituye una cultura que lo abarca todo, un producto social consensualmente creado, sino un reflejo de los intereses y las experiencias de los dominantes de la sociedad y un importante indicador de su poder en la sociedad. Lo que distingue a esta perspectiva de la mayoría de las perspectivas marxistas es que para las feministas el control ideológico constituye *el* proceso básico de dominación, y el control jerárquico del discurso y del conocimiento representa el elemento clave de la dominación societal.

Por supuesto, en su análisis del orden macrosocial, las feministas asignan enorme importancia a la configuración macroestructural de la desigualdad entre los géneros. La ideología desempeña un papel crucial en el mantenimiento de este vector societal de dominación y subordinación. El sistema de conocimiento institucionalizado que refleja los intereses y las experiencias de los hombres reproduce la desigualdad entre los géneros. Entre otras cosas, esta ideología del género identifica a los hombres como los titulares de la autoridad sociocultural y atribuye al papel masculino el derecho a dominar, y al femenino la obligación de servir en todas las dimensiones de la producción social. La ideología del género devalúa y distorsiona las actividades productivas de las mujeres al 1) trivializar algunas como, por ejemplo, el trabajo doméstico, 2) idealizar otras

actividades como, por ejemplo, la maternidad, hasta tal punto que no se corresponden con la realidad 3) y al hacer invisibles otras actividades cruciales tales como las contribuciones múltiples y de vital importancia a la producción de mercancías. Estos procesos ideológicos tienen lugar en la producción macroestructural de toda subordinación social.

## Orden microsocial

En el nivel microsocial la sociología feminista (al igual que otras perspectivas microsociológicas) se centra en el grado en que los individuos se toman en cuenta unos a otros en la medida en que persiguen metas objetivas o significados subjetivamente compartidos. La sociología feminista difiere de las teorías pertenecientes al paradigma de la definición social y al de la conducta social —ambos centrados en el orden microinteraccional— en cuatro aspectos. El análisis de estas cuatro diferencias revela las características más importantes del modelo feminista del orden micro.

**Acción responsable frente a acción intencional.** La mayor parte de la microsociología presenta a los seres humanos como seres intencionados que se trazan metas y las persiguen mediante cursos lineales de acción en los que se esfuerzan (individual o colectivamente) por vincular los medios a los fines. En cambio, las investigaciones feministas muestran, en primer lugar, que las vidas de las mujeres se caracterizan por la incidentalidad, es decir, suelen ser presas de una existencia organizada que experimenta cambios y modificaciones debido a eventos tales como el matrimonio, los diversos cursos de acción de los maridos, la influencia impredecible de los hijos sobre los planes que se han hecho en la vida, el divorcio, la viudez y la precariedad que caracteriza a la inmensa mayoría de las ocupaciones de las mujeres en el sector asalariado. En segundo lugar, en sus actividades cotidianas, las mujeres no suelen perseguir metas según secuencias lineales de acción, sino responder continuamente a las necesidades y demandas de otros. Este tema lo desarrolló Chodorow (1978) en su análisis sobre la simbiosis emocional y relacional entre madres e hijas; Lever (1978) y Gilligan (1982) en sus descripciones de los grupos de juego femeninos con relaciones intensas, así como diversas investigaciones sobre las mujeres en ocupaciones típicas tales como las de maestra, enfermera, secretaria, recepcionista y administrativa y otros análisis sobre los roles de viuda, madre y coordinadoras familiares y comunitarias. Con el término de actividades «responsables» nuestra intención no es describirlas como actividades pasivamente reactivas. Antes bien, tratamos de esbozar la imagen de unos seres orientados no tanto a la persecución de sus propias metas como a la tarea de controlar, coordinar, facilitar y moderar los deseos, acciones y demandas de otros. En lugar del modelo convencional del actor intencional que ofrece la microsociología, las feministas presentan un modelo de actor que en su vida cotidiana está responsablemente situado en el centro de un entramado de acciones de otros, y

que, a la larga, se ve a sí mismo colocado en alguna de estas situaciones por fuerzas que nunca previó ni controló.

**Interacción intermitente frente a interacción continua.** La imagen típica de la vida social que ofrece la microsociología nos muestra a actores intencionales en una casi continua interacción cara a cara en la que se orientan unos hacia otros y suponen que el resto de los actores son fundamentalmente semejantes a ellos. La teoría feminista describe un mundo en el que las mujeres experimentan interacciones altamente variables que raramente presentan la totalidad de las características interactivas de este modelo. Durante largos periodos de su vida las mujeres adultas centradas en su trabajo doméstico trabajan en soledad, carecen de interacciones cara a cara y se orientan hacia otros sólo subjetiva y responsablemente, no intencionadamente. En otros lugares como la oficina, la fábrica y el sector servicios, donde trabajan en empleos de bajo nivel, las mujeres realizan rutinas estructuralmente configuradas donde los y las trabajadoras se encuentran próximos, pero no interactúan. En la inmensa mayoría de sus interacciones más importantes se relacionan con otros seres humanos que no son como ellas: niños tan pequeños que apenas pueden ser considerados individuos, y hombres adultos a quienes reconocen como fundamentalmente diferentes de ellas en cuanto a personalidad, experiencia vital y situación social se refiere —su «otro» existencial (de Beauvoir, 1957). Sólo cuando convergen en asociación espontánea y abierta con otras mujeres adultas su experiencia interactiva cumple algunos supuestos construidos en el modelo microsociológico convencional de interacción tipica. Por tanto, la teoria feminista se pregunta: ¿de quiénes son las experiencias de interacción en las que se basa la sociologia para construir su modelo de interacción prototípica? Desde el punto de vista de las mujeres, ¿qué es una interacción prototípica? Las feministas contestan a estas preguntas señalando, primero, que la experiencia de los hombres dominantes se refleja en el modelo básico de interacción que ofrece la sociología y, segundo, que las relaciones de las mujeres con esos hombres, al menos en lo tocante a frecuencia y consecuencias prácticas, son la interacción crucial y prototípica de las mujeres. La investigación feminista sobre las interacciones entre los hombres y las mujeres nos facilita la construcción del modelo feminista de microinteracción.

**El supuesto de la desigualdad frente al supuesto de la igualdad.** La teoría microsocial convencional supone que las presiones en situaciones interactivas para la colaboración y la construcción de significado son tan fuertes que los actores, poniendo entre paréntesis consideraciones acerca de la macroestructura, se orientan unos a otros sobre el supuesto de la igualdad. La investigación feminista sobre las interacciones entre hombres y mujeres contradice totalmente este supuesto y muestra que el contexto macroestructural influye poderosamente en la configuración de estas interacciones sociales. En sus vidas cotidianas, las mujeres se ven influidas por el hecho de que están estructural-

mente subordinadas a los hombres con los que interactúan en asociaciones casuales, en el noviazgo, el matrimonio, la familia y en el trabajo asalariado. Cualquier igualdad interpersonal o de dominación que logran las mujeres como individuos se contrarresta eficazmente dentro del mismo proceso interactivo mediante pautas estructurales, de las que la más eficaz es la institución del género. La configuración macroestructural de la desigualdad entre los géneros está intrincadamente entretejida en las interacciones entre los hombres y las mujeres e influye no sólo en la división general del trabajo, en quién realiza y quién lleva a la práctica los proyectos, sino también en detalles de procedimiento que constantemente revelan el ejercicio de la autoridad y la deferencia que se manifiesta en, por ejemplo, el arreglo de asientos alrededor de una mesa, las fórmulas de trato y conversación, el contacto visual y el control del espacio y del tiempo.

**Significados estratificados frente a significados comunes.** La microsociología convencional pone entre paréntesis la cuestión del significado (los conductistas sociales) o supone que las actividades y las relaciones que se dan en las interacciones situacionales constituyen la base y el fundamento de la construcción conjunta del significado (los que operan de acuerdo con el paradigma de la definición social). Cuando los actores actúan e interactúan forman comprensiones comunes a través de la comunicación y, en última instancia, un punto de vista común sobre sus experiencias. Las feministas afirman que debe revisarse y cambiarse este supuesto sobre la base de que es la macroestructura la que configura e informa las microinteracciones. Las acciones y las relaciones cotidianas de las mujeres ocurren ante del telón de fondo de la comprensión institucionalizada o pública de la experiencia cotidiana, es decir, como ya hemos señalado, ante un fondo macroestructural de ideología que devalúa y distorsiona la realidad al trivializar, idealizar o hacer invisible la actividad y la experiencia de las mujeres. Esta ideología configura los significados asignados a las actividades en la interacción. En la interacción de los hombres (dominantes) con las mujeres, aquéllos suelen asignar a la actividad de las mujeres significados que se derivan de la macroestructura de la ideología del género, en lugar de demostrar abiertamente una actitud investigadora o de situarse en cualquier otro tipo de macronivel para interpretar la actividad de las mujeres. Las mujeres, inmersas en la misma interpretación ideológica de sus experiencias, se mantienen en tensión dialéctica al estar sopesando continuamente esa ideología y la realidad de sus vidas. De esta tensión se deriva una enorme diversidad de significados.

Como indica todo lo que se ha dicho hasta ahora, los que operan de acuerdo con el paradigma de la definición social suponen que los actores, a través de su estrecha relación e íntima comunicación durante largos periodos de tiempo, crean un punto de vista ventajoso o un sistema de comprensión común. La investigación feminista sobre la que bien podría ser la asociación más íntima y duradera entre hombres y mujeres —el matrimonio— muestra que, por todas

las razones expuestas más arriba, los esposos son extraños el uno para el otro y habitan en diferentes mundos de significado. Es más, Dorothy Smith (1979) afirma convincentemente que este «alejamiento» constituye tal vez una variable en la que el hombre dominante, a fin de ejercer un control eficaz, es más extraño a los significados de la mujer que la mujer subordinada a los del hombre dominante.

**Constreñimiento frente a elección en las situaciones de creación de significado.** Un *ethos* profundamente democrático informa las descripciones de la interacción de los que operan en el paradigma de la definición social y los conductistas sociales. Los modelos convencionales suponen sustancialmente que las personas disfrutan de una considerable igualdad de oportunidades y de libertad de elección en sus movimientos dentro y fuera de las situaciones de interacción. La investigación feminista muestra que las interacciones en las que las mujeres son más libres para crear con otras significados que describen sus experiencias vitales son las que se producen en sus relaciones y comunicaciones con mujeres situadas en posiciones similares. Es más, estas asociaciones son profundamente atractivas para las mujeres debido al apoyo práctico, emocional y reafirmador del significado que proporcionan. Sin embargo, las mujeres no tienen ni poder ni libertad para situarse en esas posiciones. Las leyes, la dominación interaccional la ideología restringen y reducen esta elección asociativa de manera que, insidiosamente, incluso las mujeres recelan de su atractivo. Bajo tales circunstancias, su asociación no es una elección libre y abierta, sino una esfera circunscrita, públicamente invisible y subterránea para la relación y el significado.

¿Qué supone esto para la sociología feminista del microorden? Primero, sugiere no que los modelos convencionales sean totalmente inexactos, sino simplemente que constituyen modelos parciales. Pero si retomamos nuestro punto de partida —que la verdad reside en la intersección de distintos puntos de vista ventajosos— podemos afirmar que un modelo parcial tiene forzosamente elementos de distorsión, especialmente cuando ese modelo parcial sigue sin cuestionarse. El modelo convencional de la interacción describe el modo en que los iguales que pertenecen a categorias macroestructurales que confieren poder crean un punto de vista ventajoso. También describe la manera en que, desde el ventajoso punto de vista de la dominación estructural, se experimenta la interacción con iguales y subordinados. Y también sugiere la existencia de una corriente o tendencia en todas las disposiciones interaccionales. Pero, segundo, cuando interactúan los que son estructuralmente desiguales, existen muchas otras características de su asociación además de las que sugieren los modelos convencionales. En efecto, estos otros rasgos sugieren la necesidad de otro modelo que capte mejor las realidades de las experiencias de los subordinados: la incidentalidad en los proyectos, la acción responsable, el movimiento hacia dentro y fuera de las experiencias de interacción harto diferentes, la realización continua de los diferenciales de poder, las actividades cuyos significados son invisi-

bles o han sido oscurecidos, el distanciamiento y extrañeza ante los significados de los otros implicados en la interacción, y el acceso restringido a esos lugares donde la comprensión suele ser una experiencia auténticamente compartida. Tercero, es preciso preguntarse si este último modelo se puede aplicar o no a la experiencia de todos los subordinados y si los sociólogos no deberían entender la realidad del orden microinteraccional conforme a la intersección dialéctica de todos estos modelos de asociación interpersonal.

## Subjetividad

Uno de los rasgos más destacables de la sociología feminista es su insistencia en un tercer nivel de la actividad social: el nivel subjetivo. La mayoría de las teorías sociológicas incluyen este nivel en la acción microsocial (microsubjetividad) o en la «cultura» o «ideología» en el macronivel (macrosubjetividad) (véase el Capítulo 10 y el Apéndice). Sin embargo, la sociología feminista insiste en que la interpretación individual que el actor hace de los objetivos y las relaciones debe analizarse desde un nivel diferente. Esta insistencia, al igual que casi toda la sociología feminista, nace del estudio de las vidas de las mujeres y parece aplicable también a las vidas de los subordinados en general. Las mujeres (y quizás otras personas subordinadas también) son particularmente conscientes del carácter distintivo de su experiencia subjetiva y, como ya hemos señalado, ello se debe precisamente a que su propia experiencia suele contradecir las definiciones culturales y las establecidas microinteraccionalmente.

Cuando los sociólogos analizan el nivel subjetivo de la experiencia, generalmente como parte del orden microsocial, se centran en cuatro cuestiones principales: la adopción del rol y el conocimiento del otro, el proceso de internalización de las normas comunitarias, la naturaleza del self como actor social, y la naturaleza de la conciencia de la vida cotidiana. Este apartado examina las tesis feministas sobre cada una de estas cuestiones.

**La cuestión de la adopción del rol y la percepción del otro.** El modelo sociológico de la subjetividad que ofrece la sociología convencional (el que nos ofrecen Mead [véase el Capítulo 5] y Schutz [véase el Capítulo 6]) supone que en el curso de la adopción del rol el actor social aprende a verse a sí mismo a través de los ojos de otros a los que considera más o menos semejantes a él. Pero la sociología feminista muestra que las mujeres son socializadas de manera que se ven a sí mismas a través de los ojos de los hombres. Incluso cuando los otros significantes son mujeres, la socialización ha sido tan eficaz que adoptan el punto de vista masculino sobre el self y las otras mujeres. La experiencia femenina del aprendizaje de la adopción del rol viene determinada por el hecho de que deben aprender, en un sentido que los hombres no necesitan, a adoptar el rol de un auténtico *otro*, no sólo del otro social considerado semejante a ella. El otro para las mujeres es el varón y es extraño a ellas. El otro para los hombres lo constituyen, en primer y más importante lugar, otros hombres que son más o

menos semejantes a ellos en función de cierta cualidad que la cultura considera de importancia trascendental: el género.

**La internalización de las normas comunitarias.** Suele considerarse que la adopción del rol culmina en la internalización de las normas comunitarias a través del aprendizaje que permite al actor social adoptar el rol del «otro generalizado», un constructo que el actor crea mentalmente a partir de la amalgama de experiencias en los niveles micro y macro que forman su vida social. El uso del *otro* en singular indica que los microsociólogos suelen concebir este otro generalizado como una expresión de expectativas singular, coherente y compacta. Pero las feministas señalan, en primer lugar, que en una cultura patriarcal dominada por la parte masculina, el otro generalizado representa un conjunto de normas comunitarias fundamentalmente masculinas que obligan a las mujeres a creerse «menos que» o «desiguales a» los hombres. En la medida en que la mujer concibe un otro generalizado que refleja con exactitud las percepciones dominantes de la comunidad, ella misma perjudica sus propias posibilidades de autoestima y autoanálisis.

En segundo lugar, la investigación feminista se cuestiona la verdadera existencia de un otro generalizado unificado para la mayoría de las personas (de hecho, quizá para todas las personas). Nuestro punto de partida, como ya hemos visto, es que la verdad de una situación social dada reside en la intersección de diferentes puntos de vista ventajosos. Supuestamente ninguno de estos puntos de vista constituye un otro generalizado a través del que una persona se ve a sí misma como un objeto y juzga su propia actuación. Sólo percatándonos del modo en que una multitud de otros influyen en la percepción que el individuo tiene del self, podremos apreciar la complejidad potencial de tener o ser un self. El subordinado, en particular, no puede permitirse el lujo o la ilusión de la existencia de un único otro estandarizado (a menos que el subordinado haya experimentado una opresión tan intensa que destruyera toda capacidad de reflexión individual).

**La naturaleza del self como actor social.** Los microsociólogos describen un actor social que concibe el mundo cotidiano como algo que debe gobernarse de acuerdo con los propios intereses particulares. Las sociólogas feministas afirman que las mujeres se ven tan limitadas por su estatus como mujeres que la idea de proyectar sus propios planes en el mundo es significativa sólo teóricamente. Además, las mujeres no experimentan el mundo de la vida como un mundo regido por sus propios intereses particulares. Han sido socializadas de manera que experimentan ese mundo de la vida como un lugar en el que equilibrar los diversos intereses de los actores. En efecto, no sin dificultad, Gilligan (1982) mostró a las mujeres que la capacidad de tener y proyectar los propios intereses como un modo de protegerse a ellas mismas de los demás constituye un indicio de madurez. Las mujeres no suelen tener la misma experiencia de control sobre ciertas esferas espaciales libres de interferencias exteriores. Se encuentran a sí

mismas a la búsqueda de «un espacio propio». De modo similar, su sentido del tiempo raramente sigue los sencillos principios de que «lo primero es lo primero», porque su proyecto en la vida es el equilibrio de los intereses y proyectos de otros. Así, las mujeres suelen experimentar y concebir la planificación y las acciones como actos que conciernen a diferentes intereses, los suyos y los de los otros, y, sobre todo, como actos de cooperación y no de dominio.

Esto guarda relación con la idea analizada anteriormente de la experiencia de rol de las mujeres como una experiencia de «rol combinado». Ambas ideas sugieren la necesidad de cambiar la denominación del término *conflicto* de rol por *equilibrio* de rol (para mantenernos dentro de los límites del lenguaje actual). Así, la capacidad de equilibrar roles, que implica las capacidades y experiencias del espacio y el tiempo de las mujeres y otras personas subordinadas, requiere un análisis en tanto valor social positivo. La compartimentación podría constituir así un signo de una personalidad «menos que» funcional.

**La conciencia de la vida cotidiana.** Las sociólogas feministas han evaluado críticamente la tesis de una conciencia unificada de la vida cotidiana que sostienen la mayoría de los microsociólogos. Las sociólogas feministas subrayan que para las mujeres, el rasgo más influyente del estilo cognitivo de la vida cotidiana es el de la conciencia bifurcada. Las mujeres experimentan lo que Dorothy Smith (1979) han denominado «una línea divisoria» entre su experiencia personal, vivida y objeto de reflexiones, y los tipos establecidos disponibles en el acerbo social de conocimiento que describe esa experiencia. La misma vida cotidiana se divide en dos realidades para los subordinados: la realidad de la experiencia real, vivida y objeto de reflexión y la realidad de los tipos sociales. A menudo conscientes del modo en que su propia experiencia difiere de la de los hombres culturalmente dominantes con los que interactúan, las mujeres creen cada vez menos en la subjetividad compartida. Y como seres biológicos y sociales cuyas actividades no están perfectamente reguladas por el tiempo patriarcal normalizado, son más conscientes de la demarcación entre el tiempo como experiencia vivida y el tiempo como mandato social. Una sociología feminista de la subjetividad quizás partiría de la pregunta: ¿cómo sobreviven las personas cuando su propia experiencia no se corresponde con las tipificaciones sociales establecidas de esa experiencia? Sabemos ya que algunas lo hacen evitando actos de reflexión profunda; otras cultivando su propia serie de tipos personales para dar sentido a su experiencia; unas asociándose con quienes comparten esta realidad bifurcada; y otras negando la validez de su propia experiencia. Pero sobreviven.

Las generalizaciones que hemos expresado sobre la subjetividad de las mujeres probablemente pueden aplicarse también a la cuestión de la subjetividad de todos los subordinados. Primero, su experiencia de la adopción del rol se complica debido a que son conscientes de que tienen que aprender las expectativas de un otro que, en virtud de las diferencias de poder, es diferente. Segundo, tienen que relacionarse no con un otro generalizado, sino con muchos otros

generalizados, muchas subculturas, incluidas la subcultura del poderoso y las diversas subculturas de los menos poderosos y de los que carecen de poder. Tercero, no se experimentan a sí mismos como actores sociales intencionados que trazan libremente su camino en la vida, aun cuando se les dice que lo pueden hacer, especialmente de acuerdo con el *ethos* norteamericano. Y, finalmente, y lo que es más importante, viven diariamente con una conciencia bifurcada, un sentido del abismo entre sus propias experiencias vividas y lo que les dice la cultura dominante que es la realidad social.

## SINTESIS MACROMICRO

La visión de la organización social que se desprende de la teoría sociológica feminista es altamente integradora. Combina la actividad económica con otras formas de producción social humana (crianza de hijos, apoyo emocional, conocimiento, mantenimiento del hogar, sexualidad, etcétera); considera que la producción material guarda una estrecha y sofisticada relación con la producción ideológica; conecta la estructura con la interacción y la conciencia. En los últimos años, en su esfuerzo por idear un vocabulario para argumentar de manera simultánea acerca de estas realidades diversas, las feministas socialistas, en particular Dorothy Smith, han introducido los conceptos de «relaciones de control», «textos impersonales, anónimos y generalizados» y «realidades locales de la experiencia vivida» (D. Smith, 1987, 1990a, 1990b). El término *relaciones de control* hace referencia a las actividades sociales complejas y no monolíticas intrincadamente conectadas que intentan controlar la producción social humana. La producción social humana ocurre, en virtud de su naturaleza material, en algún momento de la *realidad local de la experiencia vivida*, es decir, los lugares donde una persona real se sienta a escribir o leer un libro (donde siembra semillas o produce ropa). Las relaciones de control en el patriarcado capitalista moderno se hacen manifiestas en *textos* que se caracterizan por su *anonimato, generalidad y autoridad*. Estos textos configuran y traducen la experiencia individualizada y específica de la vida real a un lenguaje aceptable para las relaciones de control. Este criterio de «aceptabilidad» se cumple cuando el texto impone la definición de los dominantes de la situación. Los textos incluyen contratos, informes policiales, estudios oficiales, certificados escolares e informes médicos. Estos textos alteran por doquier la realidad material al reinterpretar lo que ha ocurrido o determinar lo que es posible. Así, en su interacción con las relaciones de control e incluso en un nivel totalmente local, un individuo dado (como un estudiante que solicita trabajo en un restaurante propiedad de un amigo de la familia) se ve en la obligación de rellenar algunos textos (formularios de información tributaria, por ejemplo), establecidos no por el empresario en una interacción con él cara a cara, sino por el aparato de control. Estos textos crean continuamente intersecciones entre las relaciones de control y las realidades locales de la experiencia vivida. Es importante observar que esta intersec-

ción se produce en doble sentido: en algunos momentos del tiempo histórico, los actores, colocados en situaciones absolutamente individuales, se sientan en el escritorio o frente al ordenador en el lugar de trabajo o en mesas de conferencias y generan así formas que se convertirán en el futuro en parte del aparato del control.

Los tres aspectos de la vida social —las relaciones de control, las realidades locales de la experiencia vivida y los textos— constituyen rasgos constantes, duraderos y difundidos de la organización de la vida social y de la dominación. Al mismo tiempo pueden y deben estudiarse como las acciones, las relaciones y la labor de los seres humanos. Cada dimensión tiene su dinámica interna distintiva, el vector dominio en las relaciones de control, el vector producción y comunicación en las realidades locales, y el vector de la objetividad y la pretensión de facticidad en los textos generalizados. Cada dimensión determina y es determinada por las otras. A través de esta lente, la escisión micromacro carece de sentido. Se fusionan los elementos de la estructura y los de la interacción. La dominación y la producción, tal y como las definen las feministas, adquieren un carácter problemático, y sus manifestaciones implican y, absorben por eso las viejas distinciones sociológicas de los niveles macrosocial y microsocial, y los aspectos subjetivos de la realidad social. En este sentido, la teoría feminista coincide y está de acuerdo con una buena parte del trabajo que se analiza en la Parte Tercera de este libro sobre la integración micro-macro y acción-estructura y sobre la síntesis teórica.

## RESUMEN

La teoría sociológica feminista se deriva de la teoría feminista en general, una rama de la nueva investigación sobre las mujeres que se esfuerza por proporcionar un sistema de ideas sobre la vida humana que describe a la mujer como objeto y sujeto, como persona activa y conocedora.

La historia del feminismo empieza en el momento en que comenzó la subordinación de las mujeres, y las mujeres han estado subordinadas casi siempre y en todas partes. Desde 1630 hasta aproximadamente 1780 los escritos feministas sobreviven como un ligero pero constante goteo de protesta. Desde la década de 1780 hasta nuestros días la producción feminista se convierte en una corriente cada vez más intensa de trabajo crítico que atrae a una cantidad creciente de participantes y de áreas de crítica. Pero este desarrollo no ha sido sostenido porque los intereses masculinos y el poder patriarcal siempre han suprimido las protestas de las mujeres, como minoría de miembros oprimidos de la sociedad. En general, la teoría feminista, al menos desde la década de 1780, ha corrido paralela a los movimientos sociales occidentales de reforma y de atrincheramiento.

La teoría feminista también ha seguido un curso paralelo al desarrollo de la sociología. Pero hasta 1960 la teoría feminista estuvo al margen de la sociología y fue ignorada por los principales exponentes de la disciplina. Las preocupacio-

nes feministas han sido abordadas por sociólogos y sociólogas cuyos escritos se situaron en las fronteras de la profesión (por ejemplo, Marx y Engels). Las principales figuras de la disciplina han ignorado las preocupaciones y el conocimiento feminista y, cuando se han ocupado de cuestiones relativas al género, las han analizado de un modo convencional y no crítico (como, por ejemplo, Talcott Parsons).

Las cuestiones feministas, que ofrecen tantas posibilidades a la teoría sociológica actual, han logrado sobrevivir en el cuerpo de la teoría feminista elaborada desde 1960 hasta nuestros días. Este cuerpo de ideas puede clasificarse de acuerdo con las dos preguntas básicas de la investigación feminista: *¿qué hay de las mujeres?* y *¿por qué la situación de las mujeres es como es?* Las respuestas a la primera pregunta proporcionan nuestras variantes principales de teoría feminista. En nuestro sistema, se han realizado tres descripciones generales de la situación social de las mujeres: 1) es diferente de la de los hombres; 2) no es igual a la de los hombres; y 3) es la situación de un grupo oprimido, y los opresores son hombres o el sistema social patriarcal construido por hombres.

Dentro de cada una de estas categorías generales —la diferencia, la desigualdad y la opresión— se distinguen otras variantes basadas en las respuestas a la segunda pregunta. Las y los teóricas que ven la situación de las mujeres sustancialmente diferente de la de los hombres explican esa diferencia sobre la base de tres argumentos: el condicionamiento biosocial, la socialización institucional y la diferencia sociopsicológica. Los teóricos de la desigualdad explican las posiciones de las mujeres a partir de la visión del *feminismo liberal* de las estructuras de la desigualdad de oportunidades, y mediante las explicaciones *marxistas* de la posición de la mujer como parte de un complejo sistema clasista de explotación en el que las mujeres explotan y son explotadas en parte sobre la base del género y en parte sobre la base de la posición de clase. Algunas teóricas de la opresión la explican en los términos de las teorías *psicoanalíticas* que contemplan a los hombres con una necesidad innata de subyugar a las mujeres para alcanzar profundas metas psicológicas. Algunas ofrecen una respuesta *feminista radical* que encuentra la raíz de la opresión patriarcal en la mayor capacidad y disposición de los hombres para usar la fuerza bruta a fin de someter a otros. Y otras ofrecen un análisis *feminista socialista* que intenta sintetizar diversas formas y teorías de la opresión utilizando términos tales como *patriarcado capitalista* y *dominación* para describir el sistema polifacético de opresión basado en la producción, la clase, la edad, la etnicidad, la preferencia sexual y la posición global, así como en el género —un sistema que oprime a todas las mujeres y a multitud de hombres. Y el desarrollo más reciente, el *feminismo de la tercera ola*, se centra en las implicaciones de estas diferencias —de clase, edad, etnicidad, preferencia sexual y posición global— en las relaciones entre las mujeres tanto en el nivel micro como en el macro.

La teoría feminista proporciona una base para la revisión de las teorías sociológicas convencionales de la organización social. La teoría sociológica feminista, que ilustra lo que puede ofrecer la teoría feminista a la teoría sociológi-

ca general, puede resumirse en seis proposiciones principales, que se inspiran y sintetizan las variantes de la teoría feminista. Primero, la práctica de la teoría sociológica debe basarse en una sociología del conocimiento que reconozca al conocedor como actor real y socialmente localizado, la parcialidad de todo conocimiento y la función del poder en la producción del conocimiento.

Segundo, las estructuras macrosociales se basan en procesos controlados por los dominantes que actúan en su propio interés, y ejecutados por los subordinados, cuyo trabajo queda oculto y resulta infravalorado incluso por ellos mismos por obra de la ideología social. Así, se distorsiona incluso la comprensión de la producción. El análisis focal de la posición de las mujeres proporciona ideas particulares sobre estas macroestructuras de la subordinación, porque las mujeres, cualquiera que sea su posición de clase, son las que realizan el trabajo invisible: el trabajo doméstico, la crianza de los hijos, el servicio sexual y emocional y las actividades de coordinación (tales como esperar, adaptarse, o ser interrumpida) en el trabajo del sector asalariado.

Tercero, los procesos microinteraccionales de la sociedad confieren realidad a estas relaciones de poder entre dominante y subordinado y al no reconocimiento o a la distorsión de la contribución de los subordinados. Así, las mujeres contemplan que sus contribuciones a la producción social son menospreciadas —como el trabajo doméstico o las actividades de coordinación en el sector asalariado— o idealizadas hasta el punto del no reconocimiento —como la maternidad.

Cuarto, estas condiciones crean en la subjetividad de las mujeres una constante «línea divisoria» que no deben sobrepasar. Esta línea divisoria separa la ideología patriarcal y la experiencia reflexiva de las mujeres de la realidad de sus roles en la producción de la vida social en los niveles micro y macro. Las mujeres navegan por esta línea divisoria experimentando represión, aquiescencia, rebelión, o esforzándose por reformar la organización micro y la macro.

Quinto, todo lo argumentado anteriormente sobre las mujeres puede aplicarse por extensión a todas las personas similar aunque no idénticamente subordinadas.

Sexto, se puede poner en cuestión el uso de cualquier categoría desarrollada por una disciplina sustancialmente dominada por los hombres, y en particular, la división entre las sociologías micro y macro. Las conceptualizaciones feministas actuales del orden social han superado esta dicotomía sociológica clásica al utilizar conceptos tales como «relaciones de control», «realidades locales de la experiencia vivida» y «textos generalizados». Y la pregunta con la que concluye este capítulo sobre la teoria sociológica feminista va dirigida a todo el mundo: ¿podemos mantenernos dentro de las categorías establecidas de la disciplina para describir y explicar el mundo, o debemos crear nuevos conceptos para describir y explicar el mundo desde el punto de vista de aquellos de sus miembros que permanecen subordinados, en desventaja y, con frecuencia, en la oscuridad?

CAPITULO **9**

# TEORIAS SOCIOLOGICAS ESTRUCTURALES

En este capítulo analizamos una serie de teorías que pueden incluirse bajo la denominación «teorías sociológicas estructurales». Aunque, como veremos, existen marcadas diferencias en el modo en que estas teorías conciben la estructura, todas manifiestan preocupación por este fenómeno u oposición a él. La mayoría de ellas comparte con el funcionalismo estructural (véase el Capítulo 3) su interés por la estructura, pero analizan directamente las estructuras, sin la necesidad de analizar también las funciones de esas estructuras.

Comenzamos con el movimiento intelectual general conocido como «estructuralismo». Su carácter es fundamentalmente francés y sus raíces sociológicas se encuentran en la obra madura de Durkheim. En este capítulo analizaremos sus raíces en la lingüística así como su principal expresión en la obra de Claude Lévi-Strauss, quien, si bien era antropólogo, influyó poderosamente en muchos campos, entre ellos la sociología. Luego examinaremos de nuevo el marxismo estructural, pero esta vez como forma de estructuralismo más que como teoría neomarxista (véase el Capítulo 4). A continuación nos ocuparemos de un movimiento reciente, el posestructuralismo, en particular tal y como se expresa en la obra del principal pensador relacionado con este enfoque, Michel Foucault. Después trataremos la sociología existencial y la teoría de sistemas, fundamentalmente porque sus orientaciones teóricas critican y se oponen radicalmente al estructuralismo y al posestructuralismo. Finalmente examinaremos algunas variantes específicamente sociológicas del estructuralismo: el enfoque estructural de Erving Goffman (diferente de su interaccionismo simbólico analizado en el Capítulo 5), la teoría estructural de Peter Blau (diferente a su teoría integrada del intercambio examinada en el Capítulo 7) y la teoria de redes.

## ESTRUCTURALISMO

Aunque hemos analizado el estructuralismo en varios lugares de este libro, en este capítulo examinamos el estructuralismo de un modo sistemático. ¿Qué es exactamente el estructuralismo? En términos generales, podemos definir el *estructuralismo* como la búsqueda de «las leyes universales e invariantes de la humanidad que operan en todos los niveles de la vida humana, tanto en los más primitivos como en los más avanzados» (Ekeh, 1982: 128).

### Raíces en la lingüística

El estructuralismo surgió de diversos desarrollos que se produjeron en varios campos. La fuente del estructuralismo moderno y su bastión más poderoso hasta nuestros días es la lingüística. La obra de Ferdinand de Saussure (1857-1913) destaca por su importancia en el desarrollo de la lingüística estructural y, en última instancia, del estructuralismo en otros muchos campos (Culler, 1976). Nos interesa particularmente la distinción de Saussure entre *langue* y *parole*. La *langue* [lengua] constituye el sistema formal gramatical del lenguaje. Saus-

sure y sus seguidores la describían como un sistema de elementos fónicos cuyas relaciones se rigen por determinadas leyes. Desde Saussure una gran parte de la lingüística se ha orientado hacia el descubrimiento de esas leyes. La existencia de la *langue* hace posible la *parole* [habla]. La *parole* constituye el discurso real, el modo en que los hablantes usan el lenguaje para expresarse. Aunque Saussure admite la importancia del uso subjetivo y, con frecuencia, idiosincrásico que hacen las personas del lenguaje, creía que ese uso no debía constituir la preocupación central del lingüista científico. Este científico debía centrarse en el análisis de la *langue*, el sistema formal del lenguaje, y no en los modos subjetivos en los que los actores lo usan.

La preocupación por la estructura se proyectó más allá de los confines del lenguaje para estudiar todos los sistemas de signos. Este enfoque sobre la estructura de los sistemas de signos se ha denominado «semiótica» y ha atraído a numerosos seguidores (Hawkes, 1977). La *semiótica* es más amplia que la lingüística estructural, porque abarca no sólo el lenguaje, sino también otros sistemas de signos y símbolos tales como las expresiones faciales, el lenguaje del cuerpo, los textos literarios y, de hecho, todas las formas de comunicación.

Muchos de los campos donde se ha desarrollado el estructuralismo se preocupan de una u otra manera por la comunicación. Estos incluyen el marxismo, la psiquiatría, las artes plásticas, el teatro musical, la crítica literaria, la filosofía y —el más importante para el desarrollo de una sociología estructural— la antropología, especialmente en la obra de Claude Lévi-Strauss (Ehrmann, 1970; I. Rossi, 1982). Aunque pueden identificarse numerosas semejanzas en el uso del estructuralismo en estos campos diversos, también se dan entre ellos varias diferencias importantes. El estructuralismo dista mucho de ser una perspectiva unificada.

## Estructuralismo antropológico: Claude Lévi-Strauss

Para la sociología, la obra más importante en estructuralismo la realizó Claude Lévi-Strauss en el campo de la antropología (Kurzweil llama a Lévi-Strauss «el padre del estructuralismo» [1980: 13]). Con los años ha producido un enorme cuerpo de complejos trabajos que ha alterado drásticamente el campo de la antropología, así como otras disciplinas. La obra de Lévi-Strauss ha influido profundamente en los sociólogos estructuralistas.

Una de las razones que explican la complejidad de la obra de Lévi-Strauss es que en ella se identifican varios tipos de estructuras. El primer tipo consiste en las grandes estructuras e instituciones sociales del mundo social. A Lévi-Strauss le costó enorme trabajo negar que esas estructuras fueran, en realidad, estructuras. Aunque constituían realidades estructurales para la mayoría de antropólogos y sociólogos, Lévi-Strauss creía que ocultaban las verdaderas estructuras fundamentales de la sociedad. Este tipo conduce al segundo tipo de estructura desarrollado en la obra de Lévi-Strauss, que resulta más importante que el primero: el modelo que construye el científico social para captar la es-

tructura fundamental de la sociedad. Pero existe un tercer tipo de estructura para Lévi-Strauss, el más importante y fundamental: la estructura de la mente humana (Leach, 1974). Los modelos del mundo social que construyen los científicos adquieren una forma semejante en las diversas sociedades debido a que, en todo el mundo, los productos humanos tienen una fuente básica idéntica: la mente humana. *La estructura de la mente constituye la estructura última en la obra de Lévi-Strauss.*

En cierto sentido, puede afirmarse que Lévi-Strauss simplemente extendió la obra de Saussure sobre el lenguaje a las cuestiones antropológicas, por ejemplo, a los mitos de las sociedades primitivas. Sin embargo, Lévi-Strauss fue más lejos y aplicó el estructuralismo a todas las formas de comunicación. Su principal innovación fue reconceptualizar una amplia serie de fenómenos sociales (por ejemplo, los sistemas de parentesco) como sistemas de comunicación, haciéndolos así susceptibles de análisis estructural (Burris, 1979). El intercambio de esposas, por ejemplo, puede analizarse del mismo modo que el intercambio de palabras. Ambos son intercambios sociales que pueden estudiarse utilizando la antropología estructural.

Podemos ilustrar el pensamiento de Lévi-Strauss (1967) estableciendo las semejanzas entre los sistemas lingüísticos y los sistemas de parentesco. En primer lugar, los términos utilizados para describir el parentesco, como los fonemas en el lenguaje, son unidades básicas de análisis para el estructuralista. En segundo lugar, ni los términos del parentesco, ni los fonemas tienen significado por sí mismos. Sin embargo, ambos adquieren significado sólo cuando forman parte integrante de un sistema más complejo. La estructura general del sistema confiere significado a cada una de sus partes constituyentes. En tercer lugar, Lévi-Strauss reconocía que existía una variación empírica situacional respecto de los sistemas fonéticos y de parentesco, pero incluso estas variaciones podían explicarse por el funcionamiento de ciertas leyes implícitas aunque generales. Por último, y fundamentalmente en términos de la concepción de Lévi-Strauss del estructuralismo, tanto el sistema fonético como el de parentesco constituyen productos de las estructuras de la mente. Pero no son productos de un proceso consciente. Antes bien, son productos de la estructura lógica e inconsciente de la mente. Estos sistemas, así como la estructura lógica de la mente de las que se derivan, funcionan de acuerdo con leyes generales.

Lévi-Strauss sometió los datos antropológicos al análisis estructural de un modo muy parecido al que hiciera Saussure en su análisis de los datos lingüísticos. En cambio, la mayoría de los antropólogos y sociólogos suelen aceptar los informes subjetivos que proporcionan las respuestas de los preguntados. Para Lévi-Strauss, estos informes constituyen sólo los recursos básicos para construir las estructuras fundamentales. En sus análisis de las sociedades primitivas Lévi-Strauss se esforzó por descubrir la estructura fundamental de los mitos y los sistemas de parentesco y, de hecho, de toda la sociedad.

Si bien Lévi-Strauss se centró en el estudio de las sociedades primitivas, creía que todas las sociedades, incluso las modernas, compartían una estructura

fundamental similar. Se centró en las sociedades primitivas porque pensaba que en ellas se producía menos distorsión y era más fácil descubrir la estructura. En las sociedades modernas se habían desarrollado varios modelos conscientes o sistemas normativos que ocultaban la realidad estructural. Lévi-Strauss no ignoró totalmente la importancia de estos modelos. Estos sistemas normativos, junto con sus distorsiones y desviaciones, eran productos importantes de las personas en una sociedad, pero carecían de importancia primaria porque «las normas culturales no son en sí mismas estructuras» (Lévi-Strauss, 1967: 274).

La mayoría de los antropólogos estudia lo que hacen y dicen las personas, pero lo que le interesaba a Lévi-Strauss eran sus productos humanos (I. Rossi, 1974b). Se esforzó por encontrar la estructura objetiva de esos productos, no sus significados subjetivos o sus orígenes en los procesos subjetivos. En su análisis de varios productos humanos —los mitos, los sistemas de parentesco, etcétera— Lévi-Strauss buscó las interrelaciones entre ellos. La identificación de estas interrelaciones constituía *la* estructura fundamental o, al menos, una estructura. El observador creaba una estructura y, por tanto, distintos observadores podían construir diferentes estructuras. En lo tocante a este punto, es preciso subrayar dos cuestiones. En primer lugar, las estructuras son creaciones de los observadores. Y en segundo lugar, las estructuras creadas no existen en el mundo real. Como Lévi-Strauss señaló: «El término "estructura social" no tiene nada que ver con la realidad empírica, sino con los modelos que se construyen a partir de ella» (1967: 271).

Lévi-Strauss no sólo se esforzó por identificar la estructura de una sociedad primitiva. Lo que le interesaba en realidad era la comparación entre una numerosa serie de datos disponibles sobre algunas de estas sociedades. Esperaba que estos análisis comparados permitieran la construcción de una estructura fundamental común a todas las sociedades. Si bien su objetivo era descubrir esa estructura, Lévi-Strauss evitó adoptar el punto de vista dogmático de que las estructuras eran las mismas en todos los lugares y todas las épocas. En contra de lo que piensa la mayoría de los observadores, había flexibilidad en su sistema.

Lévi-Strauss rechazaba las orientaciones tradicionales de los antropólogos. Por ejemplo, rechazaba la idea de que los mitos podían explicarse por su contenido narrativo o por sus funciones para la sociedad. Antes bien, Lévi-Strauss creía que el significado de los mitos debía buscarse en el nivel estructural de lo inconsciente. En la metodología de Lévi-Strauss para el análisis de los mitos se pueden distinguir varias fases. Primera, se examinan las variantes de un mito particular. Segunda, se aíslan los elementos temáticos básicos de estas variantes. Tercera, se identifican las pautas complejas de interconexión entre los elementos temáticos de cada variante. Cuarta, se construye «una tabla de permutaciones posibles entre estos términos» (Lévi-Strauss, 1963: 16). Quinta, esta misma tabla podía representar la estructura, «el objeto general de análisis que, sólo en este nivel, puede proporcionar las conexiones necesarias, el fenómeno empírico que se consideraba al principio del análisis simplemente como una combinación posible entre otras combinaciones» (Lévi-Strauss, 1963: 16). Finalmente,

esta tabla o estructura permite al analista no sólo comprender el mito en general, sino también formular hipótesis sobre el significado particular de un mito dentro de una sociedad determinada.

A primera vista puede parecer que las estructuras de Lévi-Strauss son idénticas a los hechos sociales de Durkheim; ambos parecen tener una vida propia que es externa y coercitiva para el actor. Sin embargo, Lévi-Strauss no opera en el nivel societal, como lo hace Durkheim. Lévi-Strauss recibió más influencia de la obra madura de Durkheim sobre la clasificación primitiva que de la obra temprana sobre los hechos sociales. Los actores de Lévi-Strauss están constreñidos, pero no por hechos sociales. Para él, las personas están constreñidas por las estructuras de la mente.

Así, quizás la orientación de Sigmund Freud influyó más sobre Lévi-Strauss que la de Durkheim. Puede parecer que Lévi-Straus aceptaba la idea de la psiquiatría freudiana de que los actores estaban determinados por fuerzas inconscientes. Pero aunque a Lévi-Strauss le interesaba lo inconsciente, existe una marcada diferencia entre Lévi-Strauss y Freud sobre esta cuestión (I. Rossi, 1974a). Freud concebía lo inconsciente principalmente en términos de su contenido emocional oculto; creia que los actores eran impulsados por emociones desconocidas por ellos en el nivel de la conciencia. Sin embargo, a Lévi-Strauss no le interesaban los aspectos emocionales de lo inconsciente; su preocupación por lo inconsciente se limitaba a «las estructuras lógicas y permanentes de la mente» (I. Rossi, 1974a: 19). Los actores de Lévi-Strauss estaban constreñidos no por las emociones inconscientes, sino por las estructuras lógicas e inconscientes de su mente. He aquí cómo expresó Lévi-Strauss su interés por lo inconsciente:

> Si, como lo creemos nosotros, la actividad inconsciente del espíritu consiste en imponer formas a un contenido, y si esas formas son fundamentalmente las mismas para todas las mentes, antiguas y modernas, primitivas y civilizadas... es necesario y suficiente captar la estructura inconsciente que subyace a cada institución o cada costumbre para obtener un principio de interpretación válido para otras instituciones y otras costumbres, a condición, claro está, de llevar lo bastante adelante el análisis.
>
> (Lévi-Strauss, 1967: 21-22)

Por supuesto, la perspectiva de Lévi-Strauss plantea un problema común en las ciencias sociales: el de que la mente no es accesible a la observación inmediata (Scheffler, 1970). Esta es la razón que explica que Lévi-Strauss se centrara en los productos humanos analizados más arriba y sus interrelaciones. Su interés no eran esos productos en sí mismos, sino la información que podían ofrecernos para captar la estructura lógica de la mente. Asi, sus estudios sobre la estructura del mundo primitivo en general y sobre los sistemas de parentesco y mítico, en particular, no constituían fines en sí, sino medios para ayudarle a comprender las estructuras mentales básicas.

En su intento de descubrir estas estructuras básicas de la mente, puede pare-

cer que Lévi-Strauss emprendió una tarea semejante a las que se habían propuesto algunos fenomenólogos. Sin embargo, a Lévi-Strauss, al igual que a la mayoría de los estructuralistas, le disgustaba profundamente la fenomenología (y el existencialismo; véase más abajo). En su opinión, los fenomenólogos intentaban situar la conciencia subjetiva humana en el centro de las ciencias sociales. Para los estructuralistas la conciencia no era susceptible de análisis científico. Mientras los fenomenólogos se esforzaban por humanizar las ciencias sociales, los estructuralistas intentaban de forma casi autoconsciente *deshumanizar*las. Su deseo era desplazar a las personas del centro de las ciencias sociales y situar en su lugar varias estructuras -como la estructura lógica de la mente, el lenguaje, diversos componentes de la sociedad o la sociedad en general. Charles Lemert (1979), por ejemplo, se alegró al comprobar que las ciencias sociales se convertían en testigos de la desaparición de las personas como núcleo de sus disciplinas. En opinión de muchos estructuralistas el enfoque en las personas, especialmente en sus procesos subjetivos, retrasaba, si no impedía, el desarrollo de la ciencia *social*. Para ser científico, el estudio debía enfocarse sobre alguna suerte de estructura objetiva.

La orientación de Lévi-Strauss y su interés por las estructuras mentales quizás sugiere que su empresa era semejante a la del filósofo Immanuel Kant. Aunque existen entre ellos algunas semejanzas, también se puede apreciar una diferencia crucial. Como filósofo, Kant se esforzó por descubrir las categorías mentales básicas a través de la introspección, de la filosofía o de ambos métodos. Como *científico* social, Lévi-Strauss rechazó tales métodos y se centró en el análisis empírico de las estructuras del mundo social para arrojar luz sobre las estructuras mentales.

Así, aunque parezca que el esfuerzo de Lévi-Strauss se asemeja al de muchos otros pensadores, un análisis más profundo indica importantes diferencias entre ellos y Lévi-Strauss. De hecho, estas diferencias muestran el carácter distintivo y relevante de la contribución de Lévi-Strauss a las ciencias sociales.

Algo despiadado, Kurzweil concluye: «El estructuralismo, tal y como lo concibió originalmente Lévi-Strauss, ha muerto. Las estructuras mentales universales no han sido descubiertas y ya nadie las busca» (1980: 10). No obstante, reconoce que Lévi-Strauss proporcionó los fundamentos a otros tipos de estructuralismo y posestructuralismo.

## Marxismo estructural

Además del estructuralismo antropológico de Lévi-Strauss, el marxismo estructural francés, analizado en el Capítulo 4, constituye otra importante variante del estructuralismo.

En este apartado nos centramos en lo que distingue al marxismo estructural francés de otras variantes de estructuralismo, particularmente de la de Lévi-Strauss. En primer lugar, nos ocuparemos de las semejanzas entre el estructuralismo en general y el marxismo estructural (Glucksmann, 1974), en otras pala-

bras, en las razones por las que la obra de Althusser, Poulantzas y otros *es* estructuralista.

Aunque defendemos más arriba que el estructuralismo moderno comenzó con la obra de Saussure en lingüística, hay otros pensadores que afirman que sus raíces se encuentran en la obra de Karl Marx: «Al señalar Marx que no debe confundirse la estructura con las relaciones visibles y explicar su lógica oculta inauguró la tradición estructuralista moderna» (Godelier, 1972b: 336). Aunque el marxismo estructural y el estructuralismo comparten ambos una preocupación por las «estructuras», cada uno de ellos las conceptualiza de forma diferente.

Al menos algunos marxistas estructurales comparten con los estructuralistas su interés por el estudio de la estructura como un prerrequisito del estudio de la historia. Como Maurice Godelier señaló «el estudio del funcionamiento interno de una estructura debe preceder e iluminar el estudio de su génesis y evolución» (1972b: 343). En otra obra, Godelier señaló: «La *lógica* interna de esos sistemas debe analizarse *antes* de analizar su *origen*» (1972a: xxi). Otra idea que comparten los estructuralistas y los marxistas estructurales es que el estructuralismo debe centrarse en las estructuras, o sistemas, que se forman a partir de la interacción de las relaciones sociales. Ambas escuelas ven las estructuras como reales (aunque invisibles), si bien difieren notablemente en sus ideas sobre la naturaleza de la estructura que consideran real. Para Lévi-Strauss, la estructura real es el modelo, mientras para los marxistas estructurales es la estructura fundamental de la sociedad.

Y tal vez más importante aún es que tanto el estructuralismo como el marxismo estructural rechazan el empirismo y aceptan una preocupación por estructuras fundamentales invisibles. Godelier señaló: «lo que rechazan tanto los estructuralistas como los marxistas son las definiciones empíricas de lo que constituye una estructura social» (1972a: xviii). Godelier concluyó:

> Tanto para Marx como para Lévi-Strauss una estructura *no* es una realidad *directamente* visible y por tanto directamente observable, sino un *nivel de la realidad* que existe *más allá* de los confines de las relaciones visibles entre los hombres, y cuyo funcionamiento constituye la lógica fundamental del sistema, el sistema fundamental por el que el orden aparente puede explicarse.
>
> (Godelier, 1972a: xix)

Godelier fue aun más lejos y afirmó que este objetivo define toda ciencia: «Lo que es visible es una *realidad* que esconde *otra*, una realidad más profunda, que se oculta, y el descubrimiento de esa realidad constituye el verdadero propósito de la cognición científica» (1972a: xxiv).

A pesar de las semejanzas entre el marxismo estructural y el estructuralismo, en general existen notables diferencias entre el estructuralismo (marxista y no marxista) y la corriente principal de la teoría marxista. En primer lugar, las dos escuelas utilizan lógicas diferentes. Por lo general, los marxistas adoptan el razonamiento dialéctico, mientras los estructuralistas suelen emplear la razón

analítica. Los estructuralistas defienden la necesidad de realizar estudios sincrónicos; los marxistas contemplan la necesidad de realizar análisis diacrónicos; los marxistas se centran en el sujeto humano, pero lo estructuralistas (marxistas o nos) creen que esta preocupación no es científica (Burris, 1979). Los marxistas creen que la teoría contribuye al cambio social. El argumento de los estructuralistas es que —dada la universalidad de ciertas estructuras y la inclinación de las personas, especialmente en la sociedad moderna, a mistificar el mundo social— la posibilidad de cambio político de relieve es pequeña (Glucksmann, 1974).

Quizás la diferencia más importante entre el estructuralismo en general y el marxismo en general reside en sus niveles de análisis. En palabras de Val Burris (1979), la diferencia se encuentra entre el reduccionismo materialista y el reduccionismo psicológico. Los marxistas suelen estudiar las estructuras de la sociedad (económica, politica, ideológica), mientras los estructuralistas se preocupan por las «estructuras profundas» de la mente. Así, Marx y la mayoría de los marxistas se interesaron y se interesan por la lógica fundamental de las grandes estructuras de la sociedad capitalista. Si bien los estructuralistas analizan las grandes estructuras, suelen hacerlo no como un fin en sí mismo, sino como un medio para la comprensión del objeto último, la estructura de la mente. Algunos estructuralistas se interesan por el nivel societal y algunos marxistas por las estructuras de la mente, pero se da una diferencia básica de enfoque entre ellos.

En este contexto resulta interesante subrayar una cuestión que señaló Godelier. Como marxista estructural francés formado en el estructuralismo de Lévi-Strauss, Godelier se encontraba bien situado para analizar la relación entre el marxismo estructural francés y el estructuralismo. Si bien reconocía cierto solapamiento y ciertas diferencias, Godelier abogó por una integración de ambos a fin de que su fuerza pudiera unirse y se superaran sus debilidades. Por ejemplo, en su análisis de la debilidad de la obra de Lévi-Strauss, Godelier señaló:

> Lo que brilla por su ausencia es un análisis de las funciones precisas de estas formas de pensamiento, de la circulación de estas formas de ideología con otros niveles de la realidad social, y de las condiciones de su transformación... Ir más allá de una morfología estructural significa, por lo tanto, intentar explicar las formas, las funciones, los modos de articulación y las condiciones de transformación de las estructuras sociales de las sociedades particulares estudiadas por historiadores y antropólogos. Es precisamente a fin de realizar esta compleja tarea —que presupone una combinación de varios métodos teóricos— para lo que se requiere la hipótesis central de Marx de la determinación, en última instancia, de las formas y la evolución de la sociedades por las condiciones de producción y reproducción de su vida material.
>
> (Godelier, 1972a: xli)

Las afinidades fundamentales de Godelier parecen estar del lado del marxismo. Sin embargo, una auténtica integración requeriría prestar seria atención a la fuerza y a la debilidad de ambas orientaciones.

## Barreras para su aceptación

Es difícil que el estructuralismo francés logre aceptación general en sociología (Lemert, 1990). Existen ante él barreras cuasi insuperables. David Goddard (1976) llegó a la conclusión de que el estructuralismo no sólo tiene poco que ofrecer a las preocupaciones tradicionales de la sociología, sino que supone también una enorme amenaza para sus intereses. Por ejemplo, los estructuralistas muestran escaso interés por cuestiones microsociológicas tradicionales tales como la conciencia creativa, los actores, la acción, la conducta y la interacción. Es difícil encontrar en el estructuralismo una preocupación por el actor y por los diversos procesos que se dan en el nivel individual. Es más, el estructuralismo, salvo en el caso del marxismo estructural francés, ni siquiera puede aplicarse a los grandes temas tradicionales de los sociólogos:

> Francamente, si existieran leyes de organización estructural en las sociedades grandes y heterogéneas —leyes relativas a fenómenos importantes tales como la clase, la burocracia, el poder, el cambio, el desarrollo, la solidaridad y las diversas interrelaciones entre estos fenómenos— el análisis estructural sería incapaz de proporcionar los supuestos, teorías o métodos necesarios para descubrir esas leyes.
>
> (Goddard, 1976: 126)

Para Goddard, al igual que para otros muchos, el estructuralismo representa un ataque frontal contra muchas premisas básicas de la sociología. Goddard creía que la adopción de un paradigma estructural tendría consecuencias fatales porque «comprometería algo que tal vez constituye su premisa fundamental... que las ideas y los símbolos se forman en su contexto material, en su propio medio social... y se abandonaría completamente la idea del materialismo sociológico que convirtió a la sociología en una disciplina distintiva» (1976: 132). Teniendo en cuenta estos ataques, sería harto difícil que el estructuralismo francés obtuviera una aceptación general en la sociología.

# POSESTRUCTURALISMO

El estructuralismo ha representado principalmente un fenómeno francés que incluye autores como Durkheim (su obra madura), Saussure, Lévi-Strauss, ciertos marxistas estructurales como Althusser y Godelier, y otros pensadores, especialmente Jean Piaget. No obstante, el estructuralismo alcanzó su cumbre en la década de los años ochenta, y Kurzweil ha señalado que «en París, la era estructuralista está a punto de acabar» (1980: 2). Sin embargo, el estructuralismo no ha desaparecido: ha sido superado por lo que se ha denominado el *posestructuralismo* (o *neoestructuralismo*) (Giddens, 1987; G. Rose, 1984; Wuthnow et al., 1984). Lemert (1990) sitúa el origen del posestructuralismo en un discurso de 1966 de Jacques Derrida, uno de los principales pensadores relacionados

con este enfoque, en el que proclamó que el estructuralismo se encontraba en transición y que comenzaba una nueva era posestructuralista. El surgimiento del posestructuralismo se debe en parte al esfuerzo del estructuralismo por distanciarse de perspectivas subjetivistas tales como el existencialismo (véase más abajo) y desarrollar así una orientación objetivista. El posestructuralismo implica un esfuerzo por extender el estructuralismo a otros campos, entre otras cosas, incorporando a su seno una amplia gama de perspectivas teóricas.

El posestructuralismo no sólo implica un cambio teórico sino también una transformación en el mundo social. El estructuralismo se centraba exclusivamente en el análisis del mundo moderno, mientras el objeto de análisis del posestructuralismo es la sociedad posmoderna. En efecto, muchos de los principales posestructuralistas están también implicados en el movimiento intelectual conocido como posmodernismo (véase el Capítulo 13). Lemert afirma que el nacimiento del posmodernismo se produjo, al menos simbólicamente, cuando se produjo

> La muerte de la arquitectura modernista a las tres horas y treinta y dos minutos de la tarde del 15 de julio de 1972, momento en el que se destruyó el proyecto de viviendas de Pruitt-Igoe en Saint Louis... Este enorme proyecto de construcción de viviendas en Saint Louis representaba la arrogante creencia modernista de los planificadores y los arquitectos de que mediante la construcción del mayor y más grande proyecto público de viviendas se podia erradicar la pobreza y la miseria humana. Haber reconocido, y destruido, el símbolo de esa idea supuso admitir el fracaso de la arquitectura modernista y, consecuentemente, de la modernidad.
>
> (Lemert, 1990: 233; según Jencks, 1977)

En cierto sentido, el posmodernismo representa un ataque contra la estructura, en este caso la estructura arquitectónica.

Pero el estructuralismo, el posestructuralismo y el posmodernismo comparten el interés por el lenguaje (Giddens, 1987). Esto se debe en parte a sus raíces en la lingüística, particularmente en las ideas de Saussure. Su preocupación por el lenguaje incluye un ataque implícito contra el positivismo porque, como Lyotard señala «el conocimiento científico es una forma de discurso» (1984: 3). Si la ciencia es simplemente una de las muchas formas de discurso, entonces carece de un estatus privilegiado. Los defensores de estos enfoques intentan sustituir el positivismo por un nuevo enfoque del mundo social basado en el lenguaje. Creen al unísono que «el lenguaje constituye hoy necesariamente la preocupación central de todos los intentos de conocer, actuar y vivir» (Lemert, 1990: 234). El mundo social se contempla como una serie de textos que deben interpretarse en relación con otros textos. Pero si el mundo social constituye poco más que una serie de textos que han de interpretarse en su interrelación, entonces ya no es posible, como intentaron positivistas y modernistas, «contemplar el mundo como algo interna y necesariamente coherente» (Lemert, 1990: 236).

¿Qué significado sociológico tiene contemplar el mundo como una serie de textos? Lemert (1990) subraya cuatro cuestiones. En primer lugar, la teoría

constituye una forma de discurso que produce textos. En segundo lugar, la realidad empírica que analiza la teoría son los otros textos (entrevistas, datos censales, cintas de vídeo). En tercer lugar, el significado de los textos empíricos depende de su interpretación desde el punto de vista de los textos teóricos. Y finalmente, el estudio de los textos empíricos conduce a una mayor comprensión de otros tipos de análisis empíricos.

Estas cuestiones nos llevan a otro aspecto central del posestructuralismo (y del posmodernismo): su idea de la totalidad social. Mientras los positivistas identifican un principio organizador supremo que unifica el mundo, los posestructuralistas afirman que lo que caracteriza al mundo no es la unidad, sino la diferencia subyacente. La meta es, pues, el estudio de las diferencias más que la búsqueda de la unidad. Políticamente, esto lleva a los posestructuralistas a situarse del lado de los grupos minoritarios (por ejemplo, los negros y las mujeres) diferentes de los grupos mayoritarios.

Otra preocupación del posestructuralismo (compartida por el estructuralismo) es el descentramiento del sujeto. Esto implica un rechazo del interés por el actor, por la conciencia del actor, por la subjetividad o, en términos más generales, por el humanismo (que constituyen las preocupaciones básicas de la sociología existencial; véase más abajo). Dado el interés por los textos, esto significa que el posestructuralista se concentra en la estructura interna del texto. Se considera que el autor del texto es más o menos irrelevante. No son sus intenciones lo que cuenta, sino más bien «el juego interno de los significantes» (Giddens, 1987: 207). En términos generales, esto supone que debemos centrarnos en la estructura de la sociedad y no en el papel que desempeñan los actores en la construcción de esa sociedad.

Analizaremos más extensamente estas cuestiones en el Capítulo 13, donde estudiaremos con más profundidad el posmodernismo. El resto de este apartado lo dedicamos al análisis de la obra del principal pensador relacionado con el posestructuralismo, Michel Foucault (1926-1984).

## Las ideas de Michel Foucault

Aunque la influencia de la obra de Michel Foucault se extiende más allá de los confines de la sociología, es claro que hay sociología (o sociologías) en ella (Smart, 1985). Se trata de un cuerpo diverso de trabajo que incluye preocupaciones metodológicas (Foucault, 1966, 1969), estudios empíricos específicos sobre la locura y los hospitales (Foucault, 1965), la medicina y el nacimiento de la clínica (Foucault, 1975), el crimen y el sistema carcelario (Foucault, 1979) y el sexo y el control social de la sexualidad (Foucault, 1980, 1985). Es un cuerpo de trabajo relevante no sólo para la teoría sociológica, sino también para una variedad de subcampos dentro de la sociología. Además de ser muy diversa, la obra de Foucault es también densa y se presta a múltiples interpretaciones. La complejidad aumenta debido a la actitud deliberadamente elusiva del mismo Foucault: «No me preguntéis quién soy ni me pidáis que sea siempre el mismo»

(1969: 17). De hecho, Foucault no fue siempre el mismo; su obra refleja los cambios que se produjeron en la trayectoria de su carrera.

La obra de Foucault muestra diversas influencias teóricas (Smart, 1985). Esta variedad confiere atractivo a su obra y la hace difícil de analizar. Además, Foucault no adopta simplemente las ideas de otros, sino que las transforma a medida que las integra en su orientación teórica inhabitual. Así, la teoría de Weber de la racionalización constituye una influencia, pero para Foucault se encuentra sólo en ciertos «lugares clave» y no constituye una «jaula de hierro», pues siempre hay resistencia. Pueden identificarse ideas marxistas (Smart, 1983) en su obra, pero nuestro autor no se limita a la economía, sino que se centra en varias instituciones. Le preocupa más la «micropolítica del poder» que el tradicional interés marxista por el poder en el nivel societal. Practica la hermenéutica a fin de comprender mejor los fenómenos sociales de que se ocupa. Además, Foucault no cree en la verdad profunda y última; hay siempre más capas que retirar. Se percibe en su obra también una influencia fenomenológica, pero Foucault rechaza la idea de un sujeto autónomo y dador de significado. Hay también un fuerte elemento de estructuralismo, pero no encontramos en su obra ningún modelo normativo formal que gobierne la conducta. Finalmente, y quizás lo más importante, Foucault adopta el interés de Nietzsche por la relación entre el poder y el conocimiento, pero analiza ese vínculo desde una perspectiva más sociológica que Nietzsche. Esta multitud de influencias teóricas constituye una de las razones por la que se considera a Foucault un posestructuralista. Como podremos apreciar en seguida, el estructuralismo influyó profundamente en el obra temprana de Foucault, pero esa influencia tiende a disminuir en su obra madura, más posestructuralista.

Foucault es un teórico que merece reconocimiento, y su obra seguirá despertando en el futuro interés y atención. En este apartado relativamente corto sólo podemos proporcionar al lector un análisis general de sus ideas, en el que estudiaremos en primer lugar su obra conceptual para luego examinar algunos de sus estudios específicos.

En su obra temprana sobre metodología, Foucault (1966) realiza una «arqueología del saber». Su objeto de estudio son los cuerpos de conocimiento, ideas y modos de discurso. Compara su arqueología del saber con la historia y la historia de las ideas, a las que considera demasiado racionales y cree que confieren excesiva continuidad a la historia del conocimiento. Alan Sheridan mantiene que la arqueología del saber de Foucault implica la búsqueda de «un conjunto de reglas de formación que determina las condiciones de posibilidad de todo lo que se dice dentro de un discurso particular y en cualquier momento dado» (1980: 48). Apreciamos aquí claramente la influencia del estructuralismo. Esta influencia se hace manifiesta también en el deseo de Foucault de estudiar los eventos del discurso, las expresiones habladas y escritas. Se muestra particularmente interesado por las primeras expresiones que se producen en la historia de un campo o disciplina. Su deseo es descubrir las condiciones básicas que hacen posible el discurso. La unidad de estas expresiones, el modo en que

llegan a formar una ciencia o una disciplina, no procede del sujeto, sino de ciertas reglas y prácticas básicas del discurso. Concretamente, a Foucault le interesaban las prácticas discursivas fundamentales que formaban la base del discurso científico, en particular en las ciencias humanas. Foucault abandonaría más tarde este enfoque altamente estructural característico de su obra temprana en favor de una orientación posestructuralista, debido a que aquél no decía nada sobre la cuestión del poder y del vínculo entre saber y poder.

Podemos captar perfectamente la orientación posterior de Foucault (1969) en la expresión «genealogía del poder». Nuestro autor adopta claramente ideas de Nietzsche, a quien se suele considerar un filósofo del poder. A Foucault le preocupa el modo en que las personas se gobiernan a sí mismas y gobiernan a otras mediante la producción de conocimiento. Entre otras cosas, cree que el conocimiento genera poder al convertir a las personas en sujetos y al gobernarlos mediante el uso del conocimiento. Critica la jerarquización del conocimiento. Como las formas supremas de conocimiento (las ciencias) son las más poderosas, son las más susceptibles de crítica. Foucault se interesa por las técnicas, las tecnologías que se derivan del conocimiento (en especial del científico) y por el modo en que las utilizan diversas instituciones a fin de ejercer poder sobre las personas. Si bien cree que existen vínculos entre conocimiento y poder, Foucault no identifica una conspiración entre los miembros de la élite de la sociedad. Esta conspiración implicaría actores conscientes, y Foucault suele centrarse en las relaciones estructurales, especialmente entre el conocimiento y el poder. En su análisis del desarrollo de la historia Foucault no concibe un progreso desde el salvajismo primitivo hasta una humanidad moderna basada en sistemas de conocimiento más sofisticados. Foucault ve que en el transcurso de la historia se abandona un sistema de dominación (basado en el conocimiento) por otro, y así sucesivamente. Si bien esta es una perspectiva sombría, Foucault cree que el conocimiento-poder siempre genera oposición; siempre hay resistencia contra él. Foucault analiza ejemplos históricos, pero lo que le interesa fundamentalmente es el mundo moderno. Como señaló, «escribo la historia del presente» (Foucault, 1979: 31).

Con estas ideas generales analicemos ahora algunas obras concretas de Foucault. En *Historia de la locura en la época clásica* (1965), Foucault practica una arqueologia del saber, en particular de la psiquiatría. La obra comienza con el Renacimiento, cuando la locura y la razón no estaban separadas. Pero entre 1650 y 1800 (la época clásica) se estableció una distancia entre ellas y, en última instancia, la razón llegó a vencer a la locura. En otras palabras, Foucault describe «la ruptura del diálogo» entre la razón y la locura (Foucault, 1965: x). Y describe así el resultado:

> Aquí la razón reina en estado puro, triunfante por haber salido victoriosa frente a una enloquecida sinrazón. La locura fue así arrancada de esa libertad imaginaria que aún le permitía florecer en el horizonte del Renacimiento. No hacía mucho tiempo, se había debatido sobre ella a plena luz del día: en el *Rey Lear* y en *Don*

*Quijote*. Pero en menos de medio siglo fue secuestrada y, en la fortaleza de su confinamiento, ligada a la Razón, a las reglas de la moralidad y a sus noches monótonas.

(Foucault, 1965: 64)

He aquí una clara imagen weberiana de la jaula de hierro, las «noches monótonas» que pasa el «demente» (el irracional) en una jaula de hierro construida por los que tienen razón (racionalidad).

La psicología científica del siglo XIX surgió finalmente de la separación entre el demente y el sano que se produjo en el siglo XVIII (la psiquiatría recibe la denominación de «monólogo de la razón sobre la locura» [Foucault, 1965: xi]). Al principio era la medicina la que se encargaba del tratamiento físico y moral del demente, pero, más tarde, la medicina psicológica científica asumió esa tarea. «Una medicina puramente psicológica se hizo posible sólo cuando se juzgó culpable a la locura» (Foucault: 182-183). Más tarde, señala Foucault, «lo que denominamos práctica psiquiátrica es cierta táctica moral que data de finales del siglo XVIII, preservada por la vida del hospital y recubierta de los mitos del positivismo» (1965: 276). En consecuencia, para Foucault, la psicología (y la psiquiatría) constituyen una empresa moral, no un esfuerzo científico, que va contra los dementes, que son cada vez menos capaces de protegerse de esa «ayuda»: los dementes están condenados por el llamado avance científico a un «gigantesco encarcelamiento moral».

Es innecesario señalar que Foucault rechaza aquí la idea de que en el transcurso del tiempo hemos realizado avances científicos, médicos y humanitarios en el tratamiento de la locura. Lo que percibía, en cambio, era un incremento en la capacidad del sano y de sus agentes (médicos, psicólogos y psiquiatras) para oprimir y reprimir a los locos, a quienes, no debemos olvidar, se les trataba igual que a los sanos en el siglo XVII. El desarrollo más reciente consiste en que ahora estos agentes externos juzgan menos a los locos, «la locura es incesantemente llamada a juzgarse a sí misma» (Foucault, 1965: 265). En muchos sentidos, este control internalizado es la forma más represiva de control. Es claro que la arqueología del saber de Foucault le conduce a conclusiones harto diferentes de las de los historiadores tradicionales sobre la historia y el estatus del demente y su relación con el sano (y sus agentes). Además, Foucault estudia las raíces de las ciencias humanas (especialmente de la psicología y la psiquiatría) en la distinción entre el demente y el sano y en el ejercicio del control moral sobre el demente. Esta idea forma parte de su tesis más general sobre el papel de las ciencias humanas en el control moral de las personas.

Por lo que respecta al estructuralismo de Foucault en su obra temprana, nuestro pensador señala que la locura ocurre en dos «niveles», en «el nivel más profundo, la locura constituye una forma de discurso» (1965: 96). En concreto, la locura, al menos en la época clásica, no implica cambios físicos o mentales; antes bien, «el lenguaje del delirio es la verdad última de la locura» (Foucault, 1965: 97). Pero en esta obra hay un estructuralismo aún más profundo: «Deje-

mos que la cultura clásica formule, *en su estructura general*, la experiencia que tuvo de la locura, una experiencia que aflora con los mismos significados y en idéntico orden a su lógica interna, tanto en el orden de la especulación como en el de las instituciones, *tanto en el discurso como en el decreto*, en el mundo y en el lema y, de hecho, allí donde un elemento significativo puede suponer para nosotros el valor de un lenguaje» (Foucault, 1965: 116; cursivas añadidas).

Foucault sigue utilizando un método estructuralista en *El nacimiento de la clínica*, donde se centra en el discurso médico y su estructura fundamental: «Lo que cuenta en los pensamientos de los hombres no es tanto lo que han pensado, sino lo no pensado, *que desde el comienzo del juego los sistematiza*, haciéndolos para el resto del tiempo indefinidamente accesibles al lenguaje y abiertos a la tarea de transformarlos» (1975: xiv; cursivas añadidas).

En la *Historia de la locura en la época clásica*, la medicina es una importante precursora de las ciencias humanas, y en *El nacimiento de la clínica* esta cuestión adquiere aún más importancia. (Como Foucault señaló, «La ciencia del hombre... está médicamente... fundamentada» [1975: 36].) Antes del siglo XIX la medicina constituía una ciencia clasificatoria centrada en un sistema claramente ordenado de enfermedades. Pero en el siglo XIX la medicina comenzó a ocuparse de las enfermedades de los individuos, así como del conjunto de la sociedad (epidemias). La medicina se extendió a las personas sanas (medicina preventiva) y adoptó una postura normativa al distinguir entre el sano y el enfermo y, más tarde, entre estados normales y estados patológicos. La medicina se convirtió así en precursora de las ciencias humanas que llegarían a adoptar también la perspectiva que distingue lo normal de lo patológico en las personas.

Pero hasta entonces no existía una estructura clínica en la medicina. La clave es el desarrollo de la clínica, donde los pacientes podían ser observados en camas. Aquí Foucault utiliza un término clave, la *mirada*, en este caso una «mirada que representa el conocimiento» (1975: 81). En otras palabras, el conocimiento se derivó de lo que los médicos veían, no de lo que leían en los libros. Como estructuralista, Foucault creía que la mirada era un tipo de lenguaje, «un lenguaje sin palabras» (1975: 68), y lo que le interesaba era la estructura profunda de ese «lenguaje». La capacidad de ver y tocar (especialmente en las autopsias) a personas enfermas (o muertas) supuso un cambio crucial y una fuente importante de conocimiento. Foucault comenta sobre la autopsia, «la noche viviente se disipa en el esplendor de la muerte» (1975: 146). Foucault cree que la mirada anatómico-clínica supuso un «enorme cambio» en la medicina occidental. De este modo no se produjo tanto una evolución del conocimiento como un cambio epistémico. Los doctores ya no jugaban a lo mismo; se trataba de un juego diferente con reglas diferentes. *El* juego consistía en que las personas (los pacientes) se habían convertido en objeto de conocimiento y de la práctica científica (en lugar de la enfermedad como entidad). En los términos de su orientación estructuralista, lo que cambió fue la naturaleza del discurso, los nombres de las enfermedades, las clasificaciones, el campo de los objetos, etcétera (Foucault, 1975: 54).

Una vez más la medicina adopta a los ojos de Foucault el papel de precursora de las ciencias humanas. «Es comprensible, pues, que la medicina haya tenido tanta importancia en la constitución de las ciencias del hombre, una importancia que no sólo es metodológica, sino ontológica en el sentido de que concierne a la transformación del hombre como objeto de conocimiento positivo» (Foucault, 1975: 197). En concreto, Foucault señala acerca de la autopsia médica que «la muerte abandona su viejo paraíso trágico y se convierte en el núcleo lírico del hombre: su verdad invisible, su secreto visible» (1975: 172). De hecho, para Foucault el cambio clave consiste en que el individuo se convierte en sujeto y objeto de su propio conocimiento, y el cambio en la medicina no es otro que uno «de los testimonios más visibles de estos cambios en las estructuras fundamentales de la experiencia» (1975: 199).

En *Vigilar y castigar* (Foucault, 1979) vuelven a aparecer muchos de estos temas, pero esta obra se ocupa más de la genealogía del poder que del estructuralismo, del discurso, etcétera. Aquí «el poder y el conocimiento están directamente implicados uno en el otro» (Foucault, 1979: 27). Foucault analiza en ese trabajo el periodo que media entre 1757 y la década de 1830, durante el cual se sustituyó la tortura de los prisioneros por el control mediante normas carcelarias. (De modo característico, Foucault percibe este cambio como producto de un desarrollo irregular, no de una evolución racional.) Su idea general es que esta sustitución representó una humanización del trato que recibían los criminales; este trato se hizo menos desagradable, doloroso y cruel. Desde el punto de vista de Foucault, la realidad fue que el castigo se racionalizó («el verdugo [en la guillotina] debía ser simplemente un vigilante meticuloso» [1979: 13]), y llegó a ser más eficaz con los prisioneros. La antigua tortura de los prisioneros solía demostrarse públicamente, pero constituía una «mala economía del poder» porque tendía a suscitar desasosiego entre los espectadores (Foucault, 1979: 79). El vínculo entre el conocimiento y el poder se manifestaba claramente en la tortura y, con el desarrollo de normas, ese vínculo se oscureció. El nuevo sistema de reglas era «más regular, más eficaz, más constante, y sus efectos eran más concretos; en suma, ese cambio aumentó los efectos del castigo y disminuyó sus costes económicos» (Foucault, 1979: 80-81). El nuevo sistema no pretendía ser más humano, sino «castigar mejor... insertar más profundamente en el cuerpo social el poder de castigar» (Foucault, 1979: 82). A diferencia de la tortura, esta nueva tecnología del poder de castigar se producía al comienzo del proceso de desviación, afectaba a más gente, era más burocrática, más eficaz, más impersonal, más invariable, más sobria, e implicaba la vigilancia no sólo de los criminales, sino también de toda la sociedad.

Esta nueva tecnología, una tecnología del poder disciplinario, estaba basada en el modelo militar. No implicaba un sistema de poder único y omnicomprensivo, sino un sistema de micropoderes. Foucault describe una «microfísica del poder» con «innumerables puntos de enfrentamiento» (1979: 26-27). Identifica tres instrumentos del poder disciplinario. El primero es la *vigilancia jerárquica*, o la capacidad de los funcionarios de vigilar todo lo que está bajo su

control con una simple *mirada*. El segundo es la capacidad de imponer *sanciones normalizadoras* y castigar a los que violan las normas. De este modo, alguien podría ser juzgado negativamente y castigado por cuestiones relativas al tiempo (por llegar tarde), relativas a la actividad (no prestar atención) y a la conducta (ser maleducado). El tercero es el uso del *examen* para observar a los sujetos e imponer sanciones normalizadoras sobre las personas. El tercer instrumento del poder disciplinario implica los otros dos.

Foucault no adopta una postura negativa por lo que respecta al crecimiento de la sociedad disciplinaria; también le atribuye consecuencias positivas. Por ejemplo, cree que la disciplina funciona bien dentro de las fábricas industriales y del ejército. No obstante, Foucault nos trasmite su temor a la extensión de esa disciplina, especialmente dentro de la red policial estatal para la que toda la sociedad constituye un campo de percepción y un objeto de disciplina.

Foucault no piensa que la disciplina esté extendida uniformemente por toda la sociedad. Antes bien, cree que «hormiguea» e influye en pequeñas partes de la sociedad. Pero finalmente, las principales instituciones caen bajo su influencia. Foucault se pregunta retóricamente: ¿es sorprendente que las prisiones se asemejen a las fábricas, las escuelas, los cuarteles, los hospitales, y que todas estas instituciones se parezcan a las prisiones? (1979: 228). Al final, Foucault ve el desarrollo de un sistema carcelario en el que la disciplina se traslada «desde la institución penal al conjunto del cuerpo social» (1979: 298). Si bien entrevemos aquí una imagen de la jaula de hierro weberiana, Foucault cree, como siempre, en la existencia de fuerzas que se oponen al sistema carcelario; existe una dialéctica estructural constante en la obra de Foucault.

Aunque en *Vigilar y castigar* Foucault se ocupa de la cuestión del poder, en este trabajo encontramos también el tema recurrente en su obra de la emergencia de las ciencias humanas. La transición de la tortura a las normas carcelarias constituye un cambio del castigo corporal al castigo del alma o la voluntad. Este cambio, a su vez, entraña consideraciones sobre la moralidad y la normalidad. Los funcionarios de prisiones y los agentes de policía comienzan por juzgar la normalidad y la moralidad del prisionero. Finalmente, esta capacidad para juzgar se extiende a otros «jueces de orden menor» tales como psiquiatras y educadores. De aqui surgen los nuevos cuerpos de conocimiento científico penal, y estos constituyen la base del «complejo científico-legal» moderno. En el nuevo modo de subordinación las personas se definen como el objeto del conocimiento, del discurso científico. La cuestión clave es que las ciencias humanas modernas encuentran sus raíces aquí. He aquí la amarga descripción de Foucault de las raíces disciplinares de las ciencias humanas: «Estas ciencias, que han paladeado tanto nuestra "humanidad" durante casi un siglo, tienen su matriz técnica en las mezquinas y maliciosas *minutiae* de las disciplinas y sus investigaciones» (1979: 226).

Otra de las cuestiones analizada en *Vigilar y castigar* merece ser mencionada aquí. Foucault se interesa por el modo en que el conocimiento crea las tecnologías que ejercen el poder. En este contexto analiza el Panóptico. El *Panóptico*

constituye una estructura que permite a los funcionarios una observación completa de los criminales. De hecho, los funcionarios no necesitan estar siempre presentes; la simple existencia de la estructura (y la posibilidad de que los funcionarios estén en ella) constriñe a los criminales. El Panóptico tiene una torre en el centro de una prisión circular desde la que los guardias pueden observar el interior de todas las celdas. El Panóptico constituye una enorme fuente de poder para los funcionarios de prisiones, ya que les da la posibilidad de una vigilancia completa. Y lo que es más importante, su poder es enorme porque los prisioneros llegan a controlarse a sí mismos; dejan de hacer varias cosas por temor a ser vistos por los guardias. Aquí podemos apreciar un claro vínculo entre el conocimiento, la tecnología y el poder. Además, Foucault vuelve a su preocupación por las ciencias humanas, ya que señala que el Panóptico es un tipo de laboratorio que facilita la recogida de información sobre las personas. Representa el precursor del laboratorio socio-científico y de otras técnicas de las ciencias sociales para reunir información sobre las personas. Y en otro sentido, Foucault cree que el Panóptico es la base de «un tipo de sociedad» (1979: 216), de la sociedad disciplinaria [1].

Ocupémonos finalmente del primer volumen de la *Historia de la sexualidad* (Foucault, 1980). En él Foucault vuelve a centrarse en la genealogía del poder. Para Foucault la sexualidad es un «punto de transferencia especialmente denso para las relaciones de poder» (1980: 103). Se traza la meta de «definir el régimen de poder-conocimiento-placer que *mantiene* el discurso de la sexualidad humana en nuestra parte del mundo» (Foucault, 1980: 11). Examina el modo en que el sexo se introduce en el discurso y el modo en que el poder impregna ese discurso.

Foucault disiente de la idea convencional de que el victorianismo condujo a la represión de la sexualidad en general y del discurso sexual, en particular. De hecho cree exactamente lo contrario: que la época victoriana condujo a una explosión de los discursos de la sexualidad. Una de las consecuencias del victorianismo fue que se produjeron más análisis, evaluaciones, clasificaciones, descripciones y estudios cuantitativo-causales de la sexualidad. Foucault señala: «Las personas se preguntarán a sí mismas por qué íbamos a estar tan dispuestos a acabar con la regla del silencio en lo que concierne a la más ruidosa de nuestras preocupaciones» (1980: 158). Esto sucede especialmente en las escuelas, donde en lugar de la represión de la sexualidad «la cuestión del sexo era una preocupación constante» (1980: 27). He aquí el resumen que hace Foucault de la hipótesis victoriana y su opinión:

> Por tanto, debemos abandonar la hipótesis de que las sociedades industriales modernas entraron en una época de creciente represión sexual. No sólo hemos presenciado una explosión visible de las sexualidades no ortodoxas... sino que nunca han

[1] Si se desea estudiar un uso interesante de esta idea véase Zuboff (1988), quien cree que la computadora es un Panóptico moderno que ofrece a los superiores una vigilancia ilimitada sobre los subordinados.

existido tantos centros de poder; nunca se le ha dedicado más atención y se le ha verbalizado más... nunca ha habido más sitios donde poder asirse a la intensidad de los placeres y a la persistencia del poder, para luego difundirse por todas partes.
(Foucault, 1980: 49)

De nuevo Foucault asigna un lugar especial a la medicina y a sus discursos sobre la sexualidad. Mientras que en opinión de muchos pensadores la medicina está orientada hacia el análisis científico de la sexualidad, Foucault identifica en las preocupaciones de la medicina más moralidad que ciencia. (De hecho, Foucault critica con dureza la medicina, ya que cree que el objeto de su discurso «no es establecer la verdad, sino evitar su emergencia» [(1980: 55].) En la moralidad de la sexualidad se encuentra implicada también la religión, especialmente el cristianismo occidental, la confesión y su necesidad de que el sujeto diga la verdad sobre la sexualidad. Todo esto guarda relación con las ciencias humanas y su interés por obtener conocimiento acerca del sujeto. Del mismo modo que las personas se confiesan con sus sacerdotes, también se confiesan con sus doctores, sus psiquiatras y sus sociólogos. La confesión, especialmente la confesión sexual, se cubre de términos científicos.

En occidente, «el proyecto de la ciencia del sujeto ha gravitado, en círculos cada vez más pequeños, alrededor de la cuestión del sexo» (Foucault, 1980: 70). Las preguntas formuladas acerca de quiénes somos han contenido cada vez más la cuestión del sexo. Foucault lo resume así: «El sexo lo explica todo» (1980: 78).

En lugar de ocuparse de la represión de la sexualidad, Foucault afirma que el estudio científico del sexo debe centrarse en la relación entre el sexo y el poder. De nuevo, ese poder no reside en una única fuente central; reside en una variedad de microlugares. Además, como siempre, Foucault afirma que existe la resistencia a la imposición del poder sobre el sexo. El poder y la resistencia al poder están en todas partes.

Antes del siglo XVIII la sociedad se esforzaba por ejercer control sobre la muerte, pero a principios de ese siglo se comenzó a controlar la vida, especialmente el sexo. El poder sobre la vida (y el sexo) adoptó dos formas. Primera, se encarnó en la «anatomía política del cuerpo humano», cuya meta era disciplinar el cuerpo humano (y su sexualidad). Y segunda, en la «biopolítica de la población» cuyo objetivo era controlar y regular el crecimiento, la salud, la esperanza de vida etcétera de la población. En ambos casos, la sociedad llegó a percibir la «vida como un objeto político» (Foucault, 1980: 145). El sexo era central en ambos casos: «El sexo era un medio de acceso tanto a la vida del cuerpo como a la vida de la especie» (Foucault, 1980: 146). En el occidente moderno, el sexo ha adquirido mayor importancia que el alma (y ya sabemos la importancia que tiene en la obra de Foucault) y es casi tan importante como la vida. A través del conocimiento de la sexualidad, la sociedad ejerce más poder sobre la vida. Pero a pesar de este aumento de control, Foucault no pierde la esperanza de la emancipación:

> Debemos romper con la acción del sexo si queremos enfrentarnos —mediante la inversión táctica de los diversos mecanismos de la sexualidad— a las garras del poder con sus demandas de cuerpos, placeres y conocimientos, en su multiplicidad y su posibilidad de resistencia. El blanco de ataque contra el desarrollo de la sexualidad no debe ser el deseo sexual, sino los cuerpos y los placeres.
>
> (Foucault, 1980: 157)

La obra de Foucault, así como el trabajo posestructuralista que se viene realizando en la actualidad, ofrece un nuevo e interesante conjunto de ideas a la corriente principal de la teoría sociológica.

## ANTIESTRUCTURALISMO

Una vez analizados el estructuralismo y el posestructuralismo, nos será de gran utilidad examinar dos perspectivas teóricas —la sociología existencial y la teoría de sistemas— que, en muchos sentidos, pueden describirse como antiestructuralistas. El carácter básico de estas teorías antiestructuralistas nos proporcionará una idea de la debilidad del estructuralismo. La sociología existencial representa el tipo característico de perspectiva humanista y subjetivista rechazada por el estructuralismo y el posestructuralismo. La teoría de sistemas ofrece una visión más procesual que estructural del mundo social.

### Sociología existencial

La *sociología existencial* es «el estudio de la experiencia humana en el mundo... en todas sus formas» (Douglas y Johnson, 1977: vii; para una definición similar, véase Fontana, 1984). Se orienta hacia el estudio del modo en que vive, siente, piensa y actúa la gente. Asigna especial importancia a los sentimientos y las emociones, así como a la «naturaleza problemática y localizada de la experiencia significativa» (Douglas y Johnson, 1977: xiii). La aceptación de esta idea implica el rechazo de cualquier visión monocausal (por ejemplo, estructural) de la vida humana. Para la sociología existencial, «el hombre es variable, alterable, inseguro, conflictivo y parcialmente libre de elegir lo que hará y será, y debe ser así para existir en un mundo variable, alterable, inseguro y conflictivo» (Douglas, 1977: 14). Esta frase nos sugiere uno de los temas dominantes de la sociología existencial: las personas son libres *y*, al tiempo, están constreñidas.

Esta idea, así como otros muchos aspectos de la sociología existencial, se deriva de la obra de Jean-Paul Sartre, filósofo y novelista francés. Los sociólogos consideran particularmente importante el esfuerzo de Sartre por relacionar la libertad individual y las constricciones societales. Sartre intentó fusionar en un todo dialéctico sus tempranos intereses fenomenológicos con sus posteriores preocupaciones marxistas. En opinión de Ian Craib (1976), el pensamiento de Sartre evolucionó. En su obra temprana Sartre se centró en el nivel individual,

especialmente en la libertad individual. En el inicio de su carrera se adhirió a la idea de que las personas no estaban sometidas a leyes sociales ni se regían por ellas. En otras palabras, el hombre «no puede justificar sus acciones recurriendo a algo exterior a sí mismo» (Craib, 1976: 4). Sin embargo, más tarde, Sartre sintió un interés cada vez mayor por la teoría marxista y, a resultas de ello, cambió de orientación y se centró en el «individuo *libre* situado en una *enorme y opresiva estructura social* que limita y aliena sus actividades» (Craib, 1976: 9; cursivas añadidas). Sartre no sólo se trasladó al nivel societal, sino que intentó combinar sus preocupaciones en ese nivel con su temprano interés por el actor. Craib concluyó que al final de su carrera Sartre logró unificar la teoría macro y la micro.

En su análisis de la obra de Sartre, Gila Hayim (1980) percibe cierta continuidad entre su obra temprana y su obra madura. En *El ser y la nada*, publicada en 1943, Sartre se centra más en el individuo libre y adopta la idea de que la «existencia se define por y a través de los actos propios... *Se es lo que se hace*» (Hayim, 1980: 3). Al mismo tiempo, Sartre ataca la idea estructuralista de «las estructuras objetivas como determinantes absolutos de la conducta» (Hayim, 1980: 5). Para Sartre y para casi todos los existencialistas, los actores tienen la capacidad de ir más allá del presente hacia el futuro. Así, para Sartre las personas son libres; son responsables de todo lo que hacen; no tienen excusa alguna. En cierto sentido, esa «inquietante responsabilidad que genera la libertad» (Hayim, 1980: 17) constituye una enorme fuente de angustia para las personas. Pero en otro, también representa una fuente de optimismo: el destino de las personas está en sus manos. En la *Crítica de la razón dialéctica*, publicada en 1963, Sartre dedica más atención a las estructuras sociales, pero incluso aquí acentúa la «prerrogativa humana de la trascendencia, de superar lo dado» (Hayim, 1980: 16). Al hacerlo Sartre critica a varios marxistas (marxistas estructurales) que dan demasiada importancia al papel y al lugar de la estructura social. «En opinión de Sartre, los marxistas dogmáticos han eliminado el componente humanista de la idea original de Marx» (Hayim, 1980: 72). Como existencialista, Sartre nunca abandonó este humanismo.

Un buen ejemplo que ilustra la sociología existencial nos lo proporciona Andrea Fontana, quien extrajo las siguientes palabras del cuento de George Orwell «Disparo a un elefante»:

> En cuanto vi el elefante supe con seguridad que no debía dispararle... Decidí que le miraría un ratito mientras me aseguraba de que no volvería a comportarse salvajemente para luego marcharme a casa...
> Pero en aquel momento me volví y miré a la multitud que me había seguido. Era una enorme multitud... Me miraba... Yo no les gustaba, pero con el rifle mágico en mis manos, tuve el valor de mirarla. Y súbitamente me percaté de que, después de todo, debía haber disparado al elefante. Eso es lo que la gente esperaba de mí, y tuve que hacerlo; sentí sus dos mil voluntades presionándome de una manera irresistible para que lo hiciera.
>
> (Fontana, 1980: 172).

Este pasaje ilustra varios componentes básicos del pensamiento existencialista. El primero es el enfoque sobre el actor, en este caso el cazador y sus pensamientos y acciones. El segundo, el carácter local y problemático de la vida social. Si hubiera estado solo, el cazador no habría disparado al elefante. Sin embargo, se encontró en una situación en la que se vio obligado a cambiar el curso de su acción. El tercero, el ambiente social, la multitud, que «obliga» al cazador a disparar al elefante. Y finalmente está el tema de Sartre de la «mala fe». El cazador no tenía por qué haber disparado al elefante, como él mismo dice. Podía haberse negado. Esto ilustra el tema político del existencialismo. A pesar de la existencia de presiones externas, siempre puede uno negarse. Un oficial de un campo de concentración nazi practica la mala fe cuando afirma que sólo cumplía órdenes; podía haberse negado a cumplirlas.

La sociología existencial está profundamente comprometida con el estudio naturalista de los actores y sus pensamientos, sentimientos y acciones. Dentro de su campo de estudio acentúa varios fenómenos. Y ello es así porque los sociólogos existenciales (por ejemplo, Kotarba, 1979; Manning, 1973) sienten una profunda preocupación por los sentimientos, las emociones, etcétera, a diferencia de la mayoría de los sociólogos, que se centran en los aspectos racionales de la existencia humana (una excepción que merece mención es Kemper, 1978a, 1978b, 1981). Joseph A. Kotarba subrayó con claridad la enorme importancia que tiene el estudio de los sentimientos para el sociólogo existencial. «Sin embargo, en la base de todos sus trabajos subyace un profundo compromiso e interés por la comprensión del modo en que los sentimientos forman los pilares de nuestras vidas, así como de las complejas realidades sociales que construimos» (1979: 350). En otras palabras, nuestra comprensión de las personas, así como de sus productos sociales, sólo es posible mediante el estudio de los sentimientos humanos.

Otra preocupación central del sociólogo existencial es el *self* (Kotarba y Fontana, 1984), o la «experiencia completa que el individuo tiene del ser». De acuerdo con Kotarba, «el self existencial hace referencia a la experiencia única que un individuo tiene del ser dentro del contexto de las condiciones sociales contemporáneas, una experiencia que se caracteriza sobre todo por una percepción constante del cambio y por una participación activa en la transformación social» (1984: 225). Para el existencialista el self no puede separarse del cuerpo físico en el que se encuentra. La relación entre las dimensiones mental y física de la vida es muy importante y merece estudiarse (Kotarba, 1977). Además, el self es considerado no como una estructura estática, sino como un proceso, algo que está continuamente en un estado de cambio (Johnson y Ferraro, 1984). Es decir, el self es algo creativo y espontáneo y está intensamente influido por su situación inmediata. El self es siempre contemplado como algo que, al menos parcialmente, es problemático y situacional.

Los estructuralistas rechazan el interés de los existencialistas por los pensamientos, los sentimientos, las acciones y el self. El deseo de aquéllos es descentrar el pensamiento social, alejarse del actor humano y orientarse hacia la pre-

ocupación por la estructura. La sociología existencial nos ayuda a comprender los orígenes del estructuralismo. Además, representa un desafío para el estructuralismo debido a la incapacidad de éste para analizar adecuadamente las preocupaciones de los existencialistas.

## Teoría de sistemas

La teoria de sistemas es el producto de varias ideas científicas importadas a la sociología desde otros campos: la cibernética, la teoría de la información, la investigación operativa y la teoría económica de sistemas (Lilienfeld, 1978). Estas ideas se remoldearon para aplicarlas a la vida social. En *Sociology and Modern Systems Theory* [La sociología y la moderna teoría de sistemas] (1967), Walter Buckley dio respuesta a la cuestión de los beneficios que ofrece la teoría de sistemas a la sociología (véase también Bailey, 1990).

En primer lugar, dado que la teoría de sistemas se deriva de las ciencias duras y dado que, al menos a los ojos de sus exponentes, es aplicable a *todas* las ciencias sociales y conductistas, ofrece un vocabulario que las unifica. En segundo lugar, la teoria de sistemas incluye varios niveles de análisis y puede aplicarse igualmente a los aspectos macro más objetivos y a los aspectos micro más subjetivos de la vida social. En tercer lugar, la teoria de sistemas se interesa por las diversas relaciones entre los numerosos aspectos del mundo social y, por tanto, milita contra los análisis parciales del mundo social. El argumento central de la teoria de sistemas es que la intrincada relación entre las partes no puede analizarse fuera del contexto del todo. Los teóricos de sistemas rechazan la idea de que la sociedad o sus grandes componentes deben analizarse como hechos sociales unificados. El objeto de análisis debe ser, en cambio, las relaciones o los procesos en los diversos niveles del sistema social. Buckley describió así la preocupación central de la teoria de sistemas:

> El tipo de sistema que nos interesa puede describirse, en sus rasgos generales, como un complejo de elementos o componentes directa o indirectamente relacionados en una red causal tal que cada componente está relacionado con, al menos, algunos otros de una manera más o menos estable dentro de un determinado periodo de tiempo.
>
> (Buckley, 1967: 41)

Richard A. Ball ofrece una clara concepción de la orientación relacional de la teoría de sistemas, o de lo que denomina Teoría General de Sistemas (TGS):

> La TGS parte de una concepción procesual de la realidad que consta fundamentalmente de relaciones entre relaciones, tal y como lo ilustra el concepto de «gravedad» utilizado en la física moderna. El término «gravedad» no describe, en absoluto, una entidad. No existe tal «cosa» como la gravedad. Se trata de un *conjunto de*

> *relaciones*. Concebir estas relaciones como entidades supone caer en la reificación... La TGS requiere que los sociólogos desarrollen la lógica de las relaciones y conceptualicen la realidad social en términos relacionales.
>
> (Ball, 1978: 66)

En cuarto lugar, la teoría de sistemas tiende a ver todos los aspectos del sistema sociocultural en términos de procesos, especialmente como redes de información y comunicación. Y en quinto, y tal vez lo más importante, la teoria de sistemas es intrinsecamente integradora. Buckley, en su definición de la perspectiva, señala que la teoría de sistemas implica la integración de las grandes estructuras objetivas, los sistemas de símbolos, la acción y la interacción y la «conciencia y la autoconciencia». Ball también aceptó la idea de la integración de los niveles: «El individuo y la sociedad reciben un trato igual, no como entidades separadas, sino como campos mutuamente constituidos que se relacionan mediante diversos procesos de "retroalimentación"» (1978: 68). De hecho, la preocupación de la teoría de sistemas por la integración es tan profunda que Buckley llegó a criticar la tendencia de otros sociólogos a hacer distinciones analíticas entre los niveles:

> Puede apreciarse con claridad la tendencia de la mayor parte de la sociología a insistir en lo que se ha denominado «distinción analítica» entre «personalidad» (presumiblemente intracraneal), los sistemas de símbolos (la cultura), y las matrices de las relaciones sociales (los sistemas sociales), aún cuando el propio trabajo realizado por los defensores de las distinciones demuestra que su postura es errónea o a menudo insostenible en la práctica.
>
> (Buckley, 1967: 101)

(Buckley fue un poco injusto, porque él hizo en su obra exactamente lo que critica. Hacer distinciones analíticas puede ser, en principio, aceptable para los teóricos de sistemas siempre que esas distinciones se hagan con el fin de captar mejor las interrelaciones entre los diversos aspectos de la vida social.) Y finalmente, la teoría de sistemas tiende a considerar el mundo social en términos dinámicos, con una preocupación suprema por «la emergencia y la dinámica sociocultural en general» (Buckley, 1967: 39)

Buckley analizó la relación entre los sistemas socioculturales, los sistemas mecánicos y los sistemas orgánicos. Se esforzó por describir las diferencias esenciales entre estos sistemas. A lo largo de varias dimensiones traza un *continuum* desde los sistemas mecánicos a los orgánicos y a los socioculturales, un *continuum* de menor a mayor complejidad de las partes, de menor a mayor inestabilidad de las partes y de menor a mayor grado en que las partes son atribuibles al conjunto del sistema.

En otras dimensiones los sistemas difieren cualitativamente más que cuantitativamente. En los sistemas mecánicos las interrelaciones entre las partes se basan en transferencias de energía. En los sistemas orgánicos, estas interrelaciones se fundamentan más en el intercambio de información que de energía. Y

en los sistemas socioculturales las interrelaciones se basan en un intercambio de información aún mayor.

Los tres tipos de sistemas también difieren en el grado en que son abiertos o cerrados, es decir, en el grado de intercambio con los aspectos del entorno general. Un sistema abierto es más capaz de responder selectivamente a una mayor amplitud y detalle de la infinita variedad del entorno. En estos términos, los sistemas mecánicos tienden a ser cerrados; los orgánicos más abiertos y los socioculturales los más abiertos de los tres tipos. El grado de apertura de un sistema guarda relación con dos conceptos cruciales de la teoría de sistemas: la *entropía*, o tendencia de los sistemas a debilitarse y dejar de funcionar, y la *neguentropía*, o tendencia de los sistemas a elaborar estructuras (Bailey, 1990). Los sistemas cerrados tienden a ser entrópicos, y los abiertos a ser neguentrópicos. Los sistemas socioculturales también tienden a contener más tensión dentro de ellos que los otros dos tipos. Finalmente, los sistemas socioculturales pueden ser intencionales e involucrarse en la persecución de metas porque mantienen una relación de retroalimentación con el entorno que les permite moverse hacia sus metas.

La retroalimentación constituye un aspecto esencial del enfoque cibernético que adoptan los teóricos de sistemas para el estudio del sistema social. Este enfoque se opone al enfoque del equilibrio, característico de muchos sociólogos (por ejemplo, Parsons) quienes operan conscientemente con un enfoque sistémico. El uso del concepto de retroalimentación permite a los teóricos de sistemas cibernéticos analizar la fricción, el desarrollo, la evolución y los cambios repentinos. El grado de apertura de un sistema social con respecto a su entorno y la influencia de los factores del entorno sobre el sistema constituyen preocupaciones importantes para estos teóricos de sistemas.

También influyen sobre los sistemas sociales diversos procesos internos. Por lo que respecta a esta cuestión, destacan otros dos conceptos clave. La *morfoestasis* hace referencia a los procesos que contribuyen al automantenimiento del sistema y la *morfogénesis* se refiere a los procesos que contribuyen al cambio del sistema y a aumentar su complejidad. Los sistemas sociales desarrollan «sistemas mediadores» cada vez más complejos que intervienen entre las fuerzas externas y la acción del sistema. Algunos de estos sistemas mediadores contribuyen al automantenimiento del sistema, mientras otros contribuyen al cambio del sistema. Estos sistemas mediadores adquieren una cada vez mayor independencia, autonomía y grado de determinación sobre las acciones del sistema. En otras palabras, estos sistemas mediadores permiten al sistema social depender menos del entorno.

Estos complejos sistemas mediadores realizan varias funciones para el sistema social. Por ejemplo, permiten al sistema adaptarse temporalmente a las condiciones externas. Pueden lograr que el sistema se dirija de un entorno severo a otro más agradable. También pueden permitir al sistema la reorganización de sus partes a fin de que mejore su relación con el entorno.

Buckley (1976) se trasladó desde el análisis de los principios generales has-

ta el campo específico del mundo social a fin de mostrar la aplicabilidad de la teoría de sistemas. Partió del nivel individual, donde le pareció especialmente interesante la obra de Mead en la que la conciencia y la acción están interrelacionadas. De hecho, Buckley formuló la problemática meadiana en términos de la teoría de sistemas. La acción se deriva, en primer lugar, de una *señal* procedente del entorno que es transmitida al actor. Pero esa transmisión puede complicarse debido a la posible existencia de *ruido* en el entorno. Una vez que atraviesa el entorno, la señal proporciona al actor *información.* Sobre la base de esta información el actor *selecciona* una respuesta. La clave de este proceso es la posesión del actor de un mecanismo mediador: la conciencia de su self. Buckley analiza la conciencia del propio self en los términos de la teoría de sistemas:

> En el lenguaje de la cibernética, esta conciencia del propio self constituye un mecanismo de retroalimentación interna de los estados del sistema que pueden definirse o compararse con otra información procedente de la situación y la memoria, mecanismo que permite seleccionar entre un repertorio de acciones que persiguen alguna meta de modo que se tenga implícitamente en cuenta el propio self y la propia conducta.
>
> (Buckley, 1967: 100)

Para Mead y los interaccionistas simbólicos y para los teóricos de sistemas, la conciencia no se puede separar de la acción y la interacción, sino que es parte integrante de ambas.

A pesar de su idea de que la conciencia y la interacción están interrelacionadas y de que los niveles no deben separarse, Buckley se trasladó del dominio de la conciencia al de la interacción. Las pautas de la interacción —es decir, la imitación y la respuesta— encajan perfectamente en su visión sistémica del mundo. Y lo que es más importante, Buckley vinculó el reino de lo interpersonal directamente con el sistema de la personalidad; en efecto, creía que ambos se determinaban mutuamente. Finalmente, Buckley se centró en el estudio de la organización a gran escala de la sociedad, especialmente los roles y las instituciones, considerados por él en términos sistémicos y relacionados con los otros niveles de la realidad social (si es que se pueden distinguir de ellos).

Buckley concluyó con la aplicación de algunos de los principios generales de la teoría de sistemas al dominio sociocultural. En primer lugar, el teórico de sistemas acepta la idea de que la tensión es una realidad del sistema social normal, necesaria, y omnipresente. En segundo lugar, se ocupa de analizar la naturaleza y las fuentes de variedad del sistema social. El hincapié en la tensión y la variedad confiere dinamismo a la teoría de sistemas. En tercer lugar, ha de preocuparse por los procesos de selección, tanto en los niveles individual como interpersonal, mediante los cuales se eligen o cambian las diversas alternativas abiertas al sistema. Esto proporciona a la teoría de sistemas mayor dinamismo si cabe. En cuarto lugar, debe considerarse el nivel interpersonal como la base del desarrollo de las grandes estructuras. Los mecanismos transaccionales de inter-

cambio, la negociación y el pacto constituyen los procesos de los que emergen estructuras culturales y sociales relativamente estables. Finalmente, a pesar del dinamismo inherente a la teoría de sistemas, existe un reconocimiento de los procesos de perpetuación y transmisión. Como Buckley señaló: «De las continuas transacciones emergen ciertos adaptaciones y ajustes relativamente estables» (1967: 160).

Es interesante señalar que existen varias semejanzas sorprendentes entre la teoría de sistemas y el enfoque dialéctico, aún cuando sus fuentes son sumamente diferentes (una científica y la otra filosófica) y tienen un vocabulario muy distinto (Ball, 1978). Las semejanzas entre ambas perspectivas incluyen su interés por las relaciones, los procesos, la creatividad y la tensión.

Una vez que hemos examinado algunas de las premisas básicas de la teoría de sistemas, es preciso retomar la cuestión del antiestructuralismo. ¿Qué hay en la teoría de sistemas que nos lleva a considerarla antiestructuralista? En primer lugar, la teoría de sistemas es integradora y se mueve en varios niveles de análisis, mientras el estructuralismo tiende a ser reduccionista. Es decir, el estructuralismo tiende a asignar primacía bien a las microestructuras de la mente, bien a las macroestructuras fundamentales de la sociedad. En segundo lugar, el rechazo de la teoría de sistemas del análisis compartimentado del mundo y su énfasis sobre las interrelaciones implica una crítica de la tendencia del estructuralismo a enfocarse sobre las macroestructuras y las microestructuras. En tercer y tal vez más importante lugar, es el carácter procesual y dinámico de la teoría de sistemas lo que se opone radicalmente a la tendencia del estructuralismo a hacer análisis estáticos del mundo social. Desde el punto de vista de la teoria de sistemas, se puede criticar al estructuralismo calificándole de reduccionista, no relacional y estático.

## VARIANTES SOCIOLOGICAS

El estructuralismo tiene varios atractivos para los sociólogos, especialmente para los que se orientan hacia el desarrollo de una ciencia de la sociología (Goddard, 1976). Por ejemplo, representa un sistema de pensamiento altamente abstracto que permite gran rigor analítico. Promete la posibilidad de construir modelos formales así como el uso de sofisticadas técnicas matemáticas y estadísticas. Sobre todo, ofrece una perspectiva de gran alcance capaz de analizarlo todo, desde la estructura de la mente y la sociedad, hasta la estructura del mundo natural.

Por estas y otras razones en los últimos años algunos sociólogos han adoptado una orientación estructural. Por ejemplo, algunos etnometodólogos, en especial Aaron Cicourel, se han esforzado por emplear una orientación estructuralista. Cicourel señaló que los etnometodólogos debían interesarse por los procedimientos interpretativos básicos de los actores, considerados por él «similares a las reglas profundas de las estructuras gramaticales» (1974: 27). Cu-

riosamente, Cicourel concebía estas estructuras profundas de una manera no determinista, es decir, pensaba que generaban respuestas *innovadoras* a las situaciones sociales.

## El estructuralismo de Erving Goffman

La obra de Erving Goffman, especialmente sus últimos trabajos, entre ellos *Frame Analysis* [Análisis estructural] (1974), también proporciona un ejemplo de cambio de orientación hacia el estructuralismo. George Gonos señaló que la obra de Goffman constituye una «variante estadounidense del estructuralismo contemporáneo» (1977: 854). Goffman fue más allá de las situaciones cotidianas en busca de las estructuras que las gobiernan de manera invisible. Estas son «"esquemas de interpretación" que permiten al individuo localizar, percibir, identificar y denominar ocurrencias en su espacio vital y en el mundo en general. Al dar significado a los eventos u ocurrencias, la estructura se pone en marcha para organizar la experiencia y guiar la acción, sea individual o colectiva» (Snow, 1986: 464). Goffman denominó a estas estructuras invisibles *armazones*. Si bien las situaciones podían variar en pequeños detalles, los armazones contienen reglas estables de operación. Gonos nos ofreció otras características estructurales de los armazones:

> De los análisis que hace Goffman de actividades particularmente estructuradas, podemos derivar ciertas características principales de los armazones. Un armazón no constituye una amalgama difusa o accidental de elementos reunidos durante un lapso corto de tiempo. Antes bien, está formada por una serie de componentes esenciales con una disposición definida y relaciones estables. Estos componentes no proceden de aquí y de allá, como sucede con los elementos de una situación, sino que siempre están juntos como sistema. Los componentes estándar son coherentes y completos... Otros elementos menos esenciales están también presentes en toda situación empírica y confieren parte de su carácter al todo... Así, el concepto de armazón se aproxima mucho al de «estructura».
>
> (Gonos, 1977: 860)

Para George Gonos (1980), los armazones son principalmente reglas o leyes que determinan la interacción. Por lo general, las reglas son inconscientes y no negociables. Entre las reglas identificadas por Gonos se encuentran las que definen «el modo en que los signos deben ser "interpretados", el modo en que las indicaciones procedentes del exterior deben relacionarse con los "selfs", y el tipo de experiencia que debe acompañar a la actividad» (1980: 160). Gonos concluye: «De este modo, la problemática de Goffman no promueve el estudio de la interacción observable de la "vida cotidiana" en sí, sino su estructura e ideología eterna; no el estudio de las situaciones, sino el de sus armazones» (1980: 160). Goffman parece ofrecer una concepción de las estructuras de la interacción que promete la posibilidad de integración con las estructuras menta-

les de Lévi-Strauss y las grandes estructuras de los marxistas estructurales franceses.

Si bien el enfoque estructural de Goffman se asemeja en cierto sentido al estructuralismo francés, hay otros enfoques sociológicos que, aunque pueden ser descritos como estructurales, tienen poco en común con el estructuralismo francés. A continuación estudiaremos dos ejemplos de estos enfoques: la teoría estructural, especialmente la de Peter Blau, y la teoría de redes.

## Teoría estructural

Uno de los desarrollos más interesantes que se han producido en teoría sociológica es el resurgimiento del interés por la teoría estructural, es decir, un regreso a las raíces de la sociología en el concepto de Emile Durkheim de los hechos sociales. Este resurgimiento ha sido promovido por muchos de los líderes de la «vieja guardia» de la sociología, entre ellos Robert Merton, Levis Coser, William Goode, Seymour Martin Lipset y, el más importante de todos, Peter Blau. Los ataques procedentes de varios frentes contra sus orientaciones tradicionales les hicieron sentir la necesidad de reiterar y afianzar sus enfoques sobre las grandes estructuras.

La política de este resurgimiento es interesante y nos proporciona mucha información sobre la teoría estructural. Lewis Coser (1975a) se sintió particularmente ofendido por el hecho de que muchos de sus colegas parecían haber sucumbido a «una verdadera orgía de subjetivismo» al adoptar microteorías tales como la fenomenología y la etnometodología. Afirmó que el estudio de las grandes estructuras era la «piedra angular» de la sociología. Coser apremia a los sociólogos para que no cedan ante el subjetivismo y regresen a la obra de Emile Durkheim, así como a la de Simmel y Marx, que «nos enseñan que el esfuerzo individual no basta para liberarnos de las garras de las constricciones societales» (Coser, 1975b: 210). El interés último de la sociología debe ser la «pertinaz facticidad de las disposiciones estructurales» (Coser, 1975b: 210).

Su postura no significa que Coser quisiera centrarse exclusivamente en las grandes estructuras; antes bien, su deseo era analizarlas como determinantes últimos de otros aspectos de la realidad social. Su modelo básico es que las estructuras sociales influyen enormemente en los procesos sociales (por ejemplo, el conflicto social) y éstos, a su vez, en la conducta individual.

El otro gran «enemigo» de los estructuralistas es el grupo de sociólogos que se han centrado en el nivel cultural, en los sistemas normativos de la sociedad (Goode, 1975)[2]. Uno de los que tenía en mente William J. Goode era Parsons, estigmatizado por su determinismo cultural. Goode sugirió que, en lugar de centrarnos en esas fuerzas culturales o normativas, debemos ocuparnos de fenómenos estructurales tales como los sistemas de comunicación, los sistemas

---

[2] Curiosamente, Lipset (1975), que supuestamente trabaja desde una perspectiva estructural, se centró en el sistema normativo. Es claro que se desmarcó del resto de este grupo.

de autoridad, las vías de transporte y la disposición física de las viviendas. Peter Blau (1975a) añadió a esta lista las siguientes grandes estructuras: la estructura de clase, el cambio estructural, la división del trabajo, las asociaciones que estructuran las relaciones sociales, los conjuntos de estatus y roles, las raíces estructurales de la desviación y la rebelión y la interrelación entre entorno, población y estructura social. Además de enumerar estas grande estructuras nos ofreció también una definición de estructura social: «La estructura social se refiere a las pautas discernibles de la vida social, a las regularidades observadas, a las configuraciones detectadas» (Blau, 1975a: 3). Blau también definió la antítesis de la estructura social: «el caos, la ausencia de forma, la conducta humana idiosincrásica que no presenta regularidad alguna y carece, por tanto, de estructura» (cita de Homans, 1975a: 3).

Robert K. Merton (1975) defendió abiertamente una aproximación centrada en las estructuras a gran escala. Aunque admitía que este enfoque no daba respuesta a todos los problemas sociológicos, afirmó que era el mejor. De un modo característico, el deseo de Merton era que el trabajo estructural se centrara en el vinculo entre los niveles societal e individual, aunque constató que era la estructura social la que estructuraba las alternativas individuales. En su análisis de la desviación, por ejemplo, Merton afirmó que la estructura social generaba diferentes tasas de conducta desviada. Sin embargo, Merton adoptó por lo general un enfoque más equilibrado sobre la relación entre los niveles societal e individual. Señaló que cada cohorte nueva no sólo entra en una estructura social jamás creada por ella que la constriñe, sino que también suele modificar esa estructura. Las estructuras son alterables y, lo que es más importante, no pueden explicar exhaustivamente todos los aspectos de la vida social.

No es sorprendente que algunos marxistas, como Tom Bottomore (1975), se sintieran atraídos por la sociología estructural. De hecho, Bottomore (citando a Macdonald) ofreció una buena descripción de las realidades estructurales que despertaban el interés de los marxistas:

> Me recuerdo a mí mismo una vez caminando por la calle cuando súbitamente *miré* a los grandes y pesados edificios y me percaté de su obstinada realidad; me di cuenta de que era incapaz de imaginar toda esta recalcitrante masa de materia transformada por el socialismo. ¿Qué *aspecto* tendrán las calles cuando los trabajadores las tomen? ¿De qué modo podrá la revolución transfigurar estas miles y miles de impenetrables piedras?
>
> (Bottomore, 1975: 159)

Bottomore no creía que todas las estructuras fueran como rocas impenetrables; sin embargo, no estaba dispuesto a situarse en el otro extremo y a considerarlas como flujos incesantes y amorfos de eventos.

Como buen marxista, Bottomore se esforzó por desarrollar una concepción de las grandes estructuras que admitiera el conflicto y el cambio. En su opinión, debemos describir estas estructuras sin olvidar «el flujo de la acción histórica

realizada por individuos y grupos sociales que mantienen, recrean, revisan o destruyen este orden» (Bottomore, 1975: 160). La preocupación de Bottomore eran las fuentes de variación de las estructuras sociales. En primer lugar figuraba la circulación de la pertenencia a esas estructuras. Los nuevos miembros que se incorporan a ellas no llegan a socializarse totalmente dentro del grupo como para construir nuevos subgrupos, alterar sus roles, etcétera. En segundo lugar, el aumento del conocimiento y la expansión resultante de la ciencia y la tecnología provocan un continuo cambio estructural. En tercer lugar, los procesos progresivos de diferenciación social conducen a cambios en la estructura social. Las nuevas posiciones y roles conducen a ideas, orientaciones mentales, definiciones sociales e intereses sociales nuevos. Finalmente, existe la posibilidad de cambio dentro de las mismas estructuras y en su influencia sobre la cultura y la conciencia.

**Teoría estructural de Peter Blau.** La obra de Peter Blau (1975b, 1977a, 1977b; Blau y Merton, 1981) constituye la representación más importante de este «renacimiento» del estructuralismo. Blau ofreció una versión bastante extrema de esta orientación estructural. Y ello se debe a que definió específicamente la *tarea de la sociología* en términos estructurales: «La tarea más característica de la sociología es el análisis estructural de las diversas formas de diferenciación, de sus interrelaciones, de las condiciones que las producen y los cambios que introducen en ellas y de su influencia en las relaciones sociales» (Blau, 1977a: 6-7). En esta definición Blau eliminó de la sociología, de un modo harto significativo, las variables correspondientes al nivel cultural e individual. Sobre la cuestión de la cultura, Blau especificó: «Soy un determinista estructural que piensa que las estructuras de las posiciones sociales objetivas entre las que las personas se distribuyen ejercen una influencia más fundamental en la vida social que los valores y las normas culturales» (1977a: x). El deseo de Blau era analizar las estructuras sociales, pero sin las connotaciones funcionales y culturales del funcionalismo estructural. Además, llegó a ignorar los niveles individuales. Desde su punto de vista, las partes de la sociedad son los grupos o las clases de personas, no los actores y sus pensamientos y acciones. «Lo importante son las estructuras de posiciones diferenciadas y sus influencias sobre las relaciones de los seres humanos, no el análisis exhaustivo de los procesos socio-psicológicos implicados en las relaciones humanas» (Blau, 1977a: 4). Blau reconoció la importancia de tales factores, pero afirmó que no los analizaría. Esto significa que hay una limitación inherente en su enfoque: «Con seguridad, estos teoremas son deterministas sólo para los grupos, no para los individuos, para los que son sólo probabilísticos» (Blau, 1977a: 7).

Blau pensó que también era necesario distinguir su enfoque del estructuralismo de Lévi-Strauss. Examinó la pretensión de Lévi-Strauss de que en su sistema el concepto de estructura social no guardaba relación alguna con la realidad empírica, sino con los modelos teóricos construidos a partir de esta realidad. Blau adoptó la postura contraria al afirmar que sus estructuras sociales eran

*fenómenos sociales reales*. Además, mientras Lévi-Strauss creía que las estructuras eran invisibles, Blau afirmaba que constituían «aspectos observables de la vida social, no teorías sobre ella» (1977a: 2)

Blau también definió el concepto de *estructura social* como «las distribuciones de la población de acuerdo con diversos parámetros en distintas posiciones sociales que influyen en las relaciones de rol de las personas y en la interacción social» (1975b: 221). Identificamos dos elementos clave en esta definición: las posiciones y la población. Las posiciones sociales definen las estructuras sociales y, a su vez, se definen de acuerdo con los diversos parámetros implícitos en las distinciones sociales que la gente hace en su interacción social. Entre otros parámetros figuran la edad, el sexo, la raza y el estatus socioeconómico. Blau mantenía que su tesis básica «es que el estudio de las diversas formas de diferenciación entre las personas, sus interrelaciones, las condiciones que las producen y sus implicaciones, constituye la tarea distintiva de la sociología» (1975b: 222).

Como se desprende de lo que hemos señalado, a Blau le interesaba tanto la diferenciación como la interrelación de las posiciones sociales. En términos de interrelaciones, Blau creía en la existencia de dos factores que vinculaban las posiciones sociales: primero, las diversas asociaciones sociales entre las personas y, segundo, el proceso de la movilidad social, definido por él, en términos muy generales, como *todos* los movimientos de personas entre las posiciones sociales.

En su análisis de la diferenciación, Blau subrayó dos principales tipos de parámetros estructurales. El primer tipo, los parámetros *nominales*, sirve para diferenciar una población sin necesidad de ordenar sus distintos subconjuntos. Cada subconjunto aparece claramente delimitado. Entre los parámetros nominales que analizó Blau se encuentran el sexo y la raza. El segundo tipo, los parámetros estructurales *graduales*, sirve para diferenciar a las personas de acuerdo con dimensiones relativas al estatus. Las diferencias se manifiestan en términos de gradaciones, y no constituyen líneas divisorias claras entre los subconjuntos (por ejemplo, la renta y la riqueza).

Basados en su diferenciación entre los parámetros, Blau distinguió dos tipos de posiciones sociales, cada uno de los cuales se distingue por un determinado parámetro estructural. Un *grupo* se define sobre la base de parámetros nominales, mientras un *estatus* se define sobre la base de parámetros graduados.

A partir de su análisis de los parámetros y las posiciones sociales, Blau desarrolló dos formas genéricas de diferenciación. La primera es la *heterogeneidad*, que implica la distribución de una población entre varios grupos en términos de los parámetros nominales. La segunda es la *desigualdad*, que se define por las distribuciones de estatus en términos de los parámetros graduales. Aquí podemos apreciar algunos de los valores de Blau: hay demasiada desigualdad en la sociedad, pero jamás podría existir demasiada heterogeneidad.

Blau explicó con detalle lo que significaban sus parámetros de la estructura social. Y lo explicó distinguiendo lo que no era para él objeto de preocupación

y lo que sí lo era. Por ejemplo, no le interesaban los orígenes étnicos de los actores individuales, pero sí la heterogeneidad étnica de la población. No le interesaba la ocupación en si, pero sí la división del trabajo. En suma, a Blau le interesaban los macrofactores estructurales y no los microfactores actitudinales y conductuales.

Para explicar su enfoque, Blau identificó varias cuestiones problemáticas que podían ser objeto de análisis estructural. Una es la cuestión de la *diferenciación* y la *integración* social. A diferencia de Lipset y Parsons, Blau no creía que factores tales como la cultura, los valores y las normas produjeran integración social. Sin embargo, el grado de diferenciación estructural produce integración entre los grupos y los individuos. Los parámetros de Blau, especialmente los parámetros nominales, determinan el grado de integración. En términos generales, la integración se produce cuando un segmento de población tiene un grado alto de semejanza en parámetros tales como la edad, el sexo, la raza, la ocupación y el vecindario. Un alto grado de heterogeneidad tiende a producir barreras a la integración. Sin embargo, cuando la heterogeneidad es demasiado fuerte, las barreras tienden a romperse. Cuando existe un grado suficiente de diferenciación, las personas prefieren asociarse fuera de su grupo a no asociarse en absoluto. De hecho, en la sociedad moderna existen numerosos parámetros nominales que producen una heterogeneidad multiforme, algo que implica que prácticamente todos los individuos pertenecen a una multitud de grupos y tienen múltiples roles. Una estructura así «*obliga* a las personas a asociarse fuera de sus propios grupos» (Blau, 1975b: 233; cursivas añadidas). Esta es la forma más característica de la sociología macroestructural: cómo las estructuras sociales determinan la acción individual.

Blau publicó (1980) una «fábula» con la que trataba de ilustrar su teoría. Describió una nave espacial ficticia donde viajan dos sociólogos entre la tripulación que aterriza en un planeta llamado *Stellar 8R*. Allí encuentran a los «Aytares», unas criaturas vivas que «se asemejan más a las personas que a unos protozoos» (Blau, 1980: 777). Los Aytares, que viven en pueblos pequeños dentro de una isla son todos parecidos excepto en dos cosas. Primera, difieren en su color, siendo unos azules y otros verdes (un parámetro nominal). Y segunda, difieren en su estatura, y miden entre 10 y 30 pulgadas (un parámetro gradual). No se distinguen ni en función del sexo ni de la edad, y el curso del tiempo no hace mella en ellos.

Aunque los habitantes variaban sólo en función de estas dos características, la «investigación de los sociólogos» descubrió que los pueblos en los que habitan los Aytares variaban en cuatro dimensiones. En primer lugar, los pueblos variaban en función del tamaño de la población. En segundo lugar, la proporción de azules y verdes variaba entre los pueblos; algunos pueblos eran mayoritariamente azules y otros desproporcionadamente verdes. En tercer lugar, los pueblos diferían según la estatura media de los habitantes. Algunos pueblos tenían habitantes relativamente altos; otros, habitantes relativamente bajos. En cuarto lugar, las diferencias en estatura conducían a la desigualdad entre algu-

nos pueblos en los que la población no era homogénea. «Como la estatura era la única diferencia cuantitativa entre los Aytares, los pueblos habitados por habitantes altos dominaban a los pueblos habitados por bajos; simplemente los aplastaban» (Blau, 1980: 777). En quinto lugar, los pueblos variaban en el grado en el que se relacionaban estatura y color. Algunos pueblos estaban dominados numéricamente por Aytares altos y verdes, otros por bajos y azules. En suma, aunque la población difería sólo en dos características, estas diferencias conducían a otras diferencias en la estructura de los pueblos donde vivían.

Los sociólogos de Blau descubrieron luego que existían otras islas en *Stellar 8R* y que había más pueblos en cada una de estas islas. Los individuos eran iguales que los de la primera isla descubierta, es decir, variaban sólo en función de su estatura y color, pero estos pueblos variaban en ocho dimensiones. Las primeras cinco eran las mismas que habían identificado en los Aytares de la primera isla. En sexto lugar, aunque la proporción entre azules y verdes en dos o más islas podía ser la misma, podía ser el resultado de proporciones muy diferentes dentro de los pueblos de cada isla. Así, una proporción de uno-a-uno podía ser el resultado de la proporción de uno-por-uno en la mayoría de los pueblos, o también podía deberse a grandes variaciones entre pueblos que tendían a eliminarse mutuamente. En séptimo lugar, Blau subrayó lo mismo por lo que respecta a la estatura. Es decir, la estatura media en una isla podía ser el resultado de que todos o la mayoría de los pueblos de la isla tuvieran una estatura similar, o bien podía resultar de que algunos pueblos dominados por aytares altos habían eliminado a otros dominados por Aytares bajos. En octavo lugar, surgía la misma correlación por lo que respecta a la relación entre color y estatura. De nuevo, podía darse una correlación similar en muchos pueblos, algunos pueblos podían estar habitados fundamentalmente por verdes altos y otros por azules bajos. Así, aunque las características demográficas de dos islas podían ser las mismas, las estructuras ecológicas de los pueblos de las dos islas podían diferir mucho. Lo que más le interesaba a Blau era la influencia de estas diferencias ecológicas (es decir, estructurales) sobre las relaciones sociales. Como Blau señaló: «La composición y la estructura ecológica de los pueblos y las islas influye en las relaciones sociales de los Aytares independientemente de sus preferencias psicológicas» (1980: 780).

Blau parte del supuesto de que, por lo general, las personas prefieren asociarse con otras que se asemejen a ellas. Sin embargo, los científicos hipotéticos de Blau descubrieron en algunas ocasiones a Aytares de diferente estatura y color juntos. En su «encuesta» hallaron algunos comentarios interesantes: «Por lo menos tenemos el mismo color, y a mi alrededor no encuentro a nadie de mi misma estatura», «Claro, mi amigo es verde, pero para mí la estatura es más importante que el color» (Blau, 1980: 780). Blau afirmó que las oportunidades que tiene un Aytar de encontrar amigos fuera del grupo se deben a varias realidades estructurales. Por ejemplo, si el tipo de un individuo es poco frecuente en un pueblo y constituye una minoría en él, lo más probable es que ese individuo tenga amigos fuera de su grupo. Si un individuo pertenece a grupos pequeños,

entonces las oportunidades de tener amistades fuera del grupo aumentan porque ese individuo tendrá menos individuos con características similares a él entre los que elegir. Finalmente, la intersección de los parámetros tiende a inhibir las elecciones fuera del grupo. Es decir, si la estatura y el color están relacionadas substancialmente (si, por ejemplo, los Aytares verdes suelen ser bajos), la intersección de estos dos factores tiende a provocar que los factores se refuercen mutuamente y a aumentar así las posibilidades de elegir amigos dentro del propio grupo.

## PETER BLAU: Reseña biográfica



Peter Blau nació el 7 de febrero de 1918 en Viena, Austria. En 1939 emigró a los Estados Unidos y en 1943 obtuvo la ciudadanía de este país. En 1942 se graduó en el relativamente poco conocido Elmhurst College de Elmhurst, Illinois. Sus estudios se vieron interrumpidos por la Segunda Guerra Mundial; se enroló en el Ejército de los Estados Unidos y le concedieron la Estrella de Bronce. Tras la guerra retomó sus estudios, terminó su carrera y se doctoró por la Universidad de Columbia en 1952.

Blau recibió un gran reconocimiento en sociología por sus contribuciones al estudio de las organizaciones formales. Sus estudios empíricos sobre las organizaciones y sus libros sobre las organizaciones formales aún siguen citándose en esta especialidad, y en la actualidad continúa contribuyendo a este campo. También se destaca por un libro que escribió junto a Otis Dudley Duncan, *The American Occupational Structure* [La estructural ocupacional de los Estados Unidos], por el que ganó el prestigioso Premio Sorokin de la Asociación Americana de Sociología en 1968. Esta obra constituye una importante contribución al estudio sociológico de la estratificación social. Si bien es famosa su amplia obra, el trabajo de Blau que más nos interesa en este libro es su contribución a la teoría sociológica. Lo que más destaca de esa contribución es su aportación a dos orientaciones teóricas diferentes, tal y como se refleja en el modo en que hemos analizado su obra en el presente libro. Como vimos en el Capítulo 7, su libro de 1964 *Exchange and Power in Social Life* [Intercambio y poder en la vida social] constituye un componente esencial de la teoría del intercambio contemporánea. La principal contribución de este libro a esta teoría fue tomar la teoría del intercambio, en lo fundamental una teoría micro, e intentar aplicarla a cuestiones macro. Si bien su esfuerzo presenta notables puntos débiles, constituye un importante intento de integrar teóricamente las cuestiones sociológicas macro y las micro. En los últimos años Blau se ha situado a la cabeza de la teoría estructural. Durante el tiempo que presidió la Asociación Americana de Sociología (1973-1974), hizo de esta teoría el tema central de la reunión anual de la asociación. Desde entonces ha publicado varios libros y artículos para clarificar y desarrollar la teoría estructural.

La teoría estructural contiene reformuladas muchas de las viejas ideas sociológicas (por ejemplo, de Simmel y Durkheim). Puede cuestionarse el alcance sociológico de la teoría estructural debido a su enfoque exclusivo sobre el nivel estructural macro de la realidad social. Si bien puede parecer que este enfoque exclusivo limita su capacidad explicativa en comparación con algunas de las teorías sociológicas más integradoras, muchos sociólogos la prefieren a otras. Resulta atractiva especialmente para los sociólogos que rechazan los factores subjetivos o los microfactores como preocupación central de la sociología.

La teoría de Blau ha provocado muchos estudios empíricos (Blau, Beeker y Fitzpatrick, 1984; Blau, Blum y Schwartz, 1982; Blum, 1984). Por ejemplo, Terry Blum verificó dos hipótesis derivadas de la teoría de Blau: «1) La heterogeneidad étnica fomenta interacciones interétnicas a pesar del predominio de las preferencias por la etnia del grupo al que se pertenece», y 2) «la heterogeneidad religiosa fomenta las interacciones interreligiosas a pesar del predominio de las preferencias por el grupo al que se pertenece» (1985: 513). Los resultados de Blum apoyan la teoría de Blau y su premisa más general de que «la estructura macrosocial ejerce constreñimientos sobre la interacción interpersonal proporcionando o limitando las oportunidades a estas interacciones» (1985: 520-521).

## Teoría de redes

Otro enfoque estructural de la sociología moderna es la teoría de redes. Aunque constituye una variedad de estructuralismo, está menos vinculada con los desarrollos externos analizados anteriormente y más a planteamientos propios de la sociología. Así, aunque los teóricos de redes se ocupan de «las estructuras profundas», sus estructuras guardan más relación con las estructuras sociales de la sociología tradicional que con, por ejemplo, las estructuras mentales de Lévi-Strauss. En concordancia con la relación de la teoría con la corriente principal de la sociología, a los teóricos de redes les interesa menos filosofar sobre las estructuras y mucho más el estudio metodológico, riguroso, empírico, e incluso matemático, de los diversos tipos de redes.

Los analistas de redes se afanan por diferenciar su enfoque de los enfoques sociológicos que Ronald Burt calificó de «atomistas» y «normativos» (Burt, 1982; véase también Granovetter, 1985). Las orientaciones sociológicas atomistas se centran en unos actores que toman decisiones por sí mismos sin contar con otros actores. En términos generales, se centran en los «atributos personales» de los actores (Wellman, 1983). Los enfoques atomistas son rechazados porque son demasiado microscópicos e ignoran los vínculos entre los actores. Como Barry Wellman señaló: «Explicar los motivos de los individuos constituye una tarea que corresponde a los psicólogos» (1983: 163). Esto, por supuesto, sugiere un rechazo de las diversas teorías sociológicas que se centran de una u otra manera en los motivos: el interaccionismo simbólico, la sociología feno-

menológica, la sociología existencial, la teoría weberiana, la teoría de Schutz, y otras teorías.

En opinión de los teóricos de redes, los enfoques normativos se centran en la cultura y el proceso de socialización mediante el cual se internalizan en los actores las normas y los valores. Desde la perspectiva normativa, lo que mantiene a las personas unidas son conjuntos de ideas comunes. Los teóricos de redes rechazan esta idea y afirman que lo que debe estudiarse son las pautas objetivas de los lazos que vinculan a los miembros de la sociedad. He aquí la opinión de Wellman sobre esta perspectiva:

> El deseo de los analistas de redes es estudiar las regularidades del modo en que las personas y las colectividades se comportan, y no las regularidades de las creencias sobre el modo en que deben comportarse. Por esto los analistas de redes intentan evitar las explicaciones normativas de la conducta social. Califican de no estructural cualquier explicación que analiza el proceso social como la suma de los atributos personales de los actores individuales y de las normas internalizadas.
>
> (Wellman, 1983: 162)

Así, los teóricos de redes rechazan una buena parte del funcionalismo estructural, el determinismo cultural de Parsons, el acento durkheimiano en la conciencia colectiva, el interés simmeliano por la cultura objetiva y subjetiva, la preocupación del teórico crítico por la cultura, etc.

Una vez especificado qué es lo que no le preocupa, la teoría de redes clarifica su interés primordial: la pauta objetiva de los lazos que vinculan a los miembros (individuales o colectivos) de la sociedad. Veamos cómo expresa Wellman esta preocupación:

> Los analistas de redes parten de la simple, pero poderosa noción de que la principal tarea de los sociólogos es estudiar la estructura social... El modo más directo de estudiar una estructura social es analizar la pauta de los lazos que vinculan a sus miembros. Los analistas de redes buscan las estructuras *profundas*, los modelos regulares de redes que se encuentran debajo de la frecuentemente compleja superficie de los sistemas sociales... Se considera que los actores y su conducta están constreñidos por estas estructuras. Por tanto, la preocupación es el constreñimiento estructural, no los actores voluntaristas.
>
> (Wellman, 1983: 156-157)

Un aspecto distintivo de la teoría de redes es que analiza una amplia variedad de estructuras micro y macro. Es decir, desde el punto de vista de la teoría de redes, los actores pueden ser personas (Wellman y Wortley, 1990), pero también pueden ser grupos, corporaciones (Baker, 1990; Clawson, Neutstadtl, y Bearden, 1986; Mizruchi y Koening, 1986), y sociedades. Los vínculos pueden establecerse en el nivel socioestructural macro, así como en los niveles más microscópicos. Mark Granovetter describe estos vínculos en el micronivel como una acción «engastada» en «relaciones personales concretas y estructuras (o

"redes") de tales relaciones» (1985: 490). Una idea fundamental común a cualquiera de estos vínculos es que todo «actor» (individual o colectivo) tiene un acceso diferencial a recursos valiosos (riqueza, poder, información). El resultado es que los sistemas estructurados suelen estar estratificados y tener algunos componentes que dependen de otros.

Un aspecto central del análisis de redes es que tiende a alejar a los sociólogos del estudio de los grupos y las categorías sociales y acercarles al estudio de los lazos entre unos actores que no están «suficientemente relacionados y unidos como para constituir grupos determinados» (Wellman, 1983: 169). Un buen ejemplo de esta idea es el trabajo de Granovetter (1973, 1983) sobre «la fuerza de los lazos débiles». Granovetter distingue entre los «lazos fuertes», por ejemplo, los vínculos entre las personas y sus mejores amigos, y los «lazos débiles», por ejemplo, los vínculos entre los que simplemente han sido presentados. Los sociólogos han tendido a analizar a la gente que mantiene lazos fuertes o grupos sociales. Han tendido a asignar importancia a los lazos fuertes y a considerar triviales los lazos débiles. La contribución de Granovetter es explicar la gran importancia que pueden tener los lazos débiles. Por ejemplo, los lazos débiles entre dos actores pueden servir como puente entre dos grupos con fuertes lazos internos. Sin este lazo débil, los dos grupos estarían totalmente aislados. Esto, a su vez, podría conducir a un sistema social más fragmentado. Un individuo que careciera de lazos débiles se encontraría a sí mismo aislado dentro de un grupo apretadamente tejido y no dispondría de información sobre lo que pasa en otros grupos y en la sociedad. Los lazos débiles, por tanto, evitan el aislamiento y permiten a los individuos estar más integrados en la sociedad. Aunque Granovetter acentúa la importancia de los lazos débiles, se apresura a especificar que «los lazos fuertes también son importantes» (1983: 209). Por ejemplo, las personas que mantienen lazos fuertes tienen mayor motivación para ayudarse mutuamente y están más disponibles unas para otras.

La teoría de redes es relativamente nueva y aún no está totalmente desarrollada. Como Burt afirmó: «Actualmente existe una vaga asociación entre diversos enfoques llamados análisis de redes» (1982: 20). Sin embargo, está en proceso de desarrollo, tal y como lo muestra la cantidad de artículos y libros que se están publicando desde la perspectiva de la teoría de redes, y el hecho de que hay ya una revista dedicada a ella (*Social Networks*). Aunque tal vez se trate de una difusa amalgama de trabajos, la teoría de redes parece basarse en un conjunto coherente de principios (Wellman, 1983).

Primero, los vínculos entre los actores suelen ser simétricos tanto por lo que respecta al contenido como a la intensidad. Los actores se proporcionan mutuamente diversas cosas y lo hacen con mayor o menor grado de intensidad. Segundo, los vínculos entre los individuos se deben analizar dentro del contexto de la estructura de las grandes redes. Tercero, la estructuración de los vínculos sociales conduce a una diversidad de tipos de redes no aleatorias. Por un lado, las redes son transitivas: si existe un vínculo entre *A* y *B* y entre *B* y *C*, es probable que *A* y *C* estén vinculados; lo más probable es que exista una red que

implique a *A*, *B* y *C*. Por otro lado, existen limitaciones a la cantidad de vínculos que pueden existir y su grado de intensidad. Lo más probable es que se desarrollen conglomerados de redes con distintas fronteras que los separan. Cuarto, la existencia de conglomerados conduce al hecho de que puedan existir vínculos cruzados entre los conglomerados y entre los individuos. Quinto, pueden existir vínculos asimétricos entre los elementos de un sistema, a resultas de lo cual los recursos escasos están diferentemente distribuidos. Finalmente, la distribución desigual de los recursos escasos conduce tanto a la colaboración como a la competencia. Algunos grupos se unen para adquirir recursos escasos conjuntamente, mientras otros compiten y entran en conflicto. Estas ideas confieren a la teoría de redes una naturaleza dinámica (Rosenthal et al., 1985), ya que la estructura del sistema cambia conforme a las pautas cambiantes de la coalición y el conflicto.

Podemos terminar este apartado sobre la teoría de redes analizando un estudio reciente que nos muestra su orientación teórica distintiva. Mizruchi (1990) se ha ocupado de la cuestión de la cohesión de las corporaciones y su relación con el poder. Afirma este autor que históricamente se han dado dos definiciones diferentes de *cohesión*. La primera, o perspectiva subjetiva, sostiene que «la cohesión es una función del sentimiento de identificación de los miembros del grupo con su grupo, en particular del sentimiento de que sus intereses individuales están ligados a los interesese del grupo» (Mizruchi, 1990: 21). Esta definición acentúa el sistema normativo, y la cohesión se produce ora mediante la internalización del sistema normativo, ora debido a la presión ejercida por el grupo. La segunda, la perspectiva objetiva, señala que «la solidaridad puede ser considerada como un proceso objetivo observable independiente de los sentimientos de de los individuos» (Mizruchi, 1990: 22). Dado su compromiso con la teoría de redes, huelga decir que Mizruchi se inclina por la perspectiva objetiva de la cohesión.

Mizruchi cree que la semejanza entre las conductas no sólo se debe a la cohesión, sino también a lo que él llama *equivalencia estructural*: «Los actores estructuralmente equivalentes tienen relaciones idénticas con otros actores en la estructura social» (1990: 25). Así, la equivalencia estructural existe, por ejemplo, entre corporaciones, aun cuando no exista comunicación entre ellas. Se comportan del mismo modo porque mantienen una relación idéntica con otra entidad de la estructura social. Mizruchi concluye que la equivalencia estructural desempeña un papel tan importante como la cohesión en la explicación de la semejanza entre las conductas. Mizruchi asigna mucha importancia a la equivalencia estructural que, después de todo, implica una red de relaciones sociales.

## RESUMEN

En este capítulo examinamos una serie de teorías sociológicas estructurales. En primer lugar analizamos el estructuralismo en su variante principalmente fran-

cesa. En este apartado estudiamos las raíces del estructuralismo en la lingüística, sobre todo en la distinción de Saussure entre la *langue* y la *parole*. Dedicamos considerable atención al estructuralismo antropológico de Lévi-Strauss. Si bien este pensador utiliza las estructuras de varias y diferentes maneras, su énfasis en la estructura de la mente es de suma importancia. A continuación analizamos el marxismo estructural. La principal preocupación de los marxistas estructurales la constituyen las grandes estructuras fundamentales de la sociedad: la política, la ideológica y, especialmente, la económica. Mientras estos marxistas se centran en el análisis de las macroestructuras, la preocupación principal de Lévi-Strauss eran las microestructuras de la mente. Si bien las ideas del estructuralismo francés son importantes, han de salvar poderosas barreras para recibir más aceptación por parte de la corriente principal de la sociología.

En muy buena medida el estructuralismo ha sido suplantado recientemente por el posestructuralismo. El posestructuralismo se define como un movimiento de retirada del interés excluyente y tenaz por la estructura; se define también por la utilización de ideas teóricas diversas. Estudiamos en este apartado las teorías del posestructuralista más importante, Michel Foucault. Aunque su obra temprana tiende a centrarse en las estructuras, sus trabajos maduros examinan una amplia serie de fenómenos sociales. Además, puede apreciarse en su obra la influencia de una creciente variedad de perspectivas teóricas. Foucault nos ofrece un cuerpo rico y variado de trabajo que ha influido y seguirá influyendo en la sociología en los años venideros. También analizamos el antiestructuralismo, especialmente reflejado en la sociología existencial y en la teoría de sistemas. Los estructuralistas rechazaron el interés de la sociología existencial por el actor, la conciencia y el humanismo. Sin embargo, estas perspectivas arrojan luz sobre la debilidad del estructuralismo a la hora de analizar al actor. El carácter integrador, relacional y procesual de la teoría de sistemas pone de manifiesto la debilidad del estructuralismo, al que se opone radicalmente.

Analizamos finalmente tres variantes sociológicas sobre el mundo social que emplean un enfoque estructural. En primer lugar, examinamos el estructuralismo de Goffman, especialmente su análisis estructural, que presenta importantes semejanzas con el estructuralismo francés. En segundo lugar, analizamos la teoría estructural, fundamentalmente la de Peter Blau. La teoría sociológica estructural rechaza abiertamente el interés del estructuralismo por las estructuras invisibles. Mientras el estructuralismo importó ideas de otros campos, la teoría estructural regresa a las tradicionales raíces durkheimianas en el estudio de los hechos sociales materiales. En tercer lugar, examinamos la teoría de redes. Esta teoría está orientada al análisis de las estructuras sociales fundamentales, pero guarda una estrecha relación con la corriente principal de la sociología, y puede encontrarse abundantemente en estudios empíricos altamente sofisticados de las redes sociales que cubren el mundo social.

PARTE 

# DESARROLLOS RECIENTES EN TEORIA SOCIOLOGICA: INTEGRACION Y SINTESIS

CAPITULO **10**

# INTEGRACION MICRO-MACRO

En este capítulo y en los tres siguientes analizamos los tres desarrollos más importantes que se han producido recientemente en la teoría sociológica. En el presente capítulo nos ocuparemos del notable desarrollo que se ha producido principalmente en los Estados Unidos durante la década de 1980 y que continúa produciéndose en la actualidad. Ese desarrollo consiste en un interés cada vez mayor por la cuestión del *vínculo micro-macro*. En el siguiente capítulo analizaremos el desarrollo paralelo que ha experimentado la teoría sociológica europea: el aumento del interés por *la relación entre la acción y la estructura*. Como veremos, existen importantes semejanzas y diferencias entre la literatura estadounidense micro-macro y la europea sobre acción y estructura. Finalmente, en los Capítulos 12 y 13 estudiaremos el desarrollo más reciente en la teoría sociológica de los años noventa: el profundo y muy difundido interés por las *síntesis teóricas* de cualquier tipo. De hecho, las literaturas micro-macro y acción-estructura pueden considerarse en si mismas desarrollos sintéticos y precursoras del interés más general por las síntesis teóricas de cualquier tipo.

## EXTREMISMO MICRO-MACRO

Hasta hace relativamente pocos años, una de las principales divisiones dentro de la teoría sociológica estadounidense del siglo xx ha sido el conflicto entre teorías (y teóricos) *microscópicas* extremas y teorías (y teóricos) *macroscópicas* [1] extremas y, lo que es quizás más importante, el conflicto entre los que han *interpretado* de este modo las teorías sociológicas (Archer, 1982). Estas teorías e interpretaciones extremas de las teorías han tendido a dar la imagen de que existía un profundo y ancho abismo entre las teorías micro y las macro y, en términos generales, de que existía conflicto y desorden (Gouldner, 1970; Wardell y Turner, 1986a; Wiley, 1985) en la teoría sociológica.

Aun cuando es posible interpretar (y muchos lo han hecho) a los teóricos clásicos de la sociología analizados en el primer capítulo de este libro (Marx, Weber, Durkheim, Simmel) como extremistas macro o micro, la perspectiva más defendible en la actualidad, o al menos la que orientará este capítulo, es que todos compartían una preocupación central por el vínculo micro-macro. Se puede considerar a Marx como fundamentalmente interesado por la influencia coercitiva y alienadora de la sociedad capitalista sobre los trabajadores (y los capitalistas) individuales. Weber puede ser considerado como fundamentalmente preocupado por la difícil situación del individuo dentro de la jaula de hierro de una sociedad formalmente racional. El interés central de Simmel era la relación entre la cultura objetiva (macro) y la cultura subjetiva (micro o individual). Y la preocupación central de Durkheim era el efecto de los hechos sociales en un

---

[1] Aunque el uso de los términos *micro* y *macro* puede sugerir que estamos analizando una dicotomía, somos conscientes en todo momento del hecho de que existe un *continuum* que va del extremo micro al extremo macro.

nivel macro sobre los individuos y la conducta individual (por ejemplo, el suicidio). Si aceptamos estas descripciones de las preocupaciones centrales de los teóricos clásicos, puede afirmarse que gran parte de la teoría sociológica estadounidense de la última mitad del presente siglo se ha caracterizado por la ausencia de la preocupación por este vínculo y el predominio de los extremistas micro y macro, es decir, por el predominio de teorías y teóricos que asignaron una importancia extrema ora al nivel micro, ora al macro. Así, las teorías analizadas en la segunda parte de este libro tendieron al extremismo micro o macro. En el extremo macro se sitúan el funcionalismo estructural, la teoría del conflicto, algunas variantes de la teoría neomarxista (especialmente el determinismo económico y el marxismo estructural) y muchas formas de estructuralismo. En el extremo micro se sitúan el interaccionismo simbólico, la fenomenología, la etnometodología, la sociología existencial, la sociología conductista y la teoría del intercambio.

Entre los extremistas macro más destacados del siglo XX se cuentan Parsons (1966) con su «determinismo cultural» [2]; la teoría del conflicto de Dahrendorf (1959), con su interés por las asociaciones imperativamente coordinadas; y el macroestructuralismo de Peter Blau, que viene resumido en su orgullosa declaración: «Soy un determinista estructural» (1977a: x). El extremismo macroestructural también procede de otras fuentes (Rubinstein, 1986), como la teoría de redes de White, Boorman y Breiger (1976), la ecología de Duncan y Schnore (1959), y el estructuralismo de Mayhew (1980). Pocos son más extremistas que Mayhew, quien hace comentarios tales como: «En la sociología estructural la unidad de análisis es invariablemente la red social, y *nunca el individuo*» (1980: 349).

En el extremo micro podemos identificar a una buena parte del interaccionismo simbólico y la obra de Blumer (1969a), quien parece que solía tener en mente el el funcionalismo estructural cuando calificó el interaccionismo simbólico de teoría sociológica exclusivamente centrada en los fenómenos micro (para una interpretación totalmente diferente de la perspectiva de Blumer, véase el Capítulo 12). Un caso más claro de extremismo micro nos lo proporciona la teoría del intercambio y George Homans (1974), quien buscó una alternativa al funcionalismo estructural y la encontró en la orientación extremadamente micro del conductismo skinneriano. Luego está la etnometodología y su preocupación por las prácticas cotidianas de los actores. Garfinkel (1967) atacó el enfoque macro del funcionalismo estructural y su tendencia a convertir a los actores en «idiotas juiciosos».

---

[2] Incluso Jeffrey Alexander, destacado defensor de Parsons, admite el «prejuicio colectivista» (1987: 296) de Parsons; véase también Coleman (1986: 1310). Sin embargo, mientras Parsons influyó principalmente en la teoría colectivista, también es posible encontrar en su obra una poderosa teoría integradora micro-macro.

## MOVIMIENTO HACIA LA INTEGRACION MICRO-MACRO

Si bien el extremismo micro-macro ha caracterizado gran parte de la teoría sociológica del siglo xx, puede apreciarse durante la década de los años ochenta, especialmente en la teoría sociológica estadounidense, un movimiento de retirada del extremismo micro-macro y de acercamiento al consenso general de que *la* preocupación central debe ser *la integración (la síntesis o el vínculo) de las teorías micro y las macro y/o los niveles de análisis social.* Esto supuso un cambio drástico con respecto a la década de los años setenta, cuando Kemeny afirmó: «Se presta tan poca atención a esta distinción, que los términos "micro" y "macro" no suelen aparecer en los índices analíticos de los trabajos sociológicos» (1976: 731). Puede afirmarse que, al menos en este sentido, los teóricos estadounidenses de la sociología han redescubierto el proyecto teórico de los primeros maestros.

Aunque estos desarrollos son característicos de la década de los años ochenta, hubo en años anteriores otros trabajos aislados que abordaron directamente la cuestión del vínculo micro-macro. Por ejemplo, a mediados de la década de los años sesenta, Helmut Wagner (1964) analizó la relación entre las teorías micro y macro. A finales de la década, Walter Wallace (1969) examinó el *continuum* micro-macro, pero este examen desempeñaba un papel secundario en su análisis y fue calificado de «complicación» en la taxonomía básica de la teoría sociológica que elaboró. A mediados de la década de los años setenta, Kemeny (1976) pidió que se dedicara más atención a la distinción micro-macro, así como a los modos en los que se relacionaban lo micro y lo macro.

Pero ha sido la década de los años ochenta la que ha sido testigo de un florecimiento de los trabajos sobre la cuestión del vínculo micro-macro. Collins afirmó que la obra sobre este tema «promete ser un área significativa de avance teórico en los próximos años» (1986a: 1350). Eisenstadt y Helle, en su introducción a su obra de dos volúmenes, uno dedicado a la macroteoría (Eisenstadt y Helle, 1985a) y otro a la microteoría (Helle y Eisenstadt, 1985), concluyeron que «la confrontación entre la teoría micro y la macro pertenece al pasado» (1985b:3). De modo similar, Münch y Smelser, al término de la antología *The Micro-Macro Link* [El vínculo micro-macro] (Alexander et al., 1987), afirmaron: «Los que han defendido controvertidamente que un nivel es más fundamental que el otro... están equivocados. Prácticamente todos los que han contribuido a este volumen han insistido correctamente en las interrelaciones entre los niveles micro y macro» (1987: 385).

Por otra parte, aun cuando su intención era superarlo, el extremismo micro-macro del siglo xx influyó y distorsionó estos esfuerzos integradores de los años ochenta. La mayoría de los sociólogos que trabajan en pos de la integración se acercaron a ella desde perspectivas teóricas micro o macro, y estas perspectivas constituyeron camisas de fuerza que limitaron sus esfuerzos integradores. Si bien esto constituye un grave problema, hay indicios en la actualidad que nos sugieren que este problema está siendo superado.

Entre las obras que se sitúan cerca del extremo microteórico encontramos los esfuerzos de Hechter (1983a, 1983b; véase también Wippler y Lindenberg, 1987) y Coleman (1990) basados en la teoría de la elección racional; el de Collins (1981a; 1987a; 1987b), centrado en las «cadenas rituales interaccionales»; los esfuerzos por construir ideas en el macronivel desde una base freudiana (por ejemplo, Kurzweil, 1987; Smelser, 1987); el trabajo de Schegloff (1987) que se construye sobre el análisis conversacional-etnometodológico, y otro trabajo similar realizado por Knorr-Cetina (1981a) y Cicourel (1981); el trabajo integrador de Emerson (1981), que parte de la orientación de la teoría del intercambio. Cerca del extremo macroteórico se sitúan, por ejemplo, el enfoque multidimensional de Alexander (1982-83, 1987), que parte de una base estructural-funcional; la teoría de la entropía social de Bailey (1990), que se deriva de la teoría de sistemas; y el esfuerzo integrador de Burt (1982) arraigado en la teoría de redes de orientación macro. Como vemos, los esfuerzos parten tanto del extremo micro como del macro, y de diversas posiciones teóricas. En términos generales, ya partan de uno u otro extremo, ya de una orientación integradora, muchos teóricos de la sociología parecen coincidir en sus esfuerzos por desarrollar una teoría integrada.

Desde el ventajoso punto de vista de los años noventa, puede afirmarse que existen en la actualidad suficientes estudios sobre la cuestión del vínculo micro-macro como para hablar de un sólido cuerpo de trabajo. Mientras lo hacemos, expondremos al lector los principales ejemplos de este tipo de trabajo teórico.

Existen dos corrientes principales de trabajo sobre la integración micro-macro. Algunos teóricos se centran en la integración de *teorías* macro y micro, y otros se preocupan por desarrollar una teoría que analice el vínculo entre los *niveles* micro y macro (Alford y Friedland, 1985; Edel, 1959) del análisis social. Al principio de este capítulo citamos a Eisenstadt y Helle (1985b: 3), quienes concluyeron que la confrontación entre las *teorías* macro y las micro pertenecía al pasado, mientras Münch y Smelser (1987: 385) llegaron a una conclusión similar por lo que respecta a la necesidad de elegir entre los *niveles* micro y macro. Hay diferencias relevantes entre intentar integrar teorías macro (por ejemplo, el funcionalismo estructural) y micro (por ejemplo, el interaccionismo simbólico) e intentar desarrollar una teoría que pueda analizar la relación entre los niveles macro (por ejemplo, la estructura social) y micro (por ejemplo, la personalidad) de análisis social.

Entre los que definen su tarea, al menos en parte, como intento de integración de teorías se encuentran Burt (1982), Fararo y Skvoretz (1986), Hechter (1983a), Hindess (1986) y Smelser (1987). Por otro lado, entre los que se esfuerzan por desarrollar una teoría que se centre en la integración de los niveles de análisis micro y macro, figuran Alexander (1982-83, 1985), Coleman (1986, 1987), Collins (1981a), Liska (1990), Ritzer (1979, 1981a) y Wiley (1988). Gerstein nos ofrece un buen ejemplo de este último enfoque cuando distingue entre los dos niveles básicos de análisis y defiende la necesidad de «crear con-

ceptos teóricos que definan y traduzcan las variables en el nivel individual a las variables características de los sistemas sociales, y viceversa» (1987: 86).

Además, existen diferencias sustanciales dentro de los grupos que trabajan en pos de la integración teórica y los que se esfuerzan por integrar los niveles de análisis social. Entre los que se afanan por integrar teorías micro y macro hay importantes diferencias derivadas de las teorías concretas con las que trabajan. Por ejemplo, Hindess (1986) intentó evitar los extremos del «humanismo teórico» y del «estructuralismo»; Hechter (1983a) contrapuso la teoría de la elección racional a las teorías normativa y estructural; Burt (1982) intentó construir un puente para salvar el abismo entre las orientaciones atomistas y las normativas; Fararo y Skvoretz (1986) se esforzaron por integrar la teoría estructural y la teoría de los estados de expectativas; y Smelser (1987) trabajó para sintetizar las perspectivas psicoanalítica y sociológica.

Existen diferencias similares entre el grupo de teóricos que se esfuerzan por analizar la relación entre los niveles de análisis micro y macro. Por ejemplo, ¿intentan integrar las estructuras micro y macro, los procesos micro y macro, u otros aspectos más específicos de los niveles de análisis social micro y macro? En concreto, las diferencias entre los niveles se reflejan en la sociología multidimensional de Alexander (1982: 65), que implica una «alternancia de la libertad y el constreñimiento» tanto en la acción como en el orden y, particularmente, en la interrelación entre los niveles individual-instrumental, individual-normativo, colectivo-instrumental y colectivo-normativo (Alexander, 1985); en el paradigma integrado de Ritzer, que se centra en la interrelación dialéctica entre la objetividad y la subjetividad macro y la objetividad y la subjetividad micro; en la preocupación de Wiley (1988) por la relación entre el self (o individuo) y la interacción, la estructura social, y la cultura; en el interés de Collins (1981a) por las «cadenas rituales de interacción»; y en el de Coleman (1986) por la relación desde lo micro a lo macro.

La tarea de la integración empírica se complica por el hecho de que existen importantes diferencias entre los sociólogos respecto de las definiciones que dan de los niveles micro y macro (Münch y Smelser, 1987). El nivel micro se define de modo muy diferente para cada teórico: puede referirse a fenómenos psicológicos, a individuos o a pautas de interacción entre individuos. Asimismo, el nivel macro puede referirse a posiciones, a poblaciones, a la sociedad y sus estructuras o a sistemas mundiales. Así, perspectivas sobre la integración micro y macro que son aparentemente semejantes, son en realidad muy diferentes porque intentan integrar fenómenos sociales muy distintos. Como requisito fundamental, los teóricos que trabajan con los términos *micro* y *macro* deben definir claramente cada uno de ellos.

Es más, aunque los términos que utilizan los sociólogos tengan una forma idéntica en el nivel micro (características psicológicas, acción, conducta, prácticas, actor intencional, objetividad y subjetividad micro, interacción, mundo de la vida, etcécera) y en el nivel macro (contexto estructural, sistema, población, posiciones, objetividad y subjetividad macro, propiedades estructurales de los

sistemas sociales, sociedad, cultura), existen, de hecho, diferencias entre estos fenómenos. Por ejemplo, en el nivel micro, los que consideran que las conductas se derivan de las recompensas y los costes tienden a tener una concepción del mundo social muy diferente de los que creen que la acción es realizada por actores intencionales. Igualmente, existen diferencias sustanciales entre los que trabajan en el nivel macro con estructuras de población y los que se centran en la cultura. Así, es preciso que los sociólogos, además de definir cuidadosamente los términos que utilizan, deben definir también con exactitud y precisión las implicaciones teóricas de los tipos de términos que utilizan en ambos niveles.

La cuestión se complica aún más por la existencia de otro punto de vista de los que utilizan los términos micro y macro. Nos referimos a la creencia de que los términos *micro* y *macro* no constituyen descripciones de realidades empíricas, sino conceptos analíticos que pueden utilizarse para analizar cualquier realidad empírica. Alexander (y, por lo general, todos los neoparsonianos) defiende acaloradamente esta postura: «Los términos micro y macro no pueden tener referentes empíricos. Son conceptos analíticos opuestos que sugieren la emergencia de niveles dentro de las unidades empíricas... Los términos "micro" y "macro" son completamente relativistas. Lo que es macro en un nivel equivale a lo micro en otro» (1987: 290-291). Si bien ciertamente es útil emplear analíticamente los términos *micro* y *macro*, el hecho es que la mayoría de los sociólogos los usan empíricamente. Por tanto, aunque *micro* y *macro* pueden utilizarse tanto empírica como analíticamente, los sociólogos deben definir claramente el modo en que los están utilizando.

Tras esta introducción general presentaremos algunos ejemplos de integración micro-macro. Todos los ejemplos que se presentan a continuación se centran en la integración micro-macro de los niveles de análisis social. En los Capítulos 12 y 13 estudiaremos los esfuerzos por integrar teorías micro y macro como parte de nuestro análisis de las síntesis teóricas.

## EJEMPLOS DE INTEGRACION MICRO-MACRO

### George Ritzer: paradigma sociológico integrado

Este apartado comienza con mi propio esfuerzo (Ritzer, 1979, 1981a) porque precede temporalmente a otros trabajos que analizaremos después del mío y anticipa el desarrollo a gran escala del aumento del interés por la integración micro-macro que se produjo durante la década de los años ochenta. Este análisis será relativamente breve dado que el apéndice incluye un análisis exhaustivo de mi paradigma integrado. Aquí lo resumiré porque representa el esquema metateórico que informa y orienta el presente libro. Este apartado se centra en lo que el paradigma integrado nos dice sobre la cuestión del vínculo micro-macro.

Es preciso señalar que el pensamiento de Ritzer sobre el paradigma integrado en general y sobre el vínculo micro-macro, en particular, recibió la influen-

cia de la obra de varios predecesores, especialmente la de Edel (1959) y Georges Gurvitch (1964; véase también Bosserman, 1968). Gurvitch trabaja desde la convicción de que el mundo social puede estudiarse en términos de niveles «horizontales» o micro-macro. Gurvitch cree en la existencia de cinco niveles que van de lo micro a lo macro, a saber: formas de socialidad, agrupamientos, clase social, estructura social y estructuras globales. Para complementarlos, Gurvitch también ofrece diez niveles «verticales» o «profundos», que comienzan con el fenómeno social más objetivo (por ejemplo, los factores ecológicos, las organizaciones) y termina con los fenómenos sociales más subjetivos (ideas y valores colectivos, mente colectiva). Para crear los principales niveles de análisis social, Gurvitch cruza sus dimensiones horizontales y verticales lo que

Niveles horizontales micro-macro

Niveles «profundos» verticales
Formas de socialidad
Grupos
Clase social
Estructura social
Estructuras globales

1) Ecológicos
2) Organizaciones
3) Pautas sociales
4) Conducta colectiva no organizada
5) Roles sociales
6) Actitudes colectivas
7) Símbolos sociales
8) Conducta colectiva creativa
9) Ideas y valores colectivos
10) Mente colectiva

**Figura 10.1.** Intersección de los niveles horizontales y verticales de la realidad social de Gurvitch.

da lugar nada menos que a cincuenta niveles de análisis social. La Figura 10.1 ofrece un esquema de la imagen de Gurvitch del mundo social.

Aunque muy atractivo y prometedor, el modelo de Gurvitch ofrece una imagen francamente compleja del mundo social en general, y de la relación micro-macro, en particular. La obra de Ritzer sobre el paradigma sociológico integrado se vio en parte motivada por la necesidad de reflexionar sobre las ideas de Gurvitch y construir un modelo más claro y sencillo. Arranca del *continuum* micro-macro (los niveles horizontales de Gurvitch), que empieza con el pensamiento y la acción individual y termina con los sistemas mundiales (véase la

Figura A.1 del Apéndice). A este *continuum* se añade un *continuum* objetivo-subjetivo (los niveles verticales de Gurvitch), que empieza con fenómenos materiales tales como la acción individual y las estructuras burocráticas y termina con fenómenos no materiales tales como la conciencia y las normas y los valores (véase la Figura A.2 del apéndice). Al igual que Gurvitch, Ritzer cruza estos *continua*, pero en este caso resultan sólo cuatro niveles de análisis social en lugar de cincuenta. La Figura 10.2 ofrece una descripción de los principales niveles de análisis social[3].

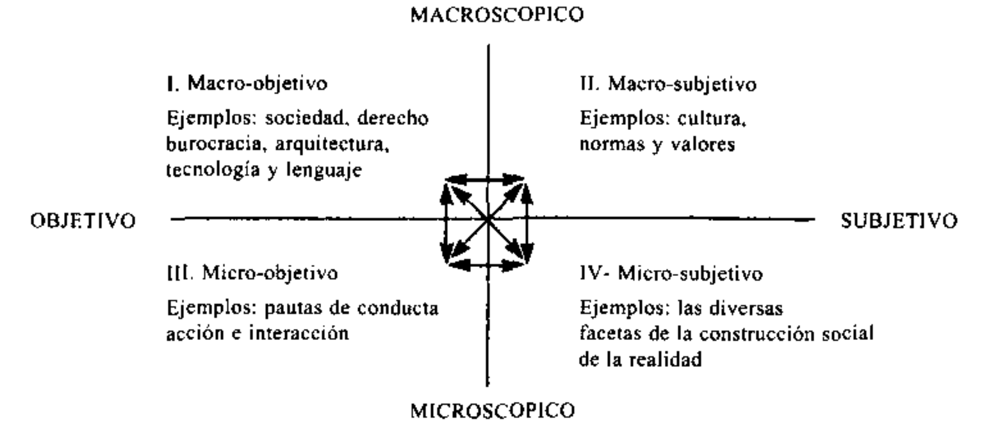



**Figura 10.2.** Principales niveles del análisis social* de Ritzer.

* Debe apreciarse que se trata de una «imagen instantánea» en el tiempo que encaja en un proceso histórico continuo

Ritzer advierte que la cuestión micro-macro no puede analizarse independientemente del *continuum* objetivo-subjetivo. Todos los fenómenos sociales micro y macro son también objetivos o subjetivos. Esto lleva a la conclusión de que hay cuatro niveles principales de análisis *y* de que los sociólogos deben centrarse en su interrelación dialéctica. El nivel macro-objetivo implica grandes realidades materiales tales como la sociedad, la burocracia y la tecnología. El nivel macro-subjetivo abarca grandes fenómenos no materiales tales como las normas y los valores. En los niveles micro, la micro-objetividad implica pequeñas entidades objetivas tales como las pautas de la acción y la interacción, mientras la micro-subjetividad implica los pequeños procesos mentales mediante los cuales las personas construyen la realidad social. Cada uno de estos cuatro niveles es importante *per se*, pero lo más importante es la relación dialéctica dentro y entre ellos. Esta imagen del mundo social que presenta sólo cuatro niveles principales es mucho más sencilla y accesible que el modelo que nos ofreció Gurvitch.

[3] Mi modelo aparece aquí y en el apéndice porque algunos profesores pueden considerar opcional el Apéndice y no recomendarlo a los alumnos.

## Jeffrey Alexander: sociología multidimensional

Jeffrey Alexander ofreció lo que él denomina una «"lógica teórica" nueva para la sociología» (1982: xv). Esta nueva lógica afecta al «pensamiento sociológico en todos los niveles del *continuum* intelectual» (Alexander, 1982: 65). Conforme a esta lógica, Alexander ofrece lo que llama una *sociología multidimensional*. Aunque el término *multidimensional* tiene varios significados en su obra, el más importante de ellos es la concepción multidimensional de Alexander de los niveles de análisis social.

Podemos comenzar con lo que Alexander denomina el *problema del orden*. Alexander sugiere que el *continuum* micro-macro («un nivel "individual" o "colectivo" de análisis» [1982: 93]) está presente en el modo en que el orden se crea en la sociedad. En el extremo macro del *continuum*, el orden se crea externamente y su naturaleza es colectiva; es decir, el orden se produce mediante fenómenos colectivos. En el extremo micro, el orden se deriva de fuerzas internalizadas cuya naturaleza es individualista; es decir, el orden nace de la negociación individual.

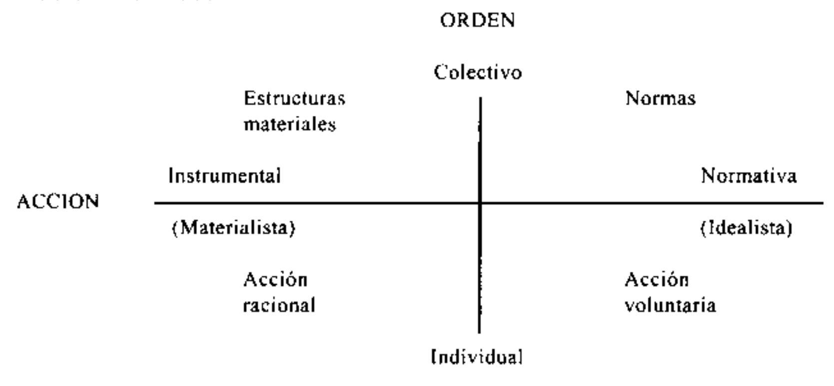



**Figura 10.3.** Modelo integrado de Alexander.

Al problema del orden se suma, según la clásica interpretación parsoniana, el *problema de la acción*. La acción implica un *continuum* materialista-idealista que corre paralelo al *continuum* objetivo-subjetivo del paradigma sociológico integrado de Ritzer. En el extremo material, la acción se describe como instrumental, racional y condicional. En el extremo no material la acción es normativa, no racional y emocional. Cuando cruzamos los *continua* de Alexander del orden y de la acción, encontramos cuatro niveles de análisis social que se asemejan mucho a los cuatro niveles de Ritzer (véase la Figura 10.3).

Aunque la terminología es ligeramente diferente, apenas podemos apreciar diferencias entre el modelo de Alexander y el de Ritzer. La diferencia principal reside en el modo en que los autores relacionan los cuatro niveles. Mientras Ritzer se centra en la relación dialéctica entre los cuatro niveles, Alexander prefiere dar prioridad a uno de los niveles.

Alexander cree que atribuir mayor importancia a los niveles micro constituye «un error teórico» (1987: 295). Critica duramente a teorías como el interaccionismo simbólico que parten del nivel individual-normativo y de una acción voluntaria para elevarse a los niveles macro. Desde su punto de vista el problema de estas teorías es que mantienen nociones de libertad y voluntarismo individual que las hacen incapaces de analizar el carácter único (*sui generis*) de los fenómenos colectivos. Alexander también critica teorías como la del intercambio que parten del nivel individual-instrumental para acercarse a estructuras perteneciente al nivel macro tales como la economía. Este tipo de teorías también son incapaces de analizar adecuadamente los macrofenómenos. Así, Alexander critica todas las teorias que parten de los niveles micro para explicar los fenómenos macro.

En el nivel macro Alexander critica las teorías colectivo-instrumentales (por ejemplo, el determinismo estructural y el económico) que acentúan el orden coercitivo y eliminan la libertad individual. En lo fundamental, el problema reside en que estas teorías no pueden explicar la acción individual.

Si bien Alexander expresó su interés por centrarse en las relaciones entre sus cuatro niveles, se inclina por el nivel colectivo-normativo y por las teorías que parten de este nivel (esto no es sorprendente si tenemos en cuenta sus raíces en el funcionalismo estructural y en la teoría de Parsons). Como él mismo señala: «La esperanza de combinar el orden colectivo y el voluntarismo individual reside en la tradición normativa más que en la racionalista» (Alexander, 1982: 108). Lo más importante en su opinión es la idea de que esta orientación es preferible porque las fuentes del orden son internas (en la conciencia) más que externas, como defiende la orientación colectivo-instrumental. Ello permite *tanto* el orden *como* la acción voluntaria.

Y lo que es más importante, Alexander afirma que se debe rechazar toda perspectiva individual o micro porque conduce al «azar y a una impredictibilidad total» en lugar de al orden (1985: 27). De este modo: «El marco general de la teoría social *sólo* puede derivarse de una perspectiva colectivista» (1985: 28; cursivas añadidas). Y entre las dos perspectivas colectivistas, Alexander suscribe la posición colectivo-normativa.

Por tanto, en opinión de Alexander, los teóricos sociales deben elegir entre una perspectiva individualista (micro) y una colectivista (macro) Si eligen una perspectiva colectivista pueden incorporar sólo un elemento «relativamente pequeño» de la negociación individual. Si, de lo contrario, eligen una teoría individualista, se ven condenados al «dilema individualista» de intentar incorporar a la teoría fenómenos supraindividuales para superar el elemento de azar inherente a su teoría. La única manera de resolver este dilema es «abandonando la adhesión formal al individualismo» (Alexander, 1985: 27).

Así, aunque Alexander emplea cuatro niveles de análisis que se asemejan mucho a los que utiliza Ritzer, puede apreciarse una importante diferencia entre los dos modelos. Alexander da prioridad a las teorías colectivo-normativas y al enfoque de las normas en la vida social. Ritzer rehusa asignar prioridad a un

solo nivel y aboga por la necesidad de centrarse en la relación dialéctica dentro de los cuatro niveles y entre ellos. Alexander da una importancia desmesurada a los fenómenos macro (subjetivos), a resultas de lo cual su contribución al desarrollo de una teoría de la integración micro-macro es muy limitada. En una obra posterior, Alexander dice: «Creo que los teóricos generalizan falsamente desde una variable simple para lograr la reconstrucción inmediata del todo» (1987: 314). Indudablemente Alexander es uno de estos teóricos, ya que intenta generalizar falsamente desde el nivel colectivo-normativo para construir el resto del mundo social.

Sin abordar directamente la obra de Alexander, Giddens (1984) llegó a la conclusión similar de que *todo* trabajo derivado de la distinción parsoniana entre acción y orden inevitablemente termina debilitado en los niveles micro, especialmente en lo que se refiere a «la cognoscibilidad de los actores sociales, como elemento que en parte constituye las prácticas sociales. Yo (Giddens) creo que cualquier punto de vista parsoniano es incapaz de abordar satisfactoriamente esta cuestión que se sitúa en el centro de la teoría social» (1984: xxxvii).

Sin embargo, debemos señalar que hay indicios en la obra de Alexander que nos hacen pensar en la existencia de cierto movimiento hacia una perspectiva más integradora, una visión que define lo *micro* en términos de lo *macro* y viceversa. He aquí la definición de su perspectiva: «Los entornos colectivos de la acción la inspiran y simultáneamente la determinan. Si he conceptualizado correctamente la acción, estos entornos deben ser considerados como sus productos; si he conceptualizado correctamente los entornos, la acción debe ser considerada como su producto final» (Alexander, 1987: 303). Parece que Alexander se mueve hacia una concepción dialéctica más compleja del nexo micro-macro, que se asemeja más al paradigma sociológico integrado de Ritzer.

## Norbert Wiley: niveles de análisis

Más recientemente Norbert Wiley (1988) nos ha ofrecido un modelo de relaciones micro-macro muy parecido al de Ritzer y al de Alexander. Lo que distingue el enfoque de Wiley es que es puramente subjetivo, mientras los enfoques de Ritzer y Alexander implican tanto subjetividad como objetividad. Wiley expresa claramente su subjetivismo al afirmar que su punto de partida para la delineación de los niveles es la relación de éstos con el sujeto. Expondremos los cuatro niveles de análisis de Wiley y los niveles paralelos (entre paréntesis) dentro de la obra de Ritzer: el self o individuo (nivel micro-subjetivo), la interacción (micro-objetivo), la estructura social (macro-objetivo), la cultura (macro-subjetivo). Aunque los cuatro niveles de Ritzer (y los de Alexander) son muy parecidos a los de Wiley, es evidente que Wiley descuida la realidad objetiva. En otras palabras, en el modelo de Wiley los niveles de la interacción y de la estructura social, así como los otros, se definen subjetivamente.

El análisis de Wiley parte del micro-nivel del self o el individuo. Como hemos podido apreciar, Alexander encontrará serias dificultades al adoptar este punto de partida. La idea aquí es que no importa el punto de partida desde el que se empiece mientras se pueda analizar la relación dialéctica entre los cuatro niveles de análisis. Sin embargo, Wiley ofrece una concepción muy limitada del nivel micro-subjetivo. Concretamente, da un importancia indebida al self, por lo que ignora otros componentes importantes del nivel micro-subjetivo: la mente, la conciencia, la construcción social de la realidad, etcétera. Por decirlo de otro modo, el self, como cualquier psicólogo social admitiría, no agota el nivel micro-subjetivo.

De modo similar su nivel micro-objetivo, o interacción, es también muy limitado. Hay muchos otros elementos en este nivel además de la interacción. Como mínimo se podría incluir la acción (con un antecedente consciente) y la conducta (que carece de este antecedente) en este nivel. Estos fenómenos pertenecen claramente al nivel micro y no pueden incluirse, al menos totalmente, en la otra categoría intrasubjetiva de Wiley. Además, aunque la interacción, la acción y la conducta tengan un componente subjetivo, también tienen una existencia objetiva; los tres pueden llegar a estar institucionalizados en pautas repetitivas. En la obra de Ritzer los aspectos subjetivos de estos procesos son analizados en el nivel micro-subjetivo, y los aspectos objetivos se agrupan bajo la denominación de «micro objetividad». En cualquier caso, debemos analizar *tanto* el aspecto objetivo *como* el subjetivo.

La concepción de Wiley de la estructura social y la de Ritzer de la macro-objetividad están más próximas que los microanálisis de ambos autores, aún cuando Wiley no ceja en su enfoque y se aproxima a este nivel desde un punto de vista subjetivo. Escribe sobre el «self genérico» en este nivel, pero claramente hace intervenir a las estructuras macro-objetivas cuando describe el self genérico «como el que se ajusta a los roles y cumple las reglas» (Wiley, 1988: 258). Mientras Wiley acentúa la importancia del self genérico subjetivo, Ritzer considera de mayor relevancia las estructuras objetivas (la sociedad, el sistema mundial) que crean las reglas y los roles a que se ajusta el self.

Hay pocas diferencias importantes entre el nivel cultural de Wiley y la macro subjetividad de Ritzer. Esto se debe a que ambos son analizados en términos subjetivos macro. La única diferencia es que las ideas de Wiley sobre el «significado puro» en este nivel son demasiado generales y deberían ser más específicas e incluir un análisis de conceptos sociológicos tan importantes como las normas y los valores.

Wiley y Ritzer se asemejan no sólo por sus conceptualizaciones de los cuatro niveles principales de análisis social, sino también por su concepción de las relaciones entre los niveles. Wiley habla de la existencia de un proceso continuo de «emergencia» que vincula los niveles inferiores a los superiores y de un proceso de «retroalimentación» (presumiblemente continuo también) que fluye desde los niveles más altos a los más bajos. Asimismo, Ritzer se preocupa por la relación dialéctica (es decir, continua y multidireccional) entre todos los nive-

les del análisis social. Aunque la concepción de Ritzer de la relación dialéctica entre todos los niveles del análisis social puede considerarse más vaga y general que la especificación de la emergencia y la retroalimentación de Wiley, hay muchos más tipos de relaciones dentro y entre los niveles de análisis social de los que Wiley sugiere. Existe una amplia serie de conceptos sociológicos familiares (por ejemplo, la externalización, la objetivación, la socialización, la internalización y el control social) que concierne a diversos aspectos de la relación dialéctica entre los niveles micro y macro.

Si bien las perspectivas micro-macro ofrecidas por Wiley y Alexander han sido resumidas y criticadas desde el punto de vista del paradigma integrado de Ritzer, lo más importante es que las tres perspectivas ofrecen modelos virtualmente idénticos de los cuatro niveles principales de análisis social. Esto es particularmente sorprendente, puesto que los tres teóricos abordaron esta cuestión desde puntos de vista teóricos muy diferentes: el enfoque dialéctico de Ritzer, la orientación neofuncionalista multidimensional de Alexander y el punto de vista subjetivo de Wiley. A continuación analizaremos otras aproximaciones muy diferentes a la cuestión del nexo micro-macro.

## James Coleman: el modelo desde lo micro a lo macro y los *Fundamentos de teoría social*

Cuando comenzó a reflexionar sobre esta cuestión, James Coleman (1986, 1987) expresó su interés por la relación micro-macro. (Analizaremos más abajo la obra más reciente de Coleman [1990] sobre la teoria de la elección racional.) Sin embargo, Coleman se centró en el problema «de lo micro a lo macro» e ignoró la importancia que tenia el movimiento «desde lo macro a lo micro». Así, desde el punto de vista de los enfoques mucho más equilibrados micro-macro que ofrecen Ritzer, Alexander y Wiley, la orientación de Coleman hacia esta cuestión es bien limitada. Un enfoque plenamente satisfactorio de este problema debe incluir tanto un modelo que vaya desde lo micro a lo macro, como otro que se mueva desde lo macro a lo micro.

Coleman comienza ofreciendo un modelo parcialmente adecuado de la relación de lo micro con lo macro. En su modelo utiliza la tesis de Weber de la ética protestante como ejemplo. Como se muestra en la Figura 10. 4, este modelo presenta tanto el movimiento de lo macro a lo micro (flecha 2), como el que va desde lo micro a lo macro (flecha 3); también presenta la relación de lo micro con lo micro (flecha 1). Aunque prometedor, este modelo está planteado en términos causales y sus flechas van en una sola dirección. Un modelo más satisfactorio seria dialéctico y las flechas tendrían doble dirección; es decir, permitiria la retroalimentación entre todos los niveles de análisis. Sin embargo, la mayor debilidad del enfoque de Coleman es que se centró sólo en lo que implica la flecha 3, la relación de lo micro con lo macro. Aun cuando esta relación es importante, lo es aún más la relación de lo macro con lo micro. Un modelo micro-macro satisfactorio debe analizar *ambas* relaciones.

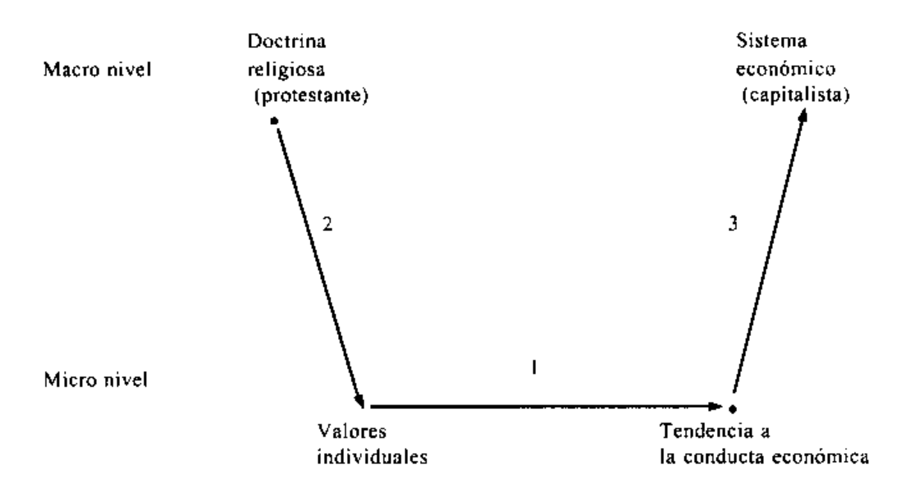



**Figura 10. 4.** Modelo integrado de Coleman.

Allen Liska (1990) ha intentado recientemente superar la debilidad del enfoque de Coleman centrándose en ambos problemas: el de trasladarse de lo micro a lo macro y de lo macro a lo micro. El modelo de Liska, igual que el de Coleman, utiliza el ejemplo de la tesis de Weber de la ética protestante (véase la Figura 10. 5).

Este modelo tiene dos ventajas con respecto al de Coleman. En primer lugar y sin lugar a dudas, el deseo de Liska era analizar el vínculo de lo macro con lo micro. En segundo lugar incluye la precisión de la relación (flecha *a*) entre los dos fenómenos macro. Sin embargo, Liska, al igual que Coleman, utiliza flechas causales de una sola dirección perdiendo así de vista la relación dialéctica entre todos estos factores.

Liska emplea un bien conocido esquema para analizar los fenómenos macro, así como el vínculo micro-macro. Este esquema implica tres modos básicos de describir los macrofenómenos. El primero es la *agregación*, o suma de las características individuales para construir la característica grupal. De este modo, podemos describir un grupo en términos de cosas tales como la tasa de ingresos o de suicidio. El segundo es *estructural*, e implica las relaciones entre los individuos de un grupo, por ejemplo, las relaciones que entrañan poder o comunicación. Y finalmente, están los fenómenos *globales*, que implican lo que por lo común se consideran propiedades emergentes tales como el derecho y el lenguaje.

En términos del vínculo micro-macro, Liska especifica las dificultades que se derivan del uso de factores globales o estructurales. Estos son cualitativamente diferentes de las características de la acción individual, y es difícil identificar el modo en que emergen del micronivel. Los sociólogos utilizan la idea de la emergencia para analizarlos, pero saben poco acerca de el modo en que se

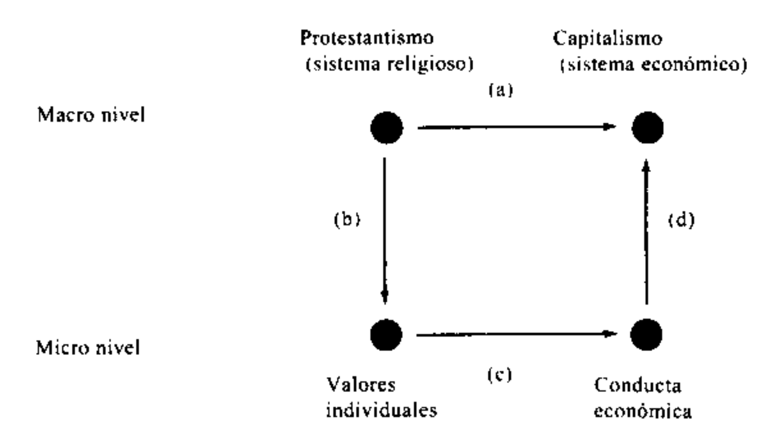



**Figura 10.5.** El modelo de Liska desde lo macro a lo micro y desde lo micro a lo macro.

produce esa emergencia. Así, Liska acentúa la importancia de la agregación como un vínculo de lo micro con lo macro. Así, queda relativamente claro el modo en que las características individuales se combinan para dar lugar a las características del grupo. De este modo, por ejemplo, «los suicidios individuales pueden sumarse o "combinarse" en cierta unidad social y expresarse en una tasa de esa unidad» (Liska, 1990: 292). Aunque es posible que la agregación no sea la manera más interesante de moverse desde el nivel micro al macro, tiene la ventaja de la claridad y de ser menos mística que los enfoque estructurales o globales.

Retomando la cuestión del traslado desde lo macro a lo micro, Liska defiende la importancia de las variables contextuales como causas de fenómenos micro. Aqui Liska incluye a los agregados, las relaciones estructurales, y las propiedades globales como contextos de los fenómenos individuales. Defiende este autor que los sociólogos confían a menudo en los factores micro cuando trabajan en el nivel individual. Usando el nivel macro, los factores contextuales, los microsociólogos se moverían hacia una mayor comprensión del vínculo de lo macro con lo micro.

El trabajo de Liska critica tanto a los sociólogos que se centran en el nivel macro, como a los que se centran en el micro. Los que se centran en el nivel macro han tendido a ignorar la agregación por parecerles demasiado individualista y no reflejar las propiedades emergentes de los factores estructurales o globales. Los que se centran en el nivel micro han tendido a usar los factores micro y a ignorar los factores contextuales. Liska concluye que los macroteóricos deberían tener más en cuenta la agregación y los microteóricos considérar más los factores contextuales.

***Fundamentos de teoría social.*** Más recientemente, James Coleman (1990) ha ampliado su teoría inspirándose en la teoría económica de la elección racional en su obra *Foundations of Social Theory* [Fundamentos de teoría social] (véase también Friedman y Hechter, 1988, 1990). En esta obra Coleman afirma que la sociología debe centrarse en los sistemas sociales, pero que estos macrofenómenos deben ser explicados mediante factores internos a ellos, prototípicamente individuales. Defiende que se trabaje en este nivel por varias razones, entre ellas el hecho de que los datos suelen ser recogidos en el nivel individual y luego sumados o combinados para construir el nivel del sistema. Entre otras razones por las que defiende un enfoque del nivel individual es que es aquí donde se producen por lo común las «intervenciones» que dan lugar a los cambios sociales. Como podremos apreciar, en el centro de la perspectiva de Coleman reside la idea de que la teoría social no debe ser sólo un ejercicio académico, sino que su deber es influir en el mundo social mediante estas «intervenciones».

En concordancia con su acento en el individuo, Coleman reconoce que es un individualista metodológico, aunque cree que su perspectiva particular constituye una «variante especial» de esta orientación. Es especial en el sentido de que acepta la idea de la emergencia, así como el hecho de que aunque se centra en factores internos del sistema, estos factores no han de constituir necesariamente acciones y orientaciones individuales. Es decir, otros fenómenos micro además de los individuales constituyen el objeto de su análisis.

La orientación de Coleman hacia la elección racional se hace evidente en su idea básica de que «las personas actúan intencionadamente en persecución de una meta, meta que (como las acciones) viene determinada por valores o preferencias» (1990: 13). Sin embargo, Coleman (1990: 14) señala posteriormente que para la mayoría de los fines teóricos, necesita una conceptualización más precisa del actor racional. Esta conceptualización del actor racional se deriva de la economía y considera que los actores eligen las acciones que maximizan la utilidad o la satisfacción de sus necesidades y deseos.

Hay dos elementos clave en su teoría: los actores y los recursos. Los recursos son esas cosas sobre las que los actores ejercen control y por las que tienen interés. Coleman detalla el modo en que su interacción conduce al nivel del sistema:

> Una base mínima de un sistema social de acción es la existencia de dos actores, cada uno de los cuales ejerce control sobre los recursos que interesan a ambos. Es el interés de cada uno por los recursos que están bajo el control del otro lo que conduce a los dos, como actores intencionales, a emprender acciones que les implican... en un sistema de acción... Es esta estructura, junto con el hecho de que los actores están dotados de intenciones —cada uno maximizar la realización de sus intereses— la que confiere interdependencia, o carácter sistémico, a sus acciones.
>
> (Coleman, 1990: 29)

A pesar de su fe en la teoría de la elección racional, Coleman no cree que esta perspectiva, al menos por ahora, tenga respuesta para todo. Pero parece claro que piensa que puede moverse en esta dirección, pues defiende que «el éxito de una teoría social basada en la racionalidad consiste en hacer disminuir progresivamente el dominio de actividad social que no puede ser explicado por la teoría» (Coleman, 1990: 18).

Coleman admite que en el mundo real las personas no siempre se conducen racionalmente, pero cree que esta realidad apenas influye en su teoría: «Mi supuesto implícito es que las predicciones teóricas que hago aquí son las mismas tanto si los actores actúan racionalmente, tal y como se concibe comúnmente, como si se desvían en los modos observados» (1990: 506).

Conforme a su orientación hacia la acción racional individual, Coleman aborda la cuestión micro-macro centrándose en el vínculo de lo micro con lo macro, o el modo en que la combinación de las acciones individuales dan lugar a la conducta del sistema. Aunque atribuye prioridad a este vínculo, Coleman también se interesa por el vínculo de lo macro con lo micro, o el modo en que el sistema constriñe las orientaciones de los actores. Finalmente, demuestra un interés por el aspecto micro-micro de la relación, en la influencia de las acciones individuales sobre otras acciones individuales.

A pesar de su aparente equilibrio, hay al menos tres debilidades en el enfoque de Coleman. En primer lugar, da una absoluta prioridad a la cuestión de la relación de lo micro con lo macro, descuidando así las otras relaciones. En segundo lugar, ignora la relación de lo macro con lo macro. Y finalmente, sus flechas causales sólo van en una dirección; en otras palabras, ignora la relación dialéctica entre los fenómenos micro y macro y dentro de cada uno de ellos.

Mediante el uso de su enfoque de la elección racional, Coleman explica una serie de macrofenómenos. Su posición básica es que los teóricos deben mantener constantes sus concepciones del actor y generar a partir de ellas varias imágenes de los macrofenómenos. Así, las diferencias en los macrofenómenos pueden explicarse por las diferentes estructuras de las relaciones en el macronivel, no recurriendo a las variaciones en el micronivel.

Un momento clave en el movimiento de lo micro a lo macro es la concesión de la autoridad y los derechos que un individuo posee a otro. Esto tiende a producir la subordinación de un actor al otro. Y lo que es más importante, crea el fenómeno macro más fundamental: una unidad de acción que consta de dos personas en lugar de constar de dos actores independientes. La estructura resultante funciona independientemente de los actores. En lugar de maximizar sus propios intereses, el actor desea en este caso realizar los intereses de otro actor o de la unidad colectiva independiente. No sólo nos encontramos con una realidad social diferente, sino que además «tiene deficiencias especiales y genera problemas especiales» (Coleman, 1990: 145). De acuerdo con su orientación aplicada, Coleman se interesa por el diagnóstico y la solución de estos problemas.

El análisis de Coleman de la conducta colectiva constituye un ejemplo de su enfoque sobre los macrofenómenos. Elige la conducta colectiva como objeto de

su análisis porque el carácter frecuentemente desordenado e inestable de la conducta colectiva la supone difícil de analizar desde la perspectiva de la elección racional. Pero en su opinión, la teoría de la elección racional puede explicar todo tipo de macrofenómenos y no sólo aquéllos que son ordenados y estables. Lo que ocurre en el movimiento desde el actor racional hasta «el fenómeno sistémico turbulento y salvaje llamado conducta colectiva es una transferencia simple (y racional) del control sobre las acciones de un actor a otro actor... que se realiza unilateralmente, no como parte de un intercambio» (Coleman, 1990: 198).

¿Por qué las personas transfieren unilateralmente el control sobre sus acciones a otras personas? Desde el punto de vista de la teoría de la elección racional, la respuesta es que lo hacen en un intento de maximizar su utilidad. Por lo general, la maximización individual implica un equilibrio de control entre varios actores y esto produce un equilibrio en la sociedad. Sin embargo, en el caso de la conducta colectiva, como se produce una transferencia unilateral de control, la maximización individual no necesariamente conduce al equilibrio del sistema. Al contrario, la conducta colectiva tiene características de desequilibrio.

Otro fenómeno macro que analiza Coleman son las normas. Muchos sociólogos utilizan las normas para explicar la conducta individual sin cuestionar y explicar por qué y cómo existen las normas. Coleman se pregunta el modo en que las normas emergen y se mantienen en un grupo de actores racionales. Cree que ciertas personas originan y mantienen las normas porque creen que el cumplimiento de las normas produce beneficios y la violación de esas normas produce perjuicios. Las personas suelen consentir cierto control sobre su propia conducta, pero a cambio obtienen cierto control (mediante las normas) sobre la conducta de otros. Coleman resume así su postura acerca de las normas:

> El elemento central de esta explicación... es la concesión de derechos parciales de control sobre la propia acción y la recepción de derechos parciales de control sobre las acciones de otros, es decir, la emergencia de una norma. El resultado final es que ese control... que tenía cada uno se distribuye ampliamente entre todo el conjunto de los actores, que ejercen ese control.
>
> (Coleman, 1990: 292)

De nuevo, las personas intentan maximizar su utilidad mediante la concesión parcial de derechos de control sobre ellas mismas y la ganancia de un control parcial sobre otras. Como la transferencia de control no es unilateral, se produce el equilibrio en el caso de las normas.

Pero también existen circunstancias en las que las normas actúan en beneficio de ciertas personas y en perjuicio de otras. En algunos casos los actores conceden el derecho a controlar sus propias acciones a aquellos actores que inician y mantienen las normas. Estas normas son eficaces cuando emerge el consenso de que ciertas personas tienen el derecho a controlar (mediante las

normas) las acciones de otras personas. Además, la eficacia de las normas depende de la capacidad para hacer que se produzca el consenso. Son el consenso y la capacidad para hacer cumplir las normas los que evitan las características de desequilibrio de la conducta colectiva.

Coleman admite que las normas llegan a interrelacionarse, pero considera que se trata de una cuestión macro que está fuera del alcance de su obra sobre los fundamentos de los sistemas sociales. Sin embargo aborda la cuestión micro de la internalización de las normas. Reconoce que analizar la internalización de las normas supone entrar en «aguas traicioneras para una teoría basada en la elección racional» (Coleman, 1990: 292). Afirma que la internalización de las normas supone el establecimiento de un sistema sancionador interno; las personas se autosancionan cuando violan las normas. Coleman analiza esta cuestión a partir de la idea de un actor o conjunto de actores que se esfuerzan por controlar a otros que han internalizado las normas. De este modo, el interés de un conjunto de actores consiste en tener otro conjunto de actores que hayan internalizado ciertas normas y ser controlado por ellos. Coleman cree que esto es racional «cuando tales intentos pueden ser eficaces a un coste razonable» (Coleman, 1990: 294).

Coleman analiza las normas desde el punto de vista de tres elementos clave: la relación de lo micro con lo macro, la acción intencional en el nivel micro y la relación de lo macro con lo micro. Las normas son fenómenos macro que se inician en la acción intencional del nivel micro. Una vez que existen, las normas, mediante sanciones o la amenaza de sanciones, influyen en las acciones de los individuos. Ciertas acciones serán fomentadas y otras no lo serán.

En su estudio de las normas Coleman se traslada al nivel macro y continúa su análisis en este nivel centrándose en el actor corporativo. Dentro de esta colectividad, los actores probablemente no actúan en términos de su interés individual, sino en interés de la colectividad.

Existen varias reglas y mecanismos que permiten moverse desde la elección individual a la elección colectiva (social). El más simple es la votación y los procedimientos para tabular los votos individuales y formar una decisión colectiva. Esta es la dimensión que va de lo micro a lo macro, mientras cosas tales como la lista de candidatos propuesta por la colectividad implican el vínculo de lo macro con lo micro.

Coleman señala que tanto los actores corporativos como los actores humanos tienen intenciones. Además, dentro de estructuras corporativas tales como una organización, los actores humanos pueden perseguir propósitos propios que difieren de los corporativos. Esto nos ayuda a comprender las fuentes de las revueltas contra la autoridad corporativa. El vínculo de lo micro con lo macro implica aquí los modos en los que las personas despojan de autoridad a la estructura corporativa y confieren legitimidad a los implicados en la revuelta. Pero hay también un vínculo de lo macro con lo micro en el sentido de que determinadas condiciones macro conducen a las personas a realizar actos tales como despojar de autoridad o conferirla.

Como teórico de la elección racional, Coleman arranca del individuo y de la idea de que todos los derechos y los recursos existen en el nivel individual. Es el interés de los individuos lo que determina el curso de los eventos. Sin embargo, esto no es cierto, especialmente en la sociedad moderna, donde «una gran fracción de derechos y recursos y, por lo tanto, de soberanía, puede residir en actores corporativos» (Coleman, 1990: 531). En el mundo moderno los actores corporativos ganan cada vez más importancia. El actor corporativo puede actuar bien en beneficio, bien en perjuicio del individuo. ¿Cómo juzgar a un actor corporativo por lo que respecta a esta cuestión? Coleman mantiene que «sólo partiendo conceptualmente del punto de vista de que toda soberanía reside en las personas individuales es posible apreciar el grado en que los sistemas sociales existentes llevan a cabo sus intereses últimos. El postulado de que las personas individuales son soberanas facilita al sociólogo evaluar el funcionamiento de los sistemas sociales» (1990: 531-532).

El cambio social más importante para Coleman fue la emergencia de actores corporativos para complementar las «personas naturales». Ambos pueden ser considerados actores porque tienen «control sobre los recursos y los eventos, intereses en los recursos y los eventos, y capacidad de emprender acciones para llevar a cabo esos intereses mediante el control» (Coleman, 1990: 542). No hay duda alguna de que siempre han existido actores corporativos, pero actores tradicionales como la familia han sido gradualmente sustituidos por otros nuevos autoestables y construidos intencionadamente. La existencia de estos actores corporativos nuevos plantea la cuestión del modo en que se puede garantizar su responsabilidad social. Coleman sugiere que podemos hacerlo introduciendo reformas internas o cambiando aspectos de la estructura externa tales como las leyes que afectan a estos actores corporativos o las agencias que los regulan.

Coleman distingue entre estructuras primordiales basadas en la familia, tales como el vecindario y los grupos religiosos, y estructuras intencionales, tales como las organizaciones económicas y el gobierno. Percibe Coleman una «desvinculación» entre las actividades que en un tiempo estuvieron unidas en el seno de la familia. Las estructuras primordiales se están «desuniendo» a medida que sus funciones se dispersan y son cumplidas por otros actores corporativos. A Coleman le preocupa esta desunión y también el hecho de que nos veamos obligados actualmente a analizar posiciones en estructuras intencionales en lugar de personas que forman estructuras primordiales. Así, concluye que la meta de su trabajo es «proporcionar los fundamentos para construir una estructura social viable a la luz del desvanecimiento de la estructura primordial de la que han dependido las personas» (Coleman, 1990: 652).

Coleman critica la mayor parte de la teoría social por adoptar la perspectiva que denomina del *homo sociologicus*. Esta visión acentúa el proceso de socialización y la acomodación plena entre el individuo y la sociedad. De modo que el *homo sociologicus* es incapaz de tratar la libertad de acción de los individuos a pesar de los constreñimientos que le presionan, e incapaz también de evaluar las acciones del sistema social. En cambio, el *homo sociologicus* posee, desde

el punto de vista de Coleman, todas esas capacidades. Por añadidura, Coleman ataca la teoría social tradicional por hacer poco más que salmodiar viejos mantras teóricos, no explicar los cambios que se producen en la sociedad y no ayudarnos a conocer cómo se rige la sociedad. La teoría sociológica (así como la investigación sociológica) debe tener un propósito, un papel en el funcionamiento de la sociedad. Coleman se pronuncia a favor de una teoría social a la que le interese no sólo el conocimiento por el conocimiento, sino que se implique también en «una búsqueda del conocimiento para la reconstrucción de la sociedad» (1990: 651).

Las reflexiones de Coleman sobre la teoría social guardan una estrecha relación con sus ideas sobre la naturaleza cambiante de la sociedad. El desvanecimiento de las estructuras primordiales y su sustitución por estructuras intencionales ha dejado una serie de vacíos que las nuevas organizaciones sociales no han llenado adecuadamente. La teoría social en general y las ciencias sociales en particular son hoy necesarias para la reconstrucción de una nueva sociedad. La meta no debe ser destruir las estructuras intencionales, sino percatarse de las oportunidades que existen y anticipar e impedir los problemas de estas estructuras. La nueva sociedad requiere una nueva ciencia social. Los vínculos entre las áreas institucionales han cambiado, a resultas de lo cual las ciencias sociales deben cruzar las fronteras disciplinares tradicionales.

La obra de Coleman es sólo parte de un movimiento poderoso en sociología que se orienta hacia la economía y su teoría de la elección racional. Si bien hay pensadores que, como Coleman, adoptan esta posición de una manera explícita, hay también otros, que, como Etzioni (1988), adoptan una posición de compromiso, que el mismo Etzioni denomina «socioeconómica». Finalmente, otros como Hirsch, Michaels y Friedman (1987) critican los esfuerzos de los sociólogos que utilizan la teoría económica de la elección racional. Es muy probable que la teoría de la elección racional siga ganando partidarios en sociología. Sin embargo, sus perspectivas parecen limitadas por el hecho de que adopta como punto de partida un modelo de actor (*homo economicus*) que muchos sociólogos rechazan en su esfuerzo por desarrollar un modelo más «realista» de actor menos racional que se conduce por normas, valores y creencias.

## Randall Collins: los microfundamentos de la macrosociología

En un ensayo titulado «On the Microfoundations of Macrosociology» [Sobre los microfundamentos de la macrosociología], Randall Collins (1981a; véase también 1981b) ofreció una perspectiva altamente reduccionista de la cuestión del vínculo micro-macro (para una crítica, véase Ritzer, 1985). De hecho, a pesar del título supuestamente integrador de este ensayo, Collins denomina su enfoque «microsociología radical». La idea central del enfoque de Collins —de la microsociología radical— es lo que él llama «cadenas rituales de interacción», o haz de «cadenas individuales de experiencia de interacción, que se

cruzan en el espacio a medida que fluyen en el tiempo» (1981a: 998). En su análisis de las cadenas rituales de interacción, Collins se afana por evitar lo que considera preocupaciones todavía más reduccionistas por la conducta y la conciencia individual. Collins eleva su nivel de análisis a la interacción, a las cadenas de interacción y al «mercado» donde se produce esa interacción. Collins rechaza así los niveles micro extremos del pensamiento y la acción (la conducta) y critica las teorías (como la fenomenología y la teoría del intercambio) que se centran en estos niveles.

Collins también se aleja de las teorías macro y de sus preocupaciones por los macrofenómenos. Por ejemplo, critica a los funcionalistas estructurales y su preocupación por los fenómenos macroobjetivos (la estructura) y macrosubjetivos (las normas). De hecho, llega incluso a afirmar que «la terminología de las normas debe desaparecer de la teoría sociológica» (Collins, 1981a: 991). Su actitud es igualmente negativa por lo que respecta a los conceptos relacionados con la teoría del conflicto, al afirmar, por ejemplo, que no existen entidades «inherentemente objetivas» tales como la propiedad o la autoridad; sólo existen «las diferentes percepciones de las personas en determinados lugares y tiempos del grado de fortaleza de esas coaliciones de fuerzas» (Collins, 1981a: 997). Su idea es que sólo las personas hacen algo; las estructuras, las organizaciones, las clases y las sociedades «nunca *hacen* nada. Cualquier explicación causal debe recurrir en última instancia a las acciones de individuos reales» (Collins, 1975: 12).

Collins se esfuerza por mostrar el modo en que «todo macrofenómeno» puede traducirse «a combinaciones de eventos micro» (1981a: 985). En concreto, afirma que las estructuras sociales pueden traducirse empíricamente a «pautas de interacción micro repetitiva» (Collins, 1981a: 985).

Así, puede apreciarse que Collins no se propuso desarrollar un enfoque integrado, sino acentuar el predominio de la teoría micro y los fenómenos en el micronivel (para una crítica similar, véase Giddens, 1984). Como Collins señaló: «El esfuerzo por reconstituir de modo coherente la sociología macro sobre fundamentos micro radicalmente empíricos constituye el paso principal hacia una ciencia sociológica más adecuada» (1981b: 82).

Comparemos la orientación de Collins con la de Karin Knorr-Cetina (1981a), pensadora que expresó su postura en la introducción a un volumen en el que aparecía uno de los ensayos de Collins sobre la microsociología radical. Aunque ella también asigna mucha importancia al dominio de la interacción, Knorr-Cetina concede en su trabajo un papel más importante a la conciencia y a los macrofenómenos. Aunque Knorr-Cetina, al igual que Collins, defiende una reconstrucción radical de la macroteoría sobre fundamentos microsociológicos, también se inclina por una línea menos radical consistente sólo en integrar resultados microsociológicos en una teoría macrosocial. Además, parece adoptar la perspectiva de que la meta última de la investigación sociológica es una mayor comprensión del conjunto de la sociedad, de su estructura e instituciones:

> Yo... creo en la aparente paradoja de que el modo de aprender más cosas sobre el orden macro es a través de enfoques microsociales, porque son estos enfoques los que, debido a su empirismo declarado, nos permiten observar la realidad sobre la que hablamos. Ciertamente, no captaremos el todo de la cuestión mediante un registro microscópico de la interacción cara a cara. Pero, para comenzar, puede ser suficiente oir, en primer lugar, el tic-tac del orden macro.
>
> (Knorr-Cetina, 1981a: 41-42)

Es evidente, pues, que la perspectiva de Knorr-Cetina sobre la relación entre los niveles macro y micro es más equilibrada que la de Collins.

El otro editor del volumen mencionado más arriba, Aaron Cicourel (1981), adopta una postura aún más integradora. Este autor afirma: «Ni las estructuras micro, ni las macro, son niveles independientes de análisis; *interactúan* en todo momento a pesar de la conveniencia y, a veces, del dudoso lujo de examinar exclusivamente uno u otro nivel de análisis» (Cicourel, 1981: 54). En estas palabras puede percibirse una crítica implícita a Collins, pero otra de las posturas de Cicourel contiene una crítica más directa al tipo de perspectiva de Collins: «No sólo se trata de descartar un nivel de análisis u otro, sino de mostrar el modo en que deben integrarse, a no ser que nos dejamos persuadir por uno de ellos ignorando así, por conveniencia, los marcos más adecuados para la investigación y la teoría» (1981: 76). En su favor se puede decir que Cicourel no sólo comprende la importancia de vincular los niveles macro y micro, sino también el hecho de que ese vinculo necesariamente se establece ontológica, teórica y metodológicamente.

Collins ha continuado suscribiendo su postura microrreduccionista durante algún tiempo. Por ejemplo, en una obra posterior Collins afirma: «La macroestructura consiste simplemente en elevadas cantidades de microencuentros repetidos (o, en algunas ocasiones, cambiantes en el tiempo y el espacio)» (1987b: 195). Y concluye abiertamente: «Puede parecer que estoy atribuyendo la mayor importancia a lo micro. Así es» (Collins, 1987b: 195). Sin embargo, es preciso señalar que sólo un año después, Collins (1988a) se inclinó por conceder más importancia al nivel macro. Esto le condujo a una concepción más equilibrada de la relación de lo micro con lo macro: «La traducción micro-macro muestra que todo lo macro se deriva de lo micro. Y a la inversa, todo lo micro es parte de la composición de lo macro; existe en un contexto macro... es posible perseguir la conexión micro-macro eficazmente en cualquier sentido» (Collins, 1988a: 244). Esta última afirmación implica un enfoque más dialéctico sobre la relación micro-macro. Pero Collins (1988a: 244), al igual que Coleman, suscribe la idea de que el «gran reto» de la sociología es mostrar «el modo en que lo micro influye sobre lo macro». Así, aun cuando Collins ha ampliado su teoría micro-macro, sigue siendo un enfoque altamente limitado.

## RANDALL COLLINS: Reseña autobiográfica



Comencé a ser sociólogo a una edad temprana. Mi padre estuvo trabajando en los servicios de inteligencia del ejército al final de la Segunda Guerra Mundial y luego se incorporó al Departamento de Estado como funcionario de la oficina de asuntos internacionales. Uno de mis primeros recuerdos evoca mi llegada a Berlín en el verano de 1945 para reunirme con él. Mis hermanas y yo no podíamos jugar en el parque porque había municiones cargadas por todas partes, y un día los soldados rusos entraron en nuestro patio para cavar una fosa. Esto me hizo sentir la importancia del conflicto y la permanente posibilidad de la violencia.

Los siguientes viajes de trabajo de mi padre nos llevaron a la Unión Soviética, de nuevo a Alemania (que en aquel momento se encontraba bajo la ocupación militar de los Estados Unidos), a España y a Sudamérica. Entre viaje y viaje vivimos en los Estados Unidos, de manera que fui y dejé de ser constantemente un niño estadounidense corriente y un privilegiado visitante extranjero. Creo que esto me hizo contemplar con cierta distancia las relaciones sociales. A medida que crecía la vida diplomática me parecía menos interesante y más semejante a un círculo sin fin de etiqueta formal en el que las personas nunca hablaban de la política del momento; el abismo entre el secretismo de bambalinas y el ceremonial del escenario hizo que apreciara enseguida a Erving Goffman.

Cuando era demasiado mayor como para acompañar a mis padres al extranjero, me enviaron a una escuela preparatoria de Nueva Inglaterra. Esta escuela me enseñó otra realidad social importante: la de la estratificación. Muchos de los estudiantes procedían de familias del Registro Social y comencé a percatarme también de que mi padre no era de la misma clase social que los padres embajadores y subsecretarios de estado de algunos niños que conocí.

Luego ingresé en Harvard y allí cambié seis veces de especialidad. Estudié literatura y deseé convertirme en escritor de obras de teatro o novelista. Pasé de las matemáticas a la filosofía; leí a Freud y me decidí por la psiquiatría. Y finalmente me especialicé en Relaciones Sociales, especialidad en la que coincidían la sociología, la psicología social y la antropología. Seguir los cursos impartidos por Talcott Parsons encaminó mi interés intelectual. Parsons hablaba virtualmente de todo, de cuestiones micro y cuestiones macro enmarcadas en el transcurso de la historia mundial. Lo que aprendí de él no fue tanto su teoría como el ideal de lo que podría ser la sociología. También me aportó algunas importantes piezas de capital cultural: que Weber estaba menos preocupado por la ética protestante que por la comparación entre las dinámicas de todas las religiones del mundo, y que Durkheim respondió a la cuestión clave en su esfuerzo por descubrir la base precontractual del orden social.

Creí que lo que quería era convertirme en psicólogo y me marché a Standford, pero tras un año de aplicar electrodos a los cerebros de las ratas me convencí de que la sociología era una disciplina más idónea para estudiar a los seres humanos. Cambié de universidad varias veces y llegué a Berkeley en el verano de 1964, justo a tiempo de incorporarme al movimiento de los derechos civiles. Cuando el movimiento en pos de la libertad de expresión surgió en el campus en otoño, éramos ya veteranos en sentadas y nos sentíamos cargados de esa energía emocional que proviene de la solidaridad con miles de personas cada vez que nos detenían por la causa que fuera. Analizaba la sociología del conflicto a la vez que la experimentaba. A medida que se intensificaban la guerra del Vietnam y los conflictos raciales dentro del país, el movimiento de oposición comenzó a repudiar sus principios no violentos; a muchos nos sobrevino el desencanto y empezamos a incorporarnos al pasotismo característico del estilo de vida *hippy*. Si no perdías tu conciencia sociológica, este estilo podía ser revelador. Estudié a Erving Goffman y a Herbert Blumer (ambos profesores de Berkeley en aquel momento) y comencé a percatarme de que todos los aspectos de la sociedad —el conflicto, la estratificación, y todos los demás— se construían a partir de los rituales de interacción de nuestras vidas cotidianas.

Nunca me propuse ser profesor y, sin embargo, hasta ahora he enseñado en muchas universidades. Intenté reunir todos mis escritos en un libro *Conflict Sociology* [Sociología del conflicto] (1975), pero me pareció que debía escribir otro, *The Credential Society* [La sociedad credencial] (1979), para explicar el sistema de inflación de estatus en el que todos estamos inmersos. Me tomé demasiado en serio mi análisis, abandoné el mundo académico y durante algún tiempo me dediqué a ganarme la vida escribiendo una novela y libros de texto. Finalmente, algunos colegas me persuadieron de que volviera a enseñar. Nuestra disciplina está en un proceso de rico aprendizaje que incluye desde una nueva imagen de la historia mundial hasta los detalles micro de las emociones sociales. Mi segunda esposa, Judith McConnell, ha influido poderosamente en mí. Ella organizó a las abogadas para romper las barreras discriminatorias de la profesión legal, y ahora estoy aprendiendo de ella el trasfondo político de los altos tribunales de justicia. Hay muchísimas cosas que quedan por hacer tanto en la sociología como en la sociedad.

## Teoría del interactor

En un ensayo reciente, Joseph Berger, Dana P. Eyre, y Morris Zelditch, Jr. (1989) han propuesto lo que ellos denominan «teoría del interactor». La teoría se centra en los actores y sus interrelaciones. Los actores pueden ser individuales, pero también colectividades como organizaciones o, incluso, estados nacionales. Esto significa que la teoría del interactor puede aplicarse en cualquiera de los dos niveles de análisis. Es lo suficientemente abstracta y general, es decir, tiene una concepción bastante general del actor, como para poder situarla en ambos extremos del *continuum*. Berger y sus colegas comparan su teoría del interactor abstracto con las «teorías concretas» (por ejemplo, el interaccionismo

simbólico, la teoría del conflicto) que pueden ser aplicadas sólo en un nivel de análisis.

Existen varias teorias sociológicas del interactor «que describen los mecanismos o procesos por medio de los cuales los actores actúan en relación con otros en situaciones de acción» (Berger, Eyre, y Zelditch, 1989: 21). La unidad básica de análisis de la teoría del interactor es el «actor en su situación». La situación es «un conjunto específico de condiciones que pueden generar, definir y determinar el curso de un proceso» (Berger, Eyre, y Zelditch, 1989: 21). El enfoque sobre el actor en su situación indica que la teoria del interactor es una «teoría del proceso». El proceso en cuestión se suele animar a partir de algún tipo determinado de situación problemática. El proceso resultante se define por tres elementos. En primer lugar, de acuerdo con condiciones de la acción tales como la situación ecológica o la cantidad de información disponible. En segundo lugar, según el contexto social del proceso: el contexto estructural y/o cultural en el que sucede el proceso. En tercer lugar, el proceso tiene lugar dentro del contexto de elementos (por ejemplo, el conocimiento local) que son productos de una interacción pasada entre los actores en cuestión.

La teoría del interactor considera que los actores tienen *capacidad de acción* [*agency*], definida como «la capacidad de controlar la variación entre las propias acciones de sus actores» (Berger, Eyre, y Zelditch, 1989: 23). La naturaleza particular de esta capacidad de acción puede variar en las diferentes teorías, pero todas las teorías del interactor conciben de uno u otro modo esta capacidad. Aunque la capacidad de acción suele ser considerada una característica de los individuos, en la teoría del interactor también puede ser característica de las colectividades. En la teoría del interactor los actores no son necesariamente conscientes o intencionales. Los actores pueden incluso no ser conscientes de las pautas relacionales en las que están implicados. Sin embargo, todas las teorías de la interacción implican la existencia de varios actores, actores que forman sistemas, y estos sistemas pueden describirse en términos de las relaciones entre los actores.

La teoría del interactor se centra en una variedad de procesos, entre ellos, «el modo en que las condiciones activadoras, el contexto social, y los productos de la interacción pasada se transforman en definiciones de los actores particulares que se encuentran en situaciones determinadas; recurre a estos procesos para explicar la naturaleza, condiciones y consecuencias de procesos determinados de acción; y les exige que den cuenta del modo en que los resultados de estos procesos son transformados en elementos de la historia y del contexto social de una interacción futura» (Berger, Eyre, y Zelditch, 1989: 24). Estos procesos están gobernados por «estados» o «estructuras situacionalmente específicas, estables y relacionales» (Berger, Eyre, y Zelditch, 1989: 24). Puede apreciarse aquí un proceso dialéctico, ya que no sólo los estados determinan la conducta, sino que la conducta influye en la naturaleza del estado. En otras palabras, las teorías del interactor implican tanto la capacidad de acción como la estructura.

Como producto de la sociología estadounidense, la teoría del interactor se considera una teoría micro-macro. Sin embargo, tal y como se infiere del análisis precedente y de la terminología empleada en él, la teoría del interactor tiene más en común con las teorías que vinculan acción y estructura que estudiaremos en el Capítulo 11. Si bien se han servido de ideas derivadas del trabajo sobre la acción y la estructura, los creadores de la teoría del interactor demuestran escasa familiaridad con la literatura europea.

Lo que nos interesa es que Berger y sus colegas creen que la teoría del interactor alcanza tal nivel de abstracción que es posible aplicarla en cualquier lugar del *continuum* micro-macro de los niveles de análisis social.

## ALGUNAS DIRECCIONES PROMETEDORAS

Como hemos visto, la cuestión más preocupante que frena los avances de nuestra comprensión del vínculo micro-macro es quizás el hecho de que existen tensiones actuales entre todos los pensadores que se esfuerzan por desarrollar un enfoque integrador. Teniendo en mente el hecho de que la mayoría de los pensadores que trabajan sobre esta cuestión han recibido la influencia del extremismo micro-macro en sociología, algunos integracionistas se esfuerzan por mantenerse en una dirección micro (Collins), mientras otros defienden otros caminos (por ejemplo, Alexander). Así, amenazan con minar el naciente esfuerzo por la integración y repetir de este modo, *dentro* del esfuerzo integrador, la tensión en gran parte innecesaria entre las orientaciones micro y macro que ha dominado la teoría sociológica estadounidense durante el siglo xx. En este apartado analizaremos algunas de las vías para evitar este problema.

Los teóricos que se orientan desde el nivel macro hacia cuestiones micro y los teóricos micro que se ocupan de las cuestiones macro ofrecen una solución absolutamente insatisfactoria. Dos ejemplos que ilustran estas orientaciones son el enfoque de Alexander (1987) (que proviene del neofuncionalismo macro) sobre procesos micro tales como la tipificación, la estrategia y la invención, y el esfuerzo de Fine (1988) por delinear (desde la perspectiva micro del interaccionismo simbólico) la «realidad impenetrable» del entorno construido, de los vínculos institucionales, de la tradición y las creencias sobre la primacía organizativa. Es muy beneficioso para el desarrollo de un enfoque micro-macro integrado que los teóricos se preocupen de las realidades empíricas ubicadas en el extremo opuesto de su orientación teórica. El problema principal es la tendencia de los teóricos a permitir que sus perjuicios teóricos influyan en su trabajo en el otro extremo del *continuum* social.

Los esfuerzos más prometedores son los que intentan integrar teorías micro-macro sin mostrar predisposición hacia uno u otro tipo de teoría (por ejemplo, Hindess, 1986; Fararo y Skvoretz, 1986). Si bien esta ausencia de compromiso (Mitroff, 1974) puede conferir imparcialidad y objetividad a este tipo de trabajos, los trabajos pueden mostrar deficiencias si los teóricos carecen de un

conocimiento pleno de las perspectivas en las que trabajan o se entregan con devoción a ellas.

Otra posibilidad sería partir de uno u otro nivel en algún lugar dentro del segmento intermedio del *continuum*, desde lo que ha sido denominado el «nivel meso» en el estudio de las organizaciones formales (Hage, 1980). Hay problemas en las perspectivas del nivel meso, tal y como se manifiestan en el estudio de la sociología de las organizaciones formales. Centrarse en el nivel meso (por ejemplo, las organizaciones formales), sugiere la duda de si desde este punto pueden analizarse y manejarse los fenómenos macro. Al mismo tiempo podemos preguntarnos si estos enfoques del nivel meso nos permiten ser suficientemente microscópicos. Los análisis que parten del nivel meso tienen todavía que demostrar que son satisfactoriamente integradores.

Otra dirección prometedora implica el análisis de las relaciones que se establecen entre los niveles macro y micro. Münch y Smelser (1987) han ofrecido algunas ideas útiles siguiendo esta dirección, pero como sus ideas se inspiran en trabajos que recibieron la influencia del extremismo micro-macro, sus análisis muestran, de nuevo, lo fácil que es seguir la dirección hacia el extremo macro o hacia el micro. La utilidad de su ensayo reside en un análisis de los vínculos entre lo micro y y lo macro; el centro de atención son las relaciones más que el extremo micro o macro. Entre estas relaciones se analizan la agregación; la externalización; la creación, el mantenimiento y la reproducción de lo macro; la conformidad; la internalización; y los límites. El enfoque sobre estos procesos relacionales es inherentemente integrador y nos ayuda a evitar el extremismo micro-macro. Sin embargo, Münch y Smelser dividen estos procesos en categorías micro y macro, cayendo así, de nuevo, en la tendencia al extremismo micro-macro.

Una alternativa mucho más prometedora consiste en rechazar cualquier enfoque centrado en un sólo nivel (micro, meso, o macro) de análisis y adoptar un enfoque dialéctico intrínsecamente integrador. A pesar de las críticas del prejuicio colectivista de Alexander en sus primeras obras, hay indicios en sus obras recientes que sugieren el desarrollo de esta posición intrínsecamente integradora, la cual define lo macro en términos de lo micro y viceversa. En términos generales, el paradigma integrado de Ritzer no se centra en un sólo nivel de análisis social, sino en la relación dialéctica entre y dentro de todos los niveles.

## INTEGRACION MICRO-MACRO: LO QUE QUEDA POR HACER

Pese a que las diversas formas de extremismo micro-macro no presentan signos de desaparecer e incluso experimentarán con toda probabilidad resurgimientos periódicos, es preciso señalar que en la sociología estadounidense actual se ha establecido un sólido enfoque integrador micro-macro y lo más probable es que en un futuro inmediato siga constituyendo una alternativa atractiva. De hecho,

atraerá más partidarios por varias razones: porque algunos de los más destacados teóricos jóvenes de la disciplina lo están desarrollando, porque se está ramificando en una amplia variedad de direcciones teóricas, porque representa el redescubrimiento de una orientación que se encuentra en la base de la obra de los teóricos clásicos de la disciplina, y porque constituye un dominio amplio y complejo que plantea múltiples retos a los teóricos de la sociología.

Hace una década Kemeny señaló: «Lo más importante es tener una conciencia cada vez mayor del problema del alcance de una obra, de manera que no se adopten posiciones implícita e inconscientemente» (1967: 747). Teniendo en cuenta los desarrollos recientes es dudoso que los sociólogos actuales y futuros trabajen sin ser conscientes del alcance de su obra. En otras palabras, hoy en día es improbable que los sociólogos ignoren la cuestión de los niveles o adopten inconscientemente una posición sobre esta cuestión. Con todo, la cuestión más importante es que la integración micro-macro se erige como la problemática central de la teoría sociológica estadounidense.

A pesar de este consenso, aún queda mucho por hacer. En primer lugar, una buena parte del esfuerzo que han de hacer los sociólogos sobre la cuestión del vínculo micro-macro implica que se especifique con todo detalle la naturaleza de lo que hasta ahora ha sido sólo una orientación general. Muchos de los que trabajan sobre esta cuestión general se centran, de hecho, en cosas muy diferentes. Tienen concepciones diferentes de los fenómenos micro, de los fenómenos macro y de los vínculos entre ellos. Se requieren definiciones precisas y que los teóricos aborden las diferencias conceptuales entre su propia obra sobre esta cuestión y la de otros. En el mismo dominio se requieren más esfuerzos semejantes al realizado por Markovsky (1987) que intentó especificar las condiciones que influyen sobre el significado relativo de los fenómenos en el nivel macro y en el micro.

En segundo lugar, aunque obviamente es preciso un desarrollo continuo del trabajo sobre el vínculo micro-macro, los sociólogos deben también realizar un esfuerzo adicional *dentro* de los dominios micro y macro. Es decir, es necesario que los sociólogos centren su atención en cuestiones micro o cuestiones macro para aumentar el conocimiento que se tiene de estos dos dominios. El surgimiento de una problemática central micro-macro no excluye el esfuerzo en cada nivel. Incluso los defensores más acérrimos de un enfoque sobre los vínculos micro-macro no lo consideran el único enfoque en sociología. De hecho, los avances en el conocimiento sociológico de los niveles micro y macro enriquecen el trabajo sobre la integración micro-macro.

En tercer lugar, si bien se requiere un mayor esfuerzo dentro de los dominios micro y macro, los teóricos sociales deben asegurarse de que el esfuerzo aún inmaduro por la integración micro-macro no sea frustrado por defensores acérrimos del extremismo micro y/o macro. Aunque aumenta el esfuerzo por la integración micro-macro, existen simultáneamente algunas fuerzas teóricas muy poderosas que alejan a la sociología de su problema central y la empujan hacia el extremismo micro-macro. En otras palabras, junto al surgimiento de un con-

senso teórico existen y emergen perspectivas teóricas que amenazan la consolidación de ese consenso. A este tipo de perspectivas pertenecen las teorías extremas micro y macro que niegan o ignoran la importancia de la existencia y el significado de los fenómenos en el macro nivel, así como las teorías extremas macro que niegan o minimizan el papel de los fenómenos en el micro nivel.

También hay algunos sociólogos influyentes que se declaran explícitamente *en contra* de la posibilidad de la integración micro-macro. Uno de estos sociólogos es Peter Blau, que ha reconocido su cambio de opinión sobre esta cuestión desde que publicó su esfuerzo integrador (Blau, 1964) enmarcado en la teoría del intercambio (véase el Capítulo 7):

> Una importante cuestión acerca de la construcción de la teoría macrosociológica es su vinculación con la teoría microsociológica. Un posible enfoque es partir de principios microsociales y utilizarlos como fundamentos sobre los que construir una teoría macrosociológica. El enfoque alternativo descansa en el supuesto de que se requieren diferentes perspectivas y distintos marcos conceptuales para las teorías micro y macro, debido fundamentalmente a que los principales términos de las teorías macrosociológicas hacen referencia a las propiedades emergentes de las estructuras de la población y carecen de equivalente en el análisis microsocial. *He llegado a la conclusión de que el segundo enfoque es el único viable, al menos en esta fase del desarrollo sociológico.*
>
> (Blau, 1987b: 87; cursivas añadidas)

Así, aun cuando existe un consenso cada vez mayor en sociología sobre la integración micro-macro, es evidente que esta orientación dista de ser universal y que algunos pensadores influyentes se oponen a ella.

En cuarto lugar, los extremistas *dentro* del grupo que trabaja sobre la integración micro-macro plantean una amenaza tal vez mayor. Amenazan con dividir este movimiento intelectual y con frustrar la oportunidad de un desarrollo pleno. Los teóricos de la sociología deben ser cautelosos y evitar recrear el extremismo dentro del dominio micro-macro.

En quinto lugar, los sociólogos deben clarificar la relación entre los esfuerzos dirigidos a la integración de teorías micro y teorías macro y los encaminados a desarrollar una teoría que analice la integración de los niveles micro y macro de análisis social. Es más probable que se produzca un avance importante en el pensamiento sociológico sobre esta relación a través de trabajos que se afanen por unir los esfuerzos teóricos y los empíricos.

En sexto lugar, los teóricos sociales han de hacer un trabajo adicional sobre la relación entre el *continuum* micro-macro y otros *continua* distintos (por ejemplo, el *continuum* que va del individualismo metodológico al holismo) que han sido utilizados para analizar el mundo social. Los esfuerzos por integrar los *continua* micro-macro y objetivo-subjetivo son particularmente prometedores.

En séptimo lugar, este trabajo metateórico altamente abstracto requiere ser traducido a términos y enfoques accesibles para los que se interesan por cuestiones teóricas y empíricas concretas. En otras palabras, debe traducirse a ideas,

conceptos, herramientas, teorías y métodos que los sociólogos puedan utilizar en sus actividades profesionales.

Y finalmente, se requiere que muchos más metodólogos e investigadores empíricos aborden la cuestión micro-macro, dominada hasta nuestros días principalmente por teóricos. Entre estos esfuerzos figuran la obra de Bailey (1987) sobre los métodos micro-macro, los esfuerzos experimentales de Markovsky (1987) y la crítica de Marini (1988: 45) de los sociólogos del género que estudian fenómenos macro utilizando datos micro.

Lo más probable es que durante la década de los noventa se produzca un sutil aunque crucial cambio de acento en el trabajo sobre la integración micro-macro. En nuestros días, teniendo en cuenta el extremismo micro-macro que dominó la sociología del siglo XX, los que analizan la cuestión proceden de alguno de los dos extremos del *continuum*. El vínculo micro-macro será cada vez más ampliamente aceptado como un (el) problema teórico central, y ello conducirá a un cambio que provocará el desarrollo de orientaciones inherentemente más integradoras. Entre las direcciones prometedoras se cuentan los trabajos que integran teorías micro y macro sin predisposición alguna; el enfoque sobre el nivel micro desde una orientación macroteórica (y viceversa); el trabajo en el nivel meso; el interés por las relaciones continuas entre lo micro y lo macro; y, el más prometedor de todos, el trabajo que define lo micro en términos de lo macro y viceversa, centrado, por tanto, en una dialéctica constante. Tales esfuerzos, en particular este último, prometen llevar la tarea sobre la integración micro-macro a un nuevo nivel, un nivel en el que se hará hincapié en la *integración* o en la *síntesis*, en lugar de en uno de los extremos del *continuum* social. Este esfuerzo sintoniza con la perspectiva de Alexander y Giesen, quienes abogan por la necesidad de «establecer un punto de partida radicalmente diferente» para trazar «un vínculo micro-macro auténticamente inclusivo» (1987: 37). Como virtualmente todas las teorías existentes son perspectivas micro o macro, este cambio de acento conducirá a la necesidad de crear nuevas teorías (o nuevas combinaciones entre las diversas teorías existentes) primordialmente preocupadas por la integración. En términos generales, lo más probable es que nos alejemos de una preocupación por los niveles y/o teorías micro y macro y nos acerquemos hacia un mayor interés existencial y teórico por la sintetización.

## RESUMEN

Este capítulo analiza el importante desarrollo que se ha producido en la teoría sociológica estadounidense durante la década de los años ochenta: el aumento del interés por la integración micro-macro. Esto representa un regreso a las preocupaciones de los primeros gigantes de la teoría sociológica y un movimiento de retirada del extremismo teórico que caracterizó a la mayor parte de la teoría sociológica estadounidense del siglo XX. Si bien antes de los años ochenta se prestó cierta atención a la cuestión micro-macro, es durante esta década cuando

explota el interés por ella. Los esfuerzos procedieron de los extremos micro y macro, así como de diversos puntos intermedios entre los dos extremos. Parte de ese trabajo se centró en la integración de teorías micro y teorías macro, mientras el resto se ocupó del vínculo entre los niveles micro y macro de análisis social. Además de esta diferencia básica, hay otras diferencias importantes entre los que se esfuerzan por integrar teorías y los que se afanan por integrar niveles de análisis.

El núcleo de este capítulo es el estudio de tres ejemplos principales que ilustran el esfuerzo por integrar los niveles micro y macro de análisis social. Ritzer, Alexander y Willey desarrollaron modelos micro-macro muy semejantes del mundo social. Aunque se aprecian importantes diferencias entre los tres trabajos, sus imágenes similares del mundo social reflejan un considerable consenso entre los que se esfuerzan por vincular los niveles micro y macro de análisis social.

Un ejemplo con más limitaciones es el de Coleman, que se centra en el vínculo desde lo micro a lo macro. Este esfuerzo ha sido duramente criticado por descuidar el análisis del vínculo desde lo macro a lo micro, así como por carecer de una imagen dialéctica del mundo social. Analizamos la obra de Liska en este contexto debido a sus esfuerzos por superar las limitaciones del enfoque de Coleman y analizar también la cuestión de la relación de lo macro con lo micro. Liska acentúa la importancia de la agregación y los factores contextuales a la hora de analizar el vínculo micro-macro. A continuación analizamos la teoría posterior de Coleman, más integradora, basada en la elección racional. El esfuerzo de Collins en pos de la integración micro-macro se analiza y critica por su reduccionismo micro, su tendencia a reducir los fenómenos macro a fenómenos micro. El último ejemplo es la teoría del interactor de Berger y sus colegas, que se centra en la relación entre los actores micro y/o macro. Como la teoría del interactor de Berger es abstracta, permite su aplicación tanto en el nivel micro como en el macro.

Estudiamos algunas nuevas direcciones prometedoras en el esfuerzo por la integración micro-macro. Una de estas direcciones implica a los teóricos micro que trabajan sobre cuestiones macro y viceversa. Aún más prometedor es el esfuerzo sobre la cuestión del vínculo realizado por los que no están predispuestos hacia un sólo nivel de análisis. Son también importantes los trabajos que parten del nivel meso y trabajan fuera de los niveles micro y macro. Luego están los esfuerzos por analizar las relaciones constantes entre lo micro y lo macro. Los trabajos que se centran en las relaciones dialécticas entre todos los niveles de análisis social son los más prometedores.

Este capítulo termina con un análisis de lo que aún les queda por hacer a los teóricos sociales interesados por la relación micro-macro.

CAPITULO **11**

# INTEGRACION ACCION-ESTRUCTURA

## INTRODUCCION

Como hemos señalado en el capítulo anterior, al mismo tiempo que crecía el interés entre los teóricos estadounidenses de la sociología por la cuestión micro-macro, aumentaba entre los teóricos europeos la preocupación por la relación entre la acción y la estructura. Por ejemplo, Margaret Archer afirmó que «el problema de la estructura y la acción ha llegado a ser considerado acertadamente como la cuestión básica de la teoría social moderna» (1988: ix). Esta autora señala de hecho que el análisis de este vínculo (y de otros por él implicados) se ha convertido en «la prueba del ácido» de una teoría social general y en el «problema central» de la teoría (Archer, 1988: x). Antes que Archer, Dawe llegó a señalar: «*He aquí, pues, la problemática en torno a la que se escribe la historia del análisis sociológico: la problemática de la acción humana*» (1978: 379). En la preocupación de Dawe por la capacidad de acción se encuentra implícito un interés por la estructura social, así como por la tensión constante entre ellas [1].

Así, muchos observadores de ambos lados del Atlántico han coincidido en el surgimiento de lo que parece ser un nuevo consenso. No sólo se aprecian acuerdos aparentes entre los Estados Unidos y Europa, sino semejanzas superficiales entre las terminologías de la cuestión micro-macro y de la acción-estructura, y sus orientaciones parecen implicar la posibilidad de un consenso internacional en teoría social.

Se diría que esta armonía es una buena noticia para la teoría social, durante mucho tiempo caracterizada por profundas diferencias y cierta incapacidad de comunicación entre las fronteras teóricas. Desafortunadamente, a pesar del uso de términos semejantes, el consenso que ha surgido en los Estados Unidos difiere ligeramente del europeo. Además, pueden apreciarse diferencias sustanciales entre las literaturas europea y estadounidense. Así, este aparente consenso parece bastante superficial y se desvanece considerablemente debido a las diferencias entre y dentro de la teoría social contemporánea en los Estados Unidos y en Europa.

Encontramos una preocupación por el vínculo entre la acción y la estructura en los trabajos de varios teóricos que escriben dentro de la tradición europea, entre los que destacan: la teoría de la estructuración de Giddens (1979, 1982, 1984); el interés de Archer por la morfogénesis (1982) y su preocupación posterior por el vínculo entre la cultura y la acción (1988); la distinción de Bourdieu (1977, 1984) entre *habitus* y campo; el esfuerzo de Habermas (1984, 1987) por integrar el mundo de la vida y el sistema; la teoría del sistema de normas sociales de Burns (1986; Burns y Flam, 1986); el análisis de Lukes (1977; véase también Layder, 1985) del poder y la estructura; la estructuración histórica de Abrams (1982); la cuestión de la autoproducción de la sociedad de Tou-

[1] De hecho, el concepto de acción se utiliza a menudo en un sentido que lleva implícito una preocupación por la estructura (Abrams, 1982: xiii).

raine (1977); y la teoría de juegos de Crozier y Friedberg (1980). Antes de continuar es preciso definir los modos en los que se utilizan los términos *acción* y *estructura* y compararlos con la terminología de la cuestión micro-macro.

En una visión superficial, las cuestiones micro-macro y acción-estructura parecen similares y suelen ser consideradas como si fueran muy semejantes. He tendido a considerar los trabajos que se ocupan de la acción y la estructura como parte de la preocupación por el vínculo micro-macro (Ritzer, 1990a). De modo similar, Archer (1988) afirma que la cuestión acción-estructura connota una preocupación por la relación micro-macro (así como por la relación voluntarismo-determinismo y subjetivismo-objetivismo). Estas posiciones parecen justificadas debido al hecho de que, después de todo, parece haber una estrecha relación entre el nivel micro y el actor y el nivel macro y la estructura. Es decir, la hay *si* estamos pensando en agentes humanos individuales (micro) y en la estructura social a gran escala (macro). Sin embargo, existen otros modos de enfocar las cuestiones de la acción-estructura y de lo micro-macro que evidencian con claridad importantes diferencias entre estas dos conceptualizaciones.

Por lo general, la *acción* hace referencia al nivel micro, a los actores humanos individuales, pero también puede hacer referencia a la actuación de colectividades (macro). Por ejemplo, Burns considera que los agentes humanos implican «individuos, así como grupos organizados, organizaciones y naciones» (1986: 9). Touraine analiza las clases sociales como actores. Si aceptamos que estas colectividades son agentes, entonces no es posible equiparar la capacidad de acción y los fenómenos en el nivel micro. Por otro lado, mientras la *estructura* suele hacer referencia a las grandes estructuras sociales, también puede implicar estructuras micro tales como las implicadas en la interacción humana. La definición de Giddens de *sistemas* (que se aproxima más al significado usual de estructura que a su propio concepto de estructura) implica ambos tipos de estructuras, puesto que en sus términos son «relaciones reproducidas entre actores o colectividades» (1979: 66). Así, tanto la capacidad de acción como la estructura pueden hacer referencia a fenómenos del nivel micro o del nivel macro, o a ambos tipos de fenómenos.

Retomando la distinción micro-macro, lo *micro* suele hacer referencia al tipo de actor consciente y creativo que preocupa a muchos teóricos de la acción, pero también puede hacer referencia a un «actuante» menos consciente que interesa a los conductistas, a los teóricos del intercambio y a los teóricos de la elección racional. De modo similar, el término *macro* puede hacer referencia no sólo a las grandes estructuras sociales, sino también a las culturas de las colectividades. Así, lo micro puede o no hacer referencia a los «agentes» y lo macro puede o no hacer referencia a las «estructuras».

Si analizamos detenidamente los esquemas micro-macro y acción-estructura, apreciamos que hay diferencias sustanciales entre ellos. Debido a que los teóricos estadounidenses tienden a centrarse en el vínculo micro-macro (Berger, Eyre, y Zelditch, 1989, son una excepción) y los europeos en la relación

entre acción y estructura, hay importantes diferencias entre los consensos estadounidense y europeo.

Antes de seguir con este análisis general de la literatura acción-estructura, así como con su relación con la literatura micro-macro, estudiaremos en detalle los principales ejemplos de este género de literatura. Este estudio nos proporcionará una comprensión mayor de la naturaleza general de los trabajos sobre la acción y la estructura.

## PRINCIPALES EJEMPLOS DE INTEGRACION ACCION-ESTRUCTURA

### Anthony Giddens: teoría de la estructuración

Uno de los esfuerzos más conocidos y esmerados por integrar la acción y la estructura es la teoría de la estructuración de Giddens (I. Cohen, 1989; Held y Thompson, 1989). Giddens (1976: 8) nos presentó esta teoría en la década de los años setenta, pero su forma más desarrollada nos la expone en su libro *The Constitution of Society* [La constitución de la sociedad] (1984), subtitulado *Outline of the Theory of Agengy* [Bosquejo de una teoría de la acción]. En este libro, Giddens llega a decir: «Toda investigación en ciencias sociales o en historia se ha preocupado por la relación entre la acción y la estructura... en ningún caso la estructura «determina» la acción o viceversa» (1984: 219).

Aunque no es marxista, puede apreciarse en la obra de Giddens una poderosa influencia marxista, e incluso él mismo considera que su libro *The Constitution of Society* constituye una reflexión sobre el *dictum* inherentemente integrador de Marx: «Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen como ellos quieren, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo circunstancias directamente dadas y heredadas del pasado» (1869/1963: 15)[2].

La teoría de Marx es sólo una de las muchas influencias teóricas que se aprecian en la teoría de la estructuración. En uno u otro momento Giddens analizó y criticó las orientaciones teóricas más importantes para derivar de ellas una serie de ideas útiles. La teoría de la estructuración es extraordinariamente ecléctica.

Giddens examina una amplia gama de teorías que parten bien del actor/individuo (por ejemplo, el interaccionismo simbólico) o de la sociedad/estructura (por ejemplo, el funcionalismo estructural) y rechaza ambas alternativas extremas. Antes bien, Giddens señala que debemos arrancar de las «prácticas

[2] Estoy de acuerdo con atribuir a Marx un papel central en la teoría de la estructuración y, en términos generales, en las teorías que integran acción y estructura. En mi propia obra metatórica concluyo que la obra de Marx constituye el mejor «ejemplo de paradigma sociológico integrado» (Ritzer, 1981a: 232).

sociales recurrentes» (1989: 252). Y concretando, afirma: «De acuerdo con la teoría de la estructuración, el dominio básico del estudio de las ciencias sociales no es ni la experiencia del actor individual, ni la existencia de cualquier forma de totalidad social, sino las prácticas sociales ordenadas a través del tiempo y en el espacio» (Giddens, 1984: 2).

En el centro de la teoria de la estructuración de Giddens, que se enfoca hacia las prácticas sociales, se encuentra una teoria de la relación entre la acción y la estructura. Según Bernstein, «en el núcleo de la teoría de la estructuración» está «el propósito de iluminar la dualidad de la acción y la estructura y su interacción dialéctica» (1989: 23). Así, acción y estructura no pueden concebirse por separado, son las dos caras de una misma moneda. En términos de Giddens, constituyen una dualidad (en el próximo apartado analizaremos la crítica de Archer de esta orientación). Toda acción social implica estructura, y toda estructura implica acción social. Acción y estructura se encuentran inextricablemente intrincadas en toda actividad o práctica humana.

Como hemos señalado más arriba, el punto de partida del análisis de Giddens son las prácticas humanas, pero este autor insiste en que deben ser consideradas como recurrentes. Es decir, las actividades no son «creadas por los actores sociales, sino continuamente recreadas por ellos a través de los diversos medios por los que se expresan a sí mismos como actores. Por medio de sus actividades los agentes producen las condiciones que hacen posibles esas actividades» (Giddens 1984: 2). Así, no es la conciencia la que, mediante la construcción social de la realidad, produce las actividades, ni es la estructura social la que las crea. Antes bien, en su expresión como actores, las personas se implican en la práctica, y mediante esa práctica se producen la conciencia y la estructura. Held y Thompson, en su análisis del carácter recurrente de la estructura, afirman que «la estructura se reproduce en y mediante la sucesión de prácticas situacionales organizadas por ella» (1989: 7). Lo mismo puede señalarse por lo que respecta a la conciencia. A Giddens le preocupa la conciencia o reflexividad. Sin embargo, con su reflexividad, el actor humano no sólo es autoconsciente, sino que se implica también en el control del flujo constante de las actividades y las condiciones estructurales. Esto condujo a Bernstein a afirmar que la «acción en sí está reflexiva y recurrentemente implicada en las estructuras sociales» (1989: 23). En términos generales, puede afirmarse que la preocupación central de Giddens es el proceso dialéctico mediante el que se producen la práctica, la estructura y la conciencia. Así, Giddens analiza la cuestión de la acción y la estructura con un enfoque dinámico, procesual e histórico.

No sólo son reflexivos los actores sociales, lo son también los investigadores que los estudian. Esto conduce a Giddens a sus conocidas ideas sobre la «doble hermenéutica». Tanto los actores sociales como los sociólogos utilizan el lenguaje. Los actores utilizan el lenguaje para explicar lo que hacen, y los sociólogos, a su vez, se sirven del lenguaje para dar cuenta de las acciones de los actores sociales. Así, es preciso que nos ocupemos de la relación entre el lenguaje de los legos y el científico. En particular, nosotros hemos de ser cons-

cientes del hecho de que la comprensión que tiene el científico social del mundo puede conducir a una comprensión errónea de los actores que están siendo estudiados. En este sentido, los investigadores sociales pueden alterar el mundo que están estudiando y llegar así a conclusiones y hallazgos distorsionados.

Pasemos a analizar algunos de los principales componentes de la teoría de la estructuración de Giddens. Empezamos por sus reflexiones sobre los agentes, quienes, como ya hemos visto, controlan continuamente sus propios pensamientos y actividades, así como sus contextos físicos y sociales. Los actores tienen la capacidad de la racionalización, que para Giddens significa el desarrollo de rutinas que les capacitan para manejar eficazmente la vida social. Los actores también tienen motivaciones para actuar, y estas motivaciones implican deseos que impulsan la acción. Así, mientras la racionalización y la reflexividad están constantemente implicadas en la acción, es más apropiado considerar que las motivaciones son potenciales para la acción. Las motivaciones proporcionan planes generales para la acción, pero, desde el punto de vista de Giddens, la mayor parte de nuestra acción no está directamente motivada. Aunque esta acción no está motivada y nuestras motivaciones suelen ser inconscientes, las motivaciones desempeñan un importante papel en la conducta humana.

También dentro del reino de la conciencia Giddens hace una distinción (permeable) entre conciencia práctica y discursiva. La *conciencia discursiva* implica la capacidad de expresar con palabras las cosas. La *conciencia práctica* implica sólo lo que hacen los actores y no entraña su capacidad de expresar lo que hacen con palabras. Este último tipo de conciencia es el más importante en la teoría de la estructuración, reflejando un interés primordial por lo que se hace más que por lo que se dice.

Con este acento sobre la importancia de la conciencia práctica, la teoría de la estructuración se desliza suavemente desde los agentes a la acción, a las cosas que los agentes *hacen* realmente. «La capacidad de acción sugiere la existencia de eventos perpetrados por un individuo... Lo que ocurrió no hubiera ocurrido sin la intervención de ese individuo» (Giddens, 1984: 9). Así, Giddens concede una enorme importancia (sus críticos afirman que demasiada) a la capacidad de acción. Giddens encontró serias dificultades en su esfuerzo por separar la acción de las intenciones porque afirmaba que la acción terminada difiere considerablemente de la acción inicial y su intención; en otras palabras, los actos intencionados suelen tener consecuencias inesperadas. La idea de las consecuencias inesperadas desempeña un papel relevante en la teoría de Giddens, y es particularmente importante para trasladarnos del nivel de la acción al del sistema social.

En consonancia con su acento sobre la acción, Giddens atribuye gran poder al agente. Dicho de otro modo, los agentes de Giddens tienen la capacidad de introducir cambios en el mundo social. Es más, los agentes no tienen sentido alguno si carecen de esa capacidad; es decir, un actor deja de ser un agente si pierde la capacidad de introducir cambios. Por supuesto, Giddens reconoce que existen constreñimientos sobre los actores, pero esto no significa que los actores

no tengan elección ni puedan transformar las situaciones. Para Giddens, esta capacidad es más importante que la subjetividad, porque la acción implica poder o la capacidad para transformar la situación. Así, la teoría de la estructuración de Giddens atribuye gran poder al actor y, por ello, se opone a las teorías que se desvían de esta orientación y asignan más importancia a la intención del actor (la fenomenologia), o a la estructura externa (el funcionalismo estructural).

El núcleo conceptual de la teoría de la estructuración reside en las ideas de estructura, sistema y dualidad de estructura. El concepto de *estructura* se define como «las propiedades estructuradoras [*normas y recursos*]... las propiedades que hacen posible la existencia de prácticas sociales discerniblemente similares a través de los diferentes periodos de tiempo y espacios que les dan su forma sistémica» (Giddens, 1984: 17). La estructura se hace posible debido a la existencia de normas y recursos. Las estructuras *per se* no existen en el tiempo ni en el espacio. Antes bien, los fenómenos sociales tienen la capacidad de pasar a estar estructurados. Giddens sostiene que «la estructura sólo existe en y mediante las actividades de los agentes humanos» (1989: 256). Así, Giddens ofrece una definición muy inusual de *estructura* que no sigue la pauta durkheimiana de considerar las estructuras como externas y coercitivas para los actores. Giddens se cuidó mucho de evitar la impresión de que la estructura es «exterior» o «externa» a la acción humana. «Tal y como yo uso el concepto, la estructura es lo que moldea y da forma a la vida social, pero no es *per se* esa forma» (Giddens, 1989: 256). Como Held y Thompson señalaron, la estructura para Giddens no es un armazón «como las vigas maestras de un edificio o el esqueleto de un cuerpo» (1989: 4).

Giddens no niega el hecho de que la estructura pueda constreñir la acción, pero cree que los sociólogos han exagerado la importancia de tal constricción. Además, han ignorado la relevancia del hecho de que la estructura «es *siempre* constrictiva *y* capacitadora» (Giddens, 1984: 25, 163; cursivas añadidas). Las estructuras suelen permitir a los agentes hacer cosas que no podrían hacer sin ellas. Aunque Giddens concede menor importancia a la constricción estructural, reconoce que los actores pueden perder el control de las «propiedades estructurales de los sistemas sociales» si se distancian temporal o espacialmente de ellas. Sin embargo, tiene la precaución de evitar la imagen weberiana de la jaula de hierro y señala que esta pérdida de control *no* es inevitable.

La concepción sociológica convencional de estructura se aproxima más al concepto de sistema social de Giddens (Thompson, 1989: 60). Giddens define el *sistema social* como un conjunto de prácticas sociales reproducidas o «relaciones reproducidas entre actores o colectividades organizadas como prácticas sociales regulares» (1984: 17, 25). Así, la idea de sistema social de Giddens se deriva de su preocupación central por la práctica. Los sistemas sociales *no* tienen estructuras, sino que exhiben propiedades estructurales. Las estructuras no existen *per se* en el tiempo y el espacio, sino que se manifiestan dentro de lo sistemas sociales en la forma de prácticas reproducidas. Si bien algunos sistemas sociales pueden ser el producto de una acción intencionada, Giddens con-

cede mayor importancia al hecho de que esos sistemas suelen constituir las consecuencias inesperadas de la acción humana. Estas consecuencias inesperadas pueden convertirse en condiciones desconocidas de la acción y realimentarla de nuevo. Estas condiciones pueden dificultar los esfuerzos por controlarlas, pero no destruir los esfuerzos de los actores por ejercer ese control.

Por tanto, las estructuras se «concretan» en sistemas sociales. Además, se manifiestan en «recuerdos que orientan la conducta de los agentes humanos cognoscibles» (Giddens, 1984: 17). A resultas de lo cual, las normas y los recursos se manifiestan tanto en el nivel macro de los sistemas sociales como en el nivel micro de la conciencia humana.

Estamos ahora preparados para la definición del concepto de *estructuración*, cuya premisa es la idea de que «la constitución de los agentes y la de las estructuras no son dos conjuntos independientes dados de fenómenos, un dualismo, sino que representa una dualidad... las propiedades estructurales de los sistemas sociales son tanto un medio como un producto de las prácticas que organizan recurrentemente», o «el momento de la producción de la acción es también el de la reproducción en los contextos de la realización cotidiana de la vida social» (Giddens, 1984: 25, 26). Claramente, la estructuración implica la relación dialéctica entre estructura y acción. Estructura y acción constituyen una dualidad; no pueden existir la una sin la otra.

Como se indica más arriba, el *tiempo* y el *espacio* constituyen variables cruciales en la teoría de Giddens. Ambas dependen de si las otras personas están presentes temporal o espacialmente. La condición primordial es la interacción cara a cara, en la que los otros están presentes en el mismo tiempo y espacio. Sin embargo, unos sistemas sociales se extienden en el tiempo y el espacio, mientras otros dejan de estar presentes. Este distanciamiento en términos de tiempo y espacio es cada vez más posible en el mundo moderno debido a sus nuevas formas de comunicación y transporte. Gregory (1989) señala que Giddens dedica más atención al tiempo que al espacio. Saunders, subrayando la importancia del espacio, mantiene que «todo análisis sociológico que pretende descubrir *por qué* y *cómo* suceden las cosas tiene necesariamente que tener en cuenta *dónde* (y cuando) suceden» (1989: 218). La cuestión sociológica central del orden social depende del grado de integración de los sistemas sociales en el tiempo y el espacio. Uno de los logros más ampliamente reconocidos de Giddens en el dominio de la teoría social es su esfuerzo por llevar a debate las cuestiones de espacio y tiempo.

Terminamos este apartado acercando a la realidad la sumamente abstracta teoría de la estructuración de Giddens mediante un breve análisis del programa de investigación que se puede derivar de ella. En primer lugar, en vez de centrarse en las sociedades humanas, la teoría de la estructuración se concentra en «el ordenamiento de las instituciones a través del tiempo y el espacio» (Giddens, 1989: 300). (Giddens considera las instituciones como conjuntos de prácticas e identifica cuatro de éstos: órdenes simbólicos, instituciones políticas, instituciones económicas y derecho.) En segundo lugar, de ella se desprende una pre-

ocupación central por los cambios que experimentan las instituciones en el tiempo y el espacio. En tercer lugar, es preciso que los investigadores se interesen por los modos en los que los líderes de las diversas instituciones introducen o alteran pautas sociales. Y en cuarto lugar, los estructuracionistas deben controlar y considerar la influencia de sus hallazgos sobre el mundo social. En términos generales, Giddens se muestra profundamente preocupado por «el impacto fragmentador de la modernidad» (1989: 301), y el estructuracionista debe estudiar este problema social acuciante.

Quedan más cosas por señalar acerca de la teoría de la estructuración de las que ya hemos expuesto: Giddens estudia en detalle los elementos teóricos que acabamos de esbozar y analiza muchos otros. Analiza, integra y/o critica una amplia serie de ideas teóricas. Durante los últimos años ha dedicado cada vez más atención a la utilización de esta teoría para analizar con actitud crítica el mundo moderno (Giddens, 1990). A diferencia de muchos otros, Giddens ha hecho algo más que exponer un programa para la integración acción-estructura; nos ha ofrecido un análisis detallado de sus diversos elementos y, lo que es más importante, se ha ocupado de la naturaleza de su interrelación. Lo que más nos satisface del enfoque de Giddens es que su preocupación central, la estructuración, se define en términos intrínsecamente integradores. La constitución de los agentes y las estructuras no son independientes una de otra; las propiedades de los sistemas sociales son consideradas como medios y productos de las prácticas de los actores, y esas propiedades de los sistemas organizan recurrentemente las prácticas de los actores.

## Margaret Archer: cultura y acción

Margaret Archer (1988) ha orientado recientemente la literatura de la acción-estructura en una nueva dirección al centrarse en el vínculo entre la acción y la cultura. Este enfoque se deriva de hecho de un trabajo anterior suyo (1982) donde critica la teoría de la estructuración de Giddens y esboza una teoría de sistemas alternativa a ella (véase el Capítulo 9). Comenzaremos por su trabajo de 1982 porque nos proporciona un trasfondo para su teoría posterior de la cultura y la acción.

Archer se centra en la *morfogénesis*; tomada de la teoría de sistemas, la morfogénesis implica el proceso mediante el que los diversos intercambios complejos no sólo producen cambios en la estructura del sistema, sino que también constituyen un producto final: la elaboración estructural. (Recuerde el lector que la morfogénesis hace referencia al cambio y la morfoestasis a la ausencia de cambio.) Esto implica que existen propiedades emergentes separables de las acciones y las interacciones que las produjeron. Una vez que las estructuras han emergido, reaccionan frente a la acción y la interacción y las alteran. La perspectiva morfogenética analiza esta cuestión en el tiempo, y considera la existencia de secuencias infinitas y ciclos de cambio estructural, de alteraciones en la acción y la interacción y de elaboración estructural.

Una diferencia clave entre Giddens y Archer es que el primero defiende las dualidades —criticada por Archer—, mientras la segunda defiende la utilidad del uso (analitico) de los dualismos para analizar el mundo social. En opinión de Archer, estructura (y cultura) y acción son elementos analíticamente distintos, aun cuando se encuentran intrincados en la vida social. Es evidente que se refiere a Giddens cuando señala que «muchos pensadores han concluido demasiado deprisa que nuestra tarea es analizar simultáneamente ambas caras del mismo medallón... [Esto] impide la posibilidad de examinar la interacción entre ellas a través del tiempo... Por tanto, debemos oponernos a cualquier forma de conceptualización que impida el examen de esta interacción» (Archer, 1988: xii). El mayor temor de Archer es la idea de que pensar en términos de dualidades de «partes» y «personas» significa «la imposibilidad de desenredar y descubrir las influencias de unas sobre otras y viceversa» (1988: xiv).

En nuestra opinión, tanto las dualidades como los dualismos desempeñan su papel en el análisis del mundo social. En algunos casos es útil separar la estructura de la acción o lo micro de lo macro para analizar el modo en que se relacionan entre sí. Sin embargo, en otros casos puede ser preferible analizar la estructura y la acción o lo micro y lo macro como dualidades inseparables. De hecho, el grado en el que el mundo social se caracteriza por dualidades o por dualismos constituye una cuestión empírica. Es decir, en algunos casos es preferible analizar el entorno social utilizando dualidades y en otros, sin embargo, pueden ser más útiles los dualismos. Lo mismo puede señalarse por lo que respecta a los diferentes momentos en el tiempo. Debemos ser capaces de estudiar y medir el grado de dualidades y dualismos en cualquier entorno social y en cualquier momento.

Una segunda crítica que hace a Giddens es que su teoría de la estructuración no parece tener ningún resultado final. Nos ofrece un ciclo infinito de acción y estructura que carece de dirección. En cambio, el enfoque morfogenético de Archer se encamina hacia la elaboración estructural. Muchos otros han criticado a Giddens desde el mismo enfoque de Archer, pero lo que más nos interesa aquí es que la morfogénesis constituye el trasfondo de la teoría de la cultura y la acción y desempeña un papel crucial en ella.

Archer parte de la premisa de que el problema de la estructura y la acción ha «ensombrecido» la cuestión de la cultura y la acción. Como muchos otros sociólogos, hace una distinción entre ellas. Sin embargo, esta distinción es conceptual, puesto que la estructura y la cultura están obviamente intrincadas en el mundo real. Mientras la estructura constituye el reino de los fenómenos e intereses materiales, la cultura entraña fenómenos no materiales e ideas. No sólo son sustantivamente diferentes, sino también relativamente autónomas. Asi, en opinión de Archer, estructura y cultura deben analizarse como elementos relativamente autónomos, y no como si estuvieran «estrechamente abrazados debido a un defecto conceptual» (1988: ix). Sin embargo, a pesar del resurgimiento de la «sociología cultural» (Lamont y Wuthnow, 1990), el análisis cultural va a la zaga del análisis estructural. (Archer describe el «análisis cultural como una

relación pobre» [1988: xii]; y afirma que a ello se debe el hecho de que apenas existen análisis de la relación entre la cultura y la acción.)

En la teoría morfogenética el análisis en el reino de la estructura se centra en el modo en que el condicionamiento estructural influye sobre la interacción social y en el modo en que ésta, a su vez, conduce a la elaboración estructural. En el reino cultural la preocupación paralela se dirige hacia el modo en que el condicionamiento cultural influye sobre la interacción sociocultural y, de nuevo, hacia el modo en que esto conduce a la elaboración estructural. En ambos casos se asigna una importancia central al tiempo. El condicionamiento cultural hace referencia a las partes o los componentes del sistema cultural. La interacción sociocultural implica las relaciones entre los agentes culturales. La relación entre el condicionamiento cultural y la interacción sociocultural es, por tanto, una variante cultural de la cuestión estructura-acción.

Archer parte del sistema cultural «porque toda acción socio-cultural, en cualquier momento histórico en el que se sitúe, se realiza en el contexto de innumerables teorías, creencias e ideas interrelacionadas que se han desarrollado previamente a ella y que, como veremos, ejercen una influencia condicional sobre ella» (1988: xix). El sistema sociocultural precede a la acción e interacción sociocultural, e influye y es influido por esta acción. Finalmente, la elaboración estructural es posterior a la acción y a la interacción sociocultural, así como a los cambios inducidos en ellas debido a las alteraciones en el sistema sociocultural. El interés de Archer es explicar no sólo la elaboración cultural en general, sino también sus manifestaciones específicas. He aquí el modo en que Archer resume su enfoque dialéctico y temporal sobre la relación entre los tres «estadios»: «Así, la elaboración cultural es el futuro forjado en el presente y extraído de la herencia del pasado mediante una innovación constante» (1988: xxiv).

En la teoría de Archer hay también una dimensión relativa al conflicto y al orden. Las partes del sistema cultural pueden ser contradictorias o complementarias. Esto ayuda a determinar si los agentes se implicarán en relaciones conflictivas u ordenadas. A su vez, estas relaciones ayudan a determinar si las relaciones culturales son estables o cambiantes.

En términos de la acción, la preocupación de Archer es especificar los modos en los que el sistema cultural influye sobre la acción sociocultural. Se interesa además por la influencia de las relaciones sociales sobre los agentes. He aquí pues la cuestión de los modos en los que los agentes responden o reaccionan al sistema cultural. Archer expresa así su preocupación central por el nexo cultura-acción: «Nuestro interés primordial por el sistema cultural reside precisamente en su doble relación con la acción humana, es decir, su influencia sobre nosotros... y nuestra influencia sobre él» (1988: 143). Los agentes tienen la capacidad de debilitar o de reforzar la influencia del sistema cultural.

Aunque Archer defiende el estudio de la relación entre la cultura y la acción bajo la denominación general de «morfogénesis», su principal objetivo es un análisis unificado de la relación entre la estructura, la cultura y la acción. Será

preciso, pues, analizar la influencia recíproca de la estructura y la cultura así como la influencia relativa de ambas sobre la acción.

Archer cree que la cultura está en el mismo nivel que el sistema social y que puede analizarse utilizando una perspectiva similar a la de la teoría de sistemas. Distingue su enfoque de la cultura de tres orientaciones principales. La primera es la idea de la fusión descendente, o noción de que la cultura es un macrofenómeno que influye sobre los actores. La segunda es la fusión ascendente, o idea de que un grupo impone su visión del mundo a otros grupos. Finalmente, tenemos la fusión central, que Archer relaciona con Giddens. Esta última perspectiva forma parte de la crítica de Archer al pensamiento de Giddens sobre las dualidades, y hace referencia a su negativa a analizar por separado el sistema cultural y el nivel sociocultural. Así expresa Archer su posición: «La cultura es el producto de la acción humana, pero, al mismo tiempo, toda forma de interacción social está encuadrada en ella» (1988: 77-78).

En la base de la teoría de Archer encontramos cuatro ideas generales. En primer lugar, el sistema cultural se compone de elementos que mantienen una relación lógica entre ellos. En segundo lugar, el sistema cultural ejerce una influencia causal sobre el sistema sociocultural. En tercer lugar, hay una relación causal entre los individuos y los grupos que existen en el nivel sociocultural. Y finalmente, los cambios en el nivel sociocultural conducen a la elaboración del sistema cultural.

Es evidente que Archer apenas ha excavado la superficie del análisis de la relación entre la cultura y la acción. Debe hacerse un esfuerzo mayor en la exploración de este reino asi como en la integración de los análisis cultural y estructural desde una perspectiva morfogenética.

## Pierre Bourdieu: *habitus* y campo

Una perspectiva comparable a la de Giddens en muchos sentidos y por sus similares ambiciones es la teoría de Pierre Bourdieu, que se centra en la relación dialéctica entre *habitus* y *campo*. Antes de definir estos dos términos y analizar su relación, es preciso exponer el telón de fondo teórico de la perspectiva de Bourdieu.

El impulso de la teoría de Bourdieu (1984: 483) fue su deseo de superar la oposición entre objetivismo y subjetivismo que a sus ojos es falsa. Como Bourdieu señala: «la firme intención (y, en mi opinión, la más importante) que guía mi trabajo ha sido superar» la oposición entre objetivismo y subjetivismo (1989: 15). Bourdieu ubica en el campo del objetivismo a Durkheim y su estudio de los hechos sociales, al estructuralismo de Saussure, a Lévi-Strauss y a los marxistas estructurales (véase el Capitulo 9). Critica estas perspectivas por centrarse en las estructuras objetivas e ignorar el proceso de la construcción social mediante el cual los actores perciben, piensan y construyen esas estructuras para luego actuar sobre esa base. Los objetivistas ignoran la acción y el agente, y Bourdieu se muestra a favor de una perspectiva estructuralista que no pierde de vista al

agente. Considera la fenomenología de Schutz, el interaccionismo simbólico de Blumer y la etnometodología de Garfinkel como ejemplos de subjetivismo centrados en el modo en que los agentes piensan, explican o representan el mundo social ignorando las estructuras objetivas en las que esos procesos existen. Bourdieu cree que estas teorías se centran en la acción e ignoran la estructura. El, en cambio, se centra en la relación dialéctica entre las estructuras objetivas y los fenómenos subjetivos:

> Por un lado, las estructuras objetivas... forman la base para... las representaciones y constituyen las constricciones estructurales que influyen en las interacciones: pero, por otro lado, estas representaciones deben también tenerse en cuenta particularmente si deseamos explicar las luchas cotidianas, individuales y colectivas, que transforman o preservan estas estructuras.
>
> (Bourdieu, 1989: 15)

Para evitar el dilema objetivista-subjetivista, Bourdieu (1977: 3) se centra en la *práctica*, considerada por él como el producto de la relación dialéctica entre la acción y la estructura. Las prácticas no están objetivamente determinadas ni son el producto del libre albedrío. (Otra razón por la que Bourdieu se centró en la práctica es que esta preocupación evita el a menudo irrelevante intelectualismo que él relaciona con el objetivismo y el subjetivismo).

Su interés por la dialéctica entre la estructura y el modo en que las personas construyen la realidad social se refleja en la denominación que da Bourdieu a su propia orientación: «estructuralismo constructivista» (o «constructivismo estructuralista»). Suscribe, al menos en parte, una perspectiva estructural, pero una que difiere del estructuralismo de Saussure y Lévi-Strauss (así como del marxismo estructural). Mientras aquéllos se centraron en las estructuras del lenguaje y la cultura, Bourdieu afirma que las estructuras también existen en el mundo social. Cree que las «estructuras objetivas son independientes de la conciencia y la voluntad de los agentes, que son capaces de guiar y constreñir sus prácticas o sus representaciones» (1989: 14). Simultáneamente adopta una posición constructivista que le permite analizar la génesis de los esquemas de percepción, pensamiento y acción, así como de las estructuras sociales.

Aunque Bourdieu se esfuerza por vincular el estructuralismo y el constructivismo, y lo logra en cierta medida, hay en su trabajo un sesgo hacia el estructuralismo. Por esta razón se le ha considerado (junto a Foucault y a otros; véase el Capítulo 9) un posestructuralista. En su obra se percibe más continuidad con el estructuralismo que con el constructivismo. A diferencia del enfoque de muchos otros (por ejemplo, de los fenomenólogos y los interaccionistas simbólicos), el constructivismo de Bourdieu ignora la subjetividad y la intencionalidad. Cree importante incluir dentro de su sociología el modo en que las personas, sobre la base de su posición en el espacio social, perciben y construyen el mundo social. Sin embargo, la percepción y la construcción que tienen lugar en el mundo social es animada y constreñida por las estructuras. Podemos situar su interés primordial en la relación «entre las estructuras sociales y las

estructuras mentales» (Bourdieu, 1984: 471). Así, las llamadas sociologías creativas no encuentran acomodo en la perspectiva de Bourdieu, a la que definirían simplemente como un estructuralismo algo más adecuado. Pero encontramos un actor dinámico en la teoría de Bourdieu, un actor con la capacidad de «*invención inintencionada* de la improvisación regulada» (1977: 79). El núcleo del trabajo de Bourdieu, y de su esfuerzo por vincular subjetivismo y objetivismo, reside en sus conceptos de habitus y campo, así como en su interrelación dialéctica. Mientras el habitus existe en la mente de los actores, los campos existen fuera de sus mentes. Examinemos en detalle estos dos conceptos.

***Habitus.*** Comenzamos por el concepto por el que Bourdieu es más conocido: el habitus. El *habitus* [3] incluye las «estructuras mentales o cognitivas» mediante las cuales las personas manejan el mundo social. Las personas están dotadas de una serie de esquemas internalizados por medio de los que perciben, comprenden, aprecian y evalúan el mundo social. Mediante estos esquemas las personas producen sus prácticas y las perciben y evalúan. Dialécticamente el habitus es «el producto de la internalización de las estructuras» del mundo social (Bourdieu, 1989: 18). De hecho, podemos concebir el habitus como «estructuras sociales "internalizadas" y "encarnadas"» (Bourdieu, 1984: 468). Reflejan las divisiones objetivas en la estructura de clases, como los grupos de edad, los géneros y las clases sociales. Un habitus se adquiere como resultado de la ocupación duradera de una posición dentro del mundo social. Así, el habitus varía en función de la naturaleza de la posición que ocupa la persona en ese mundo; no todo el mundo tiene el mismo habitus. Sin embargo, los que ocupan la misma posición dentro del mundo social suelen tener habitus similares. El habitus permite a las personas dar sentido al mundo social, pero la existencia de una multitud de habitus significa que el mundo social y sus estructuras no se imponen de modo uniforme sobre todos los actores.

El habitus disponible en cualquier momento fue creado en el transcurso de la historia colectiva: «El habitus, producto de la historia, produce prácticas individuales y colectivas y, por tanto, produce la historia de acuerdo con los esquemas que ella misma ha engendrado» (Bourdieu, 1977: 82). El habitus de todo individuo ha sido adquirido en el transcurso de la historia individual y constituye una función del momento particular de la historia social en el que ocurre.

El habitus produce el mundo social y es producido por él. Por un lado, el habitus es una «estructura estructuradora», es decir, una estructura que estructura el mundo social. Por otro, es una «estructura estructurada», es decir, una estructura estructurada por el mundo social. Bourdieu lo describe también así: «es la *dialéctica de la internalización de la externalidad y de la externalización de la internalidad*» (1977: 72).

---

[3] Esta idea no ha sido creada por Bourdieu, sino que más bien es una idea tradicional filosófica que él ha resucitado (Wacquant, 1989).

La práctica media entre el habitus y el mundo social. De una parte, el habitus se crea a través de la práctica; de otra, el mundo social se crea a resultas de la práctica. Bourdieu expresa la función mediadora de la práctica en su definición del habitus como «sistema de disposiciones estructuradas y estructuradoras constituido por la práctica y constantemente orientado al cumplimiento de funciones prácticas» (citado en Wacquant, 1989: 42; véase también Bourdieu, 1977: 72). La práctica tiende a dar forma al habitus y, a su vez, el habitus sirve para unificar y generar la práctica.

Aunque el habitus constituye una estructura internalizada que constriñe el pensamiento y la elección de la acción, *no* los determina. Esta ausencia de determinismo es la diferencia más importante que distingue la posición de Bourdieu de la de la mayoría de los estructuralistas. El habitus simplemente «sugiere» lo que las personas deben pensar y lo que deben decidir hacer. Las personas se implican en la deliberación consciente de sus opciones, aunque esto refleja el funcionamiento del habitus. El habitus proporciona los principios por los que las personas deliberan sobre sus opciones y eligen las estrategias que emplearán en el mundo social.

El habitus funciona «por debajo del nivel de la conciencia y el lenguaje, y más allá del alcance del escrutinio introspectivo y del control de la voluntad» (Bourdieu, 1984: 466). Aunque no somos conscientes del habitus y de su funcionamiento, se manifiesta en la mayoría de nuestras actividades prácticas, como en el modo de comer, caminar, hablar e incluso sonarnos la nariz. Si bien el habitus opera como una estructura, las personas no responden mecánicamente a él o a las estructuras externas que operan sobre ellas. De este modo, con el enfoque de Bourdieu evitamos los extremos de la innovación impredecible y el determinismo absoluto.

**Campo.** Es momento de analizar el «campo», concebido por Bourdieu en términos relacionales más que estructurales. El *campo* es la red de relaciones entre las posiciones objetivas que hay en él. Estas relaciones existen separadas de la conciencia y la voluntad colectiva. *No* son interacciones o lazos intersubjetivos entre los individuos. Los ocupantes de las posiciones pueden ser agentes o instituciones, y están constreñidos por la estructura del campo. Hay varios campos en el mundo social (por ejemplo, el artístico, el religioso, el económico); todos tienen su lógica específica y generan entre los actores una creencia sobre las cosas que son importantes en el campo.

Bourdieu contempla el campo como una arena de batalla. La estructura del campo es la que «apuntala y guía las estrategias mediante las que los ocupantes de estas posiciones persiguen individual o colectivamente salvaguardar o mejorar su posición, e imponer el principio de jerarquización más favorable para sus propios productos» (Bourdieu, citado en Wacquant, 1989: 40). El campo es un tipo de mercado competitivo en el que se emplean y despliegan varios tipos de capital (económico, cultural, social, simbólico). Las posiciones de los diversos agentes dentro del campo dependen de la cantidad y peso relativo del capital

que poseen. Bourdieu usa incluso imágenes militares para describir el campo al denominarlo «posiciones estratégicas y fortalezas que deben ser defendidas y atacadas en un campo de batalla» (1984: 244).

Al subrayar la importancia de *ambos* conceptos, habitus y campo, Bourdieu rechaza la división entre los individualistas y los holistas metodológicos y adopta una posición que recientemente ha recibido la denominación de «relacionismo metodológico» (Ritzer y Gindoff, en prensa). Es decir, la preocupación central de Bourdieu es la *relación* entre habitus y campo. Cree que esta relación opera en dos direcciones. Por un lado, el campo *condiciona* al habitus; por otro, el habitus *constituye* el campo como algo significativo, con sentido y valor, algo que merece una inversión de energía.

**Aplicación de la teoría del *habitus* y el campo.** El objetivo de Bourdieu no sólo es desarrollar un sistema teórico abstracto, sino relacionarlo también con una serie de intereses empíricos, evitando así la trampa del puro intelectualismo. La aplicación de su enfoque teórico viene ilustrada en su estudio empírico *La distinción*, donde examina las preferencias estéticas de diferentes grupos sociales. En su obra, Bourdieu intenta, entre otras cosas, demostrar que la cultura puede ser un objeto legítimo de estudio científico. Se esfuerza por reintegrar el concepto de cultura en el sentido de «alta cultura» (por ejemplo, la preferencia por la música clásica) con el sentido antropológico de cultura, que hace referencia a todas sus formas, altas y bajas. En concreto, Bourdieu vincula en su obra el gusto por objetos refinados con el gusto por los sabores de los alimentos más básicos.

Debido a invariantes estructurales, y en especial al campo y al habitus, las preferencias culturales de los diversos grupos de la sociedad (especialmente las clases y las fracciones de clase) constituyen sistemas coherentes. La preocupación central de Bourdieu en esta obra son las variaciones en el «gusto» estético, la disposición adquirida a diferenciar entre los diversos objetos culturales de disfrute estético y a apreciarlos de modo diferente. El gusto es también una práctica que sirve, entre otras cosas, para dar al individuo, así como a otros, una percepción de su lugar en el orden social. El gusto sirve para unificar a los que tienen preferencias similares y para diferenciarlos de los que tienen gustos diferentes. Es decir, mediante las aplicaciones e implicaciones prácticas del gusto, las personas clasifican los objetos y al tiempo se clasifican ellas mismas. Es posible categorizar a las personas en función de los gustos que manifiestan, por ejemplo, según sus preferencias por los diferentes géneros de música o cine. Es necesario considerar estas prácticas, como todas las demás, dentro del contexto de todas las relaciones mutuas, es decir, dentro de la totalidad. Así, gustos aparentemente aislados por un tipo de arte o cine guardan relación con preferencias entre las comidas, los deportes o los peinados.

Bourdieu identifica en su estudio sobre el gusto dos campos interrelacionados: las relaciones de clase (especialmente dentro de las fracciones de la clase dominante) y las relaciones culturales. Considera estos campos como una

serie de posiciones en las que se emprenden una variedad de «juegos». Las acciones que emprenden los agentes (individuales o colectivos) que ocupan posiciones específicas se rigen por la estructura del campo, la naturaleza de las posiciones y los intereses relacionados con ellas. Sin embargo, el juego también implica el autoposicionamiento y el uso de una amplia gama de estrategias que permiten obtener ventajas. El gusto representa una oportunidad para experimentar y reafirmar la posición de una persona dentro del campo. Pero el campo de la clase social influye profundamente sobre la capacidad de esa persona para jugar ese juego; los que pertenecen a las clases altas tienen más capacidad para lograr que se acepten sus gustos y para oponerse a los gustos de los que pertenecen a las clases bajas. Así, el mundo de la cultura guarda relación con el mundo jerárquico de las clases sociales y es, *per se*, tanto jerárquico como jerarquizante.

Huelga decir que Bourdieu también vincula el gusto con su concepto central, el habitus. Los gustos dependen mucho más de estas disposiciones profundamente arraigadas y duraderas que de las opiniones y las verbalizaciones superficiales. Las preferencias de las personas por aspectos tan mundanos de la cultura como son la ropa, el mobiliario o los guisos dependen de su habitus. Y son estas disposiciones «las que forjan la unidad inconsciente de una clase» (Bourdieu, 1984: 243). Por supuesto, con un enfoque dialéctico, la estructura de la clase da forma al habitus.

Si bien campo y habitus son ambos importantes para Bourdieu, lo que más le interesa es su relación dialéctica; campo y habitus se definen mutuamente:

> Las disposiciones que constituyen el *habitus* cultivado se forman, funcionan y son válidas únicamente dentro de un *campo*, en la relación con un campo... que es en sí mismo un "campo de fuerzas posibles", una situación "dinámica" en la que las fuerzas se manifiestan sólo en relación con ciertas disposiciones. Esta es la razón que explica porqué prácticas iguales pueden recibir significados y valores opuestos en diferentes campos, en diferentes configuraciones o en sectores opuestos del mismo campo.
>
> (Bourdieu, 1989: 94; cursivas añadidas)

O, como Bourdieu señaló en términos generales: «Hay una fuerte correlación entre las posiciones sociales y las disposiciones de los agentes que las ocupan» (1984: 110). Las prácticas en general, y las prácticas culturales en particular, se establecen a partir de la relación entre el habitus y el campo.

Bourdieu considera la cultura como una suerte de economía o mercado. En este mercado las personas utilizan capital cultural más que económico. Este capital es, en su mayor parte, el resultado de la clase social de origen de las personas y de su experiencia educativa. En el mercado, las personas acumulan una determinada cantidad de capital y lo invierten para mejorar su posición o, en caso contrario, la pierden debido al deterioro de su posición dentro de la economía.

Las personas persiguen la distinción en una serie de campos culturales: las

bebidas que toman (Perrier o cola), los automóviles que conducen (Mercedes Benz o Ford Escort), los periódicos que leen (el *The New York Times* o el *USA Today*), o los lugares que visitan (la Riviera Francesa o Disneylandia). Las relaciones de distinción están inscritas objetivamente en estos productos y se reactivan cada vez que las personas se apropian de ellos. En opinión de Bourdieu: «El campo total de estos campos ofrece posibilidades casi infinitas para perseguir la distinción» (1984: 227). La apropiación de ciertos bienes culturales (por ejemplo, un Mercedes Benz) proporcionan «ventaja», mientras la de otros (un Escort) no proporciona ninguna ventaja o incluso proporciona una «pérdida».

Hay una dialéctica entre la naturaleza de los productos y los gustos culturales. Los cambios en los bienes culturales conducen a alteraciones en los gustos, pero los cambios en los gustos también suelen introducir transformaciones en los productos culturales. La estructura del campo no sólo condiciona el deseo de bienes culturales por parte de los consumidores, sino que también estructura lo que los productores crean para satisfacer esas demandas.

Los cambios de gusto (y Bourdieu considera en términos temporales todos los campos) son resultado de la pugna entre fuerzas opuestas, tanto en el terreno cultural (lo antiguo frente a lo moderno, por ejemplo), como en el de las clases (lo dominante frente a las fracciones dominadas en el seno de la clase dominante). Sin embargo, el núcleo de las luchas reside en el sistema de clases, y la lucha cultural entre, por ejemplo, artistas e intelectuales constituye un reflejo de la lucha interminable entre las diferentes fracciones de la clase dominante por definir la cultura y, de hecho, el mundo social. Son las oposiciones en la lucha de clases las que condicionan las oposiciones en el gusto y el habitus. Aunque Bourdieu atribuye gran importancia a la clase social, rehusa reducirla a cuestiones económicas o a relaciones de producción, y la define también en términos de habitus.

Bourdieu ofrece una teoría distintiva de la relación entre la acción y la estructura dentro del contexto de una preocupación por la relación dialéctica entre habitus y campo. También se distingue por su enfoque sobre la práctica (en el caso anterior, las prácticas estéticas) y su negativa a verse inmerso en un árido intelectualismo. En este sentido representa un regreso a la preocupación marxista por la relación entre teoría y práctica.

## Jurgen Habermas: la colonización del mundo de la vida

En el Capítulo 4, dedicado a las teorías neomarxistas, analizamos las ideas tempranas de Habermas bajo el encabezamiento de «teoría crítica». Aunque, como podremos apreciar, la perspectiva de Habermas puede seguir siendo considerada, al menos en parte, como una orientación neomarxista, ha experimentado tal desarrollo que es cada vez más difícil incluirla dentro de ésta o de cualquier otra categoría tec.' a. La teoría de Habermas se ha extendido y diver-

sificado a medida que su autor ha abordado e incorporado ideas de una amplia serie de teóricos de la sociología, más reciente y notablemente las de George Herbert Mead, Talcott Parsons, Alfred Schutz y Emile Durkheim. A pesar de las dificultades que supone la categorización de la innovadora perspectiva teórica de Habermas, analizaremos sus ideas más recientes, es decir, la «colonización del mundo de la vida», bajo el encabezamiento de «la cuestión acción-estructura». Al menos en parte, Habermas analiza la acción en sus reflexiones sobre el mundo de la vida. Analiza la estructura principalmente en sus ideas sobre el sistema social que, como veremos, es la fuerza que está colonizando el mundo de la vida. ¿Qué quiere decir Habermas con los fenómenos del mundo de la vida, el sistema y la colonización? En este apartado abordaremos estos fenómenos y su interrelación, así como otras ideas clave de la teoría más reciente de Habermas.

Antes de analizar estos conceptos debe quedar claro que la preocupación principal de Habermas continúa siendo la acción comunicativa. La comunicación libre y abierta sigue constituyendo su guía teórica y su objetivo político. También tiene la función metodológica, muy parecida a los tipos ideales de Weber, de permitirle analizar las variaciones desde el modelo: «La construcción de un discurso no distorsionado e ilimitado puede servir como mucho como una herramienta para evidenciar con más claridad las tendencias de desarrollo bastante ambiguas de la sociedad moderna» (Habermas, 1987: 107). En efecto, su interés central por la colonización del mundo de la vida lo constituyen los modos en los que ese proceso influye en contra de la libre comunicación.

También sigue interesándose por el proceso weberiano de racionalización, en este caso por la cuestión de la racionalización diferencial del mundo de la vida y del sistema y por la influencia de esta diferencia en la colonización del primero por parte del segundo. En términos weberianos, el *sistema* constituye el dominio de la racionalidad formal, mientras *el mundo de la vida* es el reino de la racionalidad sustantiva. La *colonización del mundo de la vida*, por tanto, implica una reafirmación de la tesis weberiana de que en el mundo moderno la racionalidad formal triunfa sobre la racionalidad sustantiva y llega a dominar áreas antes definidas formalmente por la racionalidad sustantiva. Así, aunque la teoría de Habermas ha tomado nuevas direcciones interesantes, sigue manteniendo sus raíces teóricas, especialmente en las orientaciones de Weber y Marx.

**El mundo de la vida.** Este concepto se deriva claramente de la sociología fenomenológica, particularmente de las teorías de Alfred Schutz (véase el Capítulo 6). Pero Habermas también cree que las ideas de George Herbert Mead contribuyen a la comprensión del mundo de la vida. Para Habermas, el mundo de la vida representa una perspectiva interna (mientras que, como veremos, el sistema representa una perspectiva externa): «La sociedad se concibe desde la perspectiva del sujeto en acción» (1987: 117).

Habermas contempla el mundo de la vida y la acción comunicativa como conceptos «complementarios». En concreto, la acción comunicativa puede considerarse como algo que ocurre dentro del mundo de la vida:

> Por decirlo así, el mundo de la vida es el lugar trascendental donde se encuentran el hablante y el oyente, donde de modo recíproco reclaman que sus suposiciones encajan en el mundo... y donde pueden criticar o confirmar la validez de las pretensiones, poner en orden sus discrepancias y llegar a acuerdos.
>
> (Habermas, 1987: 126)

El mundo de la vida constituye un «trasfondo moldeador y contextual de los procesos por los que se alcanza la comprensión» mediante la acción comunicativa (Habermas, 1987: 204). Implica una amplia serie de suposiciones no expresadas sobre la comprensión mutua que ha de existir y de suposiciones que deben ser mutuamente comprendidas para que la comunicación tenga lugar.

Habermas se preocupa por la racionalización del mundo de la vida porque implica una comunicación cada vez más racional en el mundo de la vida. Cree que cuanto más racional es el mundo de la vida, más probable es que la interacción esté controlada por una «comprensión mutua motivada racionalmente». Esta comprensión —el método racional para alcanzar consenso— se basa en última instancia en la autoridad del mejor argumento.

Habermas cree que la racionalización del mundo de la vida implica la diferenciación progresiva de sus diversos elementos. El mundo de la vida se compone de la cultura, la sociedad y la personalidad (apréciese la influencia de Parsons y sus sistemas de acción). Cada uno de estos elementos hace referencia a pautas interpretativas o suposiciones básicas sobre la cultura y su influencia sobre la acción, a pautas apropiadas de relaciones sociales (la sociedad) y al modo de ser de las personas (la personalidad) y de comportarse. Comprometerse en la acción comunicativa y lograr la comprensión en cada uno de estos elementos conduce a la reproducción del mundo de la vida mediante el refuerzo de la cultura, la integración de la sociedad y la formación de la personalidad. Si bien estos componentes están inextricablemente ligados en las sociedades arcaicas, la racionalización del mundo de la vida implica la «creciente diferenciación entre la cultura, la sociedad y la personalidad» (Habermas, 1987: 288).

**Sistema**. Mientras el mundo de la vida representa el punto de vista de los sujetos que actúan sobre la sociedad, el sistema implica una perspectiva externa que contempla la sociedad «desde la perspectiva del observador, de alguien no implicado» (Habermas, 1987: 117). En el análisis de los sistemas es preciso tomar en cuenta la interconexión de las acciones, así como su significado funcional y su contribución al mantenimiento del sistema. Cada uno de los principales componentes del mundo de la vida (la cultura, la sociedad y la personali-

dad) tienen sus elementos correspondientes en el sistema. La reproducción cultural, la integración social y la formación de la personalidad tienen lugar en el nivel del sistema.

El sistema tiene sus raíces en el mundo de la vida, pero, en última instancia, desarrolla sus propias características estructurales. Entre estas estructuras figuran la familia, la judicatura, el estado y la economía. A medida que estas estructuras evolucionan se distancian cada vez más del mundo de la vida. Al igual que ocurre en el mundo de la vida, la racionalización en el nivel del sistema implica una diferenciación progresiva y una mayor complejidad. Aumenta también la autosuficiencia de estas estructuras. Cuanto más poder tienen, más y más capacidad de gobierno ejercen sobre el mundo de la vida. Tienen cada vez menos relación con el proceso del logro del consenso y, de hecho, limitan la probabilidad de ese proceso en el mundo de la vida. En otras palabras, estas estructuras racionales, en lugar de aumentar la capacidad de comunicación y lograr la comprensión, amenazan esos procesos al ejercer control externo sobre ellos.

**Integración social e integración del sistema.** Tras analizar el mundo de la vida y el sistema, Habermas concluye: «*El problema fundamental de la teoría social* es el modo de conectar satisfactoriamente las dos estrategias conceptuales que entrañan las ideas de "sistema" y "mundo de la vida" (1987: 151; cursivas añadidas). Habermas denomina esas dos estrategias conceptuales «la integración social» y la «integración del sistema».

La perspectiva de la *integración social* se centra en el mundo de la vida y los modos en los que el sistema de la acción se integra por medio de un consenso garantizado normativamente o alcanzado mediante la comunicación. Los teóricos convencidos de que la sociedad se integra mediante la integración social parten de la acción comunicativa y consideran la sociedad *como* el mundo de la vida. Adoptan la perspectiva interna de los miembros del grupo y emplean un enfoque hermenéutico para poder relacionar su comprensión con la de los miembros del mundo de la vida. La reproducción constante de la sociedad se considera, pues, como un resultado de las acciones realizadas por los miembros del mundo de la vida para mantener sus estructuras simbólicas. Se contempla esta reproducción únicamente desde su perspectiva. Por tanto, lo que se ignora en este enfoque hermenéutico es el punto de vista del que está fuera, así como una percepción de los procesos reproductores que tienen lugar en el nivel del sistema.

La perspectiva de la *integración del sistema* hace referencia al sistema y al modo en que se integra mediante el ejercicio de control externo sobre las decisiones individuales no coordinadas subjetivamente. Los que adoptan esta perspectiva contemplan la sociedad como un sistema autorregulador. Adoptan la perspectiva externa del observador, y esto les impide captar las pautas estructurales que sólo pueden comprenderse hermenéuticamente desde la perspectiva interna de los miembros del mundo de la vida.

De este modo, Habermas concluye que aunque ambas perspectivas tienen algo que ofrecer, ambas tienen serias limitaciones. Sobre la base de su crítica a

la integración social y sistémica, Habermas ofrece su alternativa, cuyo objetivo es integrar estas dos orientaciones teóricas y que considera:

> la sociedad como un sistema que tiene que cumplir condiciones para el mantenimiento de los mundos de la vida socioculturales. Las sociedades-fórmula son complejos *sistemáticamente estabilizados* de acción de grupos *socialmente integrados*.... Defiendo la propuesta heurística de que consideremos la sociedad como una entidad que, en el transcurso de la evolución social, se va diferenciando como *sistema* y como *mundo de la vida*.
>
> (Habermas, 1987: 151-152; cursivas añadidas)

Tras su declaración de interés *tanto* por el sistema *como* por el mundo de la vida, Habermas aclara tras las palabras citadas arriba que también le preocupa la evolución de ambos. Mientras ambos evolucionan hacia una mayor racionalización, esta racionalización adopta diferentes formas en el mundo de la vida y en el sistema, y tal diferencia constituye el fundamento de la colonización del mundo de la vida.

**Colonización.** Para comprender la idea de la colonización es crucial tener en cuenta el hecho de que Habermas considera la sociedad como una entidad compuesta de ambos elementos: el mundo de la vida y el sistema. Si bien en las sociedades arcaicas ambos estaban estrechamente entretejidos, en la actualidad se aprecia una divergencia cada vez mayor entre ellos; se han «desacoplado». Aunque ambos han emprendido un proceso de racionalización, ese proceso ha adoptado diferentes formas en los dos reinos. Habermas aprecia una relación dialéctica entre el sistema y el mundo de la vida (ambos se limitan y se abren nuevas posibilidades mutuamente), pero su preocupación central es el modo en que en el mundo moderno el sistema controla el mundo de la vida. En otras palabras, su interés central es la ruptura de la dialéctica entre el sistema y el mundo de la vida y el creciente poder del primero sobre el segundo.

Habermas compara la racionalización creciente del sistema y del mundo de la vida. La racionalización del mundo de la vida implica un aumento de la racionalidad de la acción comunicativa. Además, la acción orientada hacia la comprensión mutua se libera cada vez más de la constricción normativa y se basa cada vez más en el lenguaje cotidiano. En otras palabras, la integración social se hace cada vez más posible mediante los procesos de la formación del consenso en el lenguaje.

Pero el resultado de esto es el hecho de que las demandas en el lenguaje crecen y llegan a agotar su capacidad. Los medios no lingüísticos (especialmente el dinero y el poder) —que emanan del sistema y se diferencian en él— llenan el vacío y reemplazan, al menos en cierta medida, el lenguaje cotidiano. En lugar de ser el lenguaje el que coordina la acción, el sistema, cada vez más complejo, «libera imperativos sistémicos que agotan la capacidad del mundo de la vida que instrumentalizan» (Habermas, 1987: 155). Así, Habermas escribe sobre la «violencia» que ejerce el sistema sobre el mundo de la vida mediante los modos en los que restringe la comunicación. Esta violencia, a su vez, produ-

ce «patologías» en el mundo de la vida. Habermas enmarca este desarrollo dentro de su visión de la historia del mundo:

> El enorme desacoplamiento del sistema y el mundo de la vida constituía una condición necesaria para la transición de las sociedades estratificadas en clases del feudalismo europeo a la sociedades de clases económicas de los inicios del periodo moderno; pero la pauta capitalista de la modernización está marcada por una *deformación*, una reificación de las estructuras simbólicas del mundo de la vida bajo los imperativos de los subsistemas que se diferencian a partir del dinero y el poder y que se convierten en autosuficientes.
>
> (Habermas, 1987: 283; cursivas añadidas)

Merece la pena señalar que al vincular la deformación al capitalismo Habermas opera todavía, al menos en este sentido, dentro de una orientación neomarxista. Sin embargo, cuando analiza el mundo moderno, Habermas se ve en la obligación de abandonar el enfoque marxista, ya que concluye que la deformación del mundo de la vida «ya no puede identificarse en términos específicos de clase» (1987: 333). Debido a esta limitación, y en consonancia con sus raíces en la teoría crítica, Habermas demuestra la profunda influencia de la teoría de Weber en su teoría. De hecho, señala que la distinción entre el mundo de la vida y el sistema, y la colonización última del mundo de la vida, nos permite enfocar con una luz distinta la tesis weberiana «de una modernidad en desacuerdo con ella misma» (Habermas, 1987: 299). En la teoría de Weber esta idea reside en el conflicto entre la racionalidad formal y la sustantiva y en el triunfo de la primera sobre la segunda en el mundo occidental. Para Habermas, la racionalización del sistema se impone sobre la racionalización del mundo de la vida, y el resultado de esta imposición es la colonización del mundo de la vida por parte del sistema.

Habermas concreta sus reflexiones sobre la colonización cuando señala que las principales fuerzas en el proceso son «dominios formalmente organizados de acción» en el nivel del sistema, tales como la economía y el estado. En términos marxistas tradicionales, Habermas cree que la sociedad está sujeta a crisis sistémicas recurrentes. En su análisis de estas crisis, instituciones como el estado y la economía emprenden acciones contra el mundo de la vida y producen en él patologías y crisis. En lo fundamental, estos sistemas despojan al mundo de la vida y la acción comunicativa se orienta cada vez menos hacia el logro del consenso. La comunicación se hace menos flexible, se empobrece y se fragmenta cada vez más, y el mundo de la vida aparece como un mundo envenenado al borde de la disolución. Este ataque contra el mundo de la vida inquieta enormemente a Habermas debido a su preocupación central por la acción comunicativa que tiene lugar en él. No obstante, por mucho que aumente la colonización del mundo de la vida por parte del sistema, el mundo de la vida «nunca será totalmente despojado» (Habermas, 1987: 311).

Si el problema fundamental del mundo moderno es el desacoplamiento del sistema y el mundo de la vida y la dominación del sistema sobre el mundo de la vida, las soluciones son evidentes. Por un lado, el mundo de la vida y el sistema

requieren un restablecimiento de manera que en lugar de tener un mundo de la vida deformado por el sistema, se conviertan ambos en mutuamente enriquecedores. Aunque ambos estuvieron ligados en la sociedad primitiva, el proceso de racionalización que se ha producido en los dos hace posible que el futuro reacoplamiento de lugar a un tipo de sistema, de mundo de la vida y de su interrelación sin precedentes en la historia humana.

Así, de nuevo, Habermas retorna a sus raíces marxistas. Sin lugar a dudas, Marx no volvió la vista atrás en la historia para buscar el estado ideal, pero sí miraba hacia el futuro y lo vislumbraba bajo la forma de comunismo y de florecimiento pleno del ser genérico. En su búsqueda del estado ideal Habermas tampoco se remontó a las sociedades arcaicas, donde el sistema y el mundo de la vida no racionalizados se encontraban más unidos, sino que entreve un estado futuro que implique una unificación mucho más satisfactoria de un sistema y un mundo de la vida racionalizados.

Habermas también reinterpreta la teoría marxista de las luchas básicas en el seno de la sociedad. Por supuesto, Marx acentuó el conflicto entre el proletariado y los capitalistas, así como la naturaleza explotadora del sistema capitalista. Habermas se centra no sólo en la explotación sino también en la colonización, y arroja una nueva luz sobre las luchas que se han venido produciendo durante las últimas décadas. Es decir, considera los movimientos sociales orientados, por ejemplo, en pro de una mayor igualdad, una mayor autorrealización, de la preservación del medio ambiente y la paz como «reacciones a los ataques del sistema contra el mundo de la vida. A pesar de la diversidad de intereses y de proyectos políticos de estos grupos heterogéneos, se han opuesto a la colonización del mundo de la vida» (Seidman, 1989: 25). El futuro se encuentra en la oposición a la invasión del mundo de la vida y en la creación de un mundo en el que el sistema y el mundo de la vida estén en armonía y se enriquezcan mutuamente en un grado histórico sin precedentes.

## PRINCIPALES DIFERENCIAS EN LA LITERATURA SOBRE LA ACCION-ESTRUCTURA

Al igual que en la literatura estadounidense sobre la integración micro-macro, hay importantes diferencias en la literatura europea sobre la cuestión acción-estructura. Por ejemplo, hay un desacuerdo considerable acerca de la naturaleza del agente. La mayoría de los que trabajan esta cuestión suelen considerar al agente como un actor individual (por ejemplo, Giddens, Bourdieu), pero en la «sociología de la acción» de Touraine los agentes son colectividades tales como las clases sociales. De hecho, Touraine define la *acción* como «una organización que ejecuta directamente uno o más elementos del sistema de acción histórica y que, por tanto, interviene directamente en las relaciones de dominación social» (1971: 459). Burns y Flam (véase también Crozier y Friedberg, 1980)

adoptan una tercera postura intermedia sobre esta cuestión, consistente en considerar agentes tanto a los individuos como a las colectividades. Esta ausencia de acuerdo sobre la naturaleza del agente constituye una fuente de notables diferencias en la literatura sobre la cuestión acción-estructura.

Incluso existen discrepancias considerables entre los que se centran en el actor individual como agente. Por ejemplo, el agente de Bourdieu, dominado por el habitus, parece mucho más mecánico que el de Giddens (o el de Habermas). El habitus de Bourdieu implica «sistemas de *disposiciones* duraderas trasponibles, estructuras estructuradoras, es decir, principios de generación y estructuración de las prácticas y las representaciones» (1977: 72). El habitus es una fuente de estrategias «sin ser el producto de una auténtica intención estratégica» (Bourdieu, 1977: 73). No es subjetivista ni objetivista, pero combina elementos de ambos. Es evidente que su concepción rechaza la idea de un actor con «poder libre y voluntario para constituir» (Bourdieu, 1977: 73). Los agentes de Giddens pueden no disponer de intencionalidad ni de libre albedrío, pero tienen más poder que los de Bourdieu. Los agentes de Bourdieu parecen estar dominados por el habitus, por estructuras internas («estructuradoras»), mientras los de Giddens son los perpetradores de la acción. Tienen, al menos, cierta capacidad de elección, al menos la posibilidad de actuar de otro modo del que lo hacen. Tienen poder e introducen cambios en sus mundos (véase también Lukes, 1977). Y lo que es más importante, constituyen (y son constituidos por) las estructuras. A diferencia de lo que refleja la obra de Giddens, en la obra de Bourdieu identificamos un habitus que en ocasiones parece aparentemente desencarnado y que está implicado con el mundo externo [4].

Asimismo, hay discrepancias importantes entre los teóricos de la cuestión acción-estructura [5] en torno al significado de la estructura. Algunos adoptan una estructura específica como central, como la organización en la obra de Crozier y Friedberg, y las relaciones de dominación social de Touraine identificadas en las instituciones y organizaciones políticas; otros (por ejemplo, Burns, 1986: 13) se centran en conjuntos de estructuras sociales tales como la burocracia, la política, la economía y la religión. Giddens ofrece una definición muy particular de *estructura* («conjuntos recursivamente organizados de normas y recursos» [1984: 25]) que se opone a casi todas las definiciones de *estructura* que aparecen en la literatura. Sin embargo, su definición de los *sistemas* como prácticas sociales reproducidas se aproxima a lo que muchos sociólogos quieren decir con estructura. Además de las diferencias entre los que trabajan sobre la estructura, existen discrepancias entre estos y otros teóricos. Archer, como hemos visto, critica duramente a Giddens (e implícitamente a todos los demás) por centrarse en la estructura e ignorar la cultura.

---

[4] Aunque remarco las diferencias entre Giddens y Bourdieu sobre la acción, Giddens (1979: 217) identifica algunas semejanzas entre sus dos perspectivas.

[5] Me centro aquí principalmente en los europeos que analizan la estructura social y no en los que consideran que la estructura está oculta y subyace a los elementos de la cultura.

Los trabajos que abordan la cuestión del vínculo acción-estructura se orientan en varias direcciones teóricas muy diferentes. Por ejemplo, en el ámbito de la teoría social, Giddens parece impulsado por el funcionalismo y el estructuralismo frente a la fenomenología, el existencialismo y la etnometodología, y más en general, se inspira en la nueva lingüística, el nuevo estructuralismo, la semiótica y la hermenéutica (Archer, 1982), mientras Archer recibe principalmente la influencia de la teoría de sistemas, especialmente la de Walter Buckley. A resultas de ello, los agentes de Giddens suelen ser personas creativas y activas (seres «corporales» con selfs) implicados en un flujo continuo de conducta, mientras los de Archer suelen estar reducidos a los sistemas, en particular al sistema sociocultural. En Francia, Crozier desarrolla su orientación principalmente sobre la base de la teoría de juegos y de la organización, mientras Bourdieu se esfuerza por encontrar una alternativa satisfactoria al subjetivismo y el objetivismo en la teoría antropológica. Habermas se afana por sintetizar ideas derivadas de Marx, Weber, los teóricos críticos, Durkheim, Mead, Schutz y Parsons. Entre las razones que explican las diferencias sustanciales en la literatura de la acción-estructura hay que señalar las diferencias fundamentales en las raíces teóricas.

Al igual que en la literatura estadounidense existe una tendencia hacia lo micro o lo macro, en la europea se da también una propensión hacia la acción o la estructura. Bourdieu trabaja claramente orientado hacia la estructura, mientras Giddens tiene una concepción de la acción más profunda que la de la mayoría de los demás teóricos de este género (Layder, 1985: 131). A pesar de la existencia de tendencias hacia la acción o la estructura, lo que distingue a la literatura europea sobre la acción y la estructura de la estadounidense sobre el problema micro-macro, es una percepción mayor de la necesidad de negarse a separar ambas y de analizarlas dialécticamente (por ejemplo, Giddens, Bourdieu, Habermas). El esfuerzo de Ritzer por analizar dialécticamente la integración de los *continua* micro-macro y subjetivismo-objetivismo corre paralelo a los esfuerzos europeos por analizar dialécticamente la acción y la estructura.

## RELACION ENTRE ACCION-ESTRUCTURA Y MICRO-MACRO

### Semejanzas básicas

La semejanza más general entre la literatura estadounidense y la europea reside en una percepción común de la necesidad de la integración y la síntesis. Además de esta semejanza general, se identifica en ambas literaturas un tendencia a la aversión por los excesos de las teorías dominantes existentes. Tanto los americanos como los europeos han atacado el determinismo macro del funcionalismo estructural. Se aprecia también una aversión semejante por los excesos del estructuralismo, aunque este sentimiento es más profundo en Europa, donde el estructuralismo influyó más que en los Estados Unidos. Los europeos consi-

deran que el funcionalismo estructural y el estructuralismo acentúan la estructura y atribuyen escasa o ninguna importancia a la acción (véase, por ejemplo, Giddens, 1979: 50). Los estadounidenses creen que acentúan el nivel macro y apenas se preocupan de los fenómenos en el nivel micro.

De modo similar, los teóricos de ambos lados del océano han advertido los excesos de las teorías micro/acción tales como el interaccionismo simbólico, la etnometodología, el existencialismo y la fenomenología. Todos perciben que estas teorías tienen poco que decir sobre el nivel macro/estructural y asignan al actor un voluntarismo excesivo. Por ejemplo, Giddens señala: «El interaccionismo simbólico considera la vida social como una realización activa de actores intencionales y cognoscibles... y el resultado consecuente de esta tradición es... que no ha desarrollado satisfactoriamente modos de análisis institucional» (1979: 50). Algo parecido cree Alexander (véase el Capítulo 10) al afirmar que conceder más importancia al nivel micro constituye «un error teórico» (1987: 295).

## Diferencias fundamentales

Hemos analizado ya las diferencias terminológicas más fundamentales entre la literatura estadounidense micro-macro y la europea sobre la acción y la estructura. Sin embargo, estas diferencias no son las únicas.

En este apartado nos interesa especialmente el ataque de Giddens (1984: 139) contra el dualismo micro-macro. Este autor (1984: 141) parece oponerse a la contraposición micro y macro, a fomentar «la distinción micro/macro». Se opone a la «guerra falsa» entre la microsociología y la macrosociología, así como a la «desgraciada división del trabajo [que] tiende a aparecer entre ellas» (Giddens, 1984: 139). En concreto, Giddens critica a Collins por su excesivo acento sobre el nivel micro y por la correspondiente debilidad de su enfoque en el nivel macro (una idea compartida por algunos teóricos estadounidenses [por ejemplo, Porpora, 1989; Ritzer, 1985]). Sin embargo, la oposición de Giddens hace referencia al dualismo micro-macro; al parecer se opone menos a los que analizan la relación micro-macro como una dualidad.

Una de las diferencias fundamentales entre los teóricos estadounidenses y los europeos reside en sus imágenes del actor. Lo que distingue a la teoría estadounidense es una mayor influencia del conductismo, así como de la teoría del intercambio, derivada en parte de una perspectiva conductista. La fuerza de estas perspectivas ha influido incluso en los teóricos que no las aceptan o apoyan, y ha dado lugar a una actitud más ambivalente hacia el actor. En ocasiones el actor se contempla en tanto implicado activamente en la creación del mundo social, pero también hay un reconocimiento de que, en otras ocasiones, los actores se comportan de manera inconsciente de acuerdo con sus historias de recompensas y costes. Así, los teóricos estadounidenses comparten el interés de (algunos) europeos por la acción creativa y consciente, pero reconociendo la importancia de la conducta inconsciente. En suma, la conducta (opuesta a la acción) ha desempeñado un papel en la teoría social estadounidense más importante

que en la teoría europea. Esta tendencia a considerar al actor como alguien que se conduce inconscientemente se ha reforzado en la actualidad debido al aumento del interés por la teoría de la elección racional en la sociología estadounidense. De esta teoría se desprende la idea del actor como alguien que elige más o menos automáticamente los medios más eficaces para alcanzar sus fines[6]. La influencia de la teoría de la elección racional en los Estados Unidos apunta hacia una división aun más profunda entre las concepciones europea y estadounidense de la acción y la estructura.

En el nivel macro/estructura, los europeos han tendido a centrarse en la estructura social. En los casos donde no se ha producido un enfoque exclusivo sobre ella, no se ha distinguido de modo satisfactorio la estructura social de la cultura. (En efecto, esta constituye la preocupación central del último libro de Archer [1988].) Por otro lado, se aprecia en los Estados Unidos una tendencia hacia el análisis de la estructura *y* la cultura en los esfuerzos que persiguen la integración micro-macro. Por ejemplo, en mi obra, distingo la objetividad macro (principalmente la estructura social) y la subjetividad macro (principalmente la cultura) y mi deseo es analizar su interrelación dialéctica con la objetividad micro y la subjetividad micro (Ritzer, 1981a).

Otra diferencia en la cuestión macro/estructura se deriva de las diferencias en las influencias teóricas en los Estados Unidos y Europa. En los Estados Unidos, la influencia principal sobre la reflexión en torno a la cuestión macro/estructura ha sido el funcionalismo estructural. La naturaleza de esta teoría ha conducido a los teóricos estadounidenses a centrarse *tanto* en las grandes estructuras sociales *como* en la cultura. Es claro que al funcionalismo estructural le interesan las estructuras sociales, pero concede prioridad, en última instancia, al sistema cultural. En Europa, la principal influencia ha sido el estructuralismo, que tiene una concepción más amplia y diversa de las estructuras que incluyen desde las microestructuras de la mente a las macroestructuras de la sociedad. La cultura tiene mucha menor importancia para los estructuralistas que para los funcionalistas estructurales.

Si por un momento ignoramos la profunda influencia del conductismo, de la teoría del intercambio y la de la teoría de la elección racional en los Estados Unidos, las diferencias teóricas en la cuestión micro/acción parecen tener menores consecuencias que las diferencias en el nivel macro/estructural. El existencialismo y la fenomenología (así como la teoría freudiana) han influido más en Europa, mientras en los Estados Unidos las influencias clave se han derivado del interaccionismo simbólico y la teoría del intercambio. Sin embargo, las diferencias en la influencia de estas teorías sobre la reflexión acerca de la cuestión micro/acción en los Estados Unidos y en Europa parecen insignificantes. Además, a ambos lados del Atlántico las teorías micro/acción parecen más leídas y utilizadas que las teorías macro/estructurales. Por ejemplo, la etnometodología parece haber influido con prácticamente la misma fuerza a ambos lados del Océano.

---

[6] DeVille (1989) contempla al actor como algo semejante a un robot.

Otra diferencia clave entre las dos literaturas es el hecho de que la cuestión micro-macro puede incluirse en la cuestión más general de los niveles de análisis (Edel, 1959; Ritzer, 1981a, 1989b; Wiley, 1988) mientras no ocurre así con la preocupación por la acción y la estructura. Claramente podemos concebir el vínculo micro-macro en términos de cierta especie de jerarquía vertical, con los fenómenos micro abajo y los fenómenos macro arriba, y las entidades intermedias entre los dos polos. Sin embargo, el *continuum* micro-macro no coincide con los niveles de análisis, puesto que otros factores (por ejemplo, la objetividad, la subjetividad; véase Ritzer, 1981a; Wiley, 1988), y no sólo las preocupaciones micro-macro, están implicados en la cuestión de los niveles. Por otra parte, el vínculo acción-estructura parece carecer de conexión clara con la cuestión de los niveles de análisis, puesto que tanto la acción como la estructura se pueden encontrar en cualquier nivel de análisis social.

La cuestión acción-estructura está más firmemente encuadrada en un contexto histórico y dinámico que la cuestión micro-macro. Esta característica se identifica con suma claridad en la obra de Giddens, Habermas y Archer, pero se manifiesta también en la literatura sobre la acción y la estructura. En cambio, los teóricos que analizan la cuestión micro-macro suelen describirla en términos estáticos, jerárquicos y ahistóricos. No obstante, al menos algunos de los que eligen describir en términos estáticos la relación micro-macro especifican que ellos comprenden el carácter dinámico de la relación: «El estudio de los niveles de la realidad social y su interrelación es intrínsecamente un enfoque sobre el mundo social *dinámico* más que sobre el estático ... La orientación histórica y dinámica hacia el estudio de los niveles del mundo social puede considerarse como parte integrante de un enfoque *dialéctico* más general» (Ritzer, 1981a: 208; véase también Wiley, 1988: 260).

Finalmente, es preciso mencionar que la moralidad constituye una cuestión central para los teóricos de la acción-estructura, pero es ignorada en la literatura micro-macro. Esto puede deberse, en parte, a las diferencias en las raíces teóricas y los grupos de referencia. La teoría acción-estructura tiene raíces más poderosas en la filosofía, incluyendo su gran preocupación por las cuestiones morales. En cambio, la teoría micro-macro es auténticamente sociológica y se orienta hacia las ciencias duras como áreas de referencia donde las cuestiones morales preocupan menos que en la filosofía. El resultado es que las preocupaciones morales, incluso la transgresión moral, se palpa mas en la literatura acción-estructura que en la micro-macro.

## CLARIFICACION DE LAS DIFERENCIAS ENTRE EEUU Y EUROPA

La preocupación estadounidense por la cuestión micro-macro, o al menos la utilización de esta terminología para describir ese interés, es un acontecimiento reciente. Como vimos en el Capitulo 10, si bien se habían realizado esfuerzos

anteriores, en 1976 Kemeny apenas detectó un interés explícito por la cuestión micro-macro. ¿De donde procede la terminología micro-macro? Desde el punto de vista interno, puede deberse a la conocida y duradera división teórica en los Estados Unidos entre las teorías macro (por ejemplo, el funcionalismo estructural y la teoría del conflicto) y las micro (por ejemplo, el interaccionismo simbólico y la teoría del intercambio). Entre los factores externos, su atractivo guarda relación con la utilización de la terminología micro y macro en las ciencias duras y en la economía. La economia tiende a ser un modelo para la sociología y su diferenciación entre microeconomía y macroeconomía atrajo a muchos sociólogos. Los éxitos en estos campos hicieron atractiva su orientación científica y su terminología para muchos sociólogos estadounidenses, que sintieron el deseo de emular a los economistas en todo lo posible.

En cambio, la sociología europea no ha experimentado la fuerte y larga tradición de las teorías micro y macro que ha existido en los Estados Unidos. Europa ha carecido especialmente de una fuerte tradición micro-teórica, y esto ha tendido a oscurecer el significado de la dicotomía micro-macro [7]. Además, los teóricos sociales europeos han sentido una pasión menor por las ciencias duras y la economía que los teóricos estadounidenses, y por tanto, se han inclinado menos a tomarlas como modelos.

Los teóricos europeos tienden a interesarse más por la filosofía que los estadounidenses, y en Europa existe una larga tradición de interés por la filosofía a la hora de analizar la acción humana. Los teóricos europeos han construido a partir de la filosofía de la acción y han añadido una dimensión estructural a su construcción. Bernstein (1971) identifica la preocupación por la acción (un término que usa de modo intercambiable para *praxis* y *capacidad de acción* [por ejemplo, «agentes o actores humanos»]) en los antiguos griegos en general, y en particular en la filosofía de Aristóteles. E identifica cuatro corrientes de pensamiento más contemporáneas donde la acción aparece como la preocupación central. La primera es Marx (y el marxismo), con su teoría sistemática de la praxis. La segunda es la filosofía analítica, en la que la acción se ha convertido recientemente en la cuestión central. Al vincular el interés marxista por la práctica y el interés de la filosofía analítica por la acción, Bernstein afirma que «los significados de "*praxis*" y acción se aproximan bastante» (1971: xii) y, presumiblemente, los dos están estrechamente vinculados a la agencia. La tercera corriente teórica es el pragmatismo: «La imagen del hombre que emerge del punto de vista del pragmatismo es la de un hombre artesano, un manipulador activo que desarrolla nuevas hipótesis, que las verifica activamente, siempre abierto a las críticas, que se reconstruye a si mismo o reconstruye el entorno. La práctica y la actividad informadas por la razón y la inteligencia se convierten en cuestiones centrales en su visión del hombre en el universo» (Bernstein, 1971: 313). Y finalmente está la fenomenología, en especial el existencialismo origi-

---

[7] No totalmente, como se muestra, por ejemplo, en los esfuerzos de los teóricos críticos por integrar teorías freudianas y marxistas.

nal europeo, en el que «la cuestión central es la naturaleza de la acción humana» (Bernstein, 1971: xiii). Bernstein concluye: «La investigación de la naturaleza, el estatus y el significado de la *praxis* y la acción se ha convertido en la preocupación dominante de los movimientos filosóficos más influyentes que han surgido desde Hegel» (1971: xiii).

Es evidente que los teóricos sociales europeos han recibido una influencia mayor del marxismo, la filosofía analítica y el existencialismo que los estadounidenses. La única excepción es el pragmatismo, una filosofía en lo fundamental estadounidense que ha influido sobre algunos teóricos sociales (especialmente sobre los interaccionistas simbólicos). Sin embargo, probablemente la mayoría de los teóricos estadounidenses reconocen menos la influencia del pragmatismo que sus colegas europeos. Así, las filosofías de la acción han jugado un papel claramente más importante en el desarrollo de la teoría social europea que en el de la estadounidense.

Sin embargo, la equivalencia que establece Bernstein entre la praxis y la acción nos plantea problemas. Si aceptamos la equivalencia de estos términos, entonces apenas aparecerían diferencias entre los teóricos europeos contemporáneos de la acción y la estructura, las teorías marxistas de la praxis y la estructura de la sociedad capitalista, y las teorías estadounidenses de la acción y la estructura (por ejemplo, las de Parsons y Alexander). Parece claro, sin embargo, que los europeos contemporáneos atribuyen más importancia a los agentes de la que dan a los actores algunos marxistas y la mayoría de los estadounidenses. La tendencia en la literatura de la acción entre los teóricos europeos contemporáneos es negarse a reflexionar sobre la estructura sin pensar en la acción y viceversa. En otras palabras, un mundo sin agentes es inconcebible. En cambio, algunos marxistas (especialmente los marxistas estructurales) han sido capaces de concebir un mundo capitalista sin actores reflexivos. Algunos «teóricos de la acción» estadounidenses (especialmente Parsons) desarrollaron teorías en las que la estructura social y la cultura alcanzaban tal prominencia que, en comparación, el actor y la acción quedaban reducidos a elementos de escasa importancia. Así, la cuestión no se agota en las semejanzas entre los términos de *agencia*, *praxis* y *acción*. Lo que distingue la literatura actual de los teóricos europeos es su aversión a situar al agente bajo el peso de la estructura social (y la cultura).

Esto nos lleva a pensar que la verdadera cuestión no es la acción y la estructura *per se*, sino el peso relativo de la acción y la estructura. Los teóricos europeos contemporáneos sienten predisposición a establecer una burda equivalencia, en fuerza y significado, de la acción y de la estructura, o no desean desvincularlas. Muchos marxistas y teóricos estadounidenses de la corriente principal han tendido a dar primacía a la estructura frente a la acción y la praxis. Otros teóricos estadounidenses (y algunos marxistas) han tendido a dar primacía a la acción frente a la estructura. En este sentido, virtualmente todos los teóricos parecen sentir preocupación por el vínculo acción-estructura. Esta es la posición que parece haber adoptado Dawe (1978), quien hace una distinción

entre la sociología de la acción social y la sociología del sistema social, pero considera que ambas son sociologías de la acción social (y presumiblemente de la estructura social). Sin embargo, su posición supone perder de vista el significado de la literatura europea contemporánea sobre la acción y la estructura. Lo que distingue a la mayor parte de esta literatura es su dedicación al estudio serio *tanto* de la acción *como* de la estructura. En comparación con la filosofía de la acción —que tiene poco que ofrecer para nuestra comprensión de la estructura social— este estudio constituye también una de las principales contribuciones a la teoría social.

Aunque nos agradan las ideas teóricas que se están desarrollando actualmente en Europa, nunca podremos asumir que acción y estructura tienen una importancia similar[8]. El grado de equivalencia constituye una cuestión histórica. Durante algunos periodos la estructura era más importante que la acción. (Esta era la perspectiva de Marx sobre la situación en la sociedad capitalista.) Durante otros periodos el agente desempeñaba un papel más importante y el significado de la estructura quedaba reducido. Y en otros periodos, es probable que se diera una equivalencia neta entre las dos. No se puede establecer una relación intemporal entre acción y estructura. Una de las necesidades más acuciantes de la literatura acción-estructura es comenzar a especificar el peso relativo de la acción y la estructura en periodos diferentes de la historia. Además, existen claras diferencias contemporáneas en el peso relativo de la acción y la estructura en las diversas sociedades del mundo. Todas estas diferencias cruciales se desvanecen si hablamos en términos generales sobre la acción y la estructura.

## RESUMEN

Este capítulo analiza la literatura sobre el vínculo entre la acción y la estructura, que es en su mayor parte europea. Esta literatura presenta varias semejanzas con la estadounidense sobre la integración micro-macro, pero también se pueden identificar varias diferencias sustanciales entre ambas literaturas.

Aunque en la actualidad hay muchos teóricos europeos que analizan la relación entre la acción y la estructura, el grueso de este capítulo lo dedicamos a cuatro ejemplos principales de este tipo de teorización. El primero es la teoría de la estructuración de Giddens. El núcleo de la teoría de Giddens es su negativa a analizar a los agentes y a las estructuras por separado; este autor las considera mutuamente constituyentes. El siguiente es la teoría de Archer de la relación cultura-acción. Archer critica la negativa de Giddens a separar con fines analíticos el agente y la estructura. En términos generales critica a los teóricos

[8] El siguiente análisis supone que estamos estudiando un dualismo más que una dualidad. Puesto que una dualidad como la que propone Giddens supone que acción y estructura son inseparables, en estas condiciones sería difícil evaluar su importancia relativa.

de la acción-estructura por ignorar la cultura, y se esfuerza por superarlos centrándose en la relación entre la cultura y la acción. A continuación estudiamos la teoría de Bourdieu, que se ocupa fundamentalmente de la relación entre el habitus y el campo. Finalmente analizamos las ideas recientes de Habermas sobre el mundo de la vida, el sistema y la colonización del mundo de la vida por parte del sistema.

Tras el examen de estos trabajos específicos sobre la acción y la estructura, volvemos a un análisis más general de esta literatura. Comenzamos por identificar sus diferencias principales, que incluyen perspectivas diferentes sobre la naturaleza del agente y de la estructura. Otra fuente de diferencias la constituyen las diversas tradiciones teóricas en las que se basan estos esfuerzos. Algunos de ellos se orientan hacia la acción y otros hacia la estructura.

La siguiente cuestión que tratamos son las semejanzas entre las literaturas de la acción y la estructura y de la cuestión micro-macro. Ambas literaturas comparten el interés por la integración y son conscientes de los excesos de las teorías micro/acción y macro/estructurales. Hay así muchas más diferencias que semejanzas entre estas literaturas. Difieren en sus imágenes del actor, en sus concepciones de la estructura, en las teorías de las que derivan sus ideas, en el grado en que pueden incluirse en la idea de los niveles de análisis, en la medida en que están encuadradas en un contexto histórico dinámico y en el nivel de preocupación por cuestiones morales.

Finalmente, analizamos algunas de las razones que explican las diferencias entre las literaturas europea y estadounidense. Los teóricos estadounidenses micro-macro han estado profundamente influidos por disciplinas tales como la economía, con una prolongada historia de interés por las cuestiones micro-macro. Los teóricos europeos han recibido la influencia poderosa de la literatura filosófica sobre la acción. El capitulo concluye con la observación de que la cuestión más importante es el peso relativo de la acción y la estructura en diferentes ambientes culturales y periodos históricos.

CAPITULO **12**

# SINTESIS DE LA TEORIA SOCIOLOGICA-I

Como se puede apreciar con claridad en la Segunda Parte de este libro, la teoría sociológica, al menos hasta la década de los años ochenta, se caracterizó por el extremismo teórico, así como por los conflictos políticos destructivos que a menudo lo acompañaron. Los desarrollos que tuvieron lugar durante la década de los años ochenta fueron diferentes de los que se habían producido en cualquier otro periodo previo; muchos y muy diversos teóricos se alejaron del extremismo teórico y comenzaron a interesarse por la integración micro-macro y acción-estructura. Esto no significa que no se realizaran esfuerzos por la integración y la síntesis antes de esta década. De hecho, la sociología siempre hizo estos intentos, y en este capítulo y en el siguiente nos ocuparemos de algunos de ellos. Sin embargo, esos tempranos esfuerzos en pro de la integración constituían una postura minoritaria que fue eclipsada por el extremismo teórico.

La integración micro-macro y acción-estructura parece haber constituido el movimiento pionero que preparó el camino para un diverso y amplio conjunto de esfuerzos sintéticos. (Utilizamos el término *integración* para el análisis del vínculo micro-macro y acción-estructura, y el de *síntesis* para describir el esfuerzo por vincular varias teorías.) Los esfuerzos por la integración prepararon el camino para el amplio y espectacular cambio que analizaremos en este y en el siguiente capítulo: la emergencia de una amplia gama de esfuerzos por la síntesis teórica (Alexander y Colomy, 1990a; Fararo, 1989; Ritzer, 1990a, 1990b; Smelser, 1988). Es evidente que la teoría sociológica muestra finalmente claros indicios de alejamiento de las décadas de conflicto político destructivo y teorías extremistas de uno u otro tipo.

Una vez que los teóricos percibieron las ventajas de la síntesis a partir del esfuerzo por la integración micro-macro y acción-estructura, las compuertas se abrieron y comenzaron a aparecer intentos en todas las direcciones. En algunos casos, estos intentos constituyeron los resultados directos de los esfuerzos por la integración micro-macro y acción-estructura, productos de los sociólogos en el intento de sintetizar una amplia gama de teorías. Además, una vez que se estableció el movimiento hacia la síntesis teórica proliferaron diversos esfuerzos con este mismo objetivo. Así, en el caso de la integración micro-macro, no sólo encontramos intentos en pro de la integración de lo micro con lo macro y de lo macro en lo micro, sino también esfuerzos por integrar lo micro con lo micro (por ejemplo, el interaccinoismo simbólico y la etnometodología [Boden, 1990b]) y lo macro con lo macro (por ejemplo, la teoria del conflicto y el funcionalismo estructural [Alexander y Colomy, 1990a]). Y el movimiento hacia la síntesis no se detiene en las diversas posibilidades que hay entre lo micro y lo macro y la acción y la estructura, puesto que parece que surge en la actualidad una nueva actitud abierta ante ideas procedentes de otras disciplinas y naciones, especialmente en áreas en proceso de desarrollo de la teoría sociológica tales como la teoría feminista y el posmodernismo (véase el Capítulo 13).

Durante la década de los ochenta los teóricos fueron conscientes de las divisiones micro-macro y acción-estructura, pero la década de los noventa está experimentando un descontento general con la camisa de fuerza que representa

*cualquier* etiqueta teórica o preocupación por *cualquier* aspecto específico de la realidad social. Las viejas y reificadas etiquetas que dominaron la teoria sociológica durante muchas décadas («funcionalismo estructural», «interaccionismo simbólico») tienen cada vez menos sentido e importancia. Como Alexander y Colomy señalaron: «Los viejos debates han quedado obsoletos y son estériles. La teoria sociológica está experimentado un cambio drástico. Los alineamientos se disuelven y aparecen nuevas configuraciones» (1990a: 56). A medida que una joven generación de teóricos de la sociología entran en escena desaparecen las viejas fronteras y divisiones teóricas (por ejemplo, el funcionalismo estructural frente al interaccionismo simbólico) y conceptuales (por ejemplo, acción-estructura); algunos jóvenes teóricos llegan incluso a adoptar un papel activo en el intento de destruir estas fronteras. Los teóricos contemporáneos se interesan menos por defender las interpretaciones tradicionales de las teorías y les atrae más analizar otras tradiciones teóricas en un esfuerzo por desarrollar nuevas teorías más sintéticas. Además, las teorías más recientes no suelen centrarse en un único aspecto del análisis social y muestran interés por la interrelación de múltiples dominios. En lugar de considerar las teorías y los dominios teóricos únicamente como bases importantes para desarrollar sus teorias, muchos teóricos de la sociología han llegado a la conclusión de que ello puede dificultar más que facilitar el análisis del mundo social. En cambio, en el pasado los sociólogos sentían la necesidad de identificar y defender una perspectiva teórica (y/o dominio teórico) particular. Lo único que varió en el pasado fue la teoria con la que los sociólogos se identificaban.

Fue esta realidad lo que me motivó a trabajar en esa línea con la idea de articular un paradigma sociológico integrado (Ritzer, 1979, 1981a; véase también el Capítulo 10 y el Apéndice). Si bien este paradigma no emergió rápidamente, y de hecho aún no se ha publicado, los desarrollos de los años ochenta y principios de los noventa auguraron la posibilidad de su desarrollo (Ritzer, en prensa b). Los esfuerzos por vincular lo micro y lo macro y la acción y la estructura durante los años ochenta constituyeron los inicios de este movimiento. La base verdaderamente prometedora del desarrollo de un paradigma sociológico integrado es el movimiento más general hacia la síntesis teórica y hacia virtualmente todo tipo de articulación teórica. Puede no surgir de inmediato, puede no contribuir a un nuevo paradigma, y puede no ser denominado un «paradigma integrado», pero existen poderosos desarrollos en vías de realización que sugieren una transformación importante de la teoría sociológica en particular, y de la sociología en general.

Estos esfuerzos sintéticos contienen el potencial de una alteración drástica que mejorará el panorama de la teoría sociológica. Durante la última mitad de la década anterior la sociología estuvo dominada por las escuelas teóricas que hemos analizado en la Tercera Parte, así como por el conflicto manifiesto entre ellas. Probablemente, el movimiento hacia la integración y la síntesis sugiere que aquellas teorias retroceden en la historia y están siendo sustituidas por perspectivas nuevas y más sintéticas. Esto no significa que aquellas escuelas teóri-

cas se encuentren en peligro de desaparición. El compromiso con ellas es tan fuerte que es imposible que desaparezcan de la noche a la mañana. Pero posiblemente sí significa que estamos siendo testigos del surgimiento de una corriente que considerará aquellas teorías como parte de la historia de la sociología. Los desarrollos teóricos analizados en los dos capítulos anteriores, y en éste y en el siguiente nos ayudan a vislumbrar las teorías sociológicas del futuro.

Si bien existe un enorme interés por todos los tipos de síntesis, parece haber también un reconocimiento de que los primeros esfuerzos por crear una sola teoría sintética englobadora son erróneos. Así, el nuevo movimiento hacia la síntesis difiere considerablemente de los esfuerzos anteriores por crear una gran perspectiva teórica sintética y poderosa. Los ejemplos que ilustran este tipo de perspectiva son las grandes teorías de Karl Marx y Talcott Parsons. De hecho, como veremos, una serie de desarrollos intelectuales recientes (por ejemplo, el posmodernismo, el posmarxismo) implican un ataque contra la idea de construir esa ingente síntesis (Antonio, 1990; Kellner, 1990a; Lemert, 1990). Los que actualmente se orientan hacia las sintesis teóricas consideran que esos esfuerzos englobadores son erróneos, y emprenden, en cambio, intentos sintéticos más específicos. Tal vez no se trate de trabajos tan poderosos como el de Marx y Parsons, pero suelen ser más fructíferos y productivos. Estos teóricos están trabajando para integrar «la esencia» de las teorías específicas y son estos esfuerzos altamente detallados los que se demuestran útiles para los sociólogos. Así, podemos pensar en «nuevas sintesis» más que en una «nueva síntesis». *Este movimiento hacia las síntesis teóricas constituye el tema principal de los dos capítulos que cierran este libro y de la teoría sociológica de los años noventa.*

Este nuevo movimiento se define a partir de los comentarios de Robert Merton en la conferencia sobre teoría sociológica de Thomas y Znaniecki:

> El pesimismo se debe a las crecientes dificultades de una disciplina cuya rápida diferenciación se ha multiplicado tan deprisa que no poseemos los recursos humanos para desarrollar cada esfera de investigación de una manera satisfactoria. Antes que del conflicto, la empresa sociológica requiere un sentido de la tolerancia que consolide una conciencia mutua de las diversas orientaciones teóricas con una confianza razonable en que sus mutuas conexiones teóricas serán definidas progresivamente.
>
> (Merton, 1986: 61)

La confianza de Merton en el hecho de que la sociología presenciará el nacimiento de más síntesis teóricas nació a partir de los desarrollos de los años ochenta y especialmente de los que se están produciendo en nuestros días en la teoría sociológica.

Aunque se subraya aquí el surgimiento del movimiento hacia las síntesis teóricas en el umbral de la década de los años noventa, sería erróneo concluir, como ya hemos advertido, que no se realizaron esfuerzos sintéticos en el pasado. En efecto, en todos los periodos históricos de la teoría sociológica se han realizado este tipo de esfuerzos. Sin embargo, solían ser casos aislados y abe-

rrantes perdidos en un mar de extremismo. Además, solían provocar reacciones hostiles por parte de los defensores de las teorías que se intentaban integrar. Un buen ejemplo que ilustra ese tipo de esfuerzos, del que nos ocuparemos en detalle más adelante, es el ensayo de Peter Singlemann (1972) en el que el autor intenta integrar la teoría del intercambio y el interaccionismo simbólico. Su esfuerzo no llegó a ningún sitio, en parte debido a que se trataba de un intento aislado y en parte porque tropezó con las reacciones hostiles de los intransigentes defensores de la teoría del intercambio (Abbott, Brown y Crosbie, 1973). Lo que distingue a los nuevos desarrollos sintéticos es que no son aislados y forman un todo coherente que probablemente caracterizará todo el periodo. Puede pensarse que se producirán reacciones hostiles a estos esfuerzos, pero también serán mejor recibidos por parte de la amplia variedad de teóricos interesados por la síntesis.

Pese a que existen prometedores desarrollos sintéticos, es preciso advertir y ser conscientes del extremismo que hemos señalado al principio de este libro. Las fuerzas del extremismo teórico disfrutan de buena salud en la sociología (por ejemplo, Blau, 1987b) y están dispuestas a detener el movimiento hacia la síntesis con un brote renovado de extremismo teórico. Dada la larga historia del extremismo teórico, y el relativamente breve periodo de la integración y las síntesis, los sociólogos interesados por estas últimas direcciones, a pesar de su creciente número e influencia, no pueden permitirse la complacencia.

Con estas ideas en mente, analizaremos a continuación los trabajos sintéticos que han surgido dentro de muchas de las teorías estudiadas en la Segunda Parte de este libro. Si bien analizaremos algunos de los primeros trabajos sintéticos en muchos apartados, nuestro tema central son los esfuerzos recientes por la síntesis teórica.

## NEOFUNCIONALISMO

En la actualidad, la mayor parte de los trabajos enmarcados en el funcionalismo estructural pueden incluirse bajo la denominación de «neofuncionalismo». Blanco de abundantes críticas, analizadas en el Capítulo 3, el funcionalismo estructural comenzó a perder importancia a mediados de la década de los sesenta. Sin embargo, hacia mediados de los años ochenta, se produjo un gran esfuerzo por reanimar la teoría bajo la nueva denominación de «neofuncionalismo». El término *neofuncionalismo* se utilizaba para sugerir continuidad con el funcionalismo estructural, pero también para demostrar que se estaba realizando un esfuerzo por ampliar el funcionalismo estructural y superar sus problemas principales. Jeffrey Alexander y Paul Colomy definen el *neofuncionalismo* como «una corriente autocrítica de teoría funcional cuyo objetivo es ampliar el alcance intelectual del funcionalismo sin perder su núcleo teórico» (1985: 11). Así, es evidente que Alexander y Colomy consideran el funcionalismo estructural como

una perspectiva estrecha y que su meta es la creación de una teoría más sintética a la que gustan llamar «neofuncionalismo»[1].

Antes de comenzar el breve análisis del neofuncionalismo es preciso señalar que, aun cuando el funcionalismo estructural en general, y las teorías de Talcott Parsons en particular, cayeron en el extremismo, había en la teoría desde el inicio de su desarrollo un poderoso núcleo sintético. Por un lado, en el transcurso de su carrera intelectual Parsons intentó integrar una amplia serie de ideas teóricas. Por otro, le interesaba la interrelación entre los principales dominios del mundo social, especialmente los sistemas cultural, social y de la personalidad. Sin embargo, Parsons adoptó al final una orientación funcionalista estructural estrecha y llegó a la conclusión de que el sistema cultura determinaba los otros sistemas. De este modo, Parsons abandonó su orientación sintética, y el neofuncionalismo puede considerarse como un esfuerzo por retomar aquella orientación.

Alexander (1985: 10) ha enumerado los problemas relacionados con el funcionalismo estructural que el neofuncionalismo debe superar, entre ellos «el antiindividualismo», «la oposición al cambio», «el conservadurismo», «el idealismo» y «el sesgo antiempírico». Se han realizado numerosos esfuerzos por superar estos problemas de un modo programático (Alexander, 1985) y en niveles teóricos más específicos, como por ejemplo el intento de Colomy (1986; Alexander y Colomy, 1990b) de refinar la teoría de la diferenciación.

A pesar de su entusiasmo por el neofuncionalismo, a mediados de los años ochenta Alexander se vio obligado a concluir que el «neofuncionalismo constituye una tendencia más que una teoría desarrollada» (1985: 16). Y más recientemente, Colomy (1990b) ha intentado consolidar la posición teórica general del neofuncionalismo y especificar sus contribuciones a la sociología cultural, política y feminista, así como al estudio del cambio social, de las profesiones y de la desigualdad. Sólo cinco años después de la confesión de Alexander de debilidad del neofuncionalismo, Colomy señala que éste ha hecho avances importantes:

> En el transcurso de los cinco años siguientes esa tendencia ha cristalizado en un movimiento intelectual consciente. Ha generado avances significativos en el nivel teórico general y ha desempeñado un papel protagonista en el impulso de la metateoría sociológica en una dirección sintética... el neofuncionalismo está cumpliendo sus promesas. En la actualidad, el neofuncionalismo ya no es sólo una promesa; se ha convertido en un campo lleno de intenso discurso teórico y de creciente investigación científica.
>
> (Colomy, 1990b: xxx)

No hay duda de que el neofuncionalismo ha hecho importantes avances recientemente, pero sí podemos poner en cuestión el enorme avance que Colomy quiere hacernos creer.

1 Turner y Maryanski (1988a), en su crítica al neofuncionalismo, han señalado que su orientación no es verdaderamente funcional, puesto que ha abandonado muchos de los principios básicos del funcionalismo estructural.

Aunque probablemente aún no se trate de una teoría desarrollada, Alexander (1985; véase también Colomy, 1990b) nos ofreció algunas de las orientaciones básicas del neofuncionalismo. Primera, el neofuncionalismo opera con un modelo descriptivo de la sociedad que la considera compuesta de elementos que, en interacción con otros, forman una determinada configuración. Esta configuración permite al sistema diferenciarse de su entorno. Las partes del sistema están «conectadas simbióticamente», y su interacción no está determinada por una fuerza suprema. Así, el neofuncionalismo rechaza cualquier determinismo monocausal y es abierto y pluralista.

Segunda, Alexander afirma que el neofuncionalismo dedica casi la misma atención a la acción y al orden. Evita así la tendencia del funcionalismo estructural a centrarse casi exclusivamente en las fuentes macro del orden en las estructuras sociales y la cultura y a prestar atención a las pautas de acción más micro. El neofuncionalismo también se esfuerza por incorporar una concepción más amplia de la acción no sólo racional, sino también expresiva.

Tercera, el neofuncionalismo conserva el interés funcional estructural por la integración, *no* como un hecho realizado, sino como una *posibilidad* social. Reconoce que la desviación y el control social son realidades de los sistemas sociales. En el neofuncionalismo hay un interés por el equilibrio, pero es más amplio que la preocupación estructural-funcional e incluye el equilibrio parcial y el equilibrio en movimiento. No tiende a considerar que los sistemas sociales se caracterizan por un equilibrio estático. Definido en términos generales, el *equilibrio* constituye un punto de referencia para el análisis funcional, pero no una descripción de las vidas de los individuos en los sistema sociales reales.

Cuarta, el neofuncionalismo acepta el tradicional énfasis parsoniano en la personalidad, la cultura y el sistema social. Además de ser vital para la estructura social, la interpenetración de estos sistemas también produce una tensión que representa una fuente constante de cambio y control.

Quinta, el neofuncionalismo se centra en el cambio social y en los procesos de diferenciación dentro de los sistemas social, cultural y de la personalidad. Así, el cambio no produce conformidad y armonía, sino «individuación y tensiones institucionales» (Alexander, 1985: 10).

Y por último, Alexander señala que el neofuncionalismo «implica el compromiso con la idea de que la conceptualización y la teorización son independientes de otros niveles de análisis sociológico» (1985: 10).

Mientras Alexander intentó delinear el neofuncionalismo en términos generales, programáticos, Colomy (1986) se ha centrado más concretamente en la teoría estructural-funcional del cambio. Señala que la teoría estructural-funcional del cambio («la teoría de la diferenciación») derivada de la teoría parsoniana tiene tres debilidades básicas. En primer lugar, es altamente abstracta y carece de especificidad empírica e histórica. En segundo lugar, no dedica suficiente atención a grupos y procesos sociales concretos, ni al poder o el conflicto. Y en tercer lugar, da una importancia desmesurada a la integración que resulta del cambio estructural.

Como consecuencia de estas críticas, la teoría estructural-funcional del cambio ha experimentado varias revisiones. En primer lugar, la tendencia principal original (la diferenciación progresiva) ha sido complementada con un análisis de las desviaciones pautadas de esa tendencia. Por ejemplo, además de la diferenciación, las sociedades han experimentado una *desdiferenciación* o «un tipo de cambio estructural que rechaza la complejidad societal y se dirige hacia niveles menos diferenciados de organización social» (Colomy, 1986: 143). Es probable que se produzca esta desdiferenciación como resultado del descontento con la modernización. También es importante el «desarrollo desigual» de las diversas esferas institucionales, asi como la «diferenciación desigual» dentro de cada institución. La *diferenciación desigual* «hace referencia al grado y proporción variable de diferenciación de una institución... La diferenciación desigual sugiere, pues, que la tendencia principal al cambio se produce en un grado y proporción desigual en las distintas regiones de una sociedad» (Colomy, 1990c: 122).

En segundo lugar, los revisionistas han impulsado la teoría de la diferenciación en la dirección de una mayor preocupación por el modo en que grupos concretos influyen en el cambio, así como por el modo en que el poder, el conflicto y la contingencia influyen en el cambio (Colomy, 1990d). Identificaron varios grupos específicos que instigaban el cambio en la dirección de una mayor diferenciación, así como otros grupos opuestos radicalmente al cambio. Esto conduce a un análisis del conflicto entre los grupos que luchan por influir en el proceso de diferenciación y de las formas que puede adoptar la resolución del conflicto. Estos estudios sobre grupos enfrentados implicados en el proceso de diferenciación se realizan con gran detalle empírico e histórico. Los revisionistas también se muestran reacios a dar importancia desmesurada a la integración y dedican, en términos parsonianos, «más atención concreta a las contradicciones y tensiones potenciales asociadas con la diferenciación entre y dentro de los sistemas cultural, social y de la personalidad» (Colomy, 1986: 149). Desde el punto de vista de Colomy, estos trabajos contribuyen a la configuración de un contexto explicativo más comprehensivo para analizar la diferenciación.

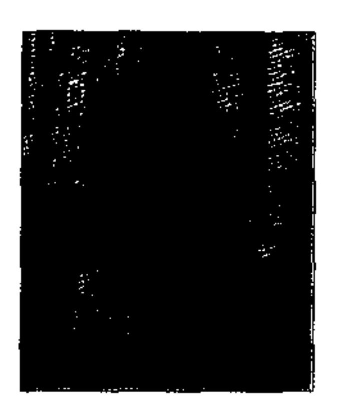
En tercer lugar, la antigua teoría de la diferenciación se centraba en la mayor eficiencia y reintegración como principales efectos del proceso de diferenciación, mientras la teoría reciente considera un conjunto más amplio de resultados posibles.

Podría señalarse que aunque la teoría de la diferenciación se ha ampliado, ha perdido su carácter distintivo debido a su nuevo enfoque sobre el conflicto y la competencia. Ha tomado prestadas de otras tradiciones intelectuales tal elevada cantidad de ideas que podemos preguntarnos si el tipo de enfoque que acabamos de esbozar puede o debe recibir la denominación de «funcionalismo estructural» o incluso de «neofuncionalismo».

Volviendo al neofuncionalismo en general, Alexander y Colomy (1990a) han hecho por él una apuesta muy ambiciosa. No consideran el neofuncionalismo como una simple y modesta «elaboración» o «revisión» del funcionalismo estructural, por utilizar sus propios términos, sino antes bien como una llamati-

va «reconstrucción» que admite con claridad la existencia de diferencias con su fundador (Parsons) y que se ha abierto explícitamente a otros teóricos y teorías[2].

## JEFFREY C. ALEXANDER: Reseña autobiográfica



Desde el principio de mi carrera intelectual me han preocupado los problemas de la acción social y el orden social y las posibilidades de desarrollar perspectivas sobre estos problemas que evitaran los extremos del pensamiento unidimensional. Siempre estuve convencido de que las dicotomías tensas, aun cuando creo que son de vital importancia como corrientes ideológicas en una sociedad democrática, pueden superarse en el reino teórico.

Mis preocupaciones teóricas comenzaron a tomar cuerpo durante finales de los años sesenta y principios de los setenta, en los que participé en los movimientos estudiantiles de protesta siendo estudiante de Harvard College y luego de la Universidad de California en Berkeley. El marxismo de la Nueva Izquierda representaba un sofisticado esfuerzo por superar el economicismo del marxismo vulgar, ya que intentaba reinsertar al actor en la historia. Puesto que describía el modo en que las estructuras materiales están interpenetradas en la cultura, la personalidad e incluso en la vida cotidiana, el marxismo de la Nueva Izquierda —que para bien o para mal lo aprendimos por nosotros mismos— me ofreció las primeras ideas que prepararon el camino hacia la síntesis teórica que caracteriza mi carrera intelectual.

A principios de la década de los años setenta comencé a sentirme insatisfecho con el marxismo de la Nueva Izquierda, en parte por razones políticas y empíricas. El giro de la Nueva Izquierda hacia el sectarismo y la violencia me aterrorizó y deprimió, mientras la crisis del Watergate demostraba la capacidad de autocrítica de los Estados Unidos. Llegué a la conclusión de que las sociedades democráticas capitalistas proporcionaban algunas oportunidades para la inclusión, el pluralismo y la reforma que no había manera de encontrar ni siquiera en la versión Nueva Izquierda del pensamiento marxista.

También hubo razones teóricas más abstractas que me hicieron abandonar el enfoque marxista sobre la síntesis. A medida que me sumergía en el análisis de las teorías clásicas y contemporáneas me percaté de que se llegaba más fácilmente a esa síntesis a través de la unión por medio de

2 Esta idea está en consonacia, al menos en parte, con el supuesto de Turner y Maryanski (1988a) de que el neofuncionalismo tiene pocos elementos en común con el funcionalismo estructural.

guiones —el marxismo-psicoanalítico, el marxismo-cultural y el marxismo-fenomenológico— que abriéndose a las categorías centrales de acción y orden. De hecho, las categorías neomarxistas de conciencia, acción, comunidad y cultura constituían cajas negras. Este reconocimiento me llevó a las tradiciones que proporcionaron los recursos teóricos sobre los que se había inspirado el marxismo de la Nueva Izquierda. Tuve la fortuna de tener como directores de mi esfuerzo de posgrado a Robert Bellah y Neil Smelser, cuyas ideas sobre la cultura, la estructura social y la teoría sociológica me causaron una impresión indeleble y que en la actualidad continúan siendo recursos intelectuales.

En mi libro *Theoretical Logic in Sociology* [La lógica teórica en la sociología] (1982-1983), publiqué los resultados de este esfuerzo. La idea para escribir este volumen multiforme, que comenzó a germinar en 1972, después de haber leído la obra maestra de Talcott Parsons *The Structure of Social Action* [La estructura de la acción social], me permitió ver mis problemas con el marxismo desde otro ángulo. Más tarde, bajo la dirección de Bellah, Smelser y Leo Lowenthal, trabajé la teoría clásica y contemporánea con este nuevo enfoque en mente.

Mi ambición en *Theoretical Logic* era mostrar que Durkheim y Weber nos ofrecieron grandes teorías de la cultura que Marx había ignorado, y que Weber había desarrollado la primera síntesis sociológica real. Concluía en esta obra, sin embargo, que Durkheim tomó una dirección en última instancia idealista y que Weber desarrolló una perspectiva mecanicista de la sociedad moderna. Sugería que la obra de Parsons debía ser considerada antes un magistral esfuerzo moderno de síntesis que una teoría funcionalista. Pero el objetivo de Parsons no era la síntesis en sí, lo que hizo que su teoría, al final, tuviera fundamentos normativos y fuera decididamente formal.

En la obra que realicé durante la pasada década intenté recrear el marco para la síntesis, una promesa que no había cumplido en mi trabajo anterior. En *Twenty Lectures: Sociological Theory since World War II* [Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial] (1987), señalé que las divisiones de la sociología posparsoniana —entre teorías del conflicto y del orden, entre enfoques micro y macro, entre perspectivas culturales y estructurales— no eran fructíferas. Estos agrupamientos oscurecían procesos sociales básicos tales como la interrelación continua entre el orden y el conflicto y las dimensiones dicotomizadas de la sociedad, que aparecen siempre interrelacionadas.

Mi respuesta a este callejón sin salida fue regresar a las preocupaciones originales de Parsons (Alexander, 1985b; Alexander y Colomy, 1990a) y a los primeros clásicos (Alexander, 1988).

En mi intento de impulsar la teoría hacia una nueva fase «posparsoniana» me he esforzado por ir más allá de la teoría clásica y moderna. Mis encuentros con el poderoso grupo de fenomenólogos de mi departamento de UCLA, sobre todo con Harold Garfinkel, me estimularon considerablemente. En «La acción y sus entornos» (1987), a la que sigo considerando mi obra teórica más importante, desarrollé el marco para una nueva articulación del vínculo micro-macro.

También me he esforzado por desarrollar una nueva teoría cultural. La

lectura de Clifford Geertz me convenció de que los enfoques tradicionales de las ciencias sociales sobre la cultura eran demasiado limitados. Desde entonces mi enfoque ha recibido la influencia de la semiótica, la hermenéutica y el pensamiento posestructuralista. En mi esfuerzo por incorporar teorías exteriores a la sociología he intentado teorizar los múltiples modos en los que la estructura social contiene códigos y significados simbólicos (véase Alexander, 1988).

Tengo la convicción de que los recientes eventos mundiales impulsan este movimiento hacia la síntesis teórica. En particular, en el mundo poscomunista parece importante desarrollar modelos que nos ayuden a comprender nuestras complejas e inclusivas, aunque también frágiles, democracias. En la actualidad estoy trabajando en una teoría de la democracia que acentúa la dimensión comunitaria, a la que llamo «sociedad civil». También, estoy publicando una colección de ensayos que critican el creciente relativismo en los estudios humanos. Me gusta pensar que, pese a las numerosas evidencias en contra de mi deseo, el progreso es posible no sólo en la sociedad, sino también en la sociología. Sólo puede lograrse este progreso utilizando una perspectiva multidimensional y sintética de la sociedad.

Se han realizado numerosos esfuerzos por integrar en el neofuncionalismo ideas de los viejos maestros, como las reflexiones de Marx sobre las estructuras materiales y las de Durkheim sobre el simbolismo. El intento de superar el sesgo idealista del funcionalismo estructural parsoniano, especialmente su énfasis en los fenómenos macro-subjetivos tales como la cultura, requiere dar paso a enfoques más materialistas. La tendencia del funcionalismo estructural a subrayar el orden se contrarresta con una aproximación a las teorías del cambio social. Y lo que es más importante, para compensar el sesgo macro del funcionalismo estructural tradicional, se están realizando esfuerzos por integrar ideas derivadas de la teoría del intercambio, el interaccionismo simbólico, el pragmatismo, la fenomenología, etcétera. En otras palabras y en consonancia con el tema básico de este capítulo, Alexander y Colomy se esfuerzan en la actualidad por sintetizar el funcionalismo estructural con otras tradiciones teóricas. Esta reconstrucción puede reanimar el funcionalismo estructural y proporcionar también la base para el desarrollo de una nueva tradición teórica.

Alexander y Colomy reconocen una diferencia importante entre el neofuncionalismo y el funcionalismo estructural:

> La antigua investigación funcional se guiaba por... la concepción de un esquema conceptual único y englobador que amalgamaba áreas particulares de investigación en un cuerpo apretadamente tejido. Por el contrario, el trabajo empírico neofuncionalista apunta hacia un cuerpo débilmente organizado en torno a una lógica general que presenta una serie de «proliferaciones» y «variaciones» bastante autónomas en los diferentes niveles y en los diversos dominios empíricos.
>
> (Alexander y Colomy, 1990a: 52)

Las reflexiones de Alexander y Colomy indican que nos distanciamos de la tendencia parsoniana a considerar el funcionalismo estructural como una gran teoría englobadora. En su lugar, nos ofrecen una teoría más limitada y sintética que, sin embargo, sigue siendo holista.

## TEORIA DEL CONFLICTO

El teórico más destacado que se ha esforzado por desarrollar una teoría del conflicto sintética e integrada es Randall Collins. En este apartado analizaremos su primer esfuerzo (Collins, 1975) por desarrollar una teoría del conflicto más integrada y sus últimas ideas (Collins, 1990) sobre tal teoría.

La obra *Conflict Sociology* [Sociología del conflicto] (1975) de Collins es altamente integradora porque tiene una orientación más micro que la teoría del conflicto macro de Dahrendorf y otros. El mismo Collins hace el siguiente comentario acerca de su primer esfuerzo: «Mi contribución principal a la teoría del conflicto... fue añadir un nivel micro a esas teorías macro. Especialmente intenté mostrar que la estratificación y la organización se basan en las interacciones de la vida cotidiana» (1990: 72). Y unas líneas después señala: «Mis contribuciones a la teoría del conflicto consisten en trabajar a partir de las contribuciones empíricas [3] de Goffman, Garfinkel, Sacks y Schegloff» (Collins, 1990: 72-73). Huelga decir que estos teóricos guardan una estrecha relación con las teorías micro del interaccionismo simbólico y la etnometodología.

Collins (1975) especificó desde el principio que su análisis del conflicto no era ideológico, es decir, no partía de la perspectiva política de que el conflicto era bueno o malo. Señaló que había elegido concebir el conflicto en términos realistas como un —o *el*— proceso central de la vida social.

A diferencia de otros que arrancan y se mantienen en el nivel societal, Collins abordó el conflicto desde un punto de vista individual debido a que sus raíces teóricas residen en la fenomenología y la etnometodología. A pesar de su preferencia por el nivel individual y las teorías micro, Collins era consciente de que «una sociología eficaz no podía centrarse exclusivamente en el nivel micro» (1975: 11); la teoría del conflicto no se puede construir sin el nivel societal de análisis. Sin embargo, mientras la mayoría de los teóricos del conflicto creen que las estructuras son externas y coercitivas para el actor, Collins las contemplaba como inseparables de los actores que las construyen y cuyas pautas de interacción son su esencia. Collins prefirió considerar las estructuras sociales como pautas de interacción más que como entidades externas y coercitivas. Además, mientras la mayor parte de los teóricos del conflicto consideran que fuerzas externas constriñen al actor, Collins cree que es éste quien crea y recrea constantemente la organización social.

---

3 Collins también insiste en que la teoría del conflicto ha estado más abierta que otras teorías sociológicas a la integración de los hallazgos de la investigación empírica.

Collins creía que la teoría marxista constituía el «punto de partida» para construir la teoría del conflicto, aunque estaba cargada de numerosos problemas. Por un lado, la consideraba (al igual que al funcionalismo estructural) muy ideológica, sesgo que quería evitar. Por otro lado, tendía a creer que la orientación de Marx se reducía a un análisis del dominio económico, aunque esa es una crítica injustificada a la teoría de Marx. En realidad, si bien Collins nombraba con frecuencia a Marx, su teoría del conflicto presenta relativamente poca influencia marxista. Se percibe más claramente la influencia de Weber, Durkheim y, sobre todo, de la fenomenología y la etnometodología.

Collins prefirió centrarse en la estratificación social porque creía que representaba una institución que exhibía muchas características de la vida, entre ellas «la riqueza, la política, las profesiones, la familia, los clubes, las comunidades y los modos de vida» (1975: 49). En opinión de Collins, las grandes teorías de la estratificación son «fracasos». En esta categoría incluía las teorías de Marx y las del funcionalismo estructural. Criticó la teoría marxista, por ejemplo, por considerarla una «explicación monocausal de un mundo multicausal» (Collins, 1975: 49). Consideraba la teoría de Weber como poco más que un «antisistema» con el que analizar las características de las dos grandes teorías. Collins encontró cierta utilidad en la obra de Weber, pero «los esfuerzos de la sociología fenomenológica para basar todos los conceptos en los elementos observables de la vida diaria» (Collins, 1975: 53) fueron los más importantes para él porque su principal preocupación en el estudio de la estratificación social eran las estructuras micro, no las macro. Desde el punto de vista de Collins, la estratificación social, como todas las demás estructuras sociales, se puede reducir a los encuentros pautados entre las personas en su vida cotidiana.

A pesar de su compromiso último con una microsociología de la estratificación, Collins arrancó (aun cuando tenía sus reservas en torno a ellas) de las macroteorías de Marx y Weber como pilares de su obra. Partió de principios marxistas arguyendo que «con cierta modificación proporcionan la base para una teoría del conflicto de la estratificación» (Collins, 1975: 58).

En primer lugar, Collins mantenía que la visión de Marx sobre las condiciones materiales implicadas en el esfuerzo de ganarse la vida en la sociedad moderna constituían los principales determinantes del modo de vida de una persona. La base de los ingresos para Marx incluía la relación entre la persona y la propiedad privada. Los que poseen o controlan propiedad tienen mayor capacidad para ganarse la vida más satisfactoriamente que los que no poseen ni controlan propiedad y deben vender su tiempo para acceder a los medios de producción.

En segundo lugar, desde una perspectiva marxista, las condiciones materiales influyen no sólo en el modo en que los individuos se ganan la vida, sino también en la naturaleza de los grupos sociales de diferentes clases sociales. La clase social dominante tiene mayor y mejor capacidad para desarrollar grupos sociales más coherentes, unidos mediante intrincadas redes de comunicación, que la clase social subordinada.

Finalmente, Collins señaló que Marx identificó las enormes diferencias entre las clases sociales por lo que respecta a su acceso al sistema cultural y al control sobre él. Es decir, las clases sociales altas tienen recursos para desarrollar sistemas simbólicos e ideológicos muy bien articulados, sistemas que suelen imponer a las clases sociales bajas. Las clases sociales bajas tienen sistemas simbólicos menos desarrollados, muchos de los cuales son impuestos por los que están en el poder.

Collins estaba convencido de que Weber trabajó dentro de la teoría de la estratificación de Marx y la desarrolló. Por un lado, se ha señalado que Weber reconoció la existencia de diversas formas de conflicto que conducían a un sistema de estratificación multifacético (por ejemplo, la clase, el estatus y el poder). Por otro lado, Weber desarrolló en muy importante medida la teoria de las organizaciones, consideradas por Collins otro campo de conflicto interesante. Collins también dio importancia a Weber por su énfasis sobre el estado como una entidad que controlaba los medios de violencia, lo cual desvió el interés por el conflicto en la economía (los medios de producción) hacia el conflicto en el estado. Finalmente, Collins elogió a Weber por su comprensión del contexto social de los productos emocionales, en particular de la religión. El conflicto claramente podía ocurrir en tales contextos, y esos productos emocionales, al igual que otros, podían utilizarse como armas en el conflicto social.

Con estas ideas, Collins analiza la estratificación desde su perspectiva del conflicto, análisis que guarda más relación con las teorías fenomenológica y etnometodológica que con la marxista o weberiana. Collins parte de varios supuestos. Las personas son intrínsecamente sociables, pero también están predispuestas al conflicto en sus relaciones sociales. El conflicto suele producirse en el nivel de las relaciones sociales porque una o muchas personas tienen siempre la posibilidad de utilizar la «coerción violenta» en su interacción. Collins creía que las personas buscan maximizar su «estatus subjetivo» y que su capacidad para hacerlo depende de los recursos que tengan. Cree que las personas persiguen su propio interés; así, los conflictos son posibles porque los conjuntos de intereses pueden ser radicalmente opuestos.

Este análisis de la estratificación desde la perspectiva del conflicto se puede resumir en tres principios básicos. Primero, Collins creía que las personas viven en mundos subjetivos autoconstruidos. Segundo, las personas pueden tener suficiente poder para influir sobre la experiencia subjetiva de un individuo e incluso controlarla. Tercero, otras personas frecuentemente intentan controlar al individuo, quien se opone a ellas. El resultado suele ser el conflicto interpersonal.

Sobre esta base Collins desarrolló cinco principios básicos del análisis del conflicto que aplicó a la estratificación social, aunque defendía que se podían aplicar también en cualquier escenario de la vida social. En primer lugar, Collins creía que la teoría del conflicto debía centrarse en la vida real más que en formulaciones abstractas. Esto parece reflejar su preferencia por el análisis material al estilo marxista ante la abstracción del funcionalismo estructural. Collins nos aconsejó concebir a las personas como animales cuyas acciones, motivadas por

su propio interés, podían considerarse como maniobras para obtener diversas ventajas a fin de alcanzar la satisfacción y evitar el descontento. Sin embargo, a diferencia de los teóricos del intercambio y de la elección racional, Collins considera que las personas no son totalmente racionales. Reconoce que son vulnerables a impulsos emocionales en sus esfuerzos por lograr su satisfacción.

En segundo lugar, Collins creía que una teoría de la estratificación desde la perspectiva del conflicto debía examinar los factores materiales que influyen en la interacción. Si bien factores materiales tales como «los lugares físicos, los modos de comunicación, la provisión de armas, los mecanismos para escenificar la propia imagen pública, las herramientas, los bienes» (Collins, 1975: 60) influyen sobre los actores, no todos los actores reciben la misma influencia. Una variable importante son los recursos que poseen los diferentes actores. Los actores con muchos recursos materiales pueden oponerse o incluso modificar estos constreñimientos materiales, mientras los pensamientos y las acciones de los que poseen pocos recursos suelen estar determinados por su situación material.

En tercer lugar, Collins afirmó que en una situación de desigualdad, los grupos que controlan los recursos suelen intentar explotar a los que carecen de ese control. Tuvo la cautela de señalar que esta necesidad no implicaba el cálculo consciente por parte de los que se aprovechaban de su situación; antes bien, simplemente persiguen lo que perciben como sus intereses más importantes. Y en ese proceso probablemente se aprovechan de los que carecen de recursos.

En cuarto lugar, Collins aconsejó a los teóricos del conflicto que analizaran fenómenos culturales tales como las creencias y los ideales desde el punto de vista de los intereses, los recursos y el poder. Los grupos que poseen recursos y, por tanto, poder, suelen imponer a la sociedad su sistema de ideas; el sistema de ideas de los que carecen de recursos es un sistema impuesto.

Finalmente, Collins se comprometió firmemente con el estudio científico de la estratificación y de cualquier otro aspecto del mundo social. Esto le condujo a formular varios consejos. Los sociólogos no debían teorizar simplemente sobre la estratificación, sino que debían estudiarla empíricamente y hacer un análisis comparado en la medida de lo posible. Las hipótesis debían formularse y verificarse empíricamente mediante estudios comparados. Por último, el sociólogo debía buscar las causas de los fenómenos sociales, particularmente las múltiples causas de cualquier forma de conducta social.

Esta especie de compromiso científico condujo a Collins a desarrollar una amplia serie de proposiciones sobre las relaciones entre el conflicto y diversos aspectos específicos de la vida social. Sólo expondremos algunas de ellas que bastarán para obtener una idea general de la sociología del conflicto de Collins:

**1.0** Las experiencias de dar y recibir órdenes son los principales determinantes de los puntos de vista y conductas individuales.

**1.1** Cuantas más órdenes da una persona, más orgullosa, segura y formal se siente, y más se identifica con los ideales de la organización en cuyo nombre justifica sus órdenes.

1.2 Cuantas más órdenes recibe una persona, más subordinada, fatalista, alienada de los ideales de la organización, conformista, desconfiada y preocupada por obtener recompensas extrínsecas y amoral se siente.

(Collins, 1975: 73-74)

Entre otras cosas, todas estas proposiciones reflejan el compromiso de Collins con el *estudio científico* de las pequeñas manifestaciones sociales de los conflictos sociales.

No contento con ocuparse del conflicto en el interior del sistema de estratificación, Collins intentó ampliarlo también a otros dominios sociales. Por ejemplo, extendió su análisis de la estratificación a las relaciones entre los sexos y los grupos de edad. Adoptó la perspectiva de que la familia constituía un escenario de conflicto sexual, en la que los varones triunfaban y dominaban a las mujeres, sometidas a diversos tipos de trato desigual. De modo similar analizó la relación entre los grupos de edad, en particular entre los jóvenes y los ancianos, en términos del conflicto. Esta perspectiva se opone a la de los funcionalistas estructurales, que perciben en esta relación una socialización e internalización armoniosa. Collins analizó los recursos que poseían los diversos grupos de edad. Los adultos poseían varios recursos tales como experiencia, mayor fuerza y estatura y la capacidad de satisfacer las necesidades físicas de los jóvenes. En cambio, uno de los escasos recursos de los más jóvenes es su atractivo físico. Esto sugiere la alta probabilidad de que los adultos dominen a los jóvenes. Sin embargo, cuando los jóvenes maduran adquieren más recursos y más capacidad de oposición, a resultas de lo cual se produce el creciente conflicto social intergeneracional.

Collins también analizó las organizaciones formales desde la perspectiva del conflicto. Las consideraba redes de influencias interpersonales y también escenarios en los que luchaban intereses enfrentados. En suma, «las organizaciones son campos de batalla» (Collins, 1975: 295). De nuevo formula sus argumentos en términos de una proposición. Por ejemplo, arguye que «la coerción conduce a grandes esfuerzos para evitar ser objeto de la coerción» (Collins, 1975: 298). En cambio, la oferta de recompensas constituía una buena estrategia: «El control por medio de las recompensas materiales conduce a la complacencia en la medida en que las recompensas están directamente relacionadas con la conducta deseada» (Collins, 1975: 299). Estas y otras proposiciones nos indican el compromiso de Collins con un estudio científico del conflicto básicamente microorientado.

En suma, Collins no es, al igual que Dahrendorf (véase el Capítulo 3), un fiel exponente de la teoría marxista del conflicto, aunque por razones diferentes. Si bien utilizó a Marx como punto de partida, Weber, Durkheim, y sobre todo la etnometodología y la fenomenología influyeron más en su obra. La orientación micro de Collins constituye un punto de partida útil para el desarrollo de una teoría del conflicto más integrada. Sin embargo, a pesar de sus intenciones explícitas de integrar las teoría micro y macro, no cumplió la tarea de modo completo.

En su obra reciente Collins adopta la perspectiva general de que la teoría del conflicto es preferible a muchas otras teorías debido a su capacidad de síntesis: «La teoría del conflicto... se ha comprometido libremente en lo que puede denominarse piratería intelectual: tiene una gran capacidad para incorporar... elementos... de las microsociologías» (1990: 72). Aunque se ha hecho poca teoría que pueda denominarse abiertamente «del conflicto» entre 1975 y 1990, Collins cree que la teoría del conflicto, pese a las apariencias, no se ha debilitado durante la última década y media, sino que ha venido desarrollándose bajo diversas formas y en diferentes áreas de la sociología.

Por un lado, Collins cree que la teoría del conflicto ha sido la perspectiva dominante dentro de varias subáreas de la sociología. Aunque no entra en detalles, uno de los ejemplos que tiene en mente es el surgimiento del «enfoque del poder» como la orientación dominante en el estudio sociológico de las profesiones (Ritzer y Walczak, 1986). Un esfuerzo integrador que merecería la pena hacer, aunque sólo ha sido sugerido por Collins, sería la revisión del conjunto de perspectivas del conflicto específicas que se han desarrollado dentro de diversas áreas de la sociología, con objeto de reunir ese dispar cuerpo de trabajo, combinarlo con la teoría del conflicto realmente existente, y ampliar así enormemente la teoría general del conflicto de la sociedad.

Collins persigue la integración en dos direcciones diferentes. Por una parte, considera que en el núcleo de la mayor parte de la investigación histórica-comparada reside una perspectiva del conflicto, especialmente en la obra de Michael Mann (1986). Así, la teoría del conflicto se enriquece mediante la integración de una amplia serie de ideas que pueden derivarse de la investigación histórica-comparada. Además, Collins cree que Mann utiliza una especie de teoría de redes, creencia que motiva el esfuerzo por sintetizar el enfoque de Mann con los trabajos convencionales en la tradición de la teoría de redes. En términos generales, existe la posibilidad de integrar la teoría de redes y la del conflicto. De hecho, como veremos mas adelante, la teoría de redes desempeña un papel prominente en los esfuerzos contemporáneos por la síntesis, ya que hay teóricos procedentes de otras perspectivas, especialmente de la teoría del intercambio, que contemplan la posibilidad de integrarlas. Curiosamente Collins no contempla la posibilidad de integrar esta última teoría con su teoría de la cadenas rituales de interacción (véase el Capítulo 10). Es sorprendente su actitud, puesto que las ideas micro de esta teoría podrían encontrar acomodo con las preocupaciones macro tradicionales de la teoría del conflicto. Quizás Collins no sugiere esta integración porque su propia variante de la teoría del conflicto es en sí altamente microscópica y ya comprende las cadenas rituales de interacción.

En términos generales, Collins hace una definición tan comprehensiva de la teoría del conflicto que nos la muestra como abierta a ideas procedentes de todas las teorías y capaz de cubrir todos los niveles de la realidad social. Collins intenta específicamente distinguir entre *teorías del conflicto* de corto alcance (por ejemplo, las de Simmel y Coser) y la *teoría del conflicto* a la que define como «una teoría sobre la organización de la sociedad, la conducta de las perso-

nas y los grupos, que explica por qué las estructuras adoptan la forma que tienen... el modo en que ocurren los cambios y de qué cambios se trata... La teoría del conflicto constituye un enfoque general aplicable en todas las áreas de la sociología» (1990: 70). Así, la preocupación de Collins no es sólo construir una serie de síntesis específicas; su interés es impulsar la teoría del conflicto en una dirección más holista. Aunque estas perspectivas holistas son valiosas como antídotos contra el pluralismo excesivo, debemos advertir del imperialismo teórico que implican y que impregna el ensayo de Collins.

## TEORIA NEOMARXISTA

La teoría marxista nunca se desprendió de su fuerza integradora y sintética. Marx se interesó por todos los fenómenos sociales, y especialmente por la relación dialéctica entre el agente en el nivel micro —el proletario individual— y la estructura macro de la sociedad capitalista. Además, intentó sintetizar una amplia gama de teorías (por ejemplo, la hegeliana, la neohegeliana, el socialismo utópico y la economía política) en su propia teoría de la sociedad capitalista. Por lo que a ella se refiere, hay tantas y diversas variantes de teoría neomarxista que virtualmente todas las teorías y todos los dominios del mundo social han sido integradas en ellas en algún momento. Por ejemplo, Jurgen Habermas, como vimos en los Capítulos 4 y 11, analizó todos los fenómenos sociales e integró en sus propias teorias las ideas de una amplia gama de teóricos sociales. No obstante, hay corrientes de teoria neomarxista (por ejemplo, el determinismo económico y el marxismo estructural) que tienen un alcance limitado y se inspiran en un escaso número de ideas teóricas.

Además, la mayor parte de la teoría marxista y neomarxista se orientó más hacia el desarrollo de una gran sintesis que al de las síntesis específicas que caracterizan la teoría sociológica en la década de los años noventa. La teoría neomarxista ha estado dominada durante muchos años por su búsqueda de una «gran teoría», una de las perspectivas totalistas de Marx: su modernismo materialista emancipador (Antonio, 1990). En este sentido, Marx nos ofreció una amplia visión de la sociedad encaminada hacia su fin teleológico (el comunismo) e impulsada por un sujeto colectivo, el proletariado. Durante algún tiempo esta idea dio forma (y distorsionó) la teoria marxista, pero más tarde un conjunto de teóricos marxistas intentaron distanciarse de varias maneras de esta ambiciosa narrativa. Sin embargo, algunos teóricos sólo sustituyeron el modernismo materialista emancipador por otras ambiciosas narrativas igualmente problemáticas. En los últimos años ha surgido un conjunto de teorías neomarxistas que, aunque han superado los excesos del modernismo materialista emancipador de Marx, amenazan con ofrecer una imagen demasiado pluralista de la sociedad. Los esfuerzos para manejar este exagerado pluralismo deben incluir síntesis de varias de estas teorías neomarxistas.

Aunque bastante prometedor, el desarrollo de estas síntesis teóricas amena-

za con hacernos perder de vista la posibilidad de un pensamiento holista. Esto sería desafortunado: la imposibilidad de desarrollar una gran teoría no significa que todas las formas de pensamiento holista sean inútiles e indeseables. Es necesario un pensamiento holista que no pretenda dar una respuesta última a todas las cuestiones teóricas. Así, Antonio sugiere que los neomarxistas deben construir sobre el «holismo histórico» de Marx más que sobre su modernismo emancipador. El holismo histórico constituye una teoría global del capitalismo que carece de los excesos (por ejemplo, la pretensión de proporcionar respuestas a todas las cuestiones, la teleología) del modernismo materialista emancipador. Antonio subraya que esta nueva perspectiva holista no sólo integra ideas de un conjunto de perspectivas neomarxistas, sino también implica «instilaciones teóricas de otros enfoques no marxistas» (por ejemplo, el uso de Habermas de ideas weberianas y pragmáticas) que «presagian un holismo histórico más rico» (1990: 109). De modo similar, Kellner (1990a), aun cuando defiende el ataque posmodernista (véase más abajo) a la construcción de una gran teoría, se esfuerza por desarrollar en sus reflexiones sobre el «tecnocapitalismo» un enfoque holista que rescata los aspectos viables de la teoría marxista y los sintetiza con las ideas de los posmodernistas (véase el Capítulo 13). En este sentido, Kellner, al igual que Antonio, defiende la necesidad de una nueva perspectiva holista y, al mismo tiempo, acepta la necesidad de un conjunto amplio de esfuerzos sintéticos. En este capítulo en el que se analiza el impulso hacia una serie de síntesis, es importante señalar que sería desastroso para la sociología perder la huella de la teoría holista.

Al final de este capítulo, donde analizaremos una variedad de teorías posmarxistas, nos extenderemos más sobre la cuestión de la síntesis en la teoría marxista.

## INTERACCIONISMO SIMBOLICO

Probablemente como producto de su autodefensa, el interaccionismo simbólico que se desarrolló bajo la dirección de Herber Blumer se movió firmemente en una dirección micro. Este impulso iba en sentido opuesto a las implicaciones del título más integrador de la obra de George Herbert Mead *Mind, Self and Society* [Espíritu, persona y sociedad]. Sin embargo, el interaccionismo simbólico ha entrado en una nueva era «posblumeriana» (Fine, 1990). Por un lado, están los esfuerzos por reconstruir la teoría blumeriana que subrayan que esta teoría siempre retuvo un interés por los fenómenos macro (véase más abajo, así como el número especial de *Symbolic Interaction* (1988) dedicado a Herbert Blumer. Y lo que es más importante, existen diversos esfuerzos en la actualidad por sintetizar el interaccionismo simbólico con ideas derivadas de otras teorías. Este «nuevo» interaccionismo simbólico, en los términos de Fine, ha «construido una nueva teoría utilizando fragmentos de otros enfoques teóricos» (1990: 136-137). Estos nuevos interaccionistas simbólicos:

> son casi promiscuos en su deseo de sacudir cualquier sábana teórica que encuentran: hay durheimianos... simmelianos... weberianos... marxistas... posmodernistas... fenomenólogos... feministas radicales... semióticos... e interaccionistas simbólicos.
>
> (Fine, 1990: 120)

El nuevo interaccionismo simbólico combina ideas autóctonas con otras procedentes de teorías micro tales como la teoría del intercambio, la etnometodología y el análisis conversacional, y la fenomenología. Más sorprendente es la integración de ideas de teorías macro (por ejemplo, del funcionalismo estructural) y de teóricos macro tales como Parsons, Durkheim, Simmel, Weber y Marx. Los interaccionistas simbólicos se esfuerzan también por integrar ideas del posestructuralismo, el posmodernismo y el feminismo radical. El interaccionismo simbólico posblumeriano está convirtiéndose en una perspectiva más sintética que la del propio Blumer.

## Redefinición de Mead y Blumer

Además del trabajo sintético actual, el interaccionismo simbólico se esfuerza por redefinir a los principales pensadores relacionados con él, especialmente a Mead y a Blumer, en tanto que presentan orientaciones más integradoras de las que se les han supuesto.

Como vimos en el Capítulo 5, a pesar de su falta de interés por los fenómenos macro, hay muchos elementos en la ideas de Mead sobre la mente, el *self* y la sociedad que sugieren una teoría sociológica más integrada. En este contexto es útil estudiar el análisis que John Baldwin (1986) hizo de Mead. Baldwin subraya la fragmentación de las ciencias sociales en general, y de la teoría sociológica en particular, y afirma que esta fragmentación impide el desarrollo de una teoría sociológica general «unificada» y, en términos generales, una ciencia del mundo social. Este defiende la necesidad de tal teoría y propone tomar el enfoque de Mead como modelo para su construcción:

> Quizás nos ha llegado la hora de intentar organizar nuestra disciplina fragmentada en una teoría que tenga el potencial de unificarla. Como Mead tuvo más éxito que la mayoría de los teóricos sociales en la creación de una teoria no dualista que unifica ideas sobre la mente y el cuerpo, sobre los niveles micro y macro de la sociedad, junto con otros factores relacionados, su obra merece atención como posible fundamento para la construcción de una ciencia social unificada.
>
> (Baldwin, 1986: 156)

Aunque Baldwin propone la gran síntesis que hemos rechazado en este capítulo, acogemos de buen grado su esfuerzo por contemplar la teoría meadiana como un enfoque más integrador.

Baldwin defiende la teoría de Mead basándose en varias razones. En primer lugar, señala que el sistema teórico de Mead cubre todos los fenómenos sociales

pertenecientes a los niveles micro y macro: «la psicología, la psicología social, el lenguaje, la cognición, la conducta, la sociedad, el cambio social y la ecología» (Baldwin, 1986: 156). En esta línea, Baldwin ofrece un modelo de la orientación teórica de Mead que mostramos en la Figura 12.1.

En segundo lugar, Baldwin subraya que Mead ofrece no sólo una concepción integrada micro-macro del mundo social, sino también «un sistema flexible para entretejer contribuciones procedentes de todas las escuelas contemporáneas de la ciencia social» (1986: 156). Así la teoría de Mead proporciona una base no sólo para la integración micro-macro, sino también para la síntesis teórica. Finalmente, Baldwin mantiene que el «compromiso de Mead con los métodos científicos nos garantiza que los datos y las teorías de todos los componentes del sistema social pueden integrarse de una manera equilibrada, con su importancia relativa establecida de un modo empírico defendible» (1986: 156).

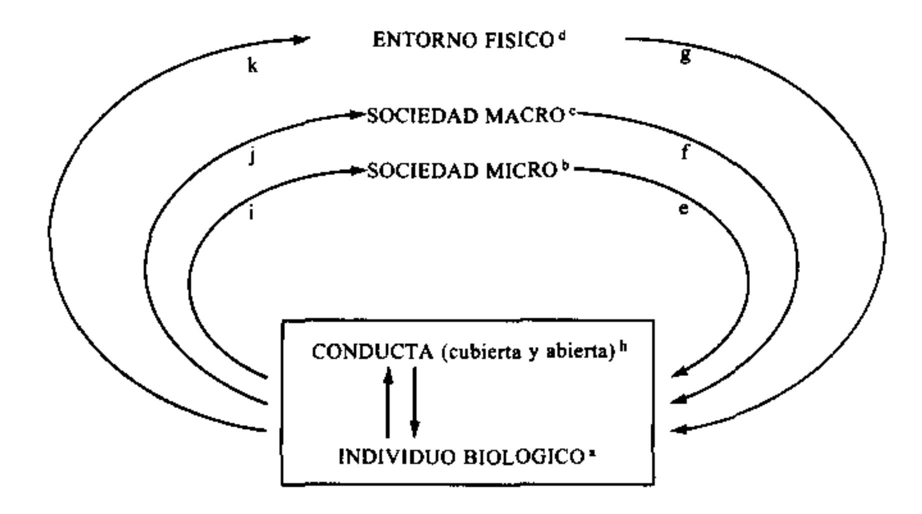



**Figura 12.1.** Esquema general de los componentes del sistema teórico de Mead.

Antes de analizar el esfuerzo por redefinir el enfoque teórico de Herbert Blumer recordamos que en el Capítulo 5 le describimos como un pensador que ofreció una concepción harto limitada de los fenómenos macro y objetivos. Sin embargo, algunos interaccionistas simbólicos han intentado demostrar recientemente que Blumer poseía una concepción más profunda de las estructuras macro y de la objetividad y que ello, junto con la fuerza evidente de su teoría en los niveles micro y en el reino de la subjetividad, confiere a su teoría una orientación integradora (Maines, 1989a, 1989b; Maines y Morrione, 1990; Morrione, 1988).

Maines (1989a) ha atacado tres «mitos» relacionados con la teoría de Blu-

mer: que es acientífica, subjetivista y aestructural. Los dos últimos calificativos son los que nos preocupan aquí porque apuntan al núcleo de la creación de una concepción más integrada de las ideas de Blumer. Es decir, en caso de poder demostrar que Blumer ofreció una perspectiva más objetivista que se complementaba con su interés manifiesto por la subjetividad, *y* una concepción macro que se complementaba con su evidente orientación micro, podría considerarse que nos ofreció una teoría sociológica plenamente integrada. De hecho, esta concepción micro-macro y objetiva-subjetiva estaría en total consonancia con mi idea de un paradigma sociológico integrado.

Por lo que respecta a la cuestión de la subjetividad, Maines afirma que Blumer simplemente adoptó una posición en la línea del pensamiento de su tiempo sobre la acción humana (véase el Capítulo 11). La agencia implica una preocupación *tanto* por el modo subjetivo en el que las personas construyen la realidad social *como* por la acción, la interacción y las pautas objetivas resultantes. Además, Maines cree que Blumer adoptó la posición que tomaron algunos teóricos de la acción, *no* todos, de que entidades colectivas tales como «las organizaciones, las instituciones, los movimientos sociales, las clases sociales, las naciones, los grupos de interés, o las razas» actúan, y se caracterizan por procesos subjetivos (1989a: 389).

En su disección de las reflexiones de Blumer sobre los macrofenómenos, Maines analiza tres implicaciones del concepto de la acción conjunta (véase el Capítulo 5). Primera, la acción conjunta implica una organización social puesto que la acción ocurre de acuerdo con pautas recurrentes. Segunda, las acciones suelen estar interconectadas; es decir, tienden a institucionalizarse. Y tercera, la acción social posee continuidad; es decir, tiene una dimensión histórica. La preocupación por la organización, la institucionalización y la historia le confiere a Blumer una orientación macro, y Maines procede a demostrar la preocupación macro de Blumer en una serie de áreas concretas (por ejemplo, las relaciones raciales y la industrialización).

Más recientemente, Maines y Morrione han publicado el libro póstumo de Blumer titulado *Industrialization as an Agent of Social Change* [La industrialización como agente de cambio social]. Este libro lo escribió Blumer a principios de los años sesenta, pero nunca llegó a publicarlo porque no se sentía satisfecho con él. Esta obra nos sugiere la orientación macro y objetivista de Blumer. El proceso de la industrialización ocurre claramente en el nivel macro e implica estructuras objetivas tales como los sistemas de producción basados en la mecanización, los sistemas de distribución y adquisición y una estructura de servicios (Maines y Morrione, 1990: xviii). Quizás Blumer no se sentía un teórico integrador, pero las interpretaciones recientes de su obra demuestran que su pensamiento está más en la línea de los desarrollos contemporáneos de lo que se había creído. La necesidad de reinterpretar a Blumer (y a Mead) en este sentido demuestra el poder del movimiento hacia una teoría sociológica integrada y sintética.

Como señalamos al principio de este capítulo la dirección del interaccionis-

mo simbólico hacia la integración y la síntesis no es nueva, aunque actualmente esta teoría tiene un alcance mayor y está más institucionalizada que antes. En este contexto nos será de gran utilidad analizar el esfuerzo de Peter Singelmann, mencionado al principio del capítulo, por sintetizar el interaccionismo simbólico y la teoría del intercambio, y examinar la reacción hostil que tal esfuerzo ha provocado. También estudiaremos el temprano esfuerzo de Sheldon Stryker (1980) por impulsar al interaccionismo simbólico en una dirección más integradora. Puede considerarse que la obra de Stryker anticipó una gran parte del trabajo integrador posterior (y de las interpretaciones) del interaccionismo simbólico que acabamos de analizar.

## Integración del interaccionismo simbólico y la teoría del intercambio

El esfuerzo de Peter Singelmann (1972) por integrar los principales conceptos de la interacción simbólica y la teoría del intercambio partió de las categorías meadianas de mente, self y sociedad.

**Mente.** Singelmann afirmó que para el interaccionista simbólico el concepto de mente «refleja la capacidad humana de *concebir* lo que *percibe* el organismo, de definir las situaciones, de evaluar los fenómenos, de transformar los gestos en símbolos y de exhibir una conducta pragmática y dirigida a la consecución de metas» (1972: 416). De acuerdo con Singelmann, tanto el interaccionista simbólico como el teórico del intercambio consideran al actor un agente activo. Este afirmó que el concepto simbólico-interaccionista de la mente ha recibido un «reconocimiento explícito» por parte de los teóricos del intercambio. Como prueba de que esta concepción de la mente existe entre los teóricos del intercambio, citó algunos análisis realizados por los teóricos del intercambio de cosas tales como la conciencia del individuo de las alternativas, las aspiraciones y las expectativas. También detectó evidencias de que existía el concepto de procesos mentales en la noción de Homans de la justicia distributiva. Una persona debe evaluar subjetivamente las diferentes recompensas para determinar si la ley de la justicia distributiva ha sido violada o no.

Sobre la base de este tipo de análisis, Singelmann concluye: «La teoría del intercambio actual ha superado los enfoques puramente "conductistas" de muchas teorías del refuerzo al reconocer, más o menos explícitamente, que la mente humana mediatiza la relación entre los estímulos y las respuestas conductuales» (1972: 417). Así, una recompensa no es en sí una recompensa, sino que se *define* como algo que opera como reforzador. En opinión de Singelmann este proceso de definición sintoniza la teoría del intercambio con el interaccionismo simbólico.

Lo más probable es que la mayoría de los conductistas coincidan con Singelmann en la idea de que no hay nada inherente en un objeto que le convierta en una recompensa. Una recompensa ha de definirse como elemento reforzador

en caso de que influya realmente sobre la conducta. Sin embargo, a diferencia de Singelmann, a los conductistas no les preocupa el proceso de la definición social aun cuando son plenamente conscientes de su existencia. Se preocupan sólo por las manifestaciones conductuales del proceso de la definición, no por el proceso en sí.

**El self**. Singelmann señaló que a los interaccionistas simbólicos les preocupa la idea del self tanto en el sentido utilizado por Mead, «como un proceso mediante el cual los actores reflexionan sobre sí mismos como objetos» (1972: 417), como en el sentido de la concepción de su self que tienen los actores. Singelmann sugirió que los teóricos del intercambio comprenden en mayor o menor medida que el individuo tiene un self y un concepto de su self, y que estas ideas encuentran acomodo en la teoría del intercambio. Para que se desarrollen y persistan las relaciones de intercambio, cada parte debe ser capaz de adoptar el papel del otro, así como el del otro generalizado, con el fin de determinar qué recompensas ofrecerán y qué recompensas es probable que reciban. Aunque esta es una idea útil, muchos teóricos del intercambio no la juzgan relevante para sus preocupaciones. No se ocupan del proceso mediante el cual los individuos deciden qué recompensas deben ofrecer, sino sólo por las relaciones de intercambio en sí. El deseo de los teóricos puros del intercambio es investigar la conducta y no conceptos tales como el self, el otro generalizado y la adopción del papel del otro. Esto le corresponde al filósofo, y no es algo que inquiete a los «científicos» que se identifican con el paradigma de la conducta. Así, por ejemplo, Skinner definió el *self* como un simple «repertorio de conducta» (1971: 189), una definición que difiere considerablemente de la de los interaccionistas simbólicos.

**Sociedad**. Singelmann afirmó que tanto los interaccionistas simbólicos como los teóricos del intercambio se centran en el nivel microsocial para analizar la estructura social. Además, identificó dos cuestiones convergentes. En primer lugar, señaló que mientras los interaccionistas simbólicos se centran en el modo en que las personas ajustan conjuntamente sus pautas de interacción, la preocupación de Homans era la estabilización de las relaciones sobre la base de los intercambios más ventajosos. Ambos teóricos hacen referencia a una construcción y reconstrucción constante de las pautas de interacción. En segundo, Singelmann adujo que «el intercambio podía conceptualizarse como interacción simbólica» (1972: 419), lo que significaba que el intercambio implicaba comunicación de símbolos. Esta idea nos descubre el argumento implícito de Singelmann según el cual la teoría del intercambio se puede incluir en el interaccionismo simbólico. Singelmann transforma considerablemente la teoría del intercambio, lo que no ocurre con el interaccionismo simbólico al que no somete a alteración alguna.

Es interesante anotar que las ideas de Singelmann se debilitan en el nivel societal de la integración, lo que refleja su orientación hacia el interaccionismo simbólico. La sociedad parece definirse sólo en términos de símbolos y de una interacción pautada. La fuerza del análisis de Singelmann reside en su análisis

de la mente y el self y en el modo en que las ideas del interaccionismo simbólico y la teoría del intercambio se refuerzan mutuamente en lo que atañe a estas cuestiones. En su conclusión Singelmann intentó realizar una síntesis teórica que puede resumirse en cuatro puntos:

> 1. En el intercambio, los actores construyen definiciones normativas y existenciales de sí mismos, de los otros, de las acciones, de las metas y de las evaluaciones de lo que es «justo».
> 2. Estas definiciones no se construyen sólo subjetivamente sino que son en gran medida socialmente compartidas, por lo que constituyen una constricción externa para los actores individuales.
> 3. En el intercambio, lo esfuerzos hedonistas de los actores están limitados y vienen determinados por la naturaleza de las definiciones subjetivas y socialmente compartidas del mundo objetivo que incluye el self y los otros.
> 4. En el intercambio, los actores modifican sus conductas o definiciones cuando:
>    a) los cambios en el mundo objetivo convierten en problemáticas las conductas y las definiciones existentes,
>    b) los cambios en algunas de sus definiciones subjetivas convierten en problemáticas otras definiciones o condiciones y conductas objetivas existentes.
>
> (Singelmann, 1972: 422)

Aún cuando persiguiera la reconciliación, la cantidad de atención que dedica Singelmann a las definiciones sociales en la lista anterior nos descubre su inclinación hacia el interaccionismo simbólico.

El esfuerzo integrador de Singelmann provocó una reacción hostil, reflejo de sus sesgos y de la época extremista en que fue escrito su ensayo. Por ejemplo, Abbott, Brown y Crosbie (1973) afirmaron que la teoría del intercambio y el interaccionismo simbólico tenían premisas totalmente diferentes y constataron la futilidad de los esfuerzos por integrar ambas teorías. Señalaron que este esfuerzo lograba simplemente destruir la integridad de ambas perspectivas. Como exponentes de la teoría del intercambio se sintieron particularmente ofendidos y llegaron a calificar el esfuerzo de Singelmann de distorsión de la teoría del intercambio. Se oponían a lo que, desde su punto de vista, constituía un esfuerzo por sintetizar ambas teorías a costa de destruir la teoría pura del intercambio.

## Hacia un interaccionismo simbólico más integrador

Damos fin a este apartado con un análisis de la obra de Sheldon Stryker (1980) y de su esfuerzo por desarrollar un interaccionismo simbólico más adecuado para el estudio de los fenómenos sociales macro. (Para un argumento en contra de este proyecto véase Rock, 1979.)

Stryker propuso un objetivo integrador para el interaccionismo simbólico: «Un marco teórico satisfactorio debe relacionar la estructura social y la persona, debe ser capaz de trasladarse del nivel de la persona al de las grandes estructuras sociales y retroceder de nuevo... Es preciso que exista un marco conceptual que

facilite el movimiento entre el nivel de la organización y el de la persona» (1980: 53). (Perinbanayagam desarrolló un objetivo similar para el interaccionismo simbólico: «La existencia de la estructura *y* del significado, del self *y* de los otros, de la dialéctica del ser y la emergencia, conduce a un interaccionismo dialéctico» [1985: xv].) Stryker encuadró su orientación en el interaccionismo simbólico meadiano, pero intentó ampliarlo al nivel societal mediante el uso de la teoría del rol:

> Esta versión parte de Mead, pero se extiende e introduce conceptos y principios teóricos del rol para poder analizar adecuadamente la influencia recíproca de la persona social sobre la estructura social. El nexo de esa influencia recíproca es la interacción. Es en este contexto de los procesos sociales —las pautas recurrentes de interacción que vinculan a los actores individuales— donde la estructura social constriñe las concepciones del self, las definiciones de la situación y las oportunidades y repertorios conductuales que vinculan y guían la interacción que tiene lugar.
>
> (Stryker, 1980: 52)

Stryker desarrolló su orientación a partir de ocho principios generales:

1. La acción humana depende de un mundo nombrado y clasificado en el que los nombres y las clasificaciones tienen significado para los actores. Las personas aprenden mediante la interacción con otras el modo de clasificar el mundo y el modo en que se espera que se comporten en él.
2. Entre las cosas más importantes que las personas aprenden están los símbolos que se utilizan para designar las *posiciones* sociales. Es preciso señalar aquí que Stryker concebía las posiciones en términos estructurales: «componentes morfológicos relativamente estables de la estructura social» (Stryker, 1980: 54). Stryker también atribuyó una importancia crucial a los *roles* y los concibió como expectativas conductuales compartidas ligadas a las posiciones sociales.
3. Stryker también reconoció la importancia de las grandes estructuras sociales, aunque sentía predisposición, al igual que otros interaccionistas simbólicos, a concebirlas como pautas organizadas de conducta. Además, su análisis concibe la estructura social simplemente como el «marco» en el cual las personas actúan. Dentro de estas estructuras, las personas se nombran mutuamente, es decir, se reconocen mutuamente como ocupantes de posiciones. Al hacerlo, las personas evocan expectativas recíprocas de lo que se espera de ellas.
4. Es más, en su actuación en este contexto, las personas no sólo se definen unas a otras, también se definen sí mismas; es decir, se asignan a sí mismas designaciones posicionales. Estas autodesignaciones se convierten en parte del self, expectativas internalizadas relacionadas con su propia conducta.

5. Cuando interactúan, las personas definen las situaciones y asignan nombres a las situaciones, a los otros participantes, a ellas mismas y a los rasgos particulares de la situación. Los actores utilizan estas definiciones para organizar su conducta.
6. Los significados sociales no determinan la conducta social, pero sí la constriñen. Stryker cree fervientemente en la idea de la *construcción del rol*. Las personas no sólo adoptan roles; antes bien, adoptan una actitud creativa y activa hacia sus roles.
7. Las estructuras sociales limitan también el grado en el que los roles se «construyen», no sólo el grado en el que se «adoptan». Algunas estructuras permiten más creatividad que otras.
8. Las posibilidades de construcción del rol hacen posible los diversos cambios sociales. Los cambios ocurren en las definiciones sociales —en los nombres, los símbolos, las clasificaciones— y en las posibilidades de interacción. La influencia acumulada de estos cambios puede dar lugar a alteraciones en las grandes estructuras sociales.

Si bien Stryker ofreció un valioso punto de partida para la construcción de un interaccionismo simbólico más adecuado, su esfuerzo presenta varias limitaciones. La que más salta a la vista es que ofreció escasas ideas sobre las grandes estructuras sociales *per se*. Stryker percibió la necesidad de la integración de las grandes estructuras en su obra, pero reconoció que el «desarrollo pleno del modo en que se puede realizar esta incorporación está más allá del alcance del presente ensayo» (1980: 69). Stryker atribuyó un papel futuro limitado a las variables estructurales en el interaccionismo simbólico. Abrigaba la esperanza de incorporar, en última instancia, factores estructurales tales como la clase, el estatus y el poder, como variables que constriñen la interacción, pero no deseaba que el interaccionismo simbólico analizara las interrelaciones entre estas variables estructurales. Presumiblemente, este tipo de cuestiones se dejaba a otras teorías más centradas en los fenómenos sociales macro.

Así, el interaccionismo simbólico, al igual que la mayoría de las teorías sociológicas, no carece de esfuerzos tempranos por la síntesis (Singelmann) y la integración (Stryker).

## FENOMENOLOGIA Y ETNOMETODOLOGIA

La sociología fenomenológica, especialmente las perspectivas de Schutz y Berger y Luckmann, es intrínsecamente integradora y sintética. Schutz se centró en el análisis de la relación entre la microsubjetividad y la macrosubjetividad. La perspectiva integradora de Berger y Luckmann se refleja en su modelo dialéctico de relación entre las personas y la sociedad. Sin embargo, lo que limita a ambos enfoques es que operan puramente en el reino de la subjetividad y tienen poco que ofrecer sobre la objetividad micro y macro. Merece mención también el

esfuerzo de Berger y Luckmann por sintetizar una amplia gama de perspectivas teóricas. Sin embargo, esta síntesis está limitada por la utilización de ideas puramente subjetivas e ignora las contribuciones de los teóricos que nos ayudan a comprender la objetividad.

Incluso la etnometodología, una de las perspectivas micro mas extremas de la teoría sociológica, ha mostrado ciertos indicios de apertura hacia la síntesis y la integración. Por ejemplo, la etnometodología parece expandirse en dominios que parecen pertenecer más bien a la corriente principal de la sociología. Un buen ejemplo es el análisis de Heritage y Greatbatch (1986) de los discursos políticos británicos y de los métodos utilizados para generar el aplauso del público. La tipología de estos mecanismos que estos autores desarrollaron apenas difiere de las tipologías empleadas por otros teóricos de la sociología.

Sin embargo, la etnometodología sigue atrincherada e insegura, a resultas de lo cual parece ir a contracorriente del movimiento hacia la síntesis teórica. Garfinkel, que supuestamente rechaza la idea de la síntesis, considera que la etnometodología constituye una «sociologia inconmensurablemente alternativa» (1988: 108). Boden (1990a) cree necesario hacer una *defensa* fuerte, aunque algo cohibida, de las perspectivas de la etnometodología y el análisis conversacional. Es realmente cierto, tal y como Boden señala, que la etnometodología ha experimentado un aumento en lo que a número de defensores y exponentes se refiere. Sin embargo, podemos preguntarnos si ésta —o cualquier otra teoría sociológica— «se ha establecido», como Boden afirma. En cualquier caso, este argumento contradice el tema principal de este capitulo (y del siguiente): el debilitamiento de las fronteras teóricas y el surgimiento de nuevas perspectivas sintéticas. Es posible que la etnometodología sea aún demasiado joven e insegura como para soportar la erosión de su fronteras.

No obstante, la mayor parte del ensayo de Boden (1990a) se centra en los esfuerzos sintéticos que se han realizado *dentro* de la etnometodologia, especialmente en el análisis de cuestiones integradoras tales como la relación entre la acción y la estructura, el marco de la acción y los acontecimientos pasajeros que se dan en el curso de la historia. Boden también analiza el grado en el que una serie de teóricos estadounidenses y europeos han comenzado a integrar la etnometodología y el análisis conversacional en su orientación. Desafortunadamente, lo que brilla por su ausencia es un análisis del grado en que los etnometodólogos integran actualmente en su perspectiva ideas procedentes de otras teorías sociológicas. Los etnometodólogos reaccionan de buen grado ante el hecho de que otros teóricos integren perspectivas etnometodológicas en sus teorías, pero se muestran más bien reacios a la integración de otras ideas en su teoria.

El análisis de Boden (1990b) de los vínculos de la etnometodología con el interaccionismo simbólico ha contribuido a un leve movimiento hacia la síntesis en aquella perspectiva. El análisis conversacional, como vimos en el Capítulo 6, se centra fundamentalmente en el habla. Como Boden señala: «El habla constituye el nervio central de la interacción social. El análisis conversacional

estudia el aspecto mundano de la charla momentánea de las personas en su realización cotidiana» (1990b: 244). Si bien los interaccionistas simbólicos se interesan por el habla, su principal preocupación es la acción y la interacción. Boden (1990b: 244) nos ofrece el vínculo entre tales intereses en su definición del habla como «lenguaje-interacción», señalando que «es aquí, cuando a través del lenguaje aparece la acción, donde convergen el análisis conversacional y la interacción simbólica (y viceversa)». Y llega a señalar que el mundo social requiere «ser estudiado *in situ*, y las fuerzas creativas de la interacción simbólica y el análisis conversacional descubren, en combinación, la naturaleza momentánea, aunque recurrente y pautada, del mundo» (Boden, 1990b: 246).

Para reforzar el vínculo entre el interaccionismo simbólico y el análisis conversacional Boden sugiere una redefinición de este último. Afirma que el término *análisis conversacional* es, en realidad, demasiado estricto debido al hecho de que los investigadores se interesan, como pudimos apreciar en el Capítulo 6, por algo más que el simple intercambio de palabras. Sugiere, en cambio, la denominación de «análisis interaccional» ya que los investigadores se ocupan de «todo lo que tiene lugar en la interacción, desde una pausa en la respiración hasta la organización espacial y temporal del escenario» (Boden, 1990b: 248). Al utilizar el término *análisis interaccional* para describir el interés por fenómenos verbales y no verbales, Boden claramente coloca el análisis conversacional en las filas del interaccionismo simbólico.

Como vimos en el Capítulo 5, Mead se interesó por los procesos mentales, pero los concibió como formas de la acción y la interacción. Esta concepción forma parte del esfuerzo de Mead por extender el conductismo al reino de la mente. Boden afirma que «el *pensamiento*, que en sentido meadiano constituye una interacción simbólica, se convierte en algo concreto y disponible, tanto para analizarlo como para teorizar a través de las intensas actividades del habla en la interacción» (1990b: 253). Así, al estudiar el habla, los analistas de la conversación (y los interaccionistas simbólicos) arrojan luz sobre los procesos mentales. Asimismo, Boden intenta vincular el análisis conversacional con el interés de Blumer por la «acción conjunta». Subraya que la conversación constituye una acción conjunta no sólo en el sentido de que es negociada localmente, sino también en el sentido de que «el habla y las tareas se construyen mutuamente por turnos alternativos (Boden, 1990b: 255).

En su conclusión, Boden nos ofrece algunos vínculos generales entre el análisis conversacional y el interaccionismo simbólico: «Los interaccionistas simbólicos y los analistas de la conversación viajan juntos por el mismo camino a fin de examinar la interrelación de los significados, de los símbolos compartidos, de la acción conjunta y del orden social» (1990b: 265). Además, liga explícitamente las dos teorías a las preocupaciones integradoras que acaban de ser analizadas en el capítulo anterior: «Así, en la amplia intersección de *la acción y la estructura*, los sociólogos pueden esperar por lo general encontrar a interaccionistas simbólicos, así como a analistas de la conversación» (Boden, 1990b: 265; cursivas añadidas).

El esfuerzo de Boden por vincular la relación entre el análisis conversacional y el interaccionismo simbólico con la acción y la estructura nos conduce a la obra de Hilbert (1990) sobre la relación entre la etnometodología y el orden micro-macro. Hilbert rechaza la idea convencional de que la etnometodología constituye una microsociología, pero tampoco debe ser considerada, en su opinión, una macrosociología. Antes bien, Hilbert afirma que la etnometodología «trasciende» la cuestión micro-macro porque su preocupación central son «las prácticas sociales que constituyen los métodos para la producción de la microestructura *y* de la macroestructura, así como cualquier presunto "vínculo" entre las dos» (1990: 794).

Hilbert reduce, de manera en cierto modo errónea (véase el Capítulo 10), la cuestión del vínculo micro-macro a una serie de preocupaciones estructurales. Es decir, a un enfoque sobre las microestructuras, las macroestructuras y el vínculo que hay entre ellas. Desde el punto de vista de Hilbert, los etnometodólogos son «indiferentes» a las estructuras *en cualquier nivel*. En lugar de interesarles las estructuras, ya sean micro o macro, los etnometodólogos se ocupan de las prácticas, de «los etnométodos», de «la correcta producción» de la estructura en general. Es decir, los etnometodólogos se centran en «los métodos de la producción, el mantenimiento, la conservación y la reproducción de la estructura social a través de la pertenencia al grupo, ya estén orientados a las grandes estructuras institucionales (macro) o a las estructuras más íntimas y pequeñas (micro)» (Hilbert, 1990: 799).

Hilbert nos ofrece lo que llama la «tesis radical» de la etnometodología, que la hace trascender la cuestión del vínculo micro-macro:

> Los fenómenos empíricos que identifican los analistas de la conversación, pero que los miembros no son capaces de identificar, y... los fenómenos estructurales hacia los que los miembros se orientan y dan por supuestos pero que, sin embargo, no son empíricos y no están disponibles para los científicos sociales son (sutilmente)... *los mismos fenómenos*.
>
> (Hilbert, 1990: 801)

En otras palabras, los etnometodólogos creen que no es necesario hacer distinción alguna entre las estructuras micro y las macro porque, desde su punto de vista, se generan simultáneamente. Sin embargo, ni los etnometodólogos ni otros teóricos de la sociología han ofrecido la solución última a la cuestión micro-macro. El esfuerzo de Hilbert no es válido debido a su reducción de la cuestión a una preocupación por el vínculo entre las *estructuras* micro y macro. Como vimos en el Capítulo 10, esta cuestión implica más cosas que el simple vínculo micro-macro. No obstante, los etnometodólogos ofrecen un enfoque interesante, aunque radical, sobre esta cuestión, y la resuelven afirmando ¡que lo micro y lo macro son lo mismo! Ciertamente, un modo de analizar la cuestión micro-macro es negarse a separar los dos niveles, considerando ambos como parte del mismo proceso general.

## RESUMEN

En este capítulo analizamos el movimiento hacia la síntesis teórica en el neofuncionalismo, la teoria del conflicto, la teoría neomarxista, el interaccionismo simbólico y la fenomenología y la etnometodología. En el siguiente capítulo retomaremos el análisis de las síntesis teóricas en la teoría del intercambio, la teoria de redes, la teoría de la elección racional, la teoría sociológica feminista, el posmodernismo y la teoría posmarxista.

CAPITULO 13

# SINTESIS DE LA TEORIA SOCIOLOGICA-II

En este capítulo concluimos el análisis de las síntesis teóricas en la teoría sociológica contemporánea.

## TEORIA DEL INTERCAMBIO

Desde fecha temprana, los teóricos del intercambio han realizado esfuerzos para desarrollar una orientación teórica más integradora (para un análisis de la teoría del intercambio integradora de Blau, véase el Capítulo 7). En este apartado analizaremos las ideas de Richard Emerson y sus discípulos, especialmente Karen Cook.

### Hacia una teoría del intercambio más integradora: Emerson y Cook

En dos ensayos publicados en 1972, Richard Emerson desarrolló los fundamentos de una teoría del intercambio integrada. El primer ensayo (Emerson, 1972a) analiza las «bases psicológicas del intercambio social», mientras el segundo (Emerson, 1972b) se centra en el nivel macro y en las «relaciones de intercambio y en las estructuras de redes». En este último ensayo Emerson explicitó la cuestión del vínculo micro-macro: «Intento extender la teoría del intercambio e investigar los niveles de análisis *micro* y *macro* mediante el estudio de las *estructuras de las redes de intercambio*» (citado en Cook, 1987b: 212). Karen Cook coincide con Emerson en la importancia del estudio de las redes de intercambio para vincular lo micro y lo macro. «El uso del concepto de redes de intercambio permite el desarrollo de una teoría puente que cierre la brecha conceptual entre los individuos aislados o las díadas y los grandes agregados o conjuntos de individuos (v.g. grupos o asociaciones formales, vecindarios, partidos políticos, etcétera)» (1987b: 219)[1].

Emerson y Cook aceptan las premisas micro de la teoría del intercambio y las toman como punto de partida. Emerson, por ejemplo, señala: «El enfoque del intercambio centra su atención en los beneficios que las personas obtienen y con los que contribuyen al proceso de la interacción social» (1981: 31). En concreto, Emerson acepta los principios conductistas del condicionamiento operante como punto de partida y subraya (1981: 33) tres supuestos principales de la teoría del intercambio:

1. Las personas para quienes los eventos son beneficiosos tienden a actuar «racionalmente» a fin de que estos eventos ocurran.

---

[1] Emerson y Cook (y también Blau) no han sido los únicos que se han esforzado por desarrollar teorías integradas del intercambio. Véase también Uehara (1990) y Willer, Markovsky y Patton (1989).

2. Las personas acaban finalmente saciadas de los eventos conductuales, de manera que la utilidad de estos eventos disminuye.
3. Los beneficios que obtienen las personas de los procesos sociales dependen de los beneficios que son capaces de proporcionar en el intercambio. Esto confiere a la teoría del intercambio «su preocupación focal por el flujo de *beneficios en la interacción social»*.

Todo esto nos resulta bastante familiar porque lo hemos analizado exhaustivamente en el Capítulo 7. Sin embargo, al término de su primer ensayo de 1972, de orientación micro, Emerson comienza a desarrollar una teoría del intercambio de naturaleza conductista en una dirección diferente: «En este capítulo, nuestro principal propósito es incorporar principios operantes para poder analizar situaciones más complejas que las que estudia la psicología operante» (1972a: 48).

El segundo ensayo de 1972 comienza con esta cuestión: «El propósito de este ensayo es abordar la construcción de una teoría del intercambio social que conciba la *estructura social* como una variable dependiente» (Emerson, 1972b: 58). Mientras en el primer ensayo Emerson se centra en un actor individual implicado en una relación de intercambio con su entorno (por ejemplo, una persona que pesca en un lago), en el segundo se preocupa por las relaciones de intercambio social y por las redes de intercambio.

Los actores en la teoría macro del intercambio de Emerson pueden ser individuos o colectividades. Lo que a Emerson le interesa aquí es la relación de intercambio entre los actores. Una *red de intercambio* tiene los siguientes componentes (Cook et al., 1983: 277):

1. Un conjunto de actores que pueden ser individuos o colectividades.
2. Recursos valiosos que se distribuyen entre los actores.
3. Existe una serie de oportunidades de intercambio entre todos los actores de la red.
4. Las relaciones de intercambio, o las oportunidades de intercambio, existen entre los actores.
5. Las relaciones de intercambio están conectadas unas a otras en una única estructura de red.

En suma: «Una "red de intercambio" es una estructura social especifica formada por dos o más relaciones de intercambio conectadas entre los actores» (Cook et al., 1983: 277).

La naturaleza (y la intensidad) de la conexión entre las *relaciones* de intercambio tiene gran importancia y es crucial para vincular el intercambio entre dos actores (intercambio diádico) con los macrofenómenos (Yamagishi, Gillmore y Cook, 1988: 835). La conexión entre dos o más relaciones diádicas es «positiva» si el intercambio en una relación depende del intercambio en la otra relación. La conexión es «negativa» cuando el intercambio en una relación de-

## RICHARD EMERSON: Reseña biográfica



Richard Emerson nació el año de 1925 en Salt Lake City, Utah. Creció cerca de las montañas y durante su vida nunca perdió de vista los ríos, las cimas de las montañas y los glaciares. Uno de sus logros personales más apreciados fue su participación en el ascenso al monte Everest en 1963. Los detalles de esta experiencia se encuentran en su artículo «Everest Traverse» publicado en el número de diciembre de 1963 de la revista *Sierra Club Annual Bulletin* y en otro publicado en 1966 en *Sociometry*. La Fundación Nacional de la Ciencia le concedió una beca para estudiar el comportamiento del grupo bajo el estrés prolongado de la escalada. Este proyecto recibió la Medalla Hubbard, entregada a Emerson por el Presidente Kennedy en julio de 1963 en nombre de la *National Geographic Society*.

Su pasión por el monte y la vida social rural de los pueblos montañosos de Pakistán se convirtió en una fuente constante de inspiración sociológica para Richard Emerson a lo largo de su carrera. Estos estrechos contactos personales con los equipos de expedición, donde el estrés que producía el entorno aumentaba la intensidad de la cooperación y la competencia guiaron con frecuencia sus estudios sobre la conducta interpersonal, el comportamiento grupal, el poder y la influencia social.

Tras la Segunda Guerra Mundial y una estancia obligatoria con el ejército en Europa Occidental, terminó sus estudios en la Universidad de Utah en 1950 y se trasladó para licenciarse (1952) y luego doctorarse (1955) a la Universidad de Minnesota, donde eligió la sociología como especialidad principal y la psicología como secundaria. Tituló su tesis doctoral «Los determinantes de la influencia en los grupos cara a cara».

Emerson obtuvo su primer puesto académico en la Universidad de Cincinnati (1955-1964). Cuando Emerson abandonaba Cincinnati comentó: «un

pende de la ausencia de intercambio en la otra. (También pueden darse conexiones mixtas, es decir, con elementos positivos y negativos [Cook y Gillmore, 1984].) Tanto en las conexiones positivas como en las negativas (así como en las mixtas), lo más importante son las relaciones de dependencia entre los intercambios diádicos. Así, por ejemplo, dos relaciones diádicas, *A-B* y *A-C*, forman una red mínima (*A-B-C*) cuando el intercambio en una depende del intercambio (o de la ausencia de intercambio) en otra. Para que se desarrolle una red de intercambio no basta con que *A, B y C* pertenezcan al mismo grupo; ha de existir una relación de contingencia entre los intercambios en *A-B* y en *B-C*. Así, una teoría de redes de nivel macro no es suficiente *per se*; son necesarios los principios micro de la teoría del intercambio.

tema recurrente de mi obra cristalizó en mi artículo sobre las relaciones de poder-dependencia. Sin embargo, esta teoría constituye claramente un trampolín hacia el futuro más que un resumen del pasado. Tengo planes específicos que incluyen el análisis teórico y empírico de la estratificación y la estructura de poder en la comunidad». Estaba trabajando sobre este asunto cuando le sobrevino inesperadamente la muerte en diciembre de 1982. Su obra sobre las relaciones de poder-dependencia (1962) constituye en la actualidad un clásico muy citado que ha influido sobre una buena parte de los trabajos actuales sobre el poder en la sociología estadounidense.

Otros dos trabajos suyos han sido también muy influyentes. Se trata de sus dos capítulos sobre la teoría del intercambio social escritos en 1967 y publicados en 1972. Los terminó en la Universidad de Washington, a la que se incorporó en 1965. Estoy segura de que el noroeste le atrajo debido al monte Olympus y a la Cordillera de las Cascadas.

La influencia de Emerson en la teoría sociológica cristalizó durante su estancia en la Universidad de Washington, donde colaboró con Karen Cook durante diez años (1972-1982) en el proyecto de desarrollo empírico de la teoría del intercambio social. Realizaron un programa de investigación en el primer laboratorio informatizado de investigación de los Estados Unidos. La Fundación Nacional de la Ciencia les concedió tres becas sucesivas para la realización de este proyecto.

Sus antiguos colegas y estudiantes recuerdan a Emerson como un «pensador». Este aspecto de su personalidad se aprecia con claridad en la siguiente cita de su artículo titulado The New Professors [Los nuevos profesores] publicado en 1960 en el libro de Bowen: «Por tanto, ¿qué valor tiene el estudio académico (es decir, no práctico, alejado-de-la-vida) de un tema? También la gente se hace esta pregunta. Estas preguntas son difíciles de responder porque los que se las plantean nunca han escalado un monte y no tienen interés por ningún tema. Mi opinión es que están muy alejados de la vida».

* Karen Cook es la autora de esta reseña biográfica.

En un estudio de 1983, Cook et al. intentaron analizar la relación entre la teoría del intercambio y la teoría de redes en función de la cuestión del poder y la dependencia. Emerson definió originalmente el *poder* como «el nivel de *coste* potencial que un actor puede inducir a otro a "aceptar"», mientras la *dependencia* implica «el nivel de coste potencial que acepta un actor en una relación» (1972b: 64). Esto nos lleva a la teoría del poder-dependencia de Emerson, que Yamagishi y sus colegas resumen de este modo: «El poder de una parte sobre otra en una relación de intercambio es una función inversa de su dependencia de la otra parte» (1988: 837). El poder desigual y la dependencia conduce a desequilibrios en las relaciones, pero con el tiempo, estas se orientan hacia una relación de poder-dependencia más equilibrada.

En su explicación de la dependencia y el poder, la teoría estructural de redes analiza cosas tales como la centralidad estructural, mientras la teoría del intercambio se ocupa de la relación diádica entre los actores. La investigación de Cook y otros (1983) tiende a encontrar evidencias de la importancia de la relación de intercambio y pone de manifiesto la debilidad del enfoque estructural de redes. Sin embargo, Cook y otros (1983: 298) son plenamente conscientes de los sesgos micro de la teoría del intercambio y de la necesidad de elevarla de nivel e integrar en ella un nivel macroscópico.

Para distanciarse del enfoque diádico de la teoría del intercambio y aproximarse a un análisis del poder de una posición en una estructura, Cook y Emerson señalan que la determinación del poder de una posición se basa en el grado de dependencia de toda la estructura con respecto a esta posición. Esta dependencia sistémica constituye, en su opinión, una función *tanto* de la centralidad estructural de la posición *como* de la naturaleza de las relaciones de poder-dependencia. Recurren a un enfoque centrado en la «"vulnerabilidad" para elevar la teoría del poder-dependencia desde el nivel analítico diádico hasta otro nivel analítico más macroestructural» (Cook et al., 1983: 301). La vulnerabilidad implica la dependencia respecto de una red de una posición estructural particular. Cook y sus colegas concluyen:

> Es evidente que la integración de los principios de la teoría estructural de redes con la teoría de las redes de intercambio proporciona ideas útiles sobre la dinámica del poder en las redes de relaciones de intercambio conectadas... Esta formulación teórica ofrece un procedimiento explícito para vincular la conducta de los actores en el intercambio con las propiedades de la red... y sugiere mecanismos que pueden dar lugar a «transformaciones posibles» de estas redes como resultado de la dinámica de poder o de los cambios en la naturaleza de las conexiones de intercambio.
>
> (Cook et al., 1983: 303)

Yamagishi, Gillmore y Cook (1988) van aún más lejos en su esfuerzo por vincular la teoría del intercambio y la teoría de redes. Afirman que el poder (y la dependencia) son preocupaciones centrales para la teoría del intercambio, pero constatan que el poder no puede ser estudiado significativamente en la díada. Antes bien, el poder «es fundamentalmente un fenómeno social estructural» (Yamagishi et al., 1988: 834). Estos autores son capaces de generar predicciones sobre la distribución del poder en todos los tipos de redes de intercambio —positivas, negativas y mixtas— verificándolas en experimentos y simulaciones informáticas. Un análisis plenamente satisfactorio debe implicar la preocupación tradicional de la teoría del intercambio por los procesos que ocurren dentro de las relaciones de intercambio, así como el interés tradicional de la teoría de redes por los vínculos entre las relaciones de intercambio.

Más recientemente, Cook, O'Brien y Kollock (1990) han definido la *teoría del intercambio* en términos intrínsecamente integradores y señalado que se centra en los intercambios en varios niveles de análisis, incluidos los intercam-

bios entre individuos, corporaciones y estados nacionales. Identifican dos corrientes de trabajo en la historia del intercambio: una en el nivel micro, centrada en la conducta social como intercambio, y otra en el nivel macro, preocupada por la estructura social como intercambio. Consideran que la fuerza de la teoría del intercambio reside en la integración micro-macro puesto que «incluye en un sólo marco teórico proposiciones que son aplicables tanto a actores individuales como al nivel macro (o nivel sistémico), e intenta formular explícitamente las consecuencias que los cambios en un nivel tienen en los otros niveles de análisis» (Cook, O'Brien y Kollock, 1990: 175).

Cook, O'Brien y Kollock identifican tres tendencias contemporáneas hacia una teoría del intercambio más integrada. La primera es el creciente uso de la investigación de campo centrada en cuestiones más macroscópicas, que complementan el uso tradicional de los experimentos de laboratorio para estudiar cuestiones microscópicas. La segunda es el giro, analizado antes, del trabajo sustantivo desde un enfoque diádico hacia una aproximación al estudio de las grandes redes de intercambio. Y la tercera y más importante es el esfuerzo continuado por sintetizar la teoría del intercambio y las sociologías estructurales, especialmente la teoría de redes. (En breve analizaremos con mayor detenimiento la teoría de redes.)

En el curso de su investigación, Cook, O'Brien y Kollock exponen las ventajas de la integración de ideas derivadas de una variedad de teorías micro. La teoría de la decisión nos ofrece «una mejor comprensión del modo en que los actores hacen que sus elecciones sean relevantes para las transacciones» (Cook, O'Brien y Kollock, 1990: 168). En términos generales, la ciencia cognitiva (que incluye la antropología cognitiva y la inteligencia artificial) arroja «más luz sobre el modo en que los actores perciben, procesan y recogen la información» (Cook, O'Brien y Kollock, 1990: 168). El interaccionismo simbólico nos proporciona conocimiento sobre el modo en que los actores comunican mutuamente sus intenciones, algo importante para el desarrollo de la confianza y el compromiso en las relaciones de intercambio. En términos generales, Cook, O'Brien y Kollock consideran que su versión sintética de la teoría del intercambio es capaz de analizar la importantísima cuestión de la relación acción-estructura. En su opinión: «De entre un número limitado de orientaciones teóricas de las ciencias sociales, la teoría del intercambio conceptualiza explícitamente la relación entre los actores intencionales con las estructuras» (Cook, O'Brien y Kollock, 1990: 172).

Aunque los propósitos integradores de la versión de Emerson y Cook de la teoría del intercambio tienen mucho mérito, es preciso mencionar la debilidad de su esfuerzo en el nivel microsubjetivo. Adviértase, por ejemplo, la conclusión de uno de sus estudios: «El poder es una función de la posición en la red, incluso cuando los ocupantes de las posiciones ignoran la estructura real de la red y su propia posición en ella» (Cook et al., 1983: 281). Si bien la estructura puede actuar a espaldas de los actores, la teoría del intercambio integrada nos ofrece poco sobre los procesos conscientes.

## TEORIA DE REDES

Como hemos señalado varias veces en el presente capítulo, la teoría de redes es harto prometedora desde el punto de vista de la síntesis teórica. La teoría de redes se centra en la estructura social, en el armazón de vínculos que liga a los miembros individuales (Granovetter, 1973, 1983, 1985; Wellman y Wortley, 1990) y colectivos (Baker, 1990; Clawson, Neustadtl y Bearden, 1986; Mizruchi y Koenig, 1986) de la sociedad. Aunque pueden considerarse como estructuras profundas, es decir, estructuras que se ocultan bajo la superficie (Wellman, 1983), su significado se acerca más a la concepción sociológica tradicional de la estructura social que a las estructuras que interesan, por ejemplo, a los estructuralistas franceses (véase el Capítulo 9). Es esta proximidad al sentido tradicional de estructura social la que hace atractiva a la teoría de redes para los que se interesan por la síntesis. Además, como las redes pueden ser micro (entre actores individuales) o macro (entre actores colectivos), tanto las teorias históricamente micro (por ejemplo, la del intercambio) como macro (por ejemplo, la del conflicto) pueden ser integradas en la teoría de redes. Es más, este interés de la teoría de redes por las redes micro y macro hace que sea, al menos en algunos sentidos, intrinsecamente integradora.

Como hemos mencionado más arriba, lo más interesante son los vínculos emergentes entre la teoría de redes y la teoría del intercambio (y, como ya se ha señalado, entre la teoría de redes y la teoría del conflicto). La teoría de redes parece ofrecerse a la teoría del intercambio como una macroteoría sumamente compatible que complementa la microorientación básica de la teoría derivada del conductismo y de la teoría de la elección racional. Por ejemplo, los teóricos de redes, al igual que los teóricos del intercambio, apenas se interesan por los motivos individuales. El interés de los teóricos de redes por los vínculos objetivos se combina bien con la preocupación de los teóricos del intercambio por las pautas objetivas de conducta. Para decirlo en términos negativos, la teoría de redes no casa tan bien con las teorias sociológicas centradas en la conciencia (el interaccionismo simbólico, la fenomenología, el existencialismo). Por otra parte, la teoría del intercambio no encajaría tan bien con la orientación subjetivista (macro) de otras macroteorías tales como el funcionalismo estructural y la teoria crítica. La teoría de redes también permite a los teóricos del intercambio ver las díadas, que tradicionalmente constituyen el objeto de su interés, enmarcadas en grandes redes o en relaciones amplias. Esto significa que los teóricos del intercambio pueden examinar la influencia de las transacciones del intercambio interpersonal en las grandes redes y, a la inversa, la influencia de esas redes en las transacciones del intercambio. Sin embargo, Cook, O'Brien y Kollock, al igual que otros (por ejemplo, McMahon, 1984), son conscientes de los riesgos que supone impulsar una teoría tradicionalmente micro en una dirección macro:

> Aunque la teoría de las redes de intercambio supone una gran promesa, hay riesgos latentes en todo intento de extender un marco teórico micro plenamente desarrollado hacia niveles más macro. La teoría del intercambio requiere una especificación más explícita de los procesos que ocurren en el nivel macro para poder explicarlos, y cierta visión de la naturaleza de estos procesos en el nivel macro en relación con otras estructuras y eventos existentes (por ejemplo, un reconocimiento explícito de los contextos histórico, político e institucional en los que suelen producirse los acontecimientos que interesan).
>
> (Cook, O'Brien y Kollock, 1990: 174-175)

Si bien se están realizando diversos esfuerzos por utilizar la teoría de redes en el intento de desarrollar teorías más integradas y sintéticas, también existen esfuerzos dentro del marco teórico de la teoría de redes para desarrollar esta orientación.

Ronald Burt (1982) se ha situado a la cabeza de los teóricos de redes que han intentado desarrollar un enfoque integrado en lugar de otra forma de determinismo estructural. Burt comienza su trabajo expresando el cisma que se produce en la teoría de la acción entre las orientaciones «atomista» y «normativa». La orientación atomista «supone que actores separados evalúan de manera independiente acciones alternativas, de manera que las evaluaciones se hacen al margen de otros actores», mientras la «perspectiva normativa se define por la existencia de actores separados dentro de un sistema que tienen intereses interdependientes, normas sociales generadas por actores que se socializan unos a otros» (Burt, 1982: 5).

Burt desarrolla una perspectiva que «esquiva el cisma entre la acción atomista y la normativa», y que «constituye menos una síntesis de las dos perspectivas de la acción, que una tercera vía que conecta intelectualmente ambas» (1982: 8). Admitiendo que toma prestadas ideas de las otras dos perspectivas, Burt desarrolla lo que denomina una *perspectiva estructural* que difiere de las otras dos «en el criterio del postulado de la evaluación marginal. El criterio utilizado en la perspectiva estructural que propongo es el conjunto de estatus/

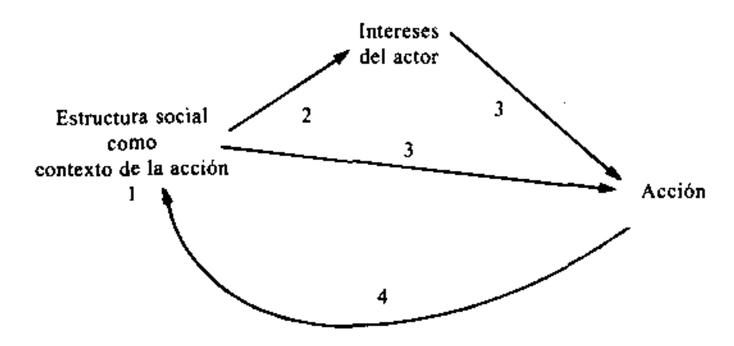



**Figura 13.1.** Modelo integrado de Ronald Burt.

roles del actor generado por la división del trabajo. Un actor evalúa la utilidad de las acciones alternativas en parte en función de sus condiciones personales y en parte en función de las condiciones de los otros» (1982: 8). Burt considera que su enfoque es una extensión lógica de la perspectiva atomista y una «restricción empíricamente precisa» de la teoría normativa.

La Figura 13.1 describe la teoría estructural de la acción de Burt. Burt explica la premisa de una teoría estructural de la acción: «los actores son intencionales bajo constricciones de la estructura social» (1982: 9). En su opinión:

> Los actores se encuentran a sí mismos en una estructura social. Esa estructura social define sus semejanzas sociales, lo que a su vez moldea sus percepciones de las ventajas que generará la elección de cada una de las diversas acciones alternativas. Al mismo tiempo, la estructura social constriñe diferencialmente la capacidad de elección de los actores. Las acciones finalmente elegidas constituyen, por tanto, una función conjunta de los actores que persiguen sus intereses hasta el límite de su capacidad, en la que tanto los intereses como la capacidad vienen determinados por la estructura social. Finalmente, las acciones elegidas bajo la constricción de la estructural social pueden modificar la estructura social, y estas modificaciones pueden potencialmente crear nuevas constricciones a las que se habrán de enfrentar los actores en la estructura.
>
> (Burt, 1982: 9)

## TEORIA DE LA ELECCION RACIONAL

La teoría de la elección racional es muy interesante desde el punto de vista de la síntesis teórica. Por un lado, se trata de una de las teorías micro más extremistas de la sociología. Esta teoría se apoya en el individualismo metodológico e intenta fundamentar una teoría sociológica sobre una antropología filosófica (*homo economicus*) del actor racional, maximizador y egoísta que elige correcta y eficazmente los medios alternativos que le permiten alcanzar sus fines con arreglo a la información de que dispone. Esta antropología filosófica fue rechazada por muchos de los primeros teóricos de la sociología en su esfuerzo por desarrollar una concepción más realista, es decir, menos racional del actor guiado por cosas tales como las creencias. Además, muchos teóricos que se han esforzado por desarrollar teorías más macroorientadas han rechazado el extremismo micro de la teoría de la elección racional. Sin embargo, el reciente éxito de la economía ha llevado a muchos sociólogos a aceptar de nuevo el modelo micro del actor racional para desarrollar teorías limpias, simples y elegantes.

Ya hemos estudiado en detalle el esfuerzo reciente de Coleman por desarrollar una teoría de la elección racional más integrada (véase el Capítulo 10). Friedman y Hechter (1988, 1990) son también exponentes de una teoría de la elección racional más integrada y sintética. Reconocen algunas de las limitaciones de la teoría y, entre otras cosas, aconsejan la ampliación del modelo

micro en cuestiones tales como la racionalidad de los actores individuales y sus limitaciones internas y el origen de las preferencias de los actores. En otras palabras, defienden una mayor integración en los niveles micro y, al menos, cierto movimiento hacia teorías micro tales como el interaccionismo simbólico y la etnometodología. Además, aconsejan una mayor integración con preocupaciones macro tales como el modo en que el agregado de acciones individuales conduce a resultados macrosociales y el modo en que actores egoístas racionales producen instituciones. Friedman y Hechter defienden una concepción más satisfactoria del actor y una mayor preocupación por las diversas facetas del vínculo micro-macro. Estos persiguen un tipo de teoría de la elección racional más sintético de lo que solemos encontrar en este tipo de literatura: «¿Por qué preferir, pues, la teoría de la elección racional? Quizás la mejor razón es que se preocupa explícitamente por la vinculación de los niveles de análisis micro y macro, más que por establecer la supremacía analítica de uno sobre otro» (1988: 212). Salta a la vista que su esfuerzo refleja una imagen de la teoría de la elección racional que no incluye el extremismo micro que normalmente le asociamos.

Mientras la mayor parte de las teorías que acabamos de analizar intenta la integración de las teorías sociológicas existentes, con frecuencia estadounidenses, existe también otro tipo de síntesis en la teoría sociológica. Se trata de la integración a la teoría estadounidense de ideas y teorías derivadas de otras disciplinas y/o naciones [2].

## TEORIA SOCIOLOGICA FEMINISTA

Como señalamos en el Capitulo 8, la teoría sociológica feminista es intrínsecamente sintética, puesto que se ha formado a partir de la intersección de tres teorías generales: teorías de las diferencias de género, entre ellas la teoría biológica, institucional, y sociopsicológica del género; teorías de la desigualdad entre los géneros, entre ellas el feminismo liberal y el feminismo marxista; y teorías de la opresión de género, que incluyen la teoría psicoanalítica, la feminista radical y la feminista socialista. Algunos de estos sistemas de ideas son propios de la sociología, mientras otros incorporan a la sociología ideas derivadas de diversas fuentes externas. La confluencia de estas fuerzas internas y externas conduce al desarrollo de una teoría sociológica feminista distintiva. Aunque aún es joven y se encuentra en fase de desarrollo, parece evidente que esta teoría (o teorías) se expandirá y consolidará en los próximos años.

Además de la inmediata integración de la teoría feminista en la teoría sociológica (Alexander, Colomy y los neofuncionalista, Fine y los interaccionistas

[2] Este esfuerzo no es nuevo; la teoría sociológica siempre estuvo abierta a estas ideas. Este trabajo tiene importancia aquí porque en la actualidad forma parte de un movimiento integrador más general.

simbólicos, y otros la acogen de buen grado), Lengermann y Niebrugge-Brantley (1990) proponen otras áreas de desarrollo futuro. Si bien aconsejan centrarse en las situaciones subjetivas y microsociales, son conscientes de la necesidad de vincularlas a los fenómenos macro. Describen la «tensión dialéctica entre la necesidad de centrarse en el individuo y la necesidad igualmente necesaria de generalizar» (Lengermann y Niebrugge-Brantley, 1990: 330). Estudian también la actitud crítica de las sociólogas feministas hacia la afición de la sociología por la retórica dualista (por ejemplo, la terminología femenino-masculino y micro-macro) e intentan desarrollar concepciones más integradas del mundo social.

## POSMODERNISMO

Analicemos ahora la relación entre el movimiento hacia la síntesis teórica en la sociología y uno de los desarrollos intelectuales multidisciplinares más importantes de los últimos tiempos: el posmodernismo (D. Harvey, 1989; Kellner 1988, 1990a), en particular el que exponen las obras de pensadores como Jean Baudrillard (1983; véase también Bogard, 1990), Jean-François Lyotard (1984) y Frederic Jameson (1984; véase también Kellner, 1990b).

En este apartado sólo estudiaremos la pequeña parte del pensamiento posmodernista que guarda relación con nuestra preocupación por las síntesis teóricas. En el siguiente apartado analizaremos la influencia de la teoría posmoderna en el pensamiento posmarxista. Hay muchos otros aspectos del pensamiento posmoderno que son relevantes para la sociología contemporánea, pero el análisis exhaustivo de todas las implicaciones del posmodernismo está fuera del alcance de estos apartados. Por un lado, el posmodernismo no es una teoría coherente. Como Kellner señala: «No existe una "teoría social posmoderna" unificada», sino una «pluralidad de teorías y posiciones posmodernas diferentes» (1990a: 257). Y con más dureza, Callinicos afirma: «Los productores de este discurso... han ofrecido definiciones incoherentes entre sí, internamente contradictorias y/o desesperadamente vagas» (1990: 2). Por otro lado, la teoría posmoderna se manifiesta en una amplia variedad de campos como el arte, la arquitectura, la literatura, el cine, la filosofía, la teoría cultural, la teoría social, etcétera. Y además, la teoría social posmoderna guarda relación con el desarrollo de una sociedad posmoderna, y hay incluso menos coincidencia en la definición de la sociedad posmoderna que en la de la teoría social posmoderna.

Es evidente que la sociedad posmoderna representa una ruptura con la sociedad moderna o una ruptura en esta sociedad; la posmodernidad sobreviene tras la modernidad. Sin embargo, no está claro si se ha producido una ruptura radical entre la modernidad y la posmodernidad y, si no imposible, resulta difícil distinguirlas con precisión. No hay acuerdo alguno en torno a la descripción de la sociedad posmoderna, pero si hemos de ofrecer un ejemplo, he aquí la de Lyotard:

> El eclecticismo... de la cultura general contemporánea: escuchamos reggae, vemos una película del oeste, vamos a almorzar a McDonald y a cenar a un restaurante local, llevamos perfume parisino en Tokio y ropas «retro» en Hong Kong; el conocimiento es un asunto de los concursos televisivos. Es fácil encontrar un público para obras eclécticas. Convertido en kitsch destinado para el gusto popular, el arte alimenta la confusión que reina en el «gusto» de los patrones. Los artistas, los propietarios de las galerías de arte, los críticos y el público nadan juntos en el «todo vale» y la indiferencia reina en nuestra época.
>
> (Lyotard, 1984: 76)

Esta es una imagen de la sociedad posmoderna pesimista y muy crítica. Hay otras muchas descripciones, así como perspectivas que rechazan totalmente la idea de una nueva sociedad posmoderna.

> Expreso mi rechazo absoluto a esta creencia. En mi opinión no vivimos unos «Tiempos Nuevos», en una «era posmoderna y posindustrial» fundamentalmente diferente del modo de producción capitalista que ha dominado el mundo durante los dos últimos siglos.
>
> (Callinicos, 1990: 4)

Si dispusiéramos de más espacio y tiempo intentaríamos clasificar las diversas imágenes de la sociedad posmoderna y el conjunto de teorías sobre esta sociedad. Aunque hay largas listas de características que diferencian el modernismo del posmodernismo, el modernismo se considera altamente racional y rígido, mientras el posmodernismo parece más irracional y flexible. Sin embargo, nuestra preocupación central en este apartado no es la naturaleza del modernismo y el posmodernismo (aunque tocamos este tema en Capitulo 4 en nuestro análisis del fordismo y el posfordismo). Lo que sí es relevante es el hecho de que el posmodernismo adopta una serie de perspectivas que suponen el movimiento hacia las síntesis de la teoría sociológica. En este apartado examinaremos este conjunto de ideas. Las ideas más relevantes para este análisis son las de Jean-François Lyotard, quien dedica más atención al conocimiento posmoderno que a la sociedad posmoderna.

Lyotard (1984: xxiii) comienza identificando el conocimiento moderno (científico) con el tipo de gran síntesis (o «metadiscurso») que hemos asociado con la obra de teóricos tales como Marx y Parsons. Los tipos de narrativas ambiciosas que este pensador relaciona con la ciencia moderna incluyen «la dialéctica del espíritu, la hermenéutica del significado, la emancipación del sujeto racional o del trabajador, o la creación de riqueza» (Lyotard, 1984: xxiii).

Si Lyotard identifica el conocimiento moderno con las metanarrativas, entonces el conocimiento posmoderno implica un rechazo de estas grandes narrativas. Como Lyotard señaló: «Simplificando al máximo, defino el término *posmoderno* como la incredulidad en las metanarrativas» (1984: xxiv). Y con más dureza, afirma: «Declaremos una guerra abierta a la totalidad... activemos las diferencias» (Lyotard, 1984: 82). De hecho, el posmodernismo celebra que existan

diversas perspectivas teóricas: «El conocimiento posmoderno no sólo constituye una herramienta para las autoridades; aumenta nuestra sensibilidad hacia las diferencias y refuerza nuestra capacidad de tolerancia hacia lo inconmensurable» (Lyotard, 1984: xxv). En estos términos, la sociología ha dejado atrás la era moderna y ha entrado en la posmoderna en su búsqueda de una variedad de síntesis más específicas. En opinión de Fraser y Nicholson, Lyotard prefiere las «narrativas localizadas y pequeñas» a las «metanarrativas» o grandes narrativas de la modernidad (1988: 89). Las nuevas síntesis analizadas a lo largo de este y el anterior capítulo pueden considerarse como ejemplos de esta narrativas sociológicas «pequeñas» y «localizadas».

Mientras Lyotard rechaza la gran narrativa en general, Baudrillard rechaza la idea de una gran narrativa en sociología. Por un lado, Baudrillard niega la idea general de lo social. Por otro, esto le lleva a un rechazo de la metanarrativa sociológica relacionada con la modernidad:

> ... El gran principio organizador, la gran narrativa de lo social que encuentra su apoyo y justificación en las ideas del contrato racional, la sociedad civil, el progreso, el poder, la producción, es algo que existió alguna vez, pero ya no existe. La era de la perspectiva de lo social (que coincidió lógicamente con ese periodo mal definido que se conoce como modernidad)... ha terminado.
>
> (Bogard, 1990: 10).

Así, los posmodernistas abogan por el rechazo de las metanarrativas en general y de las grandes narrativas en sociologia en particular.

Otro aspecto del posmodernismo que nos interesa es su tendencia a «subvertir» y «hacer estallar» las fronteras entre las disciplinas y subdisciplinas y a crear una perspectiva multidisciplinar y multidimensional que sintetice ideas procedentes de una amplia serie de campos (por ejemplo, la filosofía, la economía política, la teoría cultural, la historia, la antropología y la sociología) y de perspectivas dentro de una determinada disciplina. El posmodernismo proclama el final de una era de la vida intelectual y social el comienzo de la búsqueda de «nuevos paradigmas, nuevas políticas, y nuevas teorías» (Kellner, 1990a: 276). Desde el punto de vista de Kellner, estas nuevas teorías implicarán nuevas concatenaciones de marxismo, teoría crítica, feminismo, teoria social posmoderna y otras corrientes de teoría social crítica para resolver nuestros problemas teóricos y políticos. Desde la perspectiva específica de la sociología, esto se encarna en los esfuerzos por desarrollar nuevas teorías sintéticas a partir de ideas derivadas de una amplia serie de fuentes teóricas.

Otro aspecto interesante del posmodernismo es su tendencia a considerar las diversas teorías como textos, como construcciones retóricas de los teóricos (Brown, 1990b). Considerar las teorías como constructos retóricos lleva a destruir la autoridad de las teorías y su estatus privilegiado. Esto conduce a una perspectiva de la ciencia en general y de la sociología en particular que las

considera «una conversación entre estudiosos/retóricos» (Brown, 1990b: 189). En esta conversación desmitificada los teóricos pueden tomar prestadas libremente ideas de los demás para crear la gama de nuevas teorías sintéticas analizadas en este y en el anterior capítulo.

En suma, el posmodernismo presenta cuatro características sumamente relevantes para el movimiento hacia las nuevas síntesis en sociología. En primer lugar, el rechazo de la anterior búsqueda de una única y gran teoría sintética. En segundo lugar, la aceptación de una gama de esfuerzos sintéticos de menor alcance. En tercero, la destrucción de las fronteras disciplinares y la idea de que las nuevas síntesis pueden inspirarse en ideas pertenecientes a varias disciplinas diferentes. En cuarto, la desmitificación de la retórica teórica, que permite a los sociólogos tomar prestadas libremente las ideas de otros para crear teorías sintéticas.

Es preciso mencionar otra cuestión acerca del posmodernismo. Weinstein y Weinstein (1990) han vinculado explícitamente el posmodernismo con el tema del Apéndice de este libro: la metateorización en sociología (véase también Ritzer, 1991a). En pocas palabras, la metateorización implica el estudio sistemático de la teoría sociológica. La metateorización tiene muchos elementos en común con el posmodernismo y, hasta cierto punto, puede ser considerada como un desarrollo posmoderno de la teoría sociológica. Los trabajos posmodernos más básicos son anteriores en el tiempo al reciente surgimiento del interés por la metateoría, por lo que puede afirmarse que desempeñaron un importante papel en su desarrollo. Sin embargo, las referencias claras al posmodernismo y su vínculo con la metateoría son bastante recientes. Así, parece probable que las mismas condiciones que hicieron atractivo el posmodernismo a los ojos de los teóricos de la sociología hayan contribuido al desarrollo de la metateoría.

La metateoría, al igual que el posmodernismo, desmitifica y relativiza todos los enfoques teóricos. La metateoría no se centra en el análisis de cómo debe ser la teoría sociológica, sino en el estudio y comprensión de lo que es en todas sus ramas, variedades y manifestaciones. Para algunos metateóricos esta mayor comprensión constituye un fin en sí, mientras para otros representa un medio para la creación de una nueva teoría o de una perspectiva teórica englobadora.

Podemos captar el significado de la metateoría analizando el término posmodernista «deconstrucción». Como defensores de la deconstrucción, los metateóricos releen y reanalizan a teóricos, teorías sociológicas, paradigmas, etcétera. Y los estudian como «textos» que requieren una reinterpretación mediante el uso de perspectivas y herramientas contemporáneas (Harvey, 1989). El objeto de esta deconstrucción suele ser una mayor comprensión de lo que se reanaliza. La deconstrucción también puede utilizarse para realizar el propósito más constructivo de combinar diversos conjuntos de ideas derivadas de varias perspectivas para formar una nueva teoría. Otra orientación compartida por metateóricos y posmodernistas es su actitud critica hacia las grandes narrativas, las metana-

rrativas o las totalizaciones[3]. Podemos apreciar con claridad que ninguna de las metanarrativas sociológicas es satisfactoria, por no decir adecuada para analizar la sociedad en su conjunto. Los metateóricos, en lugar de quedar atrapados en la batalla entre las grandes narrativas deficientes, han dedicado su atención a estudiarlas, a identificar las razones de sus defectos y los modos en que pueden superarse mediante nuevos esfuerzos sintéticos más acotados (Antonio, 1990; Antonio y Kellner, en prensa).

Aunque no explícitamente, estos esfuerzos sintéticos están en consonancia con la noción posmoderna de que deben destruirse las fronteras entre las teorías existentes. La mayoría de las síntesis teóricas contemporáneas analizadas en este capítulo se derivan de meticulosos análisis metateóricos de una o más teorías existentes, y se orientan a la producción de nuevas síntesis teóricas a partir de una serie de teorías sociológicas.

En estos y otros sentidos, el posmodernismo es sumamente relevante no sólo por lo que respecta a los desarrollos en la teoría sociológica, sino también por lo que respecta a los desarrollos metateóricos en la sociología. En el siguiente apartado dedicado a la teoría posmarxista diremos más cosas sobre el posmodernismo, y en el Apéndice, sobre la metateorización.

## TEORIA POSMARXISTA

Durante los años ochenta y principios de los noventa la teoría neomarxista ha experimentado cambios drásticos (Grossberg y Nelson, 1988; Jay, 1988). Las variantes más recientes de teoría neomarxista rechazan muchas de las premisas básicas de la teoría original de Marx, así como muchos de los supuestos de las teorías neomarxistas analizadas en el Capítulo 4. Estos cambios explican que se las denomine teorías posmarxistas (Wright, 1987). Aunque estas teorías rechazan los elementos básicos de la teoría marxista, muestran sin embargo las suficientes afinidades como para que se las considere parte de la teoría marxista. Analizamos aquí las teorías posmarxistas porque suelen implicar la síntesis de teorías marxistas con otras teorías, ideas, métodos, etcétera. ¿Qué explicación tienen estos cambios espectaculares que ha experimentado la teoría neomarxista? Dos conjuntos de factores dan cuenta de ellos, uno externo a la teoría, que implica cambios en el mundo social, y otro interno (P. Anderson, 1984; Ritzer, 1991a).

En primer lugar, los factores externos a la teoría marxista son el final de la Guerra Fría (al menos hasta ahora) (Halliday, 1990) y el colapso del mundo comunista. La Unión Soviética está sumida en el proceso de la *perestroika* (reestructuración), en el que se aleja de una economía socialista dirigida por el

---

[3] Incluso las perspectivas englobadoras que han producido los metateóricos tienden a ser limitadas y provisionales (por ejemplo, Ritzer, 1981a).

estado y se mueve hacia una economía de mercado parecida, al menos en parte, a la economía capitalista (Piccone, 1990; Zaslavsky, 1988). La Unión Soviética ha renunciado al control de los países del este de Europa y muchos de esos países se están moviendo casi con mayor rapidez que la propia Unión Soviética en dirección a una economía de estilo capitalista (Kaldor, 1990). China, tras la violenta respuesta de la insurrección de la Plaza de Tiananmen, ha fracasado como modelo para el resto del mundo aun cuando no abandona su comunismo. Cuba parece aislada y en espera de la muerte o derrota de Fidel Castro para moverse hacia la *perestroika* y el capitalismo. De esta manera, el fracaso del comunismo a escala mundial ha llevado a los marxistas a reconsiderar y reconstruir sus teorías (Burawoy, 1990).

Estos cambios mundiales guardan relación con un segundo conjunto de cambios intelectuales internos a la teoría que, a su vez, influyeron en la teoría neomarxista (P. Anderson, 1990a, 1990b). Las nuevas corrientes teóricas como el posestructuralismo (véase el Capítulo 9) y el posmodernismo (véase más arriba) influyeron profundamente en la teoría neomarxista. Además, ganó terreno un movimiento conocido como *marxismo analítico*, que se fundamentaba en la necesidad de que las teorías marxistas emplearan los mismos métodos que utilizaba toda empresa científica. Esto condujo a la reinterpretación de Marx en términos intelectuales más convencionales, a esfuerzos por aplicar la teoría de la elección racional a cuestiones marxistas y a intentos de estudiar los tópicos marxistas utilizando los métodos y las técnicas de la ciencia positivista.

Asi, una combinación de cambios sociales e intelectuales ha modificado drásticamente el panorama de la teoría neomarxista en los primeros años de la década de los noventa. Si bien las teorías analizadas en el Capítulo 4 siguen siendo importantes, la mayor parte de la energía de la teoría neomarxista en la actualidad se concentra en las teorías que analizaremos en este apartado.

## Marxismo analítico

Perry Anderson (1984) mantiene que el centro de la teoría marxista se ha distanciado de Alemania y de la Europa latina (especialmente Francia e Italia), y la prueba más contundente de ello es el surgimiento de la escuela hoy denominada marxismo analítico, o de lo que Callinicos ha llamado «anglomarxismo» (1989: 3). He aquí cómo lo define John Roemer (1986a: 1), uno de los principales exponentes del marxismo analítico:

> Durante la pasada década se formó lo que en nuestros días parece una nueva perspectiva en teoría social: el marxismo analíticamente sofisticado. Sus exponentes se centran fundamentalmente en cuestiones marxistas y las estudian utilizando las herramientas contemporáneas de la lógica, las matemáticas y la construcción de modelos. Su postura metodológica es convencional. Estos escritores son, conscientemente, producto tanto de la tradición marxista como neomarxista.
>
> (Roemer, 1986a: 1)

Así, los marxistas analíticos utilizan los métodos admitidos y convencionales de la filosofía analítica y la ciencia social para estudiar cuestiones marxistas tradicionales. En este capítulo hablamos del marxismo analítico debido a su «propuesta explícita de realizar la síntesis entre los métodos *no marxistas* y la teoría marxista» (Weldes, 1989: 371).

El marxismo analítico adopta un enfoque no dogmático sobre la teoría de Marx. No apoya ciega e irreflexivamente la teoría de Marx, no niega los hechos históricos a fin de apoyar la teoría de Marx, ni rechaza totalmente la teoría de Marx como fundamentalmente errónea. Antes bien, considera la teoría de Marx como una forma de ciencia social decimonónica poderosa y válida que, sin embargo, tiene puntos flacos considerables. La teoría de Marx es válida y debe ser defendida, pero requiere la utilización de métodos y técnicas que han surgido a finales del siglo xx. Este enfoque niega que haya una metodología marxista distintiva y critica a los que creen que la hay y que es válida:

> No creo en la existencia de una forma específica de lógica o explicación marxista. Con demasiada frecuencia, el oscurantismo se escuda tras un conjunto de términos especiales y de una lógica estilizada. El método del marxismo es la «dialéctica». La lógica dialéctica se basa en varias proposiciones que pueden tener cierto atractivo inductivo, pero que están lejos de constituir reglas de inferencia: que las cosas se convierten en sus contrarios y que la cantidad se convierte en calidad. En la ciencia social marxista la dialéctica se utiliza a menudo para justificar un tipo de razonamiento teleológico muy endeble. Los desarrollos deben ocurrir para que la historia se desarrolle tal y como se había planeado.
>
> (Roemer, 1986b: 191)

De modo similar, Elster señala: «No existe una forma de análisis específicamente marxista... Ni tampoco compromiso alguno con un determinado método específico de análisis, aparte de los que caracterizan en general a la buena ciencia social» (1986: 220). En consonancia con este rechazo los marxistas analíticos rechazan la idea de que hecho y valor son inseparables, de que están dialécticamente relacionados. Siguiendo los cánones de la corriente principal de la filosofía y el pensamiento social científico, intentan separar hecho y valor y estudiar los hechos desapasionadamente a través de un análisis teórico, conceptual y empírico.

Uno se pregunta por qué el marxismo analítico debe ser denominado marxismo. Roemer responde a esta cuestión y señala: «No estoy seguro de que deba recibir esta denominación» (1986a: 2). Sin embargo, nos ofrece algunas razones que explican por qué debemos considerarla una teoría (neo) marxista. Primera, analiza temas marxistas tradicionales tales como la explotación y la clase. Segunda, sigue considerando el socialismo preferible al capitalismo. Tercera, se esfuerza por comprender y explicar los problemas del capitalismo. Sin embargo, aunque es marxista en estos sentidos, también «toma libre y voluntariamente prestadas ideas de otros puntos de vista» (Roemer, 1986a: 7). De nuevo, el marxismo analítico sintoniza con el movimiento hacia la síntesis teórica analizado en este y en el anterior capítulo.

En este apartado estudiaremos brevemente tres variantes de marxismo analítico. En primer lugar analizaremos el esfuerzo por reanalizar la obra de Marx utilizando herramientas intelectuales admitidas. En segundo lugar, examinaremos el marxismo de la elección racional y la teoría de juegos. Y finalmente nos centraremos en la investigación empírica desde la perspectiva marxista que utiliza las más novedosas herramientas metodológicas.

**Reanálisis de Marx.** Como hemos señalado más arriba, el marxismo analítico rechaza el uso de conceptos idiosincrásicos tales como la dialéctica e intenta analizar a Marx (y al mundo social) mediante el uso de conceptos que forman parte de la tradición intelectual general. Este rechazo y esfuerzo se ilustra principalmente en uno de los textos más representativos del marxismo analítico: la obra de G.A. Cohen, *Karl Marx's Theory of History: A Defence* [La teoría de la historia de Karl Marx: una defensa] (1978). En lugar de interpretar a Marx como un teórico dialéctico exótico, Cohen afirma que Marx empleó en su obra una forma funcional de explicación bastante mas prosaica. Cohen identifica los siguientes ejemplos de explicación funcional en la obra de Marx:

- «Las relaciones de producción *corresponden* a las fuerzas productivas.
- La superestructura legal y política *se erige* sobre fundamentos reales.
- Los procesos sociales, políticos e intelectuales *están condicionados* por el modo de producción de la vida material.
- La conciencia está determinada por el ser social.»

(Cohen, 1978/1986: 221)

En todos y cada uno de estos ejemplos el segundo concepto *explica* el primero. Desde el punto de vista de Cohen, la naturaleza de la explicación es funcional porque «el carácter de lo que es explicado viene determinado por su influencia sobre lo que explica» (1978/1986: 221). Así, en el caso del último ejemplo, el carácter de la conciencia se explica por su influencia (Becker, 1988: 870) sobre el ser social, y en concreto sobre su propensión a sostener el ser social. En general, los fenómenos sociales se explican en términos de las consecuencias que tienen sobre otros fenómenos sociales. Cohen cree que Marx practica el pensamiento funcional en los ejemplos citados más arriba y en toda su obra e intenta explicar los fenómenos sociales y económicos de esta manera. Así, Marx no fue un pensador dialéctico, sino funcional. Desde esta perspectiva Cohen reinterpreta a Marx utilizando las ideas filosóficas de la corriente principal y considerando a Marx como parte de esta corriente.

Cohen se esforzó de forma considerable por distinguir el pensamiento funcional de la variante sociológica del funcional*ismo* (estructural) analizada en el Capítulo 3. Cohen identifica tres tesis principales en el funcionalismo (estructural). Primera, todos los elementos del mundo social están interconectados. Segunda, todos los componentes de la sociedad se refuerzan mutuamente y refuerzan el conjunto de la sociedad. Tercera, cada aspecto de la sociedad es como es en virtud de su contribución al conjunto de la sociedad. Los marxistas rechazan estas tres tesis por varias razones, en especial por su conservadurismo. Sin em-

bargo, los marxistas pueden emplear las explicaciones funcionales mencionadas más arriba sin aceptar ninguno de los principios del funcionalismo. Así, la explicación funcional no ha de ser necesariamente conservadora; al contrario, puede ser bastante revolucionaria.

**Marxismo de la elección racional.** Muchos marxistas analíticos se han inspirado en la economía neoclásica, especialmente en la teoría de la elección racional y en la teoría de juegos (para un análisis del uso de la teoría de la elección racional en la corriente principal de la sociología, véase el Capítulo 10). Roemer afirma que «el análisis marxista requiere de microfundamentos», especialmente la teoría de la elección racional y la teoría de juegos, así como «el arsenal de técnicas de construcción de modelos desarrolladas por la economía neoclásica» 1986b: 192). Al utilizar estos enfoques, la teoría marxista abandona sus pretensiones de ser diferente y recurre a enfoques ampliamente usados en las ciencias sociales. Pero a pesar de inspirarse y construir sobre la economía neoclásica, la teoría neomarxista sigue siendo diferente de ésta. Por ejemplo, mantiene su interés por la acción colectiva para cambiar la sociedad y acepta la idea de que el capitalismo es un sistema injusto.

Al igual que John Roemer, Jon Elster (1982, 1986) es también uno de los principales exponentes del marxismo analítico. Elster cree que la adopción del tipo de teorización funcional analizada por Cohen obstaculizó el avance de la teoría neomarxista. También piensa que la teoría marxista ha de usar más la teoría de juegos, una variante de la teoría de la elección racional. La teoría de juegos, al igual que otras variantes de la teoría de la elección racional, supone que los actores son racionales y buscan maximizar sus ganancias. Aunque reconoce la existencia de constricciones estructurales, sugiere que éstas no determinan totalmente las elecciones de los actores. Lo que distingue a la teoría de juegos es que constituye una variante de la teoría de la elección racional que permite al analista ir más allá de las elecciones racionales de un actor individual y estudiar la interdependencia de las decisiones y las acciones de diversos actores. Elster (1982) identifica tres interdependencias entre los actores implicados en un juego. Primera, la recompensa de cada actor depende de las elecciones que hagan los demás actores. Segunda, la recompensa de cada actor depende de la recompensa que reciben los demás. Y finalmente, la elección de cada actor depende de las elecciones de los demás actores. El análisis de «juegos» (como el famoso «dilema del prisionero», en el que los actores terminan peor si persiguen sus intereses que si los sacrifican) ayuda a explicar las estrategias de los diversos actores y la emergencia de colectividades tales como las clases sociales. Así, el marxismo de elección racional se esfuerza por encontrar microfundamentos para la teoría marxista, aunque el actor racional de esta teoría difiere considerablemente del actor de la teoría crítica (véase el Capítulo 4), cuya concepción del actor se deriva principalmente de la teoría freudiana.

La orientación de la elección racional de Elster también se manifiesta en su obra *Making Sense of Marx* (1985). En este libro Elster afirma que el método

básico que utiliza Marx para explicar los fenómenos sociales implica una preocupación por las consecuencias inesperadas de la acción humana. En contra de la mayoría de los marxistas que consideran a Marx como un «holista metodológico» preocupado por las macroestructuras, para Elster practicó el «indidivualismo metodológico», o «la doctrina de que todos los fenómenos sociales —su estructura y su cambio— son, en principio, explicables únicamente en términos de los individuos: sus propiedades, sus metas, sus creencias y sus intenciones, y sus elecciones racionales. Elster utiliza esta perspectiva de la elección racional para criticar la orientación de los marxistas estructurales: «Los empresarios capitalistas son *agentes* en un sentido totalmente activo. No pueden quedar reducidos a simples empleados en el sistema de producción capitalista» (1985: 13). El marxismo de la elección racional se centra en estos agentes racionales (capitalistas y proletariado) y en sus interrelaciones.

**Marxismo de orientación empírica.** La figura principal relacionada con la importación y la aplicación de métodos rigurosos para el estudio empírico de conceptos marxistas es Erik Olin Wright (1985). Wright se identifica explícitamente con el marxismo analítico en general y con la obra de John Roemer en particular. La obra de Wright implica tres componentes básicos: primero, la clarificación de conceptos marxistas básicos tales como la clase; segundo, el estudio empírico de estos conceptos; y tercero, el desarrollo de una teoría más coherente basada en esos conceptos (especialmente en la clase).

El propósito de su libro *Clases* (1985), es responder a la pregunta que Marx formuló y dejó sin respuesta: «¿Qué es la clase?». Wright explicita que su respuesta es fiel a la agenda teórica original de Marx. Sin embargo, no es la misma respuesta que hubiera ofrecido Marx, porque han pasado cien años desde que Marx produjo su obra teórica. Hoy somos teóricamente más sofisticados *y* los tiempos han cambiado. Así, Wright, como los demás marxistas analíticos, parte de Marx, pero no acepta su posición dogmática ni intenta adivinar el modo en que hubiera definido Marx el concepto de *clase*. A partir de su estudio de la obra de Marx y del trabajo teórico que se ha realizado desde su época, los marxistas contemporáneos son los idóneos para presentar esa definición. En cualquier caso, vivimos en una época muy diferente, y la definición de Marx, aunque la adivinásemos, sería inapropiada para la sociedad moderna.

Como es un libro de teoría, no es preciso analizar detalladamente la investigación de Wright o la de otros marxistas de orientación empírica. Sin embargo, nos sería de gran utilidad mencionar su contribución conceptual más conocida: la idea de «las posiciones contradictorias en las relaciones de clase» (Wright, 1985: 43). Su premisa básica es que una posición determinada no ha de localizarse necesariamente en una determinada clase social; puede encontrarse simultáneamente en más de una clase. Así, una posición puede ser simultáneamente proletaria y burguesa. Por ejemplo, los ejecutivos son burgueses en el sentido de que supervisan a sus subordinados, pero también son proletarios en el sentido de que son supervisados por los propietarios de la empresa. Wright

deriva la idea de las posiciones contradictorias de clase de un análisis conceptual meticuloso, para luego estudiarla empíricamente.

Aunque, como hemos visto, los marxistas analíticos se consideran marxistas, hay otros (por ejemplo, Callinicos, 1989) que se preguntan si el interés por conceptos y métodos de la corriente principal del pensamiento no hace que esta denominación carezca de sentido. Y Elster responde: «Muchas de las ideas que *yo* defiendo como ciertas e importantes las encuentro en la obra de Marx» (1985: 531).

## Teoría marxista posmoderna

Los desarrollos teóricos que se han producido en el estructuralismo y el posestructuralismo (P. Anderson, 1984: 33; véase también el Capítulo 9) y, los que más nos interesan aquí, en el posmodernismo (véase más arriba) han influido considerablemente sobre la teoria marxista.

La obra más representativa de marxismo posmoderno es el libro de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe *Hegemony and Socialist Strategy* (1985). Desde el punto de vista de Ellen Wood, esta obra, que acepta el interés por la lingüística, los textos y el discurso del posmodernismo, desliga la ideología de su base material y finalmente disuelve «todo lo social en ideología o "discurso"» (1986: 47). Como vimos en el Capítulo 7, el concepto de hegemonía, de suma importancia para Laclau y Mouffe, lo desarrolló Gramsci para analizar el liderazgo cultural más que la influencia coercitiva de la dominación del estado. Esto, por supuesto, se aleja de la preocupación marxista tradicional por el mundo material y se mueve en la dirección de las ideas y del discurso. Como Wood señala, «En suma, el argumento de Laclau es que *no existen* cosas tales como los intereses materiales, sino sólo *ideas* discursivamente construidas sobre ellos» (1986: 61).

Además de sustituir las ideas por los intereses materiales, Laclau y Mouffe también desplazan al proletariado de su posición privilegiada en el centro de la teoría marxista. Como Wood señala, Laclau y Mouffe forman parte de un movimiento de «desclasamiento del proyecto socialista» (1986: 4). Laclau y Mouffe definen las clases en términos subjetivos y discursivos. El mundo social se caracteriza por la existencia de diversas posiciones y antagonismos, por lo que no se posible analizarlo con el tipo de «discurso unificado» que Marx atribuyó al proletariado. El discurso universal del proletariado «ha sido sustituido por una polifonía de voces, cada una de las cuales construye su propia identidad discursiva irreductible» (Laclau y Mouffe, 1985: 191). Así, en lugar de centrarse en el discurso único del proletariado, estos teóricos marxistas aconsejan el análisis de los diversos discursos que surgen de una amplia gama de voces desposeídas, tales como las de las mujeres, los negros, los ecologistas, los emigrantes, los consumidores, etcétera. En consecuencia, la teoría marxista ha sido *descentrada* y *destotalizada* porque ya no se centra únicamente en el proletariado y ha dejado de considerar los problemas del proletariado como *el* problema de la sociedad.

Tras rechazar el enfoque sobre los factores materiales y el interés central en el proletariado, Laclau y Mouffe proceden a negar también la meta de la teoría marxista: el comunismo y la emancipación del proletariado. Como alternativa proponen un sistema llamado «democracia radical». En lugar de centrarse en los derechos democráticos de los individuos, como hace la derecha, proponen «crear una nueva hegemonia que será el resultado de articular la mayor cantidad posible de luchas democráticas» (Mouffe, 1988: 41). Lo que ésta requiere es una «hegemonía de los valores democráticos, algo que exige, a su vez, la multiplicación de las prácticas democráticas, insitucionalizándolas en unas relaciones sociales más diversas» (Mouffe, 1988: 41). La meta de la democracia radial es unir bajo el mismo techo una amplia serie de luchas democráticas: las de naturaleza antirracista, antisexista, antiexplotación de la naturaleza (Eder, 1990), anticapitalista, etcétera. Se trata por tanto de una «democracia radical y plural» (Laclau, 1990: 27). La lucha de un grupo no debe librarse a expensas de las luchas de otros grupos; todas las luchas democráticas deben ser consideradas como luchas equivalentes. Por tanto, es preciso unificar estas luchas modificando su identidad de manera que los grupos se vean a sí mismos como parte de la lucha general por la democracia radical. Laclau y Mouffe señalan:

> La alternativa de la izquierda debe consistir en situarse claramente en el ámbito de la revolución democrática y expandir cadenas de equivalencias entre las diversas luchas contra la opresión. *La tarea de la izquierda no consiste, por tanto, en renunciar a la ideología democrática liberal, sino en todo lo contrario, profundizar y expandirse en la dirección de una democracia plural y radical*... La posibilidad de una estrategia hegemónica de la izquierda no consiste en el abandono del terreno democrático, sino al contrario, en la extensión de las luchas democráticas a toda la sociedad civil y el estado.
>
> (Laclau y Mouffe, 1985: 176)

Si bien la democracia radical mantiene el objetivo de abolir el capitalismo, reconoce que esta abolición no eliminará otras desigualdades sociales. La destrucción de todas las desigualdades sociales requiere un movimiento mucho más general que el que previeron los marxistas tradicionales.

Como vimos en el apartado inmediatamente anterior, el posmodernismo puede desligarse y ha sido desligado del capitalismo. Además, teóricos como Laclau y Mouffe se han distanciado bastante de las preocupaciones y las metas del marxismo tradicional. Sin embargo, otros posmarxistas han adoptado ideas posmodernas sin abandonar las preocupaciones tradicionales de la teoría marxista. Por ejemplo, Jameson (1984) considera el posmodernismo como «la lógica cultural del capitalismo tardío». Jameson sitúa la ruptura entre el modernismo y el posmodernismo (aunque especifica que no existen claras lineas divisorias entre ambos fenómenos y épocas) en la década de los años cincuenta o principios de los sesenta. Un modernismo «gastado y exhausto» cedió el paso al posmodernismo (Jameson, 1984: 53). Aunque se puede identificar el posmodernismo en diversas manifestaciones culturales tales como la arquitectura, la pintura

y el cine —en cuyos términos ha de analizarse—, guarda una estrecha relación con el contemporáneo capitalismo multinacional. Estas nuevas formas culturales reflejan los elementos de la sociedad capitalista y son patrocinadas y financiadas por las fundaciones y los empresarios.

Fiel a Marx, Jameson no sólo se limita a criticar el posmodernismo y sus diversas manifestaciones culturales. Señala que Marx nos aconsejó reflexionar sobre el capitalismo para «poder identificar y demostrar los rasgos perniciosos del capitalismo, así como su extraordinario y liberador dinamismo... el capitalismo es, al mismo tiempo, lo mejor y lo peor que le ha podido suceder a la raza humana» (Jameson, 1984: 86). Asimismo, Jameson nos propone en términos posmodernos «hacer al menos cierto esfuerzo para pensar de forma dialéctica la evolución cultural del capitalismo tardío como catástrofe y progreso simultáneamente» (1984: 86).

Jameson considera el posmodernismo como la tercera gran expansión del capitalismo. Antes de esta expansión el mundo experimentó el desarrollo de los mercados nacionales y luego el sistema imperialista. Cada una de estas expansiones tenía sus elementos culturales, pero su índole era económica. El posmodernismo representa una «internacionalización de un tipo radicalmente nuevo» (Jameson, 1984: 88). La naturaleza de la nueva internacionalización es fundamentalmente cultural. Para Jameson, el mundo contemporáneo se caracteriza por la «explosión» de la cultura, «una prodigiosa expansión de la cultura por todo el reino social, hasta el punto de que podemos considerar que todos los elementos de nuestra vida social —desde el valor económico y el poder estatal hasta las prácticas y la misma estructura de la psique— han pasado a ser "culturales"» (1984: 87). Como fiel marxista, Jameson nos propone que nos esforcemos por comprender este nuevo mundo posmoderno para poder actuar y luchar contra él como individuos y colectividades. (A pesar de este llamamiento, los marxistas más ortodoxos califican a Jameson de «apolítico» [B. Anderson, 1987-88].)

Así, mientras muchos posmodernistas han abandonado la teoría marxista, Jameson se adhiere a ella conisderándola un marco teórico básico y fundamental. En una entrevista a Jameson, Stuart Hall subraya su «fe absolutamente ciega en la lógica del marxismo clásico» (Hall y Jameson, 1990: 31). Jameson señala que tiene:

> la plena convicción de que existe aún el capitalismo en su sentido clásico. El posmodernismo tiene sus dos lados contradictorios si uno se convence de que el capitalismo ha triunfado: por un lado está el mercado, todo el mundo es más rico y baila al son de su música preferida; pero por otro estamos igualmente convencidos de que existe una enorme miseria en estas sociedades, que se empobrecen en lugar de mejorar... La nueva riqueza y el nuevo empobrecimiento mundiales son ciertas de modo simultáneo... Estoy convencido de que esta nueva y posmoderna forma mundial de capitalismo tiene su nueva lógica de clases... Aún me siento comprometido con la lógica marxista.»
>
> (Hall y Jameson, 1990: 31)

Sin abandonar su compromiso con la teoría marxista, Jameson integra en ella las ideas del pensamiento posmoderno.

Otra obra marxista que se enmarca en el posmodernismo es *The condition of Postmodernity* [La Condición de la posmodernidad] (1989), de David Harvey. Aun cuando Harvey atribuye valía al pensamiento posmoderno, también identifica en él graves puntos flacos desde una perspectiva marxista. Acusa a la teoría posmodernista de dar demasiada importancia a los problemas del mundo moderno y de menospreciar sus logros materiales. Y lo que es más importante, parece aceptar la posmodernidad y los problemas relacionados con ella en lugar de sugerir soluciones para superar estas dificultades: «La retórica del posmodernismo es peligrosa porque evita el enfrentamiento con las realidades de la economía política y las circunstancias del poder mundial» (Harvey, 1989: 117). Es preciso que la teoría posmodernista se enfrente a la fuente de sus ideas: la transformación económica y política del capitalismo tardío del siglo XX.

Elementos sumamente importantes en el sistema económico político son el control de los mercados y del proceso laboral (estas dos cuestiones implican la de la *acumulación* en el capitalismo). Mientras el periodo de posguerra entre los años de 1945 y 1973 se caracterizó por un proceso rígido de acumulación, desde 1973 nos hemos movido hacia un proceso más flexible. Harvey relaciona el primer periodo con el fordismo (y con la economía keynesiana) y el segundo con el posfordismo, pero no necesitamos analizarlos aquí puesto que ya lo hicimos en el Capitulo 4. Mientras Harvey describe el fordismo como inflexible, relaciona el posfordismo con una acumulación flexible basada «en la flexibilidad con respecto al proceso laboral, al mercado de trabajo, a los productos y a las pautas de consumo. Esta fase se caracterizó por la aparición de sectores de producción completamente nuevos, nuevos modos de proporcionar servicios financieros, nuevos mercados y, sobre todo, elevadísimas tasas de innovación comercial, tecnológica y organizativa» (1989: 147).

Si bien Harvey identifica grandes cambios y señala que estos cambios forman la base del pensamiento posmoderno, cree que existen también diversas *continuidades* entre los periodos fordista y posfordista. Su principal conclusión es que aunque «se ha producido un cambio superficial en la apariencia del capitalismo desde 1973... la lógica fundamental de la acumulación capitalista y sus tendencias a las crisis no han cambiado» (Harvey, 1989: 189). Así, Harvey adopta un punto de vista que se asemeja al de Jameson, al menos por lo que respecta a este último aspecto.

La idea de la compresión del espacio-tiempo está en el centro del enfoque de Harvey. Este cree que el modernismo comprimió tanto el tiempo como el espacio, y que este proceso se ha acelerado durante la era posmoderna dando lugar a «una fase intensa de compresión del tiempo y el espacio que ha influido de modo desorientador y fragmentador en las prácticas político-económicas, en el equilibrio del poder de clase, así como en la vida cultural y social» (Harvey, 1989: 284). Pero esto *no* es sustancialmente diferente de lo que caracterizó a las primeras épocas del capitalismo: «En suma, hemos sigo testigos de otro violen-

to tirón en ese proceso de la aniquilación del espacio a través del tiempo que siempre ha sido crucial para la dinámica del capitalismo» (Harvey, 1989: 293). Esta aniquilación del espacio a través del tiempo puede ilustrarse mediante el ejemplo de los quesos que antes sólo estaban disponibles en Francia y ahora se venden rápidamente en todos los Estados Unidos debido a la rapidez del transporte y su bajo coste. O mediante el ejemplo de lo que sucedió con la información durante la guerra contra Irak en 1991, durante la cual la televisión nos informó al instante de los bombardeos aéreos en Baghdad, los ataques con «scuds» sobre Tel Aviv y las reuniones militares en Riad.

Así, desde el punto de vista de Harvey *no* existe discontinuidad entre los periodos del posmodernismo y el modernismo; ambos son reflejos de la misma dinámica capitalista fundamental[4]. El modernismo y el posmodernismo, el fordismo y el posfordismo, coexisten en el mundo actual. El énfasis obre el fordismo y el posfordismo «variará en el tiempo y el espacio, en función de qué sea más ventajoso» (Harvey, 1989: 344). Este punto de vista sirve para estudiar la cuestión de la posmodernidad desde el punto de vista de la teoría neomarxista, aunque ésta resulta modificada, a su vez, por los desarrollos que se han producido en el pensamiento posmoderno.

Finalmente, Harvey identifica cambios y rupturas en la posmodernidad que nos indican que probablemente estamos entrando en una nueva era, una era que la teoría neomarxista debe prepararse para teorizar, quizás mediante la integración de otros sistemas de ideas.

## Otras teorías posmarxistas

Mientras podemos calificar de posmarxistas todas las teorías analizadas en esta sección, existe una serie de trabajos posmarxistas que no se pueden incluir en las categorías precedentes. Un ejemplo de este pensamiento posmarxista es la obra de Samuel Bowles y Herbert Gintis (1987) *Democracy and Capitalism* [Democracia y Capitalismo]. Esta obra se inspira en el marxismo y el liberalismo —de aquí su carácter intrínsecamente integrador—, pero encuentra insuficiencias en ambas teorías. Como la preocupación central de ambos autores es la creación de una sociedad democrática, identifican una serie de limitaciones de estos dos «ismos». El liberalismo se centra en la libertad, no en la democracia, y la preocupación central del marxismo es una sociedad sin clases, no la democracia. Si hablamos de su común interés por el poder, el liberalismo se limita a ocuparse del poder del estado, mientras el marxismo se centra en el poder de clase. En cambio, para Bowles y Gintis, el poder es heterogéneo e irreductible a única fuente o estructura. Así, el poder se encuentra y debe analizarse en todas las esferas de la vida (por ejemplo, en la familia patriarcal) y no sólo en el estado o en la economía. Por tanto, es necesario democratizar no sólo la econo-

---

[4] Bauman (1990) mantiene que el capitalismo y el socialismo eran simplemente reflejos especulares de la modernidad.

mia sino «el conjunto total de relaciones sociales que forman la sociedad» (Bowles y Gintis, 1987: 91).

La relación entre la estructura y la acción se sitúa en el núcleo de la teoría de Bowles y Gintis (para otros esfuerzos por integrar estos fenómenos véase el Capítulo 11). En su opinión, el poder implica tanto la estructura como la acción. Mientras la estructura controla la acción, ésta, sea individual o colectiva, tiene la capacidad de cambiar la estructura. Las estructuras existen en diversos lugares de la sociedad, y constriñen la acción social que, a su vez, altera la estructura. Estos autores consideran cada uno de estos lugares como un tipo de «juego» en el que las reglas (la estructura) y los jugadores (los actores) se transforman mutua y continuamente. Sin embargo, estos juegos (que se solapan entre sí) son asimétricos, de manera que un grupo de jugadores tiene ventaja sobre otros grupos. En consecuencia, la dominación y el poder tienen una gran importancia en estos juegos.

Por lo que respecta a la cuestión de la acción, Bowles y Gintis consideran deficiente el modelo marxista (como también el liberalismo en lo tocante a esta cuestión). Los marxistas adoptan una «*concepción expresiva de la acción*, es decir, la idea de que la conducta individual constituye una expresión de la pertenencia colectiva. De acuerdo con la teoría expresiva de la acción, los individuos se conducen en consonancia con su posición de clase, de género, nacional, étnica o con cualquier otro tipo de posición social» (Bowles y Gintis, 1987: 146). Este enfoque carece de una noción de la elección y la acción individuales. En lugar de ello, (y en lugar de la concepción limitada de la elección y la acción del liberalismo), Bowles y Gintis nos ofrecen la noción de «llegar a ser mediante la acción», que implica la idea de que «los individuos se transforman en muy buena medida a través de sus proyectos conjuntos» (1987: 150).

En consonancia con la orientación general lingüística en la teoria social, Bowles y Gintis se centran en la importancia de los «discursos» y en el papel que desempeñan en la formación de los actores colectivos: «Un movimiento social democrático depende del discurso político en tanto que constituye su fuerza sintetizadora. Al igual que las armas y el dinero, el discurso constituye una fuerza social con carácter propio» (1987: 155). El objetivo de estos autores es contribuir a la creación de un nuevo discurso democrático, posmarxista y posliberal que presumiblemente conducirá a la democracia radical posliberal. En el centro de esta sociedad se encuentra un economía, un sistema educativo, una estructura familiar, un vecindario, etcétera, responsablemente democráticos. La importancia que estos pensadores atribuyen a la responsabilidad democrática, su análisis de una amplia gama de instituciones y su esfuerzo por inspirarse en el marxismo y el liberalismo convierten su teoria en una variedad de teoría posmarxista.

Antes de terminar este apartado es preciso señalar que muchos teóricos marxistas no aceptan de buen grado estos desarrollos posmarxistas (por ejemplo, Burawoy, 1990; Wood, 1986). Burawoy, por ejemplo, ataca a los marxistas

analíticos por eliminar la historia de su enfoque y por hacer de la claridad y el rigor un fetiche. Weldes critica el marxismo analítico por dejarse colonizar por la corriente principal de la economía y adoptar un «enfoque técnico centrado exclusivamente en la resolución de problemas», por su creciente academicismo, su preocupación cada vez menor por la política y su conservadurismo (1989: 354). Wood hace una crítica política para descalificar al marxismo analítico (y al marxismo posmoderno) por su quietismo político y su «cínico derrotismo, en virtud del cual todo programa de cambio radical se considera condenado al fracaso» (1989: 88). Incluso los defensores de una rama del marxismo analítico —el estudio empírico riguroso de las ideas marxistas— han criticado también a quienes confraternizan con la teoría de la elección racional y adoptan erróneamente una posición metodológicamente individualista (Levine, Sober y Wright, 1987).

La obra de Laclau y Mouffe ha sido objeto de ataques particularmente duros. Por ejemplo, Allen Hunter la critica por su compromiso incondicional con el idealismo y, en concreto, por «situarse en el polo extremo del análisis del discurso, y por considerar *todo* como discurso» (1988: 892). Asimismo Geras (1987) ataca a Laclau y a Mouffe por su idealismo, pero además los tacha de poco rigurosos, disolutos, ilógicos y obscurantistas. La respuesta de Laclau y Mouffe a Geras está implícita en el título de uno de sus artículos «Posmarxismo sin disculpas» (1987). Burawoy critica a Laclau y Mouffe (y a Bowles y Gintis) por «perderse en un laberinto histórico donde todo es importante y la explicación es imposible» (1990: 790). En cambio, Burawoy sigue convencido de la utilidad del marxismo para comprender la dinámica y las contradicciones del capitalismo. Así, a pesar de la muerte del comunismo y el poder del capitalismo a escala mundial, «el marxismo... volverá en sí» (Burawoy, 1990: 792).

Lo más probable es que el posmarxismo siga levantado polémicas tanto entre los círculos intelectuales marxistas como entre el resto de la comunidad intelectual.

## CONCLUSION

Parece evidente en la actualidad que muchas teorías sociológicas toman prestadas ideas de otras perspectivas teóricas y se sitúan simultáneamente en varios de los múltiples niveles de análisis social, contribuyendo así a que las claras fronteras tradicionales se empañen y se vuelvan porosas. El destino de este movimiento aún no puede anticiparse con claridad. Quizás a corto plazo el panorama teórico de la sociología habrá cambiado drásticamente y será menos diferenciado y más sintético. Pero cabe la posibilidad de que renazcan con fuerza las viejas alianzas teóricas, manteniéndose así separados los feudos belicosos que han caracterizado a la teoría sociológica durante las últimas décadas. Muchos observadores (por ejemplo, Cook, O'Brien y Kollock, 1990; Lamont y Wuthnow, 1990) expresan su inquietud ante un resurgimiento de estos feudos y

de la constante lucha política que inevitablemente les acompaña. Un indicio de esta posibilidad es la afirmación de Garfinkel (1988) de que la etnometodología constituye una «sociología incomensurablemente alternativa». Esta idea, junto a la falta de predisposición de la etnometodología para adoptar las ideas de otras teorías, indica la alta probabilidad de conflicto continuado entre la etnometodología y otras perspectivas teóricas. Aunque será preciso que nos preocupemos por este problema, el variado cuerpo de trabajo que se orienta en la dirección sintética (e integradora) nos permite deleitarnos por ahora ante el resplandor del nuevo movimiento hacia la síntesis de la teoría sociológica.

Aunque es tentador finalizar con esta nota edificante, nuestro deber es regresar al tema básico de este capítulo y del anterior y afirmar que lo que logran realmente esas síntesis es convertir perspectivas teóricas poderosas que han demostrado su utilidad durante largos periodos de tiempo en algo parecido a una «empanada» teórica. Si todas las teorías sociológicas buscaran la síntesis entre ellas ¿no nos encontraríamos con una serie blanda de teorías débiles e inútiles? Tomemos el ejemplo de la definición de Collins de la *teoría del conflicto*, analizada en el Capítulo 12, como una teoría de la organización de la sociedad y la conducta de sus personas y grupos. Así definida, como un enfoque general sobre todos los dominios de la sociología, no puede apreciarse con claridad qué es lo que la teoría del conflicto tiene que ofrecer a la sociología. Lo que Collins se toma la molestia de identificar como teoría del conflicto no es ya ciertamente una teoría del conflicto. Si todas las teorías pretenden moverse en esta dirección, entonces ¿qué es lo que nos queda?

Se puede responder que una gran teoría integradora. Ciertamente, los neofuncionalistas, los interaccionistas simbólicos, los teóricos del intercambio y otros teóricos analizados en este y en el anterior capítulo no encontrarían buen acomodo bajo el paraguas de la definición de Collins. Pero ésta milita a favor del movimiento contra la producción de grandes teorías englobadoras. Lo que se está desarrollando tal vez por primera vez, es una concepción del dominio común de la sociología (quizá en términos paradigmáticos, una imagen común del objeto de la sociología). Los sociólogos han solido lamentarse de que, a diferencia de otras disciplinas establecidas, la sociología carece de un dominio comúnmente aceptado. El desarrollo de esta base común constituirá el mejor producto de las síntesis teóricas.

Sin embargo, no es probable que estemos evolucionando hacia la construcción de una gran teoría sociológica de común aceptación. La razón que lo explica es que para lograr tal aceptación, la teoría tendría que ser tan general, vaga y amorfa, que difícilmente podría llamarse «teoría» y ser de alguna utilidad. Volviendo a mi argumento del paradigma sociológico integrado (que tiene claras semejanzas con el movimiento hacia las síntesis teóricas analizadas aquí), el paradigma integrado no sustituirá, desde mi punto de vista, a los paradigmas existentes, sino que complementará sus perspectivas extremistas con otra más integrada. Si nos movemos hacia el desarrollo de una teoría (o teorías) sociológica integrada, ésta debe complementar y no sustituir a las teorías existentes.

Esto significa que las teorias existentes deben mantener su «carácter» distintivo (y buscar al mismo tiempo un centro integrador). Así, por ejemplo, a todo teórico del conflicto le debe preocupar el afán de Collins por renunciar a la teoría del conflicto. A fin de cuentas, todo lo que ha logrado la teoría del conflicto se ha basado en su teoría del conflicto.

En este contexto, es interesante mencionar la existencia de una corriente oculta de dificultades que fluye a través de este cuerpo de trabajo de síntesis teóricas. Por ejemplo, Collins (1990) habla de «pirateria» intelectual y Fine (1990) de la «promiscuidad» del interaccionismo simbólico. Además, Cook, O'Brien y Kollock (1990) hacen referencia a «las trampas» de las síntesis en la teoría del intercambio. Aunque estas obras no son explícitas sobre esta cuestión, es posible que exista una preocupación subyacente por los costes de la sintesis excesiva.

Un freno natural a este movimiento hacia la síntesis excesiva consiste en que, a pesar de que muchos sociólogos de muy diversas perspectivas teóricas aceptan la integración, esos mismos sociólogos suelen rechazar los esfuerzos específicos procedentes de otras teorias. Por ejemplo, Friedman y Hechter (1988) preven cierta hostilidad a los esfuerzos sintéticos de la teoria de la acción racional que proceden de dos frentes. Por un lado, creen que lo que ellos denominan enfoques interpretativos (por ejemplo, la fenomenología y la hermenéutica) se mostrarán hostiles a aquellos esfuerzos porque se basan en la orientación positivista de la teoria de la elección racional. También piensan que todos los estructuralistas (por ejemplo, los durkheimianos, los marxistas y los teóricos de redes) «rechazarán por principio *todo* enfoque basado en el individualismo metodológico» (Friedman y Hechter, 1988: 212). Si Friedman y Hechter están en lo cierto respecto de los esfuerzos sintéticos de la teoria de la elección racional, y por extensión su argumento puede aplicarse a las sintesis teóricas procedentes de todas las direcciones teóricas, entonces es poco probable que los esfuerzos por las síntesis teóricas se desarrollen en exceso.

Por otro lado, podemos apreciar también un delicado equilibrio. Mientras las alianzas teóricas tradicionales pueden servir para evitar la sintesis excesiva, también pueden, como ya sucedió en el movimiento hacia la integración micro-macro durante la década de los años ochenta, conducir a la repetición del extremismo teórico dentro del movimiento sintético. En otras palabras, esto sería sólo un poco mejor que lo que sucedió durante los años del extremismo teórico. Así, la conclusión más realista aunque apenas estimulante de este capítulo y del libro es que entramos en una era de la historia de la teoria sociológica particularmente interesante e importante. Pueden obtenerse grandes ganancias, pero también existen graves peligros. Los teóricos tendrán que avanzar por una fina cuerda en su esfuerzo hacia una mayor integración y síntesis sin marginar sus teorias ni preparar el terreno para ceder ante un nuevo periodo de extremismo teórico. Cualesquiera que sean las ganancias que se obtengan y los peligros que se eviten, se trata de un periodo particularmente importante y estimulante para el estudiante que se interesa por la sociología.




# METATEORIZACION SOCIOLOGICA Y ESQUEMA METATEORICO PARA EL ANALISIS DE LA TEORIA SOCIOLOGICA

En el capítulo segundo vimos que uno de los más recientes desarrollos de la teoría sociológica es la explosión del interés por la metateorización. Mientras el objeto de la reflexión de los teóricos es el mundo social, los metateóricos se centran en *el estudio sistemático de la estructura subyacente a la teoría sociológica.* Entre los objetivos de este Apéndice figura examinar la explosión del interés por la metateorización en sociología y los parámetros fundamentales de este enfoque. Además, la estructura de este libro descansa sobre un conjunto específico de perspectivas metateóricas desarrolladas por su autor (Ritzer, 1975a, 1981a). Como el objetivo primordial del presente libro es la teoría sociológica clásica, se decidió que este esquema organizativo ocupara poco espacio y fuera claro. Así, es posible leer todos los capítulos y el libro en su conjunto sin tener conocimiento del esquema organizativo en que se sostiene. Sin embargo, este esquema puede despertar interés en algunos estudiantes, bien al principio o al final de la lectura del texto. Así, otro objetivo del Apéndice es presentar las ideas metateóricas que impregnan el libro, pero antes de hacerlo es preciso exponer una idea general de la metateorización en sociología.

## LA METATEORIZACION EN SOCIOLOGIA

Comenzamos por precisar que los sociólogos no son los únicos que hacen metaanálisis, es decir, no son los únicos que estudian a conciencia su propia disciplina. Entre los que lo hacen se cuentan los filósofos (Radnitzky, 1973), los psicólogos (Gergen, 1973, 1986); Schmidt et al., 1984), los politólogos (Connolly, 1973), algunos científicos sociales (varios ensayos de Fiske y Shweder, 1986), y los historiadores (White, 1973). Algunos de sus esfuerzos se asemejan bastante a ciertos tipos de metaanálisis en sociología, mientras otros difieren considerablemente de la clase de trabajo que se hace en sociología. La cuestión clave es que el estudio de la propia disciplina no es terreno exclusivo del sociólogo.

Además del hecho de que el metaanálisis puede encontrarse en otras áreas, también está la cuestión de que varios tipos de sociólogos, no sólo los metateóricos, realizan tal análisis. Podemos agrupar los diversos tipos de metaanálisis sociológico bajo el encabezamiento de «metasociología», que puede definirse como el estudio profundo de la estructura subyacente a la sociología en general y sus diversos componentes: áreas sustantivas (por ejemplo, la perspectiva de Hall [1986] sobre la sociología de las ocupaciones), conceptos (el análisis de Rubenstein [1986] del concepto de «estructura»), métodos (*metamétodos*; por ejemplo, los esfuerzos de Brewer y Hunter [1988], y de Noblit y Hare [1988] por sintetizar los métodos sociológicos), datos (*metaanálisis de datos* [1]; por ejemplo,

[1] Le he dado esta denominación (algo incómoda) para diferenciarlo del metaanálisis más general. En el metaanálisis de datos el objetivo es buscar el modo de acumular resultados de investigación mediante estudios de investigación. En su introducción a *Metaanálisis*, de Wolf, Niemi define el metaanálisis como «la aplicación de procedimientos estadísticos a conjuntos de hallazgos empíricos procedentes de estudios individuales que tienen el propósito de integrarlos, sintetizarlos y darles sentido» (Wolf, 1986: 5).

Fendrich, 1984; Hunter, Schmidt, y Jackson, 1982; Polit y Falbo, 1987; Wolf, 1986) y teorías. La *metateorización* es la que nos interesa en este Apéndice.

Lo que distingue el trabajo en este área no es tanto el proceso de la metateorización (o el estudio sistemático de las teorías, común a todos los metateóricos) sino la naturaleza de los productos finales. Hay tres variedades de metateorización, definidas en buena medida por las diferencias que presentan los productos finales (Ritzer, 1990d, 1991). El primer tipo, *la metateorización como medio para obtener una comprensión más profunda de la teoría* ($M_U$), implica el estudio de la teoría para producir una teoría mejor, una comprensión más profunda de la teoría existente (Ritzer, 1988)[2]. $M_U$ se ocupa, más específicamente, del estudio de las teorías, de los teóricos y las comunidades de teóricos, así como de los contextos sociales e intelectuales de las teorías y los teóricos. El segundo tipo, *la metateorización como preludio al desarrollo de la teoría* ($M_P$) implica el estudio de las teorías existente para producir una teoría sociológica nueva. (En este segundo tipo de metateorización se solían centrar los teóricos clásicos.) Y finalmente, existe un tercer tipo, *la metateorización como fuente de las perspectivas que sostienen toda la teoría sociológica* ($M_O$), que implica un estudio de la teoría orientado hacia la meta de producir una perspectiva, por ejemplo, *una metateoría*, que abarque cierta parte, o toda la teoría sociológica. (Como veremos, es este tipo de metateorización el que proporciona el marco de este libro.) Dadas estas definiciones, pasemos a examinar cada tipo de metateorización.

El primer tipo de metateorización, $M_U$, se compone de cuatro subtipos básicos que implican el estudio formal o informal de una teoría sociológica para obtener una comprensión más profunda de ella. El primer subtipo se centra en las cuestiones intelectuales o cognitivas internas a la sociología. Entre ellas se cuentan los intentos de identificar los principales paradigmas cognitivos (Ritzer, 1975a, 1975b; véase también el análisis presentado más abajo) y las principales «escuelas de pensamiento» (Sorokin, 1928), perspectivas más dinámicas de la estructura subyacente a la teoría sociológica (Harvey, 1982, 1987; Wiley, 1979) y el desarrollo de herramientas metateóricas generales para analizar las teorías sociológicas existentes y desarrollar nuevas teorías (Alexander et al., 1987; Edel, 1959; Gouldner, 1970; Ritzer, 1989b, 1990a; Wiley, 1988). El segundo subtipo (interno-social) también mira hacia el interior de la sociología, pero se centra en los factores sociales en lugar de en los cognitivos. Lo principal es que acentúa los aspectos comunes de diferentes teorías sociológicas e incluye esfuerzos para identificar las principales «escuelas» de la historia de la sociología (Bulmer, 1984, 1985; Tiryakian, 1979, 1986), el enfoque más formal de redes sobre el estudio de los vínculos entre los grupos de sociólogos (Mullins, 1973, 1983), así como los estudios de los propios teóricos que examinan

[2] Mientras en mis primeras obras (Ritzer, 1987, 1988) tendía a igualar este tipo con toda la metateorización, ahora lo considero como uno de los tres tipos principales. También, mi deseo aquí es analizar la metateorización como un proceso general más que como una metateoría, que es, como veremos, sólo uno de los tres productos finales posibles de la metateorización.

sus afiliaciones institucionales, sus carreras, sus posiciones dentro del campo de la sociología, etc. (Gouldner, 1970). El tercer tipo (externo-intelectual) busca en otras disciplinas académicas ideas, herramientas, conceptos y teorías que pueden utilizarse para el análisis de la teoría sociológica (por ejemplo, Brown, 1987, 1990a). Finalmente, el enfoque externo-social asciende a un nivel más macro para analizar la sociedad en su conjunto (nivel nacional, nivel sociocultural, etcétera) y la naturaleza de su influencia sobre la teorización sociológica (por ejemplo, Vidich y Lyman, 1985).

La mayoría de la metateorización en sociología no es $M_U$; antes bien, suele ser del segundo tipo, la metateorización como preludio para el desarrollo de una teoría sociológica ($M_P$). La mayoría de los teóricos clásicos y contemporáneos más importantes desarrollaron sus teorías, al menos en parte, sobre la base de un estudio meticuloso de la obra de otros teóricos y de su reacción a ella. Entre los ejemplos más importantes se cuentan la teoría del capitalismo de Marx, inspirada en la filosofía hegeliana, así como en otras ideas relativas a la economía política y el socialismo utópico; la teoría de la acción de Parsons (véase el Capítulo 3), desarrollada a partir de un estudio sistemático de la obra de Durkheim, Weber, Pareto y Marshall; la teoría multidimensional y neofuncional de Alexander (1982/1983), basada en un estudio meticuloso de la obra de Marx, Weber, Durkheim y Parsons; y la teoría de la comunicación de Habermas (1987), basada en su análisis de la obra de varios teóricos críticos, así como de la de Marx, Weber, Parsons, Mead y Durkheim. Pasemos a examinar más profundamente la $M_P$ tal y como la practicaron dos teóricos: Marx y Parsons.

En los *Manuscritos de economía y filosofía de 1844*, Marx (1932/1964) desarrolló su perspectiva teórica sobre la base de un análisis meticuloso y detallado y de una crítica de la obra de economistas políticos como Adam Smith, Jean-Baptiste Say, David Ricardo, y James Mill; de la de filósofos como G.W.F. Hegel, de la de los Jóvenes Hegelianos (por ejemplo, Bruno Bauer), y Ludwig Feuerbach; de la de socialistas utópicos como Etienne Cabet, Robert Owen, Charles Fourier, y Pierre Proudhon; y de las ideas de varias otras escuelas y representantes intelectuales de mayor o menor importancia. Es evidente que los *Manuscritos de 1844* constituyen casi por entero un tratado metateórico en el que Marx desarrolla sus propias ideas a partir de su inspiración en una variedad de sistemas de ideas.

¿Y qué ocurre con otras obras de Marx? ¿Son más empíricas?, ¿Menos metateóricas? En su prefacio a *La ideología alemana* (Marx y Engels, 1845-46/1970), C. J. Arthur describe que esta obra comprende «las polémicas detalladas línea por línea contra los escritos de algunos de sus contemporáneos [de Marx y Engels]» (1970: 1). De hecho, el propio Marx describe *La ideología alemana* como un esfuerzo por «desarrollar juntos nuestra concepción en oposición a la concepción ideológica de la filosofía alemana, de hecho, para explicar nuestra antigua conciencia filosófica. La intención adoptó la forma de una crítica de la filosofía poshegeliana» (1859/1970: 22). *La sagrada familia* (Marx y Engels, 1845/1956) es, sobre todo, una crítica extensa a Bruno Bauer, los Jóvenes He-

gelianos, y su tendencia a una «crítica crítica» especulativa.[3] En su prefacio, Marx y Engels explicitaron que este tipo de trabajo metateórico constituía un preludio a su teorización futura: «Por lo tanto, presentamos esta polémica como un preliminar a las obras independientes en las que... presentaremos nuestra visión positiva» (1845/1956: 16). En los *Grundrisse*, Marx (1857-58/1974) elige como antagonistas metateóricos al economista político David Ricardo y al socialista francés Pierre Proudhon (Nicolaus, 1974). A lo largo de las páginas de los Grundrisse, Marx lucha para resolver una serie de problemas teóricos, en parte mediante una crítica a las teorías y a los teóricos mencionados más arriba, y en parte mediante una aplicación de ideas derivadas de Hegel. Aludiendo a la introducción a los *Grundrisse*, Nicolaus señaló que «refleja en cada linea la lucha de Marx contra Hegel, Ricardo y Proudhon. De ahí extrajo Marx el objetivo más importante de todos, a saber, la formulación de los principios básicos que permitirían escribir la historia dialécticamente» (1974: 42). La *Contribución a la crítica de la economía política* (Marx, 1859/1970) constituye, como sugiere el título, un esfuerzo por construir un enfoque económico distintivo sobre la base de una crítica de las obras de los economistas políticos.

Incluso *El Capital* (1867/1967) —que supuestamente es una de las obras más empíricas, puesto que se ocupa directamente de la realidad del mundo capitalista y recurre a las estadísticas e informes oficiales— se inspira en el trabajo metateórico previo que realizó Marx y contiene algún elemento de metateorización propio. De hecho, el subtítulo, *Una crítica de la economía política*, no deja ninguna duda de sus raíces metateóricas. Con todo, Marx gozó en *El Capital* de libertad para ser mucho más «positivo», es decir, para construir su propia orientación teórica distintiva. Esta libertad se debe, en parte, a que había hecho mucho trabajo metateórico en sus primeras obras. Además, gran parte del trabajo metateórico nuevo deriva del denominado cuarto volumen de *El capital*, publicado con el titulo de *Teorías de la plusvalía* (Marx, 1862-63/1963, 1862-63/1968). *Teorías* comprende muchos extractos de la obra de los principales economistas políticos (por ejemplo, Smith, Ricardo), así como análisis críticos realizados por Marx. En suma, se puede decir sin temor a equivocarse que Marx fue, en buena parte, un metateórico, y quizás el teórico clásico de la sociologia *más* metateórico.

*La estructura de la acción social* de Parsons (1937) es el ejemplo más puro (salvo, tal vez, la obra del neoparsoniano Jeffrey Alexander) de $M_P$. Una buena parte de *La estructura de la acción social* está dedicada al estudio de la obra de Alfred Marshall, Vilfredo Pareto, Emile Durkheim, y Max Weber.[4] Y Parsons utiliza esa obra metateórica para comenzar a desarrollar su propia teoria de la acción. Las raíces de la obra de Parsons no se encuentran en el mundo empírico, sino en lo que, desde su punto de vista, eran las ideas convergentes de los teóricos mencionados más arriba.

[3] De hecho, el libro se subtitula *Contra Bruno Bauer y Cía.*

[4] También comprende el estudio de varias tradiciones filosóficas, por ejemplo, del utilitarismo, el positivismo y el empirismo.

De hecho, Parsons explicitó su enfoque $M_P$. Consideraba *La estructura de la acción social* como una «monografía *empírica*» y afirmaba que los fenómenos estudiados «eran teorías que ciertos escritores habían sostenido sobre otros fenómenos... las teorías que han sido analizadas [constituyen] cuestiones de hecho como cualquiera otras, que requieren verificación mediante el mismo método, el de la observación. En este caso, los hechos se refieren a las obras publicadas de esos escritores» (1949: 697). Pero Parsons no se da por contento con analizar las teorías existentes; su estudio «también ha hecho cierta teorización explícita propia» (1949: 697). En el prefacio a la segunda edición de *La estructura de la acción social* Parsons subraya esta misma cuestión cuando reflexiona sobre su obra una década después de su publicación: «resultó un vehículo conveniente para la clarificación de problemas y conceptos, de implicaciones e interrelaciones. Era un medio de hacer inventario de las fuentes teóricas a nuestra disposición... La clarificación obtenida de esta inventarización ha abierto la posibilidad de un ulterior desarrollo teórico de suficiente alcance, de modo que su impulso no se ha agotado en absoluto por el momento» (1949: B).

Sólo dos años depués de la publicación de la segunda edición de *La estructura de la acción social*, Parsons y Shils (con la ayuda de Olds) explicitaron las raíces metateóricas de la teoría revisada de la acción. En *Toward a General Theory of Action* [Hacia una teoría general de la acción] (1951), en la primera nota a pie de página, situada junto a la cuarta palabra del libro, afirmaban:

> La exposición presente de la teoría de la acción representa, en muy buena medida, una revisión y una extensión de la posición defendida por Parsons en *La estructura de la acción social*... particularmente a la luz de la teoría psicoanalítica, de los desarrollos en la psicología de la conducta y de los que se han producido en el análisis antropológico de la cultura.
>
> (Parsons y Shils, 1951: 53)

En el lapso que media entre la publicación de *La estructura de la acción social* (1937) y las obras que escribió sobre la teoría de la acción a principios de la década de 1950, Parsons enmendó y cambió su orientación teórica. *Tal vez* esos cambios se debieron a cambios producidos en el mundo social, pero, *sin lugar a dudas*, las ideas teóricas de Parsons cambiaron a medida que trataba metateóricamente la aportación de varios teóricos, entre ellos el psiquiatra Sigmund Freud [5], el antropólogo Franz Boas [6], el conductista Edward Tolman, etcétera. Sobre todo, Parsons elaboró su teoría sobre la base de un reanálisis metateórico de su propia obra y de las críticas que ésta había recibido. Así, por

---

[5] De hecho, en el prefacio a la segunda edición de *La estructura de la acción social*, Parsons analiza la necesidad de hacer un «análisis completo del desarrollo teórico de Freud dentro del contexto de la "teoría de la acción social"» (1949).

[6] Sin embargo, Parsons no considera a Boas «un teórico de la misma talla teórica» que Freud, Durkheim o los otros pensadores destacados que analizó (1949).

ejemplo, al final de su carrera, Parsons (1966, 1971) se orientó hacia la teoría de la evolución a partir de un análisis propio de las deficiencias que los críticos habían señalado en su primera obra [7]. Parsons precisa esta cuestión en una de sus primeras obras sobre el cambio:

> Debo abordar el problema del cambio social. Me gusta hacerlo debido a la importancia intrínseca de la cuestión y a que el lugar que ocupa en mi obra ha supuesto una fuente de preocupación, e incluso de polémica. Además, ahora dedico una atención más explícita a este asunto que antes, y algunas de las ideas que voy a exponer son, desde mi punto de vista, nuevas.
>
> (Parsons, 1961: 219)

Aunque hemos escogido a Marx y a Parsons para analizarlos en detalle, el hecho es que virtualmente todos los teóricos clásicos y contemporáneos eran metateóricos y, más específicamente, practicaban la $M_P$.

Hay varios ejemplos que ilustran el tercer tipo de metateorización, $M_O$. Entre ellos se cuentan la «matriz disciplinar» de Wallace (1988), el «paradigma sociológico integrado» de Ritzer (1979, 1981a) (véase más adelante), la metasociología positivista de Furfey (1953/1965), la metasociología «neodialéctica» de Gross (1961), la «lógica teórica general de la sociología» de Alexander (1982) y los supuestos y modelos de estado (derivadas de Alexander) de Lehman (1988).

Los trabajos de Wallace y de Ritzer pertenecen a la categoría $M_O$ debido a que sus perspectivas más importantes se derivan de un estudio meticuloso de la teoría sociológica. En cambio, las obras de Furfey y Gross defienden que sus orientaciones preceden e inspiran la teoría sociológica. Finalmente, los trabajos de Alexander y Lehman representan tipos mixtos de metateorización. Su adopción de un enfoque multidisciplinar precede al estudio de la teoría, mientras su análisis de la acción y el orden se deriva más bien de un enfoque $M_O$. A pesar de estas diferencias, los seis trabajos producen perspectivas teóricas englobadoras.

Las tres variedades de metateoría son tipos ideales. En la realidad suele darse un solapamiento considerable de los objetivos de los trabajos metateóricos. No obstante, los que hacen un tipo determinado de metateorización tienden a interesarse menos por alcanzar los objetivos que persiguen los otros dos tipos. Por supuesto, hay sociólogos que en algún momento han hecho los tres tipos de metateorización. Por ejemplo, Alexander (1982-1983) crea perspectivas englobadoras ($M_O$) en el primer volúmen de *Theoretical Logic in Sociology*, las utiliza en los siguientes tres volúmenes para alcanzar una mayor comprensión ($M_U$)

---

[7] En términos de su trabajo metateórico, ni siquiera he mencionado las incursiones de Parsons en $M_U$ en sus frecuentes ensayos sobre el estado general de la teoría sociológica, como «Las perspectivas de la teoría sociológica» (1954a) y «Posición actual y perspectivas de la teoría sistemática en sociología» (1954b). También merece mención el papel que desempeñó Parsons como primer editor del *American Sociologist* original, fundado como principal órgano de difusión del trabajo metateórico.

de los teóricos clásicos y más recientemente ha intentado contribuir a la creación del neofuncionalismo ($M_P$) como sucesor teórico del funcionalismo estructural (Alexander y Colomy, 1990).

## Ventajas de la metateorización

La metateorización poroporciona tres ayudas totalmente esenciales para la teoría sociológica. Primera, la $M_U$ ofrece métodos sistemáticos para la comprensión, la evaluación, la crítica y la mejora de las teorías existentes. Segunda, $M_P$ representa una de las bases importantes para la creación de una nueva teoría. Tercera, $M_O$ brinda a los teóricos (así como a los profesionales e investigadores) perspectivas teóricas englobadoras útiles. Pasemos a analizar cada una de estas tres funciones.

La responsabilidad distintiva de la metateorizazión ($M_U$) es aumentar el nivel de comprensión de todas las teorías sociológicas. Mientras los sociólogos leen teoría superficialmente, los metateóricos estudian sistemáticamente la teoría y realizan análisis meticulosos (y con frecuencia, comparativos) de toda una serie de teorías sociológicas. Los metateóricos tienen a su disposición un arsenal de herramientas que les permiten descubrir muchas cosas acerca de la teoría sociológica que no son visibles para el estudioso ordinario de teoría. Además de facilitar una comprensión más profunda de la teoría, la metateorización sistemática les permite evaluar más adecuadamente y analizar críticamente las teorías existentes. En último, y tal vez más importante lugar, los metateóricos tienen mayor capacidad para descubrir la manera de mejorar ciertas teorías específicas, así como la teoría en general.

El uso de las herramientas de la $M_U$ permite a los metateóricos descubrir cosas interesantes, importantes y, a veces, sorprendentes acerca de las teorías y los teóricos. Por ejemplo, las herreamientas de la $M_U$ que se utilizan en los análisis comparados muestran que la teoría sociológica ha pasado por cuatro periodos principales durante las cuatro últimas décadas (Ritzer, en prensa b). El concepto de paradigma nos permite describir la década de los sesenta como un periodo multiparadigmático, con divisiones teóricas y conflictos entre y dentro de los paradigmas (Ritzer, 1975a, 1975b). La distinción micro-macro caracteriza tanto el surgimiento de las teorías microsociológicas durante los años setenta (Ritzer, 1985), como los esfuerzos teóricos invertidos en la síntesis micro-macro de los años ochenta (Ritzer, 1990a). Estas últimas observaciones han conducido a la identificación de la emergencia de una amplia serie de esfuerzos sinténticos que caracterizan los inicios de la década de los noventa (Ritzer, 1990b).

Estos análisis, tomados en conjunto, *no* constituyen una historia de la teoría sociológica reciente, pero sí representan un análisis metateórico de esa historia. No los hemos expuesto como una alternativa a la historia de la teoría sociológica. En efecto, la combinación de los análisis metateóricos y de los que son más propiamente históricos, aumenta probablemente nuestro nivel de comprensión de la teoría.

El $M_U$ no sólo mejora la comprensión de la teoría sociológica, sino que permite también a los metateóricos evaluar y criticar sistemáticamente las teorías. Por ejemplo, el concepto micro-macro utilizado en un examen critico (Ritzer, 1985) de la obra de Randall Collins sobre las cadenas de interacción rituales (1981a, 1981b) descubre que esta obra falla debido a su reduccionismo micro. En un trabajo posterior Collins (1988) intenta rectificar este desequilibrio dando más importancia a los fenómenos macro.

El análisis $M_U$ no sólo permite a los metateóricos comprender y evaluar mejor las teorías, sino también puede contribuir directemente a la mejora de las teorías sociológicas. Por ejemplo, el análisis metateórico del movimiento actual hacia las síntesis teóricas sugiere que la teoría sociológica mejoraría si *algunos* de los defensores de virtualmente todas la teorías sociológicas se alejaran de su adherencia a una teoría específica o a un nivel particular de análisis. (Sin embargo, esto no quiere decir que todos los teóricos deban orientarse hacia la síntesis. Las perspectivas teóricas específicas tienen cierta utilidad). El modelo podría ser, por ejemplo, el funcionalismo estructural, que se ha extendido debido al esfuerzo de algunos pensadores (Alexander y Colomy, 1990) por integrar ideas procedentes de otras perspectivas teóricas (por ejemplo, la teoría del conflicto, la etnometodologia). Al mismo tiempo, el enfoque tradicional del funcionalismo estructural sobre los fenómenos macro (la estrucura social, la cultura) incluye ahora un mayor interés por los fenómenos micro. Esta extensión de doble punta ha transformado el funcionalismo estructural en neofuncionalismo y ha aumentado su alcance y poder. El resultado de esta extensión es ora el triunfo de un neofuncionalismo más integrado, ora una bifurcación por la que, por un lado, el funcionalismo estructural sigue comprometido con un enfoque en el nivel macro, y por otro, vemos el neofuncionalismo como una perspectiva integradora distintiva. Este tipo de cosas se han producido en las fronteras de muchas otras perspectivas teóricas (por ejemplo, en el interaccionismo simbólico [Fine, 1990]).

La segunda gran aportación de la metateorización es la creación de una nueva teoría. Mientras esta es la meta distintiva de la $M_P$, la creación de una teoría también puede resultar de la $M_U$. La línea divisoria entre una teoría mejorada y una nueva teoría suele ser confusa. Por ejemplo, hemos señalado que Alexander, en parte a través del análisis $M_U$, se embarcó en un esfuerzo por mejorar el funcionalismo estructural. Sin embargo, hay algunos (por ejemplo, Turner y Maryanski, 1988) que aprecian tantas diferencias entre el funcionalismo estructural tradicional y el neofuncionalismo que consideran éste último como una nueva teoria.

También puede ocurrir que los trabajos en la línea $M_O$ conduzcan a la creación de una nueva teoria. Perspectivas englobadoras tales como el positivismo, el antipositivismo y el pospositivismo han contribuido a generar en el transcurso del tiempo una amplia serie de teorías. Teorías tales como el funcionalismo estructural y la teoría del intercambio tienen raíces claras en el positivismo, mientras muchas variedades de la teoría neomarxista y la fenomenologia están

más bien arraigadas en las perspectivas englobadoras del antipositivismo. El pospositivismo puede ser considerado la base del posmodernismo, del posestructuralismo, y tal vez incluso del neofuncionalismo.

La creación de una nueva teoría constituye *la* función distintiva de la $M_P$. La reflexión metateórica sobre la obra de otros teóricos ha sido, continúa siendo, y siempre debe ser una fuente importante para la creación de una nueva teoría. Una de las funciones más importantes de la metateorización, especialmente de la $M_P$, para la sociología es la producción constante y continuada de nuevas teorías.

La tercera función de la metateorización es la producción de perspectivas teóricas englobadoras. Mientras que este es el papel distintivo de la $M_O$, la $M_U$ y la $M_P$ pueden también servir a este fin. Por ejemplo, el trabajo de la $M_U$ (Ritzer, 1975a) sobre la estructura paradigmática de la sociología condujo a la generación de una orientación trascendental, al paradigma sociológico integrado (Ritzer, 1981a). Sin embargo, la $M_O$ se dirige específicamente hacia la generación de perspectivas englobadoras. En una era que se caracteriza por el análisis específico de síntesis de teorías y niveles de análisis, es importante (por muy deseable que sea aquél trabajo) que al menos algunos sociólogos produzcan estas perspectivas trascendentales (véase Antonio, 1990; Kellner, 1990). Estas perspectivas englobadoras son esenciales para no perder de vista los parámetros de la disciplina.

## Críticas a la metateorización

Hasta mediados de la década de los ochenta, los aspectos más visibles de la metateorización fueron probablemente las criticas, con frecuencia duras, que se han hecho a la metateorización (R. Collins, 1986; Skocpol, 1986; J. Turner, 1985, 1986; para una exposición y análisis de estas críticas, véase Ritzer, 1988). Es este un evento infrecuente en la historia académica: la aparición de críticas altamente visibles e influyentes *antes* de que fuese atacada la emergencia total de este campo. Por supuesto, lo que esto significa es que este campo siempre ha existido, al menos en un estado incipiente. Se ha realizado mucho trabajo metateórico bajo una amplia serie de otras denominaciones —«sociologia de la sociología», «sociologia de la ciencia», «sociología del conocimiento», «historia de la sociología»— y, más notablemente, como parte constituyente de la teoría sociológica. De hecho, la mayoría de las críticas han sido realizadas por metateóricos cerrados (por ejemplo, R. Collins, Skocpol, J. Turner) que tal vez carecían de una concepción nítida de lo que estaban criticando. Pasemos a analizar las tres criticas más importantes que se han hecho a la metateorización sociológica.

Jonathan Turner critica la metateoria principalmente por razones pragmáticas aduciendo que, desde su punto de vista, «se empantana con frecuencia en cuestiones sumamente filosóficas e inmoviliza la construcción teórica... la metateoría suele bloquear tanto como estimula la actividad teórica porque enreda a los teóricos en controversias intrínsecamente insuperables y siempre discutibles»

(1986: 10; véase también J. Turner 1985a). Más tarde, Turner califica la metateoria de «interesante, pero contraproducente» y sostiene que los que la proponen y defienden «nunca se han acercado al desarrollo de una teoría» (1986: 26).

En una recensión crítica de un libro (Alford y Friedland, 1985) sobre sociologia política, Theda Skocpol (1986) señala que, en su opinión, en este subcampo lo idóneo y útil es la producción de teoría e investigación sustantiva. Describe peyorativamente la obra de Alford y Friedland como «quinientas páginas de nada más que metateoría» (Skocpol, 1986: 10). Critica duramente a los autores por «encasillar» la obra de los sociólogos de la política, por defender la necesidad de una teoria integrada inspirada en cada una de las casillas sin especificar el contenido de esa teoría, por defender que los diferentes tipos de enfoque se ajustan a los distintos niveles de análisis, y por ignorar el hecho de que la mejor tarea que se ha realizado en sociología política ha sido analizar la interrelación entre estos niveles. Expresa su deseo de que Alford y Friedland regresen al trabajo sustantivo en el campo de la sociologia política, mientras predica «que el Señor proteja a otros sociólogos de la política y les haga desear la muerte final de la metateoría» (Skocpol, 1986: 11-12). El uso de la expresión «la muerte final» en esta frase, así como en el título de su recensión, implica claramente que Skocpol no confiere *ningún* papel productivo a la metateoría dentro de la sociologia.

Tal vez la crítica más interesante de las que ha recibido la metateoría sea la de Randall Collins (1986a). Al principio, Collins asociaba la metateoría con un antipositivismo irrelevante. Sin embargo, pronto elaboró una critica más general:

> No me sorprende que la metateoria no vaya a ninguna parte; es, en lo fundamental, una especialidad reflexiva, capaz de hacer comentarios sobre otros campos, pero dependiente de la vida intelectual de aquellos campos que puede formalizar.... o criticar. Esto explica por qué la mayoría del trabajo intelectual de nuestros días consiste en hacer comentarios sobre obras del pasado en lugar de construcciones creativas por sí mismas.
>
> (R. Collins, 1986a: 1343).

A pesar de su crítica a la metateoría, Collins procede a hacer lo que él mismo condena: emprende un análisis metateórico de una variedad de obras del pasado (reciente).

Más que conseguir la dilación del desarrollo de la metateorización en sociología, las críticas de esta índole han surtido el efecto contrario, han legitimado el trabajo de los metateóricos y han conducido al florecimiento del trabajo metateórico.

## La explosión actual del interés por la metateorización

Mediante la idea de explosión actual del interés por la metateorización, queremos expresar el enorme aumento que ha experimentado la cantidad de trabajos que son *explícita* y *autoconscientemente* metateóricos. La evidencia más objetiva

nos la proporciona un estudio realizado por Fuhrman y Snizek (1990) acerca de las publicaciones que han aparecido durante la última década, que indica que existe un fuerte y creciente interés por la metateorización en sociología. El trabajo de ambos incluye una relación numerosa de obras que han sido recientemente publicadas o están en prensa. Inmediatamente despúes de terminar su estudio han aparecido muchos otros trabajos metateóricos (por ejemplo, Berger, Wagner, y Zelditch, 1989; J. Turner, 1989a). Este aumento se refleja también en el proceder de la revista *Sociological Theory*, que dedica cada vez más espacio a ensayos explícitamente metateóricos (por ejemplo, Fararo, 1989; Levine, 1989; Ritzer, 1988). Además, una serie de libros recientes (y en prensa) también son explícitamente metateóricos (Fiske y Shweder, 1986; Osterberg, 1988; Ritzer, 1991); J. Turner, 1989b), y muchos, tal vez la mayoría, de los libros de teoria sociológica son implícitamente metateóricos. En marzo de 1990, *Sociological Forum* dedicó un ejemplar monográfico a la metateorización en sociología (Ritzer, 1990c), y en 1992, la editorial Sage ha publicado un libro dedicado a estudios metateóricos (Ritzer c, en prensa). Aparte de estos trabajos, hay toda una serie de obras (cuya cantidad aumenta) que han tratado cuestiones metateóricas más especificas tales como el vínculo micro-macro (Alexander et al., 1987; R. Collins, 1981a, 1981b, 1988; Ritzer, 1990a), la relación entre acción y estructura (Archer, 1982, 1988; Bernstein, 1971; Giddens, 1984), y los niveles del análisis social (Ritzer, 1989; Wiley, 1988, 1989). Si bien es posible que todo esto represente el auge de la metateorización en sociología, hay muchas razones para creer que representa más bien el despegue de una amplia variedad, y un número creciente, de obras metateóricas en el campo de la sociología.

Una vez que hemos expresado esta idea, ahora retornamos al enfoque metateórico específico implícito en este libro. Como veremos, implica una combinación de $M_U$ y $M_O$. Comenzaremos con un breve análisis de la obra de Thomas Kuhn, y luego examinaremos mi análisis ($M_U$) de los múltiples paradigmas de la sociología. Finalente, analizaremos la herramienta metateórica —el paradigma sociológico integrado ($M_O$)— que constituye la fuente de los niveles de análisis utilizados para estudiar las teorías sociológica analizadas en este libro.

## LAS IDEAS DE THOMAS KUHN

En 1962 el filósofo de la ciencia Thomas Kuhn publicó un pequeño libro titulado *The Structures of Scientific Revolutions* [La estructura de las revoluciones científicas]. Como este libro se enmarcaba en la filosofía, parecía estar destinado a tener un estatus marginal dentro de la sociología. Y era sí porque se centraba en las ciencias duras (la física, por ejemplo) y parecía tener escasa relación directa con las ciencias sociales. Sin embargo, las tesis del libro demostraron ser de sumo interés para estudiosos de una amplia serie de campos (por ejemplo, Hollinger, 1980, en historia; Searle, 1972, en lingüística; Stanfield, 1974, en

economía), y para ninguno cobró tanta importancia como para los sociólogos. En 1970, Robert Friedrichs publicó la primera y más importante obra desde una perspectiva kuhniana, *A Sociology of Sociology* [Sociología de la sociología]. Desde entonces ha habido una producción constante de trabajos desde esta perspectiva (Eckberg y Hill, 1979; Effrat, 1972; Eisenstadt y Curelaru, 1976; Falk y Zhao, 1990a, 1990b; Friedrichs, 1972a; Greisman, 1986; Lodahl y Gordon, 1972; Phillips, 1973, 1975; Quadagno, 1979; Ritzer, 1975a, 1975b, 1981b; Rosenberg, 1989; Snizek, 1976; Snizek et al., 1979). Es indudable que la teoría kuhniana constituye una variedad importante de la $M_U$, pero, ¿cuál era exactamente el enfoque de Kuhn?

Una de las metas de Kuhn en *La estructura de las revoluciones científicas* era desafiar las suposiciones comunes acerca del modo en que la ciencia cambia. Desde el punto de vista de la mayoría de los profanos y de muchos científicos, la ciencia avanza de un modo acumulativo, de manera que cada avance se construye inexorablemente sobre todos los que le han precedido. La ciencia ha alcanzado su estatus presente a través de aumentos lentos y constantes de conocimiento. Y avanzará incluso más en el futuro. Esta concepción de la ciencia había sido enunciada por el físico Isaac Newton, quien afirmó que «Si he logrado ver más lejos, ha sido encaramándome a hombros de gigantes». Pero Kuhn creía que esta concepción del desarrollo acumulativo de la ciencia era un mito, e intentó destruirlo.

Kuhn admitió que la acumulación jugaba cierto papel en el avance de la ciencia, pero los principales cambios resultaban de las revoluciones. Kuhn ofreció una teoría de cómo se habían producido los principales cambios científicos. Creía que la ciencia estaba siempre dominada por un *paradigma* específico (definido hasta ese momento como una imagen fundamental del objeto de la ciencia). La *ciencia normal* consiste en un período de acumulación de conocimientos en el que los científicos trabajan para extender el paradigma dominante. Este trabajo científico inevitablemente genera *anomalías*, o hallazgos, imposibles de explicar mediante el paradigma dominante. Si estas anomalías aumentan se produce una etapa de *crisis*, que puede desembocar en una revolución científica. El paradigma dominante se abandona y se reemplaza por otro nuevo que ocupa su lugar en el núcleo de la ciencia. Nace un nuevo paradigma dominante, y de nuevo se repite el ciclo. La teoría de Kuhn se puede describir esquemáticamente como sigue:

Paradigma I ⟶ Ciencia normal ⟶ Anomalías ⟶
Crisis ⟶ Revolución ⟶ Paradigma II

En los periodos de revolución es cuando se producen los grandes cambios en la ciencia. Esta idea sitúa evidentemente a Kuhn frente a la mayoría de las concepciones del desarrollo científico.

El concepto clave del enfoque de Kuhn y de este Apéndice, es el de paradigma. Desgraciadamente, Kuhn ofrece una definición vaga de paradigma.

Margaret Masterman (1970) señala que Kuhn utilizó el término en, al menos, veintiún sentidos sentidos. Pero nosotros emplearemos una definición de *paradigma* que creemos fiel al significado y espíritu de su obra.

Un paradigma sirve para diferenciar una comunidad científica de otra. Se puede utilizar para distinguir la física de la química o la sociología de la psicología. Estos campos tienen paradigmas distintos. También se puede utilizar para distinguir entre etapas históricas difentes en el desarrollo de una ciencia. El paradigma reinante de la física en el siglos XIX difiere considerablemente del que la dominó a principios del siglo XX. Hay un tercer uso del concepto de paradigma, que constituye el más útil para nosotros aquí. Los paradigmas pueden servir para distinguir entre grupos cognitivos *dentro* de una misma ciencia. En el psicoanálisis contemporáneo, por ejemplo, se pueden distringuir los paradigmas de Freud, de Jüng y de Horney (entre otros) —es decir, hay *múltiples paradigmas* en el psicoanálisis— y lo mismo ocurre en la sociología y en muchos otros campos.

Pasemos a ofrecer una definición de *paradigma* que creemos fiel al significado de la obra original de Kuhn:

> Un paradigma es una imagen básica del objeto de una ciencia. Sirve para definir lo que debe estudiarse, las preguntas que es neceario responder, cómo deben responderse y qué reglas es preciso seguir para interpretar las respuestas obtenidas. El paradigma es la unidad más general de consenso dentro de una ciencia y sirve para diferenciar una comunidad científica (o *subcomunidad*) de otra. Subsume, define e interrelaciona los ejemplares, las *teorías* [cursivas añadidas], y los métodos e instrumentos disponibles.
>
> (Ritzer, 1975a: 7)

Con esta definición podemos proceder al análisis de la relación entre los paradigmas y las teorías. *Las teorías son sólo parte de paradigmas más amplios*. Dicho de otro modo, un paradigma puede abarcar dos o más *teorías*, así como diferentes *imágenes* del objeto, los *métodos* (e instrumentos), y los *ejemplares* (obras específicas de trabajo científico que constituyen modelos para todos los que lo siguen). Uno de los objetivos de ete Apéndice es identificar los paradigmas fundamentales de la sociología.

## LA SOCIOLOGIA: UNA CIENCIA MULTIPARADIGMATICA

La idea de que la sociología es una ciencia multiparadigmática ha recibido cierto apoyo empírico (Lodahl y Gordon, 1972), pero la mayoría de los análisis realizados sobre el estatus paradigmático de la sociología son conceptuales.

En la primera aplicación sistemática de las ideas kuhnianas a la sociología, Robert Friedrichs (1970) presentó dos imágenes diferentes del estatus paradigmático de la sociología, pero ambas reafirmaban la idea de que la sociología era

una ciencia multiparadigmática. Por una parte, Friedrichs señaló que, a pesar del gran consenso que existió en el pasado, la sociología se había dividido entre un paradigma *sistémico* (que acentúa la integración societal y el consenso) y un paradigma del *conflicto* (que acentúa la desintegración societal y la coerción), con una amplia serie de perspectivas diferentes que constituyen paradigmas potenciales. Estos paradigmas se basan en las imágenes fundamentales del objeto de la sociología, pero Friedrichs pensaba que tenían una importancia secundaria frente a los otros dos paradigmas que se centraban en las imágenes que tenían los sociólogos de sí mismos como agentes científicos. Estos eran el paradigma *profético* y el *sacerdotal*. Mientras los sociólogos proféticos se consideraban agentes del cambio social, los sociólogos sacerdotales se calificaban de científicos «libres de valores». La cuestión más importante para nuestros propósitos es que, en sus análisis tanto de las imágenes del objeto de la sociología como de las que tienen los sociólogos de sí mismos, Friedrich concluye que la sociología es una ciencia multiparadigmática.

Andrew Effrat (1972) se alineó abiertamente con los que consideraban la sociología como una ciencia multiparadigmática, aunque se equivocó al confundir teorías específicas con paradigmas. Effrat concluyó su trabajo presentando una lista algo confusa de paradigmas que incluía el marxista, el freudiano, el durkheimiano, el weberiano, el fenomenológico, el etnometodológico, el del interaccionismo simbólico y el de la teoría del intercambio. Como veremos, todos ellos constituyen más bien componentes teóricos de los paradigmas múltiples de la sociología. Sin embargo, Effrat acertó en su imagen multiparadigmática de la sociología.

S. N. Eisenstadt y M. Curelaru (1976) distinguieron entre el paradigma discreto, el del sistema cerrado, y el del sistema abierto. Distinguieron estos paradigmas en función del desarrollo histórico del campo. El primero es el *paradigma discreto*, que se centra en entidades concretas separadas tales como las propiedades ecológicas, el tamaño de los grupos, o las características raciales y psicológicas. Con esta imagen del mundo como conjunto de unidades aisladas, los que operaban con este paradigma tenían dificultades a la hora de analizar cuestiones relacionales tales como la emergencia, la innovación y la creatividad. Este antiguo paradigma primitivo dejó sólo una débil huella en el desarrollo de la sociología, y persiste hoy exclusivamente en ciertas áreas aisladas. Con el correr de los tiempos fue sustituido por el *modelo del sistema cerrado*, cuyos defensores contemplan la sociedad como compuesta de elementos separados, pero interrelacionados. Los que trabajan de acuerdo con este paradigma tienden a ceer que un elemento domina a los demás. En la opinión de Eisenstadt y Curelaru (el autor de este libro disiente de ellos) Marx operó de acuerdo con este paradigma debido a su hincapié en el sector económico. Este paradigma, a su vez, fue reemplazado por el *modelo del sistema abierto*, que se centra en la «dinámica interna del sistema, las interconexiones, y los procesos de retroalimentación continua entre los componentes del orden social» (Eisenstadt y Curelaru, 1976: 92). Aunque la evolución de estos paradigmas no sigue «un cami-

una ciencia multiparadigmática. Por una parte, Friedrichs señaló que, a pesar del gran consenso que existió en el pasado, la sociología se había dividido entre un paradigma *sistémico* (que acentúa la integración societal y el consenso) y un paradigma del *conflicto* (que acentúa la desintegración societal y la coerción), con una amplia serie de perspectivas diferentes que constituyen paradigmas potenciales. Estos paradigmas se basan en las imágenes fundamentales del objeto de la sociología, pero Friedrichs pensaba que tenían una importancia secundaria frente a los otros dos paradigmas que se centraban en las imágenes que tenían los sociólogos de sí mismos como agentes científicos. Estos eran el paradigma *profético* y el *sacerdotal*. Mientras los sociólogos proféticos se consideraban agentes del cambio social, los sociólogos sacerdotales se calificaban de científicos «libres de valores». La cuestión más importante para nuestros propósitos es que, en sus análisis tanto de las imágenes del objeto de la sociología como de las que tienen los sociólogos de sí mismos, Friedrich concluye que la sociología es una ciencia multiparadigmática.

Andrew Effrat (1972) se alineó abiertamente con los que consideraban la sociología como una ciencia multiparadigmática, aunque se equivocó al confundir teorías específicas con paradigmas. Effrat concluyó su trabajo presentando una lista algo confusa de paradigmas que incluía el marxista, el freudiano, el durkheimiano, el weberiano, el fenomenológico, el etnometodológico, el del interaccionismo simbólico y el de la teoría del intercambio. Como veremos, todos ellos constituyen más bien componentes teóricos de los paradigmas múltiples de la sociología. Sin embargo, Effrat acertó en su imagen multiparadigmática de la sociología.

S. N. Eisenstadt y M. Curelaru (1976) distinguieron entre el paradigma discreto, el del sistema cerrado, y el del sistema abierto. Distinguieron estos paradigmas en función del desarrollo histórico del campo. El primero es el *paradigma discreto*, que se centra en entidades concretas separadas tales como las propiedades ecológicas, el tamaño de los grupos, o las características raciales y psicológicas. Con esta imagen del mundo como conjunto de unidades aisladas, los que operaban con este paradigma tenían dificultades a la hora de analizar cuestiones relacionales tales como la emergencia, la innovación y la creatividad. Este antiguo paradigma primitivo dejó sólo una débil huella en el desarrollo de la sociología, y persiste hoy exclusivamente en ciertas áreas aisladas. Con el correr de los tiempos fue sustituido por el *modelo del sistema cerrado*, cuyos defensores contemplan la sociedad como compuesta de elementos separados, pero interrelacionados. Los que trabajan de acuerdo con este paradigma tienden a ceer que un elemento domina a los demás. En la opinión de Eisenstadt y Curelaru (el autor de este libro disiente de ellos) Marx operó de acuerdo con este paradigma debido a su hincapié en el sector económico. Este paradigma, a su vez, fue reemplazado por el *modelo del sistema abierto*, que se centra en la «dinámica interna del sistema, las interconexiones, y los procesos de retroalimentación continua entre los componentes del orden social» (Eisenstadt y Curelaru, 1976: 92). Aunque la evolución de estos paradigmas no sigue «un cami-

## GEORGE RITZER: La autobiografía como herramienta metateórica



Las biografías y las autobiografías de los teóricos de la sociología en particular y de los sociólogos en general nos ayudan a comprender su obra. El historiador de la ciencia Thomas Hankins lo explica así:

> [La] biografía completa de un científico que nos informa sobre su personalidad, su trabajo científico y el contexto social e intelectual de su época, todavía [constituye]... el mejor medio para comprender las numerosas dificultades que pueblan la escritura de la historia de la ciencia... son los individuos los que hacen la ciencia, pero, sin embargo, existen fuerzas exteriores que influyen en el científico y guían una buena parte de su obra. La biografía es la lente literaria a través de la que podemos contemplar este proceso.
>
> (Hankins, 1979: 14)

Las observaciones de Hankins sobre los científicos han guiado mi orientación hacia las biografías de los teóricos de la sociología, incluida mi propia autobiografía. Esta reseña autobiográfica se propone sugerir al menos algunos modos en los que la biografía puede ser útil para el análisis metateórico.

Aunque durante más de veinte años he estado enseñando y escribiendo sociología, me licencié en psicología en 1962 por el City College de Nueva York, en 1964 me especialicé en administración de personal en la Universidad de Michigan, y en 1968 me doctoré en relaciones industriales y laborales por la Universidad de Cornell. Esta falta de formación sociológica me llevó a estudiar en profundidad durante el resto de mi vida la teoría sociológica, un esfuerzo que yo mismo he denominado «metateorización». En cierto sentido también me ayudó a comprender la teoría sociológica. Como no me formé en ninguna «escuela» particular, comenzé el estudio de la sociología con pocas preconcepciones y escasos sesgos. Antes bien, era estudiante de todas las «escuelas de pensamiento»; todas ellas ejercieron idéntica influencia en mi obra teórica.

Posiblemente debido a que nunca he sido capaz de manejar el conflicto, el objetivo de mi obra ha sido intentar resolver el conflicto y reconciliar las perspectivas y las orientaciones opuestas. Mi tesis, publicada más tarde en un libro (Ritzer y Trice, 1969), se centró en los modos en los que los jefes de personal resolvían el conflicto de roles. Durante muchos años me interesé por las técnicas que utilizaban los trabajadores para resolver el conflicto laboral. Esta cuestión es central en mi texto sobre sociología de las ocupaciones (Ritzer y Walczak, 1986). Y lo que es más importante, la resolución del conflicto se encuentra en el núcleo del trabajo metateórico que he realizado durante casi dos décadas.

El objetivo de mi primera obra metateórica, *Sociology: A Multiple Para-*

*digm Science* [La sociología, una ciencia multiparadigmática] (1975a), fue no sólo exponer los diferentes, y en ocasiones opuestos, paradigmas de la sociología, sino también defender la vinculación, la relación, la conexión y la integración de los paradigmas. No me agradaba el conflicto entre los paradigmas y deseaba brindar más armonía e integración a la sociología. Esto me condujo a la publicación de *Toward an Integrated Sociological Paradigm* [Hacia un paradigma sociológico integrado] (1981a), obra en la que desarrollé mi concepción de un paradigma integrado. Recientemente, el interés por resolver el conflicto teórico me ha llevado a centrarme en la integración micro-macro (1990a) y acción-estructura (en prensa a), así como en la cuestión más general de las síntesis teóricas (1990b). Desde mi punto de vista hay suficientes evidencias que demuestran que la teoría sociológica está distanciándose de las décadas del extremismo y el conflicto teórico y acercándose a una mayor integración y armonía teórica. Pero, dada mi personalidad, ¿qué otra cosa se podría haber esperado de mí?

Mi interés por el trabajo metateórico se explica por mi deseo de comprender mejor la teoría y resolver el conflicto que mora dentro de la teoría sociológica. En *Metatheorizing in Sociology* [La metateorización en sociología] (1991), elevé mi necesidad de conocer mejor la teoría sociológica hasta convertirla en una exigencia para toda la disciplina. Después de todo, la metateorización consiste simplemente en el estudio sistemático de la teoría sociológica. Creo que es preciso estudiarla así para comprender mejor la teoría, y producir nuevas teorías y perspectivas teóricas englobadoras (o metateorías). El estudio metateórico también se orienta hacia la clarificación de cuestiones polémicas, la resolución de disputas y hacia una mayor integración y síntesis. Además, desde mi punto de vista, el trabajo metateórico está tan alejado del mundo real que le resulta relativamente fácil resolver y manejar el conflicto que allí se encuentra.

Otra característica de mi personalidad que informa mi trabajo teórico es la idea que tengo de mí mismo como una persona muy racional. Mi punto de partida fue la teoría de la racionalización de Weber y he analizado la relación entre la racionalización y la profesionalización (véase Ritzer, 1975b; Ritzer y Walczak, 1988). En mi artículo sobre la «McDonalización» (1983) afirmaba que mientras la burocracia era el ejemplo paradigmático de la racionalización formal en la época de Weber, el de la sociedad moderna es el restaurante de comida rápida. Recientemente he retomado esta cuestión en *Big Mac Attack: The McDonaldization of Society* [El ataque del gran *Mac*: la mcdonaldización de la sociedad] (en prensa, a). Uno de mis proyectos analiza el fracaso de la industria estadounidense del automóvil y el éxito de su contrincante japonesa. Mi tesis es que el fracaso estadounidense se debe a su confianza exclusiva en la racionalidad formal, mientras el éxito japonés se explica por su hiperracionalidad, que implica la utilización de los cuatro tipos weberianos de racionalidad: formal, sustantiva, intelectual y práctica.

*Fuente*: Adaptado de George Ritzer, «I Never Metatheory I Didn't Like», *Mid-American Review of Sociology*, 15: 21-32, 1991.

no simple, natural y cronológico», y se produce un «solapamiento temporal y operativo considerable de los diferentes enfoques», hay en la perspectiva de Eisenstadt y Curelaru una tendencia hacia el paradigma de sistema abierto.

Charles Lemert afirmó que, más que estar constituida de paradigmas múltiples, la sociología está unificada por su *homocentrismo*, «la idea decimonónica de que el *hombre* es la medida de todas las cosas» (1979: 13). Aunque es cierto que la sociología se centra en las personas, es cuestionable si eso constituye una prueba de que la sociología está unificada. Una conclusión igualmente plausible es la de que hay paradigmas múltiples en sociología y de que las fuentes de sus diferencias se derivan de las diversas interepretaciones *de* la humanidad. En mi opinión, las ideas del homocentrismo y de los paradigmas múltiples no son recíprocamente excluyentes.

Lemert concluyó que, a pesar de su homocentrismo unificador, se dan importantes diferencias paradigmáticas entre los diversos modos del discurso sociológico. Distinguió estos modos a partir de una base lingüística. El primero es la *sociología léxica*, cuya orientación es fundamentalmente técnica. El segundo, la *sociología semántica*, que se centra en la interpretación del significado que sólo las personas (no los animales) son capaces de producir. Finalmente, está la *sociología sintáctica*, cuya orientación es fundamentalmente política. Así, para Lemert, existen paradigmas múltiples, al menos en la sociología contemporánea.

## Los grandes paradigmas sociológicos

Aunque todas las perspectivas que acabamos de presentar tienen cierta utilidad, mi trabajo inicial sobre el estatus paradigmático de la sociología (Ritzer, 1975a, 1975b, 1980) proporciona la base para la perspectiva metateórica que ha guiado el análisis de la teoría sociológica clásica a lo largo del presente libro. Igual que la mayoría de los autores que acabamos de estudiar, yo concibo la sociología como una ciencia multiparadigmática. En mi opinión, hay *tres* paradigmas que dominan la sociología, junto a otros muchos que potencialmente pueden alcanzar el estatus de paradigma. Los denomino el paradigma de los *hechos sociales*, el de la *definición social* y de la *conducta social.*

### El paradigma de los hechos sociales

1. *Ejemplar*: El modelo para los partidarios del paradigma de los hechos sociales es la obra de Emile Durkheim, particulamente *Las reglas del método sociológico* y *El suicidio*.
2. *Imagen del objeto*: Los partidarios del paradigma de los hechos sociales analizan lo que Durkheim denominó hechos sociales, o las grandes instituciones y estructuras sociales. Los que se adhieren a este paradigma se centran no sólo en estos fenómenos, sino también en su influencia sobre el pensamiento y la acción individuales.

3. *Métodos*: Quienes defienden este paradigma suelen tender más a utilizar el metodo del cuestionario-entrevista [8] y los métodos históricos comparados que los que se adhieren a otros paradigmas.
4. *Teorías*: El paradigma de los hechos sociales abarca varias perspectivas teóricas. Los teóricos del *funcionalismo estructural* tienden a considerar que los hechos sociales están estrechamente interrelacionados y que el orden se mantiene mediante el consenso general. Los teóricos del *conflicto* tienden a subrayar el desorden entre los hechos sociales, y comparten la idea de que el orden se mantiene mediante fuerzas coercitivas de la sociedad. Aunque el funcionalismo estructural y la teoría del conflicto son las teorías dominantes de este paradigma, hay otras, entre ellas, la teoría de *sistemas*.

**El paradigma de la definición social**

1. *Ejemplar*: Para los partidarios del paradigma de la definición social, el modelo unificador es la obra de Max Weber sobre la acción social.
2. *Imagen del objeto*: La obra de Weber suscita interés entre los estudiosos de la definición social por el modo en que los actores definen sus situaciones sociales y la influencia de estas definiciones en la acción y la interacción consecuentes.
3. *Métodos*: Si bien muchos defensores del paradigma de la definición social utilizan el método del cuestionario-entrevista, suelen tender más a utilizar el método de la observación que los que se adhieren a otros paradigmas. En otras palabras, la observación es el método distintivo de los partidarios de este paradigma.
4. *Teorías*: Hay muchas teorías que pueden incluirse en el paradigma de la definición social: *la teoría de la acción, el interaccionismo simbólico, la fenomenología, la etnometodología* y *el existencialismo*.

**El paradigma de la conducta social**

1. *Ejemplar*: El modelo para los sociólogos que se adhieren al paradigma de la conducta social es la obra del psicólogo B.F. Skinner.
2. *Imagen del objeto*: El objeto de la sociología para los conductistas sociales es la *conducta* irreflexiva de los individuos. Las recompensas que provocan conductas deseables y los castigos que inhiben las conductas indeseables son de gran interés para los conductistas sociales.
3. *Métodos*: El método distintivo del conductismo social es el experimento.

[8] William Snizek (1976) ha demostrado que el cuestionario de entrevista es dominante en todos los paradigmas.

4. *Teorías*: Dos enfoques teórico-sociológicos pueden incluirse bajo la denominación «conductismo social». El primero es la *sociología conductista*, estrechamente relacionada con el conductismo psicológico puro, y el segundo, y más importante que el primero, la *teoría del intercambio*.[9]

## HACIA UN PARADIGMA SOCIOLOGICO MAS INTEGRADO

Además de especificar la naturaleza multiparadigmática de la sociología, otro objetivo de mis primeros trabajos era defender una mayor integración paradigmática en el área de la sociología. Aunque hay razones que demuestran la utilidad de los paradigmas existentes, también se percibe la necesidad de un paradigma más integrado. Los paradigmas existentes tienden a ser parciales y se centran en niveles específicos del análisis social, y no consideran, o lo hacen ligeramente, los demás paradigmas. Esta cuestión se refleja en la preocupación de los defensores del paradigma de los hechos sociales por las macroestructuras; la preocupación de los partidarios de la definición social por la acción, la interacción y la construcción social de la realidad; y la preocupación de los conductistas sociales por la conducta. Es este tipo de parcialidad lo que conduce a lo que yo percibo como un creciente interés por un enfoque más integrado entre numerosos sociólogos (Ritzer, en prensa, b). (Lo cual no es sino una parte de lo que considero un creciente interés por la integración entre varias ciencias sociales; véase especialmente Mitroff y Kilmann, 1978.) Por ejemplo, Robert Merton, representante de los defensores de los hechos sociales, percibió que la perspectiva de los hechos sociales y la de la definición social eran mutuamente enriquecedoras, y «opuestas sólo en el sentido en el que se oponen los huevos y las patatas: son preceptivamente diferentes, pero mutuamente enriquecedores» (1975: 30). Entre los partidarios de las definiciones sociales, Hugh Mehan y Houston Wool afirman que uno de los componentes teóricos de su perpsectiva (la etnometodología) acepta al menos uno de los principios básicos del paradigma de los hechos sociales: «La realidad de un mundo externo y constrictivo» (1975: 180). Entre los conductistas sociales, Arthur Staats (1976) se esfuerza por integrar los procesos mentales creativos (elemento central de las definiciones sociales) con el conductismo tradicional. La demanda general de un paradigma más integrado es importante, pero lo que se requiere es intentar definir cómo debería ser tal paradigma.

La clave de un paradigma integrado es la noción de los *niveles* del análisis social (Ritzer, 1979, 1981a). Sin lugar a dudas, el lector es consciente de que *el mundo social no está, en realidad, dividido en niveles*. De hecho, la realidad social se contempla como una enorme variedad de fenómenos sociales que ex-

[9] Entre los análisis que se han realizado a partir del esquema de paradigmas de Ritzer, figuran Eckberg y Hill (1979), Friedheim (1979), Harper, Sylvester, y Walczak (1980), Snizek (1976), y Staats (1976).

perimentan una continua interacción y un constante cambio. Los individuos, los grupos, las familias, las burocracias, la política, y muchos otros fenómenos sociales altamente diversos representan una cantidad desconcertante de fenómenos que constituyen el mundo social. Resulta harto difícil poder controlar tal número de fenómenos sociales de tantos tipos y tan mutuamente relacionados. Se requiere algún esquema conceptual, y los sociólogos han desarrollado varios esquemas de este tipo para analizar el mundo social. La idea de los niveles de análisis que utilizamos aquí puede ser considerada como uno de lo numerosísismos esquemas que se pueden utilizar, y han sido utilizados, para estudiar las complejidades del mundo social.

## Niveles del análisis social: una revisión de la literatura

Aunque la idea de los niveles está implícita en una buena parte de la sociología, ha recibido relativamente poca atención explícita. Al centrarnos en los niveles, simplemente vamos a hacer explícito lo que ha estado implícito en la sociología.

Este Apéndice se cierra con una conceptualización de los principales niveles del análisis social. Pero para comprender adecuadamente esa conceptualización, es preciso hacer ciertas diferenciaciones preliminares. Como veremos, en el desarrollo de los principales niveles del mundo social es útil señalar dos *continua* de la realidad social. Es relativamente fácil considerar que el mundo social está constituido de una serie de entidades que oscilan desde las más grandes a las más pequeñas. En su vida cotididana la mayoría de las personas conciben el mundo social en estos términos. Y en el mundo académico algunos pensadores han trabajado con un *continuum* micro-macro (entre ellos, Alexander et al., 1987; Blalock y Wilken, 1979; Bosserman, 1968; Edel, 1959; Gurvitch, 1964; Johnson, 1981; Korenbaum, 1964; Ritzer, 1990a; Wagner, 1964). Tanto para los profanos como para los académicos, el *continuum* se basa en la idea simple de que los fenómenos sociales varían enormemente en magnitud. En el extremo macro del *continuum* figuran fenómenos sociales de gran escala tales como los grupos de sociedades (por ejemplo, los sistemas mundiales capitalistas y socialistas), las sociedades y las culturas. En el extremo micro del *continuum* figuran los actores individuales y sus pensamientos y acciones. En medio hay una amplia serie de grupos, colectividades, clases sociales y organizaciones. Encontramos cierta dificultad para reconocer estas distinciones y reflexionar sobre el mundo en términos micro-macro. No existen líneas divisorias marcadas entre las unidades microsociales y las macrounidades. Lo que vemos con claridad es un *continuum* que va desde el extremo micro al extremo macro.

El segundo *continuum* es la dimensión *objetivo-subjetivo* del análisis social. En cada extremo del *continuum* micro-macro podemos diferenciar entre componentes subjetivos y objetivos. En el micronivel, en el extremo individual, están los procesos mentales subjetivos de un actor y las pautas objetivas de accion e interacción con las que el actor se encuentra comprometido. Lo *subjetivo* se refiere aquí a algo que ocurre exclusivamente en el reino de las ideas,

mientras lo *objetivo* hace referencia a eventos reales y materiales. Esta misma diferenciación también la encontramos en el extremo macro del *continuum*. Una sociedad se compone tanto de estructuras objetivas, como el gobierno, las burocracias y las leyes, como de fenómenos subjetivos tales como las normas y los valores. El *continuum* subjetivo-objetivo es más complicado que el *continuum* micro-macro, e incluso es, como veremos, más complicado de lo que parece en esta introducción. Para intentar clarificar las cosas, y para alcanzar una mayor complejidad, procedamos a examinar ejemplos concretos, así como trabajos de varios sociólogos sobre el continuum objetivo-subjetivo.

Consideremos, por ejemplo, la compra de un automóvil nuevo. En el nivel microsubjetivo analizaríamos las actitudes y las orientaciones del comprador que influyen en el tipo de automóvil que va a comprar. Sin embargo, el comprador podría desear (estado subjetivo) adquirir un coche deportivo y, en realidad, comprar (acto objetivo) un modelo económico; ésa es, precisamente, la diferencia principal entre los niveles microsubjetivo y microobjetivo. A algunos sociólogos les preocupan los estados mentales subjetivos, y a otros los actos objetivos. En muchos casos resulta útil e importante entender la interacción entre estos dos niveles micro.

El nivel macro también tiene una dimensión objetiva y otra subjetiva. Durante muchos años la mayoría de los estadounidenses compartía una serie de preferencias por los coches grandes y potentes. Era ese un conjunto subjetivo de actitudes compartido por una inmensa cantidad de personas. Más tarde, una serie de cambios objetivos acaecidos en el nivel societal influyó en estas actitudes compartidas. Se formó la OPEP, el suministro de petróleo a los Estados Unidos menguó y el gobierno intervino para desempeñar un papel más activo en las cuestiones relativas al petróleo. Estos y otros cambios estructurales macro produjeron cambios en las preferencias compartidas de multitud de personas. De la noche a la mañana, muchas comenzaron a apreciar los automóviles pequeños y de bajo consumo. Este cambio, a su vez, condujo a una alteración considerable en la estructura de las compañías de automóviles estadounidenses. También cambiaron los pensamientos y las acciones de muchos estadounidenses. Así, la compra de un coche, como muchas otras actividades mundanas y extraordinarias, implica la compleja interacción de los componentes micro-macro y objetivo-subjetivo de la vida social.

Pasemos ahora a analizar la obra de algunos sociólogos sobre el *continuum* objetivo-subjetivo. Como vimos en el capítulo primero, el idealismo alemán, en particular la obra de G.W.F. Hegel, influyó poderosamente en la obra de Karl Marx. La dialéctica hegeliana constituía un proceso subjetivo que se situaba en el reino de las ideas. Aunque influyó sobre Marx y sobre los Jóvenes Hegelianos, la dialéctica no les satisfizo porque no estaba arraigada en el mundo material y objetivo. Marx, que partió de la obra de Ludwig Feuerbach y otros, sintió la necesidad de extender la dialéctica al mundo material. Por una parte, le preocupaban más los actores reales y conscientes que los sistemas de ideas. Por otra, le interesaban también las estructuras objetivas de la sociedad capitalista,

fundamentalmente la estructura económica. Marx se centró en las estructuras materiales reales del capitalismo y en las contradicciones que existían entre y dentro de ellas. Esto no significa que perdiera de vista las ideas subjetivas; de hecho, las nociones de conciencia de clase y de falsa conciencia desempeñan un papel crucial en su obra. La división entre el materialismo y el idealismo, tal y como se manifestó en la obra de Marx y otros, constituye una de las raices filosóficas más importantes del *continuum* objetivo-subjetivo de la sociología moderna.

Aunque adoptó una forma diferente, también podemos encontrar este *continuum* en la obra de Emile Durkheim. En su obra clásica sobre metodología Durkheim distinguió entre los hechos sociales materiales (objetivos) y los no materiales (subjetivos). En *El suicidio*, Durkheim señaló «El hecho social se materializa a veces de manera que se convierte en un elemento del mundo externo» (1897/1951: 313). Analizó la arquitectura y el derecho como dos ejemplos de hechos sociales materiales (objetivos). Sin embargo, el grueso de la obra de Durkheim se centra en los hechos sociales no materiales (subjetivos):

> Con todo, es incontestable que toda la conciencia social no llega íntegramente a exteriorizarse y a materializarse así. Toda la estética nacional no está en las obras que inspira; toda la moral no se formula en preceptos definidos. La mayor parte permanece difusa. Hay una vida colectiva que está en libertad; toda clase de corrientes, van, vienen, circulan en varias direcciones, se cruzan y se mezclan de mil maneras diferentes, y, precisamente porque se encuentran en un perpétuo estado de movilidad, no llegan a concretarse en una forma objetiva. Hoy, es un viento de tristeza y de decaimiento el que sopla sobre la sociedad; mañana, por el contrario, un impulso de alegre confianza vendrá a levantar los corazones.
>
> (Durkheim, 1897/1951: 315)

Estas corrientes sociales no tienen una existencia material; sólo pueden existir dentro de las conciencias de los individuos y entre ellos. En *El suicidio*, Durkheim analizó ejemplos de este tipo de hecho social. Relacionó las diferencias en las tasas de suicidio con las variaciones en las corrientes sociales. Por ejemplo, allí donde hay fuertes corrientes de anomía (ausencia de normas), se pueden apreciar tasas altas de suicidio anómico. Corrientes sociales tales como la anomía, el egoismo y el altruismo carecen de existencia material, pero sí pueden tener una influencia material y producir variaciones en las tasas de suicidio. Sin embargo, son fenómenos intersubjetivos que sólo pueden existir en la conciencia de las personas.

Peter Blau (1960) se ha situado a la cabeza de los que emplean el *continuum* objetivo-subjetivo. Su distinción entre instituciones (entidades subjetivas) y estructuras sociales (entidades objetivas) pertenece a este tipo. Definió las *instituciones subjetivas* como «los valores y las normas comunes que se encarnan en una cultura o subcultura» (Blau, 1960: 178). En el extremo opuesto hay *estructuras sociales*, que son «las redes de relaciones sociales mediante las cuales se

organizan los procesos de interacción social y se diferencian las diferentes posiciones sociales de individuos y subgrupos» (Blau, 1960: 178).

Puede afirmarse que el *continuum* objetivo-subjetivo desempeña un papel crucial en el pensamiento de autores como Marx, Durkheim, Blau y muchos otros. Pero hay un problema interesante en el uso que hacen del *continuum*: lo emplean casi exclusivamente en el nivel macroscópico. Sin embargo, también puede aplicarse en el nivel microscópico. Antes de poner un ejemplo que ilustre su empleo en este último nivel, es preciso decir que no sólo debemos estudiar los *continua* microscópico-macroscópico y objetivo-subjetivo, *sino también la interacción entre ellos*.

Un ejemplo que clarifica el uso del *continuum* objetivo-subjetivo en el nivel microscópico lo constituye el estudio que realizaron Mary y Robert Jackman (1973) sobre lo que ellos denominaron «el estatus social objetivo y el subjetivo». Su preocupación microsubjetiva era la «percepción de los individuos de su propia posición en la jerarquía de estatus» (Jackman y Jackman, 1973: 569). La microsubjetividad en este estudio hacia referencia a los sentimientos, las percepciones y los aspectos mentales de las posiciones de los actores en el sistema de estratificación. Estos guardan relación con diversos componentes del reino microobjetivo, entre ellos el estatus socioeconómico del actor, sus contactos sociales, la cantidad de capital que posee, la pertenencia a un grupo étnico, o el estatus como cabeza de familia o miembro de un sindicato. En lugar de analizar los sentimientos del actor, estas dimensiones se refieren a las características más objetivas de los individuos: las pautas de acción y de interacción que siguen realmente.

En un nivel más general, el aspecto microscópico del *continuum* objetivo-subjetivo se manifiesta en los paradigmas de la definición social y la conducta social, así como en las diferencias entre ellos. Aunque ambos tienden a analizar las pautas microobjetivas de la acción y la interacción, se diferencian en la dimensión microsubjetiva. Todos los componentes teóricos del paradigma de la definición social (por ejemplo, el interaccionismo simbólico, la etnometodología y la fenomenología) comparten su interés por la microsubjetividad, por los sentimientos y los pensamientos de los actores. Sin embargo, los conductistas sociales rechazan la idea de que es preciso estudiar los componentes microsubjetivos de la vida social. Este rechazo se refleja en el ataque de B. F. Skinner (1971) contra lo que él denominaba la idea del «hombre autónomo». Para Skinner, el concepto de hombre autónomo incluye una persona a la que se le atribuyen ideas tales como pensamiento, consciencia, libertad y dignidad. Suponemos que las personas tienen algo parecido a un núcleo interior del que emanan sus acciones. Son capaces de iniciar, originar y crear debido a la existencia de este centro interior de microsubjetividad. Para Skinner, la idea de que las personas tienen un núcleo interior y autónomo es una postura metafísica mística que tiene que desaparecer de las ciencias sociales: «El hombre autónomo sirve para explicar sólo las cosas que no podemos explicar de otra manera. Su existencia depende de nuestra ignorancia, y lógicamente pierde su estatus en cuanto cono-

cemos su conducta» (1971: 12). Aunque es obligado rechazar esta especie de diatriba política, la cuestión clave es que el nivel microscópico contiene *ambas* dimensiones, la subjetiva y la objetiva.

## Niveles de análisis social: un modelo

El pensador más importante que trató la cuestión de los niveles del análisis social fue el sociólogo francés Georges Gurvitch. Aunque no utilizó esta terminología, Gurvitch (1964) concibió *ambos continua*, el micro-macro y el objetivo-subjetivo. Y lo que es más importante aún, fue muy consciente del modo en que estos dos *continua* estaban relacionados. A su favor señalaremos también que se negó abiertamente a considerar ambos *continua* y sus interrelaciones como herramientas estáticas y se sirvió de ellos para recalcar la naturaleza dinámica de la vida social. Sin embargo, el trabajo de Gurvitch plantea una dificultad importante: su esquema analítico es extremadamente complejo y confuso. El mundo social es muy complejo, y para poder comprenderlo, se requieren modelos relativamente simples.

El modelo simple que estamos buscando se deriva de la intersección de los dos *continua* de los niveles de la realidad social analizados en las últimas páginas. El primero, el *continuum* microscópico-macroscópico, lo describimos en la Figura A.1.

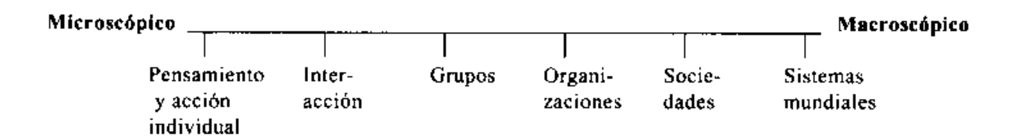



**Figura A.1.** El *continuum* microscópico-macroscópico, con algunos de sus puntos clave.

El *continuum* objetivo-subjetivo plantea más dificultades, aunque no es menos importante que el micro-macro. En general, un fenómeno social objetivo tiene una existencia material real. Los siguientes fenómenos, entre otros, pueden considerarse fenómenos sociales objetivos: los actores, la acción, la interacción, las estructuras burocráticas, el derecho y el aparato del estado. Es posible verlos, tocarlos o describirlos. Sin embargo, existen fenómenos sociales que existen *exclusivamente* en el reino de las ideas; carecen de una existencia material. Se trata de fenómenos sociológicos tales como los procesos mentales, la construcción social de la realidad (Berger y Luckmann, 1967), las normas, los valores y muchos elementos de la cultura. La dificultad que presenta el *continuum* objetivo-subjetivo reside en que hay muchos fenómenos entre los dos extremos que contienen tanto elementos objetivos como subjetivos. La familia, por ejemplo, tiene una existencia material real y también aparece como una serie de

entendimientos mutuos, normas y valores subjetivos. Asimismo, la política se compone de leyes y estructuras burocráticas objetivas, así como de normas y valores políticos subjetivos. De hecho, es probable que la inmensa mayoría de los fenómenos sociales sean tipos mixtos que representan cierta combinación de elementos objetivos y subjetivos. Así, lo más útil es considerar el *continuum* objetivo-subjetivo como formado por dos tipos polares con una serie de tipos mixtos compuestos de diversos elementos que se sitúan entre los extremos. Algunos de estos tipos pueden tener más características subjetivas que objetivas, mientras otros pueden presentar la combinación inversa. La Figura A.2 muestra el *continuum* objetivo-subjetivo.

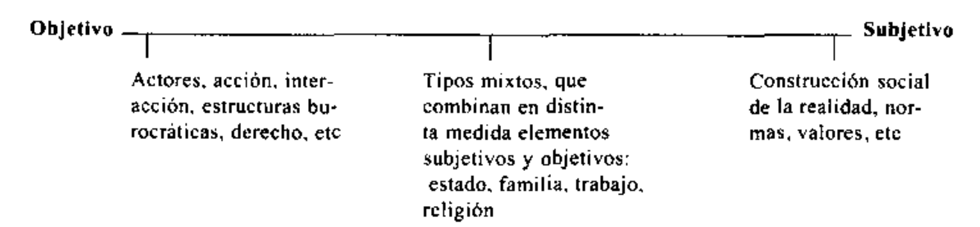



**Figura A.2.** El *continuum* objetivo-subjetivo, con algunos de sus tipos mixtos.

Aunque estos dos *continua* son harto interesantes, lo que nos concierne aquí es la interrelación entre ambos. La Figura A.3 constituye una representación esquemática de la intersección de estos *continua* y los cuatro niveles principales de análisis social que se derivan de ella.

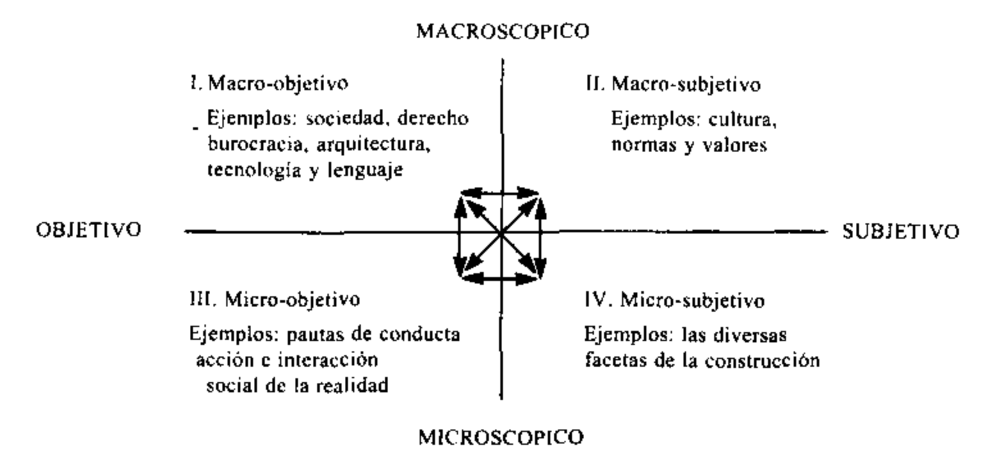



**Figura A.3.** Los grandes niveles de análisis social.

La idea que defendemos aquí es que un paradigma sociológico integrado debe incluir los cuatro niveles básicos de análisis social especificados en el esquema y sus interrelaciones (para modelos similares, véase Alexander, 1985a;

Wiley, 1988). Debe incluir entidades objetivas macroscópicas tales como la burocracia, realidades macrosubjetivas tales como los valores, fenómenos microobjetivos tales como las pautas de interacción, y hechos microsubjetivos como el proceso de construcción de la realidad. Debemos recordar que en el mundo real, todos ellos se mezclan gradualmente con otros, formando parte del gran *continuum* social, y que lo que hemos construido son más bien diferenciaciones bastante arbitrarias para poder analizar la realidad social. Estos cuatro niveles de análisis social han sido diseñados para propósitos heurísticos y no aspiran a ser descripciones detalladas del mundo social. Surge por tanto la cuestión obvia de cómo se relacionan estos cuatro niveles con los tres paradigmas analizados anteriormente, así como con el paradigma integrado. La Figura A.4 relaciona los cuatro niveles con los tres paradigmas.

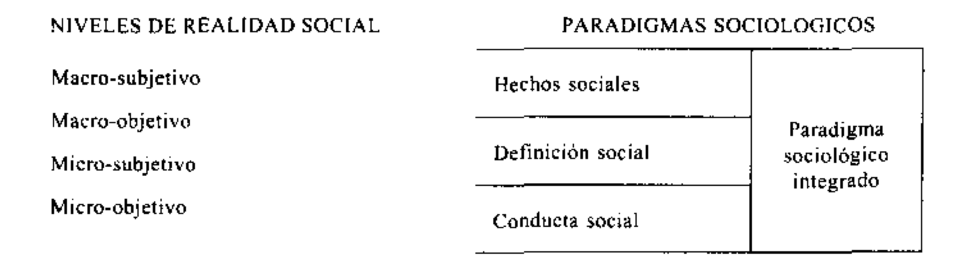



**Figura A.4.** Niveles de análisis social y los grandes paradigmas sociológicos.

El paradigma de los hechos sociales se centra fundamentalmente en los nivles macroobjetivo y macrosubjetivo. El paradigma de la definición social se ocupa principalmente del mundo microsubjetivo y de la parte del mundo microobjetivo que depende de los procesos mentales (la acción). El paradigma de la conducta social se interesa por la parte del mundo microobjetivo que no incluye los procesos conscientes (la conducta). Mientras los tres paradigmas existentes cruzan los niveles de la realidad social horizontalmente, otro paradigma los cruza verticalmente. Esta descripción deja claro por qué un paradigma integrado no reemplaza (invalida) los otros. Aunque cada uno de los tres paradigmas existentes se ocupa de uno o más niveles en profundidad, el paradigma integrado analiza todos los niveles, pero no examina ningún nivel con el mismo grado de intensidad que cada uno de los otros paradigmas. Así, la elección de un paradigma depende del tipo de cuestión que se aborde. No todas las cuestiones sociológicas requieren un enfoque integrado, pero es bien cierto que algunas sí lo precisan.

Lo que hemos descrito en estas últimas páginas es un modelo para la imagen del objeto de un paradigma sociológico integrado. Este esquema requiere una mayor precisión, que se logrará dentro de unos años. Sin embargo, esta es otra tarea (véase Ritzer, 1981a). La meta de este análisis no es el desarrollo de

un paradigma sociológico nuevo, sino la presentación de un esquema metateórico englobador ($M_O$) que nos permita analizar la teoría sociológica de una manera coherente. El modelo desarrollado en la Figura A.3 constituye la base de este análisis.

Hemos analizado la teoría sociológica utilizando los cuatro niveles del análisis social descritos en la Figura A.3. Esta figura nos proporciona una herramienta metateórica que puede utilizarse en el análisis comparado de los teóricos de la sociología. Nos ayuda a analizar los temas fundamentales de un teórico y cómo deben relacionarse con los de cada uno de los demás teóricos de la sociología.

Hay que evitar por todos los medios identificar a un teórico con un nivel específico del análisis social. Si bien es cierto que, dada la descripción que acabamos de realizar del actual estatus paradigmático de la sociología, los teóricos de la sociología que se adhieren a un paradigma determinado suelen estudiar varios niveles específicos de análisis social, no se les hace justicia si se iguala el conjunto de su obra con uno o más niveles. Por ejemplo, a Karl Marx se le suele considerar un pensador que se centró en el análisis de las estructuras macroobjetivas, en particular, en el de las estructuras económicas del capitalismo. Pero el uso del esquema de los diversos niveles de análisis social nos permite apreciar que Marx hizo fructíferas incursiones en todos los niveles de la realidad social y en sus interrelaciones. Igualmente, se suele considerar el interaccionismo simbólico como una perspectiva que se ocupa de la microsubjetividad y la microobjetividad, aunque sin embargo incluye también ideas que se sitúan en los niveles macroscópicos de análisis social (Maines, 1977).

Es importante también que el lector recuerde que el uso de los niveles de análisis social para estudiar la obra de un teórico tiende a romper el todo, la integridad y la consistencia interna del conjunto de su obra. Aunque son útiles para comprender una teoría y compararla con otras, uno puede econtrarse en dificultades a la hora de analizar la interrelación entre los niveles y la totalidad teórica de la obra de un pensador.

En suma, el esquema metateórico presentado en la Figura A.3, cuyo desarrollo hemos explicado en este Apéndice, proporciona la base para el análisis de los diversos teóricos de la sociología que hemos analizado en el presente libro.

# REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS


Abott, Carroll; Brown, Charles R., y Crosbie, Paul V (1973): «Exchange as Symbolic Interaction: For What?» *American Sociological Review* 38: 504-506.

Aberle, D.F., *et al* (1950/1967): «The Functional Prerequisites of a Society». En N. Demerath y R. Peterson (eds.): *System, Change and Conflict*. Nueva York: Free Press: 317-331.

Aboulafia, Mitchell (1986): *The Mediating Self: Mead, Sartre, and Self-Determination*. New Haven: Yale University Press.

Abrahamson, Mark (1978): *Functionalism*. Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall.

Abrahamsson, Bengt (1970): «Homans on Exchange». *American Journal of Sociology* 76: 273-285.

Abrams, Philip (1968): *The Origins of British Sociology:* 1984-1914. Chicago: University of Chicago Press.

— (1982): *Historical Sociology*. Ithaca, N.Y.: Cornell University Press.

Abrams, Philip; Deem, Rosemary; Finch, Janet y Rock, Paul (1981): *Practice and Progress: British Sociology 1950-1980*. Londres: Allen and Unwin.

Agger, Ben (ed.) (1978): *Western Marxism: An Introduction*. Santa Mónica, Calif.: Goodyear.

Akers, Ronald (1981): «Reflections of a Social Behaviorist on Behavioral Sociology». *American Sociologist* 16: 177-180.

Albas, Daniel, y Albas, Cheryl (1988): «Aces and Bombers: The Post-Exam Impression Management Strategies of Students». *Symbolic Interaction* 11: 289-302.

Alexander, Jeffrey C. (1981): «Revolution, Reaction, and Reform: The Change Theory of Parsons's Middle Period». *Sociological Inquiry* 51: 267-280.

— (1982): *Theoretical Logic in Sociology*. Vol. 1, *Positivism, Presuppositions, and Current Controversies*. Berkeley: University of California Press.

— (1982-1983): *Theoretical Logic in Sociology*. 4 vols. Berkeley: University of California Press.

— (1983): *Theoretical Logic in Sociology*. Vol. 4, *The Modern Reconstruction of Classical Thought: Talcott Parsons*. Berkeley: University of California Press.

— (1984): «The Parsons Revival in German Sociology». En R. Collins (ed.): *Sociological Theory-1984*. San Francisco: Jossey-Bass: 394-412.

— (1985a): «The "Individualist Dilemma" in Phenomenology and Interacionism». En S. N. Eisenstadt y H. J. Helle (eds.): *Macro-Sociological Theory*. Vol. 1. Londres: Sage: 25-51.

— (1987): «Action and Its Environments». En J. Alexander *et al.* (eds.): *The Micro-Macro Link*. Berkeley: University of California Press: 289-318.

Alexander, Jeffrey C. (ed.) (1985): *Neofunctionalism*. Beverly Hills, Calif.: Sage.

— (1988): *Durkheimian Sociology: Cultural Studies*. Cambridge: Cambridge University Press.

Alexander, Jeffrey C., y Colomy, Paul (1985): «Toward Neo-Functionalism». *Sociological Theory* 3: 11-23.
— (1990a): «Neofunctionalism: Reconstructing a Theoretical Tradition». En G. Ritzer (ed.): *Frontiers of Social Theory: The New Syntheses*. Nueva York: Columbia University Press: 33-67.
Alexander, Jeffrey C. *et al.* (eds.) (1987): *The Micro-Macro Link*. Berkeley: University of California Press.
Alexander, Jeffrey C., y Colomy, Paul (1990b): *Differentiation Theory and Social Change: Comparative and Historical Perspectives*. Nueva York: Columbia University Press.
Alexander, Jeffrey C., y Giesen, Bernhard (1987): «From Reduction to Linkage: The long View of the Micro-Macro Link». En J. Alexander *et al.* (eds.): *The Micro-Macro Link*. Berkeley: University of California Press: 1-42.
Alford, Robert R. y Friedland, Roger (1985): *Powers of Theory: Capitalism, the State, and Democracy*. Cambridge: Cambridge University Press.
Al-Hibri, Azizah (1981): «Reproduction, Mothering and the Origins of Patriarchy». En J. Trebilcot (ed.): *Mothering: Essays in Feminist Theory*. Totowa, N. J.: Rowman and Allanheld: 81-93.
Allen, Paula Gunn (ed.) (1989): *Spider Woman's Granddaughters: Traditional Tales and Contemporary Writing by Native American Women*. Boston: Beacon Press.
Alt, John (1985-1986): «Reclaiming C. Wright Mills». *Telos* 66: 6-43.
Althusser, Louis (1969): *For Marx*. Harmondsworth, Ingl.: Penguin. [Edición en castellano: *La revolución teórica de Marx*. México: Siglo XXI, 1967.]
— (1977): *Politics and History*. Londres: NLB.
Althusser, Louis, y Balibar, Étienne (eds.) (1970): *Reading Capital*. Nueva York: Pantheon. [Edición en castellano: *Para leer «El capital»*. Madrid: Siglo XXI, 1974.]
Amin, Samir (1977): *Unequal Development: An Essay on the Social Formations of Peripheral Capitalism*. Nueva York: Monthly Review Press.
Amsterdamska, Olga (1985): «Institutions and Schools of Thought». *American Journal of Sociology* 91: 332-358.
Anderson, Brom (1987-1988): «The Gospel According to Jameson». *Telos* 74: 116-125.
Anderson, Perry (1976): *Considerations on Western Marxism*. Londres: NLB [Edición en castellano: *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. Madrid: Siglo XXI, 1979.]
— (1984): *In the Tracks of Historical Materialism*. Chicago: University of Chicago Press [Edición en castellano: *Tras las huellas del materialismo histórico*. Madrid: Siglo XXI, 1986.]
— (1990a): «A Culture in Contraflow-I». *New Left Review* 180: 41-78.
— (1990b): «A culture in Contraflow-II». *New Left Review* 182: 85-137.
Anderson, R. J.; Hughes, J. A., y Sharrock, W.W. (1987): «Executive Problem Finding: Some Material and Initial Observations». *Social Psychology Quarterly* 50: 143-159.
Antonio, Robert J. (1981): «Inmanent Critique as the Core of Critical Theory: Its Origins and Development in Hegel, Marx and Contemporary Thought». *British Journal of Sociology* 32: 330-345.
— (1985): «Values, History and Science: The Metatheoretic Foundations of the Weber-Marx Dialogues». En R. J. Antonio y R. M. Glassman (eds.): *A Weber-Marx Dialogue*. Lawrence: University Press of Kansas: 20-43.

— (1990): «The Decline of the Grand Narrative of Emancipatory Modernity: Crisis or Renewal in Neo-Marxian Theory?» En G. Ritzer (ed.): *Frontiers of Social Theory: The New Syntheses.* Nueva York: Columbia University Press: 88-116.

Antonio, Robert J., y Glassman, Ronald M. (eds.) (1985): *A Weber-Marx Dialogue.* Lawrence: University Press of Kansas: 20-43.

Antonio, Robert, y Kellner, Douglas (en prensa): «Metatheorizing Historical Rupture: Classical Theory and Modernity». En G. Ritzer (ed.): *The Coming Age of Metatheorizing in Sociology.* Beverly Hills, Calif.: Sage.

Anzaldua, Catona (ed.) (1990): *Making Face, Making Soul/Haciendo Caras: Creative and Critical Perspectives by Women of Color.* San Francisco: Aunt Lute Foundation Books.

Appelbaum, Richard (1979): «Born-Again Functionalism? A Reconsideration of Althusser's Structuralism». *Insurgent Sociologist* 9: 18-33.

Aptheker, Bettina (1989): *Tapestries of Life: Women's Work, Women's Consciousness and the Meaning of Daily Experience.* Amherst: University of Massachusetts Press.

Archer, Margaret S. (1982): «Morphogenesis versus Structuration: On Combining Structure and Action». *British Journal of Sociology* 33: 455-483.

— (1985): «Structuralism versus Morphogenesis». En S. N. Eisenstadt y H. J. Helle (eds.): *Macro-Sociological Theory.* Londres: Sage: 58-88.

— (1988): *Culture and Agency: The Place of Culture in Social Theory.* Cambridge: Cambridge University Press.

Arthur, C. J. (1970): «Editor's Introduction». En K. Marx y F. Engels, *The German Ideology.* Parte 1. Nueva York: International Publishers: 4-34.

Ascher, Carol; de Salvo, Louise; y Ruddick, Sara (1984): *Between Women.* Boston: Beacon Press.

Atkinson, J. Maxwell (1984a): *Our Master's voices: The Language and Body Language of Politics.* Nueva York: Methuen.

— (1984b): «Public Speaking and Audience Responses: Some Techniques for Inviting Applause». En J. M. Atkinson y J. Heritage (eds.): *Stuctures of Social Action.* Cambridge: Cambridge University Press: 370-409.

Atkinson, Paul (1988): «Ethnometodology: A Critical Review». *Annual Review of Sociology* 14: 441-465.

Back, Kurt (1970): Review of Robert Burgess and Don Bushell, *Behavioral Sociology. American Sociological Review* 35: 1098-1100.

Bailey, Kenneth D. (1987): «Globals, Mutables and Immutables: An Alternative Approach to Micro/Macro Analysis». Conferencia presentada en las reuniones de la Asociación Americana de Sociología, Chicago, Illinois.

— (1990): *Social Entropy Theory.* Albany: State University of New York Press.

Baker, Wayne E. (1990): «Market Networks and Corporate Behavior». *American Journal of Sociology* 96: 589-625.

Baldwin, Alfred (1961): «The Parsonian Theory of Personality». En M. Black (ed.): *The Social Theories of Talcott Parsons.* Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall: 153-190.

Baldwin, John C. (1986): *George Herbert Mead: A Unifying Theory for Sociology.* Newbury Park, Calif.: Sage.

— (1988a): «Mead and Skinner: Agency and Determinism». *Behaviorism* 16: 109-127.

— (1988b): «Mead's Solution to the Problem of Agency». *Sociological Inquiry* 58: 139-162.

Baldwin, John D., y Baldwin, Janice I. (1978): «Behaviorism on Verstehen and Erklären». *American Sociological Review* 43: 335-347.
— (1986): *Behavior Principles in Everyday Life.* 2.ª ed. Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall.
Ball, Richard A. (1978): «Sociology and General Systems Theory». *American Sociologist* 13: 65-72.
— (1979): «The Dialectical Method: Its Application to Social Theory». *Social Forces* 57: 785-798.
Banner, Lois (1984): *Women in Modern America: A Brief History.* Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich.
Baran, Paul, and Sweezy, Paul M. (1966): *Monopoly Capital: An Essay on the American Economic and Social Order.* Nueva York: Monthly Review Press. [Edición en castellano: *El capital monopolista.* México: Siglo XXI, 1976.]
Barbalet, J. M. (1983): *Marx's Construction of Social Theory.* Londres: Routledge and Kegan Paul.
Barrett, Michele (1985): «Introduction». En F. Engels, *Origins of the Family, Private Property and the State.* Nueva York: Penguin.
Barry, Kathleen (1979): *Female Sexual Slavery.* Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall.
Baudrillard, Jean (1983): *Simulations.* Nueva York, Semiotext.
Baum, Rainer C., y Lechner, Frank J. (1981): «National Socialism: Toward an Action-Theoretical Perspective». *Sociological Inquiry* 51: 281-308.
Bauman, Zygmunt (1976): *Towards a Critical Sociology: An Essay on Commonsense and Emancipation.* Londres: Routledge and Kegan Paul.
— (1990): «From Pillars to Post». *Marxism Today,* febrero: 20-25.
Becker, Uwe (1988): «From Social Scientific Functionalism to Open Functional Logic». *Theory and Society* 17: 865-883.
Beniger, James R. y Savory, Laina (1981): «Social Exchange: Diffusion of a Paradigm». *American Sociologist* 16: 240-250.
Benjamin, Jessica (1985): «The Bonds of Love: Rational Violence and Erotic Domination». En H. Eisenstein y A. Jardine (eds.): *The Future of Difference.* New Brunswich, N. J.: Rutgers University Press: 41-70.
— (1988): *The Bonds of Love: Psychoanalysis, Feminism, and the Problem of Domination.* Nueva York: Pantheon.
Benston Margaret (1970): *The Political Economy of Women's Liberation.* Nueva York: Monthly Review Press (reimpresión).
Benton, Ted (1984): *The Rise and Fall of Structural Marxism. Althusser and His Influence.* Nueva York: St. Martin's.
Berger, Brigette, y Berger, Peter (1983): *The War over the Family: Capturing the Middle Ground.* Garden City, N. Y.: Anchor.
Berger, Joseph; Eyre, Danna, P., y Zelditch, Morris, Jr. (1989): «Theoretical Structures and the Micro/Macro Problem». En J. Berger, M. Zelditch, Jr. y B. Anderson (eds.): *Sociological Theories in Progress: New Formulations.* Newbury Park, Calif.: Sage: 11-32.
Berger, Joseph; Wagner, David G., y Zelditch, Morris (1989): «Theory Growth, Social Processes and Metatheory». En J. Turner (ed.): *Theory Building in Sociology: Assessing Theoretical Cumulation.* Newbury Park, Calif.: Sage: 19-42.
Berger, Peter (1963): *Invitation to Sociology.* Nueva York: Doubleday. [Edición en castellano: *Introducción a la sociología.* México: Limonsa, 1971.
Berger, Peter, y Kellner, Hansfried (1964): «Marriage and the Social Construction of

Reality». En P. Dreitzel (ed.): *Recent Sociology, Nº 2, Patterns of Communicative Behavior.* Nueva York: Macmillan.
Berger, Peter, y Luckmann, Thomas (1967): *The Social Construction of Reality.* Garden City, N.Y.: Anchor. [Edición en castellano: *La construcción social de la realidad.* Buenos Aires: Amorrortu, 1968.]
Bergeson, Albert (1984): «The Critique of World-System Theory: Class Relations or Division of Labor?» En R. Collins (ed.): *Sociological Theory-1984.* San Francisco: Jossey-Bass: 365-372.
Bernard, Jessie (1971): *Women and the Public Interest.* Chicago: Aldine.
(1973): «My Four Revolutions: An Autobiographical Account of the American Sociological Association». *American Journal of Sociology,* 78: 773-792.
— (1981): *The Female World.* Nueva York: Free Press.
— (1982): *The Future of Marriage.* 2ª ed. New Haven: Yale University Press.
— En prensa: *The Feminist Enlightenment.*
Bernard, Philippe (ed.) (1983b): *The Sociological Domain.* Cambridge: Cambridge University Press.
Bernard, Thomas (1983): *The Consensus-Conflict Debate: Form and Content in Sociological Theories.* Nueva York: Columbia University Press.
Bernikow, Louise (ed.) (1974): *The World Split Open: Four Centuries of Women Poets in England and America,* 1552-1950. Nueva York: Vintage.
— (1980): *Among Women.* Nueva York: Harper.
Bernstein, Richard J. (1971): *Praxis and Action: Contemporary Philosophies of Human Activity.* Philadelphia: University of Pennsylvania Pres. [Edición en castellano: *Praxis y Acción.* Madrid: Alianza Editorial, 1979.]
— (1989): «Social Theory as Critique». En D. Held y J. B. Thompson (eds.): *Social Theory of Modern Societies: Anthony Giddens and His Critics.* Cambridge: Cambridge University Press: 19:33.
Besnard, Philippe (1983a): «The "Année Sociologique" Team». En P. Besnard (ed): *The Sociological Domain.* Cambridge: Cambridge University Press.
Best, Raphaela (1983): *We'we All Got Scars: What Boys and Girls Learn in Elementary School.* Bloomington: University of Indiana Press.
Bird, Caroline (1979): *The Two Paycheck Family.* Nueva York: Rawson, Wade.
Bittner, Egon (1973): «Objetivity and Realism in Sociology» F. En G. Psathas (ed.): *Phenomenological Sociology: Issues and Applications.* Nueva York: Wiley: 109-125.
Blalock, Hubert, y Wilken, Paul (1979): *Intergroup Processes: A Micro-Macro Perspective.* Nueva York: Free Press.
Blau, Peter (1960): «Structural Effects». *American Sociological Review* 25: 178-193.
— (1964): *Exchange and Power in Social Life.* Nueva York: Wiley. [Edición en castellano: *Intercambio y poder en la vida social.* Barcelona: Hora, 1983.]
— (1975a): «Introduction», «Parallels and Contrasts in Structural Inquiries». En P. Blau (ed.): *Approaches to the Study of Social Structure.* Nueva York: Free Press: 1-20.
— (1975b):«Parameters of Social Structure». En P. Blau (ed.): *Approaches to the Study of Social Structure.* Nueva York: Free Press: 220-253.
— (1977a): *Inequality and Heterogeneity: A Primitive Theory of Social Structure.* Nueva York: Free Press.
— (1977b):«A Macrosociological Theory of Social Structure». *American Sociological Review* 83: 26-54.
— (1980): «A Fable about Social Structure». *Social Forces* 58: 777-788.

— (1987a): «Contrasting Theoretical Perspectives». En J. Alexander *et al.* (eds.): *The Micro-Macro Link*. Berkeley: University of California Press: 71-85.

— (1987b): «Microprocess and Macrostructure». En K. Cook (ed.): *Social Exchange Theory*. Beverly Hills, Calif.: Sage: 83-100.

Blau, Peter, y Merton, Robert K. (eds.) (1981): *Continuities in Structural Inquiry*. Beverly Hills, Calif.: Sage.

Blau, Peter; Beeker, Caroline; y Fitzpatrick, Kevin (1984): «Crosscutting Social Circles and Intermarriage». *Social Forces* 62: 585-606.

Blau, Peter; Blum, Terry C., y Schwartz, Joseph E. (1982): «Heterogeneity and Intermarriage». *American Sociological Review* 47: 45-61.

Bleich, Harold (1977): *The Philosophy of Herbert Marcuse*. Washington, D. C.: University Press of America.

Blum, Terry C. (1984): «Racial Inequality and Salience: An Examination of Blau's Theory of Social Structure». *Social Forces* 62: 607-617.

— (1985): «Structural Constraints on Interpersonal Relations: A Test of Blau's Macrosociological Theory». *American Journal of Sociology* 91: 511-521.

Blumer, Herbert (1954/1969): «What Is Wrong with Social Theory?» En H. Blumer: *Symbolic Interaction:* 140-152. [Edición en castellano: *Interaccionismo simbólico*. Barcelona: Hora, 1982.]

— (1955/1969): «Attitudes and the Social Act». En H. Blumer: *Symbolic Interaction:* 90-100.

— (1956/1969): «Sociological Analysis and the "Variable"». En H. Blumer: *Symbolic Interaction:* 127-139.

— (1962/1969): «Society as Symbolic Interaction». En H. Blumer: *Symbolic Interaction:* 78-98.

— (1969a): *Symbolic Interaction: Perspective and Method*. Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall.

— (1969b): «The Methodological Position of Symbolic Interactionism». En H. Blumer: *Symbolic Interaction:* 1-60.

— (1980): Articulo «Mead and Blumer: The Convergent Methodological Perspectives of Social Behaviorism and Symbolic Interactionism». *American Sociological Review* 45: 409-419.

— (1990): *Industrialization as an Agent of Social Change: A Critical Analysis*. Nueva York: Aldine de Gruyter.

Boden, Deirdre (1990a): «The World as It Happens: Ethnomethodology and Conversation Analysis». En G. Ritzer (ed.): *Frontiers of Social Theory: The New Syntheses*. Nueva York: Columbia University Press: 185-213.

— (1990b): «People Are Talking: Conversation Analysis and Symbolic Interaction». En H. S. Becker y M. McCall (eds.): *Symbolic Interacionism and Cultural Studies*. Chicago: University of Chicago Press. 244-273.

Bogard, William (1990): «Closing Down the Social: Baudrillard's Challenge to Contemporary Sociology». *Sociological Theory* 8: 1-15.

Bookman, Ann, y Morgen, Sandra (eds.) (1988): *Women and the Politics of Empowerment*. Philadelphia: Temple University Press.

Bosserman, Phillip (1968): *Dialectical Sociology: Analysis of the Sociology of Georges Gurvitch*. Boston: Porter Sargent.

Bottomore, Tom (1975): «Structure and History». En P. Blau (ed.): *Approaches to the Study of Social Structure*. Nueva York: Free Press: 159-171.

— (1984): *The Frankfurt School*. Chichester, Ingl.: Ellis Horwood.

Bottomore, Tom, y Frisby, David (eds.) (1978): Introducción a la traducción de Georg Simmel: *The Philosophy of Money* (orig. 1907). Londres: Routledge and Kegan Paul: 1-49.

Bordieu, Pierre (1977): *Outline of a Theory of Practice*. Londres: Cambridge University Press.

— (1984): *Distinction: A social Critique of the Judgment of Taste*. Cambridge: Harvard University Press. [Edición en castellano: La distinción. Criterio y bases sociales del gusto. Madrid: Taurus, 1991.]

— (1989): «Social Space and Symbolic Power». *Sociological Theory* 7: 14-25.

Bourricaud, François (1981): *The Sociology of Talcott Parsons*. Chicago: University of Chicago Press.

Bowles, Samuel, y Gintis, Herbert (1987): *Democracy and Capitalism: Property, Community, and the Contradictions of Modern Social Thought*. Nueva York: Basic Books.

Bramson, Leon (1961): *The Political Context of Sociology*. Princeton, N. J.: Princeton University Press. [Edición en castellano: *El contexto político de la sociología*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1965.]

Braverman, Harry (1974): *Labor and Monopoly Capital: The Degradation of Work in the Twentieth Century*. Nueva York: Monthly Review Press. [Edición en castellano: *Trabajo y capital monopolista. La degradación del trabajo en el siglo XX*. México: Nuestro Tiempo, 1985.]

Brewer, John, y Hunter, Albert (1989): *Multimethod Research: A Synthesis of Styles*. Newbury Park, Calif.: Sage.

Brown, Richard H. (1987): *Society as Text: Essays on Rhetoric, Reason and Reality* Chicago: University of Chicago Press.

— (1990a): «Social Science and the Poetics of Public Truth». *Sociological Forum* 5: 55-74.

— (1990b): «Rhetoric, Textuality, and the Postmodern Turn in Sociological Theory». *Sociological Theory* 8: 188-197.

Brubaker, Rogers (1984): *The Limits of Rationality: An Essay on the Social and Moral Thought of Max Weber*. Londres: Allen and Unwin.

Bryant, Christopher G. A. (1985): *Positivism in Social Theory and Research*. Nueva York: St. Martin's.

Buckley, Kerry W. (1989): *Mechanical Man: John Broadus Watson and the Beginnings of Behaviorism*. Nueva York: Guildford Press.

Buckley, Walter (1967): *Sociology and Modern Systems Theory*. Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall. [Edición en castellano: *La sociología y la teoría moderna de sistemas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1970.]

Bulmer, Martin (1984): *The Chicago School of Sociológy: Institutionalization, Diversity, and the Rise of Sociological Research*. Chicago: Chicago University Press.

— (1985): «The Chicago School of Sociology: What Made It a "School"?» *History of Sociology: An International Review* 5: 62-77.

Bunch, Charlotte (1987): *Passionate Politics: Feminist Theory in Action*. Nueva York: St. Martin's.

Burawoy, Michael (1979): *Manufacturing Consent: Changes in the Labor Process under Monopoly Capitalism*. Chicago: University of Chicago Press. [Edición en castellano: *El consentimiento en la producción*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1981.]

— (1990): «Marxism as Science: Historical Challenges and Theoretical Growth». *American Sociological Review* 55: 775-793.

Burger, Thomas (1976): *Maw Weber's Theory of Concept Formation: History, Laws and Ideal Types*. Durham, N. C.: Duke University Press.

Burns, Tom R. (1986): «Actors, Transactions, and Social Structure: An Introduction to Social Rule System Theory». En U. Himmelstrand (ed.): *Sociology: The Aftermath of Crisis*. Londres: Sage: 8-37.

Burns, Tom R., y Flam, Helena (1986): *The Shaping of Social Organization: Social Rule System Theory with Applications*. Beverly Hills, Calif.: Sage.

Burt, Ronald (1982): *Toward a Structural Theory of Action: Network Models of Social Structure, Perception, and Action*. Nueva York: Academic Press.

Bushell, Don, y Burgess, Robert (1969): «Some Basic Principles of Behavior». En R. Burgess y D. Bushell (eds.): *Behavioral Sociology*. Nueva York: Columbia University Press: 27-48.

Butler, Judith (1990): *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*. Nueva York: Routledge.

Buttel, Frederick H. (ed.) (1990): Symposium: Evolution and Social Change. *Sociological Forum* 5: 153-212.

Button, Graham (1987): «Answers as Interactional Products: Two Sequential Practices Used in Interviews». *Social Psychology Quarterly* 50: 160-171.

Buxton, William (1985): *Talcott Parsons and the Capitalist Nation-State: Political Sociology as a Strategic Vocation*. Toronto: University of Toronto Press.

Callinicos, Alex (1989): «Introduction: Analytical Marxism». En Alex Callinicos (ed.): *Marxist Theory*. Oxford: Oxford University Press, 1989: 1-16.

— (1990): *Against Postmodernism: A Marxist Critique*. Nueva York: St. Martins's.

— (1990): «An Historical Prologue». *American Sociological Review* 55: 313-319.

Campbell, Colin (1982): «A Dubious Distinction? An Inquiry into the Value and Use of Merton's Concepts of Manifest and Latent Function». *American Sociological Review* 47: 29-44.

Carden, Maren Lockwood (1974): *The New Feminist Movement*. Nueva York: Russell Sage Foundation.

Carveth, Donald (1982): «Sociology and Psychoanalysis: The Hobbesian Problem Revisited». *Canadian Journal of Sociology* 7: 201-229.

Cicourel, Aaron (1974): *Cognitive Sociology: Language and Meaning in Social Interaction*. Nueva York: Free Press.

— (1981): «Notes on the Integration of Micro–and Macro–Levels of Analysis». En K. Knorr-Cetina y A. Cicourel (eds.): *Advances in Social Theory and Methodology*. Nueva York: Methuen: 51-79.

Cixous, Helene, y Clement, Catherine (eds.) (1986): *The Newly Born Woman*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Clark, Priscilla P., y Clark, Terry Nichols (1982): «The Structural Sources of French Structuralism». En I. Rossi (ed.): *Structural Sociology*. Nueva York: Columbia University Press: 22-46.

Clarke, Simon (1990): «The Crisis of Fordism or the Crisis of Social Democracy?» *Telos* 83: 71-98.

Clawson, Dan (1980): *Bureaucracy and the Labor Process: The Transformation of U.S. Industry, 1860-1920*. Nueva York: Monthly Review Press.

Clawson, Dan; Neustadtl, Alan; y Bearden, James (1986): «The Logic of Business Unity: Corporate Contributions to the 1980 Congressional Elections». *American Sociological Review* 51: 797-811.

Clayman, Steven E. (1988): «Displaying Neutrality in Television News Interviews». *Social Problems* 35: 474-492.

Cohen, G. A. (1978): *Karl Marx's Theory of History: A Defence.* Princeton, N.J.: Princeton University Press. [Edición en castellano: *La teoría de la historia de Karl Marx. Una defensa.* Madrid: Siglo XXI, 1985.]

— (1978/1986): «Marxism and Functional Explanation». En J. Roemer (ed.): *Analytical Marxism.* Cambridge: Cambridge University Press: 221-234.

Cohen, Percy (1968): *Modern Social Theory.* Nueva York: Basic Books.

Coleman, James (1968): «Review of H. Galfinkel»: *Studies in Ethnomethodology. American Sociological Review* 33: 126-130.

— (1971): «Community Disorganization and Conflict». En R. Merton and R. Nisbet (eds.): *Contemporary Social Problems.* 3ª ed. Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich: 657-708.

— (1986): «Social Theory, Social Research, and a Theory of Action». *American Journal of Sociology* 91: 1309-1335.

— (1987): «Microfoundations and Macrosocial Behavior». En J. Alexander *et al.* (eds.): *The Micro-Macro Link.* Berkeley: University of California Press: 153-173.

— (1990): *Foundations of Social Theory.* Cambridge: Belknap Press of Harvard University Press.

Colfax, J. David, y Roach, Jack L. (1971): *Radical Sociology.* Nueva York: Basic Books.

Collins, Patricia Hill (1990): *Black Feminist Thought: Knowledge, Consciousness and Empowerment.* Boston: Unwin Hyman.

Collins, Randall (1975): *Conflict Sociology: Toward and Explanatory Science.* Nueva York: Academic Press.

— (1979): *The Credential Society.* Nueva York: Academic Press. [Edición en castellano: *La sociedad credencialista.* Madrid: Akal, 1988.]

— (1981a): «On the Microfoundations of Macrosociology». *American Journal of Sociology* 86: 984-1014.

— (1981b): «Micro-Translation as Theory-Building Strategy». En K. Knorr-Cetina y A. Cicourel (eds.): *Advances in Social Theory and Methodology.* Nueva York: Methuen: 81-108.

— (1981c): «Introduction». En R. Collins (ed.): *Sociology since Midcentury: Essays in Theory Cumulation.* Nueva York: Academic Press: 1-9.

— (1985): *Weberian Sociological Theory.* Cambridge: Cambridge University Press.

— (1986a): «Is 1980s Sociology in the Doldrums?» *American Journal of Sociology* 91: 1336-1355.

— (1986b): «The Passing of Intellectual Generations: Reflections on the Death of Erving Goffman». *Sociological Theory* 4: 106-113.

— (1987a): «Interaction Ritual Chains, Power and Property: The Micro-Macro Connection as an Empirically Based Theoretical Problem». En J. Alexander et al. (eds.): *The Micro-Macro Link.* Berkeley: University of California Press: 193-206.

— (1987b): «A Micro-Macro Theory of Intellectual Creativity: The Case of German Idealistic Philosophy». *Sociological Theory* 5: 47-69.

— (1988): «The Micro Contribution to Macro Sociology». *Sociological Theory* 6: 242-253.

— (1989a): «Sociology: Proscience or Antiscience?» *American Sociological Review* 54: 124-139.
— (1989b): «Toward a Neo-Meadian Sociology of Mind». *Symbolic Interaction* 12: 1-32.
— (1990): «Conflict Theory and the Advance of Macro-Historical Sociology». En G. Ritzer (ed.): *Frontiers of Social Theory: The New Syntheses*. Nueva York: Columbia University Press: 68-87.
Colomy, Paul (1986): «Recent Developments in the Functionalist Approach to Change». *Sociological Focus* 19: 139-158.
— (1990a): «Introduction: The Neofunctionalist Movement». En P. Colomy (ed.): *Neofunctionalist Sociology*. Brookfield, Vt.: Elgar Publishing: xiii-ixi.
— (1990b): «Introduction: The Neofunctionalist Movement». En P. Colomy (ed.): *Neofunctionalist Sociology*. Brookfield, Vt.: Elgar Publishing: xi-xii.
— (1990c): «Uneven Differentiation and Incomplete Institutionalization: Political Change and Continuity in the Early American Nation». En J. C. Alexander y P. Colomy (eds.): *Differentiation Theory and Social Change: Comparative and Historical Perspectives*. Nueva York: Columbia University Press: 119-162.
— (1990d) «Strategic Groups and Political Differentiation in the Antebellum United States». En J. C. Alexander y P. Colomy (eds.): *Differentiation Theory and Social Change: Comparative and Historical Perspectives*. Nueva York: Columbia University Press: 222-264.
Comte, Auguste ( 1830-1842/1974): The Positive Philosophy. Nueva York: AMS Press. [Edición en castellano: *La filosofía positiva*. México: Porrúa, 1979.]
Connerton, Paul (ed.) (1976): *Critical Sociology*. Harmondsworth, Ingl.: Penguin.
Connolly, William E. (1973): «Theoretical Self-Consciousness». *Polity* 6: 5-35.
Cook, Judith, y Fonow, Mary Margaret (1986): «Knowledge and Women's Interests: Issues of Epistemology and Methodology in Feminist Sociological Research». *Sociological Inquiry* 56: 2-29.
Cook Karen S. (1987b): «Emerson's Contributions to Social Exchange Theory». En Karen S. Cook (ed.): *Social Exchange Theory*. Beverly Hills, Calif: Sage: 209-222.
Cook Karen S. (ed.) (1987a): *Social Exchange Theory*. Beverly Hills, Calif.: Sage.
Cook Karen S. y Emerson, Richard M. (1978): «Power, Equity, Commitment in Exchange Networks». *American Sociological Review* 43: 721-739.
Cook Karen S.; Emerson; Richard M.; Gillmore, Mary B., y Yamagishi, Toshio (1983): «The Distribution of Power in Exchange Networks: Theory and Experimental Results. *American Journal of Sociology* 89: 275-305.
Cook Karen S. y Gillmore, Mary B. (1984): «Power, Dependence, and Coalitions». *Advances in Group Processes* 1: 27-58.
Cook, Karen S.; O'Brien, Jodi, y Kollock, Peter (1990): «Exchange Theory: A Blueprint for Structure and Process». En G. Ritzer (ed.): *Frontiers of Social Theory: The New Syntheses*. Nueva York: Columbia University Press: 158-181.
Cooley, Charles H. (1902/1964): *Human Nature and the Social Order*. Nueva York: Scribner's.
Coser, Lewis (1956): *The Functions of Social Conflict. Nueva York:* The Free Press. [Edición en castellano: *Las funciones del conflicto social*, México: Fondo de Cultura Económica, 1961.]
— (1967): *Continuities in the Study of Social Conflict*. Nueva York: Free Press.
— (1975a): Presidential Address: «Two Methods in Search of a Substance». *American Sociological Review* 40: 691-700.

— (1975b): «Structure and Conflict». En P. Blau (ed.): *Approaches to the Study of Social Structure.* Nueva York: Free Press: 210-219.

— (1977): *Masters of Sociological Thought.* 2ª ed. Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich.

Cott, Nancy F. (1977): *The Bonds of Womanhood: Women's Sphere in New England,* 1780-1835. New Haven: Yale University Press.

Cottrell, Leonard S., Jr. (1980): «George Herbert Mead: The Legacy of Social Behaviorism». En R.K. Merton y M. W. Riley (eds.): *Sociological Traditions from Generation to Generation: Glimpses of the American Experience.* Norwood, N. J.: Ablex.

Couch, C. J.; Saxton, S. L., y Katovich, M. A. (1986a): *Studies in Symbolic Interaction: The Iowa School.* Parte A. Greenwich, Conn.: JAI Press.

— (1986b): *Studies in Symbolic Interaction: The Iowa School,* Parte B. Greenwich, Conn.: JAI Press.

Coulter, Jeff (1983): *Rethinking Cognitive Theory.* Nueva York: St. Martin's.

— (1989): *Mind in Action.* Atlantic Highlands, N. J.: Humanities Press.

Craib, Ian (1976): *Existentialism and Sociology: A Study of Jean-Paul Sartre.* Cambridge: Cambridge University Press.

Cronk, George (1987): *The Philosophical Anthropology of George Herbert Mead.* Nueva York: Peter Lang.

Crozier, Michel, y Friedberg, Erhard (1980): *Actors and Systems: The Politics of Collective Action.* Chicago: University of Chicago Press.

Culler, Jonathan (1976): *Ferdinand de Saussure.* Harmondsworth, Ingl.: Penguin.

Curtis, Bruce (1981): *William Graham Sumner.* Boston: Twayne.

Chafetz, Janet Saltzman (1984): *Sex and Advantage.* Totowa, N. J.: Rowman and Allanheld.

— (1988): *Feminist Sociology: An Overview of Contemporary Theories.* Itaca, Ill.: Peacock.

Chafetz, Janet Saltzman, y Dworkin, Anthony Gary (1986): *Female Revolt: Women's Movement in World and Historical Perspectives.* Totowa, N.J.: Rowman and Allanheld.

Charon, Joel (1985): *Symbolic Interaction: An Introduction, an Interpretation, an Integration.* 2ª ed. Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall.

— (1989): *Symbolic Interaction: An Introduction, an Interpretation, an Integration.* 3ª ed. Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall.

Chitnis, Anand C. (1976): *The Scottish Enlightenment: A Social History.* Totowa, N. J.: Rowman and Littlefield.

Chodorow, Nancy (1978): *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender.* Berkeley: University of California Press.

— (1990): *Feminism and Psychoanalytic Theory.* New Haven: Yale University Press.

Chua, Beng-Huat (1977): «Delineating a Marxist Interest in Ethnomethodology». *American Sociologist* 12: 24-32.

Dahrendorf, Ralf (1958): «Out of Utopia: Toward a Reorientation of Sociological Analysis». *American Journal of Sociology* 64: 115-127.

— (1959): *Class and Class Conflict in Industrial Society.* Stanford, Calif.: Stanford University Press. [Edición en castellano: *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial.* Madrid: Ediciones Rialp, 1974.]

— (1968): *Essays in the Theory of Society.* Stanford, Calif.: Stanford University Press.

Daniels, Arlene Kaplan (1988): *Invisible Careers: Women Civic Leaders from the Volunteer World.* Chicago: University of Chicago Press.
Davis, Kingsley (1959): «The Myth of Functional Analysis as a Special Method in Sociology and Anthropology». *American Sociological Review* 24: 757-772.
Davis, Kingsley, y Moore, Wilbert (1945): «Some Principles of Stratification». *American Sociological Review* 10: 242-249.
Dawe, Alan (1978): «Theories of Social Action». En T. Bottomore y R. Nisbet (eds.): *A History of Sociological Analysis.* Nueva York: Basic Books: 362-417. [Edición en castellano: *Historia del análisis sociológico.* México: Amorrortu, 1988.]
de Beauvoir, Simone (1957): *The Second Sex.* Nueva York: Vintage.
Deckard, Barbara Sinclair (1979): *The Women's Movement: Political, Socioeconomic and Psychological Issues.* Nueva York: Harper & Row.
Deegan, Mary Jo (1988): *Jane Addams and the Men of the Chicago School,* 1892-1918. New Brunswick, N. J.: Rutgers University Press.
Demerath, Nicholas, y Peterson, Richard (eds.) (1967): *System, Change and Conflict.* Nueva York: Free Press.
Densmore, Dana (1973): «Independence from the Sexual Revolution». En A. Koedt *et al.* (eds.): *Radical Feminism.* Nueva York: Quadrangle: 107-118.
DeVille, Phillippe (1989): «Humán Agency and Social Structure in Economic Theory: The General Equilibrium Theory and Beyond». Ponencia presentada en la conferencia «Social Theory and Human Agency» en el Colegio Sueco de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales, Uppsala, Suecia, del 29 de septiembre al 1 de octubre.
Dinnerstein, Dorothy (1976): *The Mermaid and the Minotaur.* Nueva York: Harper & Row.
DiTomaso, Nancy (1982): «"Sociological Reductionism" from Parsons to Althusser: Linking Action and Structure in Social Theory». *American Sociological Review* 47: 14-28.
Ditton, Jason (ed.) (1980): *The View from Goffman.* Nueva York: St. Martin's.
Dobb, Maurice (1964): *Studies in the Development of Capitalism.* Ed. rev. Nueva York: International Publishers.
Donovan, Josephine (1985): *Feminist Theory: The Intellectual Traditions of American Feminism.* Nueva York: Ungar.
Douglas, Jack (1977): «Existential Sociology». En J. D. Douglas *et al.* (eds.): *Existential Sociology.* Cambridge: Cambridge University Press: 3-73.
— (1980): «Introduction to the Sociologies of Everyday Life». En J. Douglas et al. (eds.): *Introductions to the Sociologies of Everyday Life.* Boston: Allyn and Bacon: 1-19.
Douglas, Jack, y Johnson, John (1977): «Introduction». En J. Douglas et al. (eds.): *Existential Sociology.* Cambridge: Cambridge University Press: vii-xv.
Duncan, O. D. y Schnore, L. F. (1959): «Cultural, Behavioral and Ecological Perspectives in the Study of Social Organization». *American Journal of Sociology* 65: 132-146.
Durkheim, Emile (1893-1964): *The Division of Labor in Society.* Nueva York: Free Press. [Edición en castellano: *De la división del trabajo social.* Buenos Aires: Schapire, 1967.]
— (1895/1964): *The Rules of Sociological Method.* Nueva York: Free Press. [Edición en castellano: *Las reglas del método sociológico.* Madrid: Alianza Editorial, 1988.]
— (1897/1951): *Suicide.* Nueva York: Free Press. [Edición en castellano: *El suicidio.* Buenos Aires: Schapire, 1965.]
— (1912/1965): *The Elementary Forms of Religious Life.* Nueva York: Free Press.

[Edición en castellano: *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Akal, 1982.]

— (1928/1962): *Socialism*. Nueva York: Collier Books. [Edición en castellano: *El socialismo*. Madrid: Editora Nacional, 1982.]

Dworkin, Andrea (1976): *Our Blood: Prophecies and Discourses on Sexual Politics*. Nueva York: Perigee Books.

— (1987): *Intercourse:* Nueva York: Free Press.

— (1989): *Letters from the War Zone: Writings* 1976-1987. Nueva York: Dutton.

Eckberg, Douglas Lee, y Hill, Lester (1979): «The Paradigm Concept and Sociology: A Critical Review». *American Sociological Review* 44: 925-937.

Edel, Abraham (1959): «The Concept of Levels in Social Theory». En L. Gross (ed.): *Symposium on Sociological Theory*. Evanston, Ill.: Row Peterson: 167-195.

Eder, Klaus (1990): «The Rise of Counter-Culture Movements against Modernity: Nature as a New Field of Class Struggle». *Theory, Culture and Society* 7: 21-47.

Edwards, Richard (1979): *Contested Terrain: The Transformation of the Workplace in the Twentieth Century*. Nueva York: Basic Books.

Effrat, Andrew (1972): «Power to the Paradigms: An Editorial Introduction». *Sociological Inquiry* 42: 3-33.

Ehrmann, Jacques (1970): «Introduction». En J. Ehrmann (ed.): *Structuralism*. Garden City, N. Y.: Anchor: vii-xi.

Eisenstadt, S.N., con Curelaru, M. (1976): *The Form of Sociology: Paradigms and Crises*. Nueva York: Wiley.

Eisenstadt, S. N., y Helle, H. J. (eds.) (1985a): *Macro-Sociological Theory: Perspectives on Sociological Theory*. Vol. 1. Londres: Sage.

(1985b): «General Introduction to Perspectives on Sociological Theory». En S. N. Eisenstadt y H. J. Helle (eds.): *Macro-Sociological Theory*. Londres: Sage: 1-3.

Eisenstein, Zillah (1979): *Capitalist Patriarchy and the Case for Socialist Feminism*. Nueva York: Monthly Review Press.

Ekeh, Peter P. (1974): *Social Exchange Theory: The Two Traditions*. Cambridge: Harvard University Press.

— (1982): «Structuralism, the Principle of Elementarism, and the Theory of Civilization». En I. Rossi (ed.): *Structural Sociology*. Nueva York: Columbia University Press: 122-148.

Elster, Jon (1982): «Marxism, Functionalism and Game Theory: The Case for Methodological Individualism». *Theory and Society* 11: 453-482.

— (1985): *Making sense of Marx*. Cambridge: Cambridge University Press. [Edición en castellano: Introducción a Karl Marx, Madrid: Siglo XXI, 1991.]

— (1986): «Further Thoughts on Marxism, Functionalism, and Game Theory». En J. Roemer (ed.): *Analytical Marxism*. Cambridge: Cambridge University Press: 202-220.

Emerson, Richard M. (1972a): «Exchange Theory, Part I: A Psychological Basis for Social Exchange». En J. Berger, M. Zelditch, Jr., y B. Anderson (eds.): *Sociological Theories in Progress*, vol.2. Boston: Houghton-Mifflin: 38-57.

— (1972b): «Exchange Theory, Part II: Exchange Relations and Networks». En J. Berger, M. Zelditch, Jr., y B. Anderson (eds.): *Sociological Theories in Progress*, vol.2. Boston: Houghton-Mifflin: 58-87.

— (1976): «Social Exchange Theory». En A. Inkeles, J. Coleman, y N. Smelser (eds.): *Annual Review of Sociology*, vol. 2. Palo Alto, Calif.: Annual Reviews: 335-362.

— (1981): «Social Exchange Theory». En M. Rosenberg y R. H. Turner (eds.): *Social Psychology: Sociological Perspectives.* Nueva York: Basic Books: 30-65.

Engels, Friedrich (1884/1970): *The Origins of the Family, Private Property and the State.* Nueva York: International Publishers. [Edición en castellano: *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado.* Madrid: Ayuso, 1975.]

Epstein, Cynthia Fuchs (1988): *Deceptive Distinctions: Sex, Gender, and the Social Order.* New Haven: Yale University Press.

Etzioni, Amitai (1988): *The Moral Dimension: Toward a New Economics.* Nueva York: Free Press.

Evans, Sara (1980): *Personal Politics: The Roots of the Women's Liberation Movement in the Civil Rights Movement and the New Left.* Nueva York: Vintage.

Faghirzadeh, Saleh (1982): *Sociology of Sociology: In Search of ...Ibn-Khaldun's Sociology Then and Now.* Teheran: Soroush Press.

Faia, Michael A. (1986): *Dynamic Functionalism: Strategy and Tactics.* Cambridge: Cambridge University Press.

Falk, William, y Zhao, Shanyang (1990a): «Paradigms, Theories and Methods in Contemporary Rural Sociology: A Partial Replication». *Rural Sociology* 54: 587-600.

— (1990b): «Paradigms, Theories and Methods Revisited: We Respond to Our Critics». *Rural Sociology* 55: 112-122.

Fararo, Thomas J. (1989): «The Spirit of Unification in Sociological Theory». *Sociological Theory* 7: 175-190.

Fararo, Thomas J. y Skvoretz, John (1986): «E-State Structuralism: A Theoretical Method». *American Sociological Review* 51: 591-602.

Farganis, James (1975): «A Preface to Critical Theory». *Theory and Society* 2: 483-508.

Faris, R.E.L. (1970): *Chicago Sociology: 1920-1932.* Chicago: University of Chicago Press. [Edición en castellano: *Tratado de sociología,* 4 vols. Barcelona: Hispano Europa, 1976.]

Farnham, C. (ed.) (1987): *The Impact of Feminist Research on the Academy.* Bloomington: Indiana University Press.

Faught, Jim (1980): «Presuppositions of the Chicago School in the Work of Everett Hughes». *American Sociologist* 15: 72-82.

Fendrich, Michael (1984): «Wives' Employment and Husbands' Distress: A meta-analysis and a Replication». *Journal of Marriage and the Family* 46: 871-879.

Fine, Gary Alan (1988): «On the Macrofoundations of Microsociology: Meaning, Order, and Comparative Contex». Ponencia presentada en las reuniones de la Asociación Americana de Sociología, Atlanta, Georgia.

— (1990): «Symbolic Interactionism in the Post-Blumerian Age». En G. Ritzer (ed.): *Frontiers of Social Theory: The New Syntheses.* Nueva York: Columbia University Press: 117-157.

Fine, Gary Alan, y Kleinman, Sherryl (1983): «Network and Meaning: An Interactionist Approach to Social Structure». *Symbolic Interaction* 6: 97-110.

— (1986): «Interpreting the Sociological Classics: Can There Be a "True" Meaning of Mead?». *Symbolic Interaction* 9: 129-146.

Fine, William F. (1979): *Progressive Evolutionism and American Sociology,* 1890-1920. UMI Research Press (n.p.).

Fischer, Norman (1984): «Hegelian Marxism and Ethics». *Canadian Journal of Political and Social Theory.* 8: 112-138.

Fisher, Berenice, y Strauss, Anselm (1979): «George Herbert Mead and the Chicago Tradition of Sociology-Partes 1 y 2». *Symbolic Interaction* 2, 1: 9-25; 2, 2: 9-19.

Fiske, Donald W., y Shweder, Richard A. (eds.) (1986): *Metatheory in Social Science: Pluralism and Subjectivities* Chicago: University of Chicago Press.

Fitzpatrik, Ellen (1990): *Endless Crusade: Women Social Scientist and Progressive Reform*. Nueva York: Oxford University Press.

Flax, Jane (1990): *Thinking Fragments: Psychoanalysis, Feminism and Postmodernism in the Contemporary West*. Berkeley: University of California Press.

Fontana, Andrea (1980): «Toward a Complex Universe: Existential Sociology». En J. D. Douglas *et al.* (eds.): *Introduction to the Sociologies of Everyday Life*. Boston: Allyn and Bacon: 155-181.

— (1984): «Introduction: Existential Sociology and the Self». En J. Kotarba y A. Fontana (eds.): *The Existential Self in Society*. Chicago: University of Chicago Press: 3-17.

Foucault, Michel (1965): *Madness and Civilization: A History of Insanity in the Age of Reason*. Nueva York: Vintage. [Edición en castellano: *Historia de la locura en la época clásica*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1972.]

— (1966): *The Order of Things: An Archaeology of the Human Sciences*. Nueva York: Vintage. [Edición en castellano: *Las palabras y las cosas*. México: Siglo XXI, 1968.]

— (1969): *The Archaeology of Knowledge and the Discourse on Language*. Nueva York: Harper Colophon. [Edición en castellano: *Arqueología del saber*. México: Siglo XXI, 1978.]

— (1975): *The Birth of the Clinic: An Archaeology of Medical Perception*. Nueva York: Vintage. [Edición en castellano: *El nacimiento de la clínica*. México: Siglo XXI, 1978.]

— (1979): *Discipline and Punish: The Birth of the Prison*. Nueva York: Vintage. [Edición en castellano: *Vigilar y castigar*. Madrid: Siglo XXI, 1978.]

— (1980): *The History of Sexuality. Vol 1, An Introduction*. Nueva York: Vintage. [Edición en castellano: *Historia de la sexualidad*, vol. 1. Madrid: Siglo XXI, 1978.]

— (1985): *The Use of Pleasure. The History of sexuality*. Vol. 2. Nueva York: Pantheon. [Edición en castellano: El uso de los placeres. Historia de la sexualidad. Madrid: Siglo XXI, 1987.]

Frank, André Gunder (1966/1974): «Functionalism and Dialectics». En R. S. Denisoff, O. Callahan y M. H. Levine (eds.): *Theories and Paradigms in Contemporary Sociology*. Itasca, Ill.: Peacock: 342-352.

Frankfurt Institute for Social Research (1973): *Aspects of Sociology*. Londres: Heinemann.

Fraser, Nancy, y Nicholson, Linda (1988): «Social Criticism without Philosophy: An Encounter between Feminism and Postmodernism». En A. Ross (ed.): *Universal Abandon: The Politics of Postmodernism*. Minneapolis: University of Minnesota Press: 83-104.

Freeman, C. Robert (1980): «Phenomenological Sociology and Ethnomethodology». En J. D. Douglas *et al.* (eds.): *Introduction to the Sociologies of Everyday Life*. Boston: Allyn and Bacon: 113-154.

Friedan, Betty (1963): *The Feminine Mystique*. Nueva York: Dell.

— (1981): *The Second Stage*. Nueva York: Summit.

Friedheim, Elizabeth (1979): «An Empirical Comparison of Ritzer's Paradigms and Similar Metatheories: A Research Note». *Social Forces* 58: 59-66.

Friedman, Debra y Hechter, Michael (1988): «The Contribution of Rational Choice Theory to Macrosociological Research». *Sociological Theory* 6: 201-218.
— (1990): «The Comparative Advantages of Rational Choice Theory». En G. Ritzer (ed.): *Frontiers of Social Theory: The New Syntheses*. Nueva York: Columbia University Press: 214-229.
Friedman, George (1981): *The Political Philosophy of the Frankfurt School*. Ithaca, N. Y.: Cornell University Press.
Friedrichs, Robert (1970): *A Sociology of Sociology*. Nueva York: Free Press. [Edición en castellano: *Sociología de la sociología*. Buenos Aires: Amorrortu, 1977.]
— (1972a): «Dialectical Sociology: Toward a Resolution of Current "Crisis" in Western Sociology». *British Journal of Sociology* 13: 263-274.
— (1972b): «Dialectical Sociology: An Exemplar for the 1970's». *Social Forces* 50: 447-455.
Frisby, David (1981): *Sociological Impressionism: A Reassessment of Georg Simmel's Social Theory*. Londres: Heinemann.
— (1984): *Georg Simmel*. Chichester, Ing.: Ellis Horwood.
Frye, Marilyn (1983): *The Politics of Reality: Essays in Feminist Theory*. Trumansburg, Nueva York: Crossings Press.
Fuhrman, Ellsworth R. (1980): *The Sociology of Knowledge in America: 1883-1915*. Charlottesville: University Press of Virginia.
Fuhrman, Ellsworth R. y Snizek, William (1990): «Neither Proscience nor Antiscience: Metasociology as Dialogue». *Sociological Forum* 5: 17-31.
Furfey, Paul (1953/1965): *The Scope and Method of Sociology: A Metasociological Treatise*. Nueva York: Cooper Square Publishers.
Gandy, D. Ross (1979): *Marx and History: From Primitive Society to the Communist Future*. Austin: University of Texas Press.
Gans, Herbert (1972) «The Positive Functions of Poverty». *American Journal of Sociology* 78: 275-289.
Gardiner, Jean (1979): «Women's Domestic Labor». En Zillah Eisenstein (ed.): *Capitalist Patriarchy and the Case for Socialist Feminism*. Nueva York y Londres: Monthly Review Press.
Garfinkel, Harold (1963): «A Conception of and Experiment with "Trust" as a Condition of Concerted Stable Actions». En O. J. Harvey (ed.): *Motivations and Social Interaction*. Nueva York: Ronald Press.
— (1967): *Studies in Ethnomethodology*. Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall.
(1974): «The Origins of the Term "Ethnomethodology"». En R. Turner (ed.): *Ethnomethodology*. Harmondsworth, Ingl.: Penguin; 15-18.
- (1988): «Evidence for Locally Produced, Naturally Accountable Phenomena of Order, Logic, Reason, Meaning, Method, etc. in and as of the Essential Quiddity of Immortal Ordinary Society, (I de IV): An Announcement of Studies». *Sociological Theory* 6: 103-109.
Garland, Anne Witte (1988): *Women Activists: Challenging the Abuse of Power*. Nueva York: Feminist Press.
Gelb, Joyce, y Paley, Marian Lief (1982): *Women and Public Policies*. Princeton, N. J.: Princeton University Press.
Geras, Norman (1987): «Post-Marxism?» *New Left Review* 163: 40-82.
Gergen, Kenneth J. (1973): «Social Psychology as History». *Journal of Personality and Social Psychology* 26: 309-320.

— (1986): «Correspondence versus Autonomy in the Language of Understanding Human Action». En D. W. Fiske y R. A. Shweder (eds.): *Metatheory in Social Science: Pluralism and Subjetivities*. Chicago: University of Chicago Press: 136-162.

Gerstein, Dean (1987): «To Unpack Micro and Macro: Link Small with Large and Part with Whole». En J. Alexander *et al* (eds.): *The Micro-Macro Link*. Berkeley: University of California Press: 86-111.

Gerth, Hans y Mills, C. Wright (1953): *Character and Social Structure*. Nueva York: Harcourt, Brace and World. [Edición en castellano: *Carácter y estructura social*, Buenos Aires: Paidós, 1968.]

Giddens, Anthony (1976): *New Rules of Sociological Method: A Positive Critique of Interpretative Sociologies*. Nueva York: Basic Books. [Edición en castellano: *Las nuevas reglas del método sociológico*. Buenos Aires: Amorrortu, 1987.]

— (1979): *Central Problems in Social Theory: Action, Structure and Contradiction in Social Analysis*. Berkeley: University of California Press.

— (1981): *The Contemporary Critique of Historical Materialism*. Berkeley: University of California Press.

— (1982): *Profiles and Critiques in Social Theory*. Berkeley: University of California Press.

— (1984): *The Constitution of Society: Outline of Theory of Structuration*. Berkeley: University of California Press.

— (1987): «Structuralism, Post-structuralism and the Production of Culture». En A. Giddens y J. H. Turner (eds.): *Social Theory Today*. Stanford, Calif.: Stanford University Press: 195-223. [Edición en castellano: *La Teoría Social hoy*. Madrid: Alianza Editorial, 1990.]

— (1989): «A Reply to My Critics». En D. Held y J. B. Thompson (eds.): *Social Theory of Modern Societies: Anthony Giddens and His Critics*. Cambridge: Cambridge University Press: 249-301.

— (1990): *The Consequences of Modernity*. Stanford, Calif.: Stanford University Press.

Giddings, Paula (1984): *When and Where I Enter: The Impact of Black Women on Race and Sex in America*. Nueva York: William Morrow.

Gilbert, Sandra M. y Gubar, Susan (1979): *The Madwoman in the Attic: The Woman Writer and the Nineteenth-Century Literary Imagination*. New Haven: Yale University Press.

Gilligan, Carol (1982): *In a Different Voice: Psychological Theory And Women's Development*. Cambridge: Harvard University Press.

Glenn, Phillip J. (1989): «Initiating Shared Laughter in Multi-Party Conversations.» *Western Journal of Speech Communications* 53: 127-149.

Glennon, Lynda M. (1979): *Women and Dualism*. Nueva York: Longman.

Gluckman, Max (1959): *Custom and Conflict in Africa*. Glencoe, Ill.: Free Press.

Glucksmann, Miriam (1974): *Structural Analysis in Contemporary Social Thought: A Comparison of the Theories of Claude Lévi-Strauss and Louis Althusser*. Londres: Routledge and Kegan Paul.

Goddard, David (1976): «On Structuralism and Sociology». *American Sociologist* 11: 123-133.

Godelier, Maurice (1972a): *Rationality and Irrationality in Economics*. Londres: NLB.

— (1972b): «Structure and Contradiction in *Capital*». En R. Blackburn (ed.): *Readings in Critical Social Theory*. Londres: Fontana: 334-368.

Goffman, Erving (1959): *Presentation of Self in Everyday Life.* Garden City, N. Y.: Anchor. [Edición en castellano: *La presentación de la persona en la vida contidiana.* Buenos Aires: Amorrortu, 1971.]
— (1961): *Encounters: Two Studies in the Sociology of Interaction.* Indianapolis: Bobbs-Merrill.
— (1963a): *Behavior in Public Places: Notes on the Social Organization of Gatherings.* Glencoe, Ill.: Free Press.
— (1963b): *Stigma: Notes on the Management of Spoiled Identity.* Englewood Cliffs., N. J.: Prentice-Hall. [Edición en castellano: *Estigma. La identidad deteriorada.* Buenos Aires: Amorrortu, 1986.]
— (1967): *Interaction Ritual: Essays on Face-to-face Behavior.* Garden City, N. Y.: Anchor. [Edición en castellano: *Ritual de la interacción.* Buenos Aires: Tiempo contemporáneo, 1971.]
— (1971): *Relations in Public: Microstudies of the Public Order.* Nueva York: Basic Books. [Edición en castellano: *Relaciones en público. Microestudios del orden público.* Madrid: Alianza Editorial, 1980.]
— (1972): *Strategic Interaction.* Nueva York: Ballantine.
— (1974): *Frame Analysis: An Essay on the Organization of Experience.* Nueva York: Harper Colophon.
— (1977): «The Arrangement between the Sexes». *Theory and Society* 40: 301-331.
Gonos, George (1977): «"Situation" versus "Frame": The "Interactionist" and the "Structuralist" Analyses of Everyday Life». *American Sociological Review* 42: 854-867.
— (1980): «The Class Position of Goffman's Sociology: Social Origins of an American Structuralism». En J. Ditton (ed.): *The View from Goffman.* Nueva York: St. Martin's: 134-169.
Goode, William J. (1960): «A Theory of Role Strain». *American Sociological Review* 25: 483-496.
— (1975): «Homan's and Merton's Structural Approach». En P. Blau (ed.): *Approaches to the Study of Social Structure.* Nueva York: Free Press: 66-75.
— (1978): *The Celebration of Heroes: Prestige as a Social Control System.* Berkeley: University of California Press.
Goodwin, Charles (1979): «The Interactive Construction of a Sentence in Natural Conversation». En G. Psathas (ed.): *Everyday Language: Studies in Ethnomethodology.* Nueva York: Irvington: 97-121.
— (1984): «Notes on Story Structure and the Organization of Participation». En J. M. Atkinson y J. Heritage (eds.): *Structures of Social Action.* Cambridge: Cambridge University Press: 225-246.
Gouldner, Alvin (1959/1967): «Reciprocity and Autonomy in Functional Theory». En N. Demerath y R. Peterson (eds.): *System, Change and Conflict.* Nueva York: Free Press: 141-169.
— (1960): «The Norm of Reciprocity». *American Sociological Review* 25: 161-178.
— (1970): *The Coming Crisis of Western Sociology.* Nueva York: Basic Books. [Edición en castellano: *La crisis de ls sociología occidental.* Buenos Aires: Amorrortu, 1973.]
Gramsci, Antonio (1917/1977): «The Revolution against "Capital". En Q. Hoare (ed.): *Antonio Gramsci: Selections from Political Writings (1910-1920).* Nueva York: International Publishers: 34-37.

— (1932/1975): *Letters from Prison: Antonio Gramsci*. Lynne Lawner (ed.). Nueva York: Harper Colophon.
— (1971): *Selections from the Prision Notebooks*. Nueva York: International Publishers.
Granovetter, Mark (1973): «The Strenght of Weak Ties». *American Journal of Sociology* 78: 1360-1380.
— (1983): «The Strenght of Weak Ties: A Network Theory Revisited». En R. Collins (ed.): *Sociological Theory-1983*. San Francisco: Jossey-Bass: 201-233.
— (1985): «Economic Action and Social Structure: The Problem of Embeddedness». *American Journal of Sociology* 91: 481-510.
Grathoff, Richar (ed.) (1978): *The Theory of Social Action: The Correspondence of Alfred Schutz and Talcott Parsons*. Blomington: Indiana University Press.
Gregory Derek (1989): «Presences and Absences: Time-Space Relations and Structuration Theory». En D. Held y J. B. Thompson (eds.): *Social Theory of Modern Societies: Anthony Giddens and His Critics*. Cambridge: Cambridge University Press: 185-214.
Greisman, Harvey C. (1986): «The Paradigm That Failed». En R. C. Monk (ed.): *Structures of Knowing*. Lanham, Md.: University Press of America: 273-291.
Greisman, Harvey C. y Ritzer, George (1981): «Maw Weber, Critical Theory and the Administered World». *Qualitative Sociology* 4: 34-55.
Griffin, Susan (1978): *Women and Nature: The Roaring within Her*. Nueva York: Harper & Row.
— (1981): *Pornography as Silence: Culture's Revenge against Nature*. Nueva York: Harper & Row.
Gross, Llewellyn (1961): «Preface to a Metatheoretical Framework for Sociology». *American Journal of Sociology* 67: 125-136.
Grosssberg, Lawrence, y Nelson, Cary (1988): «Introduction: The Territory of Marxism». En C. Nelsen y L. Grossberg, (eds.): *Marxism and the Interpretation of Culture*. Urbana: University of Illinois Press: 1-13.
Gurney, Patrick J. (1981): «Historical Origins of Ideological Denial: The Case of Marx in American Sociology». *American Sociologist* 16: 196-201.
Gurvitch, Georges (1964): *The Spectrum of Social Time*. Dordrecht, P. B.: D. Reidel.
Haas, Jack y Shaffir, William (1982) «Taking on the Role of Doctor: A Dramaturgic Analysis of Professionalization». *Symbolic Interaction* 5: 187-203.
Habermas, Jurgen (1970): *Toward a Rational Society*. Boston: Beacon Press.
— (1971): *Knowledge and Human Interests*. Boston: Beacon Press. [Edición en castellano: Conocimiento e interés. Taurus: 1988.]
— (1973): *Theory and Practice*. Boston: Beacon Press.
— (1975): *Legitimation Crisis*. Boston: Beacon Press. [Edición en castellano: *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*. Buenos Aires: Amorrortu, 1975.]
— (1979): *Communication and the Evolution of Society*. Boston: Beacon Press.
— (1984): *The Theory of Communicative Action. Vol. 1, Reason and the Rationalization of Society*. Boston: Beacon Press. [Edición en castellano: *Teoría de la acción comunicativa I. Racionalidad de la acción y racionalización social*. Madrid: Taurus, 1987.]
— (1987): *The Theory of Communicative Action. Vol. 2, Lifeworld and System: A Critique of Functionalist Reason*. Boston: Beacon Press. [Edición en castellano: *Teoría de la acción comunicativa II. Crítica de la razón funcionalista*. Madrid: Taurus, 1987.]
Hage, Jerald (1980): *Theories of Organization*. Nueva York: Wiley.

Haines, Valerie (1988): «Is Spencer's Theory an Evolutionary Theory?» *American Journal of Sociology* 93: 1200-1223.

Halfpenny, Peter (1982): *Positivism and Sociology: Explaining Social Life.* Londres: George Allen and Unwin.

Hall, Richard (1983): «Theoretical Trends in the Sociology of Occupations». *Sociological Quarterly* 24: 5-23.

Hall Stuart (1988): «Brave New World». *Marxism Today*, octubre: 24-29.

Hall Stuart, y Jameson, Frederic (1990): «Clinging to the Wreckage: A Conversation». *Marxism Today*, septiembre: 28-31.

Halliday, Fred (1990): «The Ends of the Cold War». *New Left Review* 180: 5-23.

Handel, Warren (1982): *Ethnomethodology: How People Make Sense.* Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall.

Hankin, Thomas L. (1979): «In Defense of Biography: The Use of Biography in the History of Science». *History of Science* 17: 1-16.

Haraway, Donna (1988): «Situated Knowledge: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective». *Feminist Studies* 14: 575-600.

Harding, Sandra (ed.) (1987): *Feminism and Methodology.* Bloomington: Indiana University Press.

Harding, Sandra y Hintikka, Merrill B. (eds.) (1983): *Discovering Reality: Feminist Perspectives on Epistemology, Metaphysics, Methodology and Philosophy of Science.* Boston: Reidel.

Harper, Diane Blake; Sylvester, Joan, y Walczak, David (1980): «An Empirical Comparison of Ritzer's Paradigms and Similar Metatheories: Comment on Friedheim». *Social Forces* 59: 513-517.

Hartman, Heidi (1979): «Capitalism, Patriarchy and Job Segregation by Sex». En Z. Eisenstein (ed.): *Capitalist Patriarchy and the Case for Socialist Feminism.* Nueva York: Monthly Review Press: 206-247.

Hartsock, Nancy (1983): *Money, Sex and Power: Towards a Feminist Historical Materialism.* Nueva York: Longman.

Harvey, David (1989): *The Condition of Postmodernity: An Enquiry into the Origins of Cultural Change.* Oxford: Basil Blackwell.

Harvey, Lee (1982): «The Use and Abuse of Kuhnnian Paradigms in the Sociology of Knowledge». *British Journal of Sociology* 16: 85-101.

— (1987): «The Nature of "Schools" in Sociology of Knowledge: The Case of The "Chicago School"». *Sociological Review* 35: 245-278.

Hawkes, Terence (1977): *Structuralism and Semiotics.* Londres: Methuen.

Hawthorn, Geoffrey (1976): *Enlightenment and Despair.* Cambridge: Cambridge University Press.

Hayim, Gila (1980): *The Existential Sociology of Jean-Paul Sartre.* Amherst: University of Massachusetts Press.

Hazelrigg, Lawrence (1972): «Class, Property and Authority: Dahrendorf's Critique of Marx's Theory of Class». *Social Forces* 50: 473-487.

Heap, James L. y Roth, Phillip A. (1973): «On Phenomenological Sociology». *American Sociological Review* 38: 354-367.

Heath Anthony (1976): *Rational Choice and Social Exchange: A Critique of Exchange Theory.* Cambridge: Cambridge University Press.

Hechter, Michael (1983a): «Introduction». En M. Hechter (ed.): *The Microfoundations of Macrosociology.* Philadelphia: Temple University Press: 3-15.

— (1983b) «A Theory of Group Solidarity». En M. Hechter (ed.): *The Microfoundations of Macrosociology*. Philadelphia: Temple University Press: 16-57.
— (1987): *Principles of Group Solidarity*. Berkeley: University of California Press.
Hegel, G.W.F. (1807/1967): *The Phenomenology of Mind*. Nueva York: Harper Colophon. [Edición en castellano: *Fenomenología del espíritu*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1981.]
— (1821/1967): *The Philosophy of Right*. Oxford: Clarendon Press. [Edición en castellano: *Filosofía del derecho*. Buenos Aires: Claridad, 1968.]
Heilbrun, Carolyn (1988): *Writing a Woman's Life*. Nueva York: Norton.
Held, David (1980): *Introduction to Critical Theory: Horkheimer to Habermas*. Berkeley: University of California Press.
Held, David, y Thompson, John B. (1989): «Editor's Introduction». En D. Held y J. B. Thompson (eds.). *Social Theory of Modern Societies: Anthony Giddens and His Critics*. Cambridge: Cambridge University Press: 1-18.
Helle, H. J. y Eisenstadt, S. N. (eds.) (1985): *Micro-Sociological Theory: Perspectives on Sociological Theory*, vol. 2. Londres: Sage.
Heritage, John (1984): *Garfinkel and Ethnomethodology*. Cambridge: Polity Press.
Heritage, John y Atkinson, J. Maxwell (1984): «Introduction». En J. M. Atkinson y J. Heritage (eds.): *Structures of Social Action*. Cambridge University Press: 1-15.
Heritage, John y Greatbatch, David (1986): «Generating Applause: A Study of Rhetoric and Response in Party Political Conferences». *American Journal of Sociology* 92: 110-157.
Heritage, John y Watson, D. R. (1979): «Formulations as Conversational Objects». En G. Psathas (ed.): *Everyday Language: Studies in Ethnomethodology*. Nueva York: Irvington: 187-201.
Hewitt, John P. (1984): *Self and Society: A Symbolic Interactionist Social Psychology*. 3ª ed. Boston: Allyn and Bacon.
Heyl, John D. y Heyl, Barbara S. (1976): «The Summer-Porter Controversy at Yale: Pre-Paradigmatic Sociology and Institutional Crisis». *Sociological Inquiry* 46: 41-49.
Hilbert, Richard A. (1986): «Anomie and Moral Regulation of Reality: The Durkheimian Tradition in Modern Relief». *Sociological Theory* 4: 1-19.
— (1990): «Ethnomethodology and the Micro-Macro Order». *American Sociological Review* 55: 794-808.
Himes, Joseph (1966): «The Functions of Racial Conflict». *Social Forces* 45: 1-10.
Hindess, Barry (1986): «Actors and Social Relations». En M. L. Wardell y S. Turner (eds.): *Sociological Theory in Transition*. Boston: Allen and Unwin: 113-126.
— (1988): *Choice, Rationality, and Social Theory*. Londres: Unwin Hyman.
Hinkle, Roscoe (1980): *Founding Theory of American Sociology: 1881-1915*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
Hinkle, Roscoe y Hinkle, Gisela (1954): *The Development of American Sociology*. Nueva York: Random House.
Hirsch, Paul; Michaels, Stuart, y Friedman, Ray (1987): «"Dirty Hands" versus "Clean Models": Is Sociology in Danger of Being Seduced by Economics?» *Theory and Society* 16: 317-336.
Hite, Shere (1976): *The Hite Report: A Nationwide Study of Female Sexuality*. Nueva York: Dell.

Hobsbawm, Eric J. (1965): *Primitive Rebels*. Nueva York: Norton
Hofstadter, Richard (1959): *Social Darwinism in American Thought*. Nueva York: Braziller.
Hollinger, David (1980): «T. S. Kuhn's Theory of Science and Its Implications for History». En G. Gutting (ed.): *Paradigms and Revolutions*. Notre Dame, Ind.: Notre Dame University Press: 195-222.
Holton, Robert J. y Turner, Bryan S. (1986): *Talcott Parsons on Economy and Society*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
Homans, George C. (1958): «Social Behavior as Exchange». *American Journal of Sociology* 63: 597-606.
— (1961): *Social Behavior: Its Elementary Forms*. Nueva York: Harcourt, Brace and World.
— (1962): *Sentiments and Activities*. Nueva York: Free Press.
— (1967): *The Nature of Social Science*. Nueva York: Harcourt, Brace and World.
— (1969): «The Sociological Relevance of Behaviorism». En R. Burgess y D. Bushell (eds.): *Behavioral Sociology*. Nueva York: Columbia University Press: 1-24.
— (1971): «Commentary». En H. Turk y R. Simpson (eds.): *Institutions and Social Exchange*. Indianapolis: Bobbs-Merrill: 363-374.
— (1974): *Social Behavior: Its Elementary Forms*. Ed. revis. Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich.
— (1984): *Coming to My Senses: The Autobiography of a Sociologist*. New Brunswick, N. J.: Transaction Books.
Homans, George C. y Schneider, David M. (1995): *Marriage, Authority and Final Causes: A Study of Unilateral Cross-Cousin Marriage*. Nueva York: Free Press.
Hook, Sidney (1965): «Pareto's Sociological System». En J. H. Meisel (ed.): *Pareto and Mosca*. Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall: 57-61.
Hooks, Bell (1984): *Feminist Theory: From Margin to Center*. Boston: South End Press.
— (1989): *Talking Back: Thinking Feminist, Thinking Black*. Boston: South End Press.
Horowitz, Irving L. (1962/1967) «Consensus, Conflict, and Cooperation». En N. Demerath y R. Peterson (eds.): *System, Change and Conflict*. Nueva York: Free Press: 265-279.
— (1983): *C. Wright Mills: An American Utopian*. Nueva York: Free Press.
Huaco, George (1966): «The Functionalist Theory of Stratification: Two Decades of Controversy». *Inquiry* 9: 215-240.
— (1986): «Ideology and General Theory: The Case of Sociological Functionalism». *Comparative Studies in Society and History* 28: 34-54.
Huber, Joan (1976): «Sociology». *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 1, parte 1: 685-697.
Hunter, Allen (1988): «Post-Marxism and the New Social Movements». *Theory and Society* 17: 885-900.
Hunter, J. E.; Schmitdt, F. L., y Jackson, G. B. (1982): *Meta-analysis: Cumulating Research Finding across Studies*. Beverly Hills, Calif.: Sage.
Jackman, Mary R. y Jackman, Robert W. (1973): «An Interpretation of the Relation between Objective and Subjective Social Status». *American Sociological Review* 38: 569-582.
Jaggar Alison M. (1983): *Feminist Politics and Human Nature*. Totowa, N. J.: Rowman and Allanheld.

Jaggar Alison M., y Bordo, Susan (eds.) (1989): *Gender/Body/Knowledge: Feminist Reconstrucions of Being and Knowing*. New Brunswick, N. J.: Rutgers University Press.

Jaggar Alison M., y Rothenberg, Paula (eds.) (1984): *Feminist Frameworks*. 2ª ed. Nueva York: McGraw-Hill.

James, Selma y Costa, Mariarosa Dallacosa (1973): *The Power of Women and the Subversion of Community*. Bristol: Falling Wall Press.

Jameson, Fredric (1984): «Postmodernism, or the Cultural Logic of Late Capitalism». *New Left Review* 146: 53-93.

Janeway, Elizabeth (1981): *Powers of the Weak*. Nueva York: Morrow Quill.

Jay, Martin (1973): *The Dialectical Imagination*. Boston: Little, Brown. [Edición en castellano: La imaginación dialéctica. Madrid: Taurus, 1974.]

— (1984): *Marxism and Totality: The Adventures of a Concept from Lukacs to Habermas*. Berkeley: University of California Press.

— (1986): *Permanent Exiles: Essays on the Intellectual Migration from Germany to America*. Nueva York: Columbia University Press.

— (1988): *Fin-de-Siecle Socialism and Other Essays*. Nueva York: Routledge.

Jefferson, Gail (1979): «A Technique for Inviting Laughter and Its Subsequent Acceptance Declination». En G. Psathas (ed.): *Everyday Language: Studies in Ethnomethodology*. Nueva York: Irvington: 79-96.

— (1984): «On the Organization of Laughter in Talk about Troubles». En J. M. Atkinson y J. Heritage (eds.): *Structures of Social Action*. Cambridge: Cambridge University Press: 346-369.

Jencks, Charles (1977): *The Language of Post-Modern Architecture*. Nueva York: Rizzoli.

Jessop, Bob (1985): *Nicos Poulantzas: Marxist Theory and Political Strategy*. Nueva York: St. Martin's.

Joas, Hans (1981): «George Herbert Mead and the "Division of Labor": Macrosociological Implications of Mead's Social Psychology». *Symbolic Interaction* 4: 177-190.

— (1985): *G. H. Mead: A Contemporary Re-examination of His Thought*. Cambridge: MIT Press.

Johnson, Chalmers (1966): *Revolutionary Change*. Boston: Little, Brown.

Johnson, Doyle Paul (1981): *Sociological Theory: Classical Founders and Contemporary Perspectives*. Nueva York: Wiley.

Johnson, John M. y Ferraro, Kathleen T. (1984): «The Victimized Self: The Case of Battered Women». En J. A. Kotarba y A. Fontana (eds.): *The Existential Self in Society*. Chicago: University of Chicago Press: 119-130.

Johnson, Miriam M. (1989): «Feminism and the Theories of Talcott Parsons». En R. A. Wallace (ed.): *Feminism and Sociological Theory*. Newbury Park, Calif.: Sage: 101-118.

Jones, Greta (1980): *Social Darwinism and English Thought: The Interaction between Biological and Social Theory*. Atlantic Highlands, N. J.: Humanities Press.

Kalberg, Stephen (1980): «Marx Weber's Types of Rationality: Cornerstones for the Analysis of Rationalization Processes in History». *American Journal of Sociology* 85: 1145-1179.

— (1990): «The Rationalization of Action in Max Weber's Sociology of Religion». *Sociological Theory* 8: 58-84.

Kaldor, Mary (1990): «After the Cold War». *New Left Review* 180: 25-40.
Kandal, Terry R. (1988): *The Woman Question in Classical Sociological Theory*. Miami: Florida International University Press.
Kanter, Rosabeth Moss (1977): *Men and Women of the Corporation*. Nueva York: Basic Books.
Karady, Victor (1983): «The Durkheimians in Academe: A Reconsideration». En P. Bernard (ed.): *The Sociological Domain*. Cambridge: Cambridge University Press.
Kasper, Anne (1986): «Consciousness Re-Evaluated: Interpretive Theory and Feminist Scholarship». *Sociological Inquiry* 56: 30-49.
Kaufman, Debra R., y Richardson, Barbara L. (1982): *Achievement and Women: Challenging the Assumptions*. Nueva York: Free Press.
Keller, Evelyn Fox (1985): *Reflections on Gender and Science*. New Haven: Yale University Press. [Edición en castellano: *Reflexiones sobre género y ciencia*. Valencia: Ediciones Alfons el Magnanim, 1991.]
Kellner, Douglas (1988): «Postmodernism as Social Theory: Some Challenges and Problems». *Theory, Culture and Society:* 5: 239-269.
— (1990a): «The Postmodern Turn: Positions, Problems, and Prospects». En G. Ritzer (ed.): *Frontiers of Social Theory: The New Syntheses*. Nueva York: Columbia University Press: 255-286.
— (1990c): *Television and the Crisis of Democracy*. Boulder, Colo: Westview Press.
Kellner, Douglas (ed.) (1990b): *Postmodernism: Jameson: Critique*. Washington, D. C.: Maisonneuve Press.
Kelly-Godol, Joan (1983): «The Social Relation of the Sexes: Methodological Implications of Women's History». En E. Abel y E. K. Abel (eds.): *The Signs Reader: Women, Gender and Scholarship*. Chicago: University of Chicago Press.
Kemeny, Jim (1976): «Perspectives on the Micro-Macro Distinction». *Sociological Review* 24: 731-752.
Kemper, Theodore (1978a): «Toward a Sociological Theory of Emotions: Some Problems and Some Solutions». *American Sociologist* 13: 30-41.
— (1978b): *A social Interactional Theory of Emotions*. Nueva York: Wiley.
— (1981): «Social Constructionist and Positivist Approaches to the Sociology of Emotions». *American Journal of Sociology* 87: 336-362.
Kent, Raymond A. (1981): *A History of British Empirical Sociology*. Aldershot, Hants, Ing.: Gower.
Kessler, Suzanne J. y McKenna, Wendy (1978): *Gender: An Ethnomethodological Approach*. Chicago: University of Chicago Press.
Kitahara, Michio (1986): «Commodore Perry and the Japanese: A Study in the Dramaturgy of Power». *Symbolic Interaction* 9: 53-65.
Kittay, Eva Feder (1984): «Womb Envy: An Explanatory Concept». En Joyce Trebilcot (ed.): *Mothering: Essays in Feminist Theory*. Totowa, N. J.: Rowman and Allanheld: 94-128.
Knorr-Cetina, Karin D. (1981a): «Introduction: The Micro-Sociological Challenge to Macro-Sociology: Towards a Reconstruction of Social Theory and Methodology». En K. Knorr-Cetina y A. Cicourel (eds.): *Advances in Social Theory and Methodology*. Nueva York: Methuen. 1-47.
— (1981b): *The Manufacture of Knowledge: An Essay on the constructivist and Contextual Nature of Science*. Oxford: Pergamon Press.
Knox, John (1963): «The Concept of Exchange in Sociological Theory: 1984 and 1961»

*Social Forces* 41: 341-346.

Kohn, Melvin L. (1976): «Occupational Structure and Alienation». *American Journal of Sociology* 82: 111-127.

Kolb, William L. (1944): «A Critical Evaluation of Mead's "I" and "Me" Concepts». *Social Forces* 22: 291-296.

Korenbaum, Myrtle (1964): Prefacio del traductor a Georges Gurvitch. *The Spectrum of Social Time*. Dordrecht, P. B.: D. Reidel: ix-xxvi.

Kotarba, Joseph A. (1977): «The Chronic Pain Patient». En J. Douglas *et al.* (eds.): *Existential Sociology*. Cambridge: Cambridge University Press: 257-272.

— (1979): «Existencial Sociology». En S. McNall (ed.): *Theoretical Perspectives in Sociology*. Nueva York: St. Martin's: 348-368.

— (1984): «A Syntesis: The Existential Self in Society». En J. A. Kotarba y A. Fontana (eds.): *The Existential Self in Society*. Chicago: University of Chicago Press: 224-234.

Kotarba, Joseph A. y Fontana, Andrea (eds.) (1984): *The Existential Self in Society*. Chicago: University of Chicago Press.

Kuhn, Annette, y Wolpe, Ann Marie (eds.) (1978): *Feminism and Materialism*. Londres: Routledge and Kegan Paul.

Kuhn, Mandford (1964): «Major Trends in Symbolic Interaction Theory in the Past Twenty-Five Years». *The Sociological Quarterly* 5: 61-84.

Kuhn, Thomas (1962): *The Structure of Scientific Revolutions*. Chicago: University of Chicago Spress. [Edición en castellano: *La estructura de las revoluciones científicas*, México: Fondo de Cultura Económica, 1975.]

— (1970): *The Structure of Scientific Revolutions*. 2ª ed. Chicago: University of Chicago Press. [Edición en castellano: La estructura de las revoluciones científicas. México: Fondo de Cultura Económica, 1975.]

Kurzweil, Edith (1980): *The Age of Estructuralism: Lévi-Strauss to Foucault*. Nueva York: Columbia University Press.

— (1987): «Psychoanalysis as the Macro-Micro Link». En J. Alexander *et al.* (eds.): *The Micro-Macro Link*. Berkeley: University of California Press, marzo: 237-254.

Laclau, Ernesto (1990): «Coming Up for Air». *Marxism Today*, marzo: 25-27.

Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (1985): *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*. Londres: Verso.

— (1987): «Post-Marxism without Apologies». *New Left Review* 166: 79-106.

Lamont, Michele y Wuthnow, Robert (1990): «Betwixt and Between: Recent Cultural Sociology in Europe and the United States». En G. Ritzer (ed.): *Frontiers of Social Theory: The New Syntheses*. New York: Columbia University Press: 287-315.

Laws, Judith Long y Schwartz, Pepper (1977): *Sexual Scripts: The Social Construction of Female Sexuality*. Hinsdale, Ill.: Dryden.

Layder, Derek (1985): «Power, Structure and Agency». *Journal for the Theory of Social Behaviour* 15: 131-149.

Leach, Edmund (1974): *Claude Lévi-Strauss*. Nueva York: Penguin.

Lefebvre, Henri (1968): *The Sociology of Marx*. Nueva York: Vintage. [Edición en castellano: *Sociología de Marx*. Barcelona: Península, 1969.]

Lehman, Edward W (1988): «The Theory of the State versus the State of Theory». *American Sociological Review* 53: 807-823.

Lemert, Charles (1979): *Sociology and the Twilight of Man: Homocentrism and*

*Discourse in Sociological Theory:* Carbondale: Southern Illinois University Press.

— (1990): «The Uses of French Structuralisms in Sociology». En G.Ritzer (ed.): *Frontiers of Social Theory: The New Syntheses.* Nueva York: Columbia University Press: 230-254.

— En prensa, «Sociological Metatheory and Its Cultured Despisers». En G. Ritzer (ed.): *Metatheorizing: A Coming of Age.* Beverly Hills, Calif.: Sage.

Lemert, Charles (ed.) (1981): *French Sociology: Rupture and Renewal since 1968.* Nueva York: Columbia University Press.

Lengermann, Patricia Madoo (1979): «The Founding of the *American Sociological Review*». *American Sociological Review* 44: 185-198.

Lengermann, Patricia M. y Niebrugge-Brantley, Jill (1990): «Feminist Sociological Theory: The Near-Future Prospects». En G. Ritzer (ed.): *Frontiers of Social Theory: The New Syntheses.* Nueva York: Columbia University Press: 316-344.

Lengermann, Patricia Madoo y Wallace, Ruth A. (1985): *Gender in America: Social Control and Social Change.* Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall.

Lenzer, Gertrud (ed.) (1975): *Auguste Comte and Positivism: The Essential Writings.* Magnolia, Mass.: Peter Smith.

Lever, Janet (1978): «Sex Differences in the Complexity of Children's Play and Games». *American Sociological Review* 43: 471-483.

Levidow, Les (1990): «Foreclosing the Future». *Science as Culture* 8: 59-90.

Levine, Andrew; Sober, Elliot, y Wright, Erik Olin (1987): «Marxism and Methodological Individualism». *New Left Review* 162: 67-84.

Levine, Donald: (1989): «Simmel as a Resource for Sociological Metatheory». *Sociological Theory* 7: 161-174.

Levine, Donald; Carter, Ellwood B., y Gorman, Eleanor Miller (1976a): «Simmel's Influence on American Sociology-I». *American Journal of Sociology* 81: 813-845.

— (1976b): «Simmel's Influence on American Sociology-II». *American Journal of Sociology* 81: 1112-1132.

Lévi-Strauss, Claude (1949): *Les Structures Elementaires de la Parenté.* París: Presses Universitaires de France. [Edición en castellano: Estructuras elementales de parentesco: Paidos Ibérica, 1991.]

— (1963): *Totemism.* Boston: Beacon Press.

— (1967): *Structural Anthropology.* Garden City, N. Y.: Anchor. [Edición en castellano: Autropología estructural. Paidos Ibérica: 1987.]

Lewis, J. David y Smith, Richard L. (1980): *American Sociology and Pragmatism: Mead, Chicago Sociology, and Symbolic Interaction.* Chicago: University of Chicago Press.

Lilienfeld, Robert (1978): *The Rise of Systems Theory: An Ideological Analysis.* Nueva York: Wiley-Interscience.

Lipman-Blumen, Jean (1979): «Jessie Bernard». *International Encyclopedia of the Social Sciences,* vol. 18. Nueva York: Free Press: 49-56.

— (1984): *Gender Roles and Power.* Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall.

Lipset, Seymour M. (1975): «Social Structure and Social Change». En P. Blau (ed.): *Approaches to the Study of Social Structure.* Nueva York: Free Press: 172-209.

Liska, Allen E. (1990): «The Significance of Aggregate Dependent Variables and Contextual Independent Variables for Linking Macro and Micro Theories». *Social Psychology Quarterly* 53: 292-301.

Lockwood, David (1956): «Some Remarks on *The Social System.*» *British Journal of Sociology* 7: 134-146.

Lodahl, Janice B. y Gordon, Gerald (1972): «The Structure of Scientific Fields and the Functioning of University Graduate Departments». *American Sociological Review* 37: 57-72.

Lodge, Peter (1986): «Connections: W. I. Thomas, European Social Thought and American Sociology». En R. C. Monk (ed.): *Structures of Knowing*. Lanham, Md.: University Press of America: 135-160.

Lorde, Audre (1984): *Sister Outsider: Essays and Speeches*. Trumansburg, N. Y.: Crossing Press.

Lougee, Carolyn C. (1976): *Le Paradis des Femmes: Women, Salons and Social Stratification in Seventeenth-Century France*. Princeton, N. J.: Princeton University press.

Lukács, Georg (1922/1968): *History of Class Consciousness*. Cambridge: MIT Press. [Edición en castellano: *Historia y conciencia de clase*. Orbis: 1985, 2 vols.]

Lukes, Steven (1977): «Power and Structure». En S. Lukes: *Essays in Social Theory*. Londres: Macmillan: 3-29.

Luscher, Kurt (1990): «The Social Reality of Perspectives: On G. H. Mead's Potential Relevance for the Analysis of Contemporary Societies». *Symbolic Interaction* 13: 1-18.

Luxemburgo, Rosa (1971): «Women's Suffrage and Class Struggle». En D. Howard (ed.) *Selected Political Writings*. Nueva York: Monthly Review Press: 219-220.

Luxenberg, Stan (1985): *Roadside Empires: How the Chains Franchised America*. Nueva York: Viking.

Lyman, Stanford y Scott, Marvin (1970): *A Sociology of the Absurd*. Nueva York: Appleton-Century-Crofts.

Lynch, Michael (1985): *Art and Artifact in Laboratory Science: A Study of Shop Work and Shop Talk in a Research Laboratory*. Londres: Routledge and Kegan Paul.

Lyotard, Jean-François (1984): *The Postmodern Condition*. Minneapolis: University of Minnesota Press. [Edición en castellano: *La condición posmoderna*. Madrid: Cátedra, 1984.]

Mackay, Robert W. (1974) «Words, Utterances and Activities». En R. Turner (ed.): *Ethnomethodology: Selected Readings*. Harmondsworth, Ingl.: Penguin: 197-215.

MacKinnon, Catherine (1979): *Sexual Harassment of Working Women*. New Haven: Yale University Press.

— (1982): «Feminism, Marxism, Method and the State: An Agenda for Theory». En N. O. Keohane *et al.* (eds.): *Feminist Theory: A Critique of Ideology*. Chicago: University of Chicago Press: 1-30.

— (1989): *Towards a Feminist Theory of the State*. Cambridge: Harvard University Press.

Maines, David R. (1977): «Social Organization and Social Structure in Symbolic Interactionist Thought». En A. Inkeles, J. Coleman, y N. Smelser (eds.): *Annual Review of Sociology*, vol. 3. Palo Alto, Calif.: Annual Reviews: 259-285.

— (1988): «Myth, Text, and Interactionist Complicity in the Neglect of Blumer's Macrosociology». *Symbolic Interaction* 11: 43-57.

— (1989a): «Repackaging Blumer: The Myth of Herbert Blumer's Astructural Bias». *Symbolic Interaction* 10: 383-413.

— (1989b): «Herbert Blumer on the Possibility of Science in the Practice of Sociology: Further Thoughts». *Journal of Contemporary Ethnography* 18: 160-177.

Maines, David R. y Morrione, Thomas J. (1990): «On the Breadth and Relevance of Blumer's Perspective: Introduction to His Analysis of Industrialization». En H. Blumer: *Industrialization as an agent of Social Change: A Crititcal Analysis.* Nueva York: Aldine de Gruyter.

Mandelbaum, Jenny (1989): «Interpersonal Activities in Conversational Storytelling». *Western Journal of Speech Communications* 53: 114-126.

Manis, Jerome y Meltzer, Bernard (eds.) (1978): *Symbolic Interaction: A Reader in Social Psychology.* 3ª ed. Boston: Allyn and Bacon.

Mann, Michael (1986): *The Sources of Social Power,* vol. 1. Nueva York: Cambridge University Press.

Manning, Peter (1973): «Existential Sociology». *The Sociological Quarterly* 14: 200-225.

Manuel, Frank E. (1962): *The Prophets of Paris.* Cambridge: Harvard University Press.

Marcuse, Herbert (1958): *Soviet Marxism: A Critical Analysis.* Nueva York: Columbia University Press. [Edición en castellano: El marxismo soviético. Madrid: Alianza Editorial, 1969.]

— (1964): *One-Dimensional Man.* Boston: Beacon Press. [Edición en castellano: El hombre unidimensional. Barcelona: Seix y Barral, 1969.]

— (1969): *An Essay on Liberation.* Boston: Beacon Press.

Marini, Margaret M. (1988): «Sociology of Gender». En E. F. Borgatta y K. S. Cook (eds.): *The Future of Sociology.* Beverly Hills, Calif.: Sage: 374-393.

Markovsky, Barry (1987): «Toward Multilevel Sociological Theories: Simulations of Actor and Network Effects». *Sociological Theory* 5: 101-117.

Marlaire, Courtney L. y Maynard, Douglas W. (1990): «Standarized Testing as an Interactional Phenomenon». *Sociology of Education* 63: 83-101.

Martin, Wendy (1972): *The American Sisterhood: Writings of the Feminist Movement from Colonial Times to Present.* Nueva York: Harper & Row.

Marx, Karl (1857-1858/1964): *Pre-Capitalist Economic Formations,* Eric J. Hobsbawn (ed.). Nueva York: International Publishers.

— (1857-1858/1974): *The Grundrisse: Foundations of the Critique of Political Economy.* Nueva York: Random House. [Edición en castellano: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política.* Madrid: Siglo XXI, 1980.]

— (1859/1970): *A Contribution to the Critique of Political Economy.* Nueva York: International Publishers. [Edición en castellano: *Contribución a la crítica de la economía política.* México: Siglo XXI, 1980.]

— (1862-1863/1963): *Theories of Surplus Value,* Parte 1. Moscú: Progress Publishers. [Edición en castellano: *Teorías sobre la plusvalía.* México: Fondo de Cultura Económica, 1980.]

— (1862-1863/1968): *Theories of Surplus Value,* Parte 2. Moscú: Progress Publishers.

— (1867/1967): *Capital: A Critique of Political Economy,* Vol. 1. Nueva York: International Publishers. [Edición en castellano: *El capital,* 8 vols. Madrid: Siglo XXI, 1975-1981.]

— (1869/1963): *The 18th Brumaire of Louis Bonaparte.* Nueva York: International Publishers. [Edición en castellano: *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte,* Barcelona: Ariel, 1968.]

— (1932/1964): *The Economic and Philosophic Manuscripsts of 1844,* Dirk J. Struik

(ed.). Nueva York: International Publishers. [Edición en castellano: *Manuscritos: Economía y filosofía.* Madrid: Alianza Editorial, 1985.]

Marx, Karl y Engels, Friedrich (1845/1956): *The Holy Family.* Moscú: Foreign Language Publishing House. [Edición en castellano: *La sagrada familia,* en *Obras de Marx y Engels,* 6. Barcelona: Crítica, 1978.]

— (1845-1846/1970): *The German Ideology,* Parte 1, C. J. Arthur (ed.). Nueva York: International Publishers. [Edición en castellano: *La ideología alemana.* Buenos Aires: Pueblos Unidos, 1975.]

Masterman, Margaret (1970): «The Nature of a Paradigm». En I. Lakatos y A. Musgrove (eds.): *Criticism and the Growth of Knowledge.* Cambridge: Cambridge University Press: 59-89. [Edición en castellano: *La crítica y el desarrollo del conocimiento.* Barcelona: Grijalbo, 1974.]

Masters, William y Johnson, Virginia (1966): *Human Sexual Response.* Boston: Little, Brown.

Matthews, Fred H. (1977): *Quest for an American Sociology: Robert E. Park and the Chicago School.* Montreal: McGill University Press.

Mayhew, Bruce (1980): «Structuralism versus Individualism: Parte I, Shadowboxing in the Dark». *Social Forces* 59: 335-375.

— (1981): «Structuralism versus Individualism: Parte II, Ideological and Other Obfuscations». *Social Forces* 59: 627-648.

Maynard, Douglas W. y Clayman, Steven E. (En prensa): «The Diversity of Ethnomethodology». *Annual Review of Sociology.*

McCarthy, Thomas (1982): *The Critical Theory of Jurgen Habermas.* Cambridge: MIT Press.

— (1984): «Translator's Introduction». En J. Habermas, *The Theory of Communicative Action.* Boston: Beacon Press.

McLellan, David (ed.) (1971): *The Thought of Karl Marx.* Nueva York: Harper Torchbooks.

McMahon, A. M. (1984): «The Two Social Psychologies: Postcrises Directions». En R. H. Turner y J. F. Short (eds.): *Annual Review of Sociology,* vol. 10. Palo Alto: Annual Reviews: 121-140.

McMurty, John (1978): *The Stucture of Marx's World-View.* Princeton, N. J.: Princeton University Press.

McPhail, Clark (1981): «The Problems and Prospects of Behavioral Perspectives». *American Sociologist* 16: 172-174.

McPhail, Clark y Rexroat, Cynthia (1979): «Mead vs. Blumer». *American Sociological Review* 44: 449-467.

— (1980): Rejoinder: «*Ex Cathedra* Blumer or *Ex Libris* Mead?» *American Sociological Review* 45: 420-430.

Mead, George Herbert (1934/1962): *Mind, Self and Society: From the Standpoint of a Social Behaviorist.* Chicago: University of Chicago Press. [Edición en castellano: *Espíritu, persona y sociedad.* Buenos Aires: Paidós, 1972.]

— (1938/1972): *The Philosophy of the Act.* Chicago: University of Chicago Press.

— (1959): *The Philosophy of the Present.* LaSalle, Ill.: Open Court Publishing.

— (1982): *The Individual and the Social Self: Unpublished Work of George Herbert Mead.* Chicago: University of Chicago Press.

Mehan, Hugh y Wood, Houston (1975): *The Reality of Ethnomethodology.* Nueva York: Willey.

Meltzer, Bernard (1964/1978): «Mead's Social Psychology». En J. Manis y B. Meltzer (eds.): *Symbolic Interaction: A Reader in Social Psychology.* 3ª ed. Boston: Allyn and Bacon. 15-27.
Meltzer, Bernard; Petras, James, y Reynolds, Larry (1975): *Symbolic Interactionism: Genesis, Varieties and Criticisms.* Londres: Routledge and Kegan Paul.
Merton, Robert K. (1949/1968): «Manifest and Latent Functions». En R. K. Merton, *Social Theory and Social Structure.* Nueva York: Free Press: 73-138.
— (1968): *Social Theory and Social Structure.* Nueva York: Free Press. [Edición en castellano: *Teoría y estructuras sociales.* México: Fondo de Cultura Económica, var. eds.]
— (1975): «Structural Analysis in Sociology». En P. Blau (ed.): *Approaches to the Study of Social Structure.* Nueva York: Free Press: 21-52.
— (1976): «*Sociological Ambivalence.* Nueva York: Free Press. [Edición en castellano: Ambivalencia sociológica y otros ensayos, Madrid: Espasa Calpe, 1980.]
— (1980): «Remembering the Young Talcott Parsons». *American Sociologist* 15: 68-71.
—(1986): «Comments». En S. Lindenberg, J. S. Coleman y S. Nowak (eds.): *Approaches to Social Theory.* Nueva York: Russell Sage Foundation: 61-2.
Mészáros, István (1970): *Marx's Theory of Alienation.* Nueva York: Harper Torchbooks.
Miliband, Ralph (1972): «Reply to Nicos Poulantzas». En R. Blackburn (ed.): *Ideology in Social Science: Readings in Critical Social Theory.* Londres: Fontana: 253-262.
Miller, David (1973): *George Herbert Mead: Self, Language and the World.* Austin: University of Texas Press.
— (1981): «The Meaning of Role-Taking». *Symbolic Interaction* 4: 167-175.
— (1982a): «Introduction». En G. H. Mead, *The Individual and the Social Self: Unpublished Work of George Herbert Mead.* Chicago: University of Chicago Press: 1-26.
— (1982b): «Review of J. David Lewis and Richard L. Smith»: *American Sociology and Pragmatism. Journal of the History of Sociology* 4: 108-114.
— (1985): «Concerning J. Davis Lewis' Response to My Review of *American Sociology and pragmatism». Journal of the History of Sociology* 5: 131-133.
Miller, Jean Baker (1976): *Toward a New Psychology of Women.* Boston: Beacon Press.
Millet, Kate (1970): *Sexual Politics.* Garden City, N. Y.: Doubleday.
Mills, C. Wright (1951): *White Collar.* Nueva York: Oxford University Press. [Edición en castellano: *White Collar.* Madrid: Aguilar, 1973.]
— (1956): *The Power Elite.* Nueva York: Oxford University Press. [Edición en castellano: *La élite del poder.* México: Fondo de Cultura Económica, 1978.]
— (1959): *The Sociological Imagination.* Nueva York: Oxford University Press. [Edición en castellano: *La imaginación sociológica.* México: Fondo de Cultura Económica, 1974.]
— (1960): *Listen Yankee: The Revolution in Cuba.* Nueva York: McGraw-Hill. [Edición en castellano: Escucha Yanqui. México: Fondo de Cultura Económica, 1962.]
— (1962): *The Marxists.* Nueva York: Dell. [Edición en castellano: *Los marxistas.* México: Era, 1970.]
Mitchell, Jack N. (1978): *Social Exchange, Dramaturgy and Ethnomethodology: Toward a Paradigmatic Synthesis.* Nueva York: Elsevier.
Mitchell, Juliet (1975): *Psychoanalysis and Feminism.* Nueva York: Vintage.

Mitroff, Ian (1974): «Norms and Counter-Norms in a Select Group of the Apollo Moon Scientists: A Case Study of the Ambivalence of Scientists». *American Sociological Review* 39: 579-595.

Mitroff, Ian y Kilmann, Ralph (1978): *Methodological Approaches to Social Science*. San Francisco: Jossey-Bass.

Mizruchi, Mark (1990): «Cohesion, Structural Equivalence, and Similarity of Behavior: An Approach to the Study of Corporate Political Power». *Sociological Theory* 8: 16-32.

Mizruchi, Mark S. y Koenig, Thomas (1986): «Economic Sources of Corporate Political Consensus: An Examination of Interindustry Relations». *American Sociological Review* 51: 482-491.

Moi, Toril (ed.) (1986): *The Kristeva Reader*. Nueva York: Columbia University Press.

Molm, Linda D. (1981): «The Legitimacy of Behavioral Theory as a Sociological Perspective». *American Sociologist* 16: 153-166.

Moore, Wilbert E. (1978): «Functionalism». En T. Bottomore y R. Nisbet (eds.): *A History of Sociological Analysis*. Nueva York: Basic Books: 321-326. [Edición en castellano: *Historia del análisis sociológico*. Buenos Aires: Amorrortu, 1988.]

Moraga, Cherrie y Anzaldua, Gloria (1981): *This Bridge Called My Back: Writings by Radical Women of Color*. Watertown, Mass.: Persephone Press.

Morgan, Robin (1970): *Sisterhood Is Powerful: An Anthology of Writings from the Women's Liberation Movement*. Nueva York: Vintage.

Morrione, Thomas J. (1988): «Herbert G. Blumer 1900-1987»: A Legacy of Concepts, Criticisms, and Contributions». *Symbolic Interaction* 11: 1-12.

Morris, Monica B. (1977): *Excursion into Creative Sociology*. Nueva York: Columbia University Press.

Morse, Chandler (1961): «The Functional Imperatives». En M. Black (ed.): *The Social Theories of Talcott Parsons*. Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall: 100-152.

Mouffe, Chantal (1988): «Radical Democracy: Modern or Postmodern?» En A. Ross (ed.): *Universal Abandon? The Politics of Postmodernism*. Minneapolis: University of Minnesota Press: 31-45.

Mullins, Nicholas (1973): *Theories and Theory Groups in Contemporary American Sociology*. Nueva York: Harper & Row.

— (1983): «Theories and Theory Groups Revisited». En R. Collins (ed.): *Sociological Theory*-1983. San Francisco: Jossey-Bass: 319-337.

Münch, P. A. (1975): «"Sense" and "Intention" in Max Weber's Theory of Action». *Sociological Inquiry* 45: 59-65.

Münch, Richard (1987): «The Interpenetration of Microinteraction and Macrostructures in a Complex and Contingent Institutional Order». En J. Alexander *et al* (eds.): *The Micro-Macro Link*. Berkeley: University of California Press: 319-336.

Münch, Richard y Smelser, Neil J. (1987): «Relating the Micro and Macro». En J. C. Alexander, *et al*. (eds.): *The Micro-Macro Link*. Berkeley: University of California Press: 356-387.

Natanson, Maurice (1973a): «Introduction». En A. Schutz, *Collected Papers I: The Problem of Social Reality*. La Haya: Martinus Nijhoff: xxv-xlvii.

— (1973b): *The Social Dynamics of George H. Mead*. La Haya: Martinus Nijhoff.

Nicolaus, Martin (1974): «Foreword». En K. Marx, *The Grundrisse*. Nueva York: Random House: 7-63.

Nisbet, Robert (1967): *The Sociological Tradition.* Nueva York: Basic Books. [Edición en castellano: *La formación del pensamiento sociológico.* Buenos Aires: Amorrortu, 1968.]

Noblit, George W. y Hare, R. Dwight (1988): *Meta-Ethnography: Synthesizing Qualitative Studies.* Newbury Park, Calif.: Sage.

Oakes, Guy (1984a): «The Problem of Women in Simmel's Theory of Culture». En G. Oakes (ed.): *Georg Simmel on Women, Sexuality and Love.* New Haven: Yale University Press.

Ollman, Bertell (1976): *Alienation.* 2ª ed. Cambridge: Cambridge University Press.

O'Neill, William L (1971): *A History of Feminism in America.* Chicago: Quadrangle Books.

Osterberg, Dag (1988): *Metasociology: An Inquiry into the Origins and Validity of Social Thought.* Oslo, Noruega: Norwegian University Press.

Pace, Eric (1990): «Louis Althusser, 72, a Marxist Who Harshly Criticized Moscow». *New York Times,* 24 de octubre: B6.

Pareto, Vilfredo (1935): *A Treatise on General Sociology.* 4 vols. Nueva York: Dover.

Park, Robert E. (1927/1973): «Life History». *American Journal of Sociology* 79: 251-260.

Parker, Mike y Slaughter, Jane (1990): «Management-by-Stress: The Team Concept in the US Auto Industry». *Science as Culture* 8: 27-58.

Parsons, Talcott (1937): *The Structure of Social Action.* Nueva York: McGraw-Hill. [Edición en castellano: *La estructura de la acción social.* Madrid: Guadarrama, 1968.]

— (1942): «Some Sociological Aspects of the Fascist Movements». *Social Forces* 21: 138-147.

— (1947): «Certain Primary Sources and Patterns of Aggression in the Social Structure of Western World». *Psychiatry* 10: 167-181.

— (1949): *The Structure of Social Action.* 2ª ed. Nueva York: McGraw-Hill. [Edición en castellano: *La estructura de la acción social.* Madrid: Guadarrama, 1968, 2 vols.]

— (1951): *The Social System.* Glencoe, Ill.: Free Press. [Edición en castellano: *El sistema social.* Madrid: Alianza Editorial, 1988.]

— (1954a): «The Prospects of Sociological Theory». En T. Parsons (ed.): *Essays in Sociological Theory.* Nueva York: Free Press: 348-369. [Edición en castellano: *Ensayos de teoría sociológica.* Buenos Aires: Paidós, 1967.]

— (1954b) «The Present Position and Prospects of Systematic Theory in Sociology». En T. Parsons: *Essays in Sociological Theory.* Nueva York: Free Press: 212-237.

— (1954c): «Age and Sex in the Social Structure of the United States». En T. Parsons (ed.): *Essays in Sociological Theory.* Nueva York: Free Press.

— (1964): «Levels of Organization and the Mediation of Social Interaction». *Sociological Inquiry* 34: 207-220.

— (1966): *Societies.* Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall. [Edición en castellano: *La sociedad.* México: Trillas, 1974.]

— (1970a): *Social Structure and Personality.* Nueva York: Free Press.

— (1970b): «On Building Social System Theory: A Personal History». *Daedalus* 99: 826-881.

— (1971): *The System of Modern Societies.* Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall. [Edición en castellano: *El sistema de las sociedades modernas.* México: Trillas, 1974.]

— (1975): «Social Structure and the Symbolic Media of Interchange». En P. Blau (ed.): *Approaches to the Study of Social Structure.* Nueva York: Free Press: 94-100.

— (1977a): «General Introduction». En T. Parsons (ed.): *Social Systems and the Evolution of Action Theory.* Nueva York: Free Press: 1-13.

— (1977b): «On Building Social System Theory: A Personal History». En T. Parsons (ed.): *Social Systems and the Evolution of Action Theory.* Nueva York: Free Press: 22-76.

— (1990): «Prolegomena to a Theory of Social Institutions». *American Sociological Review* 55: 319-333.

Parsons, Talcott y Platt, Gerald (1973): *The American University.* Cambridge: Harvard University Press.

Parsons, Talcott y Shils, Edward A. (eds.) (1951): *Toward a General Theory of Action.* Cambridge: Harvard University Press.

Peel, J. D. Y. (1971): *Herbert Spencer: The Evolution of a Sociologist.* Nueva York: Basic Books.

Pelaez, Eloína y Holloway John (1990): «Learning to Bow: Post-Fordism and Technological Determinism». *Science as Culture* 8: 15-26.

Perinbanayagam, Robert S. (1981): «Behavioral Theory: The Relevance, Validity, and Appositeness Thereof to Sociology». *American Sociologist* 16: 166-169.

— (1985): *Signifying Acts: Structure and Meaning in Everyday Life.* Carbondale: Southern Illinois University Press.

Perrin, Robert (1976): «Herbert Spencer's Four Theories of Social Evolution». *American Journal of Sociology* 81: 1339-1359.

Phillips, Derek (1973): «Paradigms, Falsifications and Sociology». *Acta Sociologica* 16: 13-31.

— (1975): «Paradigms and Incommensurability». *Theory and Society* 2: 37-62.

Piccone, Paul (1990): «Paradoxes of *Perestroika*». Telos 84: 3-32.

Polit, Denise F. y Falbo, Toni (1987): «Only Children and Personality Development: A Quantitative Review». *Journal of Marriage and the Family* 49: 309-325.

Pollner, Melvin (1987): *Mundane Reason: Reality in Everyday and Sociological Discourse.* Cambridge: Cambridge University Press.

Porpora, Douglas (1989): «Four Concepts of Social Structure» *Journal for the Theory of Social Behaviour* 19: 195-211.

Poulantzas, Nicos (1972): «The Problem of the Capitalist State». En R. Blackburn (ed.): *Ideology in Social Science.* Londres, Fontana: 238-253.

— (1973): *Political Power and Social Classes.* Londres: Verso.

— (1974): *Fascism and Dictatorship: The Third International and the Problem of Fascism.* Londres: NLB. [Edición en castellano: *Fascismo y dictadura.* Madrid: Siglo XXI, 1979.]

— (1975): *Classes and Contemporary Capitalism.* Londres: NLB. [Edición en castellano: *Clases sociales en el capitalismo actual.* Madrid: Siglo XXI, 1977.]

— (1976): *The Crisis of the Dictatorships.* Londres: NLB. [Edición en castellano: *Crisis de las dictaduras.* Madrid: Siglo XXI, 1976.]

Powers, Charles H. (1986): *Vilfredo Pareto.* Newbury Park, Calif.: Sage.

Prendergast, Christopher (1986): «Alfred Schutz and the Austrian School of Economics». *American Journal of Sociology* 92: 1-26.

Psathas, George (1973): «Introduction». En G. Psathas (ed.): *Phenomenological Sociology: Issues and Applications.* Nueva York: Wiley.

— (1989): *Phenomenology and Sociology: Theory and Research.* Lanham, Md.: University Press of America.

Puner, Helen Walker (1947): *Freud: His Life and His Mind:* Nueva York: Dell.

Quadagno, Jill S. (1979): «Paradigms in Evolutionary Theory: The Sociobiological Model of Natural Selection». *American Sociological Review* 44: 100-109.

Radnitzky, Gerald (1973): *Contemporary Schools of Metascience.* Chicago: Regnery.

Radway, Janice (1984): *Reading the Romance: Women, Patriarchy and Popular Literature.* Chapel Hill: University of North Carolina Press.

Reed, Evelyn (1970): *Women's Liberation.* Nueva York: Pathfinder Press.

Rhoades, Lawrence J. (1981): *A History of the American Sociological Association.* Washington, D. C.: American Sociological Association.

Rich, Adrienne (1976): *Of Woman Born: Motherhood as Experience and Institution.* Nueva York: Bantam.

— (1979): *On lies, Secrets and Silences: Selected Prose* 1966-1978. Nueva York: Norton.

— (1980): «Compulsory Heterosexual and Lesbian Experience». En C. R. Stimson y E. S. Person (eds.): *Women, Sex, and Sexuality.* Chicago: University of Chicago Press: 62-91.

Risman, Barbara y Schwarz, Pepper (eds.) (1989): *Gender in Intimate Relationships: A Microstructural Approach.* Belmont, Calif.: Wadsworth.

Ritzer, George (1975a): *Sociology: A Multiple Paradigm Science.* Boston: Allyn and Bacon.

— (1975b): «Sociology: A Multiple Paradigm Science». *American Sociologist* 19: 156-167.

— (1979): «Toward an Integrated Sociological Paradigm». En W. Snizek *et al.* (eds.): *Contemporary Issues in Theory and Research.* Westport, Conn.: Greenwood Press: 25-46.

— (1980): *Sociology: A Multiple Paradigm Science.* Ed. Rev. Boston: Allyn and Bacon.

— (1981a): *Toward an Integrated Sociological Paradigm: The Search for an Exemplar and an Image of the Subject Matter.* Boston: Allyn and Bacon.

— (1981b): «Paradigm Analysis in Sociology: Clarifying the Issues». *American Sociological Review* 46: 245-248.

— (1983): «The McDonaldization of Society». *Journal of American Culture* 6: 100-107.

— (1985): «The Rise of Micro-Sociological Theory». *Sociological Theory* 3: 88-98.

— (1987): «The Current State of Metatheory». *Sociological Perspectives: The Theory Section Newsletter* 10: 1-6.

— (1988): «Sociological Metatheory: Defending a Subfield by Delineating Its Parameters». *Sociological Theory* 6: 187-200.

— (1989a): «Metatheorizing as a Prelude to Theory Development». Ponencia presentada en las reuniones de la Asociación Americana de Sociologia, San Francisco.

— (1989b): «Of Levels and "Intellectual Amnesia"». *Sociological Theory* 7: 226-229.

— (1990a): «Micro-Macro Linkage in Sociological Theory: Applying a Metatheoretical Tool». En G. Ritzer (ed.): *Frontiers of Social Theory: The New Syntheses.* Nueva York: Columbia University Press: 347-370.

— (1990b): «The Current Status of Sociological Theory: The New Syntheses». En G. Ritzer (ed.): *Frontiers of Social Theory: The New Syntheses.* Nueva York: Columbia University Press: 1-30.

— (1990c): Número especial sobre la metateoría. *Sociological Forum* 5: 1-74.
— (1990d): «Metatheorizing in Sociology». *Sociological Forum* 5: 3-15.
— (1991): *Metatheorizing in Sociology*. Lexington, Mass.: Lexington Books.
— (1992): *Classical Sociological Theory*. Nueva York: McGraw-Hill. [Edición en castellano: Teoría sociológica clásica. Madrid: McGraw-Hill.
— (a, en prensa): *Big Mac Attack: The McDonaldization of Society*. Nueva York: Lexington Books.
— (b, en prensa): «The Recent History and the Emerging Reality of American Sociological Theory: A Metatheoretical Interpretation». *Sociological Forum*.
Ritzer, George (ed.) (1990e): *Frontiers of Social Theory: The New Syntheses*. Nueva York: Columbia University Press.
— (c, en prensa): *Metatheorizing: A Coming of Age*. Newbury Park, Calif.: Sage.
Ritzer, George y Trice, Harrison (1969): *An Occupation in Conflict: A Study of the Personnel Manager*. Ithaca, N. Y.: Cornell University Press.
Ritzer, George y Walczak, David (1986): *Working: Conflict and Change*. 3ª ed. Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall.
Ritzer, George y Gindoff, Pamela (en prensa): «Micro-Macro, Agency-Structure, and Individualism-Holism». En Piotr Stompka (ed.): *From Systems to Agents: The Current Reorientation of Sociological Theory*. Londres: Sage.
Rocher, Guy (1975): *Talcott Parsons and American Sociology*. Nueva York: Barnes and Noble.
Rock, Paul (1979): *The Making of Symbolic Interactionism*. Totowa, N. J.: Rowman and Littlefield.
Roemer, John (1982): «Methodological Individualism and Deductive Marxism». *Theory and Society* 11: 513-520.
— (1986a): «Introduction». En J. Roemer (ed.): *Analytical Marxism*. Cambridge: Cambridge University Press: 1-7.
— (1986b): «"Rational Choice" Marxism: Some Issues of Method and Substance». En J. Roemer (ed.) *Analytical Marxism*. Cambridge: Cambridge University Press: 191-201.
Roemer, John (ed.) (1986c): *Analytical Marxism*. Cambridge: Cambridge University Press.
Rogers, Mary (1983): *Sociology, Ethnomethodology, and Experience: A Phenomenological Critique*. Nueva York: Cambridge University Press.
Rollins, Judith (1985): *Between Women: Domestics and Their Employers*. Philadelphia: Temple University Press.
Rose, Arnold (1962): «A Systematic Summary of Symbolic Interaction Theory». En A. Rose (ed.): *Human Behavior and Social Processes*. Boston: Houghton Mifflin.
Rose, Gillian (1984): *Dialectic of Nihilism: Post-Structuralism and Law*. Nueva York: Blackwell.
Rosenberg, Morris (1979): *Conceiving the Self*. Nueva York: Basic Books.
— (1989): «Self-Concept Research: A Historical Review». *Social Forces* 68: 34-44.
Rosenberg, Rosalind (1982): *Beyond Separate Spheres: Intellectual Roots of Modern Feminism*. New Haven: Yale University Press.
Rosenthal, Naomi, *et al.* (1985): «Social Movements and Network Analysis: A Case Study of Nineteenth-Century Women's Reform in New York State». *American Journal of Sociology* 90: 1022-1054.
Rossi, Alice (1974): *The Feminist Papers: From Adams to de Beauvoir*. Nueva York: Bantam.

— (1977): «A Biosocial Perspective on Parenting». *Daedalus* 106: 9-31.
— (1983): «Gender and Parenthood». *American Sociological Review* 49: 1-19.
Rossi, Ino (1974a): «Intellectual Antecedents of Lévi-Strauss' Notion of Unconscious». En I. Rossi (ed.): *The Unconscious in Culture: the Structuralism of Claude Lévi-Strauss in Perspective.* Nueva York: Dutton: 7-30.
— (1974b): «Structuralism as a Scientific Method». En I. Rossi (ed.): *The Unconscious in Culture: The Structuralism of Lévi-Strauss in Perspective.* New York: Dutton: 60-106.
Rossi, Ino (ed.) (1982): *Structural Sociology.* Nueva York: Columbia University Press.
Rowbotham, Sheila (1973): *Women's Consciousness, Man's World.* Middlesex, Ingl.: Pelican.
Rubinstein, David (1986): «The Concept of Structure in Sociology». En M. L. Wardell y S. P. Turner (eds.): *Sociological Theory in Transition.* Boston: Allen and Unwin: 80-94.
Rubin, Gayle (1975): «The Traffic in Women: Notes on the Political Economy of Sex». En R. Reiter (ed.): *Towards an Anthropology of Women.* Nueva York: Monthly Review Press.
Rubin, Lillian (1976): *Worlds of Pain: Life in the Working Class Family.* Nueva York: Basic Books.
— (1979): *Intimate Strangers: Men and Women Together.* Nueva York: Harper & Row.
— (1985): *Just Friends: The Role of Friendship in Our Lives.* Nueva York: Harper & Row.
Ruddick, Sara (1980): «Maternal Thinking». *Feminist Studies* 6: 342-367.
Ryan, Mary (1990): *Women in Public: From Barriers to Ballots 1825-1880.* Baltimore: Johns Hopkins University Press.
Ryan, William (1971): *Blaming the Victim.* Nueva York: Pantheon.
Ryave, A. Lincoln y Schenkein, James N. (1974): «Notes on the Art of Walking». En R. Turner (ed.): *Ethnomethodology: Selected Readings.* Harmondsworth, Ing.: Penguin: 265-275.
Salamini, Leonardo (1981): *The Sociology of Political Praxis: An Introduction to Gramsci's Theory.* Londres: Routledge and Kegan Paul.
Salomon, A. (1945): «German Sociology». En G. Gurvitch y W. F. Moore (eds.): *Twentieth Century Sociology.* Nueva York: Philosophical Library: 586-614.
Sanday, Peggy Reeves (1990): *Fraternity Gang Rape: Sex, Brotherhood and Privilege on Campus.* Nueva York: New York University Press.
Satoshi, Kamata (1982): *Japan in the Passing Lane.* Nueva York: Pantheon.
Saunders, Peter (1989): «Space, Urbanism and the Created Environment». En D. Held y J. B. Thompson (eds.): *Social Theory of Modern Societies: Anthony Giddens and His Critics.* Cambridge: Cambridge University Press: 215-234.
Scheffler, Harold (1970): «Structuralism in Anthropology». En J. Ehrmann (ed.): *Structuralism.* Garden City, N. Y.: Anchor: 56-79.
Schegloff, Emanuel (1979): «Identification and Recognition in Telephone Conversation Openings». En G. Psathas (ed.): *Everyday Language: Studies in Ethnomethodology.* Nueva York: Irvington: 23-78.
— (1987): «Between Macro and Micro: Contexts and Other Connections». En J. Alexander *et al.* (eds.): *The Micro-Macro Link:* Berkeley: University of California Press: 207-234.

Schluchter, Wolfgang (1981): *The Rise of Western Rationalism: Max Weber's Developmental History.* Berkeley: University of California Press.

Schmidt, Neal, *et al.* (1984): «Meta-analyses of Validity Studies Published between 1964 and 1982 and the Investigation of Study Characteristics». *Personnel Psychology* 37:407-422.

Schroeter, Gerd (1985) «Dialogue, Debate, or Dissent? The Difficulties of Assessing Max Weber's Relation to Marx». En R. J. Antonio y R. M. Glassman (eds.): *A Weber-Marx Dialogue.* Lawrence: University Press of Kansas: 2-13.

Schroyer, Trent (1970): «Toward a Critical Theory of Advanced Industrial Society». En H. P. Dreitzel (ed.): *Recent Sociology: Nº 2.* Nueva York: Macmillan: 210-234.

— (1973): *The Critique of Domination.* Boston: Beacon Press.

Schutz, Alfred (1932/1967): *The Phenomenology of the Social World.* Evanston, Ill.: Northwestern University Press. [Edición en castellano: *Fenomenología del mundo social.* Buenos Aires: Paidós, 1972.]

— (1973): *Collected Papers I: The Problem of Social Reality.* La Haya: Martinus Nijhoff. [Edición en castellano: *El problema de la realidad social.* Buenos Aires: Amorrortu, 1974.]

— (1975): *Collected Papers III: Studies in Phenomenological Philosophy.* La Haya: Martinus Nijhoff.

— (1976a): *Collected Papers II: Studies in Social Theory.* La Haya: Martinus Nijhoff. [Edición en castellano: *Estudios sobre teoría social.* Buenos Aires: Amorrortu, 1974.]

— (1976b): «The Stranger: An Essay in Social Psychology». En A. Schutz: *Collected Papers II: Studies in Social Theory.* La Haya: Martinus Nijhoff. [Edición en castellano: *Estudios sobre teoría social.* Buenos Aires: Amorrortu, 1974.]

— (1976c): «The Homecomer». En A. Schutz: *Collected Papers II: Studies in Social Theory.* La Haya: Martinus Nijhoff. [Edición en castellano: *Estudios sobre teoría social.* Buenos Aires: Amorrortu, 1974.]

Schutz, Alfred y Luckmann, Thomas (1973): *The Structure of the Life World.* Evanston, Ill.: Northwestern University Press. [Edición en castellano: *Las estructuras del mundo de la vida.* Buenos Aires: Amorrortu, 1977.]

Schwanenberg, Enno (1971): «The Two Problems of Order in Parsons's Theory: An Analysis from Within». *Social Forces* 49: 569-581.

Schwendinger, Julia y Schwendinger, Herman (1974): *Sociologists of the Chair.* Nueva York: Basic Books.

Scimecca, Joseph (1977): *The Sociological Theory of C. Wright Mills.* Port Washington, N. Y.: Kennikat Press.

Sciulli, David y Gerstein, Dean (1985): «Social Theory and Talcott Parsons in the 1980s». *Annual Review of Sociology* 11: 369-387.

Scully, Diana (1980): *Men Who Control Health: The Miseducation of Obstetrician-Gynecologists.* Boston: Houghton Mifflin.

— (1990): *Understanding Sexual Violence: A Study of Convicted Rapists.* Boston: Unwin Hyman.

Searle, John (1972): «Chomsky's Revolution in Linguistics». *The New York Review of Books* 18: 16-24.

Seidman, Steven (1983): *Liberalism and the Origins of European Social Theory.* Berkeley: University of California Press.

— (1989): «Introduction». En S. Seidman (ed.): *Jurgen Habermas on Society and Politics: A Reader.* Boston: Beacon Press: 1-25.

Sewart, John J. (1978): «Critical Theory and the Critique of Conservative Method». *American Sociologist* 13: 15-22.
Shalin, Dmitri (1986): «Pragmatism and Social Interactionism». *American Sociological Review* 51: 9-29.
Sharrock, Wes y Anderson, Bob (1986): *The Ethnomethodologists*. Chichester, Ing.: Ellis Horwood.
Sheridan, Alan (1980): *Michel Foucault: The Will to Truth*. Londres: Tavistock.
Shibutani, Thomas (1988): «Herbert Blumer's Contribution to Twentieth-Century Sociology». *Symbolic Interaction* 11: 23-31.
Showalter, Elaine (1971): *Women's Liberation and Literature*. Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich.
Shreve, Anita (1989): *Women Together, Women Alone: The Legacy of the Consciousness Raising Movement*. Nueva York: Viking.
Simmel, Georg (1907/1978): *The Philosophy of Money*, Tom Bottomore y David Frisby (eds. y trads.). Londres: Routledge and Kegan Paul. [Edición en castellano: *La filosofía del dinero*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1976.]
Simon, Herbert (1957): *Administrative Behavior*. Nueva York: Free Press.
Singelmann, Peter (1972): «Exchange as Symbolic Interaction». *American Sociological Review* 38: 414-424.
Skinner, B. F. (1938): *The Behavior of Organisms: An Experimental Analysis*. Nueva York: Appleton-Century-Crofts.
— (1948): *Walden Two*. Nueva York: Macmillan. [Edición en castellano: *Walden Dos*. Barcelona: Martínez-Roca, 1984.]
— (1968): *Technology of Teaching*. Nueva York: Appleton-Century-Crofts. [Edición en castellano: *Tecnología de la enseñanza*. Barcelona: Labor, 1982.]
— (1971): *Beyond Freedom and Dignity*. Nueva York: Knopf. [Edición en castellano: *Más allá de la libertad y la dignidad*. Barcelona: Fontanella, 1977.]
— (1983): *Matter of Consequences: Part Three of an Autobiography*. Nueva York: Knopf.
Skocpol, Theda (1979): *States and Social Revolutions*. Cambridge: Cambridge University Press. [Edición en castellano: *Los estados y las revoluciones sociales*. México: Fondo de Cultura Económica, 1984.]
— (1986): «The Dead End of Metatheory». *Contemporary Sociology* 16: 10-12.
Skotnes, Andor (1979): «Structural Determination of the Proletariat and the Petty Bourgeoisie: A Critique of Nicos Poulantzas». *Insurgent Sociologist* 9: 34-54.
Slater, Phil (1977): *Origin and Significance of the Frankfurt School: A Marxist Perspective*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
Smart, Barry (1983): *Foucault, Marxism and Critique*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
— (1985): *Michel Foucault*. Chichester, Ingl.: Ellis Horwood.
Smelser, Neil (1959): *Social Change in the Industrial Revolution*. Chicago: University of Chicago Press.
— (1962): *Theory of Collective Behavior*. Nueva York: Free Press.
— (1987): «Depth Psychology and the Social Order». En J. Alexander *et al.* (eds.): *The Micro-Macro Link*. Berkeley: University of California Press: 267-286.
— (1988): «Sociological Theory: Looking Forward». *Perspectives: The Theory Section Newsletter* 11: 1-3.
Smith, Dorothy (1974): «Women's Perspective as a Radical Critique of Sociology». *Sociological Inquiry* 44: 7-13.

— (1975): «An Analysis of Ideological Structures and How Women Are Excluded: Consideration for Academic Women». *Canadian Review of Sociology and Anthropology* 12: 353-369.

— (1978): «A Peculiar Eclipsing: Women's Exclusion from Man's Culture». *Women's Studies International Quarterly* 1: 281-295.

— (1979): «A Sociology for Women». En J. A. Sherman y E. T. Beck (eds.): *The Prism of Sex: Essays in the Sociology of Knowledge*. Madison: University of Wisconsin Press.

— (1987): *The Everyday World as Problematic: A Feminist Sociology*. Boston: Northeastern University Press.

— (1989): «Sociological Theory: Methods of Writing Patriarchy». En R. A. Wallace (ed.): *Feminism and Sociological Theory*. Newbury Park, Calif.: Sage: 34-64.

— (1990a): *The Conceptual Practices of Power: A Feminist Sociology of Knowledge*. Boston: Northeastern Universiry Press.

— (1990b): *Texts, Facts and Feminity: Exploring the Relations of Ruling*. Londres: Routledge and Kegan Paul.

Smith, Dorothy y Griffith, Alison (1985): «Coordinating the Uncoordinated: How Mothers Manage the School Day». Ponencia presentada en la reunión anual de la Asociación Americana de Sociología, Washington, D. C.

Smith, Norman Erik (1979): «William Graham Sumner as an Anti-Social Darwinist». *Pacific Sociological Review* 22: 332-347.

Smith, T. V. (1931): «The Social Philosophy of George Herbert Mead». *American Journal of Sociology* 37: 368-385.

Snitow, Ann Barr (1979): «Mass Market Romance: Pornography for Women Is Different». *Radical History Review* 20: 141-163.

Snitow, Ann Barr; Stansell, Christine, y Thompson, Sharon (1983): *Powers of Desire: The Politics of Sexuality*. Nueva York: Monthly Review Press.

Snizek, William E. (1976): «An Empirical Assessment of "Sociology: A Multiple Paradigm Science"». *American Sociologist* 11: 217-219.

Snizek, William E.; Fuhrman, Ellsworth R., y Miller, Michael K. (eds.) (1979): *Contemporary Issues in Theory and Research*. Wesport, Conn.: Greenwood Press.

Snow, David (1986): «Frame Alignment Processes, Micromobilization, and Movement Participation» *American Sociological Review* 51: 464-481.

Snow, David A.; Zurcher, Louis A. y Peters, Robert (1984): «Victory Celebrations as Theater: A Dramaturgical Approach to Crowd Behavior». *Symbolic Interaction* 8: 21-42.

Sokoloff, Natalie (1980): *Between Money and Love: The Dialectics of Women's Home and Market Work*. Nueva York: Praeger.

Sorokin, Pitirim (1928): *Contemporary Sociological Theories*. Nueva York: Harper. [Edición en castellano: *Teorías sociológicas contemporáneas*. Buenos Aires: Depalma, 1951.]

— (1937-1941): *Social and Cultural Dynamics*. 4 vols. Nueva York: American Books. [Edición en castellano: *Dinámica social y cultural*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1962.]

— (1956): *Fads and Foibles in Modern Sociology and Related Sciences*. Chicago: Regnery. [Edición en castellano: *Achaques y manías de la sociología moderna y ciencias afines*. Madrid: Aguilar, 1964.]

— (1963): *A Long Journey: The Autobiography of Pitirim Sorokin.* New Haven: College and University Press.

Speier, Matthew (1970): «The Everyday World of the Child». En J. Douglas (ed.): *Understanding Everyday Life.* Chicago: Aldine: 188-217.

Spender, Dale (1980): *Man Made Language.* Londres: Routledge and Kegan Paul.

— (1982): *Women of Ideas (And What Men Have Done to Them).* Londres: Routledge and Kegan Paul.

— (1989): *The Writing or the Sex? Or Why You Don't Have to Read Women's Writing to Kow It's No Good.* Nueva York: Pergamon Press.

Spencer, Dale (ed.) (1983): *Feminist Theorists: Three Centuries of Key Women Thinkers.* Nueva York: Random House.

Staats, Arthur W. (1976): «Skinnerian Behaviorism: Social Behaviorism or Radical Behaviorism?» *American Sociologist* 11: 59-60.

Stacey, Judith, y Thorne, Barrie (1985): «The Missing Feminist Revolution in Sociology». *Social Problems* 32: 301-316.

Stanfield, Ron (1974): «Kuhnian Scientific Revolutions and the Keynesian Revolution». *Journal of Economic Issues* 8: 97-109.

Stanton, Donna (1985): «Language and Revolution: The Franco-American Dis-Connection». En H. Eisenstein y A. Hardine (eds.): *The Future of Difference.* New Brunswick, N. J.: Rutgers University Press.

Stockard, Jean y Johnson, Miriam (1980): *Sex Roles: Sex Inequality and Sex Role Development.* Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall.

Stolte, John F. (1987): «Legitimacy, Justice, and Productive Exchange». En K. S. Cook (ed.): *Social Exchange Theory.* Beverly Hills, Calif.: Sage: 190-208.

Struik, Dirk (1964): «Introduction». En K. Marx, *The Economic and Philosophic Manuscripts of 1844.* Nueva York: International Publishers: 9-56.

Stryker, Sheldon (1980): *Symbolic Interactionism: A Social Structural Version.* Menlo Park, Calif.: Benjamin/Cummings.

Swedberg, Richard (1989): «Socioeconomics and the New Methodenstreit: On the Paradigmatic Struggle in Contemporary Economics». Ponencia presentada en la conferencia sobre «Socio-Economía» en Harvard Business School, marzo 31-abril 2.

*Symbolic Interaction* (1983): Symposium sobre J. David Lewis y Richard L. Smith, *American Sociology and Pragmatism* 6: 127-174.

—(1988): Ejemplar especial sobre el legado de Herber Blumer. 11: 1-160.

Szacki, Jerzy (1979): *History of Sociological Thought.* Westport, Conn.: Greenwood Press.

Sztompka, Piotr (1974): *System and Function: Toward a Theory of Society.* Nueva York: Academic Press.

Takla, Tendzin y Pope Whitney (1985): «The Force Imagery in Durkheim: The Integration Theory, Metatheory and Method». *Sociological Theory* 3: 74-88.

Tar, Zoltan (1977): *The Frankfurt School: The Critical Theories of Max Horkheimer and Theodor W. Adorno.* Londres: Routledge and Kegan Paul.

Telos (1989-1990): «Does Critical Theory Have a Future? The Elizabethtown *Telos* Conference (del 23 al 25 de febrero de 1990)». *Telos* 82: 111-130.

Thomas, William I. y Thomas, Dorothy S. (1928): *The Child in America: Behavior Problems and Programs.* Nueva York: Knopf.

Thompson, E. P. (1978): *The Poverty of Theory.* Londres: Merlin Press.

Thompson, John B. (1989): «The Theory of Structuration». En D. Held y J. B. Thomp-

son (eds.): *Social Theory of Modern Societies: Anthony Giddens and His Critics.* Cambridge: Cambridge University Press: 56-76.

Thompson, Kenneth (1975): *Auguste Comte: The Foundation of Sociology.* Nueva York: Halstead Press.

Tiger, Lionel y Fox, Robin (1971): *The Imperial Animal.* Nueva York: Holt, Rinehart and Winston.

Tilman, Rick (1984): *C. Wright Mills: A Native Radical and His American Intellectual Roots.* University Park: Pennsylvania State University Press.

Tinker, Irene (ed.) (1983): *Women in Washington: Advocates for Public Policy.* Beverly Hills, Calif.: Sage.

Tiryakian, Edward A. (1962): *Sociologism and Existentialism: Two Perspectives on the Individual and Society.* Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall.

— (1965): «Existential Phenomenology and the Sociological Tradition». *American Sociological Review* 30: 674-688.

— (1979): «The Significance of Schools in the Development of Sociology». En W. Snizek, E. Fuhrman, y M. Miller (eds.): *Contemporary Issues in Theory and Research.* Wesport, Conn.: Greenwood Press: 211: 233.

— (1986): «Hegemonic Schools and the Development of Sociology: Rethinking the History of Discipline». En R. C. Monk (ed.): *Structures of Knowing.* Lanham, Md.: University Press of America: 417-441.

— (en prensa): «Pathways to Metatheory: Rethinking the Presuppositions of Macrosociology» En G. Ritzer (ed.): *Metatheorizing: A Coming of Age.* Beverly Hills, Calif.: Sage.

Toby, Jackson (1977): «Parsons' Theory of Societal Evolution». En T. Parsons, *The Evolution of Societies.* Englewood Cliffs, N. J. Prentice-Hall: 1-23.

Touraine, Alain (1977): *The Self-Production of Society.* Chicago: University of Chicago Press.

Trebilcot, Joyce (1973): «Sew Roles: The Argument from Nature». Ponencia presentada en la reunión de la Asociación Americana de Filosofía en la Sección Occidental, en abril.

Trebilcot, Joyce (ed.) (1984): *Mothering: Essays in Feminist Theory.* Totowa, N. J.: Rowman and Allanheld.

Troyer, William (1946): «Mead's Social and Functional Theory of Mind». *American Sociological Review* 11: 198-202.

Tucker, Robert C. (ed.) (1970): *The Marx-Engels Reader.* Nueva York: Norton.

Tumin, Melvin (1953): «Some Principles of Stratification: A Critical Analysis.» *American Sociological Review* 18: 387-394.

Turner, Bryan S. (1981): *For Weber: Essays in the Sociology of Fate.* Boston: Routledge and Kegan Paul.

Turner, Jonathan (1973): «From Utopia to Where? A Strategy for Reformulating the Dahrendorf Conflict Model». *Social Forces* 52: 236-244.

— (1975): «A Strategy for Reformulating the Dialectical and Functional Theories of Conflict». *Social Forces* 53: 433-444.

— (1982): *The Structure of Sociological Theory.* 3ª ed. Homewood, Ill.: Dorsey Press.

— (1985): «In Defense of Positivism». *Sociological Theory* 3: 24-30.

— (1986): *The Structure of Sociological Theory.* 4ª ed. Chicago: Dorsey Press.

— (1987): «Social Exchange Theory: Future Directions». En K. S. Cook (ed.): *Social Exchange Theory.* Beverly Hills, Calif.: Sage: 223-238.

— (1989a): «Introduction: Can Sociology Be a Cumulative Science?». En J. Turner (ed.): *Theory Building in Sociology: Assessing Theoretical Cumulation.* Newbury Park, Calif.: Sage: 8-18.

— (1990): «The Past, Present, and Future of Theory in American Sociology». En G. Ritzer (ed.): *Frontiers of Social Theory: The New Syntheses.* Nueva York: Columbia University Press: 371-391.

— (1991): *The Structure of Sociological Theory.* 5ª ed. Belmont, Calif.: Wadsworth.

Turner, Jonathan (ed.) (1989b): *Theory Building in Sociology: Assessing Theoretical Cumulation.* Newbury Park, Calif.: Sage.

Turner, Jonathan y Maryanski, A. Z. (1979): *Functionalism.* Menlo Park, Calif.: Benjamin/Cummings.

— (1988a): «Is "Neofunctionalism" Really Functional?» *Sociological Theory* 6: 110-121.

— (1988b): «Sociology's Lost Human Relations Area Files». *Sociological Perspectives* 31: 19-34.

Turner, Ralph (1968): «The Self-Conception in Social Interaction». En C. Gordon y K. J. Gergen (eds.): *The Self in Social Interaction,* Nueva York: Wiley: 93-106.

Turner, Roy (1970): «Words, Utterances and Activities». En J. Douglas (ed.): *Understanding Everyday Life.* Chicago: Aldine: 161-187.

Uehara, Edwina (1990): «Dual Exchange Theory, Social Networks, and Informal Social Support». *American Journal of Sociology* 96: 521-557.

Ungar, Sheldon (1984): «Self-Mockery: An Alternative Form of Self-Presentation». *Symbolic Interaction* 7: 121-133.

van den Berg, Axel (1980): «Critical Theory: Is There Still Hope?» *American Journal of Sociology* 86: 449-478.

van den Berghe, Pierre (1963): «Dialectic and Functionalism: Toward Reconciliation». *American Sociological Review* 28: 695-705.

Veltmeyer, Henry (1978): «Marx's Two Methods of Sociological Analysis». *Sociological Inquiry* 48: 101-112.

Vetter, Betty M.; Babco, Eleanor, y Jensen-Fisher, Susan (1982): *Professional Women and Minorities: A Manpower Resource Service.* Washington, D. C.: Scientific Manpower Commission.

Vidich, Arthur J. y Lyman, Stanford M.
(1985): *American Sociology: Worldly Rejections of Religion and Their Directions.* New Haven: Yale University Press.

Vogel, Lise (1984): *Marxism and the Oppression of Women: Towards a Unitary Theory.* New Brunswick, N. J.: Rutgers University Press.

Wacquant, Loïc J. D. (1989): «Towards a Reflexive Sociology: A Workshop with Pierre Bourdieu». *Sociological Theory* 7: 26-63.

Wagner, Helmut (1964): «Displacement of Scope: A Problem of the Relationship between Small Scale and Large Scale Sociological Theories». *American Journal of Sociology* 69: 571-584.

— (1983): *Alfred Schutz: An Intellectual Biography.* Chicago: University of Chicago Press.

Walker, Alice (1983): *In Search of Our Mothers'Gardens.* Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich.

— (1988): *Living by the Word.* Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich.

— (1989): *The Temple of my Familiar.* Nueva York: Pocket Books.

Wallace, Ruth A. (ed.) (1989): *Feminism and Sociological Theory*. Newbury Park, Calif.: Sage.

Wallace, Walter (1969): «Overview of Contemporary Sociological Theory». En W. Wallace (ed.): *Sociological Theory*. Chicago: University of Chicago Press. 1-59.

— (1988): «Toward a Disciplinary Matrix in Sociology». En N. Smelser (ed.): *Handbook of Sociology*. Newbury Park, Calif.: Sage: 23-76.

Wallerstein, Immanuel (1974): *The Modern World System: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World Economy in the 16th Century*. Nueva York: Academic Press. [Edición en castellano: *El moderno sistema mundial*, 2 vols. Madrid: Siglo XXI, var. eds.].

— (1980): *The Modern World System II: Mercantilism and the Consolidation of the European World-Economy, 1600-1750*. Nueva York: Academic Press.

— (1986) «Marxisms as Utopias: Evolving Ideologies». *American Journal of Sociology* 91: 1295-1308.

— (1989): *The Modern World System III: The Second Era of Great Expansion of the Capitalist World-Economy*, 1730-1840. Nueva York: Academic Press.

Wallimann, Isidor (1981): *Estrangement: Marx's Conception of Human Nature and the Division of Labor*. Westport, Conn.: Greenwood Press.

Walum-Richardson, Laurel (1981): *The Dynamics of Sex and Gender*. Boston: Houghton Mifflin.

Wardell, Mark L. y Turner, Stephen P. (1986b): «Introduction: Dissolution of the Classical Project». En M. L. Wardell y S. P. Turner (eds.): *Sociological Theory in Transition* Boston: Allen and Unwin: 11-18.

Wardell, Mark L. y Turner, Stephen P. (eds.) (1986a): *Sociological Theory in Transition*. Boston: Allen and Unwin.

Warsh, David (1990): «Modern Thinkers Merge Sociology, Economics to Explain Today's World». *Washington Post* 15 de agosto: D3.

Warshay, Leon y Warshay, Diana H (1986): «The Individualizing and Subjectivizing of George Herbert Mead: A Sociology of Knowledge Interpretation». *Sociological Focus* 19: 177-188.

Weber, Max (1904-1905/1958): *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*. Nueva York: Scribner's. [Edición en castellano: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona: Ediciones Península, 1977.]

Weigert, Andrew (1981): *Sociology of Everyday Life*. Nueva York: Longman.

Weingart, Peter (1969): «Beyond Parsons? A Critique of Ralf Dahrendorf's Conflict Theory». *Social Forces* 48: 151-165.

Weinstein, Deena y Weinstein, Michael A. (1990): «The Postmodern Discourse of Metatheory». Ponencia presentada en la miniconferencia sobre la «Metateorización en sociología» en las reuniones de la Asociación Americana de Sociología, Washington, D. C. agosto.

Weinstein, Eugene A. y Tanur, Judith, M (1976): «Meanings, Purposes and Structural Resources in Social Interaction». *Cornell Journal of Social Relations* 11: 105-110.

Weldes, Jutta (1989): «Marxism and Methodological Individualism». *Theory and Society* 18: 353-386.

Wellman, Barry (1983): «Network Analysis: Some Basic Principles». En R. Collins (ed.): *Sociological Theory-1983*. San Francisco: Jossey-Bass: 155-200.

Wellman, Barry y Wortley, Scot (1990): «Different Strokes for Different Folks: Community Ties and Social Support». *American Journal of Sociology* 96: 558-588.

Wellman, David (1988): «The Politics of Herbert Blumer's Sociological Method». *Symbolic Interaction* 11: 59-68.

Whalen, Jack; Zimmerman, Don H., y Whalen, Marilyn R. (1988): «When Words Fail: A Single Case Analysis». *Social Problems* 35: 335-361.

Whalen, Marilyn R. y Zimmerman, Don H. (1987): «Sequential and Institutional Contexts in Calls for Help». *Social Psychological Quarterly* 50: 172-185.

White, Harrison, C., Boorman, Scott A. y Breiger, Ronald L. (1976): «Social Structure from Multiple Networks: Parts 1 and 2». *American Journal of Sociology* 91: 730-780, 1384-1446.

White, Hayden (1973): *The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe.* Baltimore: Johns Hopkins University Press.

Wiley, Norbert (1979): «The Rise and Fall of Dominating Thoeries in American Sociology». En W. Snizek, E. Fuhrman, y M. Miller (eds.): *Contemporary Issues in Theory and Research.* Westport, Conn.: Greenwood Press: 47-49.

— (1985): «The Current Interregnum in American Sociology». *Social Research* 52: 179-207.

— (1986): «Early American Sociology and *The Polish Peasant*». *Sociological Theory* 4: 20-40.

— (1988): «The Micro-Macro Problem in Social Theory». *Sociological Theory* 6: 254-261.

— (1989): «Response to Ritzer». *Sociological Theory* 7: 230-231.

Willer, David; Markovsky, Barry, y Patton, Travis (1989): «Power Structures: Derivations and Applications of Elementary Theory». En J. Berger, M. Zelditch, Jr. y B. Anderson (eds.): *Sociological Theories in Progress: New Formulations.* Newbury Park, Calif.: Sage: 313:353.

Williams, Robin (1980): «Talcott Parsons: The Stereotypes and the Reality». *American Sociologist* 15: 64-66.

Williams, Simon Johnson (1986): «Appraising Goffman». *British Journal of Sociology* 37: 348-369.

Wilner, Patricia (1985): «The Main Drift of Sociology between 1936 and 1982». *History of Sociology: An International Review* 5: 1-20.

Wilson, Thomas P. (1970): «Normative and Interpretive Paradigms in Sociology». En J. Douglas (ed.): *Understanding Everyday Life.* Chicago: Aldine: 1-19.

Wiltshire, David (1978): *The Social and Political Thought of Herbert Spencer.* Londres: Oxford University Press.

Wippler, Reinhard y Lindenberg, Siegwart (1987): «Collective Phenomena and Rational Choice». En J. Alexander *et al.* (eds.): *The Micro-Macro Link.* Berkeley: University of California Press: 135-152.

Wolf, Frederic M. (1986): *Meta-Analysis: Quantitative Methods for Research Synthesis.* Beverly Hills, Calif.: Sage University Papers.

Womack, James P.; Jones, Daniel T., y Roos, Daniel (1990): *The Machine that Changed the World.* Nueva York: Rawson.

Wood, Ellen Meiksins (1986): *The Retreat from Class: The New «True» Socialism.* Londres: Verso.

— (1989): «Rational Choice Marxism: Is the Game Worth the Candle?» *New Left Review* 177: 41-88.

Wood, Michael y Wardell, Mark L.(1983): «G. H. Mead's Social Behaviorism vs. the Astructural Bias of Symbolic Interactionism». *Symbolic Interaction* 6: 85-96.

Wright, Eric Olin (1985): *Classes*. Londres: Verso.

— (1987): «Toward a Post-Marxist Radical Social Theory». *Contemporary Sociology* 16: 748-753.

Wright, Eric Olin y Martin, Bill (1987): «The Transformation of the American Class Structure, 1960-1980». *American Journal of Sociology* 93: 1-29.

Wuthnow, Robert, *et al.* (eds.) (1984): *Cultural Analysis*. Boston: Routledge and Kegan Paul.

Yamagishi, Toshio; Gillmore, Mary R., y Cook, Karen S. (1988): «Network Connections and the Distribution of Power in Exchange Networks». *American Journal of Sociology* 93: 833-851.

Yeatman, Anna (1987): «Women, Domestic Life and Sociology». En C. Pateman y E. Gross (eds.): *Feminist Challenges: Social and Political Challenges*. Boston: Northeastern University Press: 157-172.

Zaretsky, Eli (1976): *Capitalism, the Family and Personal Life*. Nueva York: Harper Colophon.

Zaslavsky, Victor (1988): «Three Years of *Perestroika*». *Telos* 74: 31-41.

Zeitlin, Irving M. (1981): *Ideology and Development of Sociological Theory*. 2ª ed. Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall. [Edición en castellano: *Ideología y teoría sociológica*, Buenos Aires: Amorrortu, 1975.]

— (1990): *Ideology and Development of Sociological Theory*. 4ª ed. Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall.

Zimmerman, Don (1978): «Ethnomethodology». *American Sociologist* 13: 5-15.

— (1988): «The Conversation: The Conversation Analytic Perspective». *Communication Yearbook* 11: 406-432.

Zimmerman, Don y Pollner Melvin (1970): «The Everyday World as a Phenomenom». En J. Douglas (ed.): *Understanding Everyday Life*. Chicago: Aldine: 80-103.

Zimmerman, Don y Wieder, D. Lawrence (1970): «Ethnomethodology and the Problem of Order: Comment on Denzin». En J. Douglas (ed.): *Understanding Everyday Life*. Chicago: Aldine: 285-298.

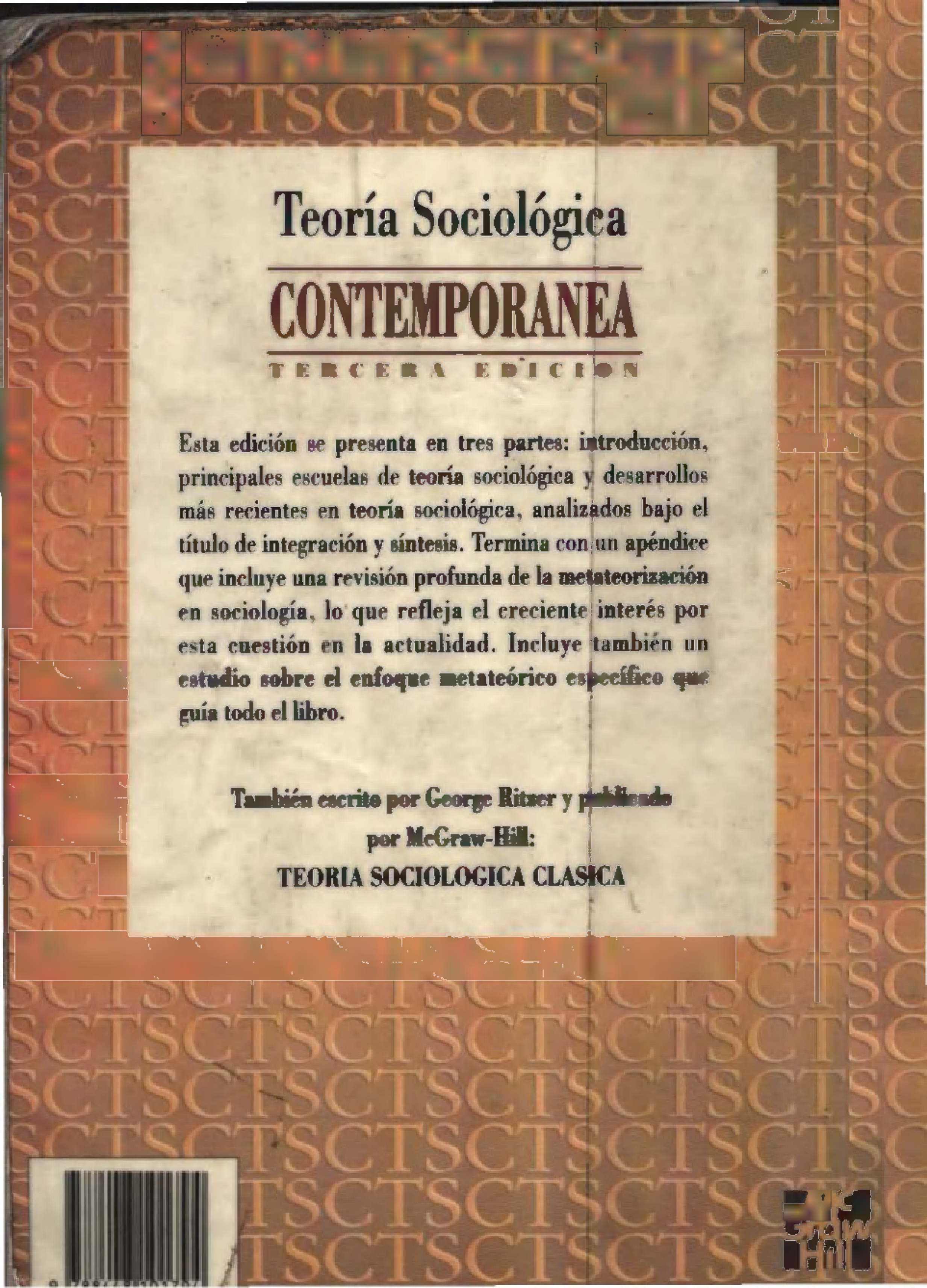
Zuboff, Shoshana (1988): *In the Age of the Smart Machine*. Nueva York: Basic Books.

Zurcher, Louis A. (1985): «The War Game: Organization Scripting and the Expression of Emotion». *Symbolic Interaction* 8: 191-206.

# INDICE DE NOMBRES

# INDICE ANALITICO

Explotación, 28-29, 55, 192-193, 196, 200-202, 408, 511-512, 572-573


Teoría Sociológica
CONTEMPORANEA
TERCERA EDICION
Esta edición se presenta en tres partes: introducción, principales escuelas de teoría sociológica y desarrollos más recientes en teoría sociológica, analizados bajo el título de integración y síntesis. Termina con un apéndice que incluye una revisión profunda de la metateorización en sociología, lo que refleja el creciente interés por esta cuestión en la actualidad. Incluye también un estudio sobre el enfoque metateórico específico que guía todo el libro.
También escrito por George Ritzer y publicado
por McGraw-Hill:
TEORIA SOCIOLOGICA CLASICA